FRANCISCO MORALES PADRON

HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE AMERICA

Cuarta edición

EDITORA NACIONAL

CULTURA Y SOCIEDAD

En esta 4.ª edición de la *Historia del Descubrimiento y Conquista de América*, que contiene notables mejoras sobre ediciones anteriores, el profesor Morales Padrón, Director del Departamento de Historia de América de la Universidad de Sevilla, expone los principales hechos del hallazgo, exploración y primeros tiempos de la implantación española en el Nuevo Mundo. La obra abarca desde los antecedentes del Descubrimiento, incluidos los primeros contactos ocasionales de los vikingos con las costas septentrionales americanas y los adelantos técnicos en el arte de la navegación y de la cartografía o de las nuevas teorías geográficas que posibilitan la gesta de Colón, hasta los últimos tiempos de la conquista, analizada en sus diversos y complejos aspectos. Aunque existe una inmensa bibliografía sobre este período, que la *Historia del Descubrimiento y Conquista de América* recoge, puesta al día, esta obra constituye, por el rigor de su sistematización y la profusión de datos que aporta, un texto de estudio y de consulta indispensable para el conocimiento de la historia de la acción española en el Continente Americano.

© Copyright 1981. Francisco Morales Padrón.
Editora Nacional. Madrid (España)
Depósito legal: M-27334-1981
I.S.B.N.: 84-276-0291-X
Printed in Spain
Unigraf, S. A. Fuenlabrada (Madrid)

CULTURA Y SOCIEDAD

Docencia y documentación

FRANCISCO MORALES PADRON

HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE AMERICA

Cuarta edición

EDITORA NACIONAL
Torregalindo, 10 - Madrid-16

«Bien conozco que algunos me culparán en lo que he escripto, los que de los muertos quisieran oír la otra color de la historia, viendo que por ella se acuerdan cosas que fuera mejor que nunca fueran; pero mirad, lector, que también he yo de morir, e que me bastan mis culpas sin que las haga mayores, si no escribiese lo cierto, y entended que hablo con mi Rey, he que le he de decir verdad. E lo aviso para que provea en lo presente e por venir, para que Dios sea mejor servido a Su Magestad que hasta aquí: e que no meresciera perdón mi ánima si tales cosas callase...»

FERNÁNDEZ DE OVIEDO (XXIX, 34)

I

CONCEPTO Y SISTEMATICA

«Costumbre mía es, y muy usada, procurar de loar los buenos hechos de los capitanes y gente de mi nación, y también de no perdonar las cosas mal hechas, para que por afección de alguno de ellos se crea que no tengo de referir sus yerros.»

(CIEZA DE LEÓN: Guerra de Chupas. Cap. IX.)

1. Proceso descubridor

No es necesario explicar el contenido y la finalidad de este libro. Su título concreta la materia, y nosotros añadiremos que con él se intenta ofrecer un texto de estudio y una lectura agradable. Sin perder la base científica, se ha pretendido ser ameno, y sin llegar a lo farragoso, se ha querido dejar constancia de los principales hechos del hallazgo, exploración y primeros tiempos hispánicos de América.

Creemos que aún en nuestros días no se cuenta con una obra amplia, seriamente cimentada, que exponga los comienzos de la historia de España en el Nuevo Mundo. Sin olvidar que ella, advertimos, fue algo más que las capitulaciones, batallas, campamentos, *guazavaras* y muertes que siempre nos brindan los libros. El dominio hispano fue también amor. Fue fundaciones, fue acción civilizadora, fue mestizaje... Constituyó los cimientos de lo que vino y se dio después. Fácil y breve de enunciar, pero difícil de llevar a cabo y extenso en su trascendencia.

Antes de proseguir haciendo aclaraciones o consideraciones, cabría dilucidar el significado que le damos a la palabra *descubrimiento* y luego, más adelante, a *conquista*.

La idea sobre *descubrimiento geográfico* y el concepto *descubrimiento* a secas no son generalmente aclarados. Descubrimiento acostumbra a confundirse con el de *invención*, siendo corriente leer que la Antigüedad inventó a América, pero que Colón la descubrió. Hay,

pues, una diferencia que conviene aclarar de entrada. ¿Cuál es esta diferencia? Entendemos que descubrimiento supone acto o hecho de *desvelar* o *destapar* –descubrir– una realidad cubierta o tapada, preexistente, ajena al hombre y desconocida; en tanto que la invención –no en sentido técnico– viene a ser una idea existente en el hombre, pero no en la naturaleza por el momento. Por eso es por lo que se ha escrito –Ebner– que los antiguos inventaron al Nuevo Mundo; es decir, que con su imaginación lo crearon suponiendo su existencia. Y por eso mismo los Reyes Católicos decían al Almirante en agosto de 1494: «Una de las principales cosas por que esto –se refieren al primer descubrimiento– nos ha placido tanto es por ser *inventada, principiada e habida* por vuestra mano, trabajo e industria.» Todo el proceso está sintetizado en estos tres participios de pasado –*inventada, principiada, habida*–, que no quieren decir otra cosa que Colón, como los antiguos, *inventó*, es decir, supuso una nueva ruta, pero no se quedó en eso, sino que la *descubrió*. Ambos fenómenos –invención y descubrimiento– son parte de un mismo proceso; la invención emplea elementos conocidos, mientras que el descubrimiento los desvela. Precisamente sobre bases aportadas por el descubrimiento de América, el hombre volvió a especular, e inventó la *Terra Australis* –resto de la geografía clásia: Ptolomeo– que presintieron varios navegantes hispanos del Pacífico –Mendaña, Gamboa, Quirós–, y que Tasman, James Cook, Bouganville y otros vinieron a descubrir.

Se nos puede decir que acudiendo a la etimología de las palabras en discusión hallaríamos que el valor es el mismo, puesto que invención procede de *invenire*, cuyo significado –venir en– no es otro que el de encontrar. Pero la invención en su sentido actual supone una ley, y una especulación previa, siendo algo, como dijimos, que se encuentra en el hombre; en tanto que descubrimiento no es engendro de la imaginación, puesto que supone un hecho singular, que ha estado cubierto, y que el hombre ha destapado.

Demos un paso más. Hemos afinado algo las diferencias e interferencias existentes entre Invención y Descubrimiento, y ahora podemos concretar qué entendemos por *descubrimiento geográfico*. ¿Es cualquier hallazgo de tierra y mares por el hombre? ¿Consiste en percibir que se está ante un nuevo paisaje? Si fuera así resultaría que aún no ha terminado el proceso de los descubrimientos, ya que en el interior del Africa, en los casquetes polares o en el corazón de la Amazonía yacen zonas vírgenes no holladas por el hombre. Si así fuera, resultaría también que el proceso de los descubrimientos comenzó en el mis-

mo instante en que el primer hombre y la primera mujer creados por Dios salieron del Paraíso expulsados y comenzaron a vagar por desconocidas tierras.

Es por eso por lo que estimamos que descubrimiento geográfico no es un mero tropezar o un simple hallar nuevos paisajes geográficos. Es, eso sí, el hallazgo de un ignorado horizonte, pero siempre que este hallazgo haya sido preparado por un desenvolvimiento histórico preliminar. Hay, debe haber, en el descubrimiento auténtico una acción histórica previa que explica el descubrimiento. Y hay algo más; el descubrimiento geográfico implica para lo encontrado un cambio total, porque no sólo se va a verificar un sencillo contacto, sino que se llevará a cabo un trasiego de diversos valores que ocasionará la absorción de un mundo por otro. El auténtico descubrimiento geográfico debe tener trascendencia histórica y geográfica.

Ahora bien, hay dos tipos de descubrimiento geográfico: 1) *casual*, y 2) *preparado*. Casuales fueron muchos de los hallazgos fenicios, cartagineses, tartésicos, griegos o romanos. Todos estos pueblos encontraron mares, costas y países que ignoraban, y que les obligó a cambiar la concepción geográfica que tenían y hasta el mismo rumbo de la historia. Algunos de estos pueblos incluyeron dentro de sus civilizaciones lo que habían descubierto y aumentaron el espacio de la ecúmene con las naturales consecuencias en todos los órdenes. Pero ninguno de ellos preparó ni organizó descubrimientos puros salvo casos de curiosidad, como la búsqueda de las fuentes del Nilo en tiempo de Nerón, ninguno de los pueblos de la Antigüedad planeó viajes como lo hicieron las naciones de Occidente en los siglos XIII-XVI. Sus hallazgos fueron casuales. Sin embargo, en el *lapsus* de la historia antigua se gestaron los ingredientes necesarios para que el mundo ya se decidiera a preparar, organizar, nuevos hallazgos. Surgió entonces el descubrimiento organizado, con bases en una acción histórica previa y con justificación en unas circunstancias que analizamos en el siguiente capítulo.

Es preciso fijarle unos *principios* y *finales* al proceso de los descubrimientos en general. Sin hablar de *precedentes*, tal como lo hace la Historiografía positivista, sino de *génesis*, nos sería factible ahondar en el pasado para llegar hasta las primeras noticias que hablan de actividades descubridoras del hombre. Rehuimos el vocablo *precedentes* porque él parece ligar ineludiblemente el hallazgo de América con las exploraciones de la antigüedad y medievo. Esto no es así. En la Antigüedad y Edad Media se gestaron –génesis– o incubaron una serie de

factores que van a determinar el encuentro con América; pero no están en el cercano Oriente o Mediterráneo los *precedentes* del descubrimiento del Nuevo Mundo. No hace falta remontarse tanto para estudiar el fenómeno descubridor americano. El encuentro con América no tiene sus precedentes en los progresos geográficos de la Antigüedad y Edad Media, aunque en esas épocas se efectúan una serie de avances y retrocesos que, vinculados internamente, integran una cadena cuyos eslabones enlazan con los verdaderos precedentes del descubrimiento americano. En las generaciones que se van sucediendo en el litoral del Mediterráneo es posible adivinar una tendencia a mirar hacia el estrecho por donde su mar se comunicaba en el *Río Océano*. A medida que los marinos llegan a un horizonte, éste huye y se sitúa más lejos: de la pequeña Syrte a Tartesos; de Tartesos a las Afortunadas... En la Edad Media, escribe Humboldt, "esa misma costa de Tartesos, el Potosí del Antiguo mundo semítico o fenicio conviértese en punto de partida para el descubrimiento de América". La vinculación, pues, entre el proceso de avance que lleva al hombre desde el fondo del Egeo hasta Iberia es manifiesto. El horizonte queda situado en la península Ibérica y en algunas islas atlánticas; más allá no se sabe nada. Pero en ese horizonte se irán gestando los verdaderos precedentes de la gran conquista que aportará el conocimiento del inmenso horizonte americano.

El *auténtico antecedente colombino* –lejos de profecías a lo Séneca– *está en la península Ibérica*, cuyos pueblos avanzaron de Norte a Sur y se lanzaron sobre Africa, al serles pequeño el tablado peninsular, y, litoral atlánticoafricano adelante buscaron una ruta que les llevase a la India.

2. Estructuración del tema

Buscando *precedentes* más o menos *falsos* y desarrollando el avance que el hombre hace de su horizonte geográfico se ha caído frecuentemente en *criterios parciales*. Para algunos historiadores *Europa* ha sido quien ha hecho todo en el aspecto descubridor; para otros, *su país*; algunos se empeñan en que *Colón sólo redescubrió* lo que de antiguo había sido conocido por el hombre; otros se refieren a que *descubrimiento* fue sólo para los europeos, pero que lo mismo se podía decir de Europa con respecto a los *indios americanos*, que la *descubrieron entonces*. Abundan los criterios, y abunda el extremismo. Hay que huir de ello. Siendo la historia de América *parte integrante* de la

Historia de Occidente, es factible considerar que fue Occidente quien encontró al Nuevo Mundo, donde *injertó* su cultura, y para ello empleó unos *supuestos científicos* o inventos que se habían ido ganando desde la antigüedad. Con la aparición de América la marcha del proceso descubridor que realiza el hombre europeo adquiere nuevas facetas y gana espacios geográficos como nunca, rompiendo con concepciones entorpecedoras y demostrando que el mundo donde vive es redondo.

Al aparecer el Mundo Nuevo a la vista del hombre occidental comienza una *etapa* que, para nuestro intento, vamos a *considerar con individualidad,* la cual principia con Cristóbal Colón y que nos facilitará las siguientes bases, necesarias para la anexión del territorio hallado:

1. Conocimiento de que lo encontrado es un *continente distinto* al lejano Oriente buscado.
2. Conocimiento a base de exploraciones de todo el *litoral atlántico* de América.
3. Conocimiento de un *paso terrestre por Panamá* y hallazgo de un *gran mar* al otro lado de la barrera. A la par se *instalan los primeros núcleos,* aunque movibles o inestables, para la *penetración continental.*
4. Conocimiento de un *paso marítimo por Magallanes* y convencimiento de que la tierra es redonda (1517-21).

A partir de entonces la noción que se tiene del Mundo Nuevo es bastante completa, y ya los capitanes de las huestes *capitulan* la conquista de las zonas halladas. Se sabe que se está ante algo que no es Asia. Los conquistadores reciben de los reyes de Castilla *cartas de merced* para anexionar los nuevos países, descubiertos ya en sus líneas necesarias. Por esos años hay algunas *zonas en franco período colonizador* –Antillas– y a las cuales, con respecto a Tierra Firme, que es lo que nos preocupa entonces, podemos considerar como unas *segundas Canarias* atlánticas, que sirven de apoyo o *base de aclimatación* para el total cumplimiento de los cuatro extremos enunciados más arriba.

Desde el *punto de vista geográfico* el hallazgo de América es un *hito más* en la corriente de los descubrimientos. Es decir, los descubrimientos geográficos no comienzan con el de América, ni terminan con él, sino que constituye *parte de un proceso* iniciado siglos atrás, en el cual la fecha de 1492 es, sin duda, una de las más gloriosas.

Sin embargo, *desde el punto de vista histórico,* el encuentro con América y su anexión no es un jalón más, o una simple toma de contacto, sino un hecho único, especial, puesto que América es absorbida por Europa, dentro de cuyo complejo cultural entra a formar parte.

Siete grandes apartados, que admiten subdivisiones como veremos, son factibles de establecer en la metodización del proceso descubridor-conquistador:

1. La génesis.
2. Los viajes en el Atlántico hasta 1492.
3. Cristóbal Colón.
4. Viajes que siguen la ruta colombina.
5. La búsqueda del paso.
6. Hallazgo del océano Pacífico y primera vuelta al mundo.
7. Exploración y anexión de América y Filipinas.

Tales etapas serán desarrolladas en un proceso de íntima vinculación, comprobando siempre que un hecho o fenómeno determina al que le sigue, pues plantea un problema a cuya solución se consagran los hombres de los posteriores apartados.

Se ha hecho un evidente esfuerzo por conjugar la cronología y atender a la geografía y actuales divisiones políticas. Pero no se ha seguido el dictado exclusivo de uno de estos elementos. En la metodización se hace difícil no sólo aislar descubrimientos de conquista –cosa imposible–, sino estudiar un proceso determinado sin tener en cuenta otro similar que se desenvuelve cronológicamente. Uno de estos problemas es el de la conquista de las islas antillanas, efectuada paralelamente al ciclo de descubrimientos que se verifican por los nautas sobre las costas continentales. Las islas hay que verlas como necesario trampolín para la penetración en tierra firme. Otro problema es el que ofrece la anexión de tierras, hecha desde dos o más bases. Lo mismo puede incluirse esta incorporación como parte de la conquista de un territorio o prolongación de las conquistas hechas en otro. Es el caso del Noroeste argentino. En este caso concreto nos inclinamos a incluir la anexión como obra de las fuerzas que vienen de Chile y Perú, ya que ellas son más abundantes, ostentan primeros derechos y primarán a la larga. Para solventar un tanto este problema hemos optado por hacer dos grandes divisiones en la conquista de Suramérica: 1.º) conquistas hechas mediante entradas por la costa y núcleos expansivos del Pacífico, y 2.º) conquistas hechas a base de entradas y núcleos expansivos situados por la costa atlántica. De acuerdo con este criterio, las entra-

das por el océano Pacífico –prolongación panameña– proporcionan la conquista del Incario, desde cuyo centro se expandieron las huestes para anexionar Quito, parte de Colombia, Chile, Alto Perú y Tucumán. Una máxima irradiación de estas entradas fue la gesta de los amazonautas que salieron por la arteria del Amazonas al océano Atlántico. Las penetraciones por el Atlántico, con base en Antillas y la Península, procurarán la incorporación de las tierras colombianas, venezolanas, guayanesas y rioplatenses. Una máxima expansión de estas entradas serán las que hechas por el Paraguay conduzcan hasta el Alto Perú, o las que lleven a enlazar con los hombres que han bajado a Chile y el Tucumán-Cuyo. Extrema expansión de todo este proceso descubridor será la llegada y establecimiento en el Lejano Oriente –Occidente para América– partiendo de la Península, de México y del Perú.

Atendemos, pues, y no atendemos, a las actuales demarcaciones políticas sólo en cuanto que ellas obedecen un tanto a las antiguas divisiones y en cuanto ellas se hicieron siguiendo el dictamen de la Geografía.

La cronología tampoco nos impele o coacciona en la sistemática. Un ejemplo de ello es el estudio de las penetraciones sobre el actual territorio norteamericano o la expansión hacia Filipinas. Considerando, como consideramos, que estas conquistas son fundamentalmente dilataciones de la conquista de la Nueva España, las hemos visto después de ésta, aunque antes se hayan anexionado las tierras suramericanas.

3. ¿Conquista?..., exploración y anexión

Hasta el momento nos hemos limitado a exponer qué entendemos por *descubrimiento* y a esquematizar el desarrollo de nuestro estudio, explicando el porqué de su estructura; pero apenas hemos consignado qué entendemos por *conquista*. ¿Qué es la conquista? ¿Qué es para nosotros la conquista?

En el análisis de estas interrogaciones vamos a encontrar algo paradójico: el claro sentido contradictorio que se percibe en la razón o razones que podamos aducir para definir la conquista y sentar su ser y razón.

Es necesario, para comprender lo que es la conquista, tener presente la doble arista que ofrece.

Desde el siglo XVI repugnó el concepto *conquista.* El Padre Las Casas tronó contra la palabra: "Este término o nombre, *conquista,* para todas las tierras de las Indias descubiertas y por descubrir, es término y vocablo tiránico, mahomético, abusivo, impropio e infernal." Casi le llegan a faltar adjetivos al vehemente fraile, que, celoso de su ideal, consideraba que la acción de España en América no era una campaña militar contra moros, turcos o herejes, sino una labor espiritual, "para lo cual no es menester conquista de armas, sino persuasión de palabras dulces y divinas, y ejemplos y obras de sancta vida". Es, no cabe duda, loable la actitud del dominico; mas tampoco es indudable que llevado por su impetuosa bondad sueñe con unos métodos de anexión bastante utópicos y que sólo le darían resultados positivos en las tierras de la Verapaz.

Las Instrucciones de 1556 prescribían el destierro del vocablo *conquista,* y Juan de Ovando, en 1573, se opuso igualmente a su empleo, propiciando que "los descubrimientos no se den con título y nombre de conquistas, pues habiéndose de hacer con tanta paz y caridad como deseamos, no queremos que el nombre dé ocasión ni calor para que se pueda hacer fuerza ni agravio a los indios". *Pacificación* y *población* fueron conceptos que intentaron desplazar al de conquista, sin lograrlo plenamente. Consta la intención en las *Leyes de Indias*: "Por justas causas y consideraciones conviene que en todas las capitulaciones se excuse esta palabra conquista y en su lugar se usen las de pacificación y población, pues habiéndose de hacer con toda paz y caridad, es nuestra voluntad que aún este nombre, interpretado contra nuestra intención, no ocasione ni dé calor a lo capitulado para que se pueda hacer fuerza ni agravio a los indios." Solórzano Pereira, comentando esta determinación, escribe que "la palabra conquista ha parecido odiosa y se ha quitado de estas pacificaciones, porque no se han de hacer con el ruído de las armas, sino con caridad y de buen modo". No vamos nosotros ahora a pretender sustituirla radicalmente, aunque sí, muchas veces, pongamos en su lugar la palabra anexión, menos dura al oído y a la sensibilidad. Rechazando, por supuesto, el de *invasión* usado por malintencionados autores desconocedores del significado del vocablo y de lo que fue la conquista. Conquista que ofrece una doble faceta, material y espiritual: Indias de la Tierra e Indias del Cielo, según Picón Salas; así lo reconocieron desde aquellos días algunos hombres.

Los reyes patrocinaron de continuo la conquista espiritual de todas estas tierras, sin descuidar el valor económico de las mismas, como lo prueba el deseo mostrado siempre en los documentos de que los con-

quistadores procuren "saber el secreto" de lo que anexionan. El sincronismo de ambos intereses tiene su razón en la identidad de Iglesia y Estado a que entonces se había llegado. Y los conquistadores procuraron cumplir el mandato de sus reyes, aunque a veces olvidasen el aspecto ético de su misión, interesados más en la faz crematística. Pero todo es muy humano, y más en una empresa como la abordada. Por lo demás, pueril resultaría que un Estado como el español, metido a grandes tareas europeas, no celase el aspecto económico de un quehacer que le chupaba los hombres. España misma, lo que verdaderamente es España, se benefició menos que, por ejemplo, Flandes. Cuantiosas riquezas de las provenientes de Indias pasaron a faltriqueras flamencas vía la península Ibérica. No lo afirmamos nosotros hoy, no. Lo decía ya en el siglo XVI Andrés Navaggiero, embajador de Venecia, quien, refiriéndose a los benditos flamencos, estampó lo siguiente: "Desollaron estos reinos y los dejaron en los huesos". Es inexplicable la exploración y ocupación del continente por la sola esperanza de encontrar oro. Hay que atribuir la anexión de América en el siglo XVI a un ideal colectivo y a una mezcla de potencia viril, deseos de mejora económica y social y objetivos religiosos.

4. Cara y cruz del Descubrimiento-Conquista

El hombre que marchó a Indias era un ser que cabalgaba entre dos épocas, y que obedecía a un doble influjo. No podía prescindir de la herencia medieval, del sentido tradicional; pero tampoco del vitalismo del Renacimiento. La Edad Media le proporcionaba un *elan* caballeresco y una finalidad de cruzada en su empresa; el Renacimiento le impulsaba a efectuar hazañas que prolongasen su memoria más allá del tiempo, a ganar gloria y a conseguir ventajas económicas para cimentar su poder. Menos olvidaba su grado en la escala social, y por eso pretendía ascender en ella mediante la adquisición de hacienda y fama.

La honra y la fama le aguijoneaban. Cortés, buen prototipo para nuestras afirmaciones, nos viene a ayudar, escribiendo: "...y yo los animaba diciéndoles que... jamás en los españoles, en ninguna parte, hubo falta, y que estábamos en disposición de ganar para vuestra majestad los mayores reinos y señoríos que había en el mundo. Y que demás de facer lo que como cristianos éramos obligados..., por ello en el otro mundo ganábamos la gloria y en éste conseguíamos el mayor prez

y honra que hasta nosotros ninguña generación ganó." El mismo Bernal Díaz, rudo soldado y hombre de poca lectura, rezuma Renacimiento. Tiene el prurito de hacer constar los hechos en los que participó, y los cuenta él, porque de no hacerlo, ¿quién los contaría? "¿Habíanlo de parlar los pájaros en el tiempo que estábamos en las batallas, que íban volando, o las nubes que pasaban por alto...?" No, no lo contarán los pájaros ni las nubes, lo narraré "...yo, yo y yo, dígolo tantas veces, que yo soy el más antiguo –conquistador–, y lo he servido como muy buen soldado a su majestad". Con insistencia ha hecho sonar el primer pronombre personal, anhelante de que su nombre y el de otros no quede anulado por el de Cortés, en un capítulo CCXI que titula nada menos que así: "Memoria de las batallas y encuentros en que me he hallado." Y si el lector no está convencido, ahí va otra parrafada bernalina: "También –ha escrito su historia– para que mis hijos y nietos y descendientes osen decir con verdad: Estas tierras vino a descubrir y ganar mi padre a su costa, y gastó la hacienda que tenía en ello, y fue en lo conquistar de los primeros." Más claro, imposible. Le interesa, a toda costa, dejar memoria de sí. Es machacón el viejo míliteː todavía podíamos sacar otras citas explicando la razón de su historia. Pero bien vamos cargado de ella cuando apenas hemos comenzado.

Hay con frecuencia en los escritos una alusión al mundo clásico. Se imita a César en sus *Comentarios* o a Tito Livio. Se establecen comparaciones con César, con Pompeyo, con Cayo Mario, con Alejandro, con Jasón, con Ulises, con Héctor, con Aníbal. Pero también de continuo aflora el recuerdo de Amadís, de las *Sergas de Esplandián*, del *Romancero*...

Se conjugan, pues, en la razón y ser de la conquista fines materiales y espirituales, dándose los dos unidos o separados. Para algo dijo el Arcipreste de Hita que el hombre trabaja, según Aristóteles, "y es cosa verdadera... por haber mantenencia". Sin embargo, dentro de este ideal económico es fácil ver que el español actúa más por la aventura de lograr la riqueza que por ella misma. En una noche se jugará a veces lo ganado; y otras, no contento con sus haciendas y riquezas, volverá a partir en demanda de luchas. El capitalismo, que ha principiado a formarse en Europa, no ha contaminado el alma de este tipo, sobre el cual, además, pesan prohibiciones del medievo: usura, cálculo, deseo por el dinero, ahorro, desdén por el comercio. El afán utilitario y pragmático no ha prendido de lleno en el conquistador, que, sin embargo, se movió paralelamente por impulsos materiales y espirituales.

Mirar una sola cara de la Conquista es hacer gala de un simplismo inexplicable.

Corroborando la afirmación de que no sólo motivos crematísticos impelieron al conquistador en sus empresas podríamos mencionar las fundaciones hechas en Yucatán o en Chile. Aquí no hay señuelo material. No hay minas. Los fines del conquistador son puramente éticos. Los motivos de índole espiritual que se le desmienten se hacen operantes y efectivos en esta región como en otras. El aborigen no tiene nada: ni siquiera ciudades y organización política. Como una ampliación de este apartado véase ya en concreto el análisis que hacemos de la figura del conquistador.

5. Anexión de tierras y conquista de almas

"¿Quién duda –dice Fernández de Oviedo– que la pólvora contra los infieles es incienso para el Señor?" Tenemos en esta interrogación expresa las dos conquistas: la material y la espiritual. Existiendo tal dualidad, nosotros nos circunscribiremos más a la primera, a la hecha con pólvora y sangre, que a la segunda. Realmente, la tarea de transculturación se efectúa con resultados positivos cuando los núcleos civilizadores se alzan, y al inquieto y belicoso quehacer de las huestes sucede el sosegado y tranquilo de la incorporación a la cultura hispana de los pueblos sometidos. Tampoco esto significa que se deje de lado la labor evangelizadora en los principios. Desde los primeros viajes colombinos quedó evidenciado el desvelo apostólico de los reyes. Posteriormente fueron siempre sacerdotes en los ejércitos indianos, quedando regulada y ordenada la presencia de capellanes castrenses en las tropas por una real provisión dada en Granada en 1526. El celo católico del Estado ordenó: "Los señores reyes nuestros progenitores, desde el descubrimiento de nuestras Indias Occidentales, Islas y Tierra Firme del mar Océano, ordenaron y mandaron a nuestros capitanes y oficiales, descubridores, pobladores y otras cualesquier personas, que en llegando a aquellas provincias procurasen luego dar a entender, por medio de los intérpretes, a los indios y moradores, cómo los enviaron a enseñarles buenas costumbres, apartarlos de vicios y comer carne humana, instruirlos en nuestra santa fe católica y predicársela para su salvación, y atraerlos a nuestro señorío; porque fuesen tratados, favorecidos y defendidos como los otros nuestros súbditos y vasallos, y que los clérigos y religiosos les declarasen los misterios de nuestra santa fe

católica, la cual se ha ejecutado con grande fruto y aprovechamiento espiritual de los naturales. Es nuestra voluntad que lo susodicho se guarde, cumpla y ejecute en todas las reducciones que de aquí adelante se hicieren." No se crea que el problema de cristianización se presentó fácil. Los choques entre conquistadores y frailes fueron corrientes, y la Corona no supo si era mejor que actuaran primero los guerreros y luego los sacerdotes, o viceversa. Generalmente actuaron mancomunados, acentuándose la tarea religiosa después de la conquista; pero figurando siempre el fraile o frailes en las huestes como capellán, asesor y evangelizador. Además, a veces, dichos clérigos no eran modelos de continencia y mansedumbre. Los hubo díscolos, entrometidos, incontinentes.

Evangelizar e inyectarles la cultura occidental a los indios era lo mismo en una época en que la enseñanza corría a cargo de la Iglesia. La inquietud misionera-educativa del Estado, expuesta en la *Recopilación*, fue secundada por muchos conquistadores. Cortés, hablando del pecado de sodomía en una de sus cartas, confiesa: "Vean vuestras reales majestades si deben evitar tan gran mal y graves daños, y cierto Dios nuestro Señor será servido si por mano de vuestras reales altezas estas gentes fuesen introducidas en la divina potencia de Dios; porque es cierto que si con tanta fe y fervor y diligencia a Dios sirviesen, ellos harían muchos milagros."

Existe un manifiesto "sentido misional de la conquista" en la concepción cortesiana. Cortés, representante del Estado, brazo de un móvil imperial-económico, protagoniza también la aspiración espiritual del mismo Estado. Hernán Cortés pide misioneros para llevar a cabo la conquista espiritual plena, y él mismo, con toda sumisión y humildad, los recibe.

No fueron en cantidad estos soldados espirituales tanto como los otros, ni fue tan liviano su quehacer. Mas no por eso su papel como factor de conquista quedó paliado. Refiriéndose a su número e importancia, decía el virrey Mendoza: "... los que son y han sido necesarios para la pacificación de estas nuevas gentes, según lo que yo he conocido de su condición y realidad, son conventos o monasterios de frailes, porque con su doctrina y enseñanza los tienen más domésticos que palomas..., y más vale un soldado de estos espirituales... que todas las lanzas y demás con que los castellanos entraron a rendir la tierra." De continuo brotó esta queja y este elogio. Eran pocos los que llegaban porque también la tarea era difícil. Auténtica vocación misional debía poseer el fraile que se encaminaba a las Indias, y, no obstante, más de

uno aprovechó la escala de las Canarias para saltar a tierra y no volver por el navío.

Carecían de experiencia, ignoraban las lenguas, tenían que improvisar métodos. Pero todo intentaron subsanarlo, y lo emprendieron con fe y empeño, educando al indio en un nuevo sentido de la vida e inculcándole conciencia de su personalidad. Tipificaron mejor que nada y nadie el esfuerzo de España por comprender al indio. Los frailes, en su celo evangelizador, comenzaron por indianizarse –aprender las lenguas y costumbres aborígenes– para mejor catequizar al indígena. Redactaron gramáticas y vocabularios, escribieron en lengua nativa y adaptaron música, liturgia y arquitectura a las necesidades que el pueblo sometido presentaba. En silencio, estos héroes con hábito desplegaban un enorme esfuerzo cultural, que se nos escapa si no reflexionamos. Tenían que captar idiomas aglutinantes, domeñarlos y someterlos a la filología y gramática imperante. Sin ese esmero no se hubieran conservado las lenguas americanas y no se hubieran puesto en contacto las dos mentes. Nunca un pueblo que domina, siendo superior en todo, se adaptó tanto al dominado. Roma siempre impuso su lengua, y si algo tomó del subyugado fueron sus dioses para aumentar la colección.

Y del modo como el conquistador hizo de evangelizador a menudo, así el clérigo actuó también de soldado cuando fue necesario. Pedro Mariño de Lobera, cronista de la conquista chilena, recoge esta escena: "Y así combatieron el fuerte con gran vigor y arrojamiento, saltando dentro por diversas partes; donde anduvo la folla tan sangrienta que murieron allí quince españoles; y llegó a tanto el tesón de los indios que vinieron a ganar la alcázar, echando fuera a los españoles. A todo esto estuvo el clérigo Nuño de Abrego con su espada y rodela a la puerta de la fortaleza, arrimado a un lado, y al otro, Hernando Ortiz, sin apartarse ninguno de los dos un punto de su puesto sobre apuesta más por estar picados entre sí que por picar a los enemigos, aunque, en efecto, hicieron tal estrago en ellos, que pudiera cualquiera de los dos aplicarse el nombre de Cid sin hacerle agravio."

6. Conquistar es poblar

Si el misionero llevó su misal, su rosario, su fe y su cultura, el soldado cargó otros elementos civilizadores, necesarios para ejercer el segundo aspecto de su personalidad. Porque el conquistador, de mero guerrero nómada, se transforma en poblador sedentario.

El conquistador no sólo se adentra en América *a buscar*. Busca, en efecto, pero también lleva. Hablamos de la transculturación, sintetizada en un solo Dios y en una sola lengua. El conquistador porta un bagaje civilizador que va sembrado al mismo tiempo que adquiere lo que las Indias le ofrecen. América enriquecerá la vernácula lengua castellana: *huracán, canoa, chocolate, cacique, maíz*... La América indígena contribuirá con su legado en el arte, en las instituciones, etc. Y la naturaleza, rica en nuevos productos, transformará la economía de Occidente... El *maíz*, la *patata* y el *tabaco* serán de los primeros elementos que tome el español. Luego, el *tomate* y el *cacao*, el *camote* o *batata*, el *pan casabe*, la *quina*, la *piña*... A cambio, el poblador hispano le da al Nuevo Mundo el trigo, cebada, arroz, morera, centeno, viñas, naranjas, manzanos, almendros, limones, olivos, peras, ciruelos, el lirio, la rosa... De Canarias embarca la caña de azúcar, los cerdos y los plátanos. Legumbres y hortalizas, espárragos, melones, azafrán, higos, albaricoques, olivos, el caballo, la cabra, el perro, la oveja..., todos van en las bodegas de las naos a enraizar en la otra orilla atlántica. El conquistador no es mero *soldado* –de sueldo–; es un colonizador, un poblador. Y eso hicieron, a semejanza de los legionarios romanos, que, una vez conquistada una tierra, se transformaban en el mejor elemento de romanización. Aparte de que el mílite hispano no era puramente tal; muy pocos, entre los grandes capitanes, cuenta con antecedentes militares. Su condición guerrera era eventual; desaparecida la necesidad bélica, afloraba su auténtica condición, desarrollada antes en los campos de España. Por eso Valdivia, aun siendo un profesional de las armas, pudo ser "padre para los favorecer con lo que pude, y dolerme con sus trabajos, ayudándoselos a pasar, como hijos, y amigo en conversar con ellos; geómetra, en trazar y poblar; alarife en hacer acequias y repartir aguas; labrador y gañán, en las sementeras; mayoral y rabadán, en hacer criar ganados; y, en fin, poblador, criador, sustentador, conquistador y descubridor" (*Carta al Emperador*). Nada menos y nada más que Francisco Pizarro, el gobernador y marqués, podemos hallar entretenido en una calera o espigando trigo con los indios si queremos aducir un ejemplo más.

El conquistador, una vez anexionado el territorio, se transformaba en un poblador vertical, clavado al suelo. Sometida la tierra, procedían a escoger sitios que reunieran condiciones favorables. Siguiendo el modelo clásico del tablero de ajedrez, ya contenido en la *Política*, de Aristóteles, trazaban las poblaciones, cuyo corazón era la plaza donde se alzaba el rollo de la justicia y a donde se asomaban los edificios oficiales.

Procurando no dañar los intereses indígenas, se repartían solares para las casas, y campos para el ganado, dejando un terreno comunal en las afueras denominado *ejido* (de *exire*, salir).

Se formaba el Cabildo a base de los alcaldes ordinarios, regidores, alguaciles, etc., que celebraba junta, tomaba juramentos y abría un libro con el auto de población, donde firmaban los soldados que quisieran avecindarse en la fundación.

A la fundación seguía el establecimiento del tributo sobre el indio en señal de vasallaje, y el reparto de encomiendas. Elevadas las ciudades, símbolo de la fijeza al terreno, traía a sus mujeres, plantaba los campos, hacía iglesias, enseñaba, posponía costumbres hispánicas, adoptando fórmulas indígenas, y se convertía en un *americano*. Había sido ya conquistado por la tierra, que se le había pegado al corazón. Nada le resultaba extraño a su suelo de España. Cuidaba con desvelo todo lo que podía hacer de lo ganado un trasunto de la patria lejana. Mimaba y valoraba con exceso a un animal o a una semilla cuya proliferación le trajese el *climax* de los barbechos y establos de España. En torno suyo tenía a su Dios, a sus mujeres, a sus hijos. En los campos crecían especies como las de Europa y pastaban animales como los de sus pueblos. Comenzaba a tener noción de *aquello* como de algo propio. Por eso la Corona, para evitar posibles proyectos de autonomía, favorecidos por la conciencia que tenía el conquistador de haber ganado la tierra con sus esfuerzos, remitía, una vez acabada la anexión bélica, a gobernantes, que sustituían a los meros conquistadores en la dirección de lo adquirido. Se le premiaba con títulos, mercedes, tierras o indios; pero se le alejaba del mando de las provincias para disipar todo intento de independencia.

No se vaya a creer que lo aportado por los europeos fue para el exclusivo disfrute de ellos. No. Lo fue también para el indio, que recibió animales, simientes, aperos y enseñanzas. Aduce Gómara que los españoles a los indios "diéronles bestias de carga para que no se carguen; y de lana para que se vistan, no por necesidad, sino por honestidad, si quisieren; y de carne para que coman, nunca les faltaba. Mos-

tráronles el uso del hierro y del candil, con que mejoran la vida. Hanles dado moneda para que sepan lo que compran y venden, lo que deben y tienen. Hanles enseñado latín y ciencias, que vale más que cuanta plata y oro les tomaron; porque con letras son verdaderamente hombres, y de la plata no se aprovechan muchos ni todos. Así, que libraron bien en ser conquistados, y mejor en ser cristianos". Idéntica tesis se ha sostenido después con toda razón, a excepción de historiadores decimonónicos, extranjeros antihispanistas e indigenistas exaltados. Bueno es decir que al clérigo Gómara se le olvidó manifestar que en algunas zonas poseían los indígenas unos magníficos orfebres, unas admirables arquitecturas, unos ingeniosos sistemas agrícolas, unas avanzadas organizaciones políticas, unos estupendos pintores y artistas... El que desconociesen la vela, el arco, el hierro, la rueda y la escritura no implica un estado de barbarie. Implica un atraso, que se venía venciendo, y que el español, con buena voluntad, quiso salvar de un tirón.

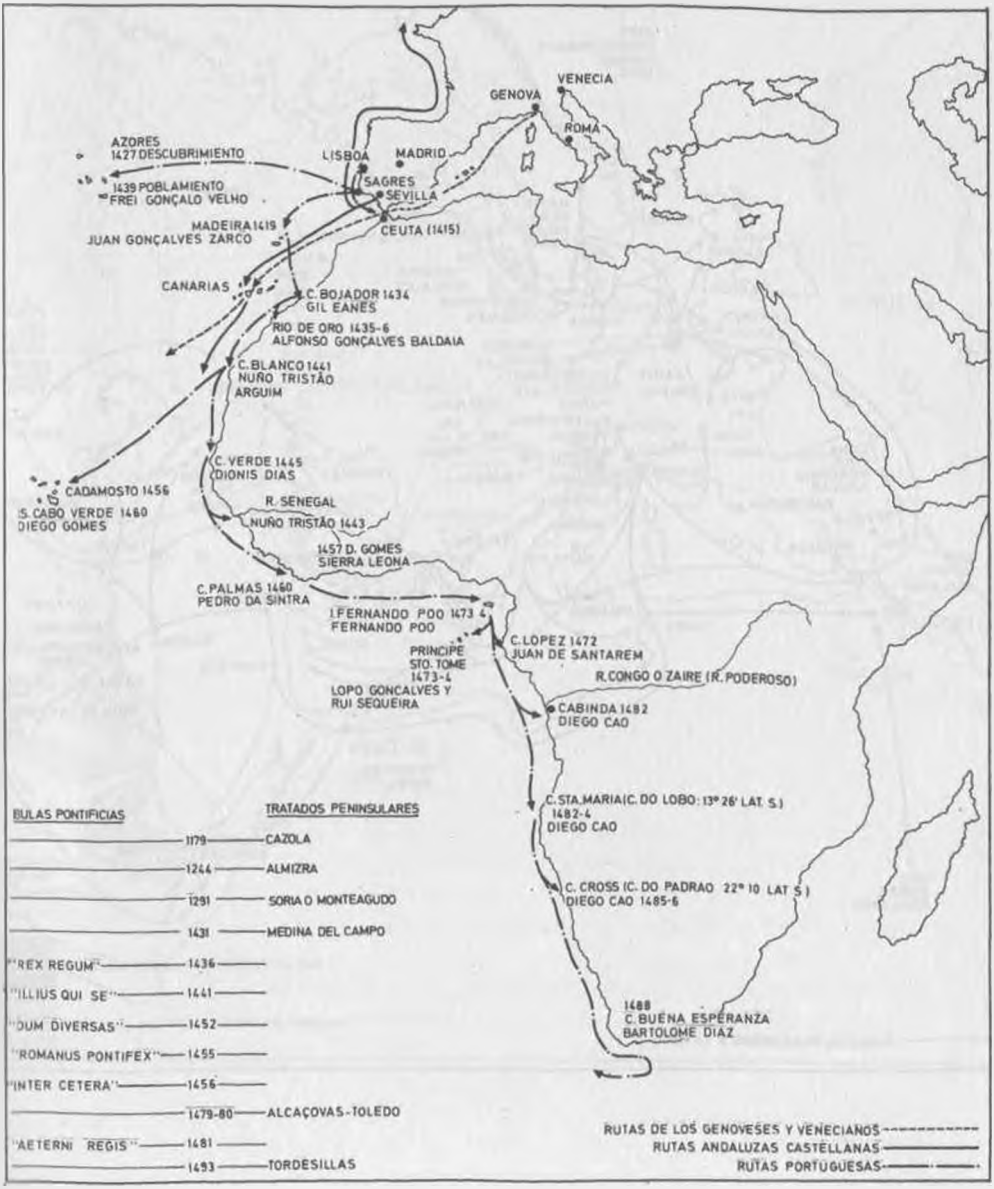
Con una pobreza de medios técnicos que asombra, España agregó el Nuevo Mundo a la Cristiandad, y llevó la cultura urbana de Occidente en unas naves cuyas velas traían vientos del Mediterráneo.

II

DEL MEDITERRANEO AL ATLANTICO

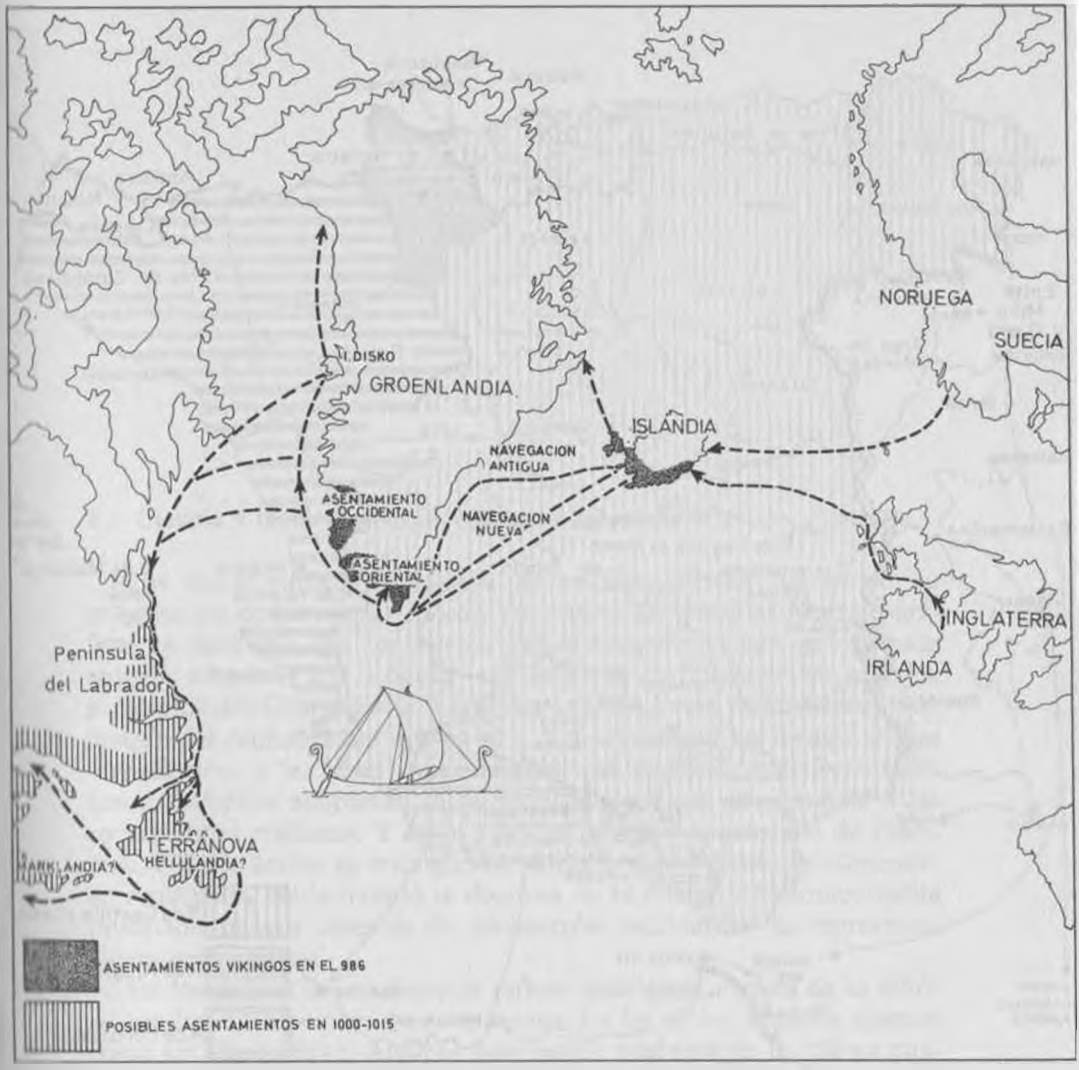
«También dice Plinio: creer que hay infinitos mundos procedió de querer medir el mundo a pie...»

(GÓMARA: *Historia General de las Indias*. Cap. I.)



Las exploraciones hispano-lusas en Africa. Bulas y tratados.

Las rutas del comercio medieval.



Colonias vikingas en Groenlandia y viajes hacia América.

La España del descubrimiento.

1. Ciencia y técnica geográfico-náutica del medievo

Los conocimientos científicos de la Edad Media fueron en su mayoría los de *anteriores épocas;* pero en el XII y XIII las ideas geográficas se iluminan con los *nuevos descubrimientos.* Claro que la base antigua adquiere una singular expresión al involucrarse en ella los principios del *Cristianismo.* La Biblia se toma como fundamento de la imagen del mundo hasta que en el s. XIII se conocen las fuentes griegas –Aristóteles– y las ideas experimentan una poderosa transformación. Los *escolásticos* adoptarán la *geografía aristotélica,* adaptándola a las concepciones cristianas. Y en el s. XV se recupera la geografía de *Ptolomeo,* que los árabes se encargan de difundir con el título de *Almagesto.* Aristóteles había tratado la doctrina de la esfera, y Ptolomeo había inventado nuevos sistemas de proyección, facilitando las representaciones cartográficas.

En los *mapas* del medievo se refleja también la mezcla de lo *bíblico* con las concepciones *grecorromanas.* En las cartas, la *tierra* aparece como un *disco plano.* Algunos teorizantes hablaron de la "tierra cuadrada" –*Cosmas Indicopleustes, Severiano de Gabala*–. En general, hay concordancias y diferencias en estas representaciones. Las concordancias, especialmente en lo relativo a la parte legendaria –*Paraíso, Gog, Magog, Preste Juan, Ararat, Amazonas,* etc.–. En oposición a estos mapas abigarrados y fantásticos, aparecen en el siglo XIII unos donde se traza sólo el Mediterráneo y una porción del Atlántico, cuya fiel

reproducción de los accidentes físicos es sorprendente. Son los conocidos *Portulanos* italianos y mallorquines. Atendían estas representaciones sobre todo a la *línea costera*, descuidando el interior, porque eran *cartas de marear*, es decir, que sólo servían para navegar. Otra característica de estas cartas era la disposición sistemática de la red de líneas cruzadas, constituyendo la trama del mapa, que permitía al marino leer su derrotero. Completaban a estas cartas el uso de la *brújula* –calamita o bussola– y otros instrumentos. La "brújula de flotador" se usó menos de lo que se cree; sólo como recurso en tiempo nublado. Se prefería el astrolabio y el reloj de arena para el cómputo de las longitudes.

En el siglo XIV existía ya una *ciencia cosmográfica*, base de la náutica, que los árabes llevaron a España. Estos conocimientos habían comenzado a difundirse desde el siglo XIII con los libros de *Alfonso el Sabio* y la tarea de su Escuela de *Traductores de Toledo*, en cuyos escritos se encuentra ya sentado el principio destinado a regir la *navegación de altura*, de que "la elevación del polo sobre el horizonte expresa el valor de la latitud del observador". El XIV, que recoge toda esta ciencia, contemplará una de las más provechosas revoluciones científicas de la historia: la *aplicación* de la *ciencia de la esfera* a la *navegación*. La ciencia de la esfera era la *Cosmografía o Astrología*, ocupada de los movimientos de la esfera celeste y de sus diferentes cuerpos, y denominada por los catalanes *Arte de Navegar;* luego *náutica* –de *Nauchero* o *Naochero*, pilotos que la inventaron–. Los *antiguos* no habían conocido ni la *rosa de los vientos* ni la *brújula;* sólo se guiaban por la *estrella polar*, que facilitaba la *latitud* del observador calculando su altura.

A partir del siglo XV, la ciencia náutica entra por vías de franco *progreso* para facilitar que el hombre complemente el *hábitat*. Los *naucheros* son los que hacen avanzar a la nueva ciencia; ellos eran, según *Las Partidas*: "aquellos por cuyo seso se guían los navíos." Es decir, los pilotos; a los cuales se les exigía una serie de conocimientos técnicos y científicos.

El *instrumental náutico* no era abundante aún. Para las observaciones meridianas del *sol* era preciso conocer su *declinación;* o sea: la magnitud de arco de círculo comprendido entre el ecuador y el arco. A la *altura zenital* del sol obtenida por el astrolabio se le añadía algebraicamente la *declinación*, y se deducía así la *latitud geográfica*. Hacía falta, pues, *astrolabio y tabla de declinación* solar. El *astrolabio* puede considerarse como el teodolito primitivo; eran unos discos gra-

duados circularmente con alidada giratoria que permitía tomar alturas y medir azimutes planos en tierra firme, pero de difícil empleo en el mar. Por eso se desembarcaba para tomar alturas. Junto al astrolabio se usaba el *bastón de Jacob*, o *ballestilla*, precusor del *sextante*. Con astrolabio y ballestilla el error cometido en la medición de alturas y azimutes era de medio grado. Sin embargo, la ballestilla no parece haber sido utilizada sino en el segundo cuarto del siglo XVI. Los marinos hispanos y lusitanos emplearon más en sus barcos el *astrolabio náutico* y el *cuadrante*.

El astrolabio astronómico era conocido desde la antigüedad, pues los egipcios lo usaron en los siglos II y III a. de J. C. De los griegos pasó a España a través de los árabes; pero este instrumento era de complicado manejo en los barcos. Hacía falta algo más simple que diera la altura del sol. Surge así el astrolabio náutico, que no viene a ser otra cosa que un círculo o rodela graduada que tenía una alidada (mediclina) con dos pínulas dotadas de orificio. La graduación la lleva sólo en los dos cuadrantes superiores del círculo, comenzando en cero y terminando en 90°. El cero estaba en la extremidad del diámetro horizontal; luego, en el siglo XVI, estará en la extremidad superior del diámetro vertical. La primera mención que se tiene del astrolabio náutico aparece en un dibujo de un mapa guardado en el Vaticano y fechado en 1529.

En el caso del cuadrante la imprecisión de los términos es aún mayor, pues hay que distinguir entre el cuadrante vetustísimo, el vetus (siglo XII) y el novus (siglo XIII). A los dos primeros se les suele llamar horarios. Estos combinan un sistema visor de pínulas, limbo graduado, plomada y calendario zodiacal, cuya posición varía según la latitud. El cuadrante novus es un astrolabio reducido a su cuarta parte. Ya el *Libro del Saber de Astronomía*, de Alfonso el Sabio, menciona dos tipos de cuadrantes astronómicos árabes; el Novus, para solucionar problemas astronómicos, y el Vetus, para solucionar horarias y geométricas. De estos instrumentos, y por simplificación, se llegó al Cuadrante Náutico. Este cuadrante consistía en un cuarto de círculo limitado por dos radios perpendiculares, cuyo borde de circunferencia o limbo se dividía en 90°, que servían para medir la altura de los astros sobre el horizonte, mediante una plomada sujeta al centro. Ahora bien: en la época de los grandes descubrimientos la observación podía efectuarse en cualquier momento y época del año, gracias a las *tablas de declinación solar*.

Como indicamos, la ballestilla aparece en la primera mitad del si-

glo XVI y se desarrolla en la segunda mitad, haciéndole la competencia a los anteriores instrumentos. Se le llamó *Radius visorius,* por Werner; *Radius astronomicas,* por Regiomontano y Pedro Núñez, y Gerson la denominó *"Bastón"* o *"Báculo de Jacob"*. Está formado el instrumento por una regla o vara de sección cuadrada, sobre la que se desliza una segunda pieza de menor longitud, de forma rectangular, en ángulo recto con la primera, llamada transversario o martinente, en oposición a la primera, que se denomina radio, virote o flecha. Poniendo el ojo en un extremo del virote y visando con un borde del martinente el horizonte y con el otro el astro se operaba. Su fácil manejo le aseguró larga vida en el mar, pues aún en 1749 se le describe en tratados náuticos.

Por el uso y conocimiento que Vasco de Gama tuvo del llamado "Kamal de la India", merece que citemos este instrumento. Lo conoció gracias al piloto árabe que le condujo de Melinde a Calicut, Malemo Kama. De fácil manejo, parecido a la ballestilla, estaba formado por una tablilla rectangular, de cuyo centro partía una cuerda con nudos. La tablilla se colocaba de modo que su borde inferior coincidiera con la línea de visión del horizonte, a la par que la línea superior pasaba por el astro. La cuerda se mantenía tensa, utilizando los dientes, y de este modo el mayor o menor número de nudos espaciados que colgaban de los labios daba la altura.

Citemos, finalmente, y sin describirlos, el nocturlabio, para medir la hora, junto con la ampolleta.

Estos eran los instrumentos usados entonces para practicar la navegación, que ofrecía a los descubridores o navegantes serios problemas. Destaquemos el hallazgo de la latitud y el de la longitud. Esto nos lleva de la mano a plantear el problema de la navegación de altura. La latitud se sabia determinar; pero la longitud costó más trabajo.

Dos eran los sistemas de navegación: estima y astronómico. Se navegaba siguiendo el sistema de estima cuando se determinaba el camino recorrido durante una singladura (veinticuatro horas) por medio de la brújula, que daba el rumbo, y la longitud del trayecto recorrido, que se apreciaba a ojo o estima. Estos datos, llevados a la carta náutica, facilitaban el lugar donde se encontraba el barco (punto de fantasía).

Cuando se empleaban a bordo instrumentos para obtener la latitud y llevarla a la carta marina, se practicaba la navegación astronómica. Esta navegación –sostienen algunos autores– se usó ya en el Mediterráneo. Se indica que los genoveses, por ejemplo, mediante el astrolabio y la observación directa, determinaban aproximadamente la latitud;

mientras que la longitud la obtenían indirectamente, en función de la estima del itinerario, a la par que con la brújula regulaban el rumbo. Sin embargo, son muchos los especialistas que niegan esto y sostienen que antes de 1480 no ha debido nacer la navegación de altura. Las navegaciones por el Atlántico, concretamente la vuelta de la Mina, Sargazos y Brasil, fueron las que introdujeron variantes en la navegación. No es el infante don Enrique el que pone en funcionamiento la navegación astronómica. La navegación astronómica, nacida en el Atlántico, tuvo dos fases, con un posible precedente en la "volta" de las Canarias. Ya indicamos que la llamada vuelta de la Mina, entre otras, originó un problema, debido a que el retorno no se podía hacer a vista de la costa, pues había vientos y corrientes marinas contrarias. Era preciso engolfarse, internarse en el océano y perder de vista el litoral, yéndose a parar casi a la altura de las Azores, desde donde con otra bordada se alcanzaba Portugal. Cuando se cruzó el ecuador y se perdió de vista la estrella Polar, surgió la segunda fase de la navegación de altura. Esta navegación de altura no se podía hacer con el sistema de estima. Era preciso recurrir a una navegación astronómica. ¿Cuándo aparece ésta? Ya lo indicamos: la hubo en el Mediterráneo, dicen unos; no aparece sino en el XVII, dicen otros. Surge con los portugueses, al planteárseles el problema de las famosas *"volta da Mina"*, *"volta do Sargaso"* y *"volta do Brazil"*, en que se perdía de vista la costa... No, niegan otros, y añaden: sólo después de 1480 ó 1485 se puede hablar de navegación astronómica.

2. Barcos, tabúes y especies

Tales instrumentos náuticos navegaban a bordo de distintos *tipos de navíos*, utilizados en las navegaciones junto con los textos u obras científicas.

En el período *grecorromano* se había empleado como nave sobre todo la *trirreme*. En la Edad Media destacó especialmente el *dromon*, nave mixta de vela y remo; la galera, barco plano a remo y vela, y la galeasa, de la misma familia, pero con proa distinta. Más livianas y ligeras que estos barcos eran las embarcaciones *vikingas*. A principios del s. XV los barcos europeos eran *anchos y pesados*, de mucha *estabilidad*, y con demasiada *obra muerta* de gran altura. En proa y popa llevaban castillos, donde se alojaba la tropa en caso de guerra. Su *aparejo* era de *cruz*. Realmente, eran *toscos, primitivos*, que no podían jugar

un gran papel en los descubrimientos transatlánticos. Para las expediciones descubridoras se empleaba antes de 1445 la *barca* y el *barinel*. La barca, de forma redonda, no pasaba de 100 toneladas. Poseía aparejo generalmente con un solo mástil, donde se cruzaba horizontalmente la verga con vela cuadrada. El origen de estos barcos está en la copia que los árabes andaluces hicieron de las naves vikingas, siendo en la península Ibérica el primer tipo de embarcación mercante. La expedición portuguesa contra Ceuta, en 1415, impulsó mucho la industria naval, y en Oporto se construyeron bastantes barcas. El Infante las usó al principio en sus expediciones; pero detenidas en el Cabo Bojador, de donde no se atrevieron a pasar, fueron sustituidas desde 1434 por el barinel, mayor que la barca; tenía esta embarcación hasta dos mástiles con velas cuadradas, pudiéndose mover también a remo, pero las experiencias náuticas, sobre todo las citadas *voltas*, que obligaban a navegar de bolina, determinaron una variación en el uso de los barcos exploradores. Nacen así las carabelas portuguesas, de ascendencia árabe. La carabela, larga como el barinel y alta como la barca, tendría las ventajas de ambas sin sus inconvenientes, ya que la forma ligera la hacía ágil y el velamen latino le permitía acercarse más al viento, aparte de que no necesitaba tanta tripulación como las otras. Por otro lado poseían timón de charnelas de hierro, que se accionaba cómodamente mediante la rueda. Ello permitió construir navíos de mayor tonelaje, de alto bordo, sin remos, con velamen muy desarrollado para aprovechar todos los vientos. El timón antiguo, timón-remo, sobre eje de madera, muy rígido y de manejo incómodo, era algo arqueológico ya. Su sustitución por el nuevo timón significó una revolución casi coetánea a la revolución en el atalaje del caballo que también tuvo inmensas consecuencias.

Los *portugueses* importaron de Oriente la *carabela*, y los *árabes* proporcionaron la *vela latina*. Dos factores decisivos, junto con el timón de codaste, en el develamiento del Atlántico.

Ya por los años del XIII aparecen en los documentos portugueses ciertas embarcaciones de aparejo latino de escaso porte, dedicadas unas al pequeño cabotaje y otras a la pesca por las aguas costeras. Se llamaban carabelas y estaban exentas del castillo de proa. Parecen originarse del *cáravo* árabe o *carabo*, también árabe. Las carabelas fueron navíos de alto bordo, por lo que no usaban de remos como propulsión principal, aunque en tiempo de calma y sobre todo cuando navegaban por parajes difíciles, se ayudaban de ellos.

En los comienzos del siglo XV solamente usaban carabelas dos paí-

ses: primero Portugal, que las empleaba en gran escala para sus correrías en Africa, luego Italia. Esta clase de embarcación era muy adecuada para navegar a lo largo de la costa, para remontar los ríos y para navegar contra el viento, sobre todo cuando retornaban a la metrópoli desde Guinea.

El segundo país es España: ante la imposibilidad de hacerse con una carabela portuguesa, la copiaron a ojo y así surgió la llamada carabela andaluza, por haber tenido su origen en Huelva, y en el condado de Niebla.

En España comienza a sonar este nombre allá por 1478, y se llamó de armada, cuando por las contínuas luchas con el moro, se le dio carácter militar, agregándole el castillo para guarecerse de los tiros de gavea, por eso se le alzó la *tilla,* pequeña cubierta a modo de castillo. Otras características de la carabela andaluza fueron: el casco angosto, la popa bastarda y de espejo en la época moderna, el timón a la navarina, tolda y aparejo redondo con cebadera y mesana latinas.

En el Mediterráneo casi siempre prevaleció el aparejo latino, pero en el Atlántico eran más usuales las de aparejo redondo. Pero un aparejo no excluía a otro, ya que en los largos cruceros se llevaban los dos, manteniendo izado el más conveniente para los vientos de travesías.

Al correr los años la carabela evolucionó, y si en el Mediterráneo, con nombres diversos aún subsiste, en el océano desapareció fundiéndose con el galeón a fines del siglo XVII, en que infectados los mares de corsarios, tuvo que hacer mayor su casco, más altas sus extremidades, cerrada su cubierta y erizados de bocas de fuego sus costados para defenderse y atacar al enemigo.

Conclusiones:

1. La carabela comenzó a usarse en España en el segundo cuarto del siglo XV y seguramente a imitación de los portugueses.
2. Casco largo y sin castillos. El aparejo primitivo fue latino y más tarde el redondo y aun mixto.
3. En el XVII su tipo desaparece, fundiéndose con el galeón.

La cofa fue característica de las naves armadas, consistía en un amplio cesto, forrado de cuero y desde ellas se arrojaban piedras, piñatas, abrojos y a veces unos virotes pesadísimos que servían para defondar al enemigo. El palo mayor debía ser lo suficientemente fuerte para sustentar tan pesado elemento.

El casco de las carabelas era construido con arreglo a la forma

uno-dos-tres, que relaciona la altura-la manga (ancho) y la quilla. La longitud de eslora (longitud de proa a popa) era triple que la de la manga.

La proporción de uno a tres (manga con la eslora) se mantendrá por muchos años con tendencias a llevarlas a la de "uno a cuatro" cuando se aumenten los palos y se logre mayor velocidad y mejor gobierno. Entre el palo mayor y el trinquete se alzaba en proa el castillo o tilla, de cuyo extremo se desprendía el bauprés. Del palo mayor hacia la popa se alzaba otra cubierta, llamada tolda o alcázar, y en su extremo la chupeta o chopa, alojamiento principal, sobre ella se extendía la toldilla, la parte más elevada de la carabela, de donde arrancaba el palo de mesana.

El casco tenía pocas aberturas al exterior de proa a popa; escobén, por donde se cobraba el ancla, los ojos de buey de las cámaras, alguno que otro ventanuco para paso de aire o boca de salida de alguna eventual pieza de artillería y la lemera o abertura a popa por donde se introducía la caña del timón. Para reforzar el casco exteriormente se afirmaban sobre la tilla o alcázar unos cintones de madera dura en sentido horizontal y sobre éstos, pero en sentido vertical, se elevaban otros listones gruesos. Estos contrafuertes constituían la característica saliente de la carabela.

Sobre la cubierta principal, se situaban dos embarcaciones: el batel y la chalupa. El batel, lancha fuerte, de unos ocho metros de eslora con siete u ocho bancos para remar y un aparejo para izar una vela (rara vez permanecía a bordo, pues debido a su tamaño casi cubría la cubierta). Se le dejaba a flote y se le llevaba a remolque.

El batel constituía un elemento imprescindible durante los viajes de exploración, pues precedía a la carabela en los pasos y estrechos de difícil o simplemente desconocida navegación; también servía para remolcar a la carabela en períodos de calma o para entrar en el puerto.

La chalupa era menor que el batel, de popa ancha y poco calado, con cuatro o cinco bancos para remos. Servía junto con el chinchorro, aún más reducido, para la pesca. Tanto la chalupa como el chinchorro se metían dentro de la carabela, cuando ésta se hacía a la mar.

La parte más elevada es la cámara, habitación del almirante o capitán de la nao, que en las carabelas de mayor porte podían dividirse en dos o tres recintos o cámaras para dar cabida a algún funcionario de elevada jerarquía. Desde la cámara se tenía acceso a la tolda o alcázar, cubierta que se cerraba con una sólida baranda y era reservada para el uso de quienes dirigían la maniobra. Debajo del alcázar se ex-

tendía la cubierta principal, corrida de proa a popa; su parte media estaba a la intemperie y los extremos de proa y popa estaban cubiertos. En el combés estaba el acceso a la bodega, de escasa altura, que recibía diversas denominaciones especiales que distinguían los compartimientos en que se hallaba dividida: los pañoles a proa y popa donde se guardaban las municiones, herramientas, alimentos...; en el medio el sollado, donde artesanos, criados, pajes y otras gentes menudas extendían sus esterillas y capotes para dormir, y luego la bodega propiamente dicha, donde se almacenaban el bastimento..., pipas, barricas, vasijas, se acondicionaba la leva y las mercaderías "de rescate" que se destinaban al trueque con los aborígenes.

La carabela solía tener tres palos o mástiles. Contados desde proa a popa: el árbol de mesana, el palo mayor y el trinquete. Además de estos tres, estaba el bauprés, que se perfilaba a proa y en el cual se izaba una vela.

Había, sin embargo, carabelas de cuatro palos y hasta de cinco, pero en estos casos se utilizaban exclusivamente velas latinas. La carabela clásica llevaba sólo tres palos.

En el palo mesana se izaba desde una larga entena a una vela latina o triangular; esta entena estaba formada por dos piezas o masteleros superpuestos y unidos mediante fuertes ligaduras de cuerda. La entena iba generalmente forrada de cuero de ganado vacuno para facilitar la conservación. Este dato lo confirma una frase de Magallanes a alguno de sus capitanes, los cuales una vez alcanzado el estrecho querían regresar a España, y él exclamó "que aunque hubiese que comer los cueros de las vacas con que las entenas iban aforradas, él habría de seguir para descubrir lo que había prometido al Emperador" (Molucas). Esta frase de Magallanes responde a la realidad, puesto que en aquella expedición lo mismo que en otras muchas, los hombres, enloquecidos de hambre, cocinaron los cueros de las entenas, después de ablandarlas humedeciéndolas.

El palo mayor se levantaba más o menos por la mitad del casco. En lo alto llevaba una plataforma redonda de madera llamada gavia, donde cabían uno o dos vigías. Llevaba dos velas cuadradas o redondas también llamadas de cruz porque alternando con escudos solía pintarse con una cruz. La de más arriba se llamaba de gavia y la otra "vela mayor", que estaba compuesta de tres partes: el papahigo o maestra (central o principal) y las baretas, lonjas rectangulares que se le añadían a cada lado, uniéndolas con fuertes ataduras para aumentar la superficie del paño.

El trinquete llevaba dos velas cuadradas, la gavia y la vela del trinquete.

Los palos se clavaban en la quilla y se sujetaban fuertemente con gruesos clavos de cáñamo a la altura de las barandas.

El bauprés llevaba colgada una vela trapezoidal, más ancha que alta, denominada cebadera. Esta lucía generalmente estampada una cruz de Cristo.

A lo largo del siglo XV, la *carabela* fue evolucionando según las necesidades impuestas por las navegaciones, y a finales de la centuria los *pueblos ibéricos* combinaron el *aparejo de cruz europeo* con el *latino-oriental*, naciendo de este modo la *carabela redonda*, empleada a principios del XVI. El hallazgo o idea constituyó un acontecimiento importante, pues mediante ella los barcos se hacían más fuertes y se tornaban más fáciles de gobernar. Más marineros, en una palabra. Claro que eran naves incómodas, que sólo tenían una *cámara* para la oficialidad, durmiendo el resto de la tripulación sobre *cubierta*. Aún no se podía pensar en la *hamaca*, invento del indio americano. La vida era, por estas circunstancias, bastante difícil a bordo: ratas y cucarachas convivían con los hombres; un hornillo en proa permitía hacer la comida si el tiempo era de bonanza; galletas, carne salada, garbanzos, aceite y alubias eran los principales materiales comestibles, faltando las verduras y ocasionándose el escorbuto por ello. En lugar de agua, que se corrompía, el vino era la mejor bebida. Un reloj de arena (*ampolleta*) y un grumete junto a él que cantaba las horas, y le daba la vuelta, regía la vida difícil de a bordo.

Con tales medios técnicos y en tales circunstancias, el hombre europeo de Iberia vencería al Atlántico. Camino de Oriente por la ruta conocida se había logrado penetrar bastante hondo con Marco Polo y demás viajeros. El Oriente también se había acercado a Europa por el Indico y por el interior terrestre de Asia. Del Japón a Gibraltar se extendía el marco conocido de la Humanidad. Pero más allá del estrecho ibérico se imaginaban tierras separadas por el Atlántico, supuesto océano *tenebrosum* en la conciencia medieval. Dentro de él estaba el *mar de los Sargazos*, donde se enredaban las naves. Se tenía por dogma que las regiones ecuatoriales eran innavegables por su alta temperatura, y se suponía la existencia de una "zona perusta", de acuerdo con la idea aristotélica. Todo el mundo creía que al *sur del cabo Bojador (Caput Finis Africae)* se extendía el horrible *Mare Tenebrosum*, mezcla de *aguas cálidas y frías*, que, unida a *niebla y arenas* del desierto, producían una masa impenetrable. Esa era la barrera, el *Finis Mundi*. Por

otro lado, se imaginaba alegremente a *San Borondón* navegando en su ballena Atlántico adelante. Se hablaba de las *islas Antillas*, de *gigantes*, de *pigmeos*, de *abismos*, de *amazonas*... Fueron Gil Eannes y A. G. Baldaia quienes destruyeron todos estos *tabúes* situados al otro lado del cabo Bojador (1434).

Sin embargo, por obra de estas *creencias* los descubrimientos se *detuvieron* sobrado tiempo, pues la imaginación supersticiosa de los marinos tenía muy en cuenta todas estas concepciones. Por sucesivas etapas se fue efectuando la *destrucción* de toda esta *geografía mítica*. Con un mapa de Africa delante se puede ir fijando perfectamente el avance paulatino que el hombre europeo verifica por el océano terrorífico. Los progresos se harán siguiendo siempre muy junto al litoral africano. En 1492, tres embarcaciones salidas de La Rábida, se decidirán a despegarse de la costa africana y hendir el Atlántico por la mitad, uniendo un viejo mundo con otro nuevo.

Con respecto a Oriente, el Occidente estaba deseoso de hallar una *ruta* de comunicaciones. Le era vital por la necesidad de *las especias*, cuya importación se hacía cada vez más difícil y cuyos precios eran desorbitantes. Europa padecía *déficit de forrajes*, y tenía que sacrificar grandes cantidades de ganado, cuyas carnes era preciso conservar con el fin de consumirlas en los inviernos. Y para conservarlas se exigía el condimento de las especias: *canela, pimienta, jenjibre, nuez moscada, clavo*... Por especias se entendían muchas cosas, donde no faltaban las auténticas especias mencionadas, además de drogas, tintes, perfumes, ungüentos y cosméticos. Sumatra solía facilitar la pimienta, la canela procedía de Ceylán sobre todo, en tanto que la nuez moscada se recibía de la isla de Banda y el clavo de las Molucas. Todos estos productos los chinos los llevaban a Malaca, y de aquí, a través de la bahía de Bengala, llegaban a la India en barcos de hindúes, malayos y árabes. En la India precisamente era donde se unía a la pimienta de Ceylán y donde se vendían en los principales puertos del país, tales como Calicut, Cochin, Cananor, Goa y Guyerat. Los árabes –como lo demostrará el viaje de Vasco de Gama– eran los que dominaban ya, a partir de aquí, el comercio que hacían en su "baghlas" de madera de teca. Ellos, usando los monzones, partían de Malabar hacia Persia, Arabia y el Este africano. El producto que llegaba a Occidente marchaba por Ormuz y Aden, haciendo transbordo en Shatt-al-Arabamur y Suez. De Shatt-al-Arabamur y en caravanas se transportaban los cargamentos a Alepo y por el río Eufrates a Damasco o a través de Bagdad y por el Asia Menor a Constantinopla. Desde Constantinopla o Estambul, lo

mismo que desde Alejandría, Antioquía, Trípoli y Beyrut los productos pasaban a Venecia y Génova. En Constantinopla los venecianos sobre todo constituían un grupo dominante y privilegiado hasta 1493. Con la caida de Constantinopla en 1493 el comercio se hace difícil. A principios del XVI los turcos conquistan también Egipto y Siria, por lo que a Occidente no le queda más remedio que buscar otra ruta hacia las especias. Es lo que vienen haciendo desde principios del XV los pueblos ibéricos que cultivan y obtienen en el Atlántico azúcar, esclavos, oro, marfil, goma, etc. Desde 1470 se va a creer firmemente que se puede llegar a la India por mar. La búsqueda de esta ruta origina la colonización de los archipiélagos atlánticos, pone en marcha el proceso descubridor lusitano y, finalmente, llevará hasta América, como veremos más adelante.

3. Los vikingos arriban a América sin saberlo

En el siglo X llegan los pueblos nórdicos a las costas del continente americano. Mientras los árabes, impulsados por una ideología, y a base del terror y del caballo, se expanden colonizando el sur del Mediterráneo, otro pueblo se forma al norte de Europa y poco falta para que ambos entren en colisión. Son, nórdicos y árabes, dos pueblos agresivos y agresores, inclinados a la guerra, al pillaje y a la destrucción, movidos por diferentes móviles y mediante distintos medios. Unos, a caballo; otros, sobre barcos. El árabe será esencialmente jinete y solo en excepciones se convierte en marino; en cambio, los pueblos del Norte son fundamentalmente marinos, que rara vez se transforman en jinetes. Los árabes se mueven impulsados por la guerra santa, para convertir sin convertirse nunca, en tanto que los nórdicos no sienten gran aprecio por sus dioses y con facilidad se harán cristianos cuando llegue el momento.

Los vikingos, u hombres de la bahía (*vik*, bahía) son agricultores, mercaderes, carpinteros, cazadores, que de vez en cuando se dedican al pillaje. Van a verse obligados a abandonar sus tierras por diversos factores, cuales son: exceso de natalidad; victoria de Carlomagno sobre sajones, que retroceden hasta Dinamarca, presionando sobre los nórdicos; progreso de la técnica marítima, que facilitará el movimiento y promesas de hallar un buen botín al otro lado del mar.

Los suecos, más comerciantes que guerreros, se proyectarán hacia el Sureste, hasta alcanzar (varegos) el Mar Negro y Bizancio; los dane-

ses, grupo bélico, se lanzan en sus *drakkars* sobre Francia, Inglaterra, España... Daneses y noruegos, situados en las costas de Francia (Normandía), dejan éstas para emprender correrías que les llevan a Sicilia, donde fundarán un reino, en el que convivirán varias razas, religiones y culturas. Los noruegos, grupo que llega a América, salen de los fiordos occidentales, cruzan el Mar del Norte y se apoderan de Shetland, Orcadas, Hébridas, Feroe... Saltan a Islandia, que la colonizan y usan de base para alcanzar Groenlandia y América. Asesinatos cometidos por algunos, que se convierten en reos, y tributos impuestos por la Corona obligan a varios de estos hombres a emigrar. En el 985 llega a Groenlandia un grupo de pobladores procedente de Islandia, primera patria de recalada, donde fundan las localidades de Gardar o Igaliko, Eystribyggd (colonia oriental) y Vestribyggd (colonia occidental). Las colonias prosperaron y hoy en ellas se han encontrado conjunto de ruinas, inscripciones rúnicas, cuerpo del obispo Jim Smyrill; esqueletos con señales de enanismo, debilidad ósea e infecundidad, primando los restos de niños, etc. Las citadas colonias vivían del ganado, de la exportación del marfil de morsa y halcones blancos, hacia Noruega; manteca, quesos, pieles de zorro azul, etc. Pero el comercio debió debilitarse, aunque hasta el siglo XVI se mantuvieron las relaciones, y, faltos de hierro, hidratos de carbono y maderas, debieron sucumbir a manos de los skrelingos (esquimales). A fines del siglo XIV debían estar ya en lamentable estado, según evidencian los restos, donde se aprecian el uso de ropas como las que vemos en los cuadros de Memling, o que visten Dante, Luis XI y Carlos el Temerario. Pero antes arribaron a las costas de América conducidos por Leif Erikson y por Thorfin Karlsefno. Tocaron en estos viajes los parajes que llamaron Hellulan (Baffin) o "país de piedras", Markland (Labrador), o "país de bosques", y Vinland (hasta Nueva York), o "país de la vid". Las sagas, concretamente la de Thorfin Karlseni (1305-1335), la del rey Olaf y la de Erick el Rojo, nos narran estas aventuras y hallazgos, carentes de valor histórico, puesto que tales viajes no tuvieron trascendencia, ya que no se conocieron en la Cristiandad ni significaron nada para las tierras americanas, ni obligaron a cambiar la concepción geográfica de la ecumene. Sin embargo, hay que reconocer el valor de estos hombres, que en sus *knorr*, barcos anchos y de alto bordo; sus *drakkars*, o barcos dragones, y sus *straves*, muy adornados y curvos, de unos 30 metros de largo y seis de ancho, se atrevieron a navegar llevados por los vientos que empujaban sus velas cuadradas, o a golpe de remos, sin conocer los sistemas de navegación que en el XIV era cosa común.

Parece, sin embargo, que en el año 1000 sabían ya calcular la latitud, les era familiar la determinación magnética del Norte y usaban una "piedra guiadora" (*leidarsteinn*), que puede estimarse como un antecedente de la brújula. Pese a lo discutido de sus restos en América del Norte (piedra rúnica de Kensigton en Minnesota, espadas, etc.), no cabe la menor duda que no es posible silenciar la aventura y proeza de estos hombres del Norte, que alcanzaron el Pireo y Bizancio descendiendo por las tierras rusas; Sicilia, navegando por el Mediterráneo, y América, cruzando el Atlántico norte. Modernamente, como un testimonio cartográfico de la arribada vikinga a América, se ha traído a colación el llamado mapa de la Universidad de Yale (The Vinland Map), incluido en una versión de la *Relación al Tártaro*, de Carpini, y al *Speculum Historiale*, de Vincent de Beauvais. La gran novedad del mapa radica en que en su extremo NO, aparecen tres grandes islas individualizadas, denominadas "Isolanda Ibernica", "Gronelanda" y "Vinlanda Insula a Byarno Repa et Leipho sociis", con una extensa leyenda encima relativa al viaje efectuado por el obispo Eirik Gnupsson. Aparte de estas tres islas, en el Atlántico se ven otras como la *Desiderate, Beate Insula Fortune, Magnae Insular Beati Brandani, Branziliae...* El mapa de Yale, por supuesto, no es contemporáneo de los viajes vikingos; es una creación muy posterior como se demostró. Tiene como fuentes los clásicos tratados de Estrabon, Plinio, Ptolomeo, Pomponio Mela; los escritos medievales de Vincent de Beauvais, Sacrobosco, Pedro D'Ailly, el *Libro del conoscimiento*, redactado en Sevilla por un franciscano; los relatos de los misioneros al Asia, Marco Polo, Nicolo de Conti e informes de mercaderes. Aparte de una serie de yerros fáciles de señalar y de preguntas fáciles también de plantear y difíciles de contestar (como ¿por qué Groenlandia aparece como una isla, con un contorno tal como el actual, cuando fue mucho más tarde que se conoció tal condición?). Actualmente no cabe la menor duda que el mapa es una creación moderna cartográficamente inspirado en los mapas de Andrea Bianco. No hay que darle más importancia y sí reducirlo a los testimonios sensacionalistas que con cierta regularidad (tumba de Ontario, torre de Rhode Island, inscripción rúnica, espadas, etc.) aparecen para demostrar o intentar demostrar que los nórdicos han sido los auténticos descubridores de América. Algo similar han pretendido los chinos. Sin tampoco mucho éxito por el momento.

4. Civilización marítima y urbana

Mas no hemos de mirar únicamente el hallazgo de América atendiendo a la necesidad estratégica que planteaba el encuentro de una nueva ruta que llevase a la especiería. Dentro del seno político, social y económico de occidente, de Europa, habían ido teniendo lugar una serie de hechos, a partir del siglo IX, que iban a favorecer este proyectarse del hombre europeo al otro lado del Río Océano o Mar Tenebroso, multiplicando su actividad marinera.

Durante el siglo IX se produjo una especie de desmoronamiento de la civilización marítima y urbana que condujo al imperio cristiano al centro mismo de Europa. La decadencia del poder civil ocasionó entonces una participación destacada del Pontificado en los asuntos temporales. A la vez nos encontramos que al Imperio romano marítimo, urbano y civil había sucedido el Sacro Imperio Romano Germánico, continental, europeo y feudal.

El aumento de la navegación en la zona occidental de Europa fue motivando una rápida y progresiva evolución social, a la cual acompañaba una profunda crisis económica. Pero a finales del siglo XI la náutica procedió a inyectar nuevo vigor al comercio; ocurre ello en el mismo instante en que la burguesía urbana logra para sí la independencia económica, conquista la emancipación social y prepara el ulterior nacimiento de la libertad individual. Dentro de las ciudades se gestó y desarrolló una especie de civilización individualista que pugnó por romper el cerco de la economía cerrada. El régimen feudal se fue resistiendo paulatinamente del fenómeno, el cual acabó por derrocar al sistema señorial mediante la emancipación social y económica, que ocasionó la emancipación de conciencia. A partir de entonces la economía urbana se expande y dilata, en tanto que se va esbozando a su compás la civilización del Occidente europeo; en el centro del Viejo Mundo el hecho no se da aún.

Cuando el siglo XIII hace acto de presencia nos encontramos ya con que en el Báltico, Rin y Danubio crece y vive una civilización urbana en función de Venecia, Génova y Barcelona, que actúan como grandes centros marítimos. La actividad mercantil-marinera de estas ciudades mediterráneas es enorme, y sus vínculos con Oriente, estrechísimos. Por Barcelona se asoma al Mediterráneo Aragón, cuya hegemonía marítima se empeña Jaime I en llevar adelante como sea (1213-76) cuando termina de conquistar el terreno peninsular (Murcia), y decide solo seguir sobre el mar. El otro gran reino peninsular,

el de Castilla, tiene, en menor escala, sus miras navales, y con Alfonso X logra convertirse en una incipiente potencia marítima.

El mar es algo que interesa en el XIII, y más aún en el XIV. Va a ser precisamente en esta centuria cuando Europa se vea envuelta en la Guerra de los Cien Años, cuya única finalidad era el dominio del mar (1340-1453). Mientras los campos de Europa van siendo testigos de la guerra que se origina a intervalos, el mundo occidental se despoja de su atuendo y muestra una nueva fisonomía, en la cual dan la tónica la concentración del poder, la desaparición de las clases privilegiadas y la emancipación del individuo. Brujas, Venecia, Génova y Barcelona logran a finales de la centuria destronar a Bizancio y arrebatarle la soberanía que en calidad de centro marítimo detentaba. El proceso se acelera con la curiosidad científica típica del Renacimiento y por los descubrimientos. La estructura medieval de Occidente concluye ya por disgregarse, la economía cerrada del sistema señorial se ve destruida por los intercambios comerciales; el principio individualista se impone; la centralización de las monarquías es un hecho, el impulso intelectual y la organización internacional se perfilan y un nuevo orden y equilibrio queda establecido en Europa bajo la simultánea acción de fuerzas internas y externas. Algunas monarquías que lograron dominar el sistema feudoseñorial emprenden la ruta del imperialismo económico al conjuro del gran capital, y se ven abocadas hacia los puertos marítimos y hacia los grandes descubrimientos que van a traer el hallazgo de América y la reglamentación del Derecho marítimo.

En Asia, y desde 1368, los Ming han expulsado a los emperadores mongoles. La China del sur –Nanking– triunfa sobre la del norte (Pekín). La India se halla fragmentada; Japón no sale de sus islas, y si lo hace es como pirata, al igual que los vikingos; pero si en lugar de dirigirse hacia el oeste lo hubieran hecho rumbo al este, cruzando el Pacífico...

En Europa se continúa elaborando una economía financiera; ha nacido el impuesto permanente y los ejércitos también permanentes, que aumentan los gastos públicos. El feudalismo va a caer por las nuevas técnicas militares y por la nueva concepción que se tiene de las monarquías. Cuando los impuestos –que se arriendan a capitalistas– no son suficientes, se acude al crédito que se obtiene en los nuevos centros bancarios: Lyon, Barcelona, Augsburgo, Nuremberg, Francfort, Amberes... Los Reyes abandonan el poder, por así decirlo, a veces en manos de los prestamistas; pero a base de deudas lo reconquistan. Los Fugger prestan dinero al Papa y al Emperador, como los Welser y

Fugger harán más tarde con Carlos I de España. Pero faltan metales preciosos; los que las Cruzadas proporcionaron se han evaporado ya. Nadie quiere imprimir papel-moneda como los chinos; por otro lado, la sociedad ha crecido y con ella el lujo y las demandas de especias y objetos suntuarios. Un ideal crematístico (oro, especias, objetos suntuarios), unas ideas religiosas (Bulas, Preste Juan), unas falsas ideas geográficas y unos adelantos científicos se van a conjugar junto con ciertas dificultades para alcanzar los viejos mercados de las especias para poner en marcha a la gran época de los descubrimientos.

Podemos afirmar que los auténticos descubrimientos comienzan cuando se desarrollan las civilizaciones urbanas y marítimas, sucediendo las unas a las otras; cuando comienza a difundirse el capitalismo; cuando Europa siente la necesidad de otras rutas para llegar a las fuentes de las especias, cuando el barco movido por músculos humanos (galera mediterránea) es sustituido por el barco movido a vela y con timón de bisagra o codaste (carabela), cuando a las navegaciones se le aplican más los conocimientos astronómicos, cuando la ciencia náutica se hace más experimental. Esto último observó Antonio de Nebrija en su obra *Introducción a la cosmografía* (1499), y esta ciencia marítima experimental se condensó luego en los *Regimientos de navegación* llamados así o *Tratados de la Esphera o Arte de navegar.* En una palabra, los auténticos descubrimientos comienzan con la Edad Moderna.

5. Sistemática de las exploraciones por el Atlántico

Durante el siglo XV, los progresos descubridores son notables debido a los fenómenos indicados, al movimiento que imprime a la sociedad el contacto de las civilizaciones cristianas y árabes, al adelanto científico y naval, a las necesidades de los productos orientales que siente Occidente, al impulso de algunos hombres audaces y geniales y a las experiencias adquiridas en largas expediciones comerciales.

Las *navegaciones* por el *Atlántico* no son sino una secuela de las actividades marineras de los pueblos ibéricos, y una consecuencia de las *circunstancias* referidas y de los *progresos científcos* logrados. Del arco geográfico que va del *Tinto-Odiel* a *Sagres* se escaparán los barcos que bordearán al *Africa* y saldrán disparados sobre América. Detrás de esta base marinera y detrás de este hecho histórico estaba toda la *península Ibérica* y todo el proceso de la *Reconquista.* Por eso pue-

de afirmarse que la expansión ultramarina de Iberia comenzó en el *Norte*. Es fácil ver que *Aragón, Castilla y Portugal* van ganando terreno rumbo al *Sur*. Portugal será el primero en llegar a las riberas atlánticas. A su costado, Castilla y Aragón van fijando sus respectivas zonas de reconquista por sucesivos acuerdos. En 1179, el *Tratado de Cazorla* concede Valencia a Aragón y deja Murcia para Castilla (cuatro años antes se ha traducido el "Almagesto"). En 1244, por el *Tratado de Almizra*, esta delimitación queda fijada exactamente: *Aragón* tiene que volcarse al *Mediterráneo*, mientras que a *Castilla* le cumple arribar al mar por *Andalucía*, saltar al *África*, seguir *Atlántico* adelante y tropezar con *Portugal*, que ha llegado antes que ella al Océano. Recordemos que en 1245 estaba Carpini viajando al corazón de Asia, y en 1248 se reconquistaba Sevilla. Realmente, Aragón no es excluido del todo, puesto que por el *Tratado de Soria* (1291) se le concede desde el *Muluya* hacia el Oriente. Fecha ésta en la que ya el pequeño condado luso de Alfonso Enríquez se ha transformado en el reino de don Dionis y se ha enlazado con Castilla dinásticamente, y en que los cristianos pierden San Juan de Acre.

En este instante, *Tratado de Soria* (1291), podemos dar principio al *primer ciclo* de las navegaciones atlánticas. Siguiendo la sistematización propuesta por *Pérez-Embid*, tendríamos en estas navegaciones los siguientes ciclos y etapas hasta enlazar con Colón:

Primer ciclo (1291-1415):

A) Etapa de *navegaciones aisladas* (1291-1340).

B) Etapa de *tanteos organizados* (1340-1415).

Segundo ciclo (1415-1550):

A) Etapa de la *rivalidad política* organizada entre *Castilla* y *Portugal* (1415-1494).

B) Etapa de *expansión* en los espacios respectivos (1494-1550).

La primera etapa del primer ciclo (1291-1340) es llenada por las expediciones de los hermanos *Vivaldi* y de *Lancelloto Mallocello* (1312). Son viajes comerciales, donde lo histórico se mezcla con lo hipotético. Los genoveses Ugo y Guido Vivaldi partieron de *Génova*, y, atravesando el *estrecho de Gibraltar*, llegaron a las costas africanas frente a las *Canarias*. Nada más se sabe de ellos. Resulta curioso saber que por entonces –1295– retornaba Marco Polo a su patria y que un hijo de los Vivaldi esperaría diez años, y al cabo de ellos emprende sin

éxito la búsqueda de sus familiares. Sin duda fue también a Sevilla, de donde salieron sus deudos, que era entonces ya un gran centro marinero y de conocimientos geográficos de Occidente, como lo demuestra el citado *Libro del conoscimiento...* redactado allí. Otro genovés, *Lancelloto Mallocello*, será años más tarde el *descubridor* medieval de las *Canarias*, a una de las cuales –Lanzarote– dio su nombre. Acaba la primera etapa después que *Angelino Dulcert* termina su mapa, donde por primera vez traza a las Canarias o islas Afortunadas (1339).

En la segunda etapa, de *tanteos organizados*, los *portugueses* inician la *penetración* en *Africa*. Son marinos lusitanos, mallorquines y castellanos los autores de estas expediciones. Comienzan ya los *roces jurisdiccionales* y se buscan las *intitulaciones jurídicas*. La acción descubridora apunta hacia la ocupación de los archipiélagos atlánticos y de la costa de Africa. Los hechos más interesantes son la intitulación de *Luis de la Cerda* (1344) como rey de Canarias y la conquista de parte de las Canarias por *Jean de Bethencourt* y *Gadifer de la Salle* (1402-1418). A partir de entonces la *soberanía castellana* queda clavada sobre Canarias, pues Jean de Bethencourt prestó pleitesía a *Enrique III*.

Comienza después el *segundo ciclo*, que vamos a ver hasta el reinado de los Reyes Católicos. O sea, sólo en su primera fase. En el sentido de los descubrimientos la gran novedad de la etapa consiste en los *viajes portugueses* sobre la *costa africana* y en la actividad científica de la *Escuela de Sagres*, impulsadora de estas exploraciones. *Enrique el Navegante*, que, paradoja, no fue navegante, se alza como el alma de esta obra náutica.

6. Los portugueses por el Africa

Los *viajes* se preparan *científicamente*, la rivalidad queda concretada a Castilla y Portugal, quienes disputarán por la *costa de Guinea*, por las *islas* o por *Santa Cruz de Mar Pequeña*. Es la gran etapa que prepara el momento de Vasco de Gama, de Colón y de Magallanes-Elcano.

Enrique el Navegante, era el hijo menor de Juan I. Junto a *Sagres*, en el cabo de San Vicente, fundó una *escuela de náutica*, que dirigió hasta su muerte en 1460. Dicha *escuela* era más una entidad gremial, un colegio como el de abogados o médicos actuales, que una "escuela náutica" tal como hoy la entendemos. Esto se desprende de las palabras o noticias de Azurara, el cronista del Infante, que indica que esta

fundación era algo semejante a lo que había en Cádiz. Y esto no era sino el Colegio de Pilotos Vizcaínos, dotado de las características que ya señalamos, aunque ello no quiere decir que estuvieran excluidas de la citada Escuela enseñanzas prácticas y los exámenes. Los avances descubridores no se debieron sólo a la acción personal del *Infante*, pero él es una figura *clave* en ellos. Portugal, con una geografía apuntando al misterioso Atlántico, estaba determinada a lanzar a sus hombres sobre él. El Infante comenzó la tarea y le dio base científica. Don Enrique se movía por *afanes comerciales*, intereses *científicos*, razones *políticas* y convicciones *religiosas*. A su amparo, y obedeciendo a estos diversos móviles, los portugueses descubren la corriente de las Canarias en 1426. Tras largos estudios, don Enrique adopta, según dijimos, la *carabela* como el más adecuado navío para estos mares que sus marinos exploran. Un año más tarde de la fecha citada encuentra *Gonzálvez Velho Cabral* el archipiélago de las *Azores*, y en 1434, *Gil Eannes* dobla el *cabo Bojador*. El avance hacia el Sur se continúa, y así, en 1441, *Nuño Tristao* puede añadir una nueva meta al descubrir el *cabo Blanco*. Tres años después, *Dioniz Díaz* singla en *cabo Verde*, y en 1446, *Alvaro Fernández* toca en *cabo Rojo*. En este lapso la corona de Castilla acepta pasivamente la *soberanía de las Canarias* ofrecida por Bethencourt; pero no interviene directamente en los acontecimientos que se desarrollan en ellas. *Castilla* sólo se ocupa de extender documentos que legitimen los esfuerzos marineros de algunos andaluces que organizan *expediciones particulares* (Alfonso de las Casas, 1420). En 1433, *Guillén de las Casas* es confirmado por Juan II para proseguir la conquista de *Canarias*. De éste dependen todas las islas, salvo *Lanzarote*, que es de *Maciot de Bethencourt*, sobrino de Jean. Por este entonces, en que ya ha sido doblado el cabo Bojador (1434), Castilla y Portugal discuten diplomáticamente, y la primera se asegura el dominio sobre las Canarias. Fijada esta soberanía, el interés se centra luego sobre Guinea, y de este modo Castilla y Portugal aumentan el horizonte geográfico a la par que discuten. Trece años, desde 1421 a 1434, ha luchado el Infante porque sus barcos sobrepasen el Cabo Bojador. Se tardará aún casi medio siglo para que se alcance el Cabo de Buena Esperanza. ¿Qué ha venido sucediendo en estos primeros treinta años del siglo XV en Portugal?

Las Madeira y Azores han sido redescubiertas en la década del 20 al 30. Y es en 1436 cuando se da la bula *Rex Regum*, en la cual el Papa ruega se ayude a la Corona portuguesa en su cruzada contra Tánger. Portugal está preocupada por su expansión *alem-mar*. Su es-

píritu descubridor observa un alza espléndida. Su nobleza había salido de la batalla de Aljubarrota con ganas de afirmar el señorío territorial según el espíritu de clases. En la burguesía, que iba a imprimir su dirección al Estado, se daba un anhelo por dilatar las actividades comerciales hacia mercados nuevos. El grupo artesano-industrial esperaba ampliar la producción y obtener beneficios más remuneradores. Por otra parte, los extranjeros que no han perdido el contacto con la patria de origen contribuyen al nacimiento de una burguesía esencialmente cosmopolita. Esa nueva clase, movida por aspiraciones expansionistas, es la que acaba imponiendo su género de vida y sus tendencias a las demás clases y a los mismos monarcas lusitanos. Entre estos extranjeros brillaban los catalanes, mallorquines y genoveses –marinos y comerciantes–, que eran los que mejor habían encarnado la necesidad de expansión que la Cristiandad acusaba.

El franciscanismo había renovado el espíritu de cruzada con el sentido de misión y aproximación del hombre a la naturaleza. Por otro lado, el laicismo libertará al hombre poco a poco del miedo a tomar los frutos del árbol de la vida. Y el hallazgo de primitivos, desnudos, en las islas atlánticas mostrará al hombre una nueva faceta de la humanidad. Este hombre primitivo plantea la interrogante, ¿Se les puede reducir a la esclavitud, como si se tratase de musulmanes? Se impondrá la práctica de la evangelización pacífica, aunque hasta bien entrado en el siglo XVI se les siga vendiendo como esclavos en mercados peninsulares. Frente a esas islas reales se situaban, además, otras fantásticas: *San Borodon, Brazil, Man, Satanaxio, Illaverde, Till, Siete Ciudades, Antilia, etc.*

Dentro de este espíritu se fue formando el plan de expansión portuguesa, que chocaría con la proyección castellana. Plan que no fue un sistema de ideas elaboradas. El pensamiento de expansión lusitano viene determinado por las circunstancias señaladas y por las necesidades económicas y culturales de la Cristiandad. Surge con un objetivo esencial: comercio con Oriente. Cristalizará gracias a la excelente posición geográfica de Portugal y a su preparación náutica, y contó con figuras eximias: Juan I, algunos de los "ínclitos Infantes" y, por supuesto, con el príncipe virgen don Enrique. Pertenece éste a la singularísima generación de los "ínclitos infantes"; pero no fue tan filósofo como el rey don Duarte, ni tan culto –en el sentido humanista de la palabra– como don Pedro, el Regente, ni tan justo y humano como el infante don Juan, ni tan santo como el infante santo. No fue el más intelectual de los hermanos pero poseyó más que ninguno el poder de

intervenir en el curso de la historia de su pueblo y de la humanidad. Desde el políptico de Nuño Gonzávez (Museo de las Janelas Verdes) o desde la miniatura de la *Crónica de Azurara* del manuscrito de París, nos observa este hombre que en la *Crónica de los hechos de Guinea*, debida a Azurara, se refleja como un personaje de romance. Claro que la crónica es un relato "para el señor", que Azurara procura dotarla de las formas propias de un romance caballeresco.

Circunstancias y personajes han quedado señalados. El rumbo a tomar era el del Sur y sus ramificaciones. Primero interesaba Africa, que se convertirá en el "Algarve de alem-mar". Luego interesaban los archipiélagos atlánticos y, desde ellos, la ruta a Occidente y la ruta al Sur "contra Guinea", que llevaría a la India, bien bordeando Africa, al Sur, si se imponía la concepción geográfica de Macrobio, que había afirmado que Africa tenía forma rectangular y no llegaba más allá del ecuador, dándose al sur la unión del Indico y el Atlántico para formar un mar único. También se suponía que más al Sur del ecuador existía un continente austral simétricamente opuesto al bloque formado por Europa-Asia-Africa. Si se imponía la teoría ptolomeica había que llegar a la India cruzando Africa a pie por su cintura, pues Ptolomeo hacía del Indico un mar cerrado entre los extremos de Africa y la península de Malaca, que se unían.

Los objetivos del Infante los expone Azurara claramente: saber qué había más allá del Cabo Bojador, establecer un comercio ventajoso, conocer el poderío musulmán para seguridad de la Península, buscar al Preste Juan, evangelizar y destruir el monopolio de los italianos con Oriente. El Infante pretendió hacer del Atlántico un "mare clausum", vedándoselo a los castellanos más que a otros pueblos; "mare clausum", monopolio, política de sigilo y control desde Sagres, Ceuta y Canarias. La penetración, según indicamos, se ha iniciado desde 1415. Hay una crisis económica interna considerable, que hay que salvar, y existen unas circunstancias políticas y sociales que empujan hacia el *alem-mar*. Se piensa en Ceuta, primero, porque se estima que Ceuta podría ser el núcleo de atracción de los productos africanos que Flandes, por ejemplo, consumía. Se piensa en Ceuta, porque sería el puente donde se citarían las rutas de Tumbuctú con las caravanas de Alejandría. A base de esto, y mediante la acaparación de metales preciosos –se estimaba– no era difícil o imposible que Portugal arrebatase a Venecia algo de sus pingües beneficios en Flandes o Inglaterra. Pero, conquistada Ceuta, se vio que cesaba el enlace económico con el interior y que, por lo mismo, de nada servía como fuente de riqueza. El

fracaso de Ceuta condujo al Cabo Non, y a las Maderas, y a las Canarias. Cuatro puntos íntimamente ligados.

Las islas comenzaron a producir agrícolamente y para el desarrollo de tal actividad había que recurrir a la mano de obra africana, que se obtenía mediante "cabalgadas" o "entradas" en la cercana costa. A causa de la necesidad de estos brazos se impuso llegar más lejos en las exploraciones. Más lejos era doblar el Cabo Bojador. Otra razón que impelía era la necesidad de entrar en contacto con las caravanas del oro, alejadas de Ceuta. Para ello el remedio estaba en "el conocimiento greográfico". Los mapas de entonces situaban a estas caravanas. Pero ¿se las localizaría navegando por el litoral o yendo a través de las arenas del desierto? Jácome de Mallorca aportó esta duda y él mismo contestó que yendo más al sur de Bojador los navegantes conocerían con exactitud la posición de las tierras productoras de oro.

Estábamos en 1436. Al año, el Infante se sitúa en San Vicente y se da la frustrada conquista de Tánger, en la cual cae prisionero el infante don Fernando, evocado por Calderón en *El Príncipe constante*. El percance de Tánger detiene las expediciones por un momento. Pero en 1441 se reanudan, y en ese año Antonio Gonzálvez singla en Río de Oro y Nuño Tristao en Cabo Blanco. El interés económico de las empresas lo evidencia la fundación de la Compañía de Lagos, que pronto obtiene amplios beneficios. Desde 1443 se nota una doble acción: la descubridora y la de explotación económica.

En el año de 1446, Dionis Fernández alcanza el río Senegal y el Cabo Verde, y Nuño Tristao fondea en el Río Grande, en la actual Guinea portuguesa. En aquellos años se conocía por Guinea toda la costa situada al sur del Cabo Bojador. La zona quedaba dividida en dos partes: una, al norte del río Senegal, de tierras áridas, poblada por moros acenegues y donde los lusitanos adquirían oro y esclavos negros vendidos por los acenegues; otra, al sur del río Senegal donde la vegetación era tropical, y por ello al cabo próximo le denominaron *Verde*. No había moros, sino negros jalofos, en los que se prosigue la trata.

La *Crónica de Guinea*, de Azurara, pone punto y final en 1448; pero pronto se continuará. No quiere decir que las empresas descubridoras se paralicen. Cortesao sostiene que en 1448 no disminuye el quehacer descubridor del Infante. Cree que sus navíos llegaron a penetrar en el Golfo de Guinea, sin precisar sus contornos. El arribo a la zona de Guinea trajo consigo problemas que ya hemos anunciado. Las calmas retenían a los barcos y la corriente se oponía al retorno. El Golfo de Guinea, como el de las Yeguas (Península-Canarias) fue una

magnífica escuela náutica para que portugueses y andaluces practicasen las discutidas "voltas".

La Bula *Dum Diversas*, de 1452, concede a los portugueses el derecho de conquistar, sin restricciones, las tierras en poder de los enemigos de Cristo. Al año, cae Constantinopla, con unas consecuencias que ya conocemos.

Llegamos así al año de 1455, año decisivo, pues es entonces cuando se da la Bula *Romanus Pontifex*, de Nicolás V, donando a los portugueses todas las tierras, islas descubiertas y por descubrir, con exclusiones de cualquier príncipe cristiano. Se la considera como la Carta Magna del Imperio lusitano. Esta Bula confirma anteriores privilegios y dona las tierras desde el Cabo Bojador en adelante, prohibiendo a otros navegar por dicha zona. Refleja la Bula los viejos planes de cruzada espiritual, de circunnavegación de Africa, del "plan de las Indias"... Tal vez la caída de Constantinopla fue quien determinó esta Bula.

Pero no acaban aquí las concesiones a Portugal. En el año de 1456 Calixto III otorga la *Inter Coétera*, concediendo privilegios espirituales y temporales. Se copia la *Romanus Pontifex*, de 1455, y se otorga a la Orden de Cristo "la espiritualidad de las tierras" y la eclesiástica de lo conquistado y por conquistar. El prior de la Orden podría proveer todos los beneficios eclesiásticos. La Bula, además, señala la dirección sur de los descubrimientos: *"usque Indos"*, sentando ya los precedentes de próximas demarcaciones.

En 1460 muere el Infante, cuando Pedro de Sintra descubre Sierra Leona. Se han explorado 2.000 kilómetros en vida de don Enrique. Han sido cuarenta años de constante bregar para lograr que sus barcos recorran sólo 18°, de Bojador a Sierra Leona. Un total de 27 millas por año. Pero no está el mérito del Infante en esto; radica en haber consolidado la incierta vocación marinera de Portugal; en haber demostrado que la empresa no podía ser tarea de un particular, sino del Estado; en haber borrado obstáculos geográficos, y, sobre todo, en haber abierto el camino hacia la India. Obra suya, también, es la creación de la escuela cartográfica portuguesa, que consigue solicitando los servicios del judío mallorquín Jácome de Mallorca ("Esmeraldo de situ Orbis"). Hoy sabemos que el tal Jácome de Mallorca no es otro que el judío Jaffuda Cresques, hijo de Abraham Cresques, que al convertirse se llamó Jaime Ribes y luego Jácome de Mallorca. Debió llegar a Sagres hacia 1421, un año antes de que el Infante –según Azurara– comenzara las tentativas anuales de descubrir a lo largo de la costa africana.

En el año 1462, Diego Alfonso llega a las islas de Cabo Verde, y diez años después Fernando Poo navega por el Golfo de Guinea. Estamos en vísperas del inicio del reinado de Fernando e Isabel (1474), fecha que también señala el comienzo de las reclamaciones castellanas. Los barcos andaluces, con centro en Palos, van cada vez con más frecuencia a Guinea.

La exploración de la costa atlántica africana por Portugal no avanzará ni un paso de 1475 a 1480. Pero desde 1454, Portugal tenía la exclusividad de explotación de todas aquellas costas.

Los Reyes Católicos reivindican derechos sobre Guinea. Es en esta misma época cuando un cronista, Hernando del Pulgar, narrará el descubrimiento de la "mina de oro" por marinos andaluces. Esto creará un enorme estímulo en los navegantes. A ello hay que añadir las licencias y protección concedidas por los Reyes Católicos; así, nos consta como en 1475 nombran receptor del "quinto de las mercancías" que se traigan de "Africa y Guinea a Rodríguez de Lillo, del Consejo Real, y a Gonzalo de Coronado, regidor de Ecija". Esta política de los Reyes fue de suma importancia e incentivo para muchas expediciones a Guinea. Siguiendo el caudal inmenso de datos conservados en el "Registro General del Sello" del Archivo de Simancas sabremos que los Soberanos no sólo nombrarán receptores del quinto; también concederán licencias para ir a Guinea, Mina de Oro o Cabo Verde, a pescar o comerciar. Unos sólo podrán ir a pescar, como indica la licencia concedida "a Fernando de Gamarra, por juro de heredad..."; otros la tendrán para pesca o comercio de metales... como la concedida "a García Alvarez de Toledo". Incluso habrá licencia para un extranjero: el mercader florentino Francisco Bonagnisi, que irá junto a un catalán, Granell; hecho este último que tiene relación con el tema narrado por Alonso de Palencia sobre el viaje de Charles de Valera, enviado en 1476 a Guinea por los Reyes Católicos, donde captura al marino italiano Noli, que sirve a los portugueses, y apresa al rey de los aranepas o acenegues, que devuelve. Según Hernando del Pulgar, al año siguiente tiene lugar la expedición de Pedro de Covides, cargada de ropas viejas, almireces, conchas, latón... El interés por Guinea es enorme, y por eso los lusitanos apresan a Covides. En 1478 se da una licencia con la merced de no tener que pagar el quinto, concedida a Beatriz de Bobadilla por la Reina.

Los Reyes controlan el comercio y expediciones a Guinea. Pero los marinos andaluces no se someterán a este control tan fácilmente. Estaban acostumbrados a ir sin licencia, sin protección real y a obtener to-

das las ganancias. Los Monarcas dictaminarán la obligación de llevar en todas las expediciones un escribano. El control se impuso. A pesar de ello, nos consta cómo, en 1477, los monarcas envían una carta a los Consejos y vecinos de Sevilla y Jerez de la Frontera para que tomen los bienes de los que fueron a Guinea sin licencia, e incluso los ejecuten. Evidentemente, todo ello muestra en el fondo la política real al respecto: reivindicación de la prioridad castellana ante Portugal; por otro lado, tenemos el control real de las expediciones, impuestos con el quinto, y la protección y seguridad real.

El ir a Guinea se convirtió en un peligro, aun teniendo la licencia real, pues podían ser robados o no ser pagados al llegar a la Península, como nos encontramos a Iñigo Ibáñez de Arteita, que reclamaba a Alfonso de Lugo su sueldo por un viaje que hizo a Guinea en 1477. Ante ello, la Corona concederá garantías de seguridad, como consta en el "salvoconducto" y seguro para todas las personas que fuesen en los navíos que lleva a su cargo Mosén Juan Bosca para ir a la Mina de Oro en 1478.

Tenemos, por otro lado, el peligro de ser apresados por portugueses en el mar. Es por lo que se decidirá hacer grandes armadas; así, los Reyes organizarán la armada de Mosén Bosca, capitán mayor de ella, "ordenando a todos los oficiales de los puertos de mar y a maestros y a armadores de navíos" ayudar a éste.

Pero si los andaluces corrían el riesgo de ser capturados por barcos portugueses, el mismo peligro afectaba a los portugueses. Muchas naves, con sus marinos y mercancías, pasaron a manos de marinos andaluces. Ante noticias de estas capturas, los Soberanos ordenarán "a Rodríguez de Lillo y Ruy González de Portillo, que hagan información acerca de las carabelas con sus mercaderías que ciertos vecinos de Palos tomaron a portugueses que venían de Guinea con sus naves". O bien, concederán el quinto de las riquezas tomadas a una carabela portuguesa, a un receptor de Guinea, como otorgó a Gonzalo de Coronado el de la nave capturada por marinos de Lanzarote; o a Rodríguez de Lillo el de una embarcación portuguesa apresada por marinos de Palos.

Los Monarcas no sólo se limitarán en hacer ver y poner en práctica todos sus derechos en navegaciones al Sur con fines comerciales, sino que también tomarán posesión de tierras, algo que es evidente en una "carta al Almirante mayor de la Mar para que tenga a los vecinos y moradores de la isla de Cabo Verde como vasallos de SS. AA.".

Como asimismo concederá licencia y "seguro a Pedro de Montoya

y Juan de Covarrubias, para que puedan seguir en las islas de Cabo Verde y traficar con sus mercaderías" de allí tomadas.

No quedó al margen de estas navegaciones andaluzas el negocio que suponía la captura y traída de esclavos; de lo que tenemos constancia en la "ejecutoria de sentencia a petición del obispo de Canarias, don Juan de Frías..., contra vecinos de Palos y Moguer... de haber cautivado a ciertos cristianos canarios, de la Gomera"; como también poseemos evidencia de ello en el pleito de Berardi, por el que ciertos negros de Guinea habían sido pasados de un buque portugués a otro sin pagar el quinto de la mar.

Guinea era el objetivo de los marinos andaluces, pero quizá fuese la Mina de Oro la localidad de mayor interés comercial. Para beneficiar tal comercio los Reyes ordenan "a don Diego García de Ferrera y doña Inés Peraza, y a los concejos de las islas de Canarias", para que permitan a Bonaguisa y Granel tomar conchas o se las vendan, para así cambiarlas éstos en Mina de Oro. Mina de Oro se citará en muchas licencias, seguros reales y en nombramiento de receptores, incluso en la armada citada que ellos prepararon al mando de Mosén Juan Bosca se especifica "a Mina de Oro".

Terminada la guerra peninsular, se firmará la Paz de Alcaçovas-Toledo. Tratado que cambiará radicalmente toda esta política de los Reyes Católicos, en cuanto a navegaciones al Sur por la costa africana.

Ya en diciembre de 1479 dan los Reyes un "apercibimiento a los capitanes, maestros y patrones de las naos que fueron a Guinea y Mina de Oro, en el entretanto que se publicaron las paces con Portugal para que, conforme a lo asentado con este Rey, le paguen el quinto que hubieran debido de pagar a los Reyes de Castilla". De ahora en adelante el Estado se atendrá estrictamente a lo pactado; hasta tal punto llegará su cumplimiento del compromiso adquirido, que salvaguardará los intereses portugueses al ordenar al asistente de Sevilla que "haga volver a su tierra a los ingleses que habían venido en busca de pilotos para ir a Mina de Oro y Guinea, y prenda a los que se hubiesen comprometido".

Será este período, de fines del 79 a fines del 80, cuando los Reyes darán notas de apercibimientos, pues muchas naves, como era habitual, habían partido para Guinea o Mina de Oro antes que se firmase el Tratado de Paz, y, ya firmado, no habían vuelto. En este período los Monarcas evidenciarán su respeto a lo firmado. Se darán órdenes a Diego de Merlo y Jaime Ran para que entreguen al monarca de Portugal el quinto de todas las mercancías que vengan de Guinea y Mina de

Oro. Será ya el Rey portugués quien tenga poder para dar licencias, de sus manos la recibirán castellanos como Díaz de Madrid, vecino de Sevilla, y Alfonso de Avila "para ir a Guinea y Mina de Oro con dos carabelas".

Tocaba a su fin el verano de 1479 cuando se firmó el acuerdo Alcaçovas, que la *Crónica* de Hernando del Pulgar recoge en todos sus trámites. Los signatarios firmaron en septiembre, para ser ratificado en Toledo en marzo de 1480. Por entonces pintaban Memling, Filipo Lippi, Boticelli y Cristóbal Colón se casaba... Los acuerdos reproducen la paz de Medina del Campo de 1430, introduciéndose nuevas cláusulas, entre las que interesan la VIII y IX, relativas a Canarias y Guinea. Realmente los acuerdos fueron dos, uno el llamado "Tratado de las Tercerías de Moura" sobre pactos matrimoniales y el destino de Juana la Beltraneja, y el Tratado de Paz Perpetua, que era donde se incorporaba y perfeccionaba el de Medina del Campo. Respecto al tan debatido asunto de las exploraciones y posesiones insulares atlánticas se acuerda que corresponde a Portugal la posesión de Guinea, Maderas, Azores, Cabo Verde y otras islas que se encuentren navegando de "Canarias para baxo contra Guinea". A Castilla se le reconoce la posesión de las Islas Canarias "e todas las otras yslas de Canarias ganadas o por ganar". Los Reyes Católicos se comprometen a impedir que sus súbditos o extranjeros, partiendo de sus reinos, vayan a la zona reservada a Portugal. Sobre navegaciones rumbo al Norte o al Oeste nada se dice. En 1479-80 sólo tiene sentido la ruta hacia el Sur, el mar junto a la costa; por eso, cuando llegue el descubrimiento colombino de 1492 se plantea de nuevo el problema de encajarlo dentro de lo pactado.

El Tratado fue sometido a la ratificación de Sixto IV, que lo confirmó por la Bula Aeterni Regis (1481), donde no sólo confirma lo acordado, sino que reproduce las cláusulas del Tratado, además de las Bulas Romanus Pontifex (1455) y la Inter Cetera de 1456.

El monopolio y exclusividad obtenidos por Portugal es aprovechado para fundar en 1481 el castillo de San Jorge de la Mina, que aseguró el éxito mercantil de la empresa expansiva (oro). Allí convergía todo el comercio de las Costas de la Malagueta: marfil, oro, esclavos... La expansión descubridora lusitana la prosigue Diego Cao, que en 1482 alcanza la latitud 22° 10'S.; ha descubierto el río Congo. Las crónicas guardan secreto sobre todas estas conquistas o las deforman, por la habitual política de sigilo. Ese mismo año de 1482-83 parece que Colón visitó el fuerte de la Mina, sito donde hoy se alza Cape Coast Castle (Ghana), procedente de Funchal, donde vivía con su es-

posa. Tenía unos 33 ó 34 años y se disponía a entrar en España. Pintaba Ghirlandajo y actuaban en Europa Pico de la Mirándola y Savonarola. Años interesantes en la historia europea. El sucesor de Diego Cao, Bartolomé Díaz, vencerá el último obstáculo. Sale de Lisboa en 1487 y en 1488 dobla el Cabo Tormentario y de las Agujas, al que Juan II rebautiza con el nombre de Cabo de Buena Esperanza como augurio de la pronta arribada a la meta ansiada.

7. Precedentes de la colonización americana

¿Y Castilla? Interesa saber, en relación con lo acordado en Alcaçovas-Toledo que antes de 1480 la reina Isabel encomendó al Prior de Prado y a otros miembros de su Consejo que dictaminasen sobre el "negocio de las Islas Canarias". Las siete islas pertenecían a Diego de Herrera y a su mujer bajo el "superior dominio" de los Reyes Católicos. La Reina pretendía recuperar Gran Canaria, Tenerife y La Palma de los indígenas paganos, pero no deseaba dañar los derechos de los Herrera. El Consejo dictaminó que la Corona podía conquistar las islas e indemnizar luego a los Herrera– Peraza. Esta consulta y dictamen interesa por un doble motivo: primero, como antecedente del Consejo que la Reina ordenará formar siempre a su confesor Fray Hernando para que dictamine sobre las propuestas de Colón; y segundo, como exponente del deseo de la Corona para hacer las islas realengas, sin que sobre ellas se imponga la autoridad de un particular. Ello explica –esta política– la reacción, más tarde, a conceder a Colón jurisdicción sobre tierras.

Delimitadas las navegaciones atlánticas, Castilla apenas podía oficialmente dedicarse a las exploraciones, ya que estaba entretenida con la expulsión de los musulmanes de Granada. Al concluirse ésta, y firmarse las capitulaciones santafesinas, la marina castellana y andaluza vuelven a ocuparse del océano.

Dos empresas periclitan casi al mismo tiempo: la Reconquista y la conquista de las Canarias. El final de la primera permitirá fijar la atención en los caminos del mar y proyectarse fuera del contorno peninsular. La realización de la segunda facilitará un campo de experimentación de lo que luego se llevará a cabo al otro lado del océano. El interés de este precedente importa verlo aunque sea sucintamente, igual que conviene examinar los antecedentes medievales de la colonización.

La colonización hay que examinarla como un fenómeno continuo. Es imposible comenzar su historia –como también lo era comenzar la historia de los descubrimientos– con el hallazgo de América. Si para comprender mejor la obra colombina hemos pasado revista a todo el proceso descubridor atlántico, también conviene examinar algunas premisas del proceso de asentimientos extraeuropeos, hermanado con éste desde 1492 en tierras americanas.

Si no se han tenido en cuenta los supuestos anteriores en la colonización americana, se ha debido por lo general a que los historiadores son especialistas de historia moderna y contemporánea poco familiarizados con el medievo. Sin embargo, la sociedad americana es una prolongación de la medieval. Es imposible separarlas; y en esta imposibilidad de aislar la Edad Media de los inicios de la historia americana es factible distinguir, según Charles Verlinden:

1. Aspectos de preparación o de condicionamiento.
2. Aspectos de filiación.
3. Aspectos de adaptación.

Los fenómenos de preparación o de acondicionamiento son aquellos que se dan en los comienzos de las navegaciones y comercio atlántico. Es decir, existen una serie de hechos previos, de antecedentes, que preparan el descubrimiento de América.

Los fenómenos de filiación nos permiten, precisamente, ver que los *italianos* ofrecen los precedentes en *Levante*. De ello tomaron los *iberos* los factores colonizadores. *Genoveses, venecianos* y *florentinos* se establecieron en *Tortosa, Sevilla* y *Almería*. Los mismos llegan al *Don*, a *Crimea*, al *Mar Negro*. Ellos, con los ingleses y mallorquines, influyen indudablemente en la *Escuela de Sagres*. La filiación entre ellos y los pueblos íberos es clara.

Los fenómenos de adaptación se observan en la historia interna. Si nos fijamos en la organización que España establece en América, notaremos que lo que hace es *importar cuadros medievales y adaptarlos*. Recordemos los precedentes de la *encomienda*, los modelos de los virreyes y los orígenes de los adelantados. América recibió estas instituciones, variándolas según sus peculiaridades, tal como Europa cristiana hizo con el Derecho romano. Además, la historia medieval de España es una continua historia de conquista y de colonización. Es un avance de norte a sur de la península, arrebatándole tierras al infiel. Por eso, cuando comienza la Edad Moderna y se encuentra con el mundo americano, España no *improvisa una política de colonización*,

sino que prolonga la que ha venido aplicando en su propio marco o en las Canarias. Entre la empresa de Indias y la repoblación de la alta meseta del Tajo, dice Sánchez Albornoz, no hay mayores diferencias. Es la misma empresa, con el mismo espíritu. Allende el mar se continúan *las behetrías* (encomiendas), las *cartas de población, los privilegios* y *libertades municipales,* la *colonización,* las *erecciones,* el *quinto del botín...,* etc. *Canarias,* en este sentido, es el primer peldaño. *Fray Bernardino de Sahagún* consiguió las conquistas de las islas como prolongación de la Reconquista y antesala de la empresa indiana. Antonio de Herrera, que no habló de dicha conquista insular en sus *Décadas,* sintió la censura y hubo de rectificar, escribiendo un tratado sobre descubrimiento y conquista de Canarias. Andrés Bernáldez le dedica amplia atención al redactar la *Memoria o Historia del Reinado de los Reyes Católicos.* Modernamente, Rafael Torres Campos y Silvio Zavala han establecido el *paralelo entre la anexión de Canarias y la del Nuevo Mundo.* En ambas empresas hubo una *donación papal.* En ambas se empleó la *iniciativa y riqueza del particular* para la organización de las huestes. El contrato de Juan Bethencourt con Enrique III es puramente medieval y similar a las *capitulaciones* indianas. En ambos casos, además, el Estado concede *premios y mercedes* a los conquistadores; les otorga *derechos a repartir tierras y aguas,* y les da *indígenas* con la obligación de *adoctrinarlos.*

El precedente canario es tan claro y evidente que, llegado el momento de fijar las capitulaciones santafesinas, según veremos, los Católicos Reyes ponen inconvenientes a las peticiones de Colón, porque no desean que en las posibles tierras a descubrir se establezcan unos señoríos como en las Canarias. Esas Canarias que enviarán los primeros plátanos, las primeras cañas de azúcar, los primeros cerdos y un gran número de técnicos, marinos y simples pobladores a partir del primer viaje colombino para teñir de *isleñismo* la conquista antillana y continental.

Con estos supuestos previos, y teniendo tras sí el respaldo de una experiencia náutica que había facilitado destapar el litoral atlántico de Africa hasta su punta más meridional, iba a comenzar la empresa de Cristóbal Colón. Un producto, archiapreciado, constituiría en cierto sentido el determinante de la empresa colombina. Europa necesitaba ese producto, pero no dominaba el camino para llegar hasta los mercados expedidores.

8. La España del Descubrimiento

España, como tal, no existía aún; pero podemos denominar así a la unión –sin fusión– de los reinos peninsulares, excepto Portugal. La unión de Castilla y Aragón no llegó nunca a significar fusión moral y política, pero sí implicó una solidaridad, una ampliación de base territorial, un internacionalismo y una colaboración material que, junto al gran prestigio moral de los Reyes Católicos, iba a favorecer a la gesta americana.

La España de entonces contempla el fenecer del gótico en medio de una explosión barroca. Fenece el llamado estilo de los Reyes Católicos (gótico nórdico-mudéjar) para dar paso al estilo renacentista. El momento es crucial. Es una época puente donde Juan de la Encina, Gómez Manrique y Lucas Fernández acarrean un medievalismo literario que convive con el barroquismo de *La cárcel de amor*, la inmoralidad de *La Celestina* y el individualismo de *Amadís de Gaula*. La Edad Media se va quedando atrás. Triunfa el humanismo, primero en la *Gramática* de Elio Antonio de Nebrija, luego en el *Estudio* de Maese Rodrigo de Santaella (1502), primer traductor de Marco Polo, en Sevilla, en la Universidad de Alcalá (1508) y en la Biblia Políglota (1514). Sin salto brusco, una época va dejando paso a la otra. Las gentes se divierten con fruición y gozan con el lujo. Inmoralidad, religiosidad y belicismo son notas de esta sociedad que vamos a delinear seguidamente y a la cual encontramos moviéndose, viviendo, en las páginas de los literatos, poetas e historiadores de entonces. Estos últimos –G. Manríquez, Andrés Bernáldez, Ayora, A. Palencia– recogen en sus libros la evolución social del momento, la miseria, la vida suntuaria, la crisis agraria, el hecho del descubrimiento, las guerras, el ascenso de los nuevos ricos, los cambios en el ejército, etc.

Sobre 465.000 kilómetros cuadrados viven unos nueve millones de habitantes que miran al Sur y al Mediterráneo. Esta última dirección no nos interesa a nosotros, sino la sureña, pues completado el marco peninsular hacia ese rumbo, se iba a saltar al Africa, a los archipiélagos atlánticos y al Nuevo Mundo. La anexión de Granada iba a facilitar 30.000 kilómetros cuadrados más y 500.000 habitantes. Sólo falta incorporar Navarra (10.000 kilómetros), y ya entonces la unidad peninsular quedaba redondeada. Mientras esto llegaba y llegaban también los proyectos de anexionar a Portugal, la población de la Península se desbordó de su *habitat* y comenzó a salir por los puertos del Sur, Atlántico adelante. Andalucía era una de las regiones más pobla-

das, como lo eran todas aquellas zonas que gozaban de tierra fértil y de un clima benigno y húmedo.

La estructura social de entonces, yendo de arriba abajo, ofrecía los siguientes sectores: aristocracia, clase media y campesinado.

La *aristocracia* o nobleza (ricoshombres) estaba integrada por los militares o gentilhombres, las altas jerarquías eclesiásticas y el patriciado urbano. Dentro de ella estaban los infanzones, los hijosdalgos y los donceles. No eran muchos los individuos que se podían señalar como integrantes de la aristocracia; los cómputos más exactos señalan unos 115.000 individuos, entre los cuales había unas cuatro docenas de linajes que formaban la grandeza (magnates, barones, nobles) o ricoshombres. Procedían estos linajes de las familias reales, pero bastardamente. Se unían entre sí y con la familia reinante. Con los Reyes Católicos este grupo se apartó un tanto de la Corte, hasta la muerte de doña Isabel. Menos cortesana de lo que se ha dicho, era esta clase, sin embargo, fastuosa, culta y rica. Grandes palacios constituían el refugio de este grupo, que, eclipsado eventualmente como potencia política, vuelve a hacer gala de poder y de aptitudes de gobierno, que le facilitan fuerza económico-social.

Más numerosa que la de los magnates era la pequeña nobleza, formada por el grupo así llamado y por la "alta burguesía", según denominación moderna, aunque entonces se denominaban realmente "militares" (caballeros), "gentilhombres" (hijosdalgos) y "ciudadanos" (caballeros). De este *sector* salieron las jerarquías eclesiásticas, los caballeros de las Ordenes militares, los mejores capitanes, funcionarios y diplomáticos. Tipos como Fonseca y Margarit ejemplarizan este sector, que proporcionaba al país todos los militares y administradores.

Representaban también a la pequeña nobleza el patriciado urbano, los ciudadanos honrados, que era un sector de terratenientes más refinado y culto que el militar y el cual enviaba a sus hijos a las Universidades.

La denominada *clase media* no era la burguesía, que apenas existía como clase social y económica, sino los vecinos llamados "medianos", los mercaderes, los artistas. Clase media eran los notarios, cirujanos, campesinos ricos, tenderos, patronos industriales, pintores, orfebres, armadores, etc. De poco influjo social y político, esta clase adolecía de una débil demografía. Apenas eran el 3 por 100 de la población total (255.000). Pese a esto, políticamente eran el estamento de las ciudades; podían darse buena vida, eran instruidos y proporcionaban la burguesía industrial-mercantil. Para llenar el vacío existente entre la aris-

tocracia y el último escalón social hemos de pensar en los judíos (200.000) y en los clérigos (25.000), englobados dentro de la clase media.

En las ciudades era posible ver una clase modesta, bien numerosa, pues constituía el 12 por 100 de la población total del país y el 8 por 100 de la urbana, más limpia de sangre que la nobleza. Era la clase media, la ciudadana. Del total, la mitad eran pobres; la otra mitad poseían buenos capitales que les permitían vestir y comer bien, divertirse y disfrutar de una vida nada dura. Los que tenían dinero venían a ser los menestrales, que formaban los gremios, con su clásica jerarquía de maestros, oficiales y aprendices. Precisamente, a través de los gremios o directamente, intervenían en el gobierno de las ciudades. *La Celestina,* de Fernando de Rojas, o *Las Quincuagenas,* de Fernández de Oviedo, retratan este sector, caracterizado por ser cortés, aseado, prerrenacentista y base de la sociedad urbana.

El *campesinado* era el 80 por 100 de la población total de España. Labradores cuyo *status* económico no era el mismo de una región a otra. Se observaba una diferente posición económica y jurídica según zonas. Así, por ejemplo, en Aragón, Cataluña y Valencia se notaba que el campesino tenía una conciencia de clase algo definida; en tanto que en Castilla le caracteriza su pobreza y miseria, y en Galicia, la persistencia de la servidumbre. Dentro de la clase campesina se podían distinguir diversos matices:

1) El campesino libre, rico labrador, dueño de la tierra, director de la política local y pobre numéricamente.
2) El habitante de pueblos grandes.
3) El campesino con dudosa libertad política, miembro de un señorío (nobiliario, eclesiástico o municipal).
4) El campesino de realengo, con plena libertad.

Hemos dejado a un lado al *clero,* que podemos estimar como otro sector, ya que por sí solo forma otra sociedad, con su aristocracia, clase media y masa popular. Ahora bien: este escalafonamiento no obedece a las mismas circunstancias que determina el de la sociedad civil. En esta sociedad eclesiástica lo que cuenta es la procedencia social, la mentalidad, el talento, la virtud y la sabiduría. Cualquiera de estos elementos facilitaba el ascenso. El clero formaba un estamento dotado de un gran sentido corporativo, privilegiado por inmunidades y fueros y con un gran poder económico proveniente de los diezmos. Se ha dicho con error, y generalizando, que el clero de la época era inculto e

inmoral. Eso es falso. Lo común en las prelaturas era un clero santo e instruido. Había excepciones, claro. El clero de clase media tenía un nivel moral más bajo y era de una gran belicosidad. No olvidemos que estamos en el tránsito del clérigo guerrero al clérigo erudito. Finalmente, el clero inferior fue el más irresponsable e iletrado. También el clero regular vivía en una disciplina relajada. La ignorancia, la inmoralidad y la falta de vocación, notas que afectaban a este clero, han sido las características a través de las cuales se ha visto falsamente a toda la Iglesia del momento.

Para la Iglesia el instante del descubrimiento –llamémosle así– es trascendental. Porque se elimina el último reducto infiel en la Península y se abre en América un inmenso mundo a la evangelización. En la Peninsula el Estado tiende a eliminar las minorías no cristianas. Salen los moros y salen 150.000 de los 200.000 judíos; pero subsisten mudéjares aragoneses, moriscos (tolerados), judaizantes y conversos (superficialmente). Los conversos constituyeron un grupo adicto a la Corona, dueño del comercio y de los capitales fuertes, que dio al Estado numerosos funcionarios. Los mudéjares, o moros, eran un total de un millón –la mitad en Granada–, que vivían dispersos entre la población rural y artesana. Durante el siglo XVI emigraron muchos; pero todavía en tiempos de Carlos I subsistían en un 5 por 100 del total de la población (moriscos, que eran cristianos sólo de nombre).

La abigarrada sociedad peninsular entrevista en sus grandes estratos se repartía entre las ciudades y el campo. Un 80 por 100 de ella –nobles, clérigos, agricultores, ganaderos y campesinos– vivían en el campo. Sin embargo, el incremento del comercio y de la industria motivó un movimiento en dirección campo-ciudad importante. En las ciudades vivían nobles, clérigos, militares, artesanos, jornaleros, comerciantes, menestrales, etcétera. Siendo una época en la cual el industrialismo balbucea, la tierra continuaba como el principal medio de riqueza: una tierra cuyo 98 por 100 era del 3 por 100 de los hombres situados en el vértice de la pirámide social.

Claro que aquí nos tropezamos con la confusión que originan los conceptos jurisdicción y propiedad. Expliquemos esto. Había latifundio y la tierra era en su mayoría de señores, arzobispados u Ordénes militares. La mitad del país estaba repartida entre los Medinasidonia, Medinaceli, Alba, Lemos, Aranda, Enríquez, etc.; las Ordenes de Montesa, San Juan de Jerusalén, Santiago y Calatrava, y los arzobispados de Toledo y Tarragona. Casi la otra mitad del territorio pertenecía a la nobleza de segundo grado, obispados, monasterios y municipios.

Ahora bien, esta propiedad y jurisdicción implica, como decíamos, dos conceptos distintos. Hay autores que sostienen que parte de los propietarios citados tenían jurisdicción sobre las tierras; pero no eran de su propiedad. Otros, en cambio, ejercían la propiedad, mas no la jurisdicción. No obstante, se suele considerar como propietarios a los señores con jurisdicción.

Estaba, finalmente, un 5 por 100 de territorio que se repartía entre la clase media urbana y rural. El régimen de mayorazgo imperante tendía a concentrar más la propiedad, pese a lo cual la nobleza perdía muchos de sus latifundios por revocación de juros de heredad. Las clases más humildes, fuera del 5 por 100 territorial citado, no tenían tierras cultivables, pero disfrutaban los pastos de los pueblos realengos. En cambio, los menestrales y artesanos contaban con finquitas y solares que adquirían gracias a su desahogo económico.

Vemos, pues, cómo a la desigual estructuración social correspondía un desigual reparto de las tierras. También la riqueza monetaria estaba desigualmente repartida. Un noble podía poseer 100.000 ducados de renta al año; poca cosa si se le compara con los seis millones que tenía la Iglesia, pero mucho si consideramos que las Ordenes militares todas percibían 200.000 y que un menestral ganaba, como un peón del campo andaluz, 18 maravedíes diarios: menos que un grumete y marinero (600 y 800 mensuales). Un ducado tenía 375 maravedíes; cantidad que le permitía adquirir al poseedor veinte libras de carne de ternera. Pese a la gran diferencia de riquezas, la vida no era dura. A lo largo del reinado de los Reyes Católicos la paz, la política de protección al artesanado, el renacimiento del comercio y la reconquista de Granada, hicieron que la moneda aumentara de valor y saliera de su caótico estado.

La moneda falsa, la baja moneda y la extranjera fueron eliminadas en una reglamentación que tendió a ordenar el mercado monetario. Los Reyes acuñaron *excelentes, reales, ducados y maravedíes.* De los excelentes y reales existían *cuartos y medios.* Un real valía 34 maravedíes; un ducado, 11 reales y un maravedí; un maravedí tenía dos *blancas.*

De toda la sociedad dibujada en sus estratos y circunstancias económicas nos interesa sacar hasta las candilejas a los hijosdalgos, bajo clero (frailes), marineros, mercaderes y banqueros. Ellos organizarán la empresa de América e irán al Nuevo Mundo. De algunos diremos más en próximos capítulos. El marinero del Sur, acostumbrado al Atlántico y a singlar en Madera, Canarias y Cabo Verde, tripulará las naves

redondas y veleras donde hijosdalgos, segundones y frailes se meterán a ganar a América. Mercaderes y banqueros, en Sevilla o en Italia, financiarán las empresas y se lucrarán con los productos de América, que van a cambiar por completo la economía y la sociedad que acabamos de bosquejar.

BIBLIOGRAFIA

1. Bibliografía general para el proceso de los Descubrimientos.

ALBERTINI, Renzo: *Storia delle esplorazioni geografiche.*–Venecia, 1958.

ALBUQUERQUE, Luis: *Introdução á História dos Descubrimientos.*–Coimbra, 1962.

ARCHER, Arthurs B.: *Stories of exploration and Discovery.*–Cambridge, 1915.

BAGROW, Leo: *History of Cartography.*–Cambridge (Massachusetts), 1964.

BAKER, I. N. L.: *Histoire des découvertes geographiques et des explorations.*–Paris, 1949. (Buena en la parte de los descubrimientos en el XIX. En el aspecto americano no estudia debidamente la acción hispana en Suramérica, inclinándose más por Norteamérica.)

BARJOT, Almirante, y SAVAN, Jean: *Historia mundial de la Marina.*–Madrid, 1965.

BEAZLEY, C. Raymond: *The Dawn of Modern Geography.*–London-Oxford, 1897, 1901 y 1906. (Tres tomos, que van de Roma a 1420.)

BENSAUDE, Joaquín: *Lacunes et surprise de l'histoire des decouvertes maritimes.*–Coimbra, 1930.

BETTEX, Albert: *The Discovery of the world.*–New York, 1960.

BOLND, Georges: *Grands navigateurs.*–Paris, 1960.

BRUNSCHWIG, Henri: *L'Expansion Allemande outre-mer du XV siécle a nos jours.*–Paris, 1957.

BURMESTER, Luis Germán: *Historia Americana.* Tomo I: «Descubrimiento y conquistas». Buenos Aires, 1939.

BUSCHIK, Richard: *El hombre a la conquista de la tierra.*–Barcelona, 1960.

CABAL, Juan: *Grandes exploradores en el mar, en la selva y en los hielos.*–Barcelona, 1959.

CLOUGH, Shepard B.: *La evolución económica de la civilización occidental.*–Barcelona, 1962.

CLOZIER, René de: *Las etapas de la Geografía.*–Barcelona, 1956.

CROIX, Robert de la: *Histoire de la navigation.*–Paris, 1964.

CRONE, G. R.: *Historia de los mapas.*–México, 1956.

CURTLAND, Canby: *Histoire de la Marine.*–Lausana, 1962.

DAINELLI, Giotto: *La conquista della Terra. Storia delle esplorazioni.*–Torino, s. a.

DEACON, G. E. R.: *Océanos. Un Atlas Histórico de las exploraciones hechas por el hombre en los mares.* –Barcelona, 1965.

DEBENHAM, Frank: *Descubrimientos y exploraciones. Historia de las etapas del hombre hacia lo desconocido.* –Barcelona, 1960.
Enciclopedia general del Mar.–Bajo la dirección de J. M.ª MARTÍNEZ-HIDALGO. Madrid-Barcelona, 1957, 6 tomos.
ERRERA, Carlo: *L'Epoca delle Grandi Scoperte Geografiche. Seconda edizione rinnovata et accescinta con 22 carte.*–Milano, 1910.
Exploradores y conquistadores de Indias. Relatos geográficos. Selección y notas y mapas por Juan Dantín Cereceda.–Madrid, 1934. 6 mapas.
FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, Martín: *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV.*–Madrid, 1829-30, 3 vols. (Hay edición de la Edit. Guarania. Buenos Aires, 1945. Y otra en las obras completas de M. F. Navarrete. publicadas por la B.A.E. Madrid, 1954, 3 vols.)
GALVAO, Antonio: *Tratado dos descobrimentos.*–Oporto, 1944.
GARCÍA TOLSA, J.: *Navegantes y exploradores.*–Barcelona, 1958.
GENTIL, George le: *Découverte du Monde.*–París, 1954.
GILLEPSIE, J. E.: *A history of geographical discovery 1400-1800.*–London, 1933.
GREENHALGH ALBION, Robert: *Naval and Maritime History. An Annotated Bibliography. Mystic.*–Connecticut, 1963.
GRIAULE, Marcel: *Los grandes exploradores.*–Barcelona, 1949.
GUILLEN, Julio: *Historia marítima española. Lecciones para uso de los Caballeros Guardias Marinas.*–2 vols. Madrid, 1961.
GUNTHER, Siegmund: *La época de los descubrimientos.*–Barcelona, 1926.
HASSINGER, Hugo: *Fundamentos geográficos de la Historia.*–Barcelona, 1958.
HEADWOOD, Edward: *A History of Geographical Discovery in the Seventeenth and Eighteenth Centuries.*–Cambridge, 1912.
HERMANN, Paul: *Historia de los descubrimientos geográficos.*–Barcelona, 1967, 3 vols.
HERRERA, Carlos: *L'epoca delle grandi scorplte geografiche.*–Milano, 1926.
Histoire de la Marine. Texte de G. G. Toudure, Ch. de la Ronciere, etc.–París, 1959, 2 tomos.
HOWE, Sonia: *Les grands navigateurs a la recherche des épices.*–Paris, 1939.
HUGUES, Luigi: *Chronologia delle scoperte e delle esplorazioni geografiche, dall' anno 1492 a tutto il secolo XIX.*–Milano, 1903.
KRETSCHMER, Konrand: *Historia de la Geografía.*–Barcelona, 1930.
La Conquista de la tierra. Libro RTV 82.–Madrid, 1970.
LANNOY, Charles de, y VAN DER LINDEN, Herman: *Histoire de l'expansion coloniale des peuples européens.*–Bruselas, 1907.
LEGENDRE, René: *El descubrimiento de los mares.*–Barcelona, 1953.
LUJÁN Y SUÁREZ DE GÓNGORA, Pedro F.: *Historia política de los Establecimientos Ultramarinos de las Naciones Europeas.*–Madrid, 1784-90. 5 vols. Vid. Malo de Luque.
MAJÓ FRAMIS, R.: *Vida de los navegantes y conquistadores españoles del siglo XVI.*–Madrid, 1946.
MALO DE LUQUE, Eduardo: *Historia política de los Establecimientos Ultramarinos de las Naciones Europeas.*–Madrid, 1784-1790. 5 tomos. Vid. Luján.
MAURO, Frédéric: *La expansión europea* (1600-1870).–Barcelona, 1968.
MUÑOZ, Juan Bautista: *Historia del Nuevo Mundo.*–Madrid, 1793. Hay edición de 1975, Edit. Aguilar (Madrid)
NEWBY, Eric: *The Mitchell Beazley World Atlas of Exploration.*–London, 1975.
NOWELL, Charles E.: *The Great Discoveries and the First Colonial Empires.*–Ithaca, New York, 1954.
OLSEN, Orjan: *La conquête de la terre. Histoire des découvertes et des explorations depuis les origines jusqu'á nos jours.*–París, 1933
PARIAS, L. H.: *Historia Universal de las Exploraciones.*–Madrid, 1967-1979, 6 tomos.
PARRY, J. H.: *La época de los Descubrimientos Geográficos* (1450-1620).–Madrid, 1964.
– *Europa y la expansión del mundo* (1415-1715).–México, 1952.
– *El Imperio Español de Ultramar.*–Madrid, 1970.

PENROSE, Boies: *Travel and Discovery in the Reinassance* 1420-1620.–Cambridge, Mass. 1952.
PEREYRA, Carlos: *La conquista de las rutas oceánicas.*–Madrid, 1923.
PÉREZ-EMBID, Florentino: *Estudios de Historia Marítima.*–Sevilla, 1979.
– y MORALES PADRÓN, F.: *Bibliografía española de Historia Marítima* (1932-1962).–Sevilla, 1970.
RAMUSIO, Gian Battista: *Navigationi et Viaggi.*–Venice, 1563-1606.–Amsterdam, 1968. 3 tomos.
REPARAZ, Gonzalo: *Historia de la colonización.*–Barcelona, 1933, 2 tomos.
–, Gonzalo (hijo): *La época de los grandes descubrimientos.*–Barcelona, 1931.
RIVERAIN, Jean: *Diccionario de las exploraciones.*–Barcelona, 1970.
ROLLIN PATCH, Howard: *El otro mundo.*–México, 1956.
RUGE, Sophus: *La época de los descubrimientos geográficos.* Tomo VII de la *Historia Universal* dirigida por Guillermo Oncken.–Barcelona, 1890.
SAINT-MARTÍN, M. Vivien: *Historia de la Geografía y de los descubrimientos Geográficos.*–Sevilla, 1878, 2 tomos.
SAMHABER, E.: *Los grandes viajes a lo desconocido. (El descubrimiento de la Tierra.)* Buenos Aires, 1960.
SAVANT, Jean: *Histoire Mondiale de la Marine.*–París, 1961.
SEDILLOT, René: *Historia de las colonizaciones.*–Barcelona, 1961.
SKELTON, R. A.: *Explorer's Maps.*–London, 1958. (Interesante para seguir a través de la cartografía la evolución de los descubrimientos.)
SPRAGUE DE CAMP, L.: *De la Atlántida a Eldorado.*–Barcelona, 1960.
SYKES, Percy: *A History of exploration from the earliest times to the present day.*–London, 1949.
TEUDOUZE, Georges G.: *Histoire de la Marine.*–París, 1959.
TOZER, H. F.: *A history of ancient geograpy.*–London, 1935.
TREUE, Wilhelm: *La conquista de la tierra. Tras la huella de los grandes descubrimientos.*–Barcelona, 1957.
VERLINDEN, Charles: *Les origines de la civilisation atlantique.*–Neuchâtel (Suiza), 1966.
WENT, Herbert: *Empezó en Babel.*–Barcelona, 1961.
WOOD, H. J.: *Exploraciones y descubrimientos.*–Madrid, 1958.

2. Ciencias y técnica de los descubrimientos

AMICH BERT, Julián: *Naves de antaño.*–Barcelona, 1947.
ANGELUCCI, Enzo: *Barcos, ayer, hoy y mañana.*–Barcelona, 1965.
ARTINANO, Gervasio de: *La arquitectura naval española (en madera).* Bosquejo de sus condiciones y rasgos de su evolución.–Barcelona, 1920.
BALLESTEROS BERETTA, Antonio: *Génesis del descubrimiento.*–Barcelona, 1947.
BARBOSA, Antonio: *Novos subsidios da ciencia naútica portuguesa da epoca dos descobrimentos.*–Porto, 1948.
BENSAUDE, Joaquín: *Histoire de la science nautique portugaise.*–Geneve, 1914.
– *L'Astronomie Nautique au Portugal à l'époque des grandes découvertes.*–Berna, 1912.
BRUNET, Pierre, y MIELI, Aldo: *Histoire des Sciences antiquité.*–París, 1935.
– *Histoire de la sciencia nautique portugaise.*–Geneve, 1914.
CORTESAO, Armando: *La ciencia nautica e o Renascimento.*–Lisboa, 1949.
COUTINHO, Gago (Almirante): *A nautica dos descubrimientos.*–Oporto, 1952, 2 tomos.
FALEIRO, Rui: *Tratado de la Esphera y del arte del marear.*–Sevilla, 1535.
FARIÑA, F.: *Histoira de la navegación.*–Madrid, 1950.
FERNÁNDEZ DE ENCISO: *Arte de navegar.*–1519.
FERNÁNDEZ NAVARRETE, Martín: *Disertación sobre la historia de la Náutica y de las ciencias matemáticas.*–Madrid, 1846.

FONSECA, Quirino da: *Os navíos do Infante don Henrique.*–Lisboa, 1958.
FONTOURA DA COSTA, A.: *A ciencia náutica dos portugueses na epoca dos descobrimentos.*–Lisboa, 1958.
– *A marinharia dos Descobrimentos.*–Lisboa, 1939.
GARCÍA FRANCO, Salvador: *Historia del arte y ciencia de navegar.*–Madrid, 1947, 2 vols.
– *La náutica en tiempos del Emperador.*–«Revista General de Marina». Madrid, CLV, 1958, 418-422, 1 lám.
– *Cómo navegaban los descubridores.*–«Boletín de la Sociedad Geográfica». Madrid, 1948, vol. LXXXIV, págs. 336-367.
– *La náutica del descubrimiento.*–«Revista General de Marina». Madrid, 1958, núm. 154, págs. 415-8.
GAVALDA Y CABRÉ, José María: *Elegía a los veleros.*–Madrid, 1950.
GAVIRA MARTÍN, José: *La ciencia geográfica española del siglo XVI.*–«Boletín de la Sociedad Geográfica». Madrid, 1931, vol. LXXI, págs. 401-24.
GIBSON, Charles: *La historia del barco.*–Buenos Aires-México, 1953.
GREVE, Ernesto: *Sobre el estado de progreso de la náutica en la época del descubrimiento del estrecho de Magallanes.*–Santiago de Chile, 1921.
GUILLÉN TATO, Julio: *Los libros de náutica en los años del Emperador* (1517-1588).–«Revista General de Marina». Madrid, 1958, págs. 481-509.
HESSON, J. B.: *A History of the pratice of navigation.*–Glasgow, 1951.
Historie de la Marine. Texto de G. G. Toudoure, Ch. de la Rocière y otros. París, 1959, 2 tomos.
HUESCA Y MEJÍA, Roberto: *Historia de la navegación.*–México, 1961.
ISPIZÚA, Segundo de: *Historia de la Geografía y de la Cosmografía.* (Edades Antigua y Media.) 2 tomos. Madrid, 1922.
JÜRGEN HANSEN, Hand (editor): *El arte de la navegación y su historia.*–Pamplona, 1974.
LAGUARDIA TRÍAS, Rolando A.: *El Infante don Enrique y el arte de navegar de su tiempo. «Revista General de Marina». Madrid, septiembre-octubre. 1950. núm. 159.*
LANDSTROM, Bijörn: *El barco.* Barcelona, 1964.
LÓPEZ PIÑERO, José M.ª: *El arte de navegar en la España del Renacimiento.*–Madrid, 1979.
LOTURE, Robert de: *La navigatión á travers les áges. Evolution de la tecnique nautique et de ses applications.*–París, 1952.
MANCINTYRE, Donald: *La aventura de la vela.*–Barcelona, 1971.
MARCONDES DE SOUSA, Tomás Oscar: *A Astronomia Náutica na época dos descobrimentos marítimos. Ensaio crítico.*–Sao Paulo. Separata de la «Revista de Historia», 41, 1960.
MARTÍNEZ HIDALGO, Jose M.ª: *Del remo a la vela.*–Barcelona, 1948.
MERRIEN, Jean: *Historia de los buques.*–Barcelona, 1960.
– *Lexique nautique polyglote.*–París, 1963.
MORAIS E SOUZA, L. de: *A Sciencia nautica dos pilotos portugueses nos seculos XV e XVI.*–Lisboa, 1924.
RATTO, H. R.: *Carabelas descubridoras.*–Buenos Aires, 1942.
REY PASTOR, Julio: *La ciencia y la técnica en el descubrimiento de América.*–Buenos Aires, 1942.
RIERA ALEMANY, José: *El problema de la longitud en el mar. Apuntes históricos.*–«Revista General de Marina». Madrid, 1954, núm. 147, págs. 151-165.
SANTA CRUZ, Alonso de: *Libro de las longitudes y manera que hasta ahora se ha tenido en el arte de navegar.*–Sevilla, 1921.
TREVOR-ROPER, Hugh (director): *La Epoca de la expansión. Europa y el Mundo desde 1559 hasta 1660.*–Barcelona, 1979.
WATERS, D. E.: *The Art of Navigation in England in Elizabethan Early Stuart Times.*–New Haven, Yale University, 1958.
WOLF, A.: *A History of Science... in the 16th and 17th Centuries.*–Londres, 1935.

ANIANTE, Antonio: *Marco Polo. Vida y aventuras.*–Santiago de Chile, 1928.
D'AAVEZAC: *Notice des découvertes faites an moyen-âge dans l'Ocean Atlántique anterieurement aux grandes explorations portugaises du XV s.*–París, 1845.
BOULNOIS, Luce: *La ruta de la seda.*–Barcelona, 1967.
CARANDE, Ramón: *Carlos V y sus banqueros.*–Madrid, 1943-1967, 3 tomos.
CORREA CALDERÓN, Evaristo: *En busca del Paraíso Perdido.*–«Estudios geográficos». Madrid, agosto, 1950, núm. 40, págs. 483-500.
COLLIS, Maurice: *Marco Polo.*–México, 1955.
COQUERY, Catherine: *La Decouverte de l'Afrique.*–París 1965.
CHAUNÚ, Pierre: *La expansión europea. Siglos XIII al XV.*–Barcelona, 1977.
DIEHL, Carlos: *Una república de patricios: Venecia.*–Madrid, 1961.
DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio: *El Antiguo Régimen: Los Reyes Católicos y los Austrias.* Apud. «Historia de España Alfaguara». Madrid, 1978.
DORESSE, Jean: *L'Empire du Prete-Jean.*–2 tomos. 1, L'Ethiopie Antique. 2, L'Ethiopie Médievale.–París, 1957.
FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Viajes del Infante D. Pedro de Portugal en el siglo XV.*–Madrid. «Bol. Real Soc. Geográfica», 1903, tomo XLV, págs. 5-46.
GABRIELI, Francesco: *Mahoma y las conquistas del Islam.*–Madrid, 1967.
GARCÍA GALLO, Alfonso: *Los sistemas de colonización de Canarias y América en los siglos XV y XVI.* Apud. «I Coloquio de Historia Canario-americana (1976)». Las Palmas de Gran Canaria, 1977.
HART, Henry H.: *El veneciano aventurero. Descripción de la vida, tiempos y obra de Messer Marco Polo.*–Buenos Aires, 1944.
ISPIZUA, Segundo: *Historia de la Geografía y de la Cosmografía...*–Madrid, 1922.
KIMPLE, George H.: *Geography in the Middle Ages.*–London, 1938, 272 págs.
LE GOFF, Jacques: *Mercaderes y Banqueros de la Edad Media.*–Buenos Aires, 1963.
LELEWEL, Joaquín: *Géographie du Moyen Âge. Acompagnée d'Atlas.*–Bruxelles, 1852, 4 vols.
Libro del conoscimiento de todos los reinos y tierras y señoríos que son por el mundo. escrito por un franciscano español a mediados del s. XIV. Estudio, edición y notas por Marcos Jiménez de la Espada.–Madrid, 1877. Reedición, Barcelona, 1980.
LIDA, María Rosa: *La idea de la forma en la Edad Media Castellana.*–México, 1952.
MANDEVILLA, Juan de: *Libro de las maravillas del mundo.* Edición crítica por Pilar Liria Montañés. Zaragoza, 1979.
MEHREN, M. A. F.: *Manuel de la Cosmographie du Moyen Age traduit de l'arabe.*–Amsterdam, 1964.
MURO OREJÓN, Antonio: *Edad Media en Canarias y América.* Apud. «I Coloquio de Historia Canario-americana» (1976). Las Palmas de Gran Canaria, 1977.
NEWTON, A. Percival: *Travel and Travellers of the Middle Age.*–London, 1949.
OLSCHIKL, Leonardo: *L'Asia di Marco Polo.*–Firenze, 1957.
PÉREZ DE TUDELA, Juan: *Castilla ante los comienzos de la colonización de las Indias.*–«Revista de Indias». Madrid, 1944, núm. 15, págs. 11-88.
PIAN DEL CARPINE, Giovanni da: *Viagio ai Tartari.* A cura di Giorgio Pullé.–Milano, 1956.
PIRENNE, Henri: *Historia Económica y Social de la Edad Media.*–México, 1961.
REY PASTOR, Julio, y GARCÍA CAMARERO, Ernesto: *La cartografía mallorquina.*–Madrid, 1960.
ROLLIN PATACH, H.: *El otro mundo en la literatura medieval.*–México, 1955.
SANCEAU, Elaine: *En demanda do Preste Joa.*—Oporto, 1944.
SANCHO DE SOPRANIS, Hipólito: *El colegio de los pilotos de Cádiz.*–«Estudios Geográficos». Madrid, 1947, núm. 26.
SANZ, Carlos: *El libro de Marco Polo. Notas históricas y bibliográficas. Descripción de una rarísima edición castellana que posee la Biblioteca Nacional de Madrid, y un*

ensayo de bibliografía general y sinóptica del famoso libro.–«Boletín de la Dirección general de Archivos y Bibliotecas», 47, págs. 9-30, Madrid, 1958.
T'SERSTEVENS, A.: *Los precursores de Marco Polo.* Prólogo de Alberto del Castillo.–Barcelona, 1965.
TORRES CAMPOS, Rafael: *Carácter de la conquista y colonización de las Islas Canarias.*–Madrid, 1901.
VERLINDEN, Charles: *Précédents médievaux de la colonie en Amerique.*–México, 1954.
VICENS VIVES, Jaime: *Historia social y económica de España e Hispanoamérica.*–Barcelona, 1957. Tomos II y III.
VISCA, Carlos: *Los ideales y formas de la aventura en la Edad Media.*–Montevideo, 1963.
WALEY, Daniel: *Las ciudades repúblicas italianas.*–Madrid, 1969.
ZAVALA, Silvio: *La conquista de Canarias y América. Estudio comparativo.*–México, 1948.

4. Los vikingos

ALLEN, Mawer: *Los Vikingos.*–Buenos Aires, 1944.
BRONDSTED, Johanne: *Los Vikingos.*–Buenos Aires, 1963.
FISCHER, S. J., Joseph: *The discoveries of the Norsemen in America with special relation to their early cartographical representation.*–London, 1903.
FLEISHER, Eric W., y WEIBULL, Jörgen: *Viking times to modern. The Story of Swedisj exploring and setlement in America, and the development of trade and shipping from the wikings to our time.*–Minneapolis, 1954.
GRAF OXENTIERRE, Eric: *Los vikingos.*–Barcelona, 1977.
GRAX, Edward F.: *Leif Erikson. Discoverer of America A. D. 1003.*–New York, 1978.
HERMANNSSON, Halldor: *The Northmen in America.*–Ithaca, Nueva York, 1909.
HOLAND, Hjalmar R.: *Explorations in America before Columbus.*–Nueva York, 1956.
HOVGAARD, William: *The voyages of the Norsemen to America.*–New York, 1914.
JONES, Gwyn: *El primer decubrimiento de América. Establecimiento de los vikingos en Islandia, Groenlandia y América.*–Barcelona, 1965.
POHL, Frederick J.: *The lost discovery; Uncovering the track of the Vikings in America.*–New York, 1952.
REMAN, Edward: *The Norse Discoveries and Explorations in America.*–Berkeley and Los Angeles, 1949.
SKELTON, R. A.: *The Vinland Map.*–New Haven, 1965.
SMITH, Charles Marshall: *Les expeditions des Normands despuis les origines jusqu'a la conquete de l'Anglaterre.* –Paris, 1941.
TORNOE, J. Kr.: *Norsemen before Columbus.*–Early American History. London, 1965.
VIGNERAS, L. A.: *Groenlandia, Vinlandia y el mapa de Yale.*–«Anuario de Estudios Americanos», vol. XXVI. Sevilla, 1969.

5. Viajes en el Atlántico hasta 1492

ACTAS. Congreso Internacional de Historia dos Descobrimentos.–Lisboa, 1961. 6 vols. (Reúnen importantísimos trabajos presentados a esta magna reunión, donde concurrieron la casi totalidad de los estudiosos que cultivan la Historia de los Descubrimientos geográficos. En estas Actas, por ejemplo, hallamos el trabajo debido al Padre Francisco Mateos sobre las Bulas concedidas a los portugueses respaldando su acción descubridora por Africa.)
Bibliografía henriquina. –Lisboa, 1960, 2 tomos.
BONNET Y REVERON, Buenaventura: *Las expediciones a las Canarias en el siglo XIV.* «Revista de Indias». Madrid, 1945, núms. 18-19.

BROCHADO, Costa: *Descobrimento do Atlântico.* –Lisboa, 1958.
CORTESAO, Jaime: *Los portugueses.* –Barcelona, 1947.
–*A Politica de Sigilo nos descobrimentos.* –Lisboa, 1960.
–*Teoria geral dos descobrimentos portugues. A geografia e a economía da Restauração.*–Lisbonne, 1940.
COSTA BROCHADO: *Infante dom Enrique.* –Lisboa, 1942.
DA MOSTO, Alvise: *La navigazioni atlantiche di... Antoniotto Usodimare e Niccoloso da Recoo.*–Milán, 1956.
DIFFIE, Bayley W.: *Prelude to Empire. Portugal Overseas before Henry the Navigator.* –University of Nebraska Press, 1960.
DIFFIE, Bayley V. y GEORGE D. Winius: *Foundations of the Portuguese Empire. 1415-1580.*–University of Minnesota Press, 1977.
FONSECA, Quirino da: *Os Navios do Infante D. Henrique.* –Lisboa, 1958.
FONTURA DA COSTA, A.: *Descobrimentos maritimos africanos dos portugueses com D. Henrique, D. Alfonso V e D. João II.* –Lisboa, 1938.
FREITAS RIBEIRO, Visconde de Lagoa: *Grandes viagens portuguesas de descobrimento e expansao. Antecedentes históricos, sinopse e esquematizacao cartografica.* –Lisboa, 1951, 2 vols.
GALVAO, Antonio: *Tratado dos descobrimentos.* –Oporto, 1944.
GARCÍA FRANCO, S.: *Don Enrique el Navegante.*–«Revista General de Marina». Madrid, septiembre-octubre, 1960, núm. 159.
GUILLÉN TATO, Julio: *En torno a la «escuela de Sagres»,* –«Revista General de Marina». Madrid, septiembre-octubre, 1960, núm. 159.
IRÍA, Alberto: *Descobrimentos portugueses. O Algarve e os descobrimentos.* –Lisboa, 1956, 2 tomos.
LAGUARDIA TRÍAS, R. A.: *El Infante don Enrique y el arte de navegar de su tiempo.* –«Revista General de Marina». Madrid, septiembre-octubre, 1960, núm. 159.
LANDSTRÖM, Björn: *En busca de las Indias.* –Barcelona, 1971.
MAGALHAES GODINHO, Victorino: *A Economia a dos descobrimentos henriquinos.* –Lisboa, 1962.
MADEIRA SANTOS, M.ª Emilia: *Viagens de exploração terrestre dos portugueses em Africa.*–Lisboa, 1978.
MARCONDES DE SOUSA, Thomas Oscar: *O Infante D. Henrique e a Escola Naval de Sagres (Um reparo a «Historia do Brasil» do Académico Pedro Calmón).* –Sao Paulo, septiembre. «Revista de Historia», núm. 44, 1960, págs. 451 a 464.
MARTÍN DA SILVA MARQUES, Joao: *Descobrimentos portugueses. Documentos para sua historia.* –Lisboa, 1944-45, 2 vols.
MAUNY, Raymond: *Les navigations médievales sur les côtes sahariennes antérieures à la découverte portugaise (1434).* –Lisboa, 1960.
MENDES CORREA, Antonio: *Ultramar portugues i sintese da Africa.* –Lisboa, 1949.
MONTEIRO VELHO ARRUDA, Manuel: *Coleccao de documentos relativos ao descobrimento e provoamento dos Acores.*–Ponta Delgada, 1932.
MOREIRA DE SA, A.: *O Infante D. Henrique e A Universidade.*–Lisboa, 1960.
MURIAL, Manuel: *Breve Histoire de la Colonisation portugaise.*–Lisboa, 1940.
OLIVEIRA MARTINS, J. P.: *Portugal nos mares. Ensaios de crítica, historia e geografia.*– Lisboa, 1924, 2 vols.
PERES, Damiao: *Historia dos Descobrimentos portugueses.* –Porto, 1943.
PÉREZ EMBID, Florentino: *Los descubrimientos en el Atlántico y la rivalidad castellano-portuguesa hasta el tratado de Tordesillas.* –Sevilla, 1948. (Obra fundamental con amplia bibliografía.)
RANDLES, W. G. L.: *Notes on the Genesis of discoveries.* –Studia, 1960, núm. 5.
REMESIO, Vitorino: *Vida e obra do Infante don Henrique.* –Lisboa, 1959.
RUMEU DE ARMAS, Antonio: *España en el Africa Atlántica.* –Madrid, 1956-7, 2 tomos.
SANCEAU, Elaine: *Em demanda do Preste João.* –Oporto, 1944.
– *Henry the Navigator.* –Nueva York, 1947.

VELHO, Alvaro: *Roteiro da primeira viagem de Vasco da Gama* (1497-1499). –Lisboa, 1960.
Viagens de Luis de Cadamosto e de Pedro de Sintra. –Lisboa, 1948.
VISCONDE DE SANTAREM: *Memória sobre a Prioridade dos Descobrimentos Portugueses na costa de Africa Occidental.* –Lisboa, 1958.

III

DEL ANTLANTICO AL CARIBE

«En el nombre de Dios Todopoderoso, ovo un hombre de tierra de Génova, mercader de libros de estampas, que trataba en esta tierra de Andalucía, que llamaban Cristóbal Colón, hombre de muy alto ingenio sin saber muchas letras, muy diestro en el arte de la Cosmografía y en el repartir del mundo...»

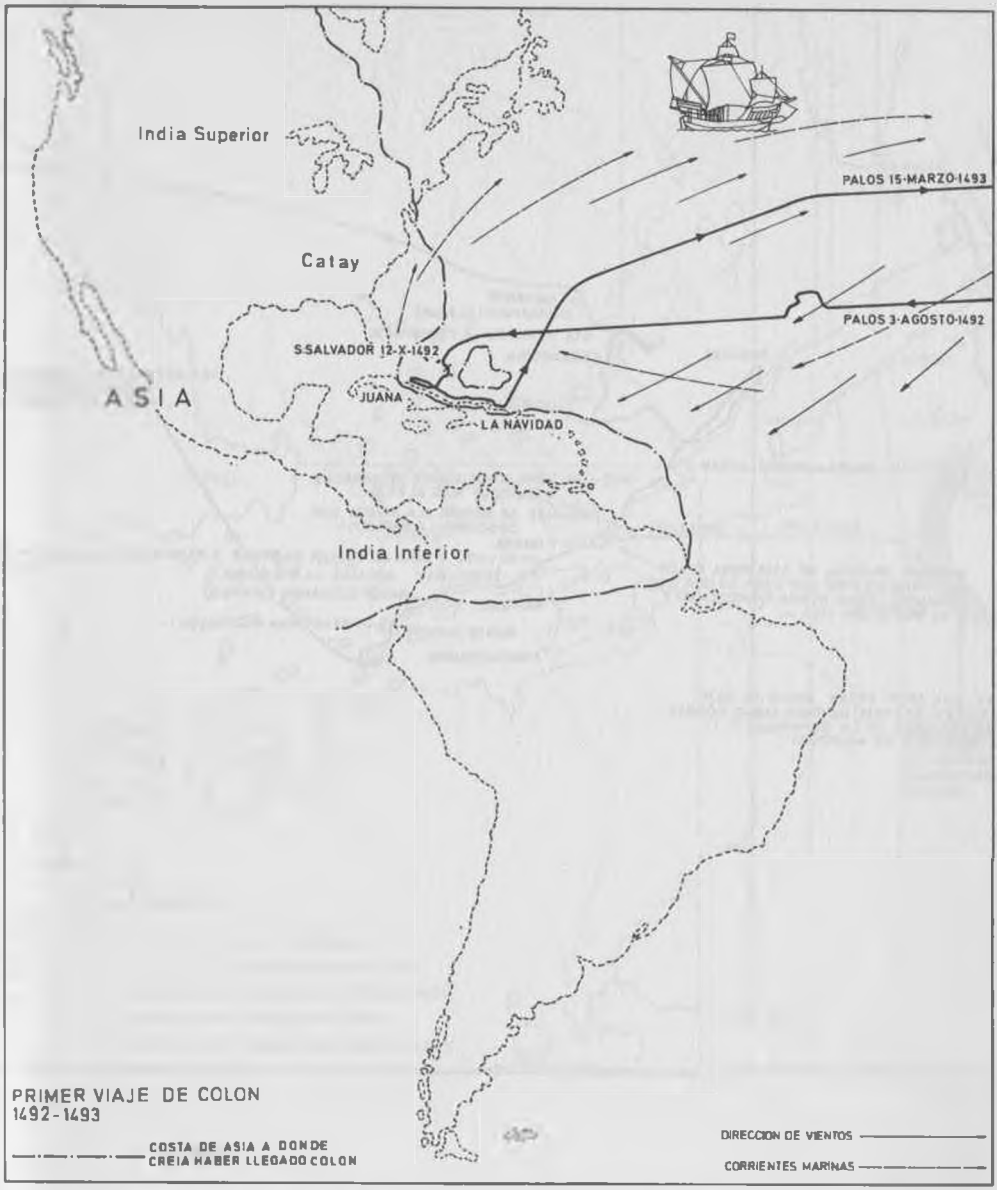
(ANDRÉS BERNÁLDEZ: *Memorias del Reinado de los Reyes Católicos.*)...

«...Fué de alto cuerpo, más que mediano; el rostro luengo y autorizado; la nariz aguileña; los ojos garzos; la color blanca, que tiraba a rojo encendido; la barba y cabellos, cuando era mozo, rubios, puesto que muy presto con los trabajos se le tornaron canos; era gracioso y alegre y bien hablado...»

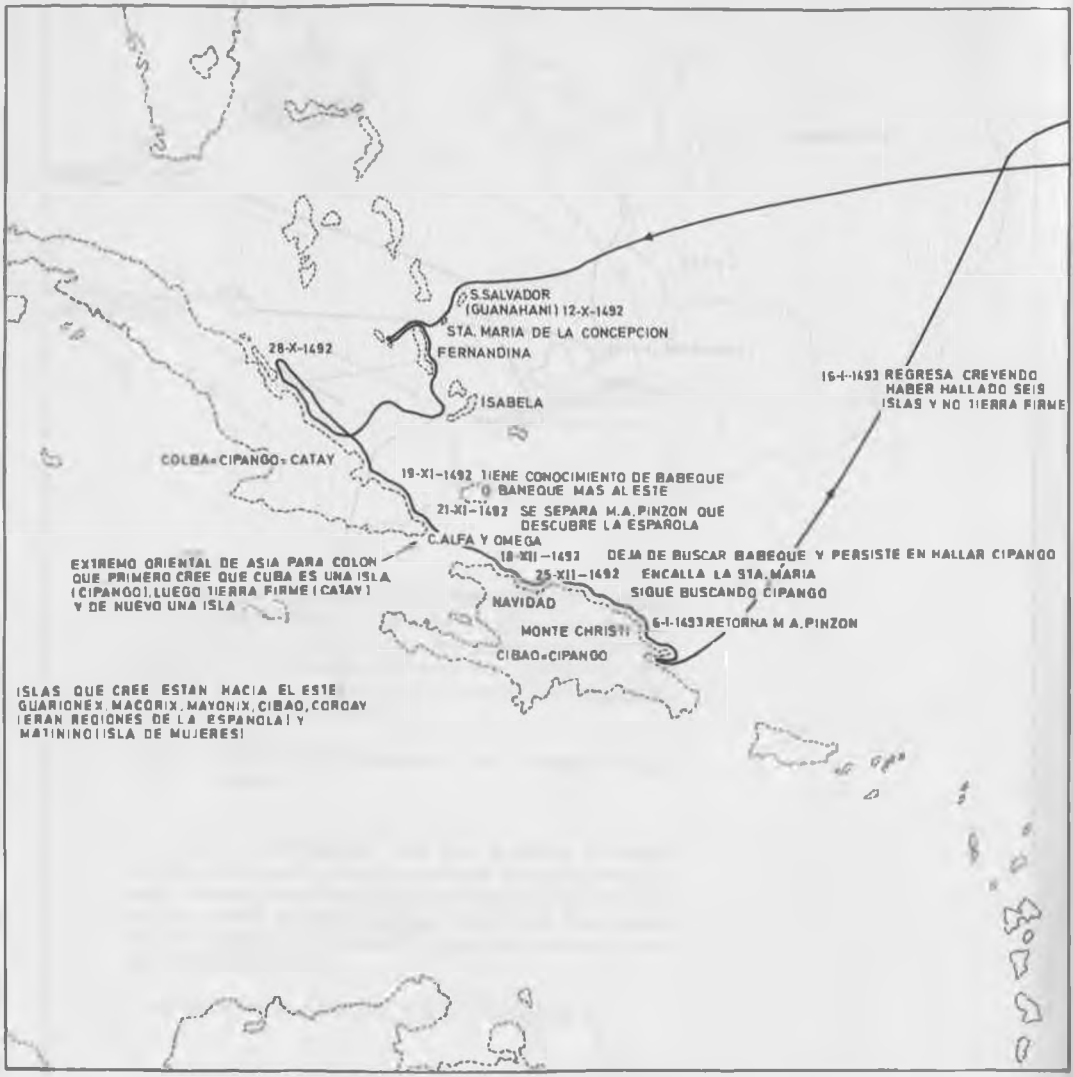
(LAS CASAS: *Historia de las Indias.* Lib. I. Cap. II.)

«A las dos horas después de media noche apareció la tierra, de la cual, estarían dos leguas; el día viernes llegaron a una isleta de los Lucayos, que se llamaba en lengua de indios *Guanahani.*»

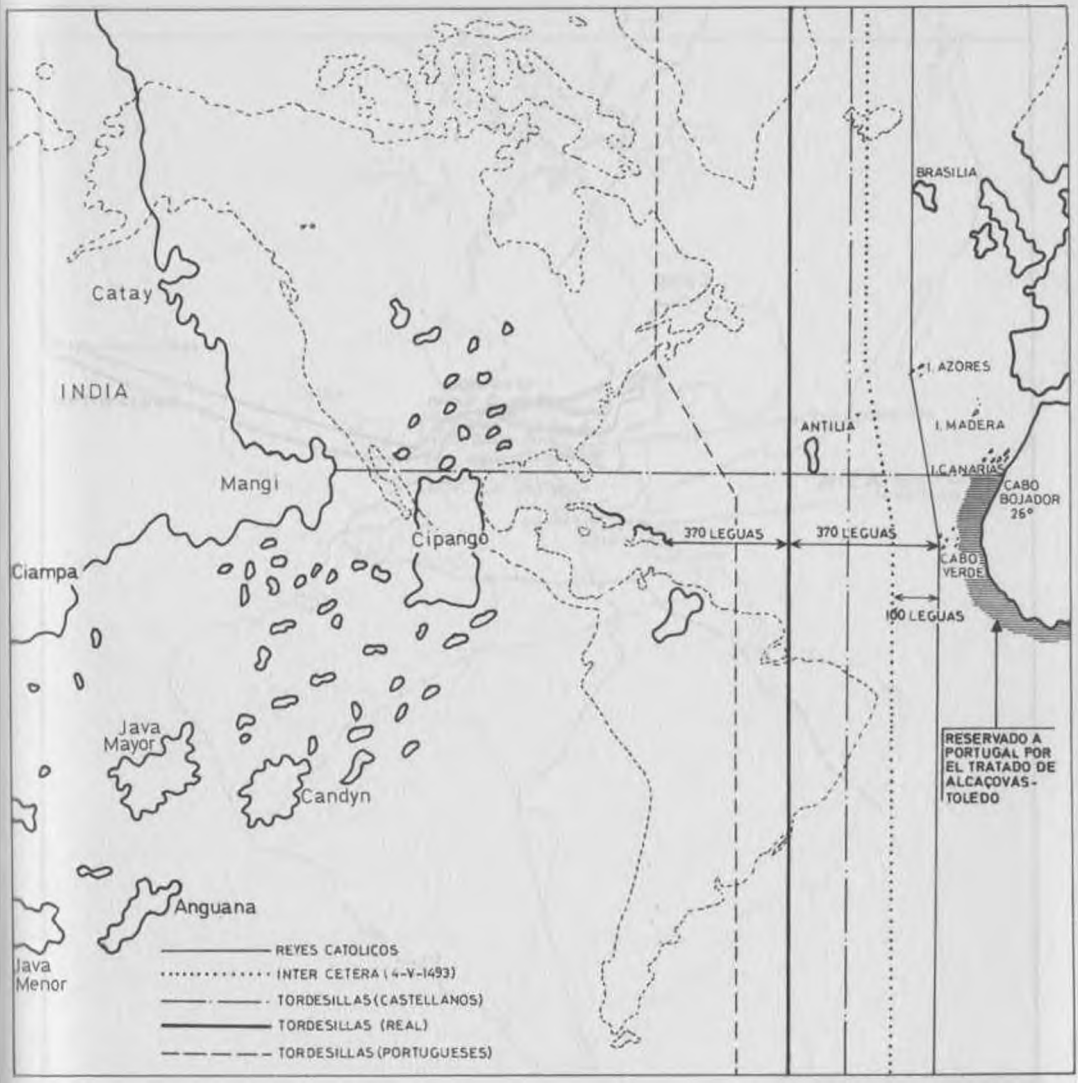
(Diario de Cristóbal Colón.)



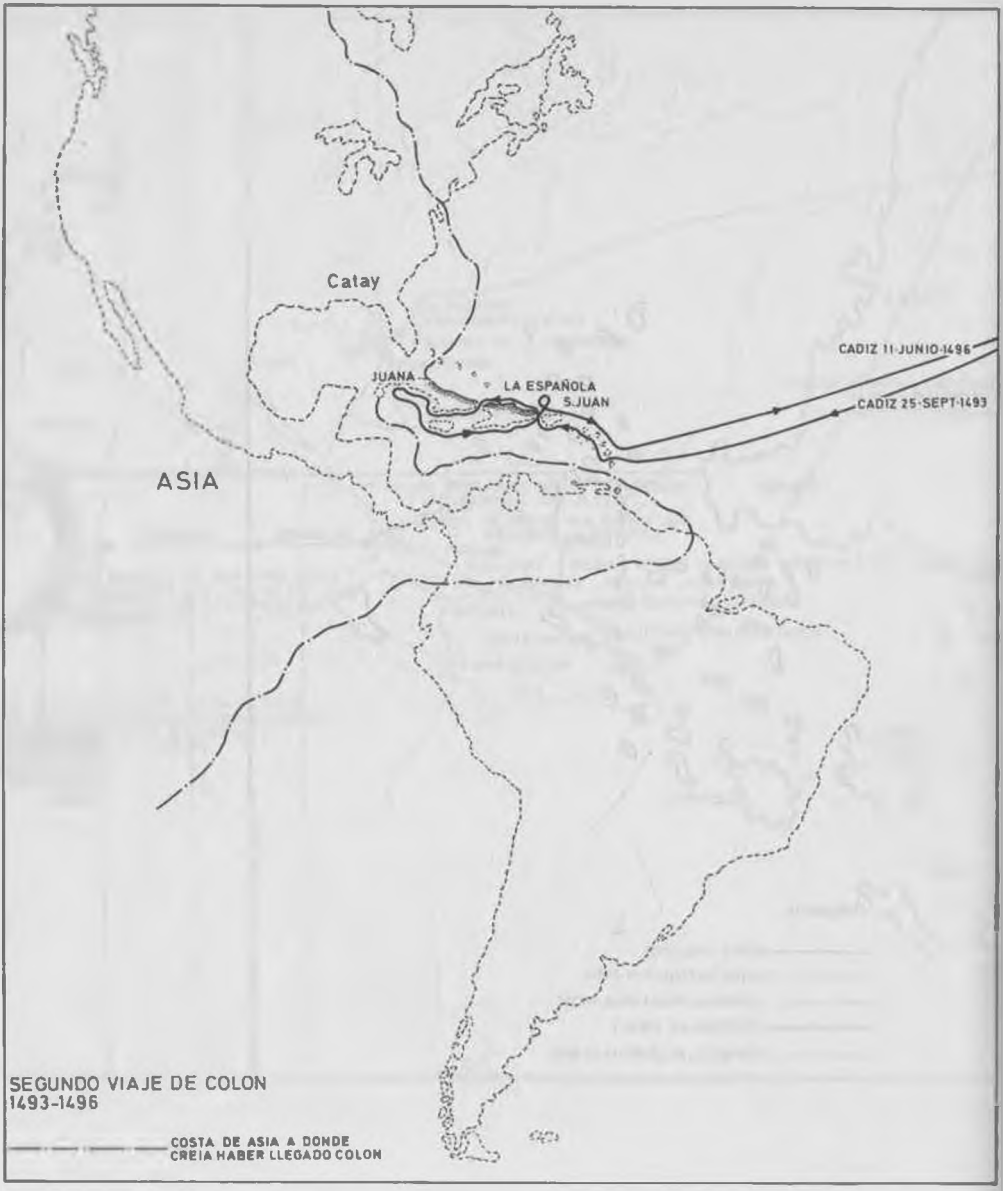
Primer viaje de Colón. 1492-1493.



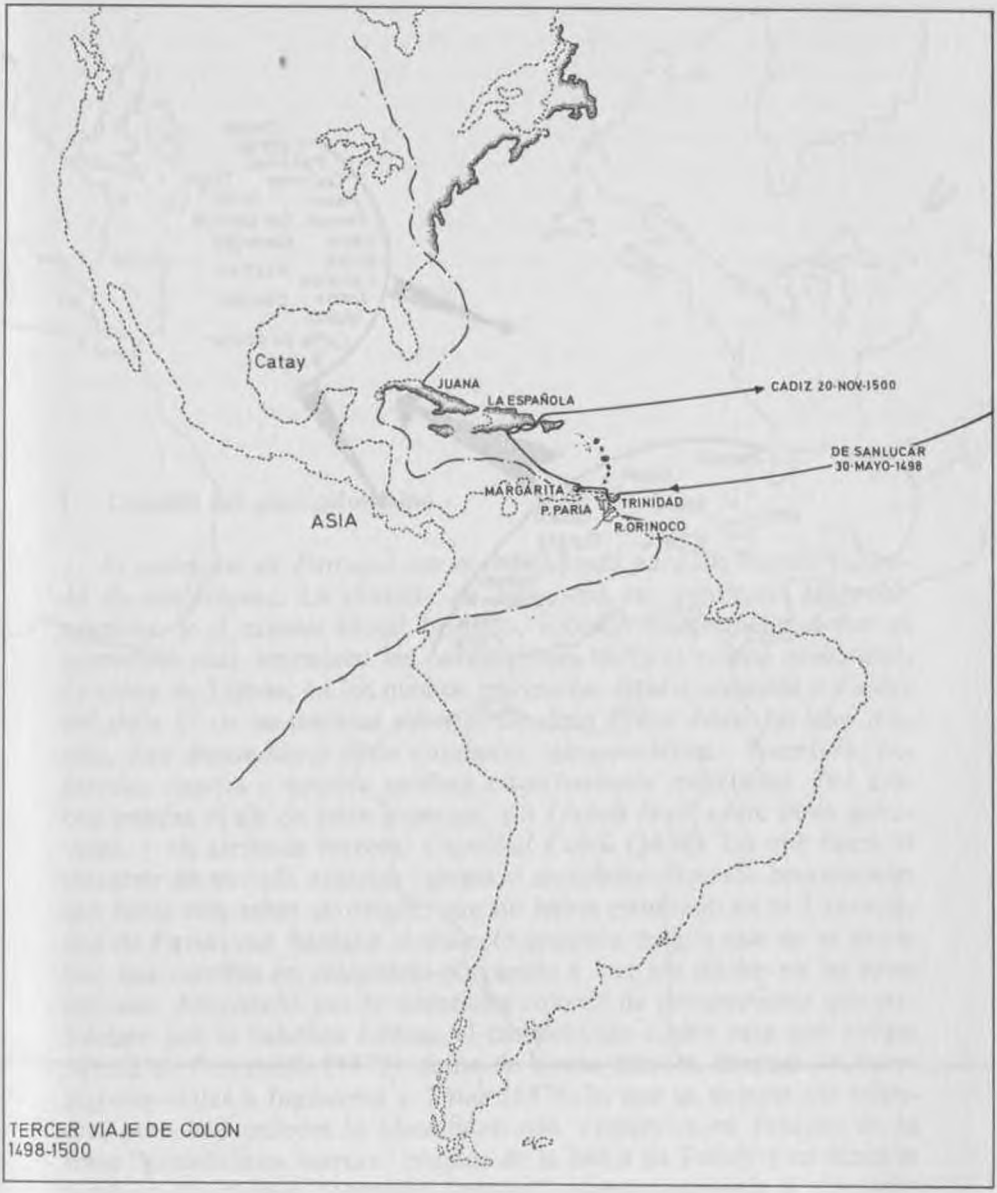
La evolución de las ideas colombinas a lo largo del primer viaje en tierras del Nuevo Mundo.



Las delimitaciones en el Atlántico según bulas y tratados y la geografía supuesta y real.



Segundo viaje de Colón. 1493-1496.



Tercer viaje de Colón. 1498-1500.

Algunos de los mutuos aportes.

1. Génesis del plan colombino

El ambiente de Portugal era el más idóneo para un marino cargado de ambiciones. La dinastía de Avis, con sus continuas empresas náuticas, y el mismo litoral lusitano, volcado íntegramente sobre el misterioso mar, empujaba las navegaciones hacia el rumbo occidental. *El clima de* Lisboa, en los medios marineros, *estaba saturado a finales del siglo XV* de las noticias sobre el fabuloso *Preste Juan,* las islas *Antilia, San Barandán* o *Siete Ciudades,* las *especierías...* Aventura, comercio, ciencia y náutica estaban estrechamente mezclados. Por Lisboa pasaba el eje de estos aspectos, y a *Lisboa llegó,* entre otros genoveses, y en arribada forzosa, *Cristóbal Colón* (1476). Lo que fuera el discurrir de su vida anterior –pirata o mercader– interesa brevemente: nos basta con saber su origen; que no había estudiado en la Universidad de Pavía; que hablaba el dialecto genovés, lengua que no se escribía; que escribía en castellano-portugués y que era ducho en las artes del mar. Amparado por la numerosa colonia de compatriotas que pululaban por la babélica Lisboa, el desconocido *Colón* casa con *Felipa Moniz de Perestrello* (1479), dama de buena familia, después de *hacer* algunos *viajes* a *Inglaterra* y *Thule* (1476-7), que se supone sea Islandia, pero hay quienes la identifican con Terranova en función de la frase "grandísimas mareas" propias de la bahía de Fundy y en función también de la frase "ventiséis braccia", que no equivale a veintiséis brazas, sino a veintiséis brazos o codos. En tal caso la Thule o Tile a

la que se refiere Hernando Colón sería Terranova, donde se experimentan esas mareas de más de 20 metros, y el dicho "ultima Thule" debió ser un concepto aplicado siempre a la postrera tierra hallada hacia Occidente. También va a las *Madera*, donde había residido su mujer y donde nace su hijo Diego. Son viajes rápidos, porque en 1479 ya está de regreso en *Génova* como agente comercial de la casa Centurione, listo para zarpar hacia la capital del Tajo. Para siempre abandonaba a su patria dejando el solar de su familia, unos modestos cardadores y tejedores de lana. No volvería a entrar más en el mar latino, donde navegó en su juventud hasta Chío, y donde nacieron todos los mitos y supuestos que le llevarían a él a desvelar el mar y las tierras ignotas. En 1482-83 parece que va a la Mina.

Cuando *Colón* se radica en Portugal era ya un hombre maduro, pues había nacido en Génova en 1451; representaba el clásico *tipo medieval*, que proponía *soluciones modernas* de expansión. Era el futuro almirante un hombre medieval en su *misticismo*, en su *ética*, en su alma de cruzado, en su *fe*; en sus creencias sobre el paraíso, en sus lecturas, en la misma futura ignorancia de América como mundo nuevo; pero era a la par un ejemplar *renacentista* en su *curiosidad*, en su anhelo de riquezas, en su actividad continua, en su inventiva práctica. Colón era un hombre de contraste, que se movía en una época también de contrastes: el claroscuro de finales del XV. Al retornar a Portugal por segunda vez no lo hace como un desconocido cualquiera o como un humilde comerciante; llega como un visionario que propone una solución al gran problema que se debate entonces: *el hallazgo de una ruta por Occidente* que conecte con Oriente. Proyecto nada nuevo para los portugueses.

Sus lecturas científicas le habían proporcionado la teoría de que navegando hacia Occidente se encontraba el Asia, *in paucibus diebus*, teoría que circulaba en el ambiente, en el *Libro de las maravillas*, en el *Imago Mundi*, etc., y que se apoyaba en un *error: en la proximidad de la extremidad oriental y la extremidad occidental* de las tierras habitadas. Estimaba que sólo un pequeño mar las separaba. De Europa al Asia por el Atlántico era breve la ruta.

Colón había leído a *Ptolomeo*, *Aristóteles*, *Marino de Tiro*, *Estrabón* y *Plinio*, *Pierre d'Ailly* y *Mandeville*, y de ellos pudo sacar su idea, *sin olvidar* que el repetido pasaje de la *Medea*, de *Séneca*, le impresionó enormemente: "Siglos vendrán en los cuales el océano romperá sus cadenas, una gran tierra será descubierta y Tifis –piloto de Jasón– descubrirá nuevos mundos, y Thule no será más el último térmi-

no del mundo." No es posible averiguar cuándo Colón tuvo sus planes a punto, aunque la indagación por su parte de pruebas que demostraran su idea debió durar varios años, sin preterir lo que significó para el maduramiento de esa concepción la información indirecta de las teorías del médico humanista *Paolo del Pozzo Toscanelli.* Toscanelli había redactado en 1474 una carta en la que exponía que *las costas de Portugal estaban más cerca del límite oriental de Asia de lo que muchos pensaban;* pero Portugal, atenta a sus avances por Africa, no prestó atención al contenido de la misiva. Colón logró leer una copia de la carta de 1474 y otra que ratificaba su contenido. En *Marco Polo* estaba todo el *quid* del problema, puesto que Toscanelli había aceptado los 30 grados de longitud que Polo añadió al extremo oriental de China. Colón llevó la idea más lejos aún: siguiendo a Marino de Tiro, añadió al continente asiático 45° de extensión hacia el Este, y calculó que el océano entre Europa y Asia era más estrecho de lo que Toscanelli suponía: entre Canarias y Cipango corrían para Toscanelli 3.000 millas náuticas, mientras que para Colón había 2.400. Como vemos, el optimismo de estos científicos del XV es exagerado, pues realmente son 10.600 las millas que separan a Canarias del Japón.

Cristóbal Colón prosiguió cultivando su formación: ésa que luego le iba a permitir discutir con las juntas o reuniones de técnicos que examinaron sus proyectos, y entre 1485 y 1490 siguió indagando en el *Libro de Ser Marco Polo* (1485); en la *Historia natural,* de Plinio (1489); en el *Imago mundi,* de Pierre d'Ailly (1480-3); en la *Historia rerum ubique gestarum* (1477), de Eneas Silvio Piccolomini (Pío II), y en otros escritos menores. El *Imago mundi* se convirtió en su libro predilecto durante años, igual que algunos de los otros, cuyos márgenes salpicó de más de dos mil anotaciones. En el *Imago mundi* encontró más fundamentos para su idea: "El océano –se lee en él– que se estrecha entre la extremidad de la más lejana España (Marruecos) y el límite oriental de la India no es de gran anchura. *Porque es evidente que el mar es navegable en muy pocos días si el viento es propicio...*" El mismo Colón subrayó la última frase, donde se contenía la idea tan agradable a los que, como Toscanelli y Colón, pensaban que fácilmente se podía ir de España a las costas orientales de Asia por la vía de Occidente. Secuela lógica de esta concepción era el pequeño tamaño que se le concedía al globo terráqueo y la excesiva extensión que se le adjudicaba a Eurasia. Error o idea errónea que el mismo Colón confiesa en 1503 en carta a los Reyes Católicos: "El mundo no es tan grande como dice el vulgo, y un grado de la equinocial está 56 millas y dos

tercios; pero esto se tocará con el dedo". El ignorar el cálculo de la latitud por la altura del Sol –cosa que sabían los portugueses– explica que la medida colombina del grado terrestre sea muy inferior a la realidad, ya que las 56 millas 2/3 que adjudicaba al grado terrestre equivalía a 83 y 1/2 kilómetros, teniendo, en consecuencia, el ecuador 30.000 kilómetros, en lugar de los 40.000 que tiene.

El futuro almirante y visorrey tenía una formación geográfica mezcla de "desarreglo de erudición y de teología algo mística", según Humboldt. Formación que en parte rehace durante su permanencia en Lisboa, pero en la que siempre brillan dos obsesiones: la India y el Gran Khan. Objetivos que facilitan otra obsesión: el oro.

2. Fundamentos de la idea del Descubrimiento

Ya hemos hablado de su incipiente formación científica y, por tanto, apuntado dónde estaban las bases de sus concepciones. Sin embargo, parece como si nada de esta formación, ni las posibles noticias que pudo adquirir en las *islas Madera* sobre tierras situadas al Occidente, le sirvieran para algo más tarde, puesto que en su libro de *Las profecías* llega a escribir: "Ya dije que para la ejecución de la empresa de las Indias no me aprovechó razón, ni matemáticas, ni mapamundos: llanamente se cumplió lo que dijo Isaías." Es incomprensible esta confesión, cuando en líneas anteriores acaba de hacer gala de su erudición. Hay que explicarse esta confidencia como producto de uno de sus típicos momentos de soberbia, que le llevaban a *creerse un predestinado.* Es su tremenda y continua contradicción, el influjo de sus dos personalidades, que encarnan dos épocas. Lo mismo abruma con citas y relaciones de tratados que le respaldan, como se llama "lego marinero, non docto en letras y hombre mundanal".

Lo cierto es que él tenía *su secreto,* adquirido por estudios, por inspiración, por razonamiento o por confidencias. Para llegar hasta él debieron influir, aparte de razones desconocidas, las siguientes circunstancias:

1. La *permanencia en extremos occidentales* del mundo conocido (Lisboa, Madera, Mina, Islandia).
2. El *ver partir expediciones* rumbo al sur de Africa.
3. Las *noticias adquiridas* en ls *islas Madera,* donde su suegra le dio "las escrituras y cartas de marear que habían quedado de su ma-

rido, con lo cual el almirante se acaloró más, y se informó de otros viajes y navegaciones que hacían entonces los portugueses a la Mina y por la costa de Guinea, y le gustaba tratar con los que navegaban a aquellas partes" dice su hijo Hernando.

4. El *indicio de tierras situadas al oeste* de las islas Canarias y Azores, Madera y Cabo Verde, que en diversos momentos divisaron sus habitantes al ser arrastrados por las corrientes y tempestades.

5. Las *cartas de Toscanelli*, apoyando su plan de llegada al Este navegando hacia el Oeste; plan que se encontraba flotando en el ambiente desde hacía años.

6. Tal vez –no la damos por cierta– *la historia del piloto desconocido* (Alonso Sánchez de Huelva), contada luego por Oviedo, Las Casas, Gómara, Garcilaso el Inca y Orellana. Con respecto a este punto, las afirmaciones deben tomar cierto aire de cautela. Hay autores que sostienen la idea del predescubrimiento, tras un examen minucioso del "Diario", de los textos de Las Casas, de Hernando Colón, de Anglería, etc., etc. Los restos en las Antillas Menores, la existencia de hombres blancos en Cuba, el hallazgo de unas pelotas de artillería, la seguridad con que viaja durante el segundo viaje entre las Antillas Menores, el nombre de *Deseada*, la frase de las Capitulaciones "ha descubierto", el cambio radical de los Reyes tras la visita de Fray Juan Pérez..., etc. Todo parece confirmar un arribo de europeos –que puede ser el piloto desconocido– antes de Colón. Hay frases colombinas cuajadas de misterio: "Pensando lo que yo era me confundía mi humildad; pero, pensando en lo que llevaba, me sentía igual a las dos Coronas." O lo que indica Las Casas: "Hablaba (Colón) de tierras por descubrir como si fuese algo que lo tuviese escondido en el arca"... "Como si hubiese estado allí"... "Y yo no lo dudo"... Por otro lado, encontramos otras frases colombinas donde se evidencia que no tiene secreto alguno: "En este tiempo he yo visto y puesto estudio en ver de todas escrituras, cosmografías, historia, crónicas y filosofía, y de otras artes así que me abrió Nuestro Señor el entendimiento con manos palpables, a que era hacedero navegar de aquí a las Indias, y me abrió la voluntad para la ejecución dello: y con este fuego vine a V. A."... "La Santísima Trinidad... me puso en memoria y después llegó a perfecta inteligencia que podría navegar e ir a las Indias desde España, pasando el Mar Océano a Poniente, y ansí lo notifiqué al Rey y a la Reina"... "Vuestras Altezas ordenaron que yo no fuese por tierra a Oriente, por donde se acostumbra de andar, salvo por el camino de Occidente, por donde hasta hoy no sabemos por cierta fe que haya pasado nadie"... Todavía más

insólito, más contradictorio, resulta en el *Libro de las Profecías*, donde confiesa rotundamente: "Ya dije que para la ejecución de la empresa de las Indias no me aprovechó razón, ni matemática, ni mapamundos: llanamente se cumplió lo que dijo Isaías, y esto es lo que deseo escribir aquí". Es decir, que ni predescubrimiento o piloto desconocido, ni cálculos geográfico-matemáticos, sino simple y llana predestinación. En una palabra, y adelantándose a don Juan de Austria: "Fue un hombre escogido por Dios, cuyo nombre era".... Escogido para encontrar al Nuevo Mundo...

7. Los trozos de madera labrados recogidos en Madera, así como las "favas de mar" que hoy sabemos crecen en el Caribe. Habas americanas que llegan aún a Tenerife. No hay que olvidar tampoco los cadáveres arrojados por el mar a las playas de Irlanda, que tenían rostros semejantes a los chinos.

8. Las conversaciones que sostendría en La Rábida con Pedro Velasco; en el Puerto de Santa María con un marinero tuerto; en Murcia con otro Pedro Velasco gallego; con el mercader genovés Francisco de Cazana en Sevilla..., según cuenta Las Casas en lib. I, cap. XIV de su *Historia de las Indias*. Todos le hablarán de sus experiencias y de tierras hacia el Oeste.

El conjunto de factores citados, y otros más que surgirán cuando viva en Palos y la Rábida, excitarán la mente colombina y le aferrarán a su idea de *"buscar el Levante por Poniente"*. Pasar "a donde nacen las especierías navegando al Occidente", según cuenta Andrés Bernáldez, el cura de Los Palacios, a quien se lo confesó el propio Colón. El sabía que el paralelo de las Canarias era el mismo que el del Cipango (Japón). Situándose sobre él, y navegando hacia el Oeste, pensaba encontrar islas a 400 leguas; el Cipango, a 750, y la tierra firme, o el continente asiático, a 1.420 leguas. Todas estas distancias se deducían lógicamente de la medida que él daba al ecuador, y el mapa que podía tener delante podía ser el de Martín Behaim o el de Toscanelli. De la geografía de Asia, bañada por el Atlántico, según concepción geográfica de entonces, que no imaginaba la existencia de América, se suponía lo siguiente:

a) Su litoral, frontero con Europa y cercano a ésta, presentaba la costa de China, con dos provincias: Catay, al Norte, y Mangi, al Sur.

b) En el extremo sur, y casi frente a Cipango, el litoral torcía bruscamente hacia el Oeste y luego hacia el Sur. Este tramo formaba la costa atlántica de una península angosta bañada por el otro lado

por el Indico. Esta península era el Quersoneso Aureo (península de Malaca) de la *Geografía* de Tolomeo. Era esta punta el extremo sur de Asia, que posiblemente rebasaba el ecuador. Para ir del Atlántico al Indico había que rodear el Quersoneso Aureo.

c) Otra opinión admitía la existencia del citado Quersoneso, pero suponía otra península mayor, al Este de aquélla; de tal manera, que el Atlántico bañaba la costa Este de tal península y no del Quersoneso Aureo que quedaba al abrigo, separada por un golfo llamado Sinus Magnus. Esta península rebasaba el ecuador muchos más grados que el Quersoneso.

d) Se suponía la existencia de un dilatado archipiélago adyacente a Asia, cuya isla mayor era Cipango. Vinculemos esto a la noción medieval de la posible existencia de islas entre Europa y Asia. Con estas premisas previas, es posible comprendamos mejor la interpretación que Colón le dio a su hallazgo.

Queda bien claro, y Colón nos lo confirmará luego, que el *hallazgo del Nuevo Mundo fue algo fortuito.* Colón no buscaba el continente que Estrabón situaba entre las costas de Iberia y Asia Oriental, sino un camino más corto para llegar a esa Asia. *Murió sin darse cuenta de lo que había descubierto,* creyendo que América Central era parte del Catay y que Cuba era "una tierra firme del principio de las Indias, desde donde se podía volver a España sin atravesar mares". Al involucrar un continente (Asia) en otro (América); al llamar Indias a lo que era América, despojó a su hallazgo de toda su grandeza. Pero ¿realmente creía Colón, al morir, que lo descubierto era la India?

3. De Portugal a Castilla

Para realizar lo que el mismo Colón denominó *la empresa de Indias* era menester el apoyo de un rey o de un noble poderoso. Nada más natural que Colón propusiera, en 1484-85, *a don Juan II* de Portugal la realización de su proyecto, que fue recusado por una comisión de expertos geógrafos. El monarca lusitano quedó, con todo, francamente impresionado y animó a Colón a que le visitase nuevamente. Don Juan estaba entonces entusiasmado con las exploraciones de *Diego Cao* sobre el litoral africano y con otras encaminadas a encontrar la *Anti-ilha,* que los portugueses llamaban *Islas de las Siete Ciudades.* Colón se separó de don Juan, y la posibilidad de llegar a un acuerdo

quedó abierta entre ambos, aunque las excesivas pretensiones colombinas habían contribuido mucho al rechazo de su propósito.

Corría mediados del año 1485 cuando Colón, ya viudo, y en compañía de su hijo Diego, dejó *Lisboa* y se dirigió a *Palos de la Frontera*, un puerto andaluz del condado de Niebla, anclado al borde de la ría del Río Tinto. Cerca del pueblo denominado, frente a la barra o isla de Saltés, se alzaba el monasterio franciscano de La Rábida. Colón llegaba buscando a sus concuñados, los *Molyart y Correa*, que vivían en Huelva, otro pueblecito situado cerca de Palos, y a la orilla de la ría del Odiel. Dentro de este triángulo geográfico: Huelva, La Rábida y Palos de la Frontera, surcado por el compás de las dos rías que se unían, caminaban juntas y volvían a separarse para abrazar a Saltés y salir al mar, estaban los personajes que harían realidad los sueños colombinos: *los frailes del monasterio*, que le pondrían en contacto con los reyes; los *Pinzón y Niño*, que prestarían sus conocimientos, pertrechos e influencias, y los oscuros *marineros paleños* y de Huelva, Moguer, Lepe y Gibraleón, Cádiz y Sevilla, Córdoba, Jerez y Puerto de Santa María, acostumbrados a navegar a Guinea, por lo menos hasta que el Tratado de Alcaçovas (1480) lo vetó oficialmente. Ellos conducirían las carabelas hasta el litoral americano.

Veamos cómo todos –tras de los cuales se yergue Castilla, que estructuraba su unidad políticorreligiosa– se van enrolando en los planes del genovés.

Colón caminó de Palos al cercano convento rabideño, donde un fraile cordial le recibió y se presentó como *fray Juan Pérez*. El va a ser uno de los hombres clave de la empresa. Cristóbal Colón había hallado ya un hogar acogedor y unos amigos que le escuchaban. Fray Juan le presentó a *fray Antonio de Marchena*, el astrólogo o *estrellero* de la comunidad, y al físico o médico de Palos *García-Fernández*. Después de exponer sus planes y ser reconfortado, Colón se fue a Sevilla a ver al *Duque de Medinasidonia* con una especie de pasaporte franciscano. Don Enrique de Guzmán no quiso financiar la empresa y Colón se fue a ver otro duque, el de *Medinaceli*, que residía en el marinero Puerto de Santa María. Medinaceli le oyó con atención y le recomendó a los Reyes, porque la magnitud de la empresa era más digna de ellos que de un noble. Hasta aquí la historia que se ha venido repitiendo. Pero la cronología de Colón en España ha sido últimamente corregida por Juan Manzano y Manzano y Antonio Rumeu de Armas, quienes han dado ya a conocer notables hipótesis. Merece indiquemos estas aceptables hipótesis. Según Manzano:

1485. Llegada a La Rábida y entrevista con Marchena. Rumeu supone que el arribo sólo se realiza en 1491 y que Marchena no estaba en La Rábida en 1485.

1486. En enero, los Reyes le reciben en Alcalá de Henares, y en febrero, en Madrid, a donde va junto con Marchena a quien conoce en la Corte, según Rumeu.

1487. Toma de Málaga, a donde Colón va. Los Reyes le dicen que no ha lugar al plan por el momento.

1487-1488. Actúa vendiendo mapas y libros de estampa. Entonces se está difundiendo la imprenta.

1488. Conoce en Córdoba a Beatriz Enríquez de Arana.

1488. Debe ir con los Reyes a Murcia y les muestra carta del rey de Portugal invitándole a ir a Lisboa. Los Reyes Católicos debieron comunicarle no había inconveniente alguno. Su hermano Bartolomé había ido a Portugal antes y visto el regreso de Bartolomé Díaz. Ello debió influir en el ánimo de Colón, que creyó le iban a frustrar su plan y por eso aceptó la invitación, al mismo tiempo que enviaba a su hermano a Francia e Inglaterra.

1488. A finales de año regresa de Portugal a Sevilla, donde el Padre Marchena, que está como Custodio, lo presentó a Medinaceli y Medinasidonia. Colón pasa al Puerto de Santa María, y es entonces cuando la Reina le pide al duque lo remita a la Corte al recibir carta de éste. Según Rumeu las negociaciones con el Duque fueron en 1485.

1489. De nuevo en la Corte. Lo apoyaron entonces Quintanilla y Mendoza, Comendador Cárdenas, Diego de Deza, Luis de Santángel y Juan Cabrero. Los Reyes debieron recibirle en Jaén.

1490. Tras la caída de Baza, Boabdil no entrega Granada. Los Reyes se van a Sevilla, y aquí el duque debió invitar a Colón a ir al Puerto de Santa María por segunda vez.

1491. Colón, como va a durar otro año la campaña, y habiendo recibido carta de Francia, debió ir a la Corte, y, como en Murcia, volver a decir que si no se le atendía se iba a París.

1491. De la Corte va a La Rábida. Marchena está allí de nuevo como guardián. Según Rumeu es ahora cuando va por vez primera para dejar el niño en Huelva en casa del concuñado Mulyart y abandonar España.

En 1486 comenzaban los años más duros del peregrinar colombino. Los Reyes, favorablemente impresionados por el proyecto, aunque otras actividades de trascendencia inmediata y nacional –la conquista de Granada– les acaparaba la atención, ordenan a *fray Hernando de*

Talavera, prior de un convento jerónimo de Valladolid, que organice una *Junta científica* para examinar lo que el genovés propone. La Junta se reunió en *Salamanca y Córdoba*, siguiendo al andar trashumante de la Corte, en cuyo séquito Colón iba. La *Universidad salmantina no tuvo que ver nada* con esta Junta, que desechará el proyecto colombino por sobradas razones: no admitiendo *la estrechez que Colón pretendía darle al océano.* No hay nada de ignorancia ni oscurantismo, como afirman Hernando Colón y Las Casas, sino todo lo contrario. Wáshington Irving ha sido el inventor de la leyenda sobre la *Junta* de Salamanca, olvidándose que en ella no se trató de la esfericidad de la tierra, sino de la anchura del océano, cosa en la cual los que objetaban tenían razón (1486). La leyenda sobre los pobres conocimientos de la Comisión arranca, como es de suponer, de Hernando Colón y Las Casas.

La Corte, de nuevo en *Córdoba* (1487), hacía los preparativos de grandes operaciones militares contra los últimos reductos moros de Andalucía. Es preciso detenerse a considerar la situación de los reinos, el momento crucial que atravesaban, para comprender mejor las dilaciones o lenta marcha de las negociaciones, y hasta para supervalorar el interés que se le presta a un desconocido que llega sin méritos algunos pidiendo o proponiendo lo que parecía una aventura. Los meses eran duros para el marino genovés, para "Cristóbal Colomo, extranjero", que recibía el apoyo pecuniario de la Corte por intervención de Talavera e iba donde aquella fuera. Se demuestra con ello que el plan de Colón no era mal visto, que su autor no era desatendido, y que las relaciones con Talavera marchaban bien. Cuanto los Reyes *toman* la plaza de *Málaga*, en agosto de 1487, Colón se traslada a la ciudad recién capturada y sigue *esperando*, con esa *paciencia* tan suya que le servía para encubrir una intensa vida interior. Probablemente siguió Colón a los Soberanos en su viaje a *Valencia* y a *Murcia* durante 1488. A mediados de esta última fecha el marino se esfuma de los documentos oficiales. ¿Dónde estuvo? Seguramente en *Portugal*, respondiendo a una llamada de *Juan II*, y después de haberle nacido un hijo, Hernando. Precisamente a finales de tal año retornaba a Lisboa *Bartolomé Díaz*, después de haber encontrado el paso hacia el océano Indico por el extremo de Africa. El plan de Colón no servía ya a los portugueses, que habían dado con una ruta; Colón regresa a Andalucía, mientras su hermano Bartolomé gestiona en *Cortes extranjeras* un apoyo para el plan.

La *Junta* reunida por *Talavera* no había dado aún un veredicto

definitivo; es comprensible, si se atiende a que Castilla permanecía más atenta a las campañas bélicas encaminadas a expulsar a los moros que a los planes sobre una empresa tan aventurada. Interesará cuando acabe la otra, de la que pasa a ser continuación.

El marino genovés iba tras los Reyes, paciente, esperanzado, durante "siete años... –dice él mismo– disputando el caso con tantas personas de autoridad y sabios... Siete años que se pasaron en pláticas... Siete años en la Corte, importunándoles". Hasta que, al fin, la *Junta de Hernando de Talavera*, quizá en Córdoba, *desechó el proyecto* colombino.

Estamos en 1491, año en que toda la Península yace tensa esperando el final de la guerra, de la Reconquista. Colón se ha ido a Sevilla, y de allí a *La Rábida* (otoño de 1491).

Juan Pérez, el guardián del monasterio, recibe cordialmente al desilusionado marino, y ambos comienzan a vivir, junto con otros actores, la parte de la bien conocida historia rabideña. En el convento charlan Colón, fray Juan, fray *Antonio de Marchena* y el médico *Garci-Fernández*. El genovés expone que piensa abandonar España; pero fray Juan, que había sido criado de los Contadores Reales, y *confesor de la Reina*, objetó y se ofreció a escribir a la Soberana una carta, cuyo contenido se ignora. La respuesta llegó a los catorce días, y era una orden para que fray Juan se trasladara al campamento de *Santa Fe*, en la vega granadina, donde estaban los Reyes. Aquella misma noche partió el fraile rumbo a Granada, mientras Colón permanecía a la espera de los resultados. El franciscano convenció a la Reina, y *Colón* recibió 20.000 maravedíes para que se pusiese en condiciones de presentarse en *Santa Fe*.

4. Santa Fe: Capitulaciones

Colón se vuelve a enfrentar con una nueva Comisión; pero ahora siembra más el *recelo* que antes, porque no sólo expone sus *ideas cosmográficas*, sino que hace *desorbitadas demandas*. La cuestión científica no era ya el nódulo del asunto, sino las pretensiones de Colón, que no se avenía a llegar a una transacción o armonización. Colón no cedía, estaba seguro de su secreto, como si "debajo de su llave en un arca lo tuviera", comenta Las Casas. Quería demasiado: *visorrey, gobernador, almirante, ventajas económicas...*, etc., *de* y *en* las tierras descubiertas. Por segunda vez el genovés recibió una negativa, "man-

dando los Reyes que le dijesen que se fuese en hora buena", apostilla Las Casas.

Luis de Santángel, escribano de ración del Rey, y otros personajes de la Corte se ofrecieron a buscar el dinero necesario y convencieron de la necesidad de transigir. Santángel y Francisco de Pinelo, ambos cotesoreros de la Santa Hermandad, tomaron prestados de sus fondos 1.140.000 maravedíes, luego devueltos por la Corona. Colón invirtió 500.000 maravedíes, que debió pedir prestados a sus amigos y protectores; el resto hasta dos millones o cuentos que costó el apresto y abono de sueldos adelantados los debieron facilitar sus amigos, los vecinos de Palos y Santángel.

Colón había sido alcanzado por un mensajero real en la aldea de Pinos-Puente, a seis kilómetros de Santa Fe.

Fueron precisos unos tres meses para negociar la realización del proyecto una vez que había sido aceptado. A Colón lo representó fray Juan Pérez, y a los Reyes, Juan de Coloma, su secretario. El fraile presentó un Memorial de Colón, con sus peticiones; es decir, "con las cosas suplicadas", en tanto que Coloma, tras discutirlas, se limitó a darles el beneplácito en ese célebre "plaze a sus altezas" que todos podemos leer en el texto de las Capitulaciones. Esas "cosas suplicadas", con algunas excepciones, fueron las cosas concedidas condicionalmente en Santa Fe, de la vega de Granada, el 17 de abril de 1492 y que se registraron en las Cancillerías castellana y aragonesa.

Sus cláusulas, *condicionadas al hecho del descubrimiento*, concedían al genovés Colón:

1. El título de Almirante sobre todas las islas y tierras firmes "que por su mano e yndustria se descubrieran o ganaran", según las prerrogativas de los de Castilla, vitalicio, hereditario y perpetuamente.
2. Título de Visorrey y Gobernador general en las dichas islas y tierras firmes, con la facultad de poder proponer en terna a los Reyes personas destinadas al gobierno de tales tierras. De los tres, los Reyes escogerían uno.
3. El décimo de las riquezas o mercancías obtenidas dentro de los límites del Almirantazgo.
4. Si a causa de estas mercancías o riquezas traídas de las tierras descubiertas se originara pleito, los Reyes autorizaban a Colón o a sus tenientes a que conozcan de tal litigio si "por la preheminencia de su oficio le perteneciera conoscer".
5. Se le permitía contribuir con la octava parte en la armazón de

navíos que fueran a tratar y negociar a las tierras descubiertas. A cambio recibiría otra octava parte de las ganancias.

Hagamos notar que el cargo de Almirante era el principal y que buen cuidado tuvo Colón de averiguar sus facultades. Subrayemos también las ambigüedades en cuanto a facultades y esfera de acción de este cargo. Unas veces se le llama "Almirante de la mar Océana"... otras "Virrey y Gobernador de Tierra Firme"..., otras "Almirante, Virrey y Gobernador del Mar Océano"..., en ocasiones "Almirante de las Islas e tierra firme que son en la Mar Océana"... Lo cierto es que él sabía muy bien las amplias facultades que tenían los Almirantes de Castilla, y tal fue el modelo que señaló; así logró ser reconocido como Almirante de lo descubierto y de lo que en adelante se descubriera, pero no se le reconoce la exclusividad a descubrir, aunque en 1495 los Reyes acceden y, una vez admitido esto, también deben reconocerle exclusividad a gobernar, pero en 1499... No conviene adelantar la historia.

Otro punto de las Capitulaciones que vale la pena comentar es el relativo a la facultad de colaborar con una octava parte del coste de todas las expediciones; pues bien, sólo dos veces contribuyó con tal cantidad: en el viaje de 1492 y en la expedición de Nicolás de Ovando en 1501. En esta última ocasión cuatro mercaderes genoveses le prestaron el dinero, como se lee en un Memorial de Colón a su hijo insertado en la *Raccolta* (I, 170). Sin duda hizo lo mismo en 1492, y en tal sentido –amigos a quienes pidió el dinero– hemos de pensar en Juanoto Berardi, mercader florentino residente en Sevilla. Su amistad con él era tal que Colón hizo a este mercader de esclavos, entre otras cosas, su apoderado en los negocios de Indias. El otro amigo fue Francisco Ribarol, un genovés con grandes intereses en Canarias. Cuando Colón gestiona su negocio en Santa Fe se encontraba también en el campamento Alonso Fernández de Lugo, vecino de Sevilla, negociando la conquista de La Palma. Luego, carente de recursos económicos, buscó el apoyo de Berardi y Ribarol, formando los tres una compañía o sociedad comercial. Fácil es deducir que ellos debieron también apoyar a Colón; si no los dos, por lo menos Berardi, que aún en su testamento recuerda que Colón le debe dinero.

De los documentos firmados en Santa Fe no son las Capitulaciones los únicos importantes. Días más tarde, ya en Granada y a 30 de abril, doña Isabel y don Fernando firmaron una carta-merced en que conferían al extranjero Colón –sobre lo otorgado en las Capitulaciones– la ampliación de vitalicio, hereditario y perpetuo, el título de Vi-

rrey y Gobernador, además del permiso para usar el *Don*... El mismo día 30 se le dio a Colón –desde ahora deja de llamarse Colomo, como se venía llamando– una carta credencial para los monarcas extranjeros asiáticos: una especie de pasaporte sin fecha y varias órdenes para la organización de la armada.

Podemos preguntarnos: ¿Por qué concedían tanto los Reyes? Si leemos en la Capitulación, no podremos menos de fijarnos en un célebre, discutido e interpretado pasaje, que reza: "en alguna satisfacción de lo que *ha descubierto* en las mares océanas y el viaje que agora, con ayuda de Dios, ha de hacer por ellas en servicio de vuestras altezas". Por ello, y porque se pensaba que el hipotético viaje, de ser un éxito, reportaría muchos beneficios, y, de ser un fracaso, no reportaría desmedro.

Son muchos los puntos curiosos que hay en las Capitulaciones: uno lo es el tiempo del verbo *ha descubierto*, como si Colón hubiera estado ya en el Nuevo Mundo; otra, la falta de referencia a la ruta hacia la India, pues sólo se habla de descubrimiento y adquisición de islas y tierras firmes en el Mar Océano. El tiempo del verbo merece una discusión y tal vez signifique o haga referencia a los viajes ya efectuados por Colón a Irlanda, Islandia y la Mina. En cuanto al silencio sobre la ruta, Colón lo dirá prontamente en el prólogo a su *Diario* de a bordo –algunos autores estiman que este prólogo se escribió posteriormente–, aparte de que en la especie de pasaporte, escrito en latín, que se le facilita, se dice bien claramente: "Por el presente, enviamos al noble Christoforus Colón, con tres carabelas equipadas, por el Mar Océano hacia las regiones de la India *–ad partes Indias–* por ciertas razones y propósitos." Notemos el sigilo o precaución que denotan las cinco últimas palabras. No hay que olvidar que muchas de las medidas tomadas en los acuerdos obedecen al interés por *mantener en la ignorancia de los portugueses lo acordado*. Con ellos se había firmado en 1479 *el tratado de Alcaçovas* (confirmado por la bula *Aeterni Regis*, 1481), por el que se atribuía a Portugal todas las islas descubiertas hasta la fecha en el mar Océano (Azores, Madera, Flores, Cabo Verde, etc.), salvo las Canarias y "cualesquier otras yslas que se fallaren o conquirieren de las yślas Canarias para abaxo contra Guinea". Los castellanos no podían navegar ni descubrir por la ruta abierta por los marinos de Enrique el Navegante. Colón proponía el descubrimiento a base de navegar en otro sentido: desde Canarias en línea recta hacia Occidente, sin entrar en la zona lusitana; demostración de lo cual es que en los puertos y tierras del sur de España se alista a los hombres para un viaje que respetaría los descubrimientos portugueses.

5. El origen de los pleitos colombinos

Pero –como ha hecho García-Gallo– examinemos, antes de seguir con los actos colombinos, las atribuciones y títulos que se le acaban de conceder al genovés, ya que ello equivale tanto como ver la primitiva organización de las Indias. La organización territorial de las Indias –nota curiosa– se hace antes de que sean conocidas. Colón va a partir rumbo a la India gangética para establecer unas relaciones comerciales, nunca una autoridad. Se busca únicamente tratos y fines comerciales y amistosos; pero suele suceder que en las mares océanas haya islas y tierras firmes desconocidas, o por lo menos no sometidas, en cuyo caso habrá que tomar posesión de ellas. Tal vez Colón –afirmaron luego los cronistas del siglo XVI– tenía noticias de ellas.

Lo que sucedía con las Canarias era un ejemplo cercano y vivo. En 1491 se mantenía sin conquistar Tenerife y La Palma y ello mostraba la posibilidad que existiesen otras islas por someter, otra "ysla de Canaria por ganar". No olvidemos que la navegación a través del Atlántico por parte de los castellanos suponía una violación de lo pactado en Alcaçovas-Toledo, y sin duda esto debió pesar en el ánimo real cuando se rechazó el plan colombino al principio; pero también conviene recordar que la cláusula VIII del citado pacto permitía a los soberanos castellanos buscar en el Atlántico alguna otra Canaria por ganar.

Por eso, mientras se organiza el viaje a la India a efectos puramente comerciales y sin pretensiones de dominio político sobre ella, se estipula el dominio de las islas y tierras firmes desconocidas sobre las que Colón podría ejercer los títulos que ya hemos señalado se le conceden.

Las Capitulaciones firmadas adoptan la forma de una concesión graciosa de los Reyes. No constituyen un contrato. Por razones que ignoramos o que pueden ser el deseo de salvar el prestigio real, se adopta la forma de una concesión unilateral de la Corona. Recordemos las frases: "las cosas suplicadas..." y "place a sus Altezas".

El 23 de abril de 1492 una real provisión confirmando las Capitulaciones alude más claramente a esta naturaleza de las mismas. Ni una vez se refiere a su carácter contractual. En cambio se las designa más de una vez como "carta de merced". Pero Colón y sus herederos las considerarán siempre como un contrato. Como indicamos ya, el 30 de abril se extiende o confirma los títulos de Colón. Títulos que comenzará a ejercer tan pronto descubra. Es un nombramiento sujeto a una

condición, porque todas las facultades concedidas las ejercerá en unas tierras inciertas que nadie sabe si descubrirá. Pero va a suceder que descubre. Y el 28 de mayo de 1493, en Barcelona, los Reyes confirman todos los nombramientos extendidos en abril del año anterior. Será en 1495 cuando surjan las primeras diferencias –según veremos– entre Colón y la Corona. Nacían los famosos "pleitos colombinos". Resultaba lógico, porque la redacción poco precisa de las Capitulaciones y privilegios permitían a unos y a otros fundamentar sus diversas interpretaciones.. El desarrollo de los acontecimientos en Indias, el convencimiento de que se trataba de un inmenso y nuevo mundo, aconsejará a la Corona recortar las atribuciones otorgadas a Colón. Los Reyes cederán en 1497 y confirmarán de nuevo todo. Pero en el tercer viaje la situación se agrava... Es necesario analizar la política de la Corona en casos análogos para comprender lo que va a suceder. Durante los primeros treinta años del siglo XV se mantuvo el sistema medieval seguido en la conquista de Andalucía a los moros. Es decir, se concede el señorío de las tierras conquistadas al que las gane, condicionando al conquistador a reconocer la autoridad del monarca y a prestar servicio militar. Así, por ejemplo, se concedió la conquista de Tenerife a Alfonso de Casaus o Las Casas, a quien se le otorga máxima autoridad, autonomía y transmisión del señorío por línea directa.

En cambio, a fines del siglo XV, cuando se trata de terminar la conquista de Canarias, se sigue un sistema distinto. Ya no se concede el señorío, sino ventajas económicas. Ahora se celebra una Capitulación. Considerando esto, comprenderemos mejor la política o la actitud de la Corona, reacia a concederle a Colón lo que pide antes de firmarse las Capitulaciones. Pero cedieron por lo que dijimos. Y en el texto de las Capitulaciones hemos visto cómo se dan disposiciones de dos tipos:

1) Cargos de autoridad.
2) Ventajas económicas y honoríficas.

Los cargos concedidos se debieron a ruegos de Colón, forzadamente. Fue Colón, pues, quien primero organizó las Indias. Los Reyes accedieron a disgusto, con tal de que se descubriesen. Claro que al aceptar este sistema de gobierno quedaron también obligados a mantenerlo. Así sucedió según diversas confirmaciones. Pero resultaba una organización establecida por un extranjero –nunca pidió carta de naturaleza, al revés que Vespucio–, poco conocedor de las instituciones españolas, al que no se podía mantener con las atribuciones del Almirante

Mayor de Castilla en sus mares y como virrey de tantas tierras. Y así nacen los Pleitos, en 1508, que darán lugar a un inmenso cúmulo de papeles, estructurados así:

1) Pleito General, constituido por : *A*) Pleito de Sevilla; *B*) Pleito de Darién, de 1517, y *C*) Pleito de los 42 Capítulos, de 1520.

2) Rollo nuevo de doña María de Toledo (1526-1534), que acaba por la sentencia de Dueñas. Ahora no se discuten los cargos y atribuciones dados en Santa Fe, sino quién descubrió primero las Indias y la primacía del mérito en la idea o génesis del viaje. De esto depende que los Colón puedan seguir gozando lo concedido en Santa Fe. La familia Pinzón, que alega derechos de prioridad en lo mencionado, cede a la Corona éstos.

3) Apelación de la sentencia de Dueñas. Se da la sentencia de Madrid.

4) Rollo de apelación a la sentencia de Madrid (1535), que acaba por el laudo arbitral de 1536. Don Luis Colón renuncia a los privilegios de 1492; especialmente al título de Virrey, derecho a nombrar cargos en Indias y a percibir el 10 por 100 de las rentas indianas. A cambio le conceden: 10.000 ducados anuales de renta a perpetuidad; título de Almirante de las Indias, sin emolumentos; Marquesado de Jamaica, y 25 leguas cuadradas de Veragua. En los años de 1540 y 1556 hubo nuevos arreglos y variaciones, reteniendo la casa Colón al final: título de Duque de Veragua y Marqués de Jamaica; título de Almirante, sin facultades ni sueldo; la isla de Jamaica, con sus rentas y una paga anual de 17.000 ducados.

6. Los hombres de Palos de la Frontera

De los documentos expedidos el 30 de abril de 1492, uno era una provisión dirigida a los vecinos de Palos de la Frontera, en la que se les ordenaba que, de acuerdo con cierta obligación que sobre ellos pesaba de *servir durante doce meses con dos carabelas al Estado,* debían ayudar a Colón. Respaldado por sus credenciales y órdenes reales, llegó Cristóbal Colón a *Palos el 22 de mayo de 1492,* en el preciso momento en que por los puertos de Andalucía embarcaban, *expulsados, los judíos* de España. En el proemio del *Diario de a bordo* Colón nos

dice que el 12 de mayo de 1492 se partió de Granada camino de Palos, y Las Casas confirma que se fue derecho a esta villa. Pero bien podemos pensar que pasó por Córdoba para despedirse de Beatriz y dejarle dinero para mantener al niñito. Allí, supone Manzano, tal vez convenció a Pedro de Arana, primo de Beatriz, para que le acompañase, y pudo conocer a Pero Tafur, a quien Nicolo de Conti mandó noticias sobre la India y el Preste Juan a raíz de un viaje que Tafur realizó a Tierra Santa. El martes 30 de octubre, en el *Diario*, Colón hace referencia al Catay y al Gran Khan "según le fue dicho antes que partiese de España". ¿Tafur? Quizá, pero la historia no podemos montarla sobre suposiciones.

El elegir a Palos como puerto donde se harían los aprestos de la expedición y desde donde habría de zarpar obedecía a la *obligación citada* que pesaba sobre Palos, al *estar Cádiz* ocupado como puerto por donde salían los judíos expulsos, al *tener Palos una buena flota* y unos *expertos marinos*, y, sin duda, a un *interés personal de Colón*, que había encontrado en aquella zona la primera acogida. Que hubiese notables marinos no cabe la menor duda. En Simancas abunda la documentación felicitándoles por su ayuda en la lucha contra los lusitanos o castigándolos, como ya vimos, por sus infracciones. Los cronistas Alonso de Palencia y Diego de Valera refieren correrías de los paleños y otros a Guinea, la Mina, etc. Los mismos Pinzón sabemos que son reos por delitos cometidos en Ibiza y costas de Cataluña. En cuanto a amistades y conocimientos –salvo los frailes y el físico– con pocos contaba Colón en la villa de Palos, donde se le tenía por extranjero y se sabía, sin duda, sus proyectos. Uno de ellos Pero Vázquez de la Frontera. Los Pinzón pudieron conocerle al regresar de Santa Fe. Amigos, pues, como tales no debía tenerlos. La prueba es que todo el mundo se niega a embarcarse y se burla de su empresa. Los únicos amigos eran los citados, más Juan Rodríguez Cabezudo, el que alquiló la mula para que fray Juan Pérez fuera a Santa Fe. Y de todos los amigos, los más decisivos fueron los frailes –en especial Marchena–, a quienes tal vez obtuvieron la colaboración de los Pinzón.

La otra razón esgrimida por Las Casas para explicar la elección de Palos como puerto para el apresto y partida es la del castigo que pesaba sobre la villa. Digamos que al final la villa sólo contribuyó con una carabela, la otra se preparó en Moguer y la nao Santa María vino del Puerto de Santa María. Hay una última razón apuntada por Manzano que no conviene olvidar: todos los puertos andaluces eran de particulares (Cádiz y Rota, de los Ponce de León; Sanlúcar, Chipiona y Huel-

va, de los Medinasidonia; Moguer, de los Portocarrero). Sólo Sevilla pertenecía a la Corona. Los puertos, según *Las Partidas*, pertenecían a la Corona, pero ésta, buscando el apoyo de la nobleza en aquel período semifeudal y de reconquista, había ido cediéndolos. Los Reyes Católicos, ante este problema, proyectan una nueva política y comienzan por fundar a Puerto Real en el fondo de la bahía de Cádiz y antecedente inmediato con Santa Fe de las ciudades ajedrezadas indianas. Luego, las campañas de Granada le proporcionarían Málaga (1487) y Almería (1489) y todos los demás puertos del litoral granadino. Terminada la guerra surge la aventura oceánica de Colón. Este escoge Palos. Palos entonces pertenecía a varios magnates: duques de Medinasidonia, conde de Miranda y hermanos Silva. A éstos compraron los Reyes la mitad de la villa por 16.400.000 maravedíes cuarenta días antes de zarpar Colón, como si tuvieran especial interés de que éste saliera de un puerto realengo. Es decir, que cuando Colón manifiesta que desea partir de Palos, los Reyes entablan relaciones inmediatamente con los Silva, y de esta forma la empresa de las Indias será desde sus comienzos una empresa realenga. La política real en este sentido se continúa en enero de 1493 con la expropiación del puerto de Cádiz, que será elegido como punto de arranque de la segunda expedición colombina.

El 23 de mayo de 1492, en la iglesia de San Jorge, de Palos, se leyó la Real Provisión del 30 de abril por la que se les informaba a los paleños que debían colaborar con dos carabelas perfectamente equipadas, durante dos meses, bajo el mando de Colón, "por algunas cosas fechas e cometidas por vosotros en deservicio nuestro". Se les daba un plazo de diez días. Los Reyes no señalan la meta del viaje a realizar, aunque sí indican que no podrán ir a la Mina (Tratado de Alcaçovas). Las autoridades prometieron cumplir; luego Colón se fue a Moguer y allí hizo leer otra Real Provisión dirigida a todas las autoridades de la costa andaluza notificando el viaje y ordenándoles colaborasen en él. Las autoridades también oyeron y acataron lo dispuesto. Pero ni en Palos ni en Moguer cumplieron: se acata, pero no se cumple. Basta con referir una razón para explicar la actitud de los paleños: *Colón* era un extranjero que llegaba con órdenes tendentes a hacerles cumplir un *compromiso*. Los paleños se negaron a cooperar con un *Chritoforus Colonus quidam*, como escribió el elegante latinista Pedro Mártir. Es decir, a servir a un cualquiera, desconocido y sin prestigio.

La Providencia, que se había ido encargando de presentar hombres que ayudasen a Colón, le ofrece en este crítico instante uno más: *Mar-*

tín Alonso Pinzón, marino de Palos, jefe de una familia acomodada, experto como nadie en las artes del mar. Lo que será él para la "gran empresa" nos lo contará el despensero de la *Pinta,* García Fernández: "Si no fuera porque el dicho Martín Alonso le dio los dichos navíos al dicho almirante, que no fuera donde fue ny menos fallara gente, y la cabsa hera porque ninguna persona conocía –en Palos– el dicho almirante a que por respeto del dicho Martín Alonso e por darle los dichos navíos, el dicho almirante al dicho viaje." Más de una vez, durante su estancia en el monasterio, Colón se dirigió al cercano pueblo de Palos, donde –depone un testigo de los *Pleitos colombinos*– "hablaba con un Pero Vázquez de la Frontera, que era hombre muy sabio en el arte de la mar, e había ido una vez a hacer el descubrimiento con el infante de Portugal; e este Pero Vázquez de la Frontera daba visos al dicho Colón y a Martín Alonso Pinzón e animaba a la gente e les decía públicamente que todos fuesen a aquel viaje, e habían de hallar tierra muy rica..." No traemos a colación este serio testimonio para recortar la gloria colombina, sino para hacer notar que el proyecto del futuro almirante no era nada nuevo, ya que los portugueses lo habían intentado más de una vez años atrás, y para señalar que en el ámbito paleño-rrabideño Colón encontró apoyo a sus ideas, aunque luego las gentes no estuviesen muy dispuestas a seguirle.

Lógico: Colón era un extranjero advenedizo en Palos, que no podía tentar a los marinos del Tinto y del Odiel. Fue precisa la influencia local de Pinzón para el fletamiento de la flotilla, y hasta casi seguro que Martín le habló a Colón de un mapa que había visto últimamente en Roma, en la *Biblioteca del Vaticano,* sobre las tierras que se proponía buscar. Martín Alonso era un avezado marino, hombre temido por los portugueses, que viajaba a Italia llevando sardinas y para quien navegar al Norte o a Canarias era algo familiar. Apenas Colón aceptó su ayuda –es seguro hubiese entre ambos un acuerdo verbal– confiesa un testigo que Pinzón se sumergió en una gran "diligencia en allegar gente e animalla, como si para él e para sus hijos hobiera de ser lo que se descubriese. A unos decía que saldrían de la miseria; a otros, que hallarían casas con tejado de oro; a quien, brindaba con buena ventura, teniendo para cada cual halago y dinero; e con esto e con llevar confianza en él se fue mucha gente de las villas".

Aunque Colón embargó en Moguer unos barcos, no los debió de utilizar. Parece que fue Martín Alonso Pinzón el que contrató los barcos definitivos, pues él conocía bien las condiciones de los navíos de la región y hasta es posible que los hubiera tenido a su servicio. Al fi-

nal, según sabemos, fueron dos carabelas y una nao. La *Niña* era de Moguer, propiedad de Juan Niño, se llamaba realmente *Santa Clara* (La Patrona de Moguer) y la pagaron los paleños; la *Pinta* era de Cristóbal Quintero, en ella fue Pinzón que, tal vez, la había tenido alquilada. No sabemos si la *Pinta* fue incautada o alquilada, aunque sí estamos enterados de que a su dueño "le pesaba ir a aquel viaje", según cuenta Colón el 6 de agosto "al rompérsele el gobernalle". Además, Quintero va como simple marinero, pese a ser el dueño, mientras que Niño y Juan de la Cosa van en la *Niña* y la *Santa María* (alias la *Gallega*) como maestres de sus navíos. La *Santa María* (así siempre se llamaron los cuatro barcos en que Colón viajó a América) era de Juan de la Cosa, natural de Santoña, pero vecino del Puerto de Santa María, donde pudo conocerlo Colón cuando estuvo en casa del Duque. Colón debió contratar a esta nao directamente, después, quizá, de desembargar los dos barcos que había embargado en Moguer.

¿Cuántos oyeron las invitaciones? Unos *noventa hombres*, de los cuales se conocen ochenta y siete, y de ellos, cuatro, más Colón, no eran por nacimiento súbditos de la Monarquía española. Hasta el aburrimiento se ha hablado sobre una de las provisiones del 30 de abril autorizando el reclutamiento de *criminales* para integrar las tripulaciones. No se puede negar su existencia y utilización; a su amparo se embarcaron *un homicida*, Bartolomé Torres, que había matado al pregonero de Palos, y tres amigos que le habían libertado de la cárcel, los cuales, según las leyes de entonces, incurrían en el mismo delito. Tales fueron "la escoria criminal" que España remitió al Nuevo Mundo en el viaje descubridor, y para los cuales Colón, en Barcelona, al retornar, pidió el perdón definitivo.

Dentro de *tres diminutas embarcaciones* se metieron los noventa hombres, o ciento veinte, según otros autores, intrépidos y leales, que dieron probablemente menos que hacer que otros hombres cualesquiera hubieran hecho en su caso. Iban algunos extranjeros y diez hombres del Norte, apiñados seguramente en torno a Juan de la Cosa y que entraron en la *Santa María*, alias la *Gallega* (no confundirla con la *Santa María* del segundo viaje, alias la *Mari Galante*).

En la nómina de ellos, casi a la altura de los Pinzón en cuanto a méritos y apoyos, estaban los *Niño, de Moguer*. Tres de la familia embarcaron en el primer viaje –Juan, que acompañó al regreso a Colón hasta Barcelona; Peralonso, con veinticuatro años, que luego hará el "viaje menor" de 1499-1500, y Francisco, con diecinueve años, que navegó también en el segundo y cuarto viaje colombinos–, haciendo

gala de una competencia marinera y una lealtad a Colón admirables. Los frailes rabideños no dejaron tampoco de auxiliar, pregonando que la obra no era "vana empresa" como entonces se decía.

No iban hombres de armas; todos eran marineros, vestidos con el típico blusón de caperuza y el gorro de lana. Generalmente, descalzos, y, dentro de varios días, barbudos. Cargan vituallas para un año a bordo de los barcos, de los cuales, el más marinero fue la *Niña,* que viajó más que ninguno, mereciendo el aprecio especial de Colón, que dijo de ella: "Si no fuera la carabela muy buena y bien aderezada, temiera perderme."

La gesta estaba ya en marcha. Peralonso Niño fue designado como piloto de la *Santa María,* en la cual Juan de la Cosa era dueño y contramaestre (oficio de mayor ocupación); en la *Pinta* era el piloto Cristóbal García, y en la *Niña,* Sancho Ruiz de Gama. Colón mandaba, como capitán, en la nao *Santa María;* Martín Alonso Pinzón, en la carabela *Pinta,* y Vicente Yáñez Pinzón, en la *Niña.*

Aparte de estas jerarquías, de enorme importancia, y la marinería, embarcaron oficiales reales, cirujanos o médicos, calafates, toneleros, cocineros, despenseros –cuidaban del fogón, agua, vino y alimentos–, carpinteros, un escribano llamado Rodrigo de Escobedo, que debía levantar las actas de toma de posesión cuando descubriesen tierras, y un intérprete, conocido por Luis Torres, que hablaba árabe y hebreo. Una prueba más de que Colón pensaba ir a la India gangética.

Dijimos que de dos hombres de estos que navegan a bordo merece decirse algo más. Aún no son famosos. Uno es un simple marinero; el otro es el dueño de la *Santa María,* a cuyo bordo va como contramaestre. Por lo general se acepta que este Juan de la Cosa es el que traza en 1500 el primer mapa de América y el que muere en Indias en compañía de Alonso de Ojeda. Sin embargo, hay autores que no aprueban esto y afirman que el Juan de la Cosa del primer viaje se deshonra, por así decirlo, cuando por su descuido encalla la *Santa María.* A causa de esto pasa al olvido, y en el momento del segundo viaje de Colón está él, en cambio, navegando hacia el norte de España, tras pedir permiso y alegar que había perdido su barco en el Nuevo Mundo. El Juan de la Cosa del mapa y compañero de Ojeda –se dice– embarca en el segundo viaje colombino. Nos limitamos a referir las posiciones, admitiendo la tradicional; o sea, la que acepta al Juan de la Cosa del descubrimiento como la misma persona del cartógrafo.

En cuanto a Rodrigo de Triana, la confusión es evidente, y aquí sí que hemos de manifestar que no hubo tal *Rodrigo de Triana.* El hom-

bre que dio la voz de "¡Tierra!" era un marinero de Molinos (Sevilla) o de Lepe llamado Juan Rodríguez Bermejo. Así consta rotundamente en los *Pleitos colombinos*. Sin embargo, Las Casas, Oviedo y Hernando Colón hablan de Rodrigo de Triana. ¿Cuál es la razón del trastrueque de nombres? Se ignora por el momento.

Y sigamos con otras circunstancias del embarque y de los embarcados. Estos iban a sueldo de la Corona, que pagaba al mes 2.000 maravedíes a un maestre o piloto; 1.000 a un marinero, y 666 a un grumete o paje.

Los barcos estaban preparados, los hombres en sus puestos y Cristóbal Colón anhelante. A eso de las cinco de la madrugada, con el agua de la ría completamente lisa y blancuzca, principiaron los barcos a moverse hacia la barra de Saltés, que cruzaron a las ocho de la mañana...

La silueta oscura de la *Niña*, con su aparejo latino, se distinguía de las otras dos naves redondas. La velocidad promedia a desarrollar era la de 50 leguas por día –cada legua tenía unas 3,18 millas náuticas–, aunque días habrán en que harán menos y otros más. Cada barco debía tener a la vista a los demás y estar pendiente del fanal puesto a popa, con el que se daba señales de fuego, si era de noche, y de humo, si era de día...

7. El hallazgo del Nuevo Mundo

Colón –dice Oviedo– "rescibió el sanctísimo sacramento de la Eucaristía el día mesmo que entró en el mar, y en el nombre de Jesús mandó desplegar las velas y salió del puerto de Palos por el río de Saltés a la mar Océana con tres carabelas armadas, dando principio al primer viaje y descubrimiento destas Indias". A bordo *no iba* ningún *sacerdote*, porque en un viaje de descubrimiento no había ocasión de efectuar conversiones, aunque debía haber ido para el servicio de la tripulación. Pero es que la costumbre de la época admitía que los marinos podían dirigir sus oraciones y servicios.

Del 3 al 9 de agosto de 1492 los barcos recorrieron el tramo Península-Canarias, luego llamado *Golfo de las Yeguas* por las muchas que morían en ese trayecto viajando a Indias. En el *archipiélago canario* los barcos demoraron un mes, *arreglando* en Gran Canaria el *gobernalle* de la *Pinta* y el aparejo de la *Niña*, a la que le cambiaron el velamen latino por el redondo. Las Canarias estaban en el mismo para-

lelo que el Cipango, por lo cual Colón enfiló desde ellas hacia el Oeste, escogiendo la ruta más corta y simple, de acuerdo con sus errores, apunta Morison. Náuticamente, el viaje más trascendental de la Historia va a ser facilísimo. Las naves dejaron atrás la isla de la Gomera, mientras que en los oídos colombinos sonaban aún estas frases que estampa en su *Diario* y que oyó en la Torre del Conde, cuando la señora de la isla, doña Beatriz de Bobadilla, le agasajaba: "que cada año veían tierras –los gomeros– al oeste de las Canarias, que es al Poniente, y otros de la Gomera afirmaban otro tanto con juramento".

Ya el día 9 de septiembre, al pasar frente a la isla de Hierro, Colón acordó contar menos de lo que andaba, "porque si el viaje fuese luengo no se espantase, no desmayase la gente". Paradoja: la cuenta que Colón ofrecía como falsa estaba más de acuerdo con la realidad que la que ocultaba y él estimaba como auténtica. Otro de sus aciertos...

Empujadas por los alisios, las naves hacían 60 y hasta 174 millas por día. El 16 de septiembre entran en el mar de los Sargazos, y a los tres días –casi a la mitad de la ruta– Colón comienza ya a creer que navegaba entre islas. El 20 pierden los alisios y el 22 se oyen algunas murmuraciones a bordo. El desplazamiento es bien tranquilo; algunos hombres se dedican a pescar, otros nadan. El 24 ven unos alcatraces y otras aves procedentes del oeste, pero no por ello decrecía la impaciencia, y Las Casas llega a inculpar a los Pinzones de ella. El 25, Martín Alonso da la voz de "tierra"... Ha sido un espejismo, cuando sólo habían hecho los dos tercios de lo calculado para llegar a la India. Ese mismo día 25 glosa Las Casas el *Diario* y nos dice que "Yva hablando el almirante con Martín Pinzón, capitán de la otra carabela *Pinta*, sobre una carta... donde, según parece, tenía pintadas el almirante ciertas Yslas por aquella mar". ¿Sería este mapa el de Toscanelli? El 3 de octubre llevan ya tres semanas sin ver tierra y la gente reinicia las murmuraciones. Colón seguía impertérrito, aplicando, si era preciso, las Sagradas Escrituras a cada minuto o acto de su vida, y negándose a cambiar el rumbo porque estimaba que si accedía perdía autoridad. Su "temple sereno –asienta Morison– provenía de una seguridad interior y de la confianza en Dios, no de un conocimiento superior".

El día 6 de octubre Martín Alonso comunicó que sería conveniente abandonar el rumbo del paralelo 28° y navegar Oeste-cuarta-Suroeste. Colón no aceptó al principio; pero al día siguiente optó por el consejo pinzonista y se puso sobre la ruta que señalaba la presencia de unas aves, pues "era de creer que se iban a dormir a tierra o huían quizá

del invierno, que en las tierras de donde venían debía de querer venir", se lee en el *Diario.*

La inquietud a bordo era natural; las mentes trabajaban tanto, que más de una vez se dio falsa voz de descubrimiento. Colón anunció entonces que quien diese una infundada voz de "¡Tierra!" quedaría descalificado para el premio fijado. El 7 de octubre da la *Niña* una ilusoria alarma... Ello, cuando la flotilla navega en derechura a las Bahamas. El descontento acrecentóse... Los hombres comprobaban que los barcos siempre habían sido movidos por un viento que jamás se mostró en dirección contraria. ¿Cómo retornar? Además, habían ya sobrepasado las leguas propuestas... Colón aquietó a la gente; les esforzó y aseguró que había embarcado para llegar a la India, y la encontraría. La intervención de los Pinzón, que pudo ser ahora, día 10, o antes, el día 6, no cabe duda que fue decisiva, ya que es admisible el decaimiento del ánimo colombino al comprobar que sus cálculos fallan. Es de notar, además, que el malestar se da a bordo de la *Santa María,* donde va Colón y donde navegan los santanderinos y gallegos u hombres del Norte. En las otras dos naves, cargadas de andaluces, no hay amagos de motín, hasta el día 10 en que se generaliza el descontento.

Admitiendo el decaimiento de Colón y el posible temor hacia sus hombres, que murmuraban, podemos aceptar, tal como lo indican los *Pleitos,* la decisiva intervención de los Pinzón a cincuenta horas del descubrimiento. Colón pudo pedir consejo a Martín Alonso. La respuesta de éste llegó bien sencilla, de barco a barco: "Señor, ahorque vuesa merced a media docena de ellos, o échelos a la mar, y si no se atreve, yo y mis hermanos barloaremos sobre ellos y lo haremos, que armada que salió con mandado de tan altos príncipes no habrá de volver atrás sin buenas nuevas".

Martín Alonso, con soltura y gracia andaluza, destruyó el malestar de los marineros, restableció la autoridad y disciplina y devolvió la confianza a Colón. Y su hermano, Vicente Yáñez, dotado también de habilidad, añadió: "¿Hemos andado ochocientas leguas? Andemos dos mil, y entonces será tiempo de platicar sobre el regreso." Colón pidió un plazo de tres días, al cabo de los cuales se trataría del retorno si no habían hallado tierra.

No hubo motín a bordo, ni hubo choque entre el saber y la ignorancia, el valor y la cobardía, ya que si Colón hubiese estado bien instruido nunca hubiese pensado hallar el Japón a 750 leguas al Oeste. Lo que sucedió en las naves constituyó algo natural.

El jueves, día 11, los de la Pinta recogieron "una caña y un palo y

tomaron otro palillo labrado, a lo que parecía con hierro, y un pedazo de caña y otra yerba que nace en tierra, y una tablilla. Con estas señales respiraron y alegráronse todos". También era lógico el cambio de ánimo. El Nuevo Mundo se acercaba a ellos en estos mensajes flotantes. Desde los barcos se oteaba el horizonte de continuo y, desde las cofas o castillos, las voces de los vigías gritaban interrogantes y con insistencia: "¿La véis? ¿No la véis?" *(Pleitos.)*

A las diez de la noche del día 11, antes de cantar la Salve, Colón divisó una candelita que se movía en el horizonte. Aún no había salido la Luna. Colón consultó a Pedro Gutiérrez, que vio también la lucecita; no así otro compañero convocado. En ese momento la vio también un marinero llamado Pedro Izquierdo, natural de Lepe (el que Oviedo dice que apostató y se fue con los moros por no haberle dado Colón el premio prometido). Sin duda que tanto Colón como Izquierdo habían tenido visiones. Morison afirma que en aquel momento estaban a 35 millas de las Bahamas, distancia a la cual no se distingue hoy un faro que hay en la isla Watling... Colón deseaba ser el primero en dar la voz y por ello se adjudicó el premio –más por la gloria que por codicia, hemos de pensar–, y por ello su hijo Hernando asentó que el día 11 de octubre había su padre descubierto al Nuevo Mundo.

A las dos de la madrugada del 12 de octubre los barcos se deslizaban velozmente a dos leguas de tierra, con la *Pinta* a la vanguardia. La Luna menguante, estaba a unos 70° sobre Orión, en la cuarta de babor, en una ideal posición para acusar cualquiera tierra que apareciera a proa de las naves.

Juan Rodríguez Bermejo –el llamado Rodrigo de Triana–, que montaba guardia en el castillo de proa de la *Pinta*, fue el primero en divisar una "cabeza blanca de arena". El grito anunciando la nueva brotó potente de su garganta. En seguida sonaron lombardas, se arriaron velas para esperar a la nao almirante y de barco a barco el diálogo saltó lleno de alegría por el hallazgo.

Colón, en su *Diario*, se adjudica la primera visión, y nada dice del premio de 10.000 maravedíes concedidos por los Reyes. La suma no era despreciable, pues equivalía a diez pagas de un marinero. No era despreciable, queremos decir, para un tripulante, aunque sí para un Almirante y Visorrey. Que eso comenzaba ya a ser don Cristóbal Colón. El citado premio lo recaudaron los Reyes mediante impuestos a las carnicerías de Córdoba y Colón asignó la renta de él a Beatriz Enríquez, la que le dio el hijo Hernando. En cuanto a Juan Rodríguez

Bermejo, o Juan de Molinos, o Juan de Sevilla, llegó a maestre en 1507 y fue con Loayza, en 1525, a las Molucas.

La tierra a la cual habían llegado era una isla de las Bahamas: la *Watling*, que el Almirante llamó *San Salvador*, y que los indígenas conocían por *Guanahaní*, que quiere decir *iguana*. Colón la describió como isla "bien grande y muy llana y de árboles muy verdes, y muchas aguas, y una laguna en medio muy grande, sin ninguna montaña, y toda ella verde, que es placer mirarla".

El primer acto a efectuar consistió en la toma de posesión, llena de colorido y teatralidad. Flotaron entonces al aire las banderas verdes de los Reyes y el escribano levantó la consabida acta sin que nadie se opusiese a Colón en su acto.

8. La primera imagen de América

Hay que recurrir al *Diario* de a bordo para descubrir la primigenia impresión que América produjo a los descubridores. En la irritante parquedad del *Diario*, Colón consigna de esta manera la primera visión de la geografía americana:

"Puestos en tierra, vieron árboles muy verdes y aguas muchas y frutas de diversas maneras..." "... Son estas islas muy verdes y fértiles, y de aires muy dulces..." "...Esta isla es muy verdes y llana y fertilísima..." Todo lo encuentra muy poblado de árboles y con "tanta verdura en tanto grado como en el mes de mayo en Andalucía, y los árboles todos están tan disformes de los nuestros como el día de la noche, y así las frutas, y así las yerbas y las piedras y todas las cosas".

– Colón, desde un principio, quiere demostrar que las islas encontradas son deliciosas de clima y están cuajadas de prodigiosas riquezas, de tal manera que en ellas se puede vivir mejor que en España. Los indígenas son simples y temerosos. Así surge el mito sobre la debilidad y cobardía del indígena.

– A la primera sorpresa sucede la sensación de que ese clima y esa tierra tienen que producir seres y plantas de virtud extraordinarias. Animales terrestres cree que no hay, salvo pájaros, lagartos y unos perros que no ladran.

– En cambio los peces le maravilla "tan disforme de los nuestros"; y en el cielo los pájaros sorprenden por su cantidad y variedad.

– En cuanto a los árboles, son de una novedad y variedad disformes a la de España. *Disforme* –distintos– es el adjetivo que usa de conti-

nuo. Esto es así al principio, luego se invierte la sensación y la naturaleza americana le parece semejante, igual, y más hermosa que la de España.

–Curiosamente se muestra indiferente ante las nuevas constelaciones, uno de los aspectos más sorprendente del Nuevo Mundo.

Si examinamos con detenimiento la prosa colombina, donde va quedando reflejada la primera visión de la geografía americana, notaremos que la atmósfera europea embarcada junto con los hombres hace que todo –el hecho del descubrimiento, la colonización y el mismo paisaje– se presente en los inicios como una extensión del mundo medieval.

La nueva geografía es comprendida bajo las formas ópticas de la Baja Edad Media. La larga espera de los marinos colombinos en su navegación por horizontes vacíos se llena de pronto con una naturaleza que en los relatos del minuto aparece *alegre, inocente* y *feliz.*

Desde un principio los elementos invariables que componen este paisaje están fijados por el agua, la brisa, el árbol y el canto de los pájaros. Es la constelación del paisaje literario provenzal, la del *dolce estil nuovo,* la del *Decamerone.* La óptica del Almirante, predeterminada por una tradición, selecciona la realidad antillana al describirla y calla los esteros, las iguanas, los ríos de color sucio, la bestialidad indígena, etc., reduciendo el paisaje a los cuatro elementos de la realidad culta de los trovadores. Es decir, se concreta Colón a un paisaje ideal ayudado por su espíritu renacentista y por el mismo ambiente antillano con el cual tropieza, ya que éste no repugna a su concepción paradisíaca.

Si el ojo de Colón hubiera estado educado por el realismo de los flamencos –observa Palm a quien glosamos– hubiera captado los rasgos singulares del lugar con la viveza original de su compatriota Eneas Silvio Piccolominí y hubiera hablado también de las profundas sombras azules y violáceas que interesaban a un Leonardo, un Giorgione o a un Dosso Dossi.

La visión primera de Colón ha definido la percepción del trópico, que aparece en su prosa o en la nostálgica del padre Las Casas como un mural pintado por Benozzo Gozzoli.

Y aquella geografía falsa, idealizada, paradisíaca, era para Colón el Asia empeñado como estaba en demostrarle a los Reyes que las tierras que había encontrado eran las descritas por Marco Polo.

Esta primera impresión colombina, completada con el desnudismo de los indígenas y los variados y multicolores productos intercambia-

dos, se prolongó y completó a lo largo de la costa norte de las Antillas mayores. *América* fue entrando en los barcos y en los ojos de los descubridores en forma de indios, papagayos, ovillos de algodón, frutas, trozos de oro...

Y el primer Almirante de la Mar Océana comenzó a creer ya desde entonces –con sus ideas prefijadas– que las tierras encontradas eran asiáticas por lo cual el 17 de octubre, en el *Diario*, habla de *indios* y de la *India*. Por eso tiene prisa en regresar, para anunciar (9-1-1493) que "había hallado lo que buscaba".

Los descubridores se habían topado con una naturaleza, con unos hombres, con unas costumbres e instituciones nuevas. Para ponerse en relación con esa realidad Colón llevaba dos intérpretes a los que de nada sirvió su hebreo, caldeo y árabe. Tuvieron que entenderse con los indígenas a base de señas: "Las manos servían de lenguas", dice Las Casas. Pero no siempre el entendimiento fue correcto y se dieron múltiples equívocos.

Los descubridores comenzaron por darle nombres suyos, antiguos, a lo nuevo. Así llamaron *almadías*, palabra árabe, a las embarcaciones que más tarde supieron que se denominaban *canoas*; y antes de conocer la palabra *cacique* llamaron reyes a los señores indígenas. Así mismo bautizaron como panizo al *maíz* y por este nombre –panizo– se le conoce aún en la Mancha y Aragón. Para no perderse en la nueva geografía los descubridores bautizaron con topónimos familiares a las tierras del Nuevo Mundo. Colón evoca en su *Diario* las tierras de Castilla, las huertas de Valencia, la vega de Granada, la campiña de Córdoba, el río de Sevilla... *Española* llamará a una de las islas. Más tarde los conquistadores sembrarán el mapa americano de nuevas patrias: Castilla, Andalucía, Galicia, Extremadura, Vizcaya, León... Nueva España. A una fruta que les pareció similar a la del pino, señala Rosenblat, los descubridores la designaron *piña*. En América tal fruta contaba con muchos nombres: uno era el guaraní, *naná*, de donde surgió el portugués *a naná* y, luego, *ananá*. Del portugués pasó a muchas lenguas, pero en el Paraguay, país guaranítico por excelencia, tal fruta se sigue llamando piña. La fauna, los animales, les eran desconocidos, pero como les recordaban animales de Europa los llamaron leones, cocodrilos, ovejas... aunque eran realmente pumas, caimanes, llamas, etc. De ahí surgió la idea de la degradación de la naturaleza americana tan cuestionada en el siglo XVIII.

El mundo de Colón no era el que veía sus ojos, sino el que él quería ver de acuerdo con Tolomeo, Pierre, D'Ailly o Marco Polo. La

Ante-Ilha o Isla Anterior que la cartografía medieval situada en el Atlántico, adquirió el plural como las Canarias, Azores o Baleares y pasó a ser las *Antillas*. En el primer viaje Colón creyó ver sirenas (eran los manatíes) e identificó la isla *Matinino* habitada sólo por mujeres, según los indios, con las Amazonas.

Con lo dicho basta para comprender cómo la visión primera de América fue fruto de una proyección sobre la nueva geografía de la mentalidad europea. A la realidad americana se le hizo entrar en moldes de Europa. Sobre América se proyectó la realidad cotidiana del Viejo Mundo y toda su tradición literaria, mitológica y religiosa. Se captó lo desconocido en función de lo conocido. Porque conocer es reconocer y descubrir según Bergson; no es encontrar cosas nuevas, sino reconocer lo que la imaginación y la fe dan como existentes. Lisboa, sus habitantes, fueron los primeros europeos que contemplaron el pedazo de América que el Almirante embarcó en su carabela, acudiendo tan masivamente que el mismo Colón se vio obligado a consignarlo: "Hoy vino tanta gente a verlo (a él), y a ver los indios de la ciudad de Lisboa, que era cosa de admiración."

9. El retorno

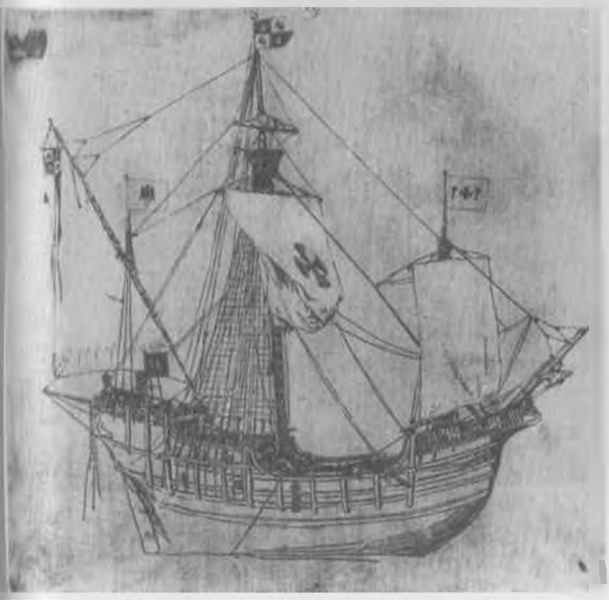
El primer Almirante de las Indias comenzó a creer desde entonces –con sus ideas prefijadas– que las tierras encontradas eran asiáticas, por lo cual ya el 17 de octubre, en el *Diario*, habla de indios y la India. Colón pensaba que los buscados Cipango y Catay no debían estar muy lejos. Persiguiéndolos navegaron más al Sur; tocaron en Cuba, a la que llamaron *Juana*, y arribaron a *Haití o Española. Pinzón* se había *separado* del Almirante en un *acto extraño*, y había llegado primero a la isla que creyó el Cipango; Colón, que venía detrás con los otros dos barcos, encalló en la medianoche del 25 *de diciembre* sobre un banco de coral, "tan mansamente que casi no se sentía". Tenemos aquí, seguidos, dos sucesos que manchan la fama de dos hombres: la *defección* de Martín Alonso y la *negligencia* de Juan de la Cosa. Ambas faltas quedan expresadas, y hasta comentadas, en el *Diario*, y han sido objeto de múltiples conjeturas.

La acción de Martín Alonso no cabe duda que es lamentable; impulsado por las noticias sobre el oro, abandona a su Almirante, mientras que su hermano, fiel a Colón, no osa conculcar las órdenes de éste. Pero hay algo más: Colón, al referirse a esta fea acción, escribe:

Fernando el Católico, *que vuelto de Italia tras la muerte de la reina, convoca en 1505 la Junta de Toro para plantear oficialmente la búsqueda del paso que lleve a la Especiería. (Capilla Real de Granada.)*

Palacio de los Condes de Alcaçovas, donde se firmó el Tratado de 1479 entre Castilla y Portugal, ratificado en 1480 y confirmado por la Bula Aeternis Regis *de 1481 y por el cual las islas Canarias fueron reconocidas como españolas.*

Monasterio de la Rábida, *adonde va Colón en 1485 y 1491 y en donde encontrará a dos de sus valedores, fray Antonio de Marchena y fray Juan Pérez.*



Dibujo debido a Joaquín Sorolla, de la nao «Santa María» cuya auténtica arquitectura naval se desconoce (Hispanic Society, *New York).*

Colón, *mercader y marino genovés, descubridor de América por error, según dibujo de Joaquín Sorolla* (Hispanic Society, *New York).*

"otras muchas cosas me tiene dicho y hecho". ¿A qué se refiere? Sin duda, a todo lo que ha sucedido antes de tocar en las Bahamas. Son dos hombres de carácter que han entrado en fricción. Hemos dicho que Martín Alonso "abandona" al resto de la flotilla; pero ¿realmente la abandona? Fijémonos: los tres barcos navegan hacia el Este en busca de *Babeque* o Española, donde los indios han dicho que existe abundante oro. De pronto, el Almirante, que navega el último, decide fondear y cambiar de rumbo; pone farolillos en los mástiles, y sólo Vicente Yáñez, que marcha en segundo lugar con la *Pinta*, divisa tales señales y obedece. Podemos pensar que Martín Alonso, en la delantera, no las ha visto y prosigue la marcha; llega a Babeque, fondea, obtiene oro con maña, y viendo que los demás barcos no llegan, retrocede a su encuentro. Pudo pasar esto sencillamente, y la recriminación rencorosa del Almirante se debería al papel que Martín Alonso desempeñó cuando el malestar a bordo y a que ha logrado obtener bastante oro en un acto de habilidad, que Colón llama el 6 de enero de codicia y soberbia... Notemos que Colón, única fuente para esta acción, no habla de deserción, delito punible. Tampoco lo llaman así su hijo Hernando y Las Casas, que tomaron el dato del Almirante y lo esparcieron. Colón guarda el rencor y se olvida de lo que por él Martín Alonso *hizo* en Palos y lo que por él *dijo* cuando el "motín". Rotundamente hay que descartar la idea de deserción, cosa absurda si pensamos que Martín Alonso era lo suficientemente inteligente como para recordar que sobre todos estaban los Reyes dispuesto a juzgar y castigar su acto.

Respecto a Juan de la Cosa, también el *Diario* es la única fuente. Sin ambages, Colón dice que Juan de la Cosa *debía* haber estado de guardia y se fue a dormir y que cuando la nao encalló fue uno de los primeros en arriar un batel y *huir* hacia la *Niña* para salvarse. Ciertamente, Juan de la Cosa, como maestre, debía haber estado en su guardia y no debió permitir que el timonel cediese el timón a un grumete. La nao navegaba con más de cuarenta hombres dormidos, guiada por un grumete. Hecho imperdonable; mucho más lo es la huida, que Colón denomina *traición*. El Almirante afirma que hacía más de dos noches que no dormía. ¿Le sucedía lo mismo a los otros? ¿Habían bebido demasiado el 25, día de Navidad?... No creo que tuvieran ya vino. Podemos pensar con Gonzalo Fernández de Oviedo, que el Almirante "mañosamente la había hecho tocar, para dejar en tierra parte de la gente, como quedó". Hay autores que dan crédito a esta versión, viendo en Colón el propósito de dejar ya una colonia que garantice unos

derechos frente a los portugueses y la seguridad de un segundo viaje para rescatar a los abandonados en Haití. Pero tal vez sea hilar demasiado fino.

La "nao (que) diz que era muy pesada y no para el oficio de descubrir", fue evacuada tras el encallamiento y su cargamento pasado a la *Niña*; pero los cuarenta hombres de la *Santa María* apenas cabían en la *Niña*, por lo que se pensó en establecer una fundación o fuerte con hombres y los restos de la nao. Así nació *La Navidad*, primer establecimiento europeo en América.

Los indios –ya son *indios*– ayudaron mucho a los hispanos en la construcción del fuerte, dirigidos por el cacique *Guanacagari*. Para el Almirante y sus compañeros los habitantes de las tierras halladas eran *indios*, como pobladores que eran, en su errónea concepción, de la India asiática. Colón, que va salpicando la geografía nueva de toponímicos cristianos, y que siempre hace gala de su nombre, *Christoferens* –el que lleva a Cristo–, no se olvida de su misión espiritual, y al ver a estos indígenas en estado pagano, escribe a los Reyes, instándoles a "acrecentar la santa religión cristiana". El espíritu medieval de cruzado, que lleva dentro, le empuja a estas empresas espirituales; en tanto que el hombre renacentista, el del apellido Colón –apunta un autor–, le empuja en otras ocasiones a fundar un negocio con la esclavitud de estos mismos indios.

Después de reconocer varias de las Bahamas, el oriente de Cuba y el norte de Haití, el Almirante, estando en la bahía de Samaná, dio la orden de retornar el 16 de enero de 1493. La *Niña* y la *Pinta* se habían vuelto a juntar el 6 de dicho mes. El Almirante planeó un regreso directamente a España, para lo cual eligió el rumbo NE. 1/4 E. Llevaba a bordo una decena de indios, cuarenta papagayos, muchos gallipavos; conejos, batatas, ajíes, maíz y una serie de objetos exóticos. Se llevaba también la seguridad de haber visto a unas sirenas similares a las que contempló en las costas de Guinea (sin duda, *manatíes*) y la noticia de que más al Este existía una isla –Matinino– con sólo mujeres... y "la isla de San Juant, la cual vido ayer el Almirante", dice Las Casas. En parte, Puerto Rico fue, pues, descubierta en el primer viaje. Por suerte, el viaje fue bueno; pero la verdad es que no era tal el rumbo que debía tomar. A magnífica velocidad cruzaban las dos carabelas el derrotado océano. Aprovechando las tres primeras semanas de buen tiempo y propicios vientos, debió escribir Colón la célebre carta sobre su primer viaje y el descubrimiento. Esta carta no iba dirigida a nadie en particular, pero destinada a anunciar públicamente el viaje, fue in-

cluida con una a los Reyes, que se perdió. De la primera se hicieron varias copias manuscritas, una de las cuales –la dirigida a Santángel– fue impresa en el verano de 1493, en Barcelona, y de la cual diremos más al tratar la resonancia que tuvo el hallazgo.

En la primera quincena de febrero fueron envueltos los dos maltrechos barquichuelos por una terrible tormenta, que separó, el 14, a la *Pinta* de la *Niña*, o a la *Niña* de la *Pinta*. El peligro de naufragar era tan grande, que hasta el mismo Colón, siempre lleno de confianza en la protección divina, dudó y propuso el cumplimiento de promesas en los santuarios de las Vírgenes de Loreto, Guadalupe y Santa Clara de Moguer. Tomaron una serie de garbanzos y se marcó uno con una cruz. Quien lo sacara debería cumplir las promesas. Como era de esperar, Colón fue el escogido dos de las tres veces. Además redactó un amplio escrito en pergamino sobre todo lo acaecido, lo envolvió en un paño, lo metió en un barril arrojándolo al mar con una nota en la cual se prometía mil ducados a quien lo encontrara y se lo llevara a los Reyes Católicos sin abrir, cuenta Hernando Colón.

El 16 creyeron avistar las islas de la Madera. Sabían que no debían fondear, pues serían apresados y acusados de navegar por zona reservada a Portugal; pero la necesidad era muy grande. Necesitan leña y alimentos frescos. Fondean, y el Almirante ordena que la mitad de los hombres, en camisa, vayan en procesión a una iglesuca cercana. Los encamisados fueron apresados por los lusitanos, que se acercaron luego a la carabela con ánimos de apresar al propio Almirante. De la carabela al batel se desarrolló un diálogo algo cómico, pues no hemos de olvidar que, mientras, en la playa estaba la mitad de la tripulación en camisa, Colón alegaba su descubrimiento y su autoridad de Almirante; pero el capitán Castañeira, que así se llamaba el apresor, no quería creer nada. Al fin fueron devueltos a bordo los encamisados. La carabela levó anclas y en otra parte de la isla que resultó ser la de Santa María (Azores) cargó piedras, agua y leña. Habían estado diez días en la islita y ya entonces se nota en el *Diario* rondar la imagen del Paraíso en la mente del Almirante.

Nueva tormenta amenaza hundir a la carabela, por lo que Colón propone nuevo sorteo de garbanzos para ir a la Cinta en promesa. Lógicamente, le corresponde a él el garbanzo señalado con la cruz. Realmente fue admirable cómo el barquejo resistió la fortísima tormenta habida en uno de los peores inviernos europeos de entonces.

Los vientos empujaron a la carabela hacia el Norte, llevándola a la altura de Lisboa, en cuyo estuario entran el 4 de marzo. Fondearon

cerca de donde se alza el monasterio de los Jerónimos. El rey portugués, don Juan, recibió a Colón en Virtudes (Valparaíso), cerca de Lisboa, oyendo de labios del descubridor el primer relato del viaje y el hallazgo. No cabe la menor duda que a don Juan le sentó mal la noticia, que pensó había hecho mal en rechazar las propuestas colombinas de antaño, que lo encontrado entraba dentro de su jurisdicción y que no sería mala idea suprimir a Colón. Esto último se lo sugirieron sus cortesanos. Así, claramente, lo expresa el cronista testigo Ruy de Pina. Don Juan, que había asesinado personalmente a su cuñado, no accedió a las propuestas de sus cortesanos porque no olvidaba a los Reyes Católicos... A los dos días de estar con el rey (del 9 al 11) y con la reina luego, se dirigió Colón a Lisboa con intención de zarpar cuanto antes, y tras de rechazar una propuesta real de viajar por tierra. ¿Pensaban tenderle una emboscada? El 13 de marzo zarpa la carabela *Niña* del estuario del Tajo llevando al temeroso Almirante, que no deja de pensar en Martín Alonso y en su posible adelantamiento. Aquél había llegado a Bayona de Galicia, desde donde comunicó a los Reyes su arribo y descubrimiento, a la par que pedía permiso para dirigirse hacia ellos; pero los Soberanos no le autorizaron. Por lo cual Martín Alonso, como Colón, enrumbó hacia el puerto de Palos. El Derecho marítimo de entonces exigía que todo barco salido de un puerto debía retornar a él.

El día 14 de marzo, al atardecer, la *Niña* navegaba frente a Faro, mientras que la *Pinta* iba por San Vicente. Al día siguiente, y al mediodía, cruzó la *Niña* la barra de Saltés, seguida casi por la *Pinta*. Martín Alonso llevaba los minutos contados, pues murió a los cinco días de su arribo.

Habían hecho el viaje de ida y vuelta exactamente en 32 semanas. Es de imaginar las fiestas y tristezas –por los que permanecieron en Navidad– habidas esos días en Palos. Colón fue a cumplir sus promesas a la Cinta y Santa Clara de Moguer. En los quince días que permaneció en Palos –o en el monasterio de La Rábida– fue objeto de la curiosidad lugareña, que no cesaba de preguntar y mirar.

El Almirante, a quien siempre le dolió andar por tierra a partir de este momento, proyectaba navegar hasta Barcelona, a entrevistarse con los Reyes; pero éstos le comunicaron que fuera por tierra. Con este permiso, el Almirante se puso en camino hacia Sevilla, Córdoba, Murcia, Valencia, Tarragona y Barcelona. Es de imaginar el espectáculo. En Sevilla se hospedó en el monasterio de las Cuevas. Luego fue a Córdoba, donde encontró viejos amigos –como

en Lisboa– y donde halló a su amante, Beatriz Enríquez de Arana.

Entre el 15 o el 20 de abril debió efectuar su entrada en Barcelona, después de sembrar por el filo de los caminos asombrosas noticias. Las gentes se asomaban para ver a los indios, las carátulas de oro, los verdes papagayos y para oír decir que se había llegado a las Indias del Gran Khan.

El recibimiento, *mutatis mutandi,* con las recepciones a los héroes espaciales de nuestros días, debió de ser grandioso. Las Casas y Fernández de Oviedo son los cronistas más amplios al recoger el hecho. Anglería da la versión del periodista y Hernando Colón se muestra parco. Las Casas escribió: "El Almirante es acogido con un solemne y muy hermoso recibimiento, para el cual salió toda la gente y toda la ciudad... admirados todos de ver aquella veneranda persona ser de la que se decía haber descubierto otro mundo, de ver los indios y los papagayos y muchas piezas y joyas y cosas que llevaba descubiertas, de oro, y que jamás no se habían visto ni oído..." De cosas nunca vistas ni oídas debió hablar Colón a los Reyes, que, recuerda Anglería, le hicieron sentar públicamente a su lado, "lo cual entre los reyes de España es la mayor señal de amor, de gratitud y de supremo obsequio."

10. Bulas y privilegios

Por esta época de su retorno, Colón era, según Oviedo que le conoció en Barcelona, "hombre de honestos parientes e vida, de buena estatura e aspecto, más alto que mediano, e de recios miembros; los ojos vivos, e las otras partes del rostro de buena proporción; el cabello, muy bermejo, e la cara algo encendida e pecoso; bien hablado, cauto e de gran ingenio e gentil latino e doctísimo cosmógrafo; gracioso cuando quería; iracundo cuando se enojaba". Tal el Colón que llegó a Barcelona cargado de desconocidos objetos y seres, y aportando trascendentales problemas internacionales.

El *primer problema* que planteó el descubrimiento fue el relativo a la *incorporación* de lo hallado. ¿En virtud de qué *títulos* podían ser anexionadas aquellas tierras por la Corona de Castilla? El fundamental, el del descubrimiento y subsiguiente posesión; pero éste no daba la exclusividad para hallazgos futuros, asequibles a cualquier otro afortunado navegante. Según el Derecho de la época, una confirmación del Pontífice romano, *dominus orbis,* completaría el título descubridor y

sobre todo la concesión papal impondría una exclusiva, al propio tiempo excluyente de cualquier dominio de otro príncipe cristiano. El único posible, pues, era el que facilitaba una *bula papal de donación.* Con gran rapidez los Reyes movilizaron su diplomacia para obtener del Papa aragonés *Alejandro VI* dicha bula. La bula, la primera *Inter coétera,* fue un Breve secreto fechado el 3 de mayo, aunque quizá no se ultimó hasta el 17, que llegó a Barcelona el 28. A la Corona hispana le urgía hacerse con la bula, porque temía que Portugal comenzara a esgrimir sus derechos, tal como Juan II le manifestó a Colón en Valparaíso. La cláusula donde se contiene la donación rezaba: "Según el tenor de las presentes, donamos, concedemos y asignamos todas y cada una de las tierras e islas supradichas, así las desconocidas como las hasta aquí descubiertas por vuestros enviados y las que se han de descubrir en lo futuro que no se hallen sujetas al dominio actual de algunos señores cristianos." *Asesorados por Colón,* a los Reyes no les pareció satisfactoria la cláusula transcrita, por lo que *pidieron una segunda bula* que completase la primera, donde a la donación antedicha se añadiese la demarcación de las zonas de expansión de Castilla y Portugal. Nace ya en la mente de los que gestionan los documentos la idea de la famosa raya al oeste de las Azores.

Mientras llegaba la segunda bula, se desplegó una febril actividad, preparando el segundo viaje antes de que los portugueses se adelantasen. La siguiente bula menor, también llamada *Inter coétera,* traía fecha igualmente del 4 de mayo, aunque se registró en junio, según Giménez Fernández. En ella se hacía ya constar la *donación* y la *partición.* Alejandro VI concedía a los Reyes Católicos las tierras descubiertas o por descubrir que se hallasen hacia el Occidente o el Mediodía, hacia la India o cualquiera otra parte del mundo, siempre que estuviesen situadas más allá de una línea que, de polo a polo, pasase a 100 leguas al oeste de las Azores, cifra considerada como mar territorial entonces.

No paró con esto el forcejeo diplomático que Portugal venía sosteniendo, por lo cual se despachó una tercera bula menor, la *Eximiae devotionis* (3 de mayo de 1493), nueva copia de la primitiva *Inter coétera,* en la que se comunicaba y aclaraba que se le otorgaba a Castilla los privilegios, gracias, libertades e inmunidades y facultades que se le habían concedido a Portugal en anteriores documentos.

Como hemos podido observar, los documentos papales se han ido concediendo siempre en mayo; pero realmente su redacción se hizo en mayo, abril y julio, aunque se antedataban para no despertar sospe-

chas de los portugueses y no delatar que se expedían a demandas de la Corte española.

La última e inesperada bula menor, la denominada *Dudum siquidem*, vulgarmente llamada de "ampliación de la donación", era directamente opuesta a los intereses de Juan II (26 de septiembre de 1493), y llegó cuando ya Colón estaba aprestando la segunda expedición. Por la *Dudum siquidem* se completaba la posibilidad de que los barcos castellanos, yendo hacia poniente, descubriesen islas que pertenecían a la India asiática *–quae Indias fuissent vel essent–*. El mundo quedaba abierto para la colonización de Castilla. La *Dudum siquidem* venía a ser como el broche final a un siglo de litigios, completada por lo que se acordase dentro de poco en Tordesillas. Portugal había sido derrotada y Colón veía asegurado su éxito y confirmados sus privilegios. Lo que en Santa Fe fue problemático y lleno de hipótesis, era ahora una realidad palpable. En la misma Barcelona, y a 28 de mayo de 1493, los Reyes habían confirmado todos los títulos y mercedes concedidas a Colón, pues éste había cumplido con el *descubrimiento*. Aquí está el punto de arranque de los Pleitos colombinos comenzados al morir el primer Almirante. Algo más se le concede en Barcelona: un escudo, donde figuran las armas reales con islas, anclas y las armas propias. Las Bulas alejandrinas no fueron distintas a las medievales dadas a los lusitanos en sus navegaciones por Africa, no tuvieron carácter arbitral; es de presumir que en su redacción no hubo claudicaciones ni simonía... aunque haya autores que hablen de prisas, exigencias e irregularidades. Ellas fueron el caballo de batalla en próximas contiendas, y serán usadas dentro de pocos años, como veremos, en el debatido problema de los *Justos Títulos*. Sin embargo, sentemos desde ahora que *el derecho a las Indias nace de los derechos derivados del descubrimiento y no de las Bulas como se demuestra claramente en el Tratado de Tordesillas*. Sin que ello quiera indicar que haya relación entre Bulas y Tratado. Apenas realizado el descubrimiento surgen, renacen, unas diferencias luso-castellanas que terminan en Tordesillas, pero estas diferencias se desarrollan al margen de las Bulas (solicitadas a petición de Castilla sin que los portugueses lo sepan), que, repetimos, no tienen carácter arbitral. Sin embargo, como las Bulas nacieron al mismo tiempo que el litigio luso-castellano, muchos autores creyeron interpretar en los mismos días la función papal como arbitral (Anglería, Maximiliano de Transilvania). Por otro lado, y dado que el Descubrimiento coincidió con el nacimiento de las naciones modernas, con la división religiosa y con el principio de la grandeza hispana, España se

convirtió en un poderoso rival político-religioso, no escapando sus dominios y derechos de los ataques teóricos y bélicos de los demás países europeos. Y como la donación papal era el símbolo de la expansión hispana, sobre ella recayeron los ataques. Los mismos hispanos fueron los primeros –y ése es el mérito de España– en sostener (Casas, Vitoria, otros) que el Papa podía *comisionar* a un pueblo para realizar con exclusión la evangelización, pero no, por supuesto, para dar tierras que pertenecían a otros pueblos. He aquí el origen del problema de los Justos Títulos que veremos más adelante.

11. Resonancia y trascendencia del Descubrimiento

El primer eco del Descubrimiento lo encontramos en Portugal. Juan II que debía sospechar que las tierras halladas eran algunas de las que los mapas situaban en el Atlántico, al sur del paralelo de las Canarias, prefirió no darse por enterado de las bulas alejandrinas, mientras enviaba unas carabelas de reconocimiento desde Madera y unos emisarios a los Reyes Católicos. Desconociendo, o fingiendo desconocer la segunda bula *Inter coétera*, estos emisarios propusieron –reconociendo ciertos derechos a los castellanos– trazar una raya de demarcación por el paralelo de las Canarias hacia el Oeste, pues hacia el Este ya se había acordado en Alcaçovas-Toledo. De este modo quedaba al Norte una zona para Castilla y al Sur otra para Portugal. Esta propuesta sólo sirvió para despertar la sospecha de los Reyes Católicos de que en las partes meridionales existían tierras ricas, tal vez conocidas por los portugueses o sólo sospechadas por éstos. Tal se evidencia en una carta que le dirigen a Colón. Este inicial eco, que veremos apagarse en el Tratado de Tordesillas, se unió a otros que sonaron en otras latitudes europeas, porque la repercusión del hallazgo colombino trascendió de la Península Ibérica y de Roma. Para Europa, el hecho era prodigioso: de repente, el Viejo Mundo aumentaba el panorama del pensamiento y se encontraba con una humanidad y geografía que le obligaba a un total reajuste de las ciencias y a una total variación de la economía.

Desde España partieron hacia distintos puntos de Europa cartas conteniendo la noticia del hallazgo colombino; mercaderes italianos radicados en España enviaron a sus localidades de origen la nueva, y hasta copias de la primera carta de Colón fueron esparcidas en una cadena que, de eslabón en eslabón, dio visos de fantástico al hecho. La

carta que Colón escribe al regresar y que fechó como si estuviera a la altura de Canarias se convirtió en la lectura del momento, y de ella se hicieron impresiones y traducciones al latín con el título *De Insulis inventis. Epístola Cristoferi Colom.* Según decíamos en páginas anteriores, se hizo de esta carta una primera impresión, muy defectuosa, en Barcelona, tomando como modelo la misiva que se dirigió a Santángel, pues en la Corte se habían redactado varias copias y encabezadas con diversos destinatarios. Uno fue, lógicamente, Santángel. De un ejemplar en mejores condiciones que el usado en Barcelona, Leandro de Coscó efectuó una traducción al latín, que vio nueve ediciones en Roma, París, Basilea y Amberes, entre 1493 y 1494. Algunas de estas ediciones de la *Insulis inventis* se ilustraron con xilografías de otros libros que nada tenían que ver con los barcos del Descubrimiento y con la naturaleza americana.

Donde tardó más en aparecer la noticia fue en el norte de Europa, y cuando aparece no se le concedió toda la importancia que más tarde despertarían las relaciones de Vespucio. A pesar de ello, la imaginación europea fue herida fuertemente por las albricias del Descubrimiento, y la curiosidad científica y literaria se volcó sobre el hallazgo, mezclando lo nuevo con las concepciones antiguas. El desnudismo indígena recordó al Paraíso; las islas con sólo mujeres evocó el mito de las amazonas; las noticias sobre ríos con oro sirvió para recordar la historia del rey Midas... Lo más grave fue que Colón hizo creer que lo encontrado eran las Indias de Oriente, por lo cual los hombres y mujeres de la futura América comenzaron a ser conocidos como indios, y al mismo continente se le llamó *Indias Occidentales.* Los descubrimientos de Colón fueron, pues, tomados por lo que él afirmaba: por islas *en o hacia* las Indias del Ganges. Ni Colón, ni nadie aún, sospechaban que se acababa de cumplir la profecía de Séneca y que un nuevo continente surgía en la geografía del ecúmene. Cuando los demás notaron el hecho, y cuando Pedro Mártir bautizó las tierras como un *Orbe Novo,* el primer Almirante prosiguió testarudo, inmutable, en sus ideas geográficas, muriendo sin salir del error.

Los millones de hombres, que vivían en esta geografía variada, aislada y extensa, de Norte a Sur, fueron entrevistos parcialmente en 1492. El acontecimiento marcará la transición de Europa de Edad Media a Edad Moderna. El impacto de esta geografía americana y sus culturas va a ser tan tremendo, que en parte han contribuido a dar al mundo la actual configuración.

Todos los aspectos de la vida se vieron influidos al descubrirse

América. Europa tuvo que efectuar un reajuste de sus concepciones geográficas, hacer frente a nuevas directrices políticas, solventar inesperados problemas ideológicos o teológicos y sufrir un cambio de su economía y de sus estructuras sociales. Todo lo recogió el testimonio de la literatura, que encontró nuevos campos de estudio e inspiración.

Las ideologías acababan de hallar un nuevo campo donde especular. El pensamiento humano se encontraba, inesperadamente, con una nueva humanidad cuyo estado natural originaba polémicas sin par. La imaginación europea se vio afectada por las nuevas.

Los territorios hallados prometían productos desconocidos, que originarían nuevas industrias y se ofrecían como mercados de absorción. Todo ello iba a ocasionar un notable progreso económico, amén de otras consecuencias. La importación que rápidamente se hizo de metales preciosos, como el oro y la plata, en grandes cantidades, motivó una subida del valor de las mercancías cuyos precios estaban basados en estos metales. El alza, a su vez, estimuló el espíritu comercial de las gentes, pero también provocó una notable tensión social, sobre todo entre señores de las tierras y campesinos que tenían contratos a largo plazo con sus amos con los cuales habían estipulado unas obligaciones en dinero. Expliquemos esto: el alza de los precios se debió a que hubo más dinero y la gente pudo comprar más. Pero las industrias –que se desarrollaron más– no dieron abasto porque era mayor la demanda que la producción. Uno de los productos que aumentó de precio fue la lana, lo cual trajo consigo que la Mesta intensificara su producción, llegando a tener tres millones de ovejas. Estas, como sabemos, vivían en invierno en la costa y en verano en la meseta, pero la presencia de tanto ganado determinó la saturación herbácea de ciertas zonas, lo cual produjo la erosión del suelo y la transformación de zonas mesetiles en yermos. Yermos y despoblación son dos consecuencias trágicas para las Castilla y Extremadura del Descubrimiento. Dijimos que también se produjeron tensiones sociales; en este caso, es típico el ejemplo británico. Los señores ingleses, ante la demanda de lana, vieron que era un pingüe negocio dedicar las tierras a la cría de ganado lanar. Recabaron las tierras a aquellos a quienes las tenían arrendadas. Los desahuciados aumentaron los grupos de indigentes y mendigos. Hubo que dictar leyes regulando el número de cabezas de ganado y la cantidad de tierras laborables a convertir en tierras de pasto.

Las industrias progresaron, en especial las del cuero, metales, alambiques, trapiches, naval (Holanda)... El azúcar pudo llegar a las gentes humildes.

La economía y la medicina sentirán también las consecuencias del hallazgo colombino. En la economía el efecto no fue inmediato, pero sí trascendental. La dieta y la misma vida social del hombre europeo sufrirá transformaciones. La patata, el tabaco, el cacao, la yuca, el maíz, el azúcar, el cacahuete, los frutos tropicales, el tomate, el pavo, etc., solventaron múltiples problemas. La patata solucionará las trágicas hambres medievales; el maíz servirá para alimentar el ganado –sólo en algunas regiones europeas formó parte de la dieta humana–; el cacao (chocolate) y el cigarro introducirán notables cambios en las relaciones sociales al dar vida a nuevos establecimientos para su consumo o al aparecer en las grandes reuniones sociales como un elemento más. El azúcar, ya conocida, claro, pero que ahora se producirá en mayor cantidad, gracias a los campos e industrias antillanas y brasileñas, pondrá en marcha notables industrias de licores y confituras, que, con la pastelería, estuvieron más al alcance de las gentes humildes. El mismo bacalao, pescado ya desde antaño por los marinos del Cantábrico, sustituyó más que nunca al arenque, muy usado en los ayunos. Y en el terreno medicinal, la coca, la quina, el bálsamo del Perú (de Guatemala), el bálsamo de Tolú, la zarzaparrilla, el guayacán, la chilca, las resinas y los venenos, revolucionarán la terapéutica del Viejo Mundo.

Dentro de la economía fue el comercio el más afectado por el Descubrimiento. Porque cambió los centros comerciales, transformó las organizaciones comerciales, aumentó el tráfico y, por ende, el uso de la moneda. Las organizaciones comerciales experimentaron transformaciones fundamentales –aparición de Compañías– y el dinero se usó más como medio de cambio, motivando, por lo mismo, una evolución de las prácticas bancarias. Las ciudades sufrieron un enorme desarrollo, progreso y prosperidad, convirtiéndose muchas de ellas en viveros que facilitaron a Occidente sus clases rectoras y sociales, sus modelos de gobierno y sus estilos artísticos. Hubo una remoción de los centros comerciales, de tal manera que la actividad pasó del Mediterráneo al Atlántico; es lo que se ha llamado "revolución comercial". Fue tan radical el cambio, que en la historia universal pocas veces se ha registrado una similar transformación o traslado de centro de gravedad. No quiere decir ello que la actividad económica del Mediterráneo cesase; fue un ocaso lento el que sufrieron "las viudas del Mar", como Venecia, Génova, Marsella, Barcelona... De Cádiz-Sevilla a Amsterdam se concentró la gran actividad comercial durante trescientos años.

El mismo idioma castellano se va a enriquecer con vocablos, algu-

nos de los cuales han pasado a otras lenguas: *nopal, chicle, huracán, cacique, cancha, tiza, chocolate, coyote, huacal, tomate, petate, pampa, guano, quina, coca, cóndor, etc.* Y es que el impacto no sólo afectará a los aspectos materiales de la vida, según ya consignamos. Las mentes, las ideologías y espíritus, también acusarán un cambio. La *Utopía*, de Tomás Moro; la *New Atlantis*, de Francisco Bacon; las obras de Las Casas, Zumárraga o Montaigne son vivos testimonios de esta influencia. Pero aparte de estos ensayos, de esta literatura a veces un tanto fantástica, América, su aparición y debelamiento, dio vida a una riada de crónicas objetivas que suministraron a Europa, no sólo la historia de lo que los europeos hacían en las nuevas tierras, sino una idea de cómo era aquella geografía, sus culturas, etc. (Fernández de Oviedo, Las Casas, Cortés, Cartier, Champlain, Pero Vaz de Caminha, Pigafetta, Sahagún, Federman, Schmidl, etc.).

España fue uno de los países que más directamente experimentó todas estas consecuencias junto con la despoblación de sus campos. Bastó el tiempo de una generación para conquistar a América; pero fue preciso una amplia emigración para llevar a cabo la colonización. En esta consecuencia sociológica del Descubrimiento, no podemos pasar por alto el arribo del negro, que tempranamente se llevará a las Antillas a trabajar en los cañaverales, trapiches y minas, en sustitución del indígena, que, al contacto con otra raza portadora de desconocidas enfermedades y de concepciones laborales lesivas para él, desapareció rápidamente.

El fenómeno americano, lo sucedido en América, se había registrado ya en la Historia. Persia había sido un nuevo mundo para los macedonios; Levante constituyó una América para los cruzados, y Trajano, como Cartago, halló en la Dacia un mercado de oro. Todos estos momentos de la Historia influyeron en Europa, facilitaron nuevos productos, etc.; pero el hallazgo de América superó a todos en calidad y cantidad. Por ello Campanella dijo: "Nuestro siglo tiene más Historia en cien años que el mundo entero en los cuatro mil años anteriores."

Tanto auge y prosperidad económica permitió a Occidente el caudillaje político y cultural que ha venido detentado hasta el siglo XX y el convertirse en matriz colonizadora por excelencia.

12. El segundo viaje

Palos de la Frontera no bastaba para albergar la gran expedición que el Estado ordenó organizar inmediatamente. Se necesitaba un puerto mayor, más abastecido, donde hubiese la necesaria burocracia para controlar y dirigir las operaciones del apresto. Sevilla y Cádiz, los puertos más importantes entonces de Andalucía, quedaron elegidos; y don Juan Rodríguez de Fonseca, arcediano de la catedral hispalense y protegido de Hernando de Talavera, fue el hombre designado para fiscalizar los preparativos. ¿Por qué Fonseca, un clérigo? Su condición de tal no influyó para nada en el nombramiento; lo que se tuvo en cuenta en su personalidad fue su habilidad, sus dotes de organizador y su seriedad. Las Casas, con el que no le unía la simpatía precisamente, sintetiza las cualidades que le permitieron ser el organizador de las empresas indianas –e italianas– en tanto se creaba la Casa de la Contratación (1503) en el siguiente pasaje: "Este don Juan de Fonseca, aunque eclesiástico y arcediano, y después de este cargo que le dieron los Reyes de las Indias, fue obispo de Badajoz y Palencia, y, al cabo de Burgos, en el cual murió, era muy capaz para mundanos negocios, señaladamente para congregar gente de guerra para armadas por el mar, que era más oficio de vizcaíno que de obispos, por lo cual siempre los Reyes le encomendaron las armadas que por la mar hicieron mientras vivieron."

Los obstáculos aparecieron bien pronto, y la tarea se hizo más ardua de lo que los impacientes Monarcas deseaban. Los Reyes no cesaban de escribir para que la escuadra, de 17 barcos y 1.500 tripulantes y pasajeros, estuviese prontamente dispuesta. Con la prisa, hubo fraudes y engaños: los caballos fueron cambiados por unos jamelgos infames, en un acto de pura picaresca, y por vino se suministró algo parecido. Problemas no faltaron tampoco. Hubo que escoger entre el abrumador número de voluntarios que se ofrecían para embarcar. Personajes luego famosos embarcaron entonces: Juan de la Cosa; Ponce de León; Alonso de Ojeda; el médico Diego Alvarez Chanca, que dejó un buen relato del viaje; el genovés Michele de Cúneo, que también nos legó un vívido relato; el padre del futuro fray Bartolomé de las Casas, y dos personajes que merecen una presentación aparte: fray Bernardo Boyl y mosén Pedro Margarit. El primero marchaba en calidad de representante espiritual del Papa, y Margarit, como militar competente. Mujeres no embarcaron tampoco en esta ocasión.

Los objetivos del viaje quedan esclarecidos en las instrucciones de los Reyes a Colón, fechadas en Barcelona el 29 de mayo de 1493. La primera finalidad de la expedición, bien marcada, es la de la *evangelización* de los indios por medio de fray Boyl y otros religiosos embarcados. El segundo objetivo era económico, y consistía en establecer un activo comercio con los naturales, a base de mercancías enviadas desde la metrópoli. Había, además, cláusulas sobre la administración de los rescates o trueques, sobre la organización política, sobre la contabilidad, sobre el establecimiento de fundaciones, etc. Las instrucciones revelan que todo el apresto se hacía como inicial esfuerzo de lo que sería una grandiosa colonización.

Hay algo que merece mencionarse aparte: el giro que comienzan a tomar las relaciones con el Almirante. No hay duda que Colón se veía como un casi Rey de las Indias, y que los Reyes se daban cuenta de los desorbitados privilegios concedidos al genovés. Como dando principio a la cadena de próximas diferencias y forcejeos, surge en el apresto del segundo viaje el enojo de los Reyes porque Colón intentaba llevarse a las Indias un número de *continos,* privilegios de Reyes. A Fonseca fue a parar la carta de protesta regia: "Y cuanto a los continos que decís que toma el Almirante de las Indias, bien fue lo que le dijisteis que para este viaje no ha menester tomar continos algunos, pues todos los que allí van por nuestro mandado han de facer lo quel en nuestro nombre les mandare, y facer apartamiento de suyos e ajenos podía traer muchos inconvenientes; pero si para su acompañamiento quisiere llevar algunos que lleven nombre de suyos, bien puede llevar fasta diez escuderos en cuenta de los cincuenta escuderos que han de ir e otras veinte personas en cuenta de las mil personas que han de ir, y a éstas se pague su sueldo como a las otras." A los Monarcas no les agradaba que el genovés se organizase una especie de Corte indiana.

El 25 de septiembre de 1493, la gran flota colonizadora, aparejada, y "así, junta y fermosa", como la llamó Colón, puso rumbo a Canarias. Una escuadra de guerra vigiló el puerto de Lisboa para impedir actos hostiles por parte de los portugueses, de cuyas posesiones y barcos debía el Almirante alejarse. Las Canarias fueron dejadas atrás el 13 de octubre, en demanda del norte de la Española, donde habían quedado los hombres del fuerte Navidad. Va a tardar veintiún días en la travesía; nos dice Pedro Mártir de Anglería que el Almirante creía haber andado 820 leguas. Exacto. De Gomera a Dominica hay 820 leguas, es decir, 2.608 millas marinas. Durante el viaje, Fray Boyl cele-

braba misa seca en la cámara de la "Santa María", alias la "Marigalante". La recalada a la Dominica *(Caire)* la realizaron el domingo 3 de noviembre, de ahí el nombre. Luego visitan la María-Galante, Guadalupe, Montserrat... Dejan a su derecha a Nevis (Redonda), San Cristóbal..., y el 13 de noviembre navegan camino de las Once Mil Vírgenes. Colón acaba de encontrar la mejor y más corta ruta para ir a América, aunque hay autores que al hablar del predescubrimiento sostienen que esta ruta le era ya conocida al Almirante y que por eso se movía entre las islas con una familiaridad que al mismo Doctor Alvarez Chanca llamó la atención. No olvidemos que al final del primer viaje, estando en el extremo Este de Santo Domingo, tuvo noticias de unas islas, Matinió y Carib, y deseó ir a ellas para recoger cinco mujeres de Matinino –que le evoca la *Feminea* de Marco Polo–, pero la tripulación se entristeció y tuvo que desistir de su empeño. Tal vez ahora en el segundo viaje hace su entrada desde el Oeste y más al Sur, en función de estas noticias habidas en el primer viaje. Lo cierto es que el arco de las Antillas Menores fue recorrido entonces, realizándose interesantes observaciones etnológicas, como, por ejemplo, que los caribes tenían las pantorrillas ceñidas con cuerdas de algodón; que éstos solían castrar a los aravacos para que engordasen; que las mujeres hablaban entre sí un idioma que los hombres no entendían (las aravacas cautivas seguían hablando su idioma, mientras que con sus nuevos dueños hablaban el caribe); que había muchachas listas a dar a luz niños que los caribes estimaban como manjar exquisito... También probaron por vez primera el ananás o piña americana. Llegados a las Once Mil Vírgenes surge el gran problema geográfico de este viaje: ¿Por dónde recorrieron la costa de Puerto Rico? ¿Por el Sur o por el Norte? ¿En dónde fondearon? Dejemos que se continúe la polémica y sigamos con la flota rumbo a la Española. El 28 de noviembre, por la tarde, la flota fondeó en el puerto de Navidad, cuyo fortín no era sino un montón de ruinas y de cadáveres. Lo sucedido era sencillo y complicado. Complicado, porque la indiada –el cacique Guacanagari– se mostró tortuoso explicando lo sucedido. Sencillo, porque la razón de lo acontecido tuvo el siguiente desarrollo: la guarnición se dividió en facciones y sus miembros se dedicaron al pillaje y a tomar mujeres indígenas, con la consiguiente molestia de los indios. El Almirante, ante el desolador cuadro y lo confuso de los hechos, "no sabía qué hacer" –dice el doctor Chanca–, aunque se sospechaba que dos caciques –Guacanagari y Caonabó–eran culpables de lo acontecido. ¿Qué hacer? El doctor Chanca contesta que Colón "acordó... nos tornásemos por la costa

arriba por do habíamos venido de Castilla, porque la nueva del oro era fasta allí". Se fueron tras el oro.

Una nueva fundación, la *Isabela*, en memoria de la Reina, fue la localidad alzada en sustitución del fuerte Navidad. Para gobernar lo que era el primer municipio y población hispana en el Nuevo Mundo, Colón designó un Consejo de gobierno, en el que entraba el padre Boyl. A Margarit le encargó la pacificación o conquista de la isla, y él, que siempre le dolía permanecer en tierra, se alejó con una flotilla. El propósito suyo era el de ir en busca del Gran Khan; navegó rumbo a Cuba (Juana), que consideró era el continente asiático, y para probar que había llegado a la tierra firme –hasta ahora eran sólo islas–, levantó un acta en que la tripulación depuso como testigo a favor del continente, de acuerdo con sus preconcebidas ideas, amenazando con cortar la lengua, azotar o multar al que se atreviese a decir lo contrario. De Cuba fue a Jamaica, "la cual –dice Hernando– le pareció la más hermosa de cuantas había visto". Esa admiración y ditirambos por las islas se le escapan con una exultante facilidad, sin que al final sepamos cuál fue la isla que "desque la vido... le pareció la más hermosa y graciosa de cuantas hasta entonces había descubierto", en palabras lascasianas para Jamaica. Buscaba Colón al Catay, que no aparecía, aunque las islas que denominó *Jardín de la Reina* creyó que eran las que Marco Polo y Mandeville situaban en las costas de las comarcas legendarias. El 29 de septiembre estaba de regreso en la Española, donde se encontró con su hermano Bartolomé, llegado el 24 de junio. ¿Fue entonces cuando realizó un rápido viaje hasta Margarita y Paria que le permitió descubrir *la tierra firme del sur?* Juan Manzano se inclina por esta teoría que cuenta con cierto apoyo y que permitiría sostener entonces que el continente se descubrió en el segundo viaje y no en el tercero.

13. Los primeros problemas indianos

Dos problemas destacan sobre el cúmulo de hechos que tienen lugar en este segundo viaje: el de la *esclavitud* y el de la *impericia gubernamental* colombina. Puesto que los pobladores no estaban aún aclimatados a las nuevas tierras, ni contaban con suficientes mantenimientos, el Almirante decidió enviar a su fiel Antonio Torres en busca de lo último y con esclavos consignados a la metrópoli. Cartas explicatorias acompañan al navío. En los pliegos del Almirante se pro-

ponía la regular remesa de esclavos caníbales y la traída de caballos. No nos debe *extrañar* la *proposición*; las costumbres de la época admitían que reyes y papas se regalasen y usasen esclavos, y esa misma costumbre consideraba como esclavos legítimos a los prisioneros de cristianos hechos en las guerras. Colón envió con Torres unos 500 esclavos, en un acto que fue toda una improcedencia, porque al mismo tiempo Boyl y Margarit exponían ante la Corte puntos de vista completamente distintos al establecimiento del tráfico esclavista. El cargamento humano llevado por Torres causó una deplorable impresión en la Corte, y Torres tuvo que regresar a la Española con una respuesta dilatoria sobre lo que Colón proponía. En una cautelosa orden real dada el 16 de abril de 1495 se lee: "Porque Nos querríamos informarnos de letrados, teólogos, e canonistas, si con buena conciencia se pueden vender éstos –los esclavos– por sólo vos o no; y esto no puede facer fasta que veamos las cartas que el Almirante nos escriba para saber la causa por la que los envía acá por cativos". El problema de la esclavitud indígena, tan vidrioso y agrio en años venideros, se estaba gestando ya.

Paralelo fracaso colombino a este de la esclavitud constituyó la orden que dio el Almirante con intención de fijar a los indios un tributo en oro. Los indios ni tributaron ni trabajaron, yéndose al monte. Tampoco era un éxito la táctica que aplicaba en el gobierno de la colonia: el padre Boyl le había acusado ante la Corte de hacer presión sobre los pobladores, privándoles de los alimentos y ahorcándolos. La tensión dentro de los pobladores creció hasta el punto que Boyl y Margarit, en una acción criticable, abandonaron la isla y se fueron a España, adonde llegaron en noviembre de 1494. El momento era favorable para socavar la reputación de Colón; ante los Reyes no había testigos de lo sucedido en Indias que pudieran defender al Almirante. Con Margarit y Boyl arribó a la metrópoli el desprestigio colombino. Pronto fue idea admitida que la Española era un feudo de los Colón, que ellos monopolizaban el gobierno, que sólo favorecían a sus paniaguados y fieles, que tiranizaban a los españoles, que los mataban de hambre, que no tenían idea de colonización...

Los acusadores se despacharon a su gusto. La verdad es que en la Española las cosas no marchaban como soñaron los que, cargados de optimismo, se habían enrolado apresuradamente en Sevilla. El ambiente en la isla era deprimente, de desilusión y de enfermedad, a la par que de temor, porque los aborígenes, conscientes del malestar interno hispano, se les echaban encima. La marcha de Margarit y Boyl

había convertido la situación en algo similar a lo que pasó en el fortín Navidad. Muchos de los españoles se refugiaron en el interior y se dedicaron al pillaje. Los indios no les tenían miedo. Y ninguno de los Colón era lo suficiente apto como para atajar el mal. Los caciques se aliaban para caer sobre los españoles y liquidarlos. Caonabó, el más temido de todos, se había tornado en un enemigo de cuidado. Sólo un hombre, hábil y valiente, Alonso de Ojeda, pudo eliminar el peligro que significaba Caonabó mediante la conocida estratagema de esposarle con unos grillos –el turey de Vizcaya–, haciéndole creer que eran unas pulseras de adorno. Pero con la eliminación de Caonabó no se solventaba nada.

Respondiendo a las quejas llegadas a España, apareció por la Española un hombre llamado Juan de Aguado, sevillano, repostero de los Reyes, que había estado en Indias y regresado con Torres, con la misión de investigar e informar lo que había de cierto en todo lo que se decía de las Indias (noviembre de 1495). Bastó esto para que Colón decidiera marchar a Castilla a pulsar el estado de su situación en la Corte (10 de marzo de 1496). Como golpe de efecto, cambió sus flamantes trajes de Almirante y Visorrey por el pardo sayal franciscano, y así se presentó en España. De nuevo iba a triunfar ante los Reyes, pese a que, por así decirlo, su caída como gobernante estaba ya dictaminada. Sin que para nada interviniera el "maquiavelismo real", Cristóbal Colón –los Colón–, caerán por su propio mérito y peso, por su falta de dotes como gobernantes.

Fue en esa ocasión cuando el Almirante se hospedó en la casa sevillana del cura de Los Palacios, Andrés Bernáldez, a quien le contó sus experiencias y le confió el *Diario* del segundo viaje, datos que luego el cura supo verter en su *Historia* o *Memorial del reinado de los Reyes Católicos.*

La arribada de Colón coincidía con ineludibles preocupaciones de los Reyes, atareados con las bodas de sus hijos Juana y Juan, y con los asuntos de Francia, que exigían la presencia del Rey en Perpiñán. El Almirante, con su "vestido de color de hábito de fraile de San Francisco", sus indios antillanos, sus objetos de oro, sus vistosos animales, volvía a ofrecer una estampa, si cabe, más exótica y pintoresca que la que ofreció al regresar la primera vez. Los Reyes Católicos le escucharon con agrado, a pesar de lo sucedido en Indias y del informe negativo de Aguado, y le atendieron, aunque en la Corte existía ya un partido anticolombino.

14. Los Tratados de Tordesillas

La llegada de Colón de "las Indias" demostrando que se podía llegar a ellas por caminos distintos a los reservados a Portugal y el respaldo papal obtenido por Castilla para sus descubrimientos, movilizaron, como sabemos, a la diplomacia portuguesa de inmediato. Los Reyes Católicos seguían respetando el Tratado de Alcaçovas-Toledo, cosa patente en las instrucciones dadas a Colón en el segundo viaje, pero lo que no cabía la menor duda era que, pese a este respeto, el hallazgo colombino rompía el *statu quo* luso-castellano. Portugal había arrinconado a Castilla en el Atlántico, pero he aquí que en la noche del 3 de marzo de 1493 Colón comunica en Valparaíso a Juan II de Portugal su descubrimiento. Hallazgo realizado sobre una ruta que Portugal había despreciado –la del Oeste– después de realizar sin mucho entusiasmo dos intentos: 1.º) en 1480 autorizando a Fernao Domíngues de Arco, y 2.º) en 1486 permitiendo la navegación, también hacia el Oeste, al flamenco Fernao Dulmo con Joao Alfonso do Estreito. Habían sido simples autorizaciones, sin compromiso alguno por parte de la Corona, pues ésta tenía su propio plan como lo demostró también al rechazar los proyectos colombinos... Pero, repetimos, he aquí que este ligur vendedor de sueños hace realidad su proyecto y al rey lusitano no le cabe duda de que tiene que replantear la cuestión atlántica, que debe discutir con los Reyes Católicos. Comenzó, en este sentido, por manifestarle al mismo Colón en Valparaíso que las tierras halladas por él pertenecían a Portugal en virtud del pacto existente entre ambas naciones. Inmediatamente remitió a la Corte castellana al embajador Rui de Sande a advertir a los Reyes Católicos que sólo les pertenecían las tierras descubiertas en latitud igual o superior a las Canarias. Tenemos aquí tres hechos:

1.º) Lo acordado en Alcaçovas-Toledo determina el proyecto lusitano de delimitar el Atlántico mediante una línea horizontal a la altura de las Canarias.

2.º) Los Reyes Católicos dan instrucciones a Colón en el segundo viaje para que respete la zona lusa de expansión.

3.º) Portugal, que no prestaba atención a la ruta del Oeste, se fijó en ella a raíz del descubrimiento colombino.

Pero el empeño portugués no triunfaría. Frente a la tesis portuguesa los castellanos defienden que la zona reservada a Portugal era la extendida desde el paralelo de las Canarias para abajo, hacia Guinea, sin

distinguir océano del norte o del sur como privativo de una u otra corona. Castilla sostiene que ella tenía derecho a ambos océanos. Es decir, Castilla afirma que Portugal sólo tiene acotado el camino de la costa africana, las aguas *versus Guinea*. Todo lo demás era castellano o *res nullius*. En tal caso el inesperado descubrimiento obligaba a un replanteamiento de los antiguos acuerdos o principios. Como bien sabemos, y lo hemos indicado al hablar de las bulas, dado que Portugal contaba con unos privilegios, los reyes castellanos se preocuparon de buscar apoyo en una autoridad superior y también de lograr la comprensión del rey lusitano. Para ello, salió en abril de 1493, rumbo a Lisboa, Lope de Herrera, encargado de comunicar a Juan II el descubrimiento colombino y pedirle respeto para el mismo.

El 15 de agosto llegaba a la Corte castellana una nueva embajada lusitana formada por Rui de Pina y Pero Dias, con petición similar a la que ya había hecho Rui de Sande: un paralelo a la altura de las Canarias, excluyéndose de ello las tierras que ya pertenecían a Portugal, sitas al norte de esas líneas. Como vemos, amplía la petición inicial. Pero para entonces la Corte castellana contaba ya con las bulas papales, en las que la delimitación del Océano se realizaba mediante un meridiano y no un paralelo. Juan II tiene que renunciar al paralelo, y los Reyes Católicos afirman que todo el Océano al oeste del meridiano es suyo "como señores que son de la mar océano..."

Cuando Colón zarpa de Cádiz para el segundo viaje, dos nuevos embajadores van a negociar a Lisboa (Pero de Ayala y García López de Carvajal), van, mejor dicho, en "misión dilatoria", para dar tiempo a un afianzamiento de las gestiones que se realizan cerca de Roma. Gestiones prolijas porque había que obtener diferentes documentos con distintos textos.

Por fin, el 4 de junio de 1494, se reunieron en Tordesillas los plenipotenciarios de ambas Coronas y firman lo que se ha llamado el *Tratado de Tordesillas*. En él hay una parte que hace referencia al mundo africano y otra al mundo americano. Esta es la que nos interesa. En el acuerdo hay cuatro cláusulas importantes:

1.ª) Es la fundamental; se fija el meridiano de partición a 370 leguas al oeste de Cabo Verde. El hemisferio occidental queda para Castilla y el oriental para Portugal.

2.ª) Ambas potencias se comprometen a no realizar exploraciones en el hemisferio atribuido a cada una y a ceder las tierras que involuntariamente encuentre en el hemisferio ajeno.

3.ª) Se fija un plazo de diez meses para trazar el meridiano; ambos países enviarán dos o más carabelas con pilotos, astrólogos y marineros, los cuales se reunirían en Gran Canaria y de allí irían a Cabo Verde para fijar la distancia de las 370 leguas.

4.ª) Se autorizaba a los súbditos castellanos a atravesar la zona lusitana en su navegar hacia el Oeste, pero sin detenerse a explorar en ella. En esta cláusula se estableció una excepción: como Colón había salido para su segundo viaje se dijo entonces que si descubría tierras antes del 20 de junio y más allá de las 250 leguas estas tierras serían para Castilla. La bula papal de demarcación, la segunda *Inter coétera*, quedaba modificada en favor de los portugueses, que, amparados en este último acuerdo, se posesionarán del Brasil y pondrán las primeras piedras de un edificio de litigios alzados alrededor del Río de la Plata. Además de lo anterior, los procuradores se comprometieron a no pedir al Papa les librase del juramento o promesa efectuada.

Don Juan II no ganó 270 leguas sobre el límite establecido por la bula del 4 de mayo; ganó menos, porque el punto de partida era Cabo Verde y no las Azores. El que se fijasen 370 leguas obedece al deseo de dividir el Atlántico en dos partes iguales entre Cabo Verde y Haití. Los portugueses se reservaron en Tordesillas la ruta a Oriente por Africa y parte de Suramérica; los españoles quedaron apartados de Oriente y reducidos a sus Indias Occidentales.

15. El continente: Tercer viaje

Cada expedición colombina tiene su propio matiz o significado geográfico, político y psicológico. La primera, de duda, descubrimiento y júbilo, es olvidada por la segunda, de confianza, sentido práctico, recelo, disgustos. En la tercera, cuyo gran mérito geográfico está en haber tocado por vez primera en las costas continentales –si no admitimos el posible viaje de Colón a Paria-Cumaná en el segundo viaje–, ya hay un poso de amargura y de fracaso evidente, que se va a empeorar en la cuarta, de plena tristeza y frustración.

El Almirante hubiera querido armar su tercera expedición con la misma velocidad de la segunda; pero el posible leve desvío hacia su persona y, especialmente, los preparativos de las bodas de los infantes y las distracciones que imponía la política internacional –todo gastos– originaba que los aprestos náuticos se demorasen por tres años. Los Reyes Católicos hacían frente a una situación compleja, cargada de

problemas arduos y diversos, que exigían su perentorio cuidado. En la dirección indiana, la atención recaía en los Colón, en su impericia, en sus amplias atribuciones; amén de todas las cuestiones que implicaban la colonización, los nuevos hallazgos, el derecho a la soberanía, la conversión, la antropofagia, la esclavitud, la transculturación, la navegación, el ajuste económico, la emigración... Era un torrente de asuntos indianos complicados con los internacionales y con el problema personal del Almirante.

El año de 1497 dio la impresión de ser para el Almirante mejor que el anterior; en efecto, por abril comienzan a expedirse documentos relativos a la tercera expedición. Al Almirante se le confirman entonces todos sus privilegios y mercedes y se deroga una autorización de 1495 autorizando las expediciones a Indias, con desmedro de los derechos colombinos, dada a causa de que se consideró muerto a Colón. Para la Corte, en cambio, el año acaba mal, porque la princesa Margarita dio a luz un niño muerto; y hasta para el mismo Colón no marchó todo bien, porque Fonseca, que había sido sustituido por Antonio Torres, volvió a ocupar su puesto.

Un asunto personal preocupaba al Almirante por esos días: su mayorazgo. Antes de partir pensaba dejar previsto el futuro de su familia, y así, con autorización real, instituyó un mayorazgo con sus propiedades y privilegios (22 de febrero de 1498). La sucesión la ordenó de la manera siguiente: su hijo Diego y sus descendientes; luego, don Hernando y sus hijos; después, su hermano Bartolomé y su hijo mayor, y, finalmente, su otro hermano, Diego, e hijos. Otras disposiciones completaban este documento clave.

El mismo año de 1498 los barcos quedaron preparados en Sevilla. Faltaba la tripulación. El afán del segundo viaje había desaparecido en la población peninsular en virtud de las noticias negativas esparcidas sobre los sucesos de la Española. El Estado tuvo que promulgar una oferta de perdón para todos los criminales y delincuentes presos que quisiesen alistarse en el viaje. Se ignora el número de ellos que se acogieron a la medida; pero es de recordar esta provisión, que luego se repite, y que no trataba de crear una colonia penal, sino redimir por el trabajo las penas de todos aquellos cuyo delito no fuera de herejía, lesa majestad, crimen de primer grado, traición, incendio premeditado, falsificación y sodomía, tal como lo habían practicado los portugueses y Enrique VII de Inglaterra con la expedición de Caboto.

Colón había prometido descubrir la tierra firme y asegurar el dominio de la fundación establecida. Más que nunca se encomendó a la

Santísima Trinidad; el día 30 de mayo de 1498, cuando los marineros cantaban los acostumbrados himnos piadosos, en tanto empujaban los vástagos de los cabrestantes para recoger los cables de las anclas. Las velas se izaron, sonaron músicas de pífanos y trompetas y la flota abandonó Sanlúcar y, para burlar una armada francesa, fue a Madera, donde tomó al piloto sevillano Pedro de Ledesma, que se le amotinará en el cuarto viaje, y de allí se dirigió a Canarias. Allí se dividió la flota en dos partes: tres navíos mandados por Pedro de Arana navegaron directamente a Nueva Isabela o Santo Domingo; Colón, con otros tres, siguió a Cabo Verde, donde en Boa Vista vieron a ricos leprosos europeos comiendo carne de tortuga y bañándose en su sangre en un intento de curarse su terrible mal. De allí navegó al Suroeste. De haber continuado en esa dirección, hubiese dado con el continente en las costas del Brasil; pero no se atrevió a navegar hasta el hemisferio austral "por el mudamiento del cielo y las estrellas", confiesa, sin darse cuenta que con ello no hace sino declarar su impericia, pues Juan de la Cosa y Vicente Yáñez navegaron en 1500 por esos mares, determinando la posición de la nave mediante la declinación o altura solar. Fue una lástima para Castilla que Colón no "descubriera" el continente y que hasta 1499 mantuviese el monopolio de las expediciones. La ruta que toma Colón, y que le va a llevar a las bocas del Orinoco, puede venir determinada por estas razones:

1.º) Porque en el segundo viaje ha estado en Paria-Cumaná, según hemos consignado, en un viaje relámpago que hace partiendo de Santo Domingo.

2.º) Porque le había impresionado la opinión de Juan II de Portugal, según la cual más allá del ecuador, en alguna parte del océano occidental, se encontraba un continente. De ahí el interés lusitano por llevar la línea de Tordesilla más al Oeste.

3.º) Las noticias que le había dado el lapidario Blanes sobre la existencia de piedras preciosas más al Sur. De acuerdo con las teorías de Aristóteles, en la misma latitud se daban siempre los mismos productos. Por eso convenía bajar hasta la latitud de Sierra Leona, donde los portugueses habían encontrado oro.

4.º) Alcanzar la costa de la tierra firme de Asia y hallar el paso al sur del Quersoneso Aureo.

El 31 de julio estaban ya frente a Suramérica. Un mundo que supone insular, situado al sur de Mangi. La recalada la hizo en la isla de la Trinidad, frente a la desembocadura del Orinoco, donde situó el

Paraíso terrenal. ¿Por qué puso aquí el Paraíso? Hay razones místicas y geográficas para explicarlo. Por un lado, intenta aumentar la importancia de su descubrimiento; por otro lado, el paisaje le impresiona. Nada más que ver los tres montes de la Trinidad ha bastado para que se exalte y saque a relucir todo un "complicado sistema de cosmología cristiana expuesta por los Padres de la Iglesia". Sistema que arranca del Génesis, donde ha leído que "Dios había plantado hacia Oriente un jardín delicioso". Algunos Padres han puesto el Paraíso en las fuentes del Indo y del Ganges, tras los cuales Colón cree haber arribado. Por eso a Colón le es fácil identificar ríos y suponer que aquellas tierras son el final del Oriente.

Convencido de que el río Orinoco baja del Paraíso, navegó entre la isla Trinidad y el continente, deslizándose por las Bocas del Dragón; a su izquierda tenía la costa continental; pero con su manía de islas, llamó *isla de Gracia* a lo que divisaba (península de *Paria*). Las tierras que iba descubriendo no respondían a la previa concepción que tenía; así, él había pensado en encontrar tipos humanos negros por el excesivo calor que les atormentó pocos días antes de arribar, y se encontraba con que los indígenas eran más blancos que los conocidos hasta el momento. No se daba cuenta que había entrado en contacto con nuevas culturas; los indios estaban dotados de una mejor civilización que los antillanos, expresada en grandes canoas con cabina, en tejidos de algodón, en metalurgia (*guanin*, mezcla de oro y cobre), flechas envenenadas y en el uso de chicha.

Al abandonar la costa venezolana en demanda de la Española, Colón "vino ya en conocimiento –afirma Las Casas– que tierra tan grande no era isla, sino tierra firme". Aquello era un desconocido continente austral; el paso buscado más al norte y poniente, estaba entre esta masa nueva y Asia. Es el paso que buscará en el cuarto viaje. Si hubiese seguido navegando a lo largo de la costa continental, hubiera comprobado la inexistencia del paso, hubiera llegado hasta Florida y se hubiera adelantado a Ojeda y demás marinos de los viajes andaluces, que dentro de poco se deslizarían por estas latitudes, siguiendo precisamente el rumbo iniciado por el tercer viaje colombino y aprovechando la carta de marear colombina de aquellas tierras enviada al príncipe don Juan. En aguas de la isla Margarita torció hacia la Española, que esperaba los socorros que él llevaba, y donde ancló en agosto de 1498.

16. Incidentes en la Española: Bobadilla

Los dos hermanos de Cristóbal Colón –Bartolomé y Diego– quedaron al frente de la Española desde que el Almirante se ausentó. Bartolomé actuaba como adelantado –la Española se considera frontera–, cargo que por primera vez instauró Colón en las Indias y para el que los Reyes Católicos nombran (1497) al dicho don Bartolomé. En los dos años en que Colón permaneció alejado, los sucesos desarrollados eran de variada índole: había sido fundada la ciudad de Santo Domingo y Francisco Roldán se había sublevado.

Con el establecimiento de Santo Domingo, el eje colonizador cambia del norte al sur insular, por una razón que estaba dentro de la misma isla, y que era la existencia de minas auríferas en la zona austral. Constituye este traslado un típico fenómeno de la colonización antillana, que observaremos repetirse en Jamaica y Cuba, cuyas capitales varían de asiento, pero ya por unos móviles distintos a los dados en la Española. En el caso jamaicano y cubano, la razón imperativa procede del continente, para cuya penetración es mejor contar con bases en lugares de fácil navegación hacia él.

La guerra civil era obra del temperamento díscolo del cabecilla, llamado por Pedro Mártir *Roldanus quendam Ximenum facinorosum*... Roldán, alcalde mayor de la isla por designación colombina, había sentido a poco de irse el Almirante las molestias que implicaba una subordinación a los otros hermanos. Amparado en el malestar general que dominaba en la isla, Roldán acaudilló un grupo de descontentos, molestos como él con el mando de los extranjeros y, como él también, ávidos de hacerse con oro sin limitaciones. Al desembarcar, Colón se encontró con el alzamiento en pleno auge, y en lugar de acudir a la dura represión, optó por llegar a un acuerdo con los rebeldes por medio de la bondad. Otro error más. Roldán, "con su poca vergüenza" (Las Casas), se mostró exigente, y el Almirante se avino a reponerle en el cargo, además de conceder tierras gratuitas a los alzados que deseasen permanecer en la isla, declarar que los delitos que se les imputaban eran falsos y dar pasaje gratis a los que quisiesen volver a España. Vencedor Roldán, se trasladó a Santo Domingo a ejercer su cargo como si nada hubiese sucedido, aunque algunos de los partidarios permanecieron en la defección. Las circunstancias se complicaron con la presencia de Alonso de Ojeda, de recalada del primer viaje andaluz, que se dedicó a incitar a los roldanistas; pero Roldán se puso del lado del Almirante y obligó al inquieto Ojeda a irse. Otro estorbo

más lo aportó la llegada de Vicente Yáñez Pinzón, tambien de paso explorador.

El conjunto de noticias sobre las Indias que iban llegando a España influían sin querer en el ánimo real, que cada vez se convencía más de la impericia gubernamental de su Visorrey. El establecimiento indiano se debatía en una continua lucha de banderías, que retardaba su progreso. Los Colón continuaban enviando esclavos; otros marinos retornaban a España hablando de lo amplio que era lo hallado y de sus posibilidades económicas. Tanto desorden, tanto fracaso gubernamental, tanta falta de dotes políticas, tanta debilidad, tantas nuevas sobre las Indias iban haciendo mella en la Corona. Lentamente, los Reyes maduraron, sin propósito deliberado, lo que había que hacer para acabar con todo el desasosiego indiano, del que no era menos culpable la categoría de la gente ida, como reconocía el mismo Colón: "Yo he sido culpado en el poblar, en el tractar de la gente y en otras muchas cosas, como pobre extranjero envidiado."

El Almirante presentía lo que se avecinaba, y en sus escritos proclama la ingratitud de los que le desobedecen, elogia las riquezas de las tierras halladas, intenta contentar a los Reyes con los tributos recaudados y se esfuerza por cortar el río de la maledicencia contra él. Pero en la Corte los aires no eran nada buenos. Las primeras medidas para acabar con las irregularidades de las Indias se dieron a requerimiento del propio Colón, nombrando, como él pedía, un letrado que administrase justicia. El electo, Francisco de Bobadilla, era un hombre duro, Comendador de Calatrava, a quien Oviedo confunde con el Corregidor de Andújar y Jaén del mismo nombre. Los primeros poderes dados a Bobadilla le investían de autoridad para abrir una investigación judicial de la rebelión contra Colón (marzo, 1499); pero nuevas noticias llegadas de la Española condujeron a una determinación estatal más grave para Colón: Bobadilla iría a ejercer la *Gobernación e Oficio de Juzgado de esas dichas islas y tierra firme*, con muchas cédulas en blanco y firmadas.

En agosto de 1500 estaba Bobadilla en Santo Domingo, amparado en plenos poderes. Había salido sin que en la Corte se supiera aún el final habido entre Colón y Roldán, y llegaba a Santo Domingo poco después que Roldán, al lado del Almirante, sofocaba otra rebelión dirigida por un tal Adrián de Moxica. Sorprendió a Bobadilla el trágico decorado que la fundación le ofrecía a su arribada: unas horcas y unos cadáveres, aún frescos, balanceándose en ellas. Sorprendióle aún más saber que Colón no estaba y que su hermano Diego se negaba a entre-

garle algunos prisioneros preparados para ahorcar. Bobadilla exhibió sus credenciales, insistió en sus demandas, y al recibir nuevas negativas, recurrió a la fuerza. Mal principio. De todos lados los pobladores afluyeron a Santo Domingo con el fin de ver al "nuevo gobernador". Bobadilla comenzó a actuar con toda liberalidad; admitió quejas contra Colón y le abrió una pesquisa secreta, atrayéndose los ánimos de los quejosos contra los Colón. Cuando, por fin, llegó el Almirante procedente de *Xaraguá*, en el interior isleño, pretendiendo concretar la autoridad de Bobadilla a lo judicial, se encontró con que su hermano Diego estaba preso y que con él y su otro hermano se iba a hacer lo mismo. ¿Razones? Porque –explica Las Casas– los Colón "no mostraron modestia ni discreción al gobernar a los españoles, como debieron hacerlo", y porque se habían abrogado una autoridad que no tenían, mutilando y ahorcando pobladores. Bobadilla abrió a Colón un proceso que, misteriosamente, más tarde desapareció, pese a que en los *Pleitos colombinos* el fiscal pidió con insistencia su presentación. Es de imaginar la tremenda melancolía de quien hacía ocho años había descubierto las Indias, y ahora, en la estrechez de un calabozo flotante, rumbo a la Corte, escribía: "Si yo robara las Indias... y las diera a los moros, no pudieran en España mostrarme mayor enemiga..."

17. Nuevos gobernantes: Ovando

Los Reyes no andaban errados al pensar que los Colón enredaban todo en la Española y no tenían cualidades de gobernantes; pero también debían de percibir que el carácter hispano, la idiosincrasia de los emigrados, la lejanía de la Corte y la condición de ser los gobernantes unos extranjeros contribuían al desorden. Los Colón contaban en la Corte con un buen partido enemigo, que, según confiesa el cortesano Pedro Mártir, acusaba a la familia del Almirante de ser "injustos, impíos, enemigos y malversadores de la sangre española". Hernando Colón recuerda que en la Corte, al verlo a él y a su hermano, exclamaban: "Mirad los hijos del Almirante, los mosquitillos de aquel que ha hallado tierras de vanidad y engaño para sepulcro y miseria de los hidalgos castellanos, añadiendo otras muchas injurias, por lo cual excusábamos pasar por delante de ellos." La envidia jugaba un buen papel en estas consideraciones, aparte del fondo de verdad que pudiera haber en el desastre económico y gubernamental colombino.

El espectáculo de Colón depuesto causó una fuerte impresión en Cádiz y Sevilla. Invitado por su amigo el fraile cartujo Gaspar Gorricio, el Almirante se hospedó en el sevillano monasterio de las Cuevas, en espera de ser recibido por los Reyes. Los Monarcas andaban en aquel instante preocupados en repartirse Nápoles con Francia mediante el acuerdo secreto de Granada (noviembre, 1500).

Antes de Navidad vio Colón a los Reyes Católicos. En la entrevista el Almirante pidió que se le restablecieran sus derechos y privilegios y se llamase a Bobadilla para castigarle. Las promesas no faltaron; pero los días pasaban y la atención real se proyectaba en los asuntos italianos. Colón le escribía a fray Gaspar Gorricio y le hacía saber que "en los negocios de las Indias, non se han entendido ni entienden, non por mal nuestro, salvo por bien".

Mientras tanto, los marinos de los viajes siguientes, que vamos a ver inmediatamente, surcaban los mares de Colón tras su propia ruta y con copia de su mapa. Ojeda, Pinzón, Niño y Bastidas navegaban o habían navegado por las costas del norte de Suramérica; Corté Real tocaba en Terranova; Cabral fondeaba en el Brasil, y otros más proseguían las exploraciones descubriendo el mapa continental. El monopolio colombino se venía abajo, y cada vez se hacía más difícil una total restauración de sus derechos y privilegios. Cada marino que retornaba de las Indias demostraba la existencia de una geografía cada vez mayor, Juan de la Cosa materializaba en su mapa lo que se conocía del Nuevo Mundo, y evidenciaba con ello que los Colón no podían ser soberanos perpetuos de aquel inmenso mundo. Los Reyes no podían –no debían– mantener a Colón como gobernante de las Indias, disfrutando de unas ventajas políticas y económicas que le situarían por encima de ellos. Resulta sentimental y absurdo afirmar que se quebraron las capitulaciones santafesinas cuando los Reyes Católicos nombraron a Nicolás de Ovando, comendador de Lares, para desempeñar el cargo de gobernador y justicia suprema de las Indias. Ovando iba a la Española –asegura Hernando Colón– a desagraviar al Almirante, obligar a Bobadilla a devolver todo lo que había tomado, a abrir proceso a los rebeldes y a castigar a los culpables. Pero en realidad, Ovando fue a las Indias –lo dirá el Rey, años más tarde, a Diego·Colón– "por gobernador... a causa del mal recaudo que vuestro padre se dio en ese cargo que vos agora teneys". Los títulos colombinos de Almirante y Visorrey permanecían intactos, aunque el nombramiento de Ovando como gobernador significaba que los derechos y privilegios de Colón quedaban suspendidos por el momento. Lo único que se le per-

mitió a Colón fue el enviar un agente con Ovando para recoger lo que se le debía por el comercio y oro obtenido.

Nicolás de Ovando partió de Sanlúcar de Barrameda el mes de febrero de 1502 con la más espléndida flota que jamás había zarpado hacia las Indias. Bobadilla regresaría en julio de 1502.

BIBLIOGRAFIA

1. Colón

ALTOLAGUIRRE, Angel: *La real confirmación del Mayorazgo fundado por don Cristóbal Colón el 22 de febrero de 1498.*–Bol. Acad. Hist., 1926, tomo 88.

ALTOLAGUIRRE Y DUVALE, Ángel: *Cristóbal Colón y Pablo del Pozzo Toscanelli.*–Madrid, 1903.

ALTOLAGUIRRE, Angel: *Estudio jurídico de las Capitulaciones y Privilegios de Cristóbal Colón.*–Boletin de la Real Academia de la Historia, tomo XXXVIII, páginas 279-294, 1901.

ALVAREZ, Francisco: *Cristóbal Colón y el estudio de la Sagrada Escritura.*–Sevilla, 1952.

BALLESTEROS BERETTA, A.: *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América.*–Col. Hist. de América y de los pueblos americanos. Tomos IV y V de la «Historia de América», dirigida por ..... Barcelona, 1945. (Obra fundamental.)

BARREIRO-MEIRO, R.: *Guanahaní.*–«Revista General de Marina». Tomo 171, págs. 587-600, Madrid, 1966.

– *Más sobre la isla de Guanahaní.*–«Revista General de Marina», págs. 569-584. Madrid, 1967.

– *Bojeo de Puerto Rico por Colón.*–«Revista General de Marina». Tomo 176, págs. 423-432. Madrid, 1969.

– *Juan de la Cosa y su doble personalidad.*–Instituto Histórico de la Marina. Madrid, 1970.

– *Las naves del tercer viaje de Colón.*–«Revista General de Marina». Tomo 178, págs. 667-677. Madrid, 1970.

–*Puerto Rico, La Aguada, Ponce de León, etc.* Madrid, 1977.

BECKER Y GONZÁLEZ, Jerónimo: *Los viajes de Colón. Los pleitos de sus descendientes.*–Tomo XXIII de la *Historia del mundo*, publicada por la Universidad de Cambridge.–Buenos Aires, 1913.

BERNAL ULECIA, B.: *Don Hernando Colón (con documentos inéditos del Archivo de Protocolos de Sevilla). Reseñas y trabajos científicos del XXVI Congreso Internacional de Americanistas.*–Sevilla, 1935. Madrid, 1948.

BERNARDINI-SJOESTEDT, Armand: *Cristóbal Colón.*–Madrid, 1965.

BERWICK Y ALBA, Duquesa de: *Autógrafos de Colón.*–Madrid, 1892.

BOYD THACHER, John: *Christopher Columbus. His life, his work, his remains as revealed by original printed and manuscript records...* New York, 1967, 3 vols.
CALDERÓN QUIJANO, J. A.: *Colón, sus cronistas e historiadores en Menéndez Pelayo.*–«Anales de la Universidad Hispalense», XVII. Sevilla, 1956.
CARBIA, Rómulo: *El problema del descubrimiento de América desde el punto de vista de la valoración de sus fuentes.*–Sevilla, 1935.
Carta. La —— de Colón 15 febrero-14 marzo 1493... Historia del impreso y de su influencia por Carlos Sanz.–Madrid, 1961.
CASTELAR, Emilio: *Historia del descubrimiento de América.*–Madrid, 1892.
CIORANESCU, Alejandro: *Colón, humanista.*–Madrid, 1967.
– *Colón y Canarias.* Sta. Cruz de Tenerife, 1978.
Códice diplomático americano de Cristóbal Colón. Colección de cartas y privilegios, cédulas y otras escrituras del Nuevo Mundo.–La Habana, 1867.
COLÓN, Cristóbal: *Diario del Descubrimiento.* Estudio, ediciones y notas por Manuel Alvar.–Las Palmas de Gran Canaria, 1976, 2 vols.
COLÓN, Hernando: *Vida del almirante don Cristóbal Colón escrita por su hijo don Hernando.*–México, 1947.
COLLELL, Jaime: *Fray Bernardo Boyl. Primer Apóstol de América.*–Vich. 1929.
CUARTERO Y HUERTA, Baltasar: *Historia de la Cartuja de Santa María de las Cuevas.*–Madrid, 1950-54, 2 vols.
CHARCOT, J. B.: *Christopher Colomb vu par un marin.*–París, 1928.
DESCOLA, Jean: *El infortunado descubridor de un mundo.*–Barcelona, 1961.
El Tratado de Tordesillas y su proyección. Primer Coloquio Luso-Español de Ultramar.–Valladolid, 1973-4, 2 tomos.
ETAYO, Carlos: *Estudio sobre el Descubrimiento de América.*–San Sebastián, 1962.
– *Naos y Carabelas de los descubrimientos y las naves de Colón.* Pamplona, 1971.
FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Cuál es, entre las Lucayas, la isla que denominó Colón de «San Salvador».*–Madrid, B. R. A. H., 1891, tomo XIX, págs. 361-366.
– *Los pleitos de Colón.*–Madrid, «Boletín de la Real Academia de la Historia»,1891, págs. 521-535.
– *Colón y Pinzón.*–Madrid, 1883.
– *Colón y la Historia Póstuma.*–Madrid, 1885.
– *Los pleitos colombinos.*–«Boletín de la Real Academia de la Historia», 1892, XX.
FLOYD, Troy S.: *The Columbus Dinasty in the Caribbean.*–University of New México Press. Alburquerque, 1973.
GANDÍA, Enrique: *Historia de Cristóbal Colón. Análisis crítico de las fuentes documentales y de los problemas colombinos.*–Buenos Aires, 1942.
GARATE CÓRDOBA, José M.ª: *La poesía del descubrimiento.*–Madrid, 1977.
GARCÍA-GALLO, Alfonso: *Los orígenes de la administración territorial de las Indias.*–«Anuario de Historia del Derecho Español».–Tomo XV, págs. 16-106.
– *Las Bulas de Alejandro VI y el ordenamiento jurídico de la expansión portuguesa y castellana en África e Indias.*–Madrid, 1958.
GERBI, Antonello: *La naturaleza de las Indias Nuevas,* México, 1978.
GIMÉNEZ FERNÁNDEZ, Manuel: *Las Bulas Alejandrinas de 1493.*–Sevilla, 1943.
— *América. Ysla de Canaria por ganar.* «Anuario de Estudios Atlánticos». Vol. I Madrid-Las Palmas, 1955.
GÓMEZ, Domingo: *Quién fue y qué hizo Martín Alonso Pinzón.*–Huelva, 1968.
GONZÁLEZ RODRÍGUEZ DE VERA, P.: *El litigio sobre el origen del mal de las bubas.*–Madrid, s. a.
GOULD, Alice B.: *Nueva lista documentada de los tripulantes de Colón* «Boletín de la Real Academia de la Historia» XC, 1927, CX, CXI, CXV, 1942-1944 y CLXX, 1973.
GUILLÉN, Julio F.: *El primer viaje de Cristóbal Colón.* Inst. Histórico de la Marina.–Madrid, 1943.
– *La Carabela «Santa María».*–Madrid, 1927.

– *Por qué Cristóbal Colón vino a La Rábida.*–Madrid, 1944.
HARING, C. H.: *El origen del Gobierno real en las Indias españolas.*–Buenos Aires, 1925.
HARRISSE, Henry: *Christopher Colombs, sons origenes, sa vie, ses voyages sa famille et ses descendents.*–París, 1884.
HUMBOLDT, Alejandro de: *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América.*–Madrid, 1892, 2 vols.
IBARRA Y RODRÍGUEZ, Eduardo: *Don Fernando el Católico y el descubrimiento de América.*–Madrid, 1892.
– *Fuentes para el estudio del descubrimiento de América.–Cristóbal Colón. Su vida. Génesis del descubrimiento.*–Tomo XXIII de la *Historia del Mundo,* publicada por la Universidad de Cambridge.–Buenos Aires, 1913.
INCHAUSTEGUI, J. Marino: *Francisco de Bobadilla.*–Madrid, 1964.
JOS, Emiliano: *Los problemas colombinos en autores americanos.*–«Estudios Geográficos», núm. 29, Madrid, 1947.
– *El plan y la génesis del descubrimiento colombino.*–Sevilla, 1936. (Hay edición de Valladolid, 1979-80.)
– *Fernando Colón y su «Historia del Almirante».*–«Revista de Historia de América», núm. 9, págs. 5-29. México, 1940.
– *Historia del Almirante y algunas cuestiones de este historial.*–«Estudios Geográficos», núm. 36. Madrid, 1949, págs. 445-477.
KAISERLING, M.: *Christopher Columbus and the participation of the jews in the spanish and portugueses, discoveries.* New York, 1968.
LAMB, Ursula: *Frey Nicolás de Ovando Gobernador de las Indias.*–Madrid, 1956.
LANDSTROM, Björn: *Colón.* Barcelona, 1971.
MADARIAGA, Salvador de: *Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón.*–Buenos Aires, 1944.
MANZANO, Juan: *La incorporación de las Indias a la Corona de Castilla.*–Madrid, 1948.
MANZANO MANZANO, Juan: *Cristóbal Colón. Siete años decisivos de su vida, 1485-1492.*–Madrid, 1964.
– *La legitimación de Hernando Colón.* Discurso leído en la solemne apertura del Curso Académico de 1960-61 en la Universidad de Sevilla.–Sevilla, 1960.
– *Colón y su secreto.*–Madrid, 1976.
MARTÍNEZ-HIDALGO, José M.ª: *Las naves de Colón.* Barcelona, 1968.
MORALES PADRÓN, Francisco: *Las relaciones entre Colón y Martín Alonso Pinzón.*–«Revista de Indias». Madrid, núm. 83, 1961.
MORISON, Samuel Eliot: *El Almirante del mar Océano. Vida de Cristóbal Colón.*–Buenos Aires, 1945.
– *Cristóbal Colón, marino.*–México, 1966.
MUNFORD, Jones H.: *Este extraño Nuevo Mundo.*–México, 1966.
MUÑOZ, Juan Bautista: *Historia del Nuevo Mundo.*–Tomo I. Madrid, 1793. (Reedición Madrid, 1975.)
MURO OREJÓN, Antonio: *Cristóbal Colón: el original de la Capitulación de 1492.*–«Anuario de Estudios Americanos».–Vol. VII.–Sevilla, 1950.
Nuevos autógrafos de Cristóbal Colón y relaciones de Ultramar.–Madrid, 1902.
NUNM, George E.: *The Geographical conceptions of Columbus.*–New York, 1924.
O'GORMANN, Edmundo: *La idea del descubrimiento de América.*–México, 1951.
– *La invención de América.*–México, 1958.
OLSCHKI, Leonardo: *Hernán Pérez de Oliva's Ystoria de Colón.*–«The Hispanic American Histórical Review», vol. XXIII, núm. 2, mayo 1943.
OST CAPDEQUI, José María: *Los orígenes de la colonización española en América.*–Bol. I. I. H. XVIII, págs. 1-23.
ORTEGA, Ángel: *La Rábida. Historia, documentos, crítica.*–Sevilla, 1925-6. 4 tomos.
PALACIO, Alfonso y DURÁN, Luis: *Segundo viaje de Cristóbal Colón.*–«Revista General de Marina», núm. 131, págs. 390-396. Madrid, 1946.

PANIAGUA, Juan Antonio: *El doctor Chanca y su obra médica.*–Madrid, 1972.
PÉREZ BUSTAMANTE, Ciriaco: *El libro de los Privilegios del Almirante Don Cristóbal Colón (1498).* Estudio preliminar, edición y notas de ..... Madrid, 1951.
PÉREZ DE TUDELA, Juan: *Las Armadas de Indias y los orígenes de la política de colonización* (1492-1505).–Madrid, 1956.
– *La quiebra de la factoría y el nuevo poblamiento de la Española.*–«Revista de Indias», XV, 60, 197-252. Madrid, 1955.
PÉREZ-EMBID, Florentino: *El Almirantazgo de Castilla hasta las Capitulaciones de Santa Fe.*–«Anuario de Estudios Americanos». Sevilla, 1944.
Pleitos Colombinos: VIII. *Rollo del Proceso sobre la apelación de la Sentencia de Dueñas y probanzas del Fiscal y del Almirante* (1534-1536). I. *Proceso hasta la Sentencia de Sevilla* (1511).–Edición de Antonio Muro Orejón, Florentino Pérez-Embid y Francisco Morales Padrón. Sevilla, 1964 y 1967.
Raccolta di documenti studi pubblicati dalla R. Commissione Colombiana pel quarto Centenario della scoperta dell'America.–Roma, 1892. 11 vols.
RAMOS, Demetrio: *Problemas geográficos de las navegaciones colombinas.*–Boletín de la Real Sociedad Geográfica. Madrid, 1948, tomo LXXXIV, núms. 7-12, págs. 368-397.
– *Los Colón y sus pretensiones continentales: los planes sobre Norteamérica, Venezuela, México y Perú.* Valladolid, 1977.
– *Por qué tuvo Colón que ofrecer su proyecto a España.* Valladolid, 1973.
RODRÍGUEZ DEMORIZI, Emilio: *Colón en la Española. Itinerario y bibliografía.*–Ciudad Trujillo, 1942.
ROMERO, Fernando: *La navegación de altura en tiempos de Colón.*–«Revista de Marina» (Chile), vol. 78, septiembre-octubre, 1962, núm. 63, págs. 639-646.
ROSENBLAT, Angel: *La primera visión de América y otros estudios.* Caracas, 1965.
RUMEU DE ARMAS, Antonio: *Colón en Barcelona.*–Sevilla, 1944.
– *La Rábida y el Descubrimiento de América.*–Madrid, 1968.
– *Hernando Colón, historiador del descubrimiento de América.*–Madrid, 1973.
SANCHO, Hipólito, y BARRIS, Rafael: *El puerto de Santa María en el descubrimiento de América.*–Cádiz, 1926.
SANTIAGO, Miguel de: *Colón en Canarias.*–Anuario de Estudios Atlánticos, Madrid-Las Palmas, 1955, núm. 1, págs. 337-296.
SANZ, Carlos: *Bibliografía General de la Carta de Colón.*–Madrid, 1958.
– *El gran secreto de la Carta de Colón (Crítica histórica) y otras adiciones a la Biblioteca Americana Vetustissima.*–Madrid, 1959.
SCHOENRICH, Otto: *The Legacy of Christopher Columbus. The historic litigation involvins this discoveris, his will, hispanislys and his descendants.*–Glendale (California), 1949-1950, 2 vols.
– *Pleitos de la familia de Colón.*–Anales de la Universidad de Santo Domingo, tomo 6, núm. 1, págs. 67-84.
SERRANO Y ORTEGA, Manuel: *Rodrigo de Triana (Boceto histórico).*–Sevilla, 1892.
SIERRA, Vicente D.: *En torno a las Bulas Alejandrinas de 1493.*–Missionalia Hispánica, X, Madrid, 1953, 73-122).
– *Y nada más sobre las Bulas Alejandrinas de 1493.*–Missionalia Hispánica. Madrid, núm. 36, 1955, pp. 401-428.
TAVIANI, Paolo Emilio: *Cristóbal Colón. Génesis del gran descubrimiento.* Barcelona, 1977, 2 vols.
TÍO, Aurelio: *Dr. Diego Alvarez Chanca. Estudio biográfico.* Puerto Rico, 1966.
TORRE Y DEL CERRO, José de la: *Beatriz Enríquez de Harana y Cristóbal Colón.*–Madrid, 1933.
TORRE REVELLO, José: *Don Hernando Colón. Su vida, su biblioteca, sus obras.*–«Revista de Historia de América». México, junio 1945, págs. 59-115.
VELASCO GARCÍA, José: *Precedente del descubrimiento de América.*–Tomo XXIII de la

Historia del mundo, publicada por la Universidad de Cambridge.–Buenos Aires, 1913.
VERLINDEN, Charles, y PÉREZ-EMBID, Florentino: *Cristóbal Colón y el Descubrimiento de América.*–Madrid, 1967.
VIGNAUD, Henry: *Histoire critique de la grande entreprise de Chistophe Colomb.*–París, 1911, 2 tomos.
WECKMANN, Luis: *Las bulas alejandrinas de 1493 y la teoría política del papado medieval.* Estudio de la supremacía papal sobre islas en 1091-1493.–México, 1949.

2. Consecuencias del descubrimiento

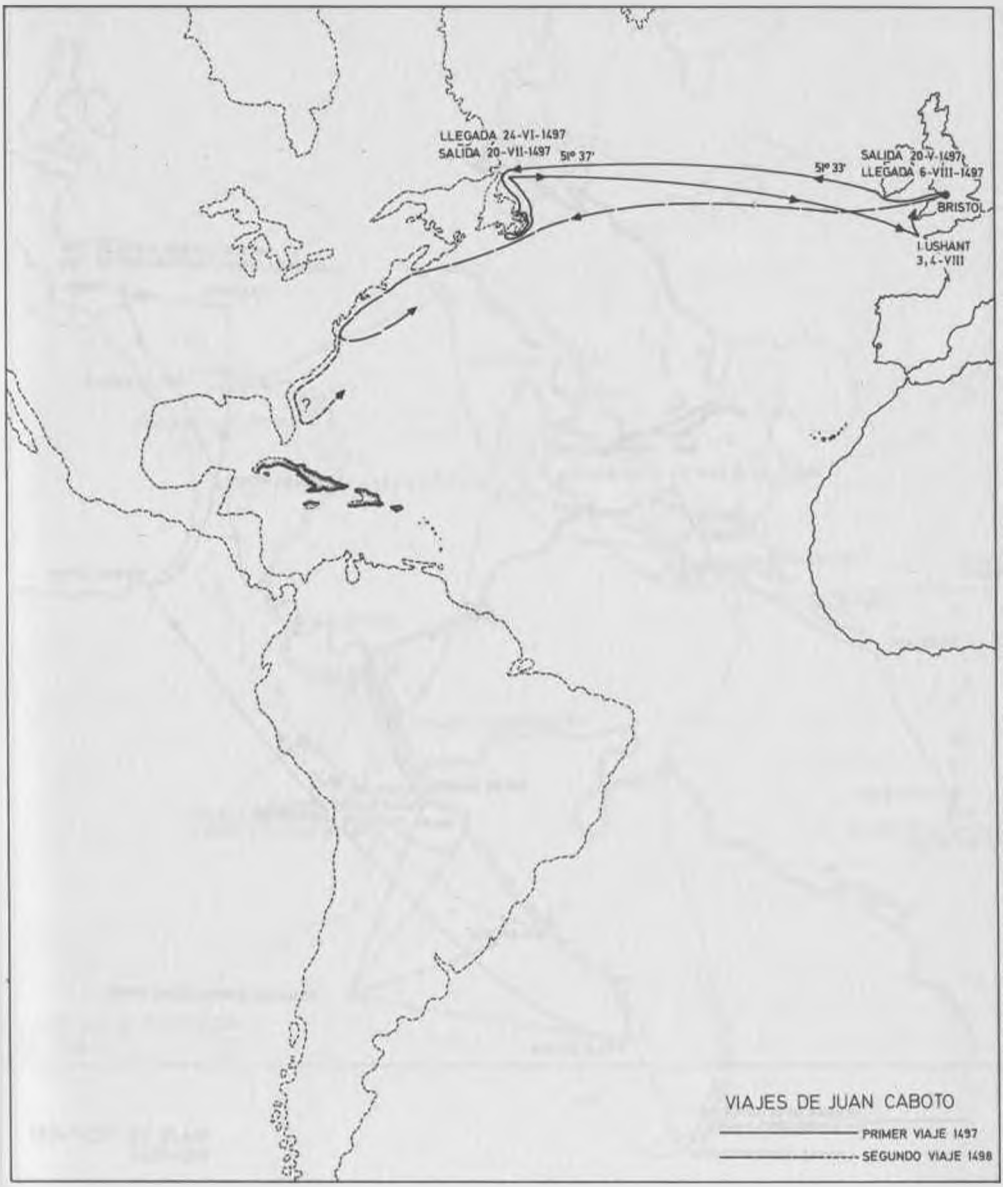
ALEGRÍA, Ricardo: *Las primeras representaciones gráficas del indio americano.* San Juan de Puerto Rico, 1978.
AYALA, Francisco Javier de: *El descubrimiento de América y la evolución de las ideas políticas.*–Arbor, núm. 8. Madrid, 1945.
BORGES, Pedro: *El sentido trascendente del descubrimiento y conversión de Indias.* II «Missionalia Hispánica», núm. 37.–Madrid, 1956.
CROSBY, Alfred W. (jr.): *The Columbian exchange. Biological and Cultural consequences of 1492.* Greenwood Press Inc. Wesport, Conneticut.
CHIAPELLI, Fredi: *The impact of the New World on the Old.* Editet by... Los Angeles, University of California, 1976, 2 tomos.
ELLIOT, John H.: *El Viejo y el Nuevo Mundo.*–Madrid, 1972.
FERREIRO, Martín: *Influencia del descubrimiento del Nuevo Mundo en las ciencias geográficas.*–Madrid, 1892.
PEÑA BATLLE, Manuel A.: *El descubrimiento de América y sus vinculaciones con la política internacional de la época.* –Madrid, 1931.
ROMERO, Francisco: *Influencia del descubrimiento de América en las ideas generales.* –Rev. Humanidades. Tomo XXIX, pág. 41. –Argentina, 1944.
ROUX-PARASSAC, Emile: *La Découverte de L'Amerique et ses consequences mondiales.* –París, 1923.
SAN MARTÍN, Alejandro: *Influjo del descubrimiento del Nuevo Mundo en las ciencias médicas.* –Madrid, 1892.
TEITELBOIM, Volodia: *El amanecer del capitalismo y la conquista de América.* –Santiago de Chile, 1943.

IV

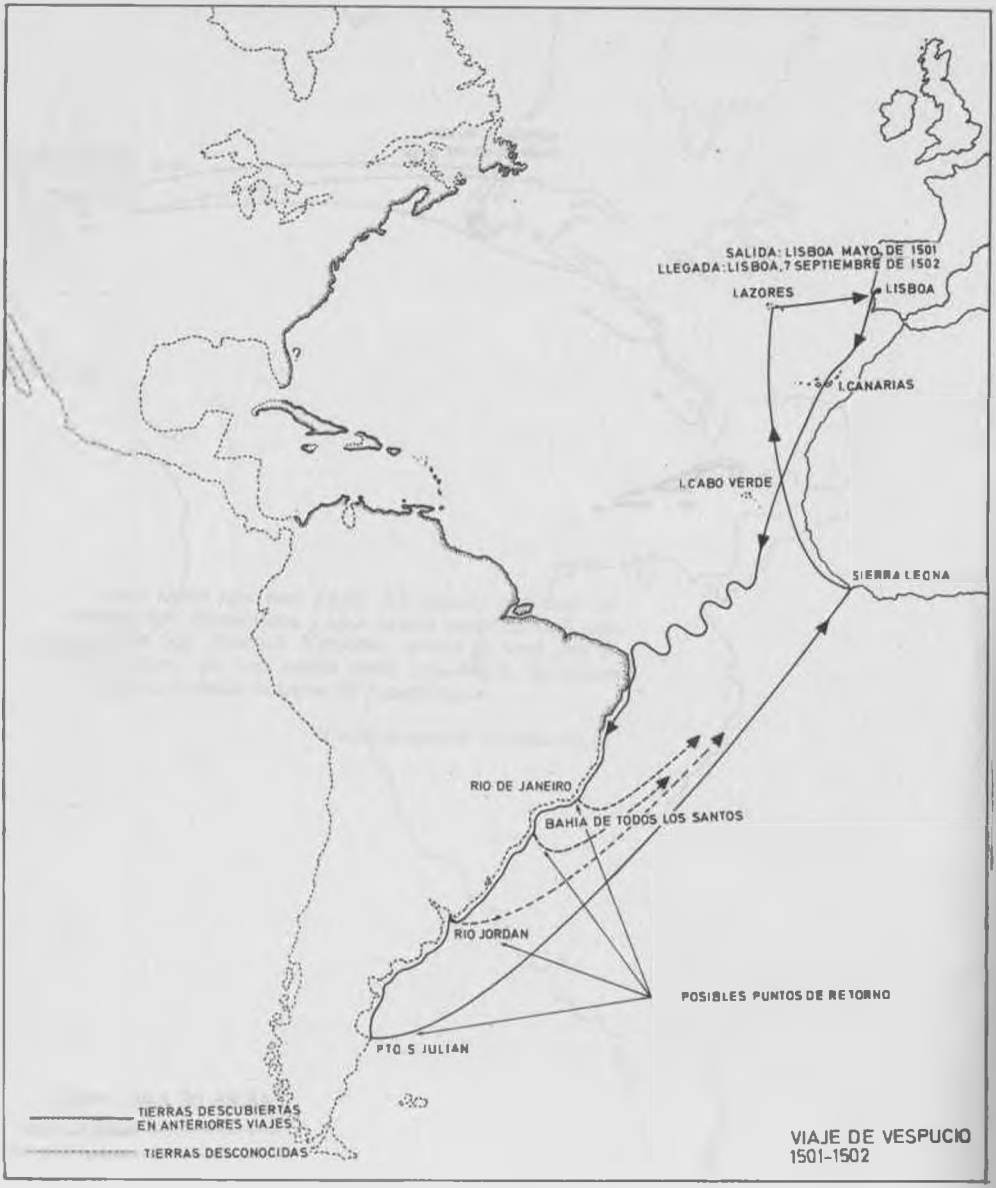
LAS EXPEDICIONES INICIALES Y EL NOMBRE DE AMERICA

«Mas ahora que esas partes del mundo han sido extensamente examinadas y otra cuarta parte ha sido descubierta por Americu Vesputiu –como se verá por lo que sigue–, no veo razón para que no la llamemos AMERICA; es decir, la tierra de Americus...»

(Cosmographiae Introductio.)

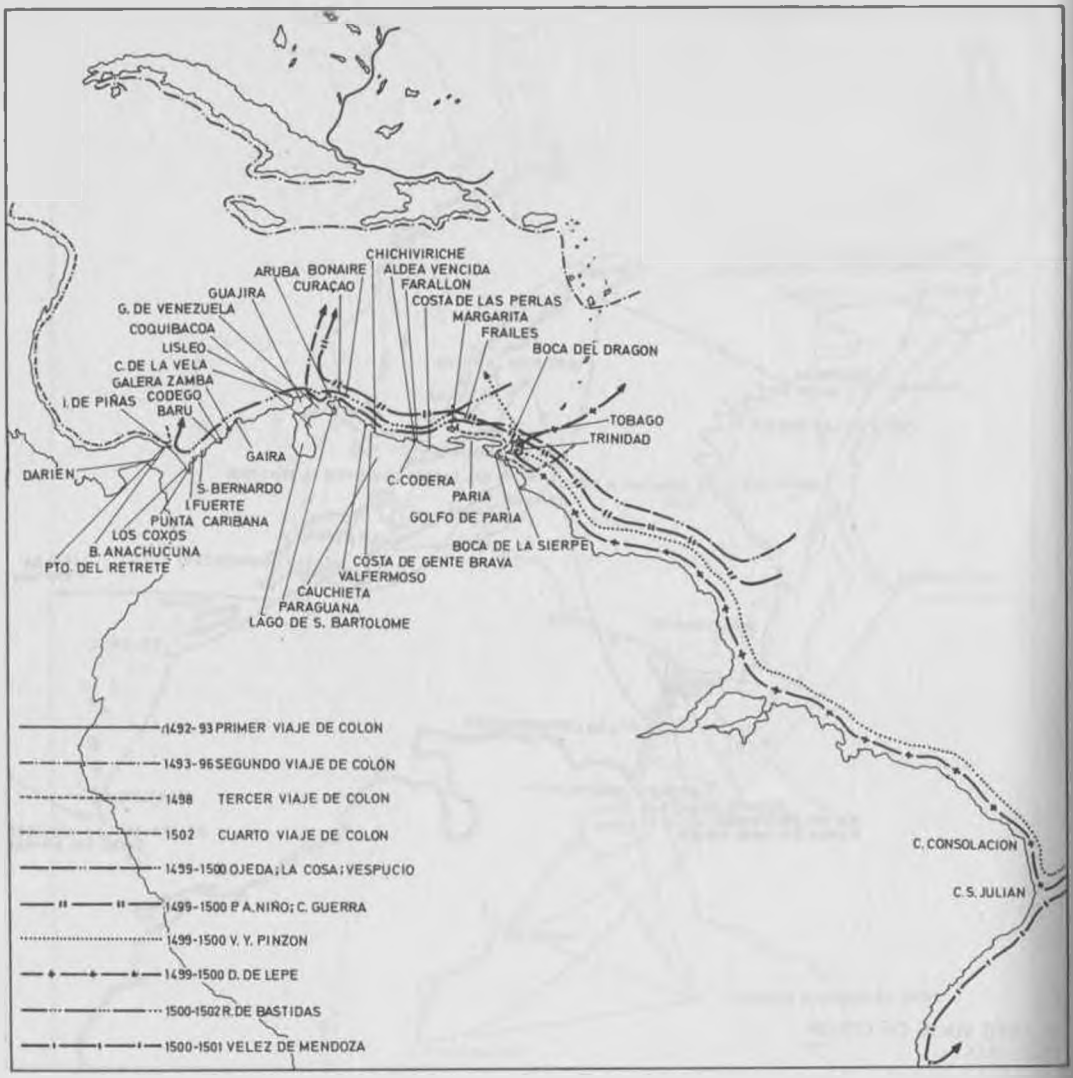


Viajes de Juan Caboto.



Viaje de Vespucio. 1501-1502.

Cuarto viaje de Colón. 1502-1504.



Escenario y rutas de los viajes andaluces.

Por donde creía navegar Colón durante el cuarto viaje.

Tierras descubiertas por Cristóbal Colón.

Los descubrimientos colombinos, esparcidos a los cuatro vientos de España y de Europa, van a originar una serie de expediciones ávidas de ampliar el mundo encontrado y de beneficiarse de sus legendarias riquezas (*). Los naturales de otros reinos no tomarán muy en serio la donación papal y la exclusividad luso-hispana para marchar a Indias. Los nacionales (andaluces) tampoco respetarán los privilegios colombinos, y así, unos por el Norte y otros por el Sur, irán abriendo más y más la geografía americana.

Cronológicamente, y al conjuro del hecho colombino, van a zarpar los hombres y los barcos en este orden: Caboto, en 1497 y 1498; los Corté Real, en 1500-1 y 1502; los marinos andaluces de los mal denominados "viajes menores", en 1499; Cabral, en 1500; Bastidas, en 1500, y Colón, finalmente, en 1502. Al año siguiente se crea la Casa de la Contratación, que cierra todo un ciclo y abre otro.

Los franceses y británicos paralizan su inicial acción para reiniciarla más tarde, cuando ya Castilla ha incorporado casi la totalidad de América. Los portugueses no cejarán y lucharán en el mar y en la diplomacia por extender sus esferas de acción. Ellos antes que nadie irán dando vida al Brasil; luego Francia comenzará a crear la Nueva Francia, y sólo en el XVII Inglaterra principiará a establecer sus célebres "trece colonias".

* Harrise cit. 85 viajes, de 1492 a 1504.

Pero ahora, a finales del XV, la tónica la dan los castellanos y andaluces, que van a alumbrar, por así decirlo, la ignorada geografía de América para a continuación recorrerla en todos los rumbos y acabar lanzándose al Pacífico a explorarlo y demostrar que la tierra era redonda.

Así como las corrientes y los alisios facilitaron la marcha a las Indias y entrada en el Caribe a las naves de Colón, así también, en el Atlántico norte una corriente ayudó a las navegaciones. Entre las tierras de Baffin y Groenlandia, siguiendo el estrecho de Davis, desciende la denominada *corriente fría de El Labrador*, que costea Terranova; sigue muy junto a la costa hasta el cabo Hatteras, donde choca con la corriente caliente del Golfo y desaparece. A *Juan Caboto* sirvió de mucho este río marino, lo mismo que a *Gaspar y Miguel Corté Real*, que navegan e indagan por aguas de Terranova.

El paisaje del Atlántico norte no era como el que los castellanos conocían en el Caribe y Suramérica: las aguas del Norte llevaban témpanos de hielos en verano y primavera, haciendo peligrosa la navegación; y en tierra, las tundras, las nieves, los bosques de coníferas, y ralas tribus indígenas cerraban el paso al extraño. Un *habitat* totalmente distinto, con otro clima, otra geología, otra flora, otra fauna. No había el multicolor papagayo ni el caimán soñoliento, sino la morsa, la foca, la ballena, el castor, la marta, el tejón... Lo que interesaba a los europeos en aquellas latitudes eran, por lo pronto, los *bacalaos* y el posible *estrecho*. Más tarde les atraerán las *pieles* de su fauna. El bacalao lo habían apreciado de siempre. Las crónicas francesas se encargan de evidenciar este interés, a la par que afirman se debe a los franceses los iniciales periplos por estas latitudes, mucho antes que Colón.

Los marinos franceses –según las mencionadas crónicas– parece que estuvieron en los bancos de Terranova antes de que llegasen por esas latitudes *Giovanni Verrazzano* y *Jacques Cartier*, el Colón del Canadá (1534). Si la reacción francesa a la demarcación papal –donde se excluye a los pueblos extrapirenaicos– no fue notada sino a partir de 1521 con Francisco I, en cambio la británica se hizo presente poco después de darse las bulas célebres. Inglaterra era entonces un país pobre, acosado por Escocia, Irlanda y Francia. Los reyes de la Casa Tudor, que la gobernaban, eran cautelosos, y como tales principiaron sus tanteos exploradores en América.

1. Juan Caboto, al servicio del Rey de Inglaterra (1497-1498)

El apoyo de *Enrique VII* al veneciano *Juan Caboto* constituye el arranque de esta política marinera. Caboto había estado en la *Meca*, y allí incubó la idea de alcanzar el Oriente por Occidente, tal como lo intentó Colón, aunque quizá el afán del viaje surge en él a raíz de su estancia en España por los años de 1490-93. Dos posibilidades, admisibles ambas, cuya aceptación implica la subordinación o no de Caboto a Colón.

Lo cierto es que el proyecto de Caboto fue bien visto por el rey Tudor, que en marzo de 1496 concede plena autoridad al veneciano para navegar por los mares. No hubo tanto desprendimiento en el desembolso de capitales para organizar la armadilla, y Caboto tuvo que equiparla con su peculio. Sólo una nave –la *Matthew*– de 50 toneladas y con dieciocho hombres, retornó. Había salido de *Bristol* en mayo de 1497, y había tocado en la isla de *Cabo Bretón* y en *Terranova*. Duró el viaje tres meses.

Dotado de buena fantasía, a Caboto le fue fácil hacer creer que había hallado las tierras del *Gran Khan* en lugar de bacalaos. El Rey británico le premió y apoyó para un segundo viaje. Caboto fue a Portugal para adquirir más datos, y en 1498 dejaba el puerto de *Bristol* con seis naves, en las que va su hijo *Sebastián*, al que veremos en el Río de la Plata. Hay quienes suponen que en esta segunda expedición, poco conocida, llegaron a *Labrador* y, costeando, arribaron a la *Florida*. Con certeza, lo que se sabe es que el viaje constituyó un fracaso y desastre para el Rey y para los particulares que habían invertido capitales en la expedición. La triste experiencia desentendió por lo pronto a los británicos del objetivo americano.

2. Los portugueses: los Corté Real (1498-1502)

A Caboto sigue Gaspar Corté Real, bajo la soberanía lusitana. En 1495 había muerto don Juan II de Portugal, dejando la corona a don *Manuel el Afortunado*, que estaba casado con una hija –Isabel– de los Reyes Católicos, heredera de ellos, por la infortunada muerte del infante don Juan. Pero también murió Isabel, al igual que su hijo, quedando entonces como heredera Juana la Loca. Don Manuel, de regreso en Lisboa, se dedicó a ejercer los derechos que el *Tratado de Tordesillas* le había conferido a Portugal. El monarca portugués deseaba

que sus marinos reconocieran por Occidente las tierras que le pertenecían. Las primeras exploraciones obedecieron a la *política de sigilo*, por la que los portugueses venían ocultando su plan de llegar a Oriente por vía marítima, y no facilitaban sus tratados náuticos. Con esta táctica Portugal pudo encontrar el camino marítimo hacia la India –*Vasco de Gama*, 1497–, que le permitió mantener por un siglo el *monopolio comercial* con ella. Dentro de esa misma política silenciosa encauza don Manuel las expediciones de *Gaspar Corté Real* y *Duarte Pereira* (1498), que proporcionaron la noción exacta de la existencia de un continente. Idea que corroboraron luego los viajes oficiales de Cabral y Corté Real.

Gaspar Corté Real, miembro de familia hidalga, habitante de las *Islas Azores o Terceras*, logró una licencia por la que podía marchar hacia el Noroeste, dentro de la esfera de influencia portuguesa (?). Quizá Corté Real pretendía, como Caboto, llegar a Oriente por un camino más corto que el descubierto por Vasco de Gama, o comprobar si lo que Caboto halló era de Portugal. Sea cual sea su designio, en el verano de 1500 –ya Cabral había tocado en el Brasil– salió de *Azores* con rumbo a *Terranova*. Apenas bordeó esta isla, y retornó a finales del año. En octubre de 1501, unido a su hermano *Miguel*, partió hacia *Groenlandia*. Los icebergs entorpecían la marcha, por lo que torcieron hacia el Sur, navegando en un mar salpicado por témpanos de hielo. A los pocos días divisaron la silueta del Labrador, que bordean y bautizan. Anclan en el *estuario de Hamilton*, que demoninan *bahía Das Gamas* –de los Gamos–; clavan señales de posesión, toman indígenas y siguen navegando hasta llegar al *estrecho de Belle Isle*. Bojean el norte de Terranova, y quizá en la actual *bahía de la Concepción* se separaron los dos hermanos. Miguel enfiló hacia Lisboa, y Gaspar se dirigió más al Sur, para enlazar con las Antillas y el Brasil, perdiéndose en esta ruta. Tampoco se supo más de su hermano Miguel, que en mayo de 1502 retornó a buscarlo. El rey don Manuel sintió la pérdida de esos dos marinos; pero le satisfizo el hallazgo de tierras ricas en *maderas* y en indígenas útiles como *esclavos*.

3. Paisajes geográficos de los Viajes Andaluces

Las sorprendentes noticias aportadas por el primer viaje colombino y las incidencias del segundo plantearon a los Reyes Católicos las medidas a tomar sobre la navegación hacia lo hallado. Se hablaba de con-

ceder libertad de navegación, de mediatizar, de prohibir, etc. Al fin, se optó por *conceder autorización en 1495*; pero en 1497, a raíz de la tercera expedición colombina, el primer Almirante de las Indias logra que esta libertad se circunscriba a ciertos límites geográficos. La Corona se ha dado cuenta que una desconocida geografía, llena tal vez de posibilidades económicas, se extiende al otro lado del océano. La Corona también percibe cómo las mercedes otorgadas a Colón comienzan a ser un estorbo y algo improcedentes. *El mundo americano ha comenzado ya a influir en el europeo.*

Después del tercer viaje, y hasta el año que se establece la Casa de la Contratación de Sevilla (1503), al amparo de la prerrogativa citada, tienen lugar lo que Fernández Navarrete impropiamente denominó *viajes menores.* Son numerosos, y la fecha término de su desarrollo podríamos llevarla hasta 1513, en que *Balboa* descubre el *mar del Sur.* Estas expediciones, que no son tan menores, proponemos denominarlas de aquí en adelante *viajes andaluces,* ya que, planeadas y dirigidas por andaluces en su mayoría, partieron todas en barcos andaluces, de las costas de Cádiz y Huelva. Poseen una *entidad propia* –como los viajes de Colón–, que autorizan a romper el criterio cronológico para analizarlas aparte.

El núcleo principal de tales exploraciones, para nuestro interés, se desenvuelve entre 1499 y 1503, teniendo como *ámbito* geográfico de desarrollo el *mar Caribe,* entre la costa norte de Suramérica, las Antillas Menores y la costa sur de las Antillas Mayores. Son pocas las naves que intervienen, con hombres de oscuro vivir abordo. La ruta colombina y el mapa hecho por Colón les sirve de guía. Se desplazan hacia el Sur sobre la *corriente de las Canarias,* conectando casi a la altura del ecuador con la *corriente norecuatorial,* que les ayuda a bordear la costa norte de Suramérica, desde el Brasil hasta las Antillas. Los vientos *alisios* facilitaban esta navegación, que introducían a los barcos en un mar tibio, de costas tropicales, azotado por huracanes y donde la lluvia no era nada extraña. Los barcos de los viajes andaluces navegaron especialmente dentro del denominado *Mediterráneo americano.* Un mar con dos porciones distinguibles: *mar Caribe y golfo de Méjico.* Dentro del golfo de Méjico se tardó algún tiempo en entrar; pero el Caribe les fue pronto muy familiar, tanto en la zona oriental, o mar Caribe propiamente, como en la sección de *mar de Honduras,* situada más allá de la cresta de Jamaica.

Los *alisios* y la *corriente norecuatorial* facilitaban la navegación. Es fácil comprobar cómo los barcos siguen el itinerario de la corriente:

costas del Brasil y de Venezuela en el Norte, para penetrar en el Caribe por varios de los pasos que hay entre las islas menores. De Este a Oeste, tal como más tarde lo harán las flotas, la corriente y los barcos navegaban en busca de América Central. Las naos, durante un tiempo, se detuvieron a la altura de Panamá, aunque la corriente seguía por el canal de Yucatán hasta transformarse en la del Golfo, que facilitaba el regreso, y sobre la cual, como en todo el ámbito antillano, pendulaba la amenaza de los terribles huracanes.

Cuatro fundamentales expediciones obedecieron el rumbo de estas corrientes:

1. *Ojeda, Vespucio y La Cosa* (1499-1500).
2. *Pero Alonso Niño y Cristóbal Guerra* (1499-1500).
3. *Vicente Yáñez Pinzón* (1499).
4. *Diego de Lepe* (1499-1500).

Estos conocidos cuatro viajes andaluces efectúan un itinerario similar, calcando sus rutas sobre el *tercer viaje colombino.* Ya indicamos cómo las corrientes y vientos determinan un tanto estos itinerarios. Después de cruzar el Atlántico, el periplo se iniciaba en el *cabo de San Agustín o San Roque,* límites entre la zona hispana y la lusa, y costa americana más próxima al Africa. Desde esos cabos los barcos se dirigían en busca de las bocas del *Amazonas y Orinoco,* para entrar en el *mar Caribe* por el paso hallado ya por Colón, que estaba entre Trinidad y el continente, y que se bautizó con el nombre de *Bocas del Dragón. Ojeda, Pinzón y Lepe* harán este primer tramo de itinerario; en cambio, *Niño y Bastidas* principiarán su ruta a esta altura (Trinidad). El viaje luego era el mismo: a lo largo de la costa venezolana, siguiendo unos más a Occidente que otros. Ojeda singló en el *cabo de la Vela*; Lepe no continuó más allá de la Margarita; Niño tampoco pasó mas allá de la *costa de las Perlas,* y Bastidas fue el único que avistó las playas del *istmo panameño,* pues tocó en *Nombre de Dios.* Desde estas metas finales, las naves torcían en demanda de las *Antillas Mayores y España.*

Cinco paisajes geográficos iban divisando las naves en este largo recorrido: *noreste del Brasil,* costas de la *depresión amazónica,* litoral de las *Guayanas,* llanos del *Orinoco* en su fachada hacia el Caribe y costas de los *Andes septentrionales.*

A Ojeda, Vicente Yáñez y Lepe les llamó la atención el *paisaje árido del noreste brasileño,* primer escenario que divisaban después

del visto en el cabo de San Roque. Pero al navegar a la altura de la Amazonia, la costa recuperaba el lujurioso verde y ofrecía unas *selvas lluviosas*, donde no se daban las estaciones secas del Noreste. Los marinos no tenían interés en detenerse sobre este litoral; a la *izquierda* de las carabelas iba desfilando una planicie de *rocas terciarias* que se perdía hacia el interior. El *clima* era eminentemente *tropical*, facilitando la existencia de una vegetación xerofita, de unos *bosques húmedos* y de unos *manglares* nada atractivos. La monotonía era rota al poco, cuando se encontraban frente a las bocas del Amazonas y tenían que experimentar el fuerte oleaje que el río originaba en su acometida al océano. Salvado tal obstáculo –que llamaron *pororoca*–, los barcos entraban en la costa guayanesa, poblada de bosques en los que reinaba la *courida*, que extendían la maraña de sus raíces entre el *fango litoral* y actuando como defensa de las mareas. Manglares también imperaban en la costa inhóspita, sede de *caribes y aravacos*, cuya belicosidad debía acelerar el navegar de los barquichuelos. Otro río más empujaba a las carabelas mar adentro –el Orinoco– antes de que entraran en el auténtico escenario de sus acciones: el *mar Caribe*. Los barcos se colaban entre Trinidad y la península de Paria para navegar en el mar de las Islas de Sotavento.

Por suerte, las carabelas de Ojeda, Niño, Pinzón y Lepe no penetraron en este mar en otoño, época en que la zona cae bajo la influencia de las calmas ecuatoriales. Navegaron en otros meses –de junio o febrero en adelante–, y pudieron beneficiarse de los vientos alisios. De vez en cuando, violentos aguaceros proyectaban su brevedad sobre las naves. A los osados marinos, de ojos abiertos ante la extraña geografía, resultaban también novedad estos chaparrones que, sobre todo de junio a octubre, se notan en esta zona del Caribe. Las naves iban de Oriente a Occidente, entre las Islas de Sotavento y teniendo a estribor la zona de los Andes septentrionales. Mucho tiempo se tardaría aún en *penetrar más allá* de la *tierra caliente* litoral y llegar a las zonas *templadas, frías y parameras del interior*. Los aravacos de la costa y las selvas húmedas tropicales eran un buen obstáculo para la entrada en lo que los hispanos llamarán *tierra firme*, como oposición a las islas. Por lo pronto se limitaban a observar, navegar siempre adelante, *rescatar perlas, vino de frutas, mirabolanos, papagayos, palo brasil*, etc., y hacer frente a las *guazavaras* o escaramuzas con la indiada, que se dispersaba al oír el estruendo de la artillería. Para los españoles, estos indios eran muy peligrosos porque empleaban *flechas enherboladas*, cuyo veneno era mortal. Con el tiempo aprendieron de ellos a sa-

ber dónde estaba el contraveneno, y el uso de la *yuca* –de donde se sacaba el veneno– para fabricar el célebre *pan cazabe* indispensable en las exploraciones.

Salvo el paisaje de *Coro* y de *Coquibacoa*, estepario, con monte bajo cubierto de zarzales, el resto de la fachada que seguían descubriendo presentaba la fisonomía de selva lluviosa tropical y manglares hasta el *cabo Gracias a Dios*, en América Central.

Las *islas antillanas* –mayores y menores–, que como un arco extendido desde Cuba a Trinidad, cerraban este ámbito de las navegaciones, presentaban en sus costas semejantes paisajes: selvas tropicales de abundantes lluvias y sabanas.

El otro sector del Mediterráneo americano –*el golfo de Méjico*– será objeto de *posteriores expediciones*, empeñadas en *completar* el frontis atlántico continental y en hallar un paso que salve la barrera. Las expediciones de los primeros momentos se movieron en este dintorno diseñado, navegando sincrónicamente, unas detrás de otras y al mismo tiempo que Colón efectuaba sus últimos viajes a las Indias.

Los dos primeros periplos de Colón fueron como el *viaje de práctica* de los siguientes nautas, pues en ellos se adquiere el necesario *conocimiento* para luego *navegar independientemente*, y durante ellos se efectúa ya la fusión de la *alimentación antillana* y la peninsular, llevada por los españoles. A los hispanos les era vital adaptarse al régimen alimenticio de las Indias, ya que no siempre podían contar con abundante vino, aceite, vinagre, bizcocho, judías, garbanzos, trigo, harina, carne, atún, sardinas, queso, bacalao, arroz, miel, etc., etc. La *falta de verduras* les ocasionaba el demoledor *escorbuto*, padecido cruelmente en algunos memorables viajes. Mientras no se contase con zonas colonizadas, donde se adaptase la economía occidental, debían mantenerse con lo que llevaban a bordo o con lo que tomaban de los indios, los cuales les facilitaron el célebre *pan cazabe*, el ají, la batata, carnes, etc., gratuitamente o a cambio de chucherías o productos que, como el vino, según Oviedo, era "el principal rescate que los cristianos llevaban". Los indígenas, aunque tenían unas vides silvestres, no conocían el vino de uva, sino un zumo extraído de la yuca, del que hacían poleadas, sirope, vinagre y otros preparados cuyo uso se perdió con la introducción del vino mediterráneo, la harina y el azúcar.

La alimentación del viejo mundo, de los primeros navegantes, abordo de las naos del Almirante o de los que siguieron su ruta, marchó al encuentro de la americana que existía en este paisaje entrevisto, virgen por completo a los ojos curiosos de los marinos y magnífico

campo donde implantar todo un modo de ser y de vivir. En el choque o intercambio ganaron ambas culturas.

4. Los viajes andaluces (1499-1503)

Vamos a delinear la fisonomía de los cuatro clásicos viajes andaluces. Luego nos detendremos en la cuarta expedición de Colón, en el viaje de Cabral y en las expediciones de Vespucio. Américo Vespucio interviene también en estos viajes; pero su talla descubridora ofrece unos problemas tales que a él le dedicaremos un apartado especial. Iniciaremos nuestra exposición por el análisis de la regulación jurídica de estos viajes. La licencia para navegar a Indias que los Reyes habían dado en 1495 obligaba a todos los marinos que se acogiesen a ella a zarpar del puerto de Cádiz, a llevar cada navío una décima de su cargamento de pertenencia real, y a entregar la décima parte de lo rescatado a los oficiales de Cádiz, etc. Al regresar Colón de su segundo periplo, según sabemos, logra que se suspenda tal permiso, pero en 1497 vuelve a confirmarse, indicándose a la par que deben guardarse al Almirante sus mercedes y privilegios. Más que esta licencia real lo que incitó a las gentes a navegar al Nuevo Mundo fue las noticias del tercer viaje colombino y el mapa aportado por éste. Ya no se trataba de simples islas, sino de un continente austral donde Colón, además, iba a situar el Paraíso Terrenal.

Todas estas navegaciones se realizaron mediante un asiento o capitulación con la Corona o su representante. Desgraciadamente, casi todas se han perdido o no se han encontrado y nuestras noticias, por lo general, son indirectas, a través de las capitulaciones encontradas: las de Vicente Yáñez Pinzón y la de Vélez de Mendoza.

El acuerdo o asiento se firmó entre los navegantes y el representante real, Juan Rodríguez de Fonseca. Siguiendo la capitulación de Yáñez Pinzón, encontrada por el Prof. Muro Orejón en el Archivo de Protocolos de Sevilla, podemos imaginarnos las demás. En dicho asiento se autoriza a Pinzón a ir por la Mar Océana a descubrir islas y tierra firme, salvo las encontradas por Colón o pertenecientes a Portugal; la expedición se hace a costa de Vicente Yáñez Pinzón y sus socios (sobrinos), puesto que el Rey sólo pone su favor; se estipula que al monarca pertenece el quinto de lo encontrado una vez liquidados los gastos de la armazón y viaje; en cada barco deberá ir un represen-

tante real encargado de asentar en un libro todo lo hallado, norma ésta que, como veremos, no es sino continuación de lo legislado cuando los viajes a Guinea y antecedente de los famosos Oficiales Reales; se prohíbe traer palo brasil (lo trajo); se le concede a Pinzón exenciones de derechos de alcabala, almojarifazgo, imposiciones y contribuciones de lo que vendiere o cambiase como cosa propia de los Reyes; y se nombra a Pinzón capitán de la armada con poder civil y criminal. En la capitulación de Vélez de Mendoza interesa resaltar la prohibición que se le hace de arriba a Coquibacoa, pues sus Altezas no quieren que se toque por saber cierto secreto. ¿Se refiere a las noticias sobre esmeraldas traídas por Ojeda? Tampoco se le permite llevar extranjeros, y se le conmina regrese a Cádiz con el fin de separar el quinto y no suceda lo que aconteció con Guerra, que fue a Bayona y algunos ocultaron perlas que habían rescatado. Tal como éstas debieron ser las demás capitulaciones.

A) VIAJE DE OJEDA, VESPUCIO Y LA COSA (1499-1500).–Tal como indicamos, el primero de los marinos que marcha tras la ruta colombina es *Alonso de Ojeda*, en unión de Juan de la Cosa, el piloto de Colón, y Américo Vespucio. *Ojeda* no es nuevo en estas lides marineras, pues ha acompañado a Colón en su segunda expedición y ha desempeñado junto a éste diversos cometidos. Radicado en el *Puerto de Santa María*, entabla amistad con *La Cosa y Vespucio*, a los que hace sus asociados en una empresa que contaba con el apoyo de don Juan Rodríguez de Fonseca. Sale la expedición el *18 de mayo de 1499*. Del Puerto de Santa María se dirigen a Cabo Aguer, donde se les agrega otra nave. De allí siguen para la Gomera (Canarias), y veinticinco días más tarde están ya a la altura del Orinoco, cuyas verdes riberas recorren, hallando huellas de Colón en las *Bocas del Dragón* (Trinidad). El segundo trecho navegado fue el de *Trinidad, Margarita-Costa de las Perlas-Curazao o Isla de los Gigantes y Península de Coquibacoa o Goajira*. Desde aquí anduvieron el tercer tramo, que les llevó, pese a habérseles prohibido, hasta la isla Española. En abril o mayo de 1500 estaban ya de regreso en España. El viaje resultó desastroso, con pérdidas de hombres y sin beneficios económicos. Geográficamente, hemos de anotar que Ojeda, como los que siguen, navegan usando el mapa trazado por Colón en el tercer viaje. También señalaremos que Ojeda es el primero en recorrer a pie la isla Margarita (*Pleitos*, II, 205).

B) VIAJE DE PERO ALONSO NIÑO Y CRISTÓBAL GUERRA (1499-1500).–Tampoco el moguereño *Pero Niño* era un novato en las

artes marineras, ya que había estado con Colón en su primer viaje, y cruzado de nuevo el Océano en 1496. De regreso a Castilla, obtuvo licencia para descubrir, siempre que se mantuviese alejado cincuenta leguas de lo recorrido por el Almirante. Como no contaba con muchos recursos, formó una compañía con los hermanos Guerra, de la Parroquia de Santa Ana (Triana), donde se dedicaban a fabricar bizcochos o galletas de barco, negocio muy productivo entonces. Los Guerra impusieron como capitán a su hermano Cristóbal. Partieron de *Palos* al tiempo que Ojeda abandonaba el Puerto de Santa María. La nave, que llevaba treinta y tres hombres reclutados en Moguer, dejó atrás la isla de Saltés, y, siguiendo el derrotero colombino, fue a singlar a unas 300 leguas al sur de *Paria*, quince días después que Ojeda tocara en ella, siguiendo hacia *Margarita* tras de cargar palo brasil a cambio de baratijas. Niño sabía que en la *Margarita* había perlas, y en pos de ellas iba. Tuvo la suerte de tomar puerto antes que Ojeda. El botín fue cuantioso, rescatando las perlas como "si fuera paja", dice Pedro Mártir, y a las cuales Niño contaba como si fueran trigo. El itinerario se prolongó por la costa rumbo al Oeste hasta el cacicato *Chichirivichi*, donde se les dispensó un recibimiento hostil. Retroceden a *Cumaná*, y allí, durante unos veinte días, hacen más acopio de perlas. Por fin, en febrero de 1500 enrumban hacia España, anclando en *Bayona de Galicia*. Las ganancias habían sido enormes, y su influencia, en el ánimo de muchos, decisiva. La Corona tuvo que recordar que se necesitaba licencia para marchar en son descubridor, so pena de perder "el navío o navíos o mercadurías, mantenimientos e armas e pertrechos e otras cualesquier cosas que llevaren".

C) VIAJE DE VICENTE YÁÑEZ PINZÓN (1499-1500).– Constituye esta navegación un intento puramente onubense, de la *familia Pinzón*, que sólo cosechará el fracaso. El menor de los hermanos Pinzón, excitado por las nuevas prometedoras y acuciado por la idea del Cipango, obtuvo licencia para ir a las Indias. Se unió a sus sobrinos Juan y Francisco Martín, Arias Pérez y llevó a hombres que habían navegado con Colón en el tercer viaje, como los tres Juanes (Quintero, Umbría y Jerez), así como al famoso médico o físico Garci-Fernández. Sus cuatro naves abandonaron la *ría del Tinto-Odiel* a finales de 1499, y se adentraron en el Atlántico a la par que se terminaba el último año del siglo. Ancoraron en Cabo Verde, y, empujados por una tormenta, arribaron al *cabo de San Agustín* o *de San Roque* en el Brasil, que llamaron *cabo de Santa María de la Consolación* (8°, 21'6 Sur). Habían sido los primeros en cruzar el *ecuador* y en fondear en las costas brasi-

leñas, ya que *Cabral* arribó tres meses más tarde. Las naves enfilaron sus proas desde el cabo de San Agustín hacia el marco antillano, descubriendo el *Amazonas* –cuya *pororoca* u olas gigantes experimentan– y el *Orinoco* –que llamaron Río Dulce–. De la isla *Tobago* cruzaron directamente a la *Española*. Al recorrer el extenso tramo comprendido entre el cabo de San Agustín y la isla de la Trinidad creyeron hallarse en la *India asiática*. La exploración no concluyó con su arribada a la Española, pues marcharon a las *Lucayas*. Pierden dos navíos y algunos hombres, y para septiembre de 1500 estaban en España.

El *interés* de esta expedición es de índole *geográfica*, ya que cruzaron el ecuador, *descubrieron el Brasil, el Amazonas* y navegaron cuatrocientas leguas al sur de Paria. En cambio, desde el punto de vista económico constituyó un desastre, y durante mucho tiempo Vicente Yáñez no se vio libre de acreedores.

D) VIAJE DE DIEGO DE LEPE (1499-1500).–Diego de Lepe, sin tradición marinera, era un vecino de Palos que obtuvo licencia –como Vicente Yáñez y Vélez de Mendoza– del obispo Fonseca para dirigirse a *Paria*. Falto de conocimientos náuticos, fue asesorado por *Bartolomé Roldán*, compañero de Colón. En este primer viaje –Lepe intentó otro– las dos naves que componían la armadilla no hicieron otra cosa que caminar sobre la ruta de *Yáñez Pinzón*, con quien en un principio iba unido. Lepe, como Vélez de Mendoza, zarpó de Sevilla. Quizá los hombres de Lepe singlaron más al sur del *cabo de San Agustín* en lo que llamaron *Bahía* o *Río de San Julián* (8° 30' S.); pero desde aquí volvieron al Norte, y a la altura de la *Trinidad* sus proas enrumbaron hacia *España*, adonde llegan en noviembre de 1500. Como en el caso de Yáñez Pinzón, el viaje constituyó un *fracaso económico*, y su único mérito sería el de haber navegado más al Sur que nadie y el aportar, como todos, cartas de las tierras vistas. Lepe fallecerá en Portugal, preparando su segundo viaje.

En breves síntesis hemos visto los cuatro conocidos viajes andaluces. Viajes que van siguiendo de cerca a las expediciones colombinas, de tal modo, que los dos últimos periplos de Colón pueden ser considerados como "viajes menores". Técnicamente, estas exploraciones fueron realizadas con *pocos barcos*, y ocasionaron los *primeros mapas* de las Indias –La Cosa, Lepe–. Sus miembros fueron frecuentemente *desconocidos* pilotos, algunos *extranjeros*, que no obtuvieron beneficio económico, salvo en el caso de Pero Alonso Niño.

E) VIAJE DE BASTIDAS.–Dentro de estas mismas notas entran otras

expediciones más (*), de dos de las cuales daremos más amplia noticia: del *viaje de Rodrigo de Bastidas* (1501-1502), testimoniado por *Las Casas*, y del de *Vélez de Mendoza*. Bastidas era un *vecino* del barrio sevillano de *Triana*, que capitula descubrir tierras *no vistas por Colón o Cristóbal Guerra* (15 de junio de 1500). Con *Juan de la Cosa, Vasco Núñez de Balboa y Andrés Morales*, como compañeros, Bastidas se hace a la mar siguiento el trazo del *tercer viaje colombino*. Avistan la *isla Guadalupe*, desde la que orzan hasta dar con las costas continentales. Alejándose de la zona colombina y de Cristóbal Guerra, ponen proas hacia la *península de Goajira*. Costean la ribera venezolana. Ojeda, como sabemos, había llegado hasta la altura del *cabo de la Vela;* pero Bastidas continuó más allá, y fondeó en *Puerto Escribano o Retrete*, después de haber descubierto el *río de la Hacha*, el futuro asiento de *Santa Marta*, el *río Magdalena*, la *bahía de Cartagena* y el *golfo de Darién*. Como la *broma* había transformado los navíos en unas cribas, y no los dejaba navegar, decidieron dirigirse hacia Jamaica, donde tomaron refrescos que les permitieron llegar a la Española, gobernada por *Bobadilla*. Por confusión explicable, hay quienes estiman que un futuro Deán de Santo Domingo y Obispo de Puerto Rico, llamado Rodrigo de Bastidas, es este mismo navegante. No es así; es su hijo.

(*) A las exploraciones hechas en el Caribe y norte brasileño, que constituyen los cuatro clásicos viajes andaluces, se les puede añadir estos otros viajes:

Vicente Yáñez Pinzón, Juan Díaz de Solís, Vespucio, 1497-8. Dudoso.

Segundo viaje de Cristóbal Guerra, 1500-1. Hay pocos testimonios de esta expedición. Asociado a su hermano Luis, zarpa siguiendo los alisios y va a parar a la Margarita, donde rescata perlas a la fuerza. En noviembre de 1501 estaba en España.

Rodrigo de Bastidas y Juan de la Cosa, 1501-2.

Segundo y tercer viaje de Ojeda, 1502. Sale de Cádiz en enero, se detiene en Canarias y Cabo Verde, donde saquean algunos barcos lusos y cometen otros desafueros. Van a Paria, siguen hacia Margarita, Curazao y Coquibacoa con ánimos de fundar. A veinticinco millas del cabo de la Vela fundan una localidad que llaman *Santa Cruz*. Antes Ojeda había enviado la nao *Granada* a Jamaica para buscar alimentos. La situación difícil de los expedicionarios fue aliviada con el retorno de la *Granada*, pero los indios atacaban y los navíos eran acribillados por la "broma". Los ánimos se excitaron de tal modo, que Ojeda fue apresado por sus hombres y, tras destruir lo hecho en Santa Cruz, lo llevan a la Española.

El tercer viaje de Ojeda se limitó a la costa norteña de Suramérica, como los otros, alcanzando, tal vez, el golfo de Urabá.

Tercer viaje de Cristóbal Guerra, 1504. Hay pocos datos sobre él; tuvo realidad, y el nauta expresó sus deseos de ir sobre la costa de las perlas a rescatar.

Tercer viaje de Vicente Yáñez Pinzón, 1505-7. Viaje ya que entra en los proyectos estatales para buscar el paso e ir sobre la especiería.

Hay que hacer notar que ha sido muy poco lo que se ha investigado en el Archivo de Indias para esclarecer la historia y trascendencia de estas expediciones andaluzas.

F) VIAJE DE VÉLEZ DE MENDOZA.–Hay otro viaje ineludible de examinar, ya que sus actores tuvieron el mérito de navegar "hasta el término... que antes ni después el Almirante ni otra persona había llegado allí". Nos referimos a la expedición del Comendador Alonso Vélez de Mendoza, que, unido a los hermanos Guerra, preparan dos naves llamadas *Sancti Spiritus y San Cristóbal.* Acordada la capitulación o asiento con don Juan Rodríguez de Fonseca, se les exigió en ella no navegar por tierras descubiertas por Colón, Ojeda y Cristóbal Guerra, y, sobre todo, no hacerlo por la zona de Coquibacoa. Sin duda este veto obedece a las famosas "piedras verdes" (esmeraldas) que Ojeda halló y cuyo beneficio deseaba tenerlo la Corona directamente. Parece ser que un individuo de Baeza –Alonso de Córdoba– prestó cierto apoyo financiero y los barcos salieron de Sevilla a fines de agosto de 1500, condicionados a regresar a Cádiz. Igualmente se les exigió exhibición de mapas, para ser revisados por los oficiales reales, seguir el derrotero señalado sin inmiscuirse en las zonas que había descubierto Portugal y entregar al regreso la cuarta parte de las ganancias a la Corona. Los barcos tocaron en Canarias y Cabo Verde, arribando al Cabo de San Agustín, desde donde prosiguieron más al Sur, al revés que Diego de Lepe y Yáñez Pinzón, que desde este punto retornaron hacia el Caribe. Al cabo de diez meses regresaron, trayendo como cargamento de valor esclavos del Brasil. Ni Vélez de Mendoza ni Luis Guerra explotaron su descubrimiento, tal vez por las pocas ganancias obtenidas o quizá porque la arribada de Cabral constituía ya un obstáculo.

Los restantes viajes andaluces, hechos en torno a las Antillas, hemos de pasarlos por alto para no hacer farragoso el proceso descubridor. Interesan, de todos ellos: los cuatro primeros y los de Bastidas y Vélez de Mendoza, porque por su acción se descubrió el *Brasil*; se halló el *Orinoco, Amazonas y Magdalena,* y se recorrió *la costa de Suramérica,* desde más al sur del cabo de *San Agustín* hasta *Panamá.*

5. Exploraciones en Suramérica atlántica

Ya vimos cómo algunas de las expediciones descubridoras andaluzas tocaron en la costa brasileña más al sur del cabo de San Agustín. Son los precedentes del *viaje de Cabral,* que toma posesión del territorio brasileño y sienta la primera piedra de lo que será el gran *dominio* portugués del Brasil. El viaje de Cabral, a su vez, es el determinante

de otras expediciones hispanas que marchan hacia el Río de la Plata, y que por ser precedentes magallánicos veremos en el correspondiente apartado.

Las corrientes marinas no pueden faltar tampoco en estas exploraciones. De norte a sur del litoral brasileño se desplaza la *corriente surecuatorial*, que sólo desaparece al chocar en el *Río de la Plata* con la *corriente fría de las Malvinas*, procedente del Antártico. Pinzón, Lepe, Cabral y Vespucio fueron los primeros en andar por estas playas suramericanas. Los barcos europeos recorrían el litoral rumbo al Sur, en demanda de un paso. Aquel mundo multicolor brasileño les entusiasmó, y su entusiasmo quedó impreso en las crónicas de los marinos y en los diarios de curiosos, a lo *Pero Vaz de Caminha, Vespucio o Pigafetta*. La planicie costera brasileña no ofrece una configuración topográfica uniforme, aunque en general el paisaje está integrado por lomas irregulares que forman un paisaje escalonado. Desde el Norte –puerto de Fortaleza– comienza una línea de *arrecifes* que sigue hacia el Sur hasta el *puerto de Prado*. Este litoral fue el que Cabral denominó *Veracruz*. Los arrecifes citados favorecen mucho la formación de abrigos o puertos en la desembocadura de los ríos. Un *clima tropical* impera sobre esta costa, aunque a la altura del cabo Frío la división climatológica es patente. El nombre puesto a este accidente es muy significativo, ya que simboliza que en este punto los navegantes alcanzaron por vez primera los efectos de los ciclones meridionales. Américo Vespucio fue quizá el pionero en navegar hasta esta latitud, limitada por el *trópico de Capricornio*. El y los otros se admiraron de las costas cubiertas de *mattas costeiras*, y habitadas por *indios tupis*, cuya actitud hacia el europeo variaba según zonas. Los franceses (viaje de Jean Cousin en 1498) alegan haber llegado antes que Pinzón, Cabral y Vespucio a estas regiones, y haber tratado a estos indios, consumidores de *mandioca, maíz, frijoles y batatas*, primero que nadie; pero el inicial viaje que de ellos se conoce es posterior al lusitano, y sólo como curiosidad nos puede interesar.

El 24 de julio de 1503 salió de *Honfleur* el barco *L'Espoir*, al mando del capitán *Paulmier de Gonneville*, con rumbo a las Indias Occidentales; un huracán los arrastró hacia el Oeste, hacia un paraje que había sido llamado por los marinos galos *Port-au-Noir*. Hasta allí, y procedentes del Sur, volaban pájaros que retornaban, demostrando la existencia de una tierra en aquella dirección. El 5 de enero de 1504, los expedicionarios entraban por un "río casi como el Orne", en cuyas márgenes los indígenas daban la bienvenida. El día de Pascua, Paul-

mier de Gonneville tomaba posesión solemne de la tierra y erigía una cruz con los nombres del Papa, de Luis XII, del almirante Malet de Graville y de toda la tripulación. Un disco latino encerraba, bajo la forma de un cronograma, la fecha de la erección: *HI SaCra PaLMILVs PosVIt GoniVILLA BInotVs GreX SocIVs ParIter NeVstraqVe Progenles.* Sumando la M, las tres C, las tres L, una X, siete V y nueve I, resultaba 1504. El retorno de la expedición se hizo por las Indias Occidentales, siendo atacados por piratas cerca de Francia. El 5 de mayo chocaban con unas rocas y perdían la colección de objetos americanos y los dibujos que un tripulante había tomado. Ésta es la primera expedición francesa a Suramérica historiada, desconociéndose las que fueron anteriores a Cabral. El marino español Pinzón y el lusitano recalaron en el Brasil mucho antes que esta armadilla gala dirigida por Paulmier-Gonneville.

6. Los portugueses: Cabral (1500) y el descubrimiento del Brasil

Don Manuel de Portugal, según hicimos constar, anhelaba saber lo que Colón había descubierto, para lo cual envió tras su huella a *Duarte Pacheco Pereira,* gran navegante y cosmógrafo, que había intervenido en el *tratado de Tordesillas.*

Mientras Duarte Pacheco revelaba a su Rey la existencia de un continente, *Vasco de Gama* regresaba de su viaje a la India. Enterado don Manuel, por un lado, de la existencia de una *masa continental* hacia el *Suroeste,* y, por otro, del hallazgo de un *camino* marítimo que conectaba con la *especiería,* decidió continuar la empresa. Con toda urgencia fue organizada una armada de trece navíos, pertrechados ampliamente para colonizar, a cuyo frente iba el desconocido *Pedro Alvarez Cabral.*

De *Lisboa* salieron los navíos el *9 de marzo de 1500* rumbo a Cabo Verde, desde donde se desviaron hacia Occidente. La inclinación que dieron al rumbo les condujo al Brasil. ¿Fue una desviación casual? Algunos opinan que el tropezón no fue fortuito, sino tramado de antemano. Según estos autores, Portugal conocía ya el Brasil, manteniendo en secreto la noticia para no despertar ambiciones.

Los expedicionarios, dirigidos por Cabral, habían notado señales de tierra el 21 de abril, y avistaron ya netamente la costa el 22. Era un monte, al que llamaron *Pascual* por la festividad del día. Lo descubierto no ofrecía puerto seguro, por lo que derivaron más al Norte,

pudiendo ya el 26 decir misa en tierra. Los indígenas de la región se mostraron muy amables, y se mezclaron entre la tripulación sin temor. Una relación anónima, obra de un piloto de la armada, y la carta dirigida al Rey por un tripulante llamado *Pero Vaz de Caminha*, permiten seguir con todo lujo de detalles los incidentes de esta escala en el actual estado de *Bahía*. Caminha, "maestre de balança" en la Casa de la Moneda de Oporto, inicia la corriente de cronistas divulgadores de la realidad brasileña. Su escrito se estima como el acta oficial del nacimiento del Brasil, ameritada por su objetividad, densidad de datos, y amor a la verdad. El original se encuentra en el archivo de la Torre de Tombo (Lisboa) y sólo se conoció en 1817. Sin hermosear ni afear lo que ve, Caminha proporciona interesantes datos etnológicos y entrevé la posibilidad de cristianizar o europeizar a los indígenas, utilizando, incluso, para ello a los desterrados portugueses.

Una cruz fue alzada en el lugar donde habían estado por unos diez días, e inmediatamente las naves abandonaron la tierra que llamaron *Vera Cruz* (1 de mayo de 1500), y pusieron rumbo a la India gangética, emporio de la especiería. Tan *breve* fue la *estancia*, y tan corto el trecho de costa recorrido, que zarparon sin "saber si era ilha ou Terra Firme ainda que nos inclinamos –dice el testigo– a esta última opiniao". Resulta incomprensible la corta estancia en las costas brasileñas de las naves lusitanas. Ello parece darle la razón a los que estiman que Cabral se encontró con algo inesperado, pues si hubiera ido intencionadamente en busca del Brasil, hubiera puesto en juego la máquina civilizadora o colonizadora que llevaba a bordo. Con todo, se dio cuenta que el futuro Brasil –de *brasilo*, rojo de brasa, color de una madera autóctona– era algo importante, ya que despachó un barco a dar cuenta a su Monarca.

Respondiendo a las noticias enviadas por Cabral, don Manuel I remitió una expedición (1500) comandada por *Andrés Gonzálvez*, de la que no se tienen noticias. Al año salió otra, a cuyo regreso el Rey portugués entregó el monopolio del tráfico con el Brasil a una Compañía, de la que formaba parte *Fernando Noronha*. El Brasil, o Vera Cruz, comenzaba a interesar ya como *mercado de materias primas* y, especialmente, como *base* para singlar más al Sur y hallar por allí el camino de la especiería.

Otra gran expedición, determinada por la tónica del instante, y donde ya participa alguien que intuirá que están ante un nuevo continente, es la que en 1501-2 conduce *Gonzalo Coelho*. Con él iba *Américo Vespucio*, invitado por el rey don Manuel, pese a que algún mari-

no portugués gritó irritado por esta invitación: "Nao parece creivel que el Rey mandase buscar fora do reino un nautico para ir em uma excuadra sua a um paiz onde ja tinham ido e voltado navios seus governados por pilotos vassalos."

La figura de Vespucio originaba ya enojos "nacionalistas" en su época. Pero la distinción que don Manuel hace con Vespucio prueba también ya en su momento la fama que disfrutaba, pese a que el marino Aires de Casal consideraba increíble tal distinción honorífica.

Este viaje portugués, en el que va Vespucio, lo veremos en el próximo apartado, dedicado a la figura del ilustre florentino.

7. Vespucio navega bajo el pabellón de Castilla (1499-1500)

A base de las tres cartas tenidas por auténticas se pueden reconstruir los dos viajes de Américo Vespucio, al servicio de España y Portugal, que se han tenido por ciertos (*). Vespucio está en España ya en el año de 1492, "per tractare mercantie". Había nacido en la renacentista Florencia en marzo de 1451 ó 1453, teniendo por padre al notario *Anastasio Vespucci.* Américo, al contrario que Colón, es un hombre que pertenece por entero a su tiempo, es amigo de escritores como Luigi Pulci y Angelo Poliziano; vive en el principado de Lorenzo el Magnífico, cuyo centro llega a ser su prima Simonetta Vespucio, la rubia *Primavera* del conocido cuadro boticelliano; en una palabra, es un hombre renacentista, cargado de curiosidad. Al contrario que Colón, Américo es un hombre de tierra adentro, que sólo en edad madura comienza a interesarse por las cosas de los navegantes. De aquella Florencia en cuyo ambiente flotaba y se discutía el tema de las tierras no descubiertas, pasa Vespucio a Francia en compañía de otros parientes

---

(*) Los documentos sobre los viajes de Vespucio son los siguientes:

1. Mundus Novus, carta a Lorenzo di Pier Francesco de Medici, contando un tercer viaje bajo pabellón lusitano.
2. *Lettera di Amerigo Vespucci delle isole...*, fechada en Lisboa a 4-IX-1504, y dirigida a Piero Soderini. Se le conoce con el nombre Cuattro Viaggi.
3. *Lettera*, del 8 o 18-VII-1500, escrita en Sevilla y dirigida a L.P.F. de Medici, contando el primero y segundo viaje al servicio de España como uno solo.
4. *Lettera*, escrita en cabo Verde a 4-VI-1501, dirigida a L.P.F. de Medici, narrándole un tercer viaje.
5. *Lettera*, al mismo L.P.F., y continuación de la anterior, escrita en Lisboa en 1502.

Los dos primeros documentos son considerados como apócrifos por A. Magnaghi y otros historiadores.

Juan de la Cosa, *santanderino de Santoña, que acompañó a Colón en su primer viaje y en el segundo, aunque hay quienes suponen que son dos personas diferentes. El Juan de la Cosa cartógrafo estuvo no sólo con Colón en su segundo viaje, sino con Alonso de Ojeda y Américo Vespucio en 1499. Al regresar dibujó su famoso mapa en el Puerto de Santa María (1500).*

en 1480. Al servicio de los conocidos comerciantes *Lorenzo y Juan de Médicis,* entra Américo en contacto con España cuando aquéllos huyen de Florencia por altercados con *Lorenzo el Magnífico.* Va a radicarse en *Sevilla,* capital del Nuevo Mundo, donde se pone al servicio de otro mercader, *Juan Berardi,* y donde demostrará que era "elocuente y latino", al decir de Las Casas. En Sevilla, Vespucio comienza a alimentar la idea de marchar a las Indias, recién descubiertas. Su patrón Berardi está encargado de preparar una expedición a ellas, y en esta tarea se muere. Américo Vespucio actúa como *albacea* del difunto, y termina de equipar la expedición. Por entonces, los Reyes Católicos han autorizado las expediciones particulares al Nuevo Mundo, dando con ello la oportunidad a Vespucio. "Sabrá, dice éste a Soderini, cómo el motivo de mi venida a este reino de España fue para negociar mercancías y cómo seguí este propósito cerca de cuatro años, durante los cuales vi y conocí distintas vicisitudes de la fortuna, que mudaba estos bienes caducos y transitorios... Así, conocido el continuo trabajo que el hombre pone en conquistar estos bienes, sometiéndose a tantas incomodidades y peligros decidí abandonar el comercio y poner mi propósito en cosas más laudables y firmes. Me dispuse a ir y ver parte del mundo y sus maravillas. Esto se me ofreció en tiempo y lugar muy importunos, pues el rey don Fernando de Castilla, teniendo que mandar cuatro naves a descubrir tierras nuevas hacia Occidente, fui elegido por su Alteza para que fuese en esa flota para ayudar a descubrir. Partimos de Cádiz el día 10 de mayo de 1497..."

De este modo comienza la actividad marinera de Vespucio, en 1497; pero este viaje es tenido por falso, por lo que pasaremos al que, según los que sólo aceptan dos viajes, fue el primero. Fue éste el que ya vimos como *primer viaje andaluz clásico –Ojeda, La Cosa y Vespucio* (1499-1500)–, que recorrió la costa norte de Suramérica, dibujada por vez primera en el mapa de La Cosa (1500) y en el que Vespucio va como subordinado de Ojeda.

8. Vespucio bajo el pabellón lusitano (1501-1502)

Después de la expedición de 1499-1500, Vespucio se enroló en la que *Diego de Lepe* preparaba; pero éste murió en Portugal y el florentino quedó libre. Encariñado con el plan de Lepe, aceptó la propuesta lusitana para marchar a las Indias bajo el pabellón portugués. El *segundo viaje* del florentino –tercero para los que dan como válido el

de 1497– le coloca entre los grandes *nautas* descubridores. El primer viaje (1499-1500) había sido una de las expediciones que sigue las ideas del Almirante; pero en este de ahora Vespucio navega por el Atlántico Sur considerando lo visto como la *Quarta Pars* de la ecúmene. El viaje se desarrolló durante dieciséis meses a bordo de tres naves. Aproaron hacia el Sur, en mayo de 1501, pasando frente a las *Canarias sin detenerse.* A principios de agosto dieron con tierra firme, que seguramente corresponde a la zona entre *Ceará* y *Río Grande del Norte.* Luego fueron costeando, salpicando la costa de toponímicos: *San Roque, San Agustín...* Buscaban un "estrecho en aquella costa de San Agustín, por do ir a las Molucas". Vespucio realiza una serie de anotaciones y estudios antropológicos y costumbristas. Parte de sus observaciones concuerdan con las que hace más tarde el alemán *Hans Stadem.* La antigua geografía costera conocida, de *Ceará* a *Río Frío,* es superada en esta ocasión. Por primera vez se visita la costa de *Sao Paulo;* una tierra cubierta de exhuberantes selvas lluviosas, poblada por plantas epifitas, que dan un tono tropical a la flora. En medio de ellas no se ven ya indios *tupís,* sino *guaraníes,* que se concentran en grandes aldeas, cultivando el maíz y practicando la caza y la pesca. Pocas dificultades van a ofrecer estos indios a los colonizadores, aunque algunos grupos de ellos den bárbara cuenta de atrevidos marinos que seguirán a Vespucio.

Más al sur de la costa paulista, el litoral seguía siendo de *bosque húmedo,* perennifolio, *menos rico en especies,* pero semejante al bosque lluvioso tropical que los descubridores habían dejado atrás. Las naves abandonaron este escenario, donde se veían *tupís-guaraníes,* y llegaron hasta el litoral de *Río Grande do Sul,* donde el paisaje limitaba ya con la *pampa,* nuevo horizonte geográfico. El habitat rioplatense era estepario, con escasos animales y míseros indios. Los expedicionarios habían ya perdido de vista a la *Osa Mayor* y estaban ante la *Cruz del Sur.*

No se sabe cuándo, y desde dónde, inició la expedición el retorno. Tal vez en abril y sin haber alcanzado el Río de la Plata. En ese caso sintieron las violentas tormentas del otoño. En conclusión, expresa el mismo Vespucio, "he ido a la parte de las antípodas, que por mi navegación es la cuarta parte del mundo..." "...Conocimos que aquella tierra no era isla, sino continente, porque se extiende, en larguísimas playas que no la circundan, y está llena de innumerables habitantes." El periplo reportó importantes descubrimientos y el convencimiento de la *unidad continental.* Aparte de eso, Vespucio, al observar cómo la

costa, desde la línea equinoccial, iba alejándose con inclinación sur suroeste, dedujo que al final de esta masa debía existir un paso. Descubrimiento o idea que expresa en su supuesto falso *Mundus Novus.*

En su experiencia con Ojeda y La Cosa (1499-1500) el nauta florentino había considerado la *tierra firme* como parte del confín de *Asia* por el lado de Oriente y el principio alcanzado por la parte de Occidente. Pero en el segundo viaje, en este de ahora. Vespucio como Colón en mayo de 1498, admiten que el Nuevo Mundo es una *masa continental nueva,* distinta a Asia, en cuyo *extremo sur* debe existir un *paso.* Es ahora cuando la expresión *Nuevo Mundo* adquiere toda su significación.

Al retorno de su viaje con los portugueses, Américo regresa a España, quizá por sugerencias de Juan de la Cosa, que estaba en Portugal. En Sevilla, el florentino hace amistad con Cristóbal Colón, y palpa el problema de la especiería, que está al rojo. Vespucio, como veremos, comparece en la Junta de Toro de 1505 en compañía de Vicente Yáñez.

El "caso Vespucio" constituye un hito en el proceso descubridor. Hay un *problema de fuentes,* cuya dilucidación traerá aneja la solución que está demandando el *problema de sus viajes.* ¿Se aceptan todas las fuentes? ¿Se admiten sus cuatro expediciones?

En los *dos viajes ciertos* realizados por el florentino a las órdenes de España y Portugal, ¿recorre las costas del continente desde el *cabo de la Vela* hasta más al sur del *Río de la Plata*? El trazado de este perfil terrestre figura por primera vez en una carta dibujada por Contarini, publicada por el grabador *Roselli* en 1506.

La gloria y personalidad de Américo Vespucio sufre desde su época ataques y defensas que tornan nebulosa su posición en el cuadro de los descubrimientos. En el siglo XVI aparecen los motivos para enaltecerlo o hundirlo. Durante el XVII, su papel queda recortado y se sumerge en el descrédito. El XVIII lo rehabilita. Y en el XX la pugna se enciende con virulencia, sin que ninguna actitud aporte pruebas rotundas y convincentes sobre sus escritos y conocimientos.

9. El «Alto Viaje» de Cristóbal Colón (1502-1504)

Colón tenía cincuenta y ún años; estaba enfermo de artritis, y en los ojos había sufrido una afección. Con todos sus males físicos y preocupaciones espirituales, persistía en navegar y gestionaba la subven-

ción necesaria. Los Reyes le oyeron una vez más, y le concedieron el socorro para su cuarto y último viaje. Fueron reconocidos sus privilegios para sí y sus sucesores, aunque por el momento no podía ejercer ninguna de sus funciones y se le prohibía ir a Santo Domingo. Rápidamente preparó cuatro barcos, similares a los del primer viaje, quizá como indica Las Casas, porque en el tercero había notado que "los navíos que traían eran grandes para descubrir", y él los necesitaba más pequeños. Quería descubrir. Descubrir por el Caribe occidental, donde debía quedar algo sensacional, pues ni Ojeda, ni Bastidas o Niño habían llegado hasta allí. Nadie tampoco había vuelto a Cuba desde que él estuvo en 1494. Colón creía que Cuba era la provincia china de Mangi y el extremo occidental del Quersoneso Aureo. Entre la isla de Pinos y la costa del golfo de Darien, el punto hasta donde habían llegado los marinos de los Viajes Andaluces, quedaba un enorme golfo por descubrir, y en el que el Almirante situaba el pasaje que llevaría a la India Oriental.

En unas completas instrucciones los Reyes le ordenaban:

1. Debía descubrir "las islas e tierra firme que son en las Indias en la parte que cabe a Nos"; es decir, tras la línea de Tordesillas.
2. Debía tratar al personal que llevase "como a personas que van a servir en semejante jornada".
3. No debía de traer esclavos, y debía informar de la naturaleza de los indios y de sus tierras.
4. Debía prestar atención a las riquezas de las tierras y no permitir se practicasen rescates privados.

Personalmente, su gran designio consistía en la búsqueda del paso que situaba por el istmo de Panamá.

Los últimos días pasados en tierra los dedicó a completar y sacar copias del *Libro de los privilegios,* del cual envió ejemplares al Banco de San Jorge, de Génova, y a su hijo Diego. Después dio principio a lo que él mismo denominó *Alto Viaje* (1502).

Desde Gran Canaria escribió al fraile Gorricio: "El vendabal me detuvo en Cádiz fasta que los moros cercaron a Arcila", a cuyo socorro acudió, encontrándose que la morisca chusma había ya levantado el sitio. Los portugueses agradecieron el gesto del Almirante, que tenía aún tiempo para acudir en auxilio de cristianos.

El esquema del cuarto viaje es bien sencillo: Santo Domingo, Veragua, Cuba y Jamaica. Lo que sucede en la travesía y escalas tiene un enorme interés por lo variado y espectacular. Colón no debía fondear

en Santo Domingo; pero fue porque necesitaba hacer algunas reparaciones en sus barcos (29 de junio). Se encontró con la negativa de Ovando, y con una flota dispuesta para zarpar, en la que no iban, como se ha dicho, Torres y Bobadilla, pero sí otros enviados por el Gobernador a España. El Almirante hizo saber que la flota no debía levar anclas porque se avecinaba un fortísimo ciclón, observado por él en el oleaje tranquilo del Sureste, en la marea anormal, en los cirros cubiertos en la capa superior del aire y hasta en las punzadas de su artritismo. No le hicieron caso, y la enorme flota, con cuantiosas riquezas, se alejó por el Paso de la Mona para hundirse en el extremo oriental de la Española, bajo el azote de un terrible *huracán*. Entonces aprendieron los españoles muy bien el significado de esta palabra antillana. Como Verlinden y Pérez-Embid sintetizan muy bien: "Colón dudó al principio sobre la dirección a seguir. ¿Convenía poner proa al Este o al Oeste? Se decidió por la primera".

El 14 de agosto tomó posesión de la costa de Honduras en nombre de sus Soberanos. Numerosos indios, emparentados con los Mayas del Yucatán que los españoles aprenderían a conocer mucho más tarde, asistían a la ceremonia. Su significación, ni que decir tiene, se les escapaba. Seguidamente la escuadra siguió por la costa, día tras día, bajo la lluvia, los relámpagos y los truenos. Los tripulantes estaban agotados, y los hombres se arrepentían de sus pecados en voz alta. Allí no había descanso: era preciso mantenerse alejados en todo momento de la costa, sobre la cual se corría el riesgo constante de estrellarse.

La tempestad duró veintiocho días y durante ellos la flota no hizo más que 170 millas. Se necesitaban cuatro hombres al timón para controlar los barcos. Si Colón hubiese seguido de largo, todo hubiera resultado fácil. Pero él había venido para buscar el estrecho y se mantuvo en su empeño, aunque llegó a estar muy enfermo.

Por fin llegaron al cabo en el que la costa de Honduras tuerce hacia el sur. El viento se calmó y la navegación pasó a ser más cómoda. Se perdieron, sin embargo, dos hombres en un paraje al que Colón llamó río de los Desastres. El 25 de septiembre estaban en la isla de La Huerta, en la costa actual de Costa Rica. Allí tomaron contacto, una vez más, con los indígenas. Colón los tomó por los "masaguetas", de los cuales hablaba uno de sus libros de cabecera. De hecho, no había ya masaguetas desde hacía siglos, y los que en otro tiempo habían existido eran asiáticos. Un poco más lejos, los indios declararon que su tierra se llamaba Quirequetana. Colón, cuyo sentido filológico era más harto fantástico, hizo de ello Ciampa, ¡la Cochinchina de Marco

Polo! Es verdad que allí él consiguió oro fino, que cambió por baratijas de latón, pero el estrecho permanecía inasequible.

En contrapartida, Colón se enteró de que estaba recorriendo un istmo que separaba al Atlántico de otro mar Océano, lo cual era verdad. De ello dedujo, evidentemente, que él iba a encontrar un paso, y decidió continuar la búsqueda. Le dijeron entonces que el país ribereño del otro mar se llamaba Ciguare, y fue ahora esta palabra la que él creyó equivalente a Ciampa, a la Cochinchina. En adelante se contentó con aquel extraño paralelismo, renunció a buscar el estrecho y se interesó exclusivamente en el oro. ¿Qué había sucedido en su espíritu? No se sabrá jamás. Queda en pie solamente que ninguna relación del cuarto viaje vuelve a hablar del Estrecho después del episodio de Ciguare. Quizá Colón quiso hacer posible un quinto viaje, comprando el favor de los Soberanos a precio de oro. Pero tal viaje no tuvo lugar: la muerte se llevó al Almirante sin que hubiese tenido tiempo de emprenderlo.

El 17 de octubre de 1502 Colón alcanzó el territorio de Veragua, de la cual su nieto iba a ser duque en 1536, título que sus descendientes llevan desde entonces. Iba a permanecer allí más de tres meses, a causa del mal tiempo.

Después de haber navegado a lo largo de la costa en medio de las mayores dificultades, el 2 de noviembre entró en el puerto natural de Puerto Bello y encontró allí un refugio. El paraje debía convertirse más adelante en el punto de partida (Portobelo) de la pista para atravesar el istmo de Panamá y sede de la feria donde las riquezas del Perú eran adquiridas por los mercaderes que traían las flotas de España.

Habiéndose calmado un poco el tiempo, Colón, el 9 de noviembre, volvió a emprender el recorido por el litoral. El 26 entró en un pequeño puerto, al que llamó del Retrete. Los indios se mostraron bastante hostiles, lo cual es comprensible, pues los tripulantes visitaron sus poblados, interesándose por las mujeres un poco más de la cuenta... El tiempo, empero, era espantoso, y se pasó un mes en idas y venidas igualmente temerarias. Los peligros eran continuos: el agua, el viento, los relámpagos, todo estaba desencadenado. La costa no era más que un largo arrecife anegado bajo la furia del mar y de los torrentes que caían sin cesar de un cielo negro. No había refugio posible en ninguna parte, ni en la tierra, ni en el agua. Durante un momento estuvieron en el centro incluso del tornado; una tromba daba vueltas como un gigantesco embudo en torno a los navíos. Colón la ahuyentó, Biblia en

mano, trazando con su espada una gran cruz en el aire y un círculo todo alrededor de su escuadra. ¿Comenzaba a creer él mismo en sus poderes sobrenaturales? Sea de ello lo que fuere: vinieron dos días de calma. Pero los navíos se encontraban rodeados por verdaderos bancos de tiburones. Decididamente, el oro de Veragua ¡estaba protegido por la Naturaleza entera!

Las raciones eran tan escasas que los hombres reunieron sus últimas fuerzas para arponear a derecha e izquierda y para izar a bordo trozos sanguinolentos de carne de tiburón, que la calma permitió cocer. Se rehicieron un tanto, devorando aquel festín innoble, mientras que los barcos ponían tirantes sus velas en medio de unas aguas ensangrentadas, centelleantes de aletas dorsales que se agitaban en medio de monstruos mutilados y agonizantes. Una bulimia terrible se apoderó de la tripulación, demacrada y deshecha por semanas de inauditos esfuerzos bajo los torrentes de agua. El bizcocho estaba podrido; pero con él se hacían gachas, que se engullían por la noche para no ver los gusanos.

Después el temporal comenzó de nuevo. En los primeros días de 1503 los navíos se refugiaron en una ensenada, en el trozo más estrecho del istmo de Panamá. Algunas millas les separaban del Pacífico, pero ellos yacían allí como animales heridos, que se lamían las heridas después de un combate terrible. Nadie tenía fuerzas para interrogar a los indígenas, y menos todavía para emprender una marcha, por corta que fuese, a través de la jungla. Tendrían que pasar aún diez años antes de que Balboa descubra el Pacífico. La flota halló por vez primera caimanes que esparcían "un olor tan suave –recuerda Hernando– que parece del mejor almizcle del mundo". El Almirante decidió retroceder a Veragua, y así, el 6 de enero de 1503 echaban anclas en la boca de un río que llamaron *Belén*. Por primera vez, Colón determina alzar una fundación, a la que llama *Santa María de Belén*. Con maderas y hojas de palma levantaron en un montecillo que dominaba la salida del río un pago precario, porque cuando comprobaron la hostilidad de los indios y su gran número decidieron abandonarlo. La noche de Pascua Florida de 1503 los barcos se hicieron a la vela desde Belén con intenciones de recalar en Santo Domingo. Desandaron lo que habían recorrido anteriormente visitando de nuevo Puerto Bello, Bastimentos, Escribano y *Punta de Mosquitos*, extremidad desde la que emproaron hacia Cuba. Colón calló el nombre de Cuba y empleó el de *Tierra de Mago*, cercana al Catay, con el fin de que nadie se enterase de su ruta. Tiene empeño en dejar en oscuridad su itinerario, y por eso el

mismo Las Casas, al no entender su prosa enrevesada, exclama: "Esta algarabía no entiendo yo". Mas no sólo pretende ocultar su ruta, sino que se empeña como un loco en demostrar que Cuba no es una isla cuando ya en Europa circulaban mapas donde consta su insularidad. Cuba quedó atrás. Los barcos marchaban "a gatas", dice él mismo, convertidos en unas auténticas cribas debido a la *broma*. La flota la integraban sólo tres barcos, que se movían por el Jardín de la Reina con mucha dificultad. Los vientos eran contrarios a la ruta de Santo Domingo, y por más que hicieron lo imposible por alcanzar la isla, tuvieron que fondear en el norte de Jamaica. El 25 de junio arribaron a *Santa Gloria* –hoy Saint Ann Bay–, donde convirtieron las carabelas en pontones flotantes y se dedicaron a esperar un auxilio exterior. Difícilmente podría pasar por el horizonte una vela; no era ruta del momento aquélla. La psicología de Colón atormentada por sus malestares físicos, que le tienen casi postrado, se muestra al desnudo en las cartas que redacta estos días de duda, inquietud, temor y esperanza. Los indios, que les han venido ayudando, comienzan a alejarse y a no prestarles ayuda. Dentro mismo de la hueste hispana se va notando un malestar que amenaza explotar violentamente. La única solución para conjurar lo crítico del instante está en que alguien se embarque en una canoa indígena y llegue a Santo Domingo en busca de auxilios. Diego Méndez, uno de los fieles de Colón; el italiano Bartolomé Fieschi, y algunos más, con remeros indígenas, se metieron en una canoa arreglada para la travesía y cumplieron su objetivo. Pero en Santo Domingo, Ovando no estaba muy dispuesto a prestar con rapidez los apoyos demandados, y sobre los náufragos de Santa Gloria pasa el verano y el invierno en medio de un desasosiego que degeneró en franca rebelión. De los cien expedicionarios que restaban, unos cuarenta y ocho se unieron a Francisco y Diego Porras, dos hermanos enrolados en el viaje por el gran tesorero de Castilla don Alonso de Morales, que capitaneaban una rebelión contra el Almirante. La Navidad de 1504 fue de lo más triste que imaginar cabe para el Almirante, que yacía en cama baldado por la artritis. Mientras, en el mar sin novedad, Colón pudo atraerse un poco a los indígenas, prediciéndoles un eclipse de Luna, y hacer frente a una segunda conspiración que acaudilló un boticario valenciano llamado Bernal. En plena gestación, la intentona se vio cortada por la llegada de un carabelón enviado por el gobernador de la Española. Los refuerzos dieron el necesario optimismo para esperar la arribada de otro barco y rechazar un ataque de los Porras, que, derrotados, solicitaron el perdón del Almirante. El 29 de junio de 1504 los supervivientes

pudieron alejarse de Jamaica, después de permanecer en ella un año y cinco días.

En noviembre de 1504 el Almirante terminaba la odisea del *Alto viaje* en las playas españolas. Pocos días después moría la reina Isabel, la que siempre fue su protectora. La vida de Colón marino y descubridor había terminado ya, aunque la otra vida tardara aún dos años en apagarse (20 de mayo de 1506).

10. La problemática de las exploraciones

Con buena dosis de razón escribió Jaime Cortesano que la Historia de los Descubrimientos está llena de misterios adredes y preparados. Consideramos a estas alturas de las exploraciones americanas que el lector ha podido ir recopilando una serie de incógnitas pendientes de solución: el posible predescubrimiento, el posible hallazgo de Suramérica por Colón durante su segundo viaje, el descubrimiento del Brasil por Pinzón antes que Cabral, la falta de intencionalidad descubridora (con relación al Brasil) de Cabral, el conocimiento que tenían los lusitanos de la existencia de un continente austral, el bojeo de Cuba antes de 1500, la falsedad de parte de los escritos de Vespucio, y, por lo mismo, la duda a aceptar sus viajes tal como los narran muchos estudiosos, las teorías de Colón sobre Cuba y Paria, la asiaticidad o no asiaticidad de las tierras encontradas en las concepciones de Colón y Vespucio, la existencia de un paso al norte, centro o sur... Veamos algo de lo que más preocupa.

Dos incógnitas se plantean si damos por falso el viaje de Pinzón, Solís y Vespucio (1497-1498):

1. Posibilidad de explorar el *canal de Yucatán* y golfo de *Méjico* hasta Florida.

2. Existencia de un *paso*, según plantea *Vespucio* en su viaje de 1501, y al que dará solución Magallanes.

Si los barcos no penetraron en el golfo de Méjico –primer problema– ni cruzaron por el canal de Yucatán, no se explican estas tres interrogantes:

A) La *insularidad de Cuba*, expresada por Juan de la Cosa en su mapa. ¿Cuándo la supo? Hay quienes piensan que el cartógrafo retocó su mapa después de 1500, pero esto no es cierto.

B) La insularidad de Cuba y el *extremo de Yucatán o Florida*, trazado por Caverio y Cantino en sus mapas (1502).

C) El hecho de que Colón en su *cuarto viaje* no siguiera *más al norte de Honduras*. ¿Sabía que no existía por allí el paso?

Estos hechos parecen demostrar que se sabía que *Cuba era una isla* y que al *norte de Yucatán no había paso* alguno. Y si se sabía, sólo admitiendo los viajes de Pinzón, Solís y Vespucio u otros tendremos la explicación de este conocimiento.

Los mapas de Cantino (1502), Stobnicza (1513) y Ptolomeo (1513) presentan, aunque no muy fielmente, la carta total del Golfo. ¿Quién facilitó las noticias? Tan sólo pudo ser el viaje, dado por falso, de Pinzón-Solís-Vespucio, en 1497 u otro. O, más aceptable, y según Barreiro, hay un error de dibujantes al plasmar el segundo viaje colombino creyendo que éste salió de Cuba (Isabela) en lugar de la ciudad de Isabela en La Española y llegó a Florida (Cabo Fin de Abril) en lugar de a Cuba, que era donde realmente había arribado. A ello se debería el conocimiento de la Florida y de la insularidad de Cuba; pero las noticias documentales del momento no dicen más de lo sabido. Bien es verdad que tanto sobre esta época como sobre Colón los *Pleitos colombinos* procurarán muchas sorpresas el día que se investiguen a fondo.

El final del cuarto viaje colombino, junto con la expedición de Vespucio de 1501-1502, facilitan también la solución a una problemática geográfica, relacionada con lo que venimos diciendo y que arranca del segundo viaje de Colón. Entonces, según recordamos, el Almirante se empeñó que Cuba era el Quersoneso Aureo. Colón, con respecto a esto, defiende la idea de la península única. Pero ya vimos cómo los viajes a partir de 1497 (¿viaje de Solís-Vespucio, de 1497-1498?) evidencian que al poniente de Cuba hay tierra firme. Colón, sin embargo, sigue con su idea de que Cuba es una parte de Asia. Esta opinión va a dejar de tener importancia dentro del cuadro general de la problemática que se va planteando.

La cuestión ahora es la de hallar el paso al sur del Quersoneso –el que usó Marco Polo–, que lleva del Atlántico al Indico. Es lo que Colón pretenderá encontrar en el tercer viaje. Vimos cómo al llegar a Paria, no sólo lanza la idea, prontamente olvidada, del hallazgo del Paraíso, sino que estima ha encontrado una masa continental y ésta es distinta a la asiática. Es un nuevo continente situado al sur del Quersoneso. Estas noticias, y otras, movilizaron a los hombres que realizaron los viajes andaluces, reveladores de la existencia de un extenso litoral. Esto reforzaba la idea sobre el continente austral. Claro que también podía tratarse de la gran península que cobijaba al Quersoneso Aureo en caso de aceptarse la tesis de la península adicional. En tal

supuesto no existía el continente austral, independiente de Asia. La duda la resolvió el viaje de Colón en 1502 y el de Vespucio de 1501-1502, con los portugueses. Vespucio salió a reconocer el litoral divisado por los Viajes Andaluces y a proseguir más al Sur, con el fin de encontrar el paso que le llevara al Indico, a la India, para retornar a Lisboa por el Cabo de Buena Esperanza. Colón iba con semejante propósito; pero buscaba el paso al norte de la masa que halló en el tercer viaje (Paria). Entre Paria y Cuba. El Almirante, retorna con la idea de que el Norte y el Sur están unidos, que no hay paso. Colón salió a demostrar que existía un continente austral desconocido y un paso entre él y Asia, y regresó creyendo que todo era Asia (mapa de Bartolomé Colón). Vespucio salió tal vez estimando que todo era Asia y regresó con la idea de un continente austral, un *mundus novus*, que desde unos 10 grados al sur del ecuador se alejaba con inflexión sur-suroeste sin cesar, presintiendo también un paso.

A partir de todos estos viajes cambian las concepciones geográficas impuestas un tanto por Colón. El ámbito indiano no es un gran *arco cóncavo*, como lo expresa Juan de la Cosa, y contra cuyo fondo se estrellan los barcos sin hallar salida hacia el Oeste. Las Indias son *un nuevo continente*, en cuyo extremo sur *Vespucio* presiente el paso. La Corona presta ya más atención al Nuevo Mundo. Ir hasta él no va a seguir siendo empresa particular de unos visionarios marinos andaluces. El *centro histórico* se desplaza a *Sevilla*, ciudad interior resguardada de futuros ataque marineros. La Monarquía Católica recaba para sí la *dirección de la empresa*, puesta en manos de unos pobres marinos del Sur. Para ello, se organiza en Sevilla la *Casa de la Contratación*, organismo que va a controlar todas las *relaciones* con las Indias. América ha rebotado ya y se ha transformado en una serie de preocupaciones para el Gobierno. Es inadmisible que continúe en manos de unos incontrolados particulares su conquista. Y en cuanto al flamante Visorrey y primer Almirante, Colón, se hace preciso recortarle atribuciones. No se puede seguir permitiendo estos viajes hechos por un puñado de hombres, abordo de barcos que no sobrepasan las 30 ó 40 toneladas, y cuyo único afán es comerciar, enriquecerse a costa de guaninés, perlas o palo tintóreo. Porque estos primeros viajes se efectúan bajo este impulso mercantilista; el interés geográfico viene luego, cuando se han planteado por estos hombres los grandes problemas geográficos. Pero fue un planteamiento inconsciente. Buscando riquezas que les elevara en su condición social de oscuros marinos andaluces, encontraron extrañas y nuevas geografías.

11. El nuevo mundo y el nombre de América

La idea de *otro mundo* era algo vieja, respondía a la necesidad sentida de continuo. Necesidad del hombre por evadirse de su *habitat* físico, necesidad de saber que al morir se iba a *otro mundo.* Ese otro mundo casi siempre se ha situado hacia el Oeste, existiendo junto con diversos caminos para alcanzarlo, diversos obstáculos para impedirlo. El *Avesta* persa habla del mar Pûitika en Occidente y del mar Vouro-Kasha, donde nace el árbol Gaokerena, que produce el blanco haoma, alimento de inmortalidad. En la epopeya babilónica del "Gilgamés" el héroe viaja a través de las aguas de la muerte, que se indican quedan hacia el SE, para llegar a los campos de los bienaventurados. Casi siempre éstos los constituyen un jardín con ciertos elementos constantes: ríos, pájaros, árboles cargados de frutos preciosos... Pensemos en el *Génesis,* que ha tenido más influencia en Occidente, y en San Borondón y en Colón...

Entre los griegos y latinos también es frecuente encontrar la barrera acuática, aislando los Campos Elíseos, Islas de los Bienaventurados, o Jardín de las Hespérides. Homero, en la *Odisea,* Hesiodo, Plutarco, Luciano y otros hablan de las Hespérides, de la Isla Ogigia, de las Afortunadas. La Atlántida, en el *Critias* de Platón es el modelo de numerosas utopías y de esos otros mundos hacia Occidente.

Los celtas también poseen sus ideas sobre el otro mundo y en ellos encontramos también la existencia de las Islas de los Bienaventurados. El otro mundo de los celtas estaba con frecuencia hacia Occidente y a veces tomaba la forma de Islas de los Bienaventurados, o País tras la Niebla o País bajo las Olas. En la mitología germana la concepción de Islas de los Bienaventurados se nota tras la influencia celta. Sin embargo, se observa la existencia de un país de los muertos al otro lado del mar.

Si examinamos una carta de vientos y corrientes marinas del Atlántico percibimos enseguida cómo hay una especie de puente para cruzarlo. Los pueblos de la Antigüedad y los de la Edad Media, que lo sembraron de centenares de islas fantásticas, carecían de este conocimiento científico que hoy poseemos sobre los factores físicos del Atlántico, pero ellos imaginaron que al otro lado había tierras. Motivos físicos pudieron obligar al principio a pensar en ello: cuando se imaginaron a la tierra como un disco redondo rodeado por el Río Océano. Entonces se impuso creer que al otro lado de ese río existía una orilla, una tierra. Esta idea encajaba con la otra que suponía un

otro mundo de ultratumba hacia Poniente. Más tarde la idea de un mundo de ultratumba se separó de la concepción geográfica de *otro mundo*, de otro ecúmene o anecúmene si estaba despoblado.

La expresión, pues, de *otro mundo* no es nueva cuando se descubre América. Se ha acuñado ha tiempo y en la época de los viajes lusitanos por Africa un autor como Cadamosto usa esta expresión para referirse al Africa: *Nuevo Mundo.* Desde la Antigüedad el hombre había venido imaginando ese otro mundo. Quizá por una necesidad, repetimos, espiritual o tal vez por razones científicas el Universo era artísticamente simétrico. De acuerdo con esto, si los tres continentes conocidos (Europa, Asia y Africa o Libia) ocupaban menos de una cuarta parte del globo, era lógico que existiera otra masa para equilibrarla. Tal lo que hizo Crates de Mallo, Macrobio, Capella, Hiparco. Tolomeo, Platón, Séneca, Estrabón, Plutarco, Eratóstenes... En todos ellos rastreamos las noticias sobre la existencia de unas antípodas, de un gran litoral al sur del Indico, de una *Terra Australis*, de una tierra al Oeste, de la posibilidad de navegar hacia ella...

Colón hace realidad las teorías, da vida al *otro mundo*, al *Nuevo Mundo*, aunque para él no lo sea y ahí está su gran pecado: el minimizar la grandeza de su hecho. Y es entonces, albores del XVI, cuando vuelve de nuevo a hablarse de *Nuevo Mundo*, de *otro mundo.* El mismo Colón le dice a los Reyes: "Vuestras Altezas tienen acá otro mundo"; su hermano Bartolomé dibuja un famoso mapa donde une Asia al subcontinente sur y lo llama *Mondo Novo;* Pedro Mártir de Anglería dijo de aquellas tierras *Nova Terrarum, Novo Orbis y Orbe Novo;* Vespucio las llamó *Mundus Novus;* y Bartolomeo Marchioni, escribiendo a Florencia sobre el viaje de Cabral en 1501, dijo: "Este rey halló recientemente en este viaje un nuevo mundo..." ¿La frase se volvía a usar con el mismo sentido que Cadamosto? Unos sí, otros no, pues tenían conciencia de que realmente era un *Nuevo Mundo* al que así siguieron llamando, aunque por esos azares de la historia, quien menos se iba a pensar bautizaría sin consultar para nada al dador del nombre. Hagamos la historia de cómo ese *otro mundo* hallado por Colón, ese *Nuevo Mundo* denominado por muchos se iba a convertir en *América.*

Donde menos era de esperar, y por razones imprevistas, iba a surgir el nombre de AMERICA. En la Lorena, junto a los Vosgos, existía a principios del siglo XVI, en la localidad-monasterio de Saint Dié, un grupo de selectos sabios protegidos por el duque de Lorena, René II. Se agrupaban en una pequeña Academia, llamada *Gimnasio Vosgo.*

Aislada, y ávida de saberes, la Academia deseaba convertirse en el centro del mundo y en el foco irradiador de conocimientos más famosos. Los nombres, ocupaciones y personalidades de los reunidos en Saint Dié eran de lo más diverso: Vautrín Lud, canónigo y dueño de una imprenta; Jean Basin, vicario de la iglesia; Matías Ringmann, poeta y corrector de pruebas, y Martín Waldseemüller, clérigo aspirante a canónigo.

Del grupo partió la idea de publicar los *Ocho libros de la Geografía de Ptolomeo*, y de uno de los del grupo surgió el nombre de América para bautizar las tierras halladas por Cristóbal Colón.

Mientras llegaba el original griego de Ptolomeo, se fue preparando la redacción de una *Cosmographiae Introductio*, obra de Waldseemüller, que serviría de prólogo a la geografía tolomeica. Al tiempo que se redactaba el prólogo se recibió en la Academia una relación de los viajes vespucianos –carta a Soderini–que entusiasmó de tal manera a aquellos hombres, que decidieron publicarla. Las noticias contenidas en el relato de Vespucio transformaban por completo las concepciones geográficas, duplicando el panorama tolomeico. La relación vespuciana se tradujo al latín y se agregó a la *Cosmographiae Introductio*, dando al traste con la finalidad primordial del prólogo.

Resulta interesante considerar que las cartas de Colón, igualmente difundidas, no conmovieron tanto como las relaciones vespucianas, y ello se debe a que los informes y descripciones del genovés no hablan –como los del florentino– de un cuarto continente. Colón se aferra a la idea de que lo que ha hallado es Asia, mientras que Vespucio *descubre* que lo encontrado no es Asia, sino la *cuarta parte* del mundo.

La *Cosmographiae Introductio* consta de un prólogo, un epílogo, nueve cortos capítulos y la carta a Soderini. En el noveno capítulo es donde se habla del Nuevo Mundo y de *América* con el vocablo *Amerige*, y se propone la denominación. ¿Quién es el autor del noveno capítulo? No fue una sola mano la que redactó los capítulos de la *Cosmographie*. El noveno capítulo debió haber sido escrito por el joven poeta Ringmann. Con su manera de ser, y con su estilo conocido, más que con el de Basin, rima la elegancia, fluidez y poesía de ese célebre capítulo, donde se lee:

"Mas ahora que esas partes del mundo han sido extensamente examinadas y otra cuarta parte ha sido descubierta por Americo Vespucio –como se verá por lo que sigue–, no veo razón para que no la llamemos AMERICA; es decir, la tierra de Americus, por Americus, su

descubridor, hombre de sagaz ingenio, así como Europa y Asia recibieron ya sus nombres de mujeres."

Al margen del pasaje transcrito se estampó el vocablo AMERICA, sonoro, nuevo, similar al femenino de otros continentes. Igualmente se grabó el toponímico sobre un mapa que trazó Waldseemüller y que acompañaba a la *Cosmographiae Introductio.* Sobre las líneas recién descubiertas y bellas del nuevo mundo se colocaron dos medallones con los retratos de Ptolomeo y Américo Vespucio, junto a las siluetas del Viejo y Nuevo Mundo, azotados por angelotes-vientos que soplaban a carrillo hinchado. El nombre de *América* estaba ya lanzado y aventado a los cuatro vientos de la rosa, porque el librito de Saint Dié constituyó un éxito tal, que en 1507 se habían hecho de él seis ediciones.

Américo Vespucio, en Sevilla, permanecía completamente ajeno a lo sucedido, igual que Colón permaneció ajeno al conocimiento de un nuevo continente.

La injusticia del nombre dado al nuevo continente es manifiesta, aunque Vespucio hubiera sido uno de los primeros en darse cuenta de que lo hallado no eran las Indias Orientales, sino un continente totalmente desconocido. Decimos que "uno de los primeros" porque Juan de la Cosa, en 1500, tiene ya esa idea, que plasma en el primer mapa de América. En él aparece esbozado el golfo de Méjico, que Cantino dibujará claramente en su carta de 1502. Las razones para demostrar lo indebido del nombre sobran; pero basta con señalar que el mérito del descubrimiento no consistió en tocar en la tierra firme, sino en hallar las islas antillanas, que sirvieron como base para entrar en aquélla. Islas, por lo demás, que no están desgajadas de América, sino que forman un todo con la masa continental.

El topónimo *América* no fue aceptado por los españoles hasta el siglo XVIII. Ni Juan Vespucio, sobrino de Américo, ni el cosmógrafo Ribero, ni Caboto, consignaron el nombre en sus cartas de 1523, 1529 y 1544. Las Casas, en el XVI, Antonio de Herrera (1600), Juan de Torquemada (1609), Fray Pedro Simón (1627), Fray Antonio de la Calancha (1638) en el XVII tampoco aceptan el vocablo y recalcan el *hurto* efectuado por Vespucio. En el Lib. I. Cap. II de su *Política Indiana,* Solórzano Pereira hace una serie de consideraciones sobre los nombres que pudo tener las tierras descubiertas: *Indias, Antillas, Amazonia, Orellana, Colonia, Columbia, Ferisabel, Pizarrinas...* El, personalmente, propone el nombre de *Orbe Carolino.*

No faltaron los autores que aceptaron la denominación de Améri-

ca; Fernández de Enciso en su tratado de Geografía, por ejemplo; Acosta en su *Historia Natural;* Fernández Piedrahita, que además tacha de impertinentes a los que desean suprimir el nombre de *América...*, etc.

En las colecciones de mapas del siglo XVI la nomenclatura dada a América es muy variada a partir de la denominación *Nuevo Mundo*, ya que es posible leer los siguientes topónimos: *Indias occidentales, Novus Orbis, Santa Cruz, De Orbe Novo, America vel Brasilia sive papagalli Terra...* Con todo, la iniciativa de Saint Dié cobró fuerza y sólo es posible registrar en el siglo XVI la protesta de Miguel Servet (1536) por el olvido del nombre Colón..., sustituido por el de América, que, por vez primera apareció en el mapa de Waldseemüller de 1507 y el mapa mundi de Pedro Apianus, incluido en la *Polyhistoria* de Solino (1520).

12. Los primeros mapas de América

La cartografía donde primero América se presiente y luego se expresa como parte de Asia para finalmente verla como algo independiente, ofrece tres claras etapas:

1.ª La fantástica de Toscanelli y M. Behaim.

2.ª Aquella en que se combinan las concepciones de Tolomeo con la nueva geografía.

3.ª Aquella en que se adopta el mundo americano tal como lo vemos en los mapas de Caverio y Cantino. Esta tercera etapa evoluciona en tres fases. En la primera, que estudiaremos desde 1502, no pesan para nada las diferencias internacionales en torno a los descubrimientos y alcanza hasta 1515. De 1515 se desarrolla el segundo momento, en el cual pesa sobre los mapas (Waldseemüller, de 1516; Reinel; Pedro Apiano, de 1520) el trazado de la línea de Tordesillas, el litigio sobre las Molucas, los viajes de Solís y la preparación de la expedición de Magallanes. En el tercer período se recogen los grandes descubrimientos hechos a partir de 1520 (Pigaffeta, con región Patagónica y mar Pacífico; Padrón Real de Turín, de 1523; Salviati, etc.).

El vocablo *América* aparece estampado por vez primera en el mapa de Waldseemüller, de 1507; pero antes la silueta del Nuevo Mundo había sido trazada, de diversas maneras, en otras cartas, que demuestran la evolución que en las ideas geográficas, en torno al ente americano, se estaba lógicamente efectuando en los albores del siglo XVI.

América hay que presentirla en el mapa de Toscanelli y en el de Martín Behaim y en otras cartas del siglo XV que, como el mapa de Bianca, situaban en medio del Atlántico unas islas... Y hay también que presentir al Nuevo Mundo en aquella carta que Colón llevaba en el primer viaje "con muchas islas pintadas" y que más de una vez sirvió para discutir con Martín Alonso Pinzón los avatares de la ruta.

El mapa de Enrique Martellus (1489-1492) representa un primer intento, por así decirlo, por romper la vieja concepción geográfica. En dicho mapa figuran los descubrimientos portugueses por la costa africana hasta 1490; es decir, hasta Bartolomé Díaz. La concepción tolomeica que hacía del Indico un mar cerrado, al unir el extremo de Africa con la península de Malaca, deja paso a la concepción de Fray Mauro admitiendo el libre paso, por el sur de Africa, del Atlántico al Pacífico. El mapa de Martellus no rompe rotundamente con Tolomeo porque la cartela que sitúa entre el Cabo de Buena Esperanza y la península de Malaca es como un sustituto de la franja terrestre de las cartas de Tolomeo. Vemos asimismo en este mapa, como en el de Martín Behaim (1492), la idea de la doble península en el este de Asia, quedando entre ambas el "Sinus Magnus".

Esta concepción clásica va a ser rota con la aparición de América, cuya silueta, para nosotros, parcialmente, aparece por vez primera en el mapa de La Española, atribuido falsamente a Colón. Debe ser de su hermano Bartolomé. Hubiera sido de gran ayuda el mapa o mapas que Colón fue levantando en sus exploraciones; pero éstos se han perdido. Especialmente el trazado en su tercer viaje tiene una gran importancia, ya que por vez primera se encuentra Colón con el continente y la carta que alza va a ser usada por los marinos de los Viajes Andaluces.

Por todo ello, el primer gran mapa de América es el de Juan de la Cosa, conservado en el Museo Naval de Madrid y fechado en el Puerto de Santa María en el año de 1500 (1,83 × 0,96 m.). Aquí se recogen casi todos los conocimientos geográficos al comenzar el siglo XVI. Se aprecian claramente los descubrimientos hechos por Colón en sus tres primeros viajes, los de Ojeda, Pinzón y Caboto. Cuba figura como isla, y Suramérica, desde el Cabo de la Vela al de San Agustín, como una parte del Brasil, que aparece como isla, y hace referencia a los hallazgos de Cabral. Con él se cierra la segunda etapa cartográfica a las que aludimos.

La carta de navegación conocida con el nombre de *King-Hamy*, según apellidos de quien la encontró y de quien la compró, es el segundo testimonio cartográfico americano del siglo XVI (1502). Es com-

pañero este mapa de otros más. No está firmada y su origen lo mismo se indica como italiano que como portugués. Tiene el valor de ser una de las primeras cartas donde el litoral americano aparece independiente de Asia, figurando el trozo recorrido por los marinos andaluces y el tramo que Vespucio recorre en 1502, además de las Antillas. Con semejante contenido tenemos el llamado *Kunstmann II*, hallado por el sacerdote de este nombre en la Biblioteca Nacional de Munich, donde se conserva. Manuscrita y coloreada, se le asigna nacionalidad lusitana y fecha de 1502. De esta misma fecha es el mapamundi de *Nicolás Caverio*, hallado en los Archivos del Servicio Hidrográfico de la Marina (París), que tiene unas medidas de 2,22 × 1,15 m. y representa todo el mundo, tal como se conocía en 1502. Esta carta portuguesa ofrece como características su escala en latitudes, regulándola, sus similitudes toponímicas con las cartas de Cantino, Kunstmann y Pesaro, etc. Tal vez esta carta influyó en el mapa de Waldseemüller, de 1507. Similar al mapa Caverio es el de *Cantino*, nombre del embajador portugués que ordenó copiarlo, y que también tiene la fecha de 1502. En pergamino, lujosamente miniado, decorado con árboles, papagayos y plantas, es una visión primigenia, en tecnicolor, de América (2,19 × 1,05 m.).

El rey de Portugal había prohibido la provisión de mapas; pero Alberto Cantino lo obtuvo clandestinamente para el duque de Ferrara, Hércules del Este, que estaba preocupado por la participación lusitana en el mercado de las especias. El Duque recibió el mapa en noviembre de 1502 y en él constan ya descubrimientos efectuados en el verano del mismo año. En esta carta se ve claramente la línea de Tordesillas y los hallazgos portugueses en Oriente. Hay en el mapa una serie de anotaciones manuscritas que muy bien pudiera deberse a noticias obtenidas directamente por Cantino, en Lisboa, de Vespucio, al retornar éste de su viaje. Lo sorprendente de este mapa, como en el de Caverio, es la tierra que aparece al noroeste del mismo, recordando a la península de Yucatán o La Florida. Cabe suponer imaginaría esta representación, ya que en esta fecha sólo navegantes clandestinos podían haber visto tales tierras. Pero ¿y la nomenclatura?

Un quinto mapa, cuya nomenclatura ofrece también coincidencias con el de Caverio, Cantino y Kunstmann, es el planisferio anónimo italiano (1502-1503) llamado de *Pesaro*, donde se conserva. Manuscrito y miniado, en pergamino de 2,07 × 1,22 m., es el primer mapa donde aparece la expresión *Mundus Novus*.

Siguen los mapas dibujados por *Bartolomé Colón*, en el margen de

una copia de la famosa carta de Jamaica, fechados en 1503. Se supone ilustran las concepciones geográficas de Colón después del tercer y cuarto viaje. En uno de ellos se traza el extremo sureste de Asia con la doble península y el "Sinus Magnus" en medio. En otro se traza la idea de Colón, creyendo que la tierra hallada en el tercer viaje es un mundo nuevo continental distinto de Asia y situado al sur de éste. Pero tras el cuarto viaje llega a la conclusión que no es una tierra separada, sino unida a Asia, y esto es lo que se expresa en este mapa, donde se llama *Mondo Novo* al norte de Suramérica.

El mapa de *Francesco Roselli* (1502-1506) es un planisferio ovalado, donde en mapa impreso figuran por vez primera los descubrimientos transatlánticos. Editada por Francesco Roselli y delineada por Matheo Contarini, tenemos otra carta impresa, fechada en 1506 y guardada en el Museo Británico, donde aparecen también los hallazgos ultramarinos. De acuerdo con la concepción colombina, las tierras descubiertas por Caboto y Corté Real, al Norte, se identifican con Asia, quedando al sur de ellas las Antillas y el supuesto continente austral, que no es otra cosa que Suramérica. Se ve cómo lentamente se va alcanzando la auténtica concepción geográfica. Los cartógrafos aún no saben si las islas halladas por Colón forman parte de Asia o de un nuevo continente. La solución la da el *Planisferio de Martín Waldseemüller*, de 1507, donde ya el cartógrafo representa a América como continente con propia entidad, independiente de Asia. El vocablo *América* figura por vez primera en un mapa de una gran belleza, conservado hoy en el castillo de Wolfegg. Por ese entonces (1508) comenzaba la labor cartográfica de la Casa de Contratación, porque Fernando el Católico, en las instrucciones que le da a Américo Vespucio, primer Piloto Mayor, le indica la conveniencia de unificar los conocimientos geográficos, acabando con los diversos "padrones" y trazando uno sólo, que se guardará en la citada Casa y que se iría ampliando a medida que se conociese más la geografía del Nuevo Mundo. A partir de este momento la producción cartográfica de la Casa fue abundante, aunque por incendios, extravíos y hasta robos, se perdieron muchos de aquellos mapas, que no se solían imprimir porque regularmente se iban dibujando nuevas cartas con las últimas noticias geográficas incorporadas. De la Casa deben proceder el mapa llamado de Castiglioni, el de Salviati, el anónimo de Wiemar y el del Vaticano, etc.

BIBLIOGRAFIA

1. Viajes andaluces

ANDERSON, Gérald: *Alonso de Ojeda: su primer viaje de exploración.* «Revista de Indias», núm. 79 (enero-marzo).–Madrid, 1960.

ANDRESCO, Victor: *Juan de la Cosa.*–Madrid, 1949.

ASENSIO, José María: *Martín Alonso Pinzón.*–Madrid.

BALLESTEROS, Antonio: *La Marina cántabra y Juan de la Cosa.*–Santander, 1954.

BARREIRO-MEIRO, R.: *Pinzón y Brasil.*–«Revista General de Marina». Tomo 176. Madrid, 1969.

DANTÍN CERECEDA, Juan: *Primeros contactos entre los tipos de alimentación antillano y mediterráneo.* Revista «Tierra Firme», año II, núms. 3-4.–Madrid, 1936.

DANTÍN CERECEDA, Juan, y LORENTE CANCIO, V.: *Atlas histórico de la América hispano-portuguesa.*–Madrid, 1936.
(Incluye parte útil de texto con cita de los cronistas que aportan datos.)

DAVIES, Arthur: *The Egerton. M. S. 2803 map. and the Padrón Real of Spain in 1510.* «Imago Mundi» Amsterdam 1967 XI, 47-52.

FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Los hermanos Pinzón.*–Buenos Aires, 1944.

FERNÁNDEZ GALÁN, Alberto: *Juan de la Cosa.*–Madrid, 1951.

FITA, Fidel: *Ordenes sagradas de don Juan Rodríguez de Fonseca, arcediano de Sevilla y Avila en 1493.*–«B. R. A. H.» Madrid, 1892, tomo XX, págs. 178-179.

GOULD, Alice: *Documentos inéditos sobre hidalguía y genealogía de la familia Pinzón.*–«Boletín de la Real Academia de la Historia», Madrid, 1927, tomo XCI, págs. 319-375.

HARKNESS, Alberto: *Alonso de Hojeda y el descubrimiento de Venezuela.* «Rev. Chilena de Geog. e Historia». Julio-diciembre de 1943. Núm. 103.

HERNÁNDEZ PINZÓN Y GANZINOTTO, José: *Vicente Yáñez Pinzón, sus viajes y sus descubrimientos.*–Madrid, 1920.

JAUDENES GARCÍA, J.: *El piloto Pedro Alonso Niño.*–«Revista General de Marina», tomo CLXI, Madrid, 1961, págs. 869-788.

MAJÓ FRAMIS, R.: *Los Pinzones.*–Madrid, 1947.

MARCHENA COLOMBO, José: *Martín Alonso Pinzón.*–Sevilla, 1942.

MEDINA, José Toribio: *El portugués Esteban Gómez al servicio de España.*–Santiago de Chile, 1908.

– *Juan Díaz de Solís.*–Santiago de Chile, 1897, 2 vols.
MELÓN Y RUIZ DE LA GORDEJUELA, Amando: *Los primeros tiempos de la colonización. Cuba y las Antillas. Magallanes y la primera vuelta al mundo.*–Tomo VI de la *Historia de América*, dirigida por Antonio Ballesteros.–Barcelona, 1952.
MURO OREJÓN, Antonio: *La primera capitulación con Vicente Yáñez Pinzón para descubrir en las Indias* (6 junio 1499).–«Anuario de Estudios Americanos», vol. IV, Sevilla, 1947.
NAVARRO LAMARCA, Carlos: *Descubrimientos menores.*–Tomo XXIII de la «Historia del mundo», publicada por la Universidad de Cambridge.–Buenos Aires, 1913.
PÉREZ EMBID, Florentino: *Los viajes a Indias en la época de Juan de la Cosa.*–Santander, 1951.
PUENTE Y OLEA, Manuel de la: *Los trabajos geográficos de la Casa de la Contratación.*–Sevilla, 1900. (En esta obra se puede ver el papel científico de los viajes andaluces, la función de la Casa de la Contratación y el mismo relato de las expediciones.)
REAL DÍAZ, José Joaquín: *El sevillano Rodrigo de Bastidas. Algunas rectificaciones en torno a su figura.*–«Archivo Hispalense». Sevilla, 1962, tomo XXXVI, números 111-112, págs. 63-102.
RIVERA, Carlos: *Martín Alonso Pinzón.*–Ayamonte, 1945.
SECO, Carlos: *Algunos datos definitivos sobre el viaje de Ojeda-Vespucio.* «Revista de Indias», núm. 59 (enero-marzo).–Madrid, 1955.
VIGNERAS, Louis A.: *El viaje al Brasil de Alonso Vélez de Mendoza y Luis Guerra* (1500-1501). «Anuario de Estudios Americanos». Vol. XIV.–Sevilla, 1957.
– *El viaje de Esteban Gómez a Norteamérica.*–«Revista de Indias», abril, 1957, núm. 68, págs. 189-207.
– *The Discovery of South America and the Andalusian Voyages.*–Chicago, 1970.

2. Viajes extranjeros

BAIAO, Antonio: *História da expansão portuguesa no mundo.* Obra dirigida por. Lisboa. 1937-9, 3 vols.
BALLESTEROS GAIBROIS, Manuel: *Juan Caboto en España.*–«Revista de Indias», Madrid año IV, 1943.
BEERS, Henry Putney: *The French in North America. A Bibliographical Guide to French Archives, Reproductions, and Research Mission.*–Baton Rouge, 1957.
BIGGAR, H. P.: *The Voyage of the Cabots and Corte-Reals to North-America and Greenland 1497-1503.*–«Revue Hispanique», X, 1903.
BRAZLEY, Carlos Raimundo: *John and Sebastian Cabot: the discovery of North America.*–Nueva York, 1878.
BREBNER, John Bartlet: *The Explorers of North America, 1492-1806.*–New York, 1933.
CANN, Franklin T.: *English Discovery of America to 1585.*–New York, 1952.
CAPISTRANO DE ABREU, J.: *O descobrimiento do Brasil.*–Rio de Janeiro, 1929.
CONTIER, Arnaldo: *O Descubrimento de Brasil a través textos (Edicoes criticas e mentadas). I A «carta de Pedro Caminha 3». O Manuscrito edicoes e traducoes.*–«Revista de Historia», XXX, 67, Sao Paulo, 1967.
CORTESAO, Jaime, y CALMÓN, Pedro: *Brasil.*–Barcelona, 1956.
FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Los Cabotos Juan y Sebastián. Descubridores en el Continente americano.*–Madrid, «Boletín Sociedad Geográfica», 1893, tomo XXXIV, páginas 69-91.
– *Los Caboto.*–Boletín de la Real Academia de Historia, 1893, XXII.
FRANÇAIS, Les —— *en Amerique pendant la deuxieme moitie du XVI siècle. II Les Francaise en Floride.* Textes de Jean Ribalt, René de Laudonniere, Nicolás le Challeux et Dominique de Gourgues. Choisis et annotes par Suzanne Lussagnet.–Paris, 1958.
GREENLEE, William B.: *Voyage of Cabral to Brazil and India.*–London, 1938.

HARRISE, H.: *Les Corté Real et leur voyage aux Nouveau Monde.*-Paris, 1883.
– *The discovery of North America. A critical documentary, and historic...*, etc.–London, 1892.
– *Jean et Sebastian Cabot.*–Paris, 1882.
JULIEN, Ch.-A.: *Les voyages de découverte et les premiers établissements (XVe-XVIe siécles).*–Paris, 1948.
MARCONDES DE SOUZA, T. O.: *O descobrimento da America e a suposta prioridade dos portugueses.*–Sao Paulo, 1944.
– *O descobrimento do Brasil de acordo com a documentação historica e cartografica.*–Sao Paulo, 1946.
– *O descobrimento do Brasil «Questoes Correlatas».*–Sao Paulo, sep. do n.º 43 da «Revista de História», 1967.
MEDINA, J. Toribio: *El veneciano Sebastián Caboto, al servicio de España.*–Santiago de Chile, 1908.
MORISON, Samuel Eliot: *Portuguese Voyage to America in the fifteenth century.*-Harvard University Press, 1940.
– *The European Discovery of America. The Northern Voyages. A.D. 500-1600.*–New York, 1970.
MURIAS, Manuel: *O descobrimento do Brasil. Antecedentes. Hypotheses. Realidades.*–Lisboa, 1942.
NUNES DIAS, Manuel: *Partilha do mar oceano e descobrimento do Brasil (Subsidio para historia das grandes rotas do comercio maritimo).*–«Studia» n.º 12, julho 1963. Lisboa.
PERES, Damiao: *Historia dos descubrimentos portugueses.*–Porto, 1943.
PULIDO RUBIO, José: *El piloto Mayor, pilotos mayores, catedráticos de Cosmografia y cosmógrafos de la Casa de Contratación de Sevilla.*–Sevilla, 1950.
RONCIERE, Ch. de la: *Histoire de la marine francaise.* Tomo III.–Paris, 1906.
TERSEN, Emile: *Histoire de la colonisation francaise.*–Paris, 1950.
THWAITES, R. G.: *France in America* (1497-1763).–New York, 1905.
TRUE, D. D.: *Cabot explorations in North America.*–Imago Mundi XIII. Amsterdam, 1965.
VASCONCELOS, Conselheiro de; GAMEIRO, Roque: *Historia da colonização portuguesa do Brasil. I O Descubrimento. Os precursores de Cabra. II A epopeia dos litorais. III A idade media brasileira (1521-1580).*–Porto, 1921-24, 3 tomos.
VASCONCELOS, Alcino de: *Descobrimento e colonização do Brasil.*–Lisboa, 1938.
WILLIANSON, James A.: *The voyages of the Cabots and the english discovery of North America under Henry VII and Henry, by ——, D. Lit.*–London, 1929.

3. Vespucio

ABOAL AMARO, José Alberto: *Amerigho Vespucci. Ensayo de bigliografia critica.*–Madrid, 1962.
ARCINIEGAS, Germán: *Amerigo y el Nuevo Mundo.*–México, 1955.
(Inserta amplia bibliografía al final. Interesante como ambientación de la Italia de entonces. Sugestivo el «descubrimiento intelectual» de América por Vespucio.)
BAKER, N. Brown: *Amerigo Vespucci.*–Nueva York, 1956.
BARREIRO-MEIRO, R.: *Vespucio y Levillier.*–«Revista General de Marina», Tomo, 175, págs. 351-368, Madrid 1968.
CARACCI, Giuseppe: *Amerigo Vespucci e ... e intocavel historiador.*–«Revista de Historia» (Sao Paulo), núms. 21-22, enero-junio 1955.
– *Amerigo Vespucci e um moderno critico argentino.*–«Revista de Historia» (Sao Paulo), núm. 12, oct-dic. 1952.
FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Observaciones acerca de las curtas de Amerigo Vespucci.* Madrid, «B. R. A. H.», 1866, Tomo VIII, págs. 296-309.

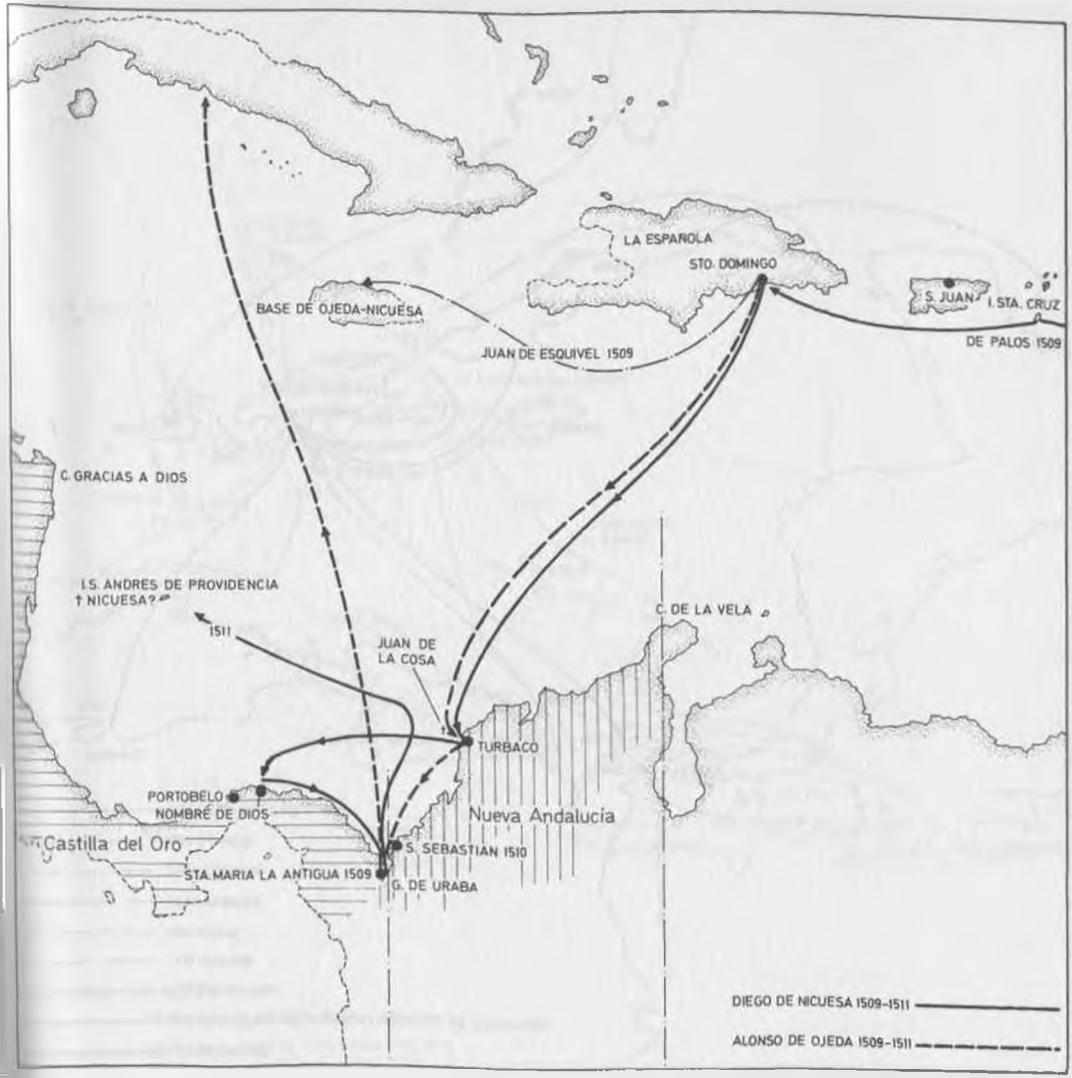
LEVILLIER, Roberto: *América, la bien llamada.*–Buenos Aires, 1948, 2 tomos.
– *Américo Vespucio. El nuevo mundo, cartas relativas a sus viajes y descubrimientos.*– Buenos Aires, 1951.
– *A propósito de Vespucio. ¿Crítica o sabotaje?*–«Revista de Historia» (Sao Paulo), núm. 16, oct.-dic., 1953.
– *Trascendencia de Vespucio en la historia de los descubrimientos marítimos.*–«Revista Chilena de Geografía e Historia», núm. 125, 1957.
–*Colón, Vespucio y Magallanes (Tríptico de pensadores).*–«Revista de Historia de América», núm. 47, 1959.
– *Americo Vespucio. El viaje de 1501-1502.*–Buenos Aires, 1962.
– *Americo Vespucio.*–Madrid, 1966.
MAGNAGHI, Alberto: *Americo Vespucci; estudio crítico.*–Roma, 1926.
MARCONDES DE SOUZA, T. O.: *Amerigo Vespucci e suas viagems.*–Sao Paulo, 1954.
MONTEBRUNO, Julio: *Vespucio, el personaje más calumniado de la historia.*–«Rev. Chilena de Historia y Geografía».– Enero-junio de 1944, núm. 104.
PERES, Damiao: *Américo Vespucio. Expedição de 1501-2.*–Porto, 1949.
POHL, F. J.: *Amerigo Vespucci.*–Nueva York, 1945.
RUIZ-GUIÑAZÚ, Enrique: *Proas de España en el mar Magallánico.*–Buenos Aires, 1945.
SIERRA, Vicente D.: *Amerigo Vespucci. El enigma de la Historia de América.*–Madrid, 1968.
VIGNAUD, Henry: *Americ Vespuce.*–París, 1917.
ZWEIG, Stefan: *Américo Vespucio.*–Barcelona, 1946.

V

DEL CARIBE AL PACIFICO

«Y pues asi nuestro Señor ha sido servido que por mi mano, primero que de otro, se hayan hecho tan grandes principios, suplico a Vuestra Muy Real Alteza sea servido que yo llegue al cabo de tan gran jornada como ésta...»

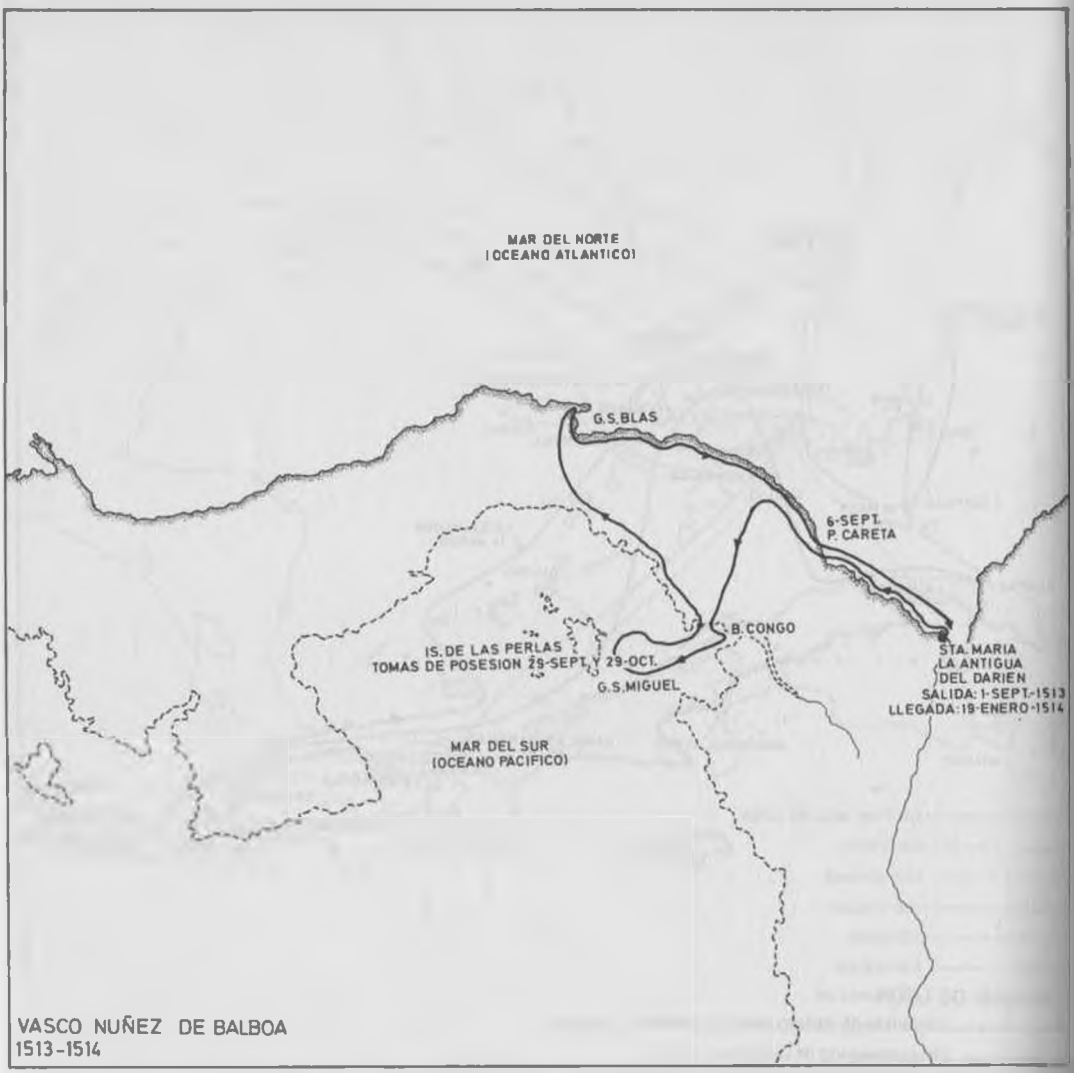
(Carta de Balboa al Rey. Darien, 20 de enero de 1513.)



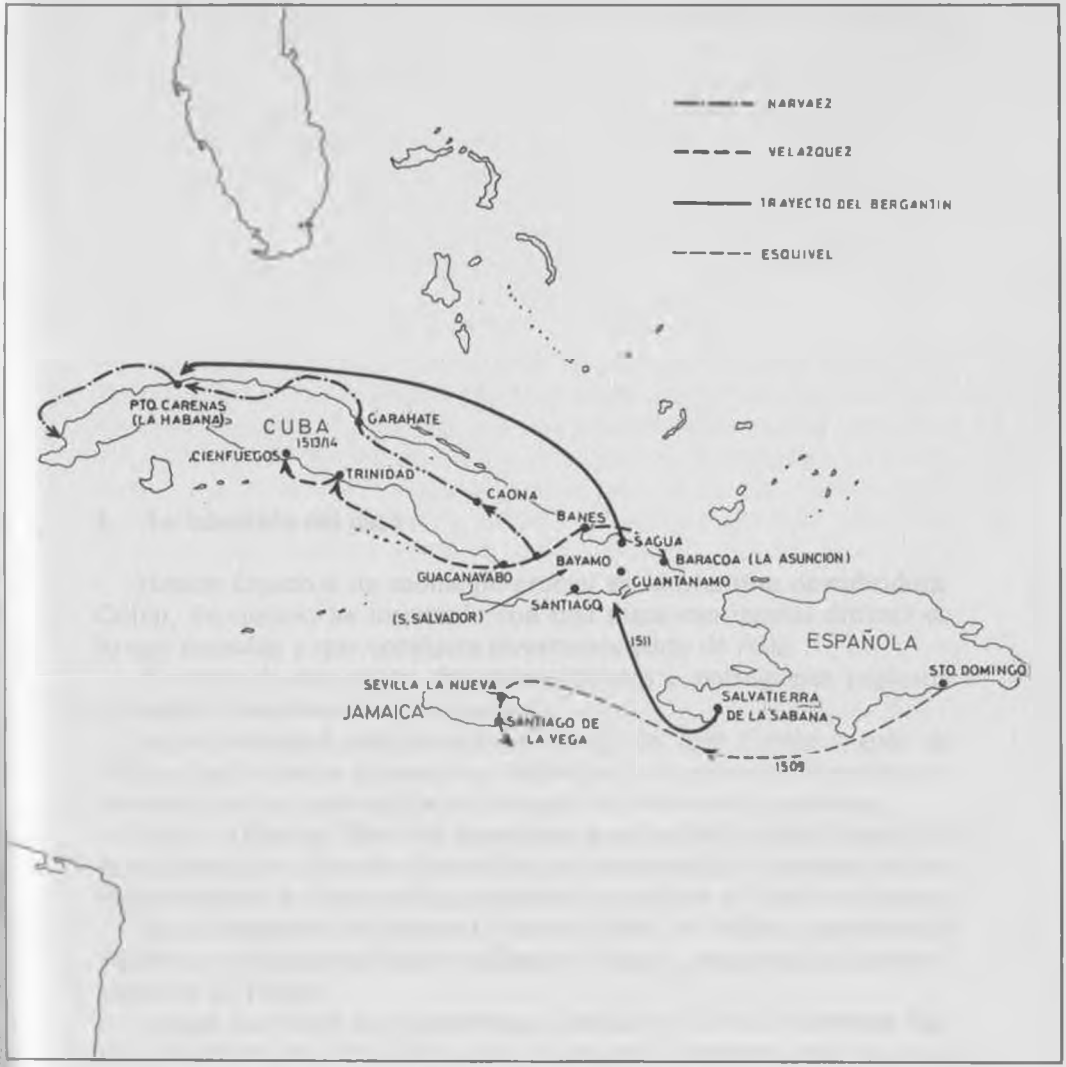
Proyección desde la Española y primeras gobernaciones en tierra firme.

CUBA
1512
LA ESPANOLA
STO. DOMINGO
JAMAICA
S.JUAN
1508
NUEVA ANDALUCIA
CUMANA
CASTILLA DEL ORO
PONCE DE LEON 1508 Y 1512
OCAMPO 1508
ESQUIVEL 1509
NICUESA 1509
OJEDA 1509
BALBOA 1512
VELAZQUEZ 1514
HERNANDEZ DE CORDOBA 1517;GRIJALBA 1518;CORTES 1519
LAS CASAS 1521

Proyección desde la Española: Conquista de Puerto Rico y Descubrimiento de la Florida.



Vasco Núñez de Balboa. 1513-1515.



Proyección desde la Española: Las conquistas de Jamaica y Cuba.

1. La búsqueda del paso

Hemos llegado a un momento crucial en la aventura descubridora. Colón, sin querer, ha tropezado con una masa continental distinta de lo que pensaba, y que considera tercamente parte de Asia.

Al *norte* de esta masa, franceses, ingleses y portugueses exploran buscando *compensación* y un *paso.*

En la cintura de este mundo, al cobijo del mar *Caribe* y *golfo de Méjico,* las carabelas hispanas se afanan por completar la fachada continental y hallar una rendija en ella, que les lleve a la *Especiería.*

En el *Atlántico Sur,* los españoles han hecho exploraciones, los portugueses han clavado el pabellón de la soberanía y Vespucio ha navegado más al Sur que nadie, presintiendo que por allí está el *estrecho.*

En el desarrollo del proceso, Vasco Núñez de Balboa descubrirá el Pacífico y Magallanes-Elcano hallarán el paso y demostrarán la esfericidad de la Tierra.

Si para los viajes que siguen tras la estela de la ruta colombina fijamos las fechas de 1495-1503, para el segundo momento, que nos facilita el reconocimiento total de la costa atlántica americana, la vía de acceso al Pacífico y la esfericidad de la tierra, podemos señalar los hitos de 1503 a 1521. Larga etapa ésta, partida en dos fases por la fecha balboana de 1513.

2. La Casa del Océano

El punto inicial del período 1503-21 lo determina el nacimiento de la *Casa de la Contratación* (1503). La instauración de la *Casa sevillana* obedece a la concepción que el Estado tiene ya de las Indias, según expresamos más arriba. Las expediciones al Nuevo Mundo no pueden continuar efectuándose como veloces incursiones atentas a lo crematístico o por gentes no controladas que zarpan furtivamente. Es necesario vigilar todo esto. Tampoco en manos de Colón puede estar el gobierno de las nuevas tierras. Desde 1493, a raíz del segundo viaje colombino, se comienza a colocar las bases del sistema administrativo que cristalizará en la Casa de la Contratación, órgano de *carácter* esencialmente *comercial*, según se desprende de sus primeras ordenanzas, pero que también cuidará del *aspecto científico* de las expediciones en la evolución constitutiva que irá experimentando. Al poco tiempo de crearse, a la Casa incumbía el *desarrollo económico* ultramarino y un buen número de *aspectos políticos y científicos*. Era una especie de *Aduana; almacén bélico*, donde se pertrechaban las armadas; Casa que *controlaba la navegación;* Centro donde se *vigilaba la emigración;* Organismo que *trazaba mapas* y expedía *títulos de pilotos* a Indias –veremos cómo se nombra a Vespucio piloto mayor en 1508–; *despensa* de lo que se *confiscaba o embargaba*, etc.

El apelativo *Casa de la Contratación*, se presta a que sólo se tenga a tal organismo como centro mercantil, no siendo únicamente su tarea económica, sino también judicial y científica, pudiendo llamarse mucho mejor *Casa de Indias o Casa de Sevilla*, según la denominó el cronista Herrera. De los tres aspectos o funciones que la Casa de Sevilla nos ofrece –económico, judicial y científico–, vamos ahora a fijarnos en este último. La Casa, como organismo científico, cuidó de todo lo relativo a los viajes y descubrimientos, y por ello dijo Pedro Mártir que había sido "levantada únicamente por los negocios del Océano".

Cerca de la Casa, sita en el Alcázar sevillano, estaban las Atarazanas, fundadas por Alfonso el Sabio, donde se aprestaban las expediciones, que dirigían los técnicos de la Casa. Esta cuidó asimismo del trazado de mapas de las nuevas tierras y de encomendar y recibir relaciones náuticas y geográficas que facilitaban el conocimiento del Nuevo Mundo.

Así, pues, la Casa de la Contratación se preocupó de:

A) Tener unos pilotos que dirigían la navegación y examinaban a los que pretendían obtener licencias para pilotar barcos a Indias.

B) Consignar en mapas los resultados de los descubrimientos. Tales trabajos los llevaron a cabo los Pilotos Mayores, auxiliados por pilotos reales y por el Cosmógrafo de la Casa.

La creación de la Casa en Sevilla y no en Cádiz obedece a razones de fácil comprensión:

1) A ser Sevilla puerto interior, resguardado de ataques piráticos.
2) A contar Sevilla con una gran tradición mercantil.
3) A existir en Sevilla de antiguo el Almirantazgo de Castilla y el Tribunal del mismo.
4) A funcionar en Sevilla la Universidad de Mareantes.

Por todas estas cosas y otras más se situó en la ciudad del Guadalquivir el primer organismo encargado de las cosas indianas. El auténtico carácter geográfico lo adquiere la Casa en 1508, al establecerse, con Vespucio, el oficio de Piloto Mayor. Carácter que es perfectamente definido cuando se crea, primero, el cargo de Cosmógrafo "fabricador de instrumentos" y, luego, el de Cosmógrafo encargado de la cátedra de Cosmografía y Arte de marear.

Además de estas materias, existieron otras: Hidrografía, Matemáticas y Artillería, que se estudiaban en la Casa. No es preciso recalcar el haber científico del organismo, suficientemente expresado en las tareas de un Juan de la Cosa, Vespucio, Andrés de Morales, Solís, Nuño García Torreño, Diego Rivero y tantos otros, que lograron dotarla de una riqueza cartográfica y seriedad imponderable. La riqueza cartográfica sufrió dos notables pérdidas: el robo del italiano Vigliaruela, en 1576, y el incendio de 1600.

A poco de fundarse la Casa sevillana tuvieron lugar en España decisivos acontecimientos: la reina Isabel moría, Colón retornaba de su último viaje a Indias, se celebraba la Junta de Toro (1505) y Fernando el Católico se embarcaba para Italia (1506).

3. De la Junta de Toro a la de Burgos

En la *Junta de Toro* (1505), España planea oficialmente la búsqueda del paso que conduzca a las Especierías. La barrera continental se ofrecía como un doble objetivo: como *zona de colonización* y como *obstáculo* que había que salvar a través de un *paso*. A la ejecución de esta doble finalidad se encaminaron los hombres de entonces. A la Junta concurrieron *Vicente Yáñez Pinzón, Américo Vespucio, Fonse-*

ca, Fernando el Católico y otras personalidades. Con cautela, se estudió el proyecto. Los dos marinos citados marcharon después de la Junta a *Sevilla* para recibir de la Casa de la Contratación indicaciones y ayuda. A los dos se les asignó un sueldo anual, además de dársele a *Vespucio* carta de *nacionalidad* y a *Pinzón* un *corregimiento en Puerto Rico,* con la obligación de alzar una fortaleza. *Fernando el Católico* pretendía *defender* con ella a la *costa de las Perlas* de las incursiones extrañas. Tres barcos fueron preparados en los astilleros vascos; pero los cambios políticos hispanos y otras circunstancias echaron abajo los planes, y los barcos sirvieron para otras comisiones.

Por razones un tanto desconocidas, Yáñez Pinzón había sido suprimido de la fracasada expedición a la Especiería, quedando sólo Vespucio al frente de ella. En el mismo *1505, Pinzón* capituló navegar "a otras cualesquier islas o tierra firme, en la que no hubiese gobernador". Solventados algunos obstáculos de índole económica, Yáñez Pinzón dio principio a su *discutido tercer viaje.* Pedro Mártir da noticias de esta navegación, que marchó primero a *Puerto Rico,* donde Pinzón fracasó como poblador. De Puerto Rico zarpó para la *Española* y *Cuba,* cuya *circunnavegación* efectuó. Demostrada la *insularidad* de Cuba –negada por Colón–, Vicente Yáñez se dirigió al *Yucatán,* cuyo litoral oriental recorre, igual que el *centroamericano* y el de *Suramérica* en su parte norte, hasta fondear en el cabo de *San Agustín.*

Al año de tener lugar la Junta de Toro, Fernando el Católico renunciaba en favor de su hija Juana la Loca, y se embarca para sus dominios italianos. La *muerte de Colón* en Valladolid (1506) pasaba un tanto desapercibida en un momento crucial para el destino político de la península. La antigua unidad parecía romperse. Doña Juana se convertía en la soberana de Castilla, a cuya Corona iba unida Granada y las Indias. Se abre entonces un paréntesis donde tiene cabida cierta *inactividad marinera,* sólo reanudada cuando, loca doña Juana y muerto su esposo Felipe de Borgoña, vuelve Fernando el Católico a hacerse cargo del gobierno castellano.

El proyecto de ir hacia las Especierías continuaba latente. *Fernando el Católico,* al frente de la *regencia* (1508), citó en *Burgos* a *Yáñez Pinzón, La Cosa, Solís* y *Vespucio.* Con ellos y Fonseca, el rey trató diversos planes marineros, "porque en ausencia de estos reinos –escribe Herrera– se había flojado mucho en ellos". De las conversaciones salieron distintas empresas u objetivos:

1. *Crear el cargo de Piloto Mayor* en la Casa de Contratación,

con la misión de confeccionar cartas geográficas, enseñar náutica y examinar a los pilotos que iban a las Indias. Américo Vespucio fue el primer piloto.

2. *Enviar una expedición a Tierra Firme a buscar* "aquel *canal* o mar abierto que principalmente es ir a buscar". Con este viaje se sustituía el primitivo de 1505 fracasado. A su frente irían Solís y Vicente Yáñez.

3. *Enviar a Veragua y Darién las expediciones de Ojeda y Nicuesa,* con el fin de instalarse allí. Llevarían con ellos a Juan de la Cosa.

Después de la *Junta de Burgos,* la *Casa de la Contratación* comenzaba a ser un *organismo científico,* y el *problema del paso* quedaba planteado con toda urgencia y oficialmente. También se *sentaban* después de ella las *bases continentales* que conducirían al descubrimiento del mar del Sur.

El primer acuerdo de Burgos fue pronto una realidad, pues Vespucio recibió su nombramiento de Piloto Mayor el 22 de marzo de 1508.

4. La expedición Solís-Pinzón

Las otras dos conclusiones de la Junta también comenzaron a hacerse realidad inmediatamente. Al día siguiente, día 23, se firmaba una *capitulación* con *Solís* y *Pinzón* para ir "a la parte del Norte, hacia Occidente", con el fin de "descubrir aquel canal o mar abierto que principalmente is a buscar e que yo quiero que se busque". En cuanto al tercer punto de lo acordado –base continental, puesta por Ojeda-Nicuesa–, en la misma ciudad de Burgos se capitulará con ambos marinos la colonización de Tierra Firme (junio). A los cuatro meses se nombraba gobernador de las Indias a don Diego Colón, que sustituye a Nicolás de Ovando. Hecho que conviene tener presente para mejor comprender lo que está sucediendo y va a suceder.

Veamos primero la *expedición Solís-Pinzón.* Tenía idéntica meta que la proyectada en Toro: la *Especiería* y búsqueda del *paso* hacia ella. El dualismo de autoridad Solís-Pinzón se solventó dando al primero el mando de la nave, con la obligación de comunicar siempre al de Palos sus determinaciones y cediéndole el gobierno al desembarcar. Pertrechos y dos naos de la frustrada expedición planeada en Toro fueron aprovechados en la preparación de ésta. Ya ultimada se hicieron a la mar bajando por el Guadalquivir en busca del Atlántico. Sur-

ge un *problema*. ¿Qué *ruta* siguieron? Antonio de Herrera los hace ir hasta el *Brasil* y los sitúa a 40° de latitud. Pero testimonios tan concluyentes como los del piloto *Pedro de Ledesma* rectifican este itinerario y ofrecen otro. Según Ledesma, marcharon a las *Canarias*, y de aquí, al continente, pasando por las *Antillas*. Recalaron en el litoral de *Honduras*, que bordearon en demanda del mejicano. A la altura de *Tampico* abandonaron el bojeo y se dirigieron a España, adonde llegan en agosto de 1509. Considerando incierto el viaje de Vespucio-Solís de 1497, serán Pinzón-Solís los descubridores del imperio azteca; pero como este viaje se hace dudoso para muchos historiadores, hemos de esperar a las navegaciones de Hernández de Córdoba y Juan de Grijalva para contemplar la auténtica y cierta exploración-descubrimiento de las costas de Méjico.

La expedición de Pinzón-Solís comprobó –de haberse efectuado– que por el golfo de Méjico no existía el ansiado estrecho. Solís, una vez en España, se vio procesado por ciertas desavenencias que había tenido con Vicente Yáñez. En 1512 ya se le había rehabilitado. En cambio, Yáñez Pinzón se recluía en Sevilla y moría antes de 1519 (*).

5. Los primeros grupos en Tierra Firme: Ojeda y Nicuesa

En el mismo 1508, *Diego de Nicuesa* y *Alonso de Ojeda* habían capitulado hacer fundaciones en *Veragua* y *Urabá*. Ambas jurisdicciones quedaban divididas por el *Río Grande del Darién;* y ambos jefes contaban con la isla de *Jamaica* para su penetración en Tierra Firme. En noviembre de 1509, los dos capitanes abandonaron la *Española*, rumbo a sus gobernaciones. Con Ojeda iba un oscuro soldado: *Francisco Pizarro*. Y detrás de Ojeda, como lugarteniente, quedaba *Martín Fernández de Enciso*, con quien irá otro oscuro soldado: *Vasco Núñez de Balboa*. Vasco Núñez saltará a la historia desde un tonel o velamen enrollado, demostrando que era audaz, y que por ello y otras cosas había ya hecho méritos para que *Gómara*, en buen romance, le llame "rufián o esgrimidor". Un oficio o facultad que Pedro Mártir, todo

(*) El lector puede haber tenido cierta confusión con los viajes ciertos y dudosos de Vicente Yáñez, por lo cual se los esquematizamos.

1.° 1497-1498, con Vespucio-Solís. Dudosos.
2.° 1499 Discutido. Navegó de Yucatán al Cabo de San Agustín.
3.° 1505 Discutido. Navegó de Yucatán al Cabo de San Agustín.
4.° 1509. Con Solís. Fueron de Honduras a Tampico. Dudoso.

humanismo, traducirá al latín para hacer de Balboa un "egregius digladiator". Agil, audaz, hábil manejando la espada, era, además, Vasco Núñez –según Las Casas– "de buen entendimiento y mañoso y animoso y de muy linda disposición y hermoso gesto y presencia". Tenía lo necesario para, con veinticinco años, acaudillar a hombres más viejos que él y llevarlos al éxito. Como lo hará dentro de un momento. Sigamos con Ojeda.

Ojeda se dirigió a las tierras que se le habían concedido con el nombre de Nueva Andalucía –entre cabo de la Vela y golfo de Urabá–, pensando que pisándole los talones vendría Enciso. Fue a parar Ojeda a *Turbaco*, cerca de la actual *Cartagena de Indias*, donde pierde la vida un ilustre marino: *Juan de la Cosa*. Ayudado por Nicuesa, Alonso de Ojeda deja Turbaco y marcha al *golfo de Urabá*, donde, en febrero de 1510, funda la localidad de *San Sebastián*, abandonada prontamente por lo insano de la región. La desgracia se ceba en ellos sin piedad, y Enciso, con refuerzos, no aparecía. En vista de ello, Ojeda pensó abandonar a sus hombres. La situación era realmente desesperada, porque los indios flecheros les acosaban, causando sensibles pérdidas, y, por otra parte, las enfermedades y el hambre hacían estragos. El mismo Ojeda cayó herido en una pierna, y tuvo que cauterizarse la herida con un hierro candente. La solución al calamitoso estado que les envolvía la tenía Fernández de Enciso, cuyo barco no aparecía en el interrogado horizonte. Se hizo tan crítica la situación de la mesnada, que Ojeda partió para la Española en busca de refuerzos, dejando sus hombres al cuidado de *Francisco Pizarro*. En *mayo de* 1510 se alejó Alonso de Ojeda del reducto de San Sebastián para meterse en un convento de Santo Domingo, donde morirá.

De manera absurda desaparecía de la escena uno de los más simpáticos personajes de la epopeya indiana. Tenía todo lo que un hombre podía desear. Sólo le aquejaba un defecto: el ser pequeño. Pero ello lo suplía con otras facultades, como muy bien evidencia Las Casas cuando escribe que Ojeda "era pequeño de cuerpo, pero muy bien proporcionado y muy bien dispuesto, hermoso de gesto, la cara hermosa y los ojos muy grandes, de los más sueltos hombres en correr y hacer vueltas y en todas las otras cosas de fuerzas, que venían en la flota y que quedaban en España. Todas las perfecciones que un hombre podía tener corporales, parecía que se habían juntado en él, sino ser pequeño". Sin embargo, todo lo dejaba atrás para dedicarse sólo a Dios.

En septiembre del mismo año, San Sebastián era abandonada por la hueste de Pizarro. Navegaban por la *bahía de Calamar*, cuando se

toparon con *Enciso*, quien no daba crédito a lo que le contaban, y ordenó el retorno a San Sebastián. Allí no había ya nada; los indios se habían encargado de arrasar todo. Vistas las ruinas, los 180 hombres de la expedición se embarcaron en sus dos bergantines y se encaminaron hacia el *Darién* por sugestión de *Vasco Núñez de Balboa*, que ya había visitado aquella zona en compañía de Rodrigo de Bastidas. *Cémaco*, el cacique de la región, defendió tenazmente sus posesiones, sin evitar el desembarco y la fundación de *Nuestra Señora de la Antigua del Darién*, primera fundación continental fija (1510). Tan largo toponímico se redujo a *La Antigua*. Y La Antigua estaba situada en territorio de Nicuesa, no de Ojeda. Ello determinaba otra cosa: como se había salido de la jurisdicción de Ojeda, el jefe dejado por éste no tenía ya facultades. Había que nombrar nuevo capitán. Los colonos de La Antigua se reunieron en asamblea y formaron el *primer Ayuntamiento* de Tierra Firme, del cual eran alcaldes Vasco Núñez de Balboa y Martín de Zamudio. La localidad quedaba bajo un mando provisional, en tanto aparecía Nicuesa o decidiera el virrey Diego Colón, o el mismo Rey.

Así como Ojeda había dejado atrás a Enciso, Diego de Nicuesa había dejado a su lugarteniente *Rodrigo Enríquez de Colmenares*. La nao que éste tripulaba fondea en La Antigua a mediados de noviembre de 1510. Ni él, ni los restos de la expedición de Ojeda, que le ven desembarcar, saben dónde está Nicuesa. La obligación de Colmenares es buscar a su jefe, del que sólo se sabe que partió el 22 de noviembre de 1509 hacia *Castilla del Oro* –desde Urabá al cabo Gracia de Dios–. Un grupo de hombres de La Antigua se une a Colmenares y salen en busca de Nicuesa. ¿Que había hecho este?

El gobernador de Castilla del Oro o Veragua había llegado a la costa de Darién, penetrando por el *río Belén*, donde efectúa un fracasado intento de colonización –*Nombre de Dios*–. Siguió, luego, pasando por la desembocadura del *río Chagres*, hasta toparse con Colmenares.

El optimismo embargó a Nicuesa cuando se enteró de la existencia de La Antigua... Tenía que ir hasta ella. No sabía que La Antigua le sería vedada, porque Balboa y "todos los moradores del pueblo" se habían juramentado, una vez que se marchó Colmenares, para no recibir a Nicuesa. Así lo hicieron. Y *Diego de Nicuesa* tuvo que *reembarcarse* en una frágil embarcación que se hundió en el Caribe. La causa de este extrañamiento estaba en las afirmaciones de Nicuesa de deponer a las autoridades de La Antigua y confiscarles sus bienes. A la *expulsión de Nicuesa* siguió la *expulsión de Enciso*. Los pobladores no

querían sobre sí nadie que representara la autoridad de Ojeda y Nicuesa. Querían *independizarse y depender directamente* de la Corona. Por ello, en el mismo barco en que se aleja Enciso iba el alcalde Zamudio, como procurador de La Antigua y para contrarrestar las gestiones de Enciso en España.

El *virrey don Diego Colón*, enterado de todo, *favoreció a Balboa* y le nombró su *lugarteniente en Tierra Firme*. Inmediatamente, en 1511, comunicó al Rey lo acontecido a Ojeda y Nicuesa, y su determinación. El Rey aprobó la decisión, y el 23 de diciembre dictó una real cédula nombrando a *Balboa capitán y gobernador* interino del Darién "acatando –rezaba– la suficiencia e avilidad e fidelidad de vos, Vasco Núñez de Valvoa".

Lo primero que hizo Núñez de Balboa fue reunir en La Antigua a la gente de Nombre de Dios. De este modo, los españoles que entonces vivían en el continente se concentraron en una sola localidad.

6. El vivero antillano

¿Qué sucedía y había sucedido en las islas? A la *Hispaniola*, isla primera en la colonización, iban a parar todos los conquistadores. Es la primera academia que tendrán los *chapetones* o novatos. Arriban estos hombres a Santo Domingo alias *Nueva Isabela*, ciudad fundada en 1496 por el hermano del primer Almirante, el adelantado don Bartolomé Colón. La ciudad se está haciendo; hay ya casas de piedra y bohíos de paja. Hay una plaza donde las Casas Capitulares y la iglesia contemplan de hito en hito el rollo o picota que se alza en medio como símbolo de la justicia.

Desde luego, no es fácil marchar a las Indias, ni puede ir todo el mundo. Al principio se autoriza (abril de 1495) a que pasen todos los súbditos de Castilla. Con Carlos I, concretamente en 1546, se dispone que sólo podrán entrar en las Indias quienes cuenten con una licencia. Pero ya entonces la conquista casi agonizaba. Saltando del mapa de las Vascongadas, Castilla, Extremadura, Andalucía y Canarias, los conquistadores se habían dado cita en la Española. Procedían generalmente del *común*, del pueblo. Eran también segundones, hijosdalgo, clase media, entre los caballeros de alcurnia y los pecheros y menestrales. Realmente, no eran muchos los que embarcaban en pos de aventura, mejora económica y ascenso social. Pero tampoco constituían un desecho. El Estado procuró controlar y seleccionar esta co-

rriente social, exigiendo permisos y creando todo un organismo, como la Casa de la Contratación, que vigilaba el embarque de "los pasajeros a Indias". Había, pues, una selección estatal, a la cual se añadía la que hacía la misma naturaleza, dejando pasar sólo a los fuertes y audaces. Cuando, en 1502, embarca en Sevilla un hombre que ya conocemos, Nicolás de Ovando, se hace acompañar, según Fernández de Oviedo, por "personas religiosas y caballeros e hidalgos, y hombres de honra y tales cuales convenía para poblar tierras nuevas, y las cultivar Santa y rectamente en lo espiritual y temporal".

Todos van a parar al único puerto del Caribe que de momento funciona: Santo Domingo. Es el laboratorio donde España comienza a fabricar la anexión de América.

Fuera de este pequeño foco se alza la tierra brava, donde muy pronto prenderá la caña de azúcar, traída desde Canarias por el poblador Pedro de Atienza. También enraizará el banano, de igual origen, y las puercas, igualmente canarias, que, en unión de otros animales europeos, se multiplicarán de tal manera que no habrá quien los contenga. Se transformarán en ganado cimarrón, el cual, indirectamente, será uno de los motivos que explique la existencia del bucanerismo antillano. Porque hombres extranjeros que, ilegalmente desembarcaron en las playas del Caribe y beneficiaron este ganado, fueron los que dieron lugar a los bucaneros, hermanos de piratas, corsarios, filibusteros, pechelingues y forbantes. Todos, bandidos de mar.

Hablábamos de la Española en los primeros años del XVI. Es un momento interesantísimo. Estamos en el instante en que Vasco Núñez de Balboa, surgiendo de un tonel o de una vela enrollada, capitanea a una hueste que descubre el mar del Sur.

7. La primera base de expansión en la Española

Los Colón primero; Francisco de Bobadilla luego (1499); Nicolás de Ovando después (1502), y Diego Colón, finalmente (1508), rigieron los destinos de la isla Española en las primeras decenas del siglo XVI y lograron su total subordinación. Ovando, sobre todo, llevó a cabo una eficaz campaña. En los últimos años del siglo XV, la tarea de exploración y ocupación culminó en una serie de interesantes fundaciones. Pero como la isla no gozaba de suficiente tranquilidad, pobladores y buen gobierno, lo efímero e inseguro primaba sobre lo duradero y estable. La rebelión de Francisco Roldán y la torpe conducta de los Co-

lón conmovieron el ámbito antillano. El Estado, hecho eco de tantas anormalidades, remitió, como sabemos, en 1500 un hombre que no escatimó el maltrato a los Colón –Bobadilla–, que evacuó a la familia del Almirante y se dedicó a gobernar en beneficio de los hispanos. Los Reyes lo removieron por Nicolás de Ovando, comendador de Lares. "Era –dice Las Casas– mediano de cuerpo, y la barba muy rubia y bermeja; tenía y mostraba grande autoridad; amigo de justicia; era honestísimo en su persona en obras y palabras; de codicia y avaricia, muy grande enemigo, y no pareció faltarle humildad, que es esmalte de las virtudes."

Tan pronto arribó el comendador de Lares a la Española, se enteró que en *Higuey*, región oriental, fermentaba una rebelión indígena. También se agitaba contra los europeos la islita Saona, donde habían matado a ocho españoles. Ovando "determinó de envialles a hacer guerra", y para ello eligió al sevillano Juan de Esquivel, futuro conquistador de Jamaica. De las tres villas españolas existentes entonces en la Española –*Santiago de Bonao, Concepción y Santo Domingo*– salieron mílites que, unidos a gente de Castilla traída por Ovando, "con el ansia de hacer esclavos, fueron de muy buena voluntad" con Esquivel. El dominio de Higuey y Saona fue fácil. Las Casas recoge los desmanes hispanos, quizá con notoria exageración. Lo cierto es que la resistencia indígena fue casi nula, y que los caciques concertaron la paz rápidamente. Uno de ellos, *Cotubanamá o Cotubano*, trocó su nombre con Juan de Esquivel "como liga de perpetua amistad y confederación" –*guatiao*–. Alzó Esquivel un fuerte de madera cerca del mar, donde dejó una corta guarnición antes de licenciar a sus tropas, contentas con los esclavos hechos. Mientras tenía lugar esta campaña, Ovando había trasladado la ciudad de Santo Domingo a la orilla derecha del río Ozama.

En la parte suroeste, donde Francisco Roldán se había alzado, extendía su dominio la cacique *Anacaona*, casada con el cacique *Caonabo*, que incubó en su ánimo el proyecto de alzarse contra los españoles. Enterado de ello Ovando, se puso en marcha hacia la región de *Xaragua* y aplastó a la indiada, ahorcando a la misma Anacaona, "muy notable mujer, muy prudente, muy graciosa y palanciana en sus hablas, y artes, y meneos, y amicísima de los cristianos...", al decir de Las Casas. Desde luego lo fue, cuando Bartolomé Colón visitó a su hermano, el cacique Bechío, de quien ella heredó el cacicazgo.

Las Casas, dispuesto a criticar a sus compatriotas, disimula la conjuración de Anacaona y narra que el Comendador, ya por esta noticia

o por visitar a algunos españoles que vivían en Xaragua, se encaminó a la región de la cacique con 300 infantes y 70 caballeros. Lucido era el acompañamiento y entretenida la cabalgata, pues "hombre hobo, de los que vinieron en el viaje del Comendador mayor, que, al son de una vihuela, hacían su yegua bailar o hacer corvetas o saltar" (Las Casas). Al saber Anacaona que el Comendador se acercaba a la región de Xaragua convocó a todos los señores del cacicazgo para honrar al *Guamiquina* o "Señor grande de los cristianos". Igual que cuando estuvo el adelantado Bartolomé Colón, el pueblo en masa salió a recibirle y las mujeres, desnudas casi, bailaban y cantaban en su honor. El Comendador fue aposentado en un *caney* o casa grande, y rodeado de miles de agasajos. Como glosamos a Las Casas, a él nos atenemos en todo. Lo que sigue no enaltece a Ovando, si es cierta la ausencia de la mencionada conjuración. Visto desde el ángulo lascasiano, el acto de Ovando fue "un hecho bien sonado, aunque no cierto, romano y mucho menos cristiano". Ordenó un domingo preparar a todas sus fuerzas e invitar a la Cacique y señores a presenciar unos juegos de cañas. El plan ovandino consistía en concentrar a los indígenas y apresarlos. Para justificar la preparación de sus fuerzas alegó el juego de cañas. Y para contemplar la diversión citó a los indígenas en su caney. La consigna era que cuando él se llevase la mano al pecho y empuñase una pieza de oro que llevaba colgada habían de atar a todos. Así se hizo. La infantería cercó el caney, sacó a Anacaona y dejó dentro a los restantes para que ardiesen. Mientras, los de a caballo galoparon por el pueblo atacando. Más tarde, a la cacique Anacaona "por hacelle honra, la ahorcaron".

Como en otras ocasiones, al castigo siguió la fundación de varias localidades para asegurar el dominio: *Santa María de la Vera Paz, Santa María de la Yaguana, Salvatierra de la Sabana, Yáquimo, San Juan de la Maguana, Arzúa de Compostela, Puerto Real y Lares de Guahaba.* A Diego de Velázquez le correspondió la lugartenencia de cinco de estas fundaciones.

Cotubanó y Anacaona habían quedado sometidos. Pero así como la segunda había sido liquidada, el primero continuaba en la isla Saona. En Higuey, como dijimos, permanecieron nueve españoles dentro de un palenque. Pronto los naturales cayeron sobre ellos, y sólo dejaron uno para que contase lo sucedido. Ovando volvió a movilizar a la gente, y Esquivel salió de nuevo rumbo a la Saona, dispuesto a exterminar a Cotubanó. Los españoles entendían, según Las Casas, "que no se habían de sujetar los indios de la provincia, en tanto que el rey Cotu-

banamá no se hobiese tomado". Y el cacique Cotubanó, que "era el más lindo dispuesto hombre", que "tenía el cuerpo mayor que los de los otros indios", "que tenía una vara de medir entera de espalda a espalda" y "la cintura le ciñeran con una cinta de dos palmos", etc., etc., al decir de Las Casas, cayó en manos de Esquivel y fue ejecutado en Santo Domingo, pese a exclamar: *Mayanimacaná, Juan Desquivel daca* (No me mates, porque yo soy Juan de Esquivel).

"Preso y muerto este señor Contubanó..., cayeron todas las fuerzas de todas las gentes desta isla, que todas juntas eran harto pocas, y los pensamientos y esperanzas de nunca tener remedio, y así quedó toda esta isla pacífica", epitafia Las Casas. Cierto. Y se olvida que en otro lugar dirá que eran millones los indios que vivían en La Española.

8. Puerto Rico, Borinquen o Boriquen

Tras la campaña de Higuey quedó Juan Ponce de León como teniente de Ovando y como capitán de la villa de *Salvaleón*. Residiendo en esta zona adquirió noticias de *Boriquen* (Puerto Rico), a la que los españoles llamarán *isla de San Juan*. Indios esclavos le comunicaron que en tal tierra había mucho oro. La isla no era conocida aún por los españoles. De ella, las vivencias que tenían eran las que les proporcionaba la fachada costanera; mediante esta impresión, se la suponía fértil y muy poblada. Al saber Ponce de León lo que atesoraba en metales, comunicó a Ovado la noticia y pidióle permiso para pasar a ella.

Anteriormente a esto se habían dado algunos intentos de conquista. El primero, en 1505, corrió a cargo de Vicente Yáñez Pinzón, quien llegó a tomar asiento con el Rey para anexarla, siendo nombrado "capitán y corregidor" de la isla. Atento Pinzón a otras tareas, no pudo llevar a cabo lo acordado, y traspasó sus derechos a Juan García de Salazar, quien tampoco los usó. Cuatro años más tarde (1509), un caballero veinticuatro de Sevilla, llamado Pedro Suárez de Castilla, suplicó al Rey licencia para poblar la isla, no siendo oído (enero). En junio de 1508 Ovando había concedido autorización a Ponce de León para explorar San Juan, y en agosto el Rey le nombraba gobernador interino. Al año, y en marzo, doña Juana le concedía el título de capitán en una mitad de la isla, con jurisdicción civil y criminal, etc. Por otra real cédula de la misma fecha el Rey le otorgaba la otra mitad.

Tal es la trayectoria jurídica del posible gobierno de San Juan hasta la aparición de Juan Ponce de León. Como dijimos, éste recibió

permiso de Ovando en junio de 1508. Al mes, Ponce abandonó a Salvaleón de Higuey con el propósito de tomar hombres y bastimentos. Abandonó *Puerto Yuma*, llevando 42 soldados y ocho marineros; sufrió una tormenta (3 de agosto), dejando la isla *Mona* atrás, echó anclas "en la playa que está en el paraxe del cacique *Agueybana*" (12 de agosto).

El recibimiento fue insuperable. Un pacto de amistad quedó signado mediante el trueque de nombres entre los capitanes hispanos y los indígenas. Ayudados por los indios, abandonaron la costa sureña y zarparon hacia el Norte, llegando al río *Toa*. Fernández de Oviedo habla que los indígenas le mostraron "algunos ríos de oro, en especial el que se dice en aquella lengua *Usanatuaboy* y otro que llaman *Cebuco*". Allí, Ponce alzó algunos bohíos para aposentarse, y, desde allí, envió el carabelón a traer casabe de la isla *Mona*. Un mes merodeó por la zona; al cabo, se mudó a otro lugar que denominó *Puerto Rico* –hoy Pueblo Viejo–, y donde edificó una fortaleza. Había que dar cuenta a Ovando de lo hecho hasta el momento, y había que traer más personas para realizar algo positivo. Ponce de León determinó ir él mismo en abril de 1509 dejando al frente del campamento a su lugarteniente, Gil Calderón.

Agradaron a Ovando las noticias, y en mayo de 1509 acordó unas segundas capitulaciones autorizando a que Ponce poblara la isla de San Juan, con el título provisional de "teniente explorador y gobernador". Retornó Ponce de León a San Juan, llevando un centenar de pobladores e ideas para desarrollar la economía y mantener sin recelos a los naturales, que no veían bien el aposentamiento hispano. Repartió tierras e indios y acordó regresar a Santo Domingo en pos de más auxilios.

En la Española no estaba Nicolás de Ovando, sino Diego Colón, con quien había venido de España el caballero Cristóbal de Sotomayor. Al llegar aquí aparecen diversas opiniones. Hay quien afirma que el tal Sotomayor venía enviado por Fernando el Católico como gobernador de San Juan; y hay quien dice que Diego Colón traía instrucciones reales de no remover a Ponce de su mando. Lo verdadero es que el segundo Almirante, a los tres meses de llegar y de entrevistarse con Ponce de León, nombró a Juan Cerón su alcalde mayor de San Juan y a Martín Cerón alguacil mayor (octubre de 1509). Para suerte de Ponce –que había retornado a San Juan desposeído y con su mujer–, en la Corte, Nicolás de Ovando había elogiado su quehacer en la isla, logrando que el Rey Católico le concediese la gobernación de

San Juan (14 de agosto de 1509). Al recibir Ponce el nombramiento, requirió a Cerón para que le entregase el mando, y acabó enviándolo a España. Don Cristóbal Sotomayor, que había pasado a la isla, había recibido el cacicazgo de *Guaynía* –heredero de *Agueybana*–, y ahora Ponce le otorgaba el alguacilazgo mayor.

Los indígenas, sometidos aparentemente, prepararon en 1511 una rebelión general instigados por Guaybana, sobrino heredero de Agueybana, y cuyo cacicazgo pertenecía a Sotomayor. Guaybana sintió la confiscación de sus tierras y vasallos. Para principios de 1511 convocó en *Coyuco* un areyto guerrero o reunión. Acudieron todos los caciques insulares, y lo tratado lo conoció Ponce porque el intérprete Juan González, disfrazado, asistió al plebiscito. El plan acordado consistía en matar a cada encomendero, dando el ejemplo Guaybana al asesinar a Sotomayor. Así lo hizo. El ataque se generalizó. El cacique *Guarionex* atacó Villa Sotomayor, en la desembocadura del río Añasco. Ponce, enterado de uno y otro desastre, se preparó en *Caparra*, fundación hecha por él al Norte en los inicios, y así bautizada por Ovando en recuerdo de la Villa Caparra, cercana a Ciudad Rodrigo, su pueblo natal. Guaybana, en tanto, ultimaba aprestos en Coayuco. Ponce concentró mujeres y niños en Caparra, formó cuatro compañías con todos los varones y partió en busca de Guaybana. Por sorpresa cayó sobre la indiada de Coayuco, que dormía, matando los que pudo. Supuso que con tal escarmiento bastaba, y regresó a Caparra; pero se equivocaba. Los espías le hicieron saber que Guaybana reunía gente hacia Occidente, en *Yagüeca*. Ponce, con 80 hombres, salió en persecución del cacique rebelde. Destrozó en *Guayataca* a la turba del cacique *Mabodomaca*, por obra de su capitán Diego de Salazar, y en Yagüeca embistió, resistió el ataque de miles de indios y liquidó a Guaybana. Era la ocasión para apaciguar la gobernación y acabar su anexión, pues Guaybana constituía el virus infeccioso. Comprendiéndolo Ponce, hizo un llamamiento y logró que se sometieran el cacique de *Otuao* y *Caguax*. Los remisos a la subordinación se refugiaron en los montes o huyeron a las islas vecinas, aunque, por indicación real, se les quitaban las canoas. A finales de 1511, ya habían sido repuestos en el mando de la isla Juan Cerón y Miguel Díaz –sucesor de Martín Cerón–, gracias a la intervención de Diego Colón. A la isla se le había concedido escudo –Cordero sobre libro y con cruz, orlado de castillos, leones y cruces de Jerusalen— el 8 de noviembre de 1511.

San Juan, luego Puerto Rico, quedaba apaciguada por obra de Ponce de León, quien pedía entonces permiso al rey para ir a descu-

brir la tierra llamada *Bimini* por los indios, donde se suponía estaba la Fuente de la Eterna Juventud. El Rey le dio permiso el 23 de febrero de 1512, y Ponce de León fue así el descubridor de la Florida y el que abrió el camino a Pánfilo de Narváez y Hernando de Soto, veteranos como él en las Antillas, y a los que dolía el ámbito insular.

9. Colonización de Jamaica

A principios del verano de 1508, la Corona confería a Diego de Nicuesa y Alonso de Ojeda la Tierra Firme, con Jamaica como base de apoyo para dicha entrada. El segundo Almirante, don Diego Colón, que por entonces había recibido la administración de las Indias, acusó con desagrado la concesión de la isla a Ojeda-Nicuesa, "pareciéndole que era contra sus privilegios", pues "el Rey y todo el mundo sabía haberla descubierto su padre". Inmediatamente, don Diego se quejó a la Corona, y decidió remitir a Jamaica con la misión de conquistarla a Juan de Esquivel.

Ni Jamaica ni Esquivel nos deben ser desconocidos. La isla ha sido descubierta durante la segunda expedición colombina, en mayo de 1494. En ella iba Esquivel, al que no hace mucho hemos visto actuando en la campaña de Higuey y contra Cotubanó. A él eligió Diego Colón para conquistar Jamaica. Cuando Ojeda supo tal designación, encaminada a sustraerle la isla como trampolín, juró que "le había de cortar la cabeza" al sevillano como se atreviese a tomar la isla. Pero Esquivel no debió enterarse de la amenaza, o no debió tomarla en cuenta, porque con 60 hombres se embarcó rumbo a Jamaica dispuesto a anexionarla. Conocía el enviado del segundo Almirante la zona norte, donde estuvo con Colón, y a ella se encaminó, fundando allí una cabeza de puente, que llamó *Sevilla la Nueva* (1509).

El indígena jamaicano subtaino era de índole mansa, y no ofreció reacción. Los hispanos comenzaron prontamente a repartírselos y a tratarlos duramente en los trabajos agropecuarios, ya que minas no había. Muchos de estos indios murieron o huyeron al monte, o se envenenaron con jugo de yuca para escapar del yugo de Esquivel, máximo eliminador de ellos según Las Casas. Más hacia el oriente de Sevilla la Nueva –hoy St. Ann's Bay– se fundó *Melilla* –Port Santa María–. Desde los dos centros se irradió camino del Sur. Pero diversas razones impelerían a su desaparición. También Esquivel desaparecía en 1512 de la escena. Durante tres años había hecho fundaciones, una fortaleza,

había intentado convertir al indígena, había extendido los cultivos... Pero informes contrarios llegaron a la metrópoli, recelosa además de saber que el sevillano era un adicto de Diego Colón. Quizá fue el tesorero Miguel de Pasamonte, investigador de las relaciones habidas entre Diego Colón y Esquivel, quien acusó de negligencia en la cristianización indígena a Esquivel. Lo cierto es que Juan de Esquivel fue una de las víctimas que cayeron a causa de la pugna habida en el marco antillano entre partidarios del Rey y partidarios de los Colón.

En 1514, Fernando el Católico acordaba con el vasco Francisco de Garay unas capitulaciones por las que éste se transformaba en el primer representante real directo en Jamaica. Garay, compañero de Colón, partía como gobernador de Jamaica, y para explotar a medias las haciendas insulares de la Corona. Lo mismo que a Esquivel, se le encarecía que desarrollase activamente la economía insular con el fin de abastecer a los hombres que ya se movían en Tierra Firme. Definitivamente, con Garay, Jamaica adquiere su carácter de plataforma nodriza. Quizá por estas circunstancias fueron llevadas al Sur las fundaciones del Norte: porque desde esa banda eran más fáciles las navegaciones y continua la conexión. Por eso, y por razones sanitarias y económicas. Según parece, una laguna palúdica enviaba aires infecciosos sobre Sevilla la Nueva, entorpeciendo la vida de los niños; además, el *hinterland* no era rico, y en el Sur se contaba con mejores tierras.

Garay, como "repartidor de indios", hizo una nueva distribución, y comprobó cuánto habían disminuido. Prosiguió la incorporación de las tierras a la economía occidental y contempló alzarse las poblaciones de *Santiago de la Vega* (Spanish Town) y *Oristán* (Bluefields), en las costas del Sur. La isla, salvo las escabrosas montañas Azules y parte de la zona occidental, futuro refugio pirático, estaba toda recorrida, y en ella se enclavaron los hatos y rancherías hispanos. No ofrecía el suelo insular ni aventuras bélicas ni atracciones mineras. Francisco de Garay, sintiendo esta tranquilidad, e impulsado por las noticias que llegaban de Méjico, decidió un buen día zarpar hacia el Pánuco (1519). El eje histórico antillano va sufriendo un tremendo desplazamiento hacia Occidente, a causa del imán continental. Las islas se van quedando atrás.

10. Dominio de Cuba

Al comenzar el siglo XVI, la isla de Cuba –que aún no se sabía si era isla–continuaba alejada del interés de los conquistadores. Correspondió a Fernando el Católico mostrarse el primer interesado cuando, en 1504, escribió a Nicolás de Ovando su deseo de que se explorase "la isla de Cuba, que se cree es tierra firme y hay en ella cosas de especiería y oro y otras cosas de provecho". La voluntad real no fue cumplida en seguida. Lo que sucedía en Santo Domingo distraía demasiado el ánimo del gobernador Ovando. Pero la isla estaba tan próxima, era tan grande y los indicios de que poseía oro tan manifiestos, que Ovando no pudo menos que iniciar un reconocimiento "para tentar si por vía de paz se podría poblar de cristianos la isla de Cuba" (Oviedo). Comisionó para ello, en 1508, al hidalgo gallego Sebastián de Ocampo, que bojeó todo el territorio cubano y demostró definitivamente su insularidad. Ocho meses tardó en su periplo haciendo escala en los puertos de *Carena* (Habana) y *Jagua* (Cienfuegos). Antes de este bojeo se debieron de efectuar secretamente otros viajes a la isla.

Al tiempo de recorrer Ocampo el litoral cubano, varios españoles, sin permiso, anduvieron en la isla, tal vez a "ranchear" indios que llevarían a Santo Domingo. Otros españoles visitaron Cuba, antes de su ocupación, por azar. El mismo Ojeda, con Bernardino de Talavera, cuando regresaba del Darién, estuvo en la bahía de Jagua; en idéntica ruta del Darién a Santo Domingo, tocó en Cuba Martín Fernández de Enciso, y en la costa de la provincia habanera recalaron los náufragos de un navío, muriendo casi todos a manos indígenas, pues sólo sobrevivieron un hombre y dos mujeres *(Matanzas)*.

A Nicolás de Ovando sucedió Diego Colón, sobre quien fue a dar el interés real relativo a Cuba, expresado en una carta donde, entre otras cosas, se decía: "porque tenemos alguna sospecha de que en la isla de Cuba hay oro, debéis procurar lo más presto que pudierais saber lo cierto". También aguijoneaba a Diego Colón el prurito de tener a Cuba dentro de su patrimonio como virrey de las Indias. Existía, pues, un doble interés: el real y el particular. Don Diego Colón pensó en el primer momento tener un teniente de Gobernador en Cuba, y para ello escogió a su tío el adelantado Bartolomé, pronto sustituido por Diego Velázquez de Cuéllar, al ser llamado a España Bartolomé Colón. Diego Velázquez, originario de Segovia, era, en palabras lascasianas, "de condición alegre y humana, y toda su conversación era de placeres y agasajos, como entre mancebos no muy disciplinados". Go-

zaba de gran estimación por la jovialidad y llaneza con que trataba a sus inferiores, sin menoscabo de su dignidad ni del respeto debido a su persona y jerarquía. "Gentil hombre de cuerpo y de rostro, y así, amable por ello; algo iba engordando, pero todavía perdía poco de su gentileza". El "Tecle (jefe) gordo" le decían los indígenas. Celoso de su autoridad, de mediana instrucción, tenaz, dotado de sentido práctico, valeroso, etc., era este el hombre que Diego Colón escogió para anexionar Cuba, y que él pensó podría hacerlo de manera pacífica. Contaba con experiencia italiana y antillana. Había sido teniente de Ovando, fundador de varios poblados en Santo Domingo y rico vecino dominicano. Tenía dinero y prestigio. Y, además, contaba con algo importante dentro del clima político antillano de entonces: estaba a bien con los dos bandos que se habían perfilado. Por un lado se distinguían los partidarios del Rey, agrupados en torno al tesorero Miguel de Pasamontes; frente a éstos militaban los adictos a la familia Colón, menos numerosos. Diego Velázquez, respetuoso del poder virreinal colombino, había también sabido ganarse el apoyo de Pasamontes como leal servidor real.

Diego Colón se fijó en Velázquez. Con él acordó el asiento o capitulación para la anexión de Cuba. Diego Velázquez la conquistaría, sería su gobernador, y quedaría bajo la jurisdicción del virreinato colombino. Como una garantía, don Diego puso junto a Velázquez, y como lugarteniente, a Francisco de Morales, hombre adicto. Como años después sucedería con Cortés, Diego Velázquez, en su fuero íntimo, pensaba en sacudirse la subordinación de Santo Domingo tan pronto pudiese. Contaba para ello con Pasamontes y Lope Conchillos, que le gestionarían el cargo de repartidor de indios.

Los preparativos para la expedición se hicieron prontamente. *Salvatierra de la Sabana*, villa fundada por el mismo Velázquez en el suroeste de la Española, se designó como centro de los preparativos. Velázquez organizó la empresa a su costa. En la Española corría ya un viento de descontento. Sus pobladores ansiaban otras tierras. Estaban pobres y querían fortuna. No le fue difícil a Velázquez cubrir su banderín de enganche. Nombres luego famosos figuraban en la relación de los alistados: Cortés, Alvarado, Bernal Díaz, Ordás, Hernández de Córdoba, Grijalva...

A principios de 1511 la mesnada se embarcó en los navíos que, doblando el cabo Tiburón, fueron a dar a la región cubana de *Maisí*, cerca de *Baracoa*. Se supone que fue el *puerto de las Palmas*, junto a la bahía de *Guantánamo*, donde se efectuó el desembarco. Allí estaba

precisamente *Hatuey*, antiguo cacique dominicano de la región *Guahabá*. Hatuey encabezó la oposición a los hispanos, pero los tainos cubanos no contaban con el espíritu bélico que él hubiera deseado. Aquellos mansos indígenas, "con sus barrigas desnudas", según Las Casas, nada podían contra caballos, perros, lanzas, picas y arcabuces. El mismo Hatuey pereció, quemado sin piedad por Velázquez. De este modo concluyó la primera fase de la campaña llevada a cabo en una región montañosa y llena de ríos. La comarca de Baracoa, base de la conquista, estaba en paz. Velázquez, previa exploración, decidió fundar a principios de 1512 la villa de *Nuestra Señora de la Asunción*. Por entonces ya se llevaba a cabo la conquista de Jamaica por Juan de Esquivel. Algunos de los que con él estaban, enterados del quehacer de Velázquez, determinaron pasar a Cuba. Y así, Pánfilo de Narváez, "hombre de persona autorizada, alto de cuerpo, algo rubio, que tiraba a ser rojo, honrado, cuerdo, pero no muy prudente, de buena conversación, de buenas costumbres, y también para pelear con indios esforzados", se fue a Cuba con 30 buenos ballesteros hispanos.

La segunda etapa de la conquista tendió a dominar la actual provincia de Oriente. Las zonas de *Maniabón* y de *Bayamo* constituyeron los objetivos. Contra la primera salió Francisco de Morales, y Pánfilo de Narváez contra la segunda. El comportamiento de uno y otro con los indios fue bien duro. Morales, además, se rebeló contra los proyectos de Velázquez; pero éste lo eliminó prontamente y lo envió procesado a Santo Domingo. Narváez, en Bayamo, atacó duramente, y los indios huyeron a *Camagüey*. Esto significaba un grave inconveniente, porque cultivos y producciones quedaban abandonados. También a atajar este mal acudió Velázquez.

Corrió a Bayamo, y con ayuda de Bartolomé de Las Casas, se atrajo a la indiada. Velázquez retornó a Baracoa, dejando a Las Casas como asesor de Narváez. La pacificación lograda en Bayamo, con el consiguiente retorno de los naturales, y la eliminación de Francisco de Morales, peligroso segundo impuesto por Diego Colón, no introdujo la tranquilidad en el ánimo de todos. Había cierto descontento contra Velázquez, manifestado ya antes de que éste fuera a Bayamo, porque no efectuaba repartimientos. Los conquistadores habían redactado un pliego de protestas, y habían encargado a Hernán Cortés que lo presentase ante la recién creada Audiencia de Santo Domingo. Velázquez, enterado, abortó el plan y perdonó a los culpables. Pero el malestar entre sus compañeros proseguía cuando de Bayamo volvió a Baracoa, y por ello tuvo que ceder, principiando a "señalarles algunos indios

con que se comenzasen a aprovechar". Pero aún faltaba ocupar la parte occidental de la isla. Contaba ya con bases organizadas, con el apaciguamiento de los ánimos descontentos y con una economía en funcionamiento, apoyada en brazos indios. A finales de 1512 y principios de 1513, la situación se hizo inmejorable por los avances hechos, los progresos logrados y las ventajas obtenidas del Estado.

Había que llevar a cabo la tercera y final etapa de la ocupación. Tres direcciones eligió Velázquez en esta proyección final. Al centro iría el grueso de la tropa bajo el comando de Narváez; a la derecha, por mar, iría un grupo auxiliar; por la izquieda, y también por mar, navegaría el mismo Velázquez, atento a la columna central. Era una auténtica invasión de la parte occidental, arrancando de la oriental. Las tropas de Narváez estaban formadas por unos 100 españoles y por cerca de 1.000 indios jamaicanos, haitianos y cubanos. Le acompañaba Bartolomé de Las Casas. Por la región de *Cueiba* avanzaron sobre Camagüey, castigando duramente a la indiada en *Caonao*. El punto final del itinerario fue La Habana (Carenas), tras pasar por *Sabaneque*. Mientras Narváez alcanzaba Carenas, Velázquez llegaba a Cienfuegos. El bergantín que navegó por el Norte, tocando en la costa y sometiendo a los caciques, también fondeó en Carenas. Velázquez ordenó a Narváez que prosiguiese hasta *Guaniguanico* desde el valle de Trinidad, lugar del encuentro. Narváez volvió a Carenas, tomó hombres y navegó al extremo occidental, recorriendo la región citada y la de *Guanacahabiles*. Se estaba a fines de 1514; la isla se había explorado toda, y las fundaciones de *Bayamo, Sancti-Spiritus, Trinidad, Puerto Príncipe, Habana, Baracoa* y *Santiago de Cuba* se alzaban o se alzarían, y comenzaban a servir como centros aglutinantes e irradiadores.

11. Las Indias comienzan a gravitar sobre Castilla

Tanto en Castilla como en las Indias habían sucedido cosas interesantes. Atrincherado en un púlpito primitivo de la Española, *Fray Antonio Montesinos* pronunciaba sobre el auditorio un trascendental sermón (1511). Nadie iba a pensar que lo predicado en una iglesuca de las Antillas conmovería a todas las fibras del imperio. Pero así fue. El fraile *condenó la actuación de los españoles* en Indias en su *conducta* con *la indiada*, y la *conciencia* de Fernando el Católico y de sus teólogos fue afectada por la recriminación de Montesinos. Al *problema geográfico*, debatido en aquel amanecer de América, se unía ahora

un gran *problema espiritual.* Maravilla ver cómo un pueblo –el español– es capaz de paralizar su acción colonizadora mientras discute si es justo o no es justo lo que está haciendo allende el mar.

En 1511, el *Nuevo Mundo no es una vaga idea,* o una difusa realidad. Es todo un mundo. Un mundo que está determinando la marcha de la historia de la Monarquía Católica. El Estado es consciente de la importancia de la geografía descubierta, y comienza a recortar privilegios concedidos desprendidamente en la euforia de Santa Fe.

En 1512 están sucediendo importantes cosas a una y otra orilla del Atlántico. Para *disminuir* las *ventajas* concedidas a *Cristóbal Colón* hay una sorda o descarada *lucha* entre los que siguen al Estado y los partidarios de los descendientes colombinos que militan en torno a su hijo Diego, allá en Santo Domingo. Frente a autoridades nombradas por el virrey Colón, la Corona designa a adictos suyos. Es una consecuencia de la idea que se tiene ya sobre América.

Otra *lucha* es la *ideológica.* Montesinos ha prendido el fuego. Una ardiente polémica se suscita entre los teólogos de España: ¿Es o no justo anexionar las Indias? ¿Es buena o mala la táctica colonizadora? Los dominicos condenan y los pobladores se defienden como pueden. Una *Junta de teólogos* se reunió en *Burgos* en 1512, y tras amplias discusiones declaró que los indios eran libres, que debían ser evangelizados, que debían tener casa y hacienda propia, que debían tener comunicación con los españoles, que debían percibir un salario por su jornal..., etc.

Y otro *problema* es el *geográfico*; el del paso.

12. Caboto y Ponce de León a la búsqueda del paso

Fernando el Católico, pese a los problemas que la política europea le deparaba, no había desechado la realización del plan que llevaría a sus marinos al descubrimiento del paso. Las especies incitaban demasiado. Los *venecianos,* aliados del Católico, le acuciaban desde que los *portugueses* les arrebataron el tráfico con Oriente al descubrir el *camino del cabo de Buena Esperanza.* Fernando el Católico soñaba con el paso y creía –Solís se lo confirmó– que las Molucas le pertenecían. En España se pensaba que el *estrecho* estaría en el *Caribe* o *golfo de la Española;* pero Colón no lo encontró en su cuarto viaje. Por lo pronto, no se había tampoco avanzado más en las navegaciones vespucianas por Suramérica y de Ojeda y Nicuesa nada se sabía aun cuando

tenía lugar esta otra expedición que vamos a referir. ¿Estaría el *estrecho* por el *Noroeste*? Para explorar por aquí, Fernando El Católico mandó a buscar a Sebastián Caboto y remitió a *Ponce de León* con una armadilla.

Sebastián Caboto estaba en *Inglaterra* cuando le llamó el rey hispano. Llegó a *Burgos* en 1512, y se entrevistó con el obispo *Rodríguez de Fonseca* y el secretario *Conchillos*, con los cuales trató de "ciertas cosas sobre la navegación de las Indias e isla de los Bacalaos". Caboto logró ser nombrado capitán al servicio de Castilla, y retornó a Inglaterra a buscar su familia. De seguro que mientras estuvo en Burgos insinuó algo sobre el *paso* por el Noroeste. Cuando reapareció de nuevo (1514), ya *Balboa* había descubierto el *mar del Sur* y *Juan Ponce de León* había estado en la *Florida* (1512-1513).

El periplo de Ponce de León había sido acordado con el fin de dar término a la exploración del llamado golfo de la Española, y para descubrir y poblar en las *islas de Bimini*. Conocidas ya estas tierras –*mapas de Cantino* y *La Cosa*–, era, sin embargo, esta expedición el primer viaje oficial a ellas. En 1511, Fernando el Católico recomendó a Ponce de León el viaje al serle participado que cerca de Puerto Rico había tierras. El Rey quería que Ponce de León comprobara la existencia de estas tierras, y que luego fuera a España para concertar su población. Ponce escribió que deseaba ir al Bimini, y obtuvo la licencia. Partió de Puerto Rico en marzo de 1512, y a los dos días estaba en *Las Lucayas*. A principios de abril tocaron el continente a los 30° N. Por ser tiempo de Pascua Florida o por lo verde, bautizaron el territorio como tierra *Florida*. Rumbo al sur recorren el litoral luchando contra una corriente –la del Golfo– que el piloto Antón Alaminos estudió. El 8 de mayo doblaron Cabo Cañaveral, que llamaron Corrientes, cruzan por el sur de la península y se remontan a la Bahía de Tampa. Acabaron de nuevo en *Las Lucayas* (julio). Tomaron *esclavos* y regresaron. El viaje reveló a los pobladores de las Antillas que al Norte tenían un *vivero de esclavos;* pero la Corona vetó el negocio, aunque Diego Velázquez se aprovechó algo de él.

Había aún dos cosas por descubrir dentro de estos paisajes en que se mueven los marinos: el paso terrestre hacia el Pacífico y el trozo de *arco costero* entre *Yucatán y Florida*.

De esto se encargarán Vasco Núñez de Balboa y Hernández de Córdoba y Grijalva, redondeando de este modo el gran proceso de los descubrimientos americanos. La última escena tendría como protagonistas a Magallanes y Elcano.

13. Dabaibe y Mar del Sur

Balboa había reunido en *La Antigua* a los supervivientes de Nicuesa y de Ojeda, sobre los que ejercía una *autoridad* confirmada por el virrey *Diego Colón*. Año de 1510. A unas veinte leguas de Santa María de *La Antigua*, en una región litoral denominada *Coyba* o *Cueva*, vivía el cacique *Careta* o *Chima*. Por unos españoles llegó a oídos de Balboa que tal cacique contaba con *víveres* y *oro*. Dos cosas que deseaban tener. Vencido Careta, pasa a ser *aliado* de los hispanos; y de Balboa pasa a ser algo más: *falso suegro*. Porque Careta le ofrece al capitán español una hija cuyo nombre se ignora, pero que unos llaman poéticamente *Anayansi*, y otros, menos poéticamente, *Caretita*. Balboa ya contaba con un aliado. Unido a él vence al cacique *Ponca*. El prestigio del capitán –*Tiba*– hace que el temido jefe indio *Comagre* le invite a sus tierras y le ofrezca alimentos y oro. Parece que en el reparto hubo ciertas diferencias que, presenciadas por *Panquiano*, hijo de Comagre, sirvieron para que aquél le manifestara a Balboa que *rumbo al Sur* había un *gran mar* y una *tierra rica en oro*. Son estas las primeras noticias sobre el *Perú* y sobre el *Pacífico*.

La existencia de las riquezas en el Sur iba unido a la persona del cacique *Dabaibe*, supuesto descendiente de la diosa *Dubaiba*, madre del dios que había creado los elementos naturales. El templo de oro de *Dabaibe* posiblemente fue una *ficción* de los *indios costeros*, con el fin de lograr que los blancos *intrusos subieran* por el río *Atrato*. Balboa creyó en ello, e hizo una entrada que sólo sirvió para descubrir la *desembocadura* de dicho río, que él llamó *río Grande de San Juan*.

En esta antesala al gran descubrimiento, Balboa se multiplica. Tiene que aplastar una *conspiración* dirigida por el temible *Cémaco*, jefecillo indígena, y tiene también que hacer frente a motines urdidos por sus mismas fuerzas. Consolida su postura frente a la hueste desplegando energía y con el nombramiento como *gobernador provisional* que le llega. A la Corte remite más representantes o procuradores.

"Llega un hombre fasta donde puede; no fasta donde quiere", escribió Balboa al rey. Sin embargo, él quiso llegar hasta la orilla del mar del Sur, que presentía, y lo consiguió. La idea no le dejaba tranquilo desde que Panquiano la inyectó en su mente. Y así, un día eligió a los mejores hombres de su tropa y partió a buscar el océano.

Entretanto, en la *Corte*, *Martín Fernández de Enciso* intrigaba, logrando crear un *ambiente desfavorable a Balboa*. *Fonseca* le ayudaba en esto. Y los mismos *enviados* de Vasco Núñez le *traicionan* o se

mueren. Cuando el Rey recibe la extensa carta que Balboa le ha enviado con fecha 20 de enero de 1513, ya su *personalidad* está *difamada* y la Corte piensa en un *sustituto*. La *oposición* a Balboa cuenta con valiosos puntales: el tesorero *Miguel de Pasamontes*, enemigo de Diego Colón en las Antillas, y, por tanto, de los lugartenientes puestos por éste; el obispo *Juan Rodríguez de Fonseca*, en la Corte... En el fondo, el problema se reduce a la *lucha* entre los que defienden la total *hegemonía real* en Indias y los que apoyan los *derechos colombinos* concedidos en Santa Fe.

Contra toda esta enemiga, Balboa mantuvo por *tres años* el *único baluarte* hispano en el *continente*, y, partiendo de él, llegó a las aguas del mar presentido. Para ello caminó a través de un "estrecho de tierra y no de agua", escribe Fernández de Oviedo. El paso se había hallado, pero era terrestre, no marítimo.

14. Balboa y el Océano

El 31 de mayo de 1513 se daba en España la primera orden destinada a preparar una armada que iría al Darién. Significaba ello la anulación de Balboa y el aprovechamiento por otro de todo lo conseguido por él hasta el momento. Exactamente tres meses después, el *1 de septiembre de 1513*, Vasco Núñez de Balboa partía de La Antigua con 190 españoles y unos 800 indios. Iba a buscar la mar del Sur. Contaba para ello con los *informes de Panquiano*, los *refuerzos* que le llegaron de la Española, la *paz* hecha con los caciques vecinos y su *tenacidad*.

La corta hueste navegó de La Antigua a *Puerto Careta*, cerca de la futura *Acla*. Allí recogen *guías* que les proporciona el cacique Careta; hacen *selección* del personal, y parten hacia el interior. Abandonan la *costa* el 6 de septiembre. El jueves, día 8, arriban a las tierras del jefe indígena *Ponca*, donde dejan a unos soldados enfermos y recogen guías que les conducirán a las tierras del cacique *Caurecuá*. La marcha es durísima por el calor y la humedad de la atmósfera. Se oponen los *miasmas*, las *lianas*, las *flores extrañas*. Charcos y *caimanes* acechan al descuidado. *Helechos gigantes* impiden el paso. *Ríos* entorpecen el camino. Los crueles *insectos* se ceban en los desprevenidos. A machetazos se abren paso.

De los dominios de *Caurecuá* entran en los de *Torecha*, escenario de una matanza a mano de los blancos intrusos, que se habían asquea-

do al comprobar que los indios "no solamente en el traje –explica Gómara–, salvo en el parir, eran hembras".

Unicamente una cumbre se les ofrecía como barrera para llegar al otro lado del istmo. Todo el sábado, 24 de septiembre, lo emplearon en escalar la pendiente sin lograr alcanzar la cumbre. Duermen en la ladera, bajo un frío que les azota cruelmente. La *mañana* del *domingo* estaba reservada para ser testigo del magno *descubrimiento*. El jefe español hizo un alto en la marcha cuando ya conquistaba la cima. Se adelantó solo hacia la cumbre y atalayó el horizonte al otro lado. Dice el cronista que "vio Balboa la mar del Sur, a los 25 días de septiembre del año 13, antes de mediodía". En efecto, a sus pies se extendía la inmensa llanura salada del océano Pacífico.

Por dos veces tomó *posesión* Vasco Núñez del mar: en las playas del *golfo de San Miguel*, el 29 de septiembre, y el 29 de octubre, en una *islita* situada mar adentro. Fueron las de Balboa unas de las más bellas tomas de posesión que el mundo americano pudo contemplar. El escenario se prestaba para ello y la grandiosidad y trascendencia de lo hallado también. La primera posesión balboana la presenciaron 26 hombres armados. A media legua quedaron los demás compañeros. Balboa caminó con su corta escolta hasta unos "ancones... llenos de arboleda, donde el agua de la mar crecía e menguaba en gran cantidad. Llegó a la rivera –recuerda Oviedo– a la hora de víspera, e el agua era menguante". Balboa deseaba efectuar la toma de posesión con la marea alta, por lo cual ordenó sentarse y esperar. La tropa, cansada, se reclinó como pudo a la sombra de los árboles y aguardó a la pleamar. "...Y estando así cresció la mar a vista de todos mucho y con gran ímpetu". Tan pronto el agua se les aproximó. "Vasco Núñez, en nombre del Serenísimo e muy Catholico Rey don Fernando... tomó en la mano una bandera y pendón real de Sus Altezas, en que estaba pintada una imagen de la Virgen Sancta María... y... las armas reales de Castilla e León pintadas; y con una espada desnuda y una rodela en la mano entró en el agua de la mar salada, hasta que le dio en las rodillas, e comenzó a pasear diciendo: ¡Vivan los muy altos y poderosos Reyes don Fernando y doña Johana...", etc., etc. Francisco Pizarro era uno de los veintitantos que contemplaban en silencio el teatral acto balboano. Los reyezuelos de la región, *Chiapes* y *Tumaco*, hicieron amistad con los españoles y les comunicaron la existencia de un gran *imperio sureño* y lejano. Entre los que oían estas cosas, y figura siempre en las actas notariales que se levantan, está *Francisco Pizarro*...

Al mar le dieron la espalda el jueves 30 de noviembre de 1513. Yendo de tribu en tribu, de cacique en cacique, recogiendo oro y pactando alianzas, arribaron a *La Antigua el 19 de enero de 1514.* El recibimiento fue apoteósico. Allí, entre los que le daban la bienvenida, se alzaba *Pedro de Arbolancha,* enviado real, cuya misión era sondear los ánimos y recoger pareceres sobre Balboa. Arbolancha fue captado por el ambiente favorable al descubridor, y regresó a la metrópoli con el quinto real del botín y con cartas para el Rey. Balboa está contento de sí mismo. Sus cartas respiran satisfacción. Quiero, le dice al Rey Católico en una de tales misivas, "dar cuenta a Vuestra Muy Real Alteza de las cosas y grandes secretos de maravillosas riquezas que en esta tierra hay, de que Nuestro Señor a Vuestra Muy Real Alteza ha hecho Señor, y a mí me ha querido hacer sabedor y me las ha dejado descubrir primero que a otro ninguno y más, por lo cual yo le doy muchas gracias y loores todos los días del mundo y me tengo por el más bienaventurado hombre que nasció...". No sabía que contaba con pocos días para dar gracias a Dios por su hazaña. Dos eran las misivas. Con ellas pasó Arbolancha por Santo Domingo, dándoselas a conocer a Pasamontes. Tanto impresionaron a éste las noticias de Tierra Firme, que cambió de parecer sobre Balboa, y él mismo escribió al Rey en favor de aquél y le adjuntó copias de las cartas del descubridor. Copias que llegaron antes que las originales transportadas por Arbolancha, y que sembraron de gozo el ánimo real. Pero la armada de *Pedrarias Dávila* se había hecho a la mar en *abril* de 1514, llevando al viejo castellano con el nombramiento del gobernador de *Castilla del Oro,* excepto Veragua. La nao en que venía a España Arbolancha debió cruzarse con Pedrarias.

Hasta agosto no compareció Arbolancha por la Corte. De haber llegado antes, quizá la flota de Pedrarias no hubiese zarpado. De todos modos, los informes traídos por Arbolancha lograron *revocar* algunas *medidas* dictadas ya contra Balboa, al que se le eligió caballero de una orden y se le nombró "adelantado del mar del Sur y del gobierno de las provincias de Panamá y Coiba"..., "debaxo y so la gobernación de Pedro Arias Dávila".

BIBLIOGRAFIA

1. Obras generales para estudiar la conquista de las Antillas

ARCINIEGAS, Germán: *Biografía del Caribe.*–Buenos Aires, 1947.

BECKER Y GONZÁLEZ, Jerónimo: *Las Antillas.*–Tomo XXIII de la *Historia del Mundo.* publicada por la Universidad de Cambridge.–Buenos Aires, 1913.

GOVEIA, Elsa V.: *A Study on the Historiography of the Britsh West Indies to the end of the Nineteenth Century.*–México, 1956.

MELÓN Y RUIZ DE GORDEJUELA, Amando: *Los primeros tiempos de la colonización. Cuba y las Antillas. Magallanes y la primera vuelta al mundo.*–Salvat, Editores, S. A.–Barcelona, 1952– Tomo VI de la *Historia de América y de los pueblos americanos* dirigida por Antonio Ballesteros.

NAVARRETE, Martín Fernández de: *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron los españoles desde fines del siglo XV.*–Madrid, 1825-37, 5 tomos. Hay edición moderna dentro de la B. A. E. Tomos 75-77. Madrid, 1954-5.

PARRY, J. H., y SHERLOCK, P. M.: *A Short History of the West Indies.*–London, 1957. (Hay versión española de Kapelusz, Buenos Aires, 1976.)

REGNAULT, Elías: *Historia de las Antillas.*–1846.

SAUER, Carl Ortwin: *The Early Spanish Main.* Berkeley and Los Angeles, 1966.

2. Casa de la Contratación

HARING, S. C.: *El comercio y la navegación entre España y las Indias en la época de los Habsburgos.* México, 1939.

PUENTE Y OLEA, Manuel: *Los trabajos geográficos de la Casa de la Contratación.*–Sevilla, 1900.

PULIDO RUBIO, José: *El piloto mayor de la Casa de la Contratación.*–Sevilla, 1950.

RAMOS PÉREZ, Demetrio: *Historia de la colonización española en América.*–Madrid, 1947.

SCHAEFER, Ernesto: *El Consejo Real y Supremo de las Indias.* Sevilla, 1935 y 1947. 2 tomos.

3. Conquista de Santo Domingo

Al comenzar a citar obras donde puede estudiarse la conquista desde un interés particular, prescindimos de relacionar las historias nacionales de los diversos países, salvo en el caso de las Antillas, limitándonos a indicar monografías especializadas sobre el tema o aspectos del tema.

DOMÍNGUEZ COMPANYS, Francisco: *La Isabela, primera ciudad fundada por Colón en América.*–Sociedad Colombista Panamericana. Patronato pro Reconstrucción de La Isabela.–La Habana, 1947.

GARCÍA, José Gabriel: *Compendio de historia de Santo Domingo.*–Santo Domingo, 1893-1906, 4 tomos.

MEJÍA RICART, Adolfo: *Historia de Santo Domingo.* (Descubrimiento y conquista). Tomos 2 y 3.–Ciudad Trujillo, 1949-50.

MOYA PONS, Frank: *La Española en el siglo XVI. 1493-1520; trabajo, sociedad y política en la economía del oro.* Santiago, R. D., 1971.

4. Conquista de Puerto Rico

ABBAD Y LASIERRA, Fray Iñigo: *Historia geográfica, civil y natural de la isla de San Juan de Puerto Rico.*–Madrid, 1886. (Hay edición en Puerto Rico, 1959.)

ALEGRÍA, Ricardo: *Descubrimiento, conquista y colonización de Puerto Rico.*–San Juan de Puerto Rico, 1969.

BARREIRO-MEIRO, R.: *Puerto Rico. La Aguada. Ponce de León, etc.*–Instituto Histórico de la Marina. Madrid, 1977.

FERNÁNDEZ MENDEZ, Eugenio: *Proceso histórico de la conquista de Puerto Rico* (1508-1640).–San Juan, 1970.

HOSTOS, Adolfo de: *Tesauro de datos históricos. Indice compendioso de la literatura histórica de Puerto Rico, incluyendo algunos datos inéditos, periodísticos y cartográficos.*–Preparado bajo la dirección de... San Juan de P. R., 1948-51.–Tomos I, II y III.

MONTALVO GUENARD, J. L.: *Rectificaciones históricas. El descubrimiento de Boriquen.*–San Juan de Puerto Rico, 1933.

MURGA, Vicente: *Historia documental de Puerto Rico-Sevilla, 1956 y Madrid, 1958,* 2 tomos.

– *Juan Ponce de León, fundador y primer gobernador del pueblo puertorriqueño, descubridor de la Florida y del estrecho de Bahamas.*–San Juan, 1959.

TAPIA Y RIVERA, Alejandro: *Biblioteca histórica de Puerto Rico.*–San Juan de Puerto Rico, 1945.

TIO, Aurelio: *Nuevas fuentes para la Historia de Puerto Rico.* San Germán, P. R. 1961.

5. Conquista de Cuba

CHACÓN Y CALVO, José María: *Cedulario cubano.*–Madrid, 1929.

GUERRA SÁNCHEZ, Ramiro: *Manual de historia de Cuba.*–La Habana, 1938.

MARRERO, Levi: *Cuba: economía y sociedad.* Río Piedras (Pto. Rico), 1972.

PEZUELA, Jacobo de la: *Diccionario geográfico, estadístico, histórico de la isla de Cuba.*–Madrid, 1866.

PICHARDO, Hortensia, y PORTUONDO, Fernando: *En torno a la conquista de Cuba.*–La Habana, 1947.

PORTUONDO, Fernando: *Curso de historia de Cuba.*–La Habana, 1945.

SANTOVENIA, Emeterio, y GUERRA SÁNCHEZ, Ramiro, etc.: *Historia de la nación cubana.*–Dirigida por .....–Habana, 1952.–10 vols. (Se incluye completa bibliografía.)

TRELLES, Carlos M.: *El Adelantado Diego Velázquez.*–La Habana, 1934.

WRIGHT, Irene: *The Early history of Cuba* (1492-1586).–Nueva York, 1916.

6. Conquista de Jamaica

MORALES PADRÓN, Francisco: *Jamaica española*.–Sevilla 1952.

7. Mar del Sur

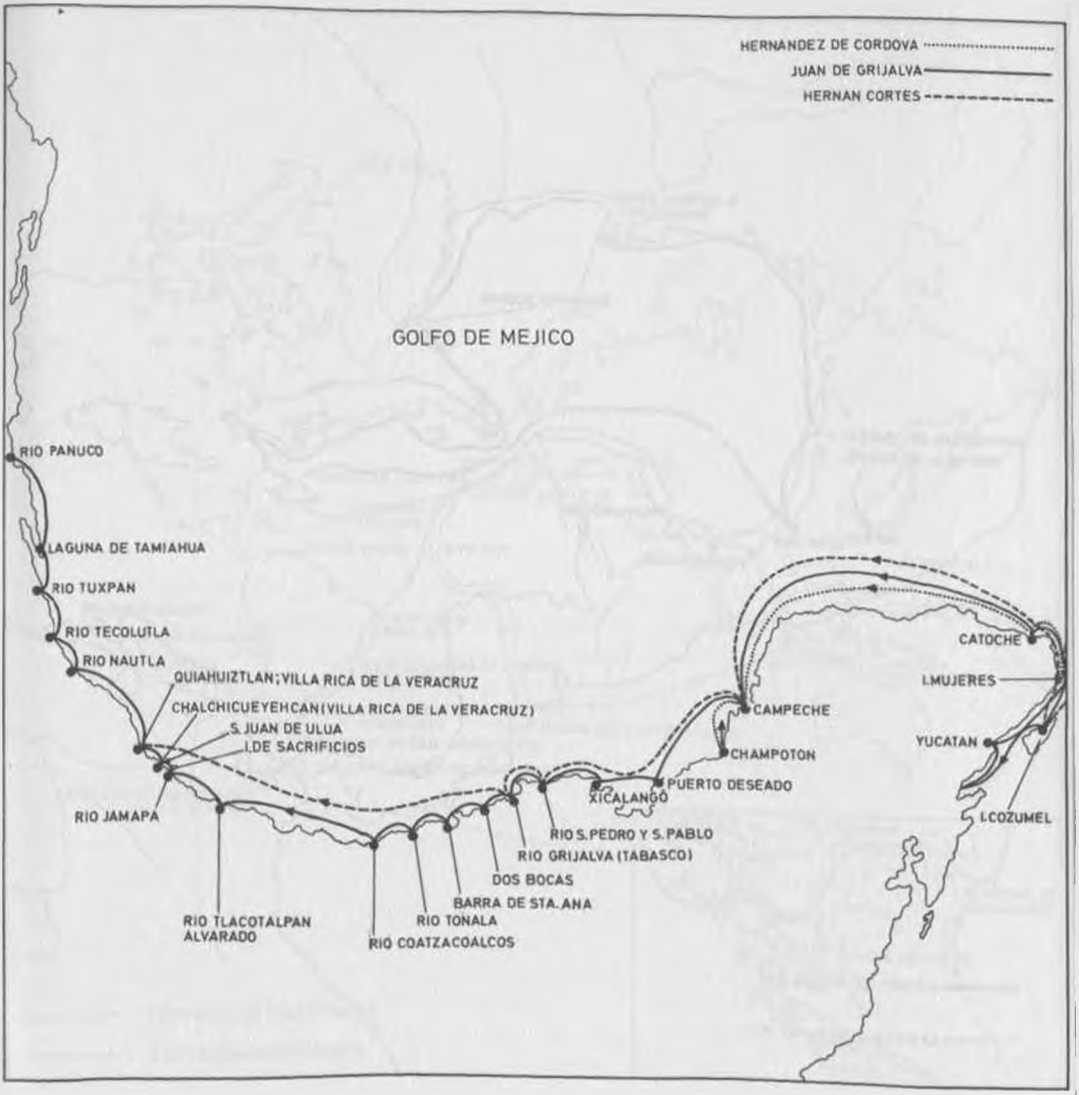
ANDERSON, Ch. L. G.: *Old Panamá and Castilla del Oro*.–Boston, 1914.
– *Vasco Núñez de Balboa*.–Buenos Aires, 1944.
ALVAREZ RUBIANO, Pablo: *Pedrarias Dávila. Contribución al estudio de la figura del «Justador», gobernador de Castilla del Oro y Nicaragua*.–Madrid, 1944.
ALTOLAGUIRRE Y DUVALE, Ángel: *Vasco Núñez de Balboa*.–Madrid, 1914. (Incluye 80 documentos del A. G. I.)
ANDAGOYA, Pascual de: *Relación de los sucesos de Pedrarias Dávila en las provincias de Tierra Firme o Castilla del Oro, y de lo ocurrido en el descubrimiento de la mar del Sur y costas del Perú y Nicaragua, escrita por...*
(Incluida en Fernández Navarrete: «Colección de los viajes...» Tomo III, y en Antonio B. Cuervo: «Colección de documentos inéditos sobre la geografía e historia de Colombia». Tomo II. Bogotá, 1892.)
BAYLE, Constantino: *Vasco Núñez de Balboa*.–Madrid, 1923.
ESCOFET, José: *Vasco Núñez de Balboa, o el descubrimiento del Pacífico*.–Barcelona, 1923.
MEDINA, José Toribio: *El descubrimiento del océano Pacífico. Vasco Núñez de Balboa*. Santiago de Chile, 1913, 2 tomos.
(Obra fundamental. Al final del tomo I se dedica un capítulo a los compañeros de Balboa, dándose noticias biográficas, y otro capítulo a notas bibliográficas, muy importante. El tomo II lo integran unos 200 documentos.)
MÉNDEZ PEREIRA, Octavio: *Núñez de Balboa*.–Buenos Aires, 1945.
QUINTANA, Manuel José: *Vasco Núñez de Balboa*.–Madrid, 1955.
ROMOLI, Katheleen: *Balboa of Darien, discoverer of the Pacific*.–New York, 1953.
– *Vasco Núñez de Balboa, descubridor del Pacífico*.–Madrid, 1955.
RUBIO, Angel: *La ciudad de Panamá*.–Panamá, 1950.
RUIZ DE OBREGÓN Y RETORTILLO, Angel: *Vasco Núñez de Balboa. Historia del descubrimiento del océano Pacífico*.–Barcelona, 1913.
SUSTO, Juan Antonio: *Bibliografía del siglo XX referente a Vasco Núñez de Balboa y a Santa María la Antigua del Darien*. «Lotería» núm. 131, págs., 83-90. Panamá, 1966.
URRUTIA, Carlos Gutiérrez: *Vida y hazañas de Vasco Núñez de Balboa*.–Barcelona, 1916.
ZWEIG, Stephan: *Balboa, o la fuga a la inmortalidad*.–Panamá, 1946.

VI

DEL ATLANTICO AL ATLANTICO

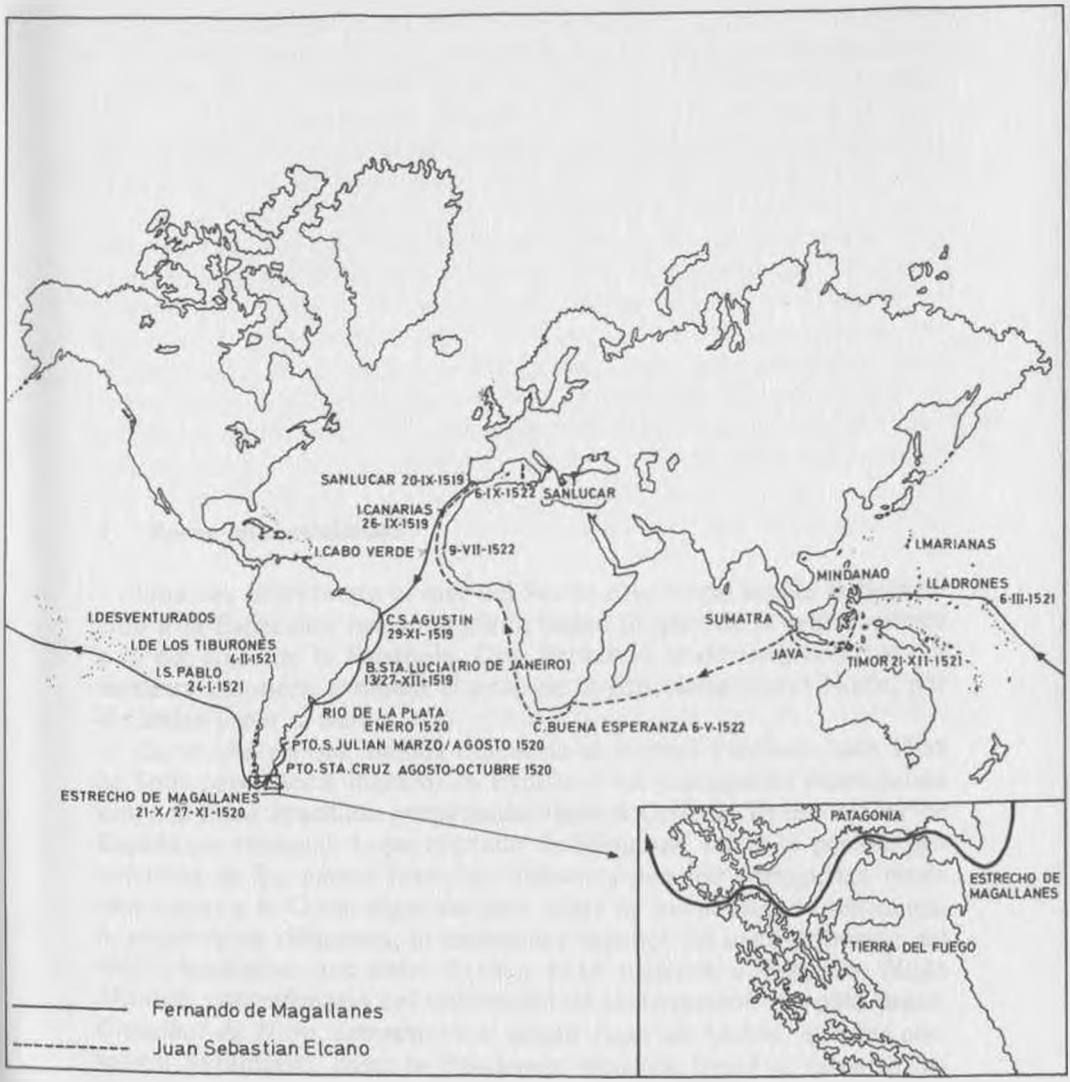
«El capitán general, Fernando de Magallanes, había resuelto emprender un largo viaje por el Océano, donde los vientos soplan con furor y las tempestades son muy frecuentes. Había resuelto también abrirse un camino que ningún navegante había conocido hasta entonces; pero se guardó muy bien de dar a conocer su atrevido proyecto, por temor a que se tratara de persuadirle por los probables peligros que tendría que correr y por no desanimar a su tripulación».

(A. PIGAFETTA: *El primer viaje alrededor del mundo).*



La proyección desde Cuba.

Proyección desde Jamaica.



Primera vuelta al mundo.

1. Roces lusocastellanos

Una vez descubierto el mar del Sur se tuvo como segura la navegación a la Especiería tomando como punto de partida la costa opuesta a la del golfo de la Española. Don Fernando se decidió, como si comenzara entonces, a buscar el *paso* de la Especiería por el Norte, por el Centro y por el Sur.

En el año en que Balboa descubría el océano Pacífico, Juan Díaz de Solís permanecía inactivo en España y los portugueses desplegaban una actividad inusitada preparando viajes a Oriente. El embajador de España en Portugal, Lope Hurtado de Mendoza, hacía lo posible por enterarse de los *planes lusitanos*, mientras que los portugueses remitían espías a la Corte española para saber de los proyectos marineros. A pesar de su diligencia, el embajador español no logró enterarse del *viaje clandestino* que entre 1513 y 1514 hicieron a América, *Nuño Manuel*, concesionario del monopolio de la extracción del palo brasil, *Cristóbal de Haro*, armador, y el piloto *Juan de Lisboa*, quienes costearon Suramérica hasta la *Patagonia*, pasando frente al estuario del *Plata*, que creyeron un estrecho, y regresaron a Portugal con la noticia de haber hallado el tan ansiado paso. La nueva se divulgó y el geógrafo alemán *Schöner* le dio forma en un mapa donde figuraba Suramérica dividida por un *estrecho* a la altura del *Río de la Plata*.

Esta noticia, y la referente al hallazgo de Balboa, aceleraron las actividades marineras. Se sabía ya que a espaldas del continente existía

un inmenso mar; pero faltaba el paso marítimo hacia él y hacia las islas de las especias. Estas, las *Molucas*, eran consideradas suyas por los portugueses estimando que caían en la jurisdicción que les otorgó la línea de Tordesillas. La Corte de Lisboa movilizaba su diplomacia cerca del Vaticano para obtener privilegios o bulas como las dadas a Castilla. En tal sentido, don Manuel de Portugal logró de León X el breve *Significavit nobis*, con motivo de la conquista de *Malaca*. Al año siguiente una nueva embajada portuguesa se trasladó a Roma y consiguió para don Manuel la *Rosa de Oro* y una *bula* concediéndole el *patronato de todos los beneficios eclesiásticos* en Africa y demás regiones situadas más allá de sus mares. El 3 de noviembre del mismo año, León X aumentó los privilegios lusitanos expidiendo la bula *Praecelsae devotionis*, que ponía a Portugal en las mismas condiciones que la bula *Dudum siquidem* (26 de septiembre de 1493) que reconoció a Castilla una ampliación en la "donación". Las concesiones papales eran ahora iguales para España y para Portugal, quedando en pie entre ambas la línea trazada en Tordesillas.

2. Solís hacia el mar de su nombre

Los últimos acontecimientos descubridores decidieron a Castilla a equipar una expedición clandestina que explorase las costas del Brasil y tomara posesión del estrecho que comunicaba el mar del Norte (Atlántico) con el mar del Sur (Pacífico). Para ello fue llamado *Díaz de Solís* que, el 24 de noviembre del año 1514 en *Mansilla*, firma unas capitulaciones para efectuar descubrimientos a las espaldas de Castilla del Oro "e de allí adelante" unas 1.700 leguas sin tocar en tierra perteneciente a Portugal. El estudio de las capitulaciones demuestra que tanto Solís como el Estado español tenían la seguridad plena de que en Suramérica existía un paso. Seguridad presentida por Vespucio, y que sólo podía haber demostrado el viaje lusitano de Cristóbal de Haro y Nuño Manuel. Ya no se piensa en ir a la India oriental por el sur de Africa, sino por el *sur de América*. Con todo *sigilo* se preparó la expedición, recomendándosele a Solís y autoridades el mayor secreto, con el fin de que los portugueses no se enterasen y se adelantaran a los españoles en sus planes.

Juan Díaz de Solís partió de *Sanlúcar de Barrameda* el 8 de octubre de 1515, llevando a bordo de tres carabelas unos 60 hombres. Los diarios de a bordo se han perdido, por lo que hay que seguir la ruta a

través de *Antonio de Herrera.* En febrero de 1516, Díaz de Solís navegaba a lo largo de la actual costa uruguaya. Singlan luego en el río *Paraná-Guazú,* que se llamó hasta don Pedro de Mendoza *mar Dulce* o *río de Solís.* En el mapa de Agnese de 1536 figurará ya con su definitivo nombre: *Río de la Plata.* Alcanzaron después la isla de *Martín García,* llamada así por el despensero que en ella enterraron.

Solís comprobó que el paso no estaba por allí, y, deseoso de saber qué clase de gente poblaban las márgenes del río, ordenó un desembarco, sin sospechar que los *indígenas* estaban *escarmentados* por malos tratos recibidos de los portugueses y planeaban una *emboscada.* Al frente de un grupo se trasladó el mismo capitán a tierra. Los de las carabelas vieron la asechanza y dispararon la artillería, sin poder evitar que la indiada cayera sobre la tropilla hispana y liquidase a todos sus miembros, salvo a uno. A la vista de los de las naos, los indígenas se *comieron* a *Solís* y a sus compañeros, aunque hay autores que niegan tal canibalismo.

Los indios que habían eliminado al marino eran los grupos más australes de los *tupi-guaraníes,* pueblo *canoero,* procedente de la cuenca *alto-amazónica.* Los *aravacos y caribes* les habían obligado a trasladarse hacia el *Suroeste* a bordo de *piraguas monoxilas.* Eran guerreros emplumados, de piel morena y ojos oblícuos, que se lanzaron sobre los *Ge,* tribus de rudimentaria cultura, a los que expulsaron de la costa atlántica. De este modo llegaron los *tupi-guaraníes* hasta las *márgenes rioplatenses,* impulsados por planes de expansión y conquista, y por un *móvil espiritual:* la búsqueda de la tierra donde no se muere. Guiados por estos móviles arribaron al *delta del Paraná,* donde entraron en contacto con los españoles como hemos visto.

La expedición castellana, al faltarle el jefe, se dispersó y las *carabelas* pusieron rumbo a *Sevilla,* llegando en septiembre de 1516. En la costa del *Brasil,* frente a la isla *Santa Catalina,* naufragó una de las embarcaciones, salvándose varios tripulantes. Uno de ellos fue el portugués *Alejo García,* que con cuatro compañeros abandonó la costa y se internó cruzando los *ríos Paraná y Paraguay* y el *Chaco* hasta llegar a los contrafuertes andinos. Al regresar, cargado de riquezas, fue muerto por los indios del río Paraguay; pero algunos de sus compañeros indígenas lograron llegar al Brasil y contar al resto de los náufragos de Solís lo sucedido.

Con el desastroso balance que la expedición de Solís había proporcionado parecía *fracasado* el gran *propósito de Fernando el Católico.* El *río de la Plata* había sido *descubierto por España;* pero el *paso* en-

tre el *Atlántico* y el *Pacífico* no. Para colmo de males, el gran alentador de la empresa, el *Rey Católico, moría* en enero de 1516 casi al mismo tiempo que Solís.

A Portugal llegaron notificaciones de la expedición fracasada, gracias a que un capitán lusitano apresó a la altura de Santos (Sao Paulo) a siete de los náufragos hispanos. Los portugueses arreciaron en sus protestas. Toda la atención descubridora estaba puesta en el río de la Plata, en las Molucas y en el encuentro del estrecho. Sin embargo, la actividad marinera y descubridora en otras zonas proseguía por estos años.

3. Se completa la costa del golfo mexicano

En la *base antillana* no cesaba de buscarse el lugar donde estaría el *paso marítimo* y, además, se tenía interés por completar el conocimiento de la *fachada continental*, en el *tramo Yucatán-Florida*. Este arco, que si damos por ciertas las expediciones de Vespucio (1497) y de Yáñez Pinzón-Solís (1508-1509), ya había sido recorrido total o parcialmente, fue verdaderamente *descubierto* por las expediciones de *Francisco Hernández de Córdoba* (1517), *Juan de Grijalva* (1518) y *Alvarez de Pineda* (1519).

Son estas exploraciones los antecedentes del viaje de Cortés. La comprensión de lo que acontece en las tres no se puede lograr si no se les inserta dentro del proceso histórico-político metropolitano y antillano. Muerto Fernando el Católico en 1516 y hasta 1520 en que llega Carlos I, el país lo gobernó el regente Cisneros.

En Santo Domingo, recordemos, se había instalado en 1509 el segundo virrey, don Diego Colón, que entre esa fecha y 1514 lleva a cabo la anexión de las vecinas Antillas. No le faltaron problemas; dos sobre todo: la instalación de la Audiencia (1511) y el sermón de Montesinos (1511), uno de los dominicos llegados en 1510 bajo la égida de fray Pedro de Córdoba. Desde 1508 los delegados de los pobladores habían solicitado un juez de apelación para tener que evitar el dirimir los pleitos en España. A base de tres jueces se instaló la audiencia; Diego Colón protestó reclamando una vez más el gobierno absoluto. En parte se le reconoce en 1520: como Almirante actuará en las islas y el continente, pero como Virrey sólo en las islas. Todo, hay que decirlo, muy confusamente. Con relación al sermón de Montesinos, éste no hizo sino ser el vocero de una Orden que se atrevió a criticar los

métodos usados por la fronteriza comunidad hispánica. La crítica a los métodos trajo otras denuncias y, como derivación, la polémica en torno a los derechos que asistían a España para conquistar el Nuevo Mundo. Un fraile, todavía conquistador y encomedero en la Cuba de Velázquez, Bartolomé de Las Casas, será el representante de esta protesta. Las *Leyes de Burgos* (1512) fue un momentáneo bálsamo a la llaga abierta. En 1514 aparecen dos repartidores de indios (Rodrigo de Alburquerque y Pedro Ibáñez Ibarra) que hacen una nueva distribución de la población indígena a gusto de los funcionarios tipo Cochillos y de los absentistas (recibieron el 10,8 por cien de los 26.693 indios repartidos). Al año el virrey se ausenta a la metrópoli, y se hace cargo del mando Cristóbal Lebrón. Cisneros, presionado por Las Casas, promueve una reforma del sistema colonial y para ello remite a tres padres Jerónimos dotados de amplios poderes (1516). Este es el contexto de las expediciones que salen de Cuba hacia el continente remitidas por un teniente de Gobernador del virrey Diego Colón.

Los Padres Jerónimos habían facultado a los pobladores de Cuba, previo informe del gobernador Velázquez, a armar barcos descubridores (20-XII-1516), pero antes de recibirse el permiso, tres pudientes colonos, Francisco Hernández de Córdoba, Cristóbal de Morantes y José Ochoa de Caicedo, con permiso de Velázquez, se disponían a preparar tres barcos descubridores, uno de los cuales lo facilitó el mismo gobernador para participar en la empresa.

Un primer objetivo –capturar esclavos en Las Lucayas, vivero permitido saquear por considerárseles caníbales– fue sustituido por el descubrimiento hacia el oeste por presión de los mílites o sugerencias de Antón de Alaminos, compañero de Ponce de León en la Florida. Bernal Díaz del Castillo, testigo y actor en todos estos intentos, nos ha dejado consignado las incidencias a partir del 8 de febrero de 1517 en que abandonan los tres barcos con 100 hombres el puerto de Axanco en La Habana. Bojean el norte insular, y a la altura de *C. de San Antonio* se alejan rumbo al SO *hacia donde se pone el Sol,* y fueron a dar en una costa con un poblado que llamaron *El Gran Cairo;* y, después de pasar por *Cabo Catoche* siguen costeando Yucatán y van a *Champotón*, donde cargan agua, y a *Potonchan* que llaman *Costa de la Mala Pelea* por las refriegas habidas. Bernal Díaz de memoria prodigiosa, evoca la visión de los guerreros, sacerdotes, mujeres, etc., indígenas y las penalidades y estrecheces sufridas. Antón de Alaminos, que consideraba a Yucatán, isla, afirmó que era mejor regresar vía la Florida y no por donde habían venido. Y así lo hicieron con 50 hom-

bres menos, muchos heridos (entre ellos Hernández de Córdoba, que muere al poco) y los ojos llenos de algo que jamás habían visto en las Antillas: ciudades de piedra, casas de piedra, templos. Ciudades que les parecieron moras... Era la cultura maya.

El desastre no les arredró. Doscientos vecinos vuelven a reunirse y financian una segunda armadilla que, con permiso de los Jerónimos y bajo el mando de Juan de Grijalva o Grijalba (paisano de Velázquez) deja el puerto de *Matanzas* el 8 de abril de 1518. Van el piloto A. Alaminos, P. Alvarado, F. de Montejo, Bernal Díaz y el clérigo Juan Díaz que dejó una relación del viaje. El 3 de mayo ancoraban en *Cozumel* (Sta. Cruz). La expedición dobló C. Catoche, luchó contra los indios en Campeche y fondeó en la *Boca de Términos* que Alaminos creyó era la embocadura de un estrecho. En tal caso Yucatán era una isla, error sustentado un cierto tiempo. A partir de aquí recorrieron un litoral desconocido, encontrando las bocas de los ríos Usumacinta, Tabasco (o Grijalba), Coatzacoalcos y Papaloapan. En el río Banderas recibieron emisarios de Moctezuma; y en las orillas de Ulúa tomaron posesión el 19 de junio de lo que llamaron *Santa M.ª de las Nieves*, primer topónimo español en México. Acuerdan que Alvarado, abordo del navío *San Sebastián*, fuera a dar cuenta a Velázquez de la jornada y a llevarle el oro y las ropas rescatadas. El gobernador de Cuba, que infructuosamente había remitido a C. de Olid en un barco a saber de Grijalva, se alegró mucho por las noticias y presentes. Mientras, Grijalva seguía recorriendo la costa hacia el N., hasta Cabo Rojo. Emprende el retorno el 21-IX-1518. Al regresar reconocen *Champotton*. Volvían con una buena cantidad de oro y habiendo entrado en contacto con el mundo azteca. Ninguno de los enviados velazquistas se habían atrevido a fundar. No portaban permiso. Quedaba abierto el campo para Hernán Cortés.

Similar fenómeno al cubano se experimentó en Jamaica, pero ésta llegó tarde a la cita continental. En Jamaica, la rala demografía indígena afectada, además, por la presencia europea y la carencia de placeres auríferos, redujo el subsistir de los colonos a una pura economía agrícola ganadera. La isla abastecía al continente y a los que a él se dirigían. Muchos colonos jamaicanos optaron por trasladarse a Cuba y probar allí fortuna, como lo había hecho ya Pánfilo de Narváez al integrarse en la hueste de Diego Velázquez. Otros tentaron la aventura del continente. Uno de ellos fue el gobernador Francisco de Garay, que pretendió repetir la suerte de Cortés.

Garay gobernador de Jamaica desde 1.514, estaba casado con Ana

María Perestrello, hermana de la difunta esposa de C. Colón, de modo que pertenecía al círculo familiar del almirante D. Diego. Se había convertido en un rico poblador en la Española, donde fue alcalde de Santo Domingo, alguacil mayor de la isla y alcaide de una fortaleza en Yáquimo. Pero como tantos otros era un insatisfecho. pretendió, sin éxito, colonizar la isla de Guadalupe; y en 1514 el rey lo situó como sustituto de Esquivel en Jamaica para que terminase el dominio y la colonización insular, y para que explotase conjuntamente unas haciendas que eran de aquel.

Las noticias en torno a las riquezas continentales conmovieron a Garay que obtuvo el adelantamiento del Río San Pedro y San Pablo (Río Tecolutla en el actual estado de Veracruz). En 1519 aderezó una expedición a cuyo frente puso a Alonso Alvarez de Pineda o Pinedo. El objetivo consistía en reconocer la costa del Golfo de México desde Florida al río Pánuco. La expedición descubrió desde el norte del Río Espíritu Santo (así llamaron al Río Mississipi) hasta el Río de San Pedro y San Pablo. La tenaz resistencia de los indios huastecas sólo permitió la exploración, sin asentamiento algunos. Tuvieron contacto con los hombres de Cortés situados en Veracruz y recibieron propuestas del de Medellín para que se pasasen a su bando, pero no lo escucharon. Después de Alvarez de Pineda, Garay remitió otras expediciones en 1520. Una la dirigió el mismo Alvarez de Pineda, y corrió igual suerte que la primera. Garay no se desanimó por el nulo éxito, y con la autorización de Carlos I (1521) para fundar una colonia en la zona explorada del Pánuco, que la documentación llamada *Provincia de Amichel,* marchó el mismo en 1523 llevando como jefe de la flota a Juan de Grijalba, el descubridor (1518) del mundo azteca. Previamente fundó en Jamaica o, mejor en Cuba, la utópica provincia de *Victoria Garayana,* y en junio se embarcó para conquistar la zona del Pánuco, pero Cortés se le había adelantado y la hueste «panciverde» (así los llama Bernal Díaz) del Gobernador jamaicano desertaron al bando cortesiano, o fueron sometidos por G. de Saldoval por dedicarse al pillaje. Garay insistiría en 1523, según tendremos ocasión de comprobar en el capítulo IX.

4. Magallanes

Portugal, empujada por Castilla, cumplía su destino marinero y lanzaba hombres al mar. También los lanzaba sobre Castilla. Uno de

ellos: Cristóbal Colón. Otro: Fernando de Magallanes. Había nacido en Oporto en 1480, de hidalgos empobrecidos. Como muchos de sus coetáneos, sintió que "navigare necesse est". Cuenta con veinticuatro años en 1505. Y mencionamos este año del XVI porque es en marzo de entonces cuando a Magallanes es posible hallarlo entre los 1.500 hombres que navegan en 20 barcos rumbo a Oriente. En la expedición no pasa de ser uno más de los tantos embarcados en misión guerrera. Recibe heridas y pasa al Africa desde la India. Tiene, como vemos, un origen tan oscuro como su compañero de gesta. Pero como no vamos a seguirle la pista minuciosamente al portugués, hemos de pasar con él apresuradamente por la India de nuevo (1509), Lisboa (1512), Marruecos (1513), Lisboa... Tiene treinta y cinco años, es áspero de carácter, ácido, no despierta simpatías. Por si fuera poco, cojea de una pierna a causa de una herida. En Lisboa pide audiencia al rey Manuel el Afortunado y, tal vez donde Juan II despidió a Cristóbal Colón, despacha don Manuel a Magallanes. El cojo veterano, de mirada hundida y gesto agrio, pide aumento de pensión y recibe un *no* regio por respuesta. Solicita luego un puesto o misión y se le contesta negativamente. Por último, antes de retirarse, pregunta si no hay inconveniente en que sirva a otro rey. No, no lo hay, exclama el Afortunado desafortunadamente. Así fue como Fernando de Magallanes vino a parar a la Corte castellana. Llegaba, como el genovés Colón, con interesantes planes. Eran proyectos que había madurado en unión del marino Ruy Faleiro, y que consistían en llegar a las islas de la Especiería no por el sur de Africa, sino de América. No era nada nuevo lo proyectado. La misma idea abrigaron Vespucio, Corté Real, Caboto... Su diferencia reside en que, con toda firmeza, Magallanes afirma que hallará el paso, porque es el único que sabe dónde se encuentra. La historia calla cómo se enteró de tal existencia.

La fuente que había informado a Magallanes acerca del paso no parece ser otra que la carta o mapa de Martín Behaim (o de Bohemia), vista por él, donde se acepta el error de considerar el Río de la Plata como un estrecho que llevaba al mar de Balboa.

¿Por qué fue a España con su proyecto? "Para vengarse –dice Pigafetta–vino a España y propuso a Su Majestad el Emperador ir a Molucas por Oeste, obteniendo el real permiso". Para vengarse de las negativas de su Rey. Lógicamente su plan no interesaba a Portugal, que dominaba la ruta por Africa; pero sí a España, a la que, además, interesaba demostrar que las islas Molucas caían dentro de su jurisdicción.

Comúnmente, cuando se habla de la línea de Tordesillas se piensa

nada más que en la cara de América, sin tener en cuenta que la papal e imaginaria línea también se dibujaba en las aguas y tierras de Oriente. Y así como la Colonia de Sacramento y la frontera hispanobrasileña en general fue la zona crítica en torno a ella, en Oceanía las Molucas constituyeron la manzana de la discordia.

Carlos I era entonces el rey de España. A él correspondió atender los planes de Magallanes y dar el apoyo para la empresa. El portugués demandó una escuadra que, navegando siempre al oeste de la línea demarcatoria (Tordesillas), llegaría a las islas de las Especierías. Estando el Rey ausente, fue el Cardenal Cisneros quien oyó al lusitano. Magallanes expuso científicamente sus ideas: compás en mano, demostró que las Molucas estaban situadas más acá de los 180° de longitud occidental de la línea de demarcación. Veinte años más tarde se sabrá que todo tenía base falsa, que las islas caían en dominio luso y que, como dice Pedro Mártir de Anglería, más valía arreglar la cuestión a cañonazos que "silogismando".

Para suerte de Magallanes, el obispo Fonseca, especie de ministro de Indias, se pone de su parte. El Estado español acepta el plan y el 22 de marzo de 1518 Carlos I, en nombre de su madre, firma la capitulación que concede al portugués la navegación a Oceanía y ocupación de las Molucas.

Fernando de Magallanes comenzó a efectuar aprestos en Sevilla, donde se encontraba Juan Sebastián Elcano, y adonde había recalado el portugués en 1516, casándose allí con Beatriz Barbosa, hija de su amigo Diego de Barbosa (1517).

5. Hacia el estrecho desconocido

Cinco naos formaban la armada magallánica: la *Trinidad*, de 110 toneladas; la *San Antonio*, de 120; la *Concepción*, de 90; la *Victoria*, de 85, y la *Santiago*, de 75. En ellas navegarían 265 o 270 hombres. Uno, Juan Sebastián Elcano, maestre de la nave *Concepción*. Otro: Juan de Cartagena, primo de Fonseca, investido con el título de "conjuncta persona", que le equiparaba en poderes a Magallanes. Cerca de la Torre del Oro los barcos comenzaron a cargar aprestos para dos años. Harina, judías, lentejas, galletas, queso, anchoas, aceite, azúcar..., todo fue engullido por las naos. Sólo de galletas se cargaron 21.380 libras y 200 toneladas de anchoas. Higos, mostaza, vino... y siete vacas, que proporcionarían leche fresca, cruzaron las pasarelas,

aparte de objetos para comerciar y la imprescindible artillería. Capitanes, marinos y grumetes acabaron de pasar a bordo y la armada se llenó de griterios y trapos desplegados. Afortunadamente para la Historia, un italiano con manía de escribir, Antonio de Pigafetta, embarcó provisto de papel virgen, tinta y plumas. No citará ni una vez a nuestro héroe –a Elcano–; pero gracias a él la ruta de las naos, los avatares y las personales impresiones desfilan ante nosotros casi día por día, desde el 10 de agosto de 1519 hasta el 9 de septiembre de 1522. También Elcano redactó su *Diario*, no encontrado, y el contramaestre Francisco Albo; pero el de Pigafetta es el más conocido, y se abre así:

"10 DE AGOSTO.–SALIDA DE SEVILLA.–El 10 de agosto de 1519, lunes, por la mañana, la escuadra, llevando a bordo todo lo necesario, así como su tripulación compuesta de 237 hombres, anunció su salida con una descarga de artillería y se largó la vela de trinquete. Descendimos por el Betis hasta el puente de Guadalquivir, pasando cerca de San Juan de Alfarache, antiguamente ciudad de moros muy poblada, en la que había un puente, del que no quedan vestigios, excepto dos pilares bajo el agua, y de los que hay que guardarse, y para evitar el riesgo se debe navegar por este lugar con pilotos, aprovechando la marea alta.

19 DE AGOSTO.–SANLUCAR.–Continuando descendiendo por el Betis, se pasa por cerca de Coria y de otros pueblos, hasta Sanlúcar, castillo que pertenece al duque de Medinasidonia, y puerto en el Océano, a 10 leguas del cabo San Vicente, 37° de latitud septentrional. De Sevilla a este puerto hay de 17 a 20 leguas.

EL CAPITAN, A BORDO.–Algunos días después, el Capitán general y los capitanes de los otros navíos vinieron de Sevilla a Sanlúcar en chalupas, y se acabó de aprovisionar a la escuadra. Todas las mañanas se saltaba a tierra para oír misa en la iglesia de Nuestra Señora de Barrameda, y antes de partir, el Capitán ordenó que toda la tripulación se confesara; prohibió además rigurosamente que embarcase en la escuadra ninguna mujer.

20 DE SEPTIEMBRE.–PARTIDA DE SANLUCAR.–26. TENERIFE.–El 20 de septiembre partimos de Sanlúcar, navegando hacia el Sudoeste, y el 26 llegamos a una isla de las islas Canarias, llamada Tenerife, situada en los 28° de latitud septentrional. Nos detuvimos tres días en un sitio a propósito para hacer aguada y carbonear; en seguida entramos en un puerto de la misma isla, al que llaman Monterroso, en donde pasamos dos días.

ARBOL QUE DA AGUA.–Nos contaron un fenómeno singular de esta

isla (*), y es que en ella no llueve nunca, y que no hay ninguna fuente ni tampoco ningún río; pero que crece un gran árbol cuyas hojas destilan continuamente gotas de un agua excelente, que se recoge en una fosa cavada al pie del árbol, y allí van los insulares a tomar el agua, y los animales, tanto domésticos como salvajes, a abrevarse. Este árbol está siempre envuelto en espesa niebla, de la que, sin duda, absorben el agua las hojas."

La última tierra española quedaba atrás: Las Canarias, inevitable apeadero y puerto de aprovisionamiento en la ruta a Indias, contemplaron alejarse los cinco navíos, sin saber que sólo uno de ellos retornaría a la patria y que únicamente 18 hombres de la tripulación volverían a ver a sus deudos.

De Canarias a Cabo Verde; de aquí al C. de San Agustín, y de este puerto a la Bahía de Sta. Lucía. El mundo multicolor brasileño les entretuvo trece días. Comerciaron, observaron y describieron las costumbres indígenas; presenciaron seriamente la ejecución del siciliano Antón Salomón, acusado de pecado nefando, y el 27 de diciembre izaron velas, comenzando a costear hasta dar con un lugar "donde Juan de Solís que, como nosotros, iba al descubrimiento de tierras nuevas, fue comido por los caníbales". Quien habla es Pigafetta y se refiere al Río de la Plata. Comprueban que el estuario no es un estrecho y enrumban al Sur.

Frío, pingüinos y focas adornan el paisaje. Los barcos navegan muy juntos. Desde el comienzo de la expedición Magallanes ha montado un estrecho sistema de control para que la formación no se disperse. La *Trinidad*, nao capitana, va delante. Al llegar la noche una luz encendida en lugar alto señala su paradero; si en vez de una son dos las luces significa que hay que moderar la marcha; si son tres, aconseja recoger la vela inferior por temor de una racha; cuatro, quiere decir arriar velas. Un cañonazo o una tea encendida, agitada, daba a entender la existencia de bajos... Los barcos enterados debían acusar la señal por el mismo sistema y cada anochecer se acercaban a la nao de Magallanes para saludar al jefe y recibir órdenes.

Al comenzar el mes de abril las naos anclaron en el puerto de San Julián, excelente abrigo, sito en los 49°30' de latitud meridional. El invierno austral lo pasarán en estas tierras. La estancia se prolongó por cinco meses y en ella las naves fueron reparadas de los desperfectos

---

(*) Era realmente, Gomera; y el árbol es el *garoé*.

producidos en la travesía, y, sobre todo, en una tempestad que les azotó el día 20 de enero.

Los habitantes indígenas del puerto se acercaron al campamento español, y desde entonces se llamaron "patagones", por su calzado de cuero parecido a patas de osos o porque les recordaba el monstruo Patagón de la novela de caballerías *Primaleón*. Los hispanos compartían el tiempo entre las naves y tierra. Hacían aprovisionamiento de leña, tomaban víveres y efectuaban exploraciones hacia el Sur. En una de estas incursiones se perdió la nao *Santiago* y sus tripulantes pasaron a engrosar la dotación de las otras embarcaciones.

Todo parecía tranquilo. Sin embargo, un sordo descontento se venía gestando entre los expedicionarios. Juan de Cartagena, que comandaba la nao *San Antonio*, había chocado con el Capitán general desde los primeros días del viaje. Había desaprobado sus órdenes y le había negado el saludo establecido, siendo preso por ello. Una de las noches vividas en la bahía de San Julián, se despegó un bote de la *Concepción* y atracó junto a la *San Antonio*. De él pasaron a la nave el preso Juan de Cartagena y su carcelero, con 30 hombres más. Los de la *San Antonio* fueron sorprendidos y desarmados. Juan Sebastián Elcano aparece en primera fila entonces, pues se hace cargo de la *Concepción*. Los conjurados, teniendo consigo tres barcos, *San Antonio, Concepción* y *Victoria*, se ponen en contacto con Magallanes y le conminan a que se les dé cuenta del derrotero y no actuar tan personalmente y sin consulta. El portugués no aceptó ir a la nao *Victoria*, señalada como cuartel de los alzados, ni éstos a la nave de Magallanes, el cual planeó un astuto golpe de mano que le proporcionó el adueñamiento de la *Victoria* y la rendición de las otras dos.

6. De océano a océano

Algunos de los rebeldes fueron ejecutados prontamente; otros, como Juan de Cartagena, se vieron abandonados en las inhospitalarias orillas. Los huecos en los mandos se rellenaron con portugueses y las naos reanudaron la busca del estrecho, llevando el peso de la tragedia. Sólo navegan dos días; al cabo, se meten en el estuario del río Santa Cruz y se preparan por dos meses. Vuelta a emprender la marcha avistan, el 21 de octubre de 1520, el cabo que llaman de las Vírgenes. Echan anclas en la bahía de la Posesión, y desde ella zarpan la *Concepción* y la *San Antonio* en misión exploradora. Buscan el estrecho

Viaje de Grijalba al rio Tabasco. Pintura del s. XIX.

Fernando de Magallanes, *portugués al servicio de España que capitaneó hasta su muerte la expedición que dio la primera vuelta al mundo.*

que lleve al mar del Sur. Tuvieron suerte, porque sortearon una tremenda tempestad y hallaron el paso anhelado. Las cuatro naves se colaron por los portillos magallánicos y fueron a dar con la bahía donde hoy está *Punta Arenas*. Los barcos parecían sombras avanzando por aguas nunca surcadas. Un silencio sobrecogedor les llegaba de los acantilados y de las aguas oscuras y heladas. No se veían seres humanos en las orillas, pero en las noches se divisan numerosas fogatas. *Tierra de Fuego*, bautiza Magallanes a la zona, y *estrecho de los Patagones* al que luego ostentará su nombre. Los barcos siguen luchando con el océano glacial hasta salir al mar abierto. Sucesivas exploraciones les van mostrando los canales que han de seguir en este laberinto virgen. A veces creen perderse en la red de canales. El 27-28 de noviembre alcanzaron el océano Pacífico. El objetivo ha sido conquistado. Pero la flotilla sólo contaba entonces con tres barcos, pues la *San Antonio*, pilotada por Esteban Gómez, había desertado y regresado a España.

Seguramente que los vencedores del estrecho pensaban que lo que restaba era fácil. Se equivocaban. Magallanes, por primera vez, solicita la opinión de sus subordinados sobre los víveres. Son escasos. A lo sumo les durarán tres meses. Otro informe que desea Magallanes: si deben dar la vuelta o conquistar el segundo objetivo personificado en la captura de las Molucas. Seguir, contestan los interrogados. Y por tres meses se deslizan por el mar del Sur, que unos siete años antes vislumbró Balboa. "El miércoles 28 de noviembre de 1520 –escribe Pigafetta– desembocamos del estrecho para entrar en el gran mar, al que en seguida llamamos mar Pacífico, en el cual navegamos durante tres meses y veinte días sin probar ningún alimento fresco." Entraban en la entidad geográfica más grande del mundo: con mayores profundidades, con mayores distancias, con mayor número de islas, con las más extensas corrientes y con los más terribles tifones. Tres grandes zonas se suelen distinguir en este océano:

1.º Pacífico Norte, al norte del Trópico de Cáncer, con una serie de mares como el de Bering, Ojotsk, Japón, China, Amarillo, California.

2.º Pacífico Central, entre los dos trópicos, con algunas de las islas más hermosas del mundo y escenario de los descubrimientos hispanos.

3.º Pacífico Sur, del Trópico de Capricornio a la Antártida.

Más de la tercera parte de la superficie del globo la comprende este

océano, cerrado al norte y totalmente abierto al sur, con una anchura máxima entre Singapur y Panamá (10.505 millas). Al igual que el Atlántico, se ve surcado por una serie de corrientes que iban a favorecer y entorpecer los viajes. Se distingue una ecuatorial del Norte, que nace en las costas de Méjico y fluye hacia Filipinas; una ecuatorial del Sur que va de Panamá a Filipinas, dividiéndose en dos brazos al sur de las Islas Fidji; y una contracorriente ecuatorial que va desde Mindanao en Filipinas a Panamá. Aparte existen otras de menor importancia como la del Japón, Kuro Shivo y Humbolt, pero decisivas en los viajes descubridores como veremos. Los vientos, como en otros océanos, son también regulares y variables, usándose aquí el término "tedioso" para señalar una franja de calmas ecuatoriales, una área de baja presión de vientos suaves y variables.

Si notables son sus profundidades, más notable es el mundo insular que le salpica. Hay *islas continentales,* las separadas del continente por aguas poco profundas; *islas oceánicas,* separadas de la plataforma continental por grandes abismos; *islas irregulares,* porque carecen de una distribución simétrica, frente a las *islas arqueadas.* Estas miríadas de islas constituyen un gran peligro para la navegación, en especial aquellas de origen coralífero, casi totalmente cubiertas por las aguas. Aparte de estos peligros que afectaron a los navegantes –no a los primeros, que por eso le llamaron *Pacífico*– no hay que olvidar los mencionados tifones, terremotos y maremotos, los hielos y las nieblas y neblinas abundantes en Aleutianas y California.

Este era el mar terrible, lleno de obstáculos, como vemos, que, sin embargo, Magallanes-Elcano cruzaron sin casi toparse una isla y menos algunos de los inconvenientes citados. El examen de los diarios y crónicas no permite con seguridad establecer el punto exacto en que comenzó la travesía, la latitud de las islas que encontraron y llamaron San Pablo y Tiburones (Infortunadas) y los rumbos y distancias navegados. Según parece, al abandonar el estrecho debieron ascender por la costa chilena, ya que deseaban situarse sobre los 32° lat. sur y seguir luego directamente hacia el Oeste para recalar en Molucas. Tardaron entre el estrecho y Molucas 103 días con un total de 13.000 millas, debiendo tardar desde el estrecho hasta el ecuador unos 22 días, tanto como los que consumieron en cruzar el estrecho de Magallanes. Luego gastaron 81 días en recorrer las 11.000 millas restantes, yendo a una velocidad doble entonces. A lo largo de este tramo sólo encontraron las llamadas Islas Infortunadas o San Pablo y Tiburones, que pueden ser las Islas Clipperton y Clarion (10° 17'N. y 18°). Y ya no vieron

ninguna otra tierra. Debieron cruzar por las Islas Malden y Christmas, bordearon las Marshall a unas 500 millas y recalaron... Fueron tres meses de infierno, sin probar agua ni alimento fresco, según decíamos. Eran galletas con gusanos; eran ratas; eran los cueros reblandecidos; era serrín de madera... Por cada rata se pagaba medio ducado. Al hambre se unió el escorbuto. Muchos cadáveres fueron arrojados al mar. Por suerte la navegación fue venturosa, ya que la ruta se efectuó entre el trópico de Cáncer y el océano Austral, zona tranquila. Veinte mil kilómetros tuvo el itinerario que concluyó en las islas Marianas. No podían más. Estaban extenuados, llenos de hambre, cansados de tanto mar y tanto cielo, agotados por las horas de navegación, perplejos por las distancias y fallos de sus cálculos. Se hubieran vuelto locos de durar más la travesía.

Más de cien veces habían visto ponerse el sol, y más de cien veces habían deseado divisar tierra. Al fin, el 6 de marzo de 1521, los cadavéricos tripulantes contemplaban el decorado de una isla de la Mar del Sur. Pronto llegaron a sus bordes y pronto también los indígenas se aproximan y suben ágilmente por las bordas. Son ingenuos y son ladrones de buena fe estos autóctonos. Con risas se llevan lo que pueden. Arramplan hasta con un bote, cosa intolerable. Magallanes los castiga duramente y bautiza su tierra: "Isla de los ladrones". Robaban como gitanos, recuerda Gómara, y "ellos mismos decían venir de Egipto, según refería la esclava de Magallanes, que los entendía. Se precian de llevar los cabellos hasta el ombligo, y los dientes muy negros, o colorados de areca, y ellos hasta el tobillo, y se los atan a la cintura, y sombreros de palma muy altos y bragas de lo mismo". Al cabo de una semana de navegar tropiezan con otra isla, está desierta. Magallanes quiere que los enfermos bajen a tierra y se repongan. Al día siguiente llega una canoa con indios de una isla vecina; traen plátanos y cocos como presentes. Proporcionan, a cambio de baratijas, pescados, aves, vino de palmera, naranjas, legumbres... Pero aún no hemos dicho qué islas son éstas: las Filipinas. Después de estar en la isla Samar ocho placenteros días prosiguieron rumbo Oeste y Suroeste, hasta llegar a la actual isla de *Leyte*. De aquí fueron a la isla de *Cebú*, ya dirigidos por el reyezuelo *Calambú*.

7. Muerte de Magallanes

El puerto de Cebú no es como los que anteriormente han visitado. Posee más categoría y su dueño y señor es todo un rajá. En la bahía se distinguen embarcaciones extranjeras e indígenas. Magallanes estima conveniente hacer una entrada impresionante y ordena disparar su artillería, mientras los barcos se acercan a la orilla. Los nativos huyen asustados. Su rey, *Humabón*, recibe al emisario de los hispanos y manifiesta que le encanta entrar en relaciones comerciales, pero que han de abonar tributo por entrar en el puerto. Se llegó a un acuerdo, pues el rajá depuso su pretensión y, mediante cambio de regalos y sangre, se concertó un tratado comercial y de alianza. A Pigafetta correspondió llevar todos los trámites diplomáticos, coronados con el mayor éxito. Rápidamente la marinería cambió el hierro por el oro, hasta que Magallanes lo prohibe. No desea evidenciarles que prestan demasiado interés al metal amarillo. También se preocupa por el aspecto espiritual de su misión y consigue que, solemnemente, el rajá se bautice. Ese día, por primera vez, Magallanes baja a tierra y preside la ceremonia ante una gran cruz alzada. El rajá pasó a llamarse Carlos y su esposa, que era muy bonita y lleva labios y uñas pintados, Juana. Las princesas también se bautizan, y parte de la población, que se agolpa ante el sacerdote de a bordo. A la Reina, como presente, se le regaló una imagen de la Virgen con el Niño Jesús, hallada luego en 1565 por los que arribaron a la isla con Legazpi.

Magallanes va a cometer un error que le será fatal. En la isla de Cebú ha establecido un almacén donde se verifica diariamente el intercambio comercial. Perfectamente. Tampoco resulta mal la política religiosa desplegada. Sin embargo, sí es imprudente el inmiscuirse en las diferencias locales entre isla e isla. Tal vez Magallanes pensó que para mantener todo el archipiélago bajo la soberanía de España, nada resultaba mejor que erigir al rajá Carlos Humabón sobre los demás caciques. Otro error: su desviación del objetivo Molucas.

Lo cierto es que en la islita de Mactan hay un cacique –*Sipapulapu*– que no se aviene a someterse. En la misma isla, otro cacique llamado *Zula* ha prestado vasallaje. Magallanes arrasa la ciudad del primero, *Bulaia*, y recibe presentes del segundo, que se queja del insubordinado. Magallanes no hace caso de sus compañeros, que le desaconsejan su deseo de atacar al reyezuelo altivo, ni acepta los auxilios que el rajá de Cebú le ofrece. Desprecia al caciquillo aceituno miserable que se atreve a desobedecerle y decide darle un escarmiento.

Con sólo 60 hombres se embarcó a media noche rumbo a Mactan (26 de abril de 1521). Lúgubres aullidos de los perros indígenas los despiden en la madrugada y les encogen el corazón. El desembarco se hace difícil por la configuración de la playa, llena de rocas coralíferas. Once hombres se quedan en los botes, mientras los demás, con el agua a la cintura y las armas sobre la cabeza, se aproximan a tierra. Allí les esperan unos 1.500 indígenas formados en tres batallones. La lucha duró una hora. Los indígenas concentraron su ataque en la persona de Magallanes, enfurecidos por el incendio de sus casas ordenado por éste. Las bombardas emplazadas en los botes no sirvieron de nada, y los indígenas parecían multiplicarse milagrosamente. Era una escaramuza estúpida. Magallanes, herido en una pierna, ordenó la retirada. Lentamente comenzó el repliegue, acosados por los nativos, que los acribillaban con sus dardos de bambú. Al llegar a la orilla eran siete los cadáveres hispanos caídos en la arena; faltó un octavo, y éste fue el de Fernando Magallanes, que sucumbió en el mismo momento del reembarco (27 de abril).

Lo sucedido era catastrófico. Todo el prestigio de los hombres blancos se había desmoronado. Cupo un remedio: el envío de una fuerza punitiva que destrozase a la pandilla de Mactan y recuperase el cadáver del jefe. En lugar de eso se muestran nerviosos, cierran el almacén y se disponen a partir..., a huir.

8. Navegación laberíntica

Más tragedias se cebaron en ellos antes de levar anclas. Hasta el momento Magallanes se había entendido con los nativos mediante Enrique, un esclavo malayo que, como Pigafetta, ha sido también herido en Mactan. El mando de la escuadra ha recaído conjuntamente en Duarte de Barbosa y Juan Rodríguez Serrano. Barbosa quiere emplear al esclavo Enrique, pero el malayo, que yace herido, se niega porque sabe que Magallanes en su testamento lo declara libre. Barbosa se irrita y le llama perro y le promete entregarlo como esclavo a la mujer de Magallanes. El malayo no olvida la afrenta y cuando, poco después, reanuda sus actividades de intérprete, se dedica a incitar contra los hispanos al rajá de Cebú. Juntos urdieron la traición. El de Cebú envió emisarios a Barbosa y Rodríguez Serrano notificándoles que le habían llegado ya los regalos que había ofrecido para el rey de España. Quería que fuesen a tierra por ellos y participasen de un banquete que les tenía preparado.

La invitación es aceptada. Veintinueve hombres bajan a tierra. Para desgracia, entre ellos se encuentran los más expertos pilotos. El festín va a tener lugar en un bosquecillo de palmeras. Juan Sebastián Elcano, enfermo, y Antonio de Pigafetta, herido, no pudieron asistir al macabro convite, y decimos macabro porque estando desprevenidos los convidados fueron asesinados en masa. Quedó vivo sólo Juan Rodríguez Serrano, al que los indígenas conducen hasta la playa. Desde la borda de las tres naos el resto de los españoles contemplan a su compatriota herido y le oyen rogar que no le desamparen. Pero Juan Carvalho, hecho con el mando, lo desoye y se aleja con los navíos.

La situación es angustiosa. Han perdido 72 hombres, los capitanes, los pilotos y una nave. Se hace preciso hundir otra para completar la tripulación de la *Victoria* y la *Trinidad*. La nave hundida es la *Concepción* y su maestre, Juan Sebastián Elcano, pasa a la *Victoria*. Se acerca su momento.

Un poco a tontas se mueve la expedición por el archipiélago de *Sonda*, en vez de ir a las *Molucas*. Medio año zigzaguean en una ruta que les conduce a *Mindanao* y *Borneo*. Carvalho no tiene altura de jefe; practica la piratería y no tiene escrúpulos en tomar para sí lo que sea. La tripulación se va hartando de él "vedendo che no faceva cosa che fosse in servitio del re", como dice Pigafetta. Tanto se hartan, que lo destituyen y ponen en su lugar a un triunvirato formado por Gómez Espinosa, capitán de la *Trinidad*, Elcano, capitán de la *Victoria*, y el piloto *Pocero*, gobernador de la armada. Realmente es Juan Sebastián quien lleva la suprema dirección.

Cuando arribaron a Mindanao el rey de la isla subió a bordo y pactó amistad. Marcharon luego a la isla *Palaoan* o *Paragua*, cuyo rey también ofreció su amistad. Allí repusiéronse de víveres, y enrumbaron hacia Borneo, donde llegan el 8 de julio de 1521. Se les recibió espléndidamente. Una piragua pintada de oro, con ancianos, banderas y música, llegó hasta las cansadas naos de España y sus tripulantes ofrecieron presentes. La ciudad estaba formada por unos 25.000 palafitos, siendo sus calles auténticos canales. En lo alto, dominando todo, se alzaba el palacio del rey moro y gordo *Siripada*. De éste fueron bien recibidos los europeos canjeándose regalos y promesas de buena amistad. Los españoles –nos interesa alguna vez saber qué daban en sus canjes– dieron a los indígenas, enumera Gómara: "una ropa de terciopelo verde, una gorra de grana, cinco varas de paño colorado, una copa de vidrio con sobrecopa, unas escribanías con su herramienta y cinco manos de papel". Esto para el rey; para la reina "llevaron...

unas zapatillas valencianas, una copa de vidrio llena de agujas cordobesas y tres varas de paño amarillo..." Pese a ello, recelosos los hispanos, abandonaron el puerto y buscaron otro para taponar las brechas de agua que tenían las naos. Duró cuarenta días la reparación, y, al cabo, ya la expedición normalizó su situación al actuar Elcano como tesorero de la armada y llevar con exactitud los libros de a bordo.

La meta que se impone alcanzar, como sea, es la de Molucas. Navegan con cierta desorientación. El 7 de noviembre de 1521 divisan las anheladas islas y el 8 arrojan anclas en el puerto de Tidor o Tidore. El recibimiento fue magnífico. El propio rey de la isla subió a bordo de las naos hispanas. Iba, describe Herrera, "vestido con una camisa labrada de oro de aguja, muy rica, y un paño blanco ceñido hasta tierra, descalzo, y en la cabeza un hermoso velo de seda, a manera de mitra. Dijo a los marineros que estaban aderezando las boyas, que fuesen bien llegados. Entró en la nao capitana, tapóse las narices, por el olor del tocino, porque era moro..." Se efectuaron los consabidos trueques de regalos y se les concedió a los europeos un almacén para que comerciaran. La estancia no podía ser más grata. Las bodegas de los barcos se hinchaban de clavo a medida que pasaban los días. Pero los expedicionarios no querían repetir lo de Cebú y soñaban con levar anclas. Este deseo natural se vio estimulado por noticias que hacían referencia a barcos portugueses apostados en el Río de la Plata y en el cabo de Buena Esperanza para apresarlos. El rey de Portugal había dado órdenes en tal sentido. Más de un barco lusitano andaba por Oceanía localizando a la flotilla magallánica.

Elcano, antes de abandonar las Molucas, pactó alianza con los cabecillas insulares y dejó cuatro hombres como guardadores de los intereses hispanos. Rápidamente se hicieron los últimos aprestos: leña, agua potable y víveres fueron subidos a bordo. El viento asiático infló las nuevas velas donde campeaba la cruz de Santiago y la inscripción: "Esta es la figura de nuestra Buenaventura." Crujieron las jarcias. Se soltaron los cabos. Las anclas rechinaron y subieron goteando agua. Las voces de mando sonaron impacientes de proa a popa. Y, ante la curiosidad de nativos y la emoción de los cuatro que se quedaban, el par de naos comenzó a salir del puerto.

Pero la *Trinidad* falló a última hora y hubo que dar marcha atrás. Una vía de agua la anegaba. Iba demasiado cargada. Para que no sucediese lo mismo con la *Victoria*, Elcano decide desalojar de ella 60 quintales de clavo. El 21 de diciembre de 1521 parte sólo la *Victoria*, cargada de especias y llevando 47 europeos y 13 indígenas.

9. «Primus circumdedisti me»

El momento es "estelar". Igual que Elcano, que zarpa para acabar de abrazar al globo, podía partir Gómez de Espinosa, conductor de la *Trinidad*, y fiel a Magallanes aquella madrugada, ya antigua, del puerto de San Julián. Pero la historia es así; y Espinosa se queda, con intención de regresar por el Pacífico, mientras que Elcano se aleja en demanda de Africa del Sur. Gómez caerá en manos de los portugueses; por poco, también Elcano; pero éste coronará su obra mientras que el otro se hunde en el olvido.

La *Victoria* –que no podía tener otro nombre– da principio al final de su inolvidable viaje. Apenas si queda un sólo acto que representar. El escenario era ya conocido. Naves de Europa habían trillado con sus quillas aquel océano. El dominio de tal zona era de un enemigo que acechaba: Portugal. La nave no responde al anhelo de los nautas. Está carcomida, cansada y mal carenada. Va demasiado cargada. Los que navegan en ella no reparan en su fatiga y enfermedad, tienen prisa. Una prisa que se ha transmitido al *Diario* de Pigafetta desde que estuvieron en Molucas.

Las penalidades vuelven a cernirse sobre los expedicionarios. No tienen sal y la carne se les pudre por el sol. Comen arroz. Arroz y agua. El escorbuto aparece. Algunos piden entregarse a los portugueses antes que seguir; pero Elcano es vasco, y vasco terco, por lo que exige continuar. Ya tocan el cabo de Buena Esperanza, que rebautizan de las *Tormentas*, porque una les arrancó el palo de proa y les rompió el mayor. El *Diario* de Pigafetta ha vuelto a guardar silencio. Desde que han salido de Timor hasta llegar al cabo de Buena Esperanza, no dice nada. Silencio. Anota en abril; luego, el 6 de mayo, para decir que han doblado el cabo "con la ayuda de Dios". Vuelta al silencio. Toma la pluma en junio para anotar que los cadáveres de los europeos arrojados al agua quedan cara al cielo, mientras que los de los indios se ponen boca abajo. Nuevo silencio de un mes. El 9 de junio anota lo sucedido en Cabo Verde; el 6 de septiembre, la llegada a Sanlúcar, y el 8 y 9 del mismo, el desembarco en Sevilla. Escasamente, en total, cuatro páginas para narrar la hazaña de Elcano, cuyo nombre no cita. Hay una maligna intención en esta táctica del silencio; pero con ello se logra hacer sonar más el nombre del héroe que, con un puñado de famélicos, montados en un colador, anduvo rutas desusadas para no caer en manos lusitanas y condujo la empresa hasta el final.

A la altura de Cabo Verde no pueden más. Por todos lados están

rodeados de agua, y, sin embargo, se mueren de sed; a bordo llevan toneladas de ricas especias pero no tienen qué comer. Paradoja. Las raciones no durarán más de tres días. Cabo Verde es una posesión portuguesa, por lo que entrar en ella significa el apresamiento. Entran. Cabe la astucia para lograr agua y víveres sin que sospechen que es la única nao superviviente de la flota magallánica. Se hacen pasar por un barco desmantelado por el temporal que venía del Nuevo Mundo. Previamente, Elcano habló a la tripulación y les rogó prudencia, y eligió a los que, en una chalupa, irían a tierra en demanda de víveres. Tuvo éxito la estratagema. Más de una vez fue y vino el batel de la nao a la orilla trayendo agua y alimentos frescos. Hasta que en el último viaje alguno de los marineros se fue de la lengua y los portugueses apresaron el bote y a los doce tripulantes. Todo pareció venirse a tierra cuando tan cerca andaban de la meta.

Elcano, velozmente, izó velas y salió disparado, dejando a sus hombres en la isla (15 de julio). No podía hacer otra cosa. El peligro quedó pronto atrás y los que aún proseguían en pie se enfrascaron en una interesante discusión. Habían comprobado que en Cabo Verde era jueves, mientras que el cómputo de a bordo señalaba miércoles. La explicación del fenómeno estaba en que el día en un barco que avanza en el sentido del sol no es de veinticuatro horas exactas, pues a cada grado sobran al día cuatro minutos. Por tanto, al andar 360° habría perdido un día.

El aroma de las playas patrias les salió a su encuentro el 6 de septiembre de 1522, en que avistaron Sanlúcar. Era un sábado. El domingo lo emplearon en remontar el Guadalquivir, y el lunes, día 8, echaron anclas en Sevilla y dispararon la artillería. Dieciocho semicadáveres saltaron a tierra el martes "en camisa y descalzos, con un cirio en la mano", y se postraron ante Santa María de la Antigua, cumpliendo promesas hechas en los días de peligro.

Eran los primeros hombres que habían dado la vuelta al mundo. La tierra era redonda.

En tanto que Magallanes-Elcano navegaban se daba principio a la fase de la *conquista*, por así decirlo, en las playas de Veracruz (1519), transformándose el fenómeno descubridor en una mezcla de hallazgos y anexiones. Ya se sabía plenamente que se estaba frente a un nuevo mundo envuelto por dos grandes océanos. Ahora lo que había que hacer era conquistarlo, anexionarlo, aunque todavía hubiese que ir descubriendo rutas que llevasen a los centros de las civilizaciones aposentadas en el cuarto continente.

La imposibilidad, sentada desde un principio, de separar descubrimiento de conquista es palpable en esta coyuntura. Hemos estado viendo el proceso descubridor como una corriente continua, que no se detiene nunca y que va eslabonando un hecho con otro. Sin embargo, en tanto que se *descubría* en el continente, las islas antillanas, halladas por Colón en los primeros instantes, se estaban *anexionando*. Los hombres que conquistaban las Antillas preparaban la plataforma para penetrar en las tierras que otros iban *descubriendo* en sus bordes por el momento.

El hallazgo de las islas conduce al hallazgo del continente. Pero también la anexión del mundo insular lleva a la incorporación de la masa continental.

BIBLIOGRAFIA

1. Diarios y documentos

Para los dos primeros puntos de este capitulo ha de verse la bibliografía que se relaciona en el cap. «Fundaciones en el Rio de la Plata»; y para el tercer punto lo que se cita en el cap. «Penetración en la Nueva España».

Las Colecciones de Documentos publicadas por PASTELL, JOSÉ TORIBIO MEDINA (sobre Historia de Chile) y la Compañía General de Tabacos de Filipinas (sobre Filipinas) contienen innumerables documentos de interés para este viaje. Otros documentos guardados en la Torre do Tombo (Lisboa), asi como los que se guardan en el Archivo de Indias y en parte dados a conocer en su conocida Colección por FERNÁNDEZ NAVARRETE completan el «corpus» documental para el conocimiento de tan transcendental viaje.

A ello hay que añadir las relaciones que del viaje hacen los cronistas ya conocidos: Fernández de Oviedo, Pedro Mártir de Angleria, Antonio de Herrera (II, Lib. IX, y III, Lib. I). Argensola, Joao de Barros (III, Lib. V), Gómara, etc.

Y, sobre todo, lo que sí hay que tener muy en cuenta es la colección de relaciones o diarios contemporáneos. En este sentido hemos de utilizar:

ALBO, Francisco: *Diario del piloto...*–Apud FERNÁNDEZ NAVARRETE, II, 532.

PIGAFETTA, Antonio: *Primer viaje en torno del globo.*–Buenos Aires, Col. Austral, 1954. Otra edición en *Biblioteca Indiana* I, Aguilar, Madrid, 1957. La traducción que dio a conocer en 1882 José Toribio Medina ha vuelto a editarse en Santiago de Chile (1970) con estudio preliminar y notas de Armando Braun Menéndez.

PIGAFETTA, Antonio: *Magellan's Voyages. A narrative Account of the first circum navigation.* Traducido y editado por R. A. Skelton.–New Haven y Londres, 1969.

TRANSILVANIA, Maximiliano: *Relación de...*–Secretario de Carlos I, que debió utilizar para ella el Diario personal de Elcano, perdido. Se encuentra en las obras completas de FERNÁNDEZ NAVARRETE editadas por la B. A. E. II.–Madrid, 1954-5, 3 tomos

Otras fuentes, de menor importancia, son las Relaciones de Ginés de Mafra, el llamado Relato del Grumete y la Relación de Juan Bautista Genovés.

2. Primera vuelta al mundo: estudios modernos

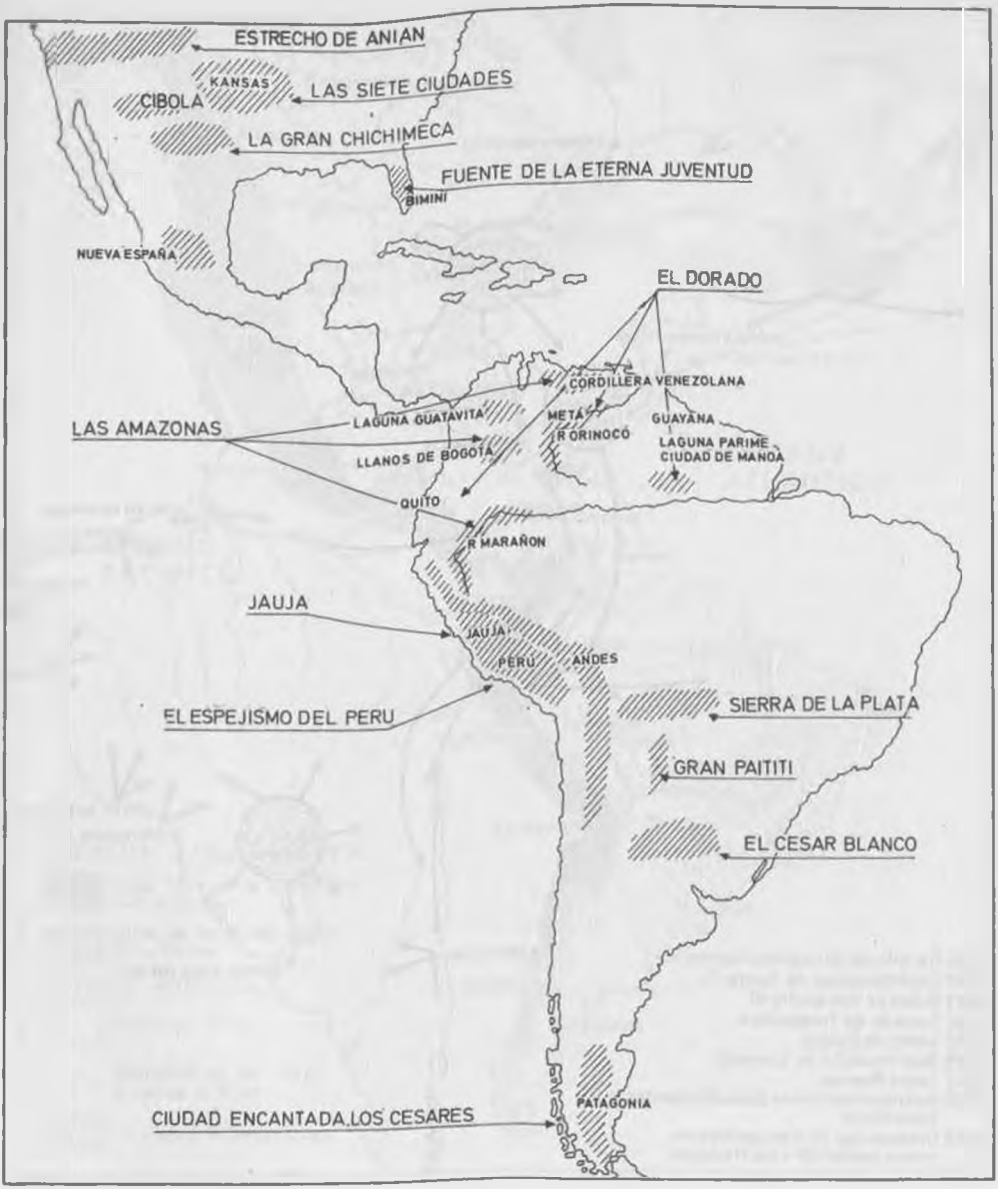
Vid. la bibliografía que se cita al tratar el descubrimiento y la conquista de Chile.
Actas del II Coloquio Español-Luso de Historia Ultramarina.–Lisboa, 1975.
ARTECHE, José de: *Elcano.*–Madrid, 1942.
BAIAO, Antonio: *El viaje de Magallanes según un testigo presencial.*–Rev. Chilena de Historia y Geografía núm. 87, 1936.
BARROS ARANA, Diego: *Vida y viajes de Magallanes.*–Buenos Aires, 1945.
DELL'AMORE, B.: *Ferdinando Magellano e il primo viaggio di circonnavigazione del globo.*–Torino, 1931.
DANUCE, Jean: *La Question des Moluques et la première circumnavigation du globe.*–Bruxelles, 1911.
FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, M.: *Viaje de Magallanes y de Sebastián Elcano.*–Buenos Aires, 1944.
FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, Eustaquio: *Juan Sebastián Elcano.*–Vitoria, 1872.
GUMENA, Alfredo; MARQUÉS, Seoane, y MERINO, Abelardo: *Los primeros navegantes que dieron la vuelta al mundo,* según .....–Madrid, Bol. Real Soc., Geogr., 1926, tomo LXVI, págs. 413-436.
HIDALGO NIETO, Manuel: *La cuestión hispano-portuguesa en torno a las islas Molucas.*–«Revista de Indias», núm. 9, págs. 429-462.–Madrid, 1942.
LAGOA, Visconde de: *Fernão de Magalhais.*–Lisboa, 1938.
LAGUARDIA TRÍAS, Rolando: *Las tablas náuticas de la expedición de Magallanes-Elcano.* Boletín de la Real Academia de la Historia, tomo 144, 1959.
MAJÓ FRAMIS, Ricardo: *Fernando de Magallanes.*–Madrid, 1944.
MELÓN Y RUIZ DE GORDEJUELA, Amando: *Los primeros tiempos de la colonización. Cuba y las Antillas. Magallanes y la primera vuelta al mundo.*–Tomo VI de la *Historia de América,* dirigida por don Antonio Ballesteros.–Barcelona, 1952.
– *Magallanes-Elcano o la primera vuelta al mundo.*–Zaragoza, 1940.
NUNN, George E.: *La ruta de Magallanes en el Pacífico.*–Rev. Chilena de Hist. y Geog., núm. 87, 1936.
PARR, Charles Mckew: *So noble Captain. The life and time of Ferdinand Magellan.*–New York, 1953. Versión española en Madrid, 1955.
PASTELL, Pablo, y BAYLE, Constantino: *El descubrimiento del estrecho de Magallanes.*–Madrid, 1920.
PEILARD, Leonce: *Magallanes.*–Barcelona, 1963.
SOLÁ, Víctor María de: *Juan Sebastián de Elcano.*–Bilbao, 1962.
TOROJASH, Martín: *Magellan historiography.* «Hispanic American Historical Review», vol. 51, n.º 2, 1971, pp. 313-335.
ZWEIG, Stefan: *Magallanes.*–Barcelona, 1945. (5.ª edición, 1972)

VII

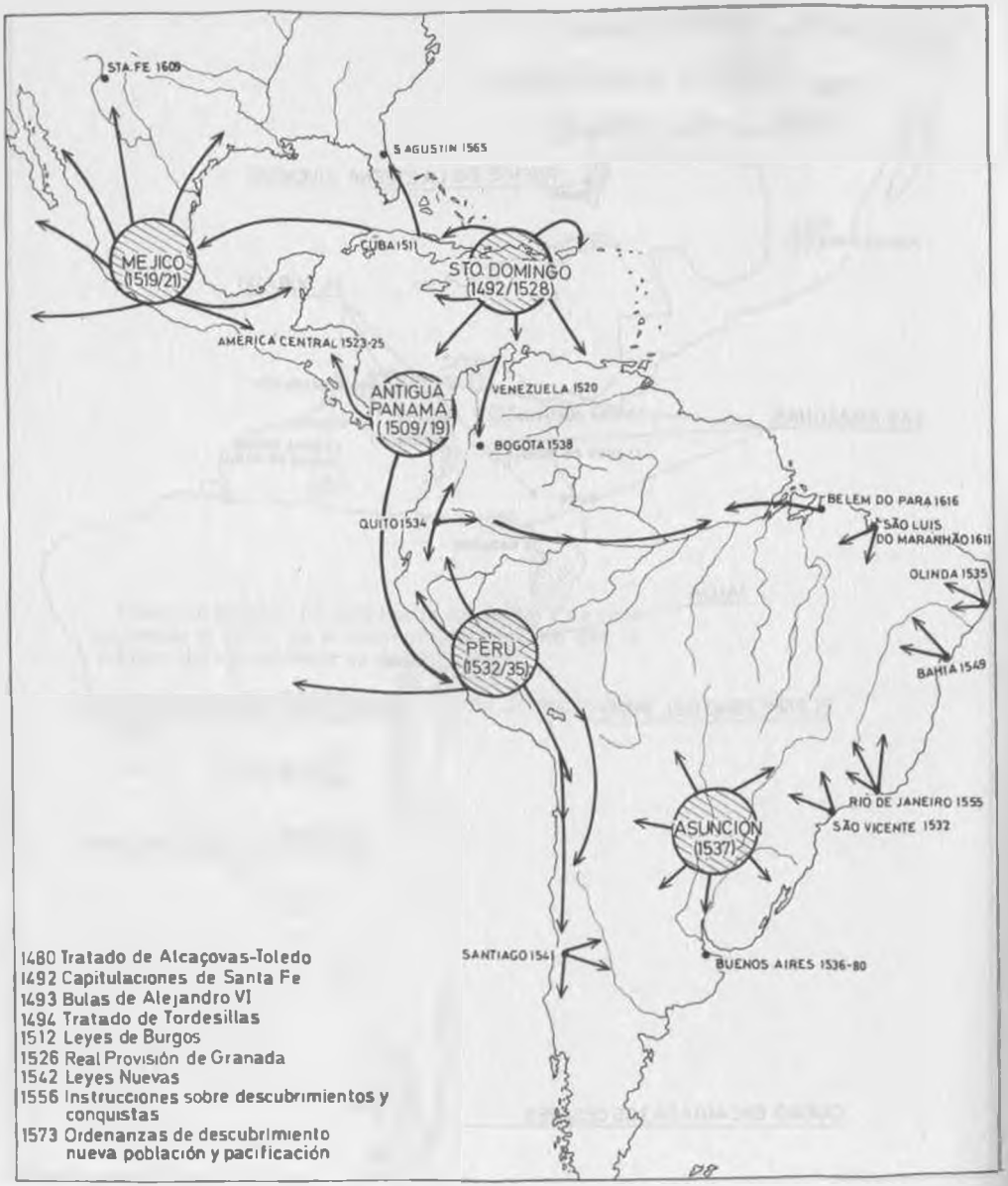
COMPRENSION DE LA CONQUISTA

Quien no poblare, no hará buena conquista; y no conquistando la tierra, no se convertirá la gente; así que, la máxima del conquistador ha de ser poblar.

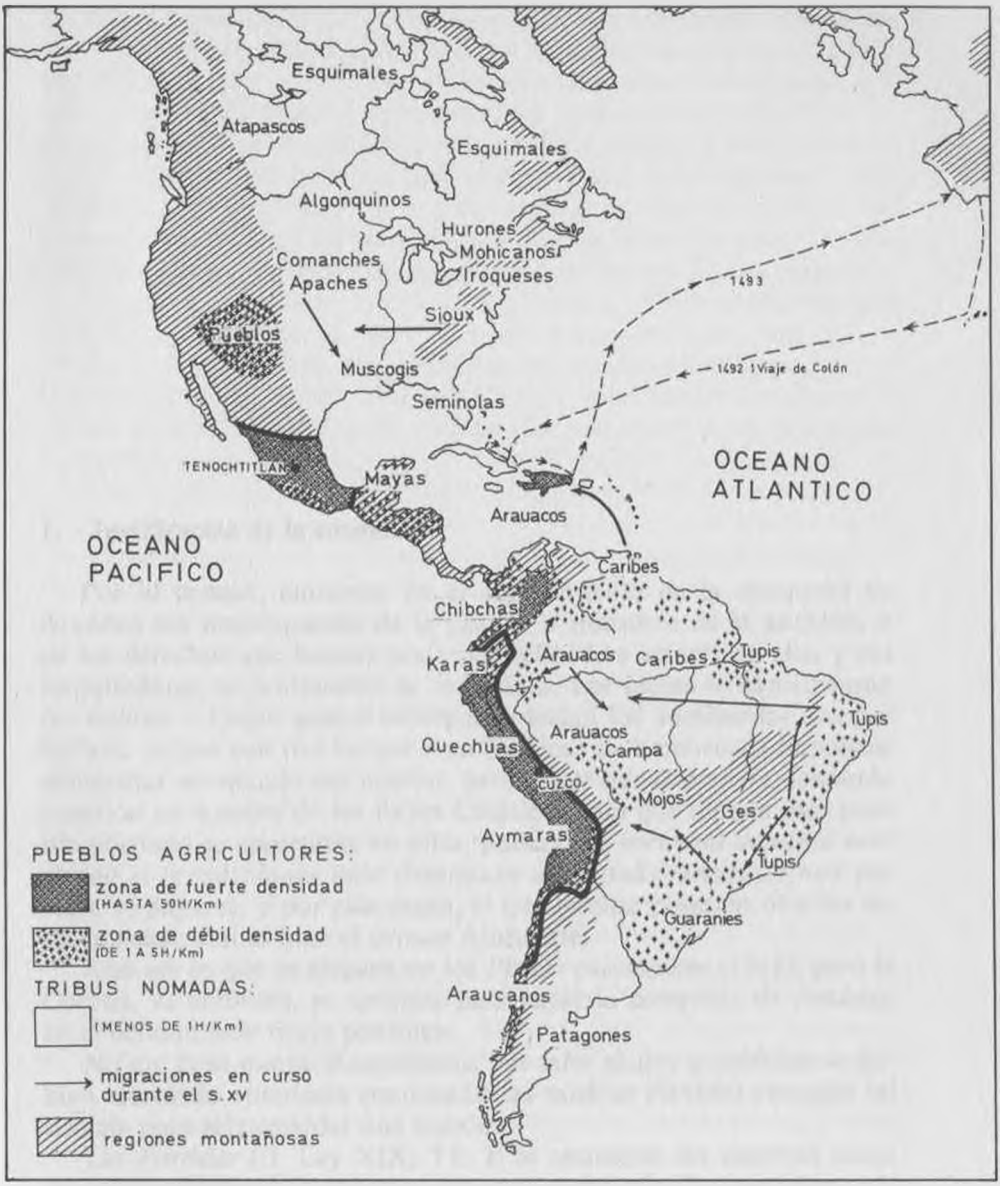
(F. LÓPEZ DE GÓMARA: *Historia general de las Indias.* Capítulo XLVI.)



Situaciones de los mitos de la conquista.



Los grandes núcleos de proyección y las leyes regulando el proceso descubridor-conquistador.



Pueblos agricultores.

1. Justificación de la conquista

Por lo común, entramos en el conocimiento de la conquista de América sin preocuparnos de la justicia o injusticia de la anexión, o de los derechos que España tenía para ello. Los actores de ella, y sus impulsadores, la justificaron de inmediato. Las Indias se consideraron *res nullius,* y Colón gana e incorpora –decían los dominicos– *non per bellum,* ya que con tres barcos y un centenar de hombres es imposible conquistar un mundo tan amplio, pero sí *per adquisitionem,* tomando posesión en nombre de los Reyes Católicos para que ningún otro pueblo cristiano se aposentase en ellas, puesto que *vocabant dominia universali et jurisdictiones quia dominium universalis jurisdictio non posesse in paganis,* y por esta causa, el que tomase posesión de ellas sería su señor. Así lo hizo el primer Almirante.

Esto era lo que se alegaba en los *Pleitos colombinos* (1518); pero la Corona, ya entonces, se apoyaba para hacer la conquista de América en el denominado título pontificio.

No era cosa nueva. Respaldados por tales títulos pontificios se habían efectuado anteriores conquistas; las mismas *Partidas* recogían tal sistema para salvaguardar una anexión.

Las *Partidas* (II, Ley XIX, Tít. I) al enumerar las maneras cómo un rey puede ganar tierras, ponen como cuarta vía el otorgamiento de dichos territorios por el Papa o el Emperador. De este modo, y teniendo ya muchos precedentes, el 3 de mayo de 1493 expedía el Papa Ale-

jandro VI la primera bula *Inter Coétera* en la que, de acuerdo con los deseos de los Monarcas españoles, les hacía donación de las islas y tierras descubiertas y por descubrir.

La base de esta doctrina, por todos aceptada, arrancaba de una antigua opinión sostenida por Enrique de Susa, cardenal arzobispo de Ostia, para quien los papas tenían máxima autoridad temporal y espiritual, como herederos de Jesucristo, que también la había tenido. Juan López de Palacios Rubios, consejero de los Reyes Católicos, aplicó la tesis del ostiense al caso americano. ¿Qué alcance y sentido tenía esta donación papal?

Los tratadistas antiguos y modernos han considerado la posibilidad del dominio político o de uso espiritual que pudo conceder la bula. Para la opinión oficial el poder concedido fue doble, aunque en el transcurso del tiempo sufrió alteraciones. Los Reyes Católicos admitieron esta donación papal y dieron copia a Colón del documento para que justificase sus descubrimientos ante cualquier injerencia de otra potencia cristiana.

Las expediciones de conquista marcharon a realizar el derecho logrado por la donación papal, a cuyo fin se "requería" previamente al indígena. El hecho de "requerir" previamente al enemigo no era una novedad, y se practicaba en la Península, se hizo en Canarias y se utilizó en Indias desde los principios. Don Diego Colón, escribiendo a Diego Velázquez, le encarece que procure apaciguar a los indígenas de Cuba "haciéndoles sus requerimientos muy en forma".

Ni este "requerimiento" verbal, ni el título de la donación papal se admitió apenas terminó la primera década del XVI. Cuando aún no se había dado principio a las grandes conquistas, se puso en cuarentena la tarea de España en América. A consecuencia de las discusiones surgió un nuevo requerimiento, y las ideas sobre la justicia o derecho a la conquista se bifurcaron en dos ramas.

La doctrina pontificia para hacerse con el continente no fue aceptada por otros pueblos europeos, e ingleses y franceses comenzaron pronto a huronear por América. Tampoco los mismos españoles creyeron de plano en la tesis del ostiense y prematuramente comenzó un ciclo de revisión y discusión. En 1511 el dominico Fray Antonio de Montesinos lanzó un sermón en Santo Domingo contra los pobladores y sus abusos, que encendió la hoguera y puso en movimiento un tempranísimo antagonismo entre las tierras conquistadas y la metrópoli. La conciencia de Fernando el Católico se conmovió, y al tiempo que acredita su poder temporal indiano ordena reunir una junta de

teólogos y juristas (1512) que han de deliberar sobre el conflicto planteado. La tesis de Fernández de Enciso sobre "el señorío universal" del Romano Pontífice y la de Palacios Rubios se impuso por el momento y fue vertida en el *Requerimiento.* Cupo al doctor Palacios Rubios, según opinión comúnmente admitida, redactar, en los días en que Pedrarias preparaba su expedición, el famoso *Requerimiento.* Documento éste por el cual el capitán hispano hacía saber a los indios que venía en nombre de un rey poderoso y respaldado por la donación papal, a incorporar sus tierras a los dominios de aquel rey y a darles la fe católica. Zarpó para las Indias por primera vez el *Requerimiento* en 1514.

La base teórica del *Requerimiento* estaba en las doctrinas anteriormente enunciadas; pero su aplicación fue irrisoria por las respuestas de los indios o por la ignorancia de su contenido, al no haber quien se lo pudiera traducir.

No obstante, la teoría de la guerra justa quedaba acreditada, dado que de no aceptar los indios el vasallaje y la nueva fe propuestos, se les haría la guerra sin piedad y se les sujetaría "al yugo y obediencia de la Iglesia y de sus Altezas".

La toma de posesión precedía al *Requerimiento.* De acuerdo con el Derecho germánico y romano, las huestes tomaban posesión, en nombre de sus reyes, de las tierras y de los mares. El acto sólo afectaba a las tierras, no a los indios. Estos se incorporaban mediante un pacto de vasallaje. En las ordenanzas de 1573 se respetó la voluntad del indio y en lugar de "requerirle" a sometimiento se le "invitaba", explicándosele las ventajas que esta sujeción le acarrearía. Propuesto el vasallaje, si los indios lo aceptaban, se celebraba el pacto extendiéndose el dominio hispano sobre las tierras y sobre los habitantes. La ceremonia de posesión revestía toda la solemnidad del momento. Hay hermosos ejemplos de estos actos: Colón, en Guanahaní, delante de los dos Pinzón, el escribano y el veedor y bajo las banderas verdes donde lucen las coronadas F e Y, toma posesión por y para los soberanos Fernando e Isabel.

Balboa, teatralmente, entró en la mar del Sur con espada y rodela alzada, y anexionó el mundo oceánico; luego, en tierra, cortó árboles y hierbas, paseó en señal de posesión y volvió a pregonar los nombres reales que escribe en las cortezas de los árboles.

Si había escribanos éstos se encargaban de legalizar documentalmente el acto.

Bernal cuenta la toma de posesión de Tabasco de esta manera:

"Cortés tomó posesión de aquella tierra por Su Majestad, y él en su real nombre, y fue desta manera: que desenvainada su espada dio tres cuchilladas en señal de posesión en un árbol grande que se dice ceiba, que estaba en la plaza de aquel gran patio y dijo que si había alguna persona que se lo contradijese, que él lo defendería con su espada y una rodela que tenía embrazada, y todos los soldados que presentes nos hallamos cuando aquello pasó respondimos que era bien tomar aquella real posesión en nombre de Su Majestad, e que nosotros seríamos en ayudalle si alguna persona otra cosa contradijera. E por ante un escribano del Rey se hizo aquel auto."

Pasados unos años de la redacción del *Requerimiento*, los dominicos volvieron a la carga (1525), con tal trascendencia, que inmediatamente se ordenó la suspensión de los descubrimientos y conquistas; luego, en 1526, se legisló cómo habían de hacerse en adelante las conquistas y se prescribió la presencia de clérigos en las huestes, como evangelizadores y fiscalizadores y la del célebre *Requerimiento*. Hasta estas alturas del siglo XVI el título de donación papal seguía siendo el preferido y el alegado por los capitanes conquistadores. Cuarenta años habían transcurrido de conquista y la base esgrimida en su defensa no era otra que la del Papa, *Dominus orbis*, contenida en el *Requerimiento*. Los capitanes españoles habían ido apoderándose de las tierras apoyados en esta doctrina. Pero en la Península no cesaban las discusiones y la oposición a tal tesis. Dos sectores habíanse definido en las discusiones. Los dos bandos polemizaron agriamente. Echando mano a lo sostenido por el ostiense (1271) en su *Summa Aurea*, hablaron y escribieron Martín Fernández de Enciso, Palacios Rubios, Gregorio López, Solórzano Pereira –*Indianarum jure*– y otros.

En el bando contrario, cuyos supuestos doctrinales estaban sobre todo en Santo Tomás, se alinearon John Maior, Las Casas, Francisco de Vitoria, Fray Antonio de Córdoba, Fray Domingo de Soto, Vázquez Menchaca..., etc.

El asunto se puso tenso. Desde libros, en juntas y en cátedras se ventiló el problema. Títulos justos y títulos falsos fueron aducidos en estos planteamientos. Nadie pensó en 1511 que el sermón pronunciado por Fray Antonio de Montesinos contra la conducta de los pobladores iba a motivar tal maraña de controversias. Examinar el criterio de todos los tratadistas es tarea que desborda la finalidad de estas páginas, por lo que nos circunscribiremos a la actitud adoptada por Fray Francisco de Vitoria, la más sólida e interesante como negación del título pontificio.

Vitoria, en sus *Relecciones*, siguió una cronología intencionada. Desde su cátedra, con ecuanimidad y serenidad, expuso su parecer a principios de 1539. Para determinar los deberes y derechos de España en Indias, comprendió que era preciso hablar antes de la potestad civil y de la eclesiástica. Así, dijo que la potestad civil estaba inserta en los pueblos, que la transmitían a los gobernantes. Tenía un origen natural y un fin natural. La potestad eclesiástica no da potestad civil. Viene de Cristo, y teniendo un origen sobrenatural, poseía un fin también sobrenatural.

En la maraña del planteamiento, Vitoria extrajo dos grupos de títulos, unos ilegítimos y otros legítimos. Ilegítimos.

1. El emperador es señor del mundo.
2. El papa es señor del mundo temporal.
3. Otro descubrimiento.
4. El que los indios no quieren recibir la fe cristiana.
5. Los pecados contra natura.
6. La elección forzada de nuevo príncipe.
7. La donación especial de Dios.

A la ilegitimidad de los dos primeros llega acudiendo al tomismo, como vimos. El tercero, de descubrimiento o derecho de invención, lo muestra falso porque las Indias no estaban vacías. El cuarto lo niega, citando a San Agustín: *Credere voluntatis est.* Los demás títulos se caen por su base.

Ahora bien: si los *derechos* de los indios no quedaban anulados por ninguna de sus facetas negativas: sodomía, incultura, infidelidad, etc., tampoco sus *deberes* desaparecían, y menos eran fuente de privilegios. Con esta previa consideración pasaba a examinar los títulos legítimos, que subdividía en seguros y probables.

Seguros, y tratándose de indios infieles, podían darse:

1. La voluntaria elección por los indios del rey español como soberano suyo.
2. El impedimento al comercio.
3. Los obstáculos a la predicación.
4. El ir a defender indios cristianos.
5. La alianza con los indígenas.

Seguros, y tratándose de indios cristianos, se obtenían como títulos:

1. El que los gobernase un infiel.
2. El temor a la apostasía.

Y como *probable* sólo ponía el que los indios fueran bárbaros.

El rechazo del poder temporal del papa era manifiesto; y el inicio del Derecho Internacional también quedaba ya claro. Por derecho natural gozan los hombres de todo el mundo, aunque el derecho de gentes lo haya dividido en naciones, la facultad de viajar. Los hispanos podían, por este derecho, ir a Indias a comerciar, siendo "deber" del indio mostrarle hospitalidad. Si el indígena no respetaba estos derechos, podían hacerlo valer por las armas, agotados los medios pacíficos.

De derecho natural es el amor al semejante, traducido en instrucción y enseñanza. De esta enseñanza humana no se puede excluir la divina; de ahí que si los caciques se oponen a la predicación de la fe, se les pueda hacer la guerra. España podía hacer tal predicación porque el Papa, por poder espiritual, puede comisionar a un pueblo como misionero. Al matar los indios a los predicadores surge el derecho de defensa y guerra justa.

Tras las conclusiones de Vitoria la posición estatal era bastante incómoda, y bien claro quedaba que el viejo título de donación pontificia no servía para nada. Claro que el mismo fraile, en su segunda *Relección –De jure belli–* proporcionó las bases justificativas.

Las Casas, por entonces, hacía oír su voz como nunca y rotundamente negaba todo derecho a la conquista armada, desmintiendo la donación papal y el *Requerimiento*. No quería conquista bélica, sino penetración misionera.

Como un resultado de tales polémicas brotaron las *Leyes Nuevas de 1542* (20 de noviembre), donde se incluyeron capítulos sobre "la forma que se ha de tener en los descubrimientos" y conquistas. Al año, una carta-mensaje y unas Instrucciones, inspiradas en el pensamiento dominico, fueron remitidas a la Nueva España con el fin de sustituir el *Requerimiento*. Las diferencias entre ambos documentos son notables. La Carta-mensaje va dirigida a los reyes indígenas, y los españoles que la llevan figuran como embajadores, cuya misión es la de evangelizar. La empresa indiana queda transformada en esencial quehacer misionero. El título papal era desplazado y en su lugar se exhibía el título de la libre elección propuesto por Vitoria y Las Casas. Pero dicho sistema apenas se llegó a emplear, pues no pasan de tres los casos en que los indios voluntariamente prestaron obediencia después de 1542.

No se crea que el triunfo de la tesis dominica se acogió sin reacción. El Rey fue el primero en acusar el impacto; después, los con-

quistadores, cuyas mayores protestas canalizaron, en último extremo, en la oposición que Gonzalo Pizarro acaudilló en el Perú, y que mató nada menos que al primer Virrey. La rebelión de los Contreras en América Central y los movimientos de Pedro de Villagrán, Alvaro de Hoyón y Diego de Vargas en Nueva Granada tipificaron el susodicho malestar y descontento.

Al final quedó aplastado el cuerpo revolucionario; pero en la Península un nuevo defensor del título pontificio había surgido: Juan Ginés de Sepúlveda, quien, aprovechando las reprobaciones suscitadas contra las Leyes Nuevas, se dispuso a defender el primitivo título (1544). Lo hizo en su obra *Demócrates Secundus, sive dialogus de justis belli causis;* pero Las Casas consiguió que el libro fuera censurado o examinado por los teólogos de Alcalá y Salamanca –discípulos de Vitoria–, quienes dieron dictámenes adversos (1548). A pesar de ello, Sepúlveda editó una *Apología,* en Roma, cuya doctrina era la misma del *Demócrates* (1550). Un año antes, el Consejo de las Indias proponía al Rey la suspensión de los descubrimientos y conquistas en vías de ejecución y la convocatoria de una junta de teólogos y juristas que dispusieran la forma de hacerse. Aceptó Carlos I y ordenó el cese de todas las anexiones.

El Consejo de Indias, en pleno, más cuatro teólogos y otros personajes se reunieron en Valladolid (agosto de 1550) para tratar de la "orden que parecerá más convenir para que las conquistas, descubrimientos y poblaciones se hagan con orden y según justicia y razón". De nuevo se ponían enfrente las dos opiniones antagónicas: la que le concedía poder temporal al Papa y la que se lo negaba.

Las discusiones se reanudaron en abril de 1551. Sepúlveda y los juristas del Consejo tenían la conquista por justa. Imposible que expongamos todos los alegatos y contraalegatos. Al final, el triunfo correspondió a los dominicos. En Indias, mientras, continuaban paralizadas las expediciones bélicas, no así las misioneras. Y al Consejo llegaban peticiones solicitando licencias de descubrimiento. Fue entonces (1552) cuando Las Casas se decidió a imprimir su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias,* temeroso de que el Emperador diese las licencias pedidas.

Después de la Junta de 1551 parece evidente la derrota del título pontificio; sin embargo, no acontece así. Un nuevo personaje acaba de entrar en escena: Gregorio López.

Gregorio López había sido testigo de toda la controversia, y en una edición comentada de las *Partidas* hace referencia al problema in-

diano (II, tít. XXII, ley II). En las proposiciones gregorianas admite la donación pontificia pero condena la guerra "como quiera que de ella se seguirían muchas anomalías, hurtos y latrocinios". Subraya que la finalidad conquistadora es fundamentalmente religiosa y pacífica.

Sabemos que la conquista había sido parada mientras se redactaban unas instrucciones. En 1555 aún no tenía solución el asunto: la conquista proseguía desautorizada y las instrucciones reglamentándola sin redactar. Apremiado el Consejo por las solicitudes de licencia para descubrir, comisionó el apresto de unas ordenanzas sobre descubrimientos en las que la glosa de Gregorio López sirvió de mucho (mayo de 1556). El título pontificio seguía en pie en ellas. Ya, desde luego, no se "requiere" ni se obliga al vasallaje; se prescribe un método de lenta persuasión y sólo se les hará la guerra a los indios si impiden la predicación de la fe, previa consulta a las Audiencias. Tampoco se emplea el término "conquista", y el fin religioso va antes que el político. Tales normas imperaron hasta 1573, afectando, sobre todo, a Legazpi en la anexión de Filipinas.

En 1573, Juan de Ovando, con su *Copulata de las Leyes de Indias* –gobernación espiritual y temporal de las Indias–, sigue muy de cerca las Instrucciones de 1556. Como en dichas ordenanzas, Ovando propicia que a los descubrimientos no se les llame *conquista*, sino *pacificación*, y lo primero que deben hacer los conquistadores es tomar posesión de las tierras.

Otro teorizante más: Juan de Matienzo (1567), autor de *Gobierno del Perú*, acepta la concesión pontificia y señala como legítimos títulos para la ocupación:

1. Que sean terrenos desiertos.
2. Que los indios no quieran recibir la fe.
3. Los pecados contra natura.
4. La infidelidad de los indios.

A lo largo de toda esta exposición hemos podido comprobar que la donación papal ha proseguido en su validez y que lo único que se ha variado ha sido el sistema de hacer la conquista o el vocablo denominativo. La guerra, como método de anexión, se ha desterrado. Por lo menos en los papeles.

El título que, en definitiva, se mantuvo en pie fue el de la donación pontificia. Huelga por eso que prosigamos examinando los pareceres, aunque la polémica se continúa en España. Las discusiones se

apagan en los próximos años, y un Juan de Solórzano Pereira sale a la palestra, no a discutir con otro compatriota, sino a defender los derechos de los reyes de España frente a las impugnaciones extranjeras. El tema ha tomado otro cariz, y hemos de abandonarlo por cuanto en estos años la conquista ha concluido en lo fundamental. Solórzano, ya en su época –principios del XVII–, hace como un recuento general de todos los pareceres vertidos en un siglo de debates. En su *Indianarum iure* es posible distinguir dos tipos de títulos.

Con valor parcial:

1. Descubrimiento y ocupación –siendo tierras desiertas–.
2. Ser bárbaros los indios.
3. Impedimento al comercio y evangelización.
4. Alianza para hacer guerra justa.

Con valor general muy discutido:

1. Donación especial de Dios.
2. Elección voluntaria.
3. Infidelidad e idolatría.
4. Concesión imperial.
5. Donación pontificia (fundamental).

El primigenio título proseguía imbatido. Como todo un símbolo, en el Archivo General de Indias, las bulas papales son en la Sección primera (Patronato) los iniciales documentos de ella. Tal como si quisieran justificar los millones de papeles (historia) que siguen detrás.

2. Las huestes indianas

En un principio la justificación de la conquista estuvo en la bula *Inter Coétera.* Los reyes, cimentando sus derechos en ella, concedieron licencias o cartas de merced para explorar, conquistar y poblar. Entre marinos, conquistadores, pobladores y la Corona se firmaba una capitulación, fórmula jurídica existente ya en el Derecho español, que no era sino una carta de merced. El Estado por sí, o delegando en un organismo indiano, (audiencias, virreyes) firmaba dicha capitulación. Tres tipos o clases podían darse: 1, para descubrir; 2, para conquistar, y 3, para poblar. Los autores de los *viajes andaluces* recibieron licencias reales o capitularon para explorar zonas imprecisas. Pizarro y los

Welser capitularon la conquista de un concreto territorio. En Santo Domingo se llevaron a cabo fundaciones de ciudades mediante capitulación. Fueron unas capitulaciones directas, entre rey y capitanes; aunque, como dijimos, podían hacerse entre capitán y organismo indiano delegado; tal, el ejemplo de Diego de Rojas en Tucumán. En el caso de Cortés o de Valdivia, la capitulación entre ellos y el rey no existe, ya que van con poderes delegados de otros capitanes que son los que recibieron la licencia.

La capitulación comprendía dos cuerpos: deberes del capitán y ventajas otorgadas, a cambio, por la Corona. Esta, por lo general, no perdía nada. El conquistador era siempre quien ponía la parte material, obligándose a reclutar la gente, armar y avituallar los navíos, fundar un determinado número de poblaciones, llevar animales y plantas, evangelizar..., etcétera. A cambio recibía la facultad para hacer nombramientos, conceder títulos, repartir tierras e indios; era dispensado de pagar ciertos tributos, etc. Todo lo prometido por el Rey quedaba sujeto, en su realización, a lo que el conquistador hiciera; no siendo extraño que por parte del Estado se anulase la capitulación y el capitán quedase arruinado y entrampado.

Recibida la carta de merced, el caudillo conquistador ponía manos a la obra de reclutar gentes. Aún no estaban dibujados los ejércitos nacionales y el sistema de operación era puramente medieval. La Corona encauzó el reclutamiento de tropas hacia viveros metropolitanos para evitar la despoblación, pese a lo cual, las huestes se integraron normalmente con hombres "que estaban hechos a los aires de la tierra" (veteranos). En oposición al individuo inexperto, recién llegado (chapetón), que no estaba hecho "a la constelación de la tierra ni a los mantenimientos de ella", se prefirió el baqueano palabra derivada de *baquía*, o especial resistencia ya alcanzada en la lucha contra la indiada. No era fácil a veces el reclutamiento. Pedro de Valdivia, hablando sobre el particular, dice: "Como esta tierra estaba tan mal infamada, como he dicho, pasé mucho trabajo en hacer la gente que a ella truxe, y a toda la acaudillé a fuerza de brazos de soldados amigos que se quisieron venir en mi compañía." En cambio, la expedición de Mendoza al Río de la Plata tuvo que cerrar el banderín de enganche para formar su hueste.

Al usar aquí la palabra *hueste*, muy empleada hoy, somos conscientes de que en el XVI era voz anticuada, habiéndose usado en la Edad Media para designar grandes expediciones militares. También era poco usada en el XVI la voz *compañía*, por lo menos en el lengua-

je corriente; menos se utilizaba por lo que a Indias se refiere la voz *banda* que sí se empleaba en Europa y que, desde el XVIII, toma otro sentido. En las crónicas encontramos muchas veces el vocablo *gente*, cuya tarea era la de realizar *entradas, jornadas o conquistas*, tal como rezan documentos y crónicas. Pese a lo indebido de *hueste* se nos va a permitir que echemos mano de ella para designar a la tropa hispana en Indias.

Al son de cajas, pífanos y trompetas se anunciaba que el enrolamiento estaba abierto. Quedaban vedados de alistarse los moros, judíos, herejes, castigados por la Inquisición, mujeres solteras, negros ladinos, gitanos, etc. No era una norma llevada a rajatabla, ya que si recordamos algunas expediciones podremos observar excepciones. Atraídos por el prestigio del capitán, por la bulla armada en el alistamiento y por la fama de las tierras a conquistar, se presentaban los soldados. En general, la hueste se formaba con amigos voluntarios. También embarcaron casi siempre algunos extranjeros. La ligazón entre el caudillo y los soldados, igual que entre aquél y el rey, era la del pleito homenaje. La fórmula de tal pleitesía se verificaba metiendo el soldado sus manos entre las del capitán, que se las apretaba con las suyas. El guerrero permanecía ya unido a su jefe prometiendo seguirle y morir en su compañía de ser necesario. ¡Cómo nos llega, saltando por encima de los siglos, la *Devotio Ibérica!*

Englobados en la hueste iban no sólo soldados, sino *médicos, cirujanos*, y *marineros*, en caso de ser necesaria la navegación. Y dos elementos importantísimos: los *capellanes* y los *oficiales reales*. La misión de los primeros ha quedado ya especificada; la de los segundos era la del control o fiscalización. A manera de agregados políticos iban los tres típicos representantes de la Hacienda real: *tesorero, contador y factor*. Ellos separaban para el rey el quinto de todo el botín y daban su parecer en los hechos a verificar: patrocinaron el tormento a Cuauhtémoc y muerte de Atahualpa, obligaron a retroceder a Irala en la gran entrada al Chaco... La separación del quinto real precedía al reparto del botín. Reunidos los soldados, cada cual recibía una parte directamente proporcional a sus méritos, armas y bestias que llevaba. De entrada, al rey correspondía la persona del jefe indígena, sus familias y sus riquezas. De ahí que el reparto del rescate de Atahualpa fuera ilegítimo, porque, especifica Herrera, "siendo persona real, era prisionero del rey, y, por consiguiente, su rescate pertenecía al rey también". Carlos I, en 1536, solventó este caso ordenando que al rey sólo se le diese la sexta parte de las riquezas que poseyesen los reyezuelos

indios. Uno de los más importantes repartos fue el de Pizarro: allí, el quinto real y los derechos del marcador y fundidor ascendieron a 264.859 pesos, quedando para la hueste 1.059.435 pesos de oro.

Indios cargueros o tamemes –sistema implantado por los indígenas al carecer de bestias de carga– e indios aliados como *intérpretes* (lenguas), *adalides* (guías) o *guerreros,* completaban el ejército indiano, al cual seguían unas recuas de cerdos y acémilas cargadas con armas, pan casabe, ropas, harina de maíz tostado para fabricar la conocida mazamorra, tocinos, quesos, ajos, sal, garbanzos, aceite, sebo, etc.; y chucherías –espejos, campanillas, bonetes– para efectuar "rescates" o trueques. Al hablar de las armas nos referiremos más extensamente sobre caballos y perros. Alimentos no se llevaban, a veces, en suficiente abundancia. Cerdos, pan casabe y bizcocho fueron la base. Ignorándose cuánto duraría la expedición se iba condicionado a vivir sobre el terreno.

En cuanto al abono de haberes de la tropa y organización del ejército todo corría a cargo de particulares. Pocas veces financió la Corona empresas. Y muchas veces, sin embargo, estaba más atenta a Inglaterra, a Flandes o a Italia que a la dimensión de América. Las Indias crecían y crecían por el sudor particular sin que el rey se preocupase, quizá sólo de gastar el oro que le llegaba. "Nosotros –y el plural nos aclara que se trata de Bernal–, sin saber Su Majestad cosa ninguna, le ganamos esta Nueva España, sirviendo a Dios, al Rey y a toda la Cristiandad." Allí, en su infortunio y olvido, el viejo veterano era consciente de trabajar dentro de un gran suceso universal. Pero sigamos con el reclutamiento.

El capitán, bien solo, o bien asociado, aportaba el capital, llegando hasta a pagar deudas de los soldados con tal de que se alistasen. El soldado como paga recibía luego un tanto del botín, tierras e indios. Si era pudiente, el mílite debía colaborar con su equipo bélico y hasta llevar el caballo. No es raro hallar en las *Relaciones de méritos y servicios* menciones de tantos y cuantos pesos gastados en hacer tal o cual entrada.

El capitán general de la tropa no podía actuar a su arbitrio en las operaciones de conquista; al menos, legalmente. Aparte de las acotaciones ya impuestas en la capitulación, el conquistador recibía unas *Instrucciones,* que debía cumplir. En ellas se disponía el sistema de navegación; el modo de hacer la guerra; la prohibición de blasfemar, amancebamiento y jugar; la obligación de hacer alardes y de evangelizar; el deber de tomar posesión jurídicamente, etc. De este modo se

dotó a la conquista de cierta valla de contención y de homogeneidad. La disciplina se pudo sostener al transformar al capitán de la tropa en representante del orden y justicia real. Muchos soldados quedaron colgando de un árbol por no cumplir algún precepto de las Instrucciones. Por robarle una manta a un indio, ahorcó Jiménez de Quesada a uno de sus hombres.

El atuendo bélico de la mesnada hispana era de lo más diverso. *Caballos, perros, arcabuces y falconetes* constituyeron elementos de primer orden por su eficacia y por el factor sorpresa. Los perros actuaron, sobre todo, en las Antillas; los caballos, en lugares llanos. No hay duda, sin embargo, que la primera arma española fue la sorpresa y la gravitación sobre el indio de determinadas leyendas: predicciones de Quetzalcoatl y Viracocha vaticinando el final de las culturas autóctonas. Moctezuma cree que Cortés es el propio Quetzalcoatl que retorna de Oriente. Los hombres blancos y barbados, que advenían en extrañas casas flotantes, no podían ser sino dioses. Así lo creyeron los antillanos. Para los aztecas e incas fueron, además, los hombres que, según sus leyendas, vendrían a dominarles. Para los del Nuevo Reino de Granada eran hijos del Sol. Con el tiempo comprobarán que no eran tales dioses: que dormían y comían, que se unían a sus mujeres, que se emborrachaban y, sobre todo, que se morían como cualquiera. En Puerto Rico comprobaron la mortalidad metiendo bajo el agua a un español... hasta que se ahogó; en Chile notaron su humanidad cuando le facilitaron unas indias jóvenes y vieron luego su embarazo... La jerarquía divina duró bien poco. Pero fuera de este factor extraterreno concedido por los indios, estaba el que los mismos españoles se otorgaron al creerse ayudados por la Divinidad. Si la conquista de América fue la prolongación de la Reconquista, ¿cómo no iba a inscribirse en ella el Apóstol Santiago? Hasta el trópico llegó el ganador de mil batallas y ayudó a los españoles a dominarlo. Subió con ellos a los Andes y bajó a la pampa. Cruzó ríos y vadeó mares... y al final decidió quedarse en las iglesias en un gesto muy bélico. No se puede hablar de la hueste indiana sin mencionarle a él. Por unas quince veces cabalgó junto a los españoles y su nombre quedó adherido a la piel de América en más de doscientos toponímicos. Santiago y la Virgen fueron siempre aliados de los españoles en la lucha contra la indiada. A Cortés tenía que ser el primero a quien se le apareció en Tabasco. En Méjico, Perú, Nuevo Méjico, Chile, Cartagena de Indias, Jamaica..., Santiago galopa matando indios o ingleses. La primera aparición, dijimos, se verificó entre las tropas de Cortés cuando el ataque de Tabas-

co. Gómara así lo cuenta. Pero Bernal, dispuesto a negar al capellán, narra: "Pudiera ser que lo que dice el Gómara fueran los gloriosos apóstoles señor Santiago o señor San Pedro, e yo, como pecador, no fuera digno de lo ver; lo que entonces vi y conocí fue a Francisco de Morla en un caballo castaño, que venía juntamente con Cortés, que me parece que agora que lo estoy escribiendo se me representa por estos ojos pecadores toda la guerra según de la manera que allí pasamos; e ya que yo, como indigno pecador, no fuera merecedor de ver a cualquiera de aquellos gloriosos apóstoles, allí, en nuestra compañía, había sobre cuatrocientos soldados y Cortés y otros muchos caballeros..." Comprobamos que no es tan fácil de convencer el viejo soldado. El no vio a Santiago, ni a San Pedro, ganándoles la batalla. Lo que él vio y le consta fue los cuatrocientos y pico de soldados hispanos, que, aunque no lo diga, proporcionaron el triunfo.

Si Santiago estuvo o no es cuestión de poca monta; pero el que sí no cabe la menor duda que actuó, y decisivamente, fue su compañero: el caballo, considerado por Fernández de Piedrahita como "los nervios de la guerra contra los naturales", y a los que Cortés valora y pondera en toda su extensión confesando: "No teníamos, después de Dios, otra seguridad sino la de los caballos." Los primeros *equus caballus* pasaron en el segundo viaje colombino.

El caballo español gozaba desde el siglo X de un justo renombre. Entendidos como Thomas Blandéville, el marqués de Newcastle, el barón de Eisenberg o Robichón de la Guerinière, ensalzaron sus condiciones. Y aun bien entrado el XVII, en cualquier corte europea se decía "parece español" cuando se deseaba ponderar la calidad o belleza de un caballo. Estos famosos animales, que galoparon por casi todas las calzadas de Europa, se transportaron a Indias como factor bélico o como mero semental, padre de toda una generación acreditada. Los servicios que en la lucha prestaron fueron considerables; se les cuidaba con mimo y se les mataba con dolor cuando era necesario, bien porque estaban heridos o para servir de alimentos. El tudesco Federmam, yendo de Coro a Bogotá, los alzaba con cuerdas por los precipicios. Si nacía un potrillo lo arropaban y metían en una hamaca que cargaban los hombres. El cruce de los ríos lo hacían atando las canoas de dos en dos, de modo que los caballos llevasen los remos delanteros en una y los traseros en otra.

En un principio, el indígena creyó que caballo y caballero formaban una sola pieza (Bernal, Estete, Herrera, Aguado); de ahí su estupor cuando lo veía descomponerse en dos. Cortés supo aprovechar con

astucia la admiración y temor que causaban las bestias para el logro de sus objetivos. Oviedo, recogiendo esta sorpresa general, escribe: "e assí como los ginetes dieron en la delantera o primera batalla de los indios, los pusieron en huida, porque ovieron mucho espanto de tal novedad, e nunca avian visto esta manera de hombres a caballo pelear con ellos ni con otros." La importancia del caballo fue tal, que Bernal Díaz, en su *Historia Verdadera*, da la nómina de los dieciséis caballos y yeguas que participaron en la conquista de Méjico; y el Inca Garcilaso no duda en decir que su "tierra se ganó a la jineta" –montando a la usanza mora–. Es decir, estribando corto, doblando las piernas hacia atrás, dando la sensación de estar casi arrodillado en el lomo del caballo. Debido a los estribos cortos, era preciso erguirse y recostarse contra el arzón al galopar; pero con tal sistema se ensilla más rápido y se vadeaban mejor los ríos.

Contra los caballos empleó el indio la trampa-hoyo, y la boleadora en el Río de la Plata. Después se hizo su amigo, lo dominó y utilizó tan eficazmente como el español. Caballos famosos de la conquista fueron los de Méjico, cuyo final recoge Bernal Díaz, y los que arribaron posteriormente. Por cierto que el de Cortés murió pronto de las heridas recibidas en Tabasco, y, a cambio, le compró al mismo Ortiz y García su *Arriero*, la mejor de todas las bestias embarcadas. Ya en la segunda conquista de Méjico monta un caballo "muy bueno, castaño oscuro, que le llaman Romo". Cuando marcha a las Hibueras lleva otro, que ocasionó una curiosa historia. Resulta que al transitar cerca del lago de Petén se le hirió en un remo, y, como Cortés pensaba retornar por el mismo sitio, lo dejó al cuidado del cacique de Tayasal, pueblo situado en una isla del lago, donde hoy está la población guatemalteca de Flores. Sucedió que Cortés regresó a Méjico por mar y su caballo quedó entre los indios hasta que murió. Pasados muchos años, llegaron a Petén dos franciscanos, y cuál no sería su asombro al ver que los indios adoraban a un caballo de piedra bajo el nombre de *Tziunchán* o dios del trueno y del rayo. Puestos a indagar, supieron que al morírseles el caballo de Cortés hicieron una réplica de piedra para conjurar la cólera de los dioses. El fanatismo por la imagen era tal que los franciscanos tuvieron que huir después de destrozarla.

Más caballos notables: El *Villano* y el *Zainillo*, de Gonzalo Pizarro; el de Hernando de Soto –de los mejores jinetes de la Conquista–, utilizado para asustar a los acompañantes de Atahualpa; los que Hernando Pizarro herró de plata yendo de Cajamarca a Pachacámac... etc., etc.

Su empleo lo condicionó el terreno. Iban defendidos con pecheras, testeras y costados de algodón o cuero, y frecuentemente portaban petrales de cascabeles para asustar a la indiada y para alentar a los mismos caballos. Alcanzaron algunas de estas bestias precios fabulosos por su escasez –30.000 pesos el más caro–; pero cuando procrearon en Indias descendieron muchísimo en su valor, pudiéndose comprar uno por 80 pesos.

El perro trotó junto al equino, y, como éste, alcanzó la fama en algunos ejemplares: *Becerrillo, Leoncico, Amadís, Mahoma*... En batallas y persecuciones jugó un importante papel, maravillando su instinto para distinguir un indio guerrero de otro pacífico. La zona circuncaribeña de pueblos desnudos –Islas Antillanas, Veragua, Costa Rica, Santa Marta, Antioquia, Muzos, Cali–fue, fundamentalmente, el teatro de sus actuaciones, sin olvidar los centenares de perros con que Gonzalo Pizarro entró en la Amazonia y acabó comiéndoselos, y los que Francisco de Mendoza llevó a Tucumán, o los de Jiménez de Quesada. El dicho "llevar una vida aperreada" data de entonces; y en algunas páginas se ve utilizada la piadosa cronología de "duró un credo" para denotar en qué tiempo un alano liquidaba a un indio.

La *artillería, las escopetas, mosquetes* y *arcabuces* fueron decisivos en la conquista. Para el indígena era algo diabólico, inexplicable. Los finales de la Reconquista habían consagrado el menester de estas armas, que en América fueron escasas al principio. El indio sintió todo el pavor de lo infernal al oír el estruendo, ver las llamas y no saber cómo le llegaba el proyectil mortal. Para ellos eran rayos que obedecían al mandato de los castellanos. La lluvia y el vadeamiento de ríos y lagunas entorpeció el uso de estas armas. Este valor limitado afectaba a un mínimo porcentaje, porque no se crea que eran muchas las armas de fuego empleadas. Cortés, en Otumba, sólo alinea siete escopeteros; y Pizarro, en Cajamarca, dispuso de dos culebrinas, más dos o tres arcabuces.

Ballestas, espadas, puñales, dagas y lanzapicas completaban el cuadro de las armas ofensivas. Mientras que *cotas, corazas, morriones, celadas, cascos, petos, coseletes, rodelas* y otros elementos constituían el elenco de armas defensivas. Entre ellas hay una especial, que no hemos referido: el *escaupil*. No fue sino una especie de camisón o "capotillo vizcaíno" acolchado de lana, ancho y ahuecado, que amortiguaba los flechazos y servía de colchón para dormir. Los indios los empleaban, y bien pudieron los españoles tomarlo de ellos, o simplemente generalizar para este fin el jubón acolchado que el caballero

medievalse ponía bajo la armadura para evitar que ésta le lastimase.

Con el bagaje bélico mencionado, es de imaginar cómo sería la marcha en el trópico o en la puna helada. Los sufrimientos fueron increibles: dormían en los árboles; morían retorciéndose bajo el efecto venenoso del *curare;* se quedaban, de pie, helados, como los primeros que fueron a Chile; se enterraban en la arena para dormir y evitar los insectos (Pizarro); atravesaban desnudos los ríos con las ropas en las *tablachinas* sobre la cabeza (Balboa); se comían a los perros (Pizarro o Alvarado), y hasta a sus propios compañeros (Mendoza); sufrían el *soroche;* eran acribillados por niguas, hormigas, mosquitos y toda clase de animalejos; morían de hambre y sed; caían despeñados a los abismos; perecían ahogados en los ríos; servían de víctimas propiciatorias; cruzaban ciénagas palúdicas y ríos llenos de reptiles..., sin parar nunca. Sin desfallecer nunca. Atentos a la naturaleza hostil, traicionera, y a la indiada silenciosa que les acechaba y seguía marcando su ruta con rápidas flechas, o esperando coger a los rezagados y a los caídos en trampas. La vigilancia era continua, en marcha o en vivaqueo. No podían descuidarse ni un momento. Dormían vestidos, calzados y armados. Cuenta Valdivia al Emperador que él y su milicia andaban "como trasgos, y los indios nos llamaban *Supais,* que así nombran a sus diablos, porque a todas las horas que nos venían a buscar, porque saben venir de noche a pelear, nos hallaban despiertos, armados y, si era menester, a caballo".

Con tantos inconvenientes y con el sistema de reclutamiento seguido, fácil es suponer que la milicia indiana no portaba un atuendo guerrero uniforme. Era de lo más heterogéneo y colorido que imaginarse pueda. Al partir, cada cual llevaba lo que podía y tenía. Ya en campaña, se adaptaban a las circunstancias, y las armas variaban según zonas. Veces hubo en que quedaron desnudos, como ocurrió durante un año a los de Valdivia, o a los que, fracasados, retornaron del País de la Canela con Gonzalo Pizarro.

La jerarquía dentro de esta tropa heterogénea la determinaba la Corona en cuanto al jefe supremo, quien, a su vez, designaba a sus subordinados. Bajo el *Capitán general* estaba el *Maestre de campo,* especie de jefe de estado mayor, reemplazado cuando faltaba por el *Sargento Mayor.* Seguían los *Capitanes, Alféreces* y *Cabos de escuadra.* Lo reducido de la tropa exoneraba de la totalidad de estos cargos. Los ejércitos eran pequeños, pequeñísimos. Cualquier industria moderna, muy modesta, tiene más operarios que los que Cortés o Pizarro emplearon para derribar los más poderosos "imperios" americanos.

Claro que junto y detrás de este exiguo número de individuos blancos seguían centenares de aliados cobrizos. El indígena, no sólo como intérprete, sino como soldado, actuó fundamentalmente al lado de los españoles. Impulsado por antiguos odios, el indio se ligó al español para combatir a otras tribus y para hacer más sangrienta la conquista. Intérpretes tuvo Cortés: *Melchor, Marina;* también Pizarro: *Felipillo.* Y en el Río de la Plata su abundancia ha merecido una monografía. El intérprete, llamado en las crónicas y documentos *faraute* o *lengua,* no sólo figuraba como traductor, sino como guía y consejero, descansando sobre él el éxito de grandes empresas o la suerte de importantes personajes indígenas.

Como soldados empleó Cortés a los indígenas –*cempoaleses* y *tlaxcaltecas*–, fomentando astutamente sus diferencias y avivando sus odios. Las luchas internas habidas en el pueblo indígena favorecían los planes hispanos, quienes se inclinaban por uno de los bandos y lograban su alianza. Cortés se atrajo a la república de Tlaxcala, enemiga de Méjico, llegando a contar con cien mil aliados. El conquistador procuraba que para sus amigos indios las armas y caballos siguieran siendo un *tabú*, no dejando de comprender el peligro que su posesión podría acarrear en caso de alzamiento.

La orden de marcha del ejército venía determinada por el terreno. En la selva se imponía "la fila india", y el rastreo, a cargo de los soldados llamados *adalides,* que descubrían al indio emboscado en el ramaje por el olor que despedían sus cuerpos embadurnados de *bija* y *trementina.* Cuadrillas de macheteros abrían sendas y dejaban señales que sirviesen de guías en las retiradas. Los españoles hacían lo imposible por luchar en descampado, donde sirviese la caballería; el indio, en cambio, lo atraía a lo escabroso y abrupto.

El combate, de presentarse, era desordenado; y la persecución era de pequeño radio, para no perderse en la selva, en caso de que no se llevasen perros.

En la llanura helada o ardiente, el orden de avance y ataque podía ser formal. La caballería abría y cerraba la marcha. Delante iba la bandera, ondeada en múltiples combinaciones; seguían los armados de espada de hierro, los jinetes, los ballesteros, otra vez jinetes, escopeteros... Así, en una bellísima descripción, nos lo presenta, al menos, Bernardino de Sahagún. Al ataque precedía siempre el grito ritual de "¡Santiago, cierra España!"

Pese al peligro, la tropa caminaba ensartada en charla y discusiones: por botín o por mujeres. O imaginando las riquezas que le aguar-

daban. O quejándose. O renegando del momento en que se les ocurrió alistarse. O sintiendo nostalgia por todo lo que permanecía atrás... Jurarían, blasfemarían y jugarían. Tres cosas que les estaban prohibidas: pero que ellos practicaban irremediablemente. Eran capaces –conquista de Méjico– de hacer barajas utilizando los cueros de los tambores.

Al llegar la noche, acampaban o seguían andando por evitar el peligro de los indios en acecho. El campamento quedaba situado en lugar *ad hoc*, con leña y agua cercana. Tiendas de cáñamo o chozas de paja se alzaban en torno a una plaza a la que daban cuatro calles, en cuyas bocas se montaba la centinela. Otras veces se hacía una simple empalizada (palenques) y se metían dentro. También bastaba una plaza a cuyo alrededor trenzaban ramas y bejucos, de los que colgaban mantas. Y si no había toldos ni otros resguardos, dormían con el cielo por techo y arrebujados en sus capas, mantas y escaupiles. Rondas y velas daban seguridad al sueño.

3. Núcleos y líneas de penetración

La entrada en América se hizo por las Islas Canarias. El archipiélago atlántico precursor fue el trampolín y estación forzosa de toda nao en ruta a Indias. Pero no es su enclave geográfico quien alza a Canarias al rango de primera etapa de la conquista, no; es el sistema de su anexión, que luego se repite en el Nuevo Mundo. De la geografía física y humana canaria, los navíos reanudaron la navegación hasta tropezar con algo que llegó más pronto de lo esperado.

Puede afirmarse que el conquistador se movió en todas las geografías posibles. Desde el trópico verde y ardiente a las tierras australes frías y blancas; desde los desiertos a la manigua; desde los litorales lluviosos y pantanosos a las alturas nevadas y azotadas por el viento. Considerando las formas y dimensiones de las zonas sometidas, el carácter de los mares que las bañaban, el relieve de las montañas que las accidentaban, la dirección de los vientos, etc., etc., tendremos idea de los diferentes climas dentro de los cuales tuvo que actuar el conquistador, las penalidades que tuvo que sufrir y los obstáculos que salvó. "Cualquiera que esto sepa –declara Fernández de Oviedo–, dará muchas gracias a Dios con un pan que tenga en su patria, sin venir a estas partes a tragar y padecer tantos géneros de tormentos y tan crueles muertes, desasosegados de sus tierras, después de tan largas navegacio-

nes, e obligados a tan tristes fines, que sin lágrimas no se pueden oír ni describir, aunque los corazones fuesen de mármoles y los que padescen estas cosas, infieles; cuanto más, siendo cristianos y tan obligados a dolernos de nuestros prójimos."

En la región mesoamericana, la baja altitud y el hecho de ser zona tropical les obligó a vivir dentro de una temperatura elevada, sólo suavizada en las alturas. Sobre Antillas y el flanco atlántico de Mesoamérica han actuado siempre los alisios produciendo abundantes lluvias que encharcan las tierras y las hacen miasmáticas. En cambio, en la costa del Pacífico no tuvieron que sufrir los torrenciales chubascos tropicales. Ciclones o huracanes, de agosto a septiembre, azotaron a todo el mar Caribe, dificultando la navegación y anulando la vida en tierra.

En Suramérica, la geografía se impuso por su enorme proporcionalidad. Las ingentes cordilleras constituyeron obstáculos que sólo un esfuerzo de titanes fue capaz de vencer. Los climas se presentaron en todas sus formas, desde los manglares del Pacífico a la puna helada. La selva, tupida, cuajada de enemigos, equívoca, constituyó un factor más de oposición que el conquistador, aunque no domeñó, desfloró, llegando a sus objetivos. Las pampas ilimitadas, las catingas, las yungas, las sabanas ardientes...

Tan variada e inmensa geografía no fue extraña al conquistador, ni le amilanó. Andaban sin parar, mientras "se quedaba el compañero arrimado a un árbol muerto de hambre; en la otra, arrebataba el caimán al pariente; en la otra, llevaba el tigre al amigo; en la otra, morían rabiando los soldados de las heridas que con hierba les habían dado; enfermedades, hambres que suelen hacer más intolerables los trabajos; y, sobre todo, sin saber adónde van y qué galardón habrán; si serán tomados a manos de gentes no vistas ni conocidas, por ellos hechos pedazos, se meten ahora, con ánimos invictos, cargados de sus comidas y con sus armas a cuestas, por una sierra adelante, que sólo el mirarla ponía temor, sujetándose en todo y por todo a la fortuna, que pocas veces suele dar esperanza con entero contento". (P. Aguado.)

Carecían del sentido de lo imposible y de las distancias. Por eso pudieron caminar como lo hizo Alvar Núñez Cabeza de Vaca o Ñuflo Chávez. La luminosidad del trópico no era nada nuevo para un andaluz acostumbrado a la luminosidad de su tierra, ni la brevedad del crepúsculo para un canario, ni la pampa ingente para un manchego... Todos habían tenido su antesala. Si algo les impresionó de la nueva geografía fue su flora y fauna, porque la hallaron distinta a la europea. La admiración o el asombro se les fue en comentarios, comparaciones

y en citaciones. Pero no debió serles muy extraño el nuevo mundo por cuanto que en sus relatos hablan siempre de que les recuerda a tal o cual ciudad hispana. La toponimia que van sembrando es una prueba patente de esto, de la identificación que hacen entre lo recién conocido y lo que les es familiar. Ni física ni espiritualmente, se perderán en la nueva realidad telúrica, que bautizan con nombres familiares, robándole toponímicos al Santoral o a la geografía ibérica. Semejando un vínculo cordial este rosario de nombres, enlazará el suelo europeo con el americano, o, lo que es lo mismo, la vieja patria con las nuevas patrias. En su remembranza llegaron a ser poetas e incrustaron sobre el mapa americano toponímicos tan bellos como: *Puebla de Todos los Angeles, Cartagena de Indias, Santa María de la Antigua, Santa Cruz de la Sierra...* Otras veces, los propios nombres de los conquistadores se quedaron agarrados al suelo alzando una geografía heroica: *Valdivia, Cortés, Almagro, Mendoza, Pizarro...*

La entrada en esta realidad física difícil y atormentada la harán siguiendo unas rutas lógicas de penetración.

Recapitulando los *mitos impulsadores*, es factible pensar que el español se movió atolondradamente, sin rumbo, de un lado a otro, siguiendo la versátil indicación de un indio astuto deseoso de sacudirse al advenedizo. Nada de eso. Las entradas se hicieron con estrategia, tal como si hubieran conocido de antemano la geografía americana y se hubieran sentado ante una mesa de estado mayor a trazar el plan de operaciones. El físico de América se fue destapando paulatinamente. En la cartografía es posible seguir, paso a paso, tal descubrimiento y aumento. Lo que se cree un continente, son unas islas; lo que se piensa es una isla, es una península; donde se supone un estrecho, hay un istmo... Dos libros: la *Summa geographica*, de Martín Fernández de Enciso y, el *Arte de navegar*, por Pedro de Medina, se erigen en los dos clásicos tratados náutico-geográficos de la primera mitad del siglo XVI. Uno atestigua la geografía conocida, el otro un manual técnico, que, unido a otros clásicos, servirían de textos de consulta. Pero el conquistador no poseía un atlas sobre cuyas láminas trazar rutas. América era algo más que un mapa mudo; era un mundo que se presentía y que había que desentrañar. Apenas sin más que una primitiva brújula, quizá un astrolabio, y unas toscas indicaciones, se sumergió en las selvas, ríos y montañas. "Y como Cortés en todo era diligente –aclara Bernal–, y por falta de solicitud no se descuidaba, trayamos una aguja de marear, y a un piloto que se decía Pedro López, y con el dibujo del paño que trayamos de Guaxacoalco, donde venían señala-

dos los pueblos, mandó Cortés que fuésemos con el aguja por los montes, y con las espadas abríamos camino hacia el Este..."

Navegaban con pilotos por las selvas, como si fueran por el mar, ayudados por la técnica rudimentaria y por las estrellas.

Es imposible analizar la conquista de un territorio sin relacionarlo con un proceso anterior, paralelo o inmediato. De las islas antillanas se saltó al continente, en cuyas márgenes siempre se fundó un núcleo –*Veracruz, San Miguel de Tangarará, Buenos Aires, Santa Marta, Coro,* etc.– desde donde se iniciaba la entrada y a través del cual se mantenía la conexión con el foco matriz.

La isla Hispaniola constituyó la célula de la conquista. En ella se aposentaron los españoles llevados por los vientos alisios del Noroeste y de ella se proyectaron a las islas hermanas. Juan Ponce de León parte, en 1508, hacia Puerto Rico; Juan de Esquivel, en el mismo año, a Jamaica; y Diego de Velázquez, 1511, a Cuba. La primitiva célula dominicana quedó, de este modo, convertida en toda una plataforma insular desde donde saldrán disparadas, como en surtidor, expediciones sobre Florida, México, Centroamérica, Yucatán y Suramérica.

Las islas cayeron prontamente dominadas debido a la naturaleza del indígena, agravado además por la infiltración aravaca, que los eliminaba, y por la carencia de grandes zonas donde huir y refugiarse. España aprovechó las condiciones estratégicas y económicas insulares para su proyección continental, empleándolas como avanzadas. Sin estar plenamente sometidas, las islas se convirtieron en eficaz cabeza de puente: proporcionaban puertos de partida, alimentos, animales y hombres. Balboa, en conocida carta al rey, de enero de 1513, le indica tal interés estratégico y le pide hombres antillanos y no de los recién llegados de Castilla, ya que "no valdrían mucho fasta que se ficiesen a la tierra". Se nota, dentro de la plataforma, un deslizamiento de su centro hacia el Occidente. Cuba suplanta a la Española, y La Habana se convierte en la base naval del Caribe, en lugar de Santo Domingo; su enclave como puerta del golfo de México y centro caribeño le mereció el apelativo de "Llave del Nuevo Mundo".

El tremendo señuelo continental impelió –pese a prohibiciones– al abandono de las islas. El *éxodo* dejó desguarnecidas a las tierras insulares, cuyos flancos comenzaron a ser guarida de piratas, corsarios, forbantes, bucaneros y pechelingues.

En 1517, según vimos, las Indias aparecen aún como un rompecabezas geográfico. Se conocen las islas y una línea costera que va de la península del Labrador hasta la de la Florida, y otra que se extiende

desde Honduras al Río de la Plata. Detrás de esta línea litoral yace un gigantesco mar, con el cual se ha tropezado en 1513, y al cual se intenta ir por agua mediante un estrecho que se busca sin parar. Los navíos se revuelven en esta geografía un tanto laberíntica o inexplicable, sin encontrar todavía el pedazo de tierra que une a la Florida con Honduras. Es México la pieza que falta para completar la armazón telúrica de la fachada atlántica americana. En 1517 se asoman al mapa mexicano los primeros navíos hispanos. Es un mapa verde, tropical, arenoso, exótico, bélico y tentador en sus bordes, completamente desconocido en su interior. Mas nos estamos adelantando al caminar conquistador. Estábamos en 1513, víspera de la hazaña balboana.

La Florida y tierras marginales a la desembocadura del Mississippi fue el único territorio hoy norteamericano del Atlántico donde se situaron los españoles. No hablamos de las tierras también hoy norteamericanas que Estados Unidos le arrebató a México. Buscando la Juvenilia o fuente de la eterna juventud, arribaron Ponce de León y los suyos (1512), Lucas Vázquez de Ayllón, Pánfilo de Narváez, Alvar Núñez Cabeza de Vaca y Hernández de Soto para reconocer un escenario donde no se radicaron.

Antes que México, Santa Marta y Cartagena, surgió el foco expansivo de *Panamá* (1513-1519). La población istmeña se convirtió en la vía de acceso al Pacífico y, más tarde, al Perú. Desde ella, la expansión conquistadora saltó hacia el Sur, buscando el *Tahuantinsuyo* peruano, y hacia el Norte, chocando en el corazón de América Central con las corrientes originarias de México. Ambas corrientes conquistadoras poblaron fundamentalmente en los valles altos en lugar de zonas costeras, tal como habían hecho los mismos indios por razones de clima. Por su origen, geopolíticamente, Panamá perteneció a las Antillas; por su posterior función histórica al Perú y Nueva Granada.

La meseta triangular de México, ganada casi diez años más tarde que el istmo (1521), lanzó hacia el Sur, vía Tehuantepec o por el mar Caribe, ejércitos cuya misión era anexionar a la Nueva España las regiones centroamericanas. Como un núcleo de equilibrio entre México y Panamá, quedó fijado el foco excéntrico de *Guatemala* (1524). Pero no sólo México se acusó rumbo al Sur, sino que dejó sentir su fuerza expansiva hacia el Oeste –*Filipinas*– y hacia el Norte. El archipiélago oceánico se sometió sobre todo por obra de misioneros, y quedó flotando en el mar tagalo como un exponente de la abrumadora fuerza expansiva hispana. Acapulco, en México, era el extremo de una ruta que terminaba en Manila, y que andaba y desandaba anualmente el

denominado Galeón de Manila. De Acapulco, las recuas iban y venían a Veracruz, y de aquí y hasta aquí zarpaban o llegaban los barcos que venían de España. De este modo se unió Oriente y Occidente, primer móvil del descubrimiento-conquista.

La marcha al sureste y suroeste de Estados Unidos fue una expansión fracasada, ya que las regiones norteñas mexicanas no quedaron suficientemente pobladas y anexionadas. La distancia y los desiertos hizo de la región una zona insegura, poco cohesionada, que en el XVIII se intenta incorporar mediante labor misionera, y que, con el tiempo, será de Estados Unidos.

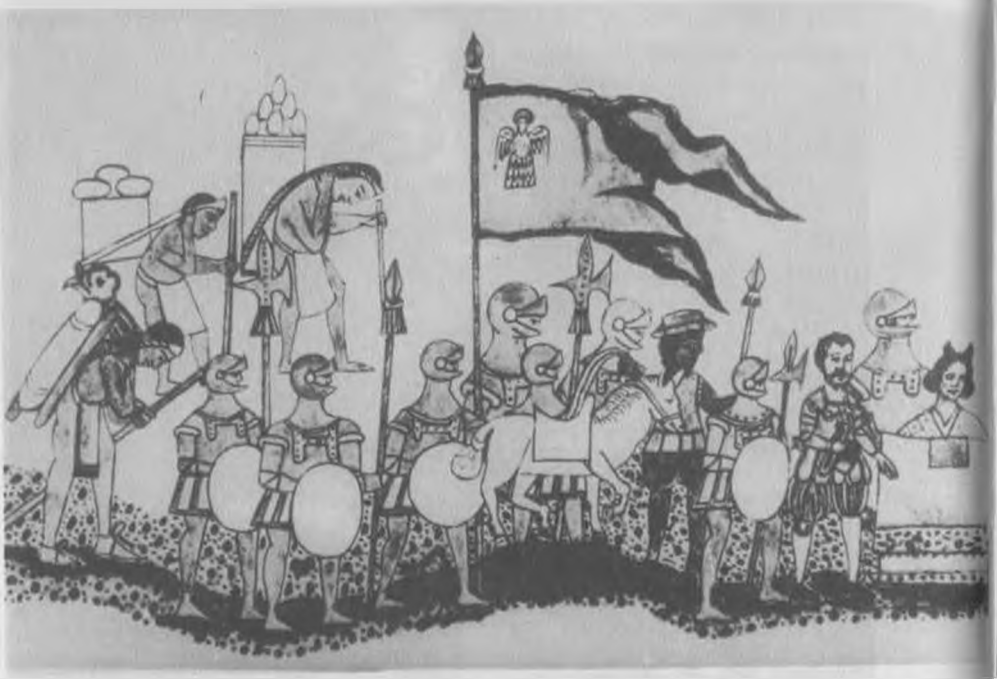
Del marco geográfico visto –Mesoamérica y Antillas– sólo nos queda ver la península del *Yucatán* antes de poner nuestra atención en Suramérica. El índice yucateco fue vulnerado en un principio como el sector rioplatense, desde la península ibérica. Naves exploradoras, cuya base de partida estaba en las Antillas, recorrieron su contorno en los primeros años del siglo XVI. Podía haberse hecho la conquista desde Cuba, pero no se hizo; podía también haberse hecho desde México, pero las selvas y los ríos constituyeron siempre un obstáculo insuperable. Desconectada el área yucateca, sin interés económico alguno, relegada a segundo término por el relumbrón de México y otras regiones, sucumbió partiendo la primera expedición de Sevilla, vía Santo Domingo, y con ayuda mexicana (1527-1535). Quede claro una cosa: aquí no se iba en pos de riquezas. Casos que se repetirán en Chile, Tucumán, Argentina...

Al norte de Suramérica arribaron expediciones que alzaron los núcleos de *Santa Marta* (1525), *Coro* (1527) y *Cartagena de Indias* (1533). De Cartagena de Indias descenderán tropas rumbo a Antioquia y Popayán, entremezclándose con otras que han salido de Panamá en la misma dirección, y con las procedentes de Quito.

De Santa Marta cogerá ímpetu la penetración que, en oposición al caminar del *Magdalena*, alcanzará la meseta de Bogotá (1538) y se dará de boca con los que ascienden de Quito con Belalcázar y bajan de Coro con Federman.

De Coro se avanzará hacia todos los rumbos, menos al Norte, llegándose a Bogotá como dijimos, al limen del Orinoco y al triángulo también expansivo de Trinidad-Cubagua-Margarita. A este último nódulo semiinsular, semicontinental, aportaron barcos y hombres que venían de las islas antillanas o de España atraídos por las perlas de Margarita y Cubagua, Eldorado o la simple colonización. Su constante empeño consistió en entrar por el Orinoco y Amazonas. La fama de

Figura de barro mochica representando un guerrero de la costa peruana.

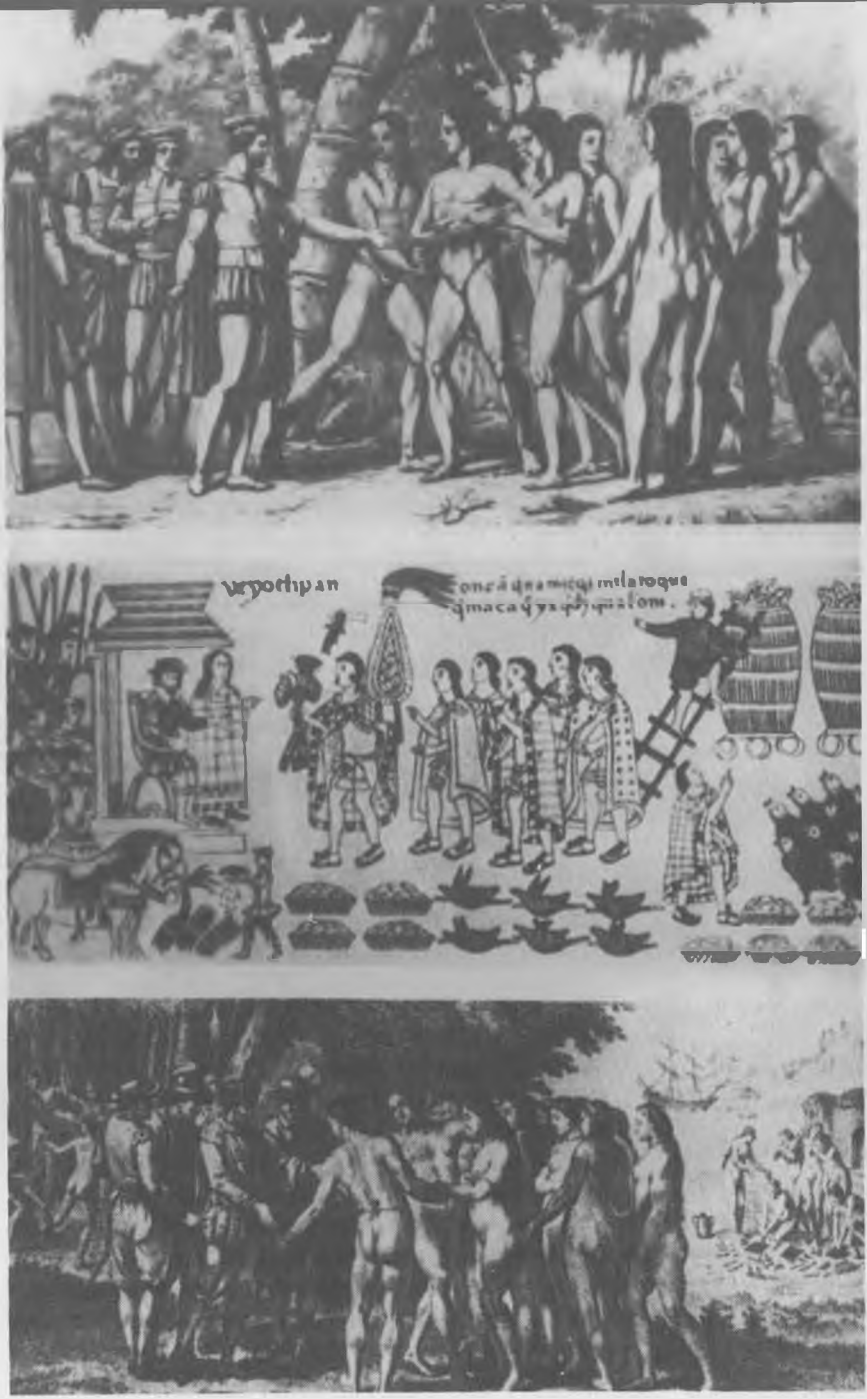


Las tropas de Cortés marchando sobre Méxíco con indios cargueros o tamemes. *Con Cortés se aliaron los indígenas de Cempala y de Tlaxcala.*

Métodos de pesca y navegación primitivos usados por los indígenas de la Mar del Sur.

La marcha de Cortés hacia México. *En el primer dibujo se ven las tropas colaboracionistas indígenas; en el segundo se recoge la recepción de Tlaxcala.*

Guerrero maya.



Tres escenas mostrando el ofrecimiento de regalos y jóvenes indigenas a los conquistadores a su llegada a las costas de México.

Sistema empleado por los españoles para transportar caballos en canoas, según la Historia de las Indias *de G. Fernández de Oviedo.*

Eldorado les obligó a poner su hombro junto a extranjeros deseosos de hallar lo mismo, o los colocó en el trance de combatirlos (ingleses, holandeses y franceses). A la larga, quedó para los frailes capuchinos la colonización (Guayanas), y, también a la larga, la zona se descuidó y entró en el área de las "islas Inútiles" (Antillas Menores), verdadero talón de Aquiles de la Monarquía indiana, considerado como "arrabal" de América por el padre José de Acosta, ya que allí se aposentó con preferencia la piratería.

Panamá, que se nos ha quedado atrás, fue empleado para alcanzar el Incario (1522-1535). Dejando atrás el paisaje del Chocó (Colombia) macrotérmico y lluvioso, los exploradores entraron en contacto con la costa selvática y lluviosa ecuatoriana y la desértica peruana. En el extremo sur del golfo de Guayaquil, en la zona de transición entre las selvas lluviosas y el desierto, alzaron Pizarro y compañía la base militar costera de *San Miguel* (Piura), por donde penetraron al interior en demanda del corazón, mejor dicho ombligo, del Incario. Este tenía su centro en el *Cuzco* (ombligo); pero los españoles, siempre atentos a situarse cerca del mar, fundaron el centro de expansión a orillas del río Rimac (*Lima*). Desde allí arrancó una corriente que buscó la cuenca intermontana de Quito; corriente que torció al Este, y, navegando por el Amazonas o el Orinoco, salió al Atlántico (1540 y 1560). Quito, como consignamos, también se proyectó hacia ese rumbo, y hacia el norteño por el valle del Cauca hasta converger en Santa Fe con las corrientes que venían de Santa Marta y Coro. También tropezó con la proyección que tenía por punto de partida a Cartagena, y que sirvió para conquistar las tierras colombianas de la vertiente pacífica.

Bien por la región costera, bien por el interior –a través de Bolivia– las huestes que llegaron a Lima y Cuzco, sobre todo, prosiguieron su marcha hacia el Sur. De esta manera no sólo anexionaron la región altiplánica boliviana y Tucumán, sino que alcanzaron Chile, desde donde, a su vez y con centro en *Santiago* (1541), se lanzaron a las regiones australes y al otro lado de los Andes (Salta, Jujuy, Tucumán, 1543-1584). Pedro de Valdivia, dándose cuenta de las posibilidades estratégicas de Santiago para la expansión comunicaba al emperador lo siguiente: "Así que V. M. sepa que esta ciudad de Sanctiago del Nuevo Extremo es el primer escalón para armar sobre él los demás y ir poblando por ellos toda esta tierra a V. M. hasta el Estrecho de Magallanes." Chile, con una frontera natural más acentuada, se englobó dentro del virreinato peruano.

Tanto en el ámbito del Alto Perú o Bolivia como detrás de la cor-

dillera andina –Tucumán–, los soldados conquistadores entraron en contacto con otros cuyo núcleo de proyección estaba en la fachada atlántica de Suramérica.

Eran los hombres del Río de la Plata puestos en movimiento entre la fundación de Lima y la de Santiago de Chile. Habían abordado al continente independientemente desde la metrópoli, fundando un primer punto expansivo en las bocas del Plata (*Buenos Aires*, 1536). Diversas circunstancias les conminaron a desalojar este centro, que cambiaron por el de *Asunción del Paraguay* (1541), en la juntura del río Pilcomayo con el Paraguay. De Asunción nació la línea conquistadora que, cruzando el Chaco, llegó a los contrafuertes andinos y se ligó a los "peruleros". También de Asunción se apartó una corriente hacia el Uruguay y otra, más tardía y regresiva, que murió en la desembocadura del río y motivó la segunda fundación de *Buenos Aires* (1580), sede de próximas expediciones hacia el interior. Sacrificando el interés económico por el político, se subordinó el Río de la Plata al poder sito en la altiplanicie peruana. Como una hijastra, hasta el XVIII, permaneció la región comunicándose con España a través del Perú y Panamá.

Cincuenta años costó recorrer y domar en lo fundamental esta geografía, llena pronto de sonoros y evocativos toponímicos hispánicos.

4. Los mitos impulsadores

Decíamos en el apartado anterior que "recapitulando los *mitos impulsadores* era factible pensar que el español se movió atolondradamente, sin rumbo, de un lado a otro, siguiendo la versátil indicación de un indio astuto, deseoso de alejar al intruso". En efecto; pero, aunque eso no sucedió, como también indicamos, no menos cierto es que los mitos ejercieron una gran influencia en las entradas. Muchas de ellas se hicieron en busca de ellos; muchos de ellos permitieron hacer geografía, y muchos obedecían a una realidad deformada por la distancia e imaginación. Tuvieron, pues, su importancia, reflejada en la misma cartografía, como lo demuestra la laguna de Parime y la ciudad de Manoa alzada por la zona de Guayana en mapas del siglo XVIII. Veamos someramente y según Enrique de Gandía a quien glosamos, cuales fueron estos mitos, muchos importados de la antigüedad clásica y otros autóctonos.

Fábula de los gigantes y de los pigmeos. La vieja fábula de los gi-

gantes es tan antigua como la Biblia; en América se difunde a la llegada del Descubrimiento. Se creía que las tierras que se iban a descubrir estaban habitadas por seres extraños y deformes. Al regreso de su primer viaje en 1493, Colón escribía a los Reyes Católicos: "En estas islas hasta aquí no he hallado hombres monstruos como muchos pensaban..."

Los primitivos mapas americanos inscribían la "isla de los Gigantes" y Américo Vespucio divulgaba esta leyenda por Europa. Pedro Mártir de Anglería contaba hechos sorprendentes que le confiaban los conquistadores que volvían de lugares descubiertos, hechos alusivos a la estatura de los indios. Esta fábula perduró mucho tiempo en América. Cuando se intentó conquistar Perú creían que tenían que luchar contra gigantes.

En el siglo XVII, el Padre Cristóbal Acuña aún daba crédito a la existencia de gigantes y pigmeos que debían estar ocultos en las profundidades del Amazonas. En las regiones del Plata perduró esta leyenda. Tres son los factores fundamentales que han intervenido en la formación de este mito o leyenda:

a) La influencia de las leyendas clásicas y medievales.

b) Las tradiciones indígenas de la llegada a las costas del Pacífico de hombres providenciales llegados de Oceanía.

c) El descubrimiento de huesos grandes correspondientes a animales prehistóricos confundidos con restos humanos. (Isla de los Gigantes: Curazao).

Los caribes o *canibales.* La existencia histórica de los antiguos caribes sometidos por Creso pasa a América con las naves de Colón y renace como una leyenda en el Mar Caribe. El creador de la falsa existencia de los caribes o caníbales en América fue Colón. Su fantasía y el convencimiento de que había llegado a Cipango y Catay le hacen creer en estos hechos imaginarios que se apoya en la realidad de los indios antropófagos que, procedentes del Continente, vienen diezmando a la población aravaca y taina insular. Como eran comedores de carne humana se les llamó *caribes* y así el mito clásico fue realidad en América. En su diario los cita varias veces: "Porque todas estas islas viven con gran miedo de los *canibas...*". Dice que canibas no es otra cosa sino la gente del Gran Can, que debe ser aquí muy vecino.

La fuente de la eterna juventud. Desde los tiempos más remotos el hallazgo de un elixir que mantuviese una eterna juventud fue el sueño de los magos. En América nació este mito de la mezcla de tradiciones

indígenas con el recuerdo de la leyenda medieval llevada por los conquistadores. En la región del Orinoco los indios profesaban veneraciones a un árbol que llamaban "el árbol de la vida" y que modernamente ha sido identificado con la palmera "moriche". De los frutos de este árbol, según la leyenda indígena, había vuelto a nacer el género humano que había sido destruido por el diluvio. La fama o superstición de estos árboles (moriche, palo santo...) fue divulgada por los indígenas hasta las tierras lejanas de Florida. Este mito fue divulgado por Pedro Mártir de Anglería. Desde entonces los cronistas se olvidan del río y centran las leyendas en la Fuente, que Anglería sitúa en una isla llamada *Boyuca, Alias, Anneo,* distante 25 leguas de La Española, y que Ponce de León irá a descubrir en 1512 topando la Florida.

Las siete ciudades encantadas. En 1539 se divulgó enormemente en Nueva España la fama de siete ciudades misteriosas que había visto el fraile llamado fray Marcos de Niza. Habiendo contemplado fray Marcos, junto con el negro Estebanico de Orantes, antiguo compañero de Alvar Núñez, las siete ciudades de Cíbola en la región que después se llamó "Nuevo México", se preparó la expedición de Francisco Vázquez de Coronado, que, precedida por la gente de Melchor Díaz, recorrió las tierras de Cíbola, deshaciendo el encanto de las siete ciudades, que no pasaban de ser unas aldeas indígenas construidas en roca. Las viviendas tenían formas fantásticas por ser de varios pisos construidos en piedra.

Las amazonas vírgenes del Sol. Entre los mitos de la conquista americana no hay ninguno tan confuso ni deformado como el de las Amazonas. El simbólico mito de las Amazonas, que en los tiempos clásicos fue materia de poetas, perdurará durante la Edad Media.

A comienzos de la Edad Moderna, en el mismo año del Descubrimiento, aparece el mapa de Martín Behaim, donde figura el mito. La leyenda de las Amazonas americanas corrió a Europa con las primeras noticias del Descubrimiento. Colón, en el primer viaje, oyó hablar de *Matinino,* isla poblada sólo por mujeres. Pedro Mártir de Anglería divulga en sus escritos la existencia de las Amazonas en las Antillas, agregando detalles de erudición (mutilación del pecho...). Estas Amazonas tienen relación con las de Termodonte, pero a raíz del viaje de Orellana y descubrimientos en Suramérica, la nueva leyenda encierra un fondo desconocido, que es el espejo de una realidad palpada por los indios y que desapareció a medida que avanzaba el Descubrimiento. Desde Suramérica se difundió la existencia de estas Amazonas por la *relación* que escribió fray Gaspar de Carvajal sobre el descubrimiento

de Río Grande, "que descubrió por muy arriesgada aventura el capitán Francisco de Orellana" (Amazonas).

El Padre Carvajal nos cuenta que Orellana encontró a unos indios que ofrecían chicha para el Sol a un monstruoso ídolo. Les preguntó que por qué lo hacían y le respondieron que porque eran tributarios de las Amazonas. Orellana les hace más preguntas y le dan noticias de estas mujeres que vivían sin hombres, con una mujer por jefe y que temporalmente iban a guerrear con un rey vecino para tener hijos. Iban vestidas con ropa de lana fina..., porque en Perú había muchas ovejas.

Analizando este fantástico relato vemos que tiene relación con las Vírgenes del Sol y de la Casa de las Escogidas del Imperio Inca.

Eldorado. La historia de la Conquista de América parece a veces ser la historia de sus mitos. La búsqueda de oro fue un gran móvil de todas las empresas y descubrimientos en América. En los primeros años del Descubrimiento las viejas noticias que los indios daban de los Imperios de México y del Perú dejaban entrever regiones internas llenas de riquezas; en el delirio de la fiebre aurífera los expedicionarios preguntaban a los indios si el oro "lo pescaban en las redes o lo sembraban". Después de la conquista del Perú comenzó a conocerse de forma vaga, como fábula de conquistadores, pero arrancada de un hecho real la existencia de un cacique de la laguna de Guatavita, que acostumbraba a espolvorearse de oro para realizar ciertas ceremonias religiosas. Se contaba que en la aldea de Guatavita había existido una cacica adúltera, y que el cacique, lleno de indignación por ello, le dio tales castigos que desesperadamente se arrojó a la laguna junto con su hija. Ante el remordimiento que le produjo, el cacique se había abandonado a los sacerdotes, que le habían hecho creer que la cacica se hallaba viva en un palacio en el fondo de la laguna y que había que honrarla con ofrendas de oro.

Los indios le llevaban tributos a la laguna y el cacique entraba algunas veces al año en una balsa, desnudo y lleno de una trementina muy pegajosa, sobre la que se echaba oro en polvo fino.

Se dice que cuando Sebastián de Belalcázar oyó esto exclamó: "Vamos a buscar a este indio dorado."

La ceremonia del cacique de Guatavita dio origen a la fama del indio dorado, y a algunas expediciones en busca de este cacique. De estas expediciones nacieron muchos "falsos dorados".

Fue en Venezuela –Meta y Dorado– y en Guayana –Parime y Manoa– donde más se buscó este mito por españoles y extranjeros (Raleigh) que a la postre no fue sino una visión deformada de las riquezas del Incario.

La sierra de la Plata. La existencia del viejo y esplendoroso Imperio del Sol que sus habitantes llamaban "las cuatro partes del mundo" o *Tahuantinsuyo* y que los españoles denominaron Perú, al que presintieron por primera vez, con Pascual de Andagoya, era conocida antes de la Conquista por todas las tribus de Suramérica. La expansión del Imperio Inca llevada a cabo por las luchas de los incas, las campañas guerreras de los guaraníes al Alto Perú, las emigraciones de los indios y el comercio que existía entre las provincias de la costa del Pacífico, contribuyeron a divulgar la fama del Imperio del Sol y de sus ricas minas a todo lo largo de la costa de Brasil, desde el mar de las Antillas hasta la boca del Río de la Plata y por Occidente desde Panamá hasta el sur de Chile.

Las noticias de la sierra de la Plata llevadas a España por los compañeros de Solís hicieron concebir a Caboto la posibilidad de detenerse en su expedición a las Molucas en el Río de la Plata, llamado así porque según se creía era el camino más rápido que conducía a la citada sierra. Llegado Caboto al Brasil, las noticias que obtuvo en Pernambuco y en el Puerto de los Patos, le hicieron olvidarse de la ruta de las Molucas y se encaminó al Río de la Plata.

Sólo les esperaba allí hambre y desastres. Vencidos por la inmensidad del Chaco, Caboto regresó a España, llevando en su mente la eterna ilusión de aquellos imposibles tesoros, que luego buscarán Irala y otros y que, finalmente, se hará realidad en el cerro de Potosí.

El lago donde dormía el Sol. Cuando en el Paraguay comenzó a disiparse la ilusión de la sierra de la Plata surgieron desde el Chaco otras noticias excitantes. Cuando en 1543 Martínez de Irala remontó el Paraguay, comenzó a tener noticias fantásticas; el mismo año salió del puerto de los Reyes Hernando de Ribera hacia la laguna de los Xarayes. Los indios le dieron noticias de mujeres guerreras y de grandes pueblos, les enseñaron parte de un lago muy grande que los indios llamaron la Casa del Sol, porque decían que allí se encerraba el astro, tratándose indiscutiblemente del gran lago Titicaca y de su celebrado Templo del Sol, del que los indios tenían noticias y no los españoles del Paraguay. Como vemos, las variadas visiones del Perú dieron origen a distintos Imperios imaginarios: *los Mojos,* el *Gran Paititi.*

Los apóstoles en América. Desde el siglo XVI comenzó a circular en América la sospecha de que Santo Tomás había evangelizado a los indios del Nuevo Mundo mucho antes del Descubrimiento de Colón. Las primeras menciones de esta leyenda las hallamos en el norte de la

costa brasileña, más tarde en el Paraguay, en el Perú y, por último, en Ecuador y Colombia.

El origen de esta leyenda no es más que el recuerdo de los "indios predicadores", o los Quetzalcoatl que en todo tiempo recorrieron las tribus como santones o hechiceros. Favorecía esta creencia en torno a la peregrinación de Santo Tomás por todo el continente americano, el descubrimiento que en diversas partes de América se hizo de supuestas huellas de pies y manos, como las que, según otra tradición, dejó Santo Tomás en Ceilán. Estas huellas se comprobó que sólo eran meras cavidades de las rocas o jeroglíficos prehistóricos.

Los jesuitas y demás Ordenes religiosas aprovecharon esta leyenda para hacer creer a los indios que su predicación había sido profetizada por Santo Tomás.

La ciudad de los Césares. Esta leyenda nació con la entrada que desde *Sancti Spiritus* hizo Francisco César, capitán de Caboto, en 1529; en su marcha por la Pampa, César oyó hablar del inca y su mundo fantástico de riquezas. Estas maravillas entrevistas por César se supuso que realmente las había, al tiempo que se aceptaba la relación de César con aquel señor fabuloso.

Andando los años, la imaginación popular situó las maravillas conocidas por César entre náufragos de la armada de Alcazaba y del obispo de Plasencia, que en distintas ocasiones quedaron abandonados en el Estrecho de Magallanes. Desde entonces se llevaron a cabo expediciones en su búsqueda, entre tanto se imaginaban una fabulosa ciudad que huía en medio de las brumas lejanas.

A fines del XVII y XVIII las creencias sobre las ciudades errantes de los Césares patagónicos se reforzaron, y se les buscó hasta fines del XVIII. Los Césares y Eldorado fueron los últimos mitos de la conquista americana.

5. El mundo indígena

Del poblamiento de América al Neolítico. Cualquier cosa que se escriba sobre el período de América Prehispánica está sujeta a revisión y rectificación dentro de poco tiempo. Nuevos hallazgos, nuevas excavaciones, van mostrando un mundo sugestivo donde las culturas se superponen y aparecen obligando a cambiar todos los esquemas y fechas. Hoy se admite que el Paleolítico Inferior americano, sin relación con el del Viejo Mundo, arranca del año 40.000 hasta el 15.000 a. C.

Fue entonces cuando debieron llegar los primeros pobladores de América, cuya raíz antropológica y lingüística hay que situar en Melanesia, Australia, Tasmania, Nordeste de Asia, etc. Desde estos focos de origen penetran en América por la vía del Pacífico y el estrecho de Bering, siendo los laguidos y fueguinos sus actuales representantes. Estos grupos migratorios, usuarios de instrumentos fabricados mediante la técnica de percusión (de piedra, madera y hueso), eran recolectores-pescadores-cazadores inferiores, de los cuales se han encontrado notables yacimientos en toda América. Actualmente, los yacimientos más antiguos son los de "Lewisville" (Texas), 38.000 a. C.; Texas Street (California), 33.000 a. C.; American Falls (Idaho), 43.000 a. C.; Tule Springs (Nevada), 21.000 a. C., etc. La corriente prosigue hacia el Sur y se muestra en Lago Chapala y Foco Diablo (México), y en Cerro Mangote (América Central). En Suramérica esta cultura de lascas y nódulos se muestra en los yacimientos de Manzanillo y Mauco (Venezuela), Gaezón (Colombia), Lauricocha (Perú), Catalanes, Tandiliejse, Oliviense, etc.

La segunda fase del poblamiento de América se caracteriza por la presencia de una civilización de cazadores, más evolucionados que los anteriores, parecidos a los pueblos que vemos en las civilizaciones finales del Paleolítico Superior del Viejo Mundo. Entre 15.000 y 14.000 a. C. aparece esta nueva oleada de pueblos portadores de una técnica lítica más perfecta, que se desparraman por las grandes llanuras de Norteamérica. Siguen usando, pero con más perfección, la técnica de percusión, pero es la técnica de presión la que más utilizan, sobre todo para la construcción de las puntas Folsom de forma lanceolada o de hoja. Corresponde a este período las culturas de Sandia (9.200 a. C.), Clovis y Folsom, que, como indicábamos, tienen parecido con el Solutrense europeo. La cultura de Sandia se caracteriza por las puntas de flecha con escotadura lateral, la de Clovis por las puntas de forma lanceolada (9.000-10.000 a. C.) y la de Folsom, que es una evolución de la anterior, presencia la desaparición de los elefantes y se extiende hasta el Canadá y América Central.

Hay otras culturas contemporáneas y posteriores, poco estudiadas. Tal vez entonces es cuando surge en la Gran Cuenca y al este de California un fenómeno de transculturación llamado Cultura Cochise. Los representantes del Paleolítico Superior, cazadores superiores, avanzan hacia el sur como los recolectores-cazadores del Paleolítico Inferior dejando restos de sus industrias en Nogales-El Riego, Tepexpan, Santa Isabel Iztapan (México), El Jobo (Venezuela), Alangasi

(Ecuador), Ichuna (Perú) y Biscachami (Bolivia), entre otros lugares.

Poco a poco los hombres que vivían de la recolección, caza y pesca, van a pasar a depender de la agricultura por obra de los cambios climáticos (final de las glaciaciones). Estos cambios determinan el periclitar de ciertos animales, como el mamut –sigue el bisonte– y la transformación de la capa vegetal. Miles de años se tardó en lograr que el hombre pasara de recolector a agricultor, de nómada a sedentario. El cambio o revolución ignoramos si se da a la par en toda América como un movimiento único, o es un fenómeno que cuenta con diversos focos inconexos. Tampoco se sabe si la transformación se verifica por influencia de agentes externos –otros grupos humanos que arriban– o por obra de un proceso interno. Tal vez el cambio sea obra de ambos agentes o fenómenos, internos y externos. Como dice Bosch Gimpera y Alcina Franch, a quienes seguimos, este período tiene ejemplos en el Artico y en el "Arcaico" norteamericano, amén de la Cultura del Desierto y otros ejemplares del sur. El Mesolítico ártico se da entre el 6.000 y 3.000 a. C., a partir de la retirada de los glaciares. Responde a la llegada de pueblos e influencias procedentes de Asia o Europa. Ejemplos: Cultura Denbigh de buriles, raspadores y nódulos poliédricos, parecida al Auriñacense y Gravetiense europeos.

Como indicábamos, en Estados Unidos esta nueva época, conservadora aún de numerosos vestigios del Paleolítico, se designa con el nombre de *Arcaico*. Le caracteriza el uso de la caza menor, la recolección de moluscos, la pesca, la domesticación del girasol, etc. Destacan como yacimientos Lamcka, Frontenac, Indian Knoll (3.000 a. C.) y Faulkner (3.000 a. C.). En la Gran Cuenca, Montañas Rocosas, California, Estados del SO. y una gran parte del México septentrional se desarrolla la cultura del *Desierto* caracterizada por el uso de molinos de mano, cestería, piedra tallada, puntas de dardos y la caza y recolección de gramíneas. En los territorios al sur de la Cultura del Desierto, sobre todo en Arizona y Nuevo México, se desarrolla una cultura más evolucionada, la *Cochise*, que penetra en México ampliamente. El complejo Cochise corresponde a la evolución del Paleolítico hacia el Mesolítico y el Protoneolítico del Viejo Mundo, como lo evidencia la recolección de gramíneas.

En Mesoamérica, entre el 8.000 y el 7.000 a. C., continúa la etapa de los grandes cazadores. Aquí el Mesolítico se muestra de breve duración, ya que la domesticación de las plantas se adelanta (calabaza, chile, amaranto, maíz) para ofrecernos el Protoneolítico con yacimientos en Ocampo Primitivo. Nogales y Coxcatlán (5.000 a 3.000 a. C.). En

otras partes de América se citan los yacimientos aislados pertenecientes a este período de Chilca y Ventanilla, en Perú, y Puerto Hormiga, en Colombia.

Del Neolítico a los Grandes Imperios. Del 3.000 al 1.500 a. C. se acentúa el proceso de sedentarización iniciado en la fase anterior. Con la fundación de aldeas y el nacimiento de la cerámica surge el Neolítico. En este período existieron contactos entre diversas zonas americanas, así como entre América y el Viejo Mundo. Estos contactos plantean el problema del origen de este Neolítico, ya que hay autores que le señalan una procedencia externa, por difusión, en tanto que otros defienden la autoctonía. Como siempre, quizá, en ambas teorías se dé la razón.

Los contactos o relaciones con el Viejo Mundo se demuestra por el parecido existente entre la cerámica del yacimiento de Valdivia (Ecuador) y la cerámica japonesa de Jomon-Kuyushu. Aparte de la posible arribada de asiáticos a esta zona americana cabe pensar que por la vía del Atlántico, y desde las islas Canarias, pudieron arribar formas culturales mediterráneas y africanas si pensamos en las pintaderas, figurillas femeninas perniabiertas, petroglifos, momificación labial, lenguaje de silbido, casamiento entre hermanos, etc.

Abundan los yacimientos con relación a este período Neolítico. En el área ártica y subártica de Norteamérica la vida sedentaria y la cerámica hace acto de presencia en la primera mitad del primer milenio a. C. Son poblaciones preesquimales o esquimales, donde destaca el complejo Choris-Norton con la cerámica más antigua (1.000-500 a. C.).

En Mesoamérica el Neolítico comienza hacia el 3.000 a. C. con las fases de Ocampo Reciente, La Perra y Abejas que evolucionan o se desarrollan para dar las de Almagro, Flacco, Guerra y Mesa de Guaje. A las primeras les caracteriza el cultivo del maíz, el maíz con teozintle, la judía, el algodón, la calabaza y el amaranto. Con las segundas aumenta el número de plantas cultivadas, crece la extensión de las aldeas y nace la cerámica.

Siguiendo hacia el Sur nos encontramos con Ocós (Guatemala), con cerámica parecida a la de Chorrera (Ecuador), Yorumela (Honduras), Ometepe (Nicaragua), Monaguillo (Panamá), Puerto Hormiga (Colombia), Huaca Prieta, Valdivia (Guayas), etc.

El próximo período, el Formativo o Preclásico, contempla un máximo desarrollo cultural en la denominada América Nuclear, sede de las grandes civilizaciones americanas. Por entonces, 1.500 a. C. al 100 d. C. disminuye la importancia y volumen de la caza y la pesca; la

agricultura se hace más importante y, mediante el riego, facilita casi todos los alimentos al hombre. En esta agricultura destaca el maíz, la yuca, papa, frijol y calabaza. La aldea anterior evoluciona hacia el poblado, con edificios religiosos. Esta evolución, en un segundo momento, se expresará a través de las ciudades-estados. Finalmente, hemos de mencionar como notas de la etapa, la presencia del tejido, cerámica a mano muy decorada, del comercio interregional, la aparición en la zona andina de construcciones militares y el nacimiento en otras zonas de una casta sacerdotal, cuya importancia se notará en el período clásico. Todas estas notas, y otras, se aprecian en una serie de culturas locales, como la Olmeca, Monte Alban, Teotihuacán, valles costeros del Perú, etc. Los estilos Omelca (Mesoamérica) y Chavin (Perú) ejercen influencia en una serie de culturas locales sitas en Ecuador (Chorrera), Colombia (Manil, Malambo), Norteamérica (Hohokam, Adena, Hopewel), etc.

Los progresos tecnológicos, económicos e ideológicos que se vienen dando desde el Neolítico desembocarán en la etapa Clásica que, teniendo por ámbito la América Nuclear, se caracteriza por el intenso desarrollo agrícola (terrazas, chinampas, canales de riego); ordenamiento del trabajo por la casta sacerdotal que conoce el calendario (teocracia), útil para las cosechas; las ciudades como núcleos ceremoniales o residencias de estas castas sacerdotales; la multiplicación de la arquitectura en lugares como Moche, Cholula, Teotihuacán (palacios, pirámides, juegos de pelota); el perfeccionamiento de la cerámica; la intensificación del comercio; el aumento de las relaciones interregionales que nos permiten suponer contactos transpacíficos y arribo de nuevas oleadas por Bering, etc. Sobresalen entonces como núcleos culturales Teotihuacán, Monte Albán, Xochicalco, El Tajín, Moche, Nazca, Tihuanaco y todas las ciudades mayas.

El final de este período es diverso según zonas y en algunos sitios obedece a una crisis. Comienza este final hacia el 650 d. C. y termina hacia el 950 d. C. En el área Mesoamericana acontece entonces el derrumbe de las ciudades-estados y del imperio de Teotihuacán, en tanto que en el área andina mueren culturas locales, como la Mochica y Nazca, a la par que surge Tiahuanaco, imperio cultural y primera expansión andina de una unidad territorial.

La razón de la crisis que asola a las culturas clásicas es diversa, y lo mismo se señalan circunstancias locales como agentes foráneos. Es decir, que lo mismo se pudo originar esta crisis por un cambio de la estructura socio-política, factores ecológicos o económicos, que por

la llegada de extranjeros o bárbaros (chichimecas). En algunos lugares, como es el caso de las ciudades mayas del Usumacinta, la crisis de ellas se debió a transformaciones internas y a movimientos de pueblos.

Al final del período clásico se nota el renacimiento de una serie de culturas locales y en general se percibe el gran desarrollo de la metalurgia, plumería, arte lapidaria, códices, etc. La población se concentra en ciudades, aumenta el comercio, se desarrolla más la agricultura y el militarismo cobra gran importancia. Atraídos por el esplendor cultural de estas civilizaciones, una serie de pueblos marginales son incorporados. Destaca entonces la civilización Tolteca, continuación de Teotihuacán; se observa el renacimiento de las ciudades mayas por influjo tolteca y en Suramérica periclita Tiahuanaco en tanto que renace la cultura Chimú, continuación de la Mochica y la Inca continuación de la Nazca.

Como indicábamos, el auge del militarismo presagia el nuevo lapso de grandes imperios, en el cual van a jugar un gran papel los grupos tribales de Mexicas e Incas. Las notas que hemos señalado como propias de la etapa anterior alcanzan su máxima expresión entonces, pero al mismo tiempo surgen nuevas características de este período militarista y de grandes imperios. El grupo militarista sienta su dominio (caballeros águilas, caballeros tigres), prosigue la actividad bélica, se construyen más caminos, murallas y fortalezas; se reestructura la sociedad en función de la guerra; nace una diplomacia; el desarrollo de la ingeniería hidráulica perfecciona a la agricultura (de roza, barbecho, regadío, chinampas y terrazas); crecen las ciudades alcanzando algunas medio millón de habitantes (Tezcoco, Tenochtitlán, Tlatelolco, Chanchan); etc. En la sociedad se observa la presencia de nobleza guerrera, nobleza religiosa-intelectual, plebeyos y esclavos. El predominio de la nobleza militar sobre la religiosa se traduce en una mayor importancia de los dioses solares, relacionados con la guerra y simbolizados en el águila. Esta religión era frecuentemente sanguinaria, tal como se muestra en la cosmogonía azteca, donde se adora el cruel Huitzilopochtli y se practican sacrificios humanos. Al multiplicarse los sistemas de comunicación (vías incaicas) crece el comercio, aunque no es posible mencionar unas regulares comunicaciones entre los imperios. La vida cultural acusa este aumento en un auge de la música, de la literatura, de las matemáticas, de la astronomía y de las artes plásticas.

Es posible entonces distinguir unas altas culturas que dan la tónica –la Azteca o Inca–, seguidas de la Tarasca, Mixteca, Maya y Chibcha,

y otras culturas marginales, muy pobres, que algunos de estos imperios van incorporando.

6. El encuentro con el mundo indígena

Dos pigmentos, dos culturas, dos concepciones de la vida entraron en maridaje al alborear el siglo XVI en el contorno y dintorno americano. Los que llegaban venían empujados por todo el desarrollo de Occidente inaugurando la imprenta y las armas de fuego, pretenciosos de acabar de hinchar el globo terráqueo. Los que contemplaban el llegar se asomaban a los bordes de un continente primitivo, llevando una forma de vida ahistórica. Ignoraban el gran proceso espiritual que se les echaba encima inesperadamente.

En el instante en que la sociedad arábica era absorbida por la iránica en el Viejo Mundo, en América, hombres de la cultura occidental incorporaban tres grandes sociedades prehispánicas: la azteca, la maya y la quechua. Siguiendo muy de cerca este proceso se integraban subgrupos culturales, adheridos a estas grandes civilizaciones.

Los escritos de primera hora nos permiten percibir que las tres sociedades fueron sorprendidas –al decir de Toynbee– en el momento que acababan de salir de unos *tiempos revueltos*. Tiempos concluidos ya por completo en el Tahuantinsuyo Andino, donde terminaba de formarse un estado universal presidido por los Incas, agrietado y debilitado al avanzar la hueste pizarrista, por una guerra civil que facilita la conquista. Estos tiempos no habían terminado en las sociedades aztecas y mayas, en las que aún se notaban los finales estertores.

En el Tahuantinsuyo, el dominio inca, con el cuartel general en el altiplano, se había impuesto a la costa, que siguió, sin embargo, manifestando su superioridad cultural. En Centroamérica, hacia mediados del siglo XV, la crisis social y política se hizo aguda, y cuando parecía que la sociedad azteca se iba a imponer completamente desde la laguna de Tenochtitlán hasta la península yucateca formando un estado universal, llegaron los españoles y truncaron el proceso. Porque no olvidemos que el poder militar nahuatl, en la época tolteca, había hecho acto de presencia entre los mayas debido a que éstos, envueltos en guerras intestinas, que rompieron la célebre Liga de Mayapán, integrada por tres ciudades-estados (Mayapán, Uxmal y Chichén-Itzá), llamaron a aquéllos para que interviniesen. Este momento de la historia maya se denomina (según Morley) *período mexicano*, o hegemonía de

Mayapán (Nuevo Imperio: 1194-1441). A él siguió el *período de desintegración*, de 1441 a 1697 (Nuevo Imperio III), testigo ya de la arribada hispana.

Las huestes que desembarcan tras estos tiempos revueltos portan una serie de ventajas técnicas e ingredientes espirituales que les permitirá en muchas ocasiones la fácil conquista del territorio.

En el siglo XVIII, dos científicos españoles, Jorge Juan y Antonio de Ulloa, dijeron en un escrito que "visto un indio, vistos todos". Nada más lejos de la verdad. La diversidad etnográfica era compleja en América, aunque a los españoles conquistadores también les parecieron iguales todos los indígenas. Nunca pensemos tampoco con mentalidad lascasiana, que los indígenas eran en su totalidad "gentes flacas, delicadas y tiernas de complexión", seres felices pacíficos, naturalmente buenos y justos, que vivían en una maravillosa edad dorada. Los habría así, y los habría sencillos, escasamente preocupados por el trabajo y por lo tuyo y lo mío. Pero también los había holgazanes, crueles, reos de antropofagia, aunque Las Casas los defiende citando a Plinio, invertidos, pese a que el mismo fraile explique su pecado mencionando a Galeno... El aspecto de un guerrero azteca, a juzgar por modernas reproducciones, no debía ser nada agradable, y el panorama de los templos e ídolos hediondos de piltrafas y sangre humana, tampoco sería reconfortable. El saber que el enemigo bebía en cráneos humanos, tocaba tambores hechos de pieles de contrarios o reduciría su cabeza al tamaño de una pelota, si no es que lo cebaba para comérselo, no debió ser nada estimulante.

El encontronazo de las huestes hispanas fue contra diversas gamas de las civilizaciones americanas y contra distintas clases de indios. Sobre el conglomerado racial-cultural es posible distinguir perfectamente la existencia de los tres grandes núcleos referidos: el azteca o mexicano, el maya-quiché (ya hundido) y el quechua o incaico.

En aquellas regiones donde la organización política era más acabada –México y Perú– la conquista fue obra de días, por no decir que de horas. La peculiar estructura gubernamental hizo que, caída la cabeza soberana, cediese todo el cuerpo de la pirámide. En cambio, otras regiones, como Chile o el Plata, demandaron un avance lento, de sometimiento individual –tribu por tribu–, al que seguía la cohesión política única y la clavazón a las tierras de las tribus nómadas. En la América Central, como un nexo con Suramérica, tropezaron con los vestigios de la cultura maya, con los quichés y cakchiqueles, pipiles y chorotegas. En las Antillas, tainos, caribes y aravacos forman el tresillo

por todos conocido. En la América del Sur podemos distinguir un sector atlántico y otro pacífico. En el sector primero vivían caribes, aravacos, tupies, guaraníes, tapuyas, chiriguanos, atacamas, omaguas, charrúas, querandíes, etc., etc. En el área andina, cara al Pacífico, coexistían tayronas, pijaos, chibchas, panches, colimas, turbacos, quimbayas, andaquíes, muzos, muiscas, pastus, cañaris, jíbaros, quijos, esmeraldas, barbacoas, huancabilcas, pumaes, tumbecinos, caras, sciris, quechúas, aymaras, atacameños, etc., etc. La heterogeneidad y diversidad cultural era enorme. Era un mundo pobremente tecnificado, abrumado por el fatalismo cosmogónico de sus creencias. Mundo inseguro, cuyas teogonías le mostraban la vida como una continua destrucción.

Mientras unos se encontraban en un neolítico, otros se hallaban en condiciones infraculturales. Mientras unos poseían una organización estatal definida, otros se aglutinaban en tribus nómadas, sin nexo alguno a nada ni a nadie. Mientras unos gozaban de una civilización agrícola y permanecían unidos por una lengua y común religión, otros carecían de esto y arrastraban una vida contraria a todo avance.

Eran en total unos trece millones, de los cuales unos ocho vivían en los tres grandes centros citados. Se habla también de ochenta y de ciento veinte millones. A los españoles les parecieron siempre fabulosas las cantidades de indios que les hacían frente. Por su imaginación meridional y por sugestión de los libros de Caballerías, exageraron extraordinariamente el número de la población. La hipérbole desmesurada la lleva al cenit fray Bartolomé de las Casas, para el cual matar cuentos (millones) de indios es cuestión de minutos. Los conquistadores exageraron para que sus hazañas parecieran más ingentes; los misioneros, para que su labor evangelizadora fuera tenida por grandiosa, y Las Casas, para acentuar la crueldad de sus compatriotas... A Cortés, y a otros que como él escribieron, les cuesta poco esfuerzo decir una y otra vez que "otro día, en amaneciendo, dan sobre nuestro real más de 149.000 hombres, que cubrían toda la tierra". Y a Las Casas nada le estorba para escribir tranquilamente que "habiendo en la isla Española sobre trescientos (millones) de ánimas, que vimos, no hay (en 1542) de los naturales della dozientas personas".

La curiosidad, característica de esta época descubridora del individuo según Burkhardt, apareció en los cronistas más cultos y, sobre todo, en los clérigos. Al contacto con lo autóctono indagaron sus costumbres, sus instituciones, su pasado. Colón, como siempre, fue el primero en proporcionar noticias sobre "lo americano". Pedro Mártir, con psicología de periodista, y Andrés Bernáldez, el cura de los Pala-

cios, también brindaron datos de etnología e historia natural. No digamos nada de Fernández de Oviedo, el Plinio español, ni de Cortés, ni de Acosta..., etc., etc. En los cronistas soldados del Perú, Miguel de Estete abre la marcha como escritor etnógrafo, pues describe las fiestas y riquezas del Cuzco, las costumbres funerarias de los incas, la geografía de la costa y de la sierra..., etc. Ninguno, desde luego, como los frailes. Estos tuvieron más tiempo para indagar, y les fue necesario para su labor evangélica. Mendieta, Torquemada, Sahagún, Landa, Morúa, etc., etc., construyeron sólidamente toda una historiografía consagrada al mundo indoamericano.

El estado social de este conglomerado indígena determinó la marcha de la conquista, y, aunque parezca increíble, configuró la forma actual de muchas naciones. El español no estableció distingos en sus campañas bélicas. Trató más duramente a los antropófagos y a los invertidos –*extra vas débitum*, los denomina Fernández Oviedo– por ser reos del pecado nefando.

En todos lados no fue idéntico el recibimiento que se hizo a los españoles. La reacción violenta y obstinada se dio junto a la sumisión pacífica. No siempre hubo sorpresas, agasajos, obsequios y convivencia tranquila. La mansedumbre antillana está muy lejos del ardor bélico azteca. El indio continental no era como el insular. En México y Perú contaban con una organización militar irreprochable. Tenían ejércitos en pie de guerra y fortificaciones ejemplares, y poseían el concepto de que la pugna era una loable actividad. Su entereza frente al enemigo fue ejemplar, aunque al principio luchase bajo el terror y la divinización de los que llegaban y acorralados por la novedad de la pólvora, el hierro, el caballo y el perro. El español también encontró algunos inconvenientes: el misterio, las trampas, la fauna y flora traicionera, el clima, el desconocimiento del terreno, la cantidad numérica del enemigo, las flechas y el veneno. El indio luchó encarnizadamente, jugándose el todo, haciendo derroche de valor. Por falta de éste no cayó tan rápidamente México y Perú, sino por otras razones.

Para denotar el valor de los aztecas se escribe que luchaban como "perros dañados"; y de los araucanos se dice por los autores que estaban "españolados". "Perros dañados" y "españolados" pelearon con denuedo, sin límites, con pasión, utilizando todos los recursos de la nigromancia y de su primitiva técnica guerrera.

El derroche de coraje indígena no lleva parejo el espíritu de sacrificio. Apunta certeramente Menéndez Pidal que Cuauhtémoc no piensa ni un momento en imitar al héroe galo Vercingetórix, ofreciéndose al

vencedor para salvar a su pueblo. Huye, cuando ve la ciudad de México perdida... La terca oposición autóctona en determinadas zonas vino, como apuntamos, no sólo determinada por la geografía, el mayor valor o la organización política, sino por el mejor conocimiento de la táctica hispana, y, por consiguiente, por el empleo de una contratáctica *ad hoc*. E, igualmente, por la utilización de los materiales bélicos que, en un principio, fueron patrimonio del soldado hispano, pero que el indio adquirió y aprendió a manejar.

Las armas y la táctica hispanas, que ya mencionamos, hallaron respuesta en las armas y sistemas indígenas. Convocatorias de hombres mediante tambores o columnas de humos; parlamentos; sacrificios y ceremonias; danzas y pinturas corporales, precedían al estado de guerra. Declarado, corrían cautos y silenciosos al encuentro del invasor. Acechaban armados de la astucia, el silencio y material ofensivo. Iniciada la pelea, se elevaba al cielo una gritería infernal de insultos, loas propias e incitaciones.

Arcos y flechas fueron las armas más corrientes. Los arcos, según regiones y tipos humanos, eran distintos en su forma, aunque siempre de madera. Las flechas también ofrecían diversos modelos. Podían tener la punta de huesos de pescados o de madera endurecida al fuego, o de sílex. Con el fin de que permaneciese dentro de la herida, se hacían frágiles estas puntas, partiéndose el astil de la flecha al darle el herido un manotazo. Atrás le ponían plumas multicolores o cáscaras de nueces agujereadas que producían un silbido sobrecogedor. La rapidez de disparo era admirable, pudiendo lanzar algunos veinte flechas en un minuto. El impulso era también enorme, llegando a atravesar la pierna del jinete y todo el caballo. Contra ellas sólo cabía el salto oportuno, la rodela o el escaupil. El blanco era posible desde 140 metros de distancia.

Aun cuando casi todos los pueblos americanos usaron el arco, algunos, como los aztecas y los quechuas, emplearon para impulsar la flecha el aparato llamado *estólica*. Pese a que son sencillas, su descripción es difícil. Eran "unas varas de madera, en uno de cuyos extremos había un pequeño gancho, sobre el que se apoyaba la parte porterior del dardo. Algo similar al *amentum* latino o correa de cuero con que impulsaban los romanos el dardo". La fabricación de todos estos objetos requería un ceremonial religioso. El rigor de las flechas vino acrecentado por el uso del veneno en ellas. En el Caribe, en Tucumán, en los Mojos, hallaron los hispanos las terribles flechas untadas. La agonía que producían era horripilante, y los remedios que los heridos to-

maban para contrarrestarlas eran espantosos: succiones, zumo de tabaco, o se cauterizaban, como Ojeda, con un hierro candente la herida, y luego se envolvían en mantas empapadas en vinagre. Es curioso observar que los indios que disparaban flechas emponzoñadas eran pueblos pobres y en estado atrasado. Podemos decir que en México, Perú y parte del Ecuador faltó la flecha envenenada. De árboles como el que los españoles denominaron "manzanillo" extraían el jugo necesario para su fabricación, al cual le agregaban otros ingredientes. Al final resultaba un líquido en el que se mojaban las flechas o una pasta que se untaba. Los españoles buscaron el contraveneno; pero sólo lo encontraron los soldados del Tucumán. Para ello inyectáronle el veneno o hierba a un indio, y luego lo acecharon. Viéronle ir en busca de una hierba que le sirvió para hacer un zumo antivenenoso que se frotó en la herida... El veneno no sólo iba en la rapidez mortal de la flecha, también aparecía en púas que dejaban caídas en suelo o prendidas de los árboles. A la flecha envenenada, la más eficaz y temida arma indígena, puede añadirse la utilización de *gases*. Contra el invasor se lanzaron las *columnas de humos* producidos por maderas verdes quemadas, o el *sahumerio de ají y pimienta* quemada. Este tenía la ventaja de producir quemazón en los ojos. El ají, bajo la forma de polvo molido, lo arrojaron a los rostros de los españoles, ocasionando un intenso estornudo. Lo que se pretendía con ello era que el soldado hispano descuidase cubrirse con la rodela y ofreciera buen blanco a las flechas. Como siempre, los españoles emplearon el sistema indígena en ciertas ocasiones; por ejemplo, Coronado en Cíbola desalojó a las tribus de los *pueblos* a base de columnas de humo, y los de Chile emplearon humo de ají para desalojar algunas cuevas refugios de indios.

La *cerbatana, lanzas* endurecidas al fuego, *macanas, porras, hachas, hondas y boleadoras, púas, estacas, hoyos, trampas, hondas, puentes falsos y galgas*, completan el arsenal indígena ofensivo y defensivo. Casi todos los indios americanos se armaban con la lanza hecha de cañas y palmas cimbreantes, cortas o largas. Las últimas eran las más eficaces, pues detenían al caballo a distancia. Con guayacan, chonta, mistol y otras maderas construyeron potentes macanas eficaces en el cuerpo a cuerpo. De semejante uso y utilidad a macanas y porras fueron las hachas de piedra. En los pueblos de llanura se tropezaron las huestes conquistadoras con la boleadora de dos y tres piedras. Aparece con familiaridad en las crónicas del Río de la Plata y algunas veces en las del Perú. La boleadora, arma típica del gaucho posteriormente, fue el mejor antídoto contra el caballo. Las dos o tres piedras

estaban unidas a sendas cuerdas que paraban en un solo cabo; el indio las agitaba sobre su cabeza y las tiraba a los pies del guerrero o del caballo, enredándolo e imposibilitándole todo movimiento.

Con tales elementos bélicos en la mano es de presumir que las entradas no fueron simples paseos militares y prolongadas y pacíficas marchas al final de las cuales un rico botín de metales y mujeres les esperaba. No, no hubo tales "buenos salvajes". Hubo fieros enemigos y mansos amigos. Más los primeros que los segundos. El aspecto del indio en la guerra no era tranquilizador. Pintados terroríficamente, con cascos que podían ser cabezas de tigres y animales, como los caballeros águilas aztecas; con pelos largos, en trenzas o afeitados; con cola, orejera, aretes en las narices o colmillos; aupados por su algarabía y el ruido de tambores, caracolas, trompetas y fotutos... se lanzaban a la guazabara (lucha) abiertamente o en emboscadas mortales.

Sobre estos seres de pigmentación nueva, el español elucubró prontamente. La ideología hispana se vertió en dos corrientes: para unos eran "nobles salvajes"; para otros, "perros cochinos', como si fueran sarracenos. La naturaleza del indio, como el problema de los justos títulos, acarreó una procesión de discusiones. Se discutía su capacidad para vivir de acuerdo con las costumbres españolas y para recibir la fe católica. En la vehemencia desplegada, la Corona se inclinó por el término medio, y adoptó una actitud paternalista, como si los indios fueran menores de edad, reglamentando su existencia. Se les reconoció su racionalidad y se consideró que su retraso era fruto del pecado o caída, pero no de una inferioridad natural, como pregonó la Europa del s. XVII.

Mientras en España se polemizaba en torno al derecho de conquistar las Indias, y el grado de religión a dar al indio, éste permanecía ignorando todo y contemplando asombrado la aparición por Occidente de extraños seres. Acostumbrados nosotros a ver la conquista desde nuestra vertiente, se nos hace unilateral el enfoque de la misma. Nunca nos ponemos del lado del indígena para saber cómo él vio la conquista.

Para captar la posible apreciación india de la conquista es preciso, antes que nada, concederle al indígena capacidad de juzgar e interpretar una serie de hechos que se le presentan complicados con un aparato civilizador desconocido. Quizá la única vez en que conquistador y conquistado quedan frente a frente, en tremenda e igualitaria desnudez, fue en el caso de Alvar Núñez Cabeza de Vaca *(Naufragios...)*.

Un autor ha dicho que para el indio "la conquista es lo que amojona y lotea". En la mente indígena se apreció primero la conquista en relación con su yo y con sus tierras, si es que tuvo noción de su "yo" como algo individual y libre, y si es que llegó a calibrar el sentido de posesión. En pueblos socialistoides, como el Inca, la personalidad humana, dotada de libre albedrío, estaba muy recortada; tampoco se daba la posesión particular. La conciencia de patria no existía, porque no había un conocimiento de límites territoriales ni una comunidad espiritual. Sobre la raza o comunidad de origen y el territorio o comunidad de lugar, se asienta principalmente el concepto nación. La religión, la lengua, la historia, el espíritu y vida social han sido las demás bases para apoyar este concepto. No podemos decir que estos factores se dieran en la América indígena, carente, en sus atomizaciones culturales, de una unidad de destino. En las zonas marginales, de subculturas, no es posible encontrar idea de "nuestras tierras", ni, por tanto, el amor a ellas y la idea de posesión jurídica. El español adhiere al indio a la tierra, y le proporcionará el concepto de patria. Con todo, es posible tener una idea del trauma que fue la conquista para el indio y por eso, como postrer capítulo, cierra este libro la que certeramente León-Portilla ha llamado "la visión de los vencidos".

El encuentro entre las dos razas se tradujo, con todas sus consecuencias, en un titánico esfuerzo por parte del pigmento europeo tendente a elevar a su nivel cultural al pigmento americano, hundido en tres mil años de atraso.

Para el indio el invasor fue un intruso o un dios. Alguien que venía a aposentarse en su horizonte geográfico, a derribar sus dioses y a tomar las mujeres de su tribu. Se defiende de él, lo rechaza, o acaba replegándose mientras sus mujeres se entregan al blanco para originar lo mestizo. Es a través de la india como le llega al mestizo el pigmento amarillo, para vejamen del indio, que no tiene acceso a la mujer blanca.

Los primeros españoles constituían para los invadidos de las Antillas dioses y espíritus de sus antepasados. Por eso huían de inmediato. Los regalos que presentaban era a manera de ofrendas, y su mayor deseo consistía en retenerlos algunos días más con el fin de que ejercieran sobre la población su magia e hicieran abundantes a las cosechas y fecundas a las mujeres. La india, creyendo poder dar vida a espíritus antepasados, se entregó fácilmente al blanco, considerado como dios. El soldado hispano, con armadura, cabello corto y barba, ejercía cierta atracción sobre la mujer cobriza primitiva, que, por otro lado, y según

autores, comprobó que el blanco era un instrumento de mayor placer que el indio.

Los mismos indígenas fomentaban esta unión, como lo demuestran diversas escenas similares a la que Bernal refiere. Parece, según éste, que en Cempoala, los indígenas dijeron a Cortés que "pues éramos ya amigos, que nos quieren tener como hermanos, que será bien tomásemos de sus hijas y parientas para hacer generaciones"... Hechos como éste se multiplican en la prosa de los cronistas.

Si el indio no la ofrecía, el español la tomaba. Eran pocas las mujeres blancas que le acompañaban. "Mira, Malinche –le dijo Moctezuma a Cortés–, que tanto os amo, que os quiero dar una hija mía muy hermosa para que os caséis con ella y que la tengáis por legítima esposa..." Y el Malinche, como otros, no ofreció reparos en tomarla y procrear hijos –hijas en este caso– con la india ofrecida. Lo expuesto es un ejemplo de que las ofrecían; lo que sigue lo es de que las tomaban. Habla Mariño de Lobera, cronista de Chile, y alude a un indio que se acerca al fuerte de Araúco y le grita a su capitán que la indiada ha arrasado la ciudad de Concepción. Respuesta del hispano: "No importa, pueden matar a todos los españoles, que ellos seguirán resistiendo y recuperarán lo perdido". Interrogación del indio: "¿Pues qué mujeres tenéis vosotros para poder llevar adelante vuestra generación, pues en la fortaleza no hay ninguna?" Contestación: "No importa: que si faltan mujeres españolas ahí están las vuestras, en las cuales tendremos hijos, que sean vuestros amos."

Casi todos los conquistadores tuvieron hijos naturales mediante amancebamiento con las indias: Cortés, Alvarado, Pizarro, Martínez de Irala y Almagro fueron padres de hijos mestizos. De éstos, muchos adquirieron la celebridad: Martín Cortés, Garcilaso Inca, Huaman Poma de Ayala, Fernando Alba Ixtlixochitl, Hernando de Alvarado Tezozómoc, Inca Tito Cusi Yupanqui, Domingo de San Antón Chimalpain, Blas Valera, Diego de Almagro *el Joven*, Lucas Fernández de Piedrahita...

El papel de la indígena fue múltiple. Aquí nos incumbe ver tan sólo las consecuencias del choque fisiológico hispanoindio. El constituyó el gran milagro de la conquista, pues junto al mestizaje cultural dio vida a una nueva planta humana. No hubo mera satisfacción carnal en este injerto fisiológico; el español amó a su oscura compañera y recibió, a cambio, el despego del hijo mestizo. El Estado toleró y fomentó los matrimonios mixtos desde un principio (1514), pensando no sólo en la falta de mujeres europeas, sino en que tal unión facilitaba el

dominio y la transculturación. Ante el concubinato adoptó una actitud recriminatoria, como se ve en las instrucciones de la conquista; pero, consciente de la imposibilidad que había de eliminarlo, tomó una postura de visto bueno transitorio. Lo malo del contubernio hispanoindio estaba en que, habiendo logrado por su fijeza y duración los caracteres de un matrimonio legal, quedaba en un momento disuelto –con graves consecuencias sociales– al decidir casarse el blanco con una española.

El elogio del mestizaje lo hace el norteamericano Waldo Frank. Su obra: *América hispana.* La cita: "El elemento creador de la conquista española es la presencia humilde, pero penetrante, del amor cristiano. Otros europeos han explotado y asesinado a los indígenas tanto como los españoles, y han dormido con sus mujeres. Pero sólo el español, al cruzarse con la india, comenzó a vivir espiritualmente con ella, hasta que sus vidas crecieron juntas. El español supo que había hecho una cristiana de la india, y que su hijo sería cristiano y súbdito del rey. Vivía en un universo de sencillos y defectuosos conceptos: Dios estaba en el cielo; Satán, en el infierno; la verdad era su verdad y su justicia la única. Con todos sus escrúpulos ordenados labró una complejidad nunca soñada, y... porque amó, su hazaña vive aún."

BIBLIOGRAFIA

OBRAS GENERALES SOBRE LA CONQUISTA

1. Obras generales

CHAUNU, Pierre: *Conquista y explotación de los Nuevos Mundos* (siglo XVI). Barcelona, 1973.

DESCOLA, Jean: *Los Conquistadores del Imperio Español*.–Barcelona, 1972.

DÍAZ TRECHUELO, M.ª Lourdes: *Navegantes y conquistadores vascos*. Madrid, 1965.

GERBI, Antonello: *La naturaleza de las Indias Nuevas*.–México, 1978.

GIBSON, Charles: *España en América*.–Barcelona, 1976.

GONZÁLEZ-BLANCO, Pedro: *Conquista y colonización de América por la calumniada España*.–México, 1945.

INNES, Hammond: *Los conquistadores españoles*.–Barcelona, 1969.

ISPIZUA, Segundo de: *Historia de los vascos en el descubrimiento, conquista y civilización de América*.–Bilbao, 1914-9, 6 vols. (I-III: «Periodo del descubrimientos y conquistas»; V: «Dedicado a Lope de Aguirre»; VI: «La descendencia vasca de Bolivar»). Recientemente (San Sebastián, 1979) con el título de *Los vascos en América* (Venezuela, México, Panamá-Perú) se ha reeditado parte de esta obra (3 vols.).

JARAMILLO ALVARADO, Pío: *La guerra de conquista en América*.–Guayaquil, 1941.

KIRPATRICK, F. A.: *Los conquistadores españoles*.–Madrid, 1935.

KONETZKE, Richard: *Descubridores y conquistadores de América. De Cristóbal Colón a Hernán Cortés*.–Madrid, 1968.

LUMMIS, Charles F.: *Los exploradores españoles del siglo XVI. Vindicación de la acción colonizadora española en América*.–Barcelona, 1922.

MAJÓ FRAMIS, R.: *Vida de los navegantes y conquistadores españoles del siglo XVI*.–Madrid, 1946.

MANZANO, Rafael: *Los grandes conquistadores españoles*.–Barcelona, 1958.

MERRIMAN, Roger Bigelow: *The Rise of the Spanish Empire in the Old World and in the New*.–New York, 1918-1934, 4 tomos. (Hay un primer tomo en español. Barcelona, 1959).

MOLINARI, Diego Luis: *Descubrimiento y Conquista de América. De Erik el Rojo a Hernán Cortés*.–Buenos Aires, 1964.

MONTANA, Alberto: *Descubrimiento, exploraciones y conquistas de españoles y portugueses en América y Oceanía*.–Madrid, 1943.

MORALES PADRÓN, F.: *Fisonomía de la Conquista Indiana.*–Pub. de la Escuela de Estudios Hispano Americanos.–Sevilla, 1955.
–*Los Conquistadores de América.* Col. Austral, 1565. Madrid, 1974.
PARRY, J. H.: *El Imperio Español de Ultramar.*–Madrid, 1970.
PEREYRA, Carlos: *Las huellas de los conquistadores.*–Madrid, 1942.
REAL, Cristóbal: *La gran siembra de España.*–Madrid, 1944.
TORRES RAMÍREZ, Bibiano: *Los conquistadores andaluces.* Madrid, 1978.

2. Cronistas generales de la conquista

ACOSTA, José de: *Historia natural y moral de las Indias.*–Madrid, 1972, 2 vols.
(Existe una edición del Fondo de Cultura Económica. México, 1940.)
ANGLERIA, Pedro Mártir de: *Década del Nuevo Mundo.*–Buenos Aires, 1944, 2 tomos.
BENZONI, Jerónimo: *La historia del Nuevo Mundo.*–Caracas, 1967, 2 tomos.
Cartas de relación de la conquista de América.–México. Preparada por JULIO LE RIVEREND.
CASAS, Bartolomé de las: *Historia de las Indias.*–Madrid, 1875-76, 4 vols.
(Encuéntranse otras ediciones, como la de Aguilar en 3 vols.; pero la mejor es la publicada por la B. A. E., con estudio y notas de J. Pérez de Tudela, Madrid, 1957, y la debida al Fondo de Cultura Económica. México, 1951, en 3 tomos, donde se incluyen índices que facilitan su empleo.)
COBO, Bernabé: *Historia del Nuevo Mundo.* Publicada por primera vez con notas y otras ilustraciones de don Marcos Jiménez de la Espada.–Sevilla, Imp. de E. Rasco, 1890-93, 4 tomos.
FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo: *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar Océano.*–Biografía y juicio de don José Amador de los Ríos.–Madrid, 1851-55, 4 vols.
(Hay edición en 14 tomos, hecha por la Editorial Guarania, del Paraguay, Asunción. Pero la mejor es la de la B. A. E., a cargo de J. Pérez de Tudela, Madrid, 1959.)
HERRERA, Antonio de: *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas e tierra firme del mar Océano.*–Madrid, 1601-15, 4 vols.
(Existe edición de 1728, en 2 tomos, hecha en Amberes por Juan Bautista Verdussen. Hay otra en 8 tomos de la Editorial Guarania, del Paraguay, Asunción. Pero la más útil es la emprendida por la Academia de la Historia de Madrid, que lleva magnífica introducción y notas de especialistas. Madrid, 1934-57. Alcanza sólo hasta el vol. XVII, Década VIII.
LÓPEZ DE GOMARA, Francisco: *Primera y segunda parte de la historia general de las Indias, con todo el descubrimiento y cosas notables que han acaecido desde que se ganaron hasta el año de 1551. Con la conquista de México y de la Nueva España.*–Zaragoza, 1553.
(Encuéntranse también en el Vol. XXII de la Biblioteca de Autores Españoles.–Madrid, 1949.)
TORQUEMADA, Juan de: *Monarquía indiana.*–Madrid, 1723, 3 tomos.
(Hay una moderna edición hecha en México, por el Instituto de Investigaciones Históricas en 6 vols.–1975-77.

3. Justificación de la conquista

ANDRÉS MARCOS, Teodoro: *Vitoria y Carlos V en la soberanía hispanoamericana.*–Universidad de Salamanca, 1937.
BARCIA TRELLES, Camilo: *Las «Relaciones» de Vitoria. El problema de la conquista de América.*–«Anuario de la Asociación Francisco de Vitoria», pág. 187. Vol. I, 1927-1928, Madrid.

– *Francisco de Vitoria, fundador del Derecho internacional moderno.*–Valladolid, 1928.
BAYLE, C.: *España en Indias. Nuevos ataques y nuevas defensas.*–Vitoria, 1934; Madrid, 1942.
BELL, Aubrey F. G.: *Juan Ginés de Sepúlveda.*–Oxford, 1925.
BONET, Alberto: *La filosofía de la libertad en las controversias teológicas del siglo XVI y primera mitad del XVII.*–Barcelona, 1932.
BRIERE, Yves de la (S. J.): *El derecho de la guerra justa.*–México, 1944.
BULLÓN Y FERNÁNDEZ, Eloy: *El problema jurídico de la dominación española en América antes de las Relecciones del P. Vitoria.*–«Anuario de la Asociación Francisco de Vitoria», vol, IV. 1931-32; Madrid, 1933.
– *El doctor Palacios Rubio y sus obras.*–Madrid, 1927.
BUSTAMANTE, Antonio S. de: *El descubrimiento y la ocupación en el Derecho internacional. Colección de estudios históricos, jurídicos, pedagógicos y literarios.* (Melanges Altamira), 287-308.–Madrid, 1936.
CAPPA, Ricardo (S. J.): *Estudios críticos acerca de la dominación española en América.* Parte segunda: «¿Hubo derecho a conquistar la América?» Análisis político del Imperio Incáico.–Madrid, 1889.
CARBIA, Rómulo: *La Iglesia en la «Leyenda Negra» hispanoamericana.*–«Sol y Luna», núm. 2, pág. 53, 1939.
CARRO, Venancio D.: *La Teología y los teólogos juristas españoles ante la conquista de América.*–2 tomos.–Madrid, 1944. 2.ª edición Salamanca, 1951.
– *El indio, sus derechos y deberes según Francisco de Vitoria.*–«Revista de Indias», núm. 24, año 1946, pág. 253.
CASTAÑEDA DELGADO, Paulino: *La Teocracia Pontifical y la conquista de América.*–Vitoria, 1968.
FRANKL, Víctor: *Idea del Imperio español y el problema jurídico-lógico de los estados-misiones en el Paraguay.*–En «Estudios de Historia de América». México, 1948.
GANDÍA, E. de: *Francisco de Vitoria y el Nuevo Mundo.*–Buenos Aires, 1952.
GARCÍA ARIAS, Luis: *Títulos con que se pueden justificar la adquisición de las Indias Occidentales por España,* según la *Política Indiana* de Solórzano Pereira.–Bol. de la Univ. de Santiago, 1943, núm. 39-40.
GARCÍA-PELAYO-, Manuel: *Juan Ginés de Sepúlveda y los problemas jurídicos de la conquista de América.*–Rev. «Tierra Firme», año II, núm. 2, 1936.
GETINO, Luis Alonso: *El maestro Fr. Francisco de Vitoria.*–Madrid, 1930.
GINÉS DE SEPÚLVEDA, Juan: *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios.*–Fondo de Cultura Económica.–México, 1941.
(Introducción de Manuel García Pelayo. Interesa este estudio por el análisis que hace de los distintos aspectos de Sepúlveda. I: «Sepúlveda y los tratadistas españoles»; II: «La teoría de la guerra»; III: «La conquista de América»; IV: «Problemas jurídicos de la colonización».)
GÓMEZ ROBLEDO, Antonio: *La teoría bélica de Juan Ginés de Sepúlveda.*–«Letras de México», Vol. III, año 5, núm. 5, mayo 1941.
GÓNGORA, Mario: *Pacto de los conquistadores con la corona y la antigua constitución indiana: dos temas ideológicos de la época de la independencia.*–Buenos Aires, 1965. Revista del Instituto de Historia del Derecho Ricardo Levene. Fac. de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, págs. 11-30.
HANKE, Lewis: *La lucha por la justicia en la conquista de América.*–Buenos Aires, 1949. (Obra fundamental.)
– *Cuerpo de documentos del siglo XVI sobre los derechos de España las Indias y en las Filipinas.*–México, 1943. (Reeditada en 1977).
– *Estudios sobre Fray Bartolomé de Las Casas y sobre la lucha por la justicia en la Conquista Española de América.*–Caracas, 1968.
– *Más polémica y un poco de verdad acerca de la lucha española por la justicia en la conquista de América.*–Santiago de Chile, 1967.
HÖFFNER, Joseph: *La ética colonial española del siglo de Oro.*–Madrid, 1957.

HUNEEUS PÉREZ, Andrès: *Historia de las polémicas de Indias en Chile durante el siglo XVI (1536-1598).*-Santiago, 1956.
LETURIA, Pedro: *Mayor y Vitoria ante la conquista de América.*-«Anuario de la Asociación Francisco de Vitoria». Vol. III, Madrid, 1930-1931.
LEVILLIER, Roberto: *El Padre Vitoria y el justo título de los Reyes de España a las Indias.*-Homenaje de la Universidad de Chile a su ex Rector don Domingo Amunátegui Solar, tomo I, págs. 159-188.
MANZANO MANZANO, Juan: *La incorporación de las Indias a la corona de Castilla.*-Madrid, 1948. (Obra fundamental.)
MENÉNDEZ REIJADA, P. Ignacio: *El derecho de gentes según el P. Vitoria.*-«Anuario de la Asociación Francisco de Vitoria». Vol. IV, 1931-1932; Madrid, 1933.
MIRANDA, José: *Vitoria y los intereses de la conquista de América.*-México, 1947.
MORA, Alfonso María: *La conquista española jurídica y sociológicamente.*-Buenos Aires, 1944.
MORALES PADRÓN, F.: *Descubrimiento y toma de posesión.*-«Anuario de Estudios Americanos», vol. XII; Sevilla, 1955.
- *Teoría y Leyes de la Conquista.*-Madrid, 1979.
MOTOLINIA (Fray Toribio de Benavente): *Carta al Emperador.*-Refutación a Las Casas sobre la colonización española.-México, 1949.
MUÑOZ, Honorio: *Vitoria and the conquest of America. A study on the firts reading on the Indians «De indis prior».*-Universidad de Santo Tomás.-Manila, 1935.
MURO OREJÓN, Antonio: *Las Nuevas Leyes de 1542-5.*-Edición, estudio y notas de ..... Sevilla, 1931.
O'GORMAN, Edmundo: *Fundamentos de la historia de América.*-México, 1942.-XVI-134: Contiene «Las Casas y la conquista filosófica de América» y «La trayectoria de América».
PARRY, J. H.: *The Spanish Theory of Empire in the Sexteenth Century.*-Cambridge, 1940.
SERRANO Y SANZ, Manuel: *Los orígenes de la dominación española en las Indias.*-Madrid.
TORRE VILLAR, Ernesto de la: *Las leyes de descubrimiento en los siglos XVI y XVII.*-México, 1948.
USLAR PIETRI, Arturo: *La conquista de América como problema jurídico y moral.*-«Política», núm. 15, abril-mayo, 1961, págs. 14-29. Caracas.
VARGAS UGARTE, Rubén (S. I.): *Fray Francisco de Vitoria y el derecho a la conquista de América.*-«Bol. del Instituto de Inv. Hist. de Buenos Aires». Tomo XI.
VARIOS: *La conquista de América y el descubrimiento del moderno Derecho internacional.*-Estudios sobre las ideas de Francisco de Vitoria.-Buenos Aires, 1951.
VERLINDEN, Charles: *Le «Requerimiento» et la «Paix Coloniale» dans L'Empire Espagnol D'Amerique.*-Bruselas, 1961.
VITORIA, Francisco de: *Relecciones sobre los indios y el derecho de guerra.*-Buenos Aires-México. Espasa-Calpe. Argentina, S. A., 1947. Aconsejamos manejar la versión, con estudios, realizada por L. Pereña, J. M. Pérez Prendes y V. Beltrán de Heredia. Madrid, C. S. I. C., 1967.
ZAVALA, Silvio A.: *Las instituciones jurídicas en la conquista de América.*-Madrid, 1935.
(Problemas jurídicos de la conquista.-Soluciones: Las Casas, Sepúlveda.-Las Bulas de A. VI.-Concepto europeo del Indio.-Apostolado indiano.-Aspecto político de la penetración.-Teoría de la guerra indiana.-Capitulaciones o asientos.-Huestes indianas.-Carácter medieval.-Organización económica de la empresa.-Instrucciones.-Pacificación.) Segunda edición ampliada, 1971.
- *Ensayo sobre la colonización española en América.*-Buenos Aires, 1944.
(Títulos a Indias.-Las bulas.-Doctrina de la justa guerra.-Esclavitud.-Encomienda.)
- *Filosofía de la conquista.*-México, 1947, Segunda edición corregida, 1972.

4. Ser y razón de la conquista

ALONSO DEL REAL, Carlos: *El mundo en que entraron las conquistadores.*–«Cuadernos Hispanoamericanos», 91-2, 1957.

Aportación de los colonizadores españoles a la prosperidad de América (1493-1600). Madrid, 1929.

BORGES, Pedro: *Los conquistadores espirituales de América.*–Sevilla, 1961.

CARBIA, Rómulo D.: *Historia de la leyenda negra hispanoamericana.*–Madrid, 1944.

ESCALONA RAMOS, Alberto: *El espíritu de la Edad Media y América.*–Madrid, 1959.

FORRERO, M. J.: *Interpretación de la conquista y colonización de América.*–«Bol. de Historia y Antigüedades».–Colombia, 1942.

FRIEDERICI, Georg: *El carácter del descubrimiento y de la conquista de América.*–México, 1973.

GARCÍA MERCADAL, J.: *Lo que España llevó a América.*–Madrid, 1959.

MARAÑÓN, Gregorio: *España y la historia de América.*–Sevilla, 1935.

MEZA VILLALOBOS, Néstor: *Significado del período 1493-1508 en el proceso de la conquista.*–«Rev. Chilena de Hist. y Geografía», julio-diciembre, 1947, núm. 110.

– *Formas y motivos de las empresas españolas en América y Oceanía. Su esencia económico-cultural.*–Santiago de Chile, 1937.

– *Las empresas de la conquista de América.*–«Revista Chilena de Historia y Geografía».–LXXXVIII, tomo 97, julio-diciembre 1940.

NAVARRO, José Gabriel: *Los franciscanos en la conquista y colonización de América (fuera de las Antillas).*–Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1955.

PETI MUÑOZ, Eugenio: *Interpretaciones esquemáticas sobre la historia de la conquista y la colonización española en América.*–Montevideo, 1927.

PEREYRA, Carlos: *Las huellas de los conquistadores.*–Madrid, 1942.

– *La obra de España en América.*–Madrid, s. f.

SANTA TERESA, Severiano de (O. C. D.): *La Inmaculada y el coloniaje de la América española.*–Victoria, 1954.

SÁNCHEZ ALBORNOZ, Claudio: *La Edad Media y la empresa de América.*–La Plata, 1933.

SIERRA, Vicente de: *El sentido misional de la conquista de América.*–Madrid, 1944.

TERRADAS SOLER, Juan: *Una epopeya misionera. La conquista y colonización de América vista desde Roma.*–Madrid, 1962.

TOVAR, Antonio: *Lo medieval en la conquista y otros ensayos americanos.*–Madrid, 1970.

VALLE, Rafael Heliodoro: *Santiago en América.*–México, 1946.

VERLINDEN, Charles: *Precedents mediévaux de la colonie en Amérique.*–Programa de historia de América. Epoca colonial.–Editado por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia.–México, 1954.

WECKMAN, Luis: *La Edad Media en la conquista de América.*–Filosofía y Letras. México, 23, enero-junio 1952, y en «Revista de Historia», núm. 18, abril-junio. Sao Paulo, 1954.

ZAVALA, Silvio: *La ocupación del Nuevo Mundo por los europeos (Antecedentes, descubrimiento, conquistas, movimientos de emigración y arraigo de poblaciones).* En «Libro Jubilar», de Emeterio Santovenia. La Habana, 1957.

5. Las huestes

ARNAUDS, Vicente Guillermo: *Los intérpretes en el descubrimiento, conquista y colonización del Río de la Plata.*–Buenos Aires, 1950.
(La recopilación recoge la Ordenanza XV de 1573, donde se dispone el uso de intérpretes.–Lib, IV, tít. I, Ley IX.)

ASHBURN, P. M.: *The Ranks of Death. A medical-history of the conquest of America.*–New York, 1947.

CABRERA, Angel: *Caballos de América.*–Buenos Aires, 1945.
(Los capítulos III y IV recogen interesantes noticias, pareceres y bibliografías sobre el caballo en la historia de América.)
CUNNINGHAME GRAHAM, R. B.: *Los caballos de la Conquista.*–Buenos Aires, 1946.
FONTECILLA LARRAIN, Arturo: *Las espadas de los siglos XVI y XVIII.*–«Revista Chilena de Geografía e Historia», tomo XC, 1941.
(Con el mismo título ha sido publicado en «Revista de Historia», núm. 18, abril-junio. Sao Paulo, 1954.)
FURLONG, Guillermo (S. J.): *La hipotecnia de José Sánchez Labrador, S. J.* (1749-1766). Una crónica desconocida sobre un caballo criollo.–«Historia», núm. 1.–Buenos Aires, 1955.
GÓNGORA, Mario: *Los grupos de conquistadores en Tierra Firme* (1509-1530). *Fisonomía histórico-social de un tipo de conquista.*–Santiago de Chile, 1962.
JOHNSON, J. J.: *The introduction of the horse into the western hemisphere.*–«The Hispanic American Historical Review», *1943, XXIII.*
LAROCQUE TINKER, Edward: *Los jinetes de las Américas y la literatura por ellos inspirada.*–Buenos Aires, 1952.
MAHN-LOT, Marianne: *Una aproximación histórica a la Conquista de la América española.*–Barcelona, 1977.
OÑAT, Roberto y ROA, Carlos: *Régimen legal del ejército en el Reino de Chile. Notas para el estudio.*–Santiago de Chile, 1953.
PARDO RIQUELME, Antonio: *El ejército de Cortés.*–«Revista de Indias». Año IX, enero-junio 1948, núms. 31-32.
Breves páginas basadas en Bernal Díaz, con datos sobre hombre, organización, armas, etc.)
RAMOS PÉREZ, Demetrio: *Determinantes formativos de la «Hueste» indiana y su origen modélico.*–Santiago, 1965.
RIQUELME SALAS, José: *Médicos, farmacéuticos y veterinarios en la conquista y colonización de América.*–Madrid, 1950.
SALAS, Alberto Mario: *Las armas de la conquista.*–Buenos Aires, 1950.
SOLANO Y PÉREZ-LILA, Francisco de: *El intérprete: uno de los ejes de la aculturación.*–Valladolid, 1975.
TORRE REVELLO, José: *Las armas blancas de los conquistadores (siglo XVI).*–«Revista de Historia de América», núm. 47.–México, 1959.
VALLE ARIZPE, Artemio: *Cuadros de México.*–México, 1943. (Incluye ensayo sobre el caballo en América; págs. 25-120.)
VALLE, Rafael Heliodoro: *Santiago en América.*–México, 1946.
VARGAS MACHUCA, Bernardo: *Milicia y descripción de las Indias.*–Madrid, 1892.
WECKMAN, Luis: *La Edad Media en la conquista de América.*–«Filosofía y Letras». México, 23, enero-junio, 1952.

6. Los mitos

ALONSO DEL REAL, Carlos: *Realidad y Leyenda de las Amazonas.*–Madrid, 1967.
AZNAR, Luis: *Floresta de leyendas rioplatenses.*–Buenos Aires, 1942.
BAYLE, Constantino: *El dorado fantasma.*–Madrid, 1930.
(Sierra de la Plata.–Ciudad de los Césares.–Amazonas y Eldorado.)
BOLTON, Herbert E.: *Significance of the boderlands «Winder Horizons of American History».*–Nueva York, 1939; págs. 67 y ss.
CARBIA, Rómulo D.: *El mito de las Amazonas en América.*–Una «Historia crítica» lamentable y muchos plagios pintorescos.–«Nos», 1933, LXXXIX.
CORTESAO, Jaime: *A lenda do lago Dourado e das Amazonas.*–«Boletín Geográfico Brasileño», núm. 47, febrero, 1947.
CUNEO VIDAL, Rómulo: *Las leyendas geográficas del Perú de los Incas, el Dorado, las*

Amazonas, Jauja.–«Boletín de la Real Academia de la Historia».–Madrid. Octubre-diciembre, 1925.

DOMÍNGUEZ, Manuel: *Eldorado, enigma de la Historia Americana, era el Perú de los Incas.*–Buenos Aires, 1925.

– *La Sierra de la Plata.*–Asunción, 1904.

FERNÁNDEZ DE CASTILLEJO, Federico: *La ilusión de la conquista. Génesis de los mitos y leyendas americanas.* –Buenos Aires, 1945.

FERNÁNDEZ TORRES, Manuel: *El mito del oro en la conquista de América.*–Valladolid, 1933.

GANDÍA, Enrique de: *Historia crítica de los mitos de la conquista americana.*–Madrid, 1929.

(En las extensas notas de este tratado tendrá el lector toda la información bibliográfica que desee sobre los mitos en la conquista. Una advertencia: la tesis, errónea, de este libro es: «La historia de la conquista de América es la historia de sus mitos; y la fiebre del oro, el único móvil de todas las empresas y de todos los descubrimientos». Cap. VII. Véase también:

– *La ciudad encantada de los Césares.*–Buenos Aires, 1932.

HONORE, Pierre: *La leyenda de los dioses blancos.*–Barcelona, 1965.

LACHTMAN, Ricardo E.: *La leyenda de los Césares.*–Santiago de Chile, 1929.

LEONARD, Irving A.: *Conquerors and Amazons in Mexico.*–«The Hispanic Historical Review». Tomo XXIV, 1944, págs. 561-580.

MARTÍNEZ MENDOZA, I.: *La leyenda del Dorado. Su historia e influencia en la Venezuela antigua.*–Discurso de incorporación como individuo de número a la Academia Nacional de la Historia. Contestación del Académico señor don José Antonio Calcaño. Italgráfica, C. A., 66 págs. Venezuela, 1967.

MORALES, Ernesto: *La ciudad encantada de la Patagonia.*–Buenos Aires, 1944.

OLSCHKI, Leonardo: *Ponce de Leon's fountain of youth. History of a geographical myth.* «The Hispanic American Historial Review», 1941, XXI.

POSADA, Eduardo: *El Dorado.*–Liege, 1925.

RAMOS PÉREZ, Demetrio: *El mito del Dorado. Su génesis y proceso.*–Caracas, 1973.

RIBERA, Antonio: *Los monstruos marinos.*–Barcelona, 1967.

RICARD, Robert: *Azenmour et Safi en America.*–«Hesperis». Tomo XVII, 1933.

ROJAS, Ricardo: *Blasón de plata.*–Buenos Aires, 1941.

(Mitos y otras características de la conquista.)

RUIZ, Helena: *La búsqueda de Eldorado por Guayana.*–Sevilla, 1959.

SALAS, Alberto M.: *Para un Bestiario de Indias.*–Buenos Aires, 1968.

ZAHM, J. A.: *The Quest of El Dorado.*–New York-London, 1917.

ZAPATA COLLÁN, Agustín: *Mito y superstición en la conquista de América.*–Buenos Aires, 1963.

7. Geografía

Atlas del descubrimiento de América y Oceanía.–Edit. M. A. Salvatella.–Barcelona, 1943.

CARRASCO, R.: *Historia de los caminos del Nuevo Mundo.*–Buenos Aires, 1945.

(Estudia las rutas seguidas por los conquistadores. Más sentido literario que criterio histórico.)

DANTIN CERECEDA, Juan: *Atlas histórico de la América hispanoportuguesa.*–Madrid, 1936.

MOLINARI, Diego Luis: *El nacimiento del Nuevo Mundo* (1492-1534).–Buenos Aires, s. a.

RUBIO Y MUÑOZ-BOCANEGRA, Angel: *Extremadura y América.*–Emocionario y breves notas previos a un estudio histórico.–Mapas. Rutas conquistadoras de los extremeños indianos. La toponimia extremeña en América.–Sevilla, 1929.

VILA, Mario Aurelio: *El poblamiento de los paisajes geográficos de Hispanoamérica.*–

«Economía y Ciencias Sociales», enero-marzo 1968, año X, núm. 1. Caracas.
WHITTLESEY, Derwen: *Geografía política.*–México, 1948.

8. El Mundo Indígena

Las obras de Vaillant, Morley, Baudin, L. Valcárcel, L. Pericot, J. Alcina, Krickeberg, J. Comas, Bernal, Imbelloni, etc., son clásicas. Vid. de Pedro Armillas: *Programa de Historia de América. Periodo Indígena*, donde se cita una bibliografía general útil. México, 1962.

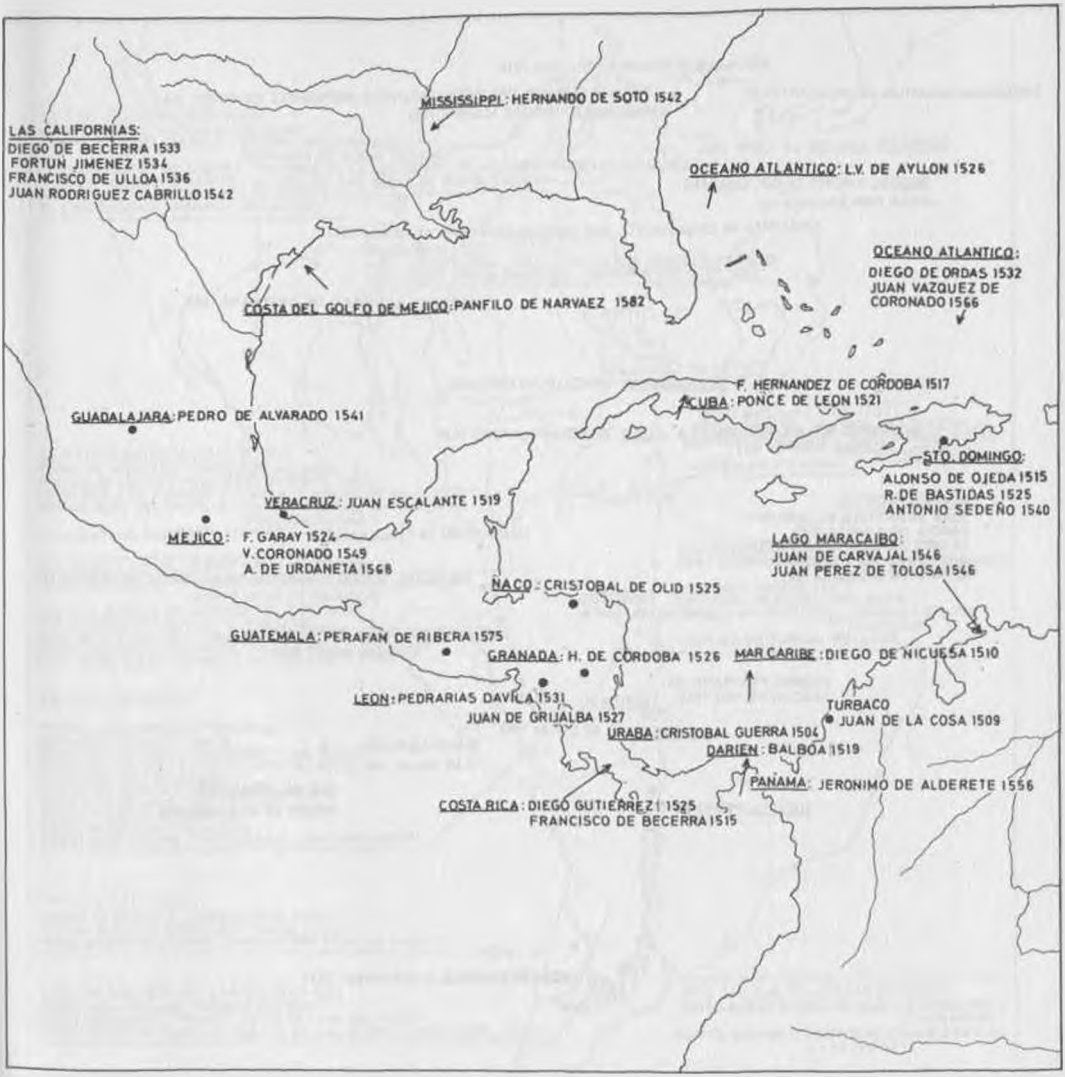
COMAS, Juan: *Bibliografía selectiva de las culturas indígenas de América.*–México, 1953.

VIII

GENERACION Y SEMBLANZA DEL CONQUISTADOR

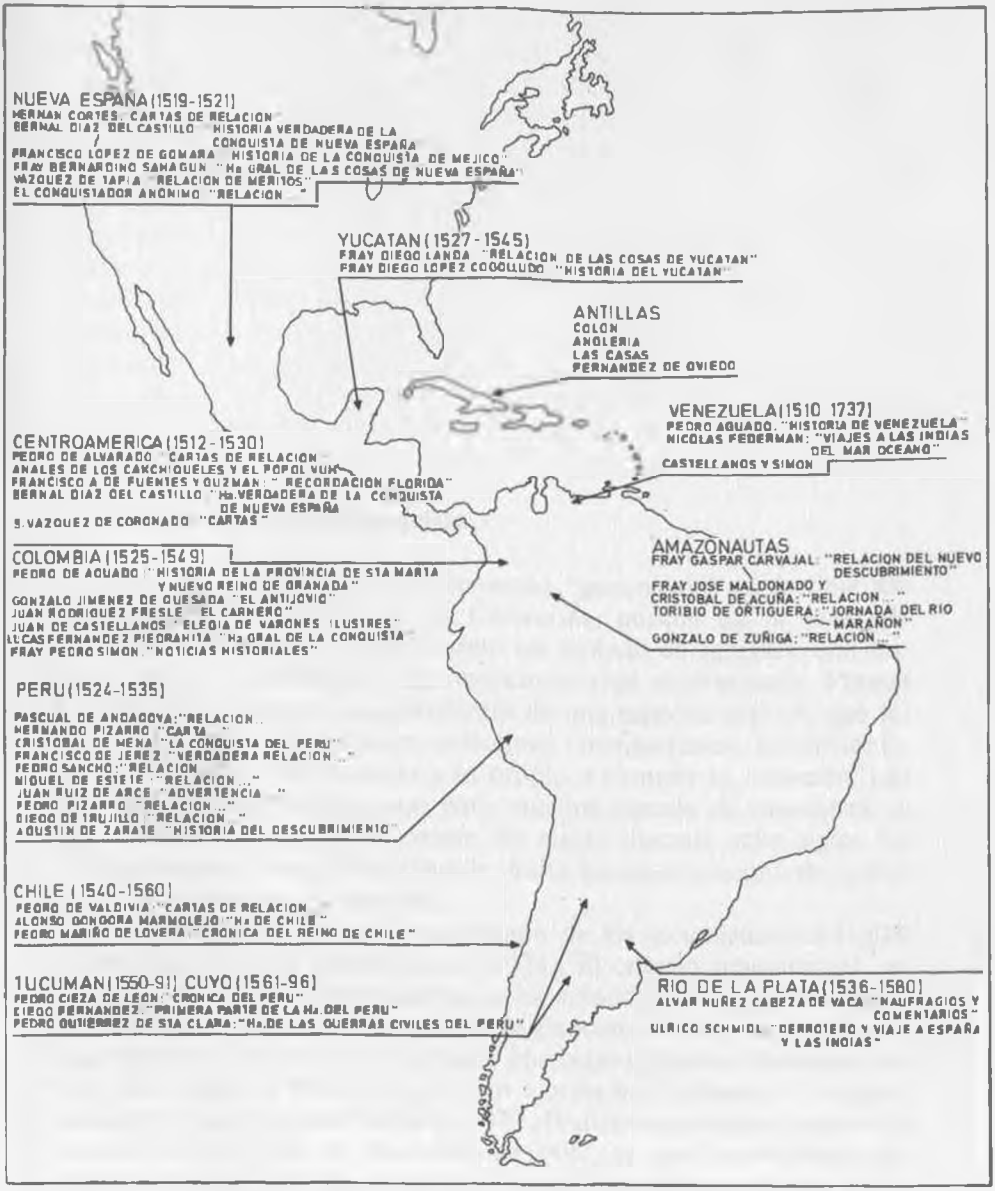
«Como capitán que de tanto tiempo fasta hoy trae las armas a cuesta sin las dejar una hora, y de caballeros de conquista y del uso, y no de letras, salvo si fuesen de griegos y de romanos...»

(COLÓN a JUAN DE LA TORRE: «Raccolta», II, 73 r. b.)



La mayoria de los grandes conquistadores murieron en la empresa.

Lugares y años en que perecieron algunos de los grandes conquistadores.



La conquista de cada zona contó con más de un testimonio histórico redactado, muchas veces, por los mismos conquistadores.

1. La generación de la Conquista

Pese a lo desacreditado del concepto "generación" es factible hablar de una *Generación de la Conquista*, porque en la masa de hombres de la época se revela como un puñado de egregios, una minoría selecta, que efectuó una trayectoria vital determinada. Fueron hombres de su tiempo, representantes de una especial actitud, que recibieron de sus predecesores conceptos, instituciones, valoraciones, etc., y se dispusieron con ello y lo propio a cumplir su vocación. Las guerras de Italia constituyeron para muchos escuela de enseñanza; y, por si fuera poco, la lucha contra los moros durante ocho siglos fue seleccionando la raza, decantándola, hasta lograr el precipitado que se lanzó a la conquista de América.

Ahora bien, antes que la generación de los conquistadores (1504) hubo otra, la de los descubridores (1474). El criterio generacional, repetimos, con respetables repudios, se ha venido aplicando hasta ahora al tratar de la literatura española e hispanoamericana. Autores como Leguizamon, Luis Alberto Sánchez, Henríquez Ureña, Anderson Imbert, José Antonio Portuondo, Arrom y otros han hablado de las generaciones literarias, arrancando de 1492. Podríamos nosotros recurrir al mismo criterio, pero no partiendo de 1492, ya que los hombres que actúan entonces son tipos humanos que se han iniciado mucho antes, digamos que en 1474, fecha del comienzo del reinado de los Reyes Católicos. El predominio de estos hombres termina treinta años más

tarde, en 1504, con el fin, por así decirlo, del reinado. Los personajes estelares de esta generación de 1474, generación de los descubridores –Isabel la Católica y Cristóbal Colón–, mueren por entonces. Años en que se publican las cartas de Vespucio, estimado como auténtico descubridor intelectual de América, años en que asciende a la palestra americana una generación que tiene ya una idea más precisa de América. Sus antecesores, los de la generación isabelina-colombina o de los descubridores, habían nacido entre 1444-1474 y su acción se desarrollará entre 1474 y 1504. Estos hombres, en parte, vieron al Nuevo Mundo como geografía asiática, no son americanos aún. Colón es el máximo representante de esa generación. El Almirante será el primero en dar cabida dentro de su prosa a temas y actitudes que otros seguidores desarrollarán más ampliamente. Así, Juan de la Cosa es el primero en trazar el mapa de las tierras entrevistas; Diego Alvarez Chanca es el primero en describir la flora; y el fraile Román Pané se alza como el primer alfabetizador de América y coleccionista de los mitos americanos. Esta generación con la idea de fundar factorías, enrolar al indio en la nueva economía, discutir sobre él, etcétera, pone las bases sobre las cuales la próxima generación hará la conquista y transformará al continente.

En 1492, Nebrija termina la primera gramática de un idioma moderno, gran instrumento de conquista al permitir imponer un idioma común. En 1492 se termina la Reconquista y se inicia la expulsión de moros y judíos naciendo así la doble militancia política y religiosa con que los conquistadores impondrán su ley.

La generación de 1504, la de los conquistadores, la primera en pertenecer enteramente a América, llevaba ya plenamente incorporado a su personalidad el sentimiento oriental de ser inseparable la idea de nación y de fe religiosa. La conciencia de ser español se confundió con la de ser católico –todavía pesa hoy esto– y con la de no descender de moros y judíos que habían estado mezclados abundantemente con los cristianos durante siglos. Para mantener la pureza de su condición (una actitud de origen judío) el español rechazó toda forma de actividad que hubieran ejercido o ejercieran los moros y los judíos. Fue una ignorancia protectora. Lo único digno para el hombre era la empresa imperial que frustrará la entrada en la edad moderna del hombre español. ¿Por qué?

Al declinar el feudalismo, nos aclara Sánchez Albornoz, y emerger la burguesía con un carácter antropocéntrico de la vida, amanece la época moderna. El español llega, entra en ella con unas características

distintas a las de los restantes europeos. Su vida estaba más centrada en la relación con Dios; tenía una más firme concepción teocéntrica del mundo; conservaba vivo el ideal caballeresco ya en quiebra en el resto de Europa, gracias a la Reconquista que lo extendió por todas las capas sociales; y su continua actividad bélica le había desarrollado el dinamismo e individualismo.

No era tarea difícil salir de esta situación, de este retraso, de este medievalismo para actuar en la Edad Moderna. Pero el ascenso de los Habsburgos y la conquista y colonización de América quemaron estas posibilidades al hacer arder España en lo que Sánchez Albornoz ha llamado el "gigantesco cortocircuito" de la Edad Moderna. Es decir, el potencial de energías acumulado durante la Edad Media en lugar de derivar por actividades de signo moderno hacia las que con trabajo se abría paso el país, derivaron hacia dos enormes palestras de lucha: Europa y América. En estos palenques se desbordaron el activismo guerrero, el ansia de riquezas conseguido a base de heroísmo y coraje, el honor de consagrarse a una empresa noble, y la lucha por la religión.

Esto correspondió ejecutarlo a la generación de 1504, constituida por hombres que al salir de España eran desconocidos, carecían de historia –hay excepciones– no poseían ni hacienda ni fama. Todo lo ganaron en América. A ella pertenecen individualidades, como Las Casas (1474-1566), Diego de Almagro (1475-1538), Fancisco Pizarro (1475-1541), Vasco Núñez de Balboa (1475-1517), Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557), Hernán Cortés (1485-1547), Pedro de Alvarado (¿-1541), Sebastián de Belalcázar (1495-1550), Bernal Díaz del Castillo (1494-1584), etc. Han nacido entre 1474 y 1504 y predominan entre 1504 y 1534.

Estos hombres y todos los que ellos representan actuaron en dos etapas: de 1502, 1503 ó 1504 al 1519 en que se efectúa la conquista antillana, y de 1519 a 1534-5 en que se verifica la anexión del territorio básico continental. En la primera etapa llegan, se aclimatan, dejan de ser chapetones y aprenden el oficio de las armas en relación con el Nuevo Mundo. Usan las islas como plaza de experimentación y como plataforma de expansión.

En 1519 –y antes– se inicia la gran embestida al continente. Se está fundando Panamá, base del asalto a Suramérica por la cara del Pacífico, cuando Cortés está desembarcando en Veracruz y se inicia la primera vuelta al mundo, al mismo tiempo que aparecen ya los primeros piratas ingleses. De 1519 a 1535 –fundación de Lima– son años impetuosos, apenas quince años, pero bastan ellos para debelar lo funda-

mental de las culturas americanas. El resto es marginal, periférico, complementario. Casi treinta años más tarde y llegamos a la fundación de Buenos Aires por segunda vez, o a 1567, fundación de Caracas, momento en que está finiquitando la acción de la generación de 1534, la de los fundadores, nacidos entre 1504 y 1534 y cuya actividad predomina entre 1534 y 1564.

2. Individualismo y colectividad

Nótase en esta generación de la Conquista el triunfo del héroe sobre el resto del conjunto. Dentro de este cuerpo social que verificó la incorporación, destácase la presencia de figuras señeras que llevaron a la masa a la realización de una tarea. La Historia, considerada como algo causal, exige la desaparición del hombre, unidad de ella. Lo individual, dado que es incalculable, pide su eliminación total o parcial del acontecer histórico. En la Historia de la Conquista de América, habría que suprimir personajes como Hernán Cortés o Pedro de Alvarado, fuertes individualidades, porque estorban al principio de la ley histórica. Pero esto se hace difícil, por no decir imposible. Entonces es cuando tenemos que explicarnos el fenómeno Mendoza o el fenómeno Coronado en relación con sus circunstancias o condiciones políticas, sociológicas, espirituales, económicas, etc., que los han determinado.

Lo decisivo y básico del minuto en que estos personajes vivieron es la fuerza que España proyectaba como prolongación de la Reconquista, o del Mercantilismo de la época; o el ansia por hallar la especiería y las riquezas soñadas. Todas estas condiciones hubieran dado lugar, no sólo al descubrimiento de América, sino al proceso de la conquista del Perú o Colombia, aunque Francisco Pizarro o Gonzalo Jiménez de Quesada, no existieran. Se hubiera producido por otros medios, quizá, pero se hubiera dado sin falta.

El hecho de la conquista es colectivo, tarea de masa, aunque tengamos siempre que acabar en la unidad hombre. Y es mucho más fácil explicarnos por qué cae el Tahuantisuyo peruano o por qué España decide fundar en el Río de la Plata, que por qué Balboa se metió en un tonel o en un velamen. Los dos primeros fenómenos son más asequibles de explicación o de hallarles una respuesta lógica, que al segundo hecho. En aquellos casos hay una causalidad que se apoya en hechos económicos, religiosos, geopolíticos, etcétera. En el segundo se hace difícil penetrar en el ánimo de Balboa para darnos una respuesta.

Esto no quiere decir que prescindamos de las individualidades y que le demos un empujón a los capitanes de la Conquista como Cortés, Alvarado, Belalcázar, Federman, etc., para sacarlos fuera de la historia de ella. Imposible echar al individuo de la Historia y menos en el cuadro de la Conquista, que viene a ser como una biografía enorme integrada por muchas biografías de individualidades. Imposible esto, pero no el recalcar que junto a esas unidades humanas destacadas hay unas circunstancias estimulantes y una masa humana que les impele en muchas ocasiones. Si mencionamos el caso de Colón, buscando las especias por una necesidad de la época; o el de Irala retrocediendo coaccionado por los oficiales reales; o el de Orellana prosiguiendo la navegación amazónica forzado por sus compañeros y por el río, etc., tendremos más cabal idea de lo que deseamos expresar. Con esto el individuo gana, porque muchos de sus actos, de sus responsabilidades, quedan asignadas también a la colectividad que le circunda. Ya no se achaca a Pizarro exclusivamente la muerte del Inca, o a Valdivia la independencia del Perú, por ejemplo. Cargan también con la culpa las huestes que iban con sus jefes.

Desde el siglo XVI dos cronistas de Indias tomaron esta doble actitud; por un lado, Gómara, con una concepción a lo Carlyle de la Historia; por otro, Bernal Díaz, demostrando la importancia que tuvo en la Conquista de México la intervención y decisiones del conglomerado que rodeaba al capitán extremeño. Ni uno ni otro extremo; pero sí tener en cuenta que en el andamiaje histórico de los conquistadores actuaron impulsos sociales, económicos, etc., y que ellos pudieron llevar a cabo su obra teniendo en cuenta esas fuerzas y otras, más la colectividad que les rodeaba y que estaba impregnada también de las influencias del instante.

Hasta el momento no ha podido evitarse que la conquista de México sea Cortés; la de Nueva Granada, Quesada; la del Perú, Pizarro; la de Chile, Valdivia; la de Quito, Belalcázar; la de Guatemala y El Salvador, Alvarado; la de Yucatán, Montejo; la del Paraguay, Irala... Ellos son los representantes y a su temperamento se recurre para teorizar sobre el conquistador en general. Con esta idea de la conquista de América, nos vendríamos a quedar con una "élite" de veinte héroes para trazar la historia de aquélla; el resto de la masa no existiría, y cuando se analizase el carácter del conquistador se haría recurriendo al de este grupo de caudillos, extendiendo los resultados a todos sus acompañantes. Esto no es así, el carácter del conquistador no es único y ofrece muchas variantes.

3. Notas del conquistador

Pensamos y afirmamos siempre, que nada mejor para conocer a aquellos hombres que sus hechos y que la documentación. Nada de interpretaciones modernas. Cortés y Bernal Díaz, o lo que es lo mismo, el yo y el nosotros, nos brindan en dos líneas cómo eran los conquistadores. El capitán informa al emperador: "... mayormente que los españoles somos algo incomportables e inoportunos". El soldado nos cuenta refiriéndose a los conquistadores: "todo lo trascendemos y queremos saber." Aquí está el carácter del conquistador, mondo y lirondo: *incomportable, inoportuno y trascendente.* Luego si se quiere se le puede llamar "la teología a caballo", "transeúnte del mundo", "debeladores de secretos", "hacedores de geografía" o "hijos de la espuma del mar". Ni leyenda negra ni rosa. América había que conquistarla tal como se hizo. Los hombres que allí fueron no eran una pandilla de asesinos desalmados; eran unos tipos humanos que actuaban al influjo del ambiente determinado por su época, por las circunstancias, por el enemigo, por su propio horizonte histórico. La conquista puso al rojo todas las virtudes y defectos de la raza.

Para acercarnos a la psicología del conquistador hemos de huir de la vida muelle de nuestro estadio cultural y abandonar los prejuicios y criterios del tiempo actual. La experiencia de sus vidas hay que juzgarla de acuerdo con los cánones de su época y metiéndonos en sus circunstancias. *Arrogantes, rapaces, turbulentos, implacables y crueles* han sido para una legión de historiadores que han sentado cátedra sobre ellos. *Santos* para otros. Hubo de todo, y lo que maravilla es que a la distancia que actuaron y dentro del medio en que lo hicieron, no se hubiesen comportado más despótica y más anárquicamente. Imposible universalizar y presentar un tipo modelo –un arquetipo– de conquistadores. No lo hay. Fueron hombres de encontrados temperamentos, que realizaron sus hazañas bajo el influjo de diferentes circunstancias. No es lo mismo un Cortés "gentil corsario" al decir de Las Casas, "buen caballero y venturoso capitán" lo calificó Motolinia; que un Valdivia "generoso en todas sus cosas, amigo de andar bien vestido y lustroso y de los hombres que lo andaban", según cuenta Góngora Marmolejo; o un Jiménez de Quesada, "hombre de letras, gallardo y de gallardos bríos, prudente y de hidalgos pensamientos", por poner ejemplos. La visión política, la calidad humana, el sentido militar, etc., son distintos en unos y en otros. Todos se caracterizan por *temerarios, audaces, infatigables, tercos, sufridos y valientes.* Sobre todo *va-*

lientes, llenos de coraje. Cuenta Las Casas que el efecto que los españoles producían en los indios era terrible. Refiere la escena en que Pedro de Ledesma agonizante y con los sesos al aire, hacía huir a la indiada desde el suelo gritándoles: "pues si me levanto, y con sólo aquello botaban a huir como asombrados, y no era maravilla, porque era un hombre fiero de cuerpo muy grande y la voz gruesa". Mas, como eran humanos, también sintieron miedo en ocasiones. Mientras en Cajamarca aguardan la entrada del Cápac Inca Atahualpa y sus miles de guerreros, asegura el testigo Pedro Pizarro, que "muchos españoles... se orinaban de puro temor". No era para menos.

Huyamos de simplificar y creer que constituyeron una caterva de bandidos, sedientos de oro, sangre y mujeres. No podemos hacer nuestra una cita del autor del Quijote, muy manoseada, donde el ilustre manco vertió su experiencia con el hampa. América no fue refugio de la escoria hispana. Las Indias, pese a decirlo nada menos que Miguel de Cervantes, no fueron "refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores, añagaza general de mujeres libres". El inmortal genio, en *El celoso extremeño,* hablaba despechado porque no se le permitió pasar al Nuevo Mundo a disfrutar de "la contaduría del Nuevo Reino de Granada, o la gobernación de la provincia de Soconusco en Guatemala, o contador de las galeras de Cartagena, o corregidor de la ciudad de la Paz". Que eso fue lo que él pidió. Y a eso contestó el Consejo: "Busque por acá el que se le haga merced."

A la *rapiña, crueldad* y *violencia, testarudez e imprudencia* se le añade el *espíritu destructivo,* el *individualismo,* la *religiosidad,* la *entereza,* el *espíritu legalista,* el *amor a la tierra que conquistaron,* la *audacia,* la *lealtad,* la *prodigalidad* y la *codicia,* etc., como notas típicas del conquistador.

Las diatribas contra la labor devastadora desarrollada en México y Perú forman ingente montón, sin tenerse en cuenta la provechosa curiosidad que, desde un principio, preside los actos de muchos actores, deseosos de saber el pretérito indígena (a Sahagún se debe lo que hoy se sabe del pasado mexicano). La Corona estimulaba este interés científico, como lo prueba su legislación y algunos cuestionarios que repartió con el fin de indagar antecedentes indígenas y conocer la realidad de sus nuevos dominios.

Cuando la demolición se practicó fue siguiendo un mandato real y un celo religioso. Se tendía, no a destruir obras de arte, sino extirpar los adoratorios y lugares de sacrificios donde los indígenas practicaban

su religión y ritos sangrientos considerados como obras del diablo para los hispanos. "Ordenamos y mandamos..., que en todas aquellas provincias hagan derribar y derriben, quitar y quiten los ídolos, aras y adoratorios de la gentilidad y sus sacrificios..." Obedeciendo disposiciones como ésta, y su natural impulso, Cortés destruyó los ídolos de Cempoala, por ejemplo. Era no sólo una medida producida por la natural repugnancia que altares ensangrentados o ídolos ridículos originaban en el ánimo del conquistador, sino también una acción con finalidad psicológica sobre el alma indígena. Se intentaba hacerles ver que, exterminados sus ancestrales, crueles y venerados dioses, no ocurría nada y que todo era puro mito diabólico. No obstante hechos como el mencionado de Cortés y otros, la devastación fue mucho menor de lo que se acostumbraba a pregonar. Buscándole una razón a ella daríamos la ya expuesta y añadiríamos que para la realización de la finalidad religiosa de la empresa, era vital arrasar los centros donde se había dado culto a falsos dioses. Y, además, es imposible exigirle al conquistador un criterio artístico o antropológico propio de nosotros, de nuestro tiempo y con nuestra perspectiva, en unas ciencias que no estaban aún desarrolladas. Sin olvidar lo que ya dijimos: que gracias a la curiosidad estatal y particular se puede hoy contar con un rico material para estudiar la antigüedad prehispánica. Si todo hubiera sido destrucción sistemática es seguro que nada de ello existiría.

Cortés podía continuar siendo modelo del conquistador para analizar la actitud de estos con las civilizaciones que encuentran y con la tierra que incorporan. Ellos amarán a los pueblos sojuzgados y considerarán, como Valdivia, que no hay mejor tierra para vivir y perpetuarse como la que han ocupado. El testamento de Cortés denota su amor a la Nueva España donde pide que reposen sus restos; y el Inca Garcilaso relata de un tal Hernando de Segovia que en Sevilla, después de regresar de las Indias, "murió de puro pesar y tristeza de haber dejado la ciudad del Cuzco". Y añade: "La misma tristeza y muerte ha pasado por otros que han venido, que yo conocí allá y acá."

Individualistas lo fueron, y lo seguirán siendo, mientras sean españoles. Individualistas y altivos, esencia del español. Calderón retrató muy bien la arrogancia del soldado hispano en esta octava famosa:

> *"Estos son españoles. Ahora puedo*
> *hablar encareciendo estos soldados*
> *y sin temor; pues sufren a pie quedo*
> *con un semblante, bien o mal pagados.*

Nunca la sombra vil vieron del miedo,
y aunque soberbios son, son reportados.
Todos lo sufren en cualquier asalto.
Sólo no sufren que les hablen alto."

(EL Sitio de Breda.)

El individualismo, y el prurito de ser primeros, lo manifestaron casi todos: Cortés, Valdivia, Belalcázar, Francisco de Las Casas, Hernando de Soto, Orellana... Enviados por un superior radicado en las Indias, hacían luego lo imposible para independizarse de él y depender directamente del Rey con el fin, aclara Oviedo hablando de Belalcázar, de que "no le llamen segundos sino primeros, e procurar para sí los mismos oficios en ofensas de sus superiores, y tener manera como se entiendan con el Rey e pierda las gracias quien lo puso en tales capitanías."

Fueron *religiosos* por convicción. El conquistador cuidó siempre de hablarle al indígena de su religión. En Tabasco, segundo escenario de la gesta cortesiana, Hernán Cortés, indica Bernal, que "le mostró a los indios una imagen muy devota de Nuestra Señora con su hijo precioso en los brazos y les declaró que en aquella Santa imagen reverenciamos, porque así está en el cielo y es madre de nuestro Señor Dios". Igualmente les aconsejó que no adoraran "aquellas malditas figuras o demonios" que tenían por ídolos. En el tenso encuentro que Pizarro tiene con Atahualpa en Cajamarca, el primer diálogo del Inca con los hispanos versó sobre religión. Correspondió al padre Valverde dirigirse al Cápac Inca y darle un breve boceto del Catolicismo.

La época explica mucho esta característica del conquistador español. Los teólogos ocupaban puestos claves, y el conquistador, transido de religiosidad, no hacía otra cosa que actuar de acuerdo con la época. Los problemas morales fueron continua preocupación suya como lo fue la evangelización del indio y el buen trato a los frailes. Anecdóticas nos resultan hoy muchas de las ordenanzas contra la blasfemia, el juego de cartas o las disposiciones de Cortés indicando en qué momento había que entrar en misa. De hipócritas tachamos, equivocadamente, aquella exigencia de bautizar previamente a las indias antes de repartirlas a los soldados o el deseo de bautizar a Atahualpa o Caupolicán antes de ejecutarlos. En todo caso, califiquemos de "curiosa" o "deformada" esta religiosidad, pero no de hipócrita.

La veneración por los frailes fue continua, no así por los curas –y

lo que Bernal dice de Gómara es un ejemplo–, y así Diego de Ordás, en sus cartas particulares a su administrador en México, exentas de oficialismo y, por tanto, sinceras, le dice más de una vez cosas como éstas: "Y sobre todo mirad mucho en el buen tratamiento de los indios, y siempre tomar el parescer en alguna cosa de los frailes..." o "a los frailes y monjas las haced mucha honra y proveedle de todo lo que hubiere menester."

Al conquistador siempre le animó un doble propósito: "el servicio de Dios e de su magestad". El servicio a las dos majestades. Y, dentro de ese servir al Rey, estaba el trabajar por sí mismo, pues del Rey recibirá mercedes en pago. Quizá sea el cronista Francisco López de Gómara, quien mejor y más claramente manifieste el doble propósito: "La causa principal a que venimos a estas partes es por ensalzar y predicar la fe de Cristo, aunque justamente con ella se nos sigue honra y provecho, que pocas veces caben en un saco." Hay, sinceramente aclarada, una razón espiritual, de hombre católico y medieval: el deseo de propagar la religión cristiana; pero también existía un anhelo, muy humano, de mejorar económicamente de situación (provecho) y un deseo –muy renacentista– de cobrar honra y dejar fama.

Bernal Díaz, que no tiene la erudición del clérigo Gómara, ni su formación cultural, confiesa crudamente, con desplante cuartelero, un doble propósito en la Conquista: "Por servir a Dios, a su Majestad, y dar a luz a los que estaban en tinieblas, y también por haber riquezas, que todos los hombres comúnmente buscamos"

Este sentimiento religioso, de caballero cristiano, como perfectamente ha estudiado Lohmann, queda de manifiesto al atardecer de la vida de casi todos los conquistadores. Tal vez se deba ello a la prédica lascasiana, pero más, sin duda, a que poseían un cúmulo de virtudes cristianas. Llegado el momento de rendir cuentas, las disposiciones testamentarias de muchos conquistadores constituyen "una lección teológica de contricción y de cómo ganar, con el dolor del arrepentimiento, la esperanza del perdón y de la paz eterna". Si antes, durante su acción, su religiosidad quedó manifestada por la preocupación de apostolado, ahora, listo a efectuar la última y gran conquista, su interés religioso se vierte sobre sí mismo. No se trata sólo de legados y limosnas en favor de hospitales y asilos, sino de declarados arrepentimientos y manifestaciones de restitución que vuelven, de nuevo, a evidenciar su sentido ético y jurídico. Y es que ellos sabían muy bien cómo habían infringido disposiciones como la de 1526 prohibiendo causar mal a los indios y tomarles sus propiedades sin pagárselas.

El rey Felipe IV, *pintado por Velázquez, fue un ejemplo del legalismo español, pues compró a los descendientes de los reyes o emperadores americanos el derecho sucesorio* (The Frick Colleccion, *New York).*

Conquistador indiano. Asi pudo ser cualquier conquistador, y su lema: «Con la espada y el compás, más, más y más» Museo del Prado. Anónimo.

Como sabían también que si no reparaban y retribuían no lograban su salvación. Las disposiciones testamentarias incluyen los más variados deseos; desde Pizarro, ordenando sufragar misas por el alma de los nativos muertos en campaña, hasta Lorenzo de Aldana instituyendo por herederos de su repartimiento a los indios. Todo "por descargo de su conciencia".... Para aliviar su conciencia dejan mandas destinadas a vestir indios, para abonar a un sacerdote que los adoctrine, para decir misa en pro de la conversión de los indígenas, para reintegrar tributos cobrados en cuantía excesiva, para fundar un hospital... y así "sanear su alma y conciencia". Y lo mismo sucedía en Perú, que en el Nuevo Reino, que en México o en Sevilla. Porque era algo que se llevaba en la médula de la sangre y que, sin duda adormecido en momentos de dureza, u olvidado obedeciendo órdenes, o dejando de lado por la sed de riquezas, volvía a aflorar, bien por una prédica, bien por anhelo de salvar su alma y desterrar dudas. Esas dudas que acongojaban en 1554 al cronista Cieza de León en el momento de extender su testamento en Sevilla.

Entereza ante la adversidad y los sufrimientos hubieron de tenerla a toda presión para poder poner cima a su cometido. Fueron hombres de acero, sufrieron lo indecible, y se resignaron sin llegar a la desesperación o al suicidio. De las antiguas páginas nos viene este sufrimiento ya debilitado por el tiempo: "estaban tan enfermos que por no caminar con tanto trabajo se quedaban en las montañas, esperando la muerte, con grande miseria, escondidos por la espesura porque no los llevasen los que iban sanos, si los viesen" (Cieza de León). ¡Se escondían para morir! No querían que la estampa de su agonía estorbase la marcha de sus compañeros.

El legalismo es nota de todo español. Va desde Cortés, que ante escribano público firma con Moctezuma el traspaso de soberanía, hasta los monarcas, comprando a los descendientes de los reyes americanos el derecho sucesorio.

El formalismo legal integraba parte, como el religioso, del carácter español de entonces. Era algo viejo, de siempre. El Cid quiere ser legal; las *Partidas* hablan de la "guerra justa"; y en América el *Requerimiento* embarcado en 1514 es un claro ejemplo del legalismo español. Se quiere justificar la presencia hispana en las tierras americanas y el porqué de la guerra. Por su religiosidad y legalismo se plantearon muchas interrogaciones los conquistadores sobre su acción tan pronto arribaron a la otra orilla. Por legalismo tomaban posesión de la tierra hallada con un formulismo que hoy nos resulta teatral. Por legalismo

acataban o no las disposiciones reales. Dentro del legalismo inserta Cortés su "pronunciamiento", y Valdivia y Orellana se desvincularán del Perú. Legalmente quiere Gonzalo Pizarro encauzar su rebelión, y legalmente se rebela y le escribe a Felipe II el Loco Aguirre. Este legalismo no implica un amor a los leguleyos. Todo lo contrario. Los conquistadores manifestaron siempre su desagrado ante la presencia de hombres de leyes. Balboa en el Darien, como Mendoza en el Río de la Plata, escriben al rey pidiéndole no remita a estos profesionales de las leyes porque todo lo enredaban. Algunos conquistadores después de las *Leyes Nuevas* o *Nuevas Ordenanzas de Descubrimiento* manifestaron en un Memorial que se guarda en Simancas "que no vienen a España para no ser molestados y fatigados en pleitos. Antes –añaden– de la Nuevas Ordenanzas algunos conquistadores en entradas y descubrimientos habían hecho malos tratamientos a los indios y algunos muertos y hechos esclavos y otras cosas que en conquistas se acostumbran a hacer no pudiéndose descubrir y conquistar de otra manera".

La *temeridad* y la *audacia* no necesitan de citas ni de ejemplos.

Ahí está la tremenda realidad telúrica de América como viviente testimonio. En cuanto a la *codicia* y *prodigalidad* hablaremos de ello en el último capítulo, ya que fue algo que llamó la atención del indio.

4. Condición social

Réstanos ver de qué capa social procedía este hombre cuyas atribuciones psicológicas hemos delineado. El conquistador brotó de la clase del pueblo, del "común", como se decía antes; y se escapó, sobre todo, del mapa de Extremadura, Andalucía y Castilla. Fue, por lo general, individuo joven.

Todos los sectores de la sociedad, con la diversidad de niveles culturales que ella implica, participaron en la conquista. La nobleza inferior y las gentes de las ciudades o del medio rural refugiadas en ellas, mantuvieron las filas de los conquistadores. Se percibe una gran presencia de hijodalgos pobres, de artesanos, de marineros y de clérigos y frailes. Llama la atención la escasez de labradores, a los que la Corona tiene que animar sin mucho éxito. Oviedo refiere que por cada noble pasaban diez paisanos de linaje oscuro y todavía en 1593 el virrey del Perú, marqués de Cañete, anotaba que la mayoría de la gente que pasaba al nuevo mundo eran "soldados, caballeros e hidalgos pobrísi-

mos". Lógico, normalmente no emigra el que esté bien en su tierra. El volumen total de embarcados no fue excesivo.

Los últimos cálculos a base de las fuentes disponibles suponen un caudal de 18.743 emigrantes entre 1492 y 1540. Cifra mínima si reflexionamos lo que en 1535 ya se había hecho y si consideramos que en esos miles hay que descontar funcionarios, clérigos, niños y mujeres. Naturalmente que hubo un porcentaje de brazos embarcados ilegalmente, y que en 1500 ya había muchos hombres en Indias, pero así y todo la desproporción es manifiesta.

Partían bastantes de éstos en pos de aventura, mejora económica y ascenso social. Querían servir a Dios y al Rey. Pero en sus miras de mejoras hallaron el murallón del Estado que, aunque les dio riquezas y honores –que ellos ganaron– se mostró parco en mercedes sociales, atento quizá, y según Konetzke, a no formar una nobleza en Indias que hiciera peligrar sus intereses. Con todo, nació una aristocracia de conquistadores. A partir de los primeros momentos ya ellos mismos establecen una distinción –Inca Garcilaso– al referirse a "primeros conquistadores" y "segundos conquistadores". Sobre estos últimos, aquéllos tenían la ventaja de haber llegado antes, y haber recibido mejor botín y mejores encomiendas. Era una diferencia dispuesta por la cronología, los méritos bélicos y el poderío económico. Para unos y otros el hecho de ser conquistadores era un timbre de gloria que los elevaba en la escala social. Integraron un grupo dueño de riquezas, detentador de posiciones de gobierno de donde pronto fueron desalojados, por lo menos en los altos cargos. De ser posible un neologismo denominaríamos a esta situación *helontarquía* o gobierno de los conquistadores.

España procuró remitir al Nuevo Mundo una sociedad seleccionada. No ocultaremos que en un principio remitieron malhechores a base de conmutarles las penas. Pero es que también en un principio no se sabía lo que se había encontrado y todo tenía un aire de peligro y aventura. No era nada nuevo. Ya en 1481 la reina había autorizado a don Fernando de Acuña a reclutar gente en Galicia entre los que hubieran cometido delitos, para servir en la conquista de las Canarias. Además, eso de que en un principio se enviaron sólo malhechores está por verse. Es algo que se repite mucho y no se aclara. Se comienza por decir –y lo hemos consignado en el Capítulo III– que en el primer viaje colombino embarcaron ya cuatro criminales. Veamos quiénes fueron: Bartolomé Torres, Alonso Clavijo de Véjer, Juan de Moguer y Pedro Izquierdo de Lepe. El asesino era el primero, que en una riña

hirió al pregonero de Palos, Juan Martín. A consecuencia de las heridas, murió el pregonero. Preso y condenado a muerte, fue libertado por sus tres amigos, los cuales incurrieron en la misma pena, ya que, según leyes castellanas, el que intentase impedir el cumplimiento de una sentencia era reo de la misma pena. Estos eran los "desalmados" del descubrimiento que Colón enroló porque tenía facultades para embarcar "hasta cuatro condenados a muerte", ni más ni menos.

En el tercer viaje ordenó la Corona que todos los castigados a destierro debían serlo a la isla *Hispaniola*, reduciéndose la pena a la mitad de tiempo y a diez años si estaban sentenciados a destierro perpetuo. La medida venía determinada por el descrédito que, después del fracasado segundo viaje, cayó sobre la empresa indiana. Los sancionados que viajaron en la tercera expedición colombina no fueron tantos como para pensar que aquello era una armada pirática. Por lo demás, los reos de muerte fueron vedados a embarcar.

Cuando la geografía física y humana se fue dando a conocer, la Corona intervino decididamente. Primero dando tijeretazos a las prerrogativas colombianas; luego, creando centros de gobierno; después, remitiendo gobernantes y escogiendo a los embarcados. La corriente migratoria fue desde entonces –1503– controlada por la Casa de la Contratación de Sevilla, verificándose una estatal selección a la que las penalidades del viaje, la dureza de las campañas, la acción de nuevos ambientes, etc., purgó aún más ocasionando una depuración biológica. Los fuertes y sanos podían pasar y actuar con eficacia. No eran enfermos, ni malhechores los que se embarcaban en las sucias y estrechas bodegas de las carabelas. En 1502, con Nicolás de Ovando, refiere el testigo G. Fernández de Oviedo que navegaron: "Personas religiosas y caballeros e hidalgos, y hombres de honra, y tales cuales convenía para poblar tierras nuevas, y las cultivar santa y rectamente en lo espiritual y temporal."

Vargas Machuca aconsejaba que a las entradas no convenía llevar hombres gordos porque son un estorbo, ni bubosos, ni cobardes, ni inquietos, ni hombres de menos de 15 años y más de 50, ya que los trabajos son ingentes. Gutiérrez de Santa Clara completa estas condiciones físicas con otras espirituales: "conviene que los soldados sean bien inclinados y vergonzosos, y bien reputados, y tengan los ojos vivos y no mortecinos..." y para las *Leyes de Indias* el mílite indiano debía ser "gente limpia de toda raza de moro, judío, hereje o penitenciado por el Santo Oficio".

De ser meros bandoleros –codiciosos, violentos e imprudentes–, no

hubieran recorrido lo que recorrieron, ni fundado lo que fundaron, ni plantado lo que plantaron, ni navegado lo que navegaron. Ni hubieran levantado fábricas y templos y, menos aún, hubieran llevado a sus mujeres e hijos para construir una nueva patria. Muy pocos vieron su nombre anotado en los anales del crimen. Un Lope de Aguirre o un Carvajal no permiten generalizar.

5. Carencia de prejuicio racial

Aquí queremos consignar una última característica del conquistador ibérico. Si las notas que hemos ido enunciando explican su gesta heroica, la razón y sin razón de su acción, esa nota última –quedan muchas por enunciar– nos sirve para comprender y explicar mejor el mundo actual americano. América es, biológica y culturalmente, un continente mestizo. Y lo es por la tarea cultural hispana y por la carencia de *prejuicio racial* existente en el conquistador. El mílite hispano no estimó que el mejor indio era el indio muerto, como el colono anglosajón. La Corona no pretendió españolizar a los indios por la unión de razas, condenó las uniones extramatrimoniales entre los dos pueblos, y aunque no practicó una política continua de fomento tampoco impidió los matrimonios mixtos. El español se unió a la india a la que obtuvo por donativo, derecho de guerra, compra o trata. Y se unió a ella sin asco, sin ambages, porque estaba preparado para esta experiencia biológica. El contacto con los árabes, judíos y otros pueblos, había familiarizado a los pueblos ibéricos con estas mezclas y al trato de mujeres de pigmentación no blanca, que, tal vez, como escribe Gilberto Freyre les evocaba el ideal de la "mora encantada". El alejamiento de las autoridades metropolitanas, de la familia, y de la sociedad censora, facilitaron un amplio camino para la práctica de estas uniones que, con harta frecuencia, no se redujo a la monogamia. Las muchas esposas, mancebas o comblezas, fue habitual de acuerdo, además, con las mismas costumbres indígenas que toleraban la poligamia según las posibilidades económicas de los individuos. El Paraguay, llamado el *Paraíso de Mahoma,* fue exagerado ejemplo de esto.

Las primeras mujeres indígenas quedan descritas en la prosa colombina. Siete de ellas fueron arrancadas de aquel paraíso antillano donde los pájaros, el agua, los papagayos, las perlas, el palo brasil, los frutos y florestas ponían un fondo edénico ideal para la práctica del mestizaje. Desde entonces estas mujeres, isleñas o continentales, que-

daron uncidas a las vidas inquietas de estos barbudos extraños, por las buenas o por las malas (Hernando de Soto las tomó por la fuerza en Perú y las recibió como donativo en Florida), para actuar de mancebas que les dieran hijos mestizos o como criadas que les curaban, hacían el pan cazabe y las tortas de maíz, les expurgaban las niguas y les cargaban sus petates.

Por parte de las indias hubo una indudable atracción, y hubo una especie de adoración inicial al creerles dioses o "teules". Luego el apego siguió, aunque desapareció la adoración cuando comprobaron su carencia de divinidad al sentirse embarazadas y al ver que se ahogaban como cualquier indio. O morían.

Lo mismo padres, hermanos, que maridos, dieron sus mujeres o hijas como signo de amistad y por considerarse así honrados. A Juan Ponce de León le entregan una hija de un cacique principal; Balboa las recibe, como años más tarde Grijalba en Tabasco, y Cortés también en Tabasco, Cempoala, Tlaxcala... Aquí le dicen a Cortés: "Malinche: porque claramente conozcáis el bien que os queremos y deseamos en todo contentaros, nosotros os queremos dar nuestras hijas para que sean vuestras mujeres y hagáis generación, porque queremos teneros por hermanos, pues sois tan buenos y esforzados. Yo tengo una hija muy hermosa y no ha sido casada, querola para vos." Igual que hizo el viejo Xicotenga hicieron otros caciques. Y de aquellos donativos, los de Tabasco y los de Tlaxcala, surgieron los amancebamientos de Cortés con Marina y de Alvarado con Luisa Xicontenga o Xicontecatl, madres de notables mestizos y mestizas, algunas de las cuales casaron con gobernadores de Guatemala. Moctezuma mismo ofreció una hija a Cortés, de la cual hubo notable descendencia. Este donativo, y hasta venta de mujeres, hijas y hermanas, fue abundante en el Río de la Plata, donde los indios llamaban a los conquistadores "cuñados" y donde se estableció la institución del "cuñadazgo" como algo fundamental en la sociedad hispano-guaraní, en la que surgieron los famosos "mancebos de la tierra" o "montañeses".

Casi todos los grandes conquistadores se unieron a mujeres indígenas. Mujeres que en el área antillana carecieron de relieve social o político, pero que luego en el continente cambiaron de condición. Ojeda se amancebó, y Balboa lo hizo con una hija del cacique Careta. Cortés y Alvarado ya hemos señalado con qué tipos de mujeres se unieron. Y los Pizarros no engendraron hijos con tipos cualquiera, sino en las hermanas de Atahualpa. Hernando Pizarro llegó a casarse con una sobrina suya, hija de Francisco y de Inés Yupanqui Huaylas. Irala tomó

como manceba a la hija del cacique Abacote. De la unión del capitán Garcilaso de la Vega y la ñusta Chimpu Ocllo nació el más ilustre de los mestizos: Garcilaso de la Vega el Inca. Ese amancebamiento con nobles indígenas se realizó por el natural prestigio social-genealógico y por intereses materiales, y su generalización entre los grandes jefes y los mílites de menor grado se debió a la carencia de mujeres blancas que se experimentó en los primeros años y a una serie de circunstancias que hemos enumerado. Estas uniones demostraron ampliamente la nota o característica enunciada: carencia de prejuicio racial. Y si bien es cierto que dio lugar a irregularidades y a desequilibrios sociales, no menos cierto es que contribuyó a la conjunción de ambos pueblos. Muchas veces, además, el matrimonio legal y canónico se dio. En el repartimiento de Alburquerque de 1514 en la isla Española nos encontramos que había 111 españoles casados con mujeres de Castilla y 64 con mujeres indígenas. Nos cuenta Garcilaso que en Guatemala celebrábase cierta noche, en casa de Alvarado, una fiesta a la que asistían los viejos y averiados conquistadores y muchas mujeres nobles que había traído don Pedro de España para casarlas con sus subordinados. Al ver a aquellos "viejos podridos" una de las damas dijo a las otras que no se casaría con tales hombres cojos, tuertos, carentes de orejas, mancos... Valía la pena, en todo caso, unirse a ellos para heredar sus riquezas y luego casarse con un hombre mozo. Oyólo el comentario uno de los aludidos e inmediatamente se fue a su casa, llamó a un cura, y se casó con una india con quien había tenido dos hijos... No fue, pues, un caso ocasional el del matrimonio hispano-indígena. Ni fue tampoco caso anecdótico y único el del español que cautivado por las indígenas o pasado a ellos por razones variadas, adoptó su régimen de vida y se negó a retornar al campo cristiano. Muchos de éstos se negaron a volver con los hispanos por amor a las indias a las que se habían unido. Es el caso de Francisco Martín, separado en Venezuela de la expedición de Alfinger y que el padre Aguado nos relata, o el caso de Gonzalo Guerrero, compañero de Aguilar en Yucatán, y de otros que se negaron a regresar al campo hispano. O el de Barrientos, castigado por Pizarro y refugiado entre los araucanos...

Como escribe un autor argentino –Alberto M. Salas– el conquistador no desdeñó nunca a la mujer indígena, se comportó ante ella elementalmente, la hizo madre de sus múltiples hijos mestizos y así esta mujer "hizo Hispanoamérica, este crisol que sigue fundiendo, mezclando, procurando hacer de las muchas una sola sangre, una sola piel, un único espíritu y cultura".

Por eso un inglés, favorito de una reina que se llamó Virgen, además de pirata, aventurero y soñador –Raleigh– pudo elogiarlos justamente: "No puedo dejar de encomiar aquí la virtuosa paciencia de los españoles. Es muy difícil o imposible encontrar otro pueblo que haya soportado tantos reveses y miserias como los españoles en sus descubrimientos en las Indias. Sin embargo, persistiendo en su empresa con invencible constancia, han anexado a su reino tantas y tan ricas provincias como para enterrar el recuerdo de todos los peligros pasados. Tempestades y naufragios, hambres, derrotas, motines, calor, frío, peste y toda suerte de enfermedades, tanto conocidas como nuevas, además de una extrema pobreza y de la carencia de todo lo necesario, han sido sus enemigos tarde o temprano al tiempo de realizar sus nobilísimos descubrimientos. Muchos años se han acumulado sobre sus cabezas mientras recorrían apenas unas leguas; no obstante, más de uno o dos han consumido su esfuerzo, su fortuna y su vida en la búsqueda de un dorado reino, sin obtener de él al final más noticias que las que al empezar conocían. A pesar de todo lo cual el tercero, el cuarto o el quinto no se han descorazonado. A buen seguro están de sobra compensados con esos tesoros y esos paraísos de que gozan, y bien merecen conservarlos en paz, si no se ponen trabas a virtudes semejantes en lo demás, los cuales (quizás) nunca existirían."

BIBLIOGRAFIA

Aportación de los colonizadores españoles a la prosperidad de América (1493-1600).–Madrid, 1929.

ASHBURN, P. M.: *The Ranks of Death. A medical-history of theconquest of America*-Nueva York, 1947.

BEARE, Nancy O'Sullivan: *Las mujeres de los conquistadores.*–Madrid, 1956.

BLANCO-FOMBONA, Rufino: *El conquistador español del siglo XVI.*–Ensayo de interpretación.–Madrid. s. f.

BOYD-BOWMAN, Peter: *Indice geo-biográfico de cuarenta mil pobladores españoles de América en el siglo XVI.* Tomo I (1493-1419). Bogotá, 1964. Tomo II (1520-1539). México, 1968.

Catálogo de pasajeros a Indias (1509-1599).–Bajo la dirección de Cristóbal Bermúdez Plata.–Sevilla, 1940-6, 3 tomos.

DURAND, José: *La transformación social del conquistador.*–México, 1953.

– *El lujo indiano.*–«Historia Mexicana», vol. VI, julio-septiembre 1956, núm. 1.

– *El ambiente social de la conquista y sus proyecciones en la Colonia.*–«Historia Mexicana», vol. III, abril-junio 1954, núm. 4, págs. 497-515.

FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *La mujer española en Indias.*–Madrid, 1902.

FIGUEROA MARROQUÍN, Horacio: *Enfermedades de los conquistadores.*–San Salvador, 1957.

GAIBROIS DE BALLESTEROS, Mercedes: *Presencia de la mujer en la conquista de América.* En «Voces de Hispanidad», publicado por la Asociación Cultural Hispano-Americana.–Madrid, 1940.

GARCÍA SORIANO, Manuel: *El conquistador español del siglo XVI.*–Tucumán, 1954.

HANKE, Lewis: *Primeros experimentos sociales en América.*–Madrid, 1946.

KONETZKE, Richard: *Colección de documentos para la historia de la formación social de Hispanoamérica* (1493-1810).–Madrid, 1953. Tomo, I.

LAFAYE, Jacques: *Los Conquistadores.*–México, 1964.

LASTARRIA, J. V.: *Influencia social de la conquista.*–Santiago de Chile, 1866.

LEONARD, Irving A.: *Los libros del conquistador.*–México, 1953.

LIPSCHUTZ, Alejandro: *El problema racial en la conquista de América y el mestizaje.*–Santiago de Chile, 1963.

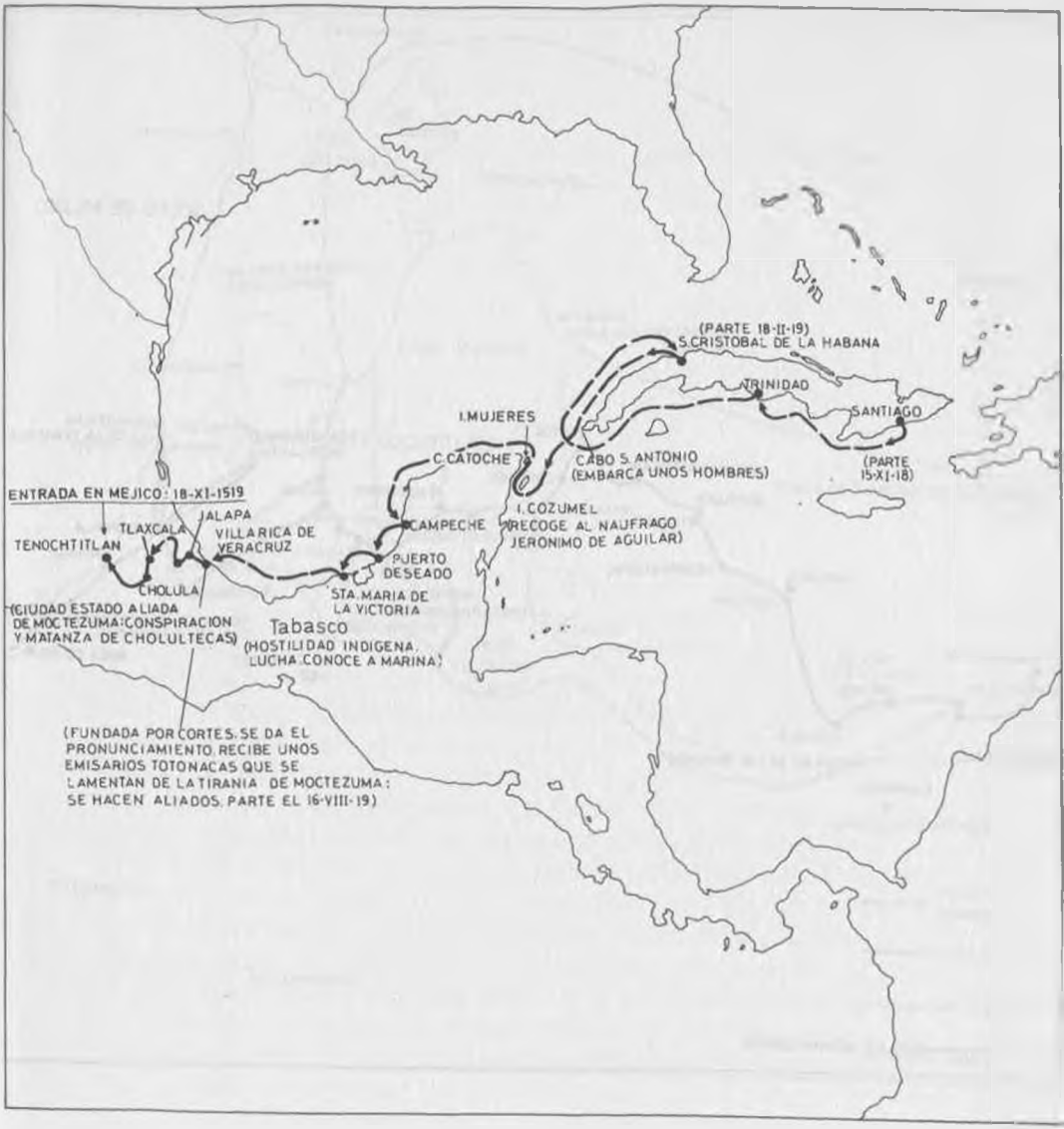
LOHMANN VILLENA, Guillermo: *La restitución por conquistadores y encomenderos: un aspecto de la incidencia lascasiana en el Perú.*–Sevilla. Escuela de Estudios Hispanoamericanos. Separata del tomo XXIII del «Anuario de Estudios Americanos», 1966, 69 págs.
– *Los americanos en las órdenes nobiliarias* (1529-1900).–Madrid, 1947, 2 tomos.
MENÉNDEZ PIDAL, Ramón: *¿Codicia insaciable? ¿Ilustres hazañas?*–«Escorial», núm. 1.
MÖRNER, Magnus: *El mestizaje en la Historia.*–México, 1961.
– *La mezcla de razas en la historia de América Latina.*–Buenos Aires, 1969.
NARANJO ALONSO, Clodoaldo: *Trujillo, solar de conquistadores.*–Serradilla (Cáceres), 1929.
PAZ Y MELIÁ: *Nobiliario de los conquistadores de Indias.*–Tomo XXX de la «Colección de la Sociedad de Bibliófilos Andaluces», 1892.
PAZ OTERO, Gerardo: *La medicina en la conquista y en la Colonia. Beneficencia y acción social en Popayán.*–268 págs. Popayán, 1964.
RODRÍGUEZ PRAMPOLINI, Ida: *Amadises de América. La hazaña de Indias como empresa caballeresca.*–México, 1949.
ROSENBLANT, Angel: *La población indígena en 1492. Viejos y nuevos cálculos.*–México, 1967.
– *Los conquistadores y su lengua.*–Caracas, 1972.
SÁEZ POMES, Magdalena: *Los aragoneses en la conquista de América.*–Zaragoza, 1956.
SALAS, Alberto M.: *Crónica del mestizaje florido.*–Buenos Aires, 1960.
SALAVERRÍA, J. María: *Los Conquistadores (El origen heroico de América).*–Barcelona (1952).
SALCEDO ORTEGA, Gaspar: *La mesopotamia extremeña y los conquistadores.*–Boletín de la Real Sociedad Geográfica, 1958, núms. 7 a 12.
VALGOMA, Dalmiro: *Heráldica de descubridores y conquistadores de Indias.*–Bol. de la Real Sociedad Geográfica, julio-septiembre 1949, núms. 7-9.
VELASCO: *El alma cristiana del Conquistador.*–«Missionalia Hispánica», 1964, XX, 63, págs. 257-288.

IX

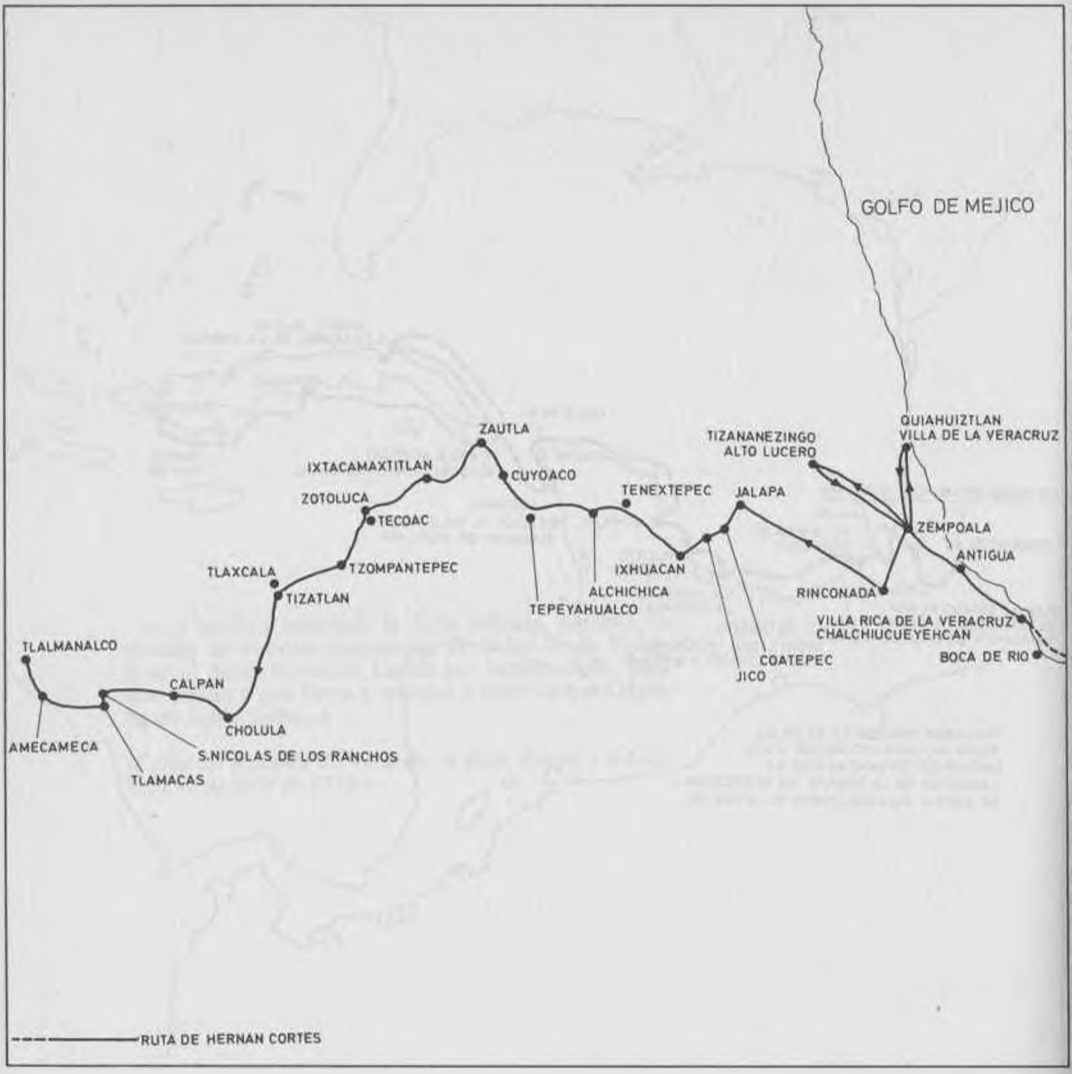
PENETRACION EN LA NUEVA ESPAÑA

«...y hecha y ordenada la dicha armada, nombró, en nombre de vuestras majestades, el dicho Diego Velázquez al dicho Fernando Cortés por capitán della, para que viniese a esta tierra a rescatar y hacer lo que Grijalba no había hecho...»

(Carta del Cabildo de Veracruz a doña Juana y a Carlos I.–1 de julio de 1519.)



La ruta de Hernán Cortés desde Santiago de Cuba a México-Tenochtitlan.



El itinerario de Cortés desde la orilla del mar a la meseta del Anahuc.

Los movimientos de las huestes cortesianas en la conquista y reconquista de Tenochtitlan.

1. Coyuntura antillana y nacional

Entramos ya en la conquista de la zona continental. Hemos analizado hasta el momento los sucesos acaecidos desde 1492 a 1519, con escenario especial en las Antillas donde se desarrolla el virreinato colombino y los pobladores van adquiriendo noticias y experiencias que le van a permitir iniciar las entradas en la tierra firme o continental.

Interesa, por eso, en este minuto en que se abre una nueva etapa –la ha abierto el hallazgo del estrecho y la primera vuelta al mundo– ofrecer una breve película de las circunstancias antillanas y nacionales desde el punto de vista político, tal como lo hace Giménez Fernández.

De 1492 a 1495 en el país se ha desarrollado el anhelo de aventura, el afán evangelizador y el afán crematístico del rey. Se ha logrado apartar de la empresa indiana a los nobles andaluces que podían haber intentado hacer de Indias otras Canarias, y asimismo se ha alejado a los lusitanos de Juan II, aunque en Tordesillas se ha cedido algo.

De 1495 a 1500 los Reyes son atraídos por otras empresas europeas que distraen su atención de Indias, donde las facciones se desgarran. Se nota cierto cansancio real al comprobar el fracaso colombino en el orden religioso y económico. El Almirante comete una serie de desaciertos políticos y se empeña en sus erróneas ideas geográficas, mientras que los Viajes Andaluces demuestran lo contrario y los extranjeros comienzan a merodear por las aguas americanas.

De 1500 a 1505, al descubrir Niño las riquezas de Cubagua, se le

da un nuevo impulso a la empresa. Se nota el peso en los asuntos indianos de Rodríguez de Fonseca y amigos. El Rey Fernando inicia el fin del sistema feudal colombino enviando a Bobadilla y a Ovando. Económicamente se restringe el sistema de capitulaciones, y religiosamente se establece el cobro de diezmos, para lo que se solicita del Papa la creación de jerarquías. Comienza a existir una organización fiscalizadora. La muerte de la reina Isabel introduce, sin embargo, cierto marasmo político, pues se dan intrigas y diferencias entre don Fernando y su hija y entre don Fernando y su yerno don Felipe, así como entre fonsequistas y flamencos. Por otro lado, principian los "Pleitos Colombinos".

De 1507 a 1508 se refuerza el poder absoluto de Fernando al regresar éste de Italia. Las exploraciones se activan al plantearse la búsqueda del paso; se refuerza el regalismo mediante la bula *Universalis;* se hace notar el poder económico del tesorero Miguel de Pasamontes y se logra atraer a Diego Colón, a quien se le da el virreinato antillano.

De 1509 a 1515 tiene lugar la proyección desde Santo Domingo a las islas vecinas, cuya explotación se hace intensiva a base de tenientes: Ponce de León, Esquivel, Velázquez. Es entonces cuando surge la polémica sobre el trato a los indígenas, la condición de éstos y el derecho a la conquista a raíz del sermón de Montesinos en 1511.

De 1516 a 1518 tiene lugar la regencia de Cisneros, quien bajo la influencia de Las Casas envía a los Padres Jerónimos y al juez Alonso Suazo; los primeros prontamente relevados por su deplorable gobierno y sustituidos por Rodrigo de Figueroa. Don Diego Colón marcha a la Península y en las Islas se acusa la ambición de sus tenientes que convierten las gobernaciones en reinos de taifas. Un ejemplo de esto lo tenemos en el suceso Cortés-Velázquez que, precisamente, nos ha obligado a esta recapitulación para una mejor comprensión del mismo.

La regencia de Cisneros, que se extingue a la llegada de Carlos I, tiene en su haber el nombramiento de los Padres Jerónimos, encargados de intensificar la tarea misionera, reprimir la trata de esclavos, prohibir los abusos en los repartimientos, implantar ensayos político-sociales y lograr el gobierno autónomo de las comunidades indígenas. Carlos I arriba el 1 de septiembre de 1517 e inmediatamente se nota una reacción contra los cisnerianos y una vuelta al poder de los fonsequistas en la figura de Lope de Conchillos. Esto significó el reforzamiento de la posición de Diego Velázquez, presunto yerno de Fonseca. Velázquez no era sino un teniente de Diego Colón, pero Fonseca lo hizo adelantado de Cuba en noviembre de 1519, siendo entonces

cuando Velázquez solicita apoyo de la Española para someter a Cortés. Pero Fonseca pierde su posición en diciembre de 1519, Carlos I se ausenta de España en enero de 1520 y la acusación contra Cortés y sus compañeros queda en suspenso. La oposición de Adriano de Utrecht (luego Papa) a Fonseca robustecerá la posición de Cortés, que al regresar en 1522 el emperador a España ve cómo éste falla a su favor legalizando, por así decirlo, lo que Giménez Fernández ha denominado "el pronunciamiento de la Veracruz" o "Revolución Comunera de la Nueva España".

Con esta "ambientación" previa, aun adelantándonos a los sucesos, podemos ya entrar en el conocimiento del más grande de los conquistadores de América, Hernán Cortés, de sus relaciones con Velázquez y de lo sucedido desde que se prepara la expedición hasta la fundación de la Veracruz.

2. El hombre de la conquista: Cortés

Ya sabemos que los primeros en tocar en las costas mexicanas fueron Francisco Hernández de Córdoba y Juan de Grijalva, enviados por el gobernador de Cuba, Diego Velázquez.

Al mismo tiempo que gestaba expediciones y deseos de conquista y de riquezas, el gobernador cubano enviaba a la metrópoli a su capellán Benito Martín, para solicitar del rey el título de adelantado. Por entonces otro hombre gestionaba el título de adelantado del Panuco; éste era Francisco de Garay, gobernador de Jamaica. Ambos iban a conseguir lo que deseaban, estableciéndose así, por ignorancia geográfica, un roce de jurisdicciones que tendría solución con Hernán Cortés.

Las posibles o futuras diferencias entre Velázquez y Garay serían entre Cortés y Garay; pero antes se dieron otras entre Cortés y Velázquez. Cortés no había sonado aún plenamente; Velázquez ya lo había hecho en la anexión de Cuba y como miembro adscrito a la servidumbre de Diego Colón.

Diego Velázquez, que cuando principiaba la conquista de Cuba comenzaba también a engordar, si recordamos la exacta descripción que Las Casas nos hizo de su tipo físico y espiritual, se había sumergido en la vida cómoda de su gobernación, que le había ya permitido adquirir la gordura que el fraile dominico le vaticinó, y que autorizaba a sus indígenas a llamarle el "Tecle Gordo".

No habían regresado las naves de Grijalva, cuando Velázquez, ansioso, envió a Cristóbal de Olid, el jiennense natural de Baeza o Linares que traicionaría más tarde a Cortés. Diego Velázquez demostraba un enorme interés y ansiedad por el resultado de sus huestes.

Nuevos navíos equipados fueron puestos bajo el mando de Hernán Cortés, y como misión especial, según se detalla en la decimoquinta ordenanza de las instrucciones que Velázquez le dio, debía socorrer a los anteriores expedicionarios. La verdad es que Velázquez temía que Grijalva u Olid se le insubordinasen.

¿Quién era Hernán Cortés? En la villa de Medellín, y en el año de 1485, había nacido Hernando Cortés Pizarro y Altamirano. Aunque Las Casas le quita alcurnia, haciéndole hijo de un "pobre y humilde" escudero, lo cierto es que el futuro gran conquistador y político procedía de hidalgos. Tanto su padre, Martin Cortés, como su madre, Catalina Pizarro Altamirano, decidieron que el hijo cursara leyes en Salamanca. Y allá fue el hijo con sólo catorce años. Debió aprovechar su paso por la Universidad. Porque "era latino –escribe Bernal–, y oí decir que era bachiller en Leyes, y cuando hablaba con letrados y hombres latinos respondía a lo que le decían en latín. Era algo poeta, hacía coplas en metro y prosa, y en lo que platicaba lo decía muy apacible y con muy buena retórica"... Tal caudal de cultura debió adquirirlo en la Salamanca universitaria; pero no habían pasado dos años cuando el joven Cortés dejó las aulas por una vida más inquieta. Su primer impulso fue enrolarse en los ejércitos de Italia, que cambió por las Indias en 1504. "Tenía Fernando Cortés –especifica Gómara– diecinueve años cuando el año de 1504 que Cristo nació, pasó a las Indias, y de tan poca edad se atrevió a ir por sí tan lejos."

Hasta 1511 vive en la Española gozando de repartimientos de indios; por esta fecha marcha con Diego Velázquez a la conquista de Cuba, donde se distingue, alcanzando como premio buenos repartimientos, tierras en Manicarao y el cargo de secretario de Velázquez y tesorero de Cuba. Llevaba ya catorce años en las Antillas adquiriendo experiencia y aprendiendo "las leyes de los insulares y conquistadores". ¿Cómo era Cortés? "Fue –escribe también Bernal– de buena estatura e cuerpo, e bien proporcionado e membrudo, e la color de la cara tiraba algo a cenicienta, y no muy alegre, e si tuviera el rostro más largo, mejor le pareciera, y era en los ojos en el mirar algo amoroso, e por otra parte graves; las barbas tenía algo prietas e pocas e ralas, e el cabello, que en aquel tiempo se usaba, de la misma manera que las barbas, e tenía el pecho alto e la espalda de buena manera, e era cen-

ceño e de poca barriga y algo estevado, e las piernas e muslos bien sentados." En esta descripción física sólo se desliza un dato psicológico que no está de acuerdo con la visión lascasiana de Cortés. Las Casas, que, como Bernal, no sentía descarada simpatía por el de Medellín, sino lo contrario, dice que "era hablador y decía gracias y muy resabido y recatado, puesto que no mostraba saber tanto ni ser de tantas habilidades, como después demostró en cosas arduas"...; de modo que no era tan serio y sí prudente y nada vanidoso.

Un incidente amoroso le pone frente a Velázquez. Cortejaba Cortés a una dama llamada Catalina Suárez, y Velázquez a una hermana de ésta. Logró Cortés seducir a su dama, y cuando llegó el momento de cumplir la palabra de matrimonio que había contraído, se negó. Esto le acarreó el enojo de Velázquez, quien le apresó y obligó a cumplir la promesa. Congraciado con el gobernador, obtuvo el cargo de alcalde de Baracoa. Mientras Hernández de Córdoba, Grijalva y Olid fracasaban, Cortés permanecía en actitud pasiva, reservándose para cuando llegase su hora.

Este instante hace aparición en el momento en que Velázquez decide despachar la expedición de socorro citada anteriormente. Cortés fue designado como jefe de ella, no sin utilizar el apoyo influyente de Andrés del Duero, secretario de Velázquez, y del contador Amador de Lares, según cuenta Bernal Díaz del Castillo.

Aún no había zarpado la expedición cortesiana, cuando regresaron Grijalva y Olid. Desaparecía uno de los motivos de la expedición. Pero los móviles que la impulsaban no eran éstos tan sólo. De los frailes Jerónimos, gobernadores entonces de las Indias, había obtenido Velázquez permiso para explorar y rescatar en Yucatán. He aquí, pues, otra de las razones de ella. Esta licencia de los Jerónimos nos lleva a analizar los títulos que Cortés portaba. Cortés llevaba títulos de Derecho Público y otros privados o de Derecho Mercantil y Civil. De Derecho Público eran las Capitulaciones e Instrucciones (23-X-1518), donde se delimitaba la finalidad de la expedición: rescatar cautivos, obtener información y realizar trueques. Sin embargo, una hábil cláusula autorizaba a Cortés para actuar "como más al servicio de Dios Nuestro Señor e de Sus Altezas convenga". De Derecho Público eran también la citada licencia de los Padres Jerónimos, que venía a nombre de Hernán Cortés, como capitán y armador junto con Velázquez. En ella se ordenaba que debía acompañarle un tesorero y un veedor, lo que suponía que no se trataba de una empresa de Velázquez, cuyo delegado era Cortés, sino de ambos, directamente dependientes de los

gobernadores de la Española. Este documento lo resalta Gómara y lo usaron los Procuradores de Cortés en la Corte durante la causa que se le siguió a éste.

Finalmente, de Derecho Privado, hemos de apuntar la aportación de dinero y naves (de los diez barcos, siete eran suyos o fletados por él), y el hecho de ser el único accionista de la empresa –junto con Velázquez–, ya que compró sus derechos a los expedicionarios que habían facilitado fondos.

Todo estaba preparado para hacerse a la vela, cuando comenzó Velázquez a sospechar de Cortés, igual que lo había hecho de Grijalva y Olid. Temía que aquél se levantara con la gobernación de lo que descubriese. Estos temores sólo sirvieron para que el de Medellín acelerara los preparativos y abandonara Santiago de Baracoa el 18 de noviembre de 1518 con rumbo a la villa de Trinidad. Se hospedó en casa de Grijalva; y hasta allí llegaron cartas urgentes de Velázquez ordenando al alcalde de la población que apresara a Cortés. Cosa imposible, por la simpatía y fuerza con que contaba el jefe de las huestes. Después de tomar más soldados y provisiones enfilaron hacia San Cristóbal de la Habana, aún en la costa sur de Cuba. Entre los capitanes que se le agregaron en Trinidad estaban los cinco Alvarados; Gonzalo de Sandoval; Juan Velázquez de León; Cristóbal de Olid, rebelde más tarde, y Alonso Hernández Portocarrero, ilustre capitán.

Hasta La Habana habían llegado también las misivas del gobernador; pero no hubo quien se atreviera a cumplir lo que ordenaba; y Hernán Cortés pudo, durante ocho días, cargar lo que necesitaba. El 18 de febrero de 1519 se hizo a la mar, tras embarcar algunos hombres en el cabo de San Antonio. Entre los embarcados, aparte de los capitanes ya nombrados, iban el piloto Antonio de Alaminos, paleño, que había estado con Colón en su cuarto viaje, con Ponce de León en la Florida y con Hernández de Córdoba y Grijalva. Era, pues, un magnífico colaborador, a quien acompañaban diez pilotos más que actuaron en la batalla naval del Anahuac cuando la reconquista de México. Entre los religiosos embarcaron el clérigo velazquista Juan Díaz y el mercedario Bartolomé de Olmedo, gran consejero de Cortés y eficaz colaborador en la evangelización y política seguida (captura de Narváez, por ejemplo). Con las tropas de Narváez llegaron dos sarcedotes más. Como intérpretes embarcaron Melchorejo, "Francisco indio", capturado en el río Banderas, que hablaba nahuatl y un poco de español y, sobre todo, Aguilar y Marina. Hubo otros, como Juan Pérez de Artiaga y Orteguilla, paje de Cortés, que murió en la Noche Triste.

Entre los capitanes citemos de nuevo a Alvarado, Olid, Montejo, Sandoval, Escalante, Velázquez de León, Alonso de Avila, Portocarrero, Ordás, Luis Martín, Andrés de Tapia. El clan de los Alvarados fue poderoso y eficaz, aunque cometió algunos graves desaciertos, como la matanza del templo.

Antes de soltar velas demos un salto y veamos el final de algunos de estos capitanes famosos que van en la expedición. Pedro de Alvarado morirá aplastado por un caballo; Gonzalo de Sandoval muere de extraña enfermedad en Palos al regresar; Juan Velázquez de León cae a flechazos en la Noche Triste; Cristóbal de Olid perece ajusticiado en Honduras; Diego de Ordás cae en el Marañón; Cristóbal de Olea desaparece destrozado en el cerco de México; Escalante también muere; Alonso de Avila y Portocarrero se ausentaron pronto; Tapia fue autor de una "Relación" de la conquista...

3. De Cozumel a San Juan de Ulúa

Las naves de Cortés siguieron el mismo rumbo que las de Grijalva. Once navíos, donde tremola la bandera cortesiana que, según Gómara, eran de fuegos blancos y azules con una cruz colorada en medio, y alrededor un letrero en latín que rezaba: "Amigos, sigamos la cruz; y si fe tuviéramos, con esta señal venceremos"; 508 soldados y capitanes, algunos extranjeros entre ellos; 110 marineros; 16 caballos; 10 cañones de bronce; 4 falconetes, y 13 arcabuces, forman el total de la expedición. Pedro de Alvarado, capitaneando el navío *San Sebastián*, fue el primero en tocar las playas de *Cozumel*. A los tres días llegó Cortés y el resto. Después de recoger a Jerónimo de Aguilar, clérigo de Ecija ordenado *in sacris*, y náufrago que durante diez años había permanecido entre los indígenas, continuaron los navíos navegando hacia *Tabasco* o estuario de Grijalva. La recepción que les hicieron los indígenas fue francamente hostil, a pesar de la intención amistosa mostrada por los castellanos. En vista de que no deponían su actitud, los españoles se aprestaron para el combate. Primero, ante escribano público, les fue leído el famoso requerimiento de Palacios Rubios, donde se les manifestaba que los españoles tenían derecho a aquellas tierras por donación papal. Después, en vista de que no obtuvieron nada con la lectura, iniciaron la carga. El enemigo cedió ante el empuje castellano; pero al día siguiente continuaba sin avenirse a razones. Cortés remitió al intérprete Melchor, indio capturado en otra expedición, que colgó

sus ropas y se fue con los indígenas, incitándoles a la lucha. El segundo combate que se libró lo decidió la caballería, e inclinó a los de Tabasco a solicitar la paz. Con agrado recibió Cortés a los caciques, quienes se declararon vasallos del rey de España y le ofrecieron presentes. Entre los regalos venían "veinte mujeres, y entre ellas una muy excelente mujer, que se dijo doña Marina, que así se llamó después de vuelta cristiana". De este modo describe Bernal a la célebre intérprete y amante de Cortés: Marina o Malinaltzin, natural de Painala. Su madre la había dado a unos mercaderes mexicanos, que la vendieron en Tabasco como esclava. De origen noble y bella, esta mujer, conocedora del idioma maya, tabasco y nahualt, desarrolló en la conquista un papel principalísimo. Cortés la dio, después de catequizada, a su capitán Alonso Hernández de Portocarrero. Ella sería la protagonista femenina de la conquista, y su presencia salvó la dificultad que significaba el hecho de que Aguilar únicamente comprendía el maya. Pocas veces cita en sus cartas Cortés a esta mujer que le dio un hijo: Martín Cortés.

De Tabasco, la armada siguió viaje bordeando la costa hacia el islote llamado de *San Juan de Ulúa* por Grijalva. Arribaron el Jueves Santo de 1519. Apenas desembarcaron, los indígenas iniciaron un activo tráfico con los españoles.

Desde la estancia de Grijalva por aquellos contornos, los mexicanos tenían noticias de los hombres blancos. El mismo *Moctezuma, Motezuma o Motecuhzoma* había examinado pinturas donde se presentaban estos hombres, sus barcos, armas y caballos. Moctezuma, *uei tlatoani* del pueblo azteca o "jefe de hombres", elegido por el consejo tribal, había recordado al ver aquellas pinturas, la antigua profecía auguradora del retorno de *Quetzalcoatl* o serpiente emplumada. Una leyenda afirmaba que este dios del viento, blanco y con barba, había estado en México enseñando la virtud y el bien; pero viendo el poco fruto que obtenía decidió desaparecer por Oriente, su punto de origen. Al despedirse predicó que un día retornaría ya que entonces sus hijos dominarían la tierra (Vid último capítulo).

Esta era la tradición que pesaba sobre Moctezuma, y que ahora parecía iba a realizarse. Hombres blancos y barbados habían llegado a las costas de su imperio. Interesado por esta aparición, se apresuró a remitirles mensajeros con presentes; pero cuando llegaron a las orillas del océano ya los blancos habían desaparecido. Aquellos blancos eran los componentes de la expedición de Grijalva. Mas los mensajeros decidieron esperar la vuelta de los blancos. Y así, un día presenciaron el

retorno de las naves. Ahora era Cortés quien llegaba. Esto explica por qué el caudillo español recibió en seguida enviados de Moctezuma. Cortés los atendió con amabilidad, les regaló chucherías y les comunicó que sólo venía a comerciar. Como es lógico, aprovechó la ocasión para hablarles de su tema favorito: el emperador y su religión. Para terminar, hizo demostraciones belicosas con caballos y cañones que impresionaron a los indios.

Las noticias sobre los blancos que llegaron al emperador azteca le abrumaron. Decidió enviar una segunda embajada nigromántica. Uno de los enviados –era parte de la magia a usar– tenía un gran parecido con Cortés. Pero todas las ceremonias que realizaron para impedir el avance de los blancos fueron inútiles. Lo único que lograron con los regalos traídos fue avivar el deseo invasor de los españoles.

El Viernes Santo iniciaron el desembarco del material a la playa, donde levantaron el campamento. Al día siguiente llegó el gobernador de *Cuetlaxtla*, llamado *Teudili*, que les ayudó a establecer el campamento. El Domingo de Pascua regresó Teudili con regalos y asistió a la misa celebrada por fray Bartolomé de Olmedo. Era el 13 de mayo cuando volvió Teudili con mensaje de Moctezuma exigiéndole se retirase.

4. El «pronunciamiento» de Veracruz

La personalidad de Cortés no sólo cobra dimensión poco a poco como conquistador o guerrero, sino como político. En San Juan de Ulúa va a demostrar plenamente sus dotes como tal. Cortés no había ido a poblar. Velázquez carecía de tales poderes. Ellos le llegaron en la primavera de 1519. Pero ya entonces Cortés, utilizando la cláusula que le permitía hacer lo que más conviniese al servicio de Dios y de Sus Altezas y su habilidad política, se había decidido a poblar, es decir, a independizarse de Velázquez.

La primera provisión que toma es la de fundar un pueblo en la costa que sea base de la penetración al interior. Para ello remite a Montejo y Alaminos con órdenes de encontrar un lugar apto para tal establecimiento. A unas doce leguas de donde estaban, hallaron un puerto abrigado ideal para fundar el pueblo proyectado. Los enemigos de Cortés, es decir, el bando velazquista, eran contrarios a esto y defendían el rescate que los soldados efectuaban con los indígenas. Cortés salva astutamente el peligro de este ambiente hostil. Actúa con

maña; accede a lo solicitado y prohíbe el rescate. Así contó con el apoyo de los soldados, que vieron en la orden no una decisión personal del jefe, sino una jugarreta de los velazquistas. Cortés pasaba a constituirse en defensor de los intereses de la tropa, que poco después le pedía la fundación de una villa. Como buen demócrata, accede y erige la *Villa Rica de la Vera Cruz*. De esta manera la expedición pasaba a ser un municipio español, gobernado por su Cabildo. Hernán Cortés se constituía en un ciudadano más del pueblo de Veracruz. Viene entonces la segunda parte de la comedia: el Cabildo cita a Cortés, le exige muestre los documentos que trae de Velázquez, acuerda que tales papeles no tienen valor y ¡lo nombra Capitán General y Justicia Mayor!, con un sueldo equivalente al quinto del oro recogido después de deducido el quinto real.

Hernán Cortés había logrado encajar –dice Giménez Fernández– "su pronunciamiento" dentro de la legalidad, haciendo que su desobediencia cayera sobre la hueste. Pero ¿y el emperador? Hay que justificar su conducta ante la Corte. Para ello redacta una carta, obra maestra, que firma el capitán y el Cabildo. Carta que, con otra personal, remite a la metrópoli con todo el oro conseguido hasta el momento. Como representantes delega a Francisco de Montejo y a Alonso Hernández Portocarrero. Al irse este último, Marina pasó a ser de Cortés. Bernal Díaz no da importancia al hecho; pero lo cierto es que Marina cobra desde entonces rango a lo largo de la conquista. Es curioso ver cómo el denominativo "Malintzin" –Malinche, españolizado– que los indios daban a Marina sirvió también para designar a Cortés.

En la coyuntura del instante quedaba por resolver lo concerniente a sus relaciones con Velázquez y partidarios. Virtualmente, el gobernador de Cuba había sido eliminado de la empresa de México; pero sus simpatizantes constituían un elemento digno de tenerse en cuenta. Divide y reinarás. Eso hace Cortés: bajo el mando de Alvarado envía a la mitad de estos desafectos en una expedición al interior; la otra mitad procura atraérsela con dádivas y promesas. Desde luego no consigue del todo su propósito, y la conjuración comienza a fraguarse en el campamento. Enterado de ella, efectúa un castigo ejemplar, ahorcando, mutilando y azotando a los conspiradores. Como recurso final, hunde las naves, rompiendo toda relación con Cuba.

Antes de barrenar los barcos, nuevos emisarios llegaron hasta él procedentes de *Cempoala*. Venían en nombre del cacique de esta localidad a ofrecerle alianza y amistad, y a quejarse de la tiranía que Moctezuma ejercía sobre ellos. Cempoala era la capital de los *totonacas*, y

hacia allá decidió dirigirse Cortés. Remitió por mar la impedimenta, y él con sus hombres cruzó los arenales ardientes del litoral. Lo reseco del paisaje cambió cuando se acercaron a Cempoala. Cempoala era una ciudad moderna de templos, perteneciente a las postrimerías de la época totonaca. Dentro de su recinto se alzaban varias pirámides, la mayor de las cuales no tenía más de once metros de altura.

En la capital totonaca les esperaba el "Cacique Gordo", que les hizo los honores y volvió a lamentarse de la tiranía azteca. En este sitio permaneció el jefe hispano lo necesario para hacerse con 400 *tamenes* o indios de carga, quienes les ayudaron a seguir hasta el pueblo de *Quihuiztlán*, donde comprobó que las quejas del cacique eran justificadas, pues cinco oficiales de Moctezuma efectuaban la recaudación del tributo.

Cortés, siempre político, aconsejó a los cempoaleses que no pagaran lo que les demandaban y prendieran a los recaudadores. Cosa que hicieron. Pero llegada la noche los presos fueron llevados a presencia de Cortés, que les manifestó que era amigo de su emperador, al cual traía mensajes de Carlos V, su rey, hasta quien habían llegado noticias del imperio azteca. Como testimonio de lo que les decía les dio la libertad. Con esta doble política consiguió la alianza de los cempoaleses, que se sublevaron contra Moctezuma y quedó a bien con los de México. No hace falta resaltar las dotes de político que le permiten sacar partido de las rivalidades y desavenencias de los pueblos indígenas. "Vista la discordia y disconformidad –dice él mismo– de los unos y de los otros, no hube poco placer, porque me pareció haber mucho de mi propósito, y que podría tener manera de más aína sojuzgarlos...; y con los unos y otros manejaba, y a cada uno en secreto le agradecía el aviso que me daba y le daba crédito de más amistad que al otro."

Tras estos últimos acontecimientos que hemos consignado fue cuando, "so color que los dichos navíos no estaban para navegar, los hecné a la costa –escribe Cortés–, por donde todos perdieron la esperanza de salir a la tierra y yo hice mi camino más seguro"... El camino más seguro, el único que le quedaba, apuntaba hacia la meseta del *Anahuac*, en el valle de México, donde se asentaba *Tenochtitlán*, la capital de la confederación azteca.

5. Rumbo al Anahuac: Victoria sobre Tlaxcala

Todo vínculo con Cuba, única base de aprovisionamiento, había quedado suprimido. Los diez navíos yacían en el fondo del golfo, y con ellos toda esperanza de retorno a sus granjas y hogares. México, misterioso y hostil, se alzaba ante aquel puñado de quinientos hombres, muchos de los cuales no verían más el mar.

En Veracruz había dejado Cortés a Juan de Escalante con una guarnición de cerca de cien hombres. Las primeras noticias que le llegaron de este reducto le comunicaban que navíos enviados por Francisco de Garay, gobernador de Jamaica, habían hecho acto de presencia. En una de esas decisiones que siempre le caracterizaron, Cortés abandonó Cempoala y galopó hacia Veracruz en compañía de cuatro jinetes. Tres eran los navios surtos frente a la playa. Por más que quiso, no pudo atraer a los intrusos a su causa.

Era ya agosto. Exactamente el 16, de 1519, cuando abandonó Cempoala camino de México, capitaneando una columna integrada por 400 españoles, 1.000 tamemes o indios de carga, 13 caballos y unas siete piezas de artillería. El rumbo fue primero hacia el Noroeste, por Jalapa, y luego hacia Tlaxcala, que estaba al Este. A su izquierda, el Orizaba mostraba sus 5.600 metros de altura nevada. *Jalapa, Xico Viejo, Ixhuacan, Xocotla* e *Yxtacmaxtitlan* van quedando atrás en el camino rumbo a *Tlaxcala.*

Cuatro cempoaleses salen como embajadores de Cortés hacia esta ciudad última, enemiga de Moctezuma. Tlaxcala era una república formada por cuatro cantones federados y gobernada por el llamado *Consejo de los Cuatro.* Ante éstos los emisarios expusieron su mensaje: los hombres blancos deseaban aliarse con ellos y transitar por la república en su avance sobre México. La decisión del Consejo fue negativa a la proposición hispana, pues acordaron que los *otomíes* atacasen a los españoles. Si triunfaban se veían libres del intruso; si perdían, ellos no cargaban con la culpa.

Cortés, cansado de esperar el regreso de sus enviados, ordenó la marcha el 31 de agosto de 1519. Una primera escaramuza, que costó cuatro heridos y tres caballos muertos, fue el preámbulo del gran combate con el ejército de Tlaxcala. Cortés, en sus cartas, estima que había unos cien mil enemigos –Bernal los reduce a cuarenta mil–, los que se retiraron ante el acoso español. Pero aquello no fue sino la primera parte de la batalla. Al día siguiente, 2 de septiembre, se produjo

la gran derrota tlaxcalteca en una batalla "peligrosa e dudosa" para Hernán Cortés y su hueste.

No obstante la derrota, los de Tlaxcala no cejaron. Y Cortés tuvo que cortar las manos a los espías de *Xicotencatl*, general de la república. Otro día, en presencia de emisarios mexicanos, volvió a derrotarlos y les obligó a concertar la paz y alianza.

El descanso cayó sobre el campamento. Cortés meditaba su situación: por un lado se veía frente al emperador azteca y su amenaza; por detrás tenía al emperador español, de cuya decisión dependía el éxito de sus acciones, y a Velázquez. ¿Habrían triunfado Montejo y Portocarrero, emisarios suyos, cerca de Carlos I? Si así fuera, su actitud con respecto a Velázquez ya no le preocuparía.

Mexicanos y tlaxcaltecas le enviaban emisarios con presentes y ruegos. Pero él no abandonaba el campamento. Era un buen psicólogo y sabía aumentar la tensión y desconfianza de ambos. Fue necesario que se presentaran los cuatro *tlatoanis* que formaban el Gobierno o Consejo de Tlaxcala para que se decidiera a entrar en la ciudad, a la que él dedica dos extensas páginas de su segunda carta. Para algo es la primera ciudad, con categoría de tal, que se ofrece dentro de la geografía americana a los ojos europeos.

6. La matanza de Cholula

El 23 de septiembre de 1519 llegaron los españoles a Tlaxcala. La ciudad, enorme y exótica, le recordó Granada a Cortés. El real fue establecido rigurosamente a pesar de la lealtad manifestada por los tlaxcaltecas.

Con toda intensidad se producía el choque entre dos culturas. Un primer episodio de este encuentro lo constituyó el ofrecimiento de trescientas doncellas a Cortés por los *tlatoanis*. El jefe español las rechazó, alegando que primero había que cumplir lo mandado por Dios. Y así, por medio de doña Marina y Aguilar, se les explicó los misterios del catolicismo, sin lograr que los de Tlaxcala se convencieran por el momento. No fue obstáculo ello para el bautizo y reparto de las doncellas entre los soldados.

En los días de descanso que prosiguieron, el capitán español procuró enterarse de todo lo referente a México. Después decidió el avance sobre la capital azteca. Lo primero que hizo fue enviar una expedición de sondeo bajo disfraz de embajada al mando de Pedro de Alvarado y

Bernardino Vázquez de Tapia, quienes no pudieron llegar a su destino por enfermedad de uno de ellos. Entonces fue cuando se decidió la marcha sobre México-Tenochtitlán a través de Cholula, la ciudad-estado amiga de Moctezuma. Esta ruta había sido señalada por los embajadores mexicanos en oposición a la indicada por los aliados tlaxcaltecas, que preferían la vía *Guajocingo*, ciudad aliada suya.

Fijada la fecha de partida, se enteró Cortés que Moctezuma tenía cincuenta mil hombres en Cholula aguardándole. Los de Tlaxcala le mostraron el peligro que aquello encerraba; pero una embajada cholulteca le decidió a partir "por no mostrar flaqueza". El 13 de octubre las fuerzas hispanas abandonaron Tlaxcala en compañía de unos quinientos cempoaleses y todo el ejército tlaxcalteca. De estos últimos sólo quedaban unos cinco mil cuando se aproximaron a Cholula. Los temores apuntados por los aliados indígenas se confirmaron a lo largo del camino: obstáculos y trampas para hombres y caballos eran bien visibles.

Los de Tlaxcala quedaron en las afueras por orden de Cortés. Este aprovechó el contento producido en los cholultecas por la orden dada para hablarles del tema favorito: su rey y su religión. Los de Cholula se avenían a ser súbditos de aquel emperador lejano que les citaba, aunque no estaban conformes con abandonar sus dioses y ritos. Cholula era una especie de ciudad santa en el Anahuac, sobre todo por el culto a Quetzalcoatl y por sus trescientos setenta *teocalli* o templos. Por ello Cortés, prudentemente, no insistió en sus razonamientos religiosos.

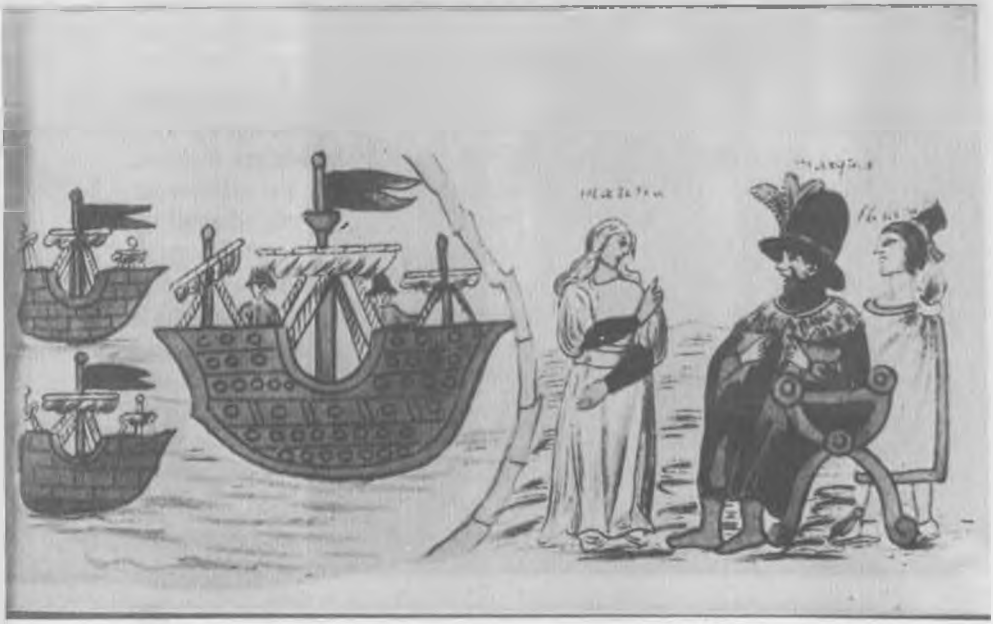
Apenas llevaban tres días en la ciudad, y ya los cholultecas comenzaron a cambiar de conducta: los víveres escaseaban y los caciques y sacerdotes no se dejaban ver. La situación era crítica. A ello se añadía la llegada de nuevos emisarios de Moctezuma comunicándoles con desprecio que no debían entrar en la capital. Algo se preparaba. Los temores se confirmaron. Una vieja india participó a Marina la traición tramada, y dos sacerdotes, capturados por sorpresa en un templo, confesaron de plano que el dios cojo *Tezcatlipoca*, y el dios de la guerra, *Huitzilopochtli*, "les habían ordenado que diesen muerte" a los extranjeros. La vigilancia se redobló, y tras celebrar junta se acordó que lo mejor era atacar de improviso al enemigo.

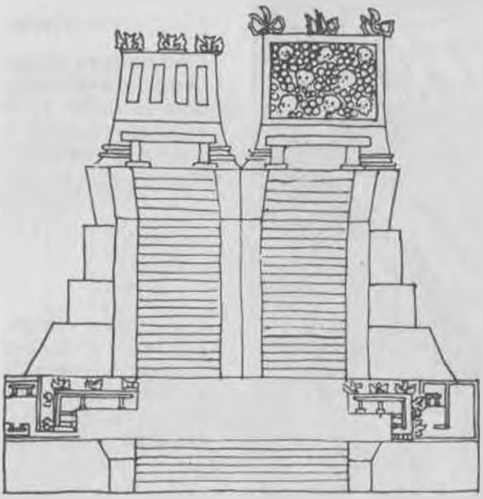
Desde su caballo se dirigió Cortés a los caciques y guerreros cholultecas, recriminándoles su falsía y traición. El terror se apoderó de los acusados, que echaron la culpa a Moctezuma; pero el jefe español no admitió la excusa, y concluyó su arenga diciéndoles: "Tales traicio-

Conocido retrato de Hernán Cortés que se conserva en el Museo de la Ciudad de México y que nada tiene que ver con las tendenciosas pinturas de Diego Rivera.

Guerreros aztecas con armas y tocados destinados a asustar al enemigo; portan escudos de madera recubiertos de cuero y lanzas con hojas de obsidiana.

Cortés y la india Malinaltzin *(doña Marina o la* Malinche*) entregada por los caciques de Tabasco que actuó como intérprete eficaz en la conquista de México por lo que su colaboración se conoce como «malinchismo». Por trasposición los aztecas llamaron a Cortés,* Malinche.





Doble templo dedicado a Huitzcilpochtli y a Tlaloc. El templo del primero está decorado con cráneos y los dos lucen almenas en forma de caracoles cortados. A los lados de las pirámides se ven las habitaciones de los sacerdotes.

Bartolomé de Olmedo, *clérigo que acompaña a Cortés, predica la fe cristiana a Moctezuma. La patena que usaba en sus misas se conserva en la Catedral de Sevilla.*

A la derecha:

Cuaunhtemoc es capturado cuando intentaba la huida en la segunda conquista de México-Tenochtitlán.

Cortés y su ejército, atacando a México durante su reconquista. Obra de artista nativo hecha unos cuarenta años después.

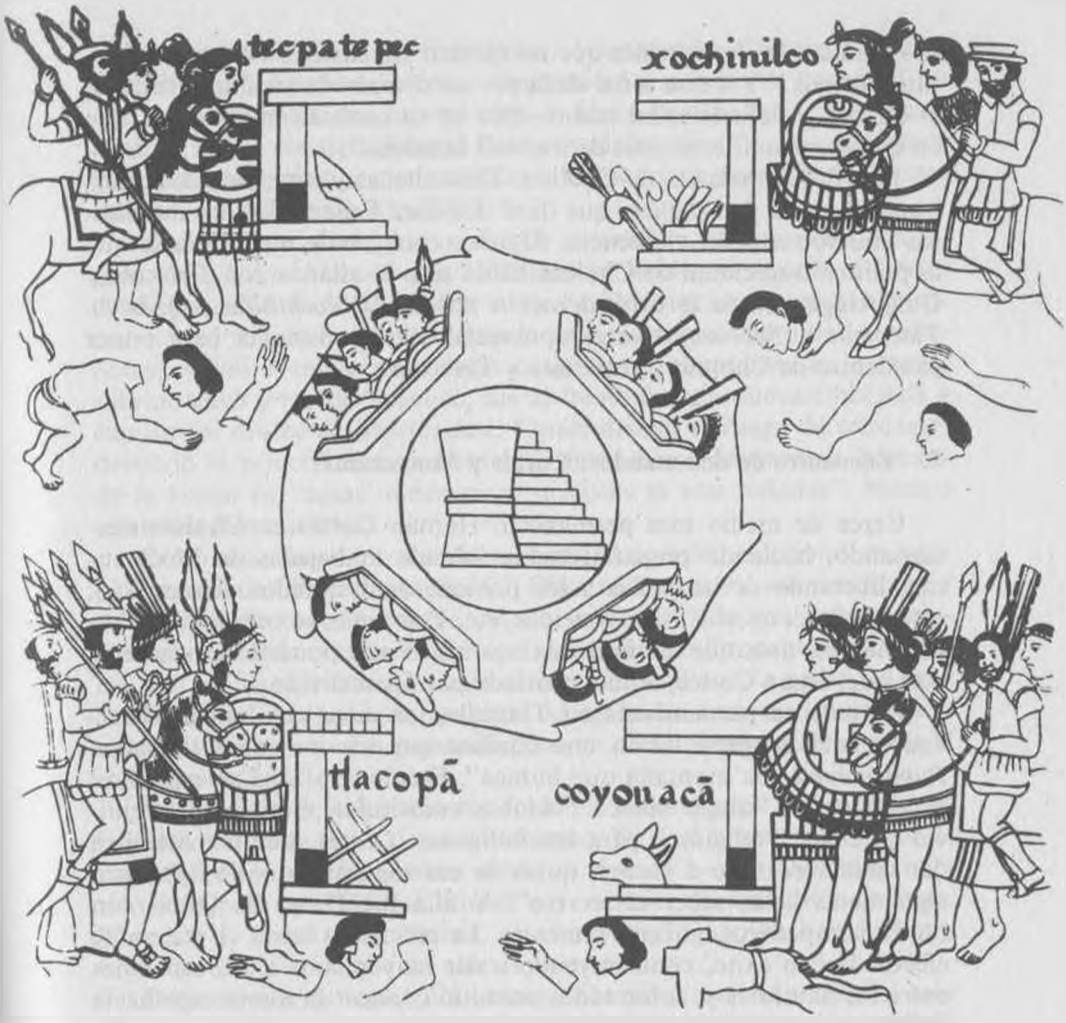
Españoles e indígenas, construyen bergantines para reconquistar Tenochtitlán.

Amistoso encuentro entre Cortés y Moctezuma; el capitán español le cuelga un collar de cuentas de vidrio.

A la derecha:

Moctezuma trata de dirigir la palabra a su pueblo y éste le rechaza a pedradas, muriendo al poco por las heridas recibidas.

Algunos aztecas intentan capturar a Cortés que es liberado por Cristóbal de Olea al frente de algunos fieles tlaxcaltecas.



Cerco de Tenochtitlán, según el Códice de Tlaxcala.

nes mandan las leyes reales que no queden sin castigo. Por vuestro delito moriréis." Y a una señal dada por un disparo de arcabuz principió el castigo, y "dimosles tal mano –dice en su carta al emperador–, que en dos horas murieron más de tres mil hombres".

Esta fue la matanza de Cholula. Tlaxcaltecas y cempoaleses contribuyeron a ella y al saqueo, que duró dos días. Espantados los cholultecas vinieron a pedir clemencia. Algunos caciques le manifestaron que la política tradicional de Cholula había sido la alianza con Tlaxcala y Guajocingo contra la *Confederación Azteca (Tenochtitlán* o *México, Tlacopán y Tezcuco).* Cortés aprovechó la circunstancia para poner paz dentro de Cholula y entre ésta y Tlaxcala.

7. Encuentro de dos mundos: Cortés y Moctezuma

Cerca de medio mes permaneció Hernán Cortés en Cholula descansando, haciendo preparativos, recibiendo embajadas de Moctezuma, liberando de las jaulas a los prisioneros destinados al sacrificio, intentando convertir a los vencidos, etc. Dos rutas se presentaban hacia México: una, que fue indicada con insistencia por los mexicanos, y otra que, según Cortés, le fue mostrada por favor divino.

Durante su permanencia en Tlaxcala, los españoles habían observado cómo arrojaba humo una cumbre que los indígenas llamaban *Popocatépetl,* "la montaña que humea". Frente se alzaba su esposa, el *Iztaccihualt* o "mujer blanca". Ambos constituían motivos de prejuicio y temores religiosos para los indígenas. Cortés, siempre atento a dar cuenta de todo a su rey, quiso de esa montaña que le "paresció algo maravillosa, saber el secreto". Y allá fue Diego de Ordás con nueve compañeros, guías y tamemes. La ascensión hasta el cráter fue efectuada con éxito, contribuyendo a dar mayor fama a los españoles entre los naturales y, sobre todo, permitió conocer la nueva ruta hacia México que desde allí descubrieron.

El 1.° de noviembre se puso Cortés en camino hacia la capital azteca, a la cabeza de cuatrocientos españoles y cuatro mil indígenas. Los tlaxcaltecas le habían ofrecido diez mil hombres, de los cuales sólo aceptó mil, ya que no querían entrar en México en son de guerra. En cambio, perdió a los cempoaleses, que remitió a sus tierras cargados de presentes.

La primera noche acamparon en *Calpan,* tierra de *Guajocingo.* Al día siguiente cruzaron entre el Popocatépetl y el Iztaccihuatl. Después

de pasar por *Amecameca, Cuitlahuac, Ixtapalapan, Ayotzinco* y otras poblaciones del valle de México, llegaron a las puertas de la capital.

La visión de ella les pareció cosa de libros de caballerías y encantamiento. Así lo consigna Bernal Díaz cuando escribe: "... nos quedamos admirados y decíamos que parecían a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís."

Al abandonar *Amecameca*, el 6 de noviembre, se dirigieron a la laguna de *Chalco*. Más de una embajada se había presentado a Cortés desde que salió de Cholula, con ruegos de Moctezuma para que retrocediera. El jefe de hombres, asustado ante el acercamiento de los españoles, volvió a convocar consejo de guerra. *Cacamatzin* en persona, sobrino suyo y rey de Tezcuco, fue al frente de una nueva embajada y expuso los deseos de Moctezuma. Cortés desoyó el ruego de retroceso, devolvió al príncipe con presentes, y siguió hacia *Iztapalapa*, buscando la visión de "cosas nunca oídas ni vistas ni aun soñadas". México se alzaba frente a ellos.

Cuitlahuac, hermano de Moctezuma, alojó a los españoles en Ixtapalapa, de donde era rey. Bernal Díaz se desata en admiraciones y asombros ante todo lo que ve. Al día siguiente, 8 de noviembre, principiaron la última etapa. De Ixtapalapa a México-Tenochtitlán conducía una de las calzadas que unía al islote-ciudad con la orilla del lago de Tezcoco. Una apiñada multitud se agolpaba ansiosa de ver el encuentro de dos mundos personificados en el emperador azteca y en el capitán español.

No pasaban de cuatrocientos soldados hispanos los que avanzaban bajo la mirada de miles de ojos indígenas. Es fácil suponer el ánimo de estos hombres que caminaban entre un mundo hostil, silencioso, exótico y bajo el peso de las últimas advertencias de los de Guajocingo, Tlaxcala y Tlamanalco. Jamás, escribe Bernal Díaz, ha habido hombres "en el universo que tal atrevimiento tuviesen".

Dos calendarios tenían los aztecas: el civil o astronómico y el religioso o astrológico. Aquel 8 de noviembre de 1519 era en el calendario civil el segundo día del mes de *Quecholli* (pájaro flamenco). Era uno de los primeros cinco días durante los cuales no se hacía nada religiosamente. En el calendario astrológico o religioso era el día octavo del mes de *Ehecalt* (Viento), tenido como de mal agüero por estar bajo la advocación de Quetzalcoatl. Podemos imaginar el estado psicológico del pueblo indígena en estas horas en que llegaban los blancos realizando la antigua profecía auguradora del regreso de Quetzalcoatl.

A una media legua de la ciudad, la calzada de Ixtapalapa se unía a

la de *Coyoacán.* Allí esperaban a Cortés un millar de prohombres mexicanos. Al llegar a la altura de ellos, el capitán español, escoltado por doce jinetes, detuvo su caballo y recibió el homenaje de los nobles. Concluido el desfile prosiguió la marcha, y la tropa cruzó el recinto fortificado. Moctezuma se acercaba. Unos doscientos nobles, en dos hileras y descalzos, precedían a su persona, que aparecía montada en una rica litera.

Moctezuma descendió y dio unos pasos hacia Cortés, al mismo tiempo que miembros de su escolta limpiaban minuciosamente el trozo de espacio que separaba a ambos hombres. A la derecha llevaba a *Cacamatzin,* rey de Tezcuco, y a la izquierda a *Cuitlahuac,* rey de Ixtapalapa. Detrás seguían los señores de Coyoacán y Tlacopán.

El español, al ver a Moctezuma, descabalgó y se dirigió haciá él con intención de abrazarlo. Pero los dos reyes que le escoltaban impidieron el abrazo. Entonces "el jefe de hombres" le dio la bienvenida, y Cortés, mediante Marina, le ofrecio seguridad y le colgó un collar de cuentas de vidrio. Seguidamente los prohombres del séquito desfilaron ante los españoles. Terminada la ceremonia, Moctezuma inició la marcha hacia la capital acompañado de Cacamatzin, mientras que Cuitlahuac llevaba de la mano a Cortés. "Fue esta–dice Bernal– nuestra venturosa e atrevida entrada en la gran ciudad de Tenustitán Méjico a ocho días del mes de noviembre, año de nuestro Salvador Jesu Cristo de mil e quinientos y diez y nueve".

El palacio de *Axayacatl* fue destinado para albergar a las tropas españolas. En él recibieron enseguida la visita de Moctezuma, quien les manifestó su creencia de que ellos eran los hombres que, según la profecía, habrían de venir de Oriente a dominarlos. Cuatro días después cumplimentó Hernán Cortés esta entrevista, y visitó con los suyos la ciudad, admirando sobre todo el mercado o *tianguiz.*

Los días proseguían en la mayor ociosidad. Era necesario hacer algo. Y este algo fue un audaz golpe: apoderarse de Moctezuma. Había que alegar una causa para justificar la prisión. Esta llegó pronto: una carta recibida de Veracruz comunicando que un ejército mexicano, al mando de *Cuauhpopoca,* había atacado a los españoles, matando al mismo Juan de Escalante, jefe de la guarnición.

Una mañana, seguido de algunos capitanes, se personó Cortés en el palacio real de Moctezuma. Por medio de Marina le expuso los hechos acontecidos en la costa del golfo y pidió reparación. Al instante Moctezuma ordenó la prisión del culpable; pero esto no le bastó al español, que le rogó pasase a vivir con él y los suyos. Moctezuma se

negó en un forcejeo que duró cuatro horas. Al final uno de los capitanes, Velázquez de León, impaciente, gritó que lo mejor era matar a estocadas a Moctezuma. Marina tradujo las coléricas palabras del soldado, que acabaron por decidir al jefe de la Confederación a seguir a los españoles.

Cuauhpopoca fue quemado tan pronto llegó a México. Las actividades de Cortés se proyectaron seguidamente en expediciones exploradoras. Mas el disgusto aumentaba en el pueblo indígena después de la prisión de su jefe supremo. Varios nobles se retiraron de la ciudad y otros fueron apresados por Hernán Cortés.

Tuvo lugar entonces uno de los hechos más singulares de la conquista: el traspaso de soberanías. Citada por Moctezuma, se reunió una junta de nobles. Por la parte española figuraba un escribano público como representante, ante el cual los mexicanos acordaron prestar vasallaje al rey de España. Obsérvese el legalismo que siempre acompañó al conquistador de la Nueva España en todos sus actos.

Moctezuma, en su encierro, se mostraba contento y recibía las visitas de Cortés, quien, en compañía de sus capitanes Alvarado, Velázquez de León y Ordás, jugaba con el emperador o jefe de hombres.

La escena queda plásticamente reflejada en la prosa de Bernal:

"Y aun algunas veces jugaba el Moctezuma con Cortés al totoloque, que es un juego que ellos ansí le llamaban, con unos bodoquillos chicos muy lisos que tenían hechos de oro para aquel juego, y tiraban con los bodoquillos algo lejos, y unos tejuelos que también eran de oro, e a cinco rayas ganaban o perdían ciertas piezas e joyas ricas que ponían. Acuérdome que tanteaba a Cortés, Pedro de Alvarado e al gran Moctezuma un sobrino suyo, gran señor, y el Pedro de Alvarado siempre tanteaba una raya de más de las que avía Cortés, y el Moctezuma como los vio decía, con gracia y risa, que no quería que le tantease a Cortés el Tonatio, que ansí llamaban al Pedro de Alvarado, porque hacía mucho *yxoxol*, que quiere decir en su lengua que mentía, que echaba siempre una raya de más; y Cortés y todos nosotros los soldados que en aquella sazón hacíamos guardia no podíamos estar de risa por lo que dijo el gran Moctezuma. Dirán agora que porqué nos reimos de aquellas palabras, es porque el Pedro de Alvarado, puesto que era de gentil cuerpo e buena manera, era vicioso en el hablar demasiado, y como le conocimos su condición por eso nos reíamos tanto".

Se hace difícil no admirar cuánta humanidad hay encerrada en estas breves líneas, donde se nos muestran a "los crueles españoles" en-

tretenidos en un juego casi infantil con el emperador que acaban de derrocar, y al que le han arrebatado un inmenso imperio casi también jugando a la guerra.

8. Situación crítica

Con el juramento por el cual Moctezuma se comprometía a obedecer y prestar vasallaje al rey de España, la permanencia del capitán español no tenía ya razón de ser. Así lo manifestó Moctezuma a Cortés, a lo que éste alegó que no contaba con naves para retirarse.

Por medio de Moctezuma primero, y luego por una carta de Sandoval, nuevo alcalde de Veracruz, se enteró de la arribada de algunos barcos transportando soldados de Cuba. Componían la expedición diecinueve barcos, veinte cañones, mil cuatrocientos españoles, ochenta caballos, buen número de escopetas y ballestas, y numerosos indios cubanos. Al frente de ellos venía el vallisoletano Pánfilo de Narváez, lugarteniente de Velázquez.

Portocarrero y Montejo, los dos emisarios de Cortés al César, eran los causantes de esta nueva situación crítica. A pesar de las prohibiciones hechas por Cortés, Montejo tocó en Cuba para visitar algunas propiedades que allí tenía. Durante esta permanencia esparció noticias sobre México, que llegaron hasta Velázquez, quien, furioso, decidió vengarse de la deslealtad de Cortés. Utilizando sus buenas relaciones con el obispo don Juan Rodríguez de Fonseca, especie de ministro de Indias, obtuvo autorización para apresar a Cortés, quitarle el mando y llevarlo a Cuba. Enterada la Audiencia de Santo Domingo de estos planes, intentó oponerse a ellos, para lo cual envió a Cuba al oidor Vázquez de Ayllón, cuyas gestiones fueron vanas, pues la flota zarpó el 4 de marzo de 1520. Esta expedición era la que había llegado a Veracruz.

La presencia de Narváez ocasionó intrigas y defecciones en ambos bandos. Como resultado, los indígenas de Cempoala permitieron que los recién llegados se establecieran en su ciudad. Desde México, Cortés inició negociaciones para llegar a un acuerdo con el nuevo enviado de Velázquez, fracasando, ya que Narváez exigía la sumisión completa.

Acompañado de una corta escolta, abandonó Cortés la ciudad de México con dirección a Cempoala. Pedro de Alvarado quedaba como lugarteniente. En el camino se le unieron diversos destacamentos de

soldados. Al llegar hizo un nuevo intento por establecer un acuerdo entre los dos campamentos, sin lograrlo. El choque era inminente.

Después de una corta arenga a la tropa, en la que repasó lo acontecido hasta el momento y prometió un premio al que capturase vivo o muerto a Narváez, ordenó al padre Olmedo que diera la absolución general a todos y dio la orden de marcha. Era la media noche y lloviznaba. A pesar de estar advertido por el cacique de Cempoala, Narváez fue cogido por sorpresa. Sorpresa y confusión, que facilitaron el rápido triunfo de los de Cortés. Narváez, con un ojo menos, no tuvo más remedio que rendirse, y junto con su ejército prestó homenaje a Hernán Cortés. Al día siguiente se capturó la flota.

¿Por qué fue tan fácilmente vencido Narváez? Tal vez por descuido. La voz de Las Casas, esa voz que se ha de oir mientras se hable de la obra de España en América, nos llega a través de los siglos para decirnos que Narváez era un negligente, que "era un hombre de persona autorizada, alto de cuerpo, algo rubio, que tiraba a ser rojo, honrado, cuerdo, pero no muy prudente, de buena conversación, de buenas costumbres, y también para pelear con indios esforzado, y debíalo ser quizá para con todas las gentes; pero sobre todo tenía esta falta, que era muy descuidado". Por dos veces el dominico indica la gran falta de Narváez; la falta que quizá le perdió en aquella desprevenida noche de Veracruz.

Mientras Cortés marchaba contra Narváez los mexicanos se preparaban para la gran fiesta del mes *Toxcatl* en honor de Tezcatlipoca. Moctezuma había obtenido permiso de Cortés primero, y luego de Alvarado, para hacer festejos, aunque se les prohibió los sacrificios humanos. Notemos que la fiesta tiene lugar en un momento en que el crédito de Cortés está en baja forma. Era notorio que Moctezuma pensaba eliminar a los españoles de México tan pronto tuviese noticias de la derrota de Cortés a manos de Narváez. Es más, los mexicanos cesaron de abastecer a los españoles. Todas estas circunstancias inquietaron a Pedro de Alvarado y sus huestes, que veían con temor el enorme movimiento que la fiesta ocasionaba. Para asegurar la situación, Alvarado apresó a uno de los príncipes de la casa imperial, al llamado *El Infante*. Bastó esto para que estallase la rebelión indígena. Rápidamente los españoles se lanzaron al *teocalli*, donde la multitud reunida celebrada las fiestas e iniciaron una desordenada matanza en el millar de personas congregadas.

Apenas se retiraron los castellanos a su fortaleza, cuando se vieron asediados por la indiada. Moctezuma, por ruego de Alvarado, logró

calmar al pueblo. Pero la insurrección continuó al soltar al príncipe que tenían como rehén.

Estas fueron las noticias que precipitaron el regreso de Cortés. El día de San Juan de 1520 vieron los mexicanos al *Malinche* entrar de nuevo en México. Sitiados y sin provisiones, la situación era angustiosa para el bando español. Cortés ordenó, en tal situación, soltar a Cuitlahuac, rey de Iztapalapa, con órdenes de restablecer el mercado. Error lamentable, ya que Cuitlahuac poseía poder para convocar el *Tlatocan,* destituir a Moctezuma y nombrar nuevo *uei tlatoani.* La situación empeoraba. Una salida que intentó Diego de Ordás fracasó rotundamente. Se recurrió a un sistema ya empleado: utilizar la persona de Moctezuma como intermediario. Negóse aquél, pues sabía cuán decaído estaba su prestigio; mas al fin cedió. Custodiado por doscientos españoles se dirigió al pueblo desde el terrado del palacio de Axayacatl; apenas había comenzado a hablar cuando Cuautehmoc, príncipe joven hijo del predecesor de Moctezuma, exclamó: "¿Qué es lo que dice este bellaco de Moctezuma, mujer de los españoles? Como a vil hombre le hemos de dar el castigo y pago", y le soltó un flechazo que fue como una orden. Piedras y varas cayeron sobre el infeliz ex jefe de la Confederación, que recibió varias pedradas, muriendo a los tres días al parecer de tétano.

9. Huida en la noche triste: Otumba

Era necesario abandonar la ciudad. La calzada de Tlacopán o Tacuba se escogió para efectuar la retirada. Para poder salvar las ocho cortaduras de la calzada se construyó un puente portátil de madera. El orden de retirada se dispuso así: la vanguardia iba al mando de Ordás y Sandoval; el centro lo dirigían Cortés, Olid y Dávila; en la retaguardia marchaban Alvarado y Velázquez de León. El oro, prisioneros reales y Marina iban bajo la custodia de dos capitanes de Narváez y treinta soldados. Había bastante neblina aquella noche del 30 de junio de 1520.

El primer corte se pasó sin incidentes; mas la alarma surgió antes de llegar a la segunda zanja. En medio de la noche se oyó el tambor de guerra *–teponaztli–* llamando a las armas. El puente de madera se atascó en el fango con el peso y no pudo ser retirado. Desde tierra y agua los mexicanos atacaban denodadamente. Españoles, tlaxcaltecas, caballos, botín y armas rellenaban las cortaduras de la calzada. La pe-

lea era durísima en la oscuridad. Como pudo, Cortés sacó a los supervivientes por la avenida hacia Tacuba. Alvarado dio o no su salto famoso con la pértiga; pero cruzó la cortadura. Y la retaguardia tuvo que retroceder a los cuarteles de México, donde sucumbieron a los tres días de cerco, siendo sacrificados al cruel Huitzilopochtli.

Aquella noche perdió Cortés más de ciento cincuenta soldados españoles, dos mil aliados, cuarenta y cinco caballos, armas y la mayor parte del oro. Entre los muertos estaban Juan Velázquez de León; Cacamatzin, rey de Tezcuco, y dos hijos y una hija de Moctezuma.

Los huidos pudieron reunirse al amanecer y seguir rumbo a Tlaxcala bajo el acoso enemigo. El día 7, en la llanura de *Apam*, a la vista de *Otumba*, se toparon con un considerable ejército mexicano. La batalla, que se presentaba bastante incierta, dado el número del enemigo y el estado calamitoso de los españoles, fue resuelta a favor de éstos al eliminar Cortés y el capitán Juan de Salamanca al caudillo mexicano. Estos, viendo abatido el estandarte y muerto su capitán general, huyeron a la desbandada.

10. Segunda conquista de Tenochtitlán

En Tlaxcala comenzó a rehacerse la malparada tropa. Mientras, los mexicanos remitieron a todo el territorio emisarios solicitando ayuda y alianzas. Los embajadores de Cuitlahuac, el nuevo *uei-tlatoani*, llegaron también a Tlaxcala, proponiendo una alianza que no se efectuó, aunque Xicontecatl el Joven era partidario de ella.

Los españoles, entre tanto, se veían favorecidos por nuevos refuerzos. Varios navíos de distinta procedencia llegaron con soldados y alimentos. Para no mantener al ejército en la ociosidad, organizó Cortés campañas contra *Tepeaca*, donde fundó *Segura de la Frontera*. La campaña tuvo gran importancia desde el punto de vista estratégico, pues era preliminar para la gran operación contra México. Lentamente recobraba Cortés su prestigio. Su plan militar consistía en no dejar enemigo alguno a la espalda e ir estrechando poco a poco el cerco de México.

Un elemento nuevo ayudó su campaña: la viruela. La enfermedad hizo estragos entre los indios y en el mismo Cuitlahuac, quien fue sustituido por *Cuauhtemoc*. El joven mandatario comenzó a preparar activamente la defensa de México.

Por su parte, Cortés hacía alarde de tropas, encontrándose con qui-

nientos cincuenta soldados de a pie y cuarenta de a caballo. Considerando que era un elemento necesario para el ataque, decidió construir algunos bergantines.

El 26 de diciembre de 1520 abandonaba Tlaxcala camino de Tezcuco. En esta ciudad se botaron los barcos a finales de enero del siguiente año. Ocho mil cargadores indígenas los habían traído de Tlaxcala escoltados por veinte mil guerreros tlaxcaltecas.

Desde Tezcuco inició una serie de reconocimientos previos. En este intervalo un contratiempo inesperado casi echa a perder su obra: la conjuración de los partidarios de Narváez. Una vez abortado el complot y castigado el jefe, prosiguió la distribución de fuerzas para el sitio final. Una columna con centro en Tacuba tuvo por jefe a Alvarado. Otra, capitaneada por Olid, situó su campamento en Coyoacán. La tercera porción quedó destinada en Iztapala bajo el mando de Sandoval. A esto se añadía la flotilla de trece bergantines. La triple alianza antimexicana integrada por Tlaxcala, Cholula y Guajocingo contribuyó con miles de soldados.

El cerco comenzó formalmente, dejando abierta la calzada de *Tepeyac*, con la esperanza de que por ella evacuaran la ciudad. La primera operación consistió en cortar el acueducto de *Chapultepec*, que llevaba agua a los sitiados. Los asaltos iniciales no dieron resultados, por lo que se cambió la táctica. La calzada de Tepeyac fue cerrada, y se ordenó un avance lento y asolador. Los barcos, por su parte, impedían toda entrada de vituallas por agua. Cuarenta días llevaban de ataque cuando Cortés ordenó un asalto general. Era el 28 de julio de 1521.

Todo el empuje se concentró sobre el barrio de *Tlalteloco*, fracasando totalmente; y el mismo Cortés salvó la vida, ya prisionero, a cambio de la de Cristóbal de Olea, que lo había salvado en otra ocasión.

Pero la miseria se apoderaba de los sitiados, reducidos ya a un barrio. Unas y otras propuestas de paz fueron rechazadas por éstos. Cortés ordenó la carga final el 13 de agosto. El rápido avance obligó a los situados a refugiarse en las canoas. Una de ellas llevaba a Cuauhtémoc, quien fue capturado por el maestre García Holguín. Con la prisión de Cuauhtémoc, –águila que cae– último jefe militar de la Confederación Azteca, concluía la conquista de México-Tenochtitlán.

11. Organización de la Nueva España

El reparto del botín fue una de las primeras tareas. La riqueza a percibir entre tantos era mísera. Surgieron las quejas contra Cortés y las murmuraciones. Se deseaba saber dónde estaba el tesoro de Moctezuma, y Cortés, presionado, dio tormento a Cuauhtémoc sin obtener nada.

Había que organizar la tierra adquirida. Como primera medida de gobierno estableció un programa de exploración y conquista del resto del territorio. Al Popocatépetl envió a dos artilleros en busca de azufre para la fabricación de pólvora; Gonzalo de Sandoval salió a castigar a los indios de la costa del golfo de México; Francisco de Orozco sometió a los indígenas de Oaxaca, y al mar del Sur envió una expedición que tomó posesión de él.

Después de estas conquistas principió la reedificación de México. Contra la opinión general, decidió alzar la ciudad en su mismo solar. Hecha la traza, se repartieron los solares entre españoles e indígenas, comenzando la reconstrucción de manera tan rápida, que en 1523 se le daba a México título de ciudad y escudo. Por razones militares separó los barrios indígenas de los españoles.

Cortés poseía una idea clara del país. El veía que la base de la organización estaba en desarrollar la riqueza natural. Por eso uno de sus primeros actos cívicos fue la distribución de la tierra. Pero se le presentaron dos problemas: la mano de obra y la recompensa a los conquistadores. La solución la da "depositando" a los indígenas en manos de los españoles, con el fin de que les sirvan y proporcionen lo necesario para el sustento. Dentro de estas ventajas caen también los naturales nobles, a los cuales no sólo da tierras e indios, sino que, igualmente, les señala cargos oficiales. Buscando el mejor cumplimiento de todo esto, dicta unas ordenanzas modelo "para los vecinos y moradores de la Nueva España". El primer asunto a resolver radicaba en hacer de los conquistadores unos pobladores o "fundadores verticales", obligándoles a fijarse en la tierra, pues temia se diera el fenómeno antillano. De ahí que en las ordenanzas exija la permanencia de ocho años en México a todo el que tenga indios, prometiendo, a cambio, no quitárselos. Cortés desea organizar la Nueva España de manera feudal: prohibe se utilicen los indígenas en las minas y trabajos de la tierra, salvo en aquella donde viven; el indio debe ser "depositado" (no encomendado ni repartido) perpetuamente para que así sea mayor el interés del amo; la educación cristiana del indígena debe ser obligatoria;

todo español con indios debe poseer armas para servir en el ejército con ellos; cada español deberá traer su mujer de la metrópoli o casarse si es soltero, etc, etc.

Un nuevo obstáculo se suma a los tantos que ya había superado: Cristóbal de Tapia llega de la metrópoli con autoridad sobre la Nueva España. Era una jugada más de Fonseca, sempiterno enemigo. Sin embargo, Tapia cede a los argumentos que Alvarado, Sandoval y otros le exponen, y se reembarca.

No hay duda que lo que ha sido llamado "el pecado original" de la conquista de Nueva España –pronunciamiento de Veracruz– le dolía a Cortés continuamente. Más de una vez había enviado emisarios a Carlos I con regalos y cartas, sin obtener aún respuesta. Dos nuevos enviados parten para la Corte. Son ellos Antonio de Quiñones y Alonso Dávila. Llevan riquezas escogidas, que no llegarán nunca, pues el primero muere en las Azores y el otro cae prisionero del pirata Verrazzano (Juan Florín). Este acontecimiento, que tuvo trascendencia internacional, atrajo la atención de Carlos I sobre Cortés. La valía del duque de Béjar, pariente de Portocarrero, influyó también en el ánimo real inclinándolo a convocar una junta que estudiase el "caso Cortés". El resultado fue una completa vindicación del conquistador extremeño. Y así, en octubre de 1522, es reconocido como gobernador y capitán general de la Nueva España. La oposición de Fonseca cesaba a partir de este instante.

Pero el gobierno de Cortés no iba a ser ejercido solamente por él. Carlos I se apresura a rodearlo de funcionarios, y le envía a Rodrigo de Albornoz, como contador; Alonso de Estrada, como tesorero; Alonso de Aguilar, como factor, y Peramil de Chirino, como veedor. Amplias instrucciones para ponerlas en marcha en el nuevo territorio traían estos funcionarios. Ordenanzas que Cortés refutó, "porque las cosas juzgadas y proveídas por absencia no pueden llevar conveniente expedición". Su política chocaba con la que la Corona quería seguir.

Dos acontecimientos interrumpen su labor por este entonces: la llegada y muerte misteriosa de su esposa doña Catalina Suárez y la intromisión de Francisco de Garay en las tierras del Pánuco. Garay llegó el 25-VII-1523 al Río de las Palmas (actual Soto la Marina, Costa de Tamaulipas) y se encaminó por tierra a *Santisteban del Puerto* (Pánuco) fundada por Cortés a finales de 1522, mientras su capitán Grijalva se dirigía por mar. Cuando llegó se encontró que la localidad y zona estaban dominadas por la gente de Cortés. Además, las provisiones logradas por Garay en 1519, habían sido anuladas el 23 de abril

de 1523, por una R. C. que ordenaba a Garay no entrometerse en las tierras de la gobernación de la Nueva España. Los hombres de Garay se desbandaron y le traicionaron, y el mismo Garay, desamparado, se acogió a la protección de los hombres de Cortés. Este y Garay se reconciliaron y concertaron la boda de una hija del primero con un hijo del segundo. Cortés prometió ayudarle con gente y dinero para que poblara en el Río de las Palmas; sin embargo, la rebelión de los indios de la Huasteca y la muerte de Garay el 27-XII-1523, puso punto final al proceso. Y otras muertes, la de su esposa y la de Garay, se han señalado sin rotundas pruebas como crímenes de Hernán Cortés.

Uno de los hechos más sobresalientes de este período organizador es la llegada de la primera misión de frailes franciscanos. Continuamente había pedido al emperador le mandase hombres que se encargasen de la dirección espiritual de la Nueva España. Grande fue su contento cuando el 13 de marzo de 1524 desembarcaban en San Juan de Ulúa aquellos doce misioneros, entre los cuales venía el más tarde célebre fray Toribio de Benavente, luego "Motolinia" (Pobre). Ya las ordenanzas mostraban su preocupación por el indígena; pero ésta no se detenía sólo en el aspecto material. Su desvelo se extiende al campo educacional religioso, como consecuencia de la valoración humana que hace del indio: "Que pues Dios Nuestro Señor les había hecho libres, no se les podía quitar esta libertad."

La figura humana de Hernán Cortés, autor de la nacionalidad mexicana, no sólo nos ofrecía el aspecto militar del conquistador que va tras un botín, sino el del hombre que vio en el indígena un semejante y en la tierra conquistada una nueva patria.

BIBLIOGRAFIA

1. Crónicas y documentos

AGUILAR, Francisco de: *Relación breve de la conquista de la Nueva España.* Edición, estudio preliminar, notas y apéndice por Jorge Gurría Lacroix.–México, 1977.

ALVA IXTLILXOCHITL, Fernando: *Décimatercia relación de la venida de los españoles y principio de la ley evangélica.*–México, 1938.

ARGENSOLA, Bartolomé Leonardo de: *Conquista de México.*–México, 1940.

BENAVENTE, Toribio de: *Historia de los indios de la Nueva España.*–Barcelona, 1914.

CERVANTES DE SALAZAR, Francisco: *Crónica de la Nueva España.*–Madrid, 1914.

CLAVIGERO, Francisco J.: *Historia antigua de México.*–México, 1944.

CONQUISTADOR, El (Anónimo): *Relación de algunas cosas de la Nueva España, y de la gran ciudad de Temestitán, México.*–México, 1938.

CONWAY, G. R. G.: *La noche triste.* Documentos: Segura de la Frontera en Nueva España. Año de MDXX.–México, 1943.

CORTÉS, Hernán: *Cartas de relación de..... al emperador Carlos V, colegidas e ilustradas por don Pascual de Gayangos.*–Paris, 1866.

– *Nuevos documentos relativos a los bienes de...*México, 1946.

–*Postrera voluntad y testamento del marqués del Valle.*–Introducción y notas por G. R. G. Conway.–México, 1940.

– *Historia de la Nueva España, escrita por su esclarecido conquistador.* Aumentada con otros documentos y notas por el Ilmo. Sr. D. Francisco Antonio Lorenzana.–México, 1770.

– *Testamento de...* Descubierto y anotado por el P. Mariano Cuevas, S. J.–México, 1925.

Crónicas de la conquista. Introducción y notas de Agustín Yáñez.–México.

CUESTA, Luisita, y DELGADO, Jaime: *Pleitos cortesianos en la Biblioteca Nacional.*–«Revista de Indias», 1948, núms. 31-32, enero-junio.

CUEVAS, Mariano (S. J.): *Cartas y otros documentos de Hernán Cortés novísimamente descubiertos en el Archivo de Indias...* Sevilla, 1915.

DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal: *Verdadera y notable relación de descubrimiento y conquista de la Nueva España y Guatemala, escrita por el capitán... en el siglo XVI.* Edición conforme al manuscrito original que se guarda en el Archivo de la Municipalidad de Guatemala. Prólogo de Eduardo Mayora.–Guatemala, 1933-4. 2 tomos.

(Hay edición en la «B. A. E.», tomo XXVI; Madrid, 1862, y en México, 1944, 3 tomos y en 1955 en 2 y 4 tomos.)
GARCÍA ICAZBALCETA, Joaquín: *Colección de documentos para la historia de México.*–México, 1858.
– *Biblioteca mexicana del siglo XVI.*–México, 1886.
– *Nueva colección de documentos para la historia de México.*–México, 1891.
GARCÍA POLAVIEJA, C.: *Hernán Cortés.* Copias de documentos existentes en el Archivo de Indias.–Sevilla, 1889.
GRIJALVA, Juan de: *Itinerario de la armada del rey católico a la isla de Yucatán, en la India, el año de 1518.* En «Crónicas de la Conquista de México».–México, 1939. «Biblioteca del Estudiante Universitario», núm. 2.
LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco: *Historia de la conquista de México.* Con una introducción y notas por don Joaquín Ramírez Cabañas.–México, 1943, 3 tomos.
LORENZANA, Francisco Antonio: *Historia de la Nueva España, escrita por su esclarecido conquistador Hernán Cortés, aumentada con otros documentos y notas por don....., arzobispo de México.*–México, 1770.
MAZIHCATZIN, Nicolás Faustino: *La descripción del lienzo de Tlaxcala.*–«Rev. Mex. de Estudios Históricos». Apéndice al tomo I, 1927, págs. 50-90.
MENDIETA, Jerónimo de: *Historia eclesiástica indiana.*–México, 1954, 4 tomos.
Memoria de los servicios que había hecho Nuño de Guzmán desde que fue nombrado Gobernador de Panuco en 1525.–México, 1955.
MOTEZUMA, Diego Luis: *Corona mexicana o historia de los Motezumas.*–Madrid, 1914.
OBREGÓN, Baltasar de: *Historia de los descubrimientos antiguos y modernos de la Nueva España, escrita por el conquistador.....* Año de 1584. Descubierta por Mariano Cuevas y publicada por la Secretaría de Educación.–México, 1924.
OTTE, Enrique: *Nueve cartas de Diego de Ordás.*–«Historia Mexicana», vol. XIV, julio-septiembre, 1964.
POLAVIEJA, Marqués de: *Hernán Cortés. Copias de documentos existentes en el Archivo de Indias y en su palacio de Castilleja de la Cuesta, sobre la Conquista de México.*–Sevilla, 1889.
RAMÍREZ, José Fernando: *Proceso de residencia contra Pedro de Alvarado.*– México, 1847.
SAHAGÚN, Fray Bernardino: *Historia general de las cosas de la Nueva España.*–Editorial Pedro Robredo.–México, D. F., 1938, 5 tomos.
SOLÍS, Antonio de: *Historia de la conquista de México, población y progresos de la América Septentrional, conocida por el nombre de Nueva España.*–Madrid, 1783-4. 2 tomos.
VÁZQUEZ DE TAPIA, Bernardino: *Relación de méritos y servicios del conquistador, vecino y regidor de esta gran ciudad de Tenustitlán, México.*–México, 1953.
(Hay edición en la «Colección de documentos para la Historia de México», publicada por Joaquín García Icazbalceta.–Mexico, 1825-1894. Y en la Biblioteca del «Estudiante Universitario», núm. 2.–México, 1939.)
ZORITA, Alonso de: *Breve y sumaria relación de los señores de la Nueva España.*–México, 1942.

2. Estudios modernos

ALAEZ RODRÍGUEZ, Octavio: *Batalla naval en la meseta del Anahuac. (Faceta naval del sitio de México.)*–«Revista General de Marina», núm. 157.–Madrid. Octubre, 1959.
ALAMÁN, Lucas:*Disertaciones sobre la conquista de México.* México, 1844-9, 3 vols.
ALCALÁ, Manuel: *César y Cortés.*–México, 1950.
ALTOLAGUIRRE Y DUVALE, Angel: *Descubrimiento y conquista de México.* Con una introducción sobre fuentes por Antonio Ballesteros.–Barcelona-Madrid, 1954.
ALVAR, Manuel: *El mundo americano de Bernal Díaz del Castillo.*–Santander, 1968.

– *Los americanismos en Bernal Díaz del Castillo.*–Madrid, 1970.
AMAYA TOPETE, Jesús: *Atlas mexicano de la Conquista.*–México, 1958.
ANDRADE, Vicente de P.: *Conquistadores espirituales de la Nueva España.*–México, 1896.
BABELON, Jean: *Hernán Cortés.*–Madrid, 1944.
BAYLE, Constantino: *Cortés y la evangelización de Nueva España.*–«Missionalia Hispánica» V, 1948, págs. 5-42.
BENÍTEZ, Fernando: *La ruta de Hernán Cortés.*–México, 1950.
BOISIEFRE, Pierre de: *Cortés.*–París, 1959.
BRADEN, Charles S.: *Religious aspects of the Conquest of Mexico.*–Duke University (Durham), 1930.
BUTTERFIELD, Marvin Ellis: *Jerónimo de Aguilar, conquistador.*–University of Alabama, 1955.
CALDERÓN QUIJANO, J. A.: *La proyectada Universidad de Cortés en Coyoacán.*–«Anales de la Universidad Hispalense», núm. 1, págs. 123-128. Sevilla, 1965.
CARREÑO, Alberto María: *Cortés, hombre de Estado.*–«Boletín de la Academia de la Historia». CXXIII.
– *Bernal Díaz del Castillo, descubridor, conquistador y cronista.*–México, 1945.
– *Hernán Cortés y el descubrimiento de sus restos.*–Madrid, 1947.
CASTILLO LEÓN, Luis: *La conquista y colonización española en México. Su verdadero carácter.*–México, 1932.
Cedulario heráldico de conquistadores de Nueva España.–México, 1933.
COLIN, Carlos N.: *Estampas de la conquista.*–México, 1952.
CORBATO, Hermenegildo: *Hernán Cortés a través de algunos cronistas e historiadores.* «Revista Iberoamericana».–México, vol. 15, núm. 30, agosto, 1949; enero, 1950.
CORTÉS, Hernán: *Estampas de su vida.* Prólogo y selección de Santiago Magariños.–Madrid, 1947.
– *Grandes de todos los tiempos.*–Madrid, Editorial Prensa Española, 1969, 75 págs., ilust.
CUEVAS, Mariano (S. J.): *Historia de la Iglesia en México.*–México, 1946. Editorial Patria. 4 tomos.
CHAMBERLAIN, Robert S.: *La controversia entre Cortés y Velázquez sobre la gobernación de la Nueva España.*–«Revista Bimestre Cubana», vol. 60, nums. 1-3; enero-junio, 1949.
DENHART, Robert M.: *The equine strategy of Cortes.* "The Hispanic American Historical Review". XVIII, 1938.
– *The truth about Cortes's horses.* "The Hispanic American Historical Review" XVII, 1937.
DESCOLÁ, Jean: *Hernán Cortés.*–Barcelona, 1978.
Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México.–México, 1976, 2 tomos.
DOTOR, Angel: *Las expediciones marítimas cortesianas.*–«Revista General de Marina». Tomo 134.–Madrid, junio, 1948.
ESQUIVEL OBREGÓN, T.: *Hernán Cortés y el Derecho internacional en el siglo XVI.*–México, 1939.
Estudios cortesianos. Publicados por el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo.–Madrid, 1948.
FERNÁNDEZ DE VELASCO, Manuel: *El descubrimiento de los restos de don Hernán Cortés.* «Revista de Indias», 1947, núm. 27.
FERNÁNDEZ DEL CASTILLO, F.: *Doña Catalina Suárez Marcayda, primera esposa de Hernán Cortés, y su familia.*–México, 1920.
– *El amor en la conquista Malintzin.*–Buenos Aires, 1943.
FERNÁNDEZ DURO, C.: *Las joyas de Isabel la Católica, las naves de Cortés y el salto de Alvarado.*–Madrid, 1882.
GARCÍA IGLESIAS, Sara: *Isabel de Moctezuma, la última princesa azteca.*–México, 1946.

GARCÍA MARTÍNEZ, Bernardo: *El Marquesado del Valle. Tres siglos de régimen señorial en Nueva España.*–México, 1969.
GARCÍA POLAVIEJA, C.: *Hernán Cortés. Estudio de un carácter.*–Toledo, 1909.
GARCÍA SERRANO, Rafael: *Cuando los dioses nacían en Extremadura.*–Madrid, 1949.
GARDINER C., Harvey: *Naval power in the conquest of Mexico.*–Austin, University of Texas Press, 1956.
GIBSON, Charles: *Los aztecas bajo el dominio español 1519-1810.* México, 1964.
GIMÉNEZ FERNÁNDEZ, Manuel: *Hernán Cortés y su revolución comunera.*–Sevilla, 1948.
GÓMEZ DE OROZCO, Federico: *Doña Marina, la dama de la conquista.*–México, 1942.
GONZÁLEZ DE OBREGÓN, Luis: *El capitán Bernal Díaz del Castillo.*–México, 1894.
– *Los precursores de la Independencia mexicana en el siglo XVI.*–París-México, 1906.
– *Cuauhtemoc, el rey heroico de los mexicanos.*–México, 1955.
GONZÁLEZ RUIZ, Felipe: *Doña Marina.* (La india que amó a Hernán Cortés.)–Madrid, 1944.
GURRÍA LACROIX, Jorge: *Historiografía sobre la muerte de Cuauhtémoc.*–México, 1976.
– *Hernán Cortés y Diego Rivera.* México, 1971.
– *La caída de Tenochtitlán.* México, 1974.
HURTADO, Antonio: *Romancero de Hernán Cortés.* Poema inédito ricamente ilustrado.–Barcelona.
ICAZA, Francisco A.: *Conquistadores y pobladores de Nueva España.*–Diccionario autobiográfico sacado de los textos originales.–Madrid, 1932. 2 tomos.
KONETZKE, Richard: *Descubridores y conquistadores de América. De Cristóbal Colón a Hernán Cortés.*–Madrid, 1968.
LANNING, John Tate: *Cortés and his first official remission of treasure to Charles V.*–«Revista de Historia de América», 1938, núm. 2.
LÓPEZ PORTILLO Y WEBER, José: *Lo sobrenatural y la conquista de México.* Estudios históricos.–Julio-septiembre, 1955, julio-septiembre, 1957.
MADARIAGA, Salvador: *Hernán Cortés.*–Madrid, 1975.
MAZA, Francisco de la: *Los restos de Hernán Cortés.*–México, 1947.
MEDINA, José Toribio: *Ensayo bio-bibliográfico sobre Hernán Cortés.*–Santiago de Chile, 1952.
MENA, Mario A.: *Aventuras de Hernán Cortés.*–México, Librería de M. Porrúa, 1955.
MONTERDE, Francisco: *Moctezuma, el de la silla de oro.*–México, 1945.
MURO OREJÓN, Antonio: *Hernando Cortés. Exequias, almoneda e inventario de sus bienes.*–«Anuario de Estudios Americanos», XXIII, págs. 537-609. Sevilla, 1966.
O'GORMAN, Edmundo: *Catálogo de pobladores de la Nueva España. Registro de Informes de la Real Audiencia. Ultimo tercio del siglo XVI. Principios del XVII.* Arreglo, introducción e índices por.....–México, 1945.
OROZCO Y BERRA, Manuel: *Los conquistadores de México.*–México, 1938.
ORTEGA MARTÍNEZ, Ana María: *Mujeres españolas en la conquista de México.*–México, 1945.
PARODI, Claudia: *La fundación de Santisteban del Puerto y el arribo de Garay al Pánuco.* «Historia Mexicana» XXVII, abril-junio, 1978, pp. 616-36.
PEREYRA, Carlos: *Lecturas históricas mejicanas. La conquista del Anahuac.*–México, s. f.
– *Hernán Cortés.*–Buenos Aires, 1941.–«Colección Austral», núm. 236.
PÉREZ MARTÍNEZ, Hector: *Cuauhtemoc, vida y muerte de una cultura.*–Buenos Aires, 1948.–«Colección Austral», núm. 807.
PLACER LÓPEZ, Gumersindo: *Fray Bartolomé de Olmedo, capellán de los conquistadores de México.*–Madrid, 1961.
PRESCOTT, William: *Historia de la conquista de México, con una reseña preliminar de la civilización antigua mexicana y la vida del conquistador Hernán Cortés.*–Madrid, 1847. 3 tomos.
REAL, Cristóbal: *La conquista de un Imperio.*–San Juan de Puerto Rico, 1940.
Revista de Indias: Año IX, núms. 31-32: enero-junio 1948. Integrados por diferentes artículos sobre Hernán Cortés. Vid. Estudios.

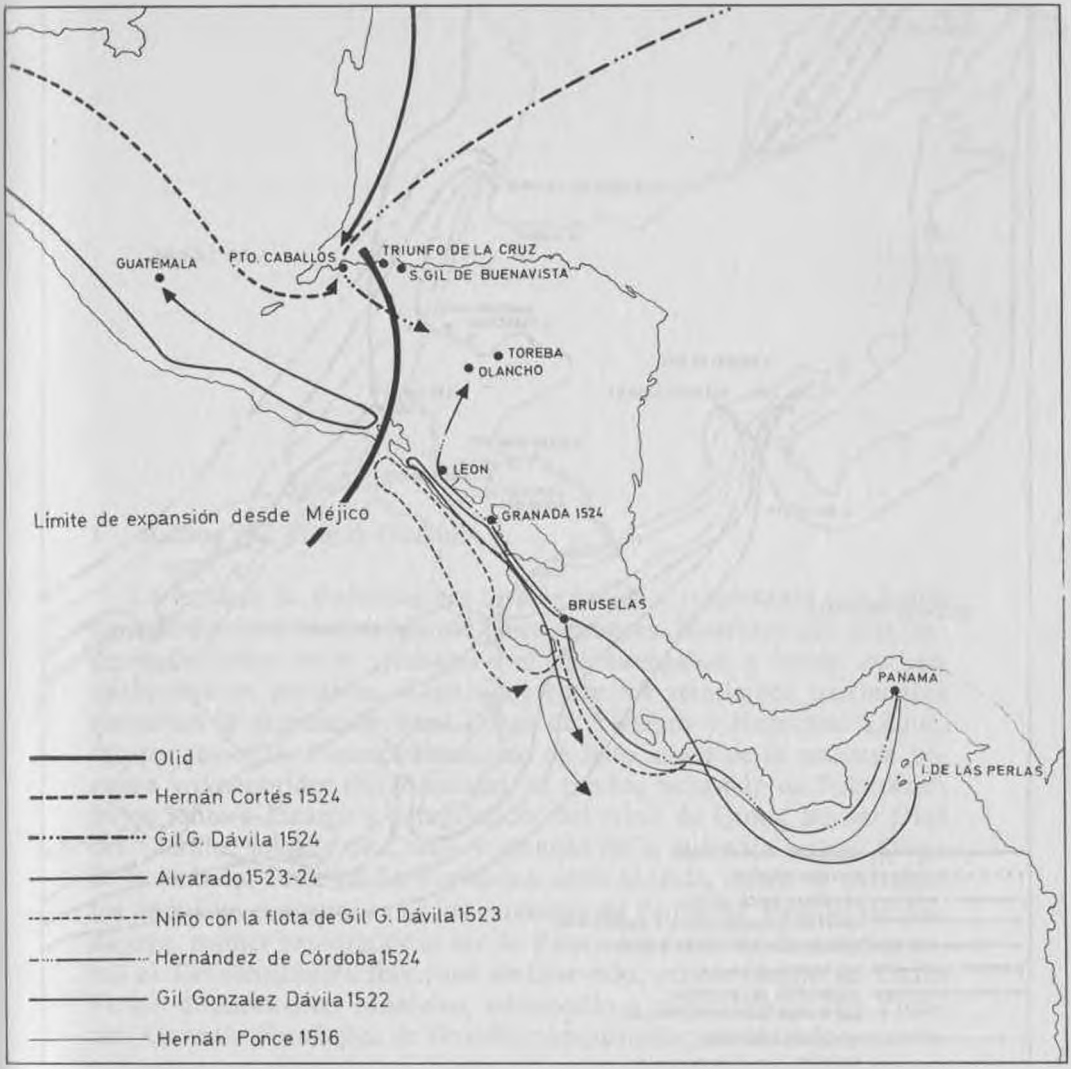
REYNOLDS, Winston A.: *Espiritualidad de la conquista de México. Su perspectiva religiosa en las letras de la Edad de Oro.*–Granada, 1966.
– *Hernán Cortés y las mujeres.* «Nueva Revista de Filología Hispánica». México, 1965-6, XVIII, 3-4.
– *Romancero de Hernán Cortés.* Madrid, 1967.
– *Hernán Cortés en la Literatura del Siglo de Oro.* Madrid, 1978.
RICARD, Robert: *La conquista espiritual de México.* Ensayo sobre el apostolado y los métodos misioneros de las órdenes mendicantes en la Nueva España en 1523-1524 a 1572. Traducción de Angel María Garibay.–México, 1947.
– *Sur la politique des alliances dans la conquete du Mexique par Cortés.*–«Journal Soc. Amer.», XVII, 1925.
RICO GONZÁLEZ, Víctor: *Hacia un concepto de la conquista de México.*–México, 1953.
RODRÍGUEZ, Gustavo A.: *Doña Marina.*–México, 1935.
ROMERO DE TERREROS, Manuel: *Hernán Cortés, sus hijos y nietos, caballeros de las Ordenes Militares.*–México, 1944.
SEGARRA, José: *La ruta de Hernán Cortés.*–Madrid, 1910.
SIERRA, Justo: *La conquista de la Nueva España.*–Madrid, 1917.
SOLANA Y GUTIÉRREZ, Mateo: *Don Hernando Cortés, marqués del Valle de Oajaca. (La voluntad de dominio.)*–México, 1938.
SOUSTELLE, Jacques: *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista.*–México, 1974.
TEJA ZAFRE, Alfonso: *Historia de Cuatemoc.*–México, 1934.
TORRE VILLAR, Ernesto de la: *Los presentes de Moctezuma. Durero y otros testimonios.*–«Rev. de Historia Americana y Argentina». Mendoza, 1957. 1, núms. 1-2, págs. 55-84.
TORRES, Luis: *Hernán Cortés.*–Zaragoza, 1939.
TOSCANO, Salvador: *Cuauhtémoc.* Los dos últimos capítulos (desde la tortura a la muerte), por Rafael Heliodoro Valle.–México, 1953.
TOUSSAINT, Manuel: *La conquista de Panuco.*–México, 1948.
VALERO SILVA, José: *El legalismo de Hernán Cortés como instrumento de su conquista.*–México, 1965.
VALVERDE, A. L.: *Leyenda de América. Las naves de Hernán Cortés.*–Homenaje a Emilio Ravignani.–Buenos Aires, 1941, pp. 145-154.
VALLE, Rafael Heliodoro: *Cristóbal de Olid, conquistador de México y Honduras.*–México, 1948.
– *Bibliografía de Hernán Cortés.*–México, 1953.
VARIOS: *Cortés ante la juventud.*–México, 1949.
VASCONCELOS, José: *Hernán Cortés, creador de la nacionalidad.*–Ediciones Xochtil.–México, 1941. (Nueva edición: Editorial Tradición.–México, 1975.)
VIVÓ, Jorge A.: *Geografía humana de México. Estudio de integración territorial y nacional de México.*–México, 1958.
ZAVALA, Silvio: *Los intereses particulares en la conquista de la Nueva España.*–México, 1964.

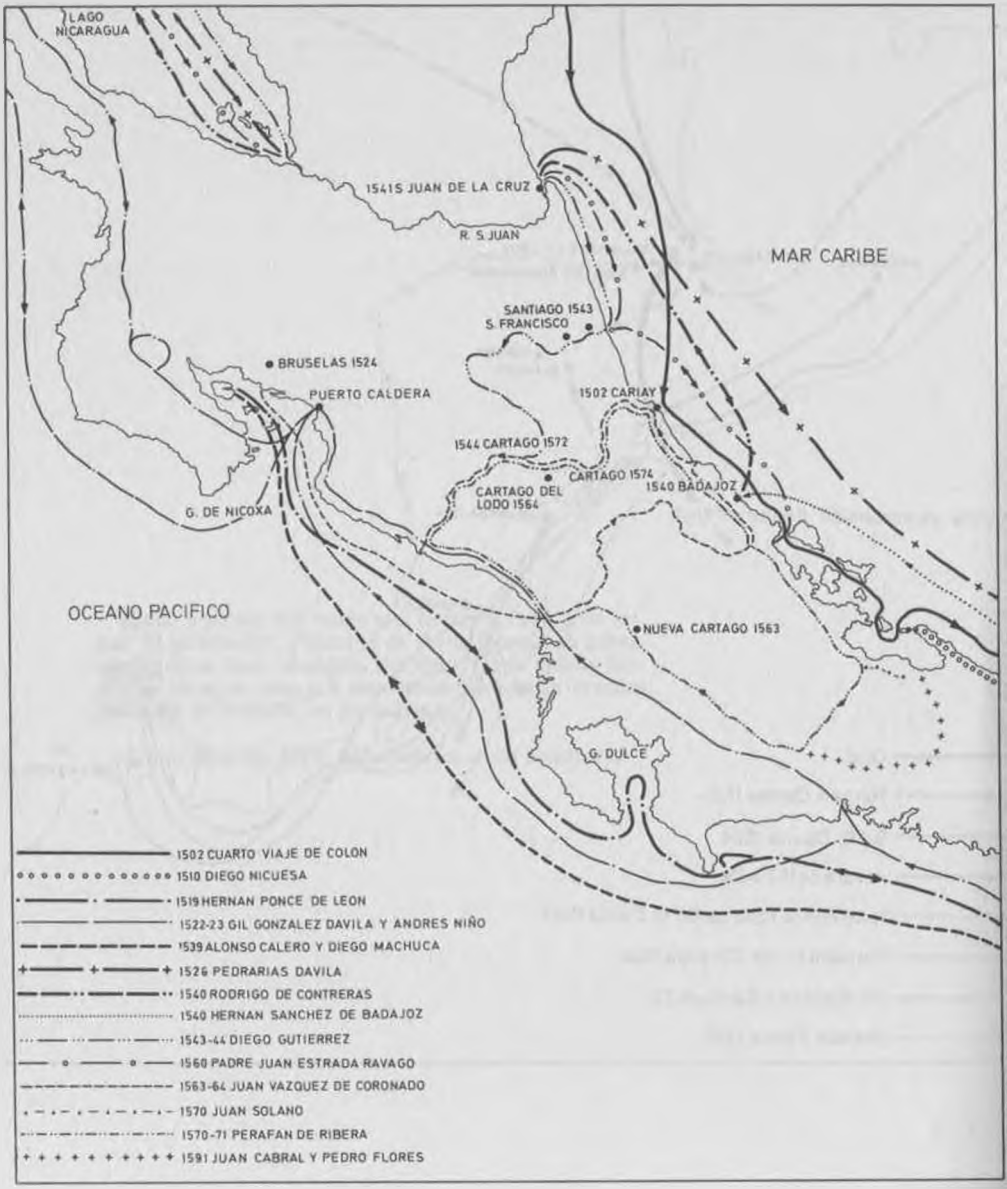
X

EXPLORACIONES Y ASENTAMIENTOS EN LA AMERICA CENTRAL

«Echó a perder dos cosas esta tierra: el Perú y las minas. El gobernador, Pedrarias de Avila, porque su gobernación fuese muy abundosa del todo, ponía mucha diligencia en sacar oro, y a esta causa perecieron muchos naturales de la tierra, en las minas.»

(JUAN RUIZ DE ARCE: *Advertencias a sus sucesores.)*


GUATEMALA
PTO. CABALLOS
TRIUNFO DE LA CRUZ
S.GIL DE BUENAVISTA
TOREBA
OLANCHO
LEON
GRANADA 1524
BRUSELAS
PANAMA
I. DE LAS PERLAS
Límite de expansión desde Méjico
Olid
Hernán Cortés 1524
Gil G. Dávila 1524
Alvarado 1523-24
Niño con la flota de Gil G. Dávila 1523
Hernández de Córdoba 1524
Gil Gonzalez Dávila 1522
Hernán Ponce 1516


LAGO NICARAGUA
1541S JUAN DE LA CRUZ
R. S JUAN
MAR CARIBE
SANTIAGO 1543
S. FRANCISCO
BRUSELAS 1524
PUERTO CALDERA
1502 CARIAY
1544 CARTAGO 1572
CARTAGO 1574
CARTAGO DEL LODO 1564
1540 BADAJOZ
G. DE NICOXA
OCEANO PACIFICO
NUEVA CARTAGO 1563
G. DULCE
1502 CUARTO VIAJE DE COLON
1510 DIEGO NICUESA
1519 HERNAN PONCE DE LEON
1522-23 GIL GONZALEZ DAVILA Y ANDRES NIÑO
1539 ALONSO CALERO Y DIEGO MACHUCA
1526 PEDRARIAS DAVILA
1540 RODRIGO DE CONTRERAS
1540 HERNAN SANCHEZ DE BADAJOZ
1543-44 DIEGO GUTIERREZ
1560 PADRE JUAN ESTRADA RAVAGO
1563-64 JUAN VAZQUEZ DE CORONADO
1570 JUAN SOLANO
1570-71 PERAFAN DE RIBERA
1591 JUAN CABRAL Y PEDRO FLORES

1. Balboa y el «Furor Domini»

La armada de Pedrarias era la más lucida e importante que había zarpado hacia el Nuevo Mundo hasta entonces. Hombres que más tarde descollarían en el quehacer indiano navegaban a bordo de una cualquiera de las naves. Repartidos entre los veinticinco bajeles que formaban la expedición iban: Diego de Almagro y Hernando Luque, futuros socios de Pizarro; Hernando de Soto, actor de la epopeya peruana y descubridor del Mississipí, su tumba; Sebastián de Belalcázar, héroe junto a Pizarro y conquistador del reino de Quito; Bernal Díaz del Castillo, soldado de Cortés y cronista de la aventura azteca; Diego de la Tobilla, autor de *La Barbarica,* obra perdida, donde se narraban los desmanes cometidos por los capitanes de Pedrarias; Pascual de Andagoya, primer explorador al sur de Panamá y portador de noticias sobre el Tahuantinsuyo; fray Juan de Quevedo, primer obispo de Tierra Firme; Francisco de Montejos, adelantado y conquistador del Yucatán; Gonzalo Fernández de Oviedo, conquistador, colonizador, cronista general, enemigo de Las Casas... Y un personaje que embarcaba por primera vez, pero que veremos actuar en todas las conquistas a partir de entonces: *El Requerimiento.*

El itinerario a seguir por la armada era también nuevo. De Sanlúcar fueron a Canarias, escala inevitable, donde embarcaron vituallas, armas, soldados y cincuenta buenos nadadores gomeros. No hay duda que iban destinados a convertirse en pescadores de perlas. De Canarias

navegaron a la Dominica; de allí, a Santa Marta, y, sin tocar en Santo Domingo, arribaron a La Antigua.

Si el 19 de enero de 1514 entraba Balboa en La Antigua procedente de las playas del Pacífico, el 29 de junio lo hacía Pedrarias Dávila procedente de España.

La Antigua, núcleo urbano integrado por unas doscientas casas al estilo indígena y poblado por indios, negros y unos cuatrocientos cincuenta españoles, recibía pacíficamente en su seno al representante real. Ambos jefes se saludaron amistosamente. El que llegaba venía lujoso, rodeado de damas y caballeros novatos y por estrenar. El que recibía estaba en simple ropa dirigiendo el trabajo de unos indios.

La gobernación de Pedrarias Dávila comenzaba.

Pedrarias presentó su nombramiento al Cabildo y tomó posesión de la gobernación de Castilla del Oro. Entre él y Balboa hubo un coloquio en el que el viejo segoviano le pidió al descubridor toda clase de informes sobre los indígenas y las condiciones del país. Vasco prometió contestarle por escrito, y en un amplio documento le dio los datos pedidos. "E en todo dixo verdad", escribió el testigo Fernández de Oviedo. Conseguido esto principió el juicio de residencia de Balboa y sus oficiales, cuyas personas fueron arrestadas y los bienes confiscados en tanto se aclaraban los cargos acumulados contra ellos. A Vasco Núñez se le acusaba de dañar a Enciso y de haber expulsado a Nicuesa, ocasionando su muerte. Lo primero tuvo que liquidarlo mediante una fuerte multa; pero lo segundo quedó pendiente de sentencia, y durante años fue una amenaza acumulada en 1519 a las acusaciones que le llevaron al patíbulo.

Balboa pudo haber sido remitido a la Corte para ser juzgado, o pudo marchar por sí mismo; pero el obispo Quevedo lo retuvo consciente de lo necesario que era y como arma utilizable contra Pedrarias.

Apenas habían concluido todas estas actividades, cuando la estación de las lluvias dejó sentir sus efectos destiñendo el brillo de los recién llegados y sembrando el hambre y las enfermedades, de tal manera que, según Pascual de Andagoya, "en un mes murieron setecientos hombres de hambre y de enfermedad de modorra". Hubo de todo aquellos días luctuosos: amoralidad en la venta de alimentos; incendios; muertes, deserciones a Santo Domingo... No bastaron dos carabelas que de Jamaica arribaron con alimentos. El mismo Pedrarias cayó enfermo. Balboa, dado de lado, nada tiene que ver en este desgobierno que corroe la colonia. Sin embargo, se le consulta y se le otorga voto en el Consejo.

Los indios se muestran en declarada rebeldía. Las tierras yacen sin cultivar y las ciénagas llenan los campos, sin que nadie se preocupe de cegarlas. Los ánimos están decaídos. No se hallan con tanta facilidad las riquezas pregonadas en la península. En este caos reinante, el obispo Quevedo pide la destitución de Pedrarias, al igual que el tesorero Pasamontes, que propugna la vuelta al *status* anterior a la llegada de Pedrarias. "Decid a su Alteza –redacta el obispo Quevedo en febrero de 1515– como hallamos este pueblo bien aderezado, más de doscientos bohíos hechos, la gente alegre y contenta, cada fiesta jugaban cañas y todos estaban puestos en regocijo, tenían muy bien sembrada toda la tierra de maíz y de yuca, puercos harto para comer, al presente y ordenado de descubrir la tierra..." Eso era en el momento en que había llegado Pedrarias y su gran expedición, en junio de 1514; pero en abril de 1515 el panorama era bien distinto según el obispo, porque "el pueblo está perdido, todos tristes e las haciendas del campo destruidas porque la gran necesidad de la gente, que se caen muertas de hambre por las calles, lo destruye todo".

Dos carabelas emplomadas fondean en marzo de 1515, portando provisiones y los nombramientos de Balboa. Pedrarias se hace cargo de éstos y los retiene hasta después de una junta deliberadora celebrada un mes más tarde. Los nombramientos hechos en favor de Balboa tendían a solucionar el problema jurisdiccional o de atribuciones existentes entre él y el gobernador. Se desprendía de los despachos un eclecticismo perjudicial a la larga, como veremos. Balboa quedaba electo como gobernador de aquellos territorios; pero sometido a la dependencia de Pedrarias, "porque es mi voluntad –expresaba el rey Católico– que en esas partes haya una sola persona y una cabeza y no más". La Corona, queriendo premiar a Balboa sin restarle atribuciones a Pedrarias, encendía la rivalidad entre ambos, porque el descubridor tendería siempre a desligarse en su cargo y proseguir sólo sus exploraciones, mientras que Pedrarias quería hacerle sentir su total autoridad y dependencia.

El odio de Pedrarias hacia Balboa es grande. Fernández de Oviedo, que lo observa todo, dice que desde que el descubridor recibió los nombramientos, Pedrarias lo "trató a muerte". Y hacé esfuerzos por hundirlo en el posible favor real. Cartas suyas y del Cabildo parten para España pidiendo se delimite la gobernación de Balboa o manifestando que Vasco "quería interés para sí y no quiere consejo, ni sigue razón, ni quiere razones ni superior".

¿Qué hacía, entre tanto, Balboa? Dirigía, por orden de Pedrarias,

una expedición al Dabaibe, de la que regresó a los treinta días. Luego se preocupaba, como adelantado, de reunir gentes para ir a poblar a la mar del Sur. Para esto contaba con el apoyo del obispo Quevedo y del tesorero Pasamontes. No con el de Pedrarias, que consideró el proyecto como un acto de rebeldía o deseo de emancipación, y ordenó apresar a Balboa y meterlo en una jaula de madera. Tuvo que intervenir el obispo para apaciguar al *Furor Domini* y establecer las paces entre ambos. La reconciliación se aseguró con la promesa, por parte de Balboa, de casarse con doña María, la hija mayor de Pedrarias, residente en España. Balboa se avenía a ser hijo político del viejo gobernador y simple capitán de éste, pensando quizá que futuras hazañas lo rehabilitarían en la Corte. Pedrarias, por su parte, actuaba con perfecta insinceridad, pues sabía que el matrimonio no se consumaría, y sólo anhelaba que Balboa dedicara sus energías a preparar una expedición que otro capitán –Diego de Albitez– mandaría.

Los desposorios por poderes se celebraron en abril de 1516, y poco después Vasco partía con orden de repoblar *Acla* (Huesos Humanos), pueblo situado dentro del cacicazgo de Careta, que Pedrarias había fundado. La obra de Balboa quedó pronto concluida porque procuró que todos los vecinos trabajasen en compañía de sus indios, cosa en la cual "él era el primero..., y siempre en todos los trabajos llevaba la delantera". Esto lo dice Las Casas.

Acla quedaba repoblada y en condiciones de servir como base de proyección hacia el Sur, a través del istmo. Vuelto Balboa a La Antigua, se halló con que el viejo gobernador le trataba con deferencia y le confería el mando de la expedición; condicionándole a realizar su empresa en un plazo que expiraba el día de San Juan de 1518.

Estamos en junio de 1517.

¿Cuál era su misión? Pues descubrir en el océano Pacífico "de todos el principal y único fin", según frase lascasiana.

Miremos un momento a Europa. Ha muerto Fernando el Católico en enero de 1516. Mientras llega el joven Carlos I, el cardenal Cisneros lleva el reino. Don Juan Rodríguez de Fonseca dirige la política indiana desde su "Concejillo de Indias" incrustado en el Concejo de Castilla. A este mundo político llegan las protestas de Las Casas. Cisneros, en un intento fallido por ordenar las cosas del Nuevo Mundo, manda a las Indias al triunvirato de Padres Jerónimos. En septiembre de 1517 desembarca Carlos I en España. Durante toda esta etapa de transición la crisis que afectaba a la personalidad de Balboa se acentuó y apenas se le echó cuenta al descubridor.

Vasco estaba ya en Acla ultimando su expedición. Lo primero que hace es aderezar las maderas de los navíos, que llevará desarmados a la otra vertiente. En medio de la ruta, entre una y otra orilla, construye una casa-almacén que servirá también para descansar. Cuando tiene ya fabricadas las planchas de madera, las hace transportar a hombros de indios, negros y blancos, junto con la clavazón, jarcias, velamen... El esfuerzo es indescriptible y casi baldío, porque ya en la otra orilla las crecidas de los ríos se llevan parte de las maderas y los barcos que se logran armar están todos picados por la broma. Aquello era desalentador, más si se tiene en cuenta que el cumplimiento del plazo se avecinaba. Sin embargo, se le prorrogó cuatro meses más, al final de los cuales Balboa contaba con dos barcos. Con ellos navegó a las *islas de las Perlas* y rumbo Sur hasta *Puerto Piñas.*

En La Antigua, Pedrarias era envenenado anímicamente por los enemigos de Vasco Núñez. Se le decía que éste y su Compañía de la Mar del Sur contaba ya con cuatro barcos, con los cuales se alzaría. Se rumoreaba también que un nuevo gobernador vendría pronto a reemplazar a Pedrarias. Todas estas noticias impelieron a Hernando de Argüello, representante de Balboa en La Antigua, a escribirle una carta en la que le participaba lo rumoreado y le instaba a proseguir sus exploraciones, pues para ello contaba con permiso de los Padres Jerónimos, y, de seguro, Pedrarias no le prorrogaría el plazo. La carta fue interceptada, y le costó más tarde la vida al firmante.

No obstante, sería la Corona quien determinaría los hechos. En España la dialéctica lascasiana, a la que se unía la voz de Fernández de Oviedo, tronaba contra los atropellos de Pedrarias y sus capitanes en Tierra Firme. Las acusaciones eran de tal calibre, que la influencia tenida por Pedrarias cerca de Fonseca se vino al suelo, y un sustituto del viejo gobernador fue señalado por el Estado.

2. Final trágico en una plaza

La tensión y expectativa reinante en el istmo fue rota por la llegada de esta noticia: don Lope de Sosa, gobernador de Canarias, venía a reemplazar a Pedrarias. La noticia cruzó el océano y arribó hasta las playas sureñas, donde acampaba Balboa. Mas también se enteró éste que el obispo Quevedo habíase embarcado para España y que, expirado el último plazo que le concedieron, Albitez adquiría los derechos para efectuar la expedición al Sur.

La situación de Balboa y de Pedrarias era bien distinta ante los acontecimientos. Vasco veía su salvación si se hacía a la mar y lograba efectuar una extraordinaria exploración y descubrimiento. Así podría alcanzar el apoyo real y la independencia gubernativa anhelada. Pedrarias, en cambio, pensaba que si lograba realizar también una extraordinaria expedición antes de que le llegase el relevo vería su prestigio recuperado.

Con tales perspectivas Balboa decidió remitir hacia Acla a unos enviados con el fin de que se enteraran si el nuevo gobernador había llegado ya. La mala suerte hizo que estos enviados fueran apresados. La noticia corrió a La Antigua, encolerizando a Pedrarias, a quien habían enfurecido más insinuándole que Vasco no pensaba casarse con su hija.

Tan pronto el *Furor Domini* estuvo en Acla envió por Balboa. El descubridor se puso en camino, y antes de llegar a Acla una patrulla mandada por Francisco Pizarro lo apresó. Da la impresión que en este minuto acaba algo y comienza algo. Acaba el quehacer de Balboa que hizo posible el de Pizarro, ya comenzado.

Lo que siguió a esto fue bien rápido. Vasco Núñez de Balboa quedó procesado como reo de graves acusaciones, a las que se unieron aquella que le hacía responsable de la muerte de Nicuesa. Testigos más o menos vendidos depusieron en el proceso. Balboa apeló a la sentencia alegando que como adelantado tenía derecho a ser juzgado por el emperador. Desconcertados, los jueces consultaron con Pedrarias, quien por escrito les participó que se limitaran a hacer justicia.

En todo el tinglado de acusaciones lo único que parece ser punible –pero no con pena de muerte– fue la intención de Balboa por enterarse si había sido destituido, para entonces hacerse a la mar sin esperar nueva prórroga.

Nadie impidió la sentencia, y menos su cumplimiento. La culpa de lo acordado y ejecutado recae por igual sobre Pedrarias Dávila como sobre su alcalde mayor, Gaspar de Espinosa, juez que dirigió el proceso e influía en el gobernador.

Escenario: la plaza de Acla. Fecha: un día que va del 14 al 21 de enero de 1519. Actores: Balboa y cuatro compañeros, el verdugo, el gobernador, su alcalde mayor, pobladores... Es ya tardecita. La primera cabeza que rueda es la de Vasco Núñez de Balboa, descubridor y adelantado de la Mar del Sur. Cuando cae el último sentenciado ya es de noche.

La rubia cabeza del descubridor fue hincada en un palo alzado en

la plaza, "e desde una casa, que estaba diez o doce pasos de donde los degollaron (como carneros, uno a par de otros) –dice Oviedo–, estaba Pedrarias, mirándolos por entre las cañas de la pared de la casa o bohío". Al enjuiciar –si es que hay que hacer juicios en la Historia– lo que acaba de suceder, no debemos de pasar por alto que frente a Balboa, Pedrarias representa el poder real en una nueva etapa antillana tras los conflictos con los Colón. Balboa es el caudillo reeducado en América, aventurero e individualista, que desde Quintana a Washington Irving, ha portado la etiqueta del héroe mártir. Balboa tiene indudables méritos históricos: organizador, hábil realizador de alianzas con los indígenas, audaz, descubridor del Pacífico, poseedor de ideas propias, como la de la remisión de hombres hechos a los aires de la tierra y la prohibición de leguleyos (esto lo decía por Enciso, que fomentaba las banderías). Estas banderías eran las propias de entonces (Cortés-Velázquez, por ejemplo). Eran a veces la lucha entre el sentido medieval del Poder (los Colón y Balboa) y el sentido renacentista (Fernando el Católico y Pedrarias), luchas entre el poder religioso (obispo Quevedo partidario de Balboa, con el cual tenía granjerías) y el poder civil (Pedrarias). Esta dualidad, este antagonismo, ocasionará la muerte de Balboa, no muy bien conocida pese a los documentos publicados. Aún no sabemos si su muerte fue un "acto de ferocidad, obra de un anciano de semíticos atavismos", o una medida de represión contra quien había sido homicida, reo, prófugo en la Española y había revuelto los asentamientos continentales deponiendo y expulsando gobernadores. O, como indicamos, la consecuencia de dos poderes que se enfrentan: los Colón y la Corona, a través de sus representantes.

Muerto Balboa se inicia la etapa de Pedrarias, con la fundación de Panamá. De 1514 a 1519 ha sido la época del descubridor, del conquistador, de Santa María de la Antigua. A partir de 1519, según veremos, es la época del conquistador, del poblador y del gobernante. Ese gobernante del cual decía Jerónimo de Herrera, un conquistador, al escribirle al rey: cuando "el viejo gobernador hablaba, nos hacía orinar de miedo" (*).

(*) Pedrarias Dávila es una de las figuras de la conquista que ha sido pintada con más negras tintas. Indudablemente era un fuerte carácter, «un cortesano viejo que lo sabia hacer muy bien» (Oviedo), capaz de todo. Pese a su carácter, su figura ha sido algo deformada al contraponerlo con el «mártir» Balboa y al utilizarse unas fuentes que le eran adversas, pues ni Oviedo ni Las Casas le son favorables. La investigación irá mostrando otro Pedrarias y aclarará, en lo relativo a la muerte de Balboa, estas enigmáticas palabras de Diego de Almagro: «Lo que hizo Núñez de Balboa no era cosa de hombres.»

3. Las expediciones ordenadas por Pedrarias

La actuación de Pedrarias Dávila no se concreta a sus relaciones con Vasco Núñez, según parece desprenderse de nuestras anteriores páginas. Hemos procurado atender sólo a estas relaciones para no distraerlas con otras actividades que el viejo gobernador desplegó en estos años, y que, sin embargo, no podemos pasar por alto. Nos referimos a las distintas incursiones que por órdenes suyas efectúan sus capitanes y a la misma labor gubernativa que despliega.

Estas expediciones tendieron a descubrir nuevas tierras, incorporarlas y cosechar botín de manera más o menos criticable. Más de manera criticable, desde luego. Sus rumbos de proyección lo señalan el Norte y el Sur, constituyendo, por tanto, el preámbulo necesario de las grandes expediciones que conquistarían la América Central y el imperio de los Incas.

Las tres primeras marchas fueron bien desgraciadas, e integraron un rosario de atrocidades y fracasadas fundaciones. Luis Carrillo fue el primero que partió a fundar el pueblo de *Fonseca-Dávila*, a orilla del río de los Anades. Le siguió Juan de Ayora, con órdenes de establecer localidades –según plan de Balboa– entre los dos mares. Después Pedrarias "el Mancebo", en unión del Bachiller Enciso, se puso en marcha hacia las tierras del *Cenú*. De todas estas entradas apenas se obtuvo un limpio saldo colonizador. El fracaso y el atropello, unido al latrocinio, acompañaron a estas tropas cuya actuación concita, ya para siempre, a los caciques *Ponca*, *Pocorosa*, *Comagre* y otros, contra los hispanos.

Un segundo grupo de expediciones estuvieron a cargo de Francisco Vallejo, Gaspar de Morales, Luis Carrillo, Vasco Núñez, Francisco Becerra, Gonzalo de Badajoz, Gaspar de Espinosa, etc. Vallejo anduvo por Urabá. El cruel Gaspar de Morales navegó a la *isla de las Flores*, en el archipiélago de las Perlas. Balboa –ya se mencionó– marchó al *Dabaybe*. Becerra fue a las tierras de *Comagre* y *Tubanamá*, moviéndose luego al *Cenú*, donde pereció. Precisamente Pedrarias intentó salir en su busca (noviembre de 1515); pero las enfermedades y el Cabildo se lo impidieron. A todas estas entradas ganó, por su crueldad, la verificada por el licenciado Espinosa en diciembre de 1515. De él dice Las Casas que "fue el espíritu de Pedrarias y el furor de Dios encerrado en ambos".

La rápida, escueta e incompleta exposición de todas estas lamentables expediciones nos lleva a entroncar con las importantes entradas

rumbo al Norte y al Sur, debeladoras de Centroamérica y del Incario. Por el momento, nos basta con este triste umbral de la conquista (1514-1517) que Pedrarias Dávila centra y responsabiliza.

Más nos interesa lo que ocurre después de la tragedia de Acla. Dos meses después, Pedrarias partió camino de Occidente con el fin de reconocer la costa del Pacífico, donde pensaba fundar una ciudad-puerto. Con igual cometido se alejó Gaspar de Espinosa. El viejo Pedrarias recorre las tierras anteriormente visitadas por Vasco Núñez, y luego pasa al archipiélago de las Flores. Estando en la isla de *Taboga* recibe un aviso de Espinosa participándole que está en la costa continental, en lugar apto para alzar la ciudad que proyectan. Pedrarias se traslada al villorrio indígena, donde le aguardaba su subordinado, y en él, el 15 de agosto de 1519, día de la Asunción, fundaban el primer centro cristiano a orillas del mar descubierto por Balboa. Se llamó tal localidad *Nuestra Señora de la Asunción de Panamá.*

Panamá pasó pronto a ser la capital de Castilla del Oro, y la base obligada o foco de irradiación de las proyecciones al Norte y al Sur.

4. Huestes en Nicaragua y Honduras

A) PROYECCIÓN HACIA EL NORTE.–Es el año 1516. Pedrarias Dávila había enviado a Hernán Ponce y a Bartolomé Hurtado hacia el Norte. Los exploradores recorren la costa Sur de las actuales Costa Rica y Nicaragua, llegando al *golfo Dulce* y *puerto de Sanlúcar*, llamado más tarde de *Nicoya*. El tanteo fue sólo costero.

Cuatro años más tarde el mismo gobernador Pedrarias había remitido, con dos navíos, al licenciado Espinosa. Parte de la expedición se mueve en tierra firme al mando del capitán Francisco Pizarro. Lo más sobresaliente de esta nueva incursión es el encuentro que Espinosa hace con el célebre cacique *Urraca*, que le pone en un aprieto del cual sale gracias a la oportuna intervención de Hernando de Soto, que había partido del real de Pizarro. Sin más novedad regresan.

Mucho antes de esto, en vísperas de la ejecución de Balboa por Pedrarias, el piloto Andrés Niño, el tesorero Alonso de la Puente y un tal Cereceda, previendo lo que iba a ocurrir cuando el gobernador prendió a Balboa, decidieron pasar a la metrópoli y solicitar permiso para buscar las Molucas. No tuvieron suerte en sus gestiones; pero tropezaron con Gil González de Avila, hidalgo y protegido de Fonseca, que aceptó los planes y propuestas de aquéllos.

Poco antes de que esta compañía de cuatro socios salieran para Centroamérica había zarpado con el mismo destino don Lope de Sosa, con orden de sustituir a Pedrarias en la gobernación de Castilla del Oro. Sosa murió al desembarcar, y, cuando los asociados llegan, se encuentran con que Pedrarias seguía siendo gobernador. Gil González llevaba documentos del rey para que el gobernador Pedrarias le diera los navíos, que habían sido de Balboa; pero Pedrarias se negó, y Avila tuvo que construir otros. Pedrarias entorpecía la tarea de aquéllos porque "le parescía que demás de ser verguenza suya yr a su gobernación a armar otro, con licencia del Rey, le era gran cargo e ofensa, e se apocaba su crédito" (Oviedo). Sin embargo, cedió y acabó ayudándole.

En los primeros días de 1522 salía Gil González de la isla de las Perlas hacia el Norte. Averías tenidas en las naves le obligaron a tomar tierra, y mientras llegaba el material para reparar las roturas se internó, cruzando parte de la actual Costa Rica hasta llegar a Nicaragua. De aquí regresó a la costa, arribando al *golfo de San Vicente* –hoy bahía de Caldera–, donde le esperaba Niño con los navíos reparados.

La idea que impulsaba a Avila era la de hallar un estrecho. Por ello, determinó seguir costeando; pero sus subordinados protestaron y le exigieron la exploración por tierra, alegando que así podían adquirir riquezas. Obligado, tuvo que plegarse a lo pedido. Andrés Niño prosiguió por la costa, mientras que Avila se adentró hasta llegar a las tierras del cacique *Nicoya*. Después de convertir a este reyezuelo siguió hasta las tierras de otro cacique llamado *Nicarao*, que también se convirtió. Nicarao –nos cuenta Gómara– hizo interesantes preguntas a los cristianos. Era curioso y, con insistencia y sin cansarse, interrogó a Avila por la "causa de la oscuridad de las noches y del frío, tachando a la naturaleza, que no hacía siempre claro y calor, pues era mejor; qué honra y gracias se debían al Dios trino de los cristianos... Dónde debían de estar las almas y qué habían de hacer una vez fuera del cuerpo... Si moría el Santo Padre... Para qué tan pocos hombres querían tanto oro como buscaban..." Como vemos, el tal Nicarao no era tonto, e inquiría, inspirado por el contenido del Requerimiento que seguramente le habían leído traducido. Gil González y los suyos, escribe Gómara, "estuvieron atentos y maravillados oyendo tales preguntas y palabras a un hombre medio desnudo, bárbaro y sin letras".

Continuando rumbo al Norte, encontró el *golfo de Chorotega*, que llamó de *Fonseca*. Desde él, y librando batallas, llegó otra vez al golfo de San Vicente, en el que le aguardaba la flota. Desde este punto inició el regreso a Panamá, en donde entró en junio de 1523. De Panamá

zarpa para Santo Domingo en busca de refuerzos. Entretanto, Cereceda navegaba hacia la metrópoli con regalos y en busca del permiso real para buscar el estrecho.

En 1524 toca de nuevo Gil González en las playas de Honduras –"Puerto Caballos", hoy puerto Cortés–, funda *San Gil de Buena Vista* y se adentra en la tierra.

Mientras, Pedrarias, receloso de Avila, equipa una expedición que pone bajo el mando de Francisco Hernández de Córdoba –nada tiene que ver este Hernández de Córdoba con el homónimo que acompaña a Antón de Alaminos en 1518, descubriendo México–, y que lleva entre los capitanes de ella a Hernando de Soto. De Córdoba portaba órdenes de entrar en Nicaragua y ocupar todo lo que había visitado Gil González Avila. Para ello alegaba Pedrarias la prioridad en el descubrimiento –expedición de Hernán Ponce en 1516–. Hernández de Córdoba cumplió fielmente las instrucciones recibidas. Comenzó a internarse, y en 1524, cerca de la actual Puntarenas, fundó la villa de *Bruselas,* primera población española establecida en Costa Rica y dos veces destruida por los mismos conquistadores. A orillas del lago de Nicaragua fundó la ciudad de *Granada;* luego estableció *León la Vieja.* De Nicaragua avanzó hacia Honduras, donde tropezó con las huestes de Gil González. Mediante una añagaza logró el de Avila vencerlo. Inmediatamente tuvo que salir hacia puerto Caballos, pues le habían informado de que otra expedición de españoles se aproximaba.

B) IRRUPCIÓN DESDE MÉXICO.–El deseo por hallar un paso o estrecho entre los dos océanos, igual que la gesta de Panamá, obligó a Hernán Cortés a enviar en diciembre de 1523 a Pedro de Alvarado Contreras con rumbo a *Guatemala,* y a Cristóbal de Olid, en enero de 1524, con dirección a las *Hibueras* (Honduras). Dejemos marchar a Alvarado, que iba por tierra, y sigamos a Olid, cuya expedición marcha por mar. De Olid decía Bernal: "Si fuera tan sabio y prudente como era de esforzado y valiente por su persona ansí a pie y a caballo, fuera extremado varón; mas no era para mandar, sino para ser mandado...; y era de edad de hasta de treinta y seis años, y natural de cerca de Baeza o Linares; y su presencia y altor era de buen cuerpo, muy membrudo y grande espalda, bien entallado e era algo rubio e tenía muy buena presencia en el rostro y traía en el bezo de abajo siempre como hendido a manera de grieta. En la plática hablaba algo gorda y espantosa, y era de buena conversación, y tenía otras buenas condiciones de ser franco." Tal el hombre que traicionaría a su jefe y amigo.

De Veracruz zarparon los navíos de Olid hacia La Habana por orden de Cortés. Gran error de éste, pues su subordinado se entendió con Diego de Velázquez, pactando repartirse las ganancias y conquistar Honduras. El 3 de mayo fondeaba Olid cerca de Puerto Caballos, en un lugar que denominó *Triunfo de la Cruz,* por la festividad del día –cerca del actual puerto de Tecla–. Mientras esperaba la ocasión para rebelarse públicamente contra Cortés, se dedicó a explorar la región. Pero a México habían llegado noticias de Cuba comunicando su traición. Para castigarle dispuso Cortés la salida inmediata de otra armada dirigida por su primo Francisco de las Casas.

La llegada de Las Casas a Honduras fue tan desastrosa –naufragó–, que fácilmente cayó en manos de Olid. Pero entonces se le presentó al rebelde otro rival: Gil González. Enlazamos ya, pues, con los acontecimientos relativos a la derrota de la gente de Pedrarias capitaneada por Hernández de Córdoba y Hernando de Soto.

Olid, vencedor del enviado de Cortés, se halla frente a Gil González, vencedor del representante de Pedrarias. Con astucia pudo capturar Olid a su nuevo enemigo. Dos prisioneros había en sus manos; dos prisioneros que no eran tales si atendemos el trato que Olid les daba, pues éste les sentaba a su mesa. La unión hace la fuerza, y Avila y Las Casas se confabulan para eliminar a Olid. Una noche en *Naco,* después de cenar, y mientras charlaban, los dos conjurados casi asesinaron a Olid. Luego le formaron proceso y lo ajusticiaron (16 de enero de 1525). Los dos capitanes homicidas abandonaron en seguida el territorio y se dirigieron a México. Gil González ordenó a los colonos, antes de partir, que fundaran la ciudad de *Trujillo* en el mismo lugar donde Colón en 1502 había dispuesto celebrar la primera misa en América Central (25 de mayo de 1525).

Apenas había salido Las Casas de México enviado por Cortés a sofocar la rebelión de Olid, cuando el mismo gobernador de Nueva España decide ir en persona a castigar al sedicioso. Decisión fatal y falta de política, pues abandonaba su alto cargo de gobernador general para ponerse a la altura de un subordinado rebelde. No vale su razón a Carlos I: "Me pareció que ya había mucho tiempo que mi persona estaba ociosa." Otro error fue dirigirse por tierra. Ello lo hizo pensando que Alvarado estaría en Guatemala, y que con los mapas indígenas podría guiarse. Ignoraba la tremenda naturaleza que se le iba a oponer como barrera infranqueable. Bosques, ciénagas, ríos, indígenas, etc., se interponían en su derrotero. Es difícil hoy seguir la ruta de aquel ejército florido, lleno de elegancia y comodidad, que el 12 de octubre de

1524 se puso en marcha desde la ciudad de México. No faltaba un detalle en la flamante expedición. *Cuauhtémoc*, el rey de *Tacuba*, el rey de *Texcoco* y la misma Marina marchaban en el cortejo. A Marina la casó en el pueblo de *Ostoctipac* (Orizaba) con el capitán Juan Jaramillo. A los personajes reales mexicanos los ajustició en el pueblo de *Izancanaz*, acusados de conspiración.

Después de miles penurias, que acabaron con la fisonomía risueña de aquella expedición, llegaron a una localidad llamada *Taniha*, donde le informaron que por los contornos había españoles. De allí se desplazaron a *Nito*, cerca de *San Gil de Buena Vista*, donde se enteraron de los sucesos acaecidos entre Olid, Las Casas y Gil González. Ninguno de ellos estaba allí para darles cuenta de los hechos. Uno estaba bien muerto, los otros dos habíanse ido a México...

Cortés, en lugar de regresar inmediatamente, se dedicó a descansar y luego a explorar el *golfo Dulce*. Tenía intenciones de proseguir explorando en Honduras; la llegada de noticias graves sobre los acontecimientos de México le inclinaron a regresar después de mucho meditarlo. Tres veces la furia del mar le obligó a retornar a la costa, por lo que acabó quedándose en Honduras, después de remitir plenos poderes a su pariente Francisco de las Casas.

Su salud había quedado maltrecha, y en un año había envejecido notablemente. No obstante, el afán explorador, de saber "secretos", no le abandonaba. Había llegado a ponerse de acuerdo con Hernández de Córdoba, el delegado de Pedrarias, para penetrar en Nicaragua. Pero apenas había preparado el viaje, cuando llegó un barco de Nueva España con nuevas de tal gravedad que, sin prepararse, se hizo a la mar rumbo a Veracruz vía La Habana. Era el 25 de abril de 1526. El ejército lo envió por tierra al mando de Luis Marín. Antes había mandado buscar a Pedro de Alvarado. Al retirarse nombró como gobernador de Honduras a Hernando de Saavedra, que dejó paso a Diego López de Salcedo, nombrado por el rey.

5. Continuación de la corriente conquistadora panameña

Parte de los actores de la conquista de la zona que examinamos se habían alejado del teatro de operaciones. La corriente de expansión procedente de méxico se había quedado sin capitanes; sólo permanecía Alvarado en las tierras de Guatemala y El Salvador, y cuya completa actuación hasta conectar con los hombres de ahora veremos más ade-

lante. Sin embargo, la proyección desde Panamá proseguía como vamos a comprobar.

Pocos días después de la partida de Las Casas y Gil González llegó a Honduras un representante –Pedro Moreno– de la Audiencia dominicana, con el fin de pacificar los pueblos de aquella zona y lograr que Hernández de Córdoba dejase la conquista a Gil González. Moreno, olvidando las instrucciones que traía, aconsejó a Córdoba que se sublevara contra Pedrarias y solicitara del rey el gobierno de la provincia. Accedió Hernández de Córdoba a las sugerencias del oficial de la Audiencia; pero se encontró con que su hueste no era partidaria de tal rebelión. Hernando de Soto, por ejemplo, se opuso enérgicamente, siendo reducido a prisión con otros. Para calmar los ánimos, Córdoba remitió a Honduras un delegado en busca de Moreno, emisario que fue apresado por gente de Cortés que se movía ya por aquellas tierras. Enterado Hernán Cortés de lo que sucedía, manifestó que estaba dispuesto a prestar ayuda a Córdoba. Iban a cuajar las negociaciones cuando llegaron las malas noticias de México, que apresuraron el regreso de Cortés y cortaron las conversaciones. Quedaba sólo Hernández de Córdoba.

Hernando de Soto, que había logrado ser liberado de la prisión, se dirigió a Panamá y comunicó a Pedrarias lo que pasaba con Hernández de Córdoba. Inmediatamente Pedrarias, "el gran Justador", embarcó en enero de 1526 hacia Nicaragua, para, como Hernán Cortés, castigar a su capitán rebelde. En la ciudad de Granada era apresado Córdoba, y en la de León sucumbía ajusticiado el mes de julio.

Alegando Pedrarias que la provincia de Nicaragua era dependencia de Castilla del Oro, se hizo cargo de su gobierno. Luego intentó apoderarse de Honduras; pero esta parte contaba ya con un gobernador en la persona de Diego López de Salcedo, que, a su vez, ambicionaba el mando de Nicaragua. Gobernación que realmente correspondía a Gil González Avila.

Tenemos, pues, a Pedrarias Dávila, gobernador de Castilla del Oro, y a López de Salcedo, gobernador de Honduras, disputándose el gobierno de Nicaragua. La lucha era inminente. Mas entonces arriba a Panamá un nuevo personaje: Pedro de los Ríos, sustituto de Pedrarias en la gobernación. El viejo gobernador tiene que regresar; puesto en contacto con Ríos, no le cuesta mucho trabajo convencerlo para que se anexione el mando de Nicaragua, en contra de las pretensiones de Salcedo.

Convencido por Pedrarias, sale Ríos para Nicaragua; una vez en

Pedro de Alvarado, *compañero de Cortes y conquistador de Guatemala y otras zonas de América Central, que mereció ser conocido por los aztecas como* tonatiu *(el sol).*

ella se repliega y deja sitio libre al cruel Salcedo, que sembraba el terror entre españoles e indios. La situación era insoportable, y tanto los colonizadores como Pedrarias pidieron al rey un gobernador propio para Nicaragua. Correspondía el cargo a Gil González Avila, que había muerto en la metrópoli, por lo que le fue fácil a Pedrarias obtenerlo por una Real cédula dada en 1527.

Al saberse en León el nuevo nombramiento, la población se amotinó y apresó a López de Salcedo, que intentaba oponerse a Pedrarias. Entrevistados los dos gobernadores, llegaron a un acuerdo en cuanto a límites de sus jurisdicciones tras siete meses de discusiones.

De la gobernación de Pedrarias Dávila en Nicaragua resaltan las crueldades cometidas. Mas todo no es negativo en su mando; a él se debe la introducción del ganado y simientes, el descubrimiento del río San Juan o Desaguadero por su capitán Martin Estete y el reconocimiento del reino de Cuzcatlán (San Salvador), donde tropezó con la gente de Guatemala. La muerte de Pedrarias en 1531, a los noventa años de edad, cancela la conquista de Nicaragua.

6. Hacia la tierra del Quetzal

Y ahora ya podemos fijarnos en Pedro de Alvarado y en el origen de su marcha sobre Guatemala.

Unos mensajes amistosos, llegados desde Guatemala, ofrecieron vasallaje a Cortés. Eran los *cakchiqueles* de *Ixinché* o *Quauthemallan* (lugar de árboles), los que, en oposición a los *quichés* de *Utatlán*, brindaron buena amistad a los hispanos de México.

Cortés comisionó a Pedro de Alvarado con el fin de que realizara la conquista de Guatemala; pero algo imprevisto demoró la partida, y desplazó a las tropas de Alvarado y su jefe a otro campo de batalla. Fue ello la aparición, por tierras del *Pánuco*, del gobernador de Jamaica, Francisco de Garay. Cortés había anexionado ya tal región, a la cual ahora aspiraba igualmente Garay, respaldado por despachos reales. Apenas pudo entrar en contacto la hueste de Alvarado con la de Garay, ya que en un barco arribó una real cédula excluyendo al gobernador jamaicano de la jurisdicción del Pánuco. Zanjadas estas diferencias da principio a la vida plena, como jefe único, de Pedro de Alvarado. Va a dejar de ser un subordiado más de la hueste cortesiana para transformarse en todo un jefe. Comienza la segunda fase de sus actuaciones. Hasta ahora su campo de acción ha sido Península-

Antillas-México; ahora será América Central-Perú-México. También recalará por la Península; pero será de paso, por así decirlo. Se va a transformar en don Pedro de Alvarado.

En el lugar de la Secadura, merindad de Trasmiera, provincia de Santander, tuvo su cuna la familia Alvarado. De ella, un ramal se trasladó a Extremadura (Badajoz), donde Gómez de Alvarado casó, en segundas nupcias, con doña Leonor de Contreras, de la que tuvo dos gemelos: Pedro y Sára, y a Jorge, Gonzalo, Gómez y Juan.

Hemos de lamentarnos al no conocer casi nada, por no decir nada, de sus años mozos. Sabemos, sí, de sus dotes como equilibrista, pues, al decir de Garcilaso Inca, fue quien subió a la Giralda, en vísperas de zarpar para las Indias, e hizo una pirueta circense en el extremo de una viga que salía al exterior de la famosa torre. Y sabemos también cómo era físicamente: "De muy buen cuerpo y bien proporcionado, e tenía el rostro e cara muy alegre, e en el mirar muy amoroso, e por ser tan agraciado le pusieron los indios mexicanos por nombre Tonatio, que quiere decir el Sol; era muy suelto e buen jinete, y sobre todo ser franco y de buena conversación, y en el vestirse era muy polido y con ropas costosas e ricas; e traía al cuello una cadenita de oro con un joyel e un canillo con buen diamante." Lo dice Bernal Díaz, su compañero.

Claro que no siempre iría así en su atuendo; pero sí siempre mostraría el carácter que se nos pinta, y que López de Gómara, otro cronista, que no estuvo en Indias, completa escribiendo: "Era un hombre suelto, alegre y muy hablador, vicio de mentirosos."

México. Diciembre de 1523. Lo que pasó el día 6 de ese mes y año nos lo cuenta Hernán Cortés: "Le despaché de esta ciudad –a Pedro de Alvarado– a seis días del mes de diciembre de 1523 años; y llevó ciento veinte de a caballo; en que, con las dobladuras que lleva, lleva ciento y sesenta caballos y trescientos peones..." Con estas fuerzas hispanas, que manda Alvarado, iban tropas indígenas auxiliares de mexicanos, culúas y tlaxcaltecas, las cuales tomarían parte activa en la conquista y poblarían las nuevas tierras incorporadas. Entre los españoles figuraban los hermanos del capitán, Jorge, Gonzalo y Gómez; sus primos Hernando y Diego; don Pedro Portocarrero, brazo derecho; dos clérigos, el padre Juan Díaz y el padre Juan Godínez. Los dos sacerdotes iban como capellanes de guerra y como evangelizadores. Los clérigos intervendrían en la medida que hemos referido y como consejeros de los capitanes.

En la lámina 74 del *Lienzo del Tlaxcala* aparece perfectamente di-

bujada la expedición de Alvarado rumbo a *Soconusco*. Pero es en el *Códice Baranda*, del Museo Nacional de México, donde se ve con más detalles al "hijo del sol" en compañía de su hueste.

En el primer encuentro que las tropas representadas en estos primitivos dibujos tuvieron con los naturales de Soconusco, obtuvieron una amplia victoria. Fue en *Tonalá*. Hay historiadores que desmienten este choque armado de Soconusco. Afirman que los hispanos y aliados fueron recibidos de paz y que allí Alvarado se apoyó para la invasión del *Quiché*. Este territorio se extendía a lo largo de la costa del Pacífico, y sobre él se lanzaron los españoles el 13 de febrero, a través de tierras fragosas y boscosas.

Los derrotados quichés –si es que lo fueron– no se arredraron por el fracaso. Tampoco les acobardó los funestos vaticinios que sus sacerdotes les hicieron. A la sazón gobernaban el reino quiché los señores *Oxib-Queh y Beleheb-Tzii;* el primero actuaba como soberano, o *Ahau-Ahpop*, y el segundo era su adjunto o coadjutor con el título de *Ahpop-Camhá*. Dos dignatarios más completaban el gobierno, uno de ellos era el caudillo *Tecum Umán* (el anciano), con el título de *Nim Chocoh Cavek* o *Gran Elegido del Cavek*. A él le correspondía el mando supremo de las fuerzas quichés y hacer frente a Pedro de Alvarado, que se acercaba.

En *Churi-Mepená* (Totonicapán) el jefe militar quiché agrupó a los contingentes enviados por los caciques aliados y feudatarios. De la capital del reino quiché, *Utatlán*, salió el ejército indígena en busca de los españoles.

Alvarado, después de los primeros encuentros, siguió por *Xuchipetec*, cuya provincia invade y derrota a los indígenas en *Zapotitlán*. Pacificados los indios de Zapotitlán, los hispanos se dedicaron a "correr la tierra" por dos días, al cabo de los cuales decidieron internarse hacia los centros más poblados del territorio quiché. La marcha la emprendieron el 19 de febrero, rumbo al Norte, ascendiendo la pendiente ribera del río *Samalá*.

De allí prosiguieron a *Tzakana*, entrando en esta ciudad tras ardua lucha. Batalla que recibió el nombre de *Quetzaltenango* (recinto amurallado de Quetzales), nombre que las tropas aliadas mexicanas dieron a Tzakana al pie del volcán *Santa María*.

Pocos días después el ejército castellano tuvo una fuerte colisión con las tropas de *Tecun-Umán;* combate reñido, pero negativo para los indios, que perdieron a su caudillo (batalla de *Xelauhu* para unos, y de *Pachah* para otros). Hoy estos llanos, escenario de la batalla, se

conocen con su equivalente español de *El Pinar*. La historiografía de ambos bandos no difiere en la narración de la lucha. El cronista indígena introduce el elemento fantástico contando que Tecun-Umán se convirtió en águila cubierto de plumas de quetzal y con tres coronas de pedrerías, alzó el vuelo y cayó sobre el capitán hispano, errando el tiro y matando sólo al caballo. Visto esto alzó por segunda vez el vuelo y se precipitó sobre Alvarado; pero éste le aguardó con su lanza enhiesta y lo atravesó de parte a parte, dándole muerte. Este y otros episodios legendarios se formaron en torno a la batalla de El Pinar, trascendiendo a las historias. La derrota produjo en Utatlán una penosa impresión. Los jefes reconocieron que toda resistencia armada era inútil, y que sólo la astucia y engaño podían eliminar al intruso. El plan consistía en invitar a los españoles a que entraran en su capital, y ya dentro quemarlos con ella. Informado Alvarado de la traición, no accedió a entrar, vivaquea en las afueras y decide arrasar la ciudad como castigo. "E como conocí de ellos –escribe a Cortés– tener mala voluntad al servicio de S. M., y para el bien y sosiego desta tierra, yo los quemé e mandé quemar la ciudad y poner por los cimientos porque es tan peligrosa y fuerte que más parece casa de ladrones que no de pobladores." Así, con esta frialdad con que escribe, realizó su designio y eliminó al más poderoso y civilizado imperio de Centroamérica. Los reyes del Quiché fueron quemados el día 4 *Qat*, según el calendario indígena, correspondiente al lunes 7 de marzo de 1524. Siguió la destrucción de la ciudad. Constituye este episodio el más doloroso de la conquista. La historiografía india silencia el hecho, y sólo el *Popol Vuh*, especie de Biblia indígena, termina la narración de las glorias pasadas con el siguiente lamento: "Así pues, se han acabado todos los del Quiché, que se llama Santa Cruz". La conducta de Alvarado se explica si recordamos su experiencia de Cholula, su continua desconfianza y, por tanto, su táctica de adelantarse a los designios del enemigo astuto. Como Cortés en México y como Pizarro en el Perú, comprendió la necesidad de mantener, aunque sólo fuera una pantomima, el poder indígena, y puso al frente del reino Quiché a dos hijos de los jefes recién muertos, es decir, lo que llamaríamos "un gobierno títere".

Mientras los representantes de un reino morían, el hombre que había ordenado su ejecución veía nacer en tierra quiché a una hija de su mujer tlaxcalteca, doña Luisa Xicontecatl.

Cuatro mensajeros envió Alvarado a los señores de *Atitlán* ofreciéndoles la paz; pero éstos se limitaron a matar a los enviados. A mil kilómetros de México, Alvarado temía por su situación. En carta a

Cortés le rogaba hiciese procesiones para que Dios le diera la victoria, y le pedía herrajes para los caballos. Le anunciaba que el mismo día, lunes 11 de abril de 1524, salía para Guatemala, la *Quauhtemallan* azteca, que los cakchiqueles llamaban *Iximché.*

Los hispanos abandonaron Utatlán el día citado, y subiendo por la cordillera que atraviesa el país llegaron el día 13 a la capital cakchiquel. El analista indígena dice que "los reyes Belehé-Qat y Cahí-Imox salieron al punto a encontrar a Tunatiuh. El corazón de Tunatiuh estaba bien dispuesto para con los reyes... No había habido lucha, y Tunatiuh estaba contento cuando llegó a Iximchée... De esta manera llegaron antaño los castellanos, ioh hijos míos! En verdad, infundían miedo cuando llegaron. Sus caras eran extrañas. Los señores los tomaron por dioses. Nosotros mismos, vuestro padre, fuimos a verles cuando entraron en Iximchée" *(Anales de los Cakchiqueles.)*

En su segunda carta a Cortés, Alvarado escribe: "Fui muy bien recibido de los señores de ella (Iximché), que no pudiera ser más en casa de nuestros padres; y fuimos tan proveído de todo lo necesario que ninguna cosa hubo falta." Con tan magnífica predisposición, el caudillo hispano preguntó a los reyes cuáles eran sus enemigos. "Dos son nuestros enemigos, ioh Dios!, los zutujiles y los de Panatacat." *(Escuintlan.)* A la respuesta siguieron indicaciones sobre la situación de tales pueblos y, lógicamente, la marcha guerrera sobre ellos. Fue a los cinco días de haber llegado a la capital cakchiquel. El día 7 Camey (18 de abril) fueron destrozados los *zutujiles* de Atitlán por Tunatiuh.

A esta sumisión siguió la del pueblo de *Izcuintepeque.* Por sorpresa fue tomado y destruido. Como prueba del legalismo del momento, vale la pena hacer mención que esta dominación por sorpresa, sin previo requerimiento, fue uno de los cargos que en 1529 se le hicieron a Pedro de Alvarado. Y el mismo Bernal Díaz escribe sobre el particular: "Y sin ser sentidos da una mañana en ellos, en que hizo mucho daño y presa, y valiera más que así no lo hiciera sino conforme a justicia, que fué muy mal hecho y no conforme a lo que mandó Su Majestad."

7. La empresa de Cuzcatlán

Concluida esta parte de la campaña, prosiguió por la costa del Pacífico hasta penetrar en el actual El Salvador por *Sonsonate;* siguió la línea del litoral hasta *Chaparrastique* (San Miguel). En *Acajutla* fue

herido en un muslo, quedando ya cojo para siempre. Tranquilamente se lo escribe a Cortés: "Aquí, en este reencuentro, me hirieron muchos españoles, y a mí con ellos, que me dieron un flechazo que me pasaron la pierna, y entró la flecha por la silla, de la cual herida quedé lisiado, que me quedó la una pierna más corta que la otra bien cuatro dedos..." La resistencia que encontraba era enorme, y el invierno se le echaba encima. Después de ocupar Cuzcatlán regresó a Iximché bajo las lluvias torrenciales del trópico, que le impedían las operaciones. Una vez en la capital cakchiquel acuerda fundar la *Villa de Santiago de los Caballeros de Guatemala* (25 de julio de 1524), más tarde trasladada al valle de *Almalonga* (1527) y luego al valle de *Panechoy* (1542).

Siete meses y diecinueve días hacía que habían abandonado México y ya en ese entonces había reconocido la tierra hasta los confines de *Cuzcatlán* (El Salvador), y dominado a las monarquías de los Quiché, Cakchiqueles y Tzutchiles o zutujiles, en una campaña relámpago que culminaba con la fundación de una capital base, sede de futuras expansiones y conquistas. Fray Antonio de Remesal hace una brillante descripción del acto fundacional sirviéndose de los pocos documentos que halló en su época y de su imaginación. *(Historia de la provincia de San Vicente de Chiapas y Guatemala.)*

Creyendo terminada la conquista, las tropas aculhuas o culúas y mexicanas emprendieron el regreso, dejando a Pedro de Alvarado en Iximché. El capitán español quedaba sintiendo cierta decepción por lo infructuosa que había sido la campaña de Cuzcatlán. Apenas habían recogido riquezas. Injustamente, olvidando la prestación hecha por los cakchiqueles, impuso a éstos un fuerte tributo en oro entregable en plazo fijo. Las exigencias de Alvarado motivaron la rebelión. El pueblo cakchiquel se alzó y sus reyes, *Cahi'Imox* y *Belehé-Qat*, abandonaron la capital para no sufrir la muerte. Conociendo, como conocían ya, la táctica hispana de lucha, los soliviantados pudieron hacer frente con éxito a la campaña represiva.

La disminución de tropas hizo que Alvarado suspendiera el castigo de los rebeldes y abandonara Iximché, retirándose a *Xepau*, lugar que los mexicanos llamaron *Olintepeque*, unos kilómetros al norte de Quetzaltenango.

Parece ser que en noviembre de 1524 don Diego de Alvarado, hermano del adelantado, volvió a Cuzcatlán al mando de una expedición y fundó la villa de *San Salvador*, en el paraje de la *Bermuda*, luego trasladada a su sitio actual. En 1526 debía estar el reino pacificado,

pues cuando Alvarado recibió cartas de Cortés ordenándole se trasladara a Honduras cruzó por El Salvador.

Por el mismo tiempo tenía lugar el asalto a la fortaleza de *Mixco*. Este mismo año de 1525 se llevó a cabo la conquista del territorio de los indios *mames*, situado entre el reino Quiché en Chiapas, bajo la dirección de Gonzalo Alvarado. Asimismo, y bajo el mando de Pedro de Alvarado, se verificó una expedición a los indios *lacandones*, que los caudalosos ríos y las selvas espesas frustró, cortándoles el paso.

Cinco años iba a durar la rebelión de los reyes cakchiqueles. Fue en mayo de 1530 cuando depusieron su actitud hostil, y se avinieron a someterse y pagar tributo.

En ese lustro tuvo lugar el viaje a Honduras por indicación de Cortés, que había venido de México a castigar al rebelde Cristóbal de Olid. En los primeros días de febrero de 1526, después de dejar el mando en su hermano Gonzalo, abandonó Alvarado el territorio. Un grupo de sesenta soldados desertaron, creyendo inútil la expedición, y procesaron a Alvarado, ejecutándolo en efigie. Este, mientras, dejaba atrás las tierras de Cuzcatlán y se internaba en Honduras hasta llegar a *Choluteca*, donde se topó con el capitán Luis Marín. Ambas huestes confraternizaron y se contaron las mutuas hazañas y penalidades. A Alvarado le supo bien saber que Cortés se había ya embarcado rumbo a México, donde las cosas no marchaban bien y donde se le suponía muerto.

Unidas las tropas de Marín con las de Alvarado iniciaron el regreso a Guatemala. No sabían que la rebelión general les aguardaba. En efecto: quizá por desmanes de Gonzalo de Alvarado, los cakchiqueles, ya alzados, habían propagado la rebeldía a Cuzcatlán. Desde estos días de 1526, en que la estación lluviosa casi impedía el tránsito de los guerreros, hasta mayo de 1530, Pedro de Alvarado tuvo tiempo para ir a España y casarse con doña Francisca de la Cueva, considerando, seguramente, irregular su matrimonio con la princesa tlaxcalteca Luisa Xicontécatl. Así ganó el apoyo del secretario del Consejo, Francisco de los Cobos, pariente de la familia Cueva. Tuvo tiempo también para obtener el hábito de Santiago en grado de comendador y el título de gobernador y capitán general de Guatemala (diciembre de 1527), con jurisdicción sobre tierras que afectaban a las que otro adelantado tenía concedidas: a Yucatán. Cuando regresó de España pasó por Mexico, donde enterró a su esposa, muerta por los sufrimientos del viaje. A esta amargura íntima se unió la que le produjo el proceso que se le abrió en México por Nuño de Guzmán, presidente de la primera Au-

diencia mexicana. El anuncio del retorno de Cortés como capitán general y de la segunda Audiencia acabó con los sinsabores de Alvarado, que el 11 de abril de 1530 pudo presentarse ante el Cabildo guatemalteco. Toda la tierra estaba ya completamente pacificada, y los indios que habían resistido tenazmente "bajo los árboles, bajo los bejucos", llegaron hasta el capitán hispano y le ofrecieron la plena sumisión.

El adelantado Alvarado tenía aún que ir hasta el Perú, como veremos allí, y hasta Nueva Galicia, donde había de morir.

8. Fin de la conquista hondureña

En 1530 muere Salcedo, gobernador de Honduras, y le sucede interinamente el contador Andrés de Cereceda. La población de Trujillo comenzó a vivir días luctuosos por la revuelta armada entre los conquistadores. La anarquía imperaba libremente. En 1532 llega el gobernador Diego de Albítez, designado por el rey. Inicia su mandato con tan mala suerte, que a los pocos días se muere. Cereceda vuelve a hacerse cargo del mando y encamina todos sus esfuerzos a sacar a flote la población de Trujillo, hundida en la miseria. En una última determinación decide abandonarla y fundar otro pueblo en el valle de Naco, que se llama *Buena Vista* (1534). Los pobladores se dividieron en dos bandos: unos fueron a la nueva villa, otros quedaron en Trujillo. Los primeros ofrecieron la jefatura de la gobernación de Honduras a Pedro de Alvarado, creyendo que estaba en Guatemala –había salido para el Perú en 1534, de donde regresa en 1535–. Los segundos se dirigieron al rey, rogándole designara un nuevo gobernador.

En Guatemala, y durante la ausencia del adelantado, gobernaba su hermano Jorge. Este, ante el requerimiento de los vecinos de Buena Vista, envía a su capitán Cristóbal de la Cueva, que fundó la actual Choluteca con el nombre de *Jerez de la Frontera de la Choluteca* (1534). Pero no será hasta 1536 cuando don Pedro de Alvarado se haga cargo de la gobernación de Honduras por entrega formal de Cereceda. Como siempre, Alvarado continuó fundando pueblos *(San Pedro de Sula, Gracias)* y ensanchó las conquistas por Occidente y Sur. Hechas estas fundaciones y ampliaciones partió para el Perú a cosechar fracasos, según veremos en el capítulo siguiente (1534). Obligado por Pizarro retornó a Guatemala solo, el 20 de abril de 1535, con intenciones de partir para España a exigir satisfacción por los agravios recibidos en el Perú. Una vez más el Cabildo de Santiago de Guatemala

opinó que no debía abandonar la gobernación y le amenazó con quejarse al rey.

Acató los consejos y se doblegó a las amenazas; sin embargo, en su imaginación bullía el plan de ir a la Especiería. El adelantado soñaba con esto, y proponía al rey hacer los barcos en España, mientras que la Audiencia de México, enterada de su regreso del Perú, remitía a un oidor con el fin de tomarle cuentas. El licenciado Alonso de Maldonado, que tal era el oidor, abrió juicio de residencia, que duró cincuenta días, y arrojó un saldo nulo. Al final se le autoriza a partir para España, viaje que tenía ya proyectado.

El 27 de julio de 1536, desde Puerto Caballos, el adelantado se despedía del Cabildo y les decía: "No voy muy rico de dineros porque doné los que gané, que es en servicio de S. M., los he gastado, y no pienso ante Su Magestad negociar sino con mis servicios."

Por aquellos meses aparecía en Guatemala el fraile dominico Bartolomé de las Casas, y pocos días después de embarcarse Alvarado llegaron cartas de Francisco Pizarro rogándole pasara al Perú a prestarle ayuda.

Al traspasar Cereceda la gobernación de Honduras a Pedro de Alvarado se había excedido en sus atribuciones. La gobernación correspondía al adelantado de Yucatán, Francisco de Montejo, quien desde México remitió un representante.

En 1539 regresa Alvarado de su segundo viaje a España como gobernador de Guatemala. En Gracias se entrevistó con Montejo, y acordaron que Montejo cediera la gobernación de Honduras a cambio de la de Chiapas. El rey aprobó el contrato, y Honduras pasó a depender de Guatemala. A Alvarado le interesaba la unión de las gobernaciones hondureña y guatemalteca por su vecindad y "por el puerto de Caballos, que es el más cercano que ella tiene", según cuenta en carta fechada el 4 de agosto de 1539. La verdad es que Honduras no le ofrecía riquezas, pero sí seguridad por aquella parte y una salida al Atlántico que le facilitaba la comunicación con España.

El trato cerrado se había efectuado al regresar Alvarado por segunda vez a Indias, ahora casado con doña Beatriz de la Cueva, hermana de la anterior. De aquí Alvarado iría al encuentro de la muerte en Nueva Galicia. (Véase el capítulo "Dilatación de la Nueva España.")

9. Vázquez de Coronado y otros en Costa Rica

A) LOS PRIMEROS CONQUISTADORES.–En la corriente de penetración que va de Panamá hacia el Norte hemos visto cómo Gil González Avila, Hernández de Córdoba y Martín Estete exploran el territorio de la actual Costa Rica.

Pero, en toda regla, no se da principio a la conquista de aquellas tierras hasta después de fundarse la Audiencia de Panamá, en 1537. Es Costa Rica, pues, el último territorio de América Central anexionado. Para distinguirlo del territorio de Veragua, los españoles de Panamá y de Nicaragua llamaron *Costa Rica* a esta zona, cuya conquista vamos a examinar. El toponímico lo atribuye la leyenda a Colón.

Fue en 1539 cuando la Audiencia de Panamá, utilizando por primera vez oficialmente el nombre de Costa Rica, designó a Hernán Sánchez de Badajoz, adelantado y mariscal de esta parte, autorizándole a efectuar su incorporación. Esto no lo vio bien el gobernador de Nicaragua –Rodrigo de Contreras–, y alegó que él tenía derechos sobre el territorio. Al chocar los dos capitanes, triunfó Contreras. Mas faltaba el criterio de la Corte. Y el rey desaprobó el nombramiento hecho por la Audiencia a favor de Hernán Sánchez, y eliminó a Contreras, concediendo facultad para conquistar Costa Rica al madrileño Diego Gutiérrez. Tanto éste como los otros dos capitanes, no sólo penetraron en el territorio, sino que fueron elevando poblaciones: *Badajoz, San Marcos, Santiago, San Francisco*, etc.

Diego Gutiérrez muere a mano de los indígenas. Sólo quedaba en poder de los españoles el territorio de *Nicoya*.

Desaparecido Diego Gutiérrez, la Audiencia de los Confines o de Guatemala faculta en 1560 al licenciado Juan de Cavallón, hombre pobre, para la conquista de Costa Rica. Cavallón, que había sido alcalde mayor de Nicaragua, recibe de nuevo este cargo para que desde allí inicie la penetración. La falta de dinero que padece la solventa asociándose al rico clérigo Juan de Estrada Rávago, que recibe el título de vicario general de Costa Rica.

Con el fin de establecer exploraciones tanto en la cara atlántica como pacífica del territorio a conquistar, la expedición se dividió en dos columnas, al mando del clérigo y del licenciado. El cura tuvo mala suerte, y se retiró a Nicaragua; pero Cavallón penetró desde el Pacífico con fortuna y fundó *Garcimuñoz* en recuerdo de su patria chica, y *Los Reyes* que, sin duda, es el también llamado puerto de *Landecho* (1561). Al concluir el año el Lic. Cavallón decidió abandonar la

empresa al saber que había sido designado Fiscal de la Audiencia guatemalteca. "Salí, dice, adeudado en mas de nueve mil pesos de oro". En su lugar dejó al P. Estrada Rávago.

B) JUAN VÁZQUEZ DE CORONADO.–No hay que confundirle con Francisco Vázquez de Coronado, descubridor del Cañón del Colorado. Tenía treinta y nueve años cuando, en 1562, el salmantino Vázquez de Coronado, sucesor de Cavallón en la alcaldía mayor de Nicaragua, fue comisionado por la Audiencia de Guatemala para proseguir la interrumpida conquista de Costa Rica.

Como primera medida remitió auxilios a los españoles dejados por Cavallón; luego partió él mismo. Una vez en el territorio, sus primeras gestiones tendieron a pacificar a los indios que se habían sublevado. De la costa del Pacífico salió en busca de la comarca de *Coto*, al norte del golfo Dulce. Sometidos los *cotos*, regresó a Garcimuñoz, aunque la conquista anterior no había quedado consolidada. Para afirmarla envió a su teniente Antonio Pereyra, mientras él se iba a reconocer el *valle de Guarco* (valle de Cartago), donde fundó la ciudad de *Cartago*, poblada más tarde con los vecinos de Garcimuñoz (1564).

Buscando más elementos para su empresa, se trasladó a Nicaragua. De allí regresó en 1563 hasta juntarse con Pereyra, que andaba explorando. Atraviesan juntos la cordillera, contemplan los dos océanos a uno y otro lado, y se adentran en la provincia de *Ara* (Talamanca), siendo bien recibidos por los indios, que conocían la bondad de Coronado. El regreso lo hacen hacia la ciudad de Cartago, donde entran en mayo de 1564.

Como en todas las conquistas había que informar al rey de las campañas y de los progresos efectuados, Vázquez de Coronado determinó ir a comunicar a Felipe II el desarrollo de sus exploraciones; el rey lo recibió bien, y le otorgó el título de adelantado para él y sus sucesores. De regreso, en compañía de nobles salmantinos y de labradores, tuvo la desgracia de morir en un naufragio. Con él desaparecía uno de los más compasivos, inteligentes, y activos conquistadores de América.

La última escena de la conquista de Costa Rica corre a cargo de Perafán de Rivera. El, con Cavallón y Coronado, forman el trío conquistador de Costa Rica.

Perafán de Rivera, procedente de noble familia, repartió los indios costarricenses, hizo algunas expediciones, trasladó la ciudad de Cartago (1572) al llano llamado hoy de la Sabana, al oeste de San José, y se retiró a Guatemala viejo y sin salud.

BIBLIOGRAFIA

1. Crónicas y Documentos

ALVARADO, Pedro de: *Relación hecha por Pedro de Alvarado a Hernán Cortés, en que se refieren las guerras y batallas para pacificar las provincias del antiguo reino de Guathemala.*–México, 1954.

– *Cartas de relación.*–Biblioteca de Autores Españoles. Tomo XXII.–Madrid, 1852.
(Cartas a Cortés fechadas en Utatlán a 11 de abril de 1524, y en Santiago, a 28 de julio de 1524, aparecen publicadas en facsímil en los «Anales de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala», año de 1926.)

Cartas de Juan Vázquez de Coronado, conquistador de Costa Rica. Cartas de Relación sobre la Conquista de Costa Rica.–San José de Costa Rica, 1964.

CORTÉS, Hernán: *Cartas de relación de Hernán Cortés al Emperador.*–París, 1866.
(En las cartas fechadas el 15 de octubre de 1524, 3 y 11 de septiembre de 1526, habla de las expediciones de Olid, Alvarado y suya a las Hibueras.)

DESCUBRIMIENTOS *de Juan Vázquez de Coronado en Costa Rica,* por M. S. de la E.–Bol. de la Sociedad Geográfica de Madrid. Madrid, 1882, segundo semestre. Tomo XIII, págs. 102-116.

DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal: *Verdadera y notable relación del descubrimiento y conquista de la Nueva España y Guatemala, escrita por el capitán ..... en el siglo XVI.*–Edición conforme al manuscrito original que se guarda en el Archivo de la Municipalidad de Guatemala. Prólogo de Eduardo Mayora.–Guatemala, 1933-34, 2 tomos.
(Vid. otras ediciones citadas en el capítulo dedicado a la conquista de México.)

Documentos para la historia de Nicaragua.–"Colección Somoza".–Madrid, 1954-57, 17 tomos.

FUENTES Y GUZMÁN, Francisco Antonio de: *Recordación florida.*–Discurso, historial y demostración natural, material, militar y política del reino de Guatemala.–Guatemala, 1932-33, 3 tomos.

GARCILASO DE LA VEGA, Inca: *Historia general del Perú.*–Segunda parte de los *Comentarios reales de los Incas.*–Buenos Aires, 1944.
(Hay edición de Córdoba, Madrid y Lima, en 1617, 1722 y 1918.)

HERNÁNDEZ ARANA XAJILA, Francisco, y Francisco DÍAZ GEBUTA QUEJ: *Memorial de*

Técpan-Atitlan. (Anales de los Cakchiqueles). –Texto y traducción revisados con notas y estudios sobre lingüística por J. Antonio Villacorta C. (Vid. Recinos).–Guatemala, 1936. Con traducción de Adrián Recinos. Y prólogo y notas de Manuel Gralich, hay edición. Casa de las Américas, Habana, 1972.

ISAGOGE: *Histórica apologética de las Indias Occidentales, y especial de la provincia de San Vicente de Chiapas y Guatemala, de la Orden de Predicadores.*–Madrid, 1892, y Guatemala, 1935. (Vol. XIII de «Biblioteca Goathemala». La obra impresa queda incompleta, por ser ilegible el manuscrito en sus partes finales. Llega hasta la muerte de Fray Domingo de Betanzos. Su autor fue un monje, que lo escribió en el siglo XVIII. En el segundo libro trata de: «Conquista de Guatemala, fundación de Santiago de los Caballeros, y la llegada de los dominicos hasta la muerte del fundador de su convento». Sigue a Bernal Díaz, Fuentes y Guzmán y Herrera.)

LUJAN MUÑOZ, Jorge: *La conquista de Guatemala a través de las crónicas indígenas.* Introducción y Selección de... Guatemala.

MOLINA ARGUELLO, Carlos: *Monumenta Centroamericae. Historica.*–Sevilla, 1965, t. I.

Proceso de residencia contra Pedro de Alvarado, 1529.–Notas y noticias biográficas por José Fernando Ramírez.–México, 1847.

RECINOS, Adrián, y GOETZ, Delia: *The Annals of the Cakchiqueles,* traducidos del cakchiquel por .....–Norman, University of Oklahoma Press, 1953.
(Hay edición en español.–México, 1950. Después de la conquista fue escrita esta relación, destinada a lograr de los españoles la devolución de las propiedades. Para probar sus derechos redactaron tal Memorial, remontándose a los comienzos de su civilización y llegando hasta 1620 en el relato. La parte mítica corresponde al Popol Vuh, que complementa a los Anales. El manuscrito fue traducido en 1844 por el abate francés Brasseur de Bourbourg. Se incluye en esta edición también «El título de los señores de Totonicapán», documento anónimo atribuido a Diego Reinoso (Popol Vinak), relativo a los quichés desde sus orígenes hasta el gran soberano Quikab (fines del siglo XV). B. de Bourbourg lo publicó con el título de «Memorial de Tecpán Atitlán»; y Daniel Brinton con el de «The Annals of Cachiquels». Se le conoce también con el título de «Memorial de Sololá».)

RECINOS, Adrián: *Crónicas indígenas de Guatemala.*–Guatemala, 1957.

REMESAL, Fray Antonio: *Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapas.*–Madrid, 1619.

Tlaxcala, Lienzo de .....: Ha sido publicado por don Alfredo Clavero.–México, 1892.–Fue pintado durante el virreinato de don Luis de Velasco.

VÁZQUEZ DE CORONADO, Juan: *Cartas de .....*–Publicadas por Ricardo Fernández Guardia.–Madrid, 1908. Vid. Cartas.

XIMÉNEZ, Fray Francisco: *Historia de la provincia de San Vicente de Chiapas y Guatemala.*–Guatemala, 1929, 2 tomos.

2. Estudios modernos

Academia costarricense de la Historia: IV Centenario de la entrada de Cavallon a Costa Rica 1561-1961. San José, 1961.

ALTOLAGUIRRE Y DUVALE, Ángel: *Don Pedro de Alvarado, conquistador del reino de Guatemala.*–Madrid, 1927.

ALVARADO GARCÍA, Ernesto: *La discutida personalidad de don Pedro de Alvarado y la fundación de San Pedro de Sula.*–Tegucigalpa, 1936.

– *Los forjadores de la Honduras colonial. La conquista pacífica de Honduras. Héroes y mártires.*–Tegucigalpa, 1938.

ALVAREZ RUBIANO, Pablo: *Pedrarias Dávila.*–Contribución al estudio de la figura del «Gran Justador», gobernador de Castilla del Oro y Nicaragua.–Madrid, 1944.

BARÓN CASTRO, Rodolfo: *Un colaborador de Cortés: Pedro de Alvarado.*–Santander, 1948.

BARRIENTOS, José: *Tecum Uman.*–Guatemala, 1941.
BRASSEUR DE BOURBOURG, Ch. E.: *Expedition de Cristóbal de Olid au Michoacán.*–En «Histoire des nations civilisées du Mexique et de l'Amérique Centrales durant les siécles anterieures a Christophe Colombo».–Paris, 1850.
(Se muestra antiespañol y no duda en tergiversar el significado de manuscritos indígenas, haciendo añadidos inexistentes.)
CHAMBERLAIN, Robert S.: *The Conquest and Colonization of Honduras 1502-1550.*–Wáshington, 1953. (Obra fundamental.)
CHAMORRO, Pedro Joaquín: *Límites de Nicaragua. Su formación histórico-geográfica durante la conquista y el período colonial. 1502-1821.*–San José de Costa Rica, 1938.
Descubrimientos de Juan Vázquez de Coronado en Costa Rica, por M. S. de la E.–Bol. de la Sociedad Geográfica de Madrid, 1882, segundo semestre. Tomo XIII, págs. 102-116.
FERNÁNDEZ GUARDIA, R.: *Discovery and Conquest of Costa Rica.*–New York, 1913.
FERNÁNDEZ HALLA, Francisco: *IV Centenario de la muerte del conquistador Alvarado.*–«Anales de la Sociedad de Geografía e Historia». Tomo XVII, núm. 4, diciembre.–Guatemala, 1941.
FERNÁNDEZ DEL CASTILLO, Francisco: *Don Pedro de Alvarado.*–Ediciones de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.–México, 1945.
GARCÍA PELÁEZ, Francisco de Paula: *Memorias para la Historia del Antiguo Reino de Guatemala.*–Guatemala, 1943-44, tres tomos.
GASTEAZOROS, Carlos Manuel: *Aproximación a Pedrarias Dávila.*–Lotería, III, 27. Panamá, 1958.
GERHARD, Peter: *El avance español en México y Centroamérica.*–«Historia Mexicana», IX, 1959, págs. 143-52.
GIL-BERMEJO, Juana: *La Geografía en las cartas de relación de Cortés.*–«Revista de Indias», núms. 91-2. Madrid, 1963.
JUARROS, Domingo: *Compendio de la Historia de la ciudad de Guatemala.*–Guatemala, 1937, tomos I y II.
KELLY, John Eoghan: *Pedro de Alvarado, conquistador.*–Princeton, 1932.
LINES, Jorge A.: *Crónica de nuestro conquistador Juan Vázquez de Coronado.*–San José de Costa Rica, 1940.
LINES, Jorge A., y MELÉNDEZ, Carlos: *Cavallón en Costa Rica.*–San José, 1961.
LUNARDI, Monseñor Federico: *La fundación de la ciudad de Gracias a Dios y de las primeras villas y ciudades de Honduras, en los documentos y erradas narraciones de los historiadores.* (Nacimiento de la nacionalidad de Honduras).–Tegucigalpa, 1946.
MELÉNDEZ, Carlos: *Juan Vázquez de Coronado. Conquistador y fundador de Costa Rica.*–San José de Costa Rica, 1966.
– *Hernández de Córdoba, Capitán de Conquista en Nicaragua.* San José de Costa Rica, 1976.
Memoria del Congreso sobre el Mundo Centroamericano de su tiempo. V Centenario de Gonzalo Fernández de Oviedo. Nicoya (Costa Rica), 1980.
MILLA, José: *Historia de la América Central.* Desde el descubrimiento del país por los españoles (1502) hasta su independencia de España (1821).–Guatemala, 1879. 5 vols.
MOLINA ARGUELLO, Carlos: *El gobernador de Nicaragua en el siglo XVI.*–Sevilla, 1949. (Interesante estudio jurídico del cargo de gobernador. Pueden verse las diversas variaciones de la gobernación nicaragüense en mapas que se insertan.)
MORALES ALBO, Federico: *Descubrimiento y conquista en Centroamérica.*–Madrid, 1948.
PERALTA, Manuel M. de: *Costa Rica, Nicaragua y Panamá en el siglo XVI.*–Su historia y sus límites.–Madrid-París, 1883.
POLO SIFONTES, Francis: *Los Cakchinqueles en la conquista de Guatemala.* Guatemala, 1977.
RECINOS, Adrián: *Pedro de Alvarado, conquistador de México y Guatemala.*–México, 1952.–(Incluye selecta bibliografía.)
– *Doña Leonor de Alvarado y otros estudios.*–Guatemala, 1958.

RIVAS, Pedro: *Límites entre Honduras y Nicaragua en el Atlántico.*–Historia cartográfica documentada (1508-1821).–Tegucigalpa, 1938.
RODRÍGUEZ, José N.: *Estudios de historia militar de Centroamérica.*–Primera parte.–Guatemala, 1930.
RUJULA Y OCHOTORENA Y SOLAR TABOADA, Antonio de: *Los Alvarados en el Nuevo Mundo.*–«Boletín de la Academia de la Historia». Vols. 106 a 109.–Madrid, 1935-41.
SALVATIERRA, Sofonías: *Contribución a la historia de Centroamérica.* Tomo I.–Managua, 1939.
SERRANO Y SANZ, M.: *Preliminares del Gobierno de Pedrarias Dávila en Castilla del Oro.*–Apud. «Orígenes de la dominación española en América».–B. A. E., tomo XXV. Madrid.
SIMPSON, L. B.: *The Death of Pedro de Alvarado; a study in legendmaking.*–«Hispanic American Historical Review». XI, núm. 4; noviembre. 1931.
TAYLOR, Mack: *Impetuous Alvarado.*–Dallas, Texas. 1936.
URBANO, Victoria: *Juan Vázquez de Coronado y su ética en la conquista de Costa Rica.*–Madrid, 1968.
VALLE, Rafael Heliodoro: *Cristóbal de Olid. Conquistador de México y Honduras.*–México, 1948.
VILLACORTA C., J. Antonio: *Prehistoria e historia antigua de Guatemala.*–Guatemala, 1938.
YGLESIAS HOGAN, Rubén: *Juan Vázquez de Coronado.*–San José de Costa Rica, 1935.

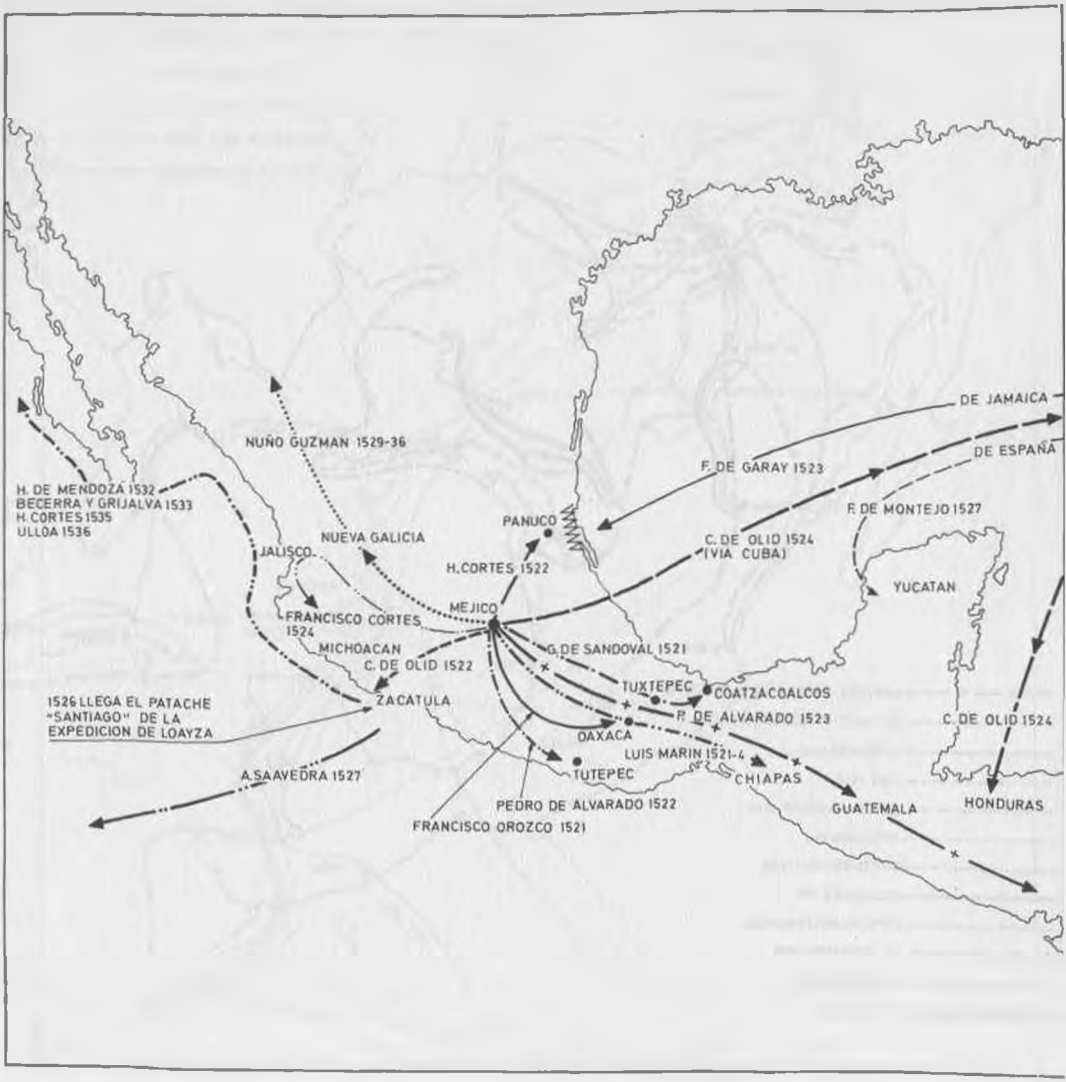
XI

DILATACION DE LA NUEVA ESPAÑA

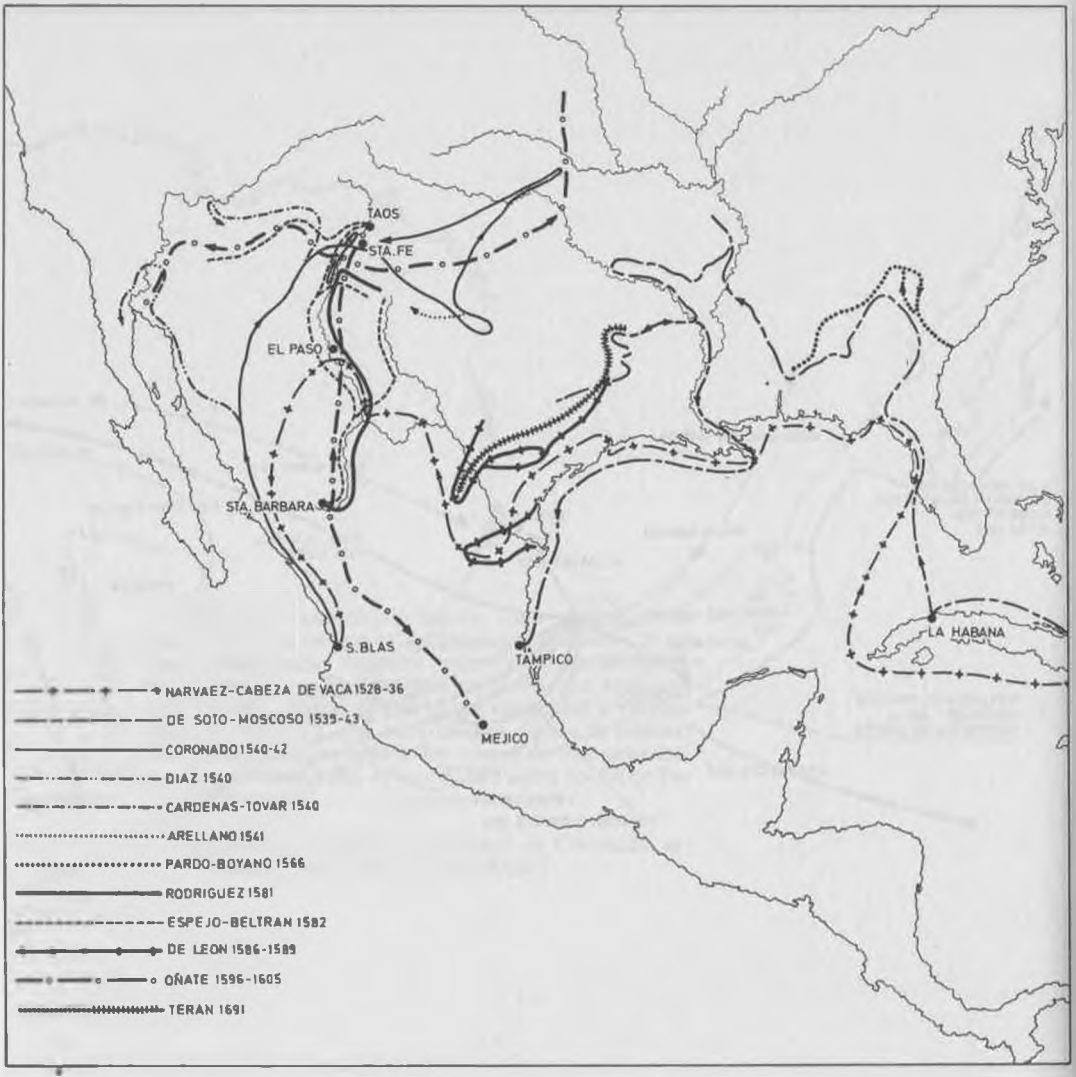
EXPLORACIONES EN EL SUBCONTINENTE NORTE

«Yo no estoy escribiendo fábulas, como algunas de las cosas que ahora leemos en los libros de caballerías. Si no fuese porque estas historias contenían encantamiento, hay algunas cosas que nuestros españoles han hecho en nuestros días en estas partes, en sus conquistas y encuentros con los indios, que como hechos dignos de admiración sobrepasan no sólo a los libros ya mencionados, sino también a los que se han escrito sobre los Doce Pares de Francia...»

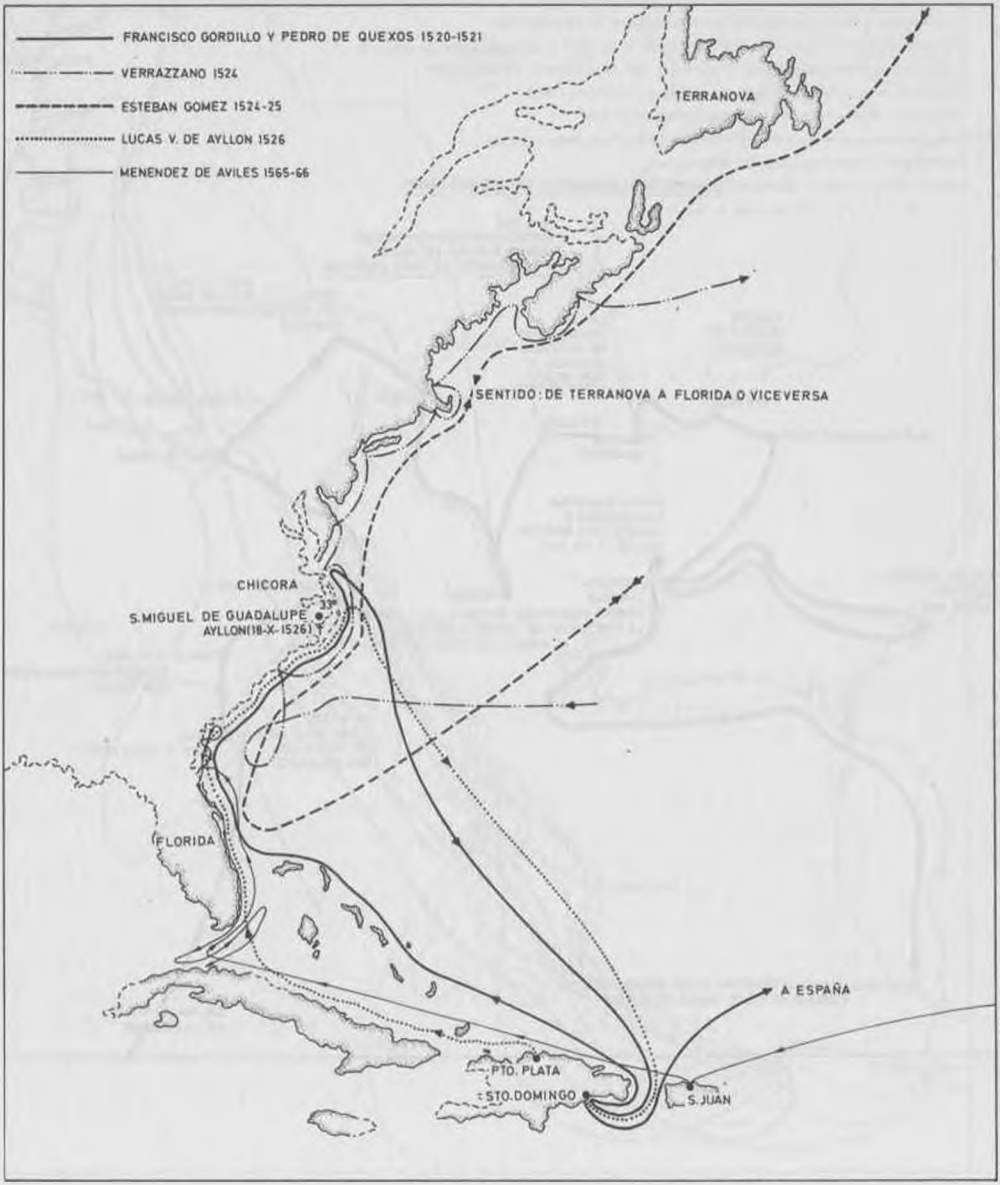
(DIARIO *de Francisco Vázquez de Coronado, según lo contó Pedro de Castañeda.)*



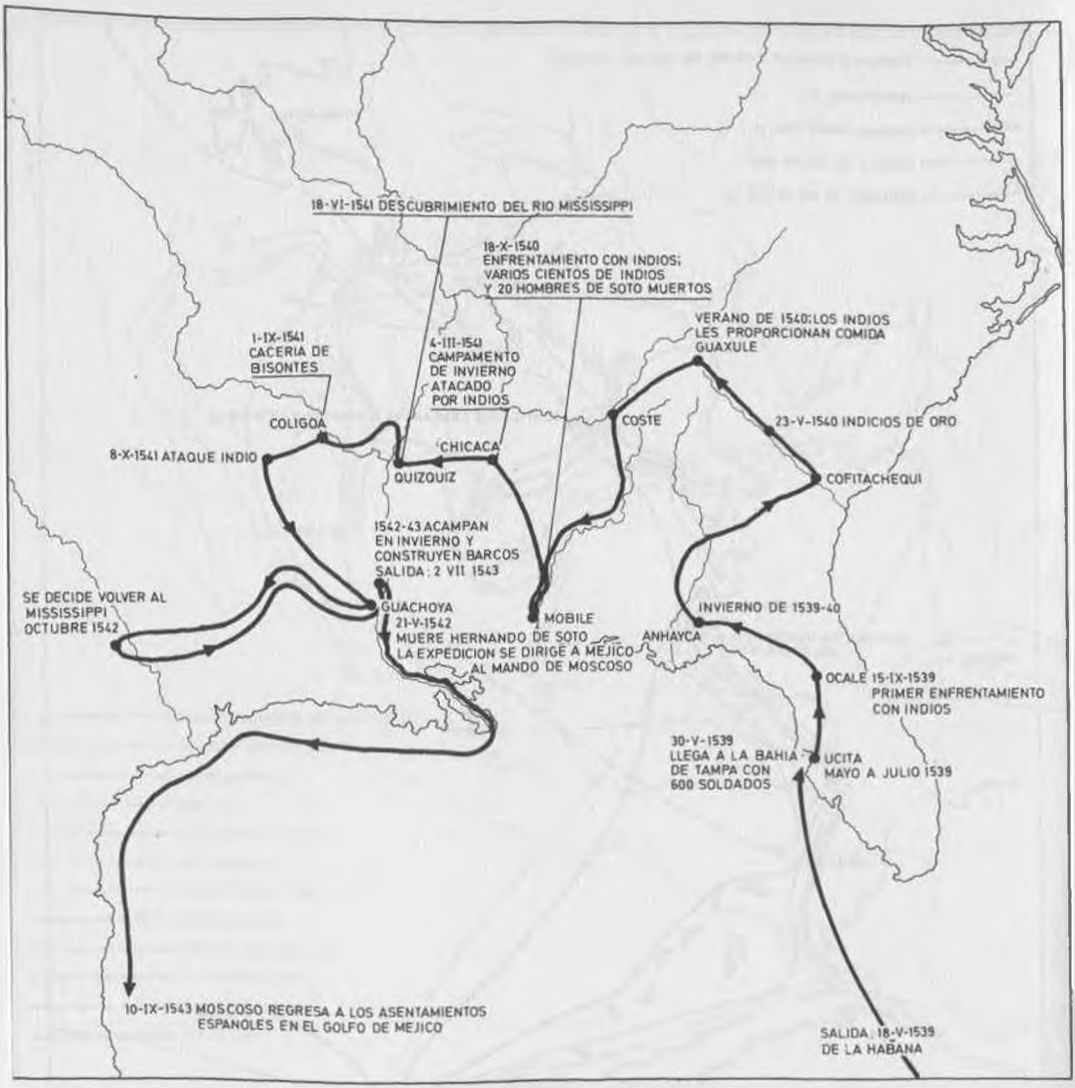
La anexión de zonas complementarias al núcleo mexicano.

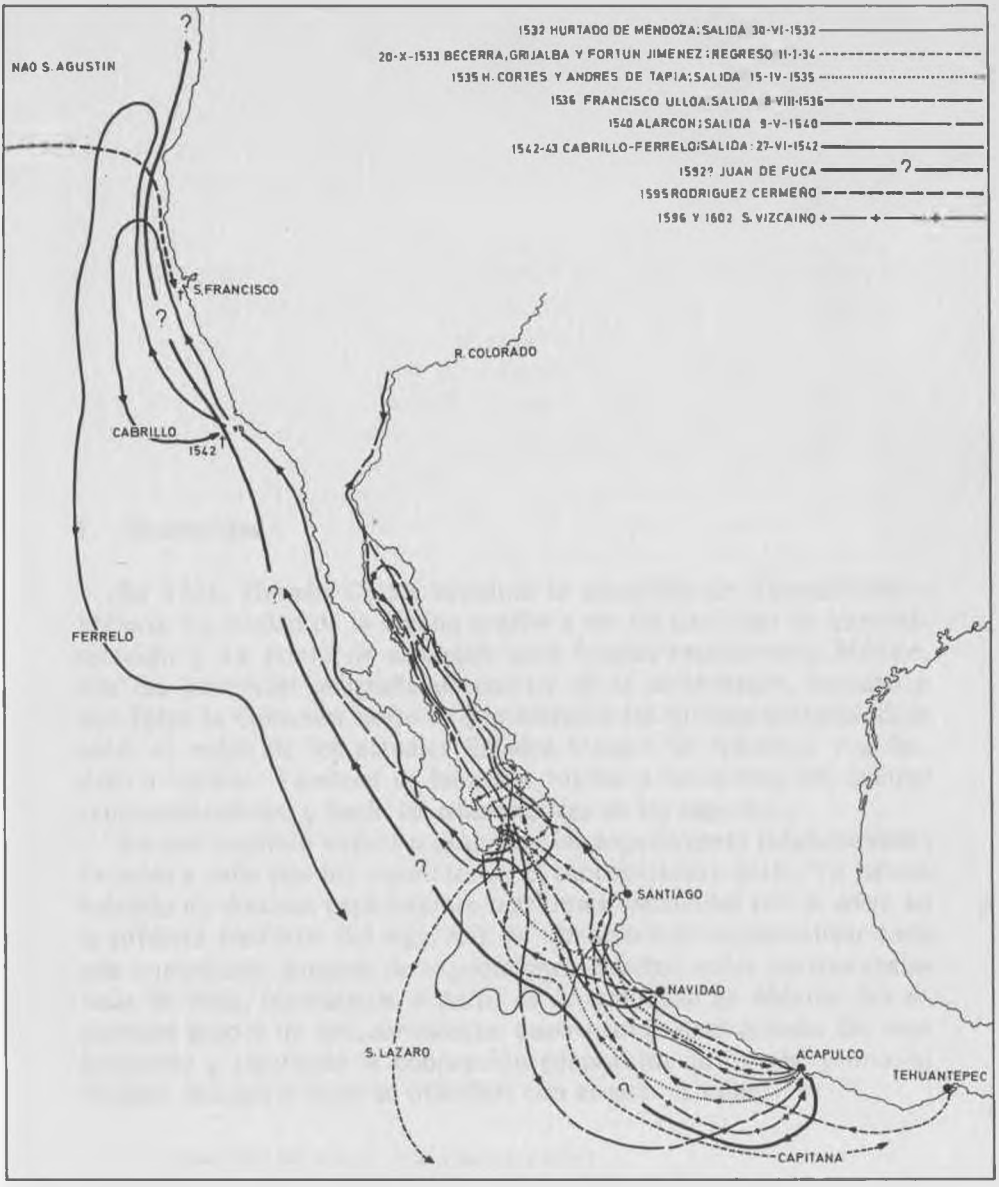


Exploraciones españolas sobre el territorio de los actuales Estados Unidos de América.



Exploraciones sobre la costa atlántica del subcontinente Norte.


18-VI-1541 DESCUBRIMIENTO DEL RIO MISSISSIPPI
18-X-1540
ENFRENTAMIENTO CON INDIOS;
VARIOS CIENTOS DE INDIOS
Y 20 HOMBRES DE SOTO MUERTOS
VERANO DE 1540: LOS INDIOS
LES PROPORCIONAN COMIDA
GUAXULE
1-IX-1541
CACERIA DE
BISONTES
4-III-1541
CAMPAMENTO
DE INVIERNO
ATACADO
POR INDIOS
COLIGOA
COSTE
23-V-1540 INDICIOS DE ORO
8-X-1541 ATAQUE INDIO
CHICACA
QUIZQUIZ
COFITACHEQUI
1542-43 ACAMPAN
EN INVIERNO Y
CONSTRUYEN BARCOS
SALIDA: 2 VII 1543
SE DECIDE VOLVER AL
MISSISSIPPI
OCTUBRE 1542
GUACHOYA
21-V-1542
MUERE HERNANDO DE SOTO
LA EXPEDICION SE DIRIGE A MEJICO
AL MANDO DE MOSCOSO
MOBILE
ANHAYCA
INVIERNO DE 1539-40
OCALE 15-IX-1539
PRIMER ENFRENTAMIENTO
CON INDIOS
30-V-1539
LLEGA A LA BAHIA
DE TAMPA CON
600 SOLDADOS
UCITA
MAYO A JULIO 1539
10-IX-1543 MOSCOSO REGRESA A LOS ASENTAMIENTOS
ESPAÑOLES EN EL GOLFO DE MEJICO
SALIDA: 18-V-1539
DE LA HABANA


1532 HURTADO DE MENDOZA; SALIDA 30-VI-1532
20-X-1533 BECERRA, GRIJALBA Y FORTUN JIMENEZ; REGRESO 11-1-34
1535 H. CORTES Y ANDRES DE TAPIA; SALIDA 15-IV-1535
1536 FRANCISCO ULLOA; SALIDA 8-VIII-1536
1540 ALARCON; SALIDA 9-V-1540
1542-43 CABRILLO-FERRELO; SALIDA: 27-VI-1542
1592? JUAN DE FUCA
1595 RODRIGUEZ CERMEÑO
1596 Y 1602 S. VIZCAINO
NAO S. AGUSTIN
S. FRANCISCO
R. COLORADO
CABRILLO
1542
FERRELO
SANTIAGO
NAVIDAD
S. LAZARO
ACAPULCO
TEHUANTEPEC
CAPITANA

1. Sistemática

En 1521, Hernán Cortés concluía la conquista de Tenochtitlán o México. La ciudad de la laguna pasaba a ser un foco más de transculturación y un punto de arranque para futuras expansiones. México, con esa particular geografía de cuerno de la abundancia, invitaba a que fuera la dirección norte la que tomasen las huestes derramándose sobre el mapa de los actuales Estados Unidos de América. Así fue, pero a medias. También se lanzaron rumbo a las tierras del quetzal centroamericanas, y hacia las islas exóticas de las especias...

En este capítulo vamos a examinar las expediciones fundamentales llevadas a cabo por los españoles en el subcontinente norte. Ya hemos hablado de diversas expediciones marítimas efectuadas por la costa en la primera treintena del siglo XVI. Si intentásemos esquematizar todo este complicado proceso de expediciones, muchas veces desvinculadas unas de otras, tendríamos, a partir de la conquista de México, los siguientes grupos de descubrimiento: cuatro como derivaciones del foco mexicano y siguiendo la concepción geopolítica de Cortés, y uno, al margen, aunque a veces se interfiera con el otro. A saber:

1. Anexión de zonas complementarias:

   A) La de Chiapas, por Luis Marín (1521-4).
   B) La de Tuxtepec y Coatzacoalcos, por Sandoval (1521).

C) La de Oaxaca, por Orozco (1521).
D) La de Michoacán y Colima, por Olid (1522).
E) La del Pánuco (fricciones con Garay) (1522).
F) Nueva Galicia, Nueva Vizcaya, Nuevo México (N. Guzmán, Ibarra, Oñate, Vázquez de Coronado).

2. Proyección hacia la América Central (Olid, Alvarado y Cortés).

3. Proyección a Oriente (Poniente):

A) Alvaro de Saavedra hacia Nueva Guinea (1527).
B) Hernando de Grijalva (1536).
C) Ruy López de Villalobos (1542).
D) Legazpi y Urdaneta hacia Filipinas (1564).

4. Exploraciones por las Californias:

A) Expediciones ordenadas por Cortés (D. H. de Mendoza, Becerra, Grijalva, Cortés, Tapia, Ulloa: 1532-1539).
B) El viaje de Alarcón (1540).
C) Viajes ordenados por el Virrey Mendoza (Cabrillo-Ferrelo, 1542).
D) Viajes de Vizcaíno (1597-1605).
E) Los viajes en el XVII (Las perlas: Cardona, Iturbe, Ortega, Cestero, Carbonell, Porter Casanate, Piñadero, Atondo).
F) Las misiones.
G) Los viajes en la segunda mitad del siglo XVIII (Pérez, Bodega, Heceta, etc.).

5. Exploraciones sobre la costa atlántica este:

A) Viajes costeros (Pineda, Quexos, Ayllón, Esteban Gómez).
B) Entradas territoriales (Narváez, Cabeza de Vaca, De Soto).

6. Las exploraciones hacia el territorio de los actuales E.U.A.

2. Las zonas complementarias y las exploraciones hacia el lejano norte

Pronto, teniendo como foco de proyección a la capital, remitió Cortés un conjunto de expediciones con la misión de explorar y someter a una serie de regiones periféricas a la meseta del Anahuac. Era, además, una manera de satisfacer a los que andaban descontentos por

los beneficios logrados. Cuenta Bernal Díaz que examinando los libros de rentas de Moctezuma vieron las regiones de donde procedía el oro, el cacao, las mantas... Fue un indicativo.

A finales de 1521 el dominio español era una realidad sobre unos 300.000 km². La muerte de Conchillos, principal valedor de Velázquez en la corte y el reconocimiento que mediante carta hizo el emperador de la acción cortesiana (1522), fortaleció y aseguró la posición del extremeño que, sin embargo, soñaba con ampliar los dominios de su rey al máximo. En su visión englobaba la anexión de los tarascos al norte, de los zapotecas al sur, de los huastecas al este, y la proyección hacia la costa del NO y por la mar del Sur.

Gonzalo de Sandoval fue enviado a *Tuxtepec, Huatusco* y *Orizaba,* fundando a orillas del río Coatzacoalcos la Villa del Espíritu Santo, en tanto que Luis Marín entraba en *Chiapas,* y Orozco exploraba *Oaxaca.* A Castañeda y a Vicente López los rimitió a conquistar la provincia del *Panuco,* hacia donde iría el mismo Cortés más tarde. A Juan Alvarez Chico le encargó el dominio de *Colima,* y a C. de Olid el de *Michoacan* (julio 1522) quien localizó al rey de los tarascos. Pedro de Alvarado salió en enero de 1522 con destino a *Tutepeque* y el mismo Cortés se dirigió al río *Panuco,* en cuya boca fundó *Santisteban del Puerto.* A mediados de 1522 se habían ganado unos 200.000 km². La base española, engrosada con las gentes de Narváez, Garay y los arribados de las islas, se encontraba lo bastante firme como para ampliar su radio de acción y seguir las fundaciones. En 1523 Alvarado se encaminaba hacia Guatemala por tierra; y al año zarpa Olid por mar, camino de honduras, con la misión de buscar el estrecho entre los dos mares. Ese año de 1524 Francisco de las Casas, enviado pronto a someterle pues Olid se rebeló contra Cortés siguiendo sugerencias de Velázquez, se encontraba explorando en jalisco.

El Pacífico, donde se había fundado *Zacatula* por Alvarado, constituía un primordial objetivo cortesiano. Lo hace constar en sus cartas al emperador (*). Para ver si había estrecho por *Tehuantepec* destacó a Ordás, quien navegó, infructuosamente, el río *Coatzacoalcos.* Empero, el istmo quedó descubierto y en él se establecieron unos astilleros. El mismo Cortés quiso reconocer lo que Olid no hizo y averiguar las riquezas posibles de *Honduras (Hibueras)* y salió en octubre de 1524, regresando en junio de 1526.

(*) «Así porque tengo mucha información que aquella tierra es muy rica, como porque hay la opinión de muchos pilotos que por aquella bahía sale estrecho a la mar, que es la cosa que yo en este mundo más deseo topar», dice Cortés.

En ese año recalaba el barco "Santiago" de la expedición de Loayza; año en el cual el emperador le escribe y le hace saber que enterado de los barcos que construye para explorar la costa del norte, es su deseo que los emplee en una expedición a las Molucas para averiguar la suerte de Caboto y Loayza. Fue entonces cuando envió (1527) a su primo Alvaro Saavedra poniendo las bases de las relaciones Méjico-Filipinas. Años más tarde volvió Cortés de nuevo sus ojos hacia el noroeste, en cuya costa podia estar el paso entre el Pacífico y el Atlántico. Con las expediciones de Diego Hurtado de Mendoza, Diego Becerra y Hernando de Grijalva (1533), etc., planteó Cortés el problema de la insularidad de California y la posible expansión de la Nueva España, cual cuerno de la abundancia. La creación del virreinato (1535) y su alejamiento pusieron punto y final al quehacer explorador y conquistador de Hernán Cortés.

Las exploraciones y conquistas en los actuales Estados Unidos de América se realizaron a partir de la metrópoli (Meléndez de Avilés) y dos plataformas: Antillas y México. Desde la región insular se abordó, como vimos ya, el litoral atlántico en una acción cuya herencia fue el dominio de la Florida y la fundación de Santa Elena y San Agustín. Arrancando de México, y usando sus puertos del Pacífico, se recorrió el litoral del oeste intentando aclarar la peninsularidad de California, buscando un apoyo al Galeón de Manila o a las fundaciones misionales tardías. México capital y los núcleos del norte, subsidiarios e hijuelas del capitalino, sirvieron de escabel para la penetración "tierra adentro".

Los motivos que se conjugaron para determinar estos descubrimientos son todos los ya conocidos: *míticos* (Bimini, Cibola, Quivira, Gran Chichimeca, Siete Ciudades); *geográficos; estratégicos; crematísticos* (esclavos, explotar ostiales de perlas, minas de plata); *religiosos* (misiones en Florida, Texas, California); y *científicos* (viajes de los marinos del siglo XVIII, que veremos).

El escenario es muy amplio: unos 15 estados de los actuales Estados Unidos de América (Florida, Georgia, Alabama, Luisiana, Texas, Mississipi, Arkansas, Colorado, Nuevo Méjico, Arizona, Californias...).

La cronología de la acción va desde 1512 hasta 1812 en que se arría la bandera española en California. Algunos establecimientos tuvieron una efímera duración; pero donde lograron afincarse se mantuvieron y hoy quedan huellas de ellos: hasta 1587 en Carolina del Sur; hasta 1703 en Georgia (misiones); hasta 1819 en Florida occidental; hasta 1813 en Alabama; hasta 1803 en Luisiana; hasta 1821 en Arizo-

na, Colorado, Utah y Nuevo Méjico. La difícil geografía, la pobreza del territorio (ni el oro se había descubierto, ni el petróleo jugaba papel alguno), la lejanía de los centros vitales o de apoyo, etc., frustó un tanto los asentamientos.

Antes de que los británicos establecieran un primer asentamiento (Jamestown, 1607) los españoles desfloraron esta inmensa geografía por las tres vertientes citadas: la del Atlántico; la del Pacífico; y la de tierra adentro en los rumbos noroeste y nordeste. Como proyección de las conquistas de Nueva Galicia y Nueva Vizcaya se prosiguió más al norte tras los mitos de Quivira, las Siete Ciudades o el estrecho de Anian. El desaliento se adueñó de los conquistadores después de las primeras incursiones. Aquel territorio interno era "tierra de guerra". Sus habitantes indígenas apenas conocían los rudimentos de la agricultura, vagaban en grupos pequeños sin fundar pueblos estables, practicaban la guerra de guerrillas y eran hábiles manejando el arco y la flecha. Hacia 1540 los hispanos apenas habían avanzado y se encontraban a la defensiva. Pero la conolización de Nueva Vizcaya, Nuevo Méjico, Sinaloa y Sonora trajo consigo una serie de entradas hasta Kansas. Entre 1539 y 1542 Francisco Vázquez de Coronado recorre Nuevo Méjico, Oklahoma, Kansas y quizás Nebraska. Entre 1566-67 Pardo y Boyano andan por tierras de Georgia, Carolina del Sur y Alabama. Los jesuitas se sitúan en Florida y Georgia. En 1582 explora Espejo Arizona y Nuevo Méjico; y en 1598 Juan de Oñate incursiona con soldados y colonos en Tejas, Oklahoma y Kansas, las regiones de *Cibola y Quivira*, sin encontrar ciudades fabulosas. *Provincia de Nuevo Méjico* se llamará a la zona por ese afán de nombrar lo nuevo con nombres viejos y familiares.

3. El descubrimiento de las Californias: siglos XVI y XVII

Cuando Vasco Núñez de Balboa se encontró con el Océano Pacífico demostró que la Tierra Firme no era el Catay, según quería Colón, sino un inesperado continente. Mas no sólo demostró eso, sino que planteó el problema de alcanzar el extremo de Asia, mucho más lejano de lo que el Almirante suponía, tras leer aquella tentadora frase de *"in paucibus diebus"*. Magallanes vino a darle solución hallando el estrecho de su nombre; pero inmediatamente se vio que tal portillo era bastante incómodo y que se precisaba un estrecho más al Norte. A buscar este paso se consagraron muchos marinos y políticos, según he-

mos indicado. Uno de ellos fue Cortés, cuya concepción geopolítica es admirable.

Fruto de este interés cortesiano es el descubrimiento inmediato de la Baja California y el nacimiento de un proceso de navegaciones cuyos objetivos, desde el XVI al XVII, serán geográficos, económicos y religiosos. En este admirable proceso actuarán mancomunados, sobre todo en el XVIII, marinos y frailes.

California, llamada *Nueva Albion* por Drake y *Nuevas Carolinas* en tiempos de Carlos II, coqueteó tanto con la etimología de su nombre *(Calida fórnax:* horno caliente decían otros, pero realmente viene de la isla de la Reina Califia que aparece en "Las Sergas de Esplandián") como con la naturaleza geográfica suya. Fue isla, pasó luego a ser península, recobró su condición de isla, se le tuvo por una bahía para, finalmente, tras dos siglos de navegaciones considerársele como península. La primera noticia sobre ella se la debemos a Hernán Cortés quien, como dijimos, comprendía que tanto al Sur como al Norte había escenarios por donde expandirse, aparte de la natural atracción de la Mar del Sur y su hipotético estrecho que llevaría a las especierías sin necesidad de Magallanes. Este último interés cortesiano queda patentizado en las instrucciones que da a Alvarado y Olid cuando van a América Central...: "Y tengo por cierto, que según la nueva figura de aquella tierra que yo tengo, que se han de juntar el dicho Pedro de Alvarado y Cristóbal Dolid, si estrecho no los parte." En su última carta al emperador hay una interesante exposición de sus proyectos para ampliar los dominios de España, mereciendo citarse entre ellos los viajes "para descubrir toda especiería y otras islas", o sea, lo que los marinos denominaban entonces la ida y "vuelta de Poniente", a cuyo fin "daría tal orden que el emperador no lo tuviera por simple rescate, como el rey de Portugal", sino "por cosa propia". Son, pues, innumerables sus referencias a la Mar del Sur y a la proyección por ella rumbo al Norte y al Oeste.

En 1526, teniendo en Zacatula –puerto entonces de partida– tres navios "listos y muy a punto para se partir a descubrir por aquellas partes y costas", recibe noticias de la llegada de un barco procedente de España. Se trataba del galeón "Santiago", uno de los seis que integraban la flota de García Jofré de Loayza, salido de Coruña rumbo a Molucas a través de Magallanes el 24 de julio de 1525. Era como una continuación de la expedición de Magallanes-Elcano. Esta expedición alcanzó el archipiélago filipino llamado entonces de *San Lázaro* en octubre de 1526, pero la nave que recalaba en México era una que,

pasando el estrecho, se rezagó y ascendió por toda la costa del Pacífico americano buscando las "tierras de Hernán Cortés". Tardaron cincuenta y cinco días, mostrando, una vez más, que carecían del sentido del tiempo y de la distancia. Fue así como se inició el contacto entre los exploradores del Pacífico que partían de España y los conquistadores de México. Contacto que se incrementó pronto, ya que el emperador escribió a Cortés el 22 de junio de 1526 confiándole la misión de: 1.º) Averiguar el paradero de la nao "Trinidad", que no siguió a Elcano y se creía había continuado hacia Panamá desde las Molucas al no poder acompañar a la *Victoria*. 2.º) Prestar auxilio a Loayza. 3.º) Averiguar qué había sido de la expedición de Juan Caboto enviada también al Pacífico a través de Magallanes (como sabemos no pasó del Río de la Plata).

Por aquel entonces comenzaba a ejercerse una fiscalización sobre Cortes a través del juez de residencia Luis Ponce de León; pese a todo se apresuró a cumplir lo ordenado, para lo cual organizó la expedición de su primo Alvaro de Saavedra Cerón. Tres barcos zarparon de Zihuatanejo, el 31 de octubre de 1527, llegando a Tidore sólo uno de ellos. Cortés marcha a España, y regresa a México en julio de 1530. Se fija entonces en el Norte; las Molucas no interesan ya, dado que el emperador las ha cedido a Portugal. Del Norte le interesa saber si California es una isla o península y si existe o no un paso que lleve al Atlántico.

En 1532 parte la expedición de Diego Hurtado de Mendoza, quien ya había navegado desde Honduras a Panamá, por encargo de Cortés, buscando también el paso. En este viaje de 1532, descubre las Islas Marías y singla a la altura del paralelo 27°.

Al año siguiente zarpan Hernando de Grijalva y Diego de Becerra llevando como piloto a Fortun Jiménez, quien asesinará a Becerra. Descubrieron entonces la península de la Baja California que llamaron de Santa Cruz y creyeron que era una isla. Pudieron recoger algunas perlas –motivo de futuras expediciones–, pero la expedición, tocada de fatalismo, acabó mal, ya que Fortun fue asesinado por los indios y el barco, finalmente, apresado por Nuño Guzmán, nada amigo de Cortés.

Sin desesperar, en 1535, marcha Cortés personalmente en compañía de Andrés de Tapia. Esta fecha de 1535 es muy importante en la historia neohispana, pues es cuando se crea el Virreinato y llega el primer virrey. Sin éxito en su expedición retorna Cortés para encontrarse con una carta de su primo Francisco Pizarro, sitiado en Lima a la par que sus hermanos lo estaban en Cuzco, y en la cual le deman-

daba socorro. ¡Qué sentido del tiempo el de aquellos hombres! Cortés corresponde a la demanda remitiendo una expedición de socorro al mando de Hernando de Grijalva.

En 1536 tiene lugar la última expedición marítima cortesiana; la dirije Francisco de Ulloa, quien sale del puerto de Acapulco y alcanza el fondo del llamado entonces "Golfo de las Perlas", "Seno californiano", "Mar Bermejo" y "Mar de Cortés". Siguieron costeando la península y alcanzaron los 32°, donde Ulloa muere. Cortés tuvo que abandonar las expediciones por carecer ya de libertad para fomentarlas, haber gastado cuantiosos caudales en ellas, por la ausencia de interés al faltar las Molucas como objetivo, por la pugna con el virrey Antonio de Mendoza y porque comenzaban a atraer las tierras del Norte, de las cuales la relación de un fraile, pronto famoso, decía que eran la sede de las Siete Ciudades, algunas de las cuales "eran tan grandes que habría como dos Sevillas en ella".

Como testimonio científico de las expediciones marítimas cortesianas quedó el mapa de Domingo del Castillo, hecho por éste por orden de Cortés cuando iba a unirse a la expedición de Vázquez de Coronado rumbo a Cíbola. Este mapa incluye no sólo la zona explorada por Cortés y sus pilotos, sino cuatro grados más al Norte, englobando así la desembocadura del río Colorado que acababa de remontarse.

¿Quién era el fraile portador de las fantásticas noticias sobre el Norte? Fray Marcos de Niza. En tanto que Cortés regresaba a España, en 1540, para no volver vivo, Hernando de Alarcón terminaba de explorar el Golfo de California, pues llegó hasta el río Colorado, en el fondo del mismo, según consignamos más atrás.

El lugar de Cortés había sido ocupado por el primer virrey de Nueva España, don Antonio de Mendoza, que pensó seguir adelante con las empresas descubridoras. Ya vimos cómo trata con Alvarado una expedición al Norte; y cómo la muerte de éste en Nueva Galicia malogra el proyecto. No desmaya Mendoza en sus planes, continuación de los de Cortés, y comisiona a Juan Rodríguez Cabrillo (1542) para que dilate los descubrimientos. Cabrillo alcanza el Cabo Galera y muere en la Isla de la Posesión, después de tocar en la bahía de Santa Cruz, por encima de los 27° y los 38°, ya en plena Alta California.

Bartolomé Ferrelo, sustituto de Cabrillo, asume el mando y ordena continuar la ruta al Norte, singlando hacia los 40°, frente a un cabo que llama *Mendocino.* Arrastrados por los vientos y sacudidos por tremendos fríos, ascienden a los 44°, mucho más arriba de San Francisco de California. Son, pues, Cabrillo y Ferrelo los descubridores de la

Alta California y no el pirata Francis Drake, que cincuenta años más tarde se ufanaba de ello.

Si la ausencia de Cortés significó, en parte, una disminución del ímpetu descubridor, no menos lo significó el traslado de don Antonio de Mendoza al Perú (1551). Su sucesor, don Luis de Velasco, tan sólo se preocupó, y sin éxito, de establecer un puerto-escala para la nao de la China. Pero cuando se cierra el paréntesis de Velasco, se abre la etapa del virrey Gaspar de Zúñiga, que va a ser bastante positiva. A finales de la centuria, las expediciones de Frobisher y Davis, así como la presencia de Drake, motivan un viraje en la política descubridora hispana. Los españoles suponen que los ingleses han descubierto un paso por el Norte, pues no se imaginan que estos barcos piratas hayan cruzado por el estrecho de Magallanes, que se estima como impracticable. Ya veremos cómo cuando se compruebe que estos corsarios han navegado por el paso magallánico la Corona hispana moviliza al virreinato peruano, que remite rumbo al Sur una serie de barcos con la intención de fortificar la zona. Pero ahora lo que nos interesa es ver las consecuencias que para la Nueva España tuvo la aparición de estos bandidos del mar, dejando para más tarde examinar las que tuvo para el virreinato peruano.

Prescindiendo del viaje apócrifo (1592) de Juan de Fuca, que se arrogaba el descubrimiento del paso que más tarde los marinos del XVIII llamarán de Fuca –entre Vancouver y el continente–, nos encontramos con Sebastian Vizcaíno, marino que cabalga a horcajadas sobre el lomo de los dos siglos.

Vizcaíno zarpa por primera vez del puerto de Acapulco el año de *1596*, logrando alcanzar los 29°, límite desde el cual retorna, obligado por sus compañeros. De este modo se cierra el siglo XVI, cuyos resultados descubridores eran: hallazgo de las Californias, demostración de su peninsularidad y exploración de gran parte de sus costas.

Vizcaíno hizo una serie de ofrecimientos, a los cuales constestó el Rey con una orden de 1599; pero hasta 1602 no salió la expedición. Interesa obtener resultados científicos, para lo cual va un cosmógrafo con orden de enterarse de la conformación geográfica de las zonas. Con Vizcaíno embarcan Enrico Martínez, Jerónimo Martín Palacios y *fray Antonio de Ascensión*, como cronista. El reconocimiento que hacen de la costa fue bastante escrupuloso. Llegaron al Cabo Mendocino con grandes trabajos, después de descubrir y bautizar *Monterrey*. Geográficamente, el viaje había sido un éxito, pues se levantaron una serie de cartas y además se concentró el interés sobre la región. Pese a lo

cual, a partir de 1615 y hasta 1640 la historia de las expediciones por las costas californianas pierde su carácter geográfico y lo adquiere comercial. Lo que interesa es las perlas. Vizcaíno cancela su actuación, y los nombres de Cardona, Iturbe, Ortega y Cestero llenan su hueco.

Nicolás Cardona fundó la Compañía de las Perlas para la explotación de éstas y otra Compañía particular con el fin de proseguir los descubrimientos. La obra náutica de Cardona se redujo a navegar hasta los 34° e imaginar que California era una isla. Sobre esta idea recae Juan de Iturbe, segundo de Cardona, que navegó solo y trajo perlas.

La Compañía perlífera gozaba de bastantes mercedes e independencia; pero la autoridad real vuelve a imponerse en cuanto al régimen de las expediciones. Comisionado por el marqués de Cerralbo, Francisco Ortega hace tres viajes sin trascendencia alguna (1632-1636). Hacia 1630, la impresión general es de que las costas de California estaban preteridas y sobre ellas se volvían a volcar fantásticas concepciones geográficas. Se hablaba del paso (Anián) al Norte, de si era una isla... Sólo cabe citar en esta etapa las exploraciones informativas de Ortega, las reclamaciones de Cardona sobre sus derechos a tales descubrimientos y el fallido intento de Carbonell.

Grandes figuras independientes han sido llamadas las de Porter, Piñadero y Otondo, continuadores del proceso descubridor californiano y renovadores del antiguo ímpetu.

Pedro Porter Casanate, aragonés y teórico de la navegación, recibió permiso real para descubrir "sin limitación de alturas, leguas ni mares", prometiéndole que una vez efectuara el descubrimiento se le concedería la pacificación y población "de aquellas tierras". Nombrado gobernador de Sinaloa en 1647, pudo dedicarse a la tarea descubridora. Esta la desarrolla entre 1648 y 1650, logrando descubrir, reconocer y demarcar las costas e islas del Golfo. Cierto que no pudo efectuar ninguna tarea de pacificación y colonización; gloria que quedó reservada para Isidro de Atondo y para jesuitas y franciscanos.

Bernal de Piñadero navegó en 1663 con el apoyo de los jesuitas, que ya despliegan su esfuerzo por tierra. Años más tarde, Isidro de Atondo u Otondo, se encarga de cumplir lo que no pudo efectuar Piñadero. Atondo fortifica la bahía de la Paz y establece contacto con los padres Kino y Copart (1679). El esfuerzo marinero comenzado en el siglo XVI entraba en relación con la penetración terrestre iniciada también entonces. A partir de este momento ambos quehaceres caminarán unidos.

4. La conquista de Nueva Galicia

La *Nueva Galicia* estará constituida por una zona terrestre cuyos límites eran: una línea sur-sureste al este-noreste, desde el pueblo de *Autlán*, en el Pacífico, hasta la desembocadura del río Pánuco, en el golfo de México; al Norte la limitaban las provincias de Sinaloa, Nuevo Reino de León y Nueva Vizcaya, y al sur-suroeste por el océano Pacífico, desde el pueblo de Chiametla hasta la entrada del golfo de California. Fácil es comprobar que tal tierra corresponde hoy a la mayor parte del Estado de Jalisco.

En la conquista de Jalisco o Nueva Galicia predominará, sobre todo en la primera parte de ella, más que los hechos bélicos carentes de epopeya, las rápidas y enormes marchas realizadas a través del territorio que se oponía como obstáculo a veces casi infranqueable.

Las causas de esta conquista hay que buscarlas en el deseo de Nuño de Guzmán, presidente de la primera Audiencia mexicana y enemigo de Cortés, por emular las hazañas de éste y adquirir méritos. También le impulsaban las noticias llegadas de España participándole su destitución. De oscuro encomendero dominicano había pasado a gobernador del Pánuco, y de aquí a presidente de la Audiencia mexicana. Ahora se convertía en conquistador y lograba, de este modo, ser un personaje importante dentro de la conquista del territorio azteca.

Su alto puesto le sirvió para reunir, por la fuerza o por el método de cupos, hombres, caballos y dineros; de tal modo, que en diciembre de 1529 una columna integrada por quinientos soldados hispanos y unos doce mil indios abandonaba la capital de Nueva España. Las huestes atravesaron la provincia de Michoacán, donde apresaron al cacique de ella, *Caltzontzin*, atormentado por Nuño con cierta crueldad. Hasta mayo de 1530 no tiene lugar combate de consideración. Este se da el 25 de dicho mes en *Tonalá*. A partir de entonces las fuerzas se dividieron en tres escuadrones al mando de Nuño de Guzmán, Cristóbal de Oñate y Peramil de Chirino. Estos debían actuar por su cuenta y marchar luego a reunirse en un punto convenido.

Las correrías de Oñate son las más importantes. El capitán vasco tomó hacia *Huentitlán*. Se le rindieron los de *Copala*, pero no los de *Ixcatlán*. Siguió luego para *Talcotlán* y *Contla*, llegando a *Tocaltiche* a costa de ligeras escaramuzas. El próximo lugar abordado fue *Nochistlán*, pueblo así llamado, explica Oviedo, "porque hay muchas tunas en ella, a la cual fruta en aquella tier[illegible] llaman en su lengua *nuchislan*". Allí dejó a su hermano Juan con orden de que fundase la prime-

ra villa del *Espíritu Santo de Guadalajara.* La marcha se prosigue camino de *Etzatlán,* lugar de cita con Nuño de Guzmán. Varias localidades más fueron visitadas, hasta que en los últimos días de 1530 se encontró con el jefe. La tierra estaba ya conquistada por así decirlo y el *factotum* de ello, Nuño de Guzmán, se apresuró a denominarla *Castilla la Nueva de la Mayor España* por ser "tierra áspera y poblada de gente rezia", al decir de Herrera.

Acababa el primer período de la conquista. Inmediatamente, Nuño de Guzmán procedió a organizar la tierra incorporada y a verificar fundaciones. La villa de Guadalajara, fundada por Cristóbal de Oñate sobre *Nochistlán,* se trasladó a *Tonalá.* Y como capital de todas las tierras, Nuño ordenó en 1535 fundar una ciudad entre *Xalisco* y *Tepic* que llamó *Compostela.* Con el tiempo, Compostela perdió importancia y lo adquirió Guadalajara, capital del estado jalisciense.

La segunda época de la campaña principia al desaparecer Nuño de la escena y ser sustituido por Oñate. El mando definitivo de éste viene precedido por el de otros capitanes. Cuando la segunda Audiencia consultó al obispo Zumárraga sobre los métodos de conquista empleados por Nuño de Guzmán, éste los condenó y Nuño de Guzmán tuvo que abandonar Nueva Galicia, dejando el mando a Cristóbal de Oñate, hasta que llegó Diego Pérez de la Torre, nombrado por el rey. Una caída de caballo acabó con éste, y dio de nuevo el mando a Oñate, que, a su vez, lo cedió a Francisco Vázquez de Coronado. Tampoco duró mucho en la jefatura, y Oñate se vio por tercera vez con el poder en las manos.

Con el definitivo gobierno de Oñate y la dominación de los *chichimecas* da principio a la etapa heroica de la conquista. La rebelión indígena hizo más crítica la época. Los indios, hacia el año 1540, se negaron a pagar los tributos y se mostraron en franca rebeldía, amenazando peligrosamente Guadalajara.

5. Las visiones de fray Marcos: Cíbola

En México entonces se vivía la curiosidad que el relato de un indio había despertado en todas las conciencias conquistadoras. Contó el indígena que en su infancia había visitado siete maravillosas ciudades al norte de la Nueva España. Sin esfuerzo alguno, se vinculó el relato a la leyenda de las Siete Ciudades. Y así, mientras Hernando de Soto desembarcaba en las playas de la Florida, el fraile Marcos de Niza, ca-

pellán en la conquista del Incario, natural de Francia (Saboya), acompañado del hermano Honorato y de algunos indios *pimas* y del negro Estebanico, compañero del Alvar Núñez, partía costa arriba, saliendo de Culiacán. El virrey Mendoza proseguía la idea expansiva cortesiana movido por las leyendas y por los relatos de Alvar Núñez. Fray Marcos arribó el río *Yaquí;* de aquí prosiguió directamente al Norte, para torcer luego al Este y divisar los poblados de *Zuñi,* al oeste de Nuevo México. El negro Esteban de Azamor había marchado por delante, y, cruzando los llanos de Arizona, fue quien primero distinguió las *Siete Ciudades,* que llamaron *Tzíbola* o *Cíbola.* El negro cayó muerto a manos de los indios, y el fraile, sugestionado por la atmósfera y la distancia, creyó ver las *Siete Ciudades* famosas, que bautizó con el nombre de *Nuevo Reino de San Francisco;* la visión de fray Marcos se derramó por el paisaje que está a la altura del hoy estado de Kansas.

El retorno del fraile y su narración originó un movimiento general. Fray Marcos describió a la manera de las *Mil y una noches* lo que había visto. Mejor dicho, lo que había creído ver. El propósito del virrey Mendoza se reafirmó. Contaba con energía para ello y con los magníficos recursos que su rico virreinato le prestaba.

Francisco Vázquez de Coronado era el jefe de la mesnada integrada por trescientos españoles, ochocientos indios, caballos, cerdos y carneros. Esto como fuerza terrestre; porque por el mar navegarían dos barcos bajo el comando de Hernando de Alarcón. Coronado se puso en marcha desde Compostela en febrero de 1540; los barcos le siguieron por la costa con orden de mantenerse en estrecho y continuo contacto. Pero al final ambas fuerzas, la marina y terrestre, acabaron por separarse, Alarcón navegó y descubrió la boca del río Colorado, que exploró el 26 de agosto; mientras que Coronado, a la altura de *Sonora,* se desvió camino de Cíbola. Había transitado sobre la parte suroeste de Arizona. Al divisar las Siete Ciudades sufrieron un inmenso desencanto. No era la visión descrita por fray Marcos, ni la experimentada por Bernal Díaz ante México, sino la de unos vulgares pueblos que, aunque tenían originalidad en su estructura, no poseían los torreones, cúpulas y riquezas soñadas.

La expedición se dividió entonces. Una parte, bajo el mando de Melchor Díaz, hizo contramarcha y partió en busca del grueso. Así se efectuó y se procedió a explorar la cabeza del golfo californiano. El río *Colorado* fue atravesado. Otras exploraciones corrieron a cargo de Pedro Tovar, en la Provincia de *Tusayán,* en el noroeste de Cíbola.

Mientras Coronado, con Hernando de Alvarado, exploraba, en el valle del río, las tierras comprendidas entre Taos, Pecos y Alburquerque, López de Cárdenas se dirigía hacia Occidente hasta encontrar el *cañón del Colorado*, cuya magnitud y profundidad les asombró pareciéndoles "como si el agua no tuviese más de seis pies de ancho, aunque los indios aseguraban que tenía media legua".

Los cuarteles de invierno fueron enclavados hacia el centro de Nuevo México, en *Tiguex*, junto al Río Grande. En la primavera de 1541 siguió Coronado en busca de la ciudad de *Quivira*, fantásticamente descrita por un indio prisionero. Tocó las fronteras del actual Oklahoma. Avanzó sólo con treinta jinetes al Noroeste con el fin de cerciorarse de lo que había de cierto en el relato indio. Tras cabalgar seis semanas llegaron a la meta: Quivira era una aldea mísera de indios seminómadas, situada en el centro, cerca de *Kansas* (Wichita). Varios centenares de kilómetros al Sureste, en el estado de Arkansas, andaba vagabundeando Hernando de Soto. A la primavera siguiente regresó Coronado a las bases de Nueva España. En la región de las fértiles praderas quedaron dos misioneros y algunos expedicionarios.

El nivel de la penetración hispana en Estados Unidos de América había alcanzado su máximo con las entradas de Coronado y De Soto. Cierto que ellos no lograron sus principales objetivos; pero no menos cierto es que estos no existían y, sin embargo, sirvieron para hacer geografía y trazar la ruta de futuras colonizaciones. Por obra de Ponce de León se conocía la Florida; gracias a Cabeza de Vaca se anduvo el hoy llamado *American Sáhara;* a De Soto debemos el mejor conocimiento del Mississipí muchísimos años antes de que los franceses llegaran a él desde el Canadá; por empeño de Coronado se recorrieron extensas zonas centrales de Estados Unidos de América, y se halló el río y cañón de Colorado; y debido a la expedición marítima de Alarcón se supo que California no era una isla –la isla de Santa Cruz–, sino una península.

6. Alvarado muere en Nueva Galicia

En 1539 –al tratar de la conquista de Honduras– nos separamos de Pedro de Alvarado, conquistador de Guatemala. Sus últimas empresas quedan sin tocar a causa de que su actuación postrera está íntimamente ligada a este paisaje michoacano donde ahora nos movemos. El ade-

lantado Alvarado había marchado a la Corte, por segunda vez, llegando en 1537. En la Península Ibérica, Alvarado contraería nuevo matrimonio con doña Beatriz de la Cueva, hermana de su anterior y fallecida esposa. Dos años después, a principios de 1539, tres naos gruesas abandonaban Sanlúcar de Barrameda llevando a bordo al conquistador, a su esposa y a un lucido grupo de damas jóvenes y nobles. Los barcos fondeaban en Puerto Caballos el Viernes Santo de 1539, y el 15 de septiembre estaban los pasajeros aposentados en la ciudad guatemalteca de Santiago. Había permanecido Alvarado unos cinco meses en Honduras arreglando, entre otras cosas, algunas diferencias surgidas con Francisco de Montejo, adelantado del Yucatán y gobernador de Honduras.

Los planes descubridores de Alvarado le impedían permanecer mucho tiempo en su gobernación, a la que, sin embargo, favoreció y dedicó máximos cuidados. Estaba preocupado con la organización de una hueste que embarcaría rumbo a la Especiería. A finales de 1540, la armada dejaba el puerto de *Acajutla* y se remontaba hacia el norte bordeando la costa. Primero de septiembre debió ser el día de la partida, porque a últimos de noviembre ya singlaban en Michoacán.

Arribaban las fuerzas del adelantado en el crítico momento en que se desarrollaba la sublevación indígena de la Nueva Galicia. Solicitada su ayuda, Alvarado no dudó en prestarla, y determinó marchar sobre Guadalajara, que era el punto más amenazado. Pero enterado el virrey Mendoza de la estancia de Alvarado en el puerto de Navidad, le envió un mensajero citándolo en un lugar intermedio entre la costa y México para tratar de asuntos de interés.

El virrey estaba entonces metido en empresas descubridoras que afectaban al norte del virreinato. Fray Marcos de Niza había ya traído noticias sobre *Cíbola* o *Tzíbola*, el actual Nuevo México, y de sus riquezas. Fantasía pura todo. Pero el virrey se había entusiasmado y había despachado una expedición por tierra al mando de Francisco Vázquez de Coronado, y otra por mar que comandaba Hernando de Alarcón, según narramos ya. Dentro de estos planes conquistadores le parecía a don Antonio de Mendoza que Pedro de Alvarado encajaría perfectamente y llevaría a cabo la conquista de las tierras norteñas avizoradas por fray Marcos.

La entrevista entre ambos personajes tuvo lugar en el pueblo de *Tiripioti*, provincia de Michoacán. Aunque hubo "alguna discordia" según el virrey, ambos hombres se pusieron de acuerdo y suscribieron el 29 de noviembre de 1540 un "asiento y capitulación para la perse-

cución del descubrimiento de tierra nueva hecho por fray Marcos de Niza". Una de las cláusulas del acuerdo rezaba: "Es condición que esta compañía, asiento y capitulación de ella, haya de durar y dure por espacio de tiempo de veinte años..." No iba a durar ni un año. El destino le tenía preparada una trágica jugarreta a Alvarado, andarín de Antillas, México, Guatemala, El Salvador, Perú... y soñador de Especiería.

Veinte años después de la conquista de Tenochtitlán, en la que él fue personaje decisivo, abandonaba Alvarado la ciudad de la laguna y se ponía en camino hacia el puerto costero de Santiago de Nueva Esperanza. Mientras, la rebelión de los indios en Nueva Galicia aumentaba en proporciones alarmantes. El gobernador Cristóbal de Oñate, enterado de la cercanía del famoso capitán, le pidió auxilios. De buena gana se ofreció el adelantado. Inmediatamente repartió sus fuerzas y él con cien hombres escogidos marchó sobre Guadalajara, donde entró el 12 de junio. Los indios alzados se habían fortificado en el pueblo y peñón de *Nochistlán* y en la sierra de *Juchipilla* y del *Mixton*. Aunque llovía fuertemente, imposibilitando las operaciones de la caballería, Alvarado determinó atacar a los indios, pues "en cuatro días quería allanar la tierra por convenirle embarcarse para su viaje". Oñate le hizo ver las inconveniencias de operar con tal tiempo; pero Alvarado le contestó: "Vergüenza es que cuatro gatillos encaramados hayan dado tanto tronido que alborotan al reino". Y agregó más adelante: "Ya está echada la suerte, yo me encomiendo a Dios."

Las tropas del adelantado se dirigieron al pueblo de Nochistlán. Marchaban españoles e indios de Michoacán. Unos diez mil indios rebeldes, protegidos por siete albarradas, recibieron a las fuerzas atacantes y le obligaron a retroceder. Era imposible maniobrar. La infantería se enterraba en el fango, y la caballería chapoteaba en las ciénagas llenas de cardones y magüeyales. La orden de retirada fue seguida por toda la hueste, que sintió, entonces, el acoso de la indiada por la retaguardia. Cuando por fin llegaron a terreno firme, estaban en una quebrada por donde corría un río entre los pueblos de *Ayahualica* y *Acacico*. Las tropas comenzaron a subir una áspera pendiente para salir de la quebrada. Delante, preso de pánico, marchaba el escribano Baltasar de Montoya sin hacer caso de los gritos que le daban para que se sosegara. A nada atendía Montoya, y espoleaba a su cabalgadura hasta que ésta dio unos pasos en falso y cayó rodando sobre los hombres que venían detrás. Uno de éstos era Pedro de Alvarado, sobre

quien dio de lleno el animal, pues la armadura le restó agilidad. Dióse cuenta de su final, y cuando le preguntaron qué le dolía, contestó: "El alma."

Con toda urgencia lo trasladaron a Guadalajara, donde el 4 de julio de 1541 moría este conquistador de México, Guatemala, El Salvador y otras tierras, al tiempo que decía a Oñate: "He cumplido, señor, la palabra que os di, de que primero me faltaría la vida que desamparase el reino."

La desaparición de Alvarado fue como un toque de clarín que avivó la sublevación indígena. No sólo se hizo ésta más intensa, sino más extensa. Guadalajara estaba casi indefensa, porque las fuerzas de Alvarado, muerto éste, abandonaron el teatro de operaciones y se embarcaron en sus navíos. Oñate escribió desesperadamente pidiendo ayuda al virrey, quien le envió unos setenta caballos mandados por el capitán Juan de Anuncibay. El asedio a la capital cesó con los ataques que efectuaron estas tropas frescas y, sobre todo, por una salida general que Oñate dirigió jugándose el todo. La operación se vio coronada por el éxito.

Fue, sin embargo, necesaria la presencia del virrey en persona y de sus fuerzas para extinguir totalmente la rebelión. Se temía que los indios de Michoacán estuviesen en inteligencia con los de *Cholula, Guaxocingo, Tepeaca, Tezcuco* y otras zonas. El 8 de octubre partía de México el ejército virreinal, formado por españoles e indios, equipados éstos con pertrechos hispanos, y mandados todos por el célebre Andrés de Urdaneta. La potencialidad del ejército en marcha y su cantidad permitió la rápida pacificación de la provincia.

A Urdaneta lo encontraremos nuevamente en la conquista de Filipinas.

7. Ayllón y Esteban Gómez

En el mapa de Juan de la Cosa de 1500 aparece junto al Labrador esta leyenda: "Mar descubierto por ingleses." Hace referencia al descubrimiento de dicha península en 1497. Descubierta Terranova en 1500 por Corté Real, y Florida, en 1512, por Ponce de León, quedaba únicamente por reconocer la costa atlántica de los actuales Estados Unidos de América, de Florida al Canadá. Faltaba también, como sabemos, explorar la costa del Golfo de México. Esta última cupo a Hernández de Córdoba, Grijalva y Pineda recorrerla entre 1517 y

1519. Casi al tiempo que Cortés irrumpía sobre Tenochtitlán, Lucas Vázquez de Ayllón navegaba por esta costa atlántica desconocida. Entusiasmado por los éxitos de Cortés, Ayllón –oidor de la Española– se asoció con el escribano Diego Caballero y enviaron en 1520 una carabela mandada por Francisco Gordillo hacia el subcontinente norte. En las Antillas se sentía ya falta de mano indígena y las Lucayas estaban agostadas como vivero, por lo cual nada extraño tiene que otro oidor de St. Domingo –Juan Ortiz de Matienzo– remitiera también un barco dirigido por Pedro de Quexos. Este se encontró con la nave de Caballero y ambos, unidos, navegaron hasta los 37° por las costas de una región que los indios llamaban *Chicora*. Uno de los barcos se perdió y el otro regresó, pasando Quexos al servicio de Ayllón, quien, en unión del esclavo Francisco Chicora, embarca para España con el fin de capitular con la Corona. Las tierras que les interesaban las describen los documentos de entonces como "muy fértil y rica e aparejada para se doblar, porque en ella hay muchos árboles y plantas de las de España e las gentes (son) de buen entendimiento y más aparejadas para vivir en policía que la de la ysla Española ni de las otras islas"... Fernández de Oviedo, que se encontró con Ayllón en Guadalupe cuando iba hacia la Corte, oyó todos estos elogios y dice que el oidor tenía al indio Francisco como un oráculo. Ayllón ambientaba las narraciones mostrando un hueso raído de cinco palmos, que decía pertenecer a un gigante de aquellas tierras... Pero el hueso no era de Chicora. Y Chicora posiblemente sea la actual *Yuchee*.

En junio de 1523 fueron redactadas unas capitulaciones en las que se concedía licencia a L. V. de Ayllón "para proseguir el descubrimiento de las provincias e islas de Duache e Chicoraza, Pyraita, Tancal, Anicatiye, Cecayos", etc., y otras tierras no descubiertas que no cayeran dentro de los límites reservados a Portugal. El plazo otorgado para tal descubrimiento y anexión era el de seis años. Dada la guerra que había entonces con Francia, Ayllón pidió un plazo para hacer sus preparativos, regresando a Santo Domingo, desde la cual envía dos carabelas con Quexos hacia Chicora, que regresaron pronto trayendo algunos indios y muestras de oro. Como no tenía suficiente dinero para llevar a cabo la expedición colonizadora definitiva, Ayllón se valió de sus amigos y se preparó para ir personalmente tras los viajes de tanteo. Refiriéndose a esto en la Corte, Anglería escribía: "Va a ir Ayllón y le seguirán, porque esta nación española es tan amante de cosas nuevas, que a cualquier parte que, sólo por señas o con un silbido, se le llame para algo que ocurra, de seguida se dispone a ir volando; deja lo segu-

ro por esperanza de más altos grados, para ir en pos de lo incierto..."

A mediados de 1526 partió Ayllón de Puerto Plata, al norte de la Española, con seis navíos provistos de bastimentos y con 500 hombres y mujeres a bordo. Iban también frailes dominicos, uno de los cuales era nada menos que fray Antonio de Montesinos, el del célebre sermón. En las cercanías del actual Cabo Fear, junto a la boca de un rio que llamaron *Jordán*, procedieron a desembarcar. Los indios intérpretes, entre ellos Francisco Chicora, huyeron, y los expedicionarios no encontraban las tierras nombradas en las capitulaciones. Subieron más al Norte, hasta los 33°, donde fundaron *San Miguel de Guadalupe*, en terrenos sembrados de pantanos y marismas. Fernández de Oviedo nos ha transmitido una buena descripción de la geografía física y humana de la zona, tentadora en todos los aspectos, pero, pese a ello, la fundación no prosperaba. El frío mataba a la gente y el mismo Ayllón sucumbió el 18 de octubre de 1526, "arrepentido de sus culpas e de sus pensamientos e armadas", manifiesta Oviedo. Las disensiones hicieron presa de los pobladores, que se morían de frío. Acordado el regreso en compañía del cadáver de Ayllón, éste no pudo llegar a la Española, pues fue arrojado al mar durante una tormenta. De los 500 expedicionarios, retornaron 150. Expresivo balance, que nos exime de comentar los resultados de la colonización al Norte. Las tierras fueron difamadas, y años más tarde Herrera decía: "Aquella tierra era mísera..."

Meses antes de que Ayllón capitulara, en 1523, el portugués Esteban Gómez, habiendo justificado su deserción de la armada magallánica, capitulaba también para encontrar, más al Norte que Ayllón, el estrecho hacia las Molucas. Gómez proponía descubrir el paso del N. O., cosa que desechaba Pedro Mártir y otros del Consejo; pero el Emperador accedió y se le facilitó un barco a Esteban Gómez. A finales de 1524 zarpó *La Anunciada* de La Coruña, y en junio de 1525 estaba de regreso, cuando Loayza ultimaba su expedición a Oriente. Los resultados del viaje de Gómez fueron nulos, ya que no encontró el pasaje prometido entre la Florida y la Tierra de los Bacalaos. Hay diversos pareceres en cuanto a la ruta seguida, ya que algunos autores sostienen que navegó de Norte a Sur, de Terranova a Florida; mientras que otros historiadores sostienen la ruta inversa.

Casi al mismo tiempo que regresaba Gómez y zarpaba Loayza tenía lugar la irrupción a Nueva Galicia y una flota procedente de Cuba era arrojada a las costas de la Florida (1528).

8. Las andanzas de Alvar Núñez

La flota procedente de Cuba arrojada por un huracán sobre las costas de la Florida (1528) pertenecía a la armadilla de Pánfilo de Narváez, quien, en 1527, había zarpado de España con intención de poblar en la desembocadura del *río de las Palmas* (actual Soto la Marina), pues el rey le había concedido toda la costa del golfo de México. En cinco naves llevaba seiscientos soldados, algunas mujeres de éstos, frailes y negros. Tras el referido ciclón la flota fue a recalar en la bahía de *Tampa*. Aquí la expedición se dividió; Narváez ordenó a las naos que fueran costeando el litoral hacia el Pánuco, mientras que el jefe con trescientos hombres partía por tierra (1.º de mayo). Entre los trescientos iban el comisario fray Juan Suárez, fray Juan de Palos y tres clérigos, amén de los oficiales reales, de los que Alvar Núñez Cabeza de Vaca formaba parte como tesorero. Ya nunca más se vieron barcos y desembarcados. Las naos navegaron en la dirección señalada, y no hallaron un refugio idóneo para aguardar a Narváez; retornaron a Tampa, buscaron al capitán, y, tras un año de inútiles esfuerzos, hicieron vela hacia México. ¿Y Narváez?

Narváez, con sus hombres y caballos, avanzó penosamente sobre bosques y tierras pantanosas hasta dar con la aldea indígena de *Apalache*, cerca de *Tallahassee*. Acosados por la indiada, aguantaron durante veinticinco días, al final de los cuales caminaron en busca de la costa. Con increíbles medios fabricaron cinco botes donde, como pudieron, se acomodaron los doscientos cincuenta y dos hombres que permanecían vivos. Peligros y sufrimientos hicieron penosa la navegación costera que seguían. En noviembre de 1528 sólo quedaban ochenta expedicionarios muertos de frío en unas canoas. Tocaron en una isla, frente a la futura Galveztown, que el historiógrafo de la expedición, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, bautizó con el significativo nombre de *Malhado* o Mala Suerte. Narváez desapareció tragado por el mar una noche que el viento lo arrojó de su bote. Los demás, pasaron a tierra y se dedicaron a vagar y a morirse de hambre y frío. El grupo se redujo a quince. Cabeza de Vaca, con sus compañeros, cayó en manos de los indígenas. Poco después logró escapar con un compañero de nombre Oviedo, el cual se negó a proseguir el viaje, quedando Alvar Núñez solo. Fácilmente le recapturaron otros indios, que tenían en su poder a cuatro compañeros: Dorantes, Castillo, Maldonado y el negro Estebanico. Seis años, como esclavos primeramente y como taumaturgos luego, convivieron con los indígenas estos cinco supervivientes de la ar-

mada. Los indígenas les atribuyeron la virtud de hacer milagros, y ellos, soplando sobre los enfermos y rezando, lograron sorprendentes curaciones. Aquellos cinco infelices eran los primeros en maravillarse ante los resultados obtenidos por obra de su fe. "En todo tiempo –recuerda Alvar Nùñez– nos venían de muchas partes a buscar, y decían que verdaderamente nosotros éramos hijos del Sol. Dorantes y el negro hasta allí no habían curado; mas por la mucha importunidad que teníamos, viniéndonos de muchas partes a buscar, venimos todos a ser médicos, aunque en atrevimiento y osar acometer cualquier cura era yo más señalado entre ellos." En 1534 lograron evadirse, yendo a parar a otra tribu que abandonaron a los ocho meses, siguiendo hacia el Oeste. Caminaban cubiertos de pieles, con largas barbas, curtidos por el sol y el aire. Los indígenas les seguían atraídos por sus curaciones. "Con frecuencia –escribe Alvar Núñez– nos acompañaban de tres a cuatro mil personas, y como teníamos que soplar sobre ellas y que santificar las comidas y bebidas para cada cual, y darles permiso para hacer multitud de cosas, según venían a solicitarlo, fácil es comprender cuán grandes eran nuestras fatigas." Diez meses duró el viaje desde la actual Texas hacia su objetivo. Habían torcido el rumbo hacia el Sur, procurando seguir el litoral del golfo mexicano. En su larga marcha pasaron cerca de *Cerralvo, Monterrey* y *Monclova;* atravesaron el río Bravo por encima de su confluencia con el *Pecos;* siguieron el curso del Bravo hasta alcanzar donde hoy está *El Paso;* volvieron a cruzar el río y siguieron por *Sonora* hacia *San Miguel de Culiacán.* Habían transcurrido ocho años de aventura y habían atravesado Texas y Coahuilas. En ocasiones, la marcha se hizo en el más atroz primitivismo. Días anduvo Alvar Núñez desnudo –"como nasci"–, llevando una brasa encendida, que en las noches guardaba en un hoyo, donde ponía leña para calentarse metido en una gavilla de paja, hasta que una noche el fuego cayó sobre su envoltura y le cortó el sueño chamuscándole los pelos. Los relatos fantásticos de estos hombres, unido a los de fray Marcos de Niza, crearon toda una delirante geografía que actuó como imán. En un principio el mito o leyenda había estado personificado en el llamado *estrecho de Anián* o reino de Anián. Dada su inexistencia, se hace difícil localizarlo; pero basta con señalar la zona situada al norte de California y de Quivira. El nombre se encuentra sin ambages en la documentación de la época; por ejemplo, en fray Antonio de la Ascensión: *Relación descriptiva.* Pero la leyenda de Anián fue suplantada por la de la *Gran Quivira o Cibola,* en Nuevo México y Texas. Hacia ella se encaminaron prontamente las expediciones.

Una de ellas, en territorio texano, fue la de Luis de Moscoso, segundo de la expedición de Hernando de Soto a la Florida. La tentativa de Soto, fracasado, esparció los hombres más hacia el Oeste, siguiendo el desplazamiento del eje histórico.

9. De Soto y el Mississipí

Hernando de Soto, soldado en la sumisión del incario, era uno de los mejores jinetes de la conquista. Rico, regresó a España. Y Carlos I, dadivoso, le premió con el cargo de gobernador de Cuba y adelantado de la Florida, comisionándolo para colonizar todo el sur de los Estados Unidos de América.

De Soto, en palabras del Inca Garcilaso, "fue más que mediano de cuerpo, parecía bien a pie y a caballo. Era alegre de rostro, de color moreno, diestro en ambas sillas, y más de la jineta que de la brida. Fue pacientísimo en los trabajos y necesidades, tanto que el mayor alivio que sus soldados en ellas tenían era ver la paciencia y sufrimiento de su capitán general".

"Era venturoso en las jornadas particulares que por su persona emprendía, aunque en la principal no lo fue, pues al mejor tiempo le faltó la vida..." Sigue el cronista mestizo loando al conquistador, cuya severidad y valor admira.

Marchaba el jerezano –puesto que en Jerez de los Caballeros había nacido– a conquistar las tierras que otrora se dieron a Pánfilo de Narváez y a Lucas Vázquez de Ayllón, y a continuar su actuación en Indias, puesta de manifiesto ya en América Central y Perú. La célebre *Relación* del hidalgo de Elvas, compañero en la aventura, recoge ampliamente el acontecer de Soto a partir del momento en que capitula con el rey y engarza su quehacer con la fracasada expedición de Narváez y Cabeza de Vaca (20 de abril de 1537).

La expedición, compuesta de siete navíos y tres bergantines, se hizo a la mar en abril de 1538. Lo contado por Alvar Núñez sobre la Florida animó a muchos a partir con De Soto, aunque el mismo Cabeza de Vaca no quiso ir, "porque él esperaba pedir otra gobernación y no quería ir debajo de la bandera de otro". La gobernación que se le dio a Cabeza de Vaca fue la del Río de la Plata. Fue tanta la gente que se juntó para ir con Soto "que en Sanlúcar quedaron muchos hombres de bien con sus haciendas vendidas, que no hubo embarcación para ellos, cuando para otras tierras conocidas y ricas suelen faltar".

Toques de trompetas y descargas de artillería anunciaron el cruce de la barra sanluqueña. Quince días tardaron en llegar a la Gomera, en Canarias, donde les recibió el conde de ella, que "andaba todo vestido de blanco, capa y pelliza y calzas y zapatos y caperuza, que parecía conde de gitanos". A los ocho días abandonaron el archipiélago canario y arribaron a Cuba el día de Pascua del Espíritu Santo. Rápidamente se aposentaron en tierra de cuatro en cuatro y de seis en seis "por estancias o quintas, según la posibilidad de los dueños". Dejando al hidalgo Juan de Rojas como lugarteniente del gobernador de Cuba, y a su mujer Isabel de Bobadilla (hija de Pedrarias Dávila) en La Habana, De Soto partió rumbo a la Florida el 18 de mayo de 1539. El 30 fondeaban los nueve navíos con seiscientos veinte hombres y doscientos veintitrés caballos en la conocida bahía de Tampa. Casualmente se encontraron con Juan Ortíz, un sevillano superviviente de la armada de Narváez, que ya llevaba doce años haciendo vida primitiva con los indígenas.

Inmediatamente comenzaron los preparativos de la entrada; los barcos retornaron a Cuba con orden de regresar dentro de cierto plazo con bastimentos; en el puerto quedaron cien hombres, y De Soto se internó hacia la provincia de *Paracoxis*. El interés de la penetración va a ser negativo en el aspecto conquistador, aunque lo será positivo en el geográfico. Inútil por ello mencionar todo el bagaje de toponímicos indígenas que el hidalgo de Elvas consigna. Bástanos con saber que durante el verano se verificaron diversos reconocimientos y se alcanzó la región *Apalache*, anterior meta de Narváez. Allí invernaron. Habían hecho diversas capturas de indígenas, a los cuales "llevaban en cadenas, con collares al pescuezo, y servían para llevar el hato y moler el maíz, y para otros servicios que así presos podían hacer. Algunas veces acontecía, yendo con ellos por leña o maíz, matar al cristiano que los llevaba y huir con la cadena, y otros, de noche, limarla con un pedazo de piedra"... De estos cautivos, muchos sucumbieron en el invierno. Por entonces ordenó Soto que se le unieran los hombres que había dejado en el *Puerto del Espíritu Santo* (Tampa). A principios de marzo de 1540 abandonó Apalache y enrumbó hacia el Noreste, a través del actual estado de Georgia, en demanda del país que los indios decían se encontraba al otro lado del mar. Al tocar los bordes del río *Savannah* torció hacia el Noroeste, atravesó las *Montañas Azules* cerca de la frontera de *Tennessee;* luego cambió al Suroeste a través de Georgia y Alabama, yendo a parar cerca de la bahía de *Mobila* (octubre).

Vivaquearán en la aldea india de *Mauvilla,* escenario del más fuerte ataque indio, y que abandonaron para ir hacia el Noroeste. Toparon con *Chicasa,* "un pueblo pequeño de veinte casas". Pasaron allí grandes fríos; la nieve les azotó y no tenían donde cobijarse. Los indios de la localidad entraron en contacto con los recién llegados, aficionándose tanto a la carne de cerdo, que cada noche venían a unas casas que estaban a un tiro de ballesta del real, donde los puercos dormían, y se llevaban los que podían. Viéronse obligados a asaetear a algunos y a cortarles las manos a otros. En marzo de 1541 tuvieron que experimentar el mayor desastre de la jornada, ya que los indígenas les atacaron inesperadamente e incendiaron los cuarteles de invierno. Once españoles, cincuenta caballos y varios centenares de cerdos perecieron en esta desventura. Reemprendió la marcha hacia el Noroeste. "Anduvo siete días por un despoblado de muchos pantanos y matas espesas; pero todo a caballo se podía andar excepto algunas balsas o lagunas que se nadaban", hasta que el 8 de mayo de 1541 encontraron el "rio grande" o *Mississipí.* Tenía "cerca de media legua de ancho; estando un hombre de la otra parte quieto, no se divisaba si era hombre u otra cosa. Era de muy grande hondura y de muy dura corriente; traía siempre agua turbia; por él abajo, continuamente, venían muchos árboles que la fuerza del agua y corriente traía." De este modo se describió el "padre de las aguas", ante cuya turbulenta corriente permanecieron un mes haciendo piraguas para atravesarlo. Lo hicieron el 8 de junio, al sur de la actual *Memphis.* No hubo bautizo del río; Pineda, el primero en hallar su desembocadura, lo denominó *Río Grande del Espíritu Santo;* el hidalgo de Elvas lo llama *Río Grande;* otros lo denominaron *Río de la Culata* o *Río de la Palizada.* Sus nombres indígenas eran muchos, variando a lo largo de su recorrido, pero con el tiempo prevaleció uno de éstos: *Meact-Massipi* (padre de los torrentes o de las aguas).

El río había sido cruzado. Han transcurrido varios años desde que abandonaron La Habana. No han fundado nada, no han evangelizado nada. El invierno se les volvió a echar encima. De Soto anhelaba "ya dar nuevas de sí en Cuba, para que le fuese socorro de gente y caballos, que pasaba de tres años que doña Isabel, que en La Habana estaba, ni otra persona que en tierra de cristianos estuviese, no había sabido de él, y faltábanle ya doscientos cincuenta cristianos y ciento cincuenta caballos..."; por eso determinó remitir un navio a Cuba y otro a México con noticias de su expedición y en busca de refuerzos para proseguir. Era terco. Marchaban ya dentro del hoy estado de *Arkansas.*

Hernando de Soto, *conquistador en América Central, Perú y tierras en torno al río Mississippí que descubre y en cuyas orillas muere en 1542. Según las* Décadas de A. de Herrera.

Sobrevino otro crudo invierno. Las nieves los bloquearon. Tenía trescientos hombres y cuarenta caballos, algunos mancos, sin herraduras. Hasta el intérprete Juan Ortiz se les murió, haciéndoles la marcha más penosa, porque el joven indio que sucedió a Ortiz dominaba mal el castellano y a veces se equivocaban de ruta, siguiendo sus indicaciones, o tardaban un día en enterarse de lo que otras veces conocían en unos cuantos minutos. El proyecto de Hernando de Soto era el de llegar al mar; pero el camino era tan dificultoso y las subsistencias se hacían tan difíciles, que De Soto sólo de preocuparse enfermó. La enfermedad hizo crisis, y el gobernador, presintiendo su fin, llamó a los oficiales reales y a los principales capitanes, con el fin de dirigirles la palabra. Para evitar divisiones internas les suplicó que eligiesen un sucesor antes de que él muriese, recayendo la designación en Luis de Moscoso. Al día siguiente, 21 de mayo de 1542, falleció Hernando de Soto. Su cadáver, "secretamente, lo mandó Luis de Moscoso meter en una casa, donde estuvo tres días. Y de allí, de noche, en una parte del pueblo, a la parte de dentro, lo mandó enterrar. Y como los indios lo habían visto enfermo y lo echaban de menos, sospechaban lo que podía ser. Y pasando por donde estaba enterrado, viendo la tierra removida, miraban y hablaban unos con los otros. Sabido por Luis de Moscoso, de noche lo mandó desenterrar. Y dentro de las mantas con que estaba amortajado fue echada mucha arena, con lo que en una almadía fue llevado y echado en el medio del río". Moscoso pretendía mantener la influencia psicológica sobre los indios de los aledaños ocultándoles la muerte del jefe que se había hecho llamar hijo del sol, y a lo cual ellos, ingeniosamente, habían contestado que si era hijo del sol secase el gran río que tanto les molestaba... El cuerpo de Soto reposaba en su tumba acuática y la mesnada vivaqueaba en la orilla del río sin saber qué hacer. Algunos de los expedicionarios se "alegraron con la muerte de don Fernando de Soto –aclara el de Elvas–, teniendo por cierto que Luis de Moscoso (que era dado a la buena vida) desearía más verse descansado en tierra de cristianos que continuar los trabajos de la guerra, de conquistar y descubrir, de lo que ya estaban enojados, por ver el poco interés que se seguía".

El clímax espiritual de la hueste era natural. Andaban cansados. Aburridos de caminar de un lado a otro. Asqueados de ver cómo los indígenas extraían limpiamente la cabellera del caído y la colocaban como trofeo en los ástiles; hartos de comer maíz, carne de cerdo y caballo; molestos de vestir cueros y calzar algo que no eran zapatos; deseosos de ver mujeres blancas... Hubo junta de capitanes. Determina-

ción: ir a México por tierra. Tomaron hacia el Suroeste, por Texas, llegando quizá hasta el *río de la Trinidad*. La falta de bastimentos les compelió a dar la vuelta y volver al Mississipí, porque "el gobernador, que deseaba ya verse donde pudiese dormir su sueño tranquilo, antes que gobernar y conquistar tierras donde tantos trabajos se le ofrecían, luego hizo volver atrás, por donde habían venido". El punto de recalada se llamaba *Aminoya* y allí, a principios de 1543, iniciaron la construcción de siete bergantines. El hierro de las municiones y el de las cadenas para los esclavos fue fundido en las fraguas para hacer clavazón. Gracias a Dios, en la hueste había un portugués que sabía aserrar, un genovés que entendía de fabricar barcos, cinco vizcaínos familiarizados con la industria naval, un tonelero... Partieron de *Aminoya* el 2 de julio de 1543. Previamente mataron los caballos –salvó veintidós– y los cerdos, cuyas carnes secaron, y libertaron quinientos indios, excepto cien, que embarcaron con trescientos veintidós españoles. No tenían armas de fuego, y los ataques de la indiada les puso muchas veces en apurados trances. A los dieciséis días llegaron al mar. La duda que se les presentó era la de seguir bordeando la costa hasta llegar al Pánuco o cruzar el golfo para ir a dar con Cuba. Hubo pareceres para todo, y un intento de cruzar fue abandonado por el de costeo. Singlaron en el río *Pánuco* (Tampico) el 10 de septiembre de 1543, después de cincuenta y dos días de navegación. La alegría de ver indígenas vestidos a la española y hablando castellano fue inmensa, "porque les pareció que entonces nacieron. Y muchos saltaron a tierra y la besaban"... Hacía cuatro años, tres meses y once días que habían desembarcado en la bahía de Tampa. De los seiscientos veinte sobrevivían trescientos once. De este modo, y con este resultado, concluía una de las más importantes exploraciones en Estados Unidos de América, comparable sólo con la que Coronado hizo en el Suroeste.

Aquel puñado de andariegos, todos "vestidos de cueros de venado, curtidos y teñidos de negro, a saber: sayos, calzas y zapatos", barbudos y tostados por el sol, fueron recibidos en México espléndidamente. El virrey don Antonio de Mendoza los agasajó cumplidamente.

10. Población de Nueva Vizcaya

Han pasado muchos años. Un largo lapso de inactividad conquistadora se ha dejado sentir sobre los campos de Arizona, Texas, Utah, Colorado, Kansas, Oklahoma, etc. Sin embargo, la frontera del virrei-

nato neohispano había avanzado hacia el Norte hasta la fundación de Santa Bárbara. Era el foco expansivo de próximas proyecciones.

En el año de 1554, el capitán Francisco de Ibarra principiaba sus exploraciones en *Nueva Vizcaya.* Ibarra pertenecía a una familia que había descollado en la conquista de Nueva Galicia; también ha destacado en ella Cristóbal de Oñate, padre de un hombre con quien prontamente entablaremos conocimiento. Los Oñate y los Ibarra, pues, se codean en Nueva Galicia y se han interesado por negocios de minas.

Don Diego de Ibarra, hombre influyente, obtuvo licencia para su sobrino Francisco en la que se concedía la conquista de tierras situadas más allá de Zacatecas.

Don Francisco de Ibarra era un hombre demasiado joven –había nacido en Guipúzcoa en 1539–; pero es posible explicar esta concesión a casi un niño si se piensa que el tío asumía la responsabilidad y contaba con veteranos de Nueva Galicia capaces de asesorar al sobrino. La expedición se preparó en Zacatecas, a costa de los Ibarra, y se formó a base de españoles e indios mexicanos y tlaxcaltecas. A principios de 1554 abandonaron los conquistadores-colonizadores la ciudad minera. A finales de diciembre entraban en un poblado que llamaron *San Miguel,* probablemente San Miguel de Mezquital, cerca de los límites de Zacatecas y Durango. La tarea evangelizadora fue desarrollada prestamente, ya que el elemento religioso iba bien representado, y por entonces un ciclo de discusiones y revisiones habían introducido positivas medidas en la acción conquistadora. Por primera vez, estando en San Miguel, oyeron los españoles hablar de las minas de San Martín, cuyos depósitos se hallaron sin dificultad. Negros esclavos, importados de Zacatecas, pasaron a explotar el mineral mientras los hispanos proseguían las exploraciones.

El lugar se transformó en núcleo minero y centro de operaciones. El nuevo punto incorporado se llamaba *Aviño,* y resultó ser también importante zona minera. De aquí pasaron al valle de *San Juan,* minas de *San Lucas, Valle de Guadiana* y *Zacatecas.* Tres meses había durado la entrada que trazó ya las rutas de las siguientes penetraciones y localizó los puntos donde se alzarían las fundaciones mediante la actividad de Ibarra y otros jefes (Juan de Tolosa y Luis Cortés). En julio de 1562, Francisco de Ibarra fue investido con el cargo de gobernador y capitán general para proseguir la anexión de los territorios al norte de San Martín y de Aviño. Debía al virrey don Luis de Velasco tal comisión.

Aceptó Ibarra la misión, y dio comienzo a los preparativos en Za-

catecas, terminándolos en San Martín. El 24 de enero de 1563 partió de la última localidad y se encaminó hacia el sitio donde fundó la villa de *Nombre de Dios*, magnífico centro agrícola y minero (minas de Santiago). A esta fundación siguió la de *Durango*, en el valle de Guadiana (8 de julio de 1563). A Francisco de Ibarra le atraían hacía tiempo ciertos establecimientos de indios y ricas tierras radicadas al Norte, y que se conocían con el denominativo de *Copala* y *Topiamé*. Una especie de Cíbola y Quivira. Las indicaciones de una india le condujeron hacia una tierra atractiva que el conquistador describió al rey diciéndole que era "muy poblada, y la gente de más policía que se ha hallado en las Indias". Pero la conquista del poblado –*Topia*– le mostró cuán falsas eran las suposiciones. Incorporada Topia, desplegaron intensa actividad los franciscanos, fundando iglesias y conventos. Con la ayuda de éstos y de sus tropas fue recorriendo y sometiendo diversas zonas rumbo a Sinaloa, hasta entrar en tierras de Nueva Galicia.

La desazón fue enorme. Ibarra temía que sus gentes desertaran al comprobar que Topia no era la rica Copala, y que les había llevado a tierras donde ya estaban instalados otros españoles. Alguien le sugirió que se encaminase a las provincias de *Cinaro* y *Chiametla*. Reunió consejo de capitanes y acogió la sugerencia. El recorrido condujo a las tropas hacia el norte de Culiacán por una ruta que se deslizaba entre la sierra y el mar. Dejaron atrás el hoy río Mocorito y el de Sinaloa en pacífica marcha, y alcanzaron la provincia de *Ocoroni*, perteneciente a Luisa, la intérprete que llevaban, esposa del cacique de la región. La tal Luisa había estado con las huestes de Coronado, por lo que conocía bien las rutas de entrada. Los indios les recibían amigablemente, y los franciscanos, a través de Luisa, daban a conocer el Evangelio. Notaba Ibarra que se movían por comarcas muy pobladas, llenas de indios, por lo que estimó conveniente establecer un campamento reforzado con gentes traídas de Topia. Dieron marcha atrás hasta alcanzar de nuevo el río *Sinaloa* o *Petatlán*, lugar del fuerte que iban a alzar. Con miras a ulteriores operaciones, Ibarra determinó remitir representantes a diversos lugares en busca de apoyos. El iría a Culiacán; fray Pablo de Acevedo, a México, y otros dos capitanes, a Topia y San Martin.

Acordado todo esto, se pasó a elegir un lugar apto para establecer una villa; correspondió a las fértiles llanuras del *río Cinaro* ser elegidas, y prontamente se alzaron unas casas, un fuerte y una iglesia dentro del recinto de lo que sería San Juan de Sinaloa (mayo o junio de 1564). Por entonces llegó a la fundación una real cédula por la

cual se permitía a Ibarra proseguir la conquista aun en tierras que antes hubiesen sido descubiertas, pero que andaban desamparadas de religiosos. Con ello podía entrar en la provincia de Chiametla, cosa que no se había atrevido a hacer, debido a que la conquista se le había otorgado a un oidor de la Audiencia de Nueva Galicia. Oidor Morones, que nunca la había emprendido, y que ahora acababa de morir.

Llovía demasiado entonces. Pero la estación de las lluvias no amilanó a Ibarra, que, con veinte jinetes, galopó a Culiacán. Participó a su tío el propósito, recibiendo de éste socorros. Engrosada la hueste, partió para Chiametla en 1565, tardando once meses en conquistarla. Como de costumbre, Ibarra acordó una fundación que consolidara la conquista y, también como de costumbre, ordenó que se oficiase una misa ofrecida al Espíritu Santo, y que todos impetrasen inspiración para saber lo que habían de hacer y dónde alzar el poblado. Salió electo Hernando de Trejo para regir los destinos del pueblo que se llamó San Sebastián.

Ibarra abandonó la villa y se encaminó a San Miguel de Culiacán, y de aquí a Sinaloa, a cuyo frente estaba su maestre de campo Antonio Sotelo de Betanzos. Aún no había olvidado Ibarra los relatos semifantásticos sobre las tierras del Norte, y seguía pensando en llegar a ellas en cualquier momento. Es interesante establecer paralelo entre estas conquistas de ahora y las que se hacían en el primer tercio de siglo. La diferencia, impuesta por el Estado, por el mejor conocimiento de métodos, por la tierra y los hombres, etc., es abismal. Ibarra, por ejemplo, para esta entrada más al Norte sólo lleva unos setenta veteranos, bien equipados, que disgrega en pequeños grupos, y a los que asigna una india o indio intérprete y cocinero.

El avance se hizo por los valles y río de los Cedros, y por las laderas de la sierra en difícil ascensión. Los caballos se despeñaban y los mílites se abrían paso a machetazos. Desde lo alto de la cumbre divisaban verticales columnas de humo anunciando su presencia. A pesar de ello, la penetración era pacífica. Pasaron sobre los valles de *Señora* y *Corazones*, ya transitados por Vázquez de Coronado, y de nuevo sintieron la contrariedad de "descubrir" tierras ya reconocidas; pero continuaron al Norte hasta llegar a *Saguaripa*, donde los guías huyeron y los naturales abandonaron las tierras, llevándose todo. Estaban solos, sin alimentos, cercados por humaredas que transmitían un mensaje de guerra. La batalla era inminente, y se dio con pleno éxito, ya que entraron en *Saguaripa* bravamente defendida. El lugar no era idóneo para conservarlo y mantenerse en él. Ibarra, que prefería terreno

llano, reinició la marcha por la sierra hasta acampar a dos jornadas de lo que luego fue Nuevo México, lugar que no presintieron; pero sí comenzaron a desalentarse por no encontrar sitios poblados, y a temer por el regreso. Como siempre, hubo misa de Espíritu Santo y consejo general. Resultado: regresar. Estaban en *Casas Grandes*, en el extremo noroeste de Chihuahua. El retorno se hizo enfilando hasta la costa del Pacífico, rumbo al río Yaquí.

El radio de exploraciones llevadas a cabo por Francisco de Ibarra había ya alcanzado su máxima longitud. Muchas fundaciones habían consolidado estas exploraciones, y la Nueva España acrecentaba su patrimonio territorial con estas eficaces entradas. Ibarra organizaba rápidamente el territorio, instalaba a los religiosos, y ponía en funcionamiento sus recursos agrícolas y mineros. A Ibarra debe la Nueva Vizcaya su descubrimiento, anexión y primera organización.

11. Nuevo México: Oñate

Si a Francisco de Ibarra, pariente de los Ibarras vinculados a la conquista de Nueva Galicia y a la explotación de las minas de Zacatecas, cupo organizar la Nueva Vizcaya, fue a Juan de Oñate, un criollo, hijo de Cristóbal de Oñate, que hemos conocido en Nueva Galicia, a quien tocó anexionar Nuevo México (el último de los cuarenta y ocho Estados que ingresaron en la Unión), al tiempo que se fundaba Virginia.

También por entonces los franceses se insinuaban en el Canadá y Florida, y los ingleses se hacían notar con las depredaciones de Drake en el Pacífico (1579) y establecimientos en la costa atlántica. Casi acababa el siglo XVI. En lo fundamental, España había conquistado América y la había organizado. Lima y México eran ya florecientes capitales con Universidades (1551), y una imprenta había dejado sentir su crujir desde 1539 (México). Sin embargo, la expansión al norte de la Nueva España no era total ni se había consolidado. ¿Causa? Las ya enunciadas. Pero ahora resultaba que un peligro en forma de tenaza se asomaba por el Pacífico y el Atlántico. Se suponía que Francis Drake había encontrado, por fin, el estrecho de Anián, que comunicaba por el Norte a un océano con otro. También se creia que Inglaterra abrigaba intenciones sobre los territorios septentrionales. El rumor, inexacto, apresuró la población de Nuevo México y el Sureste, de los actuales E.U.A.

Es 1595. Al mismo tiempo que se encarga a Vizcaíno la ocupación de California, se encomienda a Juan de Oñate la de Nuevo México. Oñate es recio, criollo y rico. Parte de *Santa Bárbara* en 1598. Va hacia *Cíbola* o *Zuñi, Tigua* o *Tiguex, Queres*... Le acompañan un total de cuatrocientas personas, donde van soldados (130), pobladores y religiosos. Caminan también indios y negros. Traspasa el río Gila y el de las Balsas. Los indios *queres*, los *tiguex*, los *jamex*, los *tanos*, los *picuríes*, los *tehuas* y los *taos* le reciben bien. Funda *San Gabriel de los Españoles*, donde hoy está *Chamita*. Fue a los lagos *Salados* y al poblado indígena de *Puaray*, cerca de la actual *Bernalillo*. Prosiguió al Noreste bajo una desagradable nevada, hasta lograr llegar a las sombras de las rocas de *Acoma*, donde estaban los indios *pueblos*. Los moradores denominaban *Akho* a su eminencia roqueña, y sabían ser taimados. Quisieron traicionar a Oñate, pero no lo consiguieron. En cambio, liquidaron más tarde a una partida hispana que llegó después de irse Oñate. Era un grupo capitaneado por Juan de Zaldívar. No quedó ni uno; pero Vicente Zaldívar, hermano del jefe caído, supo castigar a los ennegrecidos y emplumados indígenas.

Oñate había erigido en centro de operaciones, el pueblo de *San Juan* cerca de las Siete Ciudades. Allí tuvieron lugar una serie de reuniones con los caciques indígenas de la comarca, que se avinieron a aceptar la soberanía hispana. La sumisión de los nativos quedó fijada cuando en septiembre de 1598 se celebró la erección de la primera iglesia. Tal pacificación permitió a Oñate explorar las llanuras de Kansas y la zona al norte de Quivira, a donde Coronado no llegó. Intentaba Oñate hallar el paso de Anián. Las entradas cobraron un ritmo veloz. Oñate se encaminó a la tierra de los *Moqui*; el capitán Farfán salió rumbo a las minas de oro de Arizona; Juan de Zaldívar, según dijimos, partió para sucumbir en Acoma. Oñate, siguiendo su marcha, atraviesa la parte noroccidental de Texas y Oklahoma y acampa en Kansas. Ya el siglo XVII había entrado. Oñate recorre Missouri, Nebraska e Iowa (1601), y, años después, alcanza el río Colorado y contempla su desembocadura.

El estrecho de Anián no había sido localizado; económicamente, las entradas no han arrojado balance positivo, tampoco estratégicamente; pero Nuevo México quedaba abierto como territorio misional y la ciudad *Real de la Santa Fe*, de San Francisco, se elevaba como centro colonizador eficaz de un territorio más (1605).

BIBLIOGRAFIA

Como obra general, donde se encontrará una amplia y escogida bibliografía para cada región, aconsejamos consultar de John Francis Bannon: *The Spanish Boderlands Frontier. 1513-1821.* University of New Mexico Press. Alburquerque, 1976; y *New Spoin's Far Northen Frontier. Essays on Spain in the American West. 1540-1821.* Edited by David J. Weber. University of New Mexico Press. Alburquerque, 1979.

1. Nueva Galicia y Nueva Vizcaya

a) Crónicas y documentos

Crónicas de la conquista del Reino de Nueva Galicia en territorio de la Nueva España.–Guadalajara, 1963.

C. D. I. A. (Colección de documentos inéditos..., etc. Col. Pacheco Cárdenas, Torres Mendoza, Madrid, 1864, 42 vols.) Vol. XIV: «Relación de los descubrimientos, conquistas y poblaciones hechas por el gobernador Francisco de Ibarra en las provincias de Copala, Nueva Vizcaya y Chiametla», 1554 y «Relación de lo que descubrió don Diego de Ibarra en Copala, llamada Topiamé», 1563.

JARAMILLO, Juan: *Relación hecha por el capitán ... de la jornada que había hecho a la Tierra Nueva, en Nueva Galicia, y al descubrimiento de Cibola, yendo por general Francisco Vázquez de Coronado.*–CDIA, tomo XIV, págs. 304-317.

Memoria de los servicios que había hecho Nuño de Guzmán desde que fue nombrado gobernador del Pánuco en 1525.–Editada por Manuel Carrera Stampa.–México, 1955.

MOTA PADILLA, Matías de la: *Historia de la conquista de la provincia de la Nueva Galicia. Escrita por ..... en 1742.*–México, 1870.

Primera y segunda relación anónima de la Jornada que hizo Nuño de Guzmán a la Nueva Galicia. Publicadas con una noticia por Joaquín García Icazbalceta.–México, 1952.

TELLO, Fray Antonio: *Libro II de la crónica miscelánea en que se trata de la conquista*

espiritual y temporal de la santa provincia de Xalisco en el Nuevo Reino de la Galicia y Nueva Vizcaya, y descubrimiento del Nuevo Mexico.–Guadalajara, 1891.

b) *Estudios modernos*

ALESSIO ROBLES, Vito: *Francisco de Urdiñola y el norte de la Nueva España.*–México, 1931.

BORAH, Woodrow: *Francisco de Urdiñola's Census of the Spanish Settlement in Nueva Vizcaya,* 1604.–«Hispanic American Historial Review». Agosto, 1955.

CARRERA STAMPA, Manuel: *Nuño de Guzmán.*–México, 1955.

CHIPMAN, Donal E.: *Nuño de Guzmán and the Province of Panuco in New Spain,* 1518-1533.–Glendale (California), 1967.

LÓPEZ-PORTILLO Y WEBER, José: *La conquista de Nueva Galicia.*–México, 1935. (2.ª edición, 1975)

– *La rebelión de Nueva Galicia.*–México, 1939.

LÓPEZ-VELARDE LÓPEZ, Benito: *Expansión geográfica franciscana en el hoy norte central y oriental de México.*–México, 1964.

MECHAM, J. Lloyd: *Francisco de Ibarra and Nueva Vizcaya.* Durham, Nort Carolina.–Duke University Press, 1927.

PARRY, J. H.: *The Audiencia of the New Galicia in the Sixteenth Century.*–Cambridge, 1948.

PEÑUELAS, Marcelino C.: *Lo español en el suroeste de los Estados Unidos.*–Madrid, 1964.

SARAVIA, Atanasio G.: *Apuntes para la historia de la Nueva Vizcaya.*–Monografías: núm. I: «La conquista».–México, 1939.

2. California

Crónicas, documentos y estudios modernos

ALARCÓN, Hernando: *De lo que hizo por la mar... que con dos navíos andaba por la costa por orden del visorrey don Antonio de Mendoza.*–Herrera: Décadas VI, lib. IX, cap. XIII.

ARCO, Ricardo del: *El almirante Pedro de Porter y Casanate, explorador del golfo de California.*–«Revista de Indias», 1947, núm. 30.

BONEU COMPANYS, Fernando: *Don Gaspar de Portolá. El noble militar leridano, descubridor y primer gobernador de California.* Madrid, 1970.

– *Documentos secretos de la expedición de Portolá a California.* Lérida, 1973.

CARNER-RIBALTA, J.: *Els catalans en la descoberta i colonització de California.*–México, 1947.

CARRASCO Y GUISASOLA, Francisco: *Documentos referentes al reconocimiento de las costas de las Californias desde el Cabo de San Lucas al Mendocino* (1584-1602). Madrid, 1882.

CARRILLO, Juan Rodriguez: *Relación o diario de la navegación que hizo Juan... con dos navíos al descubrimiento del paso del Mar del Sur al del Norte.*–C. D. I. A., XIV (Colección de Documentos inéditos...).

Documentos históricos. Asiento hecho por Carlos V con el Marqués del Valle, sobre el descubrimiento y conquista de las islas y tierra firme del mar Océano (27-X-1529) y cédula del mismo Carlos V sobre el buen tratamiento de las indios (17-XI-1526).–«Bol. Geografía y Estadística». Tomo V, págs. 325-333.

HOLMES, Maurice G.: *From New Spain by sea to the Californias,* 1519-1668.–Glendale (California), 1963.

LEJARZA, Fidel de (O. F. M.): *Descubrimientos y exploraciones de California por mar y*

tierra.–«Boletín de la Sociedad Geográfica». Tomo LXXXIV, núms. 7-12. Julio-diciembre, 1948.
LEÓN PORTILLA, Miguel: Voyages of Francisco de Ortega: California, 1632-1635. «The Hispanic American Historical Review» Nov. 1974, vol. 54, núm. 4.
MATHES, Michael: *The conquistador in California: 1535.* The voyages of Fernando Cortés to Baja California in chronicles and documents «The Hispanic Historical Review». Nov. 1974, vol. 54, núm. 4.
PÉREZ EMBID, Florentino: *La expansión geográfica de la Nueva España en el siglo XVII.* «Revista de Indias», núm. 45. Año XI; julio-septiembre, 1951.
PORTILLO Y DÍEZ, Alvaro del: *Descubrimiento y expediciones en las costas de California.* Sevilla, 1947.
Relación del viaje que hizo el Capitán Vizcayno para reconocer la costa exterior y occidental de la California sobre el mar del sur en 1602. «Bol. de Geografía y Estadística», tomo V, págs. 429-447.
RODRÍGUEZ CABRILLO, Juan: *Méritos y servicios de...*– «Anales de la Sociedad de Geografía e Historia», vol. XI. págs. 472-496. Guatemala, 1935.
– *Viaje por las costas de las Californias.*–Col. de Diarios y Relaciones para la Historia de los viajes y descubrimientos, I. Instituto Histórico de la Marina, 1943.
ROMERO GIL, Hilarión: *Memorias sobre los descubrimientos que los españoles hicieron en el S. XVI en la región occidental de este continente.*–«Bol. de Geografía y Estadística», tomo VIII, págs. 474-503.
ULLOA, Francesco di: *Relatione Dello Scoprimento Che... va a far l'armata...*–Ramusio, vol. III, 1556.
YBARRA Y BERGE, Javier: *De California a Alaska.*–Madrid, 1945.
ZDENEK, Joseph W.: *La relación entre California y el Estrecho de Anian, según el cronista Fray Antonio de la Ascensión* «Revista de Historia de América». México, 1973, núms. 75-6.

3. Las exploraciones al Norte, Nuevo México, Nuevo León y Texas-Cíbola

a) *Crónicas y documentos*

BARNABY T., Alfred: *After Coronado. Spanish Exploration Northeast of New Mexico 1669-1727.*–University of Oklahoma Press, 1969.
CAVAZOS GARZA, Israel: *Cedulario autobiográfico de Pobladores y Conquistadores de Nuevo León.*–Monterrey, 1964.
GÓMEZ CANEDO, Lino: *Primeras exploraciones y poblamiento de Texas (1686-1696).*–Monterrey, 1968.
HAMMOND, George P.: Vid. lo que se cita en Estudios modernos.
JARAMILLO , Juan: *Relación hecha por el capitán....., de la jornada que había hecho a la Tierra Nueva, en Nueva Galicia, y al descubrimiento de Cíbola, yendo por General Francisco Vázquez de Coronado.*–«C. D. I. A.». tomo XIV.
MAAS, Otto: *Viajes de misioneros y franciscanos a la conquista de Nuevo México.*–«Documentos del A. G.I.»–Sevilla, 1915.
Memorial sobre el descubrimiento del Nuevo México y sus acontecimientos. 1595-1602. «C. D. I. A.», XVI.
MENDOZA, Antonio de: *Instrucciones que el virrey don ..... dio a Fray Marcos de Niza.*–«C. D. I. A.», III.
NIZA, Fray Marcos de: *Relación de su viaje.*–«C. D. I. A.», tomo III.
VÁZQUEZ DE CORONADO, Francisco: *Carta al Emperador dándole cuenta de la expedición a la provincia de Quivira y de la inexactitud de lo referido por Fray Marcos de Niza sobre aquel país.*–«C. D. I. A.», tomo III.

b) *Estudios modernos*

ARTEAGA, Armando: *Fray Marcos de Niza y el descubrimiento de Nuevo México.* «Hispanic American Historical Review», XII, nov. 1932.

BANCROFT, Hubert Howe: *History of the North Mexican States and Texas.*–San Francisco, 1884-89, 2 vols.

BANDELIER, Ad. F.: *Cíbola,* Apud. *The Gilden Man and other Pictures of the Spanish Occupancy of America.*–New York, 1893.

BLOOM, L. B.: *A tentative guide to historical materials an the Spanish borderlands.*–«New Mexico Historical Review», 1945, XX.

BOLTON, Herbert A.: *Coronado on the silver trail; Knight of pueblos and plains.*– Alburquerque y New York, 1949.

BOLTON, Herbert E.: *The Spanish Borderland.*–Yale University Press, 1921.

– *Spanish exploration in the southwest, 1542-1706. Original narrative of early American history.*–New York, 1924. (hay edición de 1952.)

BOURNE, Edward Gaylord: *España en América, 1450-1580.*–Habana, 1906. (Preliminares del descubrimiento.– Preparativos de Colón.– Cabot y los Corté Real.– Américo Vespucio.– En busca del estrecho.– Magallanes.– Exploraciones del golfo y costas del Atlántico.– Exploración interior de E. U. A.– Españoles y franceses en Florida.)

BREHNER, John B.: *The explorers of North America.*–New York, 1933.

DAVIS, W. W. H.: *Spanish conquest of New México,* 1869.

DAY, A. Grove: *Coronado quest. The discovery of the southwestern States.*–Berkeley, 1940.

EZQUERRA ABADÍA, Ramón: *Los españoles en el Far West.*–Madrid, 1943. «Bol. Real Sociedad Geográfica», vol. LXXIX, págs. 121-151.

HAMMOND, George P.: *Don Juan de Oñate and the Founding of New México.*–Santa Fe, 1927.

– *Coronado's seven cities.–Alburquerque, 1940.*

– *Oñate's effort to gain political autonomy for Mexico.* («H. A. H. R.», vol. 32, núm. 2; agosto, 1952.)

HAMMOND, George P., y GOAD, Edgar, F.: *The aventure of don Francisco Vázquez de Coronado.*– Alburquerque, 1938.

HAMMOND, George P., y REY, Agapito: *Narratives of the Coronado expedition,* 1540-42.–New México, 1940. (Alburquerque University).

– *Don Juan de Oñate colonizer of New Mexico, 1595-1628.*–Alburquerque, 1953. 2 tomos.

*The Rediscovery of New Mexico, 1580-1594.*Alburquerque, 1966. Acompañan a las relaciones o memorias de viajes. Introducciones o estudios previos.

HAUSINGER, E. W.: *Early explorations and missions establishments in Texas.*–San Antonio, 1936

HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, Mario: *Juan Bautista de Anza.*–Madrid, 1962.

HODGE, F. W., y T. H. Lewis: *The Spanish Explores in the Southern United States, 1528-43.*–New York, 1907.

HORGAN, Paul: *Los conquistadores en la América del Norte.*–Madrid, 1966.

JONES P. A.: *Coronado and Quivira.*–Wichita, 1937.

LOWERY, Woodbury: *Spanish Settlements Within the Present Limits of the United States.*–New York, 1901-05. 2 vols.

OAKAH L., Jones: *Pueblo Warriors and Spanish Conquest.* University of Oklahoma Press, 1966.

OCARANZA, Fernando: *Establecimientos franciscanos en el misterioso reino de Nuevo México.*–México, 1934.

PÉREZ EMBID, Florentino: *La expansión geográfica de la Nueva España en el siglo XVII.* «Rev. de Indias», núm. 45. Año XI, julio-septiembre de 1951, páginas 501-533.

PÉREZ DE VILLAGRA, Gaspar: *History of New México by... Alcalá 1610.* Los Angeles, 1933.

PINO, Bautista: *Noticias históricas y estadísticas de la antigua provincia de Nuevo México.*–México, 1849.
RICHMAN, Irving B.: *The Spanish Conquerors.*–New York, 1919.
ROBLES, Vito Alessio: *Coahuilas y Texas en la época colonial.*–México, 1938.
SALAS, Alberto: *Las siete ciudades de Cíbola. Viajes del explorador Coronado.*– «Américas». Noviembre 1958.
SAUER, Carl O.: *The Road to Cíbola.*–Berkeley, 1932.
THOMAS, A. B.: *After Coronado. Spanish explorations north of New Mexico, 1696-1727.* 1935
TRUEBA, Alfonso: *Nuevo México.*–México, 1932.
TRUSLOW, James A.: *Atlas of American History.*–New York, 1942.
VILLAGRA, Gaspar de: *Historia de Nuevo México.*–México, 1900.
WAGNER, Henry A.: *Spanish voyages to the northwest coast of America in the Sixteenth century.*–San Francisco, 1929.
WINSHIP, George P.: *The Coronado Expedition.*–New York, 1896.

4. La Florida

a) Crónicas y documentos

BOURNE, Edward G. (Editor): Narrativas of the Career of Hernando de Soto in the Conquest of Florida. New York, 1904, 2 vols.
CÁRDENAS, Gabriel de: *Ensayo cronológico para la historia general de la Florida.– Contiene los descubrimientos y principales sucesos acaecidos en este gran reino a los españoles..., etc.*–Madrid, 1723.
FIDALGO DE ELVAS: *Expedición de Hernando de Soto a Florida.*–Col. Austral, núm. 1099. Buenos Aires, 1952. (Estudio preliminar por Miguel Muñoz de San Pedro sobre Soto, Florida, el hidalgo y su obra).
HAKLUYT, Richard: *The discovery and conquest of Terra Florida. by Ferdinando de Soto and six hundrex Spaniards his followers. Written by a Gentleman of Elvas Employed in all the action and Translated out of Portuguese, by Reprinted from the edition of 1611.–Edited, with notes and an introduction, and traslation of a narrative of the expedition by Luis Hernández de Biedma factor to the same by William B. Rye, of the British Museum.*–London, 1851.
HERNÁNDEZ DÍAZ, José: *Expedición del adelantado Hernando de Soto a la Florida.– Notas y documentos relativos a su organización.*–Sevilla, 1938.
ORÉ, Fray Jerónimo de: *Relación histórica de la Florida, escrita en el siglo XVII.– Edición, prólogo y notas del Padre Atanasio López (O. F. M.).*–Madrid, 1931.
VEGA, Garcilaso de la: *La Florida del Inca. Historia del adelantado Hernando de Soto, gobernador y capitán general del reino de la Florida.*–Madrid, 1723.

b) *Estudios modernos*

BARCIA. *Ensayo cronológico para la historia general de la Florida* 1512-1722. Madrid, 1723.
BAYLE, Constantino: *Hernando de Soto.*–Madrid, 1927.
BLANCO CASTILLA, F.: *Hernando de Soto, el centauro de las Indias.– Madrid, s.a.*
CAMIN, A.: *El adelantado de la Florida, Pedro Menéndez de Avilés.*–México, 1944.
FERNÁNDEZ FLÓREZ, Darío: *Drama y aventura de los españoles en Florida.*–Madrid, 1963.
FOIMER, Henry: *Franco-Spanish Rivalry in North America 1524-1763.*–Glendale. California, 1953.
GANNON, Michael V.: *The Cross in the sand, the early Catholic church in Florida.* 1513-1870 University of Florida. Press Gainesville, 1967.

GONZÁLEZ RUIZ, F.: *De la Florida a San Francisco. Los exploradores españoles en los Estados Unidos.*–Buenos Aires, 1959.
GRAHAM, R. B. C.: *Hernando de Soto.*–London, 1903.
JONES, C.C.: *Hernando de Soto.*–1880.
JACKSON, W. R.: *Early Florida through Spanish Eye.*–Universidad of Miami, 1954.
KEEGAN, P. G. J., y TORMO SANZ, L.: *Experiencia misionera en la Florida (siglos XVI y XVII).*– Madrid, 1957.
KING, G. E.: *De Soto and his men in Florida.*–1906.
KNOOP, Faith Y.: *Quest of the cavaliers; De Soto and the Spanish explorers.*–1940.
LA GORCE, John Oliver: *Florida the Foutain of Youth.* Artículo de «Nacional Geografic Magazine».–Washington, 1930.
LAWSON, Edwuar W.: *The Discovery of Florida and Its Discoverer Juan Ponce de León.* San Agustín, 1946.
LYON, Eugene: *The enterprise of Florida. Pedro Menéndez de Avilés and the Spanish Conquest of. 1565-1568.* Gainesville, University Press of Florida, 1976.
MAYNARD, Theodore: *De Soto and the Conquistadores.*– New York, 1930.
RIVERO MUÑIZ, José: *Primeros viajes de los españoles a la Florida.*– «Revista de la Biblioteca Nacional».–Habana; abril-junio, 1955.
RUIDÍAZ y CARAVIA, Eugenio: *La Florida, su conquista y colonización por Pedro Menéndez de Avilés.*– Madrid, 1893. 2 tomos.
SERRANO SANZ, Manuel: *Expedición de Hernando de Soto a la Florida.*–Madrid, 1933.
SOLAR Y TABOADA, Antonio del, y RÚJULA Y DE OCHOTORENA, José de: *El adelantado Hernando de Soto.* (Breves noticias, nuevos documentos para su biografía y relación de los que le acompañaron a la Florida.)–Badajoz, 1929.
TRUEBA, Alfonso: *Expediciones a la Florida.*–Mexico, 1955.
VILLANUEVA Y CANEDO, Luis: *Hernando de Soto.*– Notas biográficas.– Badajoz, 1929.
ZUBILLAGA, Félix: *La Florida. La misión jesuítica (1566-1572) y la colonización española.*–Roma, 1941.
– *Monumenta Antiquae Floridae (1566-1572).*–Romae, 1946.

5 Cabeza de Vaca

BELLOGIN GARCÍA, A.: *Alvar Núñez Cabeza de Vaca.*–Madrid, 1928.
BISHOP, Morris: *The Odyssey of Cabeza de Vaca.*–New York, 1933.
CUNNINGRAME GRAHAM, R. D.: *Alvar Núñez.*–S.I., 1897.
LACALLE, Carlos: *Noticias sobre Alvar Núñez Cabeza de Vaca.*– Madrid, 1961.
NUÑEZ CABEZA DE VACA, Alvar: *Naufragios y comentarios.*– Buenos Aires.– Colección «Austral», 304. (También en la «B. A. E.», tomo XXII, y en «Taurus», 1969.)

6. Ayllón y Esteban Gómez

IGUAL, José María: *El Atlántico Norte.*–«Boletín de la Real Sociedad Geográfica», tomo LXXXIV; núms. 7-12. Julio-diciembre, 1948. (El más completo estudio sobre Ayllón que hemos leído. Debe verse la bibliografía para Florida, y G. F. de Oviedo.)
LUCENA SALMORAL, Manuel: *La extraña capitulación de Ayllón para el poblamiento de la actual Virginia: 1523.* «Revista de Historia de América», 77-78, México, enero-diciembre, 1974.
MEDINA, José Toribio: *El portugués Esteban Gómez al servicio de España.*–Santiago de Chile, 1908.
VIGNERAS, L. A.: *El viaje de Esteban Gómez a Norteamérica.*–«Revista de Indias», número 68; abril-junio, 1957; págs. 189-207.

XII

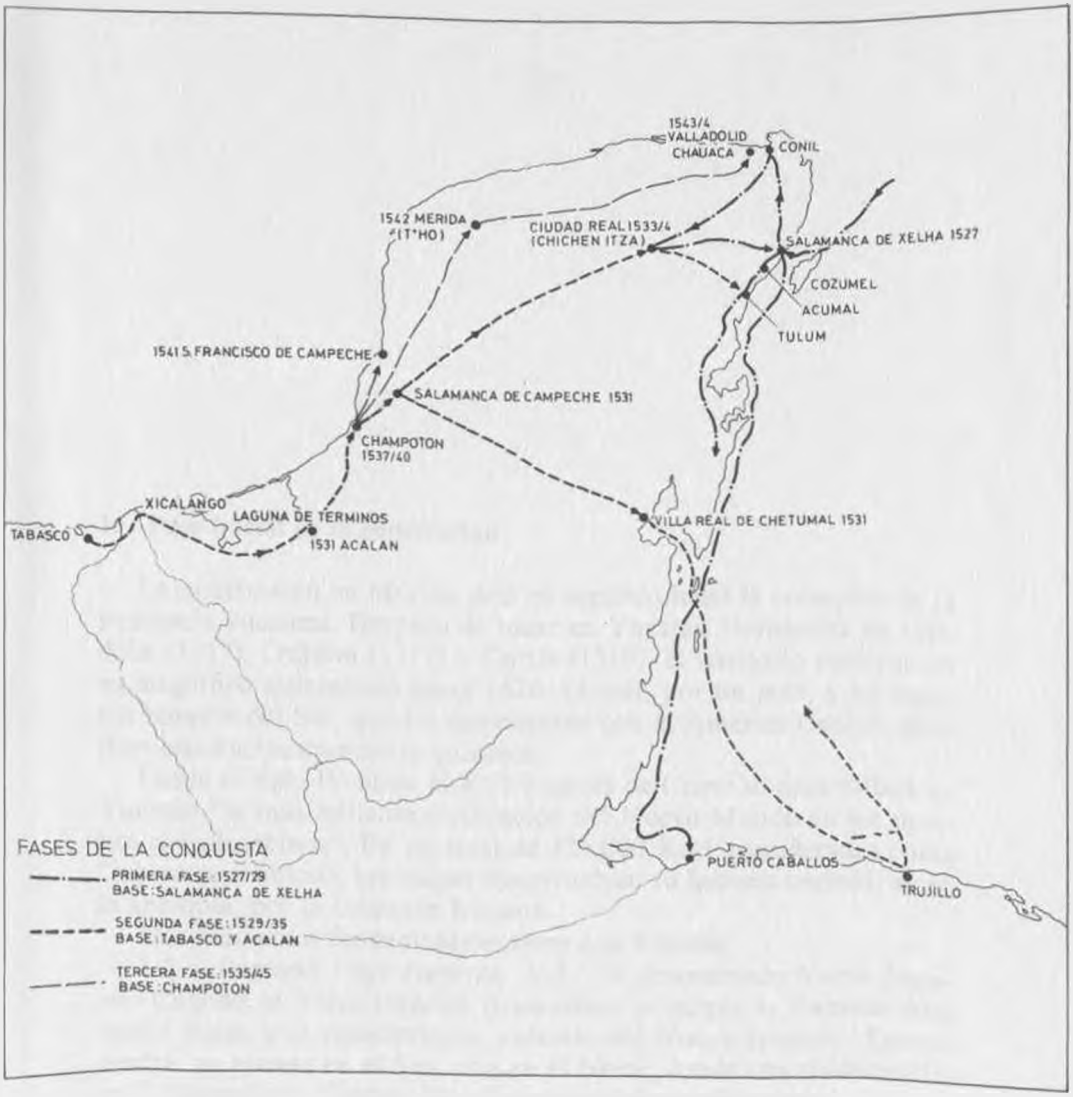
ADELANTADOS EN YUCATAN

«En esta historia de Yucatán, como ha costado muchas vidas, e de los muertos no podemos haber información dellos, e de los que quedaron vivos, aunque avemos visto algunos, y essos, aunque padescieron su parte, no saben decirlo....., me parece que es un nuevo modo de conquista e de padescer.»

(G. FERNÁNDEZ DE OVIEDO: Historia General y Natural de las Indias; lib. XXXII, cap. II.)

«Con mucho cuidado he vivido continuando estas historias, viendo cuan coja e imperfecta quedaba entre todas, e por las mas abatida e olvidada aquesta de Yucatán, porque siempre sospeché, aviendo respecto a su descubrimiento e al sitio e paralelos de su assiento, que era imposible ser menos fértil e poblada que las otras tierras de sus confines.»

(Ibidem; lib. XXXII, cap. III.)



Líneas básicas en las entradas de la península yucateca.

1. Fase inicial de la penetración

La penetración en México dejó en segundo lugar la conquista de la península yucateca. Después de tocar en Yucatán Hernández de Córdoba (1517), Grijalva (1518) y Cortés (1519), el territorio prosigue en su magnífico aislamiento hasta 1526. El mar, por un lado, y los espesos bosques del Sur, que les desconectan con la América Central, facilitan este enclaustramiento yucateco.

Desde el siglo IV hasta el XVI después de Cristo se desarrollará en Yucatán "la más brillante civilización del Nuevo Mundo en los tiempos precolombinos". En un total de 325.000 Km^2 considerados como "laboratorio único", los *mayas* desenvuelven su historia cortada, ya en la anarquía, por la irrupción hispana.

Dos momentos fundamentales tiene esta historia:

1.°, el llamado *Viejo Imperio*, y 2.°, el denominado *Nuevo Imperio*. Cuando el Viejo Imperio desaparece, principia la llamada edad media maya y el renacimiento, antesala del Nuevo Imperio. Este no tendrá su asiento en el Sur, sino en el Norte, donde tres ciudades, *Ixmal, Mayapán*, y *Chichén Itzá*, forman la *Liga* de *Mayápán*.

Lo de siempre, una de las ciudades intenta dominar a las otras dos. Aquí es Mayapán, a cuyo frente está la familia de los *Cocomes*. Pero ni los *tutul-xiu* (Uxmal), ni los *itzaes* (Chinchén Itzá) soportaron la tiranía; y con ayuda de mercenarios *toltecas* eliminan a los déspotas. Esto ocurría sesenta años antes de llegar los españoles. La guerra intes-

tina les corroe, la cultura declina, y cuando Montejo y sus tropas principian la conquista no quedaba en vigilia ninguna ciudad estado. Exactamente como los aztecas, explica fray Diego de Landa, los mayas contaron con su leyenda o profecía relativa a la llegada de los hispanos. En las sierras de Maní, provincia de Tutu Xiu, un indio llamado *Ah Cambal,* de oficio *chilam* o sacerdote (no confundirlo con Chilam Balam, otro profeta), manifestó que pronto serían señoreados por extranjeros, que les predicarían un sòlo Dios y les elogiarían la virtud de un palo (la cruz). Al mismo Landa, el indio Juan Cocom, descendiente de los Cocomes, le mostró un libro donde estaba pintado un venado y le dijo que su abuelo le auguró que el día que en Yucatán entrasen venados grandes (vacas) serían dominados.

La penetración en Yucatán va a tener una mayor duración que la hecha en México o en Perú, debido –como en Chile y el Río de la Plata– a la división en cacicazgos. Característica de la empresa yucateca es la carencia de minas que impulsen al invasor; la demasía de actuaciones que surgen al margen (Honduras, Hibueras); las magníficas dotes de conquistador y administrador que reúne Montejo, etc.

Francisco de Montejo, más de una vez citado ya, va a ser quien capitule con el rey, en Granada y a 8 de diciembre de 1526, la conquista de Yucatán. Francisco de Montejo, hidalgo salmantino, había llegado a Indias en 1514 con el encargo de levantar gente en la Española destinada a Pedrarias. Según Bernal, nuestro personaje del momento "fué algo de mediana estatura y el rostro alegre y amigo de regocijos e hombre de negocios y buen ginete, e cuando acá pasó –aclara– sería de treinta y cinco años, y era franco y gastaba más de lo que tenía de renta." Figura como subalterno de Pedrarias en Centroamérica; allí enfermó, y tuvo que trasladarse a Cuba, donde, como sabemos, actuó con Velázquez. Después estuvo con Grijalva y Cortés, sin llegar a entrar en la conquista de México, "e por sus servicios –manifiesta Oviedo– Su Majestad le hizo noble, e le dió título de adelantado, e le mandó llamar don Francisco." El fue quien, en unión de Alonso Hernández Portocarrero, había partido de Veracruz hacia la Península como procurador de Hernán Cortés.

Obtenida la patente real, y organizada la expedición, Montejo abandona Sevilla, llevando como segundo al capitán Alonso de Avila (1527, mayo). En Santo Domingo se aprovisionan, y a fines de septiembre tocan en Yucatán por la *isla de Cozumel.* De la isla se dirigen a la costa peninsular, y cerca del pueblecito indígena de Xelha "hizo una villa –según Oviedo–, que llamó *Salamanca,* y harto manca, o de

todo falto de la ciencia y nobleza e fertilidad de la otra por cuya memoria se le dió tal nombre". Habían ido a parar a la región más insalubre del país, llena de focos pestilentes detrás de la fachada tropical costera. La campaña la inicia hacia el norte, dirigiéndose a *Ecab, Conil, Chavac-há, Aké, Zizhá y Loche*. En todos lados se le recibió hospitalariamente al principio. En Chavac-há (Agualarga) encontraron el pueblo abandonado, al igual que en Aké. Pero aquí tuvo ya lugar el primer encuentro con los indios, quienes salieron derrotados.

Buscando el corazón de la tierra, sede de Chichén-Itzá, pasaron por *Zishá* y *Coché*. El cacique del primer pueblo, que suponemos es el *Cicia* de Fernández de Oviedo, era, según éste, un "grand señor, e hizo tan poco caso del adelantado e de los cristianos, e mostróse tan grave con ellos, que por desprecio se estuvo quedo en su casa y echado en su hamaca, e nunca habló tres palabras: e sus principales que por torno dél estaban, hablaban por él, a causa de lo cual el adelantado llamó aquella población pueblo de la *Gravedad*". Después de contemplar las ruinas de Chichén-Itzá regresaron a Salamanca de Xelhá.

El estado de la guarnición que aquí había quedado era bastante deplorable: de cuarenta quedaban diecisiete macilentos hombres. Tampoco la tropa del adelantado ofrecía buen aspecto; pero Montejo quería fundar una localidad en la costa oriental, fuera como fuera, y para ello realizó otra expedición rumbo al Sur, hacia el río de Ulúa. En dos columnas parte la hueste: una terrestre, al mando de Alonso de Avila; otra marítima, con Montejo de capitán. Intentaba encontrar un lugar apto adonde trasladar Salamanca. Avila no pudo avanzar por lo infranqueable de la naturaleza, y regresó a Xelhá y luego a *Xamanhá*, donde le comunicaron que Montejo había perecido en el mar. No era cierto. El adelantado llegó hasta *Puerto Caballos* y al río Ulúa, desde donde efectuó el regreso a Xamanhá .

La situación era demasiado crítica; no contaban con suficiente material humano ni bélico. Sí, en cambio, tenían un enemigo decidido enfrente y una tierra demasiado hostil e impenetrable. Había que marchar en demanda de refuerzos. Dejando al frente de las tropas al lugarteniente Alonso de Avila, Montejo se embarcó camino de México a mediados de 1528. Iba en busca de Hernán Cortés, con la seguridad de que su antiguo Capitán le proporcionaría la ayuda necesaria. Pero Cortés, caído en desgracia, había abandonado la Nueva España en mayo de 1528.

No decayó por eso el adelantado. Sabía que la gobernación de Tabasco no marchaba bien, por lo que se entrevistó con la primera Au-

diencia mexicana y solicitó el mando de dicha zona. Su plan ahora consistía en abordar la península arrancando de Tabasco. Logró su propósito y reunió en sus manos las dos gobernaciones: Tabasco y Yucatán.

2. Los tres Montejos

Comienza la segunda fase de la conquista (1529-1535). Y principia ahora también la actuación de su hijo, Francisco de Montejo el Mozo, y de su sobrino, igualmente llamado Francisco de Montejo (15 años). La zona de Cozumel se abandona y la base de operaciones se establece en *Tabasco* y *Acalán*. Durante largo tiempo financia la empresa el comerciante Juan de Lerma.

La primera tarea, una vez en Tabasco, consistió en apaciguar a los indígenas sublevados. Acabado esto, el adelantado remontó el *río Grijalva* para proyectarse sobre la península desde Chiapas. Enfermó Montejo y delegó en Alonso de Avila, quien siguió hacia *Acalán* y *Champotón* (1531). Sigue el lugarteniente la ruta que en cierta ocasión la india doña Marina dio a Hernán Cortés. Mientras tanto, Montejo, rechazado por los indios en Tabasco, va a reunirse con Avila en Champotón, y juntos salen para Campeche en busca de una localidad donde establecer la trashumante Salamanca. Esta ciudad –puerto en la costa oriental– la fijan en lo que llaman *Salamanca de Campeche*. Desde ella, y en dirección norte y sur, Montejo traza el plan de penetración.

Dirigidos por Avila, y en busca de oro, parten en 1531 rumbo a *Tulum* y *Chetemal*, "en conforme a su última sílaba *mal* –bromea Oviedo–, subcedió todo lo de allí". No hallan oro, y el cacique de Chetemal contesta a sus mensajes altaneramente. Atacado, tuvo que huir el cacique, y sobre su pueblo Avila alzó la población de Villa Real. Por primera vez se recorre toda la península. Cuando intentan regresar para informar a Montejo de lo efectuado, se encuentran con una tenaz resistencia indígena. Hay encuentros en *Cochuah Chablé* y *Macanaham*, sin lograr conectar con Montejo. Durante un año permanecieron confinados, hasta que al fin rompieron el cerco y salieron hacia la costa oriental, yendo a parar a Honduras (Trujillo), de donde retornan a Villa Real.

Desde un principio la preocupación fundamental de Montejo radica en la fundación de una localidad que le sirva de capital. Hasta el

momento no ha logrado hacer realidad sus deseos . Chichén-Itzá le atrae como sede de esa capitalidad, por lo que remite a su hijo hacia ella con esa misión . La población se alzó con el nombre de *Ciudad Real*, mediante una política de concordia con los indios *Cupules*. La sumisión aparente indígena acabó cuando les cansó el deber de proporcionar alimentos a los invasores, y cuando éstos establecieron las encomiendas. Caciques y sacerdotes capitanearon la revuelta general, que puso en grave aprieto a los españoles. La ciudad parecía que iba a sucumbir estrangulada por la masa maya que la cercaba. Varios intentos por romper el bloqueo fueron infructuosos; pero al final un ardid les proporciona la salida (1534). Refiere Landa que pusieron "un perro atado al badajo de la campana y un poco de pan apartado para que no lo pudiese alcanzar"...El perro tiraba en busca del pan, y sólo alcanzaba a tocar la campana. Los indios, oyéndola continuamente, suponían que los españoles estaban en el poblado y se preparaban para salir sobre ellos...

Los resultados hasta el momento han sido negativos. Montejo marcha a Campeche, y a los pocos días de que él entrase lo hace Alonso de Avila, que venía de Honduras. La situación es precaria, y la tropa lo acusa desertando por ello, y también bajo la influencia de noticias que llegan contando lo que sucede en Perú. A fines de 1534 capitán y lugarteniente zarpan para México a solicitar ayuda.

En México obtiene varias cosas Montejo:

1. Ratificación de su gobierno sobre Yucatán y Tabasco.
2. Algunos elementos de refuerzo.
3. Gobierno de *Honduras-Hibueras*, que se une a Yucatán condicionado a respetar la parte que ha conquistado Pedro de Alvarado.

Con el alférez Gonzalo Nieto envió los refuerzos logrados y órdenes a su hijo para que se *traslade a Santa María de la Victoria* y se hiciera cargo de Tabasco. Nieto quedó al frente de Campeche, hasta que a principios de 1535 decidió abandonar la insostenible plaza. Yucatán quedaba libre de españoles.

Había terminado la segunda fase de la conquista. Las razones que han llevado al poco éxito son varias: la tropa no tiene espíritu poblador; los mayas están impulsados por un gran ánimo bélico y de independencia; son pocos los hombres que integran la hueste; el adelantado ha dividido demasiado a esos hombres, etc.

3. Campaña final (1535-1545)

Después de la retirada de 1535 comienza la fase final de la conquista dirigida por Montejo el Mozo. La primera intervención de éste va dirigida a evitar la intromisión de dos capitanes de Pedro de Alvarado: Francisco Gil y Lorenzo de Godoy, quienes habían invadido parte de Chiapas y fundado la población de *San Pedro de Tenosique.* No sólo los convence de que aquello es de su padre, sino que los incorpora a sus fuerzas. De 1535 a 1537, la obra colonizadora se reduce a pacificar la tierra. Montejo padre se encuentra viejo, y en 1540 decide renunciar en su hijo la gobernación, al mismo tiempo que le entrega unas *Instrucciones* que constituyen la base ideológica de su política colonizadora. Mucho regocijo produjo la determinación del adelantado. Inmediatamente el nuevo gobernador partió para la Nueva España, y en diciembre de 1540 estaba de regreso en Champotón, llevando los refuerzos que fue a buscar en México.

De Champotón partieron hacia el Norte, hasta que a principios de 1541 conquistan y establecen definitivamente la villa de *San Francisco de Campeche.* Poco después llegan de México las primeras familias españolas. Eran mínimas las fuerzas existentes, ya que en una información hecha por el conquistador Juan Vela se afirma que "salieron del pueblo de Campeche para ir conquistando con el dicho capitán Francisco de Montejo por el año cuarenta y uno, y salieron a la dicha conquista cincuenta y siete hombres, con clérigos e muchachos, porque no había gente, y salieron del dicho Campeche con mucho trabajo".

La acción hacia el interior se hace coordinando la actuación de los primos de Montejo con la de Reinoso, Pacheco, etc., y su objeto es *T-Hó,* donde se piensa establecer la capital administrativa. La disposición de los indígenas hacia los españoles es muy buena; el cacique de *Maní, Tutul-Xiu,* envió emisarios de paz y aseguró así la situación hacia el Sur.

T-Hó, con ruinas de cal y canto, recordó a los españoles la ciudad romana de *Emérita Augusta* –Mérida–, y les pareció idónea para fundar la capital que deseaban tener. El 6 de enero de 1542 tuvo lugar el acto de la fundación, con toda la solemnidad requerida.

La presencia personal de Tutul-Xiu en la nueva ciudad llenó de contento a los conquistadores. El cacique podía convertirse y mediar para lograr la sumisión de los otros jefes indígenas, sobre todo la de los *Cupules.* La alegría sentida en enero fue pronto trocada, cuando en

junio la horda maya avanzó sobre Mérida en cantidad nunca igualada ni antes ni después. La contraofensiva indígena iba dirigida por todos los caciques confederados –no Tutul-Xiu–, sobresaliendo *Nachi Cocom*, el mejor representante de la resistencia. La caballería y las armas de fuego, tras un día de lucha, dispersaron al enemigo.

Aprovechando el éxito obtenido, Montejo el Sobrino sometió el Nordeste y fundó *Valladolid de Chauaca;* Montejo el Mozo, por su parte, redujo al cacique Nachi Cocom y, unido a su primo, acabó de dominar todo el oriente yucateco. Con estas campañas quedaba consolidada la dominación.

A partir de 1544 Yucatán pasó a depender de la Audiencia de los Confines, con el consiguiente enojo de los pobladores, quienes sabían el retardo que iban a sufrir con tal subordinación sus asuntos judiciales.

El último acto de la conquista corre a cargo de los capitanes Pacheco, padre e hijo, quienes incorporan la zona de *Hay-mil-Chetumal* (1543-1545) a pesar de la fuerte oposición indígena. Con cierta crueldad impuso Gaspar Pacheco el dominio hispano, y, habiendo fundado la ciudad de *Salamanca de Bacalar,* siguió anexionando la tierra hasta la región del *golfo Dulce* y la *Verapaz,* con el consiguiente perjuicio para los dominicos, que allí realizaban la colonización pacífica predicada por Las Casas.

En 1545 llega ya la primera hueste de franciscanos, que va a realizar la conquista espiritual. Vinieron de Guatemala.

Cerca de veinte años han transcurrido desde que Montejo llegó a Salamanca de Xelhá. Su ideal ha sido coronado por su hijo y por su sobrino con acierto. Exito que se debe a varios factores: 1) el conocimiento de los indígenas por Montejo; 2) el reconocimiento del valor indígena hecho por los españoles; 3) las lecciones recibidas en las primeras entradas, aprovechadas luego; 4) el cambio de rumbo dado a la penetración: en lugar de buscar oro (que no existe), establecen la economía agrícola; 5) el mantener las municipalidades autónomas; 6) situar en Tabasco la base de operaciones y refuerzos para la proyección de campañas, y 7) la sabia repartición de las huestes en las conquistas hechas. Todos estos factores contribuyeron al éxito de una conquista que contó con una fisonomía propia dentro del cuadro indiano.

BIBLIOGRAFIA

1. Crónicas

LANDA, Fray Diego de: *Relación de las cosas de Yucatán.* Sacada de lo que escribió el Padre ....., de la orden de San Francisco, MDLXVI.–Mérida, 1938.

LÓPEZ COGOLLUDO, Fray Diego de: *Historia del Yucatán, escrita en el siglo XVII por el reverendo Padre.*–Mérida, 1867-68, 2 tomos.

2. Estudios modernos

ANCONA, Eligio: *Historia del Yucatán.*–Barcelona, 1889.

BAQUEIRO, Serapio: *Reseña geográfica, histórica y estadística del estado de Yucatán desde los primitivos tiempos de la península.*–México, 1881.

BLOM, Frans: *The conquest of Yucatán.*–Boston, 1936.

CARRILLO Y ANCONA, Crescencio: *Historia de Yucatán.*–Mérida, 1883.

CHAMBERLAIN, R. S.: *Conquista y colonización de Yucatán 1517-1550.*–México, 1974.

Enciclopedia Yucateca, dirigida por el Lic. Carlos A. Echanóve Trujillo.–Tomo III: «Historia política desde el descubrimiento europeo hasta 1920, por el Lic. Albino Aceretо».–México, 1946.

EZQUERRA, Ramón: *El viaje de Solís y Pinzón a Yucatán.* «Revista de la Universidad de Yucatán» vol. XV, núms. 87-8.

FERNÁNDEZ-DURO, Cesáreo: *Primeras noticias de Yucatán.*–Madrid, 1885. «Boletín de la Real Academia de la Historia». Tomo VII, páginas 306-312.

MEANS, Philip Ainsworth: *History of the Spanish Conquest of Yucatán and of the Itzas.* Harvard University, 1917.

MOLINA SOLÍS, Juan Francisco: *Historia del descubrimiento y conquista del Yucatán, con una reseña de la historia antigua de esta península.*–Mérida de Yucatan, 1896.

ROUKEMA, E.: *A Discovery of Yucatán prior to 1503.*–«Imago Mundi», XII. Leiden, 1956.

RUBIO MAÑE, J. Ignacio: *Monografía de los Montejos.*–Mérida de Yucatán, 1930.

– *La conquista y colonización de Yucatán* (1517-1550). «Memorias de la Academia Mexicana de la Historia», tomo VIII, 2, 1949.

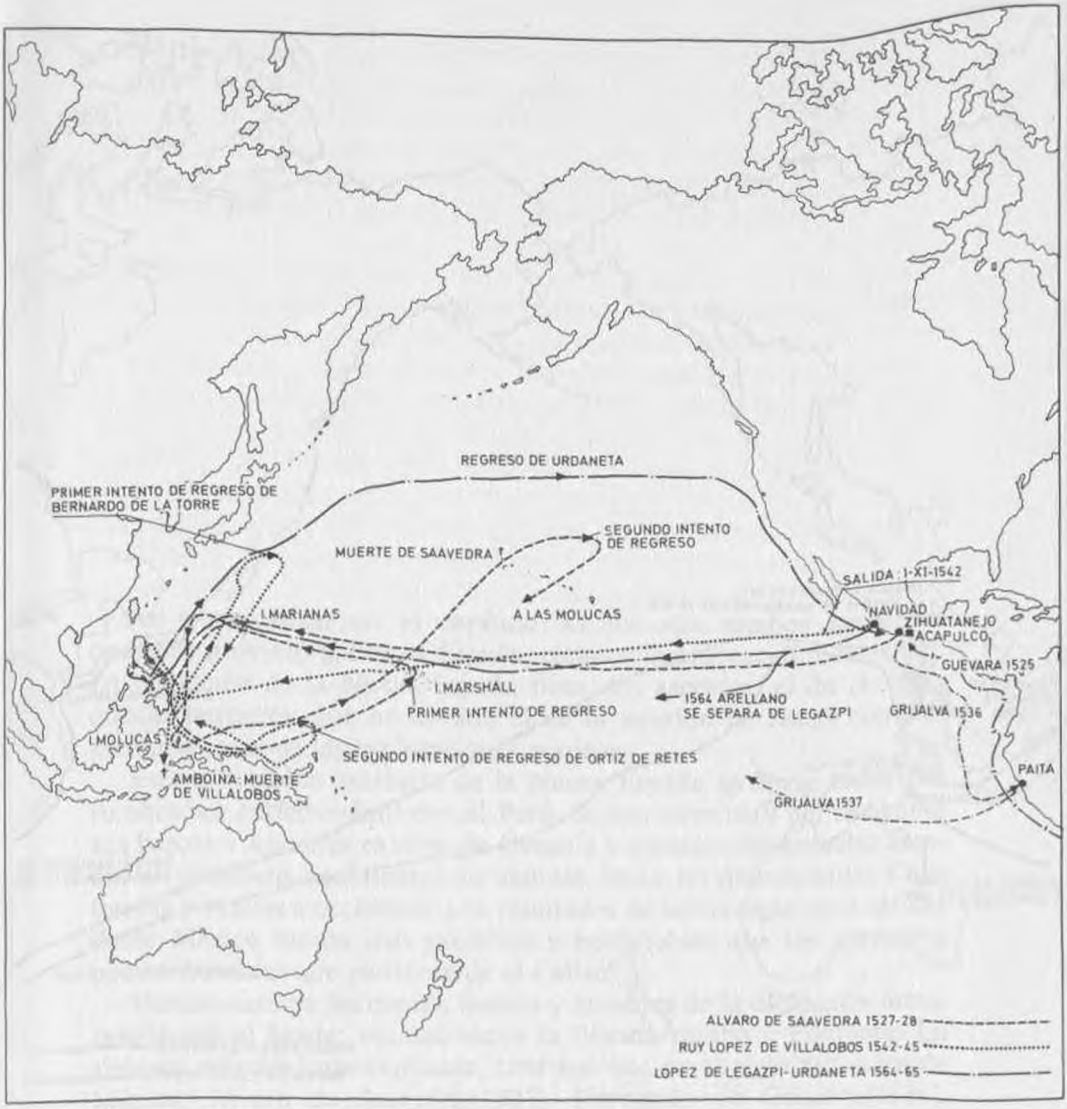
RUJULA Y DE OCHOTORENA, José de, y Antonio TABOADA Y SOLER: *Francisco de Montejo y los Adelantados de Yucatán.*–Badajoz, 1932.

XIII

DOBLE CONQUISTA: «LA VUELTA POR PONIENTE» Y LA DE FILIPINAS O «INDIAS DE PONIENTE»

«Que nunca Dios quisiese que nosotros fuésemos en rehusar de cumplir lo que Su Majestad decía en el mote de la divisa de las columnas: "Plus Ultra".»

(RELACIÓN *del viaje de Loayza hecha por Andrés de Urdaneta.)*



Exploraciones españolas en el Pacífico con bases neohispanas.

Primeras exploraciones españolas en el pacífico partiendo de bases metropolitanas.

Al esquematizar en el capítulo XI los seis rumbos hacia los cuales se proyectó la Nueva España, citamos la proyección occidental. La dilatación de la Nueva España tiene dos aspectos: el de las conquistas terrestres, que no es sino el de la anexión de zonas complementarias, y el de las exploraciones marinas.

Esta proyección marinera de la Nueva España se dirige hacia dos rumbos, en perfecto símil con el Perú. Si este virreinato del sur envió sus barcos y hombres camino de Oceanía y camino del estrecho sureño, el virreinato neohispano los remitió hacia las desconocidas Californias y rumbo a occidente. Los resultados de las navegaciones salidas desde México fueron más positivos y perdurables que los obtenidos por los hombres que partieron de el Callao.

Hemos visto ya las etapas, hechos y hombres de la dilatación mexicana hacia el Norte; veamos ahora la llevada rumbo a Poniente. En síntesis, más adelante explicada, tenemos que en el siglo XVI salen de México: Alvaro de Saavedra (1527), Hernando de Grijalva (1536), R. Lope de Villalobos (1542) y Legazpi-Urdaneta (1564).

A todos estos viajes precedió, partiendo de España, el de García Jofré de Loayza.

El resultado de tales viajes es bastante expresivo: anexión de las Molucas, Palaos y Filipinas, descubrimiento de la ruta del tornaviaje y establecimiento del tráfico anual mediante el Galeón de Manila.

Hablar de Loayza, Urdaneta y Legazpi es continuar el proceso histórico iniciado por Colón. Realmente, lo que el marino genovés buscaba no estaba en América, sino más allá. Las Indias Occidentales plantearon un problema geográfico impensado. La meta de Colón no estaba en ellas; allí, lo que había era una barrera que se imponía vencer. Vino entonces todo el ciclo de navegaciones, hasta que Balboa atravesó el istmo y halló el mar del Sur, y hasta que Magallanes cruzó el estrecho de su nombre y fue a dar con las islas asiáticas, mercado de las especias. Pero ahora surgía un nuevo problema: encontrar las rutas de ida y vuelta. Se sabía ir, y no se sabía regresar.

México ya estaba conquistado. Cortés había dejado de sentir la necesidad de ampliar su conquista proyectándose a todos los rumbos. Uno era el que apuntaba Pacífico adelante, hasta dar con las Molucas, manzana de la discordia en los mares orientales entre Portugal y España.

Desde que Elcano retorna se hacen más críticas las relaciones hispano-lusas. El asunto de las Molucas exige una solución inmediata. Carlos I de España instaló en La Coruña una Casa de la Contratación de la Especiería, y ordenó la inmediata organización de una armada. Cristóbal de Haro, eficaz colaborador de Magallanes, es el hombre al que se le encarga dicha organización. Los aprestos se aceleraron cuando el 31 de mayo de 1524 –año en que se crea el Consejo de las Indias– se disuelven definitivamente, y fracasadas, las reuniones hispano-lusas de Elvas y Badajoz, efectuadas para buscar un acuerdo.

A los catorce meses, la escuadra estaba balanceándose en La Coruña, lista para soltar amarras.

1. Los hombres y los barcos de la expedición de Loayza

Andrés de Urdaneta y Cerain era un vasco más de los tantos que participaron en la epopeya de la conquista. Nació en Villafranca de Oria, cuando el siglo XVI tenía ocho años. Era hijo nada menos que del alcalde de la villa, don Juan Ochoa de Urdaneta, y de doña Gutierra de Cerain. Va a bordo de la expedición como paje de Elcano en el barco *Sancti Spiritus*.

Juan Sebastián Elcano navegaba como segundo capitán general y como piloto mayor guía de la expedición. Van también dos hermanos suyos: uno como piloto de una de las naos y otro como ayudante de piloto.

Don frey García Jofré de Loayza, de la orden de San Juan y comendador de Barbales, iba como jefe máximo de la armada. De él poco o nada se sabe. No se sabe ni de su vida ni de los conocimientos técnicos marineros que pudiera tener.

Los barcos de la expedición estaban fondeados en La Coruña. Eran *Santa María de la Victoria*, mandada por Loayza; *Sancti Spiritus*, dirigida por Elcano; *Anunciada*, con Pedro de Vera como capitán; *San Gabriel*, mandado por Rodrigo de Acuña; la *Santa María del Parral*, *San Lesmes* y *Santiago*, bajo la respectiva dirección de Jorge Manrique de Nájera, Francisco de Hoces y Santiago de Guevara.

Todo el material empleado en la época para efectuar rescate fue pasado a bordo. Después cada cual prestó pleito homenaje a su inmediato superior y oyó la orden estatal de no tocar en puntos de soberanía portuguesa.

En la madrugada soñolienta del 24 de agosto de 1525 el chirrido de los velámenes y anclas al subir se unió al de las asustadas gaviotas. La flota comenzó a moverse, y cuando amaneció ya despegaba de la patria peninsular. El 2 de septiembre avistaron la isla de la Gomera, en las Canarias; permanecieron en ella hasta el 14, habiendo acordado en este lapso marchar directamente al estrecho de Magallanes.

2. Queriendo cruzar el estrecho

Las Canarias quedaron pronto atrás. También se quedaban algunos que han preferido desertar en Gomera. El 19 de noviembre las siete velas hundían sus rodas cerca de la costa brasileña. Urdaneta, que como Elcano nos va a dejar un *Diario*, anota con detalles los acontecimientos y menciona admirado la presencia de peces voladores. Llevaban cuatro meses de navegación, y se hallaban a 21°31' de latitud Sur. El 12 de enero singlaron en el río de *Santa Cruz* cinco de las naves. Faltaban la *Capitana* y la *San Gabriel;* Elcano quería esperarlas, pero el resto le hizo ver lo peligroso del invierno. Comenzaban ya las dificultades.

Los primeros contratiempos llegan cuando confunden la entrada del estrecho y se meten por donde no es. Una tormenta enorme, cuando ya han enfilado el paso, les deshace a la *Sancti Spiritus*. El día 21 de enero, pasado el temporal, divisaron en la costa gentes vestidas de rojo. Un esquife con hombres despegó del costado de una de las naos y se encaminó a la orilla. Lograron atrapar a un patagón, al cual tu-

vieron que izar a bordo mediante un aparejo, pues se negaba a subir. El indígena constituyó un número de circo para las agotadas tripulaciones. Cuentan que le dieron "de comer y de beber, el cual se olgó mucho con ello; e como probó el vino, nunca jamás quiso beber agua. Así mismo le dieron entre otras cosas un espejo, con el cual hizo tantas cosas de ver su figura dentro del espejo, que no haría más un mono; que verdaderamente creía que algún indio estaba tras el espejo, e a veces iba muy quedito a asirle, e como no podía asirle, daba las risadas que a tiro de escopeta se oyeran: después estuvo muy contento e bailó buen rato y hizo señas que le llevasen a tierra e luego se lo llevaron en el mismo esquife, el cual fue muy contento". El patagón, una vez entre sus paisanos, se hizo lenguas del acogimiento que le habían hecho. De este modo, cuando Urdaneta con seis compañeros bajó a tierra en busca de los náufragos de la *Sancti Spiritus*, se encontró rodeado de indígenas que le pedían la comida. Cedieron a las peticiones, y pronto se hallaron sin tener qué comer y sin agua para beber. La sed era tan intensa que se bebieron la propia orina. Dieron con agua y comida, y dieron también con los náufragos que buscaban. Estando juntos en la orilla vieron cómo la *Capitana*, la *San Gabriel* y el patache se acercaban a la costa. Las habían perdido hacía ya muchos días; pero, al fin, todos se volvían a juntar. Otra nueva tempestad se desencadenó sobre la flotilla. Los de la *Anunciada*, cobardes, se volvieron atrás y abandonaron el grueso de la armada. Jamás se supo de ellos. La *Capitana* quedó hecha un asco. Loayza, en vista de la situación, ordenó refugiarse en el río de Santa Cruz. Antes desertó también la *San Gabriel*.

Un mes permanecieron reparando las naos en Santa Cruz. Cazaban focas, jugaban con los pingüinos y hacían provisiones de alimentos. Las embarcaciones, puestas en seco, fueron reparadas para realizar el segundo intento de cruzar el estrecho. Hacia él partieron el 24 de marzo y lo embocaron el 8 de abril. Son indescriptibles los sufrimientos que se cebaron sobre ellos. No cesaba de nevar, y el frío los mataba. Los piojos se los comían; un marinero gallego murió ahogado por una plaga, y Urdaneta escribe que "a las noches eran tantos los piojos que se criaban, que no había quien se pudiese ver" (sic). No fue sino hasta el 26 de mayo cuando salieron del estrecho.

3. Por el Pacífico

Era un sábado cuando comenzaron a navegar por el Pacífico. Aquel mismo día se lanzaron a través del océano ajenos a la tempestad que el 2 de junio los dispersó para siempre. El océano no tenía nada de pacífico.

El 30 de julio murió Loayza, y el "lunes 6 días de agosto el magnífico señor Juan Sebstián de Elcano". A continuación añade Urdaneta: "Bien creo que si Juan Sebastián de Elcano no falleciera que no arribáramos a las islas de los Ladrones tan presto, porque su intención siempre fue de ir en busca de Cienpago..." Elcano, de acuerdo con una provisión secreta del emperador, se había hecho con el mando; mas su estado agónico era tal que, cuatro días antes de fallecer Loayza, había él redactado su testamento. Una anciana madre y unos hijos en la lejana patria quedaban como herederos.

Toribio Alonso de Salazar ocupó el puesto de máximo jefe. Y el 9 de agosto acordaron poner proa hacia las islas Marianas o de los Ladrones. A hora de vísperas, el 21 de agosto, divisaron tierra rumbo al Norte. Habían transcurrido casi tres meses desde que salieron del estrecho. La tierra era una isla tropical, toda verde con una laguna limpísima en medio, y a la cual no pudieron acercarse por más que lo intentaron. Hubieron de seguir de largo en busca de las *Marianas*, con las cuales tropezaron el 4 de septiembre. Estaban cansados. No tenían sino debilidad, y la misma nao crujía descontenta y agotada. Tan pronto llegaron cerca de tierra fueron cercados por veloces canoas llenas de curiosos indígenas. La *Santa María de la Victoria* apenas podía moverse rodeada de tantos barquichuelos y naturales desnudos. Uno de éstos, en pie y haciendo bocina con las manos, saludó a los hispanos en español. La salutación fue perfecta y el asombro de los de la nao enorme. Pronto supieron quién era aquel indígena desnudo, de largos cabellos, que tan bien hablaba el castellano. Era nada menos que el gallego Gonzalo de Vigo, superviviente de la nao *Trinidad*, compañera de la *Victoria*, que dio con Elcano la vuelta al mundo. Estaba allí desde agosto de 1522. Rápidamente pasó a la nao de sus compatriotas y se transformó en el imprescindible intérprete. La misma tarde del día 5 la nao española fue a surgir a otra isla donde los naturales les ofrecieron agua, sal, pescado, cocos, plátanos, arroz... Les venía muy bien. Pero también como cuando Magallanes robaban lo que podían. Su rapacidad les llevaba a quitar de las cinturas a los españoles las dagas y puñales. Urdaneta, prolijo en su *Diario*, como Pi-

gafetta, aporta importantes datos. De seguro que todos no los obtuvo en los cinco días de permanencia, sino a base de interrogar a Gonzalo de Vigo.

Cuando llevaban cinco días de navegación, después de abandonar la isla *Guam*, falleció el general Alonso de Salazar. El escorbuto seguía batiendo a aquellos hombres extenuados sobre cuyo ánimo planeó la sombra de la desunión. Porque unos defendían la jefatura de Martín Iñíguez de Carquizano, y otros a Fernando Bustamante, contador general y de la nao respectivamente. Los dos eran supervivientes de la primera vuelta al mundo. Para zanjar el conflicto se recurre a la votación. Los hombres se reúnen en cubierta y van depositando sus votos hasta que Iñíguez "se resabió con parecerle que tenía más votos el Bustamante, e apañó al escribano los votos y echólos en la mar, por lo cual se hubiera de resolver gran question", dice Urdaneta. El buen juicio imperó sobre ellos, y cuando parecía que iban a enfrascarse en una lucha fratricida, acordaron que ambos aspirantes al mando gobernasen hasta hacer una elección definitiva cuando llegasen a las Molucas.

¿Y las demás naos? Andaban por el Pacífico (una ya vimos en anterior capítulo que recaló en México); pero los de la *Santa María de la Victoria* esperaban que todos arribarían a las Molucas. Por lo pronto llegaron ellos –*Mindanao*– el 2 de octubre, cuyos indios –escribe Urdaneta– "son los más traicioneros... Eran de mediana estatura; tenían costumbre de pintarse, menos de medio cuerpo abajo, que iban vestidos de paños de algodón, y hasta de seda y raso. Traían los cabellos largos, recogidos a la usanza de las mujeres europeas. Daban culto a ciertos ídolos de madera, pintados con alguna delicadeza. Las guerras eran muy frecuentes entre los pueblos limítrofes, y servíanse en ellas de arcos, flechas y alfanjes de hierro, de azagayas, dagas y paveses, con otros géneros de armas. Las costumbres eran por extremo corrompidas..." Tal vez mientras Urdaneta garrapateaba sus notas costumbristas en el alcázar de popa, Martín Iñíguez acaba de madurar un plan para hacerse con el mando. Sonríe satisfecho. Mentalmente vuelve a repetir lo que va a decir, y, una vez que ha concluido su ensayo, convoca en la cámara a todos los mandos, al alguacil mayor, "ciento cincuenta hombres de bien que iban en la nao" y a Bustamante. Todos, curiosos, esperan lo que les va a decir. También Urdaneta, que está entre ellos. Como introducción, Carquizano hizo ver a sus oyentes lo pernicioso de ir acéfalos cuando se acercaban a territorio enemigo; luego habló de sus justos derechos a ser el jefe, y después elogió su

habilidad, superior a la de Bustamante. Sólo éste se resistió; los demás le juraron como jefe y lo presentaron a la tripulación. El vencido Bustamante fue engrillado. Acabó aceptando al otro por jefe.

4. En las islas

Hasta el 6 no pudieron acercarse a tierra. Urdaneta, con otros, saltó a ver si la isla estaba poblada y contaba con mejor fondeadero. Desde su batel vieron indígenas vestidos de cintura para abajo que no quisieron acercarse. Los españoles del batel pasaron la noche en él, y a la mañana se acercaron a un poblado, donde por mímica expresaron su deseo de obtener bastimentos. Mediante cuentas de vidrios consiguen cocos, vino de palma, plátanos, cidras, arroz y otros productos. Cuando al día siguiente Urdaneta quiere repetir el trueque se encuentra con la negativa indígena. Hubo diversos intentos con cambios de rehenes; pero todo resultó infructuoso, porque los indígenas eran unos bellacos.

El 15 de octubre dejaron lo que un natural dijo llamarse tierra *Visaya* para ir a la isla de *Cebú*. El 22 costearon la isla *Talao*, cuyos habitantes les colmaron con cabras, cerdos, gallinas, pescados, papagayos, vino de palma, arroz, etc. Le dieron al cacique una bandera con las armas del emperador y zarparon el 27 camino de *Gilolo*, isla mayor de las Molucas. Urdaneta consigna que cuando llegaron a dicha isla "nos vinieron a ver ciertos indios y habláronnos en portugués, de lo que nos holgamos mucho"...

En efecto, la alegría fue inmensa al oír la dulce lengua lusitana pronunciada por los indígenas. Habían llegado a la meta; quince meses les había costado alcanzar su destino. Estaban en las Molucas.

Las islas Molucas forman tres grupos: *Amboina, Banday* y *Molucas*, propiamente dichas, integradas por las islas *Ternate, Tidor, Motiel, Machian y Bachian* (*). Los árabes las habían conquistado poco antes de llegar los portugueses. Los españoles de la expedición magallánica, como sabemos, habían estado por allí y habían hecho buena amistad con Almanzor, rey de Tidor. En el tiempo transcurrido entre la primera expedición hispana y esta de ahora se había desencadenado la guerra entre los de *Tidor* y los de *Ternate*, éstos ayudados por los portugueses. Almanzor murió, quizá envenenado, y los lusitanos arra-

* También Makien y Bakon.

saron su capital. En tal coyuntura arribó la nao hispana de Carquizano. El heredero de Almanzor –que hostilizaba continuamente a los portugueses– y los españoles entraron en contacto. Carquizano remitió a Gilolo el 5 de noviembre una representación en la que iba Urdaneta. El reyezuelo indígena puso inmediatamente a disposición de los españoles unas diez *paraos* o embarcaciones y abundantes víveres. Los embajadores hispanos charlaron con el cacique malayo, enterándose de la situación militar de los portugueses y llegando a un pacto militar con él. Notificado Carquizano de todo, el 18 de noviembre soltó las velas de la *Santa María de la Victoria* rumbo a Tidor. Antes de llegar a su destino les abordó una pequeña embarcación portuguesa, en la que un emisario traía órdenes del gobernador lusitano don García Henríquez para que abandonasen aquellos parajes. El jefe español se limitó a mostrar la provisión imperial ordenando construir una fortaleza en Molucas y rechazó la propuesta de Henríquez.

5. Españoles y portugueses

Los portugueses tenían dos navíos y doce galeras muy grandes muy cerca de donde yacía fondeada la nao española. En cualquier momento podían caer sobre ella y aniquilarla. Carquizano sabía cuán débil era su posición, aumentada por la escisión interna, ya que el contador Soto planeaba deponerlo y pasarse a los portugueses. Para evitar esto, Carquizano corta la conjura, y pone a Urdaneta en lugar de Soto. El encuentro era cada vez más inminente. El día 23 de diciembre, un domingo, Carquizano ordenó saltar a tierra e "hizo decir al Capellán misa seca". Concluida la ceremonia el jefe expuso la situación y pidió pareceres. Todos a una respondieron que estaban dispuestos para morir. Fueron ciento cinco las voces que gritaron tal disposición. Con ellos se formaron tres pelotones, uno de los cuales se encomendó a Urdaneta, que aún no tenía veinte años. Poco después llegó un parao con noticias del reyezuelo de Tidor: pedía que fueran a su isla cuanto antes.

El día de Año Nuevo de 1527 la nao española fondeó en Tidor. El recibimiento fue esplendoroso. En el mismo día se comenzó la construcción de un fortín destinado a repeler el inminente ataque portugués. A media noche del 17 de enero se produce éste, rechazándosele. También se hace fracasar un desembarco. Los portugueses, enfurecidos, remiten un veloz navío que recorre la costa mostrando una ban-

dera roja donde se lee: "A sangre y fuego." Otro ataque al siguiente día dejó a la *Santa María de la Victoria* inservible. El viejo y glorioso pontón fue condenado a morir incendiado.

En adelante sólo contarán con las embarcaciones indígenas; todo intento de hacer un navío fracasaba, porque la madera era "muy bellaca", expresa Urdaneta. Quiere decir que muy mala. Carquizano asalta un pequeño barco lusitano y asalta la isla de *Motiel.* Los éxitos no les hacen olvidar la situación angustiosa en que yacen. Están totalmente aislados, sin esperanzas de poder retornar a Europa. A veces creen en la aparición de algún navío compatriota, y dan oído a rumores que corren sobre barcos europeos avistados. Urdaneta, durante un mes, sin descanso, recorre el mar y no halla rastro de tales navíos. En cambio, tropieza con los portugueses, y en uno de los encuentros habidos tiene la desgracia de que un barril de pólvora inflamado le acabe de desfigurar el rostro, ya quemado en Magallanes por la explosión de una botella, también de pólvora.

Se les hacía a los portugueses de Henríquez muy difícil liquidar al puñado de españoles refugiados en Tidor. Un nuevo intento por llegar a una componenda pacífica encontró el rotundo rechazo por parte de Carquizano. En vista de lo cual se acordó el armisticio. La tregua termina cuando llega don Jorge de Meneses, nuevo gobernador portugués. Primero Meneses remite emisarios que conminan a los españoles para que abandonen las Molucas; Carquizano contesta que no, que vienen a conquistarla, y exhibe sus derechos. A los portugueses, escribe Urdaneta, "les pareció mal tener nosotros tanto ánimo".

Los españoles estaban en Tidor y en Gilolo. A los indígenas de esta isla los habían atacado los portugueses, causándoles graves daños, y motivando el enojo del reyezuelo. Urdaneta, para contentar a éste, atacó un convoy enemigo salido de *Ternate.* Con ello obtuvo lo que buscaba; pero también la ira de Meneses y la de Carquizano. Porque el gobernador portugués se quejó de la faena urdanetista, y el español prometió castigarlo duramente. Pero Urdaneta, que lo conocía bien, partió en seguida a solicitar su perdón llevando gente principal de Gilolo que también intercediera. Lo obtuvo.

Cuando menos lo esperaban, un buen día muere Martín Iñíguez de Carquizano. Hay quienes sospechan que su muerte fue obra del veneno portugués, pues los lusitanos habían intentado envenenar a todos los españoles. Desaparecido el jefe, se imponía la designación de un sustituto, que recayó en la persona de Hernando de la Torre, lugarteniente del fallecido. Bajo la dirección de éste la guerra se acentúa. Combates

y escaramuzas se suceden sin cesar. Un día, también cuando menos lo esperaban, se dibujó en la línea del horizonte la silueta de un navío. Era *La Florida,* enviada por Hernán Cortés con otras dos al mando de Alvaro de Saavedra (octubre de 1527). Era una estupenda ayuda: barco, cuarenta y cinco hombres, balas, pólvora y medicamentos. La nao no sería comprometida en los encuentros próximos; había que prepararla para que regresara a México en demanda de más auxilios. Para avituallarla se recurrió a golpes de mano sobre las posesiones enemigas. El gobernador Meneses, molesto por lo que para su prestigio significaba tales audaces ataques, preparó un fuerte contraataque. El encuenro se dio, y la derrota fue para los portugueses. Por dos veces, como veremos más adelante, pretendió *La Florida* de Saavedra regresar a Nueva España. La Torre tenía enorme empeño de conectar con México y lograr refuerzos; veía que sus fuerzas disminuían y su prestigio entre los naturales se esfumaba. Por el contrario, los portugueses, apoyados desde Malaca, se crecían y se atraían a los indígenas invitándoles a comerciar. El reyezuelo de Gilolo abandonó a los españoles y pactó tregua con los portugueses; pocos días después se murió. Los españoles, imprudentes, proyectaron y llevaron a cabo una incursión lejana. A su frente iba Urdaneta. Meneses, enterado de los pocos hombres que restaban en Tidor con La Torre, atacó a éstos y los venció. El jefe español capituló y prometió abandonar las Molucas. Parte de sus tropas le habían abandonado instigadas por Bustamante, aquel que siempre aspiró al mando. Pero Urdaneta no sabía nada y andaba en su correría. Cuando se entera pasa Gilolo con sus hombres. Eran veintisiete. Urdaneta se hará pirata.

6. Los últimos años

Primero intenta convencer a La Torre; pero éste ha prometido sobre una hostia. Después es La Torre quien pasa a Gilolo y le ordena a Urdaneta rescate a los tripulantes de *La Florida* dispersos en las islas. La nao había retornado de su segundo viaje frustrado y sus hombres se habían separado. Andrés de Urdaneta cumple el cometido y piratea. Para algo tiene veintiún años. Decimos que piratea porque él confiesa: "De ahí en adelante los más días hacíamos muchos saltos por todas las islas juntamente con los indios de Gilolo." También caza. Parece que hay algo de bucanerismo asiático en el comportamiento de estos hombres.

Una amplia conjuración indígena que habría acabado con portugueses y españoles es abortada por Urdaneta. Poco después, en los primeros días de noviembre de 1530, aparece una armada lusitana que transporta a Gonzalo de Pereira, sustituto de Meneses. El portugués trae una importante noticia: que Carlos I ha cedido a Portugal las islas Molucas a cambio de fuerte indemnización. El largo litigio en torno a las citadas islas concluía; la permanencia de los españoles allí no tenía razón. Pero Urdaneta recelaba, y como dudaba pidió los despachos del emperador donde constase tal cesión. Pereira no los tenía; dijo que estaban en poder del gobernador general de las Indias Portuguesas. La desconfianza aumenta. Un largo escrito contando todo lo acaecido en estos años es entregado a un mercader portugués para que lo haga llegar hasta Carlos I. El nuevo gobernador portugués, Pereira, no actúa mejor que Meneses, y al final muere acuchillado por los indígenas. Los españoles ayudan a sus enemigos en estos trances difíciles. El jefe español La Torre deseaba vivamente el retorno a la patria; aprovechando la gratitud portuguesa por las últimas ayudas prestadas, los españoles piden salvoconducto al virrey don Nuño de Anaya. Los indígenas de Gilolo, donde están los españoles, enterados de que éstos piensan irse y sabiendo que entonces caerán en manos portuguesas, intentan impedir la marcha. Pero los portugueses ayudan a los diecisiete españoles supervivientes, y en febrero de 1534 pasan a Ternate. La Torre sigue para España y Urdaneta se queda en Molucas cobrando algunos vales por especias que adeudaban los indígenas.

Al fin, en noviembre de 1535. Andrés de Urdaneta sale de Malaca hacia Ceilán. En enero de 1536 embarca en Cochin a bordo de la nao *San Roque*, y en junio fondea en el estuario de Lisboa. Urdaneta fue despojado de todos los planos y escritos que llevaba. El guipuzcoano protesta, quiere ir a quejarse al rey luso; pero el embajador español le aconseja que salga cuanto antes de la capital portuguesa, y le da un caballo. Casi huyendo abandona la capital portuguesa, dejando en ella a una hija.

¡Una hija! Lo hemos silenciado; pero Andrés de Urdaneta trae de Oceanía una mestiza, fruto de unos amores que debieron ser interesantes, y que hemos de imaginar. Fácil también suponer que la melancolía y nostalgia debieron invadir más de una vez al guipuzcoano recordando las islas donde trascurrieron los mejores años de su vida y donde dejó a la amante. Tenía veintiocho años.

Con veintiocho años se presenta ante el Consejo Real y Supremo de las Indias, sito en Valladolid, y, haciendo gala de una memoria

prodigiosa, depone minuciosamente. Tan detalladamente, que Fernández de Oviedo dice: "Este Urdaneta era sabio, y lo sabía muy bien dar a entender, paso por paso, como lo vido."

7. Nueva expedición a Oceanía

Cuarenta años se tardó en explorar las islas orientales, desde Méjico, e iniciar la conquista de Filipinas cuando ya se dominó el derrotero de regreso (1527-1565).Cinco expediciones se necesitaron para ello. Cortés abrió la serie remitiendo a su primo A. de Saavedra (1525) y a Grijalva que, vía Perú, también fue a Oriente (1536). Mantuvieron el interés los virreyes Mendoza y Velasco, que organizaron las armadas de Villalobos (1542) y Legazpi (1564). El retorno o vuelta de poniente lo intentaron respectivamente dos veces Saavedra y Villalobos fracasando. Cupo acertar con la vía a Urdaneta, quedando abierta a partir de entonces la ruta que haría durante 300 años el Galeón de Manila.

Desde Zihuatanejo como vimos, había zarpado la armadilla de Alvaro de Saavedra –tres barcos cien hombres– el 31-X-1527. Objetivo: encontrar a Caboto y a Loayza y ayudarles, agradecer al rey de Tidore las atenciones habidas con Elcano y los suyos, descubrir nuevas tierras y traer ejemplares de la flora. Tocaron en *los Reyes* (Utirik-Taka y Rongelap al S. de las Marshall), *Mindanao, Sarragan, Gilolo* y *Tidore* (27-III-1528). Por dos veces pretenden regresar, con el barco cargado de clavo. La primera vez el 12-VI-1528. Las calmas, los vientos y corrientes marinas dificultan una navegación que discurrió por *Islas de Oro* (Kepulauan Shouten) *Papúas* (I. Misory), *Almirantazgo,* Bismarck... Camino del NE alcanzan los 14° lat. N. pasando por las *Carolinas*... tienen que retroceder por las *Marianas. Mindanao y Tidore* (19-XI-1528). El 3-V-1529 inician la segunda tentativa que les lleva a las *Islas de los Pintados* (Ponapé), este de las Carolinas occidentales, *Islas de los Jardines* (11° 30) y, grupo N. de las *Is. Hawaii.* Muere Saavedra y desde los 31° emprenden el retorno.

A los reclamos de ayuda hechos por Pizarro, Cortés le contestó enviándole a Hernando de Grijalva, que abandonó Acapulco en 1536 y se dirigió a Paita de donde volvió a zarpar en abril de 1537 para navegar a poniente hasta la *Is. Chiristmas, Los Pescadores* (Gilbert) donde su gente le asesina. Siguen hasta *Nueva Guinea* para ser capturados por los indígenas. Dos años más tarde los portugueses rescatan a siete supervivientes.

El virrey Mendoza, empeñado en la expansión española, organizó la armada de Ruy López de Villalobos que, con 370 hombres, abandonó Navidad el 1-XI-1542. Descubren las *Is. Revillagigedo* y siguen hasta las Marshall que llamaron *Los Corales, Los matelotes* (Carolinas occidentales), *Los arrecifes* (Palaos), *Mindanao* (2-II-1543), *Luzón* y *Sarragán* donde hubo un intento frustrado por establecer una colonia. Malogradas también resultan las dos navegaciones de regreso a Nueva España, a cargo de Bernardo de Torre e Iñigo Ortiz de Retes. Torres sale el 26-VIII-1544 en busca de refuerzos y enrumba hacia el NE para tocar en las *Ladrones, Kazah Retto* a los 30° donde un tremendo huracán les obliga a regresar. Villalobos se había ido a Tidore debido a la falta de hombres y de alimentos. Los portugueses le ayudaron. El 16 de mayo de 1545 Ortiz de Retes principia el segundo intento para navegar hacia México. No pasó de la *Nueva Guinea*, que bautizó y de la que tomó posesión en nombre de España. Los temporales le empujaron hacia Tidore donde arriba el 3-X-1545. Ante el fracaso, Villalobos pactó con los portugueses la repatriación de sus gentes, en tanto que él moría en Smboina (Molucas), asistido por San Francisco Javier.

En trece años se han dado cinco intentos fallidos de retorno si pensamos que también tal pretensión abrigaron los hombres de la nao magallánica «Trinidad» (1522). Fue esto, sin duda, y el abandono de las Molucas lo que explica la paralización de casi veinte años que sufre la expansión mejicana transpacífica. Se recupera con el virrey Luis de Velasco que proyecta la colonización de las *Is. San Lázaro* o *Filipinas* y el descubrimiento del tornaviaje. Para ello se pide ayuda al experimentado Andres de Urdaneta, que en 1552 había profesado como agustino. Urdaneta había estado con Elcano y Loayza, y fue testigo de los dos intentos fallidos de Saavedra por retornar.

8. Filipinas como objetivo

En el puerto de La Navidad estaba ya fondeada la armada. Muchos de los marineros se han enrolado con esfuerzo. No era muy fuerte la atracción que ejercían sobre ellos las tierras asiáticas. Cuatro barcos componían la armada: *San Pedro, San Pablo, San Juan* y *San Lucas*. La flota levó anclas en la madrugada del 21 de noviembre de 1564. Poco antes se moría el virrey don Luis de Velasco; la importancia de este hecho es enorme, ya que él determinó finalmente que el derrotero

–secreto– de la flotilla fuera rumbo a Filipinas y no a Nueva Guinea, como proponían Urdaneta y Velasco. La Audiencia de México, hecha con el mando del virreinato al fallecer Velasco, modificó el itinerario. Las órdenes para tal alteración iban en pliegos lacrados, que se abrirían en alta mar para evitar la deserción de Urdaneta.

Antes de partir, todos oyeron misa y comulgaron. Estandartes y banderas pasaron luego a bordo. Después los barcos se alejaron en pos del "descubrimiento de la vuelta". Era el objetivo más singular que había sido señalado a una expedición indiana. Las naves se deslizaron hacia el Suroeste hasta el sábado 25, en que Legazpi abrió los pliegos lacrados ante el escribano de la flota. Legazpi ya sabía lo que el pliego contenía: que tomase rumbo a las islas Nublada, Rocapartida, Reyes, Corales..., etc., hasta Filipinas. Lo más importante no era esto, sino saber cómo seguía el ánimo de Urdaneta tras el cambio. Podía suceder que el fraile se negase a dirigir los barcos, pero no sucedió. Urdaneta acató las órdenes de la Audiencia.

Durante cinco días navegaron sin novedad. El patache *San Lucas*, muy velero y capitaneado por el mulato ayamontino Alonso de Arellano, acusó pronto afán de ir a la delantera. Sospechó Legazpi de ello, y quiso aminorarle la velocidad; pero no se le hizo caso y acabó desertando. Llegó a Mindanao antes que nadie y regresó a México, divulgando que el resto de la armada se había perdido. Las restantes embarcaciones prosiguieron su navegar, tocando en las Marianas o Ladrones, de las que Legazpi tomó posesión en nombre de España. Urdaneta deseó entonces establecer allí alguna fundación como base de la conquista de Nueva Guinea; pero las órdenes estatales eran terminantes. El objetivo era Filipinas, y no otro. Llegaron a ellas –*Samar*– el sábado 3 de febrero de 1565. De esta isla van a la de *Leyte*. Cerca, entre el follaje de cañaverales, árboles del pan, mangos y palmeras, había un poblacho de chozas de nipa. Los indígenas estaban recelosos y contemplaban las maniobras de los barcos y los movimientos de los europeos en la playa desde el bosque.Algunas exploraciones señalaron el puerto de *Cabalián* como lugar bien abastecido. Hacie él fueron los barcos el 5 de marzo. Los naturales huyeron. Sus chozas quedaron abandonadas en medio de los árboles, que les defendían como un vallado. Los hispanos pudieron tomar alimentos dirigidos por un indígena principal que se hacía llamar *Camotuán*. Bajo las indicaciones de éste se encaminaron a la isla Mazagua o *Limasagua*, para cuyos caciques confeccionaron una zamarra de terciopelo y un manto. No sirvieron para nada. Los habitantes de Mazagua, prevenidos, huyeron a la selva tan

pronto los vieron. Legazpi hizo que Camotuán volviese a Cabalián, y él siguió hacia *Camiguin*, islita al norte de Mindanao.

La situación de la flota y sus hombres era delicada. Por todos lados se les rehuía, y ellos no empleaban la violencia como recurso convincente. Así no conseguían nada. Legazpi tenía órdenes de persuadir y atraer por medios pacíficos, y a ello se ceñía, contra el parecer de la hueste.

Navegando hacia Mindanao los atrapó un temporal que los desvió hacia la isla *Bohol* (15 de marzo). Los nativos, creyéndolos portugueses, se negaron en un principio a tratar, pero luego sus caciques *Sicatuno* y *Sigalo* prestaron importantes servicios. La flotilla ancló en una caleta y sus tripulantes bajaron a tierra. No todos. Los del patache *San Juan* salieron en su barco hacia *Butuán*, en el norte de Mindanao. Llevaron presentes y compraron canela, oro y cera. Sicatuno, cacique de Bohol, se decidió al fin a subir a bordo. Se le halagó, y poco a poco la confianza se adentró en los ánimos indígenas. Mas el deseo de todos era el de llegar a Cebú, a cuyos indígenas sí podían hacer la guerra lícitamente recordando el taimado trato que le dieron a Magallanes. El arribo de la escuadrilla a Cebú tuvo lugar el 27 de abril. Como una terrible aparición contemplaron los cebuanos las naves hispanas; recordaron la matanza de cuarenta años atrás, y pensaron que había llegado la hora de la venganza. No conocían a Legazpi, ni sabían de sus benignas intenciones. El español estaba dispuesto a olvidar; el nativo, en cambio, viendo que no se le castigaba, se mostró reacio a prestar ayuda. Legazpi comisiona al agustino Urdaneta, cuyos pacíficos requerimientos no sirvieron para nada. Cansado el capitán español, ordenó el bombardeo y el desembarco. Los cebuanos huyeron a la desbandada y las huestes entraron en el poblado. Hallaron lo que no esperaban: una imagen del Niño Jesús. ¿Cómo había llegado hasta allí? La había regalado a la reina de Cebú, después de su conversión, Antonio de Pigafetta, cronista de la expedición magallánica.

Cebú era punto importante. Su conquista se verifica en los últimos días de abril. Con ella se tiene la base para la proyección sobre Filipinas y para el retorno a México.

9. El retorno de Urdaneta

El fraile marino escogió la nao *San Pedro* y doscientos hombres para efectuar "la vuelta". En su bodega se metieron alimentos para

ocho meses y doscientas pipas de agua. Un nieto de Legazpi, Felipe de Salcedo, mandaba la expedición e iba asesorado o ayudado por varios expertos; todos subordinados a Urdaneta, sobre quien recaía la responsabilidad. Se hace imposible ser prolijo en este viaje; Urdaneta, que años atrás usaba y abusaba de la pluma contándonos todo, se muestra en esta ocasión terriblemente escueto. Su nao salió a la mar libre el 1 de junio de 1565, dejando atrás a la isla de Cebú.

La panzuda nave se movió con vientos por estribor hasta principios de julio. Ellos no podían ser una excepción entre todas las expediciones, y de ahí que también rindieran su tributo al escorbuto, la terrible peste del mar. En los primeros meses no hizo acto de presencia porque las grandes cantidades de verdura embarcada lo impedían; pero a finales de agosto ya Urdaneta tuvo que repartirse entre enfermero, fraile y piloto. El ansia de los nautas por hallar tierra era enorme en septiembre. Algún toponímico denota este anhelo. Por fin, "el día 18 de septiembre –escribe Urdaneta– vimos la primera tierra en la costa de la Nueva España, que fue una isla que se dice San Salvador...". El Pacífico había cedido a la tenacidad y fe del hombre, y había mostrado la ruta de retorno. Cuatro meses había durado el viaje. La nao comenzó a costear rumbo al Sur, pasando de largo el puerto de La Navidad, para ir a fondear al de Acapulco. Era tal la debilidad de los dieciocho hombres, que no podían realizar la maniobra de fondeo ni podían izar el ancla a bordo. Hubo que cortar la amarra (8 de octubre).

El éxito de la empresa, que Urdaneta explicó al virrey y a la Audiencia, estaba en haberse salido de la zona tropical subiendo hasta el paralelo 42° donde soplaban vientos favorables. Tal sería la ruta que, por siglos, seguiría luego el célebre *Galeón de Manila*. Su descubridor pasaba a España, informaba a Felipe II, sostenía de nuevo lo ilegítimo de la conquista de Filipinas y regresaba a México para morir (3 de junio de 1568).

10. Conquista de Filipinas

Legazpi, adelantado de Filipinas, había establecido su cuartel general en Cebú. Sobre esa isla se alzó el primer poblado hispano, que llamaron *Villa de San Miguel* (8 de mayo de 1565). De manera pacífica se inició la anexión de la isla, lográndose que el 5 de junio el reyezuelo *Tupas* prestara vasallaje a España. Como símbolo del proceso que

se iniciaba fue bautizada una sobrina del régulo con el nombre de Isabel, y casada canónicamente con el calafate griego Andreo. Un deslumbrante banquete selló tanta bienaventuranza. Los indios desde entonces se mostraron como magníficos colaboradores en la construcción de la villa y de un fuerte. Para contentarlos –a Tupas–, Legazpi tomó posesión de *Mactán*, escenario de la muerte de Magallanes. Los indios de los alrededores iban sucumbiendo a la política benévola de Legazpi, quien enviaba a explorar *Panay* y *Mindanao*. Pero un enemigo los traía en jaque: el hambre. Cebú no tenía nada, y sobre ella pesaba un año de sequía. Las penalidades y la duda sobre el éxito del viaje de Urdaneta incubó la conjura; sus cabecillas fueron el francés Pierre Plun, los griegos Andreo y Jorge y el veneciano Pablo Hernández. Notificado Legazpi, los procesó y ahorcó, perdonando sólo a Andreo.

Pasada esta racha apareció el galeón *San Jerónimo*, enviado desde México después de llegar Urdaneta. Su ruta fue un periplo de crímenes y fatigas. Pese a ello, los ánimos se alegraron por la ayuda que él y su cargamento significaba.

Un enemigo de siempre, los portugueses, se dejaron ver un día en forma de potente flota. Legazpi aceleró las fortificaciones temiendo un inmediato ataque. Los indios de Tupas se amedrentaron y huyeron. Legazpi proseguía en sus obras defensivas, intensificadas cuando recibió una especie de ultimátum enviado por el comandante lusitano Antonio López de Sequeira. El portugués se olvidaba que ya en 1529 Carlos I había cedido las Molucas. El ataque no tuvo lugar sino en 1568, siendo rechazado totalmente (diciembre). Antes, el adelantado había enviado hacia México al patache *San Juan* (1567) en busca de refuerzos; estos auxilios que Legazpi pedía le vendrían en dos navíos que arribaron ese mismo año. Después del ataque lusitano zarpó para México Felipe de Salcedo con el *San Lucas;* pero en el camino se topó con el *San Juan*, que regresaba, y, uniéndose a él, siguieron para Cebú. Venían órdenes y más frailes agustinos, con los que ya se fundó la Provincia de Filipinas, primera de la orden en Malasia.

López de Legazpi comprendía que en Cebú no podía proseguir con sus hombres, dada la pobreza insular. Determinó, teniendo esto en cuenta, trasladarse a *Panay*, isla muy fértil, de mejor clima y naturales pacíficos. Desde el campamento inició Legazpi una serie de entradas que le permitieron tener dominada la isla, junto con la de *Negros* y *Samar*, a finales de 1569.

El avance, saltando de isla en isla, proseguía hacia el Norte. *Luzón* era la meta. Previamente se atacó y anexionó *Mindoro* (1570), guarida

de piratas mahometanos que tenían aterrorizados a los indígenas. Estos, viendo cómo se extirpaba a sus eternos enemigos, rindieron más admiración a los hispanos, y se enrolaron en sus huestes. La marcha sobre Luzón se inició en mayo de 1570. Los barcos tocaron en la bahía de Cavite, desde donde los españoles expidieron presentes al rajá de Manila. Llamábase éste *Matandá* y tenía como heredero y corajá a su sobrino *Solimán*. Procedían éstos, al igual que la casta dominadora mahometana, de Borneo y Joló; contra el ánimo de los naturales tagalos mantenían estos moros el dominio sobre los 111.000 kilómetros cuadrados de Luzón. Los indígenas vieron con agrado la presencia hispana que les iba a sacar de la opresión mora. Solimán el Joven sabía cuánto significaban aquellos barcos y aquellos hombres europeos; por eso contestó altivamente y manifestó que ellos no eran como los otros pueblos pintados ni estaban dispuestos a pagar tributos. Quienes oyeron estas bravatas eran los capitanes Martín de Goiti y Juan de Salcedo, enviados por Legazpi. El plan de los españoles consistía en presentarse a los habitantes de Luzón como libertadores del yugo mahometano y no como conquistadores. La primera parte de la conquista de Luzón la iba a hacer factible el joven Solimán. Odiaba a los blancos y estaba dispuesto a lo que fuera con tal de que no se quedasen en la isla. Tramó un solapado ataque. Pero su tío, el viejo rajá Matandá, que había pactado amistad cambiando su sangre con los hispanos, no le secundaba y participó la felonía. Las hotilidades comenzaron cuando unos soldados fueron atacados en tierra, y acabaron cuando la flota de Goiti y Salcedo cañoneó Manila y la destruyó. Solimán huyó y se escondió; su tío Matandá quedó como rajá delegado de España, entre tanto Goiti y Salcedo partían a dar cuenta a Legazpi, sabiendo que éste les amonestaría por los violentos métodos empleados.

11. Manila, «donde hay nilad»

López de Legazpi sintió mucho lo sucedido, máxime cuanto que proyectaba hacer de Manila su centro. Pero también se alegró porque habían llegado tres navíos de México enviados por el virrey don Martín Enríquez de Almansa, fervoroso partidario de la conquista filipina. Además, el descontento de Legazpi no era tampoco de consideración, pues él comprendía que con tal operación afianzaba su tarea, y que la lucha había sido contra los renegados mahometanos y no contra los naturales.

Hasta España fueron llegando despaciosamente noticias de lo que ocurría en el archipiélago tagalo. Felipe II, en 1569, confirmó oficialmente a Legazpi el título de Adelantado de las Islas Ladrones. Otro adelantado más en estas páginas de la gesta indiana. Adelantado fue Balboa, de la mar del Sur; Almagro, Alvarado, Isabel Barreto, los del Plata... Eran hombres de frontera y más allá del mar, como aquel adelantado del mar que envió Alfonso X a Palestina, y como aquellos adelantados de frontera durante la Reconquista.

Legazpi puso en seguida en marcha la colonización estable. La antigua villa de San Miguel en Cebú pasó a llamarse ayuntamiento del *Santo Nombre de Jesús*, en recuerdo de la imagen hallada. Cerca de cincuenta vecinos quedaron en la fundación con pueblos e islas repartidas. Aquí, en Oriente, no sólo se reparten indios y campos, sino islas pequeñas. A algún conquistador correspondería alguna coralífera isleta, de clara laguna y gráciles palmeras... De Cebú pasó Legazpi a Panay, donde preparó a sus trescientos hombres blancos y miles de indígenas aliados. Eran sus fuerzas de choque. Sólo un grupo de soldados quedaron en Panay; el resto partieron en abril de 1571 en "26 ó 27 navíos grandes y pequeños de los nuestros y de los naturales que con nosotros venían" hacia Luzón. En el enjambre de islas que sobrepasaban iban dejando cortas guarniciones y misioneros. Con ello aseguraba su misión, desarrollaba la colonización e impedía que los portugueses las tomaran.

La segunda parte de la conquista filipina fue más pacífica que la primera. Legazpi desembarcó sin contratiempos en Cavite. El adelantado vislumbró entonces la situación de la futura capital; el *río Pasig* desembocaba en una amplia bahía, fácilmente defendible, en cuyas márgenes podría situarse la capital planeada. Mas antes había que atraerse y someter a los naturales por medios pacíficos. Por el ámbito insular se dejaron oír los pregones llamando a la subordinación. Los intérpretes vertían al tagalo, ilocano, pampango, zambos, etc., el llamamiento de Legazpi, y éste, sentado con escribano real, en estrado de terciopelo rojo con las armas del imperio, tomaba posesión de la isla. Sus caciques aceptaron el vasallaje y lo prometieron ante el crucifijo puesto sobre la mesa (18 de mayo de 1571).

La conquista en sus puntos principales estaba concluida. El ejército –bien breve– de agustinos terminaría de anexionar el archipiélago. A López de Legazpi sólo le faltaba fundar la población capital. Escogió el sitio indicado y el día 24 de junio de 1571 para llevarla a cabo. *Manila* se llamó la ciudad cuya primera piedra puesta por manos his-

panas bendijo el provincial agustino fray Diego de Herrera. Manila quería decir "donde hay nilad". Y *nilad* era un árbol que abundaba en aquellas orillas del río Pasig, auténtica cuna de las esencias de España en Oceanía.

Casi al otro extremo del mundo se edificaba un gigantesco monasterio: El Escorial. Sus planos los hacía un hombre llamado Juan de Herrera. El mismo que firmaba los planos que Legazpi recibió de Felipe II para edificar una iglesia, un convento, una casa de gobierno y ciento cincuenta casas para pobladores que llegarían de Nueva España.

BIBLIOGRAFIA

1. Crónicas y documentos

ARGENSOLA, Bartolomé L. de: *Conquista de las islas Molucas.*–Madrid, 1609.

Colección de Diarios y relaciones para la historia de los viajes y descubrimientos.–Tomo V: «Esteban Rodríguez», 1564-65; «Miguel López de Legazpi», 1564-65; «Esteban Rodríguez y Rodrigo Espinosa», 1565.–Madrid, 1947.

Colección general de documentos relativos a las islas Filipinas, existentes en el Archivo de Indias de Sevilla.–Editada por la Compañía General de Tabacos de Filipinas.–Barcelona, 1918-19 (Sólo 2 vols.)

CONCEPCIÓN, Fray Juan de la: *Historia general de las Islas Filipinas.*–Sampaloc (Manila), 1788-92, 14 vols.

FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, Martín: *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV.* Apud. *Obras de...* B.A.E. Tomos LXXV-LXXVII. Madrid, 1955. En el tomo LXXVIII se inserta documentación sobre Loayza, Saavedra, etc.

MORGA, Antonio de: *Sucesos de las islas Filipinas.*–México, 1609.–Madrid, 1909.

RETANA, W. E.: *Archivo del bibliófilo filipino. Recopilación de documentos.*–Madrid, 1895-1905.

SAN AGUSTÍN, Fray Gaspar de: *Conquista de las islas Filipinas. La temporal por las armas del señor don Phelipe Segundo el Prudente; y la espiritual por los Religiosos del Orden de Nuestro Padre San Agustín.*–Madrid, 1698. 2 vols. Edición moderna con Introducción y notas por M. Merino. O. S. A. Madrid, 1975.

URDANETA, Andrés: *Relación del viaje de la armada del comendador García de Loaisa a las islas de Especiería o Molucas en 1525.*–Biblioteca de Palacio.–Vid. Uncilla.

2. Estudios modernos

ALCÁZAR, José de: *Historia de los dominios españoles en Oceanía.*–Manila, 1895.

ARAGÓN, Fray J. Gayo: *Ideas jurídico-teológicas de los religiosos de Filipinas en el siglo XVI sobre la conquista de las islas.*–Manila, 1950.

ARTECHE, José de: *Urdaneta.* (El dominador de los espacios del océano Pacífico.)–Madrid, 1943.

– *Legazpi. Historia de la conquista de Filipinas.*–San Sebastián, 1972.
BAYLE, Constantino: *Japón y Filipinas en el siglo XVI.*–El primer intento de conquista. «Razón y Fe», 1942, CXXV, 145-157.
BERNAL, Rafael: *Mexico y Filipinas. Estudio de una transculturación.* México, 1965.
BUZETA, Manuel: *Diccionario geográfico, estadístico, histórico de las islas Filipinas.*–Madrid, 1850.
CUEVAS, P. Mariano (S. J.): *Monje y marino.–La vida y los tiempos de Fray Andrés de Urdaneta. Españoles en América.–II: «Expediciones a las Filipinas».*–México, 1893.
DÍAZ TRECHUELO, M.ª Lourdes: *Arquitectura española en Filipinas.*–Sevilla, 1959.
FERNÁNDEZ ARIAS, Evaristo: *Descubrimiento y pacificación de Filipinas.*–Madrid, 1893.
KNAUTH, Lothar: *Confrontación transpacífica. El Japón y el Nuevo Mundo hispánico.* México, 1972.
MACKARTHY, E. J.: *Spanish beginnings in the Philippines, 1564-1572.*–Wáshington, 1943.
MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA, Fray Joaquín: *Historia de las islas Filipinas.*–Sampaloc, 1803. (Llega hasta 1763.)
MEDINA, José Toribio: Bibliografía española de las Islas Filipinas. (1523-1810). Amsterdam, 1966.
MITCHEL, Mairin: *Friar Andrés de Urdaneta, O. S. A.*–Londres, 1964.
MONTALBÁN, Francisco Javier: *El Patronato español y la conquista de Filipinas.*–«Biblioteca Hispana Missionum», 4.
MONTERO Y VIDAL, José: *Historia general de Filipinas, desde el descubrimiento de dichas islas hasta nuestros días.*–Madrid, 1887, 3 tomos.
MURO, Luis: *La expedición Legazpi-Urdaneta a las Filipinas. Organización. 1557-1564.* Apud. «Historia y sociedad en el mundo de habla española (Homenaje a José Miranda). El colegio de Mexico, 1970, 141-216.
PHELAND, John L.: *The Hispanization of the Philippines Spanish Aims and Filipino Responses, 1565-1700.*–Madison (Wisc.), 1959.
RETANA, W. E.: *Indice de los que asistieron al descubrimiento de Filipinas.*–Madrid, 1921.
RIBADENEIRA-LEGISIMA, PP.: *Evangelización de Filipinas y del Japón.*–Madrid, 1947.
SANZ Y DÍAZ, José: *Lope de Legazpi, primer adelantado y conquistador de Filipinas.*–«Colección Milicia de España».–Madrid, 1950.
(Incluye bibliografía y documentos de interés.)
SOREL, Julián: *La Raza. Descubridores. (Pinzón. Magallanes y Legazpi).*–Madrid, 1920.
UNCILLA, Fray Fermín de: *Urdaneta y la conquista de Filipinas.*–San Sebastián, 1907.
(Obra fundamental. Incluye como apéndice la «Relación del viaje de Loayza», por A. Urdaneta.)

XIV

LA CONQUISTA DEL INCARIO

«Siendo descubierta la mar del sur, y conquistados y pacificados los moradores de Tierra Firme..., el capitán Francisco Pizarro...: teniendo su casa y hacienda...; estando en quietud y reposo..., pidió licencia a Pedrarias para descubrir por aquella costa del mar del Sur.»

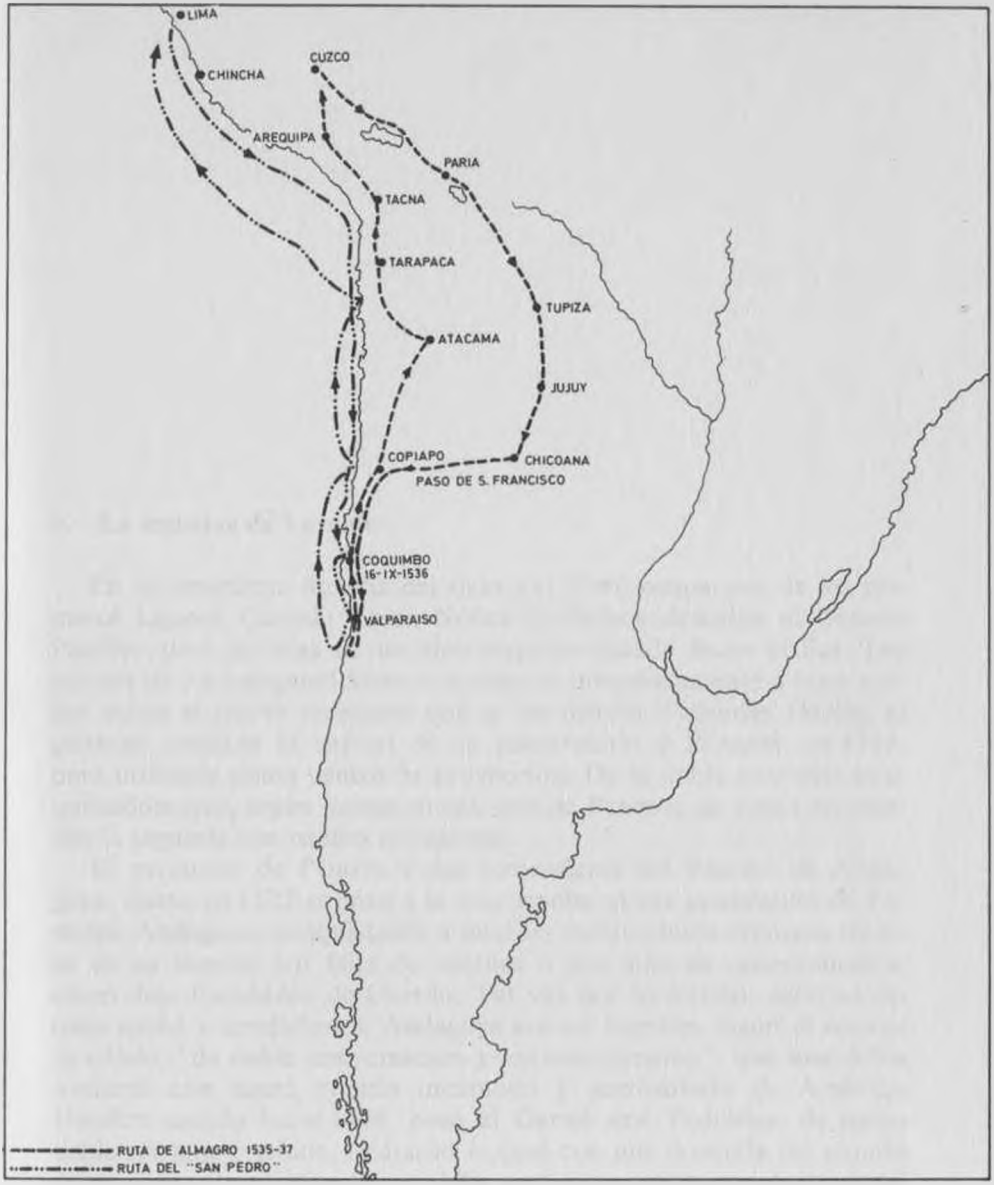
(FRANCISCO DE XERES: *Conquista del Perú.)*

«... lo de allá es tanto que no han menester cosa de lo de q. acá tienen e aquella tierra es la viña de Dios y otras muy grandes cosas que en verdad aún para desbarío parece grande: la plata tienen en corral porque no saben donde la echar...»

(Carta del licenciado Gaspar de Espinosa.– Panamá, 21 de julio de 1533.)

Los viajes de Pizarro sobre el Perú.

La marcha hispana dentro del Ahuantinsuyo desde el desembarco en Tumbes hasta la entrada en el Cuzco.



El descubrimiento de Chile a partir del Perú.

1. La empresa de Levante

En la toponimia ilusoria del siglo XVI, Perú ocupa uno de los primeros lugares. Cuando Vasco Núñez de Balboa descubre el Océano Pacífico tuvo noticias de un rico imperio situado hacia el Sur. Las mentes de los conquistadores comenzaron inmediatamente a tejer sueños sobre el nuevo escenario que se les ofrecía. Pedrarias Dávila, el primero, traslada la capital de su gobernación a Panamá, en 1519, para utilizarla como centro de proyección. De la doble corriente conquistadora que, según hemos dicho, sale de Panamá, se ponía en marcha la segunda con rumbo meridional.

El precursor de Pizarro y sus compañeros fue Pascual de Andagoya, quien en 1522 se hizo a la mar rumbo al sur arrancando de Panamá. Andagoya, conquistador a medias, aunque buen cronista, fracasó en su intento por falta de ventura o por falta de conocimientos, como dice Fernández de Oviedo. Tal vez por lo último, dado su estrato social y condiciones. Andagoya era un hombre, según el cronista citado, "de noble conversación y virtuosa persona", que mal debía avenirse con aquel mundo incómodo y semibárbaro de América. Hombre nacido hacia 1498, pasó al Darién con Pedrarias, de quien debía ser paje o criado. Pedrarias le casó con una doncella del séquito de su mujer, le enriqueció y le hizo participar en las expediciones del Lic. Espinosa y de Balboa. Fue de los fundadores de Panamá, de la cual fue alcalde en 1527.

Por Gaspar de Morales y Francisco Becerra se sabía la existencia de una región situada hacia levante de Panamá. Visitando Andagoya al cacique de Chicama, aliado de los españoles, éste se quejó de los ataques que sufría de los caciques de la provincia del *Pirú*, región inmediata a Panamá en el golfo de San Miguel. Andagoya pidió ayuda a Pedrarias y se dirigió al *Pirú* e hizo devolver al cacique de esta región lo que le había robado a Chicama. Desde entonces, el nombre del *Pirú* –región o río– se aplicó a toda la región desconocida situada al sur de Panamá, hacia el Levante, en la Mar del Sur.

Andagoya recorrió entonces un sector de la costa, hoy colombiano, hasta un lugar llamado San Juan, logrando sujetar a siete caciques, entre ellos al que hacía de rey de los demás. Eran indios comerciantes y navegantes. Andagoya pretendió que le dieran noticias exactas del Imperio de los Incas y del Cuzco, cosa que Pizarro sólo supo en su tercer viaje, cuando llegó a Túmbez. Es decir, Andagoya pretendió saber datos sobre el imperio que se situaba al sur. En su visita, inspeccionando la costa invitado por el cacique, tuvo la mala suerte de que su canoa volcase, quedando de ello tullido e impedido de montar a caballo. Vuelto a Panamá, declina la invitación que le hace Pedrarias de dirigir la empresa de Levante y se dedica a escribir una relación sobre los sucesos de Pedrarias y sus propias exploraciones, publicada por Fernández Navarrete, que tiene el mérito de presentarlo como el primer cronista etnógrafo del descubrimiento peruano. Algo debió quedar, como semilla, enterrado en el alma de Andagoya, puesto que pasados unos veinte años logra la gobernación del río San Juan y regresa a los escenarios colombianos, como veremos al tratar del Nuevo Reino de Granada. Pedrarias, animado, organiza otra hueste, que no llega a salir por muerte del jefe de ella, Juan de Basurto.

Es entonces cuando aparece en escena el capitán Francisco Pizarro, llamado por Pedrarias "mi Teniente de Levante". Recordemos algo de lo que ya sabemos sobre él. Había llegado a Indias en la flota de Ovando en 1502: durante ocho años es uno más de los hombres inquietos que pululan por las tierras aledañas al Caribe. En 1510 suena su nombre: Alonso de Ojeda le da el mando del fuerte de San Sebastián (golfo de Urabá). De 1508 a 1522, el capitán Pizarro milita bajo diversos caudillos: Ojeda, Enciso, Balboa, Morales, Pedrarias..., aprendiendo el arte de la guerra indiana. El hace una incursión al templo indio de *Dabaibe*, cruza el itsmo con Balboa, regresa con Morales de la isla *de las Perlas*, detiene a Balboa por orden de Pedrarias, etc. Estando en Panamá escucha las noticias de Andagoya, que le sugieren la

conquista del *Incario*. Asociado con dos amigos suyos, Diego de Almagro y el clérigo Hernando Luque, forman una compañía descubridora. Por el convenio establecido, Pizarro dirigía las huestes, Almagro procuraría pertrechos y el cura Luque aportaría fondos, que eran de Gaspar de Espinosa. Obtenido permiso de Pedrarias, salió Pizarro de Panamá en 1524 en un barco que llevaría algo más de cien hombres. Atrás quedaba Almagro preparando otro navío, con el que le seguiría.

Parte Pizarro hacia el puerto de *Piñas*, límite meridional del viaje de Andagoya. La estación es lluviosa y de vientos contrarios. La tierra que recorre –de los manglares– es inhóspita y malsana. Una treintena de hombres sucumben por los padecimientos. Por fin, llegan al puerto que denominan del *Hambre*, corta escala de donde siguen a *Pueblo Quemado*. La región es tan hostil y los expedicionarios se encuentran en tan pésimas condiciones que deciden regresar a Panamá. Mientras retroceden, Almagro, con otro navío, se cruza sin verlos, llegan hasta el río *San Juan* (24-V-1525) y regresan al punto de partida. El río San Juan para unos autores es el colombiano, pero para otros es el río San Juan de Micay a 3° de lat. N.

Tras los resultados de la primera incursión no se dan por vencidos. Una vez en Panamá, posiblemente formalizaron notarialmente el contrato (10 de marzo de 1526), y equipan la segunda armada. Pedrarias Dávila no ve bien este viaje y se resiste a dar permiso. El gobernador atraviesa un momento crucial, pues se prepara para castigar a su capitán Francisco Hernández de Córdoba, que se le ha rebelado, como ya vimos. El clérigo Luque mueve influencias y logra convencerle; al fin, Pedrarias accede y, considerando más beneficiosa la exploración de Centroamérica, renuncia a la parte que le correspondía en la empresa del Perú.

Los dos barcos de la segunda expedición (1526) han dejado ya atrás la región de los manglares, y están fondeados en el río *San Juan*. Allí se decide que Almagro retorne a Panamá en busca de refuerzos; mientras, el piloto Bartolomé Ruiz reconoce la isla del *Gallo* y llega hasta la bahía de *San Mateo*, despachado por Pizarro. Los que permanecen en el río *San Juan* con el jefe de la expedición se internan a explorar el terreno. Sólo encuentran selvas, fango, fiebre, animalejos e indios al acecho. Algunos caen. Padecen hambre y los mosquitos les obligan a taparse el cuerpo con tierra. En tan angustiosa situación reaparecen Ruiz y Almagro. El segundo trae víveres y hombres que les ha proporcionado el nuevo gobernador de Panamá, don Pedro de los Ríos. El primero, que ha navegado entre julio y octubre de 1526, informa so-

bre sus hallazgos por la costa: ha visto indios en una balsa ¿de Tumbes o de Salango? Con las noticias y refuerzos prosiguen hacia el Sur.

Los sufrimientos han vuelto a cebarse en los hombres. Ahora los dos navíos están fondeados en la isla del *Gallo;* siguen a la Bahía de San Mateo y, por tierra, se dirigen a *Atacames* desde donde retroceden, pues el 1-V-1527 están en el río Santiago. Después de una enconada discusión acuerdan que Almagro vuelva a Panamá en busca de más apoyos. Tras Almagro sale el otro buque llevándose a los descontentos. Todo retroceso queda cortado. Almagro se ha ido en junio de 1527; los que permanecen se refugian en la Isla del *Gallo* donde permanecen cinco meses.

Cuando los idos aparecen por Panamá, De los Ríos dispone enviar dos navíos al frente de Juan Tafur para que rescate a los que están en la isla del *Gallo*, y prohíbe a Diego de Almagro reclutar más gente.

La situación de Pizarro es apurada. Tafur, ante el espectáculo que le ofrecen aquellos hombres de la isla, ordena un regreso general. Pizarro se niega y determina jugárselo todo en un acto supremo. De Oriente a Occidente, en la arena de la playa, traza una raya, mientras dice a sus compañeros: "Por aquí se va a Panamá a ser pobre; por allá, al Perú, a ser rico y a llevar la santa religión de Cristo, y ahora, escoja el que sea buen castellano lo que mejor estuviere" (Jerez y Herrera). Trece hombres pasaron al otro lado de la raya, junto a su jefe. Son éstos los llamados *Trece de la Fama* (septiembre 1527).

Este puñado de soldados fue recogido por B. Ruiz en la isla *Gorgona,* a donde llegaron en una balsa, y donde permanecieron medio año. En lugar de regresar a Panamá, como había ordenado De los Ríos, continuaron hacia el Sur hasta tocar en *Guayaquil* y bahía de *Túmbez.* Los indios y el pueblo de Túmbez ofrecían una inédita visión. El Incario o Imperio del Sol y del oro soñado, se presentaba en sus casas de piedra, en sus mercados, en sus indios vestidos, etc. La última singladura Sur la hacen en los 9° latitud en el río *Santa,* tras dejar atrás a *Paita.* Retroceden el 13 de mayo de 1528.

Adquieren noticias y riquezas. Las noticias les hablan de una guerra civil entre dos emperadores hermanos que se disputan el dominio del Tahuantinsuyo. Otra adquisición valiosa que hacen es la del indio "Felipillo", futuro intérprete y actor decisivo en los acontecimientos.

Cuando desembarcan en Panamá, el gobernador les acoge fríamente y les desautoriza a organizar una nueva armada. En vista de esto, los tres socios opinan que lo más conveniente es dirigirse al mismo emperador, ya que, expresa Jerez, "estaban tan gastados, que ya no se

podían sostener, debiendo, como debían, mucha suma de pesos de oro". Y nadie más idóneo que Pizarro, puesto que puede mejor que otro cualquiera pintar con colorido y realismo lo alcanzado hasta el momento. En la primavera de 1528, el capitán Francisco Pizarro cruza el Atlántico en compañía de indios, oro y tejidos para el rey Carlos I de España.

2. Capitulación en Toledo

Después de veinte años en las Indias regresaba Pizarro a la metrópoli. Carlos I está en un momento favorable: ha vencido a Francia y ha recibido de Hernán Cortés un inmenso imperio. En Toledo cita el emperador al capitán Pizarro. El César escucha con agrado la narración del conquistador. Como tiene que ausentarse a Bolonia, es la emperatriz Isabel la que firma en Toledo, el 26 de julio de 1529, el documento de la Capitulación. De empresa particular pasa a ser empresa estatal. Los hombres que hasta el momento han sido un montón de aventureros quedan elevados oficialmente; los *Trece de la Fama* son transformados en hidalgos. Pizarro es nombrado gobernador, capitán general, adelantado y alguacil mayor del Perú, con autorización para continuar la conquista desde *Temumpalla* (Santiago) hasta el pueblo de *Chincha*.

A Diego de Almagro se le dio la tenencia de la fortaleza que hubiere en Túmbez, con una renta anual de 300.000 maravedíes y, asimismo, la categoría y privilegio de hijodalgo. Consiguiéndose también la legitimación de su hijo Diego, habido con una india de Panamá.

Para Hernando Luque se solicitó el obispado de Túmbez y se le nombró protector general de los indios.

También había deberes para los conquistadores en la Capitulación. Pizarro se comprometía a organizar las huestes y a llevar religiosos "para instrucción de los indios e naturales de aquella provincia".

En los días que anduvo por la corte el capitán Pizarro se tropezó con el ya famoso Hernán Cortés; ambos cambiaron impresiones, y el de Medellín le dio consejos al trujillano, luego aprovechados. El capitán, ya transformado en gobernador, hace una visita a su pueblo natal, Trujillo de Extremadura, y recoge a sus hermanos Hernando, Gonzalo, Juan y Francisco Martín de Alcántara. Sólo el primero es hijo legítimo; los otros dos eran hermanos de padre, y el último, sólo de madre. De Trujillo pasa a Sevilla y de ésta a Panamá.

Cuando Almagro se entera de lo capitulado muestra su desagrado. Se considera relegado en las prerrogativas concedidas. Pizarro, para contentarle, se compromete a pedir para su compañero el nombramiento de adelantado. Quizá esta rivalidad que entre los dos socios principiaba hubiera desaparecido con el tiempo; pero las diferencias que pronto nacieron entre Almagro y Hernando Pizarro, hombre de fuerte temperamento, ahondaron éstas que ahora se insinuaban entre los dos socios.

3. La expedición coquistadora: hacia la «Viña de Dios»

Con una avenencia sólo formal se embarcaron los dos socios en el mes de enero de 1531 con poco más de ciento ochenta soldados, tres frailes y treinta y siete caballos, en tres navíos cedidos por Hernán Ponce de León, sevillano rico avecindado en Nicaragua, socio de Hernando de Soto, con quien decidió meterse en la empresa perulera. El cronista Diego de Trujillo sienta que "los que se hallaron con Francisco Pizarro en el primer descubrimiento de la costa y la isla del Gallo no quisieron venir, diciendo que era tierra perdida y que los que venían con él venían a morir. Y así se quedaron algunos de los que vinieron con él de España". Entre los religiosos iba fray Vicente Valverde, siempre compañero de Pizarro y hombre que iba a desempeñar importante papel en los próximos acontecimientos.

Después de trece días de navegación desembarcaron en la bahía de *San Mateo*, un grado al norte de la línea ecuatorial. Los jinetes prosiguen la marcha por tierra. Se aproximan y ocupan la bahía de *Coaque* (costa de las Esmeraldas), donde recogen un rico botín. Con la riqueza lograda remite Pizarro dos barcos a Panamá con orden de reclutar gente.

A pesar de las riquezas, la tierra se ofrece adversa. Llueve sin cesar, abundan los animales dañinos y, sobre todo, sufren de unas pústulas bermejas (verrugas enormes) que los diezman. Medio año acampan allí.

Los refuerzos de Panamá llegan enviados por Almagro. También comparece el navío de un mercader con "mucha cecina y tocinos y quesos de Canarias" y algunos decididos a enrolarse en la aventura (Trujillo). Después regresa uno de los buques que Pizarro había enviado trayendo a Sebastián de Belalcázar, al soldado-cronista Miguel de Estete y a otros.

Con estos contingentes frescos se reemprende la marcha hacia el Sur en un avance combinado de mar y tierra. De Puerto Viejo a *Puná* es el trozo más penoso del viaje. De Puerto Viejo pasaron a *Picuaza* y a *Marchan*. Marchaban por el litoral, a través de unos "secadales sin agua". La sed les atosigaba, llegando a tal extremo el sufrimiento que, según Trujillo, "el Gobernador estuvo determinado de volver atrás, sino que Hernando Pizarro dijo que no, aunque muriesen todos". La voluntad más firme de la familia Pizarro acaba de entrar en acción. Se le obedece y, al fin, topan con una lagunita de aguas verdes donde sacian la sed, "aunque unos puercos que Hernando Pizarro traía de Panamá la pasaron de tal arte –sigue Trujillo– que era barro lo que bebíamos". En Puná, Pizarro malogra una celada indígena e intenta actuar de mediador entre los indios salteadores de Puná y los de Túmbez; pero fracasa. Otro navío de apoyo dirigido por Hernando de Soto aparece por aquellos días; entre la gente viene la primera mujer española que entró en el Incario: Juana Hernández. De Puná pasan a Túmbez, a cuyas playas arriban en los primeros meses de 1532. Dejando una guarnición, prosiguen hasta hallar el río *Chirá* o *Chira*, en cuyas márgenes funda la ciudad de *San Miguel*, en el valle de Tangarará. Aquí, en el pueblo de *Poechos*, tuvo unas relaciones con el obeso curaca Maizavilca, que recuerda a lo sucedido en Cempoala a Cortés con el cacique Teudili.

4. La situación del Tahuantinsuyo

Ya estaban en pleno Tahuantinsuyo, y el primer choque entre las dos razas se iba a producir como en la conquista de México.

El imperio de los Incas, con capital en Cuzco, nunca tuvo un nombre determinado. Tahuantinsuyo no significó jamás "los cuatro estados unidos", ni "Unión de las cuatro regiones". Porque la voz "suyo" no equivale a región o estado, sino a "surcos"; los cuatro "suyos" son los cuatro puntos cardinales. Esto significaba Tahuantinsuyo o el Mundo, del cual el Inca se consideraba señor desde su capital, Cuzco, centro del mundo.

Hacia 1523 había muerto el Inca Huayna Cápac, después de añadir el reino de Quito al imperio incaico. Al morir quedó dividida la unidad de su reino entre sus dos hijos: *Huáscar* y *Atahualpa*, por muerte del auténtico heredero: *Ninán Cuyuchi*. Cuzqueño y quiteño. Al primero le correspondió el reino del Cuzco y al segundo el de Quito. El

primero era hijo de una *coya*, es decir, de reina; el segundo era hijo de una *ñusta* o doncella real.

La guerra era inevitable entre los dos hermanos. Cuando estalla, Huáscar lleva la mejor parte, y logra apresar a Atahualpa; pero éste consigue evadirse, y en 1532 vence a su hermano en los llanos de Cuzco, proclamándose único Inca y ciñéndose el *llauto* o *mascaipacha roja* (borla), símbolo de la soberanía. A Huáscar lo encierra en una fortaleza.

En este crítico momento toca Francisco Pizarro en las tierras del Tahuantinsuyo. En Túmbez recibe noticias que le confirman esta lucha fratricida y la presencia cercana de Atahualpa. El ascenso a la sierra no era nada fácil. Los "españoles –asegura Jerez– se aposentaban en sus toldos de algodón que traían, haciendo fuego por defenderse del gran frío que en la sierra hacía; que en Castilla, en tierras de campos, no hace mayor frío que en esta sierra, la cual es rasa de monte, toda llena de una yerba como esparto corto; algunos árboles hay adrados, y las aguas son tan frías, que no se pueden beber sin calentarse". Mientras, el Cápac-Inca disfrutaba de los baños termicosulfurosos próximos a Cajamarca. Está ajeno a lo que se avecina. Su imperio tiene las horas contadas. La rápida caída del Imperio Incaico no se debe al valor de los españoles, al miedo indígena, a la superioridad de las armas de los que llegan, a las profecías vaticinadoras o a la ayuda prestada por Santiago, sino a causas más profundas representadas en la misma enormidad del imperio, que comprendía regiones distintas apenas conquistadas y habitadas por pueblos enfrentados. Asimismo hay que tener en cuenta la misma organización jerárquica del Tahuantinsuyo: caído el vértice despótico de la pirámide todo se desmoronó. Y en ese *todo* entra la disolución de la casta militar de los *orejones*, los grandes cambios de poblaciones ordenados por Huayna Cápac y la presencia de una casta pacifista y holgazana de nobles que explotaba al pueblo. El inca reinante no tenía la grandeza de un Pachacutec o un Tupac Yupanqui para afrontar la problemática de una guerra civil, eliminar el descontento del pueblo hacia la casta militar y rechazar a los intrusos.

5. El golpe de mano de Cajamarca

Después de cinco meses en San Miguel, y sin esperar los auxilios que debía traer Almagro, salió Pizarro hacia Cajamarca el 24 de septiembre del año 1532. Deja en San Miguel una guarnición, que debía

servirle como base de aprovisionamiento, enlace con Panamá y refugio en caso de urgencia. Eran ciento sesenta o ciento sesenta y siete hombres, de ellos sesenta o setenta y siete de caballería, los que ascendían hacia el mismo epicentro del enemigo.

Desde San Miguel, y hacia la sierra de los Andes, partía un camino por el que se dirigió Hernando de Soto en misión exploradora en noviembre de 1532. Los cuarenta hombres de De Soto atraviesan regiones pobladas y entran en un pueblo denominado *Caxas*. Grandes edificios formaban la localidad, y entre ellos se encontraban tres casas de mujeres recogidas que llamaban los indígenas *mamaconas*. Eran las *Vírgenes del Sol*, consagradas al trabajo para el Inca. En las casas, recuerda Jerez, "estaban muchas mujeres hilando y tejiendo ropas para la hueste de Atabalipa, sin tener varones, más de los porteros que las guardaban, y a la entrada del pueblo había ciertos indios ahorcados de los pies; y supo deste principal –Hernando de Soto– que Atabalipa los mandó matar porque uno de ellos entró en la casa de las mujeres a dormir con una; al cual, y a todos los porteros que consintieron, ahorcó". Era tremendo el signo trágico que pendía sobre los osados. Pero los hispanos no resistieron su incontinencia. Soto, apremiado por sus soldados, ordena al capitán indio que custodia las tres casas que saque las mujeres a la plaza. Eran unas quinientas. Cada español escogió la que más le agradó a disgusto del guerrero incaico. Casi lo matan. De Soto, temiendo enojar a Pizarro, le envió un mensaje preguntándole lo que debía hacer. El gobernador le contestó que no emplease la violencia, que demostrara temor y que condujera al capitán indio hasta su presencia. Cuando el mensajero regresó con esta orden "un confuso porvenir humano estaba forjándose –comenta Raúl Porras–, a despecho del capitán de Atabalipa, en las entrañas de las Vírgenes del Sol". El mestizaje estaba en marcha.

El paralelo con la conquista de México es claro. En un pueblo situado muy cerca de Cajamarca se detienen los expedicionarios durante veinte días. Desde él entablan relaciones con el Inca. Los mensajeros van y vienen con regalos y noticias. Garcilaso Inca dice que Atahualpa se echó a llorar al saber la llegada de los *huiracochas o viracochas* (dioses), pues con ellos se cumplía la profecía de su padre, Huayna Cápac, auguradora del retorno de los hijos del sol a señorear la tierra. Este hecho, que da aún más parecido a la penetración en el Perú con la de México, parece ser falso. Más cierto debe ser lo que escriben otros cronistas al referir que el Inca mostró una actitud firme y conminatoria enviándole a Pizarro como presente unos patos desollados y

llenos de lana. Al preguntar el capitán español qué significaba aquello se le contestó: "Dice Atabalipa que de esta manera os ha de poner los cuerpos a todos vosotros si no le volvéis cuanto habéis tomado en la tierra" (Trujillo).

A los regalos amenazadores de Atahualpa contestó Pizarro con un presente de paz. El Inca pensaba liquidar a los extranjeros inmediatamente; pero sus cortesanos, curiosos, le rogaron que los dejase llegar hasta ellos y luego los sacrificarían. Sólo debía salvar a tres: al herrero, al barbero y a un vaquero que laceaba diestramente los caballos. Es significativo este hecho, como símbolo de la colisión entre dos civilizaciones. Los incas aspiraban, por un lado, a dominar el hierro, que no poseían; por otra parte, querían contar –anhelos de belleza– con el arte del peluquero, oficio muy estimado en el Tahuantinsuyo, cuya población estaba dividida según el tocado de la cabeza y el corte del pelo. Por último, les atraía la persona del volteador, cuya destreza era capaz de dominar a caballos, monstruos desconocidos para ellos.

El plan de Pizarro consistía en caer sobre el Cápac-Inca, personificación de todo el imperio y única manera de anular a los cuarenta mil guerreros que le rodeaban. Atahualpa, por su parte, pensaba dejarlos entrar por los pasos de la sierra para prenderlos y sacrificarlos. Pero el intento le salió torcido, como luego él mismo comentó riendo.

La marcha quijotesca de la tropa, interrumpida en las cercanías de Cajamarca, continuó. Y un viernes por la tarde, 15 de noviembre de 1532, las huestes españoles entraban en Cajamarca escuálidas y fatigadas en medio de un silencio cargado de hostilidad y presagios funestos. Sin pérdida de tiempo Pizarro adelanta a Hernando de Soto hasta el real de Atahualpa, situado a una legua de la ciudad. A galope sale De Soto con su pequeño escuadrón, entre los que va el soldado-cronista Miguel de Estete, que nos contará la escena de la entrevista. De Soto se demora, y Pizarro, impaciente, envía a su hermano Hernando con otro escuadrón, en el que va otro soldado-cronista, Diego de Trujillo. Cuando Hernando Pizarro llegó al real del Inca se encontró a Hernando de Soto esperando la salida de Atahualpa. Hernando montó en cólera por la manera burlona como el emperador indio se hacía esperar, y ordenó al intérprete dijera al Inca que saliera al momento. ("Id a decirle al perro que salga luego", Trujillo.)

Atahualpa aparece trayendo en las manos dos vasos de oro con chicha; ofrece uno a Hernando –le han dicho que es hermano del jefe extranjero– y del otro toma él. Hernando le manifiesta que Soto es tan capitán como él, y que no debe establecer diferencias. El Inca promete

que al día siguiente irá a Cajamarca. El conquistador Juan Ruiz de Arce, testigo de esta escena, presenta en su relación la curiosa estampa que ofrecía Atahualpa al beber con los hispanos: "Tenía –dice– vestido una camisa sin mangas y una manta que le cubría todo. Tenía una reata apretada a la cabeza; en la frente, una borla colorada. No escupía en el suelo; cuando gargajaba o escupía, ponía una mujer la mano y en ella escupía. Todos los cabellos que se le caían por el vestido los tomaban las mujeres y los comían. Sabido por qué hacían aquello: el escupir lo hacían por grandeza; los cabellos lo hacían porque era muy temeroso de hechizo, y porque no hechizasen, los mandaba a comer."

Antes de alejarse de Atahualpa, De Soto hizo, a petición de él, algunas exhibiciones con el caballo; galopó, asustando a los indígenas, y vino a parar tan cerca de Atahualpa, que el resuello del animal salpicó las vestiduras imperiales. Muchos de aquellos indios, que se habían atemorizado por las maniobras del caballo, estaban al día siguiente muertos por orden del emperador. El cronista Estete no disimula decir que cuando regresaron iban cargados de miedo, después de haber visto la cantidad de fuerzas de que disponía el Inca.

En el campamento cajamarquino de los españoles se celebra un consejo de guerra. Se estudian las operaciones por desarrollar; operaciones que podríamos llamar "plan Cortés". El Cápac-Inca entraría en la plaza de Cajamarca, donde se había levantado un estrado; allí sería recibido por Pizarro en ropa de gala y con toda ceremonia. Ya entre los españoles se le rogaría que ordenara a sus tropas efectuaran la retirada para evitar la lucha. Previendo un caso de resistencia, se repartió la gente en la siguiente forma: ocho hombres de a pie en cada una de las diez bocacalles que daban a la plaza; tres escuadrones de caballería bajo los mandos de Hernando Pizarro, Hernando de Soto y Belalcázar, quedarían dispuestos para salir a la plaza; Francisco Pizarro, con veinticuatro hombres, se situó en la fortaleza de la ciudad. El artillero Pedro de Candia quedó al frente de los falconetes.

Un postrero mensaje de Atahualpa llegó comunicando que se ponía en marcha al día siguiente, y que su gente iría armada, pues también los españoles lo habían ido a su campamento. "Aquella noche y otro día no hacían sino venir indios, en tanta manera, que jamás se quebró el hilo de la calzada" (Ruiz de Arce).

Una teoría de seiscientos hombres con trajes blancos y rojos, como tablero de ajedrez, precedía, limpiando el suelo y cantando, la litera del Inca, que estaba "aforrada de pluma de papagayos de muchos colores, guarnecida de chapas de oro y plata", observa Jerez. El cortejo

se detuvo, y Pizarro se impacientó porque la noche se les echaba encima. Un emisario, el primer soldado que habla quechua, corre a decirle al Cápac-Inca que apresure la marcha. El Inca vuelve a ponerse en movimiento.

Miles de indios comienzan a llenar la plaza cajamarquina. "En entrando en la plaza –recuerda Hernando Pizarro–, subieron doce o quince indios en una fortalecilla que allí está e tomáronla a manera de posesión, con una bandera puesta en una lanza." Al irrumpir no vieron a nadie. "¿Qué es de estos barbudos?", preguntó el emperador. "Estarán escondidos de miedo", le contestaron. Apareció entonces la figura del padre Valverde, seguido de Hernando de Aldana, conocedor de la lengua quechua, y del indio Felipillo. Catolicismo y "heliolatrismo" frente a frente. Valverde desarrolla su discurso teológico, difuso a la mente del indio a través de la traducción. Pero algo comprende de todas aquellas palabras que le hablan de un rey y de una religión única, porque pregunta: "¿Quién dice esto?" Y el fraile contesta: "Dios lo dice". Atahualpa, colérico, replica: "¿Cómo lo dice?", y el dominico le muestra y entrega su *Breviario,* donde están escritas las palabras de Dios. Irritado el Inca, arroja el libro al suelo, clama que Pizarro le tendrá que dar cuenta de los ultrajes que le han inferido a su pueblo, e incorporándose en las andas azuza a sus guerreros contra los españoles.

Fray Vicente echó a correr hacia donde estaba Pizarro, y le grita que Atahualpa estaba transformado en "un Lucifer". Ante el cariz imprevisto que la cosa tomó, el gobernador se despojó de su traje ceremonial, se calzó los arreos militares y salió a la plaza con una veintena de hombres hacia el Inca. Mientras, desde la fortaleza se dio la señal de ataque. En medio del ruido de arcabuces, falconetes, cascabeles y gritos humanos que dispersan a la indiada, Pizarro se apoderó del Inca después de recibir una herida para defenderlo, al mismo tiempo que gritaba: "Nadie hiera al Indio so pena de la vida " (P. Pizarro). "Vióse en esta batalla –escribe Jerez– una cosa muy maravillosa, y es que los caballos, que el día antes no se podían mover de resfriados, aquel día anduvieron con tanta furia, que parecía no haber tenido mal."

De dos mil a ocho mil indios muertos –las cifras varían en los cronistas–yacían aquella noche en Cajamarca, mientras el capitán español y el emperador indio cenaban. Una furiosa tempestad andina cerró la jornada tan intensa y agotadora física y espiritualmente. Veinte minutos, como dice Pereyra, había costado dominar, sin lucha alguna, a un inmenso imperio. Realmente, fueron más minutos: "Había dos horas de sol; duró la batalla dos horas", afirmaba Arce, y la verdad es que

aún en dos horas se hace difícil a ciento setenta y siete o ciento sesenta hombres liquidar a ocho mil o diez mil semejantes (cincuenta o cincuenta y seis cada uno).

6. De Cajamarca al Cuzco

A) PRISIÓN Y MUERTE DE ATAHUALPA.–El Inca, prisionero de los españoles, fue tratado con toda consideración. Pronto Hernando Pizarro y Hernando de Soto simpatizaron con él, y le entretienen jugando al ajedrez. Por todo el Incario corrió la noticia de lo sucedido en Cajamarca. Los *chasquis* o correos llevaron las nuevas a los cuatro "suyos" del imperio. Curacas, jefes de ayllus, marcas y llactas llegaron hasta el Inca. Y él imparte órdenes; una de ellas que asesinasen a su hermano Huáscar. En torno a él los fieles, criados y mujeres se movían como siempre.

Atahualpa, pensando que los hispanos venían por riquezas, juzgó que los compraría con riquezas. Ofreció un buen tesoro. Pizarro aceptó la propuesta, y el Inca dispuso que de todo el imperio se condujeran a Cajamarca tesoros para cumplir con el ofrecimiento.

Hernando Pizarro salió hacia *Pachacámac* (6-1-1533) con el fin de apoderarse de los tesoros del templo y regresó trayendo también al general *Chalcuchima*. Otros se dirigieron al Cuzco para hacerse cargo de las riquezas allí existentes. Mientras tanto, Almagro, con el título de mariscal, salía de Panamá y llegaba a Cajamarca en abril de 1533. Hernando Pizarro, en su carta a la Audiencia de Santo Domingo, deja a un lado el laconismo típico de los cronistas y se extasía en la contemplación de la ruta que le lleva a *Pachacámac*, observa costumbres y consigna interesantes datos en breves renglones:

"El camino de la sierra es cosa de ver, porque en verdad, en tierra tan fragosa, en la cristiandad no se han visto tan hermosos caminos, toda la mayor parte de la calzada. Todos los arroyos tienen puentes de piedra o de madera. En un río grande, que era muy caudaloso e muy grande, que pasamos dos veces, hallamos puentes de red, que es cosa maravillosa de ver. Pasamos por ellos los caballos. Tiene cada pasaje dos puentes: la una, por donde pasa la gente común; la otra, por donde pasa el señor de la tierra o sus capitanes. Esta tienen siempre cerrada e indios que la aguardan; estos indios cobran portazgo de los que pasan.

Estos caciques de la sierra e gente tienen más arte que no los de los llanos. Es la tierra bien poblada; tienen muchas minas en muchas par-

tes de ella; es tierra fria, nieva en ella e llueve mucho; no hay ciénagas; es pobre de leña. En todos los pueblos principales tiene Atabaliba puestos gobernadores e asimismo los tenían los señores antecesores suyos.

En todos estos pueblos hay casas de mujeres encerradas. Tienen guardas a las puertas; guardan castidad. Si algún indio tiene parte con alguna de ellas, muere por ello. Estas casas son: unas, para el sacrificio del sol; otras, del Cuzco viejo, padre de Atabaliba. El sacrificio que hacen es de ovejas. E hacen chicha, para verter por el suelo. Hay otra casa de mujeres en cada pueblo de estos principales, asimismo guardadas, que están recogidas de los caciques comarcanos, para cuando pasa el señor de la tierra sacan de allí las mejores para presentárselas. E sacadas aquéllas, meten otras tantas. También tienen cargo de hacer chicha, para cuando pasa la gente de guerra. De estas casas sacaban indias que nos presentaban.

A estos pueblos del camino vienen a servir todos los caciques comarcanos cuando pasa la gente de guerra. Tienen depósito de leña e maíz e de todo lo demás. E cuentan por unos nudos, en unas cuerdas, de lo que cada cacique ha traído. E cuando nos habían de traer algunas cargas de leña u ovejas o maíz o chicha, quitaban de los nudos, de los que lo tenían a cargo, e anudábanlo en otra parte. De manera que en todo tienen muy gran cuenta e razón.

En todos estos pueblos nos hicieron muy grandes fiestas de danzas e bailes."

Más no se puede decir en tan pocos renglones; el poder observador del soldado-cronista es enorme y no se le escapa ni la diferencia geográfica entre la costa y la sierra, ni las diferencias sociales, etc.

Para alijerar el envío del rescate Pizarro envió al Cuzco a tres mensajeros (15-II-33), uno de los cuales regresará tres días antes que Hernando Pizarro de Pachacámac, contando cosas fabulosas del Cuzco.

Dos problemas exigían inmediata solución: el reparto del tesoro y la suerte de Atahualpa. El quinto real y algunos objetos fueron separados para el monarca; el resto se repartió entre los conquistadores según sus méritos y servicios. Hernando Pizarro fue elegido para llevar a la Corte la porción real y dar cuenta del avance de la conquista. Hernando de Soto fue también alejado en una misión exploradora. Para algunos autores este apartamiento de los dos mejores amigos del Inca obedece a un plan premeditado, tendente a anular toda posible defensa en el sumario que se le iba a formar. La verdad es que Francisco Pizarro no quería matar a su imperial prisionero; así lo afirmarán to-

dos los cronistas, salvo Mena, que estaba resentido con él. Pero los oficiales del rey y el mismo Almagro le coaccionaron para que ajusticiara al Inca. No le quedó más remedio al gobernador que abrir proceso en el cual se acusó al Inca de haber usurpado el imperio, haber dado muerte a su hermano, practicar la idolatría y vicios nefandos y, sobre todo, de preparar una conspiración para acabar con los españoles, etc. Una votación que arrojó la cifra de 350 votos contra 50 decidió el destino del Inca.

Fue condenado a morir quemado. El 24 de junio de 1533, alumbró el postrero día del Inca. En el último momento accedió a ser bautizado –se le puso Juan– para que le conmutaran la pena de la hoguera por la de garrote vil.

Conquistadores y cronistas combatieron mucho esta muerte, injustamente achacada sólo a Francisco Pizarro, que lloró y vistió de luto por su muerte. Muerte también reprochada por el Emperador, que en carta de 1534 le dice textualmente: "La muerte de Atahualpa, por ser señor, me ha desplacido especialmente siendo por justicia." Es decir, admite el Rey que hubiera muerto en una batalla, pero le parece mal que le hayan seguido proceso y le hayan ajusticiado. Asimismo no admite que se hayan repartido el tesoro real que pertenecía, igual que la persona del emperador inca, al emperador hispano.

B) CAMINO DEL CUZCO.–La anarquía cundió por todos lados al faltar la figura del emperador. Para detenerla, después del entierro y funerales de Atahualpa, Pizarro nombró sucesor a *Túpac Huallpa* (Toparca), otro hijo de Huayna Cápac. En compañía de este nuevo Inca, y de Chalcuchima, uno de los tres famosos generales del extinto Inca, las huestes españolas emprenden la marcha hacia Cuzco (11-VIII-1533). Habían estado ocho meses en Cajamarca. En Quito y Cuzco estaban las fuerzas de los otros dos generales: *Rumiñahui y Quizquiz.*

Los indios acosaban continuamente a la columna de penetración. En el valle del *Mantaro* funda el gobernador la población de *Jauja;* poco después muere Túpac Huallpa. Chalcuchima es acusado de esta muerte y del hostigamiento indígena. Se le quema.

Hay que nombrar nuevo Inca. Momentos antes de entrar en Cuzco se presenta al campamento español otro hijo de Huayna Cápac, llamado *Manco Inca* (*). Pizarro decide ceñirle la borla imperial, y en su compañía penetra en la ciudad-capital el 15 de noviembre de 1533: "En el

* Hermano de Huascar, cuyos partidarios vieron unos salvadores en los españoles.

Cuzco se halló gran cantidad de plata, más que no de oro, aunque también hubo mucho oro. Había grandes depósitos de munición, para los indios de guerra, de lanzas y flechas y porras y tiraderas. Había galpones llenos de maromas tan gruesas como el muslo y como el dedo, con que arrastraban las piedras para los oficios; había galpones de barretas de cobre, llenos, atadas de diez en diez, que eran para las minas; habían grandes depósitos de ropa de todas maneras y depósitos de coca y ají, y depósito de indios desollados. En las casas del sol entramos y dijo Villaoma, que era a manera de sacerdote en su ley:

–¿Cómo entráis aquí vosotros, que el que aquí ha de entrar ha de ayunar un año primero y ha de entrar cargado con una carga y descalzo?

Y sin hacer caso de lo que dijo entramos dentro", termina Trujillo su relación. Entraron en la ciudad, casi desierta. Se aposentaron en los palacios y recorrieron la casa de las Vírgenes del Sol *(Acllahuasi)*, el *Coricancha*, las inmensas murallas ciclópeas..., recogiendo gran cantidad de plata.

7. Expediciones y fundaciones

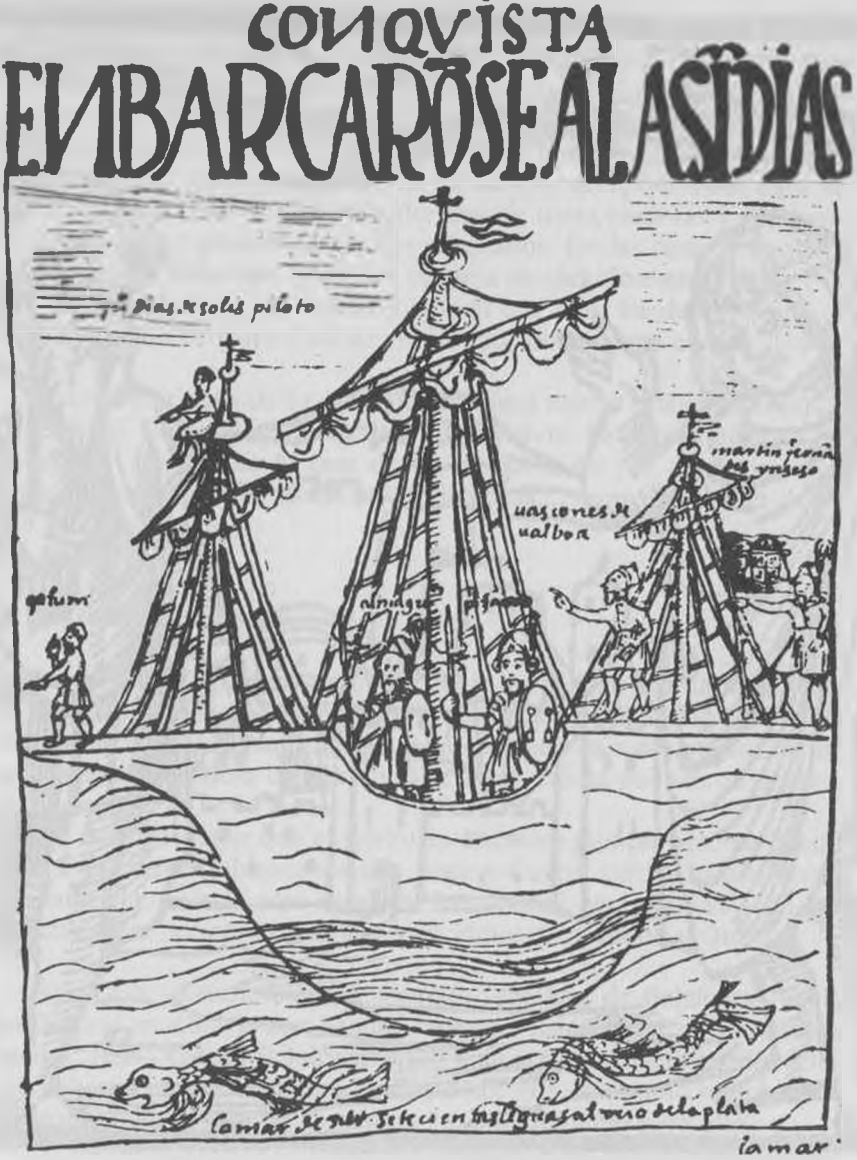
La primera fase de la conquista tenía su epílogo con la ocupación de la ciudad y la coronación de Manco Inca con el *llauto* rojo. A la ceremonia de la coronación, efectuada con todo lujo de detalles, siguió la fundación española del Cuzco (23-III-34), célula política de la colonización.

No se puede decir que el territorio estuviera completamente pacificado. El general Quizquiz atacaba Jauja y Cuzco, sufriendo pérdidas y teniendo que huir. El otro caudillo, Rumiñahui, se enfrentaba con Belalcázar y era derrotado. Los dos jefes indios se retiraron a Quito.

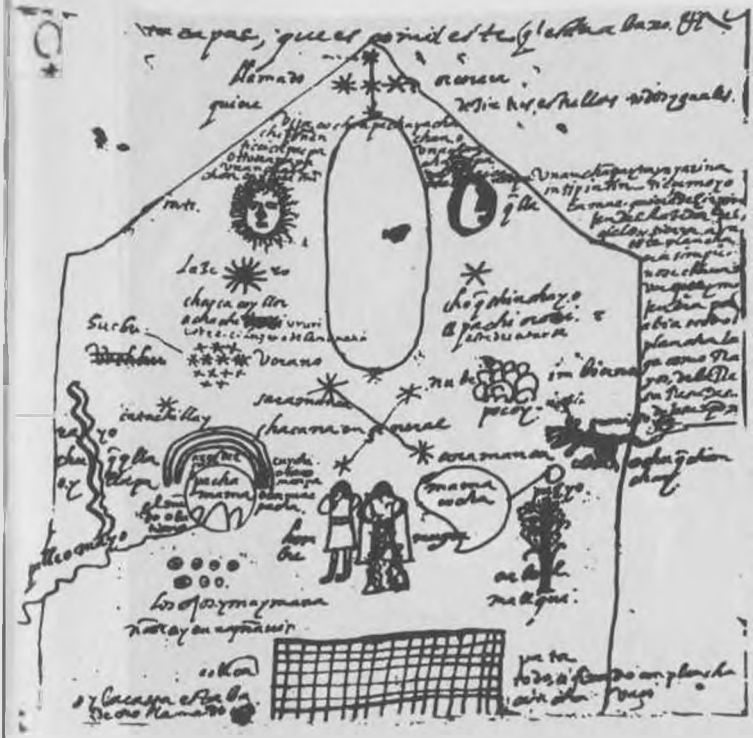
A) TRES EXPEDICIONES A QUITO.–Sebastián de Belalcázar había quedado al mando de San Miguel cuando Pizarro salió de Cajamarca hacia Cuzco. Apenas Belalcázar llegó a su gobierno recibió tales noticias sobre el reino de Quito y sus riquezas, que determinó marchar sobre aquel reino y someterlo, aunque no tenía órdenes para ello.

Al frente de medio centenar de hombres y un buen cuerpo de indios comenzó a ascender la cordillera en busca de las llanuras de Riobamba. Allí fue donde se tropezó con Rumiñahui, y allí fue donde le derrotó completamente.

El inca Manco II, dando la bienvenida a Francisco Pizarro y primer dibujo que se hizo del Cuzco aparecido en una obra de Ciezo de León, publicada en 1554.



Pizarro apareja una pequeña flota para la conquista del Perú. Según el cronista mestizo Guaman Poma de Ayala (Nueva crónica y buen gobierno).



Disposición interior del templo incaico de Coricancha, Cuzco según Juan de Santa Cruz Pachacuti.

Grupo de guerreros mochicas, pintados en un cántaro de barro.

Francisco Pizarro, *conquistador del imperio de los Incas.*

El poder militar, igual que en Roma, constituía la base del imperio incaico. El Inca marcha a la guerra, según Poma de Ayala. Lleva un casco de madera o caña con emblemas heráldicos y un fleco de lana rodea rodillas y tobillos. En su mano izquierda escudo de madera o piel de ciervo donde va pintado un emblema relacionado con el lugar que ocupa en la línea de batalla. En la mano derecha una onda, con la que podía lanzarse una piedra del tamaño de un huevo a 50 m.

Las riquezas no aparecieron por ningún lado, y cuando Belalcázar se lamentaba de ello se enteró de que Diego de Almagro se aproximaba al frente de una columna de penetración. Esta marcha forzada de su capitán obedecía a la aparición por el Perú del conquistador de Guatemala, don Pedro de Alvarado.

Desde el año 1527, que estuvo en España, Pedro de Alvarado había prometido a Carlos I la construcción de una flota para descubrir hacia el sur del mar de Balboa.

Es inexplicable esta inquietud de que hacen gala los conquistadores. Ninguno quiere permanecer sedentario en las tierras primeramente ganadas. Jiménez de Quesada se mueve persiguiendo Eldorado más que fantasma; Pedro de Valdivia no se sentirá bien en sus posesiones de Charcas, y se va a Chile; tampoco Gonzalo Pizarro, y se irá a la Amazonia; Cortés no cesa de lanzar expediciones al Norte y al Sur, por tierra y por mar; este Pedro de Alvarado no está tranquilo hasta que no cruza el ecuador o marcha a morir a Nueva Galicia. ¿Qué les impele de este modo? ¿Las riquezas? ¿La fama y la honra? ¿El servicio al rey? ¿El proselitismo religioso? Todo a un tiempo les mueve. La voz de Bernal Díaz nos pone un fondo a estas preguntas: "Todo lo trascendíamos, todo lo queríamos saber."

En la próxima actividad de Alvarado deben haber influido las noticias llegadas del Perú y sus asombrosas riquezas. Contra ella se había pronunciado la Audiencia de México, que le había recomendado "entendiese en su gobierno y no en hacer armada ni descubrimiento sin tener licencia para ello". Era un parecer razonado. Pero Alvarado no lo tomó en cuenta, y en el puerto de *Iztaca* preparó la flota a toda prisa. Jarcias, velas, anclas, etc., fueron traídas en hombros indígenas desde el Atlántico –*Trujillo y Puerto Caballos*– al Pacífico. De México y Yucatán llegaban españoles a enrolarse. El primitivo plan de Alvarado era ir a las islas Molucas; mas los consejos de los que le rodeaban y las noticias que un piloto compañero de Sebastián de Belalcázar en la conquista de Quito le trajo sobre el imperio de los Incas le inclinaron al Sur.

En el actual puerto de *Corinto* soltó velas la armada el 23 de enero de 1534. Iban con él muchos indios que sacó a la fuerza, y entre los españoles, su hermano Gómez, su hijo Diego, sus primos Diego y Alonso, el capitán Garcilaso de la Vega, que se uniría en el Perú con una princesa inca..., etc. Y otro personaje célebre también marchaba en la armada como uno de los capellanes: fray Marcos de Niza, el fantaseador de *Cíbola*. La ruta por seguir era la acordada en las Capitula-

ciones: la de Oriente, hacia las islas de la Especiería. Pero "las corrientes fueron tan grandes y los tiempos tan contrarios", afirma él mismo en una carta al César Carlos, que tuvo que seguir hacia el Perú (¡!). De este modo llegaron al puerto de *Caraques*, desde donde se trasladó a *Puerto Viejo* y preparó la marcha sobre Quito.

Fue horrible. Ríos y selvas se opusieron. Puentes y machetes eliminaban estos obstáculos. Faltaron las provisiones y la sed los mataba. Animales y hombres morían sin remedio. Un rosario de cadáveres iba indicando su penosa ruta. De la cordillera andina, como un aviso telúrico, llegó una nube de ceniza volcánica que les cegaba. Luego el frío y la nieve; indios y negros quedaban muertos. Enfermos, rotos, hambrientos y descalzos proseguían en su empeño. La galga del alférez Calderón sirvió de manjar exquisito, igual que los potrillos recién nacidos. Un día, al fin, descubrieron un rebaño de llamas. Otro día llegaron a la meseta y, como Federman y Belalcázar cuando arribaron a la sabana de Bogotá, se encontraron con que otros se les habían adelantado. Sobre la tierra seca se distinguían perfectamente huellas de herraduras. ¿Quiénes eran?

Sebastián de Belalcázar había pasado ya por allí para anexionar el reino de Quito. Después Francisco Pizarro, como dijimos, enterado de la expedición de Alvarado, había remitido a su socio Diego de Almagro, con el fin de evitar la realización de los planes que trajese el conquistador de Guatemala. Alvarado, con ochenta españoles menos, con casi todos los indios y negros muertos, con pocos caballos y rodeado de una hueste famélica, desnuda, medio ciega por la refracción solar sobre la nieve, debió sentir una tremenda congoja al ver con sus ojos y tocar con sus dedos temblorosos la hendidura dejada en la llanura por los cascos equinos. Porque se acordó entonces que en la capitulación se le nombraba gobernador "de cualquier parte de la tierra firme que hallárades por la dicha costa del Sur hacia el poniente que no se haya agora descubierto". Mas allí ya habían llegado compatriotas suyos, que bien pronto hicieron acto de presencia.

Pedro de Alvarado ignoraba lo que su expedición al Sur había ocasionado en el Perú. Conviene, sin embargo, que lo repitamos nosotros, que lo sabemos.

Francisco Pizarro, cuando marchó sobre el Cuzco (1533) había dejado en San Miguel de Piura, según vimos, a Sebastián de Belalcázar como lugarteniente suyo. Belalcázar, enterado de los intentos de Alvarado, decidió adelantársele y partió a conquistar el *reino de Quito* (fines de 1553). Pizarro, también enterado, envió, como dijimos, a Diego

de Almagro, que salió de *Jauja* rumbo a San Miguel de Piura, donde supo la salida de Belalcázar. En vista de ello, siguió la misma ruta de éste hacia Quito. Mientras Alvarado subía desde la costa, Belalcázar y Almagro se unieron para hacer frente a Pedro de Alvarado y previamente, el 15 de agosto de 1534, habían fundado en Ríobamba, y como garantía frente a la intromisión de Alvarado, la ciudad de *Santiago de Quito.*

Los dos ejércitos quedaron frente a frente en las afueras de *Riobamba.* Sin entablar lucha, se entrevistaron los jefes y llegaron a un acuerdo amistoso, en virtud del cual Alvarado, acompañado de los que le quisieran seguir, regresaría a Guatemala, recibiendo por sus barcos y material de guerra la cantidad de cien mil pesos de oro.

Alvarado aceptó la propuesta, y de Riobamba se dirigió a *Pachacámac,* donde estaba Pizarro, mientras que Almagro y Belalcázar, con su gente acrecentada en más de cuatrocientos hombres, realizaban, el 28 de agosto, la fundación de una segunda ciudad que llamaron *San Francisco de Quito.*

B) FUNDACIONES.–Entre tanto sucedía esto en el norte del imperio, Pizarro dejaba Cuzco al mando de sus hermanos Gonzalo y Juan y se dirigía a Jauja con ánimo de rechazar cualquier intento de Alvarado por aquel lado. El gobernador no tenía noticias de los movimientos de Alvarado. De Jauja pasó a Pachacámac, donde recibió la noticia del acuerdo habido entre sus tropas y las de Guatemala. A los pocos días se entrevistaba con el mismo Alvarado antes de zarpar éste para Centroamérica.

La sumisión del Incario podía ya darse por consumada. Belalcázar quedó en Quito para ahondar la penetración hacia el Norte; Almagro, después de fundar Riobamba y Trujillo, se dirigió al Cuzco para hacerse cargo del mando de la ciudad por orden de Pizarro; el gobernador determinó fundar la capital de las tierras conquistadas. Cuzco le pareció demasiado lejos de la costa; San Miguel de Piura la encontró muy al Norte; sólo Pachacámac y el valle del río Rímac se presentaban idóneos para la erección. Se inclinó por las márgenes del Rímac, y en ellas, el 18 de enero de 1535, fundó o determinó el sitio que tendría la ciudad de *Los Reyes* (Lima).

8. La penetración en Chile

Hernando Pizarro había ido a España a llevar el quinto real del botín logrado en Cajamarca. En Calatayud lo recibió el emperador. Concedió Carlos I en esta entrevista: el hábito de Santiago y permiso para armar una expedición, a Hernando Pizarro, y setenta leguas más al Sur de lo otorgado hasta el momento, para Francisco Pizarro *(Nueva Castilla);* el título de adelantado, heredero de Pizarro y gobernador de la zona situada al Sur de la gobernación del marqués, para Diego de Almagro *(Nueva Toledo).*

Pizarro, en Lima, ignoraba que la Corona le había concedido setenta leguas más al Sur. Temiendo que Almagro tomase posesión definitiva de la ciudad imperial, envía a sus hermanos Gonzalo y Juan para que vuelvan a hacerse cargo de su gobernación. Almagro se niega a traspasarle poderes. Las relaciones entre ambos socios dan la impresión de que van a degenerar en lucha. Pizarro decide marchar rápidamente al Cuzco. Llega, convence a su socio, establece contrato sagrado de amistad e invita a Almagro a que salga para Chile.

Chile era una tierra conocida por los Incas hasta el Maule y que los españoles habían descubierto con Magallanes en 1520, con Loayza en 1526 y con Simón de Alcazaba en 1535. Pero había sido un contacto epidérmico, sin penetración, casi de paso. Ahora se organizaba, desde el núcleo cuzqueño, toda una entrada conquistadora-pobladora. Las razones de ella y la consiguiente marcha de Almagro del Cuzco, diputado, hay que verlas en: 1.º La ruptura de la antigua amistad a causa del acuerdo de 1529 entre Pizarro y Almagro, que culmina en 1535. 2.º El deseo de Pizarro por liberarse de su enemigo y de éste por tener una Gobernación propia. 3.º El desenlace de la expedición de Alvarado a Quito, que hizo comprender a Almagro que él solo no era el único interesado en descubrir tierras hacia el estrecho y la incorporación que hicieron a sus filas de las gentes de Alvarado. 4.º Las peticiones –dice Oviedo– de los soldados recién llegados al Perú, entre ellos los de Alvarado, que habían quedado sin botín y querían ser de "los primeros conquistadores" en otra tierra. 5.º Las pretendidas famas de las riquezas de Chile; es razón que señalan los cronistas, aunque sabemos que Almagro conocía perfectamente lo que había, pues se había informado.

Almagro demostró dotes de organizador y de generosidad al organizar a sus tropas....Sacó de su casa más de 180 cargas de plata y 20 de oro, según Herrera, para equipar a su costa a los soldados, hacer rega-

los, pagar deudas, etc. Sólo les firmó obligaciones a los que quisieron, que luego en Chile rompió. A los marinos les abonó sueldos muy altos, costando la expedición medio millón de pesos oro, aunque Oviedo dice que millón y medio. Todo estaba entonces muy caro, ya que un caballo costaba 3.000 ó 1.500 castellanos de oro; un negro esclavo, 2.000; una cota de malla, 1.000; una capa, 100; un par de zapatos, cinco pesos de oro; una arroba de vino, 400 castellanos; una herradura, cinco castellanos; un clavo, un castellano, etc.

Con el fin de evitar diferencias entre sus capitanes que se disputaban el puesto, con el deseo de recorrer su gobernación y por temor a ser apresado en el Cuzco al quedarse solo, Almagro asumió directamente la dirección de la expedición, yendo como teniente de Pizarro. Pedro Barroso iba como alcalde mayor; Diego Maldonado, como alférez mayor; Rodrigo Núñez, como maestre de campo, amén de una serie de capitanes, guías, intérpretes, carpinteros, herreros con dos fraguas, etc. (Oviedo, 47,4.)

La ruta a seguir era doble: había un camino por el Alto Perú y el noroeste argentino, que llevaba a Chile a través de la cordillera andina, y otro, junto a la costa, por Arequipa, Tarapacá y Copiapó. Escogió personalmente el primero y dejó en Cuzco a sus principales colaboradores preparando una expedición marítima (Ruy Díaz), una expedición terrestre que iría tras la suya (Juan de Herrada) y otra expedición terrestre por el camino de la costa (Rodrigo de Benavides).

El 3 de julio de 1535 abandonó el adelantado Diego de Almagro la ciudad de Cuzco, y se internó en las tierras de su gobernación. Le acompañaban una tropa de veteranos peruleros y guatemaltecos, y el *Inca Paullu*, otro hijo de Huayna Cápac, con el sumo sacerdote o *Villac Umu*. Bordean el lago Titicaca, atraviesan el Collao, pasan por el sur de la actual Bolivia y entran en Chile por *Tupiza* (enero de 1536). Del noroeste argentino –*Jujuy*– se lanzaron sobre la costa hasta llegar a Copiapó.

Antes perdieron al *Villac Umu*, que se fue al Perú pregonando la rebelión general contra los españoles.

El paso de los Andes fue desastroso. Decenas de caballos perecieron helados. Gran número de los esclavos negros y sirvientes indios sucumbieron, así como el bagaje, que se perdió en su totalidad. De los españoles debieron llegar a Copiapó (abril de 1536) unos doscientos cuarenta. De allí pasaron a *Coquimbo*, a cuyo cacique le rindieron aparente vasallaje. Almagro olfateó una conspiración indígena y, adelantándose, verificó un severo castigo que –justifica Oviedo– "aprove-

chó tanto, que se aseguró la tierra de tal forma, que un indio de un español *(yanacona)* andaba por toda ella sin que le fuese fecho ningún daño". Pero atacaron solapadamente: se dedicaron a inspirarles miedo a los yanaconas vaticinándoles duros servicios si seguían con los españoles. Muchos yanaconas, atemorizados, abandonaron a los expedicionarios, que quedaron "sin tener quien le diese un jarro de agua".

En los días que estuvieron en Coquimbo se dedicaron a recoger maíz y ganado. También fue allí donde se les unió parte de las tropas que habían quedado en Copiapó reponiéndose. Aunque no lo hemos dicho, Almagro no era el primero en llegar a Chile; antes que él había arribado Gonzalo Calvo, español desterrado por Pizarro. El adelantado entró en relaciones con él, logrando por su influencia atraerse a varios caciques.

Al poco de seguir el avance hacia el Sur les llegó aviso de que un navío, el *San Pedro*, de la expedición marítima, había fondeado. Procedía del Perú. Traía repuestos. Podían ya abandonar sus vestimentas indígenas y herrar los caballos. Aprovisionados, reemprendieron el caminar. En los valles transversales, en plena intemperie, les azotó una tormenta de nieve y agua. Llevaban ya once meses de andar cuando entraron en el valle de *Aconcagua*. Fueron inmejorablemente recibidos; pero el intérprete indio Felipillo se dedicó a soliviantar a la indiada contra los españoles. No se atrevieron a atacar, se limitaron a huir. También lo hizo Felipillo. Almagro ordenó perseguirlo y descuartizarlo. Dos cosas que se hicieron prontamente. Por traidor. La muerte del indio intérprete señaló el retorno de los huidos y fijó el momento en que Almagro seguiría al Sur, pese a lo frío e inhóspito de la tierra. Preparado para ello, le entregaron cartas del capitán Ruy Díaz comunicándole su llegada a Copiapó en unión del mozo Diego de Almagro. Ruy Díaz era uno de los que habían quedado en Perú haciendo preparativos que llegarían como refuerzos por mar. Con algo más de cien hombres tuvo que desembarcar en *Chincha* y seguir por tierra a Copiapó.

Almagro, ya casi en marcha al sur, aplazó la salida personal y envió a Gómez de Alvarado –hermano de don Pedro– a recibir las noticias de Ruy Díaz. El se limitó a recorrer las actuales provincias de Aconcagua, Valparaíso y Santiago. En estas correrías anduvo por *Huelén, Mapocho*, etc., y contempló prósperas colonias agrícolas establecidas por los quechuas. Igualmente admiró la barrera andina, pretendiendo saber cómo eran las tierras del otro lado. Las tropas comandadas por Gómez de Alvarado –unos cien hombres– deshacían mien-

tras la ruta por la zona Centro y Sur en la mala época de julio y agosto. Llovía mucho. Bosques, ríos y esteros les entorpecían la marcha. Los indios no impidieron el avance sino ya cuando llegaron a los límites de las actuales provincias de Nuble y Concepción. El combate dado tuvo lugar en la llanura de *Reinogüelén*. Su interés radica en ser el primer encuentro araucohispano. Después se retrocedió al campamento almagrista.

No fue sólo el refuerzo de Ruy Díaz el que recibió el adelantado. Otra partida le llegó con Rodrigo Orgóñez, y otra con Juan de Herrada. Las penalidades de ambos grupos al cruzar los Andes superaron a las que experimentaron los de Almagro. Estos se habían llevado al pasar las provisiones, pero dejaron la nieve y el frío. Nieve que sepultó a muchos de los otros, y frío que les helaba los miembros y les cambiaba la piel. "Comían –en palaras de Oviedo– los españoles, por fiesta muy señalada, los caballos que hacía cinco meses que se les habían muerto a los que primero pasaron con el adelantado, los cuales estaban conservados no como carne momia, sino frescos e sin hedor, por el demasiado viento e frío e sequedad de la tierra, y sobre les tomar los sesos y lenguas se acuchillaron algunos hombres, porque quienes los comía, pensaba que tenía mirrauste *(pastel de pichón y almendras)* e manjar blanco, u otro de más precioso e agradable sabor" (47,5).

Algo parecido les sucederá a los que dentro de poco regresen con Almagro. Este organizó prontamente la retirada. Diversas razones se conjugaron para originar tal determinación, siendo la menos importante la pobreza del territorio que siempre se ha dicho. Más que eso, que era falso, pesaron los papeles que trajo Juan de Herrada concediendo a Almagro la gobernación de una parte del Perú y la influencia de Diego de Alvarado, ansioso, con otros, de retornar y dominar en el Cuzco. A partir de este instante, el adelantado se muestra con nueva personalidad. La influencia de sus consejeros y el agravamiento de una enfermedad venérea debieron determinar su psicología.

El precitado regreso tenía Almagro que justificarlo. Nació entonces la relación que consultó Fernández de Oviedo, y en la cual se hacía una mala pintura de Chile. De un país miserable había que huir. Así se defendió su abandono y pasó a la historiografía y fama el tinte peyorativo de las tierras chilenas.

Decidido el retorno, se planteó el dilema de cuál camino seguir. Se podía retroceder por la cordillera y noroeste argentino, o por la línea costera, atravesando el desierto de Atacama. Optaron por el segundo. Un navío, con hombres y bastimentos, saldría y les esperaría al norte

del desierto. El principal obstáculo estaba en el agua; por los indígenas supieron que cada siete o tres leguas había un pozo en el despoblado. La ruta no podían hacerla grupos de más de cinco españoles con cabalgaduras e indios de servicio, ni tampoco podían andar más de cuatro leguas. Así que, a principios de octubre de 1536, en grupos distanciados, comenzaron a salir de Copiapó. Almagro salió el último y llegó el primero a *San Pedro de Atacama*. Descansaron dieciocho días, reanimándose con las provisiones enviadas de antemano por mar. Cruzaron luego los despoblados de Antofagasta y Tarapacá, sufriendo siempre fuertes calores de día y fríos de noche. A la altura de Pica confirmaron ya la gran sublevación indígena del Perú. La atormentada ruta había concluido con mínimas bajas gracias a la perfecta organización. De los dos hombres blancos que les correspondió morir, uno fue el hijo de Gonzalo Fernández de Oviedo, Francisco de Valdés.

Las tropas entraron en Arequipa a principios de 1537. Regresaban sin nada. De Arequipa siguieron al Cuzco, sitiada hacía ya un año por la indiada.

Pero en las afueras del Cuzco estaba ya el adelantado Almagro, dispuesto a enfrentarse con toda la "secta pizarreña", odiada por el historiador Fernández de Oviedo, que deseaba su exterminio, "como Castilla lo ha menester". ¿A qué se debía la rebelión indígena?

9. Reacción indígena

Fundada Lima y alejado Diego de Almagro, hizo Pizarro más repartimientos y comenzó a organizar la gobernación. A su lado tenía, como figurón, a Manco Inca. Manco estaba consciente de su papel. El veía que su mando era una sombra de lo que debía ser. Ofendido por la postergación en que se le tenía, exigió varias veces le restituyesen el poder que realmente le pertenecía. Pizarro le dio de lado.

La rivalidad entre los conquistadores iba a ofrecer al Inca el momento propicio para la rebelión. La ausencia de Almagro, llevándose tropas, le ofrecía también la ocasión única para el alzamiento. Formóse el plan para la revolución general. Al gran sacerdote, *Villac Umu*, lo envió con el adelantado a Chile para ganarse la cooperación de los indios del país y luego abandonar a los españoles. Así lo hizo. Había, sin embargo, un grupo de indios enemigos de Manco: los *cañaris*. Estos declararon a Juan Pizarro el plan tramado. Rápidamente se detuvo al Inca y se le encarceló.

Cuando Hernando Pizarro llega de España pasa al Cuzco en sustitución de Hernando de Soto, que se va a España y, siempre inclinado al bando indígena, logra que Manco Inca sea puesto en libertad. Manco se gana la confianza de Hernando y obtiene permiso para alejarse en busca de una estatua de oro macizo que le va a regalar. Ya no regresa... A la orilla del Yucay, batallones indios, con Manco al frente, están dispuestos para lanzarse sobre Cuzco. Juan Pizarro carga sobre ellos y los desbarata. Manco no se desalienta, y remite emisarios a todo el imperio decretando la movilización general y concentración de fuerzas para atacar simultáneamente a Lima y Cuzco.

A) CERCO DEL CUZCO.–Cerca de doscientos mil indios coparon a la ciudad imperial. "Era tanta la gente que aquí vino –dice Pedro Pizarro– que cubrían los campos que en día parecía un paño negro que los tenía tapados a todos media legua alrededor de esta ciudad del Cuzco. Pues de noche eran tantos los fuegos, que no parecía sino un cielo muy sereno lleno de estrellas." Cuzco ardió íntegramente ante el ataque incendiario de la indiada; sólo se salvó la Casa de las Vírgenes y el *Coricancha* o Templo del Sol (Convento de Santo Domingo). Los españoles dormían en la plaza, bajo sus tiendas de campaña (1536).

Flechas encendidas y piedras envueltas en algodón ardiendo caían sobre estos hombres medio asfixiados por el humo de los incendios. La duda sobre la suerte del resto del Perú embargaba a las huestes. Hernando Pizarro, siempre audaz, reunió consejo de guerra para exponer su plan. Consistía en efectuar una salida por sorpresa y dar un fuerte golpe de mano. Se aceptó, y su realización se vio coronada con el mayor éxito. Se acordó apoderarse de la fortaleza de *Sacsahuaman*, centro del acoso enemigo. A costa de su vida, y con fortuna, dirigió el asalto Juan Pizarro.

Ocupada la fortaleza, el cerco comenzó a debilitarse. En ese preciso momento acampaba Almagro en los alrededores de Cuzco. Venía de Chile.

B) SITIO DE LIMA.–El levantamiento había sido general. Sincrónico con el cerco de Cuzco, el ejército indio cercó a Lima. Sin embargo, la zona operativa le era desfavorable por lo llana. Pizarro pudo emplear con positivos resultados a la caballería y alejar así a los sitiadores.

Las noticias que llegaban hasta el gobernador eran pesimistas. Las comunicaciones estaban cortadas y cuantas veces algunos destacamen-

tos intentaron establecer contactos con Cuzco fueron aniquilados. En un postrero esfuerzo despachó a todas las naos surtas en los puertos con cartas pidiendo auxilio a los gobernadores de Centroamérica y México. Se ha conservado la carta dirigida a Pedro de Alvarado, que ya citamos –"Exploraciones y asentamientos en América Central"–, y que de haberla recibido aquél hubiera cambiado el rumbo de su vida. Pizarro manifestaba que sin el apoyo que demandaba perdería todo lo ganado. Estaba dispuesto a cederle parte de los resultados de la conquista si acudía en su auxilio. El socorro solicitado no llegó a tiempo de liquidar a la indiada, pero sí más tarde para avivar la contienda civil que ya se gestaba.

Mientras, las legiones indias acampaban alrededor del Cuzco. La aparición de la época de la siembra, que obligó al Inca a licenciar a la mitad de la gente y la toma de Sacsahuaman, acabó con el sitio de ambas ciudades. Un intento de Hernando por coger a Manco en sus reales de *Tambo* fracasó rotundamente.

10. Período de las guerras civiles

Habíamos dejado al adelantado Diego de Almagro acampado en las inmediaciones de Cuzco a su regreso de Chile. Almagro, extrañado de la reacción indígena, dividió su ejército en dos columnas: una envía a *Urcos* (cercanías de Cuzco) para que rescatase la capital; la otra, al valle del *Yucay*, con el fin de conferenciar con Manco. Tanto Hernando, el sitiado, como Almagro, intentaron atraerse al Inca. Al mismo tiempo ambos jefes españoles se cruzaron mensajes entre sí. Temiendo Manco una confabulación de los dos castellanos contra él, y por otras razones ya expuestas, se replegó después de sufrir una derrota a manos de Almagro y Paullo Inca.

El adelantado, con "los de Chile", entró finalmente en Cuzco y apresó a los hermanos Pizarro. Este golpe fue el comienzo de un período de quince años denominado *Guerras civiles*. Período que entorpeció la labor de transculturación y fue negativo en todos los aspectos.

Las denominadas *Guerras civiles del Perú* fueron las siguientes:

1. *Guerra de las Salinas* (1537-1538). Luchan Francisco Pizarro y Diego de Almagro por la posesión del Cuzco.
2. *Guerra de Chupas* (1541-1542). Entre el hijo de Almagro y el nuevo gobernador del Perú, Vaca de Castro.
3. *Rebelión de Gonzalo Pizarro* (1544-1548), contra la promulga-

ción de las Leyes Nuevas. Esta rebelión, con derivaciones, comprende cuatro momentos:

A) Guerra de Quito (1544-1546), entre el primer virrey del Perú, Núñez de Vela, y Gonzalo Pizarro. Muere el virrey en Añaquito.

B) Guerra de Huarinas (1545-1547), entre Gonzalo Pizarro y el conquistador Diego Centeno, que se le ha rebelado.

C) Guerra de Jaquijahuana (1547-1548), entre Gonzalo Pizarro y Pedro de La Gasca, que llega con plenos poderes como pacificador real. Gonzalo es derrotado y muerto.

D) Insurrección de Hernández Girón (1553-1554), contra la Audiencia de Lima.

Este período turbulento que siguió a la conquista, propiamente, fue relatado por tres cronistas contemporáneos: Pedro Cieza de León, Agustín de Zárate y Diego Fernández *el Palentino*. Interesan también para conocer este momento los escritos de Pedro Pizarro *(Relación...)*, Pedro Gutiérrez de Santa Clara *(Historia de las Guerras civiles del Perú)*, los de Juan Cristóbal Calvete de Estrella y las mismas relaciones al Consejo de Indias, hechas por La Gasca.

Al final, la autoridad se impuso y sobre la base socioeconómica, cimentada por los primeros conquistadores, comenzó a funcionar el virreinato del Perú.

El inicio de las denominadas *Guerras civiles* no es otra consecuencia que la enemistad entre Almagro y Pizarro. Y esta enemistad, con el final de ambos y actuaciones de sus familiares, ha sido la causa de una historiografía que ha deformado históricamente a Pizarro, según indica Porras Borranechea. Autores como Quintana, Mendiburu o Blanco Fombona han hablado de Francisco Pizaro cual hombre desleal, pérfido, codicioso, cruel y egoísta. Hay, sin embargo, una serie de historiadores coetáneos que le estimaron hombre honrado, prudente y sufrido, abnegado, cauto, sobrio, humanitario y defensor de los indígenas. En esta visión de la figura del gran conquistador del Perú se perciben tres corrientes: lascasiana, anglosajona e indigenista. Nos referimos a la visión negativa. Con respecto al juicio de Las Casas hay que señalar que éste no estuvo jamás en el Perú, que sus datos los obtiene de fray Marcos de Niza que no pasa de Quito y que sus juicios los vierte en la "Brevísima relación...", obra donde nadie se salva y en la cual vilipendia la conquista del Perú hablando del *infierno peruano* y se refiere a los *indios desnudos* (falso) del Incario y a su ejército como *un concierto de frailes regulares*. Con estos datos y otras visiones más o menos nostálgicas del Incario fácil fue imaginar un Ta-

huantinsuyo idílico de buenos salvajes. Los autores anglosajones, por razones políticas, religiosas y hasta raciales, no han simpatizado muchas veces con la conquista en general. En su postura se inclinan hacia la exaltación del Incario y un autor como Robertson considera a Pizarro como el arquetipo de la perfidia y la crueldad. Sus medidas, como las del virrey Toledo más tarde, son para estos autores propósitos de persecución al indígena. Hay excepciones, como siempre, ya que Help y Markham, por ejemplo, son atraídos por la gallardía del héroe.

La historiografía indigenista siempre ha considerado a los conquistadores como portadores de barbarie y crueldad, destructores de las culturas indígenas. Su nota característica es la enemistad hacia España, que sólo llevó oscurantismo e intransigencia. El conquistador para ellos, moralmente, está por debajo de los Incas, callando todos los sistemas crueles empleados por el Inca. La doble idea del incario se percibió, ya en el mismo siglo XVI: por un lado, Sarmiento de Gamboa *–Historia Indica–* consideró a los indígenas peruanos rudos, bárbaros de fuerza y vitales; por otro lado, el Inca Garcilaso *–Comentarios Reales–* creó un imperio manso, idílico, dirigido por un Inca entre pérfido e hipócrita que conquistaba Suramérica con enorme suavidad. La visión de Sarmiento quizá sea más real, más viril; la del Inca Garcilaso es fruto de la nostalgia del que escribe desde España evocando años de juventud; es, como dice Porras, la visión de la ñusta vencida.

Para la denigración de Pizarro se ha esgrimido, sobre todo, su trato al indio, su comportamiento con Atahualpa y sus relaciones con Almagro. Veamos, siguiendo al historiador peruano citado, máximo conocedor de esta etapa de la historia de su país, estos distintos aspectos de la interesante vida de Francisco Pizarro.

Con respecto a los indios, resulta extraño considerar que un hombre que en Panamá, durante veinte años, fue respetado por su templanza y carácter, vaya a cambiar a los cincuenta y cinco años. Los cronistas sostienen que Francisco Pizarro fue el moderador de todos los excesos de los conquistadores. En Antonio de Herrera aparece Pizarro en el segundo viaje hablando pacíficamente con los indígenas para notificarles, siguiendo las líneas del Requerimiento, su plan de implantar el dominio del emperador. Hombre hecho al lado de Balboa tendía, como éste, a la confederación pacífica con los indígenas. Podemos leer en un documento que al concederle Carlos I quinientos hombres para la conquista, Pizarro le manifiesta que sólo necesita ciento cincuenta porque la gente era muy pacífica. Al margen, del mismo

puño y letra del emperador, se lee que se envíen menos conquistadores al Perú porque los naturales son de más razón y capacidad que los descubiertos hasta entonces y "no avrá necesidad de conquistarlos y sosguzgarlos por las armas, sino de tratarlos con amor y buenas obras". El ánimo de Pizarro, en este aspecto, se adivina en la conquista del Cuzco, verificada sin un muerto, y en las Ordenanzas que dictó protegiendo la vida y bienes de los indios. Gracias a la sagacidad de Pizarro, los ciento ochenta hombres de la expedición recorrieron tranquilamente la costa ecuatoriana y peruana, desembarcaron en Túmbez y entran en Cajamarca. Pedro Pizarro recuerda que "los que pasamos con el Marquez a la conquista no ovo hombre que tocase una mazorca sin licencia de su jefe". Fueron los soldados de Almagro, acostumbrados a esto, los autorizados a ranchear. Cuando Pizarro estaba en Lima ellos fueron los que iniciaron los desmanes en el Cuzco; es entonces también cuando Manco Inca es ultrajado por los hermanos de Pizarro y cuando Gonzalo se enamora de la coya y trata de quitársela al emperador inca. La reacción fue la tremenda rebelión de Manco, a la cual Pizarro era ajeno. El mismo Titu Cusi Yupanqui, hijo de Manco, lo disculpará más tarde. Después de esta insurrección es cuando vemos que Pizarro deja de lado esta piedad y conmiseración, tal vez porque en ella murieron doscientos españoles y su hermano Juan. Pero hemos de hacer notar que los desmanes y tropelías se realizan siempre cuando Pizarro está lejos. Es Pizarro quien concilia a los indios de Túmbez con los de Puná, quien le prohíbe a Soto encender los braseros para hacer declarar a Chalcuchima, quien no tolera que se corten las manos a dos prisioneros en Cajamarca, quien obligó a Almagro a trasladar a Atahualpa a su posada, pues se lo había llevado a su casa para torturarle. Con ello no intentamos sostener que fuera un San Francisco de Asís de mansedumbre; tenía sus asperezas y alguna que otra vez manifiesta que no quería "encrudecerse". Ahora bien, los epítetos populares que los subordinados suelen dar a los jefes son un buen barómetro para la apreciación del carácter de éste. Los soldados y el pueblo le llamaban "el buen capitán", "el buen viejo del gobernador". Y los indios lo conocían por "Apu Macho" (El gran Señor). Esta idea contemporánea de españoles e indios no coincide en nada con la pintura lascasiana, la hugonote, la liberal-romántica o la enciclopedista.

En la ejecución de Atahualpa, que es el punto más debatido y negro, sensiblero y vidrioso, en la vida de Pizarro, es donde los autores muestran más encono, más doblez, más morbosidad. El mismo Prescott llega a escribir que Pizarro "usó con Atahualpa una fría y siste-

mática persecución". No se puede negar que Pizarro le tendió una celada al Cápac Inca en Cajamarca; gracias a ella, con unos ciento sesenta y siete hombres, lo pudo atrapar en medio de cincuenta mil guerreros. Tuvo que usar del valor y de la astucia si quería conservar la vida. Tanto Pizarro como Atahualpa luchaban en igualdad en cuanto a astucia y celadas, pero en desigualdad en cuanto a fuerzas y conocimientos del terreno. Atahualpa pensaba cogerlos vivos, hacer una fiesta con ellos, mutilar a algunos y sacrificar a otros. Consideró que eran unos miserables barbudos, con unos carneros grandes y unas piezas que arrojaban fuego por la boca, que bien podía darse el lujo de dejarlos pasar por los callejones y desfiladeros hasta su mismo campamento. La pequeña tropa pizarrista sólo merecía el desprecio del Inca, en cuyo campamento, además, corría el rumor que los caballos se tornaban inútiles por la noche, y los fusiles sólo disparaban dos veces. ¿Qué hubiera hecho el Inca con Pizarro? El mensaje de los patos rellenos de paja que le remitió era una elocuente advertencia. Tal vez hubiera hecho lo que hizo con su hermano Huascar: revestir el cráneo de oro por dentro y usarlo para beber con un canuto de plata que metía entre los dientes. El cuerpo disecado o el pellejo lo usaba en un tambor.

Hecho prisionero, Pizarro lo trató con deferencia; el cautivo continuó con su servicio, dando órdenes, cambiándose diariamente de ropas, recibiendo dignatarios cargados y de espalda, enviando emisarios o "chasquis" a todo el imperio, jugando al ajedrez con los hispanos... Hay quienes escriben que lo juzgaron y condenaron en un día. Nada de eso.

Atahualpa era un usurpador, era el quiteño que había derrotado a su hermano el cuzqueño, al cual mantenía en prisión y al cual mataron por su mandato. En torno a Cajamarca había tres ejércitos a cuyo frente se encontraban Rumiñahui, Quizquiz y Chalcuchima (Quito, Cuzco y Jauja). El Inca estaba en contacto con ellos y más de una vez dio la orden de avance y exterminio de los hispanos. Pero contraórdenes detuvieron el avance ya iniciado de Rumiñahui, el que luego entró en Cajamarca y desenterró los restos de Atahualpa llevándoselos a Quito... Los hispanos sabían de todo este peligro y tretas y deseaban acabar con ellas. Fueron las tropas de Almagro, llegadas después, y los oficiales reales quienes exigieron el juicio y muerte de Atahualpa. Se hizo una votación y 350 votos se mostraron favorables a la ejecución del Inca contra 50 negativos. Los defensores de la muerte alegaban que así cumplían al servicio de Su Majestad y a su propia seguridad.

Pizarro tuvo que ceder y cuenta el cronista Pedro Pizarro, "yo le vide llorar, del pesar de no podelle dar la vida".

En cuanto a las relaciones con su socio Diego de Almagro se sostiene siempre que Pizarro faltó a los deberes de su vinculación, estrecha y noble, explotó los servicios de Almagro y luego le arrebató los frutos negándole incluso toda participación en el gobierno. Quizás esto no sea así, tan simple. Almagro era un tipo burdo, deslenguado, fanfarrón. Gómara cuenta de él que era "esforzado, diligente, amigo de honra y fama, franco mas con vanagloria, quería supiese todo lo que daba". Pedro Pizarro asegura que era mentiroso "a todos les decía sí y a nadie les cumplía...". "De muy mala lengua que en enojándose trataba muy mal a todos los que con él andaba." Esto mismo afirma Gómara: "Por las dádivas lo amaban los soldados, que de otra manera muchas veces los maltrataba de lengua y mano." Fuera lo que fuera, y reconociendo méritos y virtudes en la figura de Almagro, la verdad es que Pizarro no tuvo suerte con sus subalternos. De Soto planea entrar en el Cuzco antes que él; Belalcázar se va a Quito y Bogotá; Valdivia se le independiza... Almagro fue el más molesto de estos compañeros. Si pensamos en Cortés, recordaremos que también éste contó con sus compañeros molestos (Olid, por ejemplo), pero bien es cierto que también contó con un Gonzalo Sandoval, con unos hermanos Alvarado..., que lucharon junto a él, codo a codo, solventando momentos graves. El papel de Almagro en la conquista del Perú fue un tanto de subalterno, de proveedor de víveres, mientras Pizarro luchaba contra la tierra y los hombres. Se ha dicho que cuando Pizarro fue a España ocultó los méritos de su socio. Esto es incierto. En las Capitulaciones se citan los servicios de Almagro, para el cual Pizarro pidió la Gobernación mancomunada, negándose el emperador, que estimaba mejor la unidad. De aquí arranca el rencor de Almagro; sin embargo, Pizarro le cedió el Adelantamiento. Cuando Pizarro se metió de lleno en la conquista, Almagro siguió en Panamá buscando vituallas, para llegar después de lo de Cajamarca. Durante un año marchan unidos y Pizarro le da la mitad de las ganancias. Tras la entrada al Cuzco, Almagro envía comisionados a España para obtener una gobernación propia. El Consejo de Indias concede 270 leguas desde el río San Juan a Pizarro y, a partir de éstas, otorga otras 200 a Almagro. Fue una decisión absurda, ya que se violentaba una región natural y, en último extremo, origen de las guerras civiles. Lo sucedido lo conocemos. La Guerra de Salinas y la ejecución de Almagro no es responsabilidad exclusiva de Pizarro. Fue Hernando Pizarro quien apresó al "tuerto" Almagro y le hizo pa-

gar viejas cuentas pendientes; bien es cierto que Francisco pudo intervenir, pero la amistad con su antiguo socio era ya sólo un mito sin base alguna. Entre ambos sólo hubo una solidaridad económica, faltó eso que hace a los amigos. No estuvieron juntos en el dolor y los sufrimientos de la conquista, elementos que unen vidas. Almagro no estuvo presente en ningún momento grandioso de la conquista: ni en el Puerto del Hambre, ni en la Isla del Gallo, ni en el combate de la Isla Puná, ni en la fundación de la primera ciudad, ni en la marcha sobre Cajamarca, ni en la captura del Inca... Sólo les unía un interés económico, el mismo que les separó. El lazo establecido en 1526 y 1531 en aquel pacto tan discutido, puesto que no consta documento coetáneo alguno que respalde su existencia; sólo una versión tardía nos ha llegado, pero nada que permita afirmar con certeza que hubo un acuerdo notarial en 1526 entre los tres socios.

Fueron dos hombres distintos, con dos vidas y, por lo mismo, dos muertes diferentes. Almagro era vulgar, excitable, de escaso entendimiento, con espíritu de subalterno. No emprendió nunca ninguna tarea duradera. Pizarro era constante, discreto, analfabeto, pero había pulido su porte y hasta había aprendido a firmar. Son dos tipos distintos hasta cuando están frente a frente para combatir. Pizarro habla a la tropa y le dice que le siga el que quiera: gana héroes. Almagro promete dinero, premios, encomiendas: hace mercenarios. En el mismo minuto de la muerte son distintos: Almagro se arrastra, llora, pide perdón; Pizarro muere espada en mano, luchando, llamando cobardes a quienes le asesinan.

BIBLIOGRAFIA

1. Crónicas

ANDAGOYA, Pascual de: *Relación... Apud.* Raúl Porras: *Cronistas del Perú.*–Lima, 1962.

BORREGAN, Alonso de: *Crónica de la conquista del Perú.*–Publicación de la E. E. H. A. Edición y prólogo de Rafael Loredo.–Sevilla, 1948.

CANILLEROS, Conde de: *Tres testigos de la conquista del Perú.* (Hernando Pizarro, Juan Ruiz de Arce y Diego de Trujillo.)–Buenos Aires, 1953.–Colección «Austral», 1.168, (Tres notas biográficas y los tres relatos de la conquista escritos por estos testigos.)

CIEZA DE LEÓN, Pedro: *Primera parte de la Chronica del Perú.*–Anvers, 1554.

– *La crónica del Perú.*–Madrid, 1932.

COBO, Bernabé: *Obras del Padre* –Biblioteca de Autores Españoles–: Estudio preliminar y edición del P.Francisco Mateos.–Madrid, 1956.

Crónicas del Perú.–Biblioteca de Autores Españoles. Tomos 164-168. Estudio preliminar y edición de Juan Pérez de Tudela Bueso.–Madrid, 1963-1965.

Crónicas peruanas de interés indígena. Biblioteca de Autores Españoles. Tomo 209. Edición y estudio preliminar de Francisco Esteve Barba.–Madrid, 1968.

Cronistas de la conquista del Perú, Los.–Selección, prólogo, notas y concordancia de Horacio H. Urteaga.–París, 1938.–«Biblioteca de Cultura Peruana», 1.ª serie, núm. 2.

ESTETE, Miguel de: *El descubrimiento y la conquista del Perú.*–Quito, 1918.

FERNÁNDEZ, Diego: *Primera parte de la historia del Perú.*–Madrid, 1913-1914, 2 vols.

GUAMAN POMA DE AYALA, Felipe: *El primer Nueva Coronica y buen Gobierno.*–La Paz, 1944. (Edic. facsimilar: París, Institut D'Ethnologie, 1936.)

JEREZ, Francisco de: *Extremadura en América. Conquista del Perú y viaje de Hernando Pizarro desde Caxamarca hasta Jauja.* (Sevilla, 1534).–Escrito por Francisco de Xerez y Miguel de Estete.–Edición de Antonio Rodríguez Moñino.–Badajoz, 1929. (Al final se insertan estudio sobre obra y autores.)

– *Las relaciones de la conquista del Perú por..... y Pedro Sancho, secretarios oficiales de don Francisco Pizarro* (1532-1533).–Notas biográficas y concordancias con las crónicas de Indias, por H. Urteaga.–Biografías de Jerez y Sancho, por Carlos A. Romero.–«Colección de Libros y documentos referentes a la historia del Perú». Tomo V.

LE RIVEREND, Julio: *Crónicas de la conquista del Perú.*–Textos originales de Francisco de Jerez, Pedro Cieza de León y Agustín de Zárate.–México, 1946.

MENA, Cristóbal de: *La conquista del Perú...*, 1534. Apud.: *Las relaciones primitivas de la conquista del Perú*, de Raúl Porras. París, 1937.
MOLINA, Cristóbal de: *Las crónicas de los Molinas.*–«Destrucción del Perú», escrita hacia 1553. Colección «Los pequeños grandes libros de la historia americana». Serie I, tomo IV.–Lima, 1943.
– *Relación de la conquista del Perú.*–Colección de libros y documentos referentes a la historia del Perú.–Serie 1.ª, tomo I.
OLIVA, Anello (S. J.): *Historia del reino y provincias de Perú y de sus Incas y reyes.*–Descubrimiento y conquista por los españoles de la Corona de Castilla, con otras singularidades concernientes a la historia, 1598.–Lima, 1895.
PIZARRO, Pedro: *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú* (1570-1571).–Colección de Libros y Documentos para la historia del Perú.–Serie 1.ª, tomo IV.
– *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú y del gobierno y orden que los naturales tenian y tesoros que en ella se hallaron, y de las demás cosas que en él han sucedido hasta el dia de la fecha (año 1571).*–Buenos Aires, 1944.
– *Relación del descubrimiento y conquista del Perú.*–Edición y consideraciones preliminares de Guillermo Lohmann.–Lima, 1978.
PORRAS BARRENECHEA, Raúl: *Las relaciones primitivas de la conquista del Perú.*–París, 1937.
– *Cronistas del Perú* (1528-1650).–Lima, 1962. (El mejor estudio de las crónicas, indicándose sus características, lugar donde se guardan y ediciones.)
SANCHO, Pedro: *Las relaciones de la conquista del Perú por Francisco de Jerez y....., secretarios oficiales de don Francisco Pizarro* (1532-1533).–Colección Libros y Discursos referentes a la historia del Perú, V.
SANCHO, Pedro: *Relación de la conquista del Perú.*–Versión castellana con anotaciones por Joaquín García Icazbalcete.–Madrid, 1962.
TRUJILLO, Diego de: *Relación del descubrimiento del reino del Perú.*–Publicación de la E. E. H. A. Prólogo y notas de Raúl Porras Barrenechea.–Sevilla, 1948.
(Comienza en el episodio de la isla del Gallo y acaba con la entrada en el Cuzco.)
VEGA, El Inca Garcilaso de la: *Historia general del Perú.*–Trata del descubrimiento de él y cómo lo ganaron los españoles. Las guerras civiles que hubo entre Pizarro y Almagro, sobre la partida de la tierra. Castigo y levantamiento de tiranos, y otros sucesos particulares.–Córdoba, 1617; Madrid, 1722.
– *Los comentarios reales.*–Lima, 1918, 5 vols.
(Hay una edición de Buenos Aires, 1945.)
ZÁRATE, Agustín de: *Historia del descubrimiento y conquista del Perú.*–Anvers, 1577; Lima, 1944.

2. Estudios modernos

Acción de España en Perú (1509-1554).–Publicación del Estado Mayor Central del Ejército. Servicio Histórico Militar.–Madrid, 1942.
ARCINIEGAS, Rosa: *Dos rebeldes españoles en el Perú.*–Buenos Aires, 1946.
– *Pizarro.* (Biografía del conquistador del Perú.)–Madrid, 1936.
(Hay edición de Santiago de Chile, 1941.)
ARMAS MEDINA, Fernando de: *Cristianización del Perú.*–Sevilla, 1953.
BALLESTEROS GAIBROIS, Manuel: *La España Imperial. Francisco Pizarro.*–Madrid, 1940.
– *Descubrimiento y conquista del Perú.*–Madrid-Barcelona, 1963.
BAUDIN, Louis: *La vie de François Pizarro.*–París, 1930.
BERMEJO, Vladimiro: *Vida y hechos del conquistador del Perú don Francisco Pizarro.*–Arequipa, 1942.
BIRNEY, Hoffman: *Brothers of doom. The story of Pizarro of Peru.*–New York, 1942.

(Existe traducción española con el título de *Los hermanos del destino.*–Buenos aires, 1946.)
BUSTO, J. Antonio del: *Pedro de Candia, artillero mayor del Perú.*–«Revista Histórica», tomo XXV, 1960-1961. Lima.
– *Resumen de las marchas y navegaciones en la conquista del Perú.*–«Boletín del Instituto Riva Agüero». Lima, 1966-1968.
– *Francisco Pizarro. El marqués gobernador.*–Madrid, 1966.
CANTÚ, Francesca: *Pedro Cieza de Leon e il descubrimiento y conquista del Perú* Roma, 1979.
CAPA, Ricardo (S. J.): *Estudios críticos acerca de la dominación española en América.*–III: «La conquista del Perú».–Madrid, 1888.
CARDENAL IRACHETA, Manuel: *Vida de Gonzalo Pizarro.*–Madrid, 1953.
CUNEO VIDAL, Rómulo: *Vida del conquistador del Perú don Francisco Pizarro y de sus hermanos Hernando, Juan y Gonzalo Pizarro Martín Alcántara.*–Barcelona, s. f.
– *Historia de las guerras de los últimos Incas peruanos contra el poder español* (1535-1572).–Barcelona, s. f.
– *El capitán don Gonzalo Pizarro, padre de Francisco Pizarro, Hernando, Juan y Gonzalo Pizarro, conquistadores del Perú.*–«Boletín de la Real Academia de la Historia», 89, 1926.
ESPINOSA SORIANO, Waldemar: *Los huancas, aliados de la conquista. Tres informaciones inéditas sobre la participación indígena en la conquista del Perú* (1558, 1560, 1561).–Huancayo, 1971.
FERNÁNDEZ DÁVILA, Guillermo: *El asesinato de Francisco Pizarro.*–Lima, 1945.
FUNES, Jorge Ernesto: *Caballeros de espuelas doradas (Descubrimiento y conquista del Perú).*–Buenos Aires, 1980.
GARCÍA, O. S. A., Casiano: *Francisco de Carvajal, o el Genio de los Andes.*–Madrid, s. a.
GONZÁLEZ RUIZ, Felipe: *Pizarro.* (El Perú prehispánico y la conquista).–Madrid, 1945.
HUBER, Siegfred: *Pizarro.*–México-Barcelona, 1966.
LASTRES, Juan B.: *La medicina en el descubrimiento y conquista del Perú.*–Lima, 1956.
– *Médicos y cirujanos de Pizarro y Almagro.*–Lima, 1958.
LOHMANN VILLENA, Guillermo: *Las ideas jurídico-políticas en la rebelión de Gonzalo Pizarro.*–Valladolid, 1972.
LOCKHART, James: *Spanish Peru* 1532-1560.– Madison, Milwaukee, 1968.
– *The men of Cajamarca. A social and biographical Study of the firts Conquerors of Peru.*–Austin (Tex.), 1972.
MANRIQUE, Luis: *Francisco Pizarro. Castuos y Quichuas.*–Barcelona, 1942.
MATICORENA, Miguel: *El Contrato de Panamá, 1526, para el descubrimiento del Perú.* Extrait des Cahiers du Monde Hispanique et Luso-Brésilien.–Toulouse. Caravelle, 7, 1966.
MEANS, Philips Ainsworth: *Fall of the Inca Empire and the Spanish rule in Peru* (1530-1780).–New York, 1932.
MENDIBURU, Manuel de: *Diccionario histórico-biográfico del Perú.*–Lima, 1931-1934. 11 tomos en 12 volúmenes.
MURRA, John V.: *La organización económica del estado inca.* México, 1978.
ORELLANA-PIZARRO PÉREZ ALOE, Antonio de: *Francisco Pizarro.*–Trujillo, 1928.
PARDO, Luis A.: *Las tres fundaciones del Cuzco.*–S. f.
PERALTA BARNUEVO, Pedro de: *Lima fundada o conquista del Perú.*–Lima, 1732. 2 volúmenes.
PEREYRA, Carlos: *Francisco Pizarro y el tesoro de Atahualpa.*–Madrid, s. f.
PRESCOTT, Guillermo H.: *Historia de la conquista del Perú, con observaciones preliminares sobre la civilización de los Incas.*–Madrid, 1847-1848, 2 vols.
(Madrid, 1853. Hay edición de Buenos Aires, 1943.)
PORRAS BARRENECHEA, Raúl: *La caída del imperio incaico.*–Revista de la Universidad Católica.–Lima, mayo 1935.
– *El testamento de Pizarro.*–París, 1936.

- *El testamento de Pizarro en 1539.*–«Revista de Indias», 1941.
- *Pizarro el Fundador.*–Lima, 1941.
- *Francisco Pizarro.*–«Revista de Indias», 1942, III.
- *Cedulario del Perú.*–Lima, 1944-1948.
- *El nombre del Perú.*–«El Comercio», Lima, 4 y 5 de enero de 1948, y en «Mar del Sur», 1951, III.
- Prólogo y notas a la *Relación del descubrimiento del reino del Perú*, por Diego de Trujillo.–Sevilla, 1948.–Publicación de la E. E. H. A.
- *Francisco Pizarro.*–Lima, 1978.

RAMOS PÉREZ, Demetrio: *La doble fundación de ciudades y las «huestes».*–Madrid, 1972.

ROMERO, Carlos A.: *Los héroes de la Isla del Gallo.*–Lima, 1944.

ROMERO, Fernando, y ROMERO DEL VALLE, Emilia: *Probable itinerario de los tres primeros viajes marítimos para la conquista del Perú.*–«Revista de Historia de América», núm. 16, México, 1943. (Con mapa.)

SCHAEFER, Ernest: *El proceso de Hernando Pizarro por la muerte del Adelantado Almagro.*–«Investig. y Progreso», 1931, págs. 43-46.

SZÁSZDI, Adam: *En torno a la balsa de Salango (Ecuador) que capturó Bartolomé Ruiz* «Anuario de Estudios Americanos», vol. XXXV, Sevilla, 1978.

TORRE Y DEL CERRO, José de la: *Cordobeses que intervinieron en el descubrimiento, conquista y colonización del Perú.*–Córdoba, 1933.

TORRES, Alberto María: *El Padre Valverde.*–Ensayo biográfico y crítico.–Quito, 1932.

TRIMBORN, Hermann: *Pascual de Andagoya. Ein Mensch erlebt die Conquista.*–Hamburg, 1954.

URTEAGA, Horacio H., y ROMERO, Carlos A.: *Fundación española del Cuzco y Ordenanzas para su gobierno.*–Lima, 1926.

VICUÑA MACKENNA, B.: *Diego de Almagro.*–Santiago de Chile, 1889.
(Para Almagro, vid. la biografía que se cita en la conquista de Chile.)

VOLSKI, Estanislao: *Pizarro el conquistador.*–Buenos Aires, 1944.

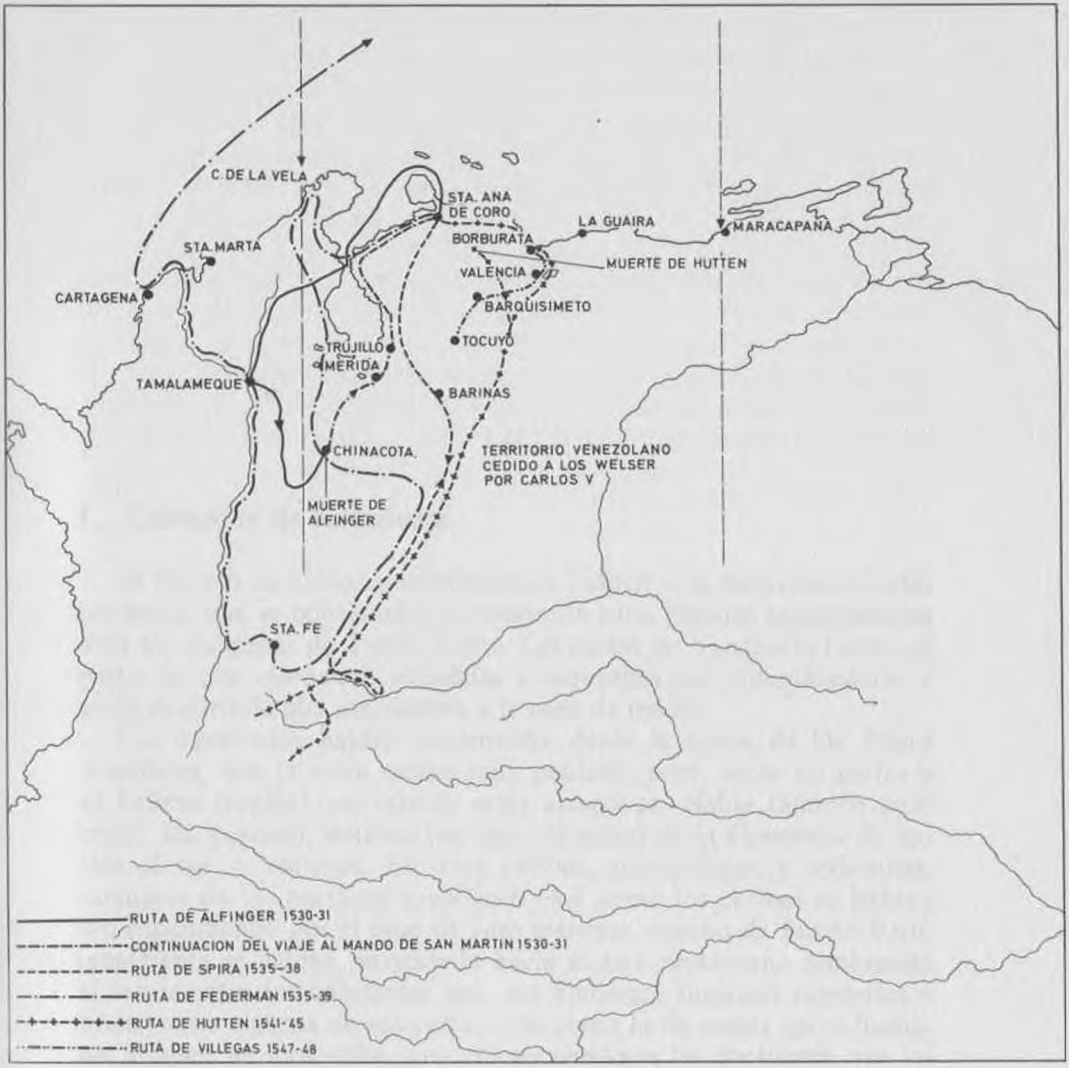
WACHTEL, Nathan: *Los vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española* (1530-1570).–Madrid, 1976.

XV

ESPAÑOLES Y ALEMANES EN VENEZUELA, ORINOCO Y GUAYANA

«El 2 de octubre de 1529, yo, Nicolás Federman el joven, de Ulm, me embarqué en Sanlúcar de Barrameda, puerto de la provincia de Andalucía en España. Fuí nombrado por el señor Ulrich Ehinger, en nombre de los señores Bartolomé Welser y compañía, capitán de ciento veintrés soldados españoles y de veinticuatro mineros alemanes que debía conducir al país de Venezuela, en el gran mar Océano, y cuyo gobierno y dominación han sido cedidos a dichos Welser, mis señores, por su majestad imperial.»

(NICOLÁS FEDERMAN: *Viaje a las Indias del mar Océano.* Cap. I.)



Principales entradas alemanas en Venezuela.

1. Comienzan las fundaciones

El decreto de Carlos I autorizando a reducir a la esclavitud a todos los indios que se opusieran a la conquista tuvo grandes consecuencias para los indígenas de Tierra Firme. Las costas de Venezuela fueron, a partir de este momento, invadidas y saqueadas por conquistadores y gente desalmada que marchaban a la caza de indios.

Los castellanos habían encontrado, desde la época de los *Viajes Andaluces,* que la costa estaba muy poblada, pero, salvo las perlas y su belleza tropical, no ofrecía otros atractivos. Había también palo brasil, sal, pescado, noticias (no muy de creer) de la existencia de oro más al sur, y esclavos. Esclavos caribes, antropófagos y sodomitas, enemigos de los pacíficos arahuacos. Así como los caribes se habían ido expandiendo por el arco de islas menores camino de Puerto Rico, igualmente se habían proyectado hacia el este venezolano sembrando el terror entre los habitantes que, sin embargo, supieron repelerles y hasta tomar algunas de sus costumbres como la de comer carne humana, aunque les molestaba y escupían cuando se les confundía con los caribes. Estos arahuacos, aliados como *guatiaos* con los hispanos, hicieron frente más poderosamente a los caribes y ayudaron a los castellanos en sus entradas al interior.

Hasta más o menos 1520 y desde el descubrimiento se nota el desarrollo de un período que puede ser denominado de rescates. A los habitantes de las Antillas, interesados en la conquista y poblamiento

de sus islas, únicamente les interesaba el comercio de rescate con la costa venezolana. De la metrópoli poco se podía esperar (prohibido el rescate de perlas en Cubagua) y sólo Alonso de Ojeda se atrevió sin éxito en los primeros años del siglo XVI a volver por las costas que descubrió en 1499. A la vista de esta falta de interés la Corona proyecta la incorporación de la tierra y sus habitantes mediante una labor misionera, ya en la segunda década del XVI, pero el quehacer se les hizo imposible a dominicos españoles y franciscanos franceses a raíz de una rebelión cumanagota habida en 1520. Tampoco calaba honda la tarea económica de los antillanos. Autorizados a poseer barcos propios en 1508 y liberalizado el rescate de perlas en 1512 y afectados por diferentes ataques de los caribes, una serie de empresarios andaluces sitos en Santo Domingo comenzaron a interesarse por las costas venezolanas de donde extraían perlas, ídolos, esclavos, gatos, papagayos y sal (Araya). De 1515, en que se funda Nueva Cádiz en Cubagua, a 1520 quedó regularizado el tráfico y rescate entre Antillas y la costa venezolana. Pero en 1518 el cardenal Cisneros vetó este comercio a raíz del final sangriento habido por una expedición armada organizada contra los caribes. Dispuso Cisneros que desde Cariaco a Coquibacoa el rescate sólo lo verificaran los dominicos ayudados por un veedor. La prohibición era insólita y la orden aún más, porque poco podían hacer un puñado de frailes a lo largo de mil kilómetros de costa. Realmente todo el problema visto en el capítulo consagrado a la conquista de México –coyuntura política nacional y antillana– pesaba en estas medidas del cardenal-regente y de sus representantes en Indias, los Padres Jerónimos. La prohibición se revocó rápidamente y a principios de 1519 el emperador Carlos nombraba veedor de la costa de las perlas a García de Lerma. También en 1519 se nombra el primer Alcalde Mayor de Cubagua. Las disposiciones reales y el interés de los navieros de Santo Domingo –como Rodrigo de Bastidas– iban a dar marcha al poblamiento de la zona venezolana. Podemos, pues, pensar que hacia 1520 comienza la época de colonización y penetración. El mismo Bastidas se ofrece en 1521 a poblar Trinidad aunque su objeto parece ser más Cubagua y sus perlas. Después logra mercedes sobre Santa Marta, y hacia allá se desvía la atención de los isleños –también la de los factores Alfinger y Ehinger– dejando de lado las costas venezolanas. En Santa Marta sería apuñalado y sustituido Bastidas, según vimos en el capítulo titulado "Corrientes penetrativas en el Nuevo Reino de Granada".

En 1520, la Audiencia dominicana comisionó a Gonzalo de Ocam-

po para que efectuase el castigo de ciertos indios de *Maracapana*, los cuales habían arrasado un convento español en justa represalia por las tropelías cometidas por un homónimo de Alonso de Ojeda. Ocampo cumplió lo ordenado y fundó cerca de Cumaná un pueblo que llamó *Nuevo Toledo*. En la trama de estos hechos que relatamos se agita Bartolomé de las Casas. Este intenta entonces realizar su plan de colonización pacífica. Para alivio de los indígenas, Las Casas había propuesto llevar labradores peninsulares que poblasen y cultivaran la tierra. En su primitivo plan no aparecían ventajas para el fisco, por lo cual tuvo que modificarlo y comprometerse a entregar reducidas y pacificadas mil leguas de Tierra Firme en el término de dos años. Al cabo de tres años entregaría quince mil ducados de las contribuciones pagadas por los indígenas y sesenta mil a los diez años. Junto con los labradores marcharían religiosos experimentados. En 1520 se firmó el contrato por el que se daban a Las Casas no mil leguas de fachada costera, sino doscientas setenta –desde Paria a la provincia de Santa Marta– y todo lo que quisiera tomar hacia el interior (ii). Podía llegar, pues, hasta Magallanes. La falsa concepción geográfica, según expresamos en el capítulo sobre el Nuevo Reino de Granada, se debía a que entonces se pensaba que la costa del Pacífico torcía hacia el Sureste, quedando la costa peruana al Sur o espaldas de Santa Marta y Venezuela (mapas de Waldseemüller, Schöner, Leonardo da Vinci y Lenox, 1507, 1515).

Enterado Las Casas de la misión punitiva de Ocampo, intentó persuadirlo; pero no lo consiguió. Después del castigo de Ocampo llegó Las Casas a Nueva Toledo con su plantel de colonizadores, caballeros de espuelas doradas, provistos de cruces bermejas en sus uniformes blancos; la mayoría de los cuales le abandonaron. Bastó la ausencia de Bartolomé de Las Casas para que los excesos de los españoles incitaran a los indios al ataque. La fundación fue arrasada.

Así terminaron dos conventos que se habían alzado en estas partes (Cumaná), el pueblo de Nuevo Toledo, las pesquerías de perlas y el proyecto lascasiano. "No quedó un español vivo en toda aquella costa de perlas", afirma Gómara.

Los indígenas, con razón, estaban soliviantados. Demasiado les afectaban las bandas de desaprensivos que iban a cazarlos. Hasta Santo Domingo llegaron pronto noticias con los descalabros de Cumaná; y de Santo Domingo partió, en 1523, Jácome de Castellón en misión vindicativa ordenada por el segundo almirante, don Diego Colón, y por la Audiencia. Con tacto y discreción puso orden el enviado y se

atrajo a los indios rebeldes. Pudo así fundar una población con el nombre de *Nueva Córdoba.*

En la parte occidental, hacia Coro, la situación se había puesto igualmente crítica por los desmanes de los blancos. Con el fin de evitar los excesos cometidos por algunos individuos, la Audiencia dominicana comisionó a Juan de Ampués o Ampiés (1527), quien había capitulado la conquista de *Aruba, Curazao* y *Bonaire.* Ampués se trasladó a tierra firme, se alió con el cacique de los *corianos, Marure,* y puso él o su hijo los cimientos de *Santa Ana de Coro,* futuro núcleo de expansión hacia el interior. Estamos ya en vísperas de la actuación germana. Ellos, los alemanes, son los que hacen su entrada en este momento. Nuestra atención, pues, recae en la zona oriental –Coro–, dejando a un lado por momentos lo que sucede en Cumaná, Trinidad y Orinoco-Guayana.

2. Carlos I y los Welser

El cambio de dinastía en España, desapareciendo la casa de Trastamara y surgiendo la de Austria, había de favorecer mucho el establecimiento de los Welser. Estos tenían con los Habsburgos, en unión de los Fugger, relaciones como arrendatarios de minas y como banqueros.

En las antiguas *Reichetagskten* consta la ayuda financiera prestada por los Welser a Carlos I con motivo de su elección imperial. El emperador los retribuiría, y eso haría que lentamente los Welsser alcanzaran una alta importancia en España. Y no sólo unirían las relaciones económicas y comerciales a Carlos I y a los Welser, sino los servicios diplomáticos llevados a cabo por éstos. A esto añadamos circunstancias familiares, puesto que Filipinas Welser, hija de Bartolomé, casó secretamente con el archiduque Fernando, hijo del rey de Bohemia, sobrino de Carlos I.

La conexión que existe entre los empréstitos de los Welser al emperador y la cesión de Venezuela a aquéllos no es firme, como ha parecido. Es decir, que el gobierno de aquella parte de América no se hizo por los préstamos metálicos hechos. Hubo de existir algo más, aunque no tengamos base para decir el verdadero motivo. Desde luego lo que sí llama la atención es la cantidad de ventajas, un tanto desorbitadas, que el emperador concedió a los alemanes.

La mayoría de los autores alemanes pasan en silencio las causas de la cesión. Sólo hablan de lo allí sucedido. Unos creen que se hizo para

pagar una deuda del emperador a sus banqueros (Klöden). Parece que esta suposición arranca de los escritos del padre Las Casas (*Brevísima...*). Para Ballesteros, la relación entre banqueros y emperador, y por tanto, la causa de la cesión, no está sólo en razones monetarias, sino familiares. Haebler, en su obra *Una colonia alemana en Venezuela*, cree que los negocios financieros nada tuvieron que ver con la cesión. El estudio del pacto lo demuestra. En él se hace la merced como tantas tierras de América a otros conquistadores: para la Corona evitarse el gasto de las expediciones. Además, las Capitulaciones –como demuestra Becker– fueron con Enrique Ehinger y con Jerónimo Sailer. Los Ehinger eran: Enrique y Jorge. Erróneamente se ha venido afirmando que los Ehinger eran tres, incluyendo a Ambrosio Alfinger; pero sabemos que éste no era hermano de aquéllos. Los capitulantes, dos años y medio después (20 de noviembre de 1530), renunciaron a favor de *Bartolomé* y *Antonio Welser*.

Ya hemos dicho que tanto Sailer como Ehinger eran factores de los Welser. A la casa Welser les había atraído Venezuela gracias a sus factores en Santo Domingo, Ambrosio de Alfinger y Jorge Ehinger. Tras de fundar, en 1526, la factoría de Santo Domingo, fijaron su atención en Venezuela, productora de palo brasil, bálsamo, cañasfistola, etc. Estos individuos y estas razones pudieron desviar o atraer la atención de los Welser hacia Venezuela; pero lo que seguimos ignorando es la razón que movió a los Welser a no figurar en los asientos de 1528. Tan sólo en 1529, a raíz de un pleito con Juan de Ampués en torno al monopolio del bálsamo, se señala ya a los Welser como responsables formales. Y es en 1530, finalmente, cuando se hace el "traspaso" definitivo a la casa Welsser de los asientos de 1528.

3. Las empresas de los Welser

Antes de descubrirse América, ya algunas casas comerciales alemanas sostenían sucursales en la Península. Entre ellas figura la *Vohlin*, que desde 1480 estaba unida a la *Welser*.

Las dificultades comerciales con Oriente, siempre a través de Venecia, hizo que pronto los Welser y otros se decidieran por sus casas de España ante las noticias que llegaban de los hechos colombinos y de Vasco de Gama. Con los portugueses pactaron pronto, y con España establecieron una sucursal o factoría en Zaragoza. En 1509 se habla de esta factoría en ciudades españolas, pues en la *Crónica de familia* de

los Welser se aprecia que desde comienzos del XVI mantenían un comercio importante con nuestra Península.

Su primera intervención en las cosas de Indias comienza con la compra que hacen a Cristóbal de Haro del cargamento de la nao *Victoria*, superviviente del viaje magallánico. Este había motivado que Carlos I estableciese una Casa de Maluco donde deseaba la intervención no sólo de los comerciantes españoles, sino alemanes. Por ello, en 1525, Carlos I, convencido del interés que tenía la participación en Indias de muchas fuerzas, levanta las restricciones que pesaban sobre los extranjeros, y firma con los Welser un pacto comercial que será la base fundamental de las empresas ultramarinas de éstos.

En 1526 intervienen, con dos mil ducados, en la expedición mandada por *García de Loayza*. Al mismo tiempo sale la expedición de Caboto, en la que figura el comerciante *Ambrosio Alfinger*, quien, indudablemente, figura como factor de los Welser, y sería uno de los armadores de la expedición. Sin embargo, estas dos empresas no tuvieron éxito; pero los Welser no desmayaron, y contribuyeron en otras. El pacto que en 1525 habían firmado con el emperador les llevó a fundar una importante factoría en Sevilla y otra en Santo Domingo. Entre estos dos puntos seguramente verificaron comercio de productos, y se puede considerar como una ampliación del tráfico de exportación que realizaban con la metrópoli.

Como consecuencia de estas actividades se firmaron los pactos de 1528, entre la Corona y Jerónimo Sailer y Enrique Ehinger, factores en Sevilla de la casa Welser, de Augsburgo.

4. Pactos de 1528

Fueron cinco:

1.º Los alemanes se comprometen a reclutar hombres en Alemania y llevarlos a Santo Domingo, para ser distribuidos en las provincias y servir de capataces en las minas al frente de los indios encomendados.

2.º En febrero de 1528, hace referencia a la importación de cuatro mil negros.

3.º El 27 de marzo de 1528 se concede a Ehinger y a Sailer la tierra desde el *cabo Maracapana*, al Este, hasta el *cabo de la Vela* límite de la provincia de Santa Marta, al Oeste; y en la dirección Norte-Sur, desde el océano Atlántico hasta el Pacífico. Debían descubrir, colonizar y gobernar este país, fundando dos o más poblaciones y edificando

tres fortalezas si lo creían conveniente. Este pacto es el que más nos interesa.

4.º En abril de 1528 los mismos individuos firman una concesión que Carlos I les hace de un depósito en las atarazanas de Sevilla.

5.º Ultimo pacto, y en el mismo año de 1528; pero firmado con Francisco de los Cobos, secretario del emperador. Cobos había recibido de Carlos I la superintendencia de la fundición y acuñación de metales extraídos en el Nuevo Mundo, con el derecho de cobrar el uno por ciento del valor de cada lingote de oro o plata fundido. También tenía Cobos el derecho a percibir una contribución de toda la sal extraída de las Indias. Sin embargo, esto no lo podía ejercer por su cuenta el secretario, debido a lo costoso y difícil. Así, lo autorizó a los precitados Sailer y Ehinger para la provincia de Venezuela y la de Santa Marta. Esto explica la estrecha relación que tendrá la empresa colonizadora de Venezuela con los Welser y la de Santa Marta con García de Lerma.

Como diremos al final, la actuación alemana en Venezuela reportará de positivo el descubrimiento de muchas partes del territorio venezolano, aunque ello se hubiera conseguido sin necesidad de poner en juego la dureza que desplegaron los teutones. Pero ahora lo que nos interesa analizar someramente es lo relativo a la importancia del contrato firmado entre Enrique Ehinger (factor de los Welser en España de 1525 a 1530) y su ayudante Jerónimo Sailer con el emperador Carlos I. Contrato que, en 1531, estos individuos traspasan a la Casa de los Bélsares, como escribían los españoles.

Importantes puntos saltan al analizar las Capitulaciones. Un intento por resaltar los principales nos lleva a enumerar, para mayor claridad, los siguientes:

1.º Se demarca un territorio en el norte de Suramérica con un gobierno políticamente independiente de los territorios circunvecinos, aunque dependiente de la Audiencia dominicana y de la metrópoli.

2.º Como consecuencia, surge en el mapa suramericano una provincia que mantiene, hasta la formación de la Capitanía en 1778, una vida política y económica lejos de la influencia virreinal.

3.º El emperador no cedió soberanía en el contrato, y territorialmente dio "doce leguas de quadra, de las que ansí descubrierédes, para que tengais tierra con que granjear y labrar, no siendo en lo mejor ni peor". Ello sin jurisdicción civil y criminal.

4.º El rey nombraba adelantado al sujeto designado por los Wel-

ser, el cual recibiría el cuatro por ciento de todos los provechos que en la conquista tocasen de sus quintos a la real Corona.

5.º Los alemanes eran simples funcionarios de la Corona española, no pudiendo actuar sino dentro de las leyes hispanas y siguiendo unas *Instrucciones* dadas por el rey.

6.º El interés de los alemanes por la colonia era económico, como lo prueba el hecho de que poco les importaba que un español tuviese a su cargo el gobierno de la provincia si quedaban a salvo sus intereses económicos defendidos por los factores.

7.º Tres autoridades, pues, rigen a Venezuela hasta 1556:

A) Gobernadores y capitanes generales.
B) Oficiales reales.
C) Factores alemanes.

5. Los alemanes y García de Lerma

Santa Marta estaba sublevada. García de Lerma fue nombrado gobernador para su pacificación, tras la muerte de Rodrigo de Bastidas. Lerma buscó ayuda en Ambrosio Alfinger, factor de los Welser en Santo Domingo. Le propuso a éste gobernar y colonizar juntamente las provincias de Santa Marta y Venezuela. Alfinger aceptó y lo comunicó a la Península. El 1 de abril de 1528, con el permiso del emperador, se firmó el pacto definitivo entre Lerma, Alfinger y Sailer.

El plan de la expedición consistía en marchar a Santo Domingo, donde Lerma, que tenia el cargo de general sobre las naves, entregaria el título de primer gobernador de Venezuela a Ambrosio Alfinger. De allí partirían las fuerzas hacia Santa Marta con el fin de someter a los elementos revoltosos. Solucionada la situación pasarían todos los hombres, excepto cincuenta, a Venezuela para comenzar rápidamente la labor de colonización.

Cuando llegaron a Santo Domingo se enteraron de que Santa Marta estaba tranquila, y que García de Lerma sería bien recibido. Por ello el plan se simplificó. Alfinger le dio a Lerma una nao y mercancías, y él, con tres barcos y el título de general en ellos, salió para Venezuela.

En Venezuela, como en el Nuevo Reino de Granada y otras zonas de las Indias, la influencia de la "geografía fantástica" va a ser decisiva. Hay tres factores que citar en esta influencia: la creencia de que por Maracaibo existía un paso entre el Mar del Norte –Caribe, en este

caso– y el Océano Pacífico; luego la pequeña dimensión que se le asignaba a Suramérica, pues más de uno pensaba que entrando por Venezuela alcanzaría en corto trecho el Perú y el Río de la Plata. Y, finalmente, la obsesión de los mitos, tales como el de Eldorado, el de Xerira o el del Meta. Alfinger, por ejemplo, busca un estrecho hacia Maracaibo, que en 1533 comprueba que no existe. Las Capitulaciones de 1528 –es otro ejemplo– señalan como límite meridional la Mar del Sur... Se estima que el Magdalena nace en el Este y que los Andes van de Este a Noroeste... Decisiva, pues, la influencia de las concepciones geográficas en la conquista de Venezuela y farragoso resultaba mencionar trozos de documentos o testimonios de cronistas que apoyan esta afirmación.

6. Expediciones de Ambrosio Alfinger

El primer conquistador de Venezuela, como vimos, era Juan de Ampués, quien se extrañó bastante al ver llegar al alemán el 2 de abril de 1529. Pero las cartas que éste traía eran terminantes, y le cedían las tierras entre el cabo de la Vela y el de Maracapana. Ampués, en vista de ello, se retiró a sus islas de Aruba, Curazao y Bonaire.

Desde Coro, donde no permaneció mucho tiempo Alfinger, atraído por las noticias acerca del interior, salió rumbo al este, dejando a Sailer el mando. Llegó a orillas del lago *Coquibacoa* (Maracaibo), que decidió explorar. Cruzó la laguna y fundó en la orilla opuesta el pueblo de *Maracaibo,* centro de sus exploraciones. Estas duraron un año, y alcanzaron hasta la sierra de Perijá. El objeto de la expedición era el oro, cosa que no encontró, y, además, cuando recala en Santa Ana de Coro, en junio de 1530, se encuentra con un nuevo gobernador –nombrado por creérsele muerto–: *Hans Seissenhofer* (Juan Alemán). Restituido y confirmado Alfinger en sus poderes, sale de nuevo al interior, dejando a Nicolás Federman como sustituto.

Federman compartía –en la ausencia de Alfinger– el gobierno de Coro en compañía de Juan Alemán; pero éste muere. Federman, deslumbrado por las noticias del interior, organiza una expedición que constituye la primera jornada en busca de *Eldorado:* "Viéndome, pues, en la ciudad de Coro –escribe él mismo– con tanta gente, inútil y sin ocupación, me determiné a emprender un viaje por el interior, hacia el Mediodía o el mar del Sur, esperando hacer ahí algo ventajoso". Esta incursión descubrió la provincia de *Barquisimeto* y el país de los

caquetíos, entre el 1530 y 1531. Cuando regresó Federman a Coro se encotró con Alfinger, de vuelta de Santo Domingo, a donde fue a curarse unas fiebres, quien lo envió a la Península para dar cuenta a los Welser de su expedición, efectuada sin permiso de la Compañía.

Alfinger preparó una nueva entrada con los bastimentos traídos de Santo Domingo. Podemos resumir esta expedición y la otra diciendo que rodeó la laguna de *Maracaibo*, subió a la *Goajira*, llegó a las fuentes del *río Hacha* y a los *valles de Upar* y *laguna de Tamalameque*. Aquí capturó un inmenso botín que remitió a Coro con el capitán Gascuña; pero que no aprovechó a nadie, porque los enviados se perdieron. En busca de refuerzos, y con dineros, despachó otra partida al mando del capitán Iñigo de Gascuña, que también se perdió. En vista de que Gascuña no retornaba, Alfinger emprendió el camino hacia el Sur, por las orillas del Magdalena. En esta ruta, en el *valle de Pamplona*, fue muerto el alemán por una flecha india. La odisea terminaba en 1533. Ha sido tachado Alfinger de crueldad; mas lo cierto es que ella tiene su autor material –como dice el padre Aguado– en Francisco del Castillo, criado suyo. Sólo se le puede culpar de permitir las crueldades del español.

Durante la jornada de Alfinger por el río grande –Magdalena–, tuvo noticias de una provincia, Xerira, de enorme riqueza, que, sin duda, es la meseta de Jerida, habitada por indios guane, del grupo lingüístico chibcha. Dado que la tal provincia no se descubrió, la gente comenzó a pensar en ella como un dorado que pronto se unirá a otras versiones. De la Española llegó a Venezuela la idea de que al sur de Coro y Maracaibo debía existir otro dorado que, unido a la idea que se tenía sobre la región del Meta, atrajeron varias expediciones al interior que buscaban el Dorado del Meta (cabeceras del Meta y Guaviare), el Dorado chibcha o de la meseta de Jerida y el Dorado de la Española.

7. Desgraciada entrada de Jorge Hohermut

Por indicación de los Welser, la Corona española nombró como gobernador a Jorge Hohermut, de Spira (1534), a quien los españoles llamaron Jorge Espira, y a Nicolás Féderman como teniente suyo, casi con iguales atribuciones, pues no querían disgustarle, ya que en un principio fue a él a quien nombraron gobernador.

Espira tomó en serio lo de descubrir, y en 1535 se dirigió a los lla-

nos de Barquisimeto, acompañado de Felipe Hutten. Mientras, Féderman quedaba en Coro. Espira tomó hacia el *Meta*; pasó la sierra de *Carora*, bajó al valle del *Tocuyo* y, acosado por los indios, se refugió en los llanos de *Barquisimeto*. De aquí caminó hacia la provincia de *Portuguesa*, llegando al pueblo de *Chacarigua*, de donde sale para la provincia de *Varijas* – hoy de Zamora–, cerca de *Mérida*. La marcha es penosa y los enfermos aumentan. Decide enviar de regreso a éstos bajo el mando del capitán Velasco. En enero de 1536 atraviesa el *Apure* y el *Sarare*, hasta llegar al *Arauca*, que cruza en abril. La primera vez o el primer invierno lo había pasado en *Chacarigua*, el segundo lo pasa este año de 1536 en las orillas del río *Opia*. Es fácil decir que invernaron en las orillas del río Opia; pero es muy difícil hacerlo. El curso fluvial se desbordó de la madre, y cubrió toda la llanura, que de mar de hierbas pasó a mar de aguas. La única salvación consistía en hacer lo mismo que las fieras: subirse a los árboles o refugiarse en los alcores. Españoles y tigres convivieron en uno de estos altozanos, y éstos, a los otros, dice Aguado, "les habían llevado delante de los ojos y aun casi de entre las manos muy gran cantidad de indios e indias ladinos que les servían, y entre ellos algunos españoles". Animales y hombres luchaban en una reducida área, cercados por el agua, contra sí y contra el hambre. Quisieron los españoles pasar al otro lado del río, donde había más alimentos. Hicieron una balsa. Unos cuantos montaron en ella y otros se echaron a nadar para ayudar, tirando de "cabuyas" o sogas, a los que remaban. Pero la corriente empujaba demasiado, y la balsa entró a la deriva, rápida, sin rumbo. Los indios de la otra orilla, viendo el desastre como ocasión, montaron en sus canoas y empuñaron sus arcos listos a no dejar un español vivo. Fue preciso que uno de ellos, Francisco de Cáceres, se dedicase a zambullirse y burlarlos entreteniéndolos a costa de su vida para que el resto se salvase. El invierno pasó y las aguas bajaron, dejando todo cenagoso. Un sol cruel comenzó a secar los campos y las huestes prosiguieron, chapoteando, su deambular. En esta ruta llegaron a las cercanías de los *Andes*, cuyas montañas les acobardaron, que si no hubiesen ganado por la mano a los que por el río de Santa Marta o Magdalena poco después subieron a Bogotá y se adueñaron de las tierras ricas en oro y esmeraldas, luego llamadas Nuevo Reino de Granada.

La marcha prosiguió hacia el sur, tocando las estribaciones de la *cordillera de Pasto*, al extremo sur de Nueva Granada, cuyo territorio habían recorrido por lo más salvaje: la cuenca del *Orinoco*, los llanos de *Casanare* y los afluentes del *Amazonas* por la banda norte.

Renegando de su mala suerte, en 1537 inicia Espira la retirada. En la vuelta se entera que Féderman, por orden de los Welser y desentendiéndose de la jurisdicción de su principal, se había ido a descubrir. El 27 de mayo de 1538 llegaba a Coro, donde encuentra al juez de residencia, licenciado Navarro, enviado por los oidores de Santo Domingo, que le quita el mando. Navarro llegó a Coro en 1536 con el cargo de gobernador, por haber caducado el plazo correspondiente a Hohermut o Espira. Lo cierto es que Espira muere en 1540, si se quiere de melancolía.

8. Descubrimientos de Féderman

Sincrónicamente a los anteriores hechos, Féderman, teniente de Espira, efectuaba una de las expediciones más famosas de Indias: la que le hubiera dado la gloria obtenida por Jiménez de Quesada, si no hubiera sido por un corto retraso. Al salir Espira a su jornada quedóse en Coro su teniente Féderman aviando un segundo ejército que siguiera al gobernador. Féderman salió de Coro hacia el cabo de la Vela a fines de 1535, donde recibió refuerzos enviados por los Welser desde Santo Domingo para asegurar los derechos alemanes en esta zona. Desde esta localidad intentó Federman entrar en la provincia de Xerira (Jerida), conocida ya por Alfinger, pero el territorio por donde tenía que transitar pertenecía a la gobernación de Santa Marta, que impedía el cruce de la zona. Visto lo cual, vuelve a Coro por Maracaibo para aprovisionarse y entrar en Jerida por los llanos orientales, en cuya ruta él situaba el Dorado goahibo y el Dorado de la Española. Tardó un año en este viaje de retorno, y en el mismo se le unieron las tropas que Santa Marta envió para contenerle. Una vez en Coro, preparó la expedición que había de llegar a la meseta chibcha. Partió de la localidad en diciembre de 1537, dirigiéndose al Sureste hacia los ríos Meta y Apure, que debería cruzar. En el viaje se tropezó con fuerzas enviadas desde las bocas del Orinoco por Jerónimo Ortal a buscar el Meta, que se le unieron.

Es inconcebible el error geográfico cometido por Féderman, y antes por Espira, en la ruta escogida para alcanzar Jerida. La entrada natural a esta zona era por el valle del río Zulía; pero el error radicaba en que creyeron que la Cordillera Oriental y la Sierra Nevada de Santa Marta eran montañas de poca extensión, que morían en el Sur, sin darse cuenta que se prolongaban hasta Magallanes a través de los An-

des. Espira y Féderman pensaron en que la cordillera estaba aislada y la podían, por tanto, rodear por el Sur, yendo a parar a las cabeceras del Meta y comprobando que el paso fácil era impracticable. Había que ascender las cumbres si se deseaba cruzar al otro lado.

A lo largo de todo el trayecto la naturaleza se mostró hostil, teniendo que luchar con el cambio de clima y las cumbres que les obligaban a izar a los caballos con cuerdas por los precipicios. Momentos hubo de un dramatismo atroz. Aguado, nuestro cronista de turno, menciona los tigres que entraban en los campamentos y se llevaban a los hombres y mujeres. También consigna aquel momento en que los hispanos, teniendo a su espalda un precipicio y en frente un gran herbazal seco, vieron cómo los indios prendían fuego a las hierbas, cuyas llamas, empujadas por el viento, avanzaron hacia el abismo amenazando quemarlos. El capitán blanco, "usando con toda la presteza que pudo, echó un contrafuego, con el cual atajó solamente el daño que los caballos habían de recibir, que era despeñarse o quemarse, porque con su ímpetu el fuego les quemó muchos indios con las cargas y ropa que llevaban, y un español enfermo que iba cargado en una hamaca fue dejado de los que le llevaban por guarecer sus vidas, y allí fue abrasado". Pero, al fin, había dominado la cumbre y salía al raso, a las llanuras bien pobladas. No obstante, habían llegado tarde, como dijo Féderman, a ganar los perdones al templo de Sogamoso, cuyas riquezas se llevaron los de Santa Marta. La llanura que ellos creyeron encontrar no era sino la altiplanicie donde hoy está Santa Fe de Bogotá.

Tres conquistadores habían confluido en la meseta bogotana: Federman, Jiménez de Quesada y Belalcázar. Los tres capitanes embarcaron (1539) para dirimir su pleito sobre quién era el verdadero descubridor de aquellas tierras. La gente de Federman, excepto unos pocos, se quedaron en Santa Fe. El pleito terminó ganándolo Jiménez de Quesada, aunque Federman siguió en litigio con la Corona y con los Welser hasta que muere, en 1542.

El hecho material del descubrimiento de Nueva Granada (Colombia) corresponde a Quesada; pero hay algo que hace pensar. Ello es que Féderman no vacila un momento en su itinerario, como si conociese la existencia de la altiplanicie de Bogotá. No está de más citar que una de las naves que traía de Santo Domingo bastimentos a Féderman se estrelló en Santa Marta, y que por ella pudo tener Quesada noticias de los proyectos del alemán.

De todos modos, Féderman es uno de los más grandes exploradores, pues hizo la proeza de Espira, pero con mejor ánimo y atravesan-

do la cordillera que al otro le había asustado. Féderman lleva a cabo una empresa más penosa que la de Jiménez de Quesada, si pensamos que cruzó la sierra después de andar años por páramos y bosques de Venezuela y Colombia. Murió sin obtener el cargo de gobernador de Venezuela, tan codiciado por él.

9. Dos hombres: Felipe de Hutten y Juan de Carvajal

Volviendo al final de la expedición de Espira, nos encontramos en Coro con el licenciado Navarro. Este se había enorgullecido con el mando, y en 1540 es llamado a Santo Domingo. Mientras venía un gobernador nombrado por la metrópoli gobernó el obispo Bastidas, que luego quedó como tal obispo al ser nombrado Felipe de Hutten gobernador. Este Hutten lo hemos visto en la expedición de Espira.

A Hutten le asesoraba y acompañaba el capitán Pedro de Limpias, que había participado en las anteriores entradas. Las gentes, caldeadas por las nuevas de Bogotá, se alistaron con ánimo. Por vez primera, según Oviedo y Baños, se llamó la región en cuya busca iban *provincia de Eldorado*. La partida fue en agosto de 1541. Siguieron el mismo camino que Espira hasta llegar al pueblo de *Nuestra Señora*, anteriormente fundado. Allí tuvo noticias del paso por él de Hernán Pérez de Quesada, hermano del adelantado Gonzalo Jiménez de Quesada. Esto les hizo pensar que si Hernán dejaba el Nuevo Reino de Granada no sería porque fuera muy productivo, sino por lo contrario, y así desistieron de entrar en él. Partió Hutten, pues, tras el hermano de Jiménez de Quesada con ánimo de adelantarlo, y cosechar primero el codiciado reino *Omagua*, a orillas del Guaviare, con su capital *Macatoa*, según los guías indígenas. Acompañados siempre por amables caciques llegaron, al fin, a *Macatoa*, donde descansaron. No era ciertamente la ciudad tan ponderada, pero sí un pueblo grande. Con guías cedidos por el cacique de *Macatoa* salieron hasta llegar al país de los *omaguas*. Fueron recibidos belicosamente, y el mismo Hutten fue herido. La herida se la produjo un indio *gandul*, a quien temerariamente Hutten, o Urre, como escriben los cronistas, había perseguido a caballo. Los mílites, al ver a su capitán herido, quedaron perplejos, pues no sabían cómo curarlo ni qué hacer. Nadie entendía de cirugía y nadie se atrevía a extraer la flecha clavada sobre la tetilla del corazón. Decidiose, al fin, un soldado madrileño, más tarde llamado *el Venerable* por su ciencia, quien, sin entender de cirugía, se enfrentó con el herido.

Cuenta Oviedo y Baños que el improvisado médico "cogió un indio, el más anciano del pueblo –que debía ser esclavo–, y montándolo a caballo con el mismo sayo de armas que tenía Urre hizo que otro indio, por la misma rotura, lo hiriese con una lanza semejante a las que usaban los Omaguas: prueba que le costó la vida al miserable, pues abriéndolo después para hacer la anatomía, que necesitaba para hacer su cura, halló que, sin lastimar las telas, había sido la herida superior..." Se refiere ya a la herida de Hutten, que fue curada tras comprobar en la anatomía del indio la trayectoria de la lanza.

Una vez que se repusieron tornaron a desandar lo andado hasta *Nuestra Señora*. Si damos fe a lo que antecede, *Eldorado* quedó descubierto, o, cuando menos, una tierra de ciudades ricas, un imperio poderoso, que era lo que, en resumidas cuentas, buscaban con el nombre de *Eldorado*, viviese en él o no el cacique de los polvos de oro.

En la expedición había marchado Bartolomé Welser, esperanza de la Casa en los desarrollos de los asuntos venezolanos. Rencillas habidas entre éste y el capitán Pedro de Limpias ocasionó la separación del último, quien con los enfermos se encaminó a *Tocuyo*, donde se encontró con el falso gobernador Juan de Carvajal.

Cuando Hutten salió para su expedición, en Coro había quedado como gobernador el obispo Frías. Llamado para desempeñar el obispado de Puerto Rico, quedó la provincia sin mandatario.

Durante un año la rigió *Diego de Boiza*, hasta que la Audiencia de Santo Domingo envió como representante de los Welser al llamado *Micer Enrique*. Este, como todos, intentó una expedición al interior; pero muere pronto. En su lugar llega, en 1544, el licenciado *Juan de Frías*, nombrado por la Audiencia de Santo Domingo como gobernador de Venezuela y juez de la residencia de la isla de Cubagua, a la cual marchó a poco, dejando como teniente a Juan de Carvajal.

Juan de Carvajal, teniente de Juan de Frías, intenta en seguida una expedición al interior; pero como la gente no le obedecía, falsificó sus papeles y puso en ellos que era el gobernador enviado por la Audiencia de Santo Domingo. Realizado esto, reunió hombres útiles y salió hacia el interior en busca de Hutten y Bartolomé Welser. Tras muchas operaciones entre uno y otro bando, Carvajal aprisionó a los dos alemanes, a quienes ajustició en compañía de dos españoles (año 1546). "E después de esto –dice una relación anónima–, nunca más hicieron entrada los conquistadores, sino poblar e descubrir minas y criar ganado".

10. Fin del gobierno alemán

Sabidas por la Corte las anteriores anormalidades, se dio por nulo el pacto de 27 de marzo de 1528, y se envió como gobernador al vizcaíno *Juan Pérez de Tolosa.* Otras de las causas de la derogación estaban en el incumplimiento del pago de los quintos y en la esclavitud que hacían los alemanes del indígena.

Tolosa salió rápidamente en busca de Carvajal. Aprehendido, lo ajustició.

Con el trágico suceso anterior termina la gobernación de los Welser (1546). El Consejo de Indias, en sentencia dictada el 13 de abril del año citado, confirmó el final del gobierno germano en Venezuela, "en quanto por ella declaro la facultad de proveher y de hazer merced nuevamente de la dicha governación de Venezuela estar y haber quedado en su magestad para lo poder hazer de nuevo a quien fuese servido y no ser obligado al cumplimiento de las mercedes contenidas en la dicha capitulación alla tubiesen". La Casa Welser no hizo gran resistencia, pues los viejos Bartolomé y Antonio Welser habían pusto todas sus esperanzas en las empresas que pudiera realizar el asesinado joven Bartolomé.

A pesar de cesar de hecho la gobernación alemana de Venezuela, ésta fue considerada como existente por sus habitantes y sus gobernadores, pues en el año 1551 una carta de Burburata, en la cual se piden al emperador algunos privilegios, el representante de dicha ciudad, capitán Luis de Narváez, se dirigió a los señores Bartolomé y Antonio Welser, por ser los dueños de la tierra.

Después de estos acontecimientos, Venezuela fue gobernada por distintas personas, todas autorizadas por la Corte y en conformidad con los Welser.

En los años comprendidos entre la llegada de Alfinger en 1529 y la muerte de Hutten en 1546, los alemanes hicieron mucho, pues además de fundar *Maracaibo* (Alfinger), dieron nacimiento a otras poblaciones, como *Tocuyo* y *Nuestra Señora.* De manera que se puede afirmar que la actuación de los Welser fue beneficiosa, pues los gobernadores, con sus continuas expediciones al interior, dejaron abierto el camino hacia las ricas provincias del país de los *omaguas.*

Esta es la gobernación de los alemanes en Venezuela, que duró, como sabemos, desde 1529 hasta 1546. Podemos asegurar que su mando era el principio de una cadena de empresas de los Welser, que, como las demás casas alemanas de comercio de la época, querían

Nicolás Federman, conquistador alemán al servicio de los Welser en Venezuela (Lucas Fernández Piedrahita: Historia...).

extender sus negocios y sucursales a todas las nuevas tierras, desde las cuales traerían por muy bajo precio las especias que tan caras les costaba en Oriente.

Puede discutirse el mal éxito de la empresa alemana, en conjunto; pero lo cierto es que los descubrimientos y expediciones al interior llamaron la atención del mundo entero. Fueron descubiertos en la América del Sur países que hasta doscientos años más adelante no habían de ser visitados de nuevo. Exploraron, apenas fundaron, y menos se dedicaron a evangelizar al indígena. Sólo una vez Federman acusa cierta preocupación misional, cuando nos dice, refiriéndose a un cacique: "Lo hice bautizar junto con todos los que lo acompañaban, explicándole la doctrina cristiana de cualquier manera, como puede imaginarse. Porque ¿para qué sirve predicarles largamente y perder su tiempo con ellos, puesto que se les obliga a abjurar?"

11. La época plenamente hispana

Al desaparecer los alemanes quedaron sólo los hispanos frente a unas tierras tan hostiles como al principio. Una larga fachada costera, de Maracaibo a Paria, se ofrecía para la penetración. En esa fachada hay una primera cadena montañosa, como un muro, tras de la cual se esconden las dilatadas llanuras cuajadas de ríos y cubiertas por la honda selva tropical.

Los españoles van a cruzar una y otra vez la rugosa cordillera, dejando atrás la orilla del Caribe, y, apoyándose en una base interior –Tocuyo–, saldrán disparados hacia el mar o hacia las llanuras donde se mueven ríos limosos que albergan garzas y soñolientos caimanes. Y donde pronto beberán potros hispanos salvajes, a los que dominará el llanero, descendientes ambos de los primeros en llegar.

1546. Con el nombramiento de Juan Pérez de Tolosa como gobernador de Coro se abre la etapa de la colonización propiamente y de las fundaciones. De la ciudad de *Tocuyo*, alzada por Juan de Carvajal en 1545, partieron una serie de expediciones hacia el centro y cordillera andina del país y hacia la costa.

El licenciado Tolosa desaparece pronto del escenario venezolano y de la vida; pero Juan de Villegas, dejado interinamente en el mando, prosigue la tarea. Por un lado, comisiona al veedor Pedro Alvarez para que fije definitivamente la ciudad de *Borburata*, que él había establecido en febrero de 1548 saliendo del Tocuyo; por otro, despacha

a Damián del Barrio en dirección al *valle de Nirgua*, con el fin de que descubra minas. En torno al núcleo minero que se crea comienzan a agruparse los pobladores. A base de ellos se funda por Villegas *Nueva Segovia* o *Barquisimeto* (1552), en el valle de este nombre, luego trasladada a su actual enclave.

Y aquí tiene lugar el nacimiento de la primera república o reino negro americano. Damián del Barrio había descubierto algunas importantes vetas a orillas del río *Buria*, junto a las cuales nació el *Real de Minas de San Felipe*. Uno de los negros que explotaban el yacimiento –Miguel– huyó a la selva, arrastrando consigo a otros veinte compatriotas. El grupo atacó el Real de Minas y se retiró luego, ya engrosado, a las montañas, donde fundaron un pequeño estado. Con sus reyes, príncipes herederos, obispos y otros dignatarios quedó establecida la república del negro Miguel. Pero los pobladores del Tocuyo y los de Nueva Segovia se encargaron de eliminar el reducto de color, cuyo ejemplo sirvió para que los indios *jirahares* o *girajaras* se rebelasen, impidiendo las fundaciones en su zona durante setenta y cuatro años y obligando a desalojar el Real de Minas.

Tal era la situación en 1554, cuando se presentó Alonso Arias de Villacinda a reemplazar a Villegas. Le fue imposible someter a la indiada rebelde y fundar la villa de *Las Palmas* cerca de las minas. Tuvo que extraer indios de la comarca de *Tacarigua* y fijar, al este de los alzados jiraharas, una ciudad que le sirvió de base para someterlos. El hombre que realizó la misión de sometimiento y elevó la ciudad de *Valencia del Rey* (1555) a orillas del lago Tagariagua fue Alonso Díaz Moreno.

Al año moría Villacinda, y el gobierno recaía en los alcaldes del Tocuyo, quienes dieron el mando de una expedición a Diego García de Paredes. La recua de peones, indígenas, bestias y bastimentos atravesó todo el país de los *cuicas* y se paró a orillas del río Motatán. Sobre la ribera alzaron una localidad, que un cura extremeño de la mesnada llamó *Trujillo*. Como las otras fundaciones, pronto sintió el acoso de la indiada. Por esto, y por la llegada del gobernador interino, Gutiérrez de la Peña, la obra de Paredes quedó truncada. Se le puso un sustituto y se cambió de nombre a su fundación; pero la presencia del licenciado Pablo Collado, gobernador propietario, encauzó los hechos por su antigua vía. Y García de Paredes siguió mostrando su "valor, que había heredado, pues era hijo de aquel extremeño hercúleo y valeroso que tanto había sabido distinguirse en las campañas de Italia". Mas tampoco le fue bien con Collado. Y García de Paredes aca-

bó retirándose a Mérida o Santiago de los Caballeros, mientras la ciudad de Trujillo, atacada por pantanos, mosquitos y tempestades, vagó de un lado a otro hasta 1570, en que se enclavó donde actualmente está. Parecida suerte siguió *Buria* o Real de las Minas, cuya restauración había encargado Gutiérrez de la Peña a Diego Romero. Este, sobre la primitiva instalación, elevó otra localidad que hubo de mudar y cambiar de nombre hasta que en 1628 se fundó con el nombre de *Nuestra Señora del Prado de Talavera* (la actual *Nirgua*).

12. Un mestizo conquistador

Vamos a poner nuestra atención en un personaje interesante: en Francisco Fajardo, mestizo conquistador. Fajardo va a intentar el dominio de las tribus emplazadas al oriente del Tacarigua; es decir, lo que Villacinda proyectó. Hijo de una india *caraca* del *valle de Maya* y de un hidalgo español, Fajardo reúne en sí idóneas cualidades para el feliz término de su empresa. En el valle de Maya habitaban los caracas, y sobre él situó su objetivo el mestizo.

Abril de 1555. Fajardo abandona Margarita en unión de tres criollos y veinte indios. Llevan armas y baratijas para comerciar. Costean Cumaná, doblan el *cabo Codera* y encallan en el *río Chuspa*. Los indios les acogen con alegría al saber que el jefe de la expedición tiene sangre india. Establecen y cimentan amistad con el cacique *Naiguatá*. Después, con valiosa carga, desandan lo recorrido.

Por segunda vez, en 1557, zarpa Fajardo hacia el continente. Ahora son más los que embarcan: la madre, seis españoles y mestizos y cien indios *guaiqueríes*. Hacen escala en *Píritu* para recoger a cinco españoles y cien indios vasallos de caciques ya cristianos. De allí a *Chuspas*, cuyo actual *valle del Panecillo* les fue ofrecido por varios reyezuelos comarcanos. Notemos que Fajardo está actuando ilegalmente, que no se le ha concedido jurisdicción alguna y que en cualquier momento puede ser suplantado.

De ahí que el mestizo no pase adelante y determine entrevistarse con el entonces gobernador, Gutiérrez de la Peña. Fácil le fue obtener el título de capitán poblador. La villa del *Rosario* es la primera fundación que hace. Pero lo de siempre: la localidad es atacada. Y lo fue porque la codicia de algunos irritó a los pacíficos indígenas. Dirigiendo a los indios *gandules*, el caudillo *Paisana* atacó a Rosario y envenenó las aguas. Doña Isabel, la madre de Fajardo, fue una de las pri-

meras víctimas. El final constituyó un desastre: Fajardo ahorcó a Paisana en una viga de su casa y evacuó la zona.

Gobernando el licenciado Collado, planeó el capitán mestizo su tercera expedición a tierra firme. Hombres blancos y cobrizos, bestias, avalorios y el título de teniente general con plenos poderes acompañaron a Fajardo, que de Margarita fue a Valencia en busca del permiso de Pablo Collado. De allí a los *valles de Aragua*. Suben a los altos de las *Lagunetas* y bajan al *valle de San Pedro*. Pero les corta el camino el cacique *Teperayma*, a quien han de regalarle una vaca para que les deje continuar. Prosiguen. Tocan las orillas del río *Guaire*, en el valle de Maya, y retornan a la costa caribeña, donde se funda *Collado* o *Caraballeda*.

Su desgracia estaba en el valle de Maya. El, el mestizo Fajardo, lo había denominado de *San Francisco*, y en él había encontrado una veta de oro. La noticia del hallazgo unió en conspiración a los vecinos del Tocuyo, quienes lograron del gobernador Collado el nombramiento de un sustituto de Fajardo en el beneficio del oro encontrado. Preso y degradado, regresó Fajardo a Borburata; mas cuando se le juzgó no lo hallaron culpable. Pero ya entonces se acercaba a las tierras venezolanas otro tipo humano que conmueve la región: el loco Aguirre.

Pasado el turbión de Lope de Aguirre, Fajardo regresó a Margarita, al valle de los caracas, donde comprobó que el cacique *Guaicaipuro* efectuaba formidables preparativos para desalojar a los blancos intrusos. Rápidamente le avisa al gobernador Collado, quien remite tropas integradas por los restos de los "Marañones" de Aguirre. Los mandaba el capitán Luis de Narváez. Narváez abandonó Barquisimeto en enero de 1562. La columna que comandaba marchó desprevenida, con las armas en las acémilas. La horda indígena cayó sobre ella y la desbarató en pocos minutos. Tres hombres logran escapar para contarlo a Fajardo y a Collado. El mestizo estaba en peligro. Y Collado no podía remitirle tropas de socorro porque, acusado, tiene que habérselas con el licenciado Bernáldez, llamado *Ojo de Plata*, enviado de la Audiencia dominicana. El llegado encuentra que los pobladores en sus quejas tienen razón, y apresa a Collado, a quien remite a España (agosto de 1562).

Mientras, el mestizo Fajardo, abandonado y asediado por tribus coaligadas, abandona Collado y se retira a la isla Margarita.

En 1563 aparece el viejo Alonso de Manzanedo. Viene como gobernador sustituto de Collado. Se muere al año. Bernáldez continúa en el mando.

La tierra de los caracas había sido dejada de lado. Nadie se atrevía con Guaicaipuro. Minas, fortalezas alzadas, localidades fundadas, hatos, todo fue desalojado por los hispanos. Pero Fajardo continuaba pensando en dominar el valle. Anhelaba regresar y recuperar Collado. A principios de 1564 ya había reunido personal, armas, ganado y alimentos. Abandona Margarita. Sobre la marcha recibe cartas de Alonso Cobos, justicia mayor de Cumaná, rogándole le visite para reanudar antigua amistad. Cobos le odiaba. Fajardo, incauto, cae en la trampa y le visita. El otro le apresa, le acusa y, personalmente, lo mata en la prisión.

13. La ciudad de los tres nombres

Disuelto el ejército del mestizo y enterados los margariteños del final del jefe, atraviesan en canoas el brazo de mar que les separa del continente, aprisionan a Cobos y se lo llevan a la Margarita. Por orden de la Audiencia de Santo Domingo es arrastrado, ahorcado y descuartizado. Buen final.

Cuando el licenciado Bernáldez se entera de lo sucedido, se cree en la obligación de someter él mismo a los caracas. Difícilmente concentra una pequeña tropa, que pone bajo el mando del rehabilitado Gutiérrez de la Peña. Este es ahora mariscal y regidor perpetuo de las villas de Venezuela.

Entre los dos hombres surgen discrepancias. El militar aboga por una operación rápida y por la fuerza. El abogado opina que debe efectuarse mediante requerimiento. En la discusión la indiada se prepara. Y la primera columna que sale a dominarlos tiene que retroceder en lo que se llamó *valle del Miedo.* Debieron de sentirlo los blancos. Pero ello no es óbice para que Bernáldez pregone una segunda expedición, al frente de la cual pone al ya famoso Diego de Losada. Para entonces (1565) llega un nuevo gobernador: don Pedro Ponce de León, quien trae órdenes terminantes para verificar la conquista de los caracas. Se encuentra con todo preparado, y sólo tiene que dar su asentimiento a lo proyectado por Bernáldez. Mas el desaliento cunde entre la gente. Todo el año de 1566 es empleado para reclutar ciento cincuenta hombres, con los que Losada sale, al fin, del Tocuyo. Atrás van quedando Barquisimeto, Nirgua, Valencia, Guacara, Mariara (1567)... En el valle de San Pedro se deshace al cacique Guaicaipuro. El 3 de abril de 1567 están ya en el valle de San Francisco. Los indígenas les atacan por to-

dos lados y les obligan a fundar una ciudad donde cobijarse. Nace Santiago de León de Caracas en la discutida fecha del 25 de julio de 1567. La futura capital de Venezuela comenzaba su vida con un nombre en el que se incluían los tres principales actores del momento: el conquistador (Santiago o Diego), el gobernador (León) y los indígenas (Caracas). A ella recalan a mediados de 1568 los vecinos de Borburata.

Losada, considerando la necesidad de contar con un puerto sobre la costa, funda *Caraballeda* (1568), donde antes estuvo Collado. Más tarde, La Guaira reemplazará a esta salida al mar. Tras la doble fundación, liquidó a Guaicaipuro y a varios caciques más, con lo cual la resistencia indígena vino a menos.

14. Orinoco: Diego de Ordás

Como algo aparte de la penetración en tierras venezolanas se efectuó la conquista de la Guayana y las entradas por el Orinoco o Huyapari. En aquel entonces se conocía como *Guayana* un inmenso territorio comprendido entre el Orinoco, por el Norte; el Amazonas, por el Sur; el Atlántico, por el Este, y el meridiano 70° al Oeste.

Cinco países se disputaron este terreno: Portugal, España, Inglaterra, Holanda y Francia. La zona perteneciente a España, que va a ser escenario de próximas acciones, tenía las siguientes limitaciones: Este: 500 kilómetros de costa atlántica, desde el cabo Nassau hasta el Orinoco; Norte: 600 kilómetros del curso del Orinoco, hasta unirse a él el Apure; Oeste: 300 kilómetros de Nueva Granada; Sur: unos 1.400 kilómetros de la Guayana Portuguesa.

El primero en entrar en estas tierras, navegando todo el límite del Orinoco, fue Diego de Ordás. Cambiemos, pues, el escenario que hemos estado utilizando hasta el momento. Y de hombres. El río Orinoco será la plataforma de las nuevas gestas. Las expediciones entran por él, lo remontan y llegan hasta el legendario *Meta*. Buscan al hombre de oro o Dorado y a las riquezas del Meta. Buscando y buscando, unos descubrirán todos los llanos venezolanos, aunque se queden sin encontrar Eldorado; otros hallarán la muerte.

Si queremos saber cómo era Ordás, dejemos la pluma una vez más a Bernal Díaz: "Sería Diego de Ordás de cuarenta años cuando pasó a Méjico...; era capitán de soldados de espada y rodela, porque no era hombre de a caballo (llevaba una yegua rucia, pasadera que corría poco); fue muy esforzado y de buenos consejos, era de buena estatura

e membrudo y la barba algo prieta y no mucha; en la habla no acertaba mucho a pronunciar ciertas palabras, sino algo tartajoso; era franco e de buena conversación."

Diego de Ordás había sido compañero de Ojeda y de Cortés, y otras cosas más en el ámbito indiano. Recorre la geografía incorporada como si estuviera en su casa. Va y viene de la metrópoli. En octubre de 1530 está abandonando la Barra de Sanlúcar al frente de una expedición. Con la emperatriz Isabel ha capitulado la conquista de tierras comprendidas entre el *cabo de la Vela* y la desembocadura del *Marañón*. Las dos naos y el carabelón en que viene su tropa tocan en Canarias; y allí no sólo incorpora bastimentos y hace aguada, sino que logra se le agreguen los tres hermanos Silva y un centenar de hombres. De Canarias va a Cabo Verde, y de aquí a Trinidad. En febrero de 1531 fondea en Paria, donde permanecerá cuatro meses.

Como en otras ocasiones, Ordás se encuentra con hombres y jurisdicciones fijadas ya en las tierras que se le acaban de conceder. Dos jurisdicciones caben distinguir en estas partes. Por un lado está la *isla de la Trinidad*, gobernada por Antonio Sedeño, a cuyo lugarteniente apresa Ordás y desarma para poder tomar posesión de la tierra. Por otro lado está *Cubagua*, dependiente del continente. Hacia esta isla remite a Jerónimo Ortal o Dortal, para que participe a sus habitantes las atribuciones con que viene investido. Comenzaban ya a producirse las primeras discusiones con los vecinos de Cubagua y que conducirán, como veremos, al apresamiento de Ordás. Los pobladores de Cubagua tenían ciertos derechos sobre la costa continental, de donde traían agua, esclavos... La presencia y atribuciones de Ordás ponía en peligro estos privilegios. Los términos de la concesión hecha a Ordás eran bien claros: desde el Marañón, términos del rey lusitano, hasta el cabo de la Vela, términos de los alemanes, que serán unas doscientas leguas poco más o menos. Así rezaba una carta del emperador datada en 20 de mayo de 1530 (A. G. I. Justicia 30). Pero los de Cubagua se aferraban a sus derechos como poseedores antiguos, y alegaban que del Marañón a Paria había más de doscientas leguas.

Mientras Ortal diligenciaba la misión citada, Ordás hacía dos cosas: construir bergantines en Paria y matar a los hermanos Silva. ¿Por qué los mata? Los Silva habían quedado en las Canarias preparando sus gentes y vituallas. Ya dispuestos a zarpar arribó a Santa Cruz de Tenerife un galeón propiedad de un caballero portugués cargado con mercancías y con un tentador pasajero: la hija del dueño. Los Silva, que, al parecer, no eran santos, tomaron el galeón y su carga. A los

irritados portugueses los pasaron a su vieja nao y ellos se hicieron a la mar rumbo a Cabo Verde. En estas islas efectuaron la segunda parte de sus fechorías, pues se dedicaron a robar ganado y todo lo que se les ponía al alcance por resultarles más barato. Una vez concluidas estas faenas se hicieron a la mar, y como el galeón era más marinero, llegó antes que la carabela donde iba Gaspar de Silva y la hija del portugués.

No hay duda que Juan y Bartolomé González de Silva, hermanos menores de Gaspar, se alegraron de llegar primero. También se alegró el comendador, porque le traían abundantes mercaderías. Pero ambas satisfacciones acabaron cuando Ordás se enteró de los abusos cometidos por los Silva. Aquello le sublevó, y aunque habían sido cometidos fuera de su jurisdicción, ordenó abrir una información cuyo epílogo lo puso el degüello de los canarios.

Cuando terminó de hacer los bergantines abandonó San Miguel de Paria, fundación suya, y se fue al Orinoco. Dejó en la base de San Miguel a Martín Yáñez con cincuenta hombres. Al abordar la boca del río se le agregó Gaspar de Silva, a quien mató junto con el maestre del navío en que venía. Nadie quiso degollar al capitán canario. Sólo se atrevió un criado suyo, que llevaba quince años sirviéndole, y que luego, arrepentido, se tiró una noche al río, ahogándose. El mayor de los Silva fue enterrado en una isleta que se llamó con su nombre, *o Silva la Grande*. Después remontaron el Orinoco. La navegación se les hace difícil. Practican la sirga y los hombres se gastan remando y tirando con cuerdas desde las orillas. La marcha es muy dura, porque la hacen bajo la época de las lluvias. Al desbordarse el río, las orillas quedaban cubiertas y les era imposible atracar para buscar alimentos. Y, como escribe Castellanos:

Cuanto más crecían las porfías,
tanto más decrecían los alimentos.

Dos meses tardaron en recorrer cuarenta leguas. "Y eran tan pésima esta región –dice Aguado–, y tan corrutos y emperecedores los aires y vapores que en este río se conjelaban, que acontecía en haciéndose muy poca sangre o picando un murciélago, o de otra ocasión que se les hiciese una pequeña llaga, luego les caía cáncer; y hubo hombres que en una noche y un día les consumía el cáncer toda la pierna desde la yngle hasta la planta del pie, y ansí se veían morir los unos a los otros con estas enfermedades y con hambres que tuvieron a causa de estar por allí la tierra muy anegada y cubierta del río y no poder bogar los bergantines a buscar comida en ninguna parte." Los toponí-

micos que saltan en la ruta no son muchos: *Uriapari, Cumaca, Tuy...* En Tuy le señalan unas tierras, y los indios gritan: *Ugana, Ugana.* Como siempre se observa en el encuentro de hispanos e indígenas, los primeros interpretan a los segundos según sus deseos. *Ugana* quería decir *amarillo, pálido;* pero los expedicionarios vieron la indicación de una tierra rica: *Guayana.* Tienen, pues, frente a sí un doble camino a proseguir: río arriba o hacia Guayana. Dudan. Y en la duda Ordás envía a Juan González camino de la Guayana. Era González un capitán de Sedeño, y por eso hay quien piensa que tal misión se la encargó Ordás para quitárselo de encima. Pero González no cae bajo las flechas cuajadas de *curare;* regresa con noticias que defraudan. Desechan la ruta de Guayana y prosiguen sobre el río camino de su nacimiento. Después de *Caberuto* o *Cabuto* arriban a la confluencia Meta-Orinoco. Con ellos iba el indio *Taguato,* quien les indicó que marchando Meta arriba... *Curanaca* arriba... encontrarían lo que buscaban: metales preciosos, oro, sal... En efecto, el curso del río apuntaba a la meseta de Bogotá, donde se encontraban las mantas, sal, esmeraldas y otras riquezas que traían indios comerciantes de tribu en tribu hasta llegar a estas lejanas tierras que sólo sabían eso: que venían de aquella dirección. Ordás, sin embargo, persistió en subir por el Orinoco y se engañó interpretando al indio. Este, al ver que intentaba seguir por tal río, le gritaba: "¡Buum! ¡Buum!", imitando el ruido de un salto de agua; pero los hispanos interpretaron por el sonido de yunques y martillos donde se trabajaba el oro. Así que pronto se dieron de manos con el *Raudal de los Atures.* Un intento de ascender por el Meta fracasó también. Y entonces "dieron la vuelta contra toda razón y disciplina militar que en las Indias en semejantes jornadas han acostumbrado los descubridores y pobladores de ellas". Quien así piensa y escribe es Aguado, historiador que no trata nada bien a Ordás. Los bergantines caminan ahora veloces a favor de la corriente; tanto, que algún expedicionario, creyendo van a estrellarse contra las rocas que emergen, salta de cubierta sobre los peñascales y se hace añicos. Pero los barcos siguen, y detrás el cadáver del soldado. Es enero de 1532. Ya las aguas han bajado mucho, pues la estación seca comienza en noviembre para acabar en mayo. De octubre a abril los ríos disminuyen de caudal con regularidad. Las ramas de los árboles, antes alcanzables con la mano, quedan ahora a distancias de una lanza. Anegadizos, chozas miserables de paja, esteros, indios antropófagos..., todo va quedando atrás. Al fin, llegan al mar, doblan y remontan hacia *San Miguel de Paria.* Diego de Ordás ha comprobado que llegar al Meta,

al Dorado, por vía fluvial es imposible. Proyecta alcanzar dicha zona por vía terrestre, y para ello ninguna base mejor que Cumaná.

Por eso, y después de trasladarse a San Miguel de Paria, se encamina a Cubagua, cuyos habitantes le conminan a que abandone sus tierras. Lo que estamos presenciando es el perpetuo ejemplo de siempre: los roces jurisdiccionales entre conquistadores por la ignorancia empleada en la Corte al delimitar gobernaciones y tierras a conquistar. Cuando Ordás discute con los de Cubagua, llegan cartas de la Corte manifestando que se han enterado de lo absurdo que había sido la primitiva concesión a Ordás. Ahora se concreta que conquistará doscientas leguas a partir del Marañón o Maracapana. Compendiendo estas leguas la costa continental frente a Cubagua, se especifica que a los vecinos de la capital de esta isla –Nueva Cádiz– se les respetará ejidos para sus ganados en dicha zona. La delimitación ha venido tarde: Ordás es apresado, se le incoa proceso y se le traslada a Santo Domingo. Mas cuando el pleno dominicano recibe los documentos de Carlos I concediendo a Ordás las citadas tierras, le pone en libertad para que pueda continuar su empresa. La medida era improcedente: Ordás no tenía ya ni barcos ni hombres. Unos pocos le aguardaban en Cumaná. Unos pocos que no le verán, porque Diego de Ordás es envenenado en el barco que le lleva a España. Un cadáver más como contribución a la conquista indiana. Con una lacónica frase de trece palabras cierra Fernández de Oviedo toda una atareada vida: "Y yendo a Castilla murió y le echaron al mar en un serón." También con otras trece palabras la cancela en Tunja Juan de Castellanos:

Y quien en aguas sepultó sin duelo
para ser sepultar no tuvo suelo.

Atrás quedaban cuatro hombres disputando y dispuestos a continuar la empresa del Orinoco. Ellos serán: Sedeño, Alonso de Herrera –sustituto de Ordás–, Alvaro Ordás –su sobrino– y Jerónimo Ortal.

15. Herrera-Ortal

Ya no existía Diego de Ordás. Quedaba su lugarteniente Alonso de Herrera. Sedeño, que ha reanudado su conquista de Trinidad, se entera que Herrera ha sido designado por la Audiencia de Santo Domingo para continuar la empresa de Ordás. Sin muchos escrúpulos lo apresa en Paria, le da tormento y lo descoyunta. Es la época.

Cuando el pleno dominicano es notificado del hecho, se apresura a remitir otro hombre que liberta a Herrera y apresa a Sedeño. Quien ha hecho esto se llama Alonso Aguilar. Sedeño se muestra reacio; pero al final, en 1533, desaloja la isla Trinidad y se marcha para Puerto Rico.

Dos años han transcurrido desde que Sedeño se fue cuando desembarca Jerónimo Ortal, quien viene de la Península "para le subceder (a Ordás) en los travaxos, deseosos de acabar de entender el fin de aquel salto del río Huyapari, e los secretos de la riqueza del Meta" (Oviedo). En la fortaleza de San Miguel, fundada por Ordás en Paria, le espera Herrera. Los dos hombres planean la entrada por el Orinoco. Deciden que Herrera vaya directamente al Orinoco, mientras Ortal navega a Cubagua en busca de unos navíos de su expedición que aún no han arribado. Se separan.

Alonso de Herrera sigue la estela de Ordás. Entra por el Huyapari u Orinoco y comienza a remontar su corriente. Fondean, al fin, en el Meta. Enfilan la corriente de éste, río arriba; pero una horda de indígenas les veda el paso. Herrera, que, según Oviedo, "sabía más de matar indios que de criallos", sucumbe frente a esta horda. Y la expedición pasa a ser comandada por Alvaro Ordás, quien, prudentemente, ordena la retirada.

Lo que en pocos renglones hemos narrado nosotros ha costado nueve meses a aquellos hombres. Meses en los cuales Ortal, que ha ido a Cubagua, se ha visto envuelto en miles de dificultades que le imposibilitaron hacerse a la mar y reunirse con su gente, mandada por Herrera. Al fin, logra zafarse; pero cuando en la desembocadura del Orinoco tropieza con Alvaro Ordás y sus hombres, se entera del nuevo fracaso cosechado y de la muerte de Herrera.

Dos entradas han quedado ya malogradas: la de Ordás y la de Herrera.

Ortal intenta llegar a las riquezas del Meta por tierra; también fracasa. E igual le sucede a Sedeño. Había persuadido a la Audiencia dominicana, y cuando logra el permiso para la entrada cae envenenado (1540).

16. La Guayana y su conquista

Doce años permaneció olvidada la Guayana. Al sur de Cumaná había por conquistar todo el territorio guayanés, sin que conquistador alguno proyectase su conquista. Desde Nueva Granada, sin embargo,

vendrá un soldado con ánimos de anexionar la tierra. Es, se llama, Antonio de la Hoz Berrío, nieto y único heredero de Gonzalo Jiménez de Quesada. El rey le ha concedido 1.600 kilómetros de Nueva Granada, y él, sin dificultad, piensa que dentro de ellos cae la isla de la Trinidad (!). Así se trata entonces a la geografía. Como es hombre bien mirado y rico, no le es difícil concentrar soldados y reunir provisiones. Con todo ello se pone a navegar, desde Tunja, por el Casanare abajo, entra en el Meta y sigue por éste hasta penetrar en el Orinoco y salir a Trinidad. Es su base, una base que termina de conquistar en 1592.

De Trinidad se encamina a la tierra de los indios *guayanos*. Y como fundar es ley de la época y principio de toda buena colonización, determina volver a fundar, a orillas del Orinoco, *Santo Tomás de la Guayana*, donde ya Ordás, en 1532, hizo una fundación. Estaba situada esta localidad cerca de la actual *San Félix*, frente a la isla Fajardo. Tampoco –y también ley de la época– le es difícil contagiarse del mito de Eldorado. Pero necesita gente, que hay que pedir a España. De ello se encarga su teniente Domingo de Vera. Cuando la expedición sale a la captura del hombre-mito está formada por trescientos hombres y muchas esperanzas. Cuando regresan de las selvas de Guayana sólo quedan treinta esqueletos y la desilusión.

Se hace muy difícil penetrar en estas partes. Indios y naturaleza se oponen. A ellos se unen súbditos de Inglaterra y Holanda, que azuzan a la indiada contra los hispanos, mientras ellos se benefician con el comercio. De estos intrusos, el más famosos será Sir Walter Raleihg, fundador, pretendiente a conquistador, mentiroso y favorito de una reina que se decía virgen.

La conquista de la Guayana será hecha pacíficamente, por capuchinos, observantes, jesuitas que con la persuasión y el ejemplo irán evangelizando y alzando ciudades desde *Rionegro* a *Coroní*. Capuchinos catalanes intentan por cuatro veces, entre 1682 y 1721, fundar misiones cerca de Santo Tomás de la Guayana. Fracasan por las enfermedades. El quinto intento tiene más éxito. Se radican primero en la *Misión de la Purísima Concepción del Caroní* (1724), desde donde inician la penetración hasta el río *Yaruari* (1730-1737). Fruto de esta penetración fueron las bases de *Santa María* (1730), *San José de Cupaqui* (1733), *San Francisco de Altagracia* (1734) y *Divina Pastora* (1737).

17. Cumaná

Por el tiempo en que se funda Caracas dos conquistadores capitulaban para conquistar Eldorado y la Guayana, con otras tierras (Nueva Andalucía). Malaver era el hombre que obtenía la gobernación del territorio mitológico y Diego Fernández de Cerpa adquiría derechos sobre las otras tierras. La delimitación geográfica de estas gobernaciones venían dadas por trescientas leguas desde las Bocas del Dragón hacia la desembocadura del Orinoco. A partir de aquí se medirían otras trescientas leguas que serían para Malaver, pues lo primero pertenecía a Cerpa.

Cerpa entendió que Cumaná caía dentro de sus leguas, y hacia allá se encamina. En la *Nueva Córdoba*, fundada por Jácome Castellón, encuentra unas miserables familias llevando una vida vegetativa. Las recoge, y unidas a otras que él lleva, funda la actual *Cumaná* a orillas del río Manzanares (1568). Desde aquí emprende la marcha sobre los indios cumanagotos situados en la costa. Estos indios, explica Gómara, "en tiempo de guerra se ponen mantas y penachos; en las fiestas y bailes se pintan o tiznan o se untan con cierta goma o ungüento pegajoso como la liga, y después se empluman de muchos colores, y no parecen mal los tales emplumados. Se cortan los cabellos a la altura del oído; si en la barba les nace algún pelo, se lo arrancan con pinzas, pues no quieren allí ni en el cuerpo pelos, aunque de suyo son desbarbados y lampiños. Se precian de tener muy negros los dientes, y llaman mujer al que los tiene blancos...". De seguro que llamarían así a los españoles..., y que les enseñarían a éstos sus negros dientes; pero mal la iban a pasar... El plan de Cerpa consistía en establecer una base de apoyo junto al mar, desde donde proyectarse hacia el Sur en demanda del Orinoco. Esta base, junto al *Néveri*, será *Ciudad de Caballeros*. Ya ha cumplido la primera parte del plan. Falta la segunda. Esta no se realiza, porque, enfurecidos, los cumanagotos se alían a los *chacopatas*, desbaratan las fuerzas de Cerpa y matan a éste.

El miedo corre por la tierra. Los habitantes de Caballeros sienten sobre sí el temor y, aterrorizados, se refugian en Cumaná, abandonando su pueblo y sus casas. De esta manera, Cumaná creció, porque la inyección humana recibida colaboró a su progreso, de tal manera que pudo adquirir personalidad e independizarse de la gobernación venezolana.

Un gobernador de Venezuela, llegado en 1577 y llamado Juan de Pimentel, quiso vengar la derrota sufrida por Cerpa. Los cumanagotos,

envalentonados, atacaban e interceptaban la comunicación entre las islas y el continente. Pimentel dirigió contra ellos un ejército mandado por Garci-González. Estamos en 1579. La columna sale de Caracas y camina por los valles de Aragua, los Llanos a espaldas de Tuy y el río Unare. Cuando chocan con los indios logran la victoria, a la que sigue las fundaciones. Pero en nuevo encuentro bélico, celebrado en plena llanura, cerca de la población del cacique cayaurina, los cumanagotos aliados a los cores, chacopatas y chaimas, vencen a los hispanos. Estos abandonan la conquista.

Otro gobernador de Venezuela hereda el intento de dominar a los cumanagotos. Es don Luis de Rojas (1583). Aprovechando que está en Caracas Cristóbal Cobos, condenado por la Audiencia dominicana a servir gratis a la conquista, organiza otra expedición punitiva. El castigo que pesa sobre Cobos se lo debe a las faenas de su padre. Recordemos que fue él, su padre, quien se encargó de eliminar alevosamente a Fajardo, el mestizo conquistador. Por culpa de su padre, Cristóbal Cobos se ve un buen día comandando una fuerza integrada por trescientos indios y ciento setenta españoles. Van por mar, y desembarcan en las costas de Cumaná. Tienen éxito, porque una de las primeras operaciones consiste en capturar al cacique *Cayaurima.* La indiada, al verse sin jefe, y para evitar la muerte de él, solicitan la paz. De acuerdo, pero el cacique sigue en rehén. Y él es testigo de la fundación de *San Cristóbal de los Cumanagotos* (1585).

Por estos años llega a Cumaná Rodrigo Núñez de Lobo, que viene nombrado como gobernador de la provincia por el organismo dominicano. Cobos agrega el territorio conquistado por él, denominado provincia de Barcelona, a Cumaná, cuyos límites se ven extendidos hasta el Unare.

Un nuevo siglo se aproxima, y la región cumanagota no ha sido totalmente pacificada. Faltan también fundaciones. En el XVII, cuando la Corona impide las expediciones conquistadoras, tiene lugar la conquista de Cumaná. Pero a manos de hombres que no llevan armas, y cuya única misión es esa: misionar, evangelizar. Esa fue la auténtica conquista, la que perduró con el correr de los años, y la que sigue hoy exhibiendo los frutos de veinte pueblos cuyas esencias y raíces están hundidas en estos años de sangre y amor que hemos historiado.

BIBLIOGRAFIA

1. Crónicas y documentos

ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, Caracas: *Descubrimiento y conquista de Venezuela. (Textos históricos contemporáneos y documentos fundamentales.)*–Estudio preliminar por Joaquín Gabaldón Márquez, 2 vol.–Caracas, 1962.

AGUADO, Pedro: *Historia de Venezuela.*–Caracas, 1913. 2 vols.

BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES: *Historiadores de Indias. III. Venezuela.* José de Oviedo y Baños, Fray Antonio Caulín.–Estudio preliminar y edición de Guillermo Morón.–Madrid, 1958.

CASTELLANOS, Juan de: *Elegía de varones ilustres.*–Madrid, 1847.
(Tomo IV. «Biblioteca de Autores Españoles». Hay edición en Bogotá, 1954.)

CAULÍN, Fray Antonio: *Historia corográfica, natural y evangélica de la Nueva Andalucía, provincia de Cumaná, Nueva Barcelona, Guayana y vertiente del río Orinoco.*–Estudio preliminar y edición crítica de Pablo Ojer (S. J.).–Caracas, 1966. 2 tomos.

FEDERMAN, Nicolás: *Viajes a las Indias del mar Océano.*–Buenos Aires, 1945.
(Se incluyen un estudio preliminar sobre la obra de los alemanes y el diario de Federman, por Luis Aznar.) En Madrid se editó una más exacta versión, debida a Juan Friede (1958). Esta nueva traducción lleva estudio breve, notas e itinerario final de la expedición de Federman.

GUMILLA, P. Joseph: *El Orinoco ilustrado.*–Historia natural, civil y geográfica de este gran río.–Madrid 1741.
(Hay edición de la Biblioteca de la Presidencia de Colombia.–Bogotá, 1955.)

OCAMPO, Juan de: *El mar de las Perlas.* (Historia de la conquista de Nueva Andalucía.) Compuesta por el maestre..... en el año 1598.–Madrid, 1918.

OTTE, Enrique: *Cedularios de la Monarquía española relativos a la provincia de Venezuela* (1529-1552).–Caracas, 1959. 2 vols.

– *Cedulario de la Monarquía española, relativo a la isla de Cubagua (1523-1550).*–Caracas, 1961. 2 vols.

– *Cédulas de la Monarquía española relativas a la parte oriental de Venezuela* (1520-1561).–Caracas, 1963.

OVIEDO Y BAÑOS, José de: *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela.*–Madrid, 1885, 2 tomos. Hay edición facsimilar de 1967 (Madrid).

SIMÓN, Fray Pedro: *Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales.*–Madrid, 1885, 2 tomos. (Hay edición de Bogotá, 1954, en 9 volúmenes, y de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela (1963), en 2 volúmenes.
La conquista de Venezuela, como la de Colombia, no se ha estudiado, sino a través de los cronistas. Estos, por partidismo o por recibir las noticias al cabo de los años, son muchas veces erróneos. Cuando se explore a fondo los archivos habrá que corregir muchas fechas, nombres y tópicos de la anexión de Tierra Firme.

2. Estudios modernos

ACOSTA SAIGNES, Miguel: *Los caribes de la costa venezolana.*–México, 1946.
– *Estudios de Etnología antigua de Venezuela.*–Caracas, 1954.
ARCAYA, Pedro M.: *¿Quiénes descubrieron a Venezuela y cuándo?*–En «Estudios de Historia de América». México, 1948.
ARCINIEGAS, Germán: *Los alemanes en la conquista de América.*–Buenos Aires, 1941.
ARCILA FARIAS, Eduardo: *Economía colonial de Venezuela.*–México, 1946. (Obra fundamental).
ARCHILLA, Ricardo: *Aspectos médico-históricos de la conquista de Venezuela.* «Boletín de la Academia Nacional de la Historia», XLII, 168.–Caracas, 1959.
BAYLE, Constantino: *El Dorado Fantasma.*–Madrid, 1930.
BOULTON, Fundación: *¿Fue Caracas fundada en 1566?*–«Boletín Histórico». Fundación John Boulton, núm. 2, abril 1963.
COVA, J. A.: *Descubridores, conquistadores y colonizadores de Venezuela.*–Madrid, 1961.
FRIEDE, Juan: *Nicolás Federman en el descubrimiento del Nuevo Reino de Granada.*–«Revista de Historia de América», núm. 42. Diciembre, 1956; págs. 257-293. (Con mapas.)
Vida y viajes de Nicolás Fèderman, conquistador, poblador y cofundador de Bogotá. 1506-1542. Bogotá, 1960.
Nicolás Féderman, conquistador de Venezuela (1506-1542).–Caracas, 1959.
– *Los Welser en la conquista de Venezuela.*–Madrid, 1961. (La mejor obra que tenemos, hoy por hoy, en español para conocer la actividad alemana en Venezuela, pese a algunos fallos que se le han señalado.)
GIMÉNEZ FERNÁNDEZ, Manuel: *El estatuto de la tierra de Casas.*–Sevilla, 1949.
– *Bartolomé de las Casas. II. La política inicial de Carlos I en Indias.*–Sevilla, 1960.
HARKNESS, Albert: *Alonso de Hojeda y el descubrimiento de Venezuela.*–«Revista Chilena de Geografía e Historia», núm. 102, 1943.
HUMBERT, Jules: *L'occupation allemande du Vénézuéla au XVI siécle, période dite des Welser,* 1528-1566–París, 1905.
– *Les origenes venezueliennes. Essai sur la colonisation espagnole au Venezuela.*–París, 1905.
MORÓN, Guillermo: *Los orígenes históricos de Venezuela.*–Tomo I: «Introducción al siglo XVI».–Madrid, 1954. (Obra fundamental.)
NECTARIO, María: *Historia de la conquista y fundación de Caracas.*–Ed. del cuatricentenario de Caracas. Madrid, 1966.
OTTE, E.: *Las perlas del Caribe: Nueva Cádiz de Cubagua.*–Caracas, 1977.
PANHORST, Carlos: *Los alemanes en Venezuela durante el siglo XVI.*–Colección Hispania.–Madrid, 1927.
(Obra fundamental. Véase la bibliografía alemana que utiliza.)
PARRA-PÉREZ, C.: *El régimen español en Venezuela.*–Madrid, 1932.
PERERA, Ambrosio: *Albores de Venezuela.*–Significado del régimen alemán.–Génesis de la nacionalidad.–Caracas, 1946.

– *El Tocuyo, conquistado y conquistador.*–«Revista Nacional de Cultura» (Venezuela), núms. 40 y 41; septiembre-diciembre de 1943.
PLAZA, Nicolás: *Las armas en la conquista de Venezuela.*–Caracas, 1955.
POLANCOMARTÍNEZ, Tomás: *Esbozo sobre historia económica venezolana.*–Primera etapa: «La colonia», 1498-1810.–Caracas, 1950.
RAMOS, Demetrio: *La fundación de Caracas y el desarrollo de una fecunda polémica.* «Boletín Histórico» de la Fundación John Boulton, núm. 15. Caracas,1967.
– *La Fundación de Venezuela. Ampués y Coro: una singularidad histórica.*–Valladolid, 1978.

3. Españoles en la Guayana-Orinoco. Cumaná.

(Como en otros apartados, es preciso consultar los cronistas generales. Además, son imprescindibles las obras de Aguado, Castellanos, Caulim, Simón, etc.)

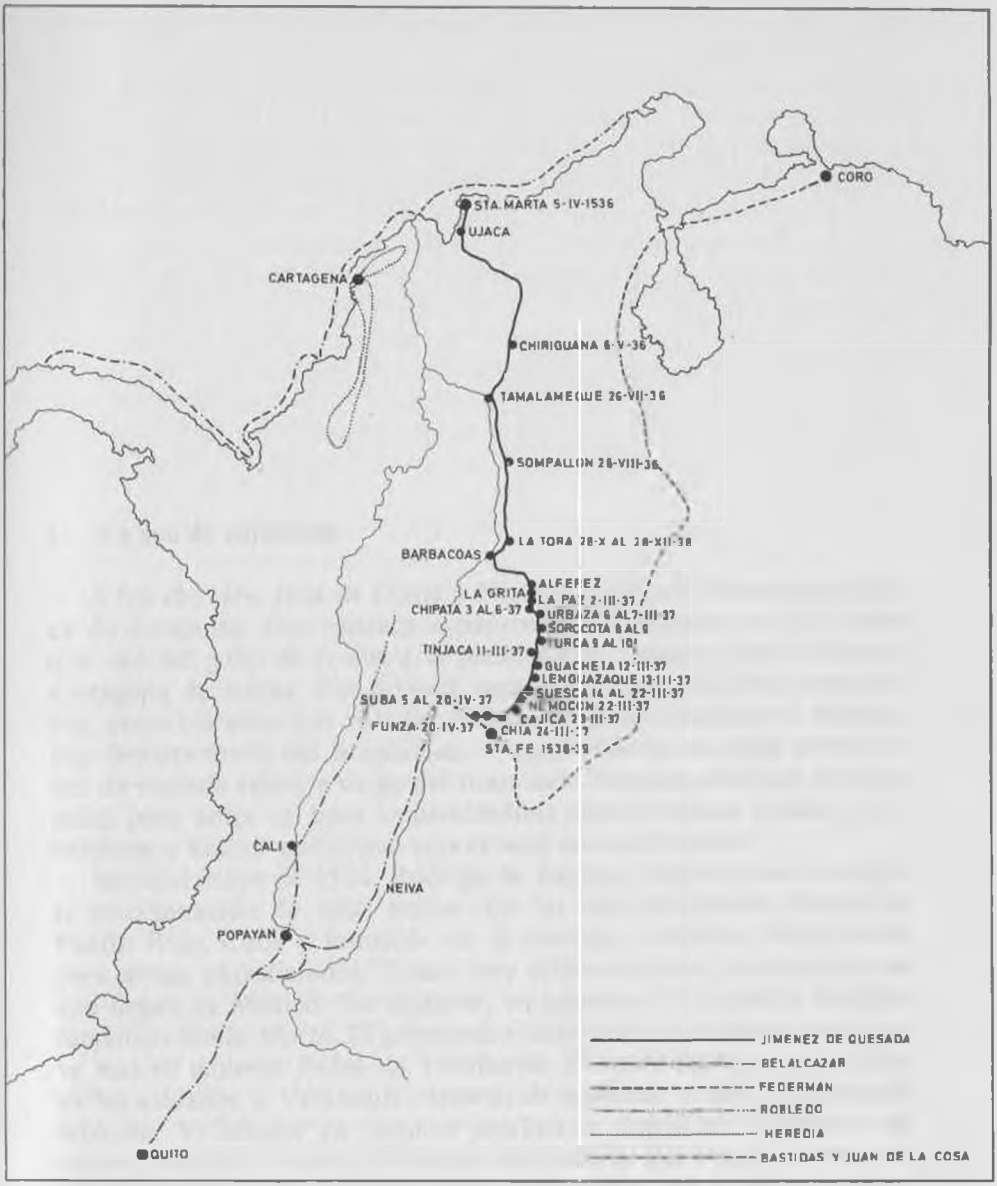
GARCÍA, Casiano: *Vida del comendador Diego de Ordaz, descubridor del Orinoco.*–México, 1952. (Incluye un interesante Apéndice documental con relación de individuos que actúan con Ordaz y datos de su vida, y 4 mapas.)
LÓPEZ RUIZ, Jesús M.ª G.: *Hernández de Serpa y su «Hueste» de 1569 con destino a la Nueva Andalucía.* Caracas, 1974.
MORALES PADRÓN, Francisco: *Descubrimiento y papel de Trinidad en la penetración continental.* «Anuario de Estudios Americanos», XIV.–Sevilla, 1957.
OJER, Pablo, S. J.: *Don Antonio de Berrio, Gobernador del Dorado.*–Caracas, 1960.
PÉREZ EMBID, Florentino: *Diego de Ordaz, compañero de Cortés y explorador del Orinoco.*–Sevilla, 1950.
RALEIGH, Sir Walter: *The Discovery of the Large, Ricy, and Beautiful Empire of Guiana, with a relation of the Great and Golden. City of Manoa (with the Spaniards call El Dorado), etc. Reformed in the year 1595 by .....*–Londres, 1848. «Hakluty Society».
– *Las doradas colinas de Manoa.* Traducción de Xuan Tomás García Tamayo. Caracas, 1980.
RAMOS, Demetrio: *Diego de Ordás opta por Paria: el motivo de su decisión.*–Barcelona, 1962-64.
RUIZ, Helena: *La búsqueda de Eldorado por Guayana.* «Anuario de Estudios Americanos», vol. XVI.–Sevilla, 1959.

XVI

CORRIENTES PENETRATIVAS EN EL NUEVO REINO DE GRANADA

«Muchas personas, viendo estas calamidades que en esta ciudad había, procuraban ausentarse e irse de ella para remediar sus vidas; y viendo el adelantado que, por una parte la enfermedad, por otra la hambre, por otra el temor, eran causa de írsele apocando su gente, acordó, con parescer de muchos antiguos, echarla fuera del pueblo a que hiciesen algún descubrimiento.»

(FRAY PEDRO DE AGUADO: *Historia de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada.*– Lib. II, cap. V.)



Principales entradas en el territorio del nuevo reino de Granada.

1. En son de conquista

A los dieciséis años de Ojeda y Nicuesa principia la auténtica época de conquista. Dos núcleos expansivos se levantarán en las costas que van del golfo de Urabá a la península de Goajira: Santa Marta y Cartagena de Indias. Del primero arrancarán una serie de expediciones, entre los años que van de 1525 a 1536, que recorren el llamado hoy departamento del Magdalena. La culminación de estas operaciones de entrada estará a cargo del licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada; pero antes se hace imprescindible pasar somera revista a los hombres y hechos que llenan esta decena de años citados.

En noviembre de 1524, Rodrigo de Bastidas capitula con los reyes la incorporación de estas tierras. En las islas de Colón –Española, Puerto Rico, Cuba y Jamaica– no se consigue entonces mucha gente para armar expediciones. Todos han salido atraídos por las noticias que llegan de México. No obstante, en julio de 1525 está ya Bastidas fundando *Santa Marta*. El gobernador trata bien a la indiada, cosa que ve mal su teniente Pedro de Villafuerte. El descontento se generaliza en los soldados, y Villafuerte, deseoso de suplantar al jefe, capitanea la rebelión. Villafuerte en persona apuñala a Bastidas. El maestre de campo, Rodrigo Alvarez Palomino, defendió al gobernador y convenció a éste que debía retirarse a Santo Domingo. Así lo hizo Bastidas, dejando al frente de Santa Marta al citado maestre de campo. Palomino se dedicó a hacerle la guerra a los indios de la región, hasta que, al

año, llegó como sustituto Pedro Badillo, nombrado por la Audiencia de Santo Domingo.

Badillo se presentó trayendo como teniente a Pedro de Heredia, veterano de México y futuro fundador de *Cartagena de Indias*. Al desembarcar se encontró Badillo con que Palomino no quería dejar el mando; ambos se entrevistaron, y acordaron gobernar juntos, con las mismas atribuciones, mientras el rey decidía quién sería el único gobernador. Los acontecimientos resolverían la cuestión antes que el emperador; en una de las entradas contra los indios *taironas* pereció Palomino ahogado.

En la Península, mientras, el rey no sancionaba ni el nombramiento de Palomino, hecho por Bastidas, ni el de Badillo, efectuado por la Audiencia dominicana. En su lugar elegía la Corona a García de Lerma, quien en 1529 llega como gobernador y capitán general de todo lo descubierto y que se descubriese entre el río Magdalena y la laguna de Maracaibo.

Lerma no era el caudillo que necesitaban las huestes y la enemiga india. Cortesano y político, pecaba de cobarde e inepto en las cuestiones militares. A pesar de ello, despachó más de una expedición contra *taironas* y *bondas;* los primeros le derrotaron. Fue tal el descalabro, que desistió de originar más entradas; pero los capitanes le coaccionaron, y volvió a remitir otra que fue deshecha. Así pasaban los días, mientras Santa Marta aumentaba de población pues la fama de los sepulcros indígenas llenos de riquezas había trascendido a las islas y atraía a más de uno. Con todo este refuerzo que llegaba, y aliado a los *bondas*, hizo varias expediciones más que lograron cierto botín. A pesar de ello, la gente tachaba de temeroso a García de Lerma. Y mientras éste se disponía a reconstruir Santa Marta, quemada por un incendio, un Memorial de quejas cruzaba el Atlántico y llegaba al rey, que suprimió a Lerma.

Tampoco el sustituto provisional designado por el organismo dominicano, doctor Infante, fue afortunado en la gobernación. Llegó a ser tan impopular, que en 1533, temiendo le matasen, fingió estar enfermo y se retiró a la Española.

En los ocho años que van de Bastidas a Infante, los españoles apenas han fundado. Continuamente han tenido que luchar contra unos naturales bastante hostiles y con una naturaleza que no lo es menos. Sus mismas desavenencias internas y la ineptitud de los jefes han contribuido al poco éxito logrado y a los descalabros cosechados. Hay un aspecto no citado, y que conviene dejar sentado: la evangelización del

indígena. Ya con García de Lerma vino un buen golpe de frailes, cuya tarea se vio entorpecida por las opiniones de los conquistadores. Las derrotas sufridas por García de Lerma contribuyeron mucho a la apostasía de los nuevos cristianos, decepcionados al comprobar que los blancos introductores de una nueva religión no eran invencibles. En el año 1531 se nombraba el primer obispo de Santa Marta y se erigía su iglesia en catedral.

2. Un hombre, una expedición, una ciudad y un mito

El hombre es y se llama Gonzalo Jiménez de Quesada, un andaluz; la expedición la manda y es la de don Pedro Fernández de Lugo; la ciudad es Santa Marta, "que es en la costa firme de las Indias" cara al Caribe; el mito lo encarna Eldorado, que estuvo en muchos sitios. Pero vayamos por orden.

Quesada nace casi al mismo tiempo que el emperador Carlos. Mas cuando ambos cumplen veinte años son muchas las cosas que les separan. Uno, Jiménez de Quesada, es simplemente eso, un hombre; un hombre que oye con asombro las nuevas que llegan de las Indias –se acaba de conquistar México–. Es, según Herrera, "de agudo ingenio, no menos apto para las armas que para la guerra". El otro, el hijo de reyes, se coloca en su cabeza la corona del Imperio Germano y recibe como ofrenda el reino azteca.

Quesada, nacido en Córdoba o en Granada, que lo mismo da, no sabe que en el Nuevo Mundo le aguardaban muchas cosas. Buenas y malas. Ignora lo que le espera, y nada le incita a imaginar que él será el futuro capitán de Eldorado, buscador sin sueño de uno de los más bonitos mitos americanos. Sus años sólo le han permitido guerrear en Italia a las órdenes del condestable de Borbón y de don Juan de Urbina. En 1522, cinco años después de la rebelión luterana, Quesada recorre el norte italiano como soldado de Carlos I. Presencia lo de Pavía. En 1532 sigue por los campos europeos recogiendo vivencias que forman su juventud, y que explicarán mucho su manera de ser en la Conquista. Una vez en su tierra se torna un jurista más de la época, que desempeña su cargo en la moruna Granada. Para algo su padre era juez de moriscos. El hijo seguía el oficio, y entre ergotismos y pandectas hacía antesala a la aventura indiana.

Un día, un día cualquiera, llegan a la Cancillería granadina documentos reales. Cuando el jurista Gonzalo Jiménez de Quesada los lee,

se entera que ha sido nombrado nada menos que justicia mayor en la expedición que, bajo el mando de don Pedro Fernández de Lugo, va a zarpar hacia Santa Marta. Ya tenemos aquí la ciudad; ha saltado a nuestros renglones sin querer, pero no entremos aún en ella y sigamos con la expedición.

En estos primeros años del XVI, España parece estar invadida toda por la locura de Juana, de la reina doña Juana. Hacia Iberia, de repente, se ha abierto la puerta del Nuevo Mundo. Todos quieren entrar por ella. En Sevilla, puerto único, se citan los hombres de toda jaez esperanzados en meterse en la bodega de un barco. Al Gualdalquivir le falta agua para que floten tantas inquietas carabelas. Frailes y soldados; hombres buenos y hombres malos; tipos cultos e incultos, embarcan con el bagaje cultural de Occidente. Hay de todo en esta teoría de naves y hombres que caminan por el Atlántico buscando aventuras en nuevos paisajes. Le impulsa un afán por prolongar la Reconquista y el tono renaciente del minuto histórico.

En una de estas naves se meterá un día Jiménez de Quesada. Resulta que don Pedro Fernández de Lugo, adelantado de Canarias, ha negociado con el rey la gobernación de Santa Marta y la ha conseguido.

Hasta las islas Canarias llegó la fama de Santa Marta, excitando al gobernador Pedro Fernández de Lugo. De Lugo remitió a la Corte a su hijo Alonso Luis. En febrero de 1535, Alonso Luis había conseguido que el emperador diera a su padre, por dos vidas, la gobernación de Santa Marta, a cambio de la de Tenerife y La Palma. El distrito de Fernández de Lugo se extendía, de Este a Oeste, desde el cabo de la Vela al río Magdalena, y de Norte a Sur, desde el mar Caribe hasta el mar (i). Aún se ignora la configuración de Suramérica. Pronto, F. de Lugo organiza su hueste, y pronto también ésta suelta velas en Sanlúcar de Barrameda. Van mil quinientos peones; doscientos jinetes; rodeleros, ballesteros, caballos, matalotaje, alimentos... Son dieciocho los barcos que se alejan de las costas peninsulares y se dirigen al archipiélago canario. Allí, apeadero forzoso en esta primera hora, aumenta todo: barcos, hombres y material. Y de allí (noviembre de 1535) navegan hacia las Indias. A los dos meses largos las naves están posadas en las aguas de Santa Marta.

Ya estamos en la ciudad de Bastidas, en plena Tierra Firme. La población es un reducto hispano, o trampolín utilizado en la penetración hacia el interior. Hasta él, y antes de que aparezcan Lugo y su florida hueste, han llegado noticias sobre el nuevo gobernador que se avecina. Se enteran los colonos de que Lugo es todo un caballero, que

se ha lucido en Africa y ha gobernado en Canarias. Ellos, que yacen desanimados, sin gobernador, arrinconados entre el mar y las cordilleras nevadas, se alegran sabiendo que cuentan ya con un capitán que les conduzca. Comienzan a preparar el recibimiento y a aderezar las armas.

Con toda solemnidad y regocijo desembarca don Pedro Fernández de Lugo. Los que bajan de las naos, los chapetones, estrenan sus arreos flamantes. Los que en tierra les reciben, los baqueanos, se enfundan en deterioradas ropas y burdos calzados. Poco a poco estos dos mundos se entremezclarán, hasta que las diferencias desaparezcan. El beneficiado de Tunja, el irónico Juan de Castellanos, deja fluir su humor y los renglones, que son versos, le brotan así al tratar de este momento:

Los antiguos con sus camisetillas,
tan delgados de zancas y pescuezos,
que pudieran contalles las costillas,
arrinconados con el Antón Bezos,
contemplaban aquellas maravillas
de trajes y costosos aderezos;
mas la contemplación no fue sin mofa,
como gente de no menor estofa.

Hay en Santa Marta capitanes, soldados, frailes, cronistas, mujeres, indios e indias, negros... y la peste. Un mundo abigarrado, aunque no muy abundante, que sueña con riquezas, con batallas, con evangelizaciones, con amores exóticos, con hechos de novelas caballerescas... Casi se han olvidado de sus pueblos allá en Europa, de las plazas de sus pueblos, de sus casas, de sus mujeres, del cantueso, de la llanura extremeña... Les embarga la ilusión de lo desconocido. Son todos unos Don Quijotes en el trópico. Son hacedores de Historia.

Entre esta masa vive Jiménez de Quesada. Ya ha pulsado la vida de Santa Marta, una ciudad que lanza a los hombres que moran en ella. Por allí han pasado y pasarán Rodrigo de Bastidas, el gobernador García de Lerma, el santo Luis Beltrán, el capitán Pedro de Heredia, fray Tomás Ortiz, y otros más. A ellos se suma Gonzalo Jiménez de Quesada, que seguramente tendrá que habitar en uno de los bohíos del poblado. Son chozas de bálago. Dentro hay un jergón para dormir; una alcuza o lucerna de azófar; un poste con una escarpia clavada, de donde penden los arreos; un rústico escabel, y un hombre o unos hombres blancos con sirvientes indios o negros. Hacen planes. Poco

les importan aún los charcos y el lodo; las aguas pútridas y los caimanes; las niguas y las nubes de insectos; los aguaceros y las flechas enherboladas...

¿Y el mito? El mito vendrá luego.

Antes conviene decir que en Santa Marta andan muy mal. Las enfermedades se han llevado a muchos. Ya en el mismo año que Lugo zarpa con la expedición, un obispo se sienta en el poblado de Tierra Firme y escribe así a su rey: "No hay necesidad de abrir la puerta a que más cristianos vengan. Antes hay necesidad de sacar muchos de los que hay, porque ellos están perdidos y mueren de hambre". No obstante, las tropas de Lugo han llegado y engrosado el diezmado villorrio.

3. La geografía corre hacia el Sur

De los cuatro puntos cardinales, tres les eran familiares ya a los hombres de Santa Marta. Conocían el camino del mar, la ruta hacia el cabo de la Vela y el rumbo de Cartagena. Quedaba por indagar río Grande arriba, hacia dentro. El río Magdalena estaba de continuo señalándoles el camino a tomar; pero se consideraba poco menos que imposible meter barcos por su desembocadura. En cierta ocasión, García de Lerma había estampado en un documento afirmaciones como ésta: "No pueden entrar navíos, porque la furia de él es tan grande, que no los deja subir". Pero el río persistía en sus ademanes; y los españoles seguían pensando que él era la mejor vía conductora hacia Perú. Por algo el precitado Lerma, en 1532, decía que "aquel río es de mucha importancia, y luego creído que V. M. se ha de servir de él más que de todas las Indias juntas. Créese que podrán descubrir los navios y bergantines muy arriba..., porque subiendo 150 leguas por el río arriba, se pone por debajo de la línea (equinoccial) y están en el mismo paraje que está ahora Pizarro..."

Cuando Fernández de Lugo arriba a Santa Marta las condiciones eran propias para intentar remontar el Magdalena. Ya entonces había sido demostrada la posibilidad de navegarlo; se conocía el camino por tierra hasta unos 500 kilómetros adentro; y florecía el anhelo por alcanzar el Perú. Fue Jiménez de Quesada el que hizo correr la geografía hacia el Sur. El licenciado realizó el viejo anhelo; pero la proyección hacia "la tierra del oro" la abandonó por la proyección hacia "la tierra de la sal".

Un día, Fernández de Lugo decidió remitir a sus huestes en dirección al nacimiento del río, instigado por Jiménez de Quesada, que "movió de todo punto el ánimo del adelantado a que, haciendo nuevos gastos, pusiese por obra aquesta empresa", afirma Aguado. Naturalmente, De Lugo ofreció el mando de la expedición a Quesada, "por ser hombre de letras, gallardo y de gallardos bríos, prudente y de hidalgos pensamientos".

Es Quesada (1536) el general en jefe de unos setecientos cincuenta hombres, que el 5 de abril abandonan Santa Marta en busca de los reinos y riquezas del interior El río Magdalena le traza la ruta. Quinientos soldados marchan por tierra con Quesada, los restantes lo hacen en bergantines que remontan el río, llevando además parte de los equipajes.

Se adentran en una mala estación: en invierno. Lluvias y crecidas de ríos van a entorpecer la marcha de la columna. Las tierra bajas están anegadas, y Quesada quiere llegar pronto a *Sompállon*, donde ha citado a los seis bergantines y una carabela. Peones, capitanes, frailes, caballos, indios e indias, todos cruzan el río *Ariguaní* por un puente improvisado. Y cuando arriban a *Chiriguaná*, tierra de indios *tamalameques*, se enteran que los barcos aún no han pasado. Siguen avanzando por sabanas desiertas y pantanosas. A los catorce días llegan a tierras otra vez pobladas, y entran en la ciudad de *Tamalameque*.

Jiménez de Quesada espera dos cosas:

1. Los bergantines con hombres y vituallas.
2. La ayuda personal prometida por Fernández de Lugo.

Veamos lo que ha sucedido. Los barcos salieron de Santa Marta sin novedad; pero cuando intentaron entrar por la boca del Magdalena, una tormenta los dispersó y destrozó contra las costas. Sólo dos bergantines lograron penetrar y seguir hacia el nacimiento del río.

En cuanto a la ayuda que don Pedro prometió, se vio frustrada por el acaecimiento de su muerte. Como sustituto recala en Santa Marta, Jerónimo Lebrón, nombrado por la Audiencia dominicana (1541).

A los veinte días de estar en Tamalameque, y ya enterado de lo sucedido con la flota, le llegó a Quesada noticia de la proximidad de los barcos. Inmediatamente se dirigió a *Sompállon*. Son cuatro los barcos. Dos, que envió el gobernador antes de morir, han alcanzado a los dos supervivientes. Avanzan muy lentamente, mientras la gente que los aguarda se halla diezmada y enferma por el clima. Al fin, aparecen los navíos; su tripulación tampoco goza de buena salud. Pero hay que

seguir; y la marcha se prosigue una vez acomodados los enfermos en los bergantines. Pronto arriban a las tierras que alcanzó García de Lerma.

La columna se mueve por tierras frondosas. Delante va una escuadrilla de zapadores talando árboles, abriendo caminos y tendiendo puentes. Detrás va la tropa animada por las voces del capitán y de los dos capellanes castrenses: Antón de Lescámez y Domingo de las Casas. Los macheteros tardan ocho días en abrir el camino que el resto de la tropa recorre en uno. Se pasa hambre, y no dudan en comer raíces, hojas, sapos, caballos que mueren... En torno no sólo la naturaleza hostil de la selva, sino la indiada silenciosa que les espía desde el bosque y les sigue en sus canoas. Algunos españoles quedan rezagados para morir tranquilos; otros, matan los caballos para alimentarse... Ciénagas y caimanes. Pajonales, cadáveres y mosquitos. Todo va quedando atrás. Al fin, entran en un caserío abandonado y rodeado de sementeras: *La Tora.* Sólo quedan doscientos hombres completamente desmoralizados. Temen, y temen con razón. Al lado tienen un río de orillas desiertas; enfrente se les abre un horizonte lleno de peligros interrogantes; atrás quedan tribus que pueden cerrarles la retirada.

Sin embargo, siguen. Han encontrado algo interesante que les impulsa: *panes de sal.* Ello es indicio de que cerca existen pueblos civilizados. Sal y mantas de algodón tejidas y pintadas. Quesada determina que hay, sea como sea, que hallar a los hombres que fabrican aquellos productos. Así lo participa a la tropa, y les señala rumbo a Oriente. Hay un intento de rebelión pronto apaciguado.

Casi en La Tora confluyen tres ríos: el Magdalena, el Opón y el Sogamoso. Quesada decide proseguir bordeando el Magdalena y torcer la ruta por el Opón, después de prometedoras exploraciones. No lo saben –lo presienten–, pero frente a ellos se abre el camino que lleva a los *Chibchas.*

Antes de exponer a su hueste, Quesada en persona marcha con sesenta peones a explorar las tierras. Encuentran buenos caseríos; pero antes han tenido que comerse los cueros de las armas, un perro sarnoso y dormir en los árboles, a causa de una crecida del Opón. A los caballos les llega el agua a la barriga. Los guía un indio –el primer intérprete–, que bautizan Pericón. Al pueblo donde finalmente entraron por sorpresa denominaron *Opón.* Muy cerca, y borracho, apresaron al cacique, que celebraba un nuevo matrimonio.

Con siete hombre regresa Quesada a La Tora, dejando a los demás en Opón. Los de La Tora no quieren seguir. El mismo Quesada está

enfermo; pero no ceja en su empeño, "pues justamente se le podía decir que se había vuelto de las puertas de una felicísima tierra por su inconstancia"...

Ahora es cuando comienza de verdad la gesta. Los bergantines salen de La Tora hacia Santa Marta al mando del licenciado Gallegos, llevando los enfermos, con orden de volver y esperarles a los seis meses. El 25 de diciembre de 1536 zarpan los barcos, río abajo, transportando ciento cincuenta personas. Al día siguiente salió Quesada al frente de doscientos soldados que andaban en su mayoría apoyados en bordones.

De Opón pasan al *valle del Alférez*, y de éste al de *Turmas*, que llaman de *La Grita*. Hace frío en estas tierras; pero hallan mantas de algodón y alimentos en los pueblos que los indios abandonan temerosos. Cuando principia el año de 1537, los españoles entran en las tierras altas, en la meseta, pobladas por los *chibchas*.

4. El Zipa y el Zaque

Al llegar los españoles, esta parte de Suramérica estaba dividida en cinco estados principales:

1. *Guanenta*, al Norte, en la meseta de Jeridas, con un soberano llamado como el estado.
2. *Sogamoso*, en Iraca, cuyo jefe era el *Sogamuxi*.
3. *Tundama*, al Este, regido por un rey del mismo nombre.
4. *Hunza* (Tunja), en el Centro, gobernado por el *Zaque*, cuyo poder llega hasta *Vélez* y *Jamondoco*.
5. *Bogotá*, poblado por los *bogotaes*, y regido por el *Zipa*, que reside unas veces en *Batacá* (Bogotá) o en *Funzha* (Muequetá). Es el más poderoso; dominaba en las dos quintas partes de la actual Colombia y tendía a anexionar los otros estados. Todos estaban en pleno feudalismo y agitados por luchas continuas.

El momento es crucial, y, según Piedrahita, Quesada obró entonces como Cortés o como Valdivia: renunció al cargo de adelantado y pidió a la tropa nombrase un capitán general... "Y en consecuencia de la propuesta fue nuevamente elegido *(Quesada)*, y aclamado capitán general por todo el campo, sin dependencia del gobernador de Santa Marta..." Estaban por completo desligados de la base tanto en lo material como en lo gubernamental. En realidad, no se da un total desli-

gamiento de Lugo, pues Quesada siempre hablará de ir a dar cuenta de sus actos al gobernador de Santa Marta.

Dentro de poco se irían a encontrar con otros dos capitanes alzados: *Belalcázar y Federman.*

Volvamos al valle de La Grita. A los ocho días salen de él los ciento sesenta y seis hombres que restan. Entre ellos hay un italiano y dos o tres portugueses. Las armas que portan son las mismas que las de los indígenas, pues las lanzas y las espadas están embotadas por el óxido, y los arcabuces y escopetas apenas les sirven para hacer salvas.

La ruta ha dejado atrás las montañas y discurre por llanuras y colinas sembradas. Hay muchos bohíos. Cruzan por el valle donde luego se alzó *Vélez* (enero de 1537), pasan el río *Sarabita* y el *Urbaza;* se aprovisionan en *Sorocotá,* etc. Rescatan. Las tierras que recorren son de los mansos *moscos.* Quesada promete pena de muerte al que les haga desafuero. Y lo cumple. De continuo preguntan por el país de los panes de sal; siguiendo indicaciones se han apartado de *Hunza,* y van hacia *Nemocón.* Pero el *Zipa,* que se llama *Tisquesusa,* no pierde de vista a los blancos. Tanto Tisquesusa como Quesada se dirigen a *Nemocón.* El cacique va con ánimos de liquidar al intruso. Este marcha tras la laguna de donde cree se extrae la sal; pero cuando llega a *Nemocón* comprueba que ésta se obtiene a base de evaporar al fuego el agua de ciertos manantiales.

Poco después los indios del Zipa Tisquesusa (bogotaes) atacaron la retaguardia hispana, sin lograr éxito. En franca desbandada se hicieron fuertes en la fortaleza de *Busongote,* para facilitar la huida del Zipa. La fortaleza fue tomada por un corto número de españoles. Estando en Nemocón se enteró Quesada del ataque y del éxito obtenido por los suyos. Mientras avanzaba de Nemocón a *Busongote* descubrió el hermoso *valle de los Alcázares.* En Semana Santa estaban en *Chía.*

El Zipa había huido; aunque continuamente daba señales de vida mediante ataques imprevistos. De nada valían los mensajes que Jiménez de Quesada le remitía. Hay una lucha, de engaño y astucia. Los caciques despliegan sus mañas para burlar a los intrusos. De Chía pasan a *Suba.* Van admirando el paisaje verde, lleno de bohíos y cada vez más poblado. Los pueblos son numerosos y aumentan a medida que se aproximan a *Muequetá,* donde está enclavado el *cercado* -palacio- de Tisquesusa. Este no aparece por ningún lado. Anda huyendo de los blancos, que se mueven en sus tierras pobladas de *muiscas,* como si temiera algo funesto. Si hacemos caso del padre Simón, también aquí, como en México y Perú, sobre el jefe indígena

pesa algo extrahumano: un sueño tenido que le ha vaticinado su muerte a manos de hombres venidos de otra parte.

Las tropas vivaquean ahora en *Bacatá*, en pleno valle de los Alcázares. Quesada decide saber lo que hay al otro lado de la cordillera que les rodea, y remite dos expediciones: una rumbo Sur, mandada por Juan Céspedes; otra hacia Occidente, capitaneada por Sanmartín. Esta tropezó pronto con los feroces y numerosos indios *panches*, por lo que se vio obligada a retroceder y a unirse a Céspedes por orden de Quesada. Al final de la jornada nada nuevo habían aportado.

Dos voluntades se enfrentaban sordamente: de un lado Quesada, empeñado en encontrar el lugar de donde los chibchas sacaban las esmeraldas que habían encontrado; de otro lado, Tisquesusa, tenaz en expulsar de sus tierras a los extranjeros.

Tras las esmeraldas, y guiados por los indios del Zipa, fueron a dar a *Turmequé*, plaza fuerte del Zaque enemigo del Zipa. Las minas estaban cerca de *Somondoco*, y hasta él llegó un escuadrón que regresó a Turmequé con la noticia del hallazgo doble de las minas y de las llanuras donde nacían el *Orinoco* y el *Meta*, y se recogerían sin trabajo las riquezas.

La toponimia de la ruta aumenta y se complica. Es farragoso citar todas las localidades que van dejando atrás, ya en tierras del Zaque de *Hunza*. Dos meses hacía que andaban en torno a éste sin saber que existía. Su nombre era *Quimuinchatocha*. Pero el 15 de agosto, día de la Asunción, "el General y algunas otras personas principales se confesaron y comulgaron para ir con más devoción a robar al cacique de *Tunja*, e ir más contritos a semejante acto, poniéndose con Dios de aquella manera, para que no se les fuese el hurto de las manos", dice Zamora.

Duro fue el avance. Para no helarse permanecían de pie durante la noche. Quesada marchó directamente a entrevistarse con el Zaque, pues no quería se le escapase como el Zipa. Al atardecer entraron en *Tunja*. En lo alto de la casa del cacique colgaban, tentadoramente dice Aguado, "las unas patenas de oro, y ciertas águilas de oro, y entre éstas puestos unos grandes caracoles de la mar por tal orden, que en tocando lo uno con lo otro por el movimiento del aire, hacían un grossero sonido con que aquel bárbaro se contentaba". La muchedumbre indígena era compacta, y entre ella avanzaban, como hijos del sol y en completo silencio, la tropa hispana. Era el 20 de agosto de 1537. Gordo y viejo, el Zaque no pudo huir, y fue apresado en su palacio o cercado. La confusión era enorme. Lo que siguió se reduce a requisa de

tesoros, que el mismo Quesada cuenta en su *Compendio,* cuando escribe: "Era de ver sacar cargas de oro a los cristianos en las espaldas, llevando también la cristiandad a las espaldas..."

Primero fueron las tierras de los panes de sal; luego, las de las esmeraldas. Ahora que están en ellas desean marchar a otras: a *Iraca,* en busca de los tesoros que guarda el templo *Suamux.* Por eso nada de extraño tiene que Gonzalo Jiménez de Quesada deje en buen recaudo al Zaque y parta en demanda de *Sogamoso.* No capturó al cacique *Suamuki,* pero obtuvo un buen botín de lo que la indiada dejó. Hubo, sin embargo, que lamentar el incendio del hermoso y rico templo de los sacerdotes de Iraca. De Sogamoso regresó a *Tunja,* y de ésta a Bacatá. Quería coger al Zipa. Al fin, se enteró en dónde se escondía. Cercada la casa donde se refugiaba el cacique chibcha, un oscuro soldado español le mató en la huida sin saber quién era.

Los dos principales reyezuelos chibchas estaban anulados: el Zipa, muerto, y el Zaque, prisionero. El capitán español, entretanto, se movía en marcha nerviosa sin fundar y sin evangelizar.

Un nuevo Zipa sucedió a Tisquesusa: *Sacresazigua, Zaquesaxigua o Zaquesazipa,* primo hermano suyo. Realmente, recaía el Zipazgo en el joven cacique de Chía; pero fue suplantado por pactar con el invasor. En su lugar dirige la resistencia Zaquesazipa, quien acaba pactando la paz con Quesada. En unión de tropas de éste venció a los panches, que también se le sometieron. Había algo, sin embargo, que rompería esta alianza hispanoindígena: el mentado tesoro del muerto Tisquesusa. Ya por decisión personal, ya por presión de la hueste, lo cierto es que Quesada arrestó al Zipa para obligarle a confesar dónde se hallaban las riquezas de su primo. Zaquesazipa accedió a entregar el tesoro, y se comprometió a llenar con él un amplio bohío vecino al suyo. Diariamente comenzaron a llegar portadores de las riquezas escoltados por treinta guerreros. Una vez que el cargador arrojaba su carga, los miembros de la escolta tomaban cada uno una pieza de ella y la ocultaba bajo sus ropas. Dentro, pues, no quedaba nada. A los noventa días, cuando la estancia debía estar llena, entró Quesada y se la encontró vacía. Había sido burlado astutamente por el Zipa. Este no quiso contestar a la pregunta, y se ganó con ello el tormento y la muerte.

5. La cita no concertada

Jiménez de Quesada pensaba marchar a la metrópoli para dar cuenta al rey de sus hechos. Una u otra cosa lo ha detenido. Ahora, que ha muerto el Zipa, prepara la marcha hacia Santa Marta. Antes quiere dejar a sus hombres en lugar seguro, y para ello nada mejor que fundar una población. Están a 800 kilómetros en línea recta de Santa Marta. Cada hora que transcurre va cargada de historia, porque hacia el mismo destino avanzaban, sin saberlo, dos columnas más. Una la manda un hombre que viene del Sur, de Quito; la otra, llena de penurias, camina bajo la dirección de un alemán comerciante metido a conquistador.

Más obstáculos se van a oponer a la inmediata marcha del licenciado Quesada. Indios chibchas le indican nuevas tierras de conquista. Allá va don Gonzalo y descubre que el Magdalena discurre cerca de donde fundará Santa Fe, y que al otro lado del río se alzan unas incitantes montañas nevadas. Una expedición es remitida, al mando de su hermano Hernán Pérez, rumbo a las cumbres. No tienen tiempo para alcanzarlas. A los pocos días llega a pie un indígena con la noticia de que hombres blancos avanzan por el valle de *Neiva*. Vienen bien vestidos, y les sigue una recua de indios cargueros y de cerdos. Nada menos que Sebastián de Belalcázar y sus peruleros son los que están por arribar. Proceden del Sur, fundando, de Quito. El licenciado despacha a su hermano Hernán al campamento de Belalcázar. En la entrevista sostenida el fundador de Quito puso su tropa a las órdenes de Quesada y depuso sus pretensiones a las tierras. Con estas promesas, con la noticia de la muerte de don Pedro Fernández de Lugo, aún no sabida, y con una vajilla de plata como regalo, regresó Hernando junto a don Gonzalo.

A los ocho días otro emisario notificó que por los páramos de *Sumapaz*, después de trasponer la cordillera, bajaban hombres de Venezuela al mando del alemán Nicolás Féderman. El aspecto de esta tropa era lamentable. Emisarios de Quesada convencieron al tudesco a entrevistarse con él. El licenciado preparó ostentosamente sus tropas y formó los cuadros indígenas aliados; cuando Féderman contempló aquel alarde de fuerza pactó con Quesada, quien, sagazmente y con razón, temía que Belalcázar pretendiera atraerse al alemán con el fin de atacarle a él.

Tradicionalmente, y según testimonio de los cronistas, se afirma que Santa Fe fue fundada el 6 de agosto de 1538, estando presentes los

tres conquistadores; pero últimas investigaciones sostienen que la "erección jurídica" de Santa Fe se hizo el 27 de abril de 1539, estando presentes Jiménez de Quesada y Féderman. Belalcázar se les unió más. tarde.

Jiménez de Quesada tuvo entonces ocasión de mostrar sus dotes diplomáticas al desterrar todo diálogo ácido entre los tres capitanes. Aquello que en otra ocasión y con otros hombres, se hubiera ventilado por las armas, se solucionó pacíficamente. Las decisiones tomadas entre ellos fueron:

1. Ninguno de los tres caudillos quedaría como jefe.
2. Los tres marcharían a dirimir el asunto en la Corte.
3. Las fuerzas venezolanas, más pacíficas, quedarían en el Nuevo Reino.
4. Quesada quedaba autorizado a nombrar quien gobernase en su ausencia (su hermano).
5. Hernán Pérez de Quesada, hermano de don Gonzalo, quedaría como gobernador.
6. De los peruleros sólo permanecerían cuarenta.
7. El resto de las huestes saldría a poblar en los llanos de Neiva.
8. Belalcázar y Federman venderían lo que tenían.

Elegido el Cabildo, y habiendo repartido las encomiendas siguiendo la división chibcha de provincias y cacicazgos, el 12 de mayo de 1539 partieron de Santa Fe los tres capitanes, los oficiales reales y treinta soldados, río Magdalena abajo. El 5 de junio entraron en Cartagena de Indias, y el 8 de julio se embarcaron para España, llegando en noviembre a Sanlúcar de Barrameda.

6. Las ideas geográficas de los conquistadores

La conquista de América conviene siempre examinarla a la luz de la cartografía de entonces y teniendo en cuenta las concepciones geográficas que, sobre las tierras conquistadas, poseían los conquistadores. El istmo de Panamá, como el estrecho de Magallanes, California y el norte de América (estrecho de Anian) fueron otras tantas zonas donde una problemática geográfica determinó acciones militares. En la conquista del Nuevo Reino prima también la influencia geográfica como factor determinante. Notemos que cuando se inicia dicha conquista –y la de Venezuela– los castellanos están en las islas antillanas, en el ist-

mo y en el Perú a través del Pacífico. Se piensa entonces –ya Magallanes ha descubierto el paso austral– que la costa suramericana del Pacífico seguía un inclinado rumbo hacia el Este en vez de marchar casi recta al Sur. De ahí que siempre se estimase que las espaldas de Venezuela estaban en el Mar del Sur. Y de ahí también que cuando Las Casas capitula se le da de fondo a su gobernación hasta el Mar del Sur. El globo de Lenox (1515) o el llamado mapa de Leonardo de Vinci patentizan esta forma de Suramérica referida.

Por todo esto es fácil comprender la actitud de Federman atribuyendo el Nuevo Reino a la gobernación de Venezuela. Para el alemán, el Nuevo Reino estaba situado "frente de la laguna de Maracaibo... norte sur de la laguna que dicho tiene", estando metido el tal reino "sesenta leguas... dentro de la gobernación de Venezuela". Los Welser, que sostienen pleito más adelante y defienden la posesión del Nuevo Reino, creían que la costa del Pacífico torcía hacia el Sureste, con lo cual las costas del Perú se encontraban al sur de Santa Marta y de Venezuela. Por esto pensaron, y lo dijeron, que Jiménez de Quesada, al conquistar la meseta chibcha, había usurpado parte del territorio a ellos concedido e identificaban el Valle de los Alcázares con la provincia de Xerira, "que está casi enmedio de la provincia de Venezuela y muy lejos de los límites de la dicha provincia de Santa Marta". Pedían los Welser, para terminar, que se les concediese el Nuevo Reino en tanto la Corona determinaba si éste pertenecía a Venezuela o a Santa Marta. Pero no sólo los venezolanos disputaron con los de Santa Marta la posesión de la meseta encontrada por Jiménez de Quesada, sino también los de Cartagena y los de Panamá. No interesa exhumar las bases de ambas pretensiones, fruto todas, precisamente, de los errores geográficos. A la larga, la Corona anexionó la meseta a Santa Marta, pues geográficamente el Nuevo Reino caía dentro de lo capitulado por Pedro Fernández de Lugo.

A partir del encuentro inesperado en la meseta, los castellanos supieron ya que los Andes se continuaban desde Venezuela hacia el Perú y que a este último se podía ir por un paso terrestre. Hecho que prontamente reconfirmarán todos los encuentros habidos entre huestes salidas de Quito y de la costa del Caribe (Cartagena, Santa Marta).

Muy distinto fue lo que obtuvo cada uno de los conquistadores de la meseta. Belalcázar regresó a Indias confirmado en su gobernación de Popayán; Federman murió haciendo frente a las demandas de los Welser y Jiménez de Quesada se encontró con que el hijo de Fernández de Lugo, el ladrón Alonso Luis de Lugo, se le había adelantado y

había conseguido la gobernación de Nueva Granada por dos generaciones. A pesar de ello, el licenciado no descansó hasta obtener que Alonso Luis, con permiso del emperador, le vendiese sus derechos. Fue su ruina. Porque el comendador mayor, Francisco de las Casas, desaprobó el negocio, y al final de todo Carlos I, aconsejado por el comendador, dio la gobernación a don Alonso Luis de Lugo. Así, Quesada se quedó sin ella y sin el dinero y esmeraldas que había dado para su compra.

7. Prosigue la conquista

Jiménez de Quesada, antes de partir, escogió al capitán Martín Galeano para que fundase el pueblo de *Vélez*, y a Gonzalo Suárez Rendón, para que estableciese *Tunja*. Las dos fundaciones fueron hechas al año, gobernando Hernán Pérez de Quesada. Una serie de sucesivas entradas de sometimiento se verificaron con base en estos poblados.

En sustitución del muerto Pedro Fernández de Lugo, la Audiencia dominicana había designado a Jerónimo Lebrón, que llega a fines de 1541 al interior por la misma ruta de Quesada. Con él arribaron las primeras mercancías europeas y las primeras mujeres blancas. En Vélez se le recibía como gobernador; pero Hernán Pérez de Quesada le exigió nombramiento real y prohibió la prosecución de su entrada. A propuesta del justicia mayor, Suárez Rendon, se entrevistaron en Tunja y pusieron el asunto en manos de los Cabildos de Tunja y Santa Fe. Se falló en contra de Lebrón, que se retiró a Santa Marta, cuando ya de España llegaba otro gobernador.

Hernán Pérez, alucinado ya entonces por Eldorado, marchó en su busca hacia 1541. Estuvo un año fuera y no lo halló.

Quien venía como gobernador era don Alonso Luis de Lugo. Sin tocar en Santa Marta, penetró por el *valle de Upar* al Magdalena, siguiendo por la ruta de Quesada. Con él entraron en Vélez (1542) tropas, familias y ganado, siendo recibido como gobernador del Nuevo Reino de Granada. Era codicioso y despótico. Supo que en tierras de indios *panches* había minas de oro, y comisionó a un subordinado para someterlos. Conseguido este objetivo se fundó la ciudad de *Tocaima*. Su arbitrariedad la descargó sobre los Quesada, a los que expulsó, y sobre Suárez Rendón, al que le llevó preso. A finales de 1544 abandonaba el Reino de Nueva Granada. La Corona había designado al visitador Miguel Díaz de Armendáriz, quien desembarca en

Cartagena a principios de 1544. Armendáriz, cuya principal actuación la vemos en el litigio Belalcázar-Robledo, designó para la gobernación interina del Nuevo Reino a don Pedro de Ursúa. En mayo de 1545 estaba ya Ursúa en Santa Fe, acompañado de Suárez Rendón y otros vecinos perseguidos por Alonso Luis. Ursúa, joven aún, se inclinó por uno de los bandos en que estaba dividida la población. La conquista parecía paralizada. Como hechos dignos de mencionarse antes de llegar Ursúa, sólo había ocurrido el levantamiento del cacique de Guatavita y la ineficaz expedición sobre los indios *muzos*

En 1547, en el mismo año en que se le nombraba sucesor, Armendáriz llegó a Santa Fe. Publicó solemnemente las *Leyes Nuevas* y ordenó expediciones a la sierra nevada del Norte, donde se tenía noticias de que había riquezas. Indios *chirateros* habitaban aquella región que vio alzarse el poblado de *Pamplona.* Pedro de Ursúa gobernó aquí y domeñó a los naturales. Poco a poco el territorio se iba conociendo y sometiendo; los núcleos de población se alzaban fijando a los conquistadores a la tierra. Los puros gobernantes comienzan a llegar de la Península. Desde Santo Domingo, Panamá y lima está gobernando estas tierras, que piden ya la instalación de una Audiencia propia.

En 1549 se crea la de Santa Fe. Ya, de la conquista, lo que merece citarse son los devaneos finales de Gonzalo Jiménez de Quesada.

8. El capitán de Eldorado

Lo bello en la conquista de América, aparte de la simbiosis entre el conquistador y el conquistado, es el halo de leyenda y mito que la envuelve. En el mundo nuevo puso el hombre hispano –soñador e imaginativo por excelencia–la tierra de la ilusión.

Impulsada por estos mitos, la conquista se desarrolló con una velocidad que asombra.

A Jiménez de Quesada le tocó correr como a otros tras el príncipe Dorado, personificación de la fiebre áurea que invadió a muchos capitanes, y, exageradamente, luego una de las bases de la leyenda negra. De todos los mitos áureos, el más interesante fue el de Eldorado, nunca ubicado y siempre sinónimo de fantásticas riquezas.

La leyenda del príncipe Dorado surgió después de la Conquista del Perú. Las riquezas de la civilización incaica exaltaron al máximo muchas imaginaciones. El ambiente indiano, caldeado por hechos ciertos y por otros falsos, estaba propicio para cualquier mito.

Sin saber cómo, un buen día comenzó a circular la leyenda dorada. En las plazas indianas la comentaban los hombres. Se hablaba de un príncipe indio que arrojaba, como ofrenda, joyas en una laguna. Se decían más cosas, desorbitando ya el hecho real. Porque el mito tenía su auténtica base, según sabemos.

El hecho real fue deformado, y se metió en el corazón de bastantes conquistadores, enloqueciéndolos. Lo buscan con demencia, de un lado para otro. Así se recorre toda la geografía americana en un santiamén.

Eldorado se escapará de continuo. En pos de él va Jiménez de Quesada. Por lo pronto ha abandonado el Nuevo Reino y viaja por España. Va a Francia y luego a Italia. Gasta sus dineros. Se hace un auténtico hombre renacentista, pero la bolsa adelgaza. Mientras, allá en Santa Fe del Nuevo Reino se le abre juicio de residencia. A los ocho años de deambular por Europa regresa el licenciado a Córdoba. Lleva unos nueve años de vagabundeo europeo. Retorna cansado y hastiado. Su tío, Jerónimo de Soria, le ofrece ser mayoral y mampastor de una leprosería. ¡Qué curioso! No está satisfecho. Anhela algo. Quiere lograr en España y de España la gobernación de Nueva Granada. Su empeño se estrella contra la decisión del Consejo de las Indias, que, acusándole de dar injusta muerte al Zipa, le negaba lo pedido y le condenaba a multa y a un año de destierro de las Indias. No se desanima. Prosigue, y logra el mariscalato de Nueva Granada, facultado para levantar una fortaleza, una renta anual de cinco mil ducados, y etc. No era mucho, pero era algo. Poco después (1550) está en Santa Fe ostentando el mariscalato que el emperador le ha concedido. Ser mariscal del Nuevo Reino es lo que más ha obtenido a la vuelta de veinte años. Casi todos sus compañeros y contemporáneos han desaparecido. Sus dos hermanos, muertos por un rayo; Belalcázar, en Cartagena; Alonso Luis de Lugo, en Europa... El tiene cincuenta años. Y el cura Castellanos, dispuesto de continuo a la burla, nos regala diez versos para el momento:

Vino también en esta coyuntura,
al reino que él había descubierto
y con sus capitanes conquistado,
don Gonzalo Jiménez de Quesada,
harto más repelado que con pelo,
porque en juegos y damas y combates,
libreas, invenciones, faustos vanos

y prodigalidad desordenada,
dio fin a la grandeza de moneda
en aquestas provincias adquiridas.

Ni menos ni más se pueden pintar en versos ramplones las circunstancias del mariscal.

En las tierras, como vimos, han ocurrido muchas cosas. Se ha instalado la primera Audiencia santafesina (1549). Armendáriz ha sido preso por el oidor Juan Montaño, enviado para ello por la Corte. ¡Que lejos están los dos de saber cómo acabarían! Uno, el preso, siendo canónigo; el otro, el apresador, ajusticiado. Gonzalo Jiménez de Quesada es casi un extraño, y nada raro tiene que en una ocasión el terrible licenciado Montaño lo destierre de Santa Fe. Tampoco es extraño que un día el mariscal licenciado sea nombrado gobernador de Cartagena de Indias.

¿Qué ha conseguido a la vuelta de tantos años de pelear por su rey? Casi nada. Descubridor, conquistador, poblador del tercer imperio americano, se ha visto, sin embargo, postergado en su gobierno. Apenas han colmado sus aspiraciones de títulos nobiliarios; el rey le ha hecho merced del Don, honores de mariscal y adelantado del Nuevo Reino. Total: nada. Arruinado y pobre, después de derrochar sus bienes con prodigalidad, en la aturdidora Europa renacentista, ha retornado a cosechar quimeras. Es un auténtico iluso a quien los nuevos mandatarios casi arrinconan. El se refugia en el pasado y recuenta sus hechos y sus amigos... "Unos son muertos, y éstos son los más", escribe al comenzar su *Relación sobre los conquistadores y encomenderos.*

Empero, no deja de planear. Ya veremos cómo aún es capaz de efectuar más salidas que su paisano Don Quijote. Aunque tenga que retornar más que apaleado.

Ya Montaño no existe, ha sido ajusticiado en Valladolid. Jiménez de Quesada, de nuevo en una casona de Santa Fe, trasueña con Eldorado, que un día su hermano Hernando no encontró. De repente, el sueño de mariscal queda interrumpido por una ventolera que llega de Venezuela: el loco Aguirre, el domador de potros, alzado contra su rey, se acerca. Todo queda en nada. El tirano Aguirre sucumbe antes de llegar.

Quesada se acerca a los setenta años y sigue soñando con Eldorado. Le ahoga la vida de Santa Fe. Hay muchos habitantes en la ciudad que, como el mariscal, anhelan salir de ella y marchar en pos de aven-

turas y riquezas. Son los que se alistarán bajo el banderín de Quesada cuando éste lo abra ofreciendo la conquista del mito soñado.

La capitulación se hace con la Audiencia (1569). Españoles e indios le siguen. El, por su parte, se compromete a equipar la tropa, a llevar medio millar de hombres, bastimentos, ocho clérigos, animales, fundar ciudades... A cambio, recibirá el título de marqués para sí y para sus hijos.

Son trescientos jinetes los que dominan sus impacientes caballos; mil quinientos indios de servicio; negros y negras; soldados a pie, etc., los que, al fin, salen bajo el mando de Quesada (febrero de 1569).

La jornada es bien dura. Los llanos se muestran con crueldad. De la hueste comienzan a desertar soldados. El adelantado cuelga a alguno que otro; pero la mueca trágica de los cadáveres no amilana a los demás. Es que es muy dura la marcha. Los cerdos se acaban. Los caballos se apetecen. Y los cueros se devoran. Quesada sigue como loco tras el mito. Dos años de tiempo les separa del día en que salieron. La tropa sufre y está harta; están cansados de aniquilar indios, de caminar, de no hallar nada. Algunos, desesperados, planean asesinar al jefe.

Llanura. Indios que huyen. Pueblos quemados. Pajonales. El mariscal permite retroceder al que lo quiera. El, mientras, continúa. Hay topónimos significativos que jalonan el itinerario: *¡Matahambre!* El invierno les cercó y la llanura se anegó de agua. Tienen que refugiarse en un altozano.

La columna, esquilmada, de hombres flacos y calenturientos, caballos sarnosos, indios amedrentados y un jefe terco, sigue avanzando. Llegan hasta el río Guayó, y arriban a la provincia de los indios choques, valientes y duchos en la guerra.

Cuando entran en un pueblo lo saquean. El maíz se hace poco para saciar sus hambres. Llega un momento en que no hay ni pueblos ni indios a quien combatir. El invierno lo pasan entre los ríos Guaiyaré y Guaracare; al terminar la estación le quedan pocos hombres por compañía. Hay que retroceder. Al cabo de tres años, el balance de la jornada era bien trágico: de mil trescientos hombres blancos regresaron sólo sesenta y cuatro; de mil quinientos indios cargueros se salvaron cuatro, y de mil cien caballos quedaron vivos dieciocho. Total, doscientos mil pesos oro de pérdida.

Con tristeza, con mucha lástima, resume el adelantado en su *Memorial* el fracaso: "No fue Dios servido, por tres años que duró la dicha jornada se pudiese descubrir cosa de provecho ni que se pueda po-

blar, padeciendo en los dichos tres años yo y la dicha mi gente tantos trabajos, tantos infortunios y tan extraños y extraordinarios acontecimientos que ponen horror al entendimiento volver tantas desventuras a la memoria..."

Lo que admira de todo esto es que el viejo Quesada quiso repetir la entrada. A tal llegaba la sugestión de Eldorado; pero, gracias a Dios, su próxima entrada será hacia otra zona: la eternidad.

9. Penetración desde Cartagena de Indias

El madrileño Pedro de Heredia, que hemos visto al principio como lugarteniente de Pedro de Badillo en Santa Marta, partió para la Península con ánimos de lograr se le otorgase la conquista de la rica región de *Cenú*. Consiguió de la Corona lo que deseaba: la conquista de la zona comprendida entre el *Magdalena* al este y el *Atrato* al oeste. En noviembre de 1532 abandonaba Cádiz rumbo a las Indias.

En Puerto Rico cargó provisiones y hombres procedentes de la expedición mandada por Caboto al Río de la Plata; entre éstos estaba el célebre *Francisco César*, llamado a hacerse aún más famoso. En la Española embarcó más bastimentos, indios y negros esclavos, ganado y religiosos.

Ya en Tierra Firme comenzó a recorrer el litorial al occidente del Magdalena, hasta llegar a *Calamar*. "En el istmo que goza de dos mares" fundó, el 20 de enero de 1533, la ciudad de *San Sebastián de Calamar*, origen de *Cartagena de Indias*. La fundación definitiva de Cartagena parece haberse efectuado el 1 de junio del mismo año.

Después de varias luchas con los habitantes de *Canapote* y *Turbaco* recorrió la comarca de *Zamba*, siempre buscando lugar donde "hacer pueblo de asiento". No lo halló, y por eso en junio determinó fijar el emplazamiento provisional de Calamar, nombrar Ayuntamiento y cambiarle el nombre por el de Cartagena.

A los pocos días salió contra la indiada alzada. De localidad en localidad fue recogiendo abundante oro. Su plan de penetración se reducía a llegar al mar del Sur por tierra; deseaba dirigirse hacia él porque en esa dirección estaba además la rica y famosa región de *Sinú* o *Cenú*. En enero de 1534 se puso en marcha, guiado por expertos guías indígenas, hacia *Zenufana*. El botín que extrae de los sepulcros a medida que avanza es enorme. Impulsados por la riqueza lograda siguen camino de las regiones del *Fincenú* y el *Pancenú*. La entrada a esta

última parte fracasó por lo crudo del clima; pero no evitó que, aunque diezmados, recalaran en Cartagena llevando un enorme botín.

Fueron horas de jolgorio en la joven Cartagena. Días después llegó el hermano del gobernador, don Alonso, quien pasó a sustituir a Francisco César en el puesto de lugarteniente. Pronto don Alonso partió hacia el Pancenú con César como teniente. César cayó en desgracia, y cuando en enero de 1535 don Alonso sale de nuevo en busca del Fincenú, lo lleva encadenado, aunque luego lo liberta. Un completo fracaso resultó esta entrada. Pero ya entonces el Cenú estaba pacificado y contaba con una capital llamada *Santiago de Tolú*. Procedente de Panamá, entra en escena un nuevo personaje: Julián Gutiérrez. Viene enviado por el gobernador panameño, y su misión consiste en "rescatar" o comerciar pacíficamente con los indígenas de *Urabá*. Don Alonso de Heredia no tolera esto, y procura impedirlo; pero Francisco César y otros se pasan al bando de Julián Gutiérrez.

En Cartagena la población no está contenta con don Pedro de Heredia; murmura de él, y dice que esconde para sí muchas de las riquezas logradas. Hay un grupo de madrileños que intentan, sin resultado, matarle. Se encuentra incómodo Heredia, y más cuando se entera de que Julián Gutiérrez ha fundado en sus tierras la localidad de *San Sebastián de Buenavista*. Esto no puede tolerarlo; sale contra Julián Gutiérrez, lo apresa junto con Francisco César, y destroza la fundación.

El roce con Julián Gutiérrez se arregló a base de renunciar éste a poblar en la costa oriental del golfo de Urabá, y a establecer el río Darién como límite.

Un nuevo móvil impulsador agita a los hombres de Cartagena: el templo de *Dabaibe*. Al parecer, la india doña Isabel Corral, hermana del cacique de Urabá y esposa de Julián Gutiérrez, sabe dónde se halla. Pero no lo dice. Don Pedro de Heredia sale en abril de 1536 detrás de tal templo. No lo halla, claro. Pero Francisco César continúa por su orden intentando hallarlo. Pocos días le quedan a Heredia en su gobernación. A la Península han llegado muchas quejas contra él, y a Cartagena arriba el oidor Juan de Badillo, o Vadillo, enviado por la Audiencia de Santo Domingo con el fin de juzgarlo. Badillo apresa a los Heredia y les urge declarar dónde esconden las riquezas. Don Pedro es residenciado, pero no se defenderá (apelará al rey y en 1540 se le declarará inocente y se le devolverá el gobierno).

Entre tanto, Francisco César galopa hacia el Dabaibe. Tampoco lo encuentra, y regresa a Cartagena a principios de 1537. Su jefe, don Pedro, está en la cárcel hasta que se fuga.

En diciembre de 1538 se pone en marcha desde Cartagena una de las mejores columnas expedicionarias formadas en Tierra Firme. Ha costado prepararla más de cien mil pesos. La integran unos trescientos cincuenta peones blancos, cien esclavos negros y centenares de indígenas. Este mundo tricolor marcha hacia el Sur llevando como jefe a Badillo y como subjefe a Francisco César. Entre los soldados va Pedro Cieza de León. Badillo huía del Lic. Santa Cruz, que se acercaba a proseguir la residencia de Heredia (1538).

Hasta que llegan a *Anserma*, Badillo y sus huestes pasaron miles de contratiempos, no siendo el menor la muerte de Francisco César. Badillo prosigue rumbo al Sur alucinado, siguiendo las indicaciones de los indígenas, que informan falsamente para quitarse de encima a estos blancos que buscan *Eldorado*. La correría le llevó a tropezarse con Lorenzo de Aldana y Jorge Robledo en *Cali*.

Aldana había sido enviado por Francisco Pizarro detrás de Belalcázar, gobernador de Quito. Temía, con razón, Pizarro que Belalcázar estuviera intentando independizarse de su jurisdicción. Cara a cara Aldana y Badillo, éste cedió su gente al otro y pasó a Popayán y Quito, camino de Panamá, abandonando una empresa que no aportó ninguna fundación y sí descubrimientos geográficos: demostró que el Cauca no era el Magdalena ni el Darién.

10. Roces jurisdiccionales

Las corrientes penetrativas que hemos visto han tenido su nacimiento a orillas del Caribe y se han desarrollado hacia el ecuador. Vamos a ver ahora la penetración en sentido inverso, con base en el Sur y rumbo al Norte.

Belalcázar, dejado en la guarnición de San Miguel de Piura, decidió anexionarse el reino de Quito, del cual le habían llegado tentadoras noticias. Ya en Quito pensó en deshacerse de la subordinación pizarrista, y, atraído por Eldorado, partió hacia el Norte. En consecuencia, mandó al capitán Pedro de Añasco en misión exploradora, y luego a Juan de Ampudia (1535). Reunidos los dos capitanes cruzaron la actual frontera sur de Colombia, pasaron por la región de Pasto y entraron al *valle del Patía*, cuyos antropófagos habitantes fueron vencidos. Continuaron la ruta y llegaron al *valle de Pubén*, donde hoy está Popayán. A orillas del río *Jamundí*, y siguiendo instrucciones de Be-

lalcázar, fundaron el poblado que llamaron *villa de Ampudia*. A principios de 1536 se presentó en el campamento de Ampudia el mismo Belalcázar, que traía ya licencia de Pizarro para conquistar el norte de Quito. Le acompañaba un nutrido cuerpo de ejército, del que era capitán el luego famoso Jorge Robledo. Deseando Belalcázar fundar una población se dio a explorar la región, reconociéndose el país hasta *Anserma*. Buscaba un punto de enlace entre la costa y el interior, el cual halló, y donde el 25 de julio de 1536 alzó *Santiago de Cali*, luego trasladada a su actual emplazamiento. Después se dedicó a buscar otro sitio donde establecer la sede de su gobierno; regresó al Sur, y en el valle de Pubén fundó *Popayán* (diciembre de 1536), cuyo primer alcalde quedó representado por Pedro de Añasco, sucedido por Jorge Robledo.

Prosiguió Belalcázar su plan de explorar todo el país y de hallar una vía de tránsito al Pacífico. Pero necesitaba hombres, y se fue a Quito en su busca. También le era necesario la aquiescencia de Pizarro, y siguió a Lima, donde habló con su jefe. En mayo de 1538 estaba de regreso con refuerzos y alimentos. Organizado el gobierno de Popayán y Cali, emprendió la marcha en julio hacia las cordilleras por el *Páramo de Guanacas*. Salió a *Timaná*, y a principios de 1539 establecía su campamento donde el río Sabandijas se une al Magdalena. Muy cerca estaba Jiménez de Quesada, y más lejos se oía llegar al tudesco Nicolás Federman.

Procedentes de distintas gobernaciones habían confluido en el centro del Nuevo Reino varias columnas expedicionarias, cuyos capitanes marcharon a la Corte. No nos interesa ahora ver lo que sucedía, mientras, en *Coro* o en *Lima*; pero si en Santa Marta y en Cartagena. En Santa Marta, desaparecido Alonso Luis de Lugo, gobernaba Jerónimo Lebrón, y en Cartagena regía el licenciado Santacruz, que residenciaba a los Heredia y mandaba una hueste tras las huellas de Badillo.

Vimos cómo Badillo sale hacia Panamá, y cómo los tres capitanes citados en Bogotá parten para España. En el teatro de acciones sólo quedan: Lorenzo de Aldana y su lugarteniente Jorge Robledo. Pronto hará acto de presencia otro actor, Pascual de Andagoya, a quien vimos –veinte años atrás– como precursor de la empresa del Perú y quien ha conseguido la gobernación del río San Juan. Sale de España en enero de 1539.

Aldana –como dijimos– había venido del Perú a investigar las acciones de Belalcázar, y aunque no había logrado alcanzarlo, confirmó que Belalcázar traicionaba a Pizarro. En vista de ello, comienza a dic-

tar órdenes de gobierno y comisiona a Robledo para que conquiste *Anserma* (1539). El se retira a Quito.

Al año de abandonar Andagoya la Península, Belalcázar concertaba con la Corona el descubrimiento de *Popayán* (31 de enero de 1540), y Pedro de Heredia capitulaba la conquista y población de las tierras hasta la línea equinocial, en las setenta leguas de Norte al Sur que medía su gobernación (31 de julio de 1540).

Vamos a ir detrás de estos tres hombres: Andagoya, Belalcázar y Heredia.

Pascual de Andagoya abandona Panamá en febrero de 1540, y en mayo entra ya en Cali, poblada entonces de hombres inútiles. La primera tarea de Andagoya consiste en hacerse reconocer como gobernador. Lorenzo de Aldana se ha retirado al Perú, dejando a Robledo como representante pizarrista. Andagoya, perdiendo todos los caballos en la marcha, salva el camino de la costa a Cali, donde, asegura Cieza de León, "fue bien recibido por los vecinos, y presentó las provisiones que traía, publicando que venía a hacer a todos mucho bien y tenellos en justicia, y como fueron vistas, sin pedirle la instrucción ni mirar que en aquella tierra no había río que se llamase de San Juan, lo recibieron por gobernador e capitán general, en lo cual se hobieron muy neciamente".

Destacado en la región de los *Quimbayas* se encontraba Jorge Robledo, quien, al enterarse de la llegada de Andagoya, le comunica a éste que irá a verle a *Santa Ana*, llamada ahora por Andagoya *San Juan de los Caballeros*. En el ánimo de Robledo luchan dos decisiones. No se sabe si reconocer al gobernador nuevo o mantener su dependencia perulera. Mientras, remite joyas quimbayas a don Pascual. Los dos siguen su tarea: Robledo conquistando con éxito. Cuenta para ello con buenas tropas –entre ellas va Cieza de León–, con dotes de mando y con las simpatías y respeto de españoles e indios. El 9 de agosto funda, en nombre de Francisco Pizarro, la ciudad de *Cartago*, "porque –escribe Cieza– casi todos los pobladores que estábamos con Robledo veníamos de Cartagena". Venían de Cartagena de Indias. Andagoya continúa imponiendo su gobierno de tal manera que se cree dueño de la gobernación. A Belalcázar parecen quedarle pocos amigos para cuando aparezca. Todos reconocen a don Pascual de Andagoya, que gobierna y evangeliza a los indios.

Esto hacían Robledo y Andagoya. Entretanto, Belalcázar zarpaba en julio de 1540 de Sanlúcar y Heredia llegaba a Santo Domingo en marzo de 1541. A Heredia lo dejamos en su gobernación ajusticiando

a algunos pobladores que se habían sublevado en *Mompós*. Un quinto hombre acapara la atención: el licenciado Vaca de Castro.

Los asuntos del Perú han lanzado a la escena indiana a este hombre. Lo manda el emperador. Sale de la Península a finales de 1540, y lleva consigo omnímodas facultades y severas instrucciones para reglamentar el trato con los indígenas. El rey no quiere que se utilicen perros, que se hagan esclavos, que se ranchee, que se oblige a trabajar a los indios más de lo acostumbrado y que se deje de proteger a los misioneros.

Al saber que Sebastián de Belalcázar se acerca, Andagoya, que confía en la ayuda de Robledo, se prepara para hacerle frente. Cali sirve para que ambos capitanes conferencien y no se pongan de acuerdo. La situación la dirime Belalcázar apresando a su rival y enviándolo a Popayán. Pero aún queda otro obstáculo: Jorge Robledo. Y otro que llega pisándole los talones: Vaca de Castro.

Vaca de Castro, que ha salido de Panamá, se entera de lo que sucede entre Belalcázar y Andagoya al llegar a la isla Gorgona. Con miles de trabajos y enfermo asciende el representante real de la costa a Cali. Y aunque hace lo posible no logra poner de acuerdo a los dos jefes en lo referente a las jurisdicciones de San Juan y Popayán. En vista de lo cual aconseja a Pascual de Andagoya que vaya a España y exponga el caso al mismo emperador.

Dos personajes, Andagoya y Vaca de Castro, van a abandonar pronto estas partes de las Indias, dejando frente a frente a Belalcázar y a Robledo.

Pascual de Andagoya se dirige a Panamá, nombrando como teniente a Payo Romero, tiranuelo sin altura con españoles e indios, que morirá a manos de éstos, quedando así la conquista de la provincia de San Juan abandonada. Vaca de Castro, por su parte, al enterarse de la muerte de Pizarro y de los jaleos que en el Perú se suceden, determina seguir a Lima. Para ello reúne una junta de asesoramiento, y cita a Belalcázar para que le apoye con sus fuerzas. Sin embargo, teme y recela de él; por eso nada de extraño tiene que lo remita a su gobernación cuando logra hacerse de otras fuerzas de apoyo.

Belalcázar se resiste a esta despedida; pero no le queda más remedio que irse y dedicarse a colonizar sus tierras.

11. Belalcázar y Robledo

Desde este momento nos encontramos con Robledo y Belalcázar en duelo. Robledo pacifica la región de *Anserma*, y luego, en paseo triunfal, se dirige a los quimbayas con el fin de apaciguar una sublevación. Al margen, su capitán Alvaro de Mendoza descubre el valle del *Quindío*.

El contacto con Belalcázar comienza cuando recibe documentos de éste acreditativos de su personalidad. No olvidemos que Robledo había conquistado por orden de Lorenzo de Aldana, primero, y luego de Andagoya, una serie de regiones *(Cartago, Quimbaya, Carrapa, Picara, Pancura, Poza, Arma e Inatama)*, y que ahora se veía frente a un nuevo amo al que no sabía si obedecer. Cede y reconoce a Belalcázar (abril de 1541).

A pesar del reconocimiento, Robledo organiza sus conquistas como si fuera el propio gobernador, dando lugar a que Belalcázar tema que se le emancipe de su jurisdicción. Realmente es ese el plan de Jorge Robledo; quiere proseguir su marcha de penetración conquistadora y salir al Atlántico. Desconoce la distancia y las tribus que se le oponen. Avanza. Muchos indios, aterrorizados por la aparición de los blancos, se ahorcan con sus mantas o con sus cabellos. La marcha es durísima: tienen que ingeniárselas para herrar los caballos, muchos de los cuales se hunden en los precipicios, arrastrando a los jinetes. El 21 de noviembre de 1541, en la provincia de *Ebéjico*, funda *Antioquia*.

De Belalcázar no llegan noticias, en vista de lo cual Robledo determina marchar a Cartago con el fin de darle cuenta de sus descubrimientos (enero de 1542). En Cartago engaña al Ayuntamiento cuando le pide permiso para coger una treintena de hombres e ir adonde está el gobernador. Lo engaña, porque se dirige a *San Sebastián de Urabá*, en la costa, con tan mala fortuna que cae en manos de Pedro de Heredia, quien lo remite preso a España, acusándole de transitar con gente armada por el territorio de su gobernación.

Una vez en la Península, Robledo presentó sus títulos de gobierno pidiendo le diesen el mando de los territorios descubiertos por él. A pesar de las influencias que tenía en la Corte la familia de su esposa, doña María de Carvajal, de la noble casa de Jódar, nuestro conquistador encontró grandes dificultades para obtener lo que deseaba: apenas le dieron el insignificante título de mariscal, y le notificaron que el visitador Miguel Diez de Armendáriz llevaba autorización para estudiar los motivos que tuviese a sus pretensiones. Si este visitador, que iba

como portador de las Leyes Nuevas, encontraba justa los fundamentos, se le concedería lo que deseaba.

Después de tres años de permanencia en la Corte salió Robledo en compañía de su mujer y de Armendáriz para las Indias (noviembre de 1543). Va también en la armada el primer virrey del Perú, Blasco Núñez de Vela. Durante el viaje supo captarse la buena voluntad del visitador, de tal manera que a su llegada a Cartagena obtuvo el nombramiento de gobernador de las tierras descubiertas por él –desde Cartago hasta Antioquia–. Según parece, Armendáriz no hizo el nombramiento con toda la legalidad y requisitos debidos. Seguramente obró con segunda intención y buscando la manera de quedar bien con los enemigos de Robledo, si éstos llegaban a predominar algún día.

Dejando a su esposa en San Sebastián de Buena Vista, emprendió Robledo camino por el Atrato hacia la villa de Cartago. Pensaba erigir a ésta en capital de sus territorios. El camino era penoso y difícil.

Llegado que hubo a Antioquia se hizo reconocer como gobernador.

En Arma había gran número de amigos y protegidos de Belalcázar. Robledo se había dirigido allí tras presentar sus despachos en Antioquia. Pero aquí no se le acató. El Cabildo se negó a admitirlo como jefe, alegando que aún no tenía noticias oficiales del emperador concediendo a Armendáriz la facultad de poner y quitar gobernadores. El asunto fue solventado rápidamente por Robledo: entró a mano armada en la población, quebró la vara del alcalde y puso preso a los miembros del Cabildo. De aquí salió para Cartago.

Mientras esto sucedía, Belalcázar, notificado de los hechos, se apercibió con el fin de atajar a Robledo en su marcha.

En Cartago y Anserma, Robledo obtuvo la misma negación que en Arma. Pero el conquistador siguió igual método, y aún más, necesitando dinero, rompió las arcas reales y tomó los tesoros pertenecientes al quinto del rey. Esto produjo gran escándalo y le hizo perder mucha de la popularidad que gozaba.

Durante todo el tiempo en que han sucedido los hechos anteriores se habían cruzado misivas entre Robledo y Belalcázar, requiriéndose uno al otro para deponer el mando. Al fin, viendo el adelantado que Robledo rehusaba abandonar los territorios que había tomado, se puso en marcha contra él. Por su parte, Robledo preparó su pequeña tropa y, situándose en una loma de Pozo, decidió esperar a Belalcázar.

Desde Pozo envió mensajes al gobernador de Popayán, proponiéndole transacciones y que dividiesen amigablemente aquellos territorios tan extensos, en los que había lugar para dos gobernadores; y para que

se asegurase la paz ofrecía dos parientas que su mujer traía consigo para los hijos de Belalcázar. Según parece, Belalcázar no rehusó resueltamente estas proposiciones, pero para adormecer al mariscal y confiarle en que no le atacaría, le dejó cierta esperanza de entrar en tratos con él.

En efecto, Robledo permaneció descuidado en la loma de Pozo, en vez de trasladarse a Antioquia, donde tenía amigos y podía hacerse fuerte. Envió otros delegados a Belalcázar, que los aprisionó y marchó rápidamente sobre el campamento de Robledo con el fin de atraparlo desapercibido.

Era el primer día de octubre de 1546 cuando Belalcázar cayó sobre el conquistador. La sorpresa no le permitió sino una rendición fácil. El adelantado no dudó en condenarlo a muerte y ajusticiarlo el 5 de octubre, declarándolo "alborotador del reino, usurpador y opresor de la real justicia". Las causas de su rápido fin en el garrote fueron, según unos, porque Belalcázar encontró en los papeles de Robledo una carta dirigida a Armendáriz donde le llamaba a él traidor. Otros dicen que la carta fue una farsa, y que el verdadero motivo radicaba en el temor que a Belalcázar inspiraba Robledo en cuanto a una suplantación del mando por la popularidad que tenía en la región y por las influencias en la Corte.

Muerto Robledo, juntamente con otros tres culpados, fueron sepultados en una casa que se quemó luego y sembró de sal. Pero esto no impidió que los indios de las inmediaciones desenterraran los cuerpos y los devorasen.

El visitador Armendáriz no actuó como correspondía, y en 1547 la Audiencia de Santo Domingo le nombró un sucesor que debía residenciarle: Alonso de Zorita. Dos años más tarde Carlos I estableció la Audiencia de Santa Fe de Bogotá, con jurisdicción sobre las gobernaciones y provincias de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada, Cartagena, Río de San Juan y la parte de Popayán no incluida en la Audiencia de San Francisco de Quito (junio de 1549). En 1550 se instaló la Audiencia, cerrando, por así decirlo, el período de la conquista en la actual Colombia.

Después del drama de la Loma del Pozo, Belalcázar envió al capitán Juan Coello con el fin de recuperar el gobierno de Antioquia. Luego se fue al Perú en ayuda de Lagasca contra Gonzalo Pizarro. Del Perú, y a fines de 1548, retornó a su gobernación. Un año después apareció el licenciado Francisco Briceño como juez de residencia. Fue severo, y condenó a Belalcázar a muerte por lo de Robledo. Apeló el

sentenciado, y se puso en camino para España, muriendo en Cartagena de Indias (30 de abril de 1551).

Gobernaba en Cartagena su antiguo rival, Pedro de Heredia. La pista de éste la hemos abandonado cuando apresó a Robledo. Lo hizo en San Sebastián de Urabá (1542), desde donde se dirigió a Antioquia. Había estado buscando infructuosamente el tesoro del Dabaibe. A la fuerza tomó el mando de Antioquia, ya que se la disputaron los representantes de Belalcázar. Enterado éste, remitió al capitán Juan de Cabrera, que recuperó la ciudad y despachó a Heredia preso hacia Panamá. La Audiencia de aquí no resolvió el pleito y dejó libre al madrileño, que prosiguió por las armas su disputa sobre Antioquia. La tomó, repartió de nuevo los indios y siguió al Norte buscando la unión del Cauca al Magdalena. La ciudad volvió a pasar más de una vez de unas a otras manos, hasta que, por fin, el Estado la adjudicó a la gobernación de Popayán.

Por entonces, principios de 1544, Armendáriz citó a Heredia en Cartagena para residenciarlo. Se le envió a España, de donde regresó como gobernador de Cartagena y para enterrar a su rival Belalcázar. En 1554 se le comenzó juicio de residencia; pero lo irregular de él le hizo dirigirse a España. Una tormenta hundió la nao donde iba.

BIBLIOGRAFIA

1. Crónicas y Documentos.

AGUADO, Pedro de: *Historia de las provincias de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada.*–Madrid, 1930, 3 vols.

CASTELLANOS, Juan de: *Elegia de varones ilustres de Indias.*–Madrid, 1847.–«Biblioteca de Autores Españoles». Tomo IV. (Hay edición moderna de Bogotá, 1954.)

– *Historia del Nuevo Reino de Granada.*–Madrid, 1886, 2 vols.

FERNÁNDEZ PIEDRAHITA, Lucas: *Historia general de la conquista del Nuevo Reino de Granada.*–Amberes, 1688, y Bogotá, 1881.

FLÓREZ DE OCARIZ, Juan: *Genealogia del Nuevo Reino de Granada.*–Bogotá, 1943-44, 2 vols.

FRIEDE, Juan: *Documentos inéditos para la historia de Colombia.*–Coleccionados en el Archivo General de Indias de Sevilla por el académico correspondiente.–Publicados siete tomos. (Años 1509-1544.) Bogotá, 1955.

– *Gonzalo Jiménez de Quesada a través de documentos históricos. Estudio biográfico.*– Tomo I, 1509-1550. Bogotá, 1960.

JIMÉNEZ DE QUESADA, Gonzalo: *El Antijovio.*–Estudio preliminar por Manuel Ballesteros Gaibrois.–Bogotá, 1952.

RODRÍGUEZ FRESLE, Juan: *El Carnero.*–Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada de las Indias Occidentales del mar Océano, fundación de la ciudad de Santa Fe de Bogotá.–Bogotá, 1942.

SAN MARTÍN, Juan de, y LEBRIJA Alonso de: *Relación del descubrimiento y conquista del Nuevo Reino de Granada, años 1536 a 1539.*–Publicada en «Relaciones Históricas de América», Primera mitad del siglo XVI.–Madrid, 1916.

SIMÓN, Fray Pedro: *Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales.*–Bogotá, 1882, 5 tomos.
(Hay edición de Bogotá (1953) en 9 vols., y de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela (1963) en dos tomos.)

ACOSTA, Joaquín: *Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada en el siglo décimosexto.*–París, 1848.

ACOSTA DE SAMPER, Soledad: *Biografías de hombres ilustres y notables relativas a la época del descubrimiento, conquista y colonización de la América denominada actualmente Estados Unidos de Colombia.*–Bogotá, 1883.

ARCINIEGAS, Germán: *Jiménez de Quesada.*–Bogotá, 1939. También con el título *El Caballero de El Dorado.*–Madrid, 1969.

ARIZA, Fray Alberto E.: *Itinerario cronológico y geográfico de Jiménez de Quesada a la conquista de los chibchas.*–«Bol. de Historia y Antigüedades», vol. LIV. Bogotá, 1967, núms. 627-29, págs. 101-120. Dos gráficos.

BROADBENT, Sylvia M.: *La fundación de Santa Fe. Rectificaciones a rectificaciones.* «Boletín de Historia y Antigüedades» núms. 630-32. Bogotá, 1967.

CUNNINGHAME GRAHAM, R. B.: *The conquest of New Granada being the life of Gonzalo Jiménez de Quesada.*–Londres, 1922.

ELÍAS DE TEJADA, Francisco: *Las ideas políticas de los fundadores de Nueva Granada.* Colección «Mar Adentro». Publicación de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos.–Sevilla, 1955.

FRIEDE, Juan: *Antecedentes históricogeográficos del descubrimiento de la meseta chibcha por el licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada.*–«Revista de Indias», abril-junio 1950, núm. 40.

– *Sobre el lugar de nacimiento de Gonzalo Jiménez de Quesada, descubridor y fundador del Nuevo Reino de Granada.*–«Revista de Indias», núm. 45, año XI; julio-septiembre de 1951.

– *Las ideas geográficas en la conquista del Nuevo Reino de Granada.*–«Revista de Indias»; XV, números 61-62, 1955.

– *La expedición de Sebastián de Belalcázar a Santa Fe.*–«Bol. de Historia y Antigüedades», XLII, núms. 493-4, 1955.

– *Nicolás Féderman en el descubrimiento del Nuevo Reino de Granada.*–«Revista de Historia de América», núm. 42. México, diciembre 1956, págs. 257-93.

– *Invasión del país de los Chibchas. Conquista del Nuevo Reino de Granada y fundación de Santa Fe de Bogotá.*–Bogotá, 1956.

– *Gonzalo Jiménez de Quesada a través de documentos históricos.* Bogotá, 1960.

– *Descubrimiento del nuevo Reino de Granada y fundación de Bogotá.* Bogotá, 1960.

GALVIS MADERO, Luis: *El Adelantado.*–Madrid, 1957.

GÓMEZ HOYOS, R.: *Gonzalo Jiménez de Quesada, hombre de armas, de letras y de leyes.*–«Revista de Indias», 1950, núm. 42.

GROOT, José Manuel: *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada.*–Bogotá, 1869, 3 vols.

HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, Guillermo: *De los chibchas a la colonia y a la República.*–(Del clan a la encomienda y al latifundio en Colombia.)–Bogotá, 1949.

JIJÓN Y CAAMAÑO, Jacinto: *Sebastián de Belalcázar.*–Quito, 1936-38, 2 vols.

LUCENA SAMORAL, Manuel: *Don Alonso de Ojeda: Descubridor, primer gobernador y poblador de Colombia.* Bogotá, 1970.

MARCO DORTA, Enrique: *Cartagena de Indias.*–Sevilla, 1951.

MARKHAM, Clements Robert: *The Conquest of New Granada.*–London, 1912.

MATILLA TASCÓN, Antonio: *Los viajes de Julián Gutiérrez al golfo de Urabá.*–Sevilla, 1945.

ORTEGA RICAURTE, D.: *Ruta de Gonzalo Jiménez de Quesada.*–«Boletín de Historia y Antigüedades».–Bogotá, 1938.

OSPINA, A. Joaquín: *Diccionario biográfico y bibliográfico de Colombia.*–Bogotá, 1927-39, 3 vols.

OTERO D'ACOSTA, Enrique: *Gonzalo Jiménez de Quesada.*–S. l. y s. a.

RESTREPO CANAL, Carlos: *Gonzalo Jiménez de Quesada y el espíritu de la conquista.*–«Revista de Indias», año IX. núm. 36; abril-junio, 1949.
RESTREPO TIRADO, Ernesto: *Descubrimiento y conquista de Colombia.*–Bogotá, 1919, 3 tomos (Obra fundamental. Vid. la bibliografía clásica que utiliza.)
– *Historia de la provincia de Santa Marta en el Nuevo Reino de Granada.*–Sevilla, 1929, 3 vols. (Hay edición de Bogotá (1953) en 2 tomos.)
RIVAS, Raimundo: *Los fundadores de Bogotá.*–Bogotá, 1923.
(Son relaciones biográficas de los compañeros de Quesada.)
ROBLEDO, Emilio: *Vida del mariscal Jorge Robledo.*–Bogotá, 1945.
ROSA, Leopoldo: *La expedición de Fernández de Lugo.*–«Anuario de Estudios Atlánticos». Madrid, 1966.
ROSA, Moisés de la: *Los conquistadores de los chibchas.*–Bogotá, 1935.
(Es una nómina del ejército conquistador.)
SALAS, Julio C.: *Etnología e historia de Tierra Firme.* (Venezuela y Colombia.)–Madrid, s. f.
TAMAYO, J.: *Don Gonzalo Ximénez de Quesada.*–«Boletín de Historia y Antigüedades». Bogotá, 1938. XXV.
TORRE Y DEL CERRO, José de la: *Una gesta cordobesa. El descubrimiento y la conquista del Reino de Nueva Granada.*–Córdoba, 1936.
– *Gonzalo Jiménez Quesada.*–1936.
VALLEJO, Alejandro: *La cita de los aventureros. Gesta de don Gonzalo Jiménez de Quesada.*–Bogotá, 1938.

XVII

LOS AMAZONAUTAS

«Después desto, se tuvo noticia en el Perú que en la tierra de Quito, hacia la parte del Oriente, había un descubrimiento de una tierra muy rica y donde se criaba abundancia de canela, por la cual se llamó vulgarmente la tierra de la Canela. Y para la conquistar y poblar determinó el Marqués enviar a Gonzalo Pizarro, su hermano.»

(AGUSTÍN DE ZÁRATE: *Historia del descubrimiento y conquista del Perú.* Lib. IV, cap. I.)

«... pero lo que de aquí adelante dijere será como testigo de vista, y hombre a quien Dios quiso dar parte de un tan nuevo y nunca visto descubrimiento como es este que adelante diré.»

(FRAY GASPAR DE CARVAJAL: *Relación del nuevo descubrimiento del famoso Río Grande...*)

Las primeras navegaciones del Amazonas.

1. Orellana, el tuerto

Cuando Francisco de Orellana se pone a navegar río Amazonas abajo tenía treinta años. Fue en 1541 el año de tal navegación. Había nacido, pues, en 1511. En Trujillo de Extremadura. Al lado de otros soldados jóvenes vive en Centroamérica. Es en la América Central de 1527 donde circula el afán por hallar una comunicación entre el Atlántico y el Pacífico que permita conectar directamente España con las islas de la Especiería. De allí, y ya con veintiún años, salta al Perú (1533), a reforzar las huestes de Pizarro. La última conquista y fundación en la cual participa es la de Puerto Viejo, en marzo de 1533. La intervención le cuesta la pérdida de un ojo. Otro tuerto de la conquista, con Narváez y Almagro.

Radicado en Puerto Viejo, lejos de la neurosis conquistadora, se dedica a su casa y hacienda. Pero, como tantos, no puede permanecer inactivo. Cuando se entera que en Cuzco y Lima están sitiados Hernando y Francisco Pizarro, sus amigos, se apresura a organizar una mesnada de socorro. Compra caballos, reúne hombres y emprende la marcha hacia el Sur. Desde este momento se ve envuelto en las guerras civiles. Tiene que actuar en las Salinas. Y cuando Almagro muere y Francisco Pizarro distribuye la tierra en deseo de descongestionar gente, a Orellana le asigna la provincia de *Culata* con orden expresa de fundar allí una ciudad.

Para siempre abandona Lima en el año 1538, camino del Norte.

Entra en la provincia asignada y funda *Santiago de Guayaquil.* San Francisco de Quito contaba de este modo con una salida al mar del Sur.

Tranquilo y hasta aburrido debía estar en su gobernación, cuando se entera que Gonzalo Pizarro había sido nombrado, por su hermano el marqués, gobernador de Quito en sustitución de Belalcázar, "pues –dice Oviedo– como el marqués don Francisco Pizarro supo que Belalcázar se había partido de Quito sin su licencia, envió allá al capitán Gonzalo Pizarro, su hermano, y enseñoreóse de aquella ciudad de San Francisco y de parte de aquella provincia, y desde allí determinó de ir a buscar la canela y a un gran príncipe, que llaman el *Dorado*". Como dentro de la gobernación quiteña entraba Puerto Viejo y Santiago de Guayaquil, nada más natural que Orellana se traslade a Quito a ofrecerle sus servicios. Y a ponerse a sus órdenes, porque Gonzalo viene con la intención de hacer una gran entrada en las tierras de la Canela y Eldorado. Acepta el gobernador el ofrecimiento de su deudo.

Rápidamente regresa Orellana a Guayaquil con el fin de preparar gente e incorporarse a su paisano. Otra vez estaba tocado del mal de la época.

2. Hatun-Quijos, tierra de la canela

Sobre los pobladores pesaban los informes traídos por la expedición de Díaz de Pimienta relativos a "que más adelante de la provincia de la Canela y los Quixos se hallaban tierras muy ricas, adonde andaban los hombres armados de piezas y joyas de oro, y que no había sierra ni montaña". Sin duda se referían al país de los *quimbayas,* al Norte. Gonzalo Pizarro venía precisamente a buscar esa tierra rica y productora de la canela, de la especiería tan valorada en la época. Se hablaba que el Inca Atahualpa había regalado a Pizarro un ramo de flores de *ishpingo,* con las que los indígenas sazonaban sus alimentos. Tras Eldorado y tras estas olorosas flores marchaba Gonzalo Pizarro. Como él mismo confiesa al decirle al emperador desde Tomebamba: "Por las grandes noticias que en Quito y fuera del yo tuve..., que confirmaban ser la provincia de la Canela y Laguna del Dorado tierra muy poblada y muy rica..., me determiné de ir a conquistar descubrir porque me certificaron que destas provincias se habrían grandes tesoros de donde V. M. fuese servido y socorrido para los grandes gastos que cada día a V. M. se le ofrecen en sus reinos."

Gonzalo era todo un personaje, por sí y por el prestigio de su hermano Francisco. Todavía no presentía el papel principalísimo que jugaría en las guerras civiles, ni el final tan funesto que le esperaba. Pero todo se podía esperar de una época como ésta, en que los hombres se jugaban la vida y las fortunas con unos dados, por así decirlo. Para mejor inteligencia de lo que Gonzalo hará, conviene que digamos su edad y sus condiciones. Gonzalo Pizarro, en el momento de la expedición a la Canela, "era hombre de hasta cuarenta años, alto de cuerpo y de bien proporcionados miembros; era moreno de rostro, la barba negra y muy larga. Era inclinado a las cosas de la guerra y gran sufridor de los trabajos della; era muy buen hombre de caballo de ambas sillas y gran arcabucero; y con ser hombre de bajo entendimiento, declaraba bien sus conceptos, aunque por muy groseras palabras; sabía guardar mal secreto, de que se siguieron muchos inconvenientes en sus guerras. Era enemigo de dar, que también le hizo mucho daño. Dábase demasiadamente a las mujeres, así a indias como a de Castilla". No se puede pedir más al cronista Zárate para saber cómo era Gonzalo Pizarro, el más simpático de esa odiada secta de los Pizarro, al decir de Fernández de Oviedo.

Los aprestos se hacen velozmente. En 1541 hay ya concentrados en Quito unos cuatro mil indios, doscientos veinte españoles, mil perros, mil cerdos, bestias, llamas y guías. En febrero o marzo abandonan la ciudad, "llevando cada uno una espada y una rodela, e una pequeña talega que llevaban debajo, en que era llevada por ellos su comida...". Así, escribe Cieza, "se metían a descubrir lo que no sabían ni habían visto". La vanguardia tiene orden de ir directamente a *Quijos*. El grueso de las fuerzas lo manda Gonzalo Pizarro en el centro de la columna. Es difícil la marcha. Ríos y selvas. Ascienden las montañas dejando atrás míseros poblados. En los páramos helados de *Atinsana* y *Papallacta* sucumben por el frío unos cien indios. Los víveres escasean, y a fuerza de machetazos han de abrirse paso hacia el valle de *Zumaco*. Llegan a él. Están a treinta leguas de Quito.

Fue en Zumaco donde Orellana se incorporó a los expedicionarios. Llegaba con veintitrés hombres agotados, trayendo únicamente "una espada y una rodela, y sus compañeros por consiguiente". Sin embargo, Gonzalo se alegra mucho de su compañía, y le nombra teniente general. En tal coyuntura discuten la ruta a seguir. Deciden efectuar una entrada exploradora. En Zumaco queda el campamento, mientras Gonzalo se dirige hacia Oriente, intentando hallar los árboles de la canela. Después de sesenta días, los encuentra. Son pocos, mezquinos y

diseminados en la inmensidad boscosa. Retroceden al real de Zumaco, pero se desvían rumbo al pueblo de *Capua*, y tropiezan con un caudaloso río y con el cacique *Delícola*. No pueden vadear el río y del cacique obtienen falsos informes sobre lo que buscan. En premio lo hacen prisionero.

Una vez en Zumaco construyen precipitadamente un bergantín. Están acosados. Han sentido hambre. Sobre la jungla miasmática han caído muchos indios. Los cerdos se escapan y las llamas perecen con los caballos. Para evitar en algo este penoso caminar, que se enreda en raíces traicioneras y se hunde en el fango cruel, han decidido fabricar un barco: *Avila del Barco* se llamará el lugar donde establecieron el improvisado astillero.

3. Hombres de ojos mongólicos

Cuando el bergantín estuvo terminado, una parte de los expedicionarios embarcaron en él al mando de Juan de Alcántara y se lanzaron río abajo, mientras el resto continuaba por la orilla salvando ciénagas, esteros y a hostiles indígenas.

Los expedicionarios han pasado por el río Cosanga, luego por el Coca, que los lleva al Napo. Por la orilla izquierda de éste desemboca el Aguarico y por la derecha, mucho más abajo, el Curaray. Pues bien, en pleno Napo, entre el Aguarico y el Curaray, fue donde se desarrolló la próxima y trascendental escena: la separación de Gonzalo y Orellana.

Habían llegado a una situación desesperada. Carecían de bastimentos. Unos indios capturados les hablaron de un rico país situado más abajo del río. Después de deliberar resolvieron que Pizarro quedaría acampado donde estaba, mientras Orellana, con unos pocos soldados, iría a buscar alimentos. Hacía unos diez meses que habían salido de Quito. En el barco meten objetos pesados, ropas y joyas de los expedicionarios, enfermos, unas pocas provisiones...; total, sesenta personas entre las que van dos frailes: fray Gonzalo de Vera y fray Gaspar de Carvajal. Este se encargará de escribir una relación del viaje y perderá un ojo por un flechazo. Al despedirse le ruegan a Gonzalo que si tardan en regresar no le eche en cuenta y retroceda a donde haya alimentos (26 de diciembre de 1541).

El bergantín parte como una flecha aguas abajo. A los tres días de navegación no han encontrado poblado alguno. Ignoran dónde van y

si encontrarán lo que buscan. Comprenden que el retorno es imposible. Discuten. Y la discusión termina porque, según fray Gaspar, "acordóse que eligiésemos de dos males el que al Capitán y a todos pareciese menor, que fue ir adelante y seguir el río o morir a ver lo que en él había...".

Pasan los días sin encontrar un bohío ni víveres. Comen hierbas, cueros, cintas y suelas de zapatos. Hay espanto en las anotaciones de fray Gaspar. El primer día de 1542 oyen tan tan de tambores. Redoblan la guardia. Para aplacar el hambre, fray Gaspar se desprende de la harina que tiene para hacer hostias. Ya no podrán oír misa. Los tambores dejan oírse de nuevo en la noche del octavo día. El 3 de enero de 1542, el bergantín suelta sus amarras y se precipita hacia donde suenan los tambores. Pronto, sobre el río, divisan canoas tripuladas por indígenas. Han llegado al pueblo de *Aparia*. Ya pueden saciar el hambre y descansar. Hasta el momento los hechos han sido imprevistos, inciertos e importantes.

4. La «traición» de Orellana

Lo primero que hay que hacer una vez repuestas las fuerzas es tomar posesión de las tierras de los caciques *Aparia* e *Irimara*. Hace falta un escribano. Orellana lo nombra: el vasco Francisco de Isásaga, quien anota que su capitán toma posesión del territorio "en nombre de Su Majestad, por el gobernador Gonzalo Pizarro...". Después de esto viene lo que ha sido llamado "parodia del acto de Hernán Cortés en San Juan de Ulúa", o "la traición de Orellana".

El, Orellana, prometió en su día regresar adonde estaba Gonzalo. Y ahora está dispuesto a efectuarlo. Al menos, lo manifiesta. Pero sus compañeros le contestan en un memorial, donde, entre otras cosas, se lee que no desean regresar porque "será dar ocasión a desobedecer a vuestra merced y al desacato que tales personas no han de tener sino fuese con temor de la muerte". Más claro no puede ser: le amenazan con sublevarse si ordena remontar el río y regresar. En un último intento ofrece premio y ayuda a quien se atreva a conectar con Gonzalo Pizarro. De los cuarenta y ocho hombres tan sólo tres dan un paso adelante ofreciéndose a realizar la aventura del retorno. Son desechados. Pero hay que construir un nuevo bergantín. Todo lo improvisan, y en cuarenta y un días lo terminan. Dos barcos, el *San Pedro* y el *Victoria*, están dispuestos para llevarlos hacia el mar.

Los autores se dividen al analizar este acto. Para unos, Orellana es un vulgar ladrón y alzado que se lleva las propiedades de sus compañeros y se ha independizado de Gonzalo Pizarro. Otros justifican la acción por la imposibilidad física del regreso aguas arriba. Es lo que se lee en los documentos y en la *Relación* de fray Gaspar. Considerando que por la furia del agua no podría desandar en un año lo que había navegado en tres días, determinó seguir río adelante. Así partió "casi amotinado –Zárate– y alzado, porque muchos de los que con él iban le requirieron que no excediese de la orden de su general, especialmente fray Gaspar de Carvajal...", y "un caballero mozo –añade Garcilaso Inca–, natural de Badajoz, llamado Hernán Sánchez Vargas, a quien los contradictores tomaron por caudillo". En los dos barcos reanudan la marcha hasta entrar en el Amazonas el 12 de febrero de 1542.

Viene ahora la segunda parte del acto que les desvinculará del pasado y les enfrentará con un porvenir misterioso. Orellana renuncia la tenencia de Gonzalo Pizarro (1 de marzo), pero, a renglón seguido, los expedicionarios le piden que siga siendo su jefe en nombre del rey, y redactan un documento justificativo que tuvieron "por mejor y más servicio de Dios y del Rey venir y morir el río abajo que no volver río arriba...".

Vuelta a lo mismo: navegar, como huyendo, entre la selva hostil. El 12 de mayo avistan *Machifaro*. Los indios son belicosos y resisten. Mucho trabajo les cuesta entrar en el pueblo, donde hallan alimentos y grandes criaderos de tortugas. Víveres y tortugas son izados a bordo después de encarnizada pelea.

5. El mar y la muerte

Durante toda la noche son hostigados por canoas cargadas de indios. Sin reposo, durante dos días y dos noches, los indios del cacique Machifaro les acosan mientras navegan. A lo largo del río, la muchedumbre les amenaza. La tierra de los *Omaguas* no les depara descanso. Después atraviesan los dominios del cacique *Paguana*, los que dejan atrás el 29 de mayo para entrar en una zona habitada por indios feroces y audaces. Por cinco días sufren la acometida de estos indígenas. Al fin abordan un río que impele a los navíos con enorme fuerza. Se trata del río Negro, que han descubierto el sábado día 3 de junio de 1542. El 8, día del Corpus, pueden descansar, dejan atrás la desembocadura del Madeira en el Amazonas y, poco después, la del Tapajoz.

Todo se sucede rápidamente. Aparecen las flechas envenenadas, y algunos sucumben por sus efectos. Se perciben síntomas de mareas: están cerca del mar. Los indios les impiden atracar para tomar alimentos. En las orillas no hay boscaje, en el agua del río flotan algunas islas. Entre los indios guerrean mujeres, las amazonas de fray Gaspar. Este pierde un ojo de un flechazo. El ansia por llegar al océano les domina. Reman hasta extenuarse porque la marcha ahora depende del flujo y reflujo de las mareas.

Mientras los dos barquichuelos caminan buscando el Atlántico en estos primeros días de junio, Gonzalo Pizarro entraba en Quito con ochenta soldados tan escuálidos que parecían mendigos.

Día 24 de agosto de 1542. Están ya en plena desembocadura. "Nunca jamás –expresa Gómara con esa admiración suya que siempre sintetiza en un 'nunca jamás'–, a lo que pienso, hombre ninguno navegó tantas leguas por río como Francisco de Orellana por éste, ni de río Grande se supo tan presto el principio y el fin como deste." El 27, sin brújulas, sin pilotos, sin anclas y sin cartas de marear, escribe fray Gaspar, "nos pusimos a punto de navegar por la mar donde la ventura nos guiase y echase". Hasta el 29 se deslizan juntos los dos barcos, pero ese día una tormenta los aísla por completo. El bergantín de Orellana entra en el golfo de Paria, donde durante siete días lucharán por salirse. Se alimentan de ciruelas. La voluntad es fuerte, y gracias a ella logran salir del golfo e ir a Cubagua. Allí, en Nueva Cádiz, les espera el *San Pedro* y sus tripulantes (11 de septiembre de 1542).

Dejamos la pluma a Cieza para que él escriba el final: "E pasado otros trabajos mayores allegaron al mar Océano, desde donde se fue a España y S. M. le hizo merced de aquella provincia con título de adelantado e publicando mayores cosas de las que vio allegó mucha gente, con la cual entró por boca del gran río y murió miserablemente y toda la gente se perdió."

Había salido de Sanlúcar en 1545 con la gobernación de las tierras descubiertas por él y bautizadas como *Nueva Andalucía*. En un intento por hacer el camino inverso, entra por la desembocadura y remonta el Amazonas. Le acompaña su mujer, doña Ana. La nueva odisea fluvial lleva consigo el fracaso y la muerte de su promotor, que queda bajo la tierra de una orilla amazónica, muerto de enfermedad y de congoja (noviembre 1546).

6. Veinte años después

"Volviéronse a avivar estas esperanzas veinte años después, que fue el de quinientos y sesenta, con la entrada que por orden del virrey del Perú hizo a este gran río el general Pedro de Ursúa, arrojándose con buen ejército a sus aguas...", escribe fray José de Maldonado, O. F. M.

Veinte años después que Orellana, otra expedición hispana navega por el Amazonas partiendo desde el virreinato peruano y yendo a desembocar al Atlántico. Es la expedición de Pedro de Ursúa. Gobernaba entonces en el Perú el marqués de Cañete, quien, enterado de las riquezas guardadas por la Amazonía, decidió incorporar esta zona. *Eldorado* seguía aguijoneando las mentes. Por otro lado, la situación del Perú era propicia para la organización de alguna entrada. Había capitanes que disfrutaban pingües beneficios en premio a sus acciones; pero también había otros que yacían en precaria situación, deseando enrolarse en nuevas aventuras que les deparasen lo que soñaban. Muchos vagos y muchos hombres sin oficio pululaban por las tierras peruleras, constituyendo un lastre peligroso, dispuestos de continuo al alzamiento. Por ello, el virrey Cañete, con astucia, preparó la manera de descongestionar sus gobernaciones de este elemento peligroso. El remedio consistió en remitirlos bajo las banderas de algunas expediciones de conquista. Una, por ejemplo, al mando de su hijo don García Hurtado de Mendoza, se dirigió a Chile. Otra, la nuestra, marchó camino de Omagua, bajo la dirección de Pedro de Ursúa. Hacia el año 1559, don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete y virrey del Perú, delegó en Ursúa "muy bastantes poderes y provisiones, y cumplidísimos límites, y con gran ayuda de costa de la Caja de su Majestad". Personalmente aportó quince mil pesos; aparte de otra cantidad que ofrecieron algunos comerciantes.

A los veinticinco años de fundada Lima partía Ursúa de ella, rumbo al Norte, siguiendo la huella de Gonzalo Pizarro y Francisco de Orellana. La preparación de la expedición le llevó año y medio. Le fue difícil lograr buenas gentes. Al reclamo del bando virreinal fueron acudiendo estos tipos adonde el banderín de enganche se había abierto. Ursúa, hombre animoso, incitaba personalmente a la aventura y ofrecía premios y dádivas a quienes se decidieran a marchar. En el norte del Perú, en *Trujillo, Chachapoyas* y *Moyobamba*, logró reunir bastantes individuos. Eran los que más tarde conoceríamos con el inmortal calificativo de "los marañones". Del norte peruano pasó al pueblo de *Topesana*, y a orillas del río *Huallaga* estableció unos asti-

lleros donde fabricarían los barcos con que surcar el Amazonas. Un último viaje a Lima, a puntualizar detalles con el virrey, le permitió reunir más gentes. Algunos frailes se le unieron. Ya tenía suficiente personal y suficiente dinero. Era el año 1560. Contaba con trescientos hombres, siete bergantines y cuatro embarcaciones planas. La entrada se hizo por Moyobamba. Abandonaron el pueblo de Topesana el 26 de septiembre de 1560, "bien aderezados de todo lo necesario con otros tantos caballos –trescientos– y algunos negros y otros muchos servicios y cien arcabuces", y cuarenta ballestas y mucha munición de pólvora y plomo, salitre y azufre.

7. «Dramatis personae»

El primer personaje del drama, pronto a desarrollarse, es el capitán de la expedición. Para algo es él el jefe. Se llama –ya lo sabemos– Pedro de Orsúa o Ursúa. Nació en 1525, de padres nobles, y como él, navarros. Pasó a las Indias y anduvo por Cartagena y Santa Fe. Llegó a ser gobernador de Santa Marta. Si en 1556 lo hallamos en Panamá, en 1558, sin embargo, nos tropezamos con el mismo en Lima y, poco después, ya está al frente de la mencionada expedición.

Detrás de Ursúa se perfila la figura del joven sevillano don Fernando de Guzmán. Tiene entonces casi veinticuatro años. Será el futuro rey de la baraja que el loco Aguirre utilizará en sus pretensiones. De alférez de la Armada saltó a príncipe o rey de la mesnada inquieta. Poco le duró su reinado; el mismo Aguirre acabó con su farsa.

Dos mujeres, Inés de Atienza y Elvira Aguirre, son los elementos del sexo femenino encargados de los papeles de su género. La primera es una bellísima mestiza, hija del capitán Blas de Atienza –compañero de Balboa–, radicada en Trujillo, de donde salió para marchar con Ursúa. La segunda mujer, Elvira, es una muchacha de quince años, también mestiza e hija del rebelde Aguirre. La primera será la manzana de la discordia y la perdición del capitán. Este, Ursúa, dice Hernández, "era tanto lo que la quería que cierto se perdía por ella y decían los soldados que no era posible sino que estaba hechizado". Ya veremos lo que sucede con ella a la muerte de su amante. También tendremos ocasión de saber el final que le aguarda a la pequeña Elvira.

8. Aguirre, el domador de potros

El personaje central de la aventura es Lope de Aguirre, natural de Oñate (Guipúzcoa). Por el paisaje americano comenzó a moverse hacia 1537, cuando tenía unos veintiséis años. A los cincuenta está enrolado en la expedición de Ursúa; antes ha actuado en las guerras civiles luchando a favor del primer virrey y luego de Vaca de Castro. Su antiguo oficio como domador de potros quedó abandonado por el fácil disfrutar de otros quehaceres más lucrativos. Y por el de revoltoso. Porque acontece que después de figurar en la batalla de *Chuquinga*, donde recibe dos arcabuzazos que lo dejan cojo para siempre, se dedica a llevar "una vida tan desordenada y revoltosa que de todos los pueblos era desterrado, conociéndosele con el nombre de *Aguirre el Loco*". La descripción de este tipo humano es tan interesante y explica tanto su manera de ser, que conviene conocer una de las varias que se hicieron. Esta, que transcribimos, se debe a Francisco Vázquez, quien escribe así:

"Era este tirano de Lope de Aguirre hombre casi de cincuenta años, muy pequeño de cuerpo y poca persona; mal agestado, la cara pequeña y chupada; los ojos que si miraban de hito, le estaban bullendo en el casco, especial cuando estaba enojado. Era de agudo y vivo ingenio, para ser hombre sin letras. Fue vizcaíno, y según decía, natural de Oñate, en la provincia de Guipúzcoa. No he podido saber quienes fuesen sus padres, más de lo que él decía en una carta que escribió al Rey Don Felipe, nuestro señor, en que dice que es hijodalgo; mas juzgándolo por sus obras, fue tan cruel y tan perverso que no se halla ni puede notar en él cosa buena ni de virtud. Era bullicioso y determinado, y en cuadrilla era esto, y fue gran sufridor de trabajos especialmente del sueño, que en todo el tiempo de su tiranía, pocas veces le vieron dormir, si no era algún rato del día, que siempre se hallaba velando. Caminaba mucho a pie y cargado de mucho peso, sufría continuamente muchas armas a cuesta: muchas veces andaba con dos cotas bien pesadas, espada y daga y celada de acero, y un arcabuz o lanza en la mano; otras veces un peto. Era naturalmente enemigo de los buenos y virtuosos, y ansí le parecía mal todas las obras santas y de virtud. Era amigo y compañero de los bajos y infames hombres, y mientras uno era más ladrón, malo, cruel, era más su amigo. Fue siempre cauteloso, vario y fementido, engañador; pocas veces se halló que dijese la verdad, y nunca, o por maravilla guardó palabra que diese. Era vicioso, lujurioso, glotón; tomábase muchas veces vino. Era mal cristiano y

aún hereje luterano, o peor; pues decía y hacía cosas que hemos dicho atrás, que era matar clérigos, frailes, mujeres y hombres sin culpa, y sin dejarles confesar, aunque ellos lo pidiesen y hubiesen aparejo. Tuvo por vicio ordinario encomendar al demonio su alma y cuerpo y persona, nombrando su cabeza, piernas, brazos y lo mismo sus cosas. No hablaba palabra sin blasfemar y renegar de Dios y sus santos. Nunca pudo decir ni dijo bien de nadie, ni aun de sus amigos, era difamador de todos; y, finalmente, no hay algún vicio que en su persona no se hallase. Era tan bullicioso y mal acondicionado, que no cabía en ningún pueblo del Perú; y de todos los más estaba desterrado y no le sabían otro nombre sino Aguirre el loco..."

9. Un rey de naipes y un reino en una balsa

Dejamos a la columna expedicionaria el 26 de septiembre de 1560. Camina por las afueras de Topesana. Bien está que nos reunamos con ella de nuevo y sigamos su marcha.

Antes que nada conviene aclarar un problema: creemos que la hueste embarcada no salió al Atlántico por el Negro, Casiquiare y Orinoco, sino por el Amazonas. Las dos tesis son mantenidas por los historiadores. ¿Razones nuestras? La relación del capitán Altamirano, recogida por Vázquez de Espinosa, habla que descubrieron otro itinerario que los llevó "más brebe a la mar", y éste es el del Amazonas.

Después de Topesana tocaron en Caperuzos y la isla de García, situada más allá de la desembocadura del Napo. Entraron luego en el Amazonas y comenzaron a seguirle en su curso. *Carari* y *Manacorri* quedan atrás. El descontento hace presa de la gente muy pronto. Hay un complot, abortado, contra Ursúa, quien no duda en prender a los culpables y condenarlos a ir en "la balsa de doña Inés como pena de remeros de galera". Desde este momento, el capitán Ursúa no cuenta con las simpatías de la tropa. El malestar o descontento contra él actuará trágicamente en Machifaro.

Ya estamos en Machifaro. Los indios que se ven no se muestran muy amables. Tampoco los subordinados ofrecen mucha tranquilidad a Ursúa. Mejor dicho, ninguna. Aguirre ya actúa en las sombras. En unas sombras que se aclaran por completo la noche del 1 de enero de 1561. La rebelión que estalló esa primera noche del año acabó con la vida del capitán Pedro de Ursúa y puso en primera escena a Lope de Aguirre, quien se nombra a sí mismo maestre de campo. El tinte

sombrío que llenará por completo la expedición se extiende sobre ella a partir de este instante.

Falto el jefe, se impone nombrar nuevo caudillo. Aguirre lo encuentra pronto. Se fija en el joven sevillano Fernando de Guzmán, y lo hace nada menos que rey de este reino navegante en una balsa.

El rey es un príncipe títere. Reparte mercedes a diestro y siniestro. Sus súbditos están bien enterados que la muerte de su capitán los ha situado frente a la justicia del rey lejano, Felipe II. Las notas que flotan sobre este puñado de marañones son las de la tenacidad, audacia, locura, impiedad y terror. Impulsados por todo esto, y por las aguas rápidas y turbulentas del Amazonas, se deslizan sus vidas también rápidas y turbulentas. Lorenzo Salduendo, capitán de la guardia de Hernando Guzmán, es uno de los primeros en caer en el nuevo período. Cae acusado de conspirar contra el rey, y cuando éste protesta de que lo maten sin comunicárselo, y tal vez sin ser ciertas las razones esgrimidas, Aguirre le contesta que lo sabía porque Salduendo se lo había dicho a Inés de Atienza "estando acostado con ella". Ya sabemos quién es la próxima víctima: la ex amante de Ursúa. La mano de Antonio Llamoso, por instigación de Aguirre, se encarga de proporcionarle las suficientes puñaladas. El rey de juguete abrigó el proyecto de liquidar al loco Aguirre, pero no se atrevió a dar la orden. Fue su perdición.

El rey dura muy poco. Apenas. En su nuevo cargo, el joven príncipe se tornó grave y comenzó a distribuir cargos en excesiva cantidad, con cuantiosos sueldos "pagaderos en las cajas reales del Perú". Cansados de él, lo eliminan; lo elimina Lope de Aguirre, quien en célebre carta a Felipe II le dice: "Yo maté al nuevo rey." Francisco Vázquez, testigo de vista, pone al reinado de Guzmán este epitafio: "... y así feneció la locura y vanidad de su Principado, y pereció allí la que había tomado, y todas sus cuentas le salieron vanas." Antes ha dicho que el príncipe se perdía por comer golosinas y buñuelos. Por eso luego, humorísticamente, escribe que "Duróle el mando en la tiranía con nombre de General, y después de Príncipe, casi cinco meses, que en ellos no tuvo tiempo de hartarse de buñuelos y otras cosas en que ponía su felicidad..."

10. «Tu mínimo vasallo»

"Lope de Aguirre, tu mínimo vasallo, cristiano viejo, hijo de medianos padres...", es quien dirige ahora la flotilla. Se titula a sí mismo *Fuerte caudillo de los marañones.* Este mínimo vasallo, gigante en su vesania, ha liquidado al rey de juguete después de obligarle a redactar una especie de acta de total independencia de cualquier mando. Son –desean serlo– libres por completo. La expedición, engrosada con dos nuevos navíos que han fabricado durante el reinado de Guzmán, sigue deslizándose Amazonas abajo. No piensan en Eldorado. No. Piensan y maquinan conquistar nada menos que el Perú, y elevarlo a la categoría de reino independiente. Obsesionados con esto, navegan y se matan.

Lope de Aguirre es el primero en las crueldades. El mismo, con todo cinismo, le cuenta a Felipe II su tarea en esta cadena de asesinatos. Escribe: "Yo maté al nuevo Rey, y al capitán de su guardia, y al teniente general, y a cuatro capitanes, y a su mayordomo mayor, y a su capellán, clérigo de misa, y a una mujer de la liga contra mí, y a un comendador de Rodas, y a un almirante, y a dos alféreces, y a otros cinco o seis aliados suyos; y con intención de llevar la guerra adelante o morir en ella... nombré de nuevo capitanes y sargento mayor, y luego me quisieron matar y yo los ahorqué a todos..."

El rosario de crímenes se va extendiendo por las aguas del río que les lleva al océano. "Caminando nuestra derrota –dice Aguirre– tardamos hasta la boca del Amazonas a la mar del Norte más de diez meses y medio. Caminamos cien jornadas justas. Anduvimos mil quinientas leguas justas por río grande y temeroso." Estamos, pues, en la desembocadura del Amazonas. Los bergantines no podían ya navegar por el océano con tanta gente. Sobraban algunos. ¿Quiénes? Los indios que habían traído del Perú para su servicio. Más de ciento setenta de estos infelices fueron desembarcados, cayendo en manos de feroces caribes. Los barcos con sus velas de mantas indígenas peruanas entraron en el océano, tardando dieciséis días en arribar a Margarita. Hacia el 20 de julio de 1561 entran en la isla Margarita, desembarcando en una ensenada luego bautizada con el denominativo de *puerto del Traidor.* Allí quema sus barquejas para evitar que los pocos que le siguen se le escapen y mata al gobernador. Los habitantes de la isla salieron precipitadamente hacia la tierra firme, huyendo de aquel huracán de terror que se les echó encima inopinadamente. Había en la isla un fray Francisco Montesinos con un barco de doscientas toneladas. Evangelizaba. Agui-

rre, enterado, pensó que la nao le vendría muy bien y envió por ella al capitán Diego de Munguía, quien, además, llevaba orden de matar, degollar y sacarle el pellejo al religioso, pues Aguirre quería "ver si un atambor o caxa de pellejo de frayle le daba ventura". Se quedó sin pellejo, sin tambor y sin barco, porque el religioso, enterado, se apresuró a huir. Pero el loco, en veintiocho días, hizo un bergantín y eliminó trece soldados, a cuyos cadáveres ponía rótulos donde se leía: "por servidores al rey" o "por inútiles y desaprovechados". La noticia de las hazañas de Aguirre corrió por toda la costa y llegó hasta el Nuevo Reino de Granada, donde el viejo Jiménez de Quesada hizo aprestos defensivos. Los de Margarita perdieron a su teniente y a unas cincuenta personas más bajo las garras del loco Aguirre. El fuerte caudillo acusaba una mayor locura. Sus acompañantes comenzaron a desertar. Todas las Antillas se pusieron alerta. Los meses pasaban, y Aguirre no veía aclararse el ambiente. Todo lo contrario, el cerco se iba cerrando. Los rebeldes pasaron a Burburata, luego a Nueva Valencia y después a Barquisimeto. La desolación y la muerte señalaban el paso de esta manada de locos. La Audiencia dominicana organizó una Armada a base de barcos que llegaron de Puerto Rico, Venezuela y Nueva Granada. El fuerte caudillo estaba fuera de sí. En su extravío, exclamaba: "¿Piensa Dios que porque llueva no tengo que ir al Perú y destruir al mundo? ¡Pues engañado está conmigo! No quiero creer en Dios ni en la ley judaica, ni morisca, sino nacer y morir."

11. Bajo los arcabuces

Morir. Pronto le toca. Las fuerzas del rey se acercaban, y sus mismos compañeros se le alzaron. Intenta abandonar Barquisimeto, pero sus leales se negaron a seguirle. El fin se veía venir, y el mismo Aguirre lo comprendía.

Dos personas fueron testigos del principio del fin. Una, la Torralba, vieja compañera de la niña Elvira; otra, Antón Llamoso. Los demás habían dejado solo al caudillo. Ante ellos, Aguirre apuñaló a su hija, para que no sirviese de recreo a bellacos, según manifestó. El diálogo que flotó en el aire por unos instantes entre padre e hija fue breve. Casi no llegan a veinte palabras. La hija, viendo las intenciones del padre, exclamó: "No me mates, padre mío, que el diablo os engañó." La respuesta fueron tres puñaladas y un "¡Hija mía!", al que siguió, ya más débil, el estertor final de la moribunda: "Basta ya, padre mío..."

La muerte del fuerte caudillo de los marañones carece de todo heroísmo. Después de asesinar a su hija se dispuso a esperar la llegada de los leales. García de Paredes, al frente de ellos, le rindió y concedió los tres días que Aguirre solicitaba con el fin de acusar a sus marañones. Pero dos de éstos, que venían con García de Paredes, temiendo las declaraciones de Aguirre, le dispararon sendos arcabuzazos. Al primer tiro contestó el fuerte caudillo: "Mal tiro." Al segundo dijo: "Este sí que es bueno." Y se derrumbó.

El final del drama se reduce al enterramiento de Elvira y descuartizamiento del jefe de los marañones. Claro que, como siempre, luego se le siguió un largo proceso al desaparecido Lope de Aguirre. Nadie se presentó a recibir los bienes del muerto y menos a defender su fama. Y, lógicamente, la setencia cayó fulminante sobre su memoria, declarándole reo de lesa majestad, traidor y tirano contra su rey... Sus casas, de tenerlas, serían arrasadas y sembradas de sal. Y sus hijos, también de tenerlos, serían declarados "infames para siempre jamás...".

La muerte de Lope de Aguirre había tenido lugar el 27 de octubre de 1561, víspera de San Simón y San Judas.

Políticamente, la rebelión careció de consecuencias. Geográficamente, sí las tuvo: contribuyó a que se limitasen las concesiones para nuevo descubrimiento, y dejó algunos toponímicos en la ruta seguida por los marañones y Lope de Aguirre el Peregrino.

BIBLIOGRAFIA

1. Conquista de Quito

Colección de documentos inéditos relativos al adelantado capitán don Sebastián de Belalcázar (1535-1565).–Publicada por Jorge A. Garcés G.–Quito, 1936.

FLORES, Pastoriza: *La fundación de Quito y la conquista española.*–«Revista Hispánica Moderna», año I, núm. 4, 1935.

JIJÓN Y CAAMAÑO, J.: *Sebastián de Belalcázar.*–Quito, 1936-1938. 2 vols.

RUBIO ORBE, Gonzalo: *Ruminahui, Ati, II.*–Quito, 1944.

RUMAZO, José: *La región amazónica del Ecuador en el siglo XVI.*–Sevilla, 1946.

2. Crónicas sobre los amazonautas

CARVAJAL, Fray Gaspar de: *Relación del nuevo descubrimiento del famoso río grande, que descubrió por muy gran ventura el capitán Francisco de Orellana.*–Transcripción de Fernández de Oviedo y don José Toribio Medina, y estudio crítico del descubrimiento.–Quito, 1942.

– *Descubrimiento del río de las Amazonas, con introducción de José Toribio Medina.*–Sevilla, 1844.

– *Relación del nuevo descubrimiento del famoso río de las Amazonas.*–Introducción y notas de Jorge Hernández Millares.–México, 1955 (hay otras ediciones de Madrid, 1944, y Cáceres, 1952).

CASTELLANOS, Juan de: *Elegías de varones ilustres de Indias.*–Madrid, 1847.

CRUZ, Fray Laureano de la: *Descubrimiento del río Marañón, llamado de las Amazonas.*–Relación escrita por el citado padre y publicada por el padre fray Marcelino de Civezza.–Prato, 1878.

CUERVO, Antonio B.: *Colección de documentos inéditos sobre la geografía y la historia de Colombia, recopilados por.....*–Sección primera: Geografía y Viajes. (En este tomo II hay dos interesantes relaciones del viaje de Lope de Aguirre: una por Pedro de Munguía y la otra por Gonzalo de Zúñiga.)–Bogotá, 1892.

JIMÉNEZ DE LA ESPADA, Marcos: *Noticias auténticas del famoso río Marañón.*–Bol. de la Sociedad Geográfica de Madrid. Madrid, 1891, segundo semestre, tomo XXXI, págs. 22-27 y 235-282.

MALDONADO, Fray José de (O. F. M.), y ACUÑA, Cristóbal de (S. J.): *Relaciones del descubrimiento del río de las Amazonas.*–Bogotá, 1942.
MARKHAM, Clements R.: *The expedition of Pedro de Ursua and Lope de Aguirre in search of El Dorado and Omagua in 1560-1561 translated from fray Pedro Simón's; «Sixth Historical notice, of the conquest of Tierra Firme» by William Boadllaert... with an introduction by.....*–Hakluyt Society, vol. XXVIII.
– *Expeditions into the Valley of the Amazons,* (1539, 1540, 1639).–Traducción y notas de.....–Londres, 1859. «Hakluyt Society».
MUNGUÍA, Pedro de: *Relación breve de la jornada del gobernador Pedro de Ursúa y del alzamiento de Lope de Aguirre.*–«Colección de Documentos Inéditos de Indias». Madrid, 1856, tomo IV.
ORTIGUERA, Toribio de: *Jornada del río Marañón, con todo lo acaecido en ella y otras cosas notables de Indias.*–Madrid, 1909.–«N. B. A. E.», tomo XV.
RODRÍGUEZ, T. Manuel: *El Marañón y el Amazonas.*–Historia de los descubrimientos, entradas y reducciones.–Madrid, 1684.
VÁZQUEZ DE ESPINOSA, Antonio: *Compendio y descripción de las Indias Occidentales.*–Washington, 1948. Hay edición de la B.A.E. Madrid, 1969.
(Contiene una relación del viaje de Ursúa-Aguirre, hecha por un miembro de la expedición.)
ZÚÑIGA, Gonzalo de: *Relación muy verdadera de todo lo sucedido en el rio del Marañón en la provincia del Dorado, hecha por el gobernador Pedro de Orsúa,* etc.–«Colección Documentos Inéditos de Indias».–Madrid, 1865, tomo IV.
(Otras fuentes: *Noticias historiales* de F. Pedro Simón; Carta de Gonzalo Pizarro; Memorial de Orellana al Cabildo de Quito; Información de servicios de Cristóbal de Segovia: las obras de Fernández de Oviedo, Cieza de León, Gómara, Herrera, Zárate, Inca Garcilaso.)

3. Estudios modernos

AMEZAGA, Elías: *Yo, demonio... Andanzas y naveganzas de Lope de Aguirre, fuerte caudillo de los invencibles marañones.*–Bilbao, 1957.
ARCINIEGAS, Rosa: *Dos rebeldes españoles en el Perú.*–Buenos Aires, 1946.
BAYLE, Constantino: *Descubridores jesuitas del Amazonas.*–Madrid, 1940.
BAYO, Ciro: *Los Marañones* (Leyenda áurea del Nuevo Mundo).–Madrid, 1913.
BOLLAERT, William: *The expedition of Pedro de Ursua y Lope de Aguirre in search of El Dorado and Omagua en 1560-1561.*–London, 1861.
BOOY, Theodor de: *Lope de Aguirre.*–«The Hispanic American Historical Review».–Noviembre, 1919.
BORN, Franz: *Auf der Suche nah dem goldenen Gott: Orellana entdeckt den Amazonas.*–Berlin, 1947.
BURMESTER, L. G.: *Lope de Aguirre y la jornada de los Marañones.*–Buenos Aires, 1941.
FINCH, R.: *Down the Amazon with Orellana.*–London, 1948.
GIL MUNILLA, Ladislao: *Descubrimiento del Marañón.*–Sevilla, 1954.
ISPIZUA, Segundo de: *Los vascos en América.*–Madrid, 1918. Nueva edición San Sebastián, 1979.
JIMÉNEZ DE LA ESPADA, Marcos: *La traición de un tuerto.*–«Ilustración Española y Americana».–Agosto, 1892 y 1894.
JOS, Emiliano: *La expedición de Ursúa al Dorado y la rebelión de Lope de Aguirre.*–(Obra fundamental, con bastantes documentos y bibliografía.)–Huesca, 1927.
– *Ciencia y osadía sobre Lope de Aguirre el Peregrino.*–Con documentos inéditos.–Sevilla, 1950.–(Obra destinada a hacer la crítica de los libros de Burmester, Lastres y Seguin.)
LASTRE, Juan B., y SEGUIN, Alberto: *Lope de Aguirre, el rebelde.*–Buenos Aires, 1942.
LÓPEZ, Casto Fulgencio: *Lope de Aguirre.*–El Peregrino, apellidado «el Tirano». Primer

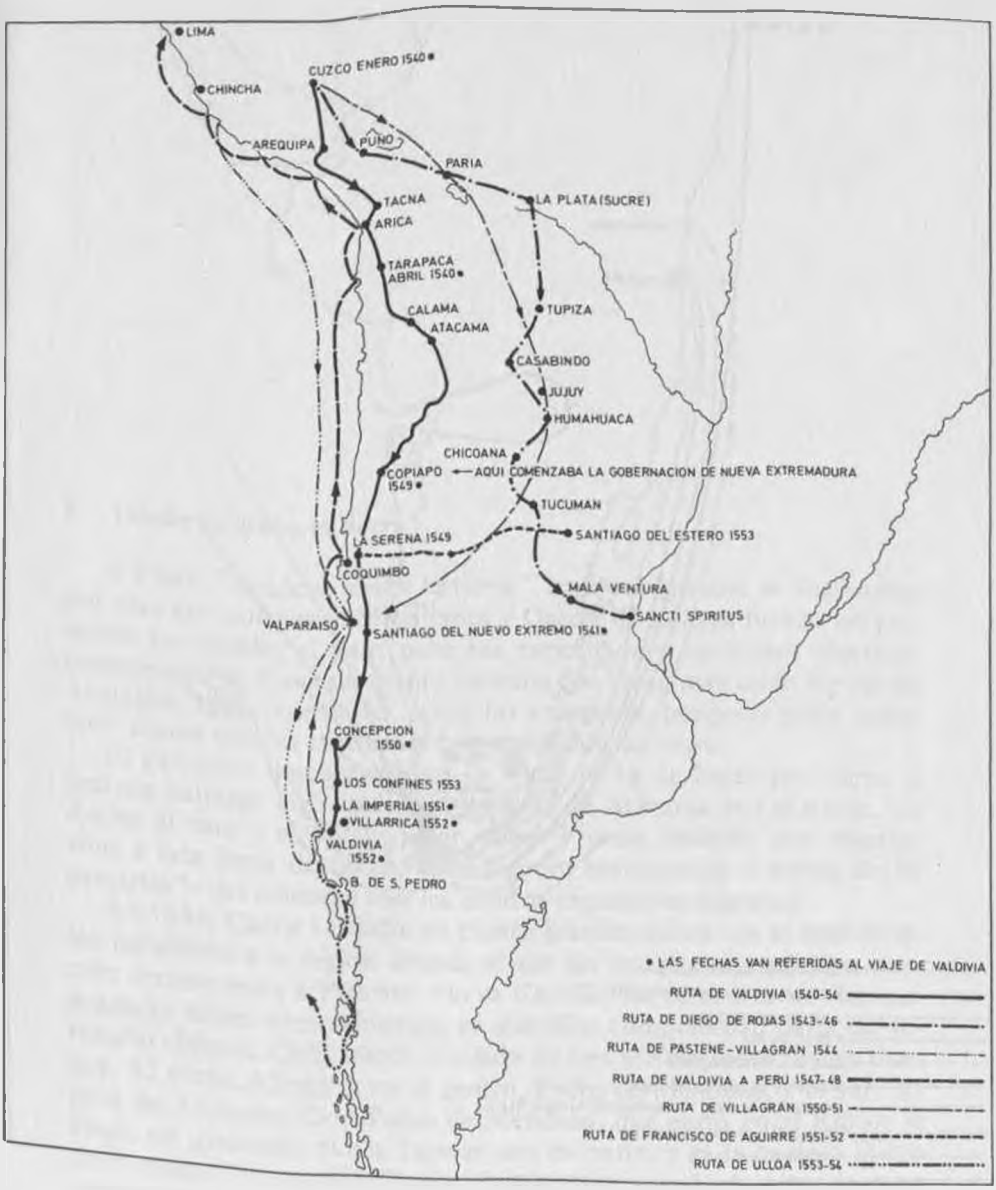
caudillo libertario de América. Historia de su vida hazañosa y cruel y de su muerte traidora, la escribió...–Caracas, 1947.
MEANS, P. A.: *Gonzalo Pizarro and Francisco de Orellana.*–«Hispanic American Historical Review». XIV, núm. 3. Agosto, 1934.
MILLAR, George: *Orellana descubre el Amazonas.*–Santiago de Chile, 1957.
PÉREZ DE LA OSSA, Huberto: *Orellana y la jornada del Amazonas.*–Madrid, 1935.
VÁZQUEZ, Francisco: *Jornada de Omagua y Dorado.*–(Historia de Lope de Aguirre, sus crímenes y locuras.)–Buenos Aires, 1944.

XVIII

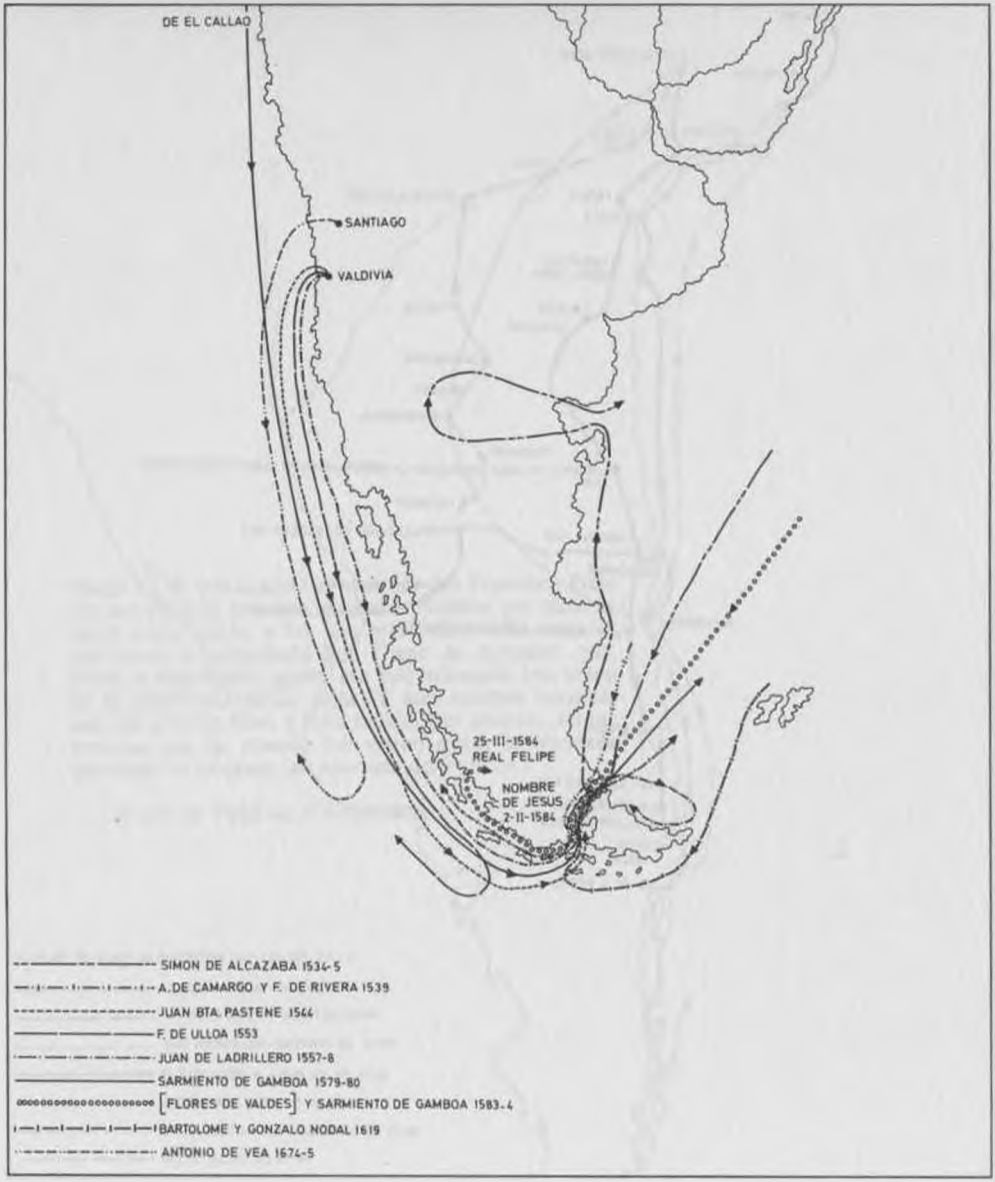
CHILE, FLANDES INDIANO

«Sepa V. M. que cuando el marqués don Francisco Pizarro me dió esta empresa, no había hombre que quisiese venir a esta tierra, y los que más huían della eran los que truxo el adelantado don Diego de Almagro, que, como la desamparó, quedó tan mal infamada, que como de la pestilencia huían della. Y aún muchas personas que me querían bien, y eran tenidos por cuerdos, no me tovieron por tal cuando me vieron gastar la hacienda que tenía en empresa tan apartada del Perú...»

(Carta de Valdivia al Emperador.)



Rutas de Valdivia y sus capitanes.


DE EL CALLAO
SANTIAGO
VALDIVIA
25-III-1584
REAL FELIPE
NOMBRE
DE JESUS
2-II-1584
SIMON DE ALCAZABA 1534-5
A. DE CAMARGO Y F. DE RIVERA 1539
JUAN BTA. PASTENE 1544
F. DE ULLOA 1553
JUAN DE LADRILLERO 1557-8
SARMIENTO DE GAMBOA 1579-80
[FLORES DE VALDES] Y SARMIENTO DE GAMBOA 1583-4
BARTOLOME Y GONZALO NODAL 1619
ANTONIO DE VEA 1674-5

1. Donde se acaba la tierra

A *Chilli*, "donde se acaba la tierra", según el *aymara*, se llegó antes por mar que por tierra. Magallanes y García de Loayza fueron los primeros en abordar el país; pero sus expediciones no tenían objetivos conquistadores. En seguimiento de estos dos viene más tarde Simón de Alcazaba, cuya expedición, como las anteriores, tampoco posee conexión alguna con las corrientes de penetración terrestre.

El auténtico descubrimiento de Chile se ha de hacer por tierra, y será un hallazgo algo tardío. El desierto de Atacama por el norte, los Andes al este y el Pacífico por el sur y oeste, aislarán por muchos años a esta lonja de tierra –"una carrera enloquecida a través de 38 paralelos"– del contacto con los centros expansivos hispanos.

En 1534, Carlos I dividía en cuatro grandes zonas –en el sentido de los paralelos– a la región situada al sur del ecuador. La primera porción correspondía a Pizarro: *Nueva Castilla;* las otras tres son las que acaparan ahora nuestro interés, ya que ellas comprendían parte del territorio chileno. Chile quedó dividido en tres sectores para sendos dueños. Al norte, Almagro; en el centro, Pedro de Mendoza, y al sur, Simón de Alcazaba. Don Pedro de Mendoza, que entró en el Río de la Plata, no pretendió nunca hacerse con su parte, y se la cedió a Diego de Almagro. En cambio, Simón de Alcazaba intentó dominar la zona concedida a él penetrando por el sur del continente –estrecho de Magallanes–, al mismo tiempo que Almagro hacía su entrada por el nor-

te; pero su expedición no tuvo resultados positivos. Fue un rotundo fracaso.

De esta manera, sólo uno de los tres gobernadores, Diego de Almagro, hacía la irrupción en Chile y descubría la tierra, aunque no consolidara su conquista por razones ya expuestas.

Aunque la organización de la empresa chilena se hace cuando ya está bastante avanzado el proceso expansivo-conquistador, tuvo el mismo sentido y forma que las empresas anteriores. No obstante, reúne características diferenciadoras, que vamos a ver.

La expedición de Diego de Almagro a Chile reportó ventajas e inconvenientes para las futuras incursiones. Después de la aventura de Almagro, el territorio chileno quedaba en gran parte descubierto, puesto que sus huestes acamparon en el valle de río *Mapocho*. Esto era una ventaja. En cambio, el regreso rápido del adelantado sin afirmar la penetración fue pernicioso, ya que los indígenas tuvieron ocasión de conocer todos los puntos flacos de los intrusos y la manera de liberarse de ellos; el factor sorpresa desaparecía porque al utilizarlo Almagro no fijó sus resultados. Quien volviera había de empezar de nuevo.

En relación con las empresas anteriores de conquista, la de Chile tiene peculiaridades propias, alguna de las cuales comparte con la rioplatense. Hay en la conquista chilena, como en todas, una notable desproporción entre el territorio a conquistar y el número de conquistadores.

La naturaleza fue un enemigo implacable que se ofreció en selvas tupidas, montes abruptos, ciénagas, tremedales y ríos donde espiaba la muerte:

> *Nunca con tanto estorbo a los humanos*
> *quiso impedir el paso la natura,*
>
> dice Ercilla.

Esto, unido al atomizamiento de caudillos indígenas que hay que ir venciendo uno a uno, hizo más dura y larga la tarea. Si hubiera habido una unidad política, una sola cabeza directora indígena, en la franja de terreno extendida entre los Andes y el Pacífico, la marcha de norte a sur hubiera sido más fácil y placentera. La dispersión política en rancherías que no lograban formar una aldea, acrecía las dificultades de la penetración. No había posibilidad de aplicar el "plan Cortés", ni alguna línea política de conducta. Faltaba un personaje cuya

captura o muerte ocasionara la caída de todo el país. Se hacía precisa una entrada lenta, dominando una a una las partes del territorio hasta integrar todos los pueblos, que hasta el momento vivían gregariamente concibiendo como máxima organización la familia o el clan, en una unidad llena de sentido. Fue una conquista constructiva; bajo su acción surgió una entidad política organizada, se alzaron ciudades, se crearon industrias, se dio principio al sentimiento de la nacionalidad, etcétera.

Otra causa retardadora de la anexión de Chile fueron las guerras civiles del Perú. La lucha entre españoles cortó por completo la afluencia de gentes a Chile.

A pesar de todo ello, Valdivia arrostrará la empresa de sometimiento. Ni los Incas habían logrado pasar del Bio-Bio. Porque la resistencia fue intensa. Una mezcla de razas vivían sobre la geografía chilena encargadas de su custodia.

Había en Chile una primera capa étnica precedente llegada del Pacífico: eran pescadores australianos. Había también atacameños fusionados con peruanos del valle de Chincha. Y más al sur se encontraban los *diaguitas* del valle del Copiapó. Todos vivían pacíficamente practicando una cultura agraria sin muchos trabajos. Hasta que una súbita irrupción los separó en dos trozos: la llegada de los cazadores pamperos por los desfiladeros de la cordillera. Esta gente trashumante, hecha para el batallar, se estableció entre el *Itala* y el *Tolten*, se fusionó con las razas allí estacionadas, y doscientos años más tarde don Alonso de Ercilla los llamó *araucanos* y, sin reparo alguno, les colgó todas las virtudes del hidalgo español con "escarnio de la verdad etnológica". Estos fueron los que presentaron una resistencia que gastó al español. Fue un esfuerzo máximo para un resultado mínimo materialmente.

2. Dos conquistadores a Chile: Valdivia y De Hoz

No importa cuál sea la villa; pero en una de la Serena (Extremadura) nace un buen día don Pedro de Valdivia, hidalgo notorio. Año 1497. En los campos de Italia y Flandes destaca el extremeño, y aprende el arte de la guerra, y el de la vida. Vuelve al solar hispano; se casa en Zalamea de la Serena y se radica en Castuera. Así, hasta 1534. En este año navega hacia Venezuela. En las tierras venezolanas no pasa de ser un soldado oscuro. Aflora de nuevo, al año, en Perú. Ha llegado con los "segundos conquistadores", con la gente remitida

por la Audiencia dominicana para ayudar a sofocar la rebelión indígena.

El conquistador de Chile –Valdivia– se presenta en el Perú cuando el descubridor –Almagro– regresaba desilusionado del país.

Junto a Pizarro comienza a sonar el nombre de Valdivia. El marqués le nombra su maestre de campo. Con tal cargo actúa junto a Hernando Pizarro en las guerras civiles. Y así pasan cuatro años de servicios pizarristas. Se le premia con una buena encomienda en Charcas. Está bien situado, y, sin embargo, sin estar movido por la avidez de riquezas, pide continuar la interrumpida empresa chilena. Francisco Pizarro, admirado, le concede la conquista del desprestigiado territorio, pues "se holgaba dalle contento en todo lo que el quisiere".

Don Francisco Pizarro extiende el documento que autoriza a Valdivia como su teniente gobernador para conquistar Chile. En Cuzco queda abierto el banderín de enganche para las gentes que deseen enrolarse en la nueva aventura. Pocos acuden. Los de Chile, sobre todo, huían de participar en la expedición "como de la pestilencia". No se desanima por eso Pedro de Valdivia. Gasta toda su hacienda y más en preparativos. Hay quienes le tildan de loco. Es la locura de la época, la de toda una nación creando pueblos. En último extremo recurre Valdivia a mercaderes y prestamistas, como el Cid. Ya tiene todo aprestado y cuenta con un grupo de hombres decididos. En diciembre de 1539 se dispone el avance.

Va a partir, cuando surge un nuevo inconveniente en la persona de Pedro Sancho de Hoz. Sancho de Hoz era un veterano de la conquista peruana; había sido el sustituto de Jerez en la secretaría de Pizarro, y como tal secretario escribió una relación de la conquista desde el momento en que Hernando Pizarro se alejó para España hasta 1534. Habiendo reunido una regular fortuna, salió para la Península, donde gastó lo ganado; sin riquezas, se agregó a los solicitadores de gobernaciones americanas, y como tal obtuvo ciertos derechos sobre Chile. De Hoz llegó al Cuzco procedente de España en 1539, y reclamó para sí el mando de la expedición que iba a salir. Contaba para ello con reales provisiones. Los títulos que Valdivia alegaba procedían de Pizarro; pero los de él emanaban directamente del rey. Ambos tenían derecho, pues la autorización de Pizarro se apoyaba en una concesión imperial. Pizarro intervino y logró acoplar intereses. Se llegó a un acuerdo. Valdivia saldría con sus expedicionarios y De Hoz iría con dos buques unos meses más tarde. La solución intermedia que se dio al asunto sería causa de fuertes discordias más adelante. No tendría este binomio

humano Valdivia-De Hoz más suerte que la sociedad Pizarro-Almagro.

Por enero del año 1540 salió la expedición del Cuzco. No pasaban de doce hombres los que dejaron atrás la ciudad inca. Pero ya irían afluyendo a medida que se internan hacia el Sur. Entre ellos caminaba también una mujer; la primera española que entró en Chile: Inés Suárez, amante del caudillo. Era extremeña, vecina de Plasencia. Pasó a Indias en 1537 con una sobrina. Fue mujer de gran carácter, leal, sagaz y llena de simpatía. Casó más tarde con el gobernador Rodrigo de Quiroga; pero no tuvo sucesión. Antes de noviembre de 1576 había muerto con setenta y tres años.

Desde la cordillera descendieron sobre la costa. Atrás quedó el valle de *Arequipa*. Continuaron por *Tacna* y *Taracapá* (abril de 1540). Acamparon. El momento era decisivo. Sólo contaban con unos cuarenta soldados. Si no aparecían más habría que abandonar la empresa. Viven horas de ansiedad. Valdivia echó mano de un postrero recurso: destacó a su maestre de campo, Pero Gómez, de Don Benito, en busca de refuerzos humanos y de víveres. Antes de que Gómez retornase con las manos vacías apareció una partida de treinta y seis hombres. Y luego otro refuerzo. Pasaban ya del centenar.

Habían engrosado las huestes personajes luego famosos. Ahí están: Jerónimo de Alderete, el siempre fiel amigo; Francisco de Villagrán, principal apoyo en la empresa y futuro gobernador; Rodrigo González Marmolejo, el primer obispo de Chile, y otros tantos.

Enfilaron hacia el desierto de *Atacama*. Y allí, caldeados por el sol, se les unió el socio Sancho de Hoz. Fue una suerte que Valdivia estuviera ausente, porque su asociado marchó derecho a la tienda del jefe con ánimo de asesinarle. Venía de Lima sin haber conseguido recursos; pero pensando siempre en que sólo a él correspondía la dirección de la empresa. Inés Suárez actuó en esta ocasión atajando a los asesinos. El hecho insólito se dio en plena noche. El grupo de confabulados entró equivocadamente en otro aposento; pero Bartolomé Díaz, habitante del toldo, les condujo al del capitán, gracias a Dios ausente. El diálogo entre intrusos e Inés Suárez se desarrolló así, según el proceso de Villagrán:

"–¿Dónde está el capitán?

–No está aquí. ¿Qué le queréis? ¿Quiénes sois? ¡Decidme! ¿Quién sois?

–Señora, soy Pedro Sancho de Hoz.

Doña Inés echó en cara al socio su conducta y atrevimiento para penetrar en la tienda, a lo cual el visitante contestó:

–Como yo soy servidor del capitán, no se maraville Vuestra Merced."

A toda prisa regresó Valdivia adonde las fuerzas vivaqueaban. En lugar de condenar a los conquistadores, los absolvió. A De Hoz decidió vigilarlo estrechamente, y a los otros complicados los deportó al Perú. No pararon aquí sus medidas. En aquellos dos meses de estancia en Atacama comprendió que la presencia de su socio era un problema. Pensando, resolvió que la única solución al caso estaba en la renuncia de Sancho de Hoz a la parte que le correspondía en la empresa. Dicho y hecho. El arreglo se llevó a cabo y De Hoz pasó a ser un soldado más en la expedición. Parecía que había desaparecido la atmósfera de tensión dominante hasta el momento. No hay que engañarse; De Hoz y sus amigos seguían soñando con la conspiración (agosto de 1540).

UN SOLO JEFE DE EXPEDICIÓN: VALDIVIA.–La marcha, llena de agonía y penurias, se reanudó hasta desembocar en el valle del *Copiapó*. La indiada se mostraba hostil; huía y escondía los víveres. Ofrecían una resistencia pasiva desesperante.

En el campo español se gestaba la sedición. Pedro Sancho, encubiertamente, era el dirigente de la rebelión. Valdivia había salido del campamento. Mientras estaba fuera llegó el último refuerzo del Perú, que, sumado a los anteriores, hacían un total de ciento cincuenta hombres. Un centenar y medio de seres dispuestos a afrontar una magna empresa movidos por un afán de aventuras que muchas veces no están de acuerdo con sus cotidianas actividades. Iban escribanos, maestres, pilotos de navíos, alarifes, cirujanos y barberos, herreros, sastres ¡y hasta un sacristán! No podían faltar los extranjeros: seis entre italianos, griegos, flamencos, portugueses, etc. Entre los llegados venía Alonso de Chinchilla, conjurado con Sancho de Hoz. El alzamiento, que se insinuó, fue cortado enérgicamente por Inés Suárez, la cual ordenó la prisión de Chinchilla. Cuando Valdivia retornó de ahuyentar enemigos y hacer acopio de bastimentos, perdonó a los intrigantes.

Allí, en *Copiapó*, principiaba la gobernación de Valdivia. Se la llamó *Nueva Extremadura*, desterrando el desacreditado nombre de *Chile*. Valdivia tomó posesión del territorio en nombre de España. Es una prueba palpable, la primera, de sus deseos de independencia con respecto al Perú, a Francisco Pizarro. Más tarde se hará realidad este anhelo de autonomía. El valle del *Copiapó* donde se había celebrado la ceremonia, se transformó en *Valle de la Posesión* en recuerdo de ella.

Del valle del Copiapó pasaron a *Coquimbo* y de aquí al *Mapocho*.

Siempre luchando con la naturaleza y la indiada. Y allí, junto al lecho del río Mapocho en el montículo de *Huelen* –que significa dolor–, fundaron la primera ciudad chilena: *Santiago del Nuevo Extremo.* "A doce días del mes de febrero, año de mil e quinientos e cuarenta e un años, fundó esta ciudad en nombre de Dios y de su bendita Madre y del Apostol Santiago, el muy magnífico señor Pedro de Valdivia... Y púsole nombre la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo, y a esta provincia y sus comarcanas, y aquella tierra de que Su Majestad fuere servido que sea una Gobernación, la provincia de la Nueva Extremadura." Para ello había aprovechado una tregua acordada con los caciques vecinos. Inmediatamente creó el Cabildo, gran arma política de la que Valdivia esperaba mucho para sus planes respecto a la dependencia directa del rey, no del Perú (febrero-marzo de 1541). Fueron unos 150 hombres los que fundaron a Santiago. ¿Quiénes eran?

3. Los compañeros de Valdivia

Admira pensar que sólo unos 150 hombres comenzaron la conquista de Chile en 1540. A partir de entonces se puede calcular en unos 2.400 los que participaron en ella, pero veinticinco años más tarde (1565) no pasaban de 1.500 los españoles que vivían en el territorio, ya que unos 500 habían muerto y unos 30 habían abandonado el país. Con este mínimo elemento humano se recorrieron y poblaron extensas regiones hasta Chiloé, Cuyo y Tucumán; se fundaron 15 ciudades y se reedificaron algunas de ellas asoladas por los indígenas; se exploró la costa hasta Magallanes; se desarrolló la agricultura y ganadería; se establecieron astilleros en Concón y Maule, fábricas de tejido en Santiago y Rancagua y un ingenio de azúcar en Aconcagua. En minúsculos barcos llegaron hasta Panamá para comerciar; explotaron minas de plata y oro; y trajeron a sus mujeres o se amancebaron con las indias.

La edad de estos hombres es difícil de calcular; con todo hay datos que permiten afirmar cuánto tiempo vivieron; así sabemos que uno vivió más de cien años, seis alcanzaron entre los ochenta y noventa, diecinueve vivieron de setenta a ochenta años, veintitrés alcanzaron los sesenta o setenta y veinte –entre ellos Valdivia– no pasaron de los cincuenta o sesenta años. Su procedencia fue fundamentalmente andaluza (26), extremeña (17) y castellana (16), 11 de Castilla la Nueva, y 5 de Castilla la Vieja; seguían 15 de León, 12 vascos, dos gallegos, dos

murcianos, un asturiano, un canario, dos alemanes o flamencos, un griego, un italiano, un portugués... Su calidad social fue la habitual de todas las conquistas. La pobreza de documentación impide establecer una clasificación, pese a ello los tratadistas –Thayer– han logrado distinguir dos caballeros notorios, tres caballeros, once hidalgos de solar conocido, veintitrés hidalgos, nueve hombres de honra y prez, nueve plebeyos, seis mestizos y un negro esclavo. Como vemos, la mayoría de los catalogados eran hidalgos, entendiéndose como tal, y según ya se ha dicho, el estado inferior de la nobleza.

La calidad social de casi todos ellos nació con la conquista. En la Relación de Méritos y Servicios de Jerónimo de Alderete, Rodrigo de Quiroga y Francisco de Villagrán se demuestra esta afirmación que hemos hecho; en las Informaciones consta que eran *caballeros*, cuando que en su tierra sabemos que sólo eran hidalgos de solar conocido; los tres recibieron la Orden de Santiago y con ello, seguro, el calificativo de *caballero*. Esto debió ocurrir ya en su vejez, después de lograr preeminencias. Es lo mismo que el *Don*, que sólo lo emplearon cuando fueron gobernadores.

Estos hombres humildes, que por sus hechos heroicos –como antaño– lograron la preeminencia social no poseían una gran formación cultural. Nos consta que 105 de ellos sabían firmar y 33 leer y escribir; asimismo, conocemos la autorización para pasar a Indias de 47 de ellos (no la de Valdivia), con lo cual quedamos impedidos de conocer su cuna, edad, etc. En general, no se puede afirmar que fueran de una ignorancia supina, y el hecho de encontrar las firmas de determinado número de ellos en los Autos del Cabildo, o en las Relaciones de Méritos y Servicios, puede permitirnos pensar que tal vez más de 33 sabían leer y escribir. Cartas se conservan de Valdivia, de Aguirre, de Alderete, de Quiroga y de Monroy. Las Cartas de Valdivia se pueden situar junto a las de Cortés, aunque literariamente son inferiores. Valdivia escribió como Cortés, como Alvarado, como Vázquez de Coronado; fueron cartas dirigidas al emperador, donde se recoge la mala fama de la tierra, la reacción indígena a causa de la presencia anterior de Almagro, los ataques de los indios, la decisión del caudillo de permanecer en Chile, la petición de refuerzos, las penalidades y hambres, su enamoramiento de la tierra, el ardor y valentía de los indios, su visión geopolítica y deseo de no depender de nadie, su anhelo de fama, etc. Sus planes fueron truncados a los cincuenta y dos años, muriendo el capitán en la guerra como muchos de sus compañeros. Por la temprana muerte de muchos nos hemos quedado sin saber si eran casados o

solteros. Como en otras conquistas –y en ésta nos detenemos más por contar con estudios y a sabiendas de que se puede generalizar– muchos conquistadores estaban casados en España, donde dejaron a sus mujeres (Valdivia, por ejemplo), otros trajeron después a sus mujeres (la Corona lo obligaba), algunos se casaron en Indias con españolas o mestizas; gran número, tanto de casados como de solteros, se amancebaron. Así los estudios han podido saber que 45 estaban casados con españolas, dos con portuguesas, uno con india noble peruana, uno con india chilena "in extremis" para legalizar a sus hijos, siete con mestizas hijas de otros conquistadores, uno con morisca y uno también con mulata, que luego abandonó. Aquí, en Chile, fue donde únicamente se dio el caso del "mestizo al revés", engendrado por indio en cautiva española. Algo similar sólo se encuentra en la pampa argentina asolada por "malones" en el XIX y XX. El fenómeno en Chile se debió a circunstancias geográficas e históricas; Valdivia, tras dominar los valles centrales, se lanzará hacia el sur fundando una serie de ciudades, muchas de las cuales serán tomadas por los indios a raíz de la muerte del caudillo y durante el gran levantamiento de 1598. Desde entonces las correrías indígenas, incluso al norte del Maule y del Bio-Bio, no cesan haciendo siempre presa de mujeres y de ganados. El indio apetecía mucho a la mujer blanca, considerada como muy valiente; tener hijos en aquellas mujeres no sólo implicaba tener hijos valientes, sino que suponía una manera de vengar agravios y derrotas, una manera mágica de vencer y humillar al intruso. Así, al menos, lo sintió el blanco: como una humillación. El "mestizo al revés", como lo llama Diego Rosales, aparece después del desastre de 1598. Rosales nos facilita nómina de mujeres cautivas o pasadas al campo indígena, regresadas con sus hijos mestizos o no regresadas, porque prefirieron seguir con sus nuevos amos. La otra cara de la moneda, la del mestizo de español e india, tiene también su interés, pese a la pobreza de datos, debido a las informaciones incompletas, la destrucción de archivos o al hecho de que muchos de estos hijos mestizos no fueron recogidos por sus padres y se criaron en estado indígena. Con todo, nos consta que Francisco de Aguirre tuvo más de cincuenta hijos, no siendo una excepción; Valdivia no tuvo descendientes y Alderete sólo tuvo un hijo; pero Aguirre dejó cinco legítimos y cincuenta ilegítimos, tres naturales de madre española, y uno mestizo...

4. Valdivia, gobernador de Chile

Con la fundación de Santiago se contaba ya con una base fija de expansión. Se inicia en ese momento un proceso tendente a la independencia del Perú, de Francisco Pizarro. Este movimiento va a culminar con la designación de Valdivia como gobernador de Chile.

El ambiente de la tierra era totalmente enemigo. Por todos lados había asechanzas solapadas. El aislamiento geográfico, además, con respecto al Perú abocaba necesariamente a la autonomía. Por si fuera poco comenzó a circular la noticia de la muerte de Pizarro. Los indios habían hecho correr el bulo. Con este pretexto se dieron los primeros pasos encaminados a transformar a Valdivia de simple capitán subordinado del gobernador del Perú en "electo gobernador" dependiente del emperador.

El Cabildo de Santiago, elegido por Valdivia, se reunió para designar gobernador. Temían, con razón, que con la muerte de Pizarro se nombrase para el Perú un gobernador que sustituyese a Valdivia en la empresa chilena, perjudicando a todos con tal medida. De la reunión habida con el Cabildo salió la resolución de investir a Valdivia como gobernador de Chile "en tanto que Su Majestad provea otra cosa". Como es fácil ver, la maniobra estaba calcada de Cortés en Veracruz.

Tal era la situación del momento. Valdivia aún no había aceptado, cuando se confirmó la muerte del marqués. Había ya una auténtica razón para elegir gobernador de Chile. Alonso de Pastrana, en nombre del municipio, propuso a Valdivia lo que por ellos había sido acordado. Valdivia se negó, alegando que no hacía falta tal nombramiento para servir al rey.

De nuevo se redactó un requerimiento donde se hacían ver a Valdivia los males que acarrearía a todos la no aceptación por su parte de la gobernación. Pedro de Valdivia, que se movía en la tramoya, se negó nuevamente. Lo que él deseaba era que todo el pueblo en común le rogase la aceptación del cargo. Y esto no tardó en llegar.

Los pobladores convocaron Cabildo para acordar las medidas a tomar en vista de la obstinada negación de Valdivia. La casi totalidad de ellos firmaron la petición y proclamación de don Pedro de Valdivia como su gobernador. Este, siguiendo más la comedia, mostró desagrado y manifestó que "uno piensa el bayo y otro el que lo ensilla". Exacto si fuera verdad eso en su ánimo. Su nueva negativa era tan sólo un compás de espera. Porque cuando el pueblo, al verlo retirarse a su casa, pidió la elección de otro gobernador, Valdivia, compren-

diendo que había llegado su hora, reapareció y dio su beneplácito al nombramiento. Como condición exigió un traslado fiel de todas las actuaciones del Cabildo para defenderse de posibles acusaciones. Así quedaba salvaguardada su conducta en este asunto. Ya nadie podía tacharlo de rebelde, ni de coaccionador de voluntades (junio de 1541).

Desde este momento Valdivia dejaba de ser el capitán teniente de gobernador, para transformarse en "electo gobernador y capitán general" de Chile. Apoyado en esta función, nombró oficiales reales y designó como teniente suyo a Alonso de Monroy, hombre fiel sin influjo de los demás y carente de iniciativa particular. Con este personaje de fondo resaltará más la figura del jefe.

Había sido magnífica la maniobra política desarrollada por Valdivia entre sus compañeros y dentro del Cabildo. Había obtenido los resultados apetecidos: investidura de gobernador. Ello era fruto de su intuición política y del poder de sugestión que poseía, capaz de trasladar a los demás sus proyectos, dando la impresión a la masa de que era ella quien le había obligado a aceptar el cargo. Y, sobre todo, quedando inmune para futuros ataques, como lo demostrará cuando La Gasca le abre proceso. Entonces, al pedirle explicaciones sobre esta maniobra política, dirá: "Que si aceptó el nombramiento popular fue por pura importunación de sus gobernadores."

5. Conjuración española y rebelión indígena

Uno de los caudillos indígenas vencido había sido *Michimalongo*. Por él se enteró Valdivia de que en *Marga-Marga* había yacimientos auríferos. Decidió explotarlos. Al mismo tiempo ordenó que en *Concón*, localidad cercana a la otra, se construyera un bergantín para establecer nexos con el Perú por mar. Paralelo a todas estas actividades dicta las ordenanzas municipales.

Un día, estando en Concón, recibió una carta de su teniente Monroy, llena de alarmas. Le hablaba de una conspiración contra él en Santiago entre el elemento siempre reaccionario. Rápidamente galopó a la ciudad. Apenas había dejado Marga-Marga y Concón, cuando la indiada se rebeló y quemó el bergantín. Tuvo el gobernador que retornar a la costa, a Concón, a sofocar este alzamiento. Pero en Santiago exigían otra vez su presencia. Un doble peligro avanza sobre la ciudad: la conjuración de los españoles descontentos y la masa india que se echaba encima.

En el fondo de la trama conspiradora quien actuaba era Sancho de Hoz. Los conspiradores se quejaban de la pobreza del país y de los nombramientos hechos ha poco. Valdivia optó por ignorar el papel que De Hoz había desempeñado; pero encartó a cinco acusados y les dio muerte. Uno de los enjuiciados fue Pastrana, que no hacía muchos días, en nombre del Cabildo, le rogaba que aceptara el cargo de gobernador. La actitud de Valdivia con de Hoz es inexplicable. Una y otra vez, el gobernador le perdona. ¿Por qué? Cuando le llegue a De Hoz su hora, no será Valdivia quien se la haga sonar.

Liquidado el asunto de la conspiración, y fortificada la ciudad, Valdivia opinó que era necesario atacar un fuerte núcleo indígena cuya amenaza gravitase sobre Santiago. Escogió la localidad de *Cachapoal*, hacia el sur. Con noventa hombres marchó a ella.

Mientras Valdivia se alejaba, los indios de *Aconcagua* se acercaban a Santiago. Alonso de Monroy, dándose cuenta del peligro, remitió rápidos mensajes en pos del gobernador. Pero Valdivia no hizo caso.

La indiada cercó a Santiago. En la noche del 10 al 11 de septiembre la turba indígena se acercó cautelosamente a la ciudad con intenciones de cogerla desprevenida. Santiago de Azoca, centinela de turno, aunque "cabiéndole la modorra de la centinela y de la vela", se percató del cerco y dio la voz de alarma. El ataque fue tenaz y heroica la defensa. Todo ardió. Hasta la misma plaza llegaron los asaltantes. La decisión de Inés Suárez de matar a los caciques que tenían como rehenes, y la carga de la caballería fue la salvación de los españoles. Doña Inés indicó la conveniencia de acabar con los caciques presos. "Señora –preguntó uno de los capitanes–, ¿de qué manera les tengo yo de matar?" Respondió ella: "De esta manera". Y desenvainando la espada, los mató a todos con tal varonil ánimo, como si fuera un Roldán o Cid Ruy Díaz." (M. de Lobera XV.) La caballería acabó de sembrar el terror en las filas indias y decidió la victoria.

Santiago quedó reducida a cenizas. Fue lo que encontró Valdivia al regresar. La miseria les invadía. Habían logrado salvar unos animales y unos granos de semilla. Ni papel tenían. Quizá el último lo empleó Valdivia en escribirle al rey una carta en la que le decía: "... reedificamos la ciudad de nuevo; y entendí en sembrar y criar, como en la primera edad, con un poco de maíz que sacamos a fuerza de brazos, y dos almuerzas de trigo; y salvamos dos cochinillas y un porquezuelo y una gallina y un pollo..." Con la destrucción del bergantín, estaban además aislados. Se imponía superar el aislamiento en que se veían envueltos. Sólo una expedición terrestre al Perú podía acabar con él.

puesto que el barco estaba destruido. Alonso de Monroy, con cinco hombres más, fue designado para la aventura y misión destinada a traer gente y vituallas del Perú. Los castellanos de oro que habían de llevar para adquirir ayuda fueron transformados en seis pares de estriberas, igual número de empuñaduras de espadas y dos vasos para beber. Así se aligeraban de peso y ocultaban a los ojos indígenas el tesoro transportado. Nunca jinetes algunos llevaron tan valiosos estribos.

Dos años duró la ausencia de Monroy. En ellos los habitantes de Santiago vivieron estrechamente, casi desnudos, en plena miseria, acosados por todos lados. Con sobriedad admirable exponía Valdivia al rey los sufrimientos pasados en estos años. El, el mismo capitán de la hueste y máximo jefe político, se multiplicaba en actividades, y así se lo escribía al emperador.

Cuando Monroy abandonó Santiago se dispuso a atravesar el desierto de Atacama. Allí perdió a tres de sus compañeros. Al arribar al Perú se encontró con que el país estaba agitado por las luchas entre Vaca de Castro y Almagro el Mozo. Es sólo después de la batalla de Chupas cuando Monroy logró entrevistarse con el representante real, y éste le manifestó que no podía ayudarle aunque le dio toda clase de facilidades para la consecución de su tarea.

Al fin, en septiembre de 1543 llegó a Valparaíso un barco del Perú. Dos inviernos habían pasado sobre los que esperaban. El aislamiento quedaba roto. Con la ayuda remitida por Monroy, que avanzaba por tierra con más refuerzos, se cerraba el paréntesis de inactividad abierto en la conquista.

6. Prosigue la empresa

La autonomía había sido conseguida y el aislamiento superado. Surgía ahora la idea de mantener comunicación segura con el Perú. La dura experiencia pasada lo exigía. El primer impulso penetrativo había sido de avance rápido, sin dejar bases que ligaran con el Perú. En esta segunda fase que principia ahora, establecida por la destrucción de Santiago, hay un deseo por consolidar las relaciones o comunicaciones entre la base-capital con la gobernación peruana. Se funda entonces para establecer esta vinculación la ciudad de *La Serena* en el valle de Coquimbo (abril-mayo de 1544).

Al mismo tiempo no se descuida el avance al sur. El genovés Juan Bautista Pastene, que ha llegado con una nave, es comisionado para ir

por mar, mientras Francisco de Villagrán lo hace por tierra, a explorar el Sur (septiembre, 1544). A Valdivia le urge establecer sus dominios hasta Magallanes, antes de que el emperador conceda potestad a otro sobre aquellas tierras. Los informes que la expedición naval-terrestre aporta le muestran unas regiones del país conquistables e interesantes. Hay varios obstáculos para la empresa. Uno, la falta de medios para proseguirla. Otro, la dureza del avance, pues hay que ir venciendo uno a uno los caudillos indígenas que se oponen a la penetración.

Son necesarios más auxilios del Perú. Trabajosamente se reúne el dinero que hace falta para comprar material. Alonso de Monroy, otra vez, es designado para la empresa. La misión acababa en Perú; pero deseando Antonio de Ulloa –uno de los que cierta noche en Atacama quiso con De Hoz asesinar a Valdivia– marchar a España, el gobernador pensó que podía aprovecharlo para dar cuenta al emperador de sus acciones.

Monroy va al Perú en busca de apoyo. Ulloa va a España en misión particular y oficial. A Carlos I se le pide para Valdivia la gobernación de Chile. Este le expone el desarrollo de la conquista, que va lenta, le dice, porque prefiere "ir con pie de plomo, poblándola y sustentándola", como conviene al servicio de su majestad. Respira la carta de Valdivia un propósito constructivo, de estabilización de la empresa. Como Hernán Cortés, Valdivia ama a la tierra; su nueva patria, la cual considera, y se lo dice a su rey, que "para perpetuarse no la hay mejor en el mundo". Rezuma amor la descripción que hace del país. Y, como hombre renaciente, le interesa la fama que pueda dejar después de morir. Escribe: "No deseo sino descubrir y poblar tierras a V. M.... para dejar memoria y fama de mí". Y la dejó.

Ulloa, Monroy y Pastene habían salido para Perú. Valdivia esperaba unas rápidas noticias de las gestiones de éstos. Quería proseguir pronto el avance; pero hasta que no lleguen los auxilios tiene que esperar. Este deseo de expansión hacia el Sur, el reparto de las encomiendas y un conato de rebelión son los hechos principales que acontecen en Chile durante la espera. El repartimiento de los indígenas se hizo contraviniendo la obligación de prestar servicios personales, a pesar de que en 1537 la Monarquía había ordenado la transformación de la encomienda de servicio personal en feudo de tributos. La encomienda valdiviana comprendía uno o varios pueblos indígenas, cuyo mayor número estaba entre el *Copiapó* y el *Bio-Bio* –unos cincuenta y tres pueblos–, centro donde más firmemente se asentaban los pobladores. Aparte de estos indios se les dio otros de pueblos cercanos a las funda-

ciones hispanas, destinados al servicio doméstico y cultivos de las chacras. Quedaron eximidos los señores naturales indios y sus familias, que servían de intermediarios entre los españoles y los indios encomendados. De éstos, la mayor cantidad se empleó en lavaderos de oro, cultivo de la tierra y pastoreo. Las últimas ocupaciones citadas estaban encaminadas a satisfacer tan sólo el consumo del encomendero y el indio. Para la tarea de los lavaderos, el indígena se trasladaba de sus pueblos, llevando la comida a los yacimientos donde trabajaba unos meses llamados "demora". Otras obligaciones del indio consistían en la construcción y conservación de caminos y puentes, mantenimientos de tambos, etc. Los encomenderos, en cambio, debían evangelizarlos, evitar la desintegración de los pueblos y aumentar sus bienes materiales. La verdad es que cumplieron estas obligaciones a medias: trasladaron los indios de un lado a otro, los alquilaban, coartaron su libertad, dislocaron la sociedad indígena al llevar a la indiada en sus empresas guerreras, etc.

El Estado dictó leyes para atajar el mal: hizo tributario el servicio, intervino para determinar este tributo, separó los servicios personales de la encomienda, fijó los tributos de acuerdo con la población indígena y sus recursos, excluyó la explotación del indio, garantizó al indígena la propiedad de su tierra, obligó al encomendero a desplegar la tarea evangelizadora, debiendo poner para ello individuos aptos hasta que llegase el sacerdote, etc.

Hemos citado algo sobre las relaciones entre conquistadores y conquistados, porque ello es fundamental para comprender la puesta en marcha de una sociedad y economía mestiza de apoyo a la penetración y base de la futura nacionalidad chilena.

Siguiendo con el hilo de los acontecimientos veremos que la conspiración afloraba de nuevo debido al reparto de indios. Estos habían sido otorgados cuando la fundación de Santiago; pero ahora se reformaba tal reparto, y de sesenta encomenderos que eran al principio pasaron a ser sólo treinta y dos. Por ello nació el descontento y el deseo de sedición, acaudillado, como siempre, por Pedro Sancho de Hoz. También, como siempre, Inés Suárez, intuitiva, advirtió el peligro. De Hoz fue preso. Para confirmar la conjuración llegó Pastene del Perú, que contó lo que allí había sucedido con Ulloa y Monroy.

Perú hervía en la rebelión de Gonzalo Pizarro cuando llegaron los tres emisarios. En Lima, como representante de "el Gran Rebelde", estaba Lorenzo de Aldana, el que figuró en el Nuevo Reino con Robledo y fue compañero de Almagro en su entrada a Chile. Gonzalo

había salido rumbo a Quito en persecución del primer virrey del Perú, Blasco Núñez de Vela.

Apenas arribaron los emisarios se notan las intenciones de Ulloa. Para colmo, Monroy muere. Quedó solo Pastene para hacer frente a las maquinaciones de Ulloa. Este fue hacia Quito a entrevistarse con Gonzalo Pizarro. Ulloa ya no pensaba seguir para la metrópoli, sino hacerse de una expedición y marchar al Perú en apoyo de los designios de Hoz. Logró obtener dos barcos y gente con los cuales se hizo a la mar camino de Chile. Pastene le siguió y logró fondear antes que él en La Serena. Mientras, Ulloa veía desecha su expedición y se veía obligado a regresar junto a Gonzalo Pizarro.

Estas fueron las noticias traídas por Pastene. A la vista de ellas, Valdivia perdonó a De Hoz otra vez, pero le condenó a vivir lejos de Santiago.

7. Valdivia al Perú

Las informaciones procedentes del Perú comunicaban la llegada del representante real Pedro de La Gasca con el fin de poner orden en la alterada gobernación. Valdivia ideó ofrecer su auxilio al delegado de la Corona y obtener así la ayuda necesaria para consolidar definitivamente el sometimiento de Chile.

Decidió encaminarse al Perú. Pero antes se imponía lograr recursos económicos. Audaz y astuto, forjó un plan. Anunció un permiso general para todo el que deseara marchar fuera. Muchos se acogieron a la merced. Anclada en Valparaíso estaba la nao que transportaría a los que, ya ricos, deseaban abandonar el teatro de la guerra. A bordo se cargaron sus caudales. El gobernador, atento, invitó a los que se alejaban a una última comida de despedida. Mientras los otros finalizaban el ágape, Valdivia embarcó y partió rumbo al Perú con todo el dinero (13-XII-1547). En tierra quedaba un puñado de desesperados. Alguno enloquecería.

Francisco de Villagrán había quedado como teniente gobernador y con las causas que explicaban el engaño de Valdivia a sus compañeros: el gobernador tenía que ir en persona al Perú a ofrecer su espada al Rey y a buscar socorros. Necesitaba dinero, y por eso había tomado los ajenos, pero con la promesa de devolverlos. El nuevo gobernador permaneció con las armas en la mano atento a los descontentos. De éstos preocupaba especialmente Juan Romero, personero de De Hoz, co-

nocido por "el Hombre del Halcón", a causa de llevar consigo siempre un halcón. Sancho de Hoz se trasladó de *Madera de Flores*, donde estaba desterrado, a Santiago. Aquí esperaba el éxito de la revuelta. Pero quienes llegan a su casa y le prenden son los amigos de Valdivia.

Aún no había dejado del todo Valdivia las costas de Chile, cuando un emisario llegó a participarle la muerte de Pedro Sancho de Hoz. Villagrán había ordenado ajusticiarle por acaudillar una nueva conspiración aprovechándose del descontento surgido por la jugarreta de Valdivia.

Al mes de navegación estaba Valdivia en el Callao. La causa de Gonzalo Pizarro se venía abajo. Valdivia partió en busca del licenciado La Gasca, que aceptó sus servicios, y le nombró jefe de su ejército. "Valdivia está en la tierra y rige el campo, o el diablo", exclamó Carvajal, maestre de los Pizarros, antes de la batalla de *Jaquijahuana*. Fue el arte de Valdivia quien dio el triunfo a los realistas. El presidente le nombró gobernador y capitán general de Chile, autorizándole para hacer levas de gentes, pues le interesaba descongestionar la gobernación peruana de tipos ociosos.

Cuando Valdivia intentó regresar a sus tierras chilenas, la calumnia en torno a su persona le detuvo. Se le acusaba de dar muerte a Sancho de Hoz, de tener una concubina, de abandonar Chile estando revuelto, de robar a los conquistadores..., etc., etc. A La Gasca no le quedó otra solución que abrirle proceso.

Uno a uno rebatió Valdivia los cincuenta y siete cargos que se le hacían. Y la sentencia absolutoria no se hizo esperar. Pero Inés Suárez ya no será para él, ya no estará a su lado. Casará con el capitán Rodrigo de Quiroga. Le habían prohibido tenerla consigo.

Otra vez hacia Chile. Por última vez. Atrás quedaba una atmósfera desagradable adonde nunca volverá. Apenas había dejado los sinsabores peruanos, cuando tropezó con el dolor en Chile (abril, 1549). La Serena había sido arrasada. ¿Qué ha pasado?

Los indios del norte se habían sublevado y destrozado por completo la ciudad, dando muerte a sus habitantes.

8. Expansión sureña y trasandina

Los indígenas estaban inquietos y seguían amenazando. La llegada del gobernador iba a conjurar todos los peligros.

Dos meses después de comparecer tomó posesión del mando. Fran-

cisco de Villagrán quedó nombrado como teniente de Valdivia. La inmediata tarea que se afrontó consistió en reorganizar las tierras del Norte repoblando a La Serena. Luego había que avanzar hacia el Sur.

Villagrán salió para el Perú en busca de más refuerzos. El enemigo era duro y difícil. Había una suerte de equilibrio entre ambos contendientes.

En el alba de la primavera de 1549, Valdivia pasó revista a las huestes. Proyectaba darle marcha a la campaña sureña. La creación de Santiago, considerada por Valdivia como el punto de arranque hacia el Sur, y la fundación de La Serena constituían las bases del gran movimiento fundador a iniciar en 1550. Si la muerte no le hubiera cortado el camino, nadie hubiese evitado que Valdivia redondeara la estructura de la nación chilena, propósito suyo manifestado al emperador cuando le decía que proyectaba "emplear la vida y hacienda que tengo y obiere, en descubrir, poblar, conquistar y pacificar toda esta tierra hasta el Estrecho de Magallanes".

Un accidente de caballo lo inmovilizó hasta 1550, en que partió rumbo al Sur.

Pronto abrevaron a orillas del Bio-Bio. El río se perdió en la lejanía de retaguardia. El valle y río de *Andalien* también quedaron atrás. Buscan asiento para una nueva fundación. Dan con el valle de *Penco*. Todo el invierno vivaquean en las tierras del valle aprovechando la estancia larga y forzosa para edificar. En la primavera de 1550 queda fundada oficialmente *Concepción del Nuevo Extremo*, primer hito de una serie que señala el camino hacia Magallanes, y centro de operaciones contra Araúco.

Alderete y otro Villagrán (Pedro) continuaron el avance. Toparon con risueñas comarcas. Valdivia les siguió, y a orillas del *Cautín* construyó otra de esas marcas fronterizas que señalaban su penetración. Después regresó a la Concepción.

Cuando en el invierno de 1550 estaba en el valle de Penco, había llegado Juan Bautista Pastene con una nao y gente de refuerzo. Ahora en 1551, estando en la Concepción, arribaba otro barco del Perú trayendo ayuda y noticias de su teniente Francisco de Villagrán. Este se aproximaba con sus gentes por las tierras argentinas, al otro lado de la cordillera andina.

En octubre de 1551 se desplazó Valdivia de la Concepción al Sur. Libró la batalla de *Toltén*, de resultado favorable. En febrero de 1552, Jerónimo de Alderete, que había salido camino del Sur en busca de sitio para otra fundación, alzó la ciudad de *Valdivia* a orillas del río *Ca-*

lle-Calle. Dos meses más tarde el gobernador regresó a las márgenes del Cautín, y la fortaleza inicial elevada allí quedó transformada en la ciudad de *La Imperial* (abril, 1552). Poco después arribó Villagrán traspasando los Andes desde el Tucumán. La alegría fue grande en el campo español. Villagrán no había perdido el tiempo en su avance, pues había logrado incorporar, como veremos en la parte del Río de la Plata, las tierras trasandinas a la gobernación chilena.

En el mismo mes de abril que se fundó Imperial fue fundada *Villarica* por Alderete. A pesar de todo el éxito logrado, la tristeza mellaba el ánimo de Valdivia. Negros presentimientos se apoderaron de él cuando regresaba a Concepción. Hacía dos años que estaba ausente de Santiago. En la primavera (octubre) de 1552 regresó Valdivia a la capital. Allí inició la dispersión oficial. Francisco de Aguirre cruzó los Andes para hacerse cargo del Tucumán. Villagrán partió hacia el sur en busca del estrecho.

9. El desastre de Tucapel

La disgregación de tropas fue mala táctica, como se verá por las consecuencias. Valdivia visitó varias ciudades, y en septiembre de 1553 se radicó en Concepción. No menos de mil españoles habitaban dispersos en los caseríos fundados. El gobernador se instaló en un amplio edificio, atendido por criados y con modesto lujo, a gozar de una tranquilidad cortada bruscamente. El último mes del año principió la rebelión. En su origen no pasó de ser más que un episodio esporádico que, por el éxito que tuvo, se propagó en todas direcciones. No había en ella razones o grandezas, que historiadores y poetas como Ercilla han inventado atribuyendo al indígena una actitud digna de héroes clásicos.

Lo interesante de la sublevación está en la presencia de un caudillo: *Lautaro*, antiguo paje de don Pedro de Valdivia. La insurrección de *Arauco* se concentró en el ataque de los fuertes Tucapel y Purén, de manera arrasadora. Valdivia, comprendiendo la gravedad de la situación, determinó salir en persona en auxilio del fuerte de *Juan Gómez de Almagro*. Medio centenar de hombres galopaban a su lado. Hacía un calor sofocante aquel día 25 de diciembre de 1553. Cuando avistaron el fuerte sólo hallaron ruinas y silencio; las fuerzas de Gómez no aparecían. Los indios acechaban en la espesura rodeando la explanada. De pronto atacaron acaudillados por Lautaro. A una oleada sucedía otra y otra... Rendidos, caían los españoles. Ninguno se salvó. A don Pedro de

Valdivia no le queda más remedio que morir. "Era Valdivia, cuando murió, de edad de cincuenta y seis años, natural de un lugar de Extremadura, pequeño, llamado Castuera, hombre de buena estatura, de rostro alegre, la cabeza grande conforme al cuerpo, que se había hecho gordo, espaldudo, ancho de pecho, hombre de buen entendimiento aunque de palabras no bien limadas, liberal y hacía mercedes graciosamente. Después que fue señor rescebía gran contento en dar lo que tenía: era generoso en todas sus cosas, amigo de andar bien vestido y lustroso, y de los hombres que lo andaban, y de comer y beber bien: afable y humano con todos."

Góngora Marmolejo, historiador de la conquista y amigo de Valdivia, se ha encargado de contarnos lo que al principio no dijimos: dónde había nacido el conquistador y cómo era física y espiritualmente.

La noticia del desastre de Tucapel corrió como un viento trágico, una a una, las ciudades de Chile. Todos temieron el ataque indígena. Había que aunarse para hacer frente a la amenaza; se necesitaba una cabeza directora. Las ciudades nombraron gobernador a Francisco de Villagrán; pero cuando se abrió el testamento de Valdivia se vio que éste dejaba por sucesor a Jerónimo de Alderete o a Francisco de Aguirre. Ni uno ni otro estaban en el país. Alderete había ido a España y Aguirre gobernaba allende los Andes. En tales circunstancias, la ciudad de la Concepción creyó recto designar a Villagrán y unificó el título que todas las ciudades del Sur le habían dado ya. Se tenía, sin embargo, el temor de que el centro y norte del país no estuviesen de acuerdo con lo efectuado. En efecto, en Santiago, sin abrir el testamento, se nombró a Rodrigo de Quiroga y en el norte se reconoció como gobernador a Francisco de Aguirre. No era esta falta de criterio político la mejor manera de enfrentarse con el peligro amenazante.

De todos modos, en la parte sur comenzó el contraataque español dirigido por Villagrán, aunque fue derrotado en *Marigüeñu*. El trance era alarmante, porque la indiada se había envalentonado. Se resolvió abandonar la Concepción y concentrar la población en Santiago. Apenas la había dejado, cuando fue asolada. De esta manera, Valdivia e Imperial quedaban aisladas del centro.

Por si fuera poco, el problema político recrudeció al entrar Villagrán en Santiago. Villagrán exigió el mando. Al mismo tiempo, Aguirre, enterado de lo que había acontecido, cruzó los Andes y se presentó en La Serena para reclamar el poder al Cabildo de Santiago. La Corporación no sabía que hacer en tal coyuntura. El norte y el sur se enfrentaban. Por un lado, Aguirre apoyado en el testamento de Valdivia, en la opi-

nión del norte y en la zona trasandina, reclamaba el gobierno; por otro lado, Villagrán lo pedía alegando el deseo general de todas las ciudades sureñas.

La solución a la cuestión se puso en manos de la Audiencia limeña. Pero Villagrán optó por cortar por lo sano, e imponiéndose al Cabildo obtuvo el nombramiento de justicia mayor y capitán general. Después cabalgó hacia el sur en ayuda de Imperial y Valdivia.

Aprovechando esta ausencia de Villagrán, y la consiguiente disminución de fuerzas, Aguirre intentó ser reconocido como gobernador por el Cabildo santiaguino, que no accedió (1555).

Mientras Villagrán entraba en las ciudades del sur, que encontró intactas aunque aterrorizadas, arribaba la decisión de Lima: que el gobierno recaiga en cada Cabildo y que las ciudades de Valdivia e Imperial se fusionasen en una sola para mejor resistir. Medida impolítica, como es fácil de ver, pero que se debía a la situación anárquica del Perú, azotado por la rebelión de Hernández Girón. Cuando hacía falta una sola cabeza aunadora de fuerzas se ordenaba la disgregación.

En Chile se temió que el cargo fuera proveído en una persona ajena a la tierra, y rápidamente los Cabildos pidieron un gobernador y demostraron su inconformidad con la solución dada al asunto.

En el ínterin se repoblaba a Concepción, con tan mala suerte, que a los pocos días era destruida completamente por Lautaro (diciembre de 1555). Compareció entonces una nueva determinación de la Audiencia de Lima, por lo cual se designaba a Villagrán como corregidor y justicia mayor. Al menos se contaba ya con una sola voluntad directora, aunque no fuera un gobernador.

En el campo indígena, Lautaro planeaba salir de su habitual zona de acción y llevar la guerra a la misma Santiago. Será su última campaña. Villagrán se encargó de liquidarlo. Ni Valdivia ni Lautaro sabemos exactamente cómo murieron: pero los dos lo hicieron defendiendo su causa, que era —paradójico— Chile.

10. El segundo gobernador de Chile

Al mismo tiempo que se nombraba virrey del Perú a don Andrés Hurtado de Mendoza, se designaba para el gobierno de Chile a Jerónimo de Alderete, en vista de la muerte de Valdivia. Pero Alderete falleció, regresando, en Panamá (abril de 1556), y el mando de Chile recayó lógicamente en el virrey peruano.

Los puntos de vista de Hurtado de Mendoza respecto a Chile eran

contrarios a los que sostenían los conquistadores del país. El pensaba que en Chile lo que hacía falta era un gobernador ajeno a la tierra y a todos los problemas del país, que comenzase de nuevo sin dejarse llevar de afectos y obligaciones. Creyendo que su hijo, que nada tenia que ver con el pasado de Chile, podía ser la persona indicada para sustentar la función gubernamental chilena, firmó su nombramiento en enero de 1557. El joven don García se había ya distinguido en los campos de Europa por su afán de aventura; pero carecía de la suficienciente madurez política que Chile y sus problemas demadaban. La actitud del virrey tiene explicación si observamos cuál era la política indígena de la Corona en aquellos momentos. Las relaciones entre indios y españoles no eran satisfactorias al Estado ni obedecían a su criterio y legislación. La Monarquía para evitar los atropellos en menoscabo de la libertad del indio, dictó nuevas leyes. Predominaba la idea de que para asegurar el derecho natural del indígena de la rapacidad de los conquistadores y pobladores, era necesario un mayor tutelaje estatal. Eran providencias algo tardías por la ascendencia señorial que los conquistadores ya habían tomado sobre los indígenas. De todos modos, las medidas se dictaron, y el marqués de Cañete, para llevarlas a cabo determinó privar a los conquistadores del gobierno chileno. Hizo el nombramiento de su hijo, la reglamentación de los servicios personales, la privación de la autoridad sobre los indios al Cabildo, la conversión de los clérigos en defensores del indígena, etc. Aparte de todo ello, envió un oidor de la Audiencia de Lima para que visitara la tierra, que hacía de lugarteniente del gobernador general; designó un protector de indios y envió doce religiosos para la evangelización. Ello no significa una justificación de la conducta hiriente que don García de Mendoza mantuvo frente a los viejos pobladores como fruto, tal vez, de saber que no eran de su misma alcurnia. Su frase de que "no había en Chile cuatro hombres que se les conociese padre" es completamente injusta, pues si bien los conquistadores no pertenecían a la nobleza, distaban mucho de merecer tal frase.

Con todo el boato embarcó el gobernador de Chile. Entre el personal que le acompañaba iban las primeras damas distinguidas que llegan a la gobernación, y Alonso de Ercilla, el que más tarde cantaría las hazañas del indio araucano sin citar ni una vez el nombre de don García. Las mujeres mejoraron las condiciones de vida y se extendieron las relaciones sociales, aunque insignificantes todavía.

En La Serena, Francisco de Aguirre recibio a don García con todo acatamiento, sin pensar que dentro de pocas horas estaría preso en la cámara de un navio.

En el sur, Villagrán dispuso toda clase de preparativos para acoger dignamente a don García, sin pensar tampoco que dentro de unos días estará cautivo en el mismo navío que Aguirre. Los dos conquistadores que hacía diecisiete años habían entrado con Valdivia y que pocos meses antes discutían la gobernación de la tierra, fueron arteramente presos. Encerrados, comentaban: "Ayer no cabíamos en un reino tan grande, y hoy nos hace don García caber en una tabla..."

Los segundos conquistadores llegaban con todo boato desalojando a los primeros.

De La Serena, y sin pasar por Santiago, se dirigió por mar don García a La Concepción. A poco de arribar, en la misma costa, tuvo lugar el encuentro de *Talcahuano* con los indígenas. Una de las primeras medidas que dictó el gobernador fue la de concentrar todo el ejército chileno y principiar el avance.

Mientras se internaba por tierra, las naves les aprovisionaban por mar. En *Las Lagunillas* volvieron a chocar con la indiada, y luego en *Millarapue,* donde derrotaron a *Caupolicán,* el héroe desorbitado por Ercilla.

El gobernador desarrollaba una política de paz y amistad con los indígenas, sin mayores resultados. En Tucapel rehizo el fuerte. Después repobló Concepción y fundó *Cañete* —en honor a su padre— a orillas del *Togol-Togol.*

El ejército indio, que apenas se había dejado ver, cayó en una celada y atacó a la recientemente fundada ciudad de Cañete. Los españoles, expectantes al ataque, rechazaron la acometida y apresaron a Caupolicán, que fue empalado sin miramientos.

Las tropas reanudaron el caminar hacia el sur. De Imperial pasaron a Villarrica y luego a Valdivia. Don García deseaba terminar la conquista y continuar hacia el estrecho de Magallanes. Acamparon en el *golfo de Reloncavi* –golfo Corcovado– y después regresaron a Valdivia e Imperial. Estando en esta ciudad recibió don García avisos de que Cañete estaba en peligro. Los araucanos habían cortado las comunicaciones entre Cañete y Concepción, atrincherándose en *Quiapo.* Don García marchó sobre ellos, y los desbarató completamente, ganando asi una paz de un año, aprovechada para organizar y repoblar el territorio.

El gobierno de don García Hurtado de Mendoza tocaba a su fin. Fue a principios de 1560 cuando recibió cartas de Felipe II ordenándole entregar el mando a ¡Francisco de Villagrán! El joven altanero era al cabo de los años castigado a rendirse ante uno de aquellos viejos

conquistadores que él había deportado. Pero don García no cumplió la real orden, y se alejó de Chile antes de que Villagrán llegara.

11. La epopeya de Tucumán

Las actuales provincias argentinas de Jujuy, Salta, Tucumán, Santiago del Estero, Catamarca, Córdoba y la Rioja –un total de 700.000 kilómetros cuadrados– integraban en el siglo XVI lo que se llamó Gobernación del Tucumán. Tucumán, de *Tutuk* y *umán*, gobierno del sur o de la parte oscura del mundo según los incas, o de *Tucma* ("hacia donde termina un territorio").

Ya hemos dicho que la conquista de esta zona argentina, al igual que la de Cuyo, ha sido incluida en esta parte porque su incorporación se hizo desde bases extrarrioplatenses, partiendo del Pacífico y como prolongación de otras empresas.

A Tucumán y a Cuyo se llegó como consecuencia de la penetración hacia Chile; es decir, como un fruto más de la irradiación conquistadora que tiene al Perú por centro.

Tucumán y Cuyo constituían unas regiones situadas entre las Gobernaciones de Perú, Chile y Río de la Plata, que, aunque geográficamente pertenecían a la última gobernación citada, y aunque su descubrimiento se hizo desde el Perú, su conquista y dependencia se asignó a la segunda gobernación, es decir, a Chile. Luego, Perú reivindicó sus derechos, y se le reconoció su autoridad sobre las regiones, como ya hemos leído en la parte chilena de esta obra y como veremos más adelante. Pero aunque políticamente se ligaron estas regiones a Lima, el factor geográfico-económico imperó a la larga y obligó a unirlas a la gobernación rioplatense.

A pesar de ser una hijuela de otra conquista, la del Tucumán tiene grandeza de epopeya. Hay en ella violencias y tragedias en cantidad. Por todos lados encontrarán los conquistadores indios indómitos e indomables –los *calchaquíes*–que llenan de inseguridad y muerte las entradas. A ello se unen las rivalidades continuas entre los españoles, que culminan en asesinatos y ajusticiamientos. Tan pronto se alza un capitán como desaparece, tan pronto se funda una ciudad como se abandona.

En septiembre de 1542 el gobernador peruano Vaca de Castro venció en *Chupas* a Diego de Almagro "el Mozo". La tranquilidad volvió a reinar brevemente; pero una masa de gente ociosa quedaba por ocupar. La mejor manera para descongestionar estos individuos consistía

en enrolarlos en expediciones descubridoras. Una de estas expediciones fue la que salió del Cuzco, en mayo de 1543, bajo el mando de Felipe Gutiérrez y de Diego de Rojas, con el fin de descubrir una provincia situada entre Chile y el Río de la Plata. El prestigio de Rojas y las noticias que corrían en torno a la célebre "tierra de los Césares", permitió al jefe expedicionario alistar bajo sus banderas a unos doscientos hombres.

La columna siguió el camino imperial del *Collasuyo;* pasaron por el lago *Titicaca,* atravesaron *Charcas,* caminaron por la puna de *Jujuy* y prosiguieron hacia el Sur, luchando siempre contra las asechanzas, el *soroche,* los bichejos, la sed, las malas comidas... Cruzaron los Andes y entraron por fin en Tucumán, que se les ofreció completamente verde como una promesa. Cuando atravesaron la región de *Salavina* una flecha envenenada mató a Rojas (enero de 1544). El mando, aunque correspondía a Felipe Gutiérrez, recayó en el joven Francisco de Mendoza. El nuevo capitán condujo sus tropas hacia el río Paraná, hasta llegar al *fuerte Caboto* o de *Sancti Spiritus.* Allí los indígenas le entregaron una carta dejada por Irala que le patentizaba la pobreza de la tierra.

Dos corrientes conquistadoras se ponían en contacto en este momento. Mendoza –el primer hombre que bajaba del Perú al Plata– hacía en sentido opuesto lo que pretendió efectuar el primer adelantado del Plata, otro Mendoza.

Del fuerte de Caboto decidieron marchar a la Asunción; pero eran tantos los obstáculos, que prefirieron regresar. Mientras retrocedían, la tropa, descontenta, asesinó a Francisco de Mendoza y nombró a Nicolás de Heredia como jefe.

La controversia sobre el rumbo a seguir prosiguió; pero Heredia continuó hacia el sur de *Salta* para entrar en Charcas. Cuando llegaron al Perú, en el invierno de 1546, se encontraron con la rebelión de Gonzalo Pizarro.

El descubrimiento del Tucumán estaba hecho.

En 1548, a raíz de lo que sería conocida como "la gran entrada", Irala, que llegó hasta Charcas, remitió a Nufrio de Chaves a Lima con el fin de pedir auxilios al pacificador La Gasca. Este concedió al capitán Diego Centeno autorización para entrar en el Paraguay llevando la ayuda pedida; pero cuando se supo la retirada de Irala, Centeno suspendió la entrada.

La Gasca, que estaba desembarazándose de toda la gente inactiva, decidió, previa consulta, la jornada del Tucumán.

En el año de 1549, Juan Núñez de Prado, hombre oscuro que sólo había brillado desertando del ejército de Gonzalo Pizarro, recibió el encargo del presidente La Gasca de fundar un pueblo en el Tucumán para proteger el camino de Chile y facilitar el descubrimiento del Río de la Plata.

En 1549 salió Núñez de *Potosí* con unos setenta soldados. En junio del siguiente año ya había fundado la ciudad de *Barco.* Apenas principiada su tarea, cuando en noviembre de 1550 pasa por allí Francisco de Villagrán, teniente de Valdivia, camino de Chile. Núñez le atacó, y fue vencido. Villagrán entra en Barco y le obliga a reconocer la autoridad de Valdivia. Realmente, Barco no pertenecía a la gobernación chilena, y Villagrán no tenía autoridad para anular los derechos dados por La Gasca a Núñez de Prado. Ido Villagrán, Núñez trasladó por dos veces la ciudad de Barco, sin fundar Tucumán, como era deseo de La Gasca. Será obra de otro hombre y trece años más tarde.

Cuando Francisco de Villagrán llega a Chile, y le comunica a Valdivia su labor allende la cordillera andina, el gobernador chileno decide nombrar a Francisco de Aguirre como jefe de Barco. Aguirre cruza los Andes en 1551, y en 1553 expulsa a Núñez de Prado, y funda la ciudad de *Santiago del Estero.* El delegado de Valdivia se captó a todo el mundo por su actividad organizadora. Era Aguirre rumboso, de condición hidalga, que él mismo recordará en 1569 al escribir: "Vine a este reino, y no desnudo, como otros suelen venir, sino con razonable casa de escuderos y muchos arreos y armas y algunos criados y amigos." Enfrascado en la organización estaba el hidalgo cuando, en marzo de 1554, le llega la noticia de lo sucedido en Tucapel: Valdivia ha muerto a manos de la indiada. Rápidamente regresa a La Serena, donde actuaba también como representante de Valdivia.

Sabemos lo que pasó en Chile a la muerte de Valdivia. Hubo una inestabilidad o indecisión política que el virrey del Perú resolvió nombrando como gobernador a su hijo don García Hurtado de Mendoza. Don García abrigaba planes para afirmar la expansión trasandina, y con tal fin remitió al otro lado a Juan Pérez de Zorita como gobernador del Tucumán. Zorita, haciendo alardes de un gran acierto geográfico, fundó las ciudades de *Londres, Cañete y Córdoba de Calchaquí.*

En 1561 aparece de nuevo Francisco de Villagrán como gobernador de Chile, en sustitución de don García Hurtado de Mendoza. El nuevo gobernador manda de Charcas a Tucumán a su teniente Castañeda, que expulsa a Zorita y no se entiende con los indígenas, originando la destrucción de las tres ciudades antes fundadas.

En Lima, mientras, se debatía un pleito entre Francisco Villagrán, que pretendía el dominio del Tucumán, y las ciudades de esta región, que pedían una dependencia de Lima.

En tal estado desolador, el conde de Nieva encomienda a Francisco de Aguirre la gobernación del Tucumán. Era una medida de urgencia, porque es en 1563, y por Real Cédula, cuando se solventa el problema haciendo depender al Tucumán y otras partes de Lima en materia de gobierno y de Charcas en materia judicial. El imperativo geográfico impelía a esta solución. Era más fácil la vinculación con Charcas que con Chile a través de la cordillera.

Aguirre desarrolló una gran energía política. Alejó a los indígenas y refundó ciudades, dedicándose, sobre todo, a *San Miguel*. Sus ideas giraban en torno a una acción en el Sur, como en 1552. En 1566 salió con ese rumbo; parte de la tropa se conjuró y lo apresó, acusándolo de hereje. Casi al final de su libro, Ruy Díaz, que confiesa apartarse de su propósito, manifiesta que Aguirre no duró mucho en el mando "porque arrebatado de pasión por lo pasado, atropelló varias cosas contra justicia y cristiandad, de modo que fue causado por la Iglesia, y después por la Inquisición, por cuyo Santo Tribunal fue despachado del Perú el capitán Diego de Arana a ejecutar su prisión". Remitido a Charcas, quedaba truncada la expansión al Sur y al estuario del Plata.

Había que designar un sustituto. Saltemos al año de 1571. El virrey Toledo piensa que hay que afirmar los núcleos españoles en la ruta Charcas, Tucumán y Chile, y no proseguir la expansión al Sur como proyectaba Aguirre. De Toledo salió el nombramiento de Jerónimo Luis de Cabrera (1571) como nuevo gobernador de Tucumán, con la condición de fundar una ciudad en el valle de Salta para asegurar las comunicaciones de la región con el virreinato.

Pero Cabrera continuó la obra de Aguirre, de acuerdo con el plan de éste, o sea, de establecer una ciudad que permitiese el tráfico con el Río de la Plata, y, por tanto, con la metrópoli. En adelantamiento explorador mandó al capitán Lorenzo Suárez de Figueroa, que trajo informes tan favorables para la región que visitó, que en julio de 1573 Cabrera alzó la ciudad de *Córdoba de la Nueva Andalucía*. Al mismo tiempo, Juan de Garay fundaba *Santa Fe* a orillas del río Paraná.

En 1574 le llegó el relevo a Cabrera en la persona de Gonzalo de Abreu, gobernador real. Abreu acusó a Cabrera de no haber fundado una ciudad en el valle de Salta, lo apresó y condenó a muerte. Tampoco él, aunque lo intentó por tres veces, logrará fundarla.

Un nuevo gobernador estaba nombrado en 1577: Hernando de Ler-

ma. En 1580 entraba Lerma en Santiago del Estero, y como primera medida apresa y mata a Gonzalo de Abreu, acusándolo de ejercer un violento mando.

Lerma continúa la empresa de Salta. Allí, en el valle, asentó la ciudad de *Lerma*, aunque todos la llamaron *Salta* por el odio que tenían al gobernador (1582). Salta respondía a la concepción estratégica del virrey Toledo.

El sucesor de Lerma, Ramírez de Velasco (1584), aseguró la fundación de Salta trayendo a ella pobladores, y la resguardó alzando *Jujuy* y *Madrid* al norte y sur, respectivamente.

Estas dos últimas fundaciones, y la de *La Rioja* (1591) sobre las ruinas de Londres, obedecían fielmente el plan del virrey Toledo para asegurar la ruta de Charcas, Tucumán y Chile. Otras fundaciones siguieron a éstas, completando el programa toledano.

A Ramírez de Velasco correspondió la reorganización del país; reguló las relaciones entre españoles e indios, puso en vías de desarrollo los recursos de la tierra, construyó y edificó. Es el más excelente gobernador tucumano del siglo XVI.

Los nombres de Fernando de Zárate y Pedro Mercado Peñalosa cierran la línea de los gobernadores del XVI. El último acabó con el peligro calchaquí. Al entrar la centuria decimoséptima los problemas de la conquista quedan relegados a segundo término, apagados por los relativos a la colonización. Es un fenómeno general para el Plata, aunque en el Tucumán se presenta con ciertas restricciones, ya que la lucha con el indomable calchaquí prosigue en el XVII.

12. Ocupación de Cuyo

La gobernación de Valdivia en Chile alcanzaba desde los paralelos 27 al 41° y 100 leguas de ancho desde la costa al este. Cuando Pedro de Valdivia funda en febrero de 1541 la ciudad de *Santiago del Nuevo Extremo* le señaló como jurisdicción, apoyándose en lo que abarcaba su gobernación, hasta el meridiano 64°, comprendiendo, pues, a *Cuyo*. La región llamada en la decimosexta centuria Cuyo comprendía las provincias argentinas actuales de Mendoza, San Juan y San Luis.

En 1552 –lo vimos en Tucumán– Valdivia, alentado por los informes que le trae Francisco de Villagrán, comisiona a Francisco de Rivero para que trasponga los Andes e incorpore aquella tierras que ha descubierto Villagrán en su ruta Perú-Charcas-Tucumán-Cuyo-

Imperial. Rivero no realizó la empresa y le sustituyó Francisco de Aguirre, a quien en 1553 hemos visto expulsando a Núñez de Prado en Tucumán y fundando Santiago del Estero. Y así prosiguieron las cosas allende los Andes, según hemos expuesto en el apartado dedicado al Tucumán.

No es hasta 1559 cuando principia la proyección sobre Cuyo por orden del gobernador chileno, don García Hurtado de Mendoza. Este comisionó a su capitán Pedro de Mesa a Cuyo porque los indios *huarpes* se lo habían pedido en unión de ganado. Mesa no acepta, y delega en Pedro del Castillo para que efectúe la conquista. Del Castillo funda la ciudad de *Mendoza* en honor del gobernador de Chile (1561).

Cuando Francisco de Villagrán se hizo cargo de la gobernación chilena en sustitución de don García, remitió a Juan Jufré y Montesa para que asegurara la reciente fundación de Mendoza. Jufré trasladó la ciudad más al suroeste y fundó *San Juan* (1562).

Sucesivos gobernadores hacen las fundaciones de *San Luis* (1596), etc., hasta integrar la provincia de Cuyo, que será uno de los once corregimientos en que se dividió la gobernación de Chile dependiente del Perú.

Es fácil ver en estas breves líneas que la región de Cuyo, más que conquistada, fue ocupada pacíficamente desde Chile, a quien se vinculó.

13. Españoles en Patagonia y Tierra del Fuego

Fue el portugués Hernando de Magallanes, como sabemos, quien en 1520 descubrió estas regiones, y estableció el paso austral entre el Atlántico y el Pacífico. Después de este descubrimiento pasaron diez años sin que las tierras australes contasen para nada en el quehacer conquistador.

En el decenio que va de 1530 a 1541, Carlos I repartió la mayor parte de Suramérica en gobernaciones. A Pizarro, Almagro y Mendoza les dio tierras que abarcaban desde dos grados sobre el ecuador hasta treinta y seis grados de latitud Sur. Quedaban por conceder las tierras situadas al sur del paralelo treinta y seis, que se desliza unos grados al sur de Buenos Aires. Como vemos, Patagonia y Tierra del Fuego no habían sido aún otorgadas a ningún conquistador.

En el año 1534, el portugués Simón de Alcazaba capituló la conquista y población de la zona situada entre el citado paralelo y el es-

trecho de Magallanes. Rápidamente se equipó y despachó la armada, que, en enero de 1535, fondeaba en aguas australes. El final de la expedición fue trágico: Alcazaba murió a manos de la marinería y las naos se dispersaron o naufragaron al regresar.

Cuando se supo en España el desastroso desenlace de la expedición hubo quien pidió para sí la conquista y colonización de aquellas tierras. Tal, el obispo de Plasencia, don Gutierre de Varga y Carvajal, que logró capitular a nombre de su hermano Francisco de Camargo (noviembre de 1536). Pero Camargo se inhibió de la empresa, que fue transferida a Francisco de Rivera, previa anulación de los anteriores acuerdos. A finales de 1539 zarpó Rivera, y su viaje no tuvo mejor final que el de Simón de Alcazaba.

Hasta el estrecho de Magallanes, y desde el paralelo treinta y seis, se extendían las tierras que se permitían conquistar por los anteriores convenios. Pero en enero de 1539 se concedió a Pedro Sancho de Hoz, ex secretario particular de Francisco Pizarro, la conquista de la zona situada al sur del estrecho de Magallanes –Tierra del Fuego–. En su momento vimos cómo De Hoz fusionó sus intereses con los de Pedro de Valdivia, gobernador de Chile, por designación de Pizarro. De esta manera, las tierras australes se vinculaban a la conquista chilena.

En este momento, señalado por el acuerdo entre Valdivia y Pedro Sancho, finaliza el primer período de exploración austral, caracterizado por un intento de penetración atlántica con base en la metrópoli y por un continuo fracaso. De aquí en adelante las entradas se harán desde Chile, bien por tierra, bien por mar.

Deseo continuo de Valdivia fue el de extender su gobernación hasta Magallanes. Por orden suya navegaron en aguas australes Juan Bautista Pastene (1544), Jerónimo de Alderete y Francisco de Ulloa (1553).

Después de Camargo y Rivero, en España nadie había podido conquistar estas tierras; y de Hoz había muerto en 1547.

Jerónimo de Alderete, que se había trasladado a la metrópoli por orden de Valdivia en misión oficial, logró en 1555 la gobernación de Chile –Valdivia había sido muerto– y la conquista de la Tierra del Fuego. Alderete no llegó a pisar de nuevo Chile, pero desde este momento la vinculación entre las tierras australes y Chile se hizo más firme.

Cuando don García Hurtado de Mendoza llegó como gobernador chileno, en el año 1557, encomendó a Juan Ladrillero la exploración y conquista del estrecho de Magallanes. Sabemos de la actuación de

don García en la parte sureña de Chile y las fundaciones que levantó. Ladrillero, en unión de Cortés y Ojeda, exploró las tierras del estrecho y tomó posesión de ellas en nombre del gobernador de Chile.

A don García Hurtado de Mendoza sucedió Francisco de Villagrán en el cargo gubernamental. Por orden de éste, Juan Jufré atravesó los Andes rumbo a Cuyo, con el fin de repoblar Mendoza, descubrir la provincia de "los Césares" y conquistar hasta el Atlántico; es decir, la Patagonia. Jufré cumplió su cometido.

En el último tercio del siglo XVI los piratas se dejaron sentir en muchas partes de América. Drake cruzó el estrecho de Magallanes en 1577, y atacó las costas del Pacífico suramericano. El virrey del Perú, don Francisco de Toledo, alarmado por estas actividades, creyó necesaria la población y fortificación del estrecho. En 1578, el virrey envió al marino-cosmógrafo Pedro Sarmiento de Gamboa en dos naves bajo la dirección del almirante Villalobos, con el fin de inspeccionar la región. De allí, Sarmiento siguió para España.

En la corte española impresionaron bastante las noticias que el marino complutense trajo. Gamboa expuso la gravedad del peligro pirático, la necesidad de establecer una defensa y los planes de conquista que él abrigaba con respecto a la zona austral.

Felipe II dispuso la organización de una armada, cuya jefatura recayó en Diego Flores de Valdés. Para evitar conflictos, las tierras citadas se segregaron de la gobernación chilena y pasaron a formar lo que se llamó *Provincias del Estrecho*, cuyo mando y gobernación se dio a Sarmiento de Gamboa.

Flores y Sarmiento no lograron ponerse de acuerdo durante la travesía sobre lo que debían hacer. El primero no quería llegar al estrecho, y lo consiguió; pero Gamboa, tenaz, entró en las tierras magallánicas en 1583. Allí fundó *Nombre de Jesús* y *Real Felipe*. Ni la dureza de la tierra, ni la deserción de tres naves, ni el ataque de los indios lograron abatir el ánimo del marino. Exploró las costas y mares próximos; estableció cultivos y cortó motines. Yendo de Real Felipe a Nombre de Jesús, un viento de tormenta lo arrastró al Atlántico y le obligó a poner rumbo al Brasil. Después de intentar, sin lograrlo, socorrer a los hombres que había dejado en las dos fundaciones magallánicas, decidió ir a España a dar cuenta y pedir auxilios; pero unos ingleses lo apresaron y lo llevaron a Londres. De Inglaterra pudo pasar a España, donde por más que lo intentó no logró nada para su causa de aquella Corte preocupada por problemas internacionales.

Las dos poblaciones australes, desconectadas con la metrópoli, de-

cayeron rápidamente, y cuando el pirata inglés Tomás Cavendish pasó en 1587 por allí sólo encontró unos supervivientes que le hacían señales con candelas. El capitán pirata les contestó "haciendo faroles en señal de haber visto las candelas", y al siguiente día los localizó. Se enteró que aún quedaban doce hombres y tres mujeres de los cuales sólo uno –el extremeño Tomé Hernández– accedió a ser reintegrado al Perú y embarcó "con su arcabuz, no obstante, sobre el hombro". Tomé Hernández escapó de los piratas en el puerto chileno de Quintero, mientras los catorce compañeros sucumbían en la ciudad de Real Felipe, que Cavendish llamó Ciudad del Hambre, porque dentro de sus casas sólo "encontraron cadáveres de españoles aún vestidos" y varios ajusticiados colgando de la horca. La relación de Cavendish, explicando el final de aquel intento colonizador, dice que los colonizadores hispanos no vieron crecer cultivos y fueron atacados por los indios, por lo cual enterraron todo lo que no podían llevar consigo y abandonaron el lugar con intención de alcanzar el Río de la Plata.

Después de tantos infortunados intentos, la región quedó abandonada; pero siempre bajo el patrimonio de España.

Chile, el *reino de Chile,* proseguía debatiéndose en la continua "guerra del Araúco", que hizo de la región una zona perpetuamente bélica, la transformó en una sangría para la hacienda virreinal peruana y mereció que el padre Diego de Rosales lo llamara, como el virrey Mancera, "el Flandes Indiano".

BIBLIOGRAFIA

1. Crónicas y Documentos

Para el estudio de la figura de Valdivia han de verse obras ya citadas en el apartado relativo al Perú, tales como las de La Gasca, Cieza de León, Garcilaso Inca, Gutiérrez de Santa Clara, Jerez, Pedro Sancho, Diego Fernández, Zárate. Al mismo tiempo recomendamos tener en cuenta las fuentes citadas en los capítulos «Del Atlántico al Atlántico» y «Doble conquista...».

BELMONTE BERMÚDEZ, Luis de: *Algunas hazañas de las muchas de don García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete.*–Madrid, 1622.

Colección de Diarios y Relaciones. Tomo I: Camargo, 1539; Rodríguez Cabrillo, 1542; Valdivia, 1552; Antonio de Vea, 1675; Iriarte, 1675; Quiroga, 1745.–Instituto Histórico de la Marina.–Madrid, 1943.

Colección de Historiadores de Chile y documentos relativos a la Historia nacional. Tomo I (1861). Cartas de Valdivia. Tomo II (1862). Historia de Góngora Marmolejo. Tomo IV (1865). Crónica de Mariño de Lobera. Tomo XII (1888). Histórica relación de Alonso de Ovalle. Santiago de Chile.

Conquista y población del reino de Chile.–(Memorial histórico español. Tomo IV: Madrid, 1852.)

Crónicas del Reino de Chile. Cartas de Valdivia. Historia de Chile, por Alonso Góngora Marmolejo. Crónica del reino de Chile, por Pedro Mariño de Lobera. Edición y estudio preliminar de Francisco Esteve Barba.–Madrid, 1960. Biblioteca de Autores Españoles. Tomo 131.

Documentos. Algunos..... relativos a don Pedro de Valdivia.–«Revista Chilena de Historia y geografía», núm. 115: enero-junio, 1950.

ERCILLA, Alonso de: *La Araucana.*–Madrid, 1776. 2 tomos. (Hay edición moderna de Aguilar, 1946.)

OÑA, Pedro de: *Arauco Domado.*–Edición facsimilar de la impresa en Lima por Antonio Ricardo de Turín en 1596.–Madrid, 1944.

OVALLE, Alonso de: *Histórica relación del reino de Chile. Y de las missiones y ministerios que exercita en él la Compañía de Iesús.*–Roma, Francisco Cavallo, 1646. Hay reedición crítica y anotada del Instituto de Literatura Chilena, 1969.

ROSALES, Diego de: *Historia general del reino de Chile. Flandes Indiano.*–Valparaíso, 1877.

SUÁREZ DE FIGUEROA, Cristóbal: *Hechos de don García Hurtado de Mendoza, cuarto marqués de Cañeta.*–Madrid, 1613.
VALDIVIA, Pedro de: *Cartas de ....., que tratan del descubrimiento y conquista de Chile.*–Edición facsimilar de J. Toribio.–Sevilla, 1929. (Hay edición de Santiago de Chile, 1953.)
VIVAR, Jerónimo de: *Crónicas y relación verdadera de los reinos de Chile.*–Santiago de Chile, 1966.

2. Estudios modernos

ALEGRÍA, Fernando: *Lautaro, el joven libertador de Arauco.*–Santiago de Chile, 1950.
ALVAREZ O., Gabriel: *Almagro y sus compañeros.*–Valparaíso, 1936.
AMUNATEGUI, Miguel Luis: *Descubrimiento y conquista de Chile.*–Santiago de Chile, 1862.–(Nueva edición, 1913.)
AMUNATEGUI SOLAR, Domingo: *Personajes de la Colonia.*–Santiago de Chile, 1925.
– *Estudios históricos.*–Santiago de Chile, 1940.
ARCINIEGAS, Rosa: *Don Pedro de Valdivia, conquistador de Chile.*–Santiago de Chile, 1944.
BURKE, Stella May: *The conqueror's Lady Ines Suárez.*–New York, 1930.
CAMPO, Santiago del: *Pedro de Valdivia, el capitán conquistado.*–Madrid, 1961.
CARMONA, M. E.: *Pedro de Valdivia, un español en Chile.*–Barcelona, 1962.
CARRASCO, Adolfo: *Descubrimiento y conquista de Chile.*–Madrid, 1892
DOUSSINAGÜE, José M.: *Pedro de Valdivia o la novela de Chile.*–Madrid, 1963.
ERRAZURIS, Crescente: *Pedro de Valdivia.*–Santiago de Chile, 1911-12. 2 vols.
– *Historia de Chile sin gobernador (1554-57).*–Santiago de Chile, 1912.
– *Don García de Mendoza, 1557-1561.* Santiago de Chile, 1914.
– *Francisco de Villagrán, 1561-1563.*-Santiago de Chile, 1915.
– *Pedro de Villagra, 1563-1565.* Santiago de Chile, 1916.
ESPEJO, Juan Luis: *La provincia de Cuyo del reino de Chile.*–Santiago de Chile, 1954. 2 tomos.
ESTEVE BARBA, Francisco: *Descubrimiento y conquista de Chile.*–Barcelona-Buenos Aires, Salvat Editores, S. A., 1946, XI, mapas e ilustraciones.–(«Historia de América y de los pueblos americanos». Tomo IX. Obra fundamental).
Estudios: Revista.....–Número dedicado a Valdivia. Año XXII, núm. 234. Enero de 1954.
EYZAGUIRRE, Jaime: *Ventura de Pedro de Valdivia.*–Buenos Aires, 1946.–«Colección Austral», núm. 641.
FUENZALIDA G., Alejandro: *Historia del desarrollo intelectual de Chile* (1541-81).–Santiago de Chile, 1903.
– *La evolución social de Chile* (1541-1810).–Santiago de Chile, 1906.
GONZÁLEZ DE MENDOZA DORVIER, Angel: *El problema geográfico de la Araucana y la expedición de D. García Hurtado de Mendoza.*–Madrid, Bol. Soc. Geog., 1947, vol. LXXXIII, págs. 193-228.
GRAHAM, Robert G. B. C.: *Pedro de Valdivia, conqueror of Chile.*–London, 1927
GREVE, Ernesto: *El conquistador Francisco de Aguirre.*–Comentarios y complementos al libro del presbítero Luis Silva Lezaeta.–Santiago de Chile, 1953.
JÁUDENES GARCÍA, José: *El piloto Juan Fernández Ladrillero.*–«Rev. General de Marina», vol. 157. Madrid, 1959.
LARRAIN, C. J.: *Valdivia y sus compañeros.*–«Revista de Indias», 1950, X.
LEVILLIER, Roberto: *Chile y Tucumán en el siglo XVI.*–(El conflicto Villagrán Núñez del Prado.)–Praga, 1928.
(Véase más bibliografía en el apartado sobre el Tucumán.)
MELLAFE, Rolando, y VILLALOBOS, Sergio: *Diego de Almagro.*–I: «Descubrimiento del Perú»; II: «Descubrimiento de Chile».–Santiago de Chile, 1954.

MENA, Vicente: *Comentarios a la vida de Pedro de Valdivia, escrita por el ilustrísimo señor Antonio Miguel Romero.*–Madrid, 1929.
MEZA VILLALOBOS, Néstor: *Política indígena en los orígenes de la sociedad chilena.*– Santiago de Chile, 1951.
(Interesante para ver las relaciones entre indios y conquistadores.)
– *Régimen jurídico de la conquista y de la guerra de Arauco.*–«Revista Chilena de Historia y Geografía», núm. 107,1946.
PÉREZ BUSTAMANTE: *Valdivia en sus cartas.*– «Revista de Indias», núm. 51. Madrid, 1953.
RAMÓN FOLCH, José Armando: *Descubrimiento de Chile y compañeros de Almagro.*– Santiago de Chile, 1954.
ROA Y URSÚA, Luis: *El reino de Chile* (1535-1610).–Estudio histórico, genealógico y biográfico.– Valladolid, 1945.
– *La familia de don Pedro de Valdivia, conquistador de Chile.*–Sevilla, 1936.
ROMERO, Miguel, y GIL DE ZÚÑIGA, Antonio: *Vida de Pedro de Valdivia.*–Madrid, 1928.
RUJULA, José de: *Pedro de Valdivia, conquistador de Chile.*–Badajoz, 1928.
– *Los Valdivias. Sus ejecutorias de nobleza, caballeros de órdenes militares, Carlos III.*– Badajoz, 1929.
SABAT PERET, María M. G. de: *Presencia de la mujer española en la conquista chilena.* «Revista Nacional». Montevideo; diciembre, 1950.
SÁNCHEZ, Luis Alberto: *Valdivia, el fundador.*–Santiado de Chile, 1941.
SILVA LEZAETA, Luis: *El conquistador Francisco de Aguirre.*–Santiago de Chile, 1953. (Véase Greve, Ernesto.)
SOLAR CORREA, E.: *Las tres colonias.*–Ensayo de interpretación histórica.–Santiago de Chile, 1942.
TÉLLEZ Indalecio: *Historia militar de Chile* (1520-1883).–Santiago de Chile, 1925-26. 2 vols.
THAYER, Francisco: *Apuntes para la historia económica y social durante el período de la conquista de Chile* (1540-1565).–«Revista Chilena de Historia y Geografía». 34
THAYER OJEDA, Tomás: *Los conquistadores de Chile.*–Santiago de Chile, 1908-13. 3 vols.
– *Santiago durante el siglo XVI.*–Santiago de Chile, 1908.
– *Apuntes para la historia económica y social, durante el período de la conquista de Chile* (1540-1565).–Santiago de Chile, 1920.
– *Puntos controvertibles, novedades e inexactitudes de la «Nueva crónica»... que escribió... Roberto Leviller.*–Santiago de Chile, 1928.
– *Formación de sociedad chilena y censo de la población de Chile en los años de 1540 a 1565.*– Santiago de Chile, 1939-43. 3 vols.
THAYER OJEDA, Tomás, y J. LARRAIN, Carlos: *Valdivia y sus compañeros.*–Santiago de Chile, 1950. (Obra muy interesante, donde podemos ver todo lo relativo a hombres, edades, patria, estado social, ideas políticas, familias, oficios, etc., de los hombres que acompañaron a Valdivia.)
VERNOW, Stevenson Weodon: *Pedro de Valdivia, conquistador of Chile.*– «The University of Texas Press».–Austin, 1946.
VICUÑA, Alejandro: *Inés de Suárez.*–Santiago de Chile, 1941.

3. Conquista de Tucumán

Crónicas

No han quedado crónicas directas de esta empresa, pues ninguno de los actores escribió. Hay que recurrir a Cieza, Gutiérrez de Santa Clara y Diego Fernández (El Palentino).

APARICIO, Francisco de: *Descubrimiento del territorio argentino. La «entrada» de Diego de Rojas.*–«Revista de Historia de América», núm. 34.–México, 1952.

ARGANARAS, Héctor D.: *La epopeya del Tucumán.*-(Romance de la entrada de Diego de Rojas, 1543.)-Santiago de Estero, 1943.
AVILA, Federico: *Los descubridores de Tarija y Tucumán.*-Tucumán, 1962.
CANALS FRAU, Salvador: *La entrada de Diego de Rojas.*-«Anales del Instituto Etnico Nacional», año 1951, tomo IV, primera entrega.
JAMES FREYRE, Ricardo: *El Tucumán del siglo XVI.*-Buenos Aires, 1914.
LEVILLIER, Roberto: *Gobernación del Tucumán.*-Papeles de gobernadores en el siglo XVI. Documentos del Archivo de Indias.-Publicación dirigida por .....-Primera parte.-Madrid, 1920.
- *Nueva crónica de la conquista del Tucumán.*-Precedida de un ensayo sobre los tiempos prehistóricos.-Madrid, 1927-1931, 3 vols.
- *Chile y Tucumán en el siglo XVI.*-(El conflicto Villagrán-Núñez de Prado.)-Praga, 1928.
- *Biografías de conquistadores de la Argentina en el siglo XVI.*-Tucumán-Madrid, 1933.
- *La Argentina del siglo XVI.*-Descubrimiento y población del Norte argentino por españoles del Perú. Desde la entrada al Tucumán hasta la fundación de Santiago del Estero (1543-1553).-Buenos Aires, 1943.
LIZONDO BORDA, Manuel: *Descubrimiento del Tucumán.*-El pasaje de Almagro. La entrada de Rojas. El itinerario de Matienzo.-Tucumán, 1943.
- *Historia del Tucumán (siglo XVI).*-Tucumán, 1942.
LOZANO, Pedro: *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán.*-Buenos Aires, 1874-1875, 5 vols.

4. Conquista de Cuyo

GARGARO, Alfredo: *Los primeros descubridores de Cuyo.* «Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas», XXI.-Buenos Aires, julio, 1936; junio, 1937.
GUERRERO, César H.: *Juan Jufré y la conquista de Cuyo.*-San Juan, 1962.
LOZANO, Pedro: *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán.*-Buenos Aires, 1874-5, 5 vols.
MORALES GUIÑAZU, Fernando: *Genealogía de los conquistadores de Cuyo y fundadores de Mendoza.*-Buenos Aires, 1832.
- *Los conquistadores de Cuyo y los fundadores de Mendoza.* «Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas», XXVI.-Buenos Aires, julio, 1941; junio, 1942.

5. Patagonia y Tierra del Fuego

ANDRADE F., Francisco: *Pedro Sarmiento de Gamboa.*-Boletín de la Sociedad Geográfica de Colombia, núm. 47-8, 1955, págs. 131-150.
ARCINIEGAS, Rosa: *Pedro Sarmiento de Gamboa (El Ulises de América).*-Buenos Aires, 1956.
BAILISCO, Ernesto: *La armada del obispo de Plasencia y el descubrimiento de las Malvinas.*-Buenos Aires, 1967.
BRAUN, Armando: *Las cuatro fundaciones magallánicas.* Homenaje de la Universidad de Chile a su ex Rector Domingo Amundregui Solar.-Tomo I. Santiago de Chile, 1935.
CLISSOLD, S.: *Conquistador: the life of Don Pedro Sarmiento de Gamboa.*-Londres, 1954.
DOSERRES, H.: *Bordejeando.*-Descubrimientos, exploraciones y levantamientos marítimos patagónicos.-Buenos Aires, 1928.
GARCÍA DEL MORAL, Bartolomé y Gonzalo: *Relación diaria del reconocimiento del nuevo estrecho de S. Vicente y del de Magallanes realizado por Bartolomé García de Nodal y Gonzalo Nodal.*-Madrid, 1920.
- *Relación del viaje que por orden de su Majestad... hicieron los capitanes B.* ——— *y*

Gonzalo de Nodal... al descubrimiento del Estrecho Nuevo de S. Vicente, que hoy es nombrado de Maire y Reconocimiento del de Magallanes.–Madrid, 1776.

GONZÁLEZ, S. E.: *La odisea de Simón de Alcazaba en la Patagonia.*–«Rev. General de Marina», vol. 70. Madrid, 1954, núm. 5.

GUILLÉN TATO, Julio: *Colección de diarios y relaciones para la historia de los viajes y descubrimientos. III: Sarmiento de Gamboa (1579-80).*–Madrid, 1944.

JÁUDENES GARCÍA, José: *Simón de Alcazaba.*–«Rev. General de Marina», vol. 156. Madrid, 1960.

MARTINIC, Mateo: *Historia del Estrecho de Magallanes.* Santiago de Chile, 1977.

MERINO Y ALVAREZ, Abelardo, y BELTRÁN Y ROZPIDE, Ricardo: *Españoles y holandeses en el estrecho de Magallanes y Tierra del Fuego y en Oceanía.*–Boletín de la Sociedad Geográfica, 63, 1921-22, págs. 321-402.

MORALES, Ernesto: *Sarmiento de Gamboa, un navegante español del siglo XVI.*–Barcelona, 1932.

– *Aventuras y desventuras de un navegante. Sarmiento de Gamboa.*–Buenos Aires, 1946.

MORLA VICUÑA, Carlos: *Estudio histórico sobre el descubrimiento y conquista de la Patagonia y de la Tierra de Fuego.*–Leipzig, 1903.

OYARZUN, Javier: *Expediciones españolas al estrecho de Magallanes y Tierra de Fuego.*–Madrid, 1976.

PASTELL, Pablo: *El descubrimiento del estrecho de Magallanes.*–Madrid, 1922, 2 vols. (Magallanes. García Jofre de Loaysa. Alcazaba. Camargo. Juan Ladrillero.)

PÉREZ DE GUZMÁN, Juan: *Descubrimiento y empresa de los españoles en la Patagonia.*–Madrid, 1892.

RATTO, Héctor R.: *Actividades marítimas en la Patagonia.*–Buenos Aires, 1930.–(Durante los siglos XVII y XVIII.)

Relación del último viaje al estrecho de Magallanes de la fragata de S. M. Santa María de la Cabeza en los años de 1785 y 1786. Extracto de todos los anteriores desde su descubrimiento, impresos y manuscritos y noticias de los habitantes, suelo, clima y producciones del estrecho.–Madrid, 1788.

Relación diaria del viaje marítimo y descubrimiento de las costas del Sur, que hizo por orden Excmo. Señor Conde de Castellar... Virrey... del Perú... el Capitán... Pascual de Yriarte... desde la provincia de Chiloé hasta el Estrecho de Magallanes... Año de 1675.–Colección de diarios y relaciones para la Historia de los Viajes y Descubrimientos. Tomo I, Madrid, Instituto Histórico de la Marina, 1943.

SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro: *Viaje al estrecho de Magallanes por el Capitán... en los años de 1579 y 1580 y noticia de la expedición que después hizo para probarle.*–Madrid, 1768.

– *Viajes al estrecho de Magallanes, 1579-1584.*–Buenos Aires, 1950.

– *Relación y Derrotero del viaje y descubrimiento del estrecho de la Madre-De-Dios antes llamado de Magallanes.*–Col. de diarios y relaciones para la Historia de los Viajes y Descubrimientos. III: Sarmiento de Gamboa (1579-80).–Madrid, 1944.

SEIXAS Y LOVERA, F. de: *Descripción Geographica y derrotero de la región austral magallánica.*–Madrid, 1690.

XIX

FUNDACIONES EN EL RIO DE LA PLATA

«Desde allí hemos zarpado hacia el Río de la Plata, y hemos venido a un rio dulce que se llama Paraná-Guazú, y es extenso en la embocadura, donde se deja el mar... en el día de Todos los Tres Reyes, en 1535, hemos desembarcado en el Río de la Plata... Allí hemos levantado un asiento, éste se ha llamado Buenos Aires.»

(ULRICO SCHMIDL: *Derrotero y viaje a España y las Indias.*)

Buscando el estrecho por la Mar Dulce o de Solis.

Entradas en el Río de la Plata.

1. Los primeros en llegar

Después de Solís y Magallanes, otra expedición que cruzó por el Río de la Plata, pero sin mayores consecuencias, fue la de Frey García Jofre de Loayza (1525). Al mismo tiempo, Sebastián Caboto preparaba su armada, que abandonó España en 1526 rumbo al Maluco. El veneciano, sucesor de Vespucio y Solís en el oficio de piloto mayor del reino, tenía órdenes del rey español de ir a Oriente a rescatar a través del estrecho magallánico y sin tocar en tierras portuguesas. Pero, contraviniendo lo ordenado, en junio desembarcaba en Pernambuco, donde los portugueses le revelaron que el mar Dulce o río de Solís conducía a la sierra de la Plata. Caboto determinó cambiar su itinerario a Oriente y quedarse a explorar el citado río y conquistar el soñado imperio del Rey Blanco. En la isla de Santa Catalina y en el estuario rioplatense se confirmaron las noticias anteriores por boca de náufragos españoles de la anterior armada.

En mayo de 1527, Sebastián Caboto empezó a remontar el río Paraná hasta llegar a la confluencia con el *Carcarañá*. El 9 de junio alzó la fortaleza de *Sancti Spiritus*, en torno a la cual se edificaron casas de paja y adobe para los expedicionarios. En diciembre principiaban las salidas en busca de la sierra argentífera, y en marzo de 1528 llegaban a la entrada del río Paraguay. Al regresar tropezaron con las naves de Diego García de Moguer, que venía de España a explorar aquellas tierras según capitulación firmada por el rey. El de Moguer era un exper-

to, navegó con Solís y dio la vuelta al mundo con Elcano. Ignorando que Caboto había violado lo estipulado por el emperador, decidió entrar río arriba movido por las mismas noticias alucinantes. Cuando llegó al fuerte de Sancti Spiritus intentó tomarlo, sin conseguirlo, por lo que siguió navegando hasta encontrarse con Caboto. Los dos capitanes acordaron unirse para conquistar juntos el imperio del Rey Blanco.

Antes de internarse río arriba, Caboto había despachado tres expediciones en direcciones distintas con el fin de buscar noticias. De ellas sólo regresó una: la dirigida por el capitán Francisco César; las otras jamás aparecieron. César y sus compañeros portaban noticias sorprendentes, que, sin ellos saberlo, hacían referencia –como las anteriores– al imperio de los Incas. La historia contada por el capitán y los suyos se llamó luego de *los Césares*, por el nombre del jefe expedicionario. Otra ilusión más que impelería a los conquistadores de Suramérica.

Mientras César efectuaba su exploración, Caboto y Diego García remontaron el Paraná en un intento frustrado por llegar a la sierra de la Plata. Los indígenas mostraron ánimos de sublevarse.

Ya regresado César, y habiéndose ausentado Caboto para castigar a ciertos indios, el fuerte de Sancti Spiritus fue atacado violentamente por la indiada, que obligó a los españoles a abandonarlo con considerables pérdidas. Apenas Caboto se enteró del hecho, marchó hacia la destrozada fortaleza, donde sólo halló ruinas y cadáveres. La conquista de la anhelada sierra había fracasado por esta vez. Resaltemos que en la confluencia del San Salvador y el Uruguay Caboto estableció un fuerte o colonia donde se realizaron los primeros experimentos agrícolas en Uruguay.

Las pérdidas humanas eran sensibles; faltaban los alimentos, y los indios no se mostraban nada cordiales. Había que regresar a España, como se hizo en diciembre de 1529.

Con este lamentable final concluye el ciclo explorador rioplatense y comienza el período de penetraciones y conquistas. No obstante el fracaso del intento cabotiano, la influencia posterior de su expedición fue decisiva, pues muchos de los hombres que en ella participaron esparcieron los mitos que ya hemos consignado, y que fueron móviles impulsadores en las futuras entradas españolas y portuguesas encauzadas a alcanzar el imperio del Rey Blanco, la sierra de la Plata y las ciudades de los Césares.

2. Rasgos de la conquista rioplatense

Con respecto a otras penetraciones continentales, en el Río de la Plata se nota una acción algo tardía en el tiempo. Ello se debe a la desviación que sufren las corrientes conquistadoras absorbidas por México y Perú. La entrada al Plata va a nacer como consecuencia de la pugna en torno al Maluco (Molucas) o islas de las Especias, entre Portugal y España, y alrededor de las tierras suramericanas que pertenecían a ambas naciones según el acuerdo de Tordesillas. Fueron los barcos que iban hacia Oriente los que tocaron en sus costas, torcieron sus derroteros y fines, adquiriendo las noticias fantásticas que durante muchos años moverían a los conquistadores que abordaron el continente por su cara atlántica.

Tiene la irrupción en el Río de la Plata un parecido indudable con la que se hace en Chile: carece la tierra de riqueza mineral y el indígena no posee unidad política. La prosperidad de los hombres que arriben a esta zona estará en el cultivo de la tierra y de la ganadería, con ayuda de la mano indígena. Esta, por su parte, mantiene una concepción tribal de la sociedad que obliga a un lento avance, pues hay que ir venciendo uno a uno a todos los caudillos. A pesar de este bajo nivel cultural y social del indígena, los pobladores se mezclarán aquí enormemente, forjando una sociedad de la tierra que desempeñará pronto papeles decisivos.

En las oleadas conquistadoras hay que distinguir entre aquellos caudillos que organizan sus huestes en la metrópoli –Mendoza, Sanabria, Rasquín– y los que parten de focos ya americanos. Los primeros generalmente fracasan; los segundos, no. Se debe a que la acción del primero no lleva, como la del segundo, un conocimiento previo del terreno donde va a operar. De todos modos, tanto en unos como en otros, la tarea a desempeñar fue esforzada. Allí no se contaba con ciudades indígenas sobre las cuales se podían superponer los cuadros españoles; hubo que alzarlas, sostenerlas, consolidarlas, al mismo tiempo que se avanzaba poblando, colonizando y gobernando. Un quehacer múltiple, que exigió una energía enorme si tenemos en cuenta la pobreza de la tierra y los obstáculos que ella ofrecía, cuando se trataba de las selvas del Norte o la llanura reseca del interior. Por eso la obra no fue empresa de un solo hombre, sino de varios, y por eso también no podemos personificar en nadie la gesta conquistadora. Sólo Irala se impone al resto de sus compañeros.

Como en México con los *tlaxcaltecas*, en el Plata el español se alió

al *guaraní* o al *guaycurú* –sobre todo con el primero–, en un mestizaje de sangre y bélico, para imponerse a los otros grupos y superar así el fraccionamiento político. De este cruce racial nacerá la generación llamada "los mancebos de la tierra", temibles en todos los aspectos.

Dos momentos y dos corrientes, en cuanto a dirección, se pueden observar o establecer en el Río de la Plata. La primera época abarca desde don Pedro de Mendoza hasta la muerte de Domingo Martínez de Irala. La corriente penetrativa se desliza desde el estuario hacia el Paraguay e interior. En la segunda etapa, desde la muerte de Irala hasta finales del siglo XVI, la corriente se desplaza hacia el noroeste del Paraguay, buscando el Perú; pero, rechazadas las columnas de penetración por otras que bajan del altiplano peruano, el avance continúa su cauce primitivo y la corriente parece como regresar al estuario. Predominan las fundaciones.

De todas estas notas se apartan, sin embargo, tierras que geográficamente son rioplatenses, pero cuya conquista se hizo partiendo de bases peruanas y chilenas. Nos referimos al Tucumán, Patagonia y Tierra del Fuego.

3. El primer adelantado: Don Pedro de Mendoza

En 1532, con todo secreto, se prepara una expedición al Río de Solís encaminada a neutralizar los avances portugueses hacia la Sierra de la Plata y el imperio del Rey Blanco. Mito y realidad se conjugan como siempre. En la metrópoli corre un aire de interés nacional por la empresa. Los portugueses –lo saben los castellanos– se aprestan con sigilo y velocidad para conquistar en Suramérica.

1534. A Sevilla llega Hernando Pizarro con el tesoro repartido en Cajamarca. Se expone en la Casa de la Contratación. La gente enloquece ante tanta riqueza, y hay que cerrar los banderines de enganche para la expedición que se apresta al Mar Dulce.

El adelantado de Canarias, don Pedro Fernández de Lugo, se ha mostrado remiso a ser el caudillo de la armada, y los reyes entonces la ponen bajo el mando del granadino don Pedro de Mendoza. Mendoza era de Guadix, hijo de familia noble. Ocupó cargos en la corte imperial y, en lo oscuro de su existencia, hay quien supone que participó en el saqueo de Roma, obteniendo buen botín. Incorporado a la Corte debió andar con Carlos I por Italia, Alemania y Austria, hallándose en España en 1539.

Las capitulaciones se firman en Toledo, junto con otras dos. Una hace referencia a Diego de Almagro y al territorio de Chile; la otra, a Simón de Alcazaba y a las tierras australes. La capitulación con Mendoza le permitía conquistar y poblar todo el territorio comprendido entre el paralelo 25° y el 36°, para contener la penetración lusitana con base en Brasil.

A esta conquista se le da una mayor importancia que a la de México o Perú, por la trascendencia internacional que posee y por un mayor conocimiento exacto y leyéndico del país donde estos hombres iban a actuar.

En agosto de 1535 pusieron proa a las islas Canarias. A bordo van capitanes luego famosos: Juan de Ayolas, Domingo Martínez de Irala..., y gente oscura, el común, como Rodrigo de Cepeda, que un día se fugó con su hermana, Teresa de Avila, la santa, en pos de aventura. Irala, el futuro caudillo, pertenecía también al grupo de los oscuros; natural de Vergara, debía de tener unos veinticuatro años en 1535. Debió llegar a Sevilla muy joven dejando atrás el Mayorazgo que le correspondió a la muerte de su padre.

De trece pasan a dieciséis las naves. Cuando llegan al Mar Dulce sólo son catorce, que transportan cerca de dos mil hombres. Para estos seres todo será tragedia y desventura. Van a morir de hambre o a manos de salvajes; pero no dejarán jamás de ser tenaces, aunque parezcan espectros. El mismo Rodrigo de Cepeda, aquel que un día huyó con la santa de Avila con intenciones de llegar a tierras de moros "pidiendo por amor de Dios que allí nos descabezasen", actuará con gloria a orillas del río Paraguay. Y como él, muchos y muchas. Porque en esta jornada, como excepción, vienen mujeres. Algunas se han embarcado bajo disfraz.

El adelantado va en cama, atormentado por una sífilis avanzada. Ayolas y otros se han acercado para decirle que el capitán Juan de Osorio conspira para hacerse con el mando. Que "sea muerto a puñaladas o a estocadas... hasta que el alma le salga de las carnes", es la sentencia que ordena ejecutar Mendoza. Y el mismo Ayolas la cumple en la bahía de Río de Janeiro.

Durante los primeros días del año de 1536, los navíos fondearon en la *pequeña isla de San Gabriel.* Después de un detenido examen en las orillas del estuario buscando un lugar adecuado para establecer un puerto, se escogió un sitio junto al *Riachuelo de los Navíos* –hoy sólo Riachuelo–, donde, sin ceremonia alguna, se fundó el 2 o el 3 de febrero de 1536 el *puerto de Nuestra Señora María del Buen Aire.*

La flora y fauna de la región eran bastante pobres. Los charrúas, guaraníes y otros constituían los grupos étnicos que habitaban por aquella zona.

La reciente fundación empezó en seguida a acusar algunos problemas vitales: no había piedras para las edificaciones, ni alimentos para sustentar a las gentes. A ello se unía el acoso de los indios y fieras. La tierra parece defenderse contra la intromisión del blanco. Al indígena no le hace mella, como en otras partes, el caballo: contra él utiliza con éxito las boleadoras.

Mendoza ordena la salida de una nave hacia Brasil en busca de vituallas; otra expedición sale río arriba con el mismo fin y para fijar posibles fundaciones. Ayolas vuelve a salir cuando regresa esta última expedición, remontando el río. Cerca de la laguna Coronda funda el precario asiento de *Corpus Christi*, donde dejó una guarnición al regresar.

Sucesos importantes habían tenido lugar en ausencia de Ayolas. Ya vimos cómo los hombres de Buenos Aires carecían de víveres; sembrar era inútil y cazar difícil. En tal situación, don Pedro de Mendoza remitió a su hermano y a su sobrino, con capitanes y fuerzas, a orillas del actual río *Luján* en busca de mantenimientos. Una nave estaba en el Brasil; Ayolas remontaba el Paraná. Cuando el grupo enviado por Mendoza inspeccionaba las orillas del Luján, un grupo de *querandíes* y *guaraníes* les atacó, matando a varios de los capitanes, al hermano y al sobrino del adelantado. El desaliento de Mendoza, postrado en cama por la enfermedad, fue enorme. Para colmo, a los pocos días de este combate, llamado de Corpus Christi por celebrarse en aquel día tal festividad, comenzó el gran asedio de la fundación.

Las tribus indígenas se confabularon para expulsar a los españoles. Dentro de la palizada, éstos resistían el cerco; pero pronto el hambre hizo estragos; Schmidl brinda renglones de un realismo increíble. No sólo se llegó a comer cueros y animalejos, sino "la carne de los que morían, y aún de los ahorcados por justicia, sin dejarles más que los huesos" (Díaz de Guzmán).

Pero la misma hambre que atormentaba a los sitiados se adueñó de los sitiadores, que tuvieron que replegarse.

Desesperado Mendoza, pensó en regresar a España; preparaba una carabela para hacer el viaje, cuando llegó Ayolas con abundantes alimentos.

Animado el adelantado por las noticias que Ayolas trajo, resolvió trasladarse al puerto de Corpus Christi. A finales de agosto remontó el

Paraná en compañía de unos cuatrocientos hombres. En Buenos Aires quedaba como gobernador interino Francisco Ruiz Galán. El viaje fue un desastre: unos doscientos españoles murieron de hambre. A pesar de ello, Mendoza fundó otra fortaleza con el nombre de *Buena Esperanza,* cerca de Corpus Christi, y remitió a Juan de Ayolas con dos bergantines río Paraguay arriba, en demanda de la sierra de la Plata y del imperio del Rey Blanco. Es en esta expedición seguidora de la huella de Caboto y Diego García cuando hace entrada en la acción el futuro gobernador Irala: mandaba uno de los tres navíos.

A los pocos días de la partida de Ayolas, don Pedro dejó una guarnición en los fuertes y regresó a Buenos Aires. La enfermedad lo mataba gradualmente. Los finales del otoño de 1536 son terribles y dolorosos. El mal que los napolitanos llaman gálico, y los franceses napolitano, lo minaba lentamente. No podía resistir más, y quiso ir a morir a España. El 22 de abril de 1537 partía de Buenos Aires don Pedro de Mendoza, primer adelantado del Río de la Plata, después de dejar instrucciones a Ruiz Galán para el gobierno de Buenos Aires y el nombramiento de teniente gobernador a favor de Juan de Ayolas.

El 24 de junio, en medio del Atlántico, era arrojado al agua el cadáver de Mendoza.

4. Ayolas e Irala. Abandono de Buenos Aires

Paraná arriba, primero, y luego por el Paraguay, se había perdido la expedición de Ayolas. En febrero de 1537 llegaron a un puerto que llamaron de la *Candelaria.* Allí quedó Martínez de Irala, mientras el jefe de la expedición se adentraba en el Chaco buscando los señores del metal blanco.

Hasta los contrafuertes andinos, es decir, hasta la región de los indios charcas, ascendió Ayolas en su caminata. Con un crecido botín, emprendió el regreso. La marcha fue penosa. Y cuando llegó a Candelaria se encontró con que Martínez de Irala no le esperaba. Sólo le aguardaba la muerte. Cercados por la indiada, murieron aquel puñado de hombres, restos de la expedición (abril de 1538).

¿Por qué no estaba Irala en Candelaria? Remontémonos a principios de 1537. Antes de partir Mendoza para España había remitido en pos de Ayolas a Juan Salazar de Espinosa, con una armadilla de tres bergantines. El 23 de junio tropezó Salazar con Irala cerca de Candelaria. En el mismo momento, Ayolas caminaba hacia los Andes y Men-

doza era sepultado en el Atlántico. Los dos capitanes, Irala y Salazar, hicieron una tentativa para encontrar a Juan de Ayolas, sin éxito. No obstante, Irala quedó en Candelaria y Salazar navegó Paraguay abajo, para fundar el fuerte de la Asunción, según lo había prometido a los indios (15 de agosto de 1537). El fortín alzado fue la célula de la futura población del mismo nombre que, por su privilegiada situación geográfica, se convirtió en el núcleo de penetración. Después de esta fundación, Salazar siguió hasta Buenos Aires, donde halló a Ruiz Galán, dejado como teniente de gobernador en Buenos Aires por Mendoza, así como de Corpus Christi y Buena Esperanza.

Sugestionado Ruiz Galán por las noticias de Salazar, decidió trasladarse a la fortaleza de Asunción, a donde llega en febrero de 1538.

Pronto comenzaron las disputas entre Martínez de Irala y Ruiz Galán. El primero no reconocía al segundo como gobernador. Irala exhibía el poder de Ayolas; Galán mostraba la autorización de Mendoza a su favor. Sin llegar a un acuerdo, se separaron. Irala quedó en Candelaria; Salazar, en Asunción, y Ruiz Galán se fue a Buenos Aires.

Estando ya Ruiz Galán en Buenos Aires arribó de España el veedor Alonso de Cabrera, con instrucciones para organizar el gobierno de aquellas tierras. Traía la célebre Real Cédula de 1537, que autorizaba a los pobladores a nombrar gobernador mientras la Corona decidía.

Reunidos en Asunción Cabrera, Irala y Ruiz Galán para resolver sobre el mando, se falló que debía caer en Domingo Martínez de Irala, por ser lugarteniente de Juan de Ayolas, que a su vez lo era de don Pedro de Mendoza (julio de 1539).

En noviembre de 1539 intentó Irala de nuevo encontrar a Juan de Ayolas, logrando tan sólo confirmar su muerte.

El veedor Cabrera había aconsejado el despoblamiento y abandono de Buenos Aires. Pensando en ello, llegó Irala a la conclusión de que convenía tal medida para estar más cerca de la sierra argentífera y para tener más concentrada a la gente. Esto fue en mayo y junio de 1541.

Pero algunos indios trajeron la noticia de que en la costa del Brasil había naves españolas. Ello obligó a demorar un poco el traslado de Buenos Aires; cuando se comprobó que quien llegaba era la armada de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, segundo adelantado, se continuó el éxodo. Irala no quiso esperar a su arribo para efectuar el cambio, y así, mientras los de Buenos Aires se trasladaban a Asunción, Cabeza de Vaca cruzaba desde la isla Santa Catalina hasta la última pobla-

ción, sin pasar por el estuario, en una jornada terrestre digna de sus anteriores andanzas.

En Buenos Aires no quedaron sino restos humeantes. Todo el elemento español se reunió en Asunción, pronto transformada en una ciudad creciente, que por la abundancia de mujeres indias y por la vida que los pobladores en ella llevaban mereció ser llamada *El Paraíso de Mahoma*. Alonso Cabrera, determinante espiritual del abandono de Buenos Aires, planeó también más tarde destruir Asunción y fundarla en lo más alto del río Paraguay. Ello hubiera cambiado por completo la historia de la región rioplatense. El veedor deseaba establecer el núcleo base más cerca de la sierra argentífera, según declararon varios testigos en 1543, al mismo tiempo que le acusaban de mañoso e intrigante y merecedor del apodo que le daban: "El Zorro del Rabo Blanco". Una vez en Asunción, Irala "hizo revista de la gente –según Ruy Díaz– y halló que tenía seiscientos hombres, residuo de dos mil cuatrocientos que habían entrado en la conquista, incluso las reliquias de los de Sebastián Caboto".

5. La «ciudad» de Asunción

La matriz colonizadora había sido establecida por Juan de Salazar con cincuenta y siete hombres a manera de fuerte. A los dos años de vida no pasaba de tener unos trescientos treinta y de seguir siendo eso, un fuerte. Debía de tener una empalizada como la que Ulrico Schmidl dice que levantaron en torno a Buenos Aires y sus casas debían ser de madera y paja. No faltaba la auténtica casa fuerte o torre y una fragua siempre necesaria y vital en estas empresas. Cuando se despobló Buenos Aires, el poblado asunceño creció a partir del 2 de septiembre de 1541, en que arribaron los desalojados de la desembocadura o del estuario del Plata. Más ranchos de adobes, más bohíos de madera y paja engrosaron la fundación a la cual el Rey dio por armas muy pronto la efigie de la Asunción y San Blas, una casa fuerte, una palma, un árbol frondoso y un león. Aquello, tan pretencioso, era una isla mínima perdida en la inmensa geografía suramericana. Pero las condiciones geográficas iban a influir mucho en aquel poblado y aquel poblado iba a influir mucho en la tarea descubridora y pobladora hispana. La vida, el modo de vida, fue algo especial desde el punto y hora en que ambas razas se fusionaron pronto. La abundancia de mujeres permitió no sólo un amplio mestizaje, sino el uso de una mano

de obra inapreciable. En una carta de entonces, dirigida al Rey, se le dice: "Hallamos, señor, en esta tierra una maldita costumbre, que las mujeres son las que siembran y cogen el bastimento, y como quiera que no nos podíamos aquí sostener con la pobreza de la tierra, fue forzado tomar cada cristiano indias destas, desta tierra, contentando sus parientes con rescates para que les hiciese de comer..." El tudesco Schmidl escribe: "Entre estos indios el padre vende a la hija, ítem el marido a la mujer, si ésta no le gusta, también el hermano vende o permuta a la hermana; una mujer cuesta una camisa, o un cuchillo de cortar pan, o un anzuelo o cualquier otra baratija por el estilo..." En 1545 se le decía al Rey por el capellán Francisco González Paniagua: "acá tienen algunos setenta *(mujeres);* si no es algún pobre, no hay quien baje de cinco o de seis; la mayor parte de quince y de veinte, de treinta y cuarenta...".

Con el arribo del adelantado Alvar Núñez en 1542, los trescientos cincuenta habitantes se vieron aumentados con otros cuatrocientos. Al adelantado le extrañó el régimen de vida de los pobladores y quiso poner orden en el desorden pasional, comenzando por quitar a los españoles las indias que eran parientes entre sí... "Ninguna persona –ordenó– pueda tener ni tenga su casa ni fuera della dos hermanas, ni madre e hija, ni primas hermanas por el peligro de las conciencas..." También ordenó que nadie saliese del poblado sin licencia, que nadie rescatase gato ni papagayo sin autorización, que nadie anduviese por la noche en las callejas, que nadie comprase armas a los recién llegados... Prohibió, inútilmente, alos *carios* comer carne humana.

En 1543 un pavoroso incendio liquidó la ciudad, salvo sesenta casas. En la catástrofe desapareció el archivo. Alvar Núñez comenzó la reedificación y, apoyándose en la experiencia, ordenó que las casas no se alzaran de paja y madera, sino de adobe, aunque con techos de paja. Las casas no quedaron, como antes, amontonadas, sino que se distribuyeron convenientemente en torno a la plaza mayor presidida por el rollo de la justicia.

La herrería, sita también en la plaza mayor, permitió remozar todo el armamento; el descubrimiento de salitre facilitó la fabricación de pólvora; unos astilleros, no lejos de la plaza donde estaban la iglesia y la casa de gobierno, sirvieron para fabricar bergantines bajo la dirección del portugués Hernando Baez.

En una de las ausencias, Alvar Núñez, en septiembre de 1543, dejó unas instrucciones a Juan de Salazar en las que le indicaba la conveniencia de mantenerse en paz con los indios (yapirus, huemes, guata-

cas), tejar la casa fuerte y ordenar y reagrupar las casas de la población. Más de una iglesia presidía el enjambre de casas. Eran pobres y solían ser refugio de los delincuentes, por lo que Alvar Núñez llamaba a una de ellas "casa de ladrones". La pobreza se manifestaba en la ausencia de ornamentos, libros, harina, vino... Cuando, en 1548, Irala llegó a los confines de Charcas, entregó una carta para La Gasca en la cual le decía que le proveyese de vino y harina, de azufre para hacer pólvora, de aceite para curar y de papel para escribir. Tal era la situación de la "ciudad" de Asunción. Los conquistadores-pobladores vivían dentro de una pobreza franciscana. Tenían su casa, armas (espada, arcabuz, cuchillos), un terreno en que sembrar e indias para cuidar los sembrados, tejer, hacer la comida, darles hijos... Cualquier testamento evidencia esto. En general, todos iban vestidos con cueros de animales o lienzos de algodón tejidos por las indias. La pobreza paraguaya llegó a ser proverbial; no había oro, ni plata y como moneda usaban ciertos pedazos de hierro que llamaban "cuñas" y cuyo valor dependía del peso. A buscar esas riquezas, soñando con montañas de plata, salieron de la cuna-matriz de Asunción, auténtica ciudad colonizadora, ejemplo de lo que fueron otros tantos núcleos de proyección.

6. El segundo adelantado: Alvar Núñez

Buenos Aires se había despoblado. Irala pasaba a ser jefe de la empresa. El fuerte de la Asunción se convertía en ciudad. Los *carios*, vecinos indígenas, se aliaban con los españoles, a los que veían animados de idénticos impulsos que ellos. Tal era, en síntesis, el estado de cosas, cuando en marzo de 1542 entró el adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca en la Asunción.

La nueva figura venía precedida de una vida aventurera e interesante. Traía un buen caudal de experiencia en materia indiana; pero no era un conquistador, sino un político. El había sido el actor principal en aquella travesía fantástica por el sur de Estados Unidos a través de lo que hoy se llama el "American Sahara", desde la Florida a México. Jerezano, nieto del conquistador de Gran Canaria, Pedro de Vera; hombre valiente, ingenioso, rubio: "las mozas del Duero –escribe Juan de Ocampo, compañero de aventuras– enamorábanse de él y los hombres temían su acero." Tal era el nuevo gobernador.

Con Alvar Núñez llegaba un plantel de conquistadores "visoños y, como en las Indias dicen, chapetones", según cuenta Herrera. Entre

ellos, el luego célebre Nufrio de Chaves, y el valenciano Jaime Rasquín, futuro gobernador fracasado. Y otros tantos. Portaba el adelantado interesantes Instrucciones: se le ordenaba que no llevara al Plata letrados o procuradores, para que no hubieran pleitos (cosa ya pedida por Balboa en carta al Rey); se daban grandes facilidades para la prosperidad de los pobladores, observándose en las disposiciones una tendencia a organizar la conquista que apenas principiaba.

Los planes del adelantado no estaban de acuerdo con los que abrigaban los pobladores, ya que suspendió indefinidamente la esperada expedición a la sierra de la Plata. Su primer proyecto consistió en repoblar Buenos Aires para asegurar la comunicación con España, aunque desistió cuando comprobó la inclemencia de la región. Después se dedicó a poner orden en la ciudad, y luego, sugestionado por lo que al principio rechazó, se propuso iniciar la aventura de la sierra. Comprendiendo que no podía adentrarse sin someter a los indios salvajes radicados al oeste del río *Paraguay* y norte y sur del *Pilcomayo*, emprendió una campaña de sometimiento pacífico y por las fuerzas. Aliado con los *guaraníes*, redujo a los indomables *guaycurúes*. Esto le reportó gran prestigio entre las demás tribus chaqueñas, que siempre habían considerado invencibles a los guaycurúes.

Sujetado el Chaco con la ayuda guaraní, se podía iniciar la jornada de penetración hacia el Oeste. Para la comprensión de los acontecimientos que van a tener lugar dentro de un momento, conviene que digamos algo relativo a las relaciones entre el segundo adelantado y los oficiales reales. Estos últimos vieron mal la llegada del nuevo jefe. Imposibilitados de demostrar una abierta oposición, se dedicaron a ofrecer una resistencia pasiva. Les molestaba la merma que se les hacía en la libertad e independencia que hasta el momento habían gozado.

Habiendo designado a Martínez de Irala como Maestre de Campo, y fundado el *Puerto de los Reyes* en la costa occidental del río, se inició el avance en busca de "los señores del metal" a partir de este último punto (1543). Dejando una guarnición en el fuerte o puerto de los Reyes, el adelantado penetró en la provincia de Chiquitos. Las dificultades comenzaron pronto. La selva era impenetrable, estaban en "el infierno verde". En vista de lo inseguro de la marcha, falta de alimentos y obstáculos naturales, decidieron regresar a los Reyes. Aquí tampoco era halagüeña la situación. Pasaban hambre.

Alvar Núñez despachó dos expediciones: una al Chaco, mandada por Francisco de Ribera, y que fue muy interesante por las noticias

Ulrico Schmidl, conquistador teutón en la conquista del Río de la Plata (1536), compañero del adelantado Antonio de Mendoza, que nos dejó un relato con sus experiencias americanas.

que aportó sobre los indios de tierra adentro; otra, al mando de Hernando de Ribera, que salió río arriba, y que al regresar difundió la leyenda de las *Amazonas* y *Eldorado.*

El alemán Schmidl cuenta que Hernando de Ribera y los suyos hablaron de la existencia de unas mujeres indias guerreras, guardadoras de grandes tesoros, que sólo una vez al año se unían sexualmente con los varones, guardando para sí las niñas que nacieran de esta unión y remitiendo a los padres los niños. La deformación de la realidad es notable. No hay duda que la torpe fantasía indígena hacía referencia a las vírgenes del Sol incaicas. Lo mismo que cuando hablaban del cerro de la plata o del *imperio del Rey Blanco* lo hacían refiriéndose a *Potosí, Porco* y al *Inca,* emperador del *Tahuantinsuyo.* La noticia, al correr de tribu en tribu, se deformaba, y al llegar, torpemente expresada por el indígena, al español, éste no tenía inconveniente alguno en ver en ella la encarnación del mito clásico. Ilusión o no, lo cierto es que tras ella se lanzaron las huestes hispanas desde las orillas del Paraná y Paraguay hasta llegar a la barrera de los Andes. Buscaban al *César Blanco,* al *Gran Paititi,* a los señores del metal, *Eldorado,* las *Amazonas,* la *sierrra de la Plata,* el *Rey Blanco...,* soñando como locos con toda esta teoría de quimeras que, muchas veces, tenían un fondo real y que siempre ayudaron a hacer geografía.

La situación difícil en el Puerto de los Reyes les obligó a retornar a la capital asunceña (abril de 1544). El 8 de abril entraban en la ciudad; sólo faltaban unos diecisiete días para que explotara la crisis que minaba a la población desde la llegada de Alvar Núñez.

El adelantado no había calado las peculiaridades psicológicas de la población. Para ella sobraba el boato con que se rodeaba el gobernador, y faltaba voluntad de mando. Alvar Núñez había rehuido compartir su función con los oficiales reales, arrogándose un mando personalista y peligroso, y les había prohibido imponer cierto tributo sobre alimentos. Olvidaba que en aquellas circunstancias el sentimiento de igualdad debía sobreponerse a otro y no admitir preeminencias. Fue éste precisamente el éxito de Irala. También le acarreó la enemistad de los pobladores su política tendente a desterrar la poligamia practicada por los españoles "muy en favor de Mahoma y su Alcoran", según un cronista. Ulrico Schmidl, que al narrar las precitadas expediciones dice que Alvar Núñez sufrió en ellas unas fiebres malignas, aclara que "si él hubiera muerto ya en ese tiempo, no se hubiera perdido mucho con esto, pues él se portó de tal modo con la gente de guerra, que nosotros no dijimos mucha cosa buena de él". El teutón

no simpatizaba con el adelantado. Y ya cuando nos va a contar la rebelión contra el gobernador nos expone que Alvar Núñez, al regresar de las entradas, se metió "en su casa o palacio durante catorce días, más por picardía y por soberbia que por enfermedad; así, él no hablaba a la gente y se portaba de tan impropia manera entre la gente, pues un capitán o un señor que quiere gobernar un país debe dar en todo tiempo una buena atención al grande como al chico, y ejercer su justicia y mostrarse benévolo para con el más modesto como con el más elevado; todo esto no ocurrió en él, sino que él quiso seguir a su soberbia y orgullosa cabeza".

Hay, sin embargo, una faceta considerablemente positiva en el adelantado: su magnífica política con los indígenas. Pero sobre los conquistadores pesaban más otras cosas, y si el adelantado era un buen político a ellos no les interesaba, porque lo que necesitaban era un caudillo que los llevara hacia las sierras y reinos fantásticos. Si el adelantado era un político, su hora aún no había llegado. Todavía la escena era para conquistadores, para hombres que no mirasen atrás. Y no olvidemos que entre las huestes había muchos que militaron entre los comuneros de Castilla, al contrario que Alvar Núñez.

El 25 de abril de 1544, la masa popular asunceña, amotinada por los oficiales reales al grito de "¡Libertad, libertad!", apresó al adelantado. Al día siguiente, los sublevados eligieron por teniente de gobernador y capitán general a Domingo Martínez de Irala. Quedó sancionado el derecho a la insurrección y la comunidad popular se apropió del derecho democrático de elegir a sus gobernantes.

Irala, que no había figurado ostensiblemente en la revuelta, fue, sin duda, el alma de ella. Otro elemento actuante de manera activa fue el clerical. Estos hicieron una fuerte oposición al adelantado, con funestas consecuencias para la evangelización por el abandono en que se la tuvo.

En marzo de 1545 salía un barco con el significativo nombre de *Comunero* llevando al gobernador Alvar Núñez para España. Por segunda vez se alejaba de Indias a enfrentarse con un proceso de ocho años de duración.

7. Gobierno de Irala

De nuevo Martínez de Irala volvía a tomar las riendas del gobierno. Ahora, en el período que se abre ante él, se realizarán sus deseos:

llegar al cerro de la plata y alcanzar el título de gobernador por designación real. El centrará la fase paraguaya de la conquista rioplatense, y si buscáramos un caudillo para personificar toda la gesta lo elegiríamos a él.

Un día, con Ayolas, lo vimos aparecer en la historia. Después, a la muerte de su capitán, lo contemplamos ejerciendo el mando hasta la llegada del segundo adelantado. Con el arribo de Alvar Núñez tiene que deponer sus proyectos, y sus sueños se vieron truncados. Pero no dejó de seguir planeando, y cuando fue necesario dar un cambio político a la población, no dudó en usar la violencia. Y Alvar Núñez salió preso para España.

Como consecuencia de los sucesos políticos acaecidos últimamente surgieron partidos que originaron los consabidos disturbios, alterando la vida de españoles e indios, "que el diablo gobernaba en ese tiempo entre nosotros", dice Schmidl. *Tumultuarios* se llamaron los partidarios de Irala; *leales*, los fieles a Cabeza de Vaca. La indisciplina que estas banderías ocasionaron en la población se tradujo en un peor trato al indio, que, lógicamente, motivó la rebelión de éstos. Fueron los guaraníes los alzados; el peligro común unió a "leales" con "tumultuarios", que, ligados a los guaycurúes, lograron someter a los alzados agaces y carios.

Sólo en el poder, Irala volvió a pensar en la sierra de la Plata. Los maravillosos relatos de Hernando de Ribera habían hecho revivir en los conquistadores la vieja obsesión que dominó a Alejo García, Caboto, Ayolas y Alvar Núñez. Pero no todos eran ilusos: un grupo de conservadores rechazó las proposiciones de Irala. El factor Pedro de Orantes o Dorantes interpretó el sentir popular cuando dijo al gobernador que la gente lo que deseaba era "poblar y no conquistar". Sobre todo, querían ir a repoblar Buenos Aires para asegurar la conexión con España.

Tenaz, Irala, en noviembre de 1547, tenía ya terminados todos los preparativos para la "gran entrada". En enero de 1548 se encontraba la expedición en el puerto de San Fernando, dispuesta a partir hacia el interior. En Asunción había quedado, como sustituto de Irala, Francisco de Mendoza.

En *San Fernando* dejaron los bergantines y una guarnición; las huestes empezaron la anhelada jornada. La marcha a través del Chaco fue durísima, como también lo fue la conducta de Irala con las tribus que hallaban. Lentamente se fueron acercando a las primeras serranías andinas. Al fin llegaron a la provincia de los indios *tamacocis*, en

Charcas. Estaban en el Perú: habían alcanzado la famosa sierra de la Plata; pero –dice Schmidl– cuando los indios "... comenzaron a hablar en español con nosotros. Cuando nosotros, los cristianos, notamos esto, que sabían hablar español, nos sobresaltamos muy rudamente por ello". No era para menos. Después de veinte años soñando con alcanzar aquello, otros españoles les habían tomado la delantera; todo se desvanecía. El móvil que había justificado la penetración dejaba de existir.

Irala, que no quería trasponer los linderos de su gobernación, envió a La Gasca, entonces en el Perú, una especie de embajada donde iba Nufrio de Chaves pidiendo ayuda. Ido Chaves, Irala pasó a esperarlo en la tierra de los indios *corocotoquias*, donde volvió a recoger versiones maravillosas sobre el cerro de la plata. Pero los oficiales reales se opusieron a todo avance, y a Irala no le quedó más remedio que deponer el mando, que pasó a Gonzalo de Mendoza. En seguida se inició el regreso a la Asunción (noviembre de 1548). La más importante entrada que se hizo a la sierra de la Plata acababa de esta manera.

En Asunción, las cosas no habían marchado del todo bien en ausencia de los expedicionarios. Los "leales" habían logrado matar al teniente de Irala, Francisco de Mendoza, y poner al frente de la gobernación a Diego de Abréu. Ante estas noticias, que recibieron al llegar al puerto de San Fernando, los oficiales reales, comprendiendo la gravedad de la situación, devolvieron el poder a Martínez de Irala.

Abréu, depuesto por Irala, huyó a la selva, donde será asesinado más tarde por algunos traidores.

Calmado el ambiente, Irala se dispuso a tentar fortuna, no hacia el Perú, sino hacia el Amazonas. Corría agosto de 1551. Los planes se abandonaron cuando llegaron a la ciudad noticias sobre la armada del tercer adelantado del Plata, Juan de Sanabria. Al parecer, la viuda de éste –doña Mencía Calderón–venía a hacerse cargo del mando, que correspondía al hijo por muerte del padre. Doña Mencía había quedado en la costa del Brasil, donde repobló *San Francisco*, mientras su hijo Diego había naufragado en el Caribe, y fue a parar al Perú, donde permaneció explotando minas. A la viuda del adelantado la acompañaba una expedición de mujeres españolas destinadas a poner fin al "Paraíso de Mahoma".

Pero ninguno de los Sanabrias llegó por el momento a la Asunción, y tampoco el gobernador interino nombrado después, Alanís de Paz, por lo que Irala volvió a ejercer el mando.

En vista de ello se dispuso a continuar la entrada por el Cha-

co (1553). Desde el puerto de San Fernando se internó hacia el Oeste con desastrosos resultados. Fue un esfuerzo perdido, que mereció ser llamado "la mala entrada", aunque modernamente se desmiente tal calificación, pues con esta expedición se acabó de explorar el *Chaco Boreal* hasta el *Pilcomayo* de norte a sur.

Otras jornadas siguieron a la de "la mala entrada"; resaltando la que originó la fundación de *Ontiveros* por los "leales" (1554) en la región de *Guairá*, ribera derecha del Paraná. Sólo faltaban dos años para la muerte de Domingo Martínez de Irala, pero antes llegaría el nombramiento directo del rey, otorgándole la gobernación y haciendo realidad uno de los anhelos de toda su vida (1555).

Tarde se daban cuenta en la metrópoli del fallo que representaba designar como gobernador rioplatense a un desconocedor de la tierra. Así hubo tantos fracasos, y así el descrédito de la gobernación fue tan grande en la metrópoli, que cuando se hablaba de ella la gente escupía de asco.

En las instrucciones que se le mandaron a Irala, junto con el nombramiento, se prohibía proseguir las expediciones de descubrimiento y conquista. Ya en 1550 había sido vedado en el Perú. Parece cancelarse con esta orden la conquista del Río de la Plata, pero no es así. En este momento, lo que finaliza es otra etapa, que hemos citado antes al hablar de las características que reúne la empresa rioplatense.

La orden real fue mal vista por los pobladores. ¿Incluía esta prohibición el poblar? Ellos la interpretaron como que no. Y por si fuera poco, llegó el obispo fray Pedro de la Torre –primer prelado que se personaba–, que se transformó en el portavoz de los que deseaban proseguir los descubrimientos y animó a la población desde el púlpito a iniciar la entrada por el Amazonas (1556).

En el mismo mes de abril en que arribó el obispo apareció doña Mencía Calderón y su acopio de mujeres, que debieron parecer ángeles a los rudos pobladores.

En estos últimos años del gobierno de Irala se efectuaron los repartimientos y encomiendas. Mientras vivieron aguijoneados por la ilusión de riquezas fáciles nadie pensó en el sedentarismo, en cultivar la tierra más allá de lo indispensable; pero cuando en 1548 Irala regresó fracasado de Charcas, la etapa colonizadora dio principio. La aparición de los repartimientos y encomiendas es un buen síntoma para fijar el inicio de esta fase; ya hemos visto cómo desde antes de la citada "gran entrada", la gente le pide a Irala "poblar y no conquistar".

Fue el día 3 de octubre de 1556 cuando el gobernador Domingo

Martínez de Irala dejaba de existir, atacado probablemente de apendicitis. Con su muerte concluye la generación de los primeros conquistadores y la etapa de la conquista heroica. Después de esta generación -generación Mendocina- predomina la colonización y las fundaciones. Dos etapas habían muerto y otra principiaba: la de la colonización. No en vano, los habitantes de Asunción hablaban de los "descubridores" llegados con Sebastián Caboto y de los "conquistadores" venidos con Pedro de Mendoza. Pero la colonización que ahora principiaba no dejaba de ser una larga conquista llena también de heroísmo.

Solís, Caboto, Alejo García, Juan de Ayolas, Salazar, Ruiz Galán, Alvar Núñez..., toda una teoría de nombres que culminaban en Irala. Todo un período de la historia rioplatense encerrado en estos nombres y en estas vidas. Vidas llenas de sueños que les llevaron a marchar tras la ilusión en busca de las riquezas. Y, al final, el hombre, Irala, destrozando la ilusión con "la gran entrada" y dándole a la corriente conquistadora nueva dirección y nuevas peculiaridades.

8. Nuevas directrices conquistadoras

Con la muerte de Irala, y ya antes, la actuación española en el Río de la Plata adquiere otras características personificadas en las fundaciones. La fiebre de las entradas deja paso a una mayor tranquilidad y sosiego que se refleja en el desarrollo y cultivo de la tierra, y en las relaciones con el indígena favorecedoras del mestizaje. El país se puede considerar como sometido.

Los gobernadores y adelantados que siguen a Irala no tienen el calibre de éste; carecen de personalidad y muchas veces ésta es anulada por la de alguno de sus capitanes.

La tierra no está conocida por completo; pero la penetración que se hace no obedece a los móviles anteriores. Cuando se verifican entradas es con el fin de poblar y mientras las botas incansables de los conquistadores hacen geografía, las manos siembran, cultivan, recolectan y, luego, vuelven a seguir en pos de un lugar apto para alzar una ciudad.

Al desaparecer Irala, el mando recayó en su yerno Gonzalo de Mendoza, que ya lo venía ejerciendo hacía tiempo por la enfermedad del suegro. Mendoza, siguiendo la política iralista, continúa las fundaciones. Buscando fijar las comunicaciones con el Atlántico, remite a Ruiz Díaz de Melgarejo al *Alto Paraná (Guairá)*, que, con gente de

Ontiveros, funda *Ciudad Real.* Tampoco descuida la comunicación segura con el Perú, y para establecerla envía a Nufrio de Chaves al país de los *xarayes.* Chaves, experimentado capitán, andarín infatigable, que ya hemos conocido yendo a Lima por orden de Irala en "la gran entrada", sale de Asunción en 1558, penetra por la región de *Chiquitos* y continúa por la de *Moxos.* Sus huestes siembran, recogen la cosecha y vuelven a caminar. Pero el descontento cunde en ellas, y más de la mitad determina abandonarle (junio de 1559). El sigue; funda *Nueva Asunción,* y tropieza con una partida del capitán Andrés Manso, que viene del Perú con poderes del virrey marqués de Cañete para descubrir. Ambos capitanes se entrevistan y discuten sus derechos. Manso se apoya en la autoridad que le ha dado el virrey; Chaves se respalda en la prelación descubridora efectuada por Ayolas. Como no se ponen de acuerdo, Chaves parte para Lima a someter el caso al juicio del marqués de Cañete (1560). El virrey nombra gobernador de la región a su hijo don García, ex gobernador de Chile, y a Nufrio de Chaves como su teniente, "así por sus méritos –dice Ruy Díaz– y servicios como por estar casado con doña Elvira de Mendoza, hija de don Francisco, por cuyo pariente se tenía". Cuando Chaves regresa con este nombramiento, Manso lo recibe mal, por lo que Nufrio lo apresa y lo remite a Charcas; pero Manso se fuga y reivindica sus derechos. Interviene la Audiencia de Chuquisaca o Charcas, y el regente de ella delimita vagamente el territorio: Moxos y Chiquitos para Chaves; el chaco boliviano y argentino para Manso. Los dos caudillos aceptan el arbitraje y la delimitación efectuada (1564).

Antes de estos acontecimientos, en 1561, Nufrio de Chaves había fundado en la región de Chiquitos la población de *Santa Cruz de la Sierra,* que se abandona en 1575. La ciudad no caía ni bajo la jurisdicción limeña ni bajo la autoridad de Asunción, notándose claramente los deseos de autonomía que abrigaba Chaves.

Al fallecer Gonzalo de Mendoza en 1558; el Cabildo asunceño, valiéndose de la Real cédula de 1537, que autorizaba al pueblo de Asunción a nombrar gobernador en tanto se proveyese, designó a Ortiz de Vergara, antiguo militante en las filas de los «leales», como gobernador. Irala, para traerlo a su bando, lo había hecho casar con una hija mestiza suya.

Entre las primeras actuaciones de Vergara está el sometimiento de los indios guayrá, que habían puesto en peligro a Ciudad Real, y la de los guaraníes alzados en 1563.

Ortiz de Vergara carecía de iniciativa emprendedora. El Cabildo pla-

neó fundar en pleno Chaco para asegurar las comunicaciones con el virreinato peruano; pero el gobernador rechazó la proposición. No obstante la negativa, se persistió en los proyectos, hasta que noticias comunicando lo sucedido entre Nufrio de Chaves y Andrés Manso hicieron cambiar los objetivos.

Chaves había determinado regresar a Asunción en busca de su familia, y luego regresar a Santa Cruz de la Sierra. Cuando llegó a la capital paraguaya se reunió con el gobernador y el obispo, logrando convencerles para formar una gran expedición hacia Chiquitos (1564). El proyecto de Chaves —distinto al de los otros— consistía en darle un impulso a su fundación de Santa Cruz a costa de la Asunción.

Al entrar en Santa Cruz de la Sierra (mayo, 1565), el gobernador Vergara quiso continuar a Charcas; pero se lo impidieron durante un año. Quien llegó a Charcas fue una lista de acusaciones contra Vergara abriéndole un proceso duradero hasta 1567. Y cuando se le restituye en el cargo, ya la Audiencia limeña había proveído como tal gobernador a Juan Ortiz de Zárate.

9. El cuarto adelantado: Ortiz de Zárate

Al extender el nombramiento de gobernador rioplatense a favor de Ortiz de Zárate, la Audiencia virreinal exigió al nombrado que fuera a la península para que allí le confirmaran la elección. Así lo hizo, dejando como sustituto al contador Felipe de Cáceres. El contador salió para la Asunción en 1568, al frente de los restos expedicionarios llevados por Vergara. Al pasar por Santa Cruz de la Sierra, Nufrio de Chaves decidió escoltarles hasta el pueblo de *Itatin*, con tan mala fortuna que allí encontró la muerte a manos de los indígenas.

En diciembre de 1568 estaba ya Cáceres en la Asunción. Pronto nacieron las desavenencias entre él y el obispo de la Torre. Las rencillas concluyeron con una pública declaración de amistad por parte del obispo.

Cáceres, mientras, apaciguaba una rebelión de indios al sur de Asunción, y luego se dedicó a explorar Paraná y el estuario del Plata. Aprovechando esta ausencia, el obispo volvió a conspirar, y cuando el interino gobernador regresó lo aprisionó y él mismo en persona lo condujo a España, acusándole de herejía (1574).

Con Cáceres preso y Zárate sin llegar de la Península, la gobernación quedaba desamparada. Entonces Martín Suárez de Toledo se apodera del mando.

Un nuevo personaje hace su ingreso: Juan de Garay; había venido con Cáceres de Charcas. Garay le propone a Toledo navegar río Paraná abajo y fundar una población en sus márgenes. El ocasional gobernador faculta a Garay "para que se hiciese de gente —consigna Ruy Díaz—, y saliese con ella a hacer una población de Sancti Spíritus, o donde más conviniese, y hecho su nombramiento, levantó ochenta soldados, todos los más hijos de la tierra; prevenidos de armas, municiones y caballos, salieron de la ciudad de la Asunción el año 1573 por tierra y por el río"... Fundaron *Santa Fe*. En el año 1575 llegó Juan Ortiz de Zárate como cuarto adelantado del Río de la Plata.

En sus capitulaciones igual que en otras anteriores, la Corona fijaba la obligación que tenía de importar ganado, trabajadores, hacer fundaciones, etc. Es decir, se observa una política colonizadora en los renglones de estos convenios. Pero Zárate muere en seguida sin dejar huella. Como heredera quedó su hija mestiza Juana, que estaba en el Alto Perú; por lo que, mientras ella se hacía cargo del gobierno, dirigió la gobernación su sobrino Diego de Mendieta.

Si las andanzas de Nufrio de Chaves llenaron un período de la conquista, anulando la personalidad del gobernador, es ahora Juan de Garay quien acapara la atención y ocupa esta etapa.

Juan de Garay abandona Santa Fe en 1576, y sale camino del Tucumán. En Santiago de Estero, capital tucumana, discute sobre problemas de límites con los pobladores de aquella zona. Después de una brevísima ausencia en Santa Fe, regresa a Tucumán y se traslada a Charcas, donde muestra una copia del testamento de Ortiz de Zárate. No hay inconvenientes en reconocer a doña Juana, joven de dieciséis años, como heredera en el adelantamiento. Pero en seguida surgen las pretensiones y pleitos —en los que participa el virrey Toledo— en torno a la figura de la joven Juana. La heredera acaba por casarse con el oidor Juan de Torre de Vera, que no puede marchar a tomar posesión del gobierno rioplatense por impedírselo don Francisco de Toledo. En vista de ello, delega en Juan de Garay. Este se traslada a Santa Fe (1578), y luego a la Asunción, donde recibe el mando gubernamental, que encauza, al igual que la administración. Después de una expedición al Norte para castigar a algunas tribus rebeldes, pone mano a su gran obra: la segunda fundación de Buenos Aires. Era esto algo vital; lo necesitaba Asunción, embotellada, para sus relaciones con la metrópoli, y el Tucumán, para dar salida a sus productos. La primera Buenos Aires había nacido bajo el impulso de una corriente penetrativa, que pronto la dejó atrás, y la sustituyó por otro centro expansivo más cercano a las riquezas soñadas. La segunda

Buenos Aires surge como consecuencia de esa misma corriente conquistadora, ya de regreso. Se han recorrido todas las tierras, se han colonizado los campos, se ha comprobado lo ilusorio de las riquezas metalíferas y se ha comprendido la necesidad vital de un puerto por donde salga la auténtica riqueza de la tierra y por donde más fácilmente se relacione con España. Ninguna corriente conquistadora procedente del Este hizo fundaciones perdurables, salvo Asunción. Fue la corriente del Norte la que se impuso y rindió frutos óptimos. Las dos corrientes señalan dos etapas en la existencia colonizadora de Asunción; la primera corresponde al momento de los adelantados, que entran directamente por el Río de la Plata: Mendoza, Cabeza de Vaca...; la segunda comprende a los adelantados peruanos Ortiz de Zárate y Vera Aragón, correspondiendo a Juan de Garay, un hombre venido también del Perú, cumplir la colonización en este sentido expresado.

Hacía tiempo que se abrigaban tales planes; Alvar Núñez fue el primero que pensó en la repoblación de Buenos Aires al comprobar la falta que hacía un puerto en la boca del estuario; también lo pensó Irala, y Jaime Rasquín, y Francisco de Aguirre, delegado de Valdivia en el Tucumán. Pero fue el oidor de Charcas, Juan de Matienzo, el inspirador eficaz de la idea cuando, en 1566, pide que se pueble "desde España el puerto de Buenos Aires en donde ha avido otra población". Y cupo a Garay el hacer realidad estos deseos y solucionar así el problema.

En mayo de 1580 estaba Juan de Garay junto al célebre riachuelo donde casi medio siglo antes había acampado Pedro de Mendoza. El 11 de junio de 1580, una media legua más al norte de la primera Buenos Aires, se fundó la segunda con el nombre de Trinidad. Fijada la plaza mayor, donde hoy se ubica la plaza de Mayo, se establecieron los típicos edificios y se hizo el trazado de las calles según las ordenanzas de población. Sesenta y cuatro fueron los primeros vecinos, de ellos diez eran españoles; el resto, "mancebos de la tierra".

Garay estaba transformando los rumbos de la conquista hacía tiempo. Con la fundación de Buenos Aires el centro político se desplaza a esta ciudad, cabeza de todas las gobernaciones. Asunción había sido la capital de la conquista; Buenos Aires lo será de la colonización. El paso de una etapa a la otra no es brusco; hace tiempo que podemos observar la conquista mezclada con la colonización. Garay precisamente personifica ese período de transición al actuar como conquistador-colonizador.

Tres años después de repoblar Buenos Aires, su fundador moría a manos de los indios (1583), concluyendo con él lo que hemos denominado período de las fundaciones en el Río de la Plata.

Por entonces ya había muchas tierras organizadas, dispuestas a introducirse en esa falsa tranquilidad del XVII. América, en lo fundamental, había sido recorrida, y la voz de Cieza de León, soldado y cronista, resonaba poniéndonos como un final de esta grandiosa historia que hizo de dos geografías una y de dos pueblos uno: "E digo que no hallo gente que por tan áspera tierra, grandes montañas, desiertos e rios caudalosos, pudiesen andar como los españoles sin tener ayuda de sus mayores, ni mas de la virtud de sus personas y el ser de su antigüedad; ellos, en tiempo de setenta años, han superado y descubierto otro mundo mayor que el que teníamos noticia, sin llevar carros de vituallas, ni gran recuaje de bagaje, ni tiendas para se recostar, ni más que una espada e una rodela, e una pequeña talega que llevaban debajo, en que era llevados por ellos su comida, e así se metían a descubrir lo que no sabían ni habían visto".

BIBLIOGRAFIA

1. Crónicas y documentos

AZARA, Félix de: *Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata.*–Madrid, 1847.

BARCO CENTENERA, Martín del: *Argentina y conquista del Río de la Plata.* Buenos Aires, 1912.

CABEZA DE VACA, Alvar Núñez: *Relación de los naufragios y comentarios.* Madrid, 1906. 2 tomos.

Conquest, The..... of the River Plate (1535-1555).—I: «Voyaje of Ulrich Schmidl to the River Plate and Paraguay. From the original German edition», 1567.—II: The commentaries of Alvar Núñez Cabeza de Vaca. From the original Spanish edition», 1555... «With notes and introduction by Luis L. Domínguez». London. The Hakluyt Society, 1891.

DÍAZ DE GUZMÁN, Ruy: *La Argentina.*—Buenos Aires, 1945.—«Colección Austral». 519.

— *Historia argentina del descubrimiento, población y conquista de las provincias del Río de la Plata.*—Buenos Aires, 1835.

Documentos históricos y geográficos relativos a la conquista y colonización rioplatense.—Buenos Aires, 1941, 5 vols.

PEÑA, Enrique: *Documentos relativos a la expedición de don Pedro de Mendoza, y acontecimientos ocurridos en Buenos Aires desde* 1536 a 1541.—Buenos Aires, 1936.

SCHMIDL, Ulrico: *Crónica del viaje a las regiones del Plata, Paraguay y Brasil.* Traducción a Edmundo Warnicke, con notas y estudio previo. Buenos Aires, 1948. Hay edición en la Col. Austral núm. 424, con el título de *Derrotero y viaje a España y Las Indias.*

VALLE LERSUDI, F. del: *Irala. Algunos documentos inéditos relativos al gobernador Domingo Martínez de Irala, a sus padres y hermanos. Madrid, 1932.*

2. Estudios modernos

ARNAUD, Vicente Guillermo: *Los intérpretes en el descubrimiento, conquista y colonización del Río de la Plata.*—Buenos Aires, 1950.

BELLOGIN GARCIA, A: *Alvar Núñez Cabeza de Vaca.*—Madrid, 1928.

BILLI DI SANDORNO, Amalia: *El Santuario de la Corona de Aragón que dio el nombre a Buenos Aires.*—«Hispania Sacra», IX, núm. 18, págs. 395-401. Madrid, 1956 (1957).

BLANCO VILLALTA: *Conquista del Rio de la Plata.*—Buenos Aires, 1943.
CABALLERO MARTÍN, Angel S: *Las corrientes conquistadoras en el Río de la Plata.*—Santa Fe, 1943.
CRUZ Josefina: *Doña Mencia de Adelantada.*–Buenos Aires, 1949.
CHAVES, Julio César: *Descubrimiento y conquista del Rio de la Plata y el Paraguay.*—Asunción, 1968.
FERNÁNDEZ DÍAZ, Augusto: *Juan de Garay.* Rosario, 1973, 2 vols.
FERNÁNDEZ REYNA, Manuel: *La expedición de don Pedro de Mendoza y la primera fundación de Buenos Aires.*—Buenos Aires, 1936.
FINOT, Enrique: *Historia de la conquista del Oriente boliviano.*—Buenos Aires, 1939.
FITTE, Ernesto: *Hombres y desnudeces en la conquista del Rio de la Plata.*—Buenos Aires, 1963.
FORTUNY, Pablo: *Nueva Historia del Norte Argentino. Descubrimiento y Conquista.* México, 1964.
FUNES, Gregorio: *Ensayo de la historia civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán.*—Buenos Aires, 1816, 3 tomos.
GANDÍA, Enrique de: *Nuevos datos para la biografía de Juan de Garay.*—Buenos Aires, 1927.
— *Historia del Gran Chaco.*—Buenos Aires, 1929.
— *La vida en Asunción durante el primer gobierno de Irala.*—Buenos Aires, 1931.
— *Historia de la conquista de Río de la Plata y del Paraguay.*—Los gobiernos de don Pedro de Mendoza. Alvar Núñez y Domingo de Irala, 1535-1556. Buenos Aires, 1932. (Obra fundamental.)
— *Antecedentes diplomáticos de las expediciones de Juan Díaz de Solís, Sebastián Caboto y don Pedro de Mendoza.*—Buenos Aires 1935.
— *Los límites de la Gobernación de Juan Ortíz de Zárate.* Homenaje de la Universidad de Chile a su ex Rector don Domingo Amunátegui Solar.–Tomo I, págs. 123-137.
GROUSSAC, Paúl: *Mendoza y Garay, las dos fundaciones de Buenos Aires (1536-1580).* Buenos Aires, 1916.
— *Mendoza y Garay.* Tomo I: «Don Pedro de Mendoza».—Buenos Aires, 1949.
KONETZKE, Richard: *La emigración española al Río de la Plata durante el siglo XVI.*—Tomo III de la «Miscelánea Americanista» publicado por el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo.—Madrid, 1952.
LAFUENTE MACHAIN, R: *El gobernador Domingo Martínez de Irala.*—Buenos Aires, s. a. (Obra fundamental.)
— *Don Pedro de Mendoza y el puerto de Buenos Aires.*—Buenos Aires, 1936. (Obra fundamental.)
— *Buenos Aires en el siglo XVII.*—Buenos Aires, 1944.
— *Los conquistadores del Río de la Plata.*—Buenos Aires, 1943.
LEVENE, Ricardo: *Historia de la nación argentina, dirigida por .....*—Tomo III: «Adelantados y Gobernadores», en XII capítulos a cargo de varios especialistas.—Buenos Aires, 1939.
(Los capítulos que interesan para nuestro estudio son: El I, por Enrique de Gandía, titulado: «Primera fundación de Buenos Aires»; el II, por Efraín Cardozo, titulado: «Asunción del Paraguay»; el III, por Enrique de Gandía, titulado: «La segunda fundación de Buenos Aires»; el V, por Roberto Levillier, titulado: «Conquista y organización de Tucumán»; el IX, por monseñor José Aníbal Verdaguer, titulado: «La región de Cuyo hasta la creación del virreinato del Río de la Plata». Al final de cada capítulo figura una bibliografía sobre los temas estudiados, que completa la fundamental nuestra.)
— *Historia de la provincia de Buenos Aires y formación de sus pueblos.*—Buenos Aires, 1940, 2 vols.
LEVILLIER, Roberto: *Biografía de conquistadores de Argentina en el siglo XVI.*—Tucumán-Madrid, 1928.
— *El Paititi, el Dorado, y las Amazonas.* Buenos Aires, 1976.

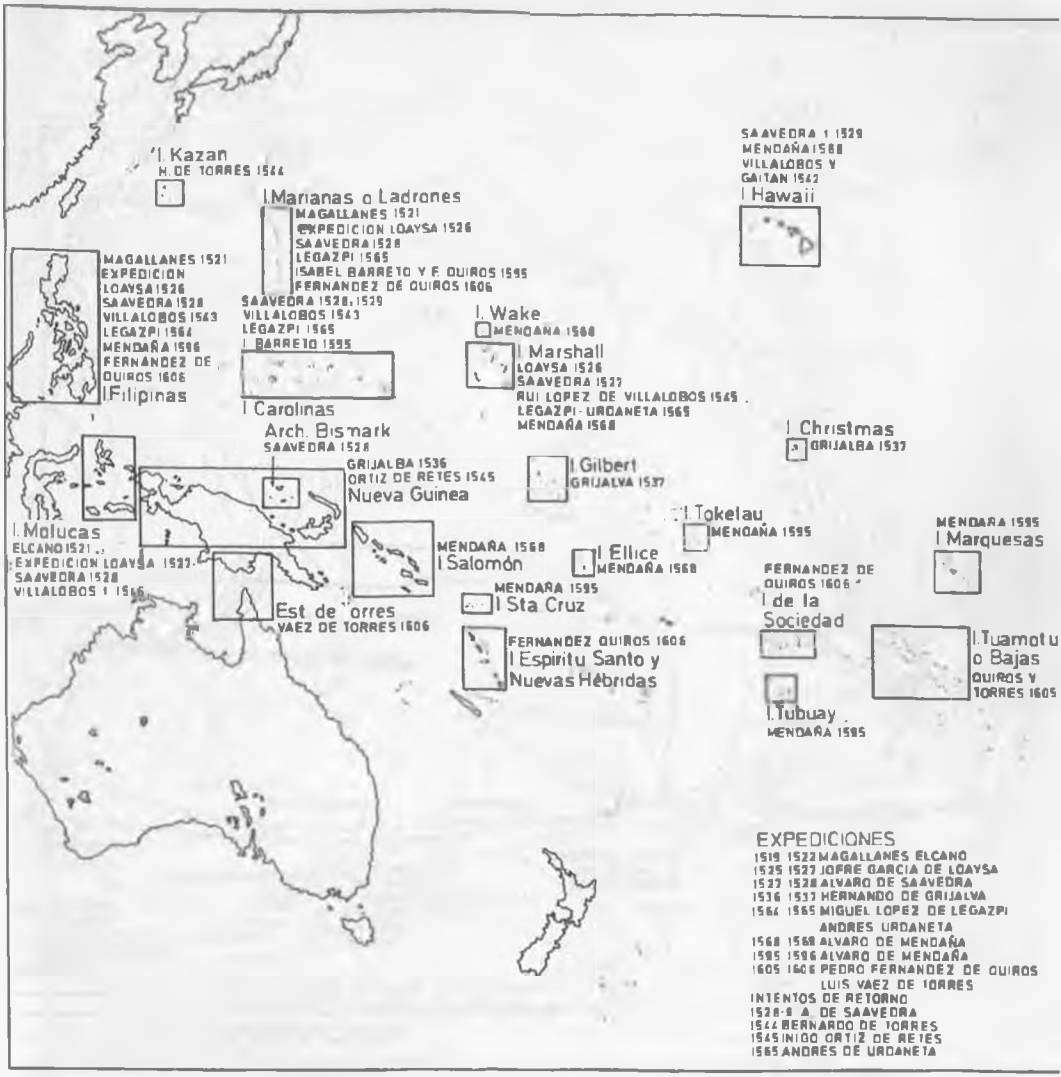
LOZANO, Pedro: *Historia de la conquista del Paraguay. Rio de la Plata y Tucumán.*—Buenos Aires, 1873-1875.
MADERO, Eduardo: *Historia del puerto de Buenos Aires.*—Buenos Aires, 1902.
MEDINA, José Toribio: *Juan Díaz de Solís.*—Estudio histórico.—(Documentos y bibliografía).—Santiago de Chile, 1897, 2 tomos.
— *El veneciano Sebastián Caboto al servicio de España.*—Santiago de Chile, 1908.
— *Los viajes de Diego García de Moguer al Río de la Plata.*—Santiago de Chile, 1908.
PRIETO, Justo: *Paraguay, la provincia gigante de las Indias.*—Buenos Aires, 1951.
QUESADA, Vicente G.: *Historia colonial argentina.*—Buenos Aires, 1915. (Abarca de Irala a don García H. de Mendoza.)
RUBIO, J. María: *Exploración y conquista del Río de la Plata* (siglos XVI y XVII).—Barcelona, 1942. (Obra fundamental.)
RUIZ GUIÑAZU, Enrique: *Proas de España en el mar magallánico.*—Buenos Aires, 1945.
SALAS, Alberto M.; VÁZQUEZ, Andrés Ramón: *Relación varia de hechos, y hombres y cosas de estas Indias Meridionales.*—Textos del siglo XVI. Buenos Aires, 1963.
SANABRIA, Hernando: *Ulrico Schmidl. El alemán de la aventura española.* La Paz-Cochabamba, 1974.
— *Nufrio de Chaves. El Caballero Andante de la Selva.* La Paz, 1966.
SANCHO SOPRANIS, Hipólito: *Datos para el estudio de Alvar Núñez Cabeza de Vaca.* «Revista de Indias», año VII, enero-marzo 1947, núm. 2.
SAVÓN, Marcos A: *Descubrimientos y exploraciones en la costa Sur durante el siglo XVI.* Buenos Aires, 1929.
SERVICE, Elman R.: *Spanish-Guaraní. Relations in Early colonias paraguay.* Westport, Connecticut, 1971.
TORRE REVELLO, *José: La fundación y despoblación de Buenos Aires (1536-1541).*—Buenos Aires, 1936.
— *La Cofradía del Buen Aire, establecida en Sevilla en 1561. Homenaje de la Universidad de Chile a su ex Rector don Domingo Amunátegui Solar.*—Tomo I, 295-308.
ULDAONDO, Enrique: *Diccionario biográfico colonial.*—Buenos Aires, 1945.
ZABALA, Rómulo y Enrique de GANDÍA: *Historia de la ciudad de Buenos Aires.*—I: (1536-1718).—Buenos Aires, 1936.
ZAVALA, Silvio: *Orígenes de la colonización en el Río de la Plata.*—México, 1977.
ZINNY, Antonio: *Historia de los gobiernos de las provincias argentinas.*—Buenos Aires, 1920-21, 2 tomos.
ZUBIZARRETA, Carlos: *Capitanes de la aventura.*—Madrid, 1957.

XX

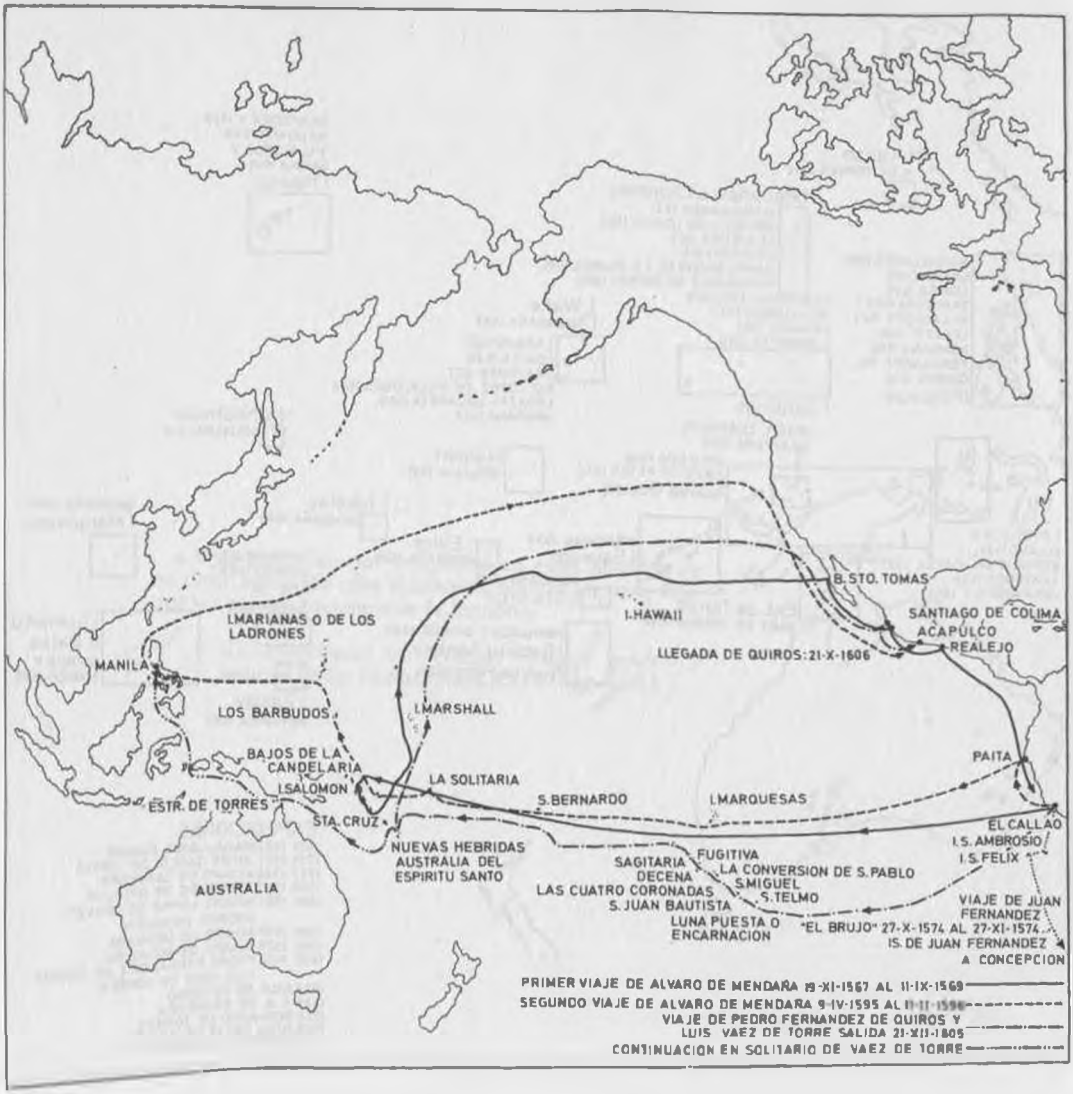
LOS ESPAÑOLES EN EL PACIFICO

«... yo he tenido por costumbre en estas historias de no dejar en olvido cosa notable en bien ni en mal, aunque sea algunos desapacible la lección.»

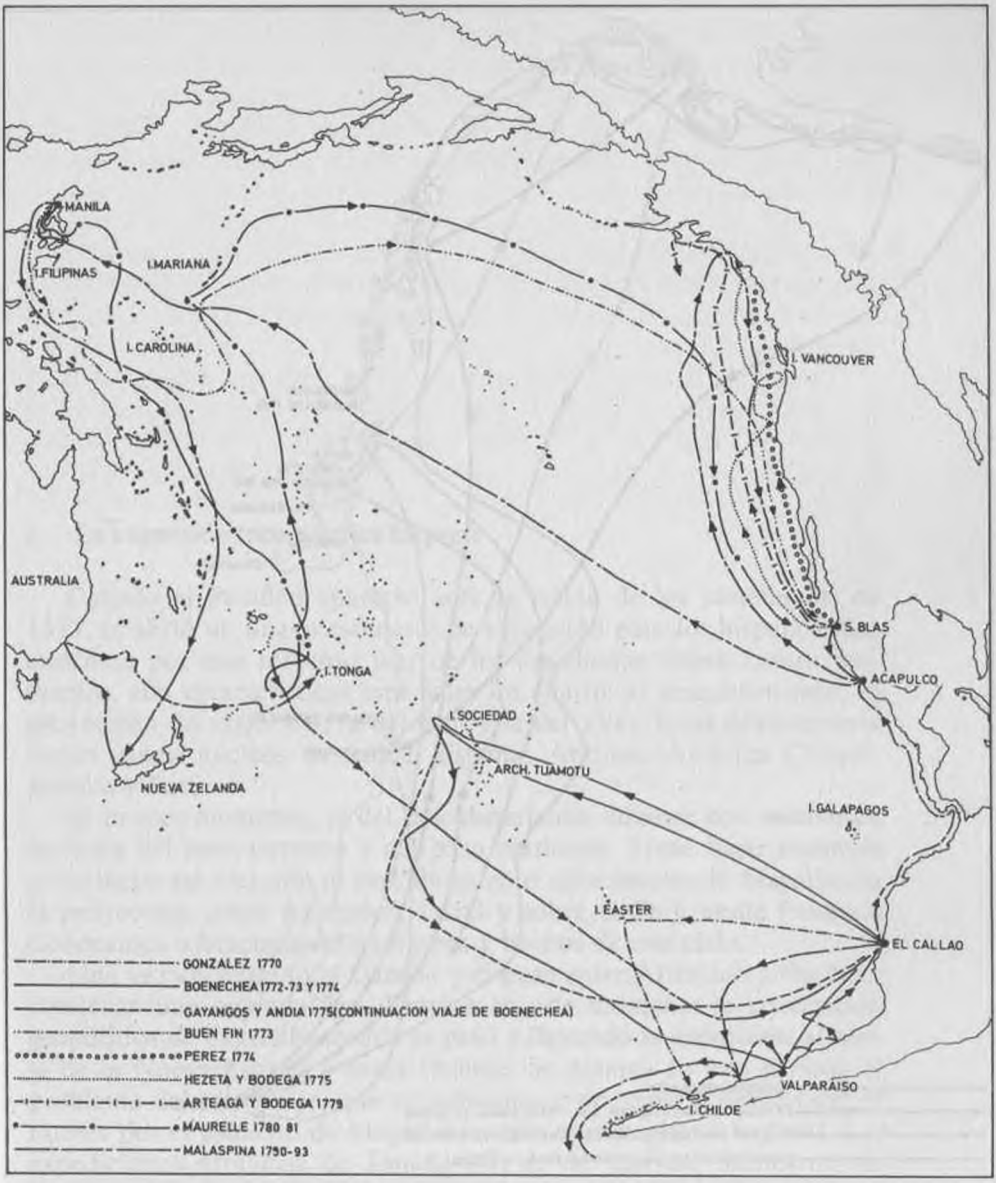
(G. FERNÁNDEZ DE OVIEDO: *Historia general y natural de las Indias*, lib. XXXIV, cap. VIII.)



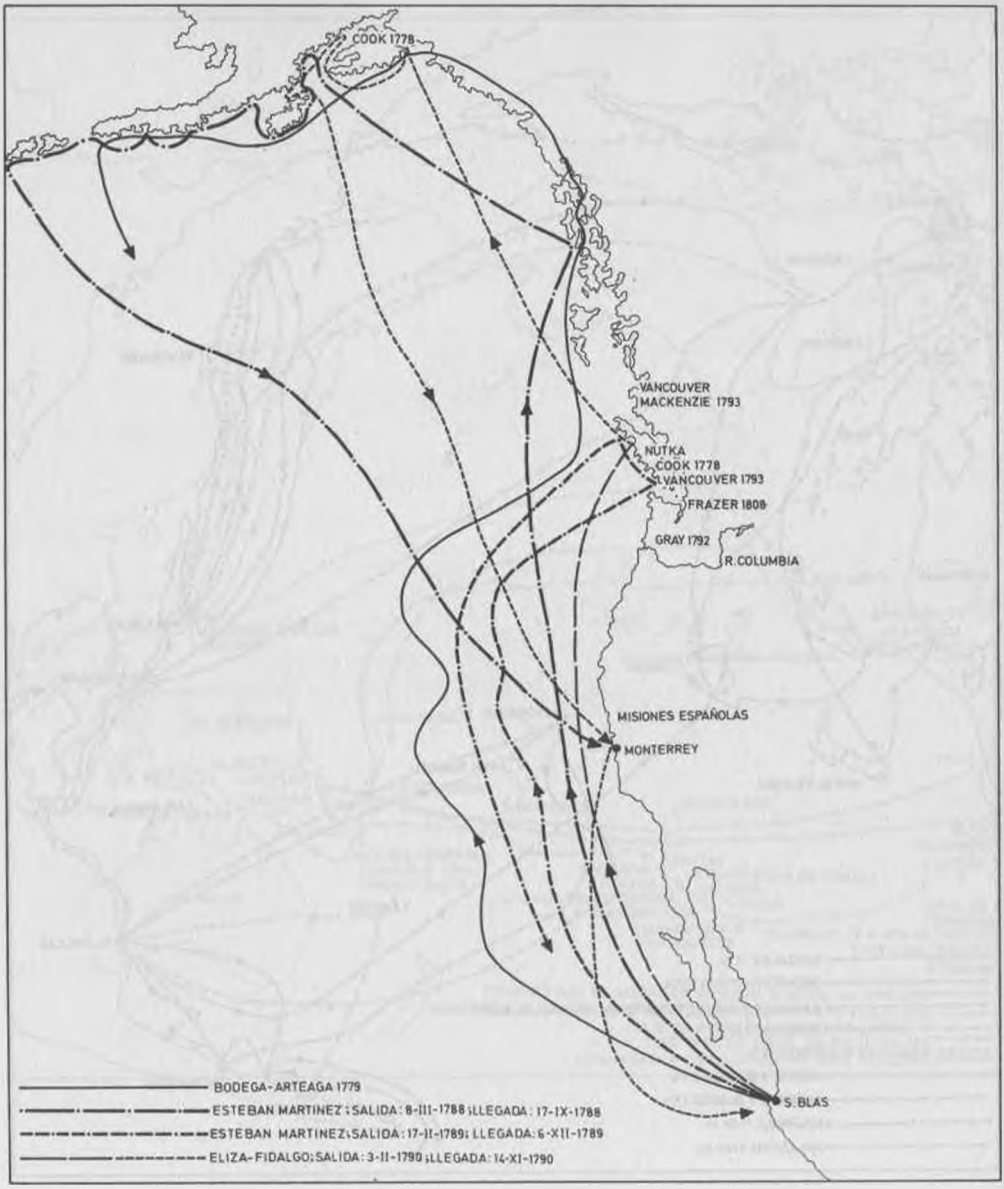
Islas descubiertas por los españoles en el oceáno Pacífico.



La expansión transpacífica desde el Perú.



Principales navegaciones hispanas por el Pacífico durante el siglo XVIII.


COOK 1778
VANCOUVER
MACKENZIE 1793
NUTKA
COOK 1778
VANCOUVER 1793
FRAZER 1808
GRAY 1792
R.COLUMBIA
MISIONES ESPAÑOLAS
MONTERREY
S. BLAS
BODEGA-ARTEAGA 1779
ESTEBAN MARTINEZ; SALIDA: 8-III-1788; LLEGADA: 17-IX-1788
ESTEBAN MARTINEZ; SALIDA: 17-II-1789; LLEGADA: 6-XII-1789
ELIZA-FIDALGO; SALIDA: 3-II-1790; LLEGADA: 14-XI-1790

1. La expansión transpacífica hispana

Cuando el Pacífico apareció ante la retina de los castellanos, en 1513, se abrió un nuevo escenario de expansión para los hispanos. Las andanzas por este inmenso mar de los castellanos tienen cuatro momentos, con características especiales los cuatro: el descubrimiento, la proyección del siglo XVI, la del XVII y la del XVIII. Estas proyecciones tienen cinco núcleos de salida: España, Antillas, América Central, México y Perú.

El primer momento, el del descubrimiento, adviene con motivo de la busca del paso terrestre y del paso marítimo. Tiene lugar entonces el hallazgo del Océano, el descubrimiento del estrecho de Magallanes, la proyección sobre América Central y sobre el Perú desde Panamá. Conocemos sobradamente las figuras y hechos de este ciclo.

Una vez encontrado el Océano y el paso entre Atlántico y Pacífico, comienza una segunda fase. Destaca en este momento la concepción geopolítica de Cortés buscando el paso y llevando la expansión al norte de la Nueva España y hacia Oriente. Se plantea en este período el problema del tornaviaje, que se soluciona y principia a despertarse el interés por el estrecho de Magallanes, que cruzan piratas ingleses. Las expediciones arrancan de España (G. J. de Loayza, Sarmiento de Gamboa); de México (Saavedra, Grijalva, Villalobos, Legazpi, Becerra, Cortés, Tapia, Ulloa, etc.); de América Central (Alvarado), y del Perú.

Durante el siglo XVII el interés por el estrecho de Magallanes prosi-

gue y se piensa fortificarlo. La proyección sobre Oceanía, desde México, se paraliza, aunque el tráfico lo mantiene el Galeón de Manila. Sin embargo, crece esta proyección desde el Perú, que mira con insistencia hacia ese rumbo adonde México ha dejado de mirar. Ha dejado porque a México entonces le atrae más la ilusoria geografía y las perlas de las Californias.

El siglo XVIII inclina de nuevo el interés por el norte del Pacífico. En esta centuria de expediciones científicas, la amenaza rusa e inglesa al norte de California impele a multiplicar los viajes y fundaciones hacia ese rumbo, aunque algunos viajes en dirección Oriente se lleven a cabo desde el Perú.

Tal como ha quedado esbozado en los anteriores parágrafos, la proyección oceánica desde el Perú observó dos direcciones: hacia el estrecho de Chile y hacia Oceanía. De los viajes al Sur hemos hablado en precedentes capítulos, nos resta citar los viajes descubridores a Occidente, partiendo del Perú y las exploraciones marítimas hispanas con base en México y relacionadas con los asentamientos religiosos y militares de tierra adentro.

2. Las navegaciones desde el Perú

España había querido mantener cerrado, como un coto particular, el gran océano Pacífico, sin darse cuenta que este inmenso saco estaba roto por el estrecho de Magallanes y por el cabo de Buena Esperanza. Por ambas extremidades se colaron los Drake, Cavendish, Richard Hawkins, Van Noort, Spielberg, L'Hermite, Le Maire, Schuten, Tasman, Dampier, Byron, Roggeven, Cook..., etc. Para taponar el portillo del extremo magallánico habían navegado Ladrillero, Ojeda y Sarmiento de Gamboa sin mucho éxito, según ya vimos.

Más éxito tuvo la expansión hacia Oceanía. Los hombres que habían anexionado las tierras peruanas escucharon pronto de los indígenas noticias sobre tierras más a Occidente, detrás del inmenso Océano. Consta documentalmente que un indio llamado Chepo, de ciento quince o ciento veinte años, declaró al capitán Francisco Cáceres la existencia de unas islas oceánicas, cuyos habitantes llegaban hasta el puerto de Arica e Ilo en dos meses de navegación. Con ciertos visos de fantasía, el viejo Chepo habló también de las riquezas, costumbres, organización, islas, etc., de esas oceánicas culturas. También corría por el Perú la historia de un barco que, viniendo de Chile, una tormenta

lo desvió y condujo hasta una isla situada a unos 18° 30', en la cual anduvo un tal Juan Montañés, que vio grandes casas y grandes indios con barbas. Por tener en común las barbas, indica el documento que leemos, son estos indígenas muy amigos de los españoles. Juan Montañés dio noticias sobre este casual descubrimiento a un tal Juan de Illanes, que pidió al Rey la conquista de las citadas islas, pero murió antes.

Había, pues, un rumor antiguo, confirmado por desvíos náuticos modernos, en el Perú del XVI. Con estos antecedentes, a finales de siglo, el gobernador Lope García de Castro organizó una expedición que puso al mando de su sobrino Alvaro de Mendaña. Así comenzó la serie de periplos transpacíficos con base en el Perú que interesan:

1) Por evidenciar esta tarea descubridora hispana poco estudiada y poco difundida.

2) Por señalar la aparición de tipos humanos –de marinos– semejantes a los descubridores de los viajes postcolombinos.

3) Porque estos viajes son una prolongación lógica de las expediciones que a finales del XV y principios del XVI dilucidaron el problema del paso.

4) Por subrayar lo afirmado en los inicios de esta obra: que los hombres que anexionaron América –continente inventado por los antiguos– comenzaron pronto a especular e inventaron otro continente que se propusieron encontrar, el Austral. Las expediciones organizadas en el Perú con intenciones de descubrir hacia poniente fueron:

Siglo XVI

1) Alvaro de Mendaña (1567). Descubre las islas Salomón.

2) Alvaro de Mendaña (1595). Descubre las islas Marquesas. Va de piloto Quirós, que con la esposa de Mendaña, Isabel Barreto, lleva los barcos a México.

Siglo XVII

1) Fernández Quirós con Váez de Torres (1605-1606). Descubren Nuevas Hébridas que Quirós llamó Australia del Espíritu Santo. En estas islas Luis Váez de Torres se separa de Quirós y navega hacia Filipinas descubriendo el estrecho de su nombre, entre Australia y Nueva Guinea.

2) Antonio de Vea (1675-1676). Tardía reacción hispana hacia el

estrecho, que de nuevo se intenta tapiar para impedir el paso de piratas extranjeros.

3. Los viajes de Alvaro de Mendaña

En 1567 mandó al fin el entonces gobernador, García de Castro, hacer una armada de dos navíos para el descubrimiento, el—*Todos los Reyes*, de 250 toneladas, y el *Todos los Santos*, de 170, tripulados por 150 hombres, Capitán y Almirante, respectivamente. Nombró gobernador general a don Alvaro de Mendaña, su sobrino, y capitanes de las naves a Pedro Sarmiento de Gamboa de la primera y Hernán Gallego de la segunda. Sale la armada del Puerto del Callao el miércoles 19 de noviembre de 1567, a las cuatro de la tarde. El jueves 15 de enero de 1568 dieron vista a la isla que luego llamaron Jesús, pero no la tomaron. El domingo 1.º de febrero descubren y bordean unos bajos que llamaron la Candelaria, por descubrirlos en vísperas de esta fiesta. Se presienten ya las Islas Salomón.

Por lo que Sarmiento dice en su narración, parece que fue él quien llevó la dirección del viaje. Es muy posible que así fuera, pues el propio Mendaña –siempre ocupado en apagar el papel del cosmógrafo– deja entrever este hecho.

A los tres meses arribaron las naves a una isla que bautizaron con el nombre de Santa Isabel, conservado todavía, en el *Archipiélago Salomón*. Llegaron exactamente a esta isla, en lengua indígena *Atogen*, con grandes dificultades. Sus habitantes, papúes, eran antropófagos, y uno de los regalos que el cacique ofreció al jefe español fue una pierna de niño (según otros autores, un cuarto de brazo), que, horrorizado, Mendaña mandó enterrar cristianamente. En la misma isla se construyó un bergantín, con el que Gallego exploró otras islas próximas: *Guadalcanal*, cuyo nombre también se ha conservado, *Ramos* (ahora Malaita) y *San Cristóbal* (hoy Bauro).

Permanecieron seis meses en este archipiélago, en lucha constante con la población indígena. Para aumentar las desventuras de los exploradores, el clima resultó fatal, y las fiebres disminuyeron considerablemente el número de expedicionarios. Tras visitar las islas *Atreguada*, *Tres Marías*, *Santiago* y *San Juan*, y los puertos *Asunción* y *Escondido*, se quedaron en *San Cristóbal*, donde carenaron. Nuevamente salió el bergantín en descubierta, hallando las islas *Santa Ana* y *Santa Catalina*. A partir de entonces comenzaron a ganar distancia al norte,

y, llegando más arriba, descubrieron los *Bajos de San Mateo*, donde encontraron muchos pedazos de cuerdas y varias palmas agujereadas, que señalaban el paso de naves españolas. Singlaron más al norte, hasta avistar Acapulco –según otros autores Colima o Santiago–, desde donde fueron de nuevo al Perú.

Mendaña quiso explotar su descubrimiento. Su relación del viaje resultó apasionada, como casi siempre ocurría. Había mucho oro en las islas descubiertas, y se trataba en realidad del Ofir de Salomón, donde las naves de este rey habían ido a buscar las fabulosas riquezas de que habla el *Libro de los Reyes*. Como demostración de su tesis, confirmó el nombre del rey hebreo para designar estas islas, nombre que todavía conservan.

Alvaro de Mendaña, rico de títulos y proyectos, pero escaso de dinero para realizarlos, tardó un cuarto de siglo en organizar su segunda expedición. El gobernador de turno, don García Hurtado de Mendoza, le ayudó a ello, encontrándose con el inconveniente de la falta de gente, porque nadie quería embarcarse: han llegado del Perú informes sobre el salvajismo de los papúes, y sobre las terribles fiebres tropicales; y, en cuanto al oro, los supervivientes de la primera expedición declaran que no lo han visto. Han pasado ya veintiseis años del primer viaje, cuando, el 9 de abril de 1595, zarpan del Callao los buques, con 378 tripulantes, 280 de los cuales son soldados.

Mendaña piensa en una colonización y muchos tripulantes embarca a sus mujeres y a sus niños; él mismo embarca a su propia mujer, Isabel Barreto. Las naos son: *San Jerónimo* y *Santa Isabel*, la goleta *San Felipe* y la fragata *Santa Catalina*. El piloto de la escuadra es un portugués, Pedro Fernández de Quirós.

Alvaro de Mendaña conoce ahora ya la ruta. Ha pasado muchos años estudiando este viaje, y tiene una idea definida: quiere descubrir la famosa y desconocida tierra austral. Se encuentran ya con las islas de los mares del Sur, las primeras de las cuales son *Las Marquesas*, a las que llamaron así en honor de la esposa del virrey del Perú, marqués de Cañete. Son las islas paradisíacas, donde crece el árbol del pan, y cuyos indígenas son hospitalarios y pacíficos; pero surgen dificultades, de manera que los elementos responsables de la expedición aconsejan a Mendaña abandonar aquellos parajes.

Siguen avanzando y se pierde la nave capitana *Santa Isabel*, dirigida por Lope de Vega. El 7 de septiembre se llega a una tierra grande, que bautizan con el nombre de *Santa Cruz*, situada al este del Archipiélago Salomón. La isla está habitada por gente belicosa con la que el

primer contacto fue violento. Pero, por fin, su cacique, Malope, autoriza a Mendaña a construir una población y se empieza la colonización.

Cuando parece que los ánimos estaban aplacados, se desarrolla una epidemia en la que muere el jefe, Mendaña, dejando, como estaba previsto, el título a su esposa (pues el nombramiento que tenía era el llamado "por dos vidas", para la persona que lo recibía y para la que ésta designara, en caso de muerte).

El 18 de octubre de 1595 aparece la primera y única Adelantada del mar océano. Lo que hubiera podido ser el comienzo de la más romántica peripecia de la Historia de las exploraciones españolas fracasó por el temperamento duro, frívolo y egoísta de la "Adelantada".

Isabel Barreto confía el mando de las cuatro naves que quedan a Fernández de Quirós, y ella se reserva el de la despensa. Las naves salen de Santa Cruz un mes después de haber muerto Mendaña y Quirós decide dejar a un lado las islas Salomón y poner rumbo a Manila, donde se buscarán refuerzos para continuar la exploración y las colonizaciones. El viaje de regreso ofreció tintes trágicos.

La "Adelantada" repartía con parsimonia los víveres a los hambrientos tripulantes. Y la escasa agua dulce que quedaba la gastaba para lavar su ropa blanca. Cuarenta y siete personas muertas fueron el balance de este viaje.

La expedición llegó a Manila tres meses después.

4. El quimérico Quirós

Quirós quiso continuar la empresa pero no tenía títulos para ello. Cansado Quirós de vegetar al lado de la "Adelantada", marchó al Perú a realizar gestiones para explorar por su cuenta.

Las islas de Santa Cruz y las Salomón descubiertas en estos viajes habían de permanecer más de dos siglos ignoradas para los europeos.

Quirós, a fuerza de memoriales, consiguió vencer a los herederos de Mendaña, logrando el derecho de proseguir los descubrimientos. Estando Quirós en Roma, el duque de Sesa, embajador español en la corte pontificia, le presentó al Papa Clemente VIII, quien escribió una carta personal de recomendación al monarca español Felipe III. Se presentó entonces Quirós en Madrid y de aquí marchó al Perú, donde el virrey conde de Monterrey puso a su disposición tres naves, los galeones *San Pedro* y *San Pablo* y el patache *Tres Reyes*.

Salió en 1605 del Callao, camino de Las Marquesas; no alcanzaron a verlas pero descubrieron cincuenta nuevas islas.

Pensaron primero seguir el plan concebido por Sarmiento de Gamboa consistente en dirigirse primero al paralelo 30 de latitud Sur, para remontar luego a las islas descubiertas anteriormente. Si se hubiera seguido este plan, el resultado hubiera sido el descubrimiento de Australia. Pero esta suerte no le estaba reservada a Quirós, que pronto empezó a encontrar dificultades entre los miembros de la tripulación, deseosos de hallar pronto tierras ricas.

Quirós acabó por ceder a los deseos de la turba de aventureros y ordenó poner proa a Santa Cruz. Llegan a una isla que llaman de *San Juan Bautista*, después a *Tahití*, que bautizan con el nombre de *Sagitaria*.

El 1.º de mayo de 1606 se descubrió una tierra que Quirós juzgó ser el continente deseado, y a la que puso el nombre de *Austrialia del Espíritu Santo*, combinando el nombre de la Casa de Austria reinante en España con el del continente austral que buscaba. No tiene nada de particular que Fernández de Quirós creyera ver un continente en lo que en realidad es una isla, porque ésta, que continúa llamándose del Espíritu Santo y es la mayor del archipiélago de Nuevas Hébridas, tiene una extensión semejante a la de todo el archipiélago de las Baleares.

Las tres naves habían atracado junto a un río, al que el inflamado misticismo de Quirós puso el nombre de *Jordán*. Allí se levantaron los planos de la ciudad de *Nueva Jerusalén*. Quirós creó la *Orden de Caballería del Espíritu Santo*.

La realidad se impone; la vida se va haciendo imposible en Nueva Jerusalén y se hace precisa la marcha. El 8 de junio zarpan las naves. Pero Quirós no se decide a regresar y manda retroceder a los barcos; más entonces estalla una tempestad y los marineros de la nave de Quirós le obligan a poner rumbo al este. En octubre llegan a las costas de México.

Luis Váez de Torres otro portugués, como su jefe Quirós, esperó quince días en el puerto de la desembocadura del Jordán; al no regresar Quirós, decidió proseguir la exploración y, para facilitar un posible encuentro con el desaparecido capitán, comenzó a recorrer las costas de la tierra del Espíritu Santo, comprobando que era una isla. Después de esto, intentó marchar hacia el sur, como era intención del místico capitán, pero una tempestad le empujó al norte, hacia las costas de Nueva Guinea. Como una tempestad les hizo imposible la navegación por el norte decidieron bordearla por el sur, descubriendo el estrecho

que lleva su nombre –*Estrecho de Torres*– entre Nueva Guinea y Australia.

Váez de Torres tuvo que ver, por tanto, Australia, pero no la descubrió. Informó a Felipe III de su viaje, pero tan escuetamente que casi no sabemos la fecha de su viaje. Tras internarse después por las islas de las Especies, llegó a Filipinas, donde murió oscuramente. Con Fernández de Quirós y Váez de Torres acaba la época de los grandes descubrimientos de los españoles. Durante poco más de un siglo los españoles y portugueses habían enseñado al mundo a navegar, pero esta tarea no podía ser eterna.

A partir de entonces el Océano Pacífico acusa un silencio hispano de casi una centuria. Transcurrido ese lapso el gran océano vuelve a ser escenario de una intensa actividad exploradora española. Desde Perú los barcos irán a Tahití; desde México, por tierra y por mar, soldados, misioneros y marinos desplegarán una intensa actividad exploradora y colonizadora. La vieja estrategia cortesiana, con miras hacia las Californias, renace movida por nuevas razones y móviles.

5. Nuevo siglo, nuevas exploraciones

La nueva dinastía, el nuevo espíritu del siglo, y los adelantos técnicos se conjugan en este momento. Dentro de los adelantos técnicos se sitúan los perfeccionamientos en la construcción naval. Los barcos se han mejorado a lo largo del XVII-XVIII, sobre todo en Gran Bretaña, Holanda y Francia. La fragata adquiere más proporciones, se torna más veloz y apta para orzar, y más robusta. Buena para el corso. La corbeta figura como idónea en las exploraciones, convoyes y corso, y como más buque de guerra, inmediatamente inferior a la fragata. Le siguen el bergantín, pequeño, de dos palos con velas cuadras, y el cúter, navío más ligero. El aparejo se torna más complicado y eficaz, y su construcción más delicada. Los cascos gozan de mejor ensambladura, y usan idóneas maderas que se someten a inmersiones en aguas saladas. Su fortaleza permite una mayor largura y aumentar el número de cañones a colocar en cubiertas y bordas.

Los astilleros, situados en las bahías y puertos de estuarios, se perfeccionan gracias a las grúas, diques de reparación, y a la creación de Escuelas de Ingenieros constructores de Marina. En América se fundan los apostaderos de Montevideo, Valparaíso, Callao, San Blas, Pto. Cabello, Cartagena, Veracruz, Habana y el de Manila. Pero los progre-

sos más decisivos se hicieron en el campo de la longitud geográfica gracias al paso del péndulo cicloidal al cronómetro, al uso de teodolitos, cuadrantes, y brújulas acimutales. Es posible las observaciones en tierra y las prácticas de triangulaciones. En el caso concreto de Cook vemos que se benefició del "The Nautical Almanac" (1767), que contenía tablas de posiciones lunares para cada tres horas, tiempo de Greenwich, que permitían hacer rápidamente determinaciones de longitud en número suficiente para reducir, promediando, los errores de los observadores e instrumentos. Desde el momento que fue posible calcular la longitud con precisión, hubo que rehacer los mapas. Tarea que duró hasta el siglo XIX. En los mapas figuran paralelos y meridianos; y en las tierras se ven cotas y curvas de nivel. El desarrollo de la Cartografía, en la que se usa la proyección de Mercator, es manifiesto al ser la navegación más científica. Los gobiernos se preocupan de mejorar la formación de sus marinos y de lograr mapas exactos, pues los inexactos hacían estéril un descubrimiento inicial. Estos marinos profesionales son los grandes actores de las navegaciones del siglo XVIII. Un siglo en cuyos principios continuaba la ignorancia sobre determinados problemas geográficos: se seguía buscando los Pasos y se suponía la existencia de un continente austral. Parte de estos enigmas se iban a despejar gracias a una amplia y sistemática tarea exploradora determinada por diversas razones. Citemos entre esas causas las ambiciones políticas: deseo de poseer tierras (continente austral) o de delimitar tierras después de Tratados; las ambiciones económicas: pieles del Canadá, viaje de las compañías y diamantes del Brasil; los estímulos científicos: deseos de calcular la medida de un grado, observar el paso de Venus, averiguar la existencia del Paso y los impulsos de las Academias (Lincei de Roma, Ciencias de París); los progresos de los medios náuticos, y los largos períodos de paz.

A lo largo de la centuria es posible fijar tres etapas, para nuestro propósito, dentro del proceso histórico:

A) 1700-1730. Difícil. Guerra de Sucesión española (1700-13).

B) 1730-1763. De recuperación, gracias al progreso científico y técnico. Guerra de Sucesión austriaca (1743-8); Guerra de la Oreja (1739); y Guerra de los Siete Años (1756-63).

C) 1763-1788. De gran actividad, sobre todo después de 1772 a causa del cronómetro y la paz reinante. La etapa será rota por la Revolución Francesa y Revolución Americana, y guerras consiguientes. España peleará contra la Francia revolucionaria (1793-5), contra Inglaterra (1795-1808) y contra la Francia napoleónica (1808).

Antes de 1763 la actividad científico-exploradora española se reduce a:

A) 1734. Expedición franco-española (La Condamine-Juan y Ulloa).

B) 1754-6. Iturriaga-Loefling con Benito Pastor y Antonio Conde en Cumaná.

Pero entre la Paz de París (1763) y la Revolución Francesa (1793) tiene lugar una etapa que se inicia en 1763, de una gran actividad. Los españoles comienzan a navegar después de 1772 desde el Perú y desde México.

Desde el Perú:

Tahiti-Tuamotú... 1772. González Aedo, Domingo Boenechea y Tomás Gayangos.
1774. Boenechea, Gayangos y José de Andía.
1775. Lángara.

Estas expediciones remitidas por el virrey Amat petendieron controlar las andanzas de barcos ingleses y franceses que, desde las islas de Tahití, podían actuar contra el comercio y las posesiones españolas. Asimismo se quiso fundar una colonia, y para ello fueron religiosos con los marinos, sin mucho éxito. Como resultado de tales viajes nos han quedado una serie de estudios etnológicos recogidos en relaciones como la de Andía.

Desde México:

Primera Etapa 1774-1779:

Objetivos y causas: presencia rusa y aclarar problemas geográficos.

1774. Juan Pérez.
1775. Bruno Heceta y J. Bodega y Quadra.
Paralización de las expediciones por falta de barcos.
1779. Ignacio Arteaga, Bodega y Quadra y A. Mourelle.
Interrupción de las expediciones por muerte del virrey Bucareli y Revolución de los Estados Unidos.

Segunda Etapa 1788-1792:

Objetivos y causas: presencia rusa, peligro británico y búsqueda del paso.

1788. Esteban Martínez.

1789. Esteban Martínez.
1789. A. Malaspina (Valdés, Galiano, Brambila, Louis Neé, Tadeo Haenke).
1790. Francisco Elisa y S. Fidalgo.
1791. Malaspina en el Pacífico (1789-95).
1792. D. Alcalá Galiano y C. Valdés.
1792. J. Caamaño.
1792. Francisco Bodega.

6. Misioneros y soldados

Por tierra, el empeño para establecer colonias en la Baja California había sido casi nulo. Civiles, militares y religiosos eran los tres elementos que se habían aunado para lograr la expansión. Al final se vio que sólo el religioso podría, con el sistema de *misión*, efectuarla. Contaban con una experiencia adquirida en anteriores entradas y colonizaciones.

La misión era un centro de transculturación fijado en torno a una iglesia. Dos o más frailes permanecían en ella evangelizando a los indígenas e instruyéndolos en labores económicas. Lo que los jesuitas ya habían puesto en práctica en el Paraguay, se trasladó a las tierras californianas como único medio de anexionar la zona.

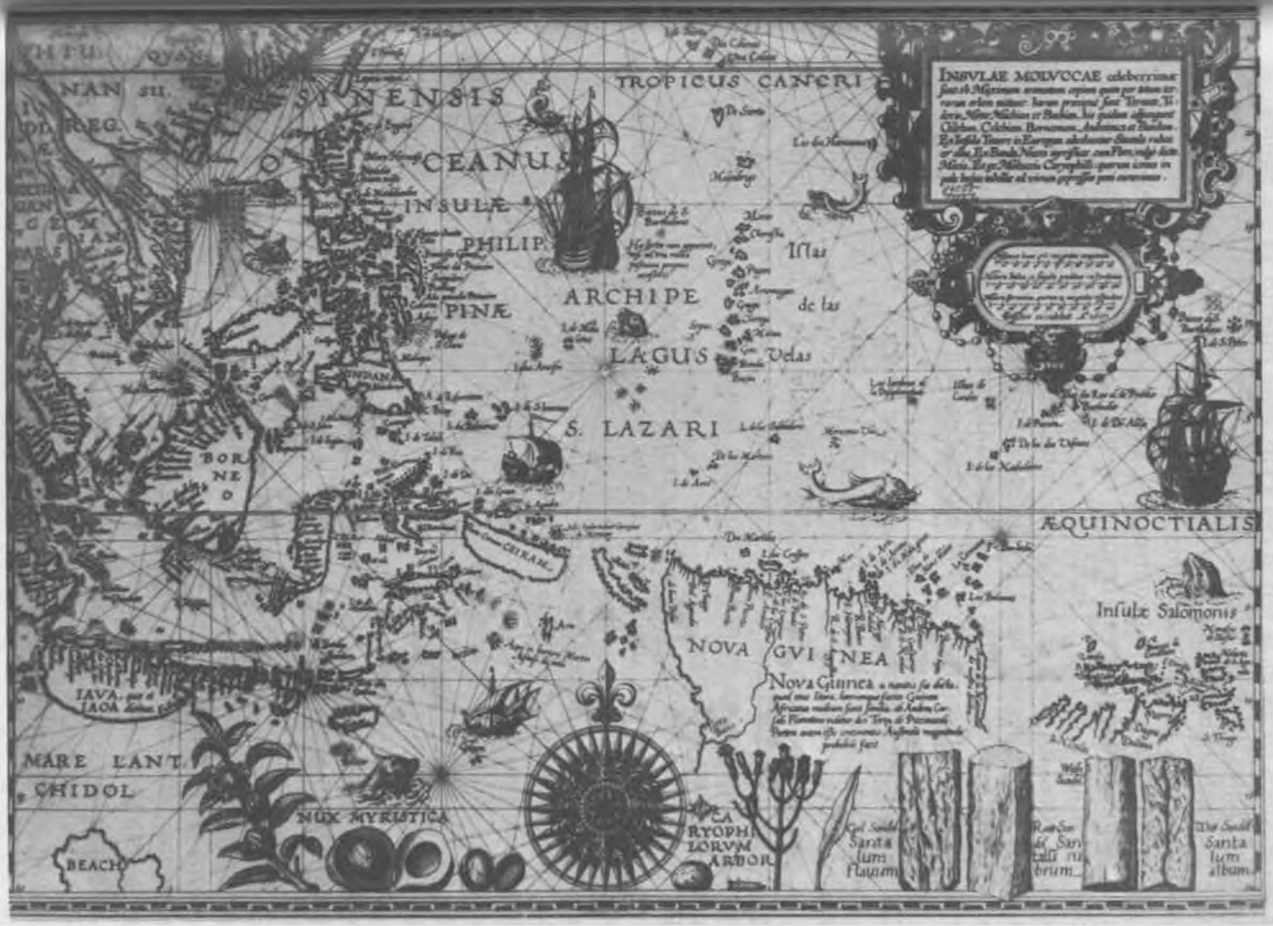
Desde la actividad exploradora de los siglos XVI y XVII habían pasado muchos años, sin lograr saber si California era isla o casi isla, insula o península. Muchos la nombran como isla de la *Santa Cruz*. Políticamente, el Pacífico y las tierras bañadas por sus aguas se han tornado internacionalmente interesantes al asomar Rusia por el Norte e Inglaterra por el Sur. Religiosamente, las Californias se muestran como fructífero campo donde actúan las órdenes religiosas. Hay dos momentos en este aspecto: uno jesuita, centrado en la figura del padre Kino, y que tiene como teatro la Baja California. Otro, franciscano, que arranca en 1767 con la expulsión de los jesuitas, centrado en las figuras de fray Junípero Serra y el visitador José Gálvez, y teniendo como escenario a la Alta California.

En Sonora –Pimería Alta– comienza el proceso de cristianización. El padre Kino, que ha llegado con el almirante Otondo, deseaba evangelizar a los indios *pimas* y hallar por allí la insularidad de California. A finales de 1687, el padre Kino se dirige a la *Pimería*, uniéndose al padre Juan María Salvatierra en *Sonora*. Tuvieron éxito en su evange-

lización. Los *pimas* se mostraron dóciles y tranquilos; pero un feroz ataque a la fundación de los indios *janos* hubo que atribuirlo a instigación de los *pimas*. La Baja California estaba en rebelión. A las autoridades poco les interesaba la región; la Audiencia de Guadalajara siempre se había negado a todo proyecto de conquista, considerando que sólo serviría para gravar de tributos a la Nueva California. Pero el fraile Salvatierra estaba empeñado en incorporar la California, y, al fin, logra permiso para ello. En octubre de 1697, con seis hombres, cruzó el golfo y fundó *Loreto*, primer poblado hispano permanente. Dos años después se fundó *San Javier*, a cargo del padre Piccolo. En el primer año del siglo XVIII, Salvatierra comprobó que California no era una isla; la misma experiencia tuvo el padre Kino saliendo en 1698 de la Pimería.

Difícilmente se mantenían los establecimientos de los frailes. Hambre y viruela se cebaron en ellos. En el año 1711 muere el padre Kino. Aunque el virrey Alburquerque no olvidaba las misiones, poco era lo que recibían como ayuda estatal. Las Californias estaban demasiado lejos. Todavía no era clara su entidad geográfica. Durante el XVI fue una península; durante el XVII, una isla. Y ahora, cuando Kino ha demostrado ser una península al recorrer el río Colorado y comprobar que entraba en el mar de Cortés, hay quienes se obstinan en verla como isla. En Europa se publican mapas y libros donde figura como ínsula. Es preciso que el sucesor del padre Kino, padre Ugarte, en unión del piloto Guillermo Strafort, testimonie que se trata de una península (1721). Ugarte busca también, por indicación del virrey, un puerto al Norte donde hiciera escala el *Galeón de Manila*.

Se hacía geografía y se acostumbraba al indio a los moldes occidentales. Con mansedumbre procuraban los padres atraerse a la indiada, aunque de vez en cuando estallase alguna rebelión. La más importante fue la de 1734, que tuvo por causa el intento jesuístico de combatir la poligamia. Los padres escribieron al virrey Vizarrón, pidiendo ayuda, quien por apático y tímido no hizo nada. Hubo que recurrir al gobernador y misioneros de Sinaloa. Una nueva nota grave preocupó de verdad el ánimo virreinal: el navío de la China fue atacado. Anteriormente, de acuerdo con lo ordenado por el virrey, el gobernador de California dependía de los jesuitas; pues bien, el virrey determinó ahora que el gobernador de Sinaloa atacase a los indios rebeldes sin someterse a los religiosos. A los dos años tuvo éxito la expedición, tiempo en el cual los jesuitas se habían quejado, logrando que se revocase la orden en cuanto a dependencia del gobernador.



El Pacífico escenario de la expansión hispana en los siglos XVI y XVII desde México y Perú; la casi totalidad de sus islas fueron descubiertas por los españoles y redescubiertas por los demás europeos en el siglo XVIII.

Casi estamos tocando la mitad del XVIII. Han muerto ya los padres Salvatierra, Kino, Piccolo, Ugarte, Mayorga... Felipe V, en 1741, ordenó que los jesuitas continuasen al frente de las misiones, y que los virreyes fijaran una cadena de fundaciones que unieran a aquéllas con los más avanzados centros neohispanos. Sumergidos en su tarea estaban los jesuitas cuando les sorprendió la orden de expulsión dada por Carlos III en junio de 1767. Quedaba bruscamente cortado un proceso de setenta años. En ellos se habían fundado dieciocho misiones dentro de un marco que llegaba hasta los 31° de latitud Norte, con 7.000 habitantes. Los quince jesuitas de la Baja California embarcaron en el *Puerto de Loreto* (febrero de 1768) escoltados por el gobernador Gaspar de Portolá.

La orden franciscana fue la señalada para rellenar el vacío dejado por los jesuitas. Fray Junípero Serra, con los padres Juan Crespi y Francisco Palou, cuidaron de los neófitos bajocalifornianos, al tiempo que se preparaban para su maravillosa tarea en la Alta California. Fray Junípero era un fraile débil y enfermizo de cuerpo, pero tenaz de alma. Llevaría lejos su empeño y contaría con el apoyo del visitador general, don José de Gálvez.

El Pacífico no era ya el lago de las centurias pasadas. Varios intereses se conjuntaban en sus aguas y en sus costas. Rusia, por el norte de América, prometía extender hacia el Sur sus cazaderos de pieles de Alaska. Inglaterra también amagaba. Precisamente entonces inspecciona la Nueva España el visitador Gálvez. Con fray Junípero integró un perfecto binomio humano, reforzado con la figura del virrey Croix, llegado en 1766. Croix había establecido una base en San Blas, futuro apoyo de las avanzadas septentrionales. Gálvez, con Croix, estudiaron un plan de expansión y seguridad del Norte; les pareció bien establecer una *Comandancia de Provincias internas*, con jurisdicción sobre *Sonora, Sinaloa, Nueva Vizcaya* y *California*. Casi otro virreinato. Pero era la única manera de que aquella zona estuviese reforzada y atendida.

Gálvez marchó a la Baja California, donde reorganizó el gobierno, las misiones y preparó las expediciones futuras. Dos por mar y dos por tierra salieron en 1769. ¿Finalidad? El mismo Gálvez lo explica: "Debe considerar, en primer lugar, que esta expedición se emprende y dirige a establecer la religión católica; a extender la dominación del rey y poner esta península a cubierto de las ambiciosas tentativas de una nación extranjera." Tal, parte de las instrucciones que lleva el marino Juan Pérez.

Las huestes terrestres fueron las del capitán Fernando de Rivera y Moncado, con el padre Juan Crespi como cronista, que salió de Loreto, y la de Portolá con fray Junípero, que salió del mismo sitio.

Las expediciones se encontraron en San Diego, así bautizado por Gálvez. En San Diego confluyeron la mitad de los expedicionarios salidos; los otros perecieron. El avance lo prosiguió Portolá en julio de 1769, penetrando 400 millas al Norte y descubriendo el encanto de la Alta California. Las huestes acamparon en un lugar que bautizaron en honor de *Nuestra Señora de los Angeles.* Un poco más de marcha, y tocaron Monterrey, pero no hallaron la brillante bahía descrita por Vizcaíno. Retornaron. Caminaban penosamente y, con el fin de no morir, se comían diariamente una mula. Asada o medio frita era cocinada la carne, sin sal ni otra sazón; pero, recuerda Portolá, "cerrábamos los ojos y caíamos sobre esta coriácea mula como leones hambrientos". Se comieron doce.

Inmediatamente se preparó otra expedición. Portolá fue por tierra y reconoció la bahía de Monterrey; fray Junípero marchó por mar, y consagró allí la segunda misión bajo la advocación de *San Carlos Borromeo* (1770). Al extenderse el campo misional se comprobó que éste era muy extenso para una sola orden religiosa. Por tal motivo, en 1770, la Baja California se dio a los dominicos.

Serra, mientras, proseguía su plan, tendente a unir las nuevas misiones con la Baja California mediante el esqueletaje de los caminos. Tres rutas destacaban en la concepción juniperina; la primera, marina, partía de San Blas y tenía por meta el Norte misterioso. "Camino de las Rusias", lo llamaban los pilotos. Las otras dos iban por tierra. Fray Junípero siguió fundando. En 1771 alzó *San Antonio de Padua,* personalmente, y *San Gabriel Arcángel* por medio de otros padres. Realmente, era bien precario el estado de estas misiones. Cada una constaba de una plaza con iglesia y residencia para religiosos, viajeros y cuerpo de guardia a un lado; en los otros lados se edificaban talleres, graneros, bodegas y viviendas indígenas.

En México gobernaba Bucareli. El visitador Gálvez estaba en España, y a Portolá sucedió el gobernador Fages. Una nueva etapa iba a comenzar en 1771 para las misiones. Había que informar al nuevo virrey, y fray Junípero partió para la capital a "saber de qué clase de hombre era Bucareli". El virrey no sabía mucho de las misiones californianas, pero estaba enterado de que su existencia dependía de los víveres que se les remitiesen de San Blas. Antes de abandonar California, fray Junípero fundó la misión de *San Luis* (1772), y en marzo

de 1773 entregaba al virrey su "Representación". Una Junta de Guerra y Real Hacienda la aprobó totalmente. El criterio juniperino fue aceptado por Bucareli, que se encariñó con la colonización de la zona. Fue acordada la subsistencia del puerto de San Blas y el inmediato abastecimiento de la Alta California. Se fundó un presidio en San Diego y se aumentaron las tropas de guarnición. Asimismo, se preparó lo necesario para cuando se alcanzase la bahía de San Francisco, y se redactó una especie de Reglamento para "el fomento de las misiones así fundadas como para fundar". El peligro ruso volvía a amenazar. El ministro de España en Rusia informaba a la Corona que los rusos preparaban expediciones (febrero de 1773). Estas alarmantes noticias motivaron el decidido apoyo de Bucareli y sus medidas para desalojar cualquier puerto extranjero que se hallase en las costas del Noroeste. Había que poblar San Francisco y establecer comunicaciones por tierra de Sonora a Monterrey. Para abrir este camino partió en 1774 Juan Bautista Anza, capitán del presidio de Tubac, en la frontera de Sonora.

Al año volvió a partir Anza. El virrey había además ordenado nuevas exploraciones de la costa bajo el mando de Juan Pérez, que descubre Nutka, y J. F. Bodega y Quadra. Bucareli nombró gobernador de California a Fernando de Rivera, sustituido por Felipe de Neve, al no procurar aquél la armonía entre los soldados y frailes.

El enorme empeño consistía en establecer la comunicación a través de Sonora, puesto que la Baja California era un área estéril. Fue obra de Anza el hallarlo. Lo hizo en la primera entrada citada, que le llevó hasta la misión de *San Gabriel;* en la segunda expedición salió con doscientas cuarenta personas y llegó con doscientas cuarenta y cuatro... Habían nacido unos ocho niños en el trayecto. Fue una expedición colonizadora en toda regla. El Estado llegó a propocionar hasta cintas para el pelo de las mujeres. La ruta discurrió por Tubac, confluencia del Gila-Colorado, misión de San Gabriel, Monterrey y bahía de San Francisco. El 17 de septiembre de 1776 inauguraron los colonos españoles la capillita de la misión, consagrada a *San Francisco de Asís,* y dieron gracias a Dios. Todavía tenía que morirse fray Junípero (1784) y llegar hasta veintiuno el número de las misiones, cerrando por completo el ciclo de las fundaciones (1769-1823).

Dos meses antes de la ceremonia de San Francisco, el 4 de julio, en la orilla atlántica, otro grupo de hombres se habían reunido para proclamar la independencia de los Estados Unidos de América.

El reducto español aseguraba ya así la permanencia de sus estable-

cimientos californianos, mientras que el grupo de colonos sajones rebeldes aseguraba y declaraba su emancipación política de la Gran Bretaña. España le había ayudado a conseguirla, y ahora esa misma España transformaría la California en uno de los mejores y más bellos estados de la futura Unión, a la par que se erigía en uno de los más envidiables y representativos ejemplos de lo que fue la obra de España en América.

7. Las navegaciones hacia Alaska

La postrera muestra de la actividad marinera hispana la tenemos en la serie de expediciones que se llevan a cabo a finales del siglo XVIII como consecuencia de los tres factores ya citados: el peligro ruso, la presencia británica y el establecimiento de las Misiones. Estas expediciones, como las que salen del Perú o de España, tienen un carácter diferente a las del XVI y XVII. Ya no se va en pos de perlas, sino tras conocimientos científicos. Los procedimientos náuticos son muy distintos y hasta los barcos no llevan aquellos nombres de santos de antaño, sino nombres muy en consonancia con la centuria del progreso y de las luces. Se llaman *Brújula, Astrolabio, Sutil, Atrevida, Descubierta*... Son unos barcos rápidos, de elegante silueta. La rechoncha figura de la carabela ha sido sustituida por la esbelta silueta de la fragata. Por otro lado, no son sólo los hispanos los que navegan, ya que la internacionalización del comercio marítimo, a partir de Utrecht, hace que los extranjeros naveguen tanto o más que los hispanos por aguas americanas. Cuando los españoles hablan de la concesión pontificia o des sus tomas de posesión, los británicos (Vattel) contestan que no es válida la donación papal y que no basta con tomar posesión de un territorio, sino que es preciso colonizarlo y elevar en él construcciones.

A la luz del derecho de gentes del XVIII, sin olvidar que los rusos se han asomado por Alaska, pensando en que los británicos desean asentarse en tierras de la actual Columbia canadiense, imaginando los precisos instrumentos náuticos, las exactas cartas, los rápidos barcos y considerando los móviles científicos, es como hay que estudiar estas últimas navegaciones que intentan extender a la Nueva España hasta Alaska.

Los españoles entonces no poseen suficiente material náutico para llevar a cabo una eficaz y honda política de expansión y retención de

lo descubierto. Sin embargo, se hace lo que se puede. Se construyen departamentos, se fabrican barcos, se envían de España marinos hábiles y se mueve la diplomacia para saber de los intereses extranjeros. El conde de Lacy, en San Petersburgo; el virrey Bucareli, en México, y Gálvez, en España, son figuras que simbolizan esta política estatal, cuyos motores serán los Pérez, Bodega, Martínez, Quimper, Heceta, etc., que vamos a citar rápidamente.

Hasta el año en que los jesuitas son expulsados (1767), la expansión rumbo a las Californias, tras las expediciones que llegan hasta mediados del XVII, y que vimos en el apartado anterior, se hace por tierra más que por mar y atendiendo casi exclusivamente a la reducción y conversión de los indígenas. Los descubrimientos para conocer las costas septentrionales de la Nueva España se habían olvidado un tanto.

Pero las circunstancias anteriormente mencionadas movilizaron a la Corte española, y don José de Gálvez, visitador general en Nueva España, fomentó el establecimiento de San Blas y el poblamiento de San Diego y Monterrey, donde se situaron presidios y misiones. El objetivo geopolítico de Gálvez y de los virreyes mexicanos de esta hora continuaba los viejos sueños de Cortés. El conquistador del reino azteca había soñado con hacer del Pacífico un lago hispano; los estadistas del XVIII sabían que esto ya era imposible, pues las naves extranjeras se habían colado por Magallanes y Buena Esperanza, amenazando cada vez más intensamente las posesiones oceánicas de España, la ruta del galeón de Manila y los posibles derechos hispanos hacia el rumbo de las Californias. Rumbo que terminaba en Alaska y donde ya los rusos estaban situados por obra del danés Vitus Behring y de Tchirikov, que había hecho notables navegaciones entre 1769 y 1771. El embajador de España en San Petersburgo hizo llegar a Madrid un plano, donde constaban los descubrimientos rusos en América y unas interesantes noticias sobre el comercio moscovita con los aborígenes americanos del Norte. El mapa del embajador, u otro, fue enviado a México, donde el virrey Bucareli comprobó que los rusos suponían descubiertas por ellos las costas del Pacífico norte hasta la altura comprendida entre los 55° y 60°, estando dicho límite en el elocuente confín de la isla Baranof (archipiélago Alexander).

Bucareli se percató rápidamente de lo que ello significaba para las Californias y movilizó al alférez Juan Pérez, que en enero de 1774 abandonó el puerto de San Blas rumbo al Norte. El viaje se prolongó hasta los 55°; pero las lluvias, oscuridad y vientos contrarios le obliga-

ron a retroceder. A la altura de 49° tuvo conocimiento ya de la entrada de Nutka.

El éxito de esta primera expedición movió al virrey neohispano a organizar otra con el fin de conocer mucho mejor la costa del Noroeste. Una corbeta y una goleta, mandadas por Bruno de Heceta y Juan Francisco Bodega y Quadra, zarparon en marzo de 1775, logrando singlar a la altura de 58°. Habían rebasado las costas de la actual Columbia británica (Canadá) y entrado en contacto con indios de buen parecer, gallarda figura y adornados de gamuzas rojas. Los barcos, como los de otras expediciones, navegaban únicamente de día, ya que la principal finalidad científica –reconocimiento de las costas– sólo de día podían efectuarla. Estos reconocimientos científicos fueron de enorme importancia, como lo reconoció más tarde Cook, que se aprovechó ampliamente del *Diario* escrito por Francisco Antonio Maurelle, piloto de la expedición.

La falta de barcos obligó a paralizar por tres o cuatro años los viajes; pero en 1779 se disponía ya de unas airosas corbetas construidas en Guayaquil. Ellas fueron puestas a disposición de Ignacio Arteaga y J. F. Bodega y Quadra, quienes abandonaron San Blas en febrero de 1779. A la altura de los 56° fondearon en el Puerto de Bucareli –están en la isla Príncipe de Gales–, donde el alférez Maurelle levantó planos de los diversos puertos, observaron las mareas, describieron prolijamente la geografía física de la región; estudiaron la formación, dirección y altura de las montañas y exploraron la fauna y flora. En julio navegaban a la vista del monte San Elías, en plena Alaska (60°). Debían estarse moviendo por aguas que luego visitaría Malaspina y donde ha quedado el testimonio del topónimo «Glaciar Malaspina».

La guerra de independencia norteamericana, la posibilidad de la entrada española en ella a favor de los rebeldes y otras circunstancias de los avatares internacionales obligaron a paralizar las expediciones. España no entró descaradamente en la guerra, pero a través de la Compañía Gardoqui envió a los colonos norteamericanos importantes lotes de material bélico. Además, fuerzas hispanas partieron de La Habana y decidieron algunas críticas situaciones planteadas al sur de las Trece Colonias como la captura de Galveztown (1781). La atención puesta a este momento grave, en que España marchó unida a Francia y contra Inglaterra, determinó el olvido momentáneo de la expansión hacia Alaska. Rusia aprovechó la coyuntura para irse situando y ganar plazas rumbo al Sur. Una serie de factorías moscovitas salpicaron la costa y cuando los españoles volvieron a mirar hacia el Norte se en-

contraron con los rusos en Nutka, Príncipe Guillermo, Isla Trinidad, Isla Onalaska...

Las expediciones se reiniciaron diez años después de la última visita, pues fue en marzo de 1788 cuando se hicieron a la vela dos barcos comandados por Esteban Martínez y Gonzalo López de Haro, rumbo a Onalaska. Los rusos del establecimiento recibieron amigablemente a los hispanos, que pudieron examinar planos y las casas de madera levantadas para almacenes y cuarteles. En torno se diseminaban chozas, donde vivían los indígenas que servían a los moscovitas y que recibían de éstos un riguroso trato. No hubo impedimentos por parte rusa, y los españoles pudieron adquirir cuantas noticias y bastimentos quisieron. Vistos los resultados de este viaje, se preparó otro, mandado por el mismo Martínez, que va con la misión de reconocer y fijar Nutka, ya visto por Juan Pérez en 1774. Martínez salió en 1789 con detalladas instrucciones, localizando fácilmente San Lorenzo de Nutka, donde encuentra una fragata norteamericana y un paquebote portugués. Martínez ordena construir un almacén y una batería protectora. El jefe indígena Macuina le visita y organiza un festival folklórico en su honor. En esto entró, procedente de Macao, el inglés Jaime Colmet, que traía órdenes de establecer una factoría para el comercio de pieles de nutria y tomar posesión del puesto. Colmet, demandado por Martínez, no se avino a mostrar sus credenciales, por lo cual se vio apresado y enviado a México. La diferencia entre dos marinos, celosos de su cometido, iba a encender la chispa de lo que pudo ser un grave acontecimiento internacional.

Pronto volvió el virrey de Nueva España a remitir al marino Francisco Elisa con órdenes de asegurar Nutka. En 1790, entra éste en dicho puerto, que puso en orden defensivo e, inmediatamente, envió al teniente de navío, Salvador Fidalgo, a reconocer la costa hasta los 60°. Fidalgo llevó a cabo su cometido, pudiendo examinar detenidamente los establecimientos rusos.

Al tiempo que Fidalgo navegaba en aguas de Alaska y conversaba amigablemente con los jefes rusos, que le daban noticias y consejos, en la Academia de Ciencias de París un tal Mr. Buache leía una Memoria en que afirmaba que ya en 1588 Lorenzo Ferrer de Maldonado había descubierto el paso del N. O.

Encontrándose también en este tiempo Alejandro Malaspina efectuando un viaje científico por Suramérica y el Pacífico, recibió órdenes de comprobar la existencia del paso. Sus barcos, la *Descubierta* y *Atrevida*, descansaban en Acapulco cuando les llegó la orden de zar-

par hacia el norte (1791). Malaspina se remontó hasta la bahía de Behring. Los indígenas de las costas alasqueñas recorridas recibieron amigablemente a los dos barcos hispanos, cuyos tripulantes pudieron admirar una naturaleza verde, salvaje, cuyo telón de fondo eran unas montañas nevadas, cubiertas a veces por la niebla. El crepúsculo, anotaron, duraba hasta la media noche. Visto lo agradable del paraje y la buena disposición de los aborígenes, se llevaron a tierra los aparatos necesarios para tomar alturas, fijar el movimiento de los relojes, determinar la latitud, etc. El paso visto por Ferrer Maldonado no se halló y los barcos iniciaron el regreso, efectuando un detenido examen de la costa hasta San Blas. Las descripciones y noticias que han quedado sobre los indígenas son de un enorme valor y justifican de por sí esta expedición típica del XVIII. En el puerto de Mulgrave pudieron estudiar con detalle a los indígenas, vestidos de pieles de nutria, pintados de negro, con sombreros como conos truncados y narices taladradas... Industriosos y activos, se afanaban por cambiar un salmón por un clavo... Preferían ropas y hierro. Para los hispanos, los totem, de figuras grandes y horrorosas, eran monumentos funerarios. Una vez en Nutka, volvieron a establecer observatorios en tierra, levantaron el plano del puerto, situaron los puntos de la costa y reconocieron los canales interiores.

Cuando los barcos de Malaspina entraron en San Blas, en octubre de 1791, llevaban a bordo los más precisos y exactos datos obtenidos hasta el momento sobre las costas del N. O. Pero las esperanzas de encontrar el paso del N. O. se habían difuminado.

Dos expediciones más, en el mismo año de 1792, se van a preparar como culmen de este ciclo de viajes científicos. Una es la de los barcos *Sutil* y *Mexicana*, a las órdenes de Dionisio Galiano y Cayetano Valdés. La otra la dirigió Jacinto de Caamaño.

El viaje de Galiano y de Valdés facilitó un magnífico informe, publicado dos veces en lengua española, donde hay importantes datos sobre la naturaleza e indígenas de Nutka y estrecho de Juan de Fuca (entre Isla Vancouver y el Continente). Así mismo proporcionó un completo Atlas que, unido a las cartas de los anteriores viajes, forman una colección de mapas de enorme valor.

Cuando la *Sutil* y la *Mexicana* navegaban a Nutka, la costa, entre los 30° y 60° estaba llena de factorías dedicadas al comercio peletero. Era fácil divisar barcos ingleses, norteamericanos, lusitanos y franceses. España e Inglaterra habían firmado en 1790 un pacto por el cual la primera cedía a la segunda las tierras y edificios que en 1789 Martí-

nez había tomado a los ingleses. Vancouver, encargado de representar a los británicos, no llegó a un acuerdo con Bodega y Quadra (1792), ya que éste, de las declaraciones prestadas por el jefecillo Macuina, dedujo que los ingleses sólo tenían en 1789 una mala casa de madera construida en Nutka. Quadra manifestó que no podía entregar totalmente el puerto de Nutka, aunque sí accedía a ceder los edificios elevados por los españoles y retirarse a Puerto de Núñez Gaona, en el estrecho de Fuca, en tanto las Cortes europeas decidían la cuestión. Vancouver insistió en posesionarse de todo, pero Bodega y Quadra alegaban que los británicos no tenían nada construido en la fecha citada. Al final dejaron que la solución la dictase Europa.

El viaje de Jacinto Caamaño por las costas de la Columbia Británica dejó también un interesante diario, donde consta que no encontraron el paso del N. O. Los indígenas visitaban con frecuencia los barcos, dejando luego un mal olor y regalaban a los expedicionarios con bailes de paz. Pudieron reconocer el estrecho de Laredo, al sur, precisamente, del estrecho de Caamaño, ambos en la isla Aristazábal.

Con este postrero viaje podemos dar por finiquitadas las expediciones hispanas hacia Alaska. Las primeras habían sido antirrusas fundamentalmente, un segundo grupo fueron antibritánicas. Desde San Blas, base nodriza, España remitió su pabellón y sus derechos a bordo de barcos tripulados por hombres científicamente formados, muy distintos a los marinos del XVI y XVII, aunque eran sus herederos. Estos marinos tomaron posesión de las costas en nombre de España, siguiendo un formulismo o ritual que también es heredero de aquellas tomas de posesión que vimos en el XVI, cuando se cortaba hierba, se bebía agua, se paseaba, se gritaba y se desafiaba. Las ceremonias del XVIII, menos bélicas si se quiere, son una prolongación de las de antaño, pues su fundamento sigue estando en la donación papal. Si en el XVI este derecho se rechazó, en el XVIII también. Vattel lo niega y expone toda una teoría contraria para justificar el apropiamiento de las Malvinas y otros trozos territoriales de América.

Los marinos del XVIII solucionaron definitivamente los problemas planteados por los del XVI –el paso–, demostrándose una vez más que la historia de los descubrimiento geográficos no es sino la historia de la solución de los problemas geográficos.

BIBLIOGRAFIA

1. Expansión transpacífica desde el Perú

A) Mendaña (1567-1575). Fuentes impresas

Australia Franciscana. II. Relaciones de Alvaro de Mendaña al Rey Don Felipe II y de Gómez Hernández Catoira al Gobernador del Perú, Don Lope García de Castro, sobre la expedición de Mendaña a las Islas de Salomón en el Mar del Sur (1567-1569).–Editado por Celsus Kelly, O. F. M. Madrid, 1965. (Se publica la Breve Relación de Mendaña a Felipe II, y la de Gómez Hernández Catoira.)

BARRAS DE ARAGÓN, Francisco de las: *Mujeres viajeras.*–Madrid, 1955. Madrid, 1951. (Habla de Isabel Barreto.)

BELTRÁN Y ROZPIDE, Ricardo: *Las Islas Marquesas.*–Madrid, Bol. Soc. Geográfica, 1880, tomo IX, 2.º semestre, págs. 145-170.

BOSCH BARRET, M.: *Doña Isabel Barreto, adelantada de las Islas Salomón.*–Barcelona, 1943.

Calender of Documents Spanish: Voyages in the South Pacific and Franciscan Missionary Plans for its Islanders. Compiled from authentic sources by Celsus Kelly, O. F. M. Madrid, 1965. Obra fundamental y exhaustiva donde se enumera una amplia e internacional documentación para el tema.

CARRIÓN, Alejandro: *El atrevido viaje de Mendaña al Archipiélago.*–Bol. de Informaciones Científicas Nacionales, núm. 40. Casa de la Cultura, Quito, págs. 80-1. (Se refiere a las Galápagos.)

DELBPY, Emilio: *El Perú en los descubrimientos del Pacífico.*–Bol. Soc. Geog., Lima, LXIV, 1947, págs. 59-62.

DELAURIER, E.: *Relation du voyage découverte fait par Alvaro de Mendaña aux iles Salomón en 1567.*–Traduit de l'Espagnol. In Nouvelles Annales des Voyages. Paris. Nouvelle Serie, tomo XXXI (1852), págs. 57-85.

Discovery, The —— of the Salomón Islands by Alvaro de Mendaña, in 1568.–Translated from the original Spanish manuscripts. Edited, with Introduction and notes by Lord Amherst of Mackney and Basil Thompson. London, 1901 (2 vols.). Vid. Mendaña.

ESTALA, Pedro, Pbro: *El viajero universal.*–Madrid, 1798. En el tomo XVII incluye los viajes de Mendaña y Quirós.

FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Relación breve de lo sucedido en el viaje que hizo Alvaro de*

Mendaña (Anónima).–Bol. de la Soc. Geog., tomo XXXVIII (Madrid, 1895), págs. 410-26.
– *Relaciones del descubrimiento de las islas de Salomón.*–Bol. de la Soc. Geog., tomo LXV (Madrid, 1903), 2.º trimestre, págs. 107-112.
– *Armada Española desde la unión de los reinos de Castilla y de Aragón.*–Madrid, 1896.
FERNÁNDEZ NAVARRETE, M.: *Biblioteca Marítima Española.*–Madrid, 1862.
FERNANDO PÉREZ, Roberto: *Un vocabulario inédito de Sarmiento de Gamboa.*–«Noticiario Indigenista español». Madrid, núms. 11-2, 1956, págs. 1-4, y en Miscellanea a Paul Rivet, II.
– *Felipe III y la política en el mar del Sur.*–«Rev. de Indias», XIII, 1953, páginas 539-58.
FRIEDERICI, George: *Alvaro de Mendaña. Die Entdeckung der Inseln des Salomo.*–Stuttgart, 1925.
HAMY, E. T.: *Commentaires sur quelques cartes anciennes de la Nouvelle-Guinée pour servir a l'Histoire de la découverte de pays par les navigateurs espagnols (1528-1608).*–Apud: «Etudes Historiques et Geographiques», Paris, 1866, páginas 187-228.
HARKNESS: *The... Collection in the Library of Congress. Calendar of Spanish Manuscripts concerning.*–Perú, 1531-1651. Washington, 1932.
HERRERA, Antonio de: *Descripción de las islas y tierra firme del mar Océano que llaman Indias Occidentales.*–Cap. XXVII. Apud. *Décadas.* Amberes, 1729.
JIMÉNEZ DE LA ESPADA: *Relaciones del Perú.*
– *Tres antiguallas peruanas.*–Incluye carta de Gamboa, que también inserta en *Las Islas de los Galápagos.* (De interés para Mendaña.) Madrid, 1892.
KELLY, Celsus: Vid. «Australia...» y vid. «Calendar...»
LANDÍN CARRASCO, Amancio: *Vida y viajes de Pedro Sarmiento de Gamboa.*–Madrid, 1945, Inserta relación de P. Sarmiento de Gamboa.
– *El descubrimiento de las Islas Salomón.*–«Rev. General de Marina», junio-julio, 1944.
LEVILLIER, Roberto: *Gobernantes del Perú. Cartas y papeles siglo XVI. Documentos del Archivo de Indias.*–Madrid. 1920-6 (14 tomos). Mendaña aparece en los índices onomásticos de los tomos 3, 10, 11, 12, 13 y 14.
LIZARRAGA, Fr. Reginaldo: *Descripción de las Indias.*–Lima, 1946.
LOHMANN VILLENA, Guillermo: *Documentos interesantes a la historia del Perú en el Archivo Histórico de Protocolos de Madrid.*–«Rev. Histórica», tomo XXV. Lima, 1960-1.
LÓPEZ DE VELASCO, Juan: *Geografía y descripción universal de las Indias.*–Madrid, 1894.
MAJÓ FRAMIS, R.: *Vida de los navegantes y conquistadores españoles del siglo XVI.*–Madrid, 1946.
MARCET, Gabriel: *Mendaña et la découverte des Iles Marquises.*–Extrait du «Bulletin de la Societé de Géographie» (1.er trim., 1898). Paris, 1898.
MAUDE, H. E.: *Spanish Discoveries in the Central Pacific: A Study in identification Journal of the Polynesian Society.*–Vol. 68, núm. 4, 1959, págs. 285-326.
MEDINA DÁVILA, Andrés: «Memorial al Rey sobre conquista y población de las Islas Salomón...», 1647. Bibl. García. Cit. por León Pinelo: «Biblioteca Oriental y Occidental», pág. 671.
MENDAÑA, Alvaro de: *The discovery of the Salomon Island, by... in 1568.*–Translated from the original spanish manuscripts. Edited, with introduction and notes by Lordn Amherst of Hackney and Basil Thompson. London, 1901. Hakluyt Society (2 vols.). Vid. Discovery. Inserta versiones inglesas. Diarios de H. Gallego, Pedro Sarmiento de Gamboa, A. de Mendoza, Relación Anónima y Diario de Catoira.
MORALES PADRÓN, Francisco: *Los descubrimientos de Mendaña. Fernández Quirós y Váez de Torres, y sus relaciones de viajes.* «Anuario de Estudios Americanos», XXIII, Sevilla, 1966. págs. 985-1044.
MORGA, Antonio de: *Sucesos de las Islas Filipinas.*–México, 1609. Madrid, 1909. Inser-

ta relación del segundo viaje de Mendaña en 1595. Traducida en Col. Hakluyt Society, serie II, 30, pág. 355. Lo publica J. Zaragoza, II, págs. 51-61.

PASTELL, S. P. P.: *El descubrimiento del estrecho de Magallanes.*–Madrid, 1920. Cit., tres documentos relativos a Gamboa y Mendaña.

RAINAUD, Armand: *Le Continent Austral. Hypothèses et découvertes.*–Amsterdam, 1965.

RÍOS, José A. de los: *Discursos medicinales compuestos por el licenciado Juan Méndez Nieto y viajes de Mendaña y Quirós por el mar del Sur.*–Madrid, B. R. A. H., 1909, tomo I, págs. 151-155.

SANCHO PÉREZ-STELLA, H.: *El Capitán Mendaña, descubridor de las Islas Salomón.*–«Rev. Gral. de la Marina», núm. 133, Madrid, 1947, págs. 213-16.

SANTA CRUZ, Alonso de: *Islario general de todas las Islas del mundo.*–Madrid, 1920.

SHARP, Andrew: *The Discovery of the Pacific Islands.*–Oxford, 1960.

SUÁREZ DE FIGUERA, Cristóbal: *Hechos de don García Hurtado de Mendoza, cuarto marqués de Cañete.*–Madrid, 1612. Lib. VI. Interesa por el segundo viaje de Mendaña. Dalrymple da traducción del relato de Figueroa. Este debió manejar la relación de Mendaña, Catoira y Gallego. D. Justo Zaragoza (II, 49) hace notar el gran parecido entre el texto de Suárez de Figueroa y el manuscrito que él atribuye a Luis Belmonte y que reproduce en el tomo I (23-180 págs.).

WALLIS, Helen N.: *The exploration of the South Sea, 1518 to 1644. A study of the influence of physical factors, with a reconstruction of the routes of the explorers.* Oxford, 1953. Original mecanografiado que, gracias a la amabilidad de la autora, pudimos examinar en el Museo Británico.

ZARAGOZA, Justo: *Historia del descubrimiento...*–Vid. ficha completa en apartado D). Esta obra refiere el primer viaje de Mendaña en sus tres primeros capítulos; y el viaje segundo en los capítulos III-XXXIX. En el tomo II, págs. 15-51, inserta una «Relación del primer viaje» obra de Mendaña. El contenido del tomo I de esta obra está en la Biblioteca de Palacio, Ms. 1686, con el título de «Varios diarios de los viajes a la mar del Sur y descubrimientos de las Islas Salomón, Las Marquesas, las de Santa Cruz, Tierra del Espiritu Santo y otras de la parte austral incógnitas, executados por Alvaro de Mendaña y Fernando Quirós desde el año de 1567 hasta el de 1606 y escritos por Hernán Gallego, piloto de Mendaña». En su publicación, Zaragoza señala que había otra copia con distinto título («Dos relaciones del viaje del ilustre Alvaro de Mendaña») en el Ministerio de Marina, que debe ser el Ms. 951 del Museo Naval. El relato total es obra del poeta sevillano Luis Belmonte.

B) Mendaña (1567), Relaciones

Hay diferencias entre los relatos o fuentes siguientes, pero no graves contradicciones. Un ejemplo puede ser los reconocimientos que de Guadalcanal hacen. Lo interesante es que se complementan. El relato de Catoira junto con el Diario de Gallego son los más interesantes y extensos, pero mientras el escrito del Piloto Mayor goza de letra de fácil lectura y se fija sobre todo en lo técnico, el Contador Catoira derrocha una letra casi ilegible y pone su atención en las costumbres indígenas y en los productos de la tierra.

Relación debida a Hernán Gallego. Tiene un Proemio que comienza «entiende ser forzoso...». El relato comienza: «El Gobernador Lope García de Castro mandó aderezar...» Termina: ...«Fernando Henríquez con la nueva a la ciudad de los Reyes».–A. G. I. Pat. 18, núm. 10, R°. 4. Publ. por Hakluyt. London, 1901, 2 tomos.

Relación de Gómez Hernández Catoira al Gobernador Lic. Lope de Castro. British Museum, Ma. Add. 9.944. Extractada por Muñoz y Navarrete. Publicado en versión inglesa por Hakluyt, London, 1901. 2 tomos. Gayangos, en su Catálogo II, página 293, la relaciona así: «Relación del viaje y descubrimiento que se hiço en la mar del Sur por mandado del... señor Lope García de Castro... de que fue por general A. de Mendaña. Hecha por Gómez Hernández Catoira, Secretario y Notario Mayor de dicha

Armada... dirigida a Lope García de Castro». Add. 9.944 f. 197.306. El P. Celsus Kelly ha hecho su publicación en español en «Australia Franciscana», II. Madrid. 1965, págs. 27-220.

Relación de Alvaro de Mendaña al Lic. García de Castro.–Comienza: «El subceso de la armada». Termina: «que son mejores que los papas». A. G. I. Pat. 18, núm. 10, R.° 5, 17 fols. Col. Muñoz, XXXVII, CDIA V, págs. 221-85.–Indica que Hernán Gallego dará noticias de tipo científico (navegación) por lo cual él no lo hace. Al llegar al fol. 11, comienza la relación de los descubrimientos hechos por un bergantín de la flota comandado por Pedro Ortega Valencia.–Se encuentra también en M. Naval. Col. Navarrete, 39 bis, fols. 19-70.

Relación dirigida a Felipe II y firmada por A. de Mendaña.–Comienza: «Si tanta discreción tuviera para saber dar cuenta a V. M.... Embarcamos en el Callao, pt.° de la ciudad de los Reyes, miércoles que se contaron 19 de noviembre de 1567».–Termina... «En Nicaragua tuve que pedir dinero para retornar... Salí para el Perú y llegué al pt.° del Callao en 11-sep.-1569». Tomo XXXVI de la Col. Velázquez de la Acad. de la Historia. Publ. por J. Zaragoza en *H.ª de los descb. australes*, tomo II, págs. 15-51. Publ. en Hakluyt, London, 1901, tomo I, págs. 159-171, y por el P. Celsus Kelly en «Australia Franciscana», II, Madrid, 1965, págs. 1-26.

Relación, Breve ——— recogida en la Plata. 3 fols.–Comienza: «En el año de 1567, un Pedro Sarmiento». Termina: «...Sobre el Sur, enfrente de Chile». A. G. I., Pat. 18, núm. 10, R.° 5 C. D. I. A., págs. 210-211. Col. Muñoz, XXXVII, Apud. M. Naval. Col. Navarrete, tomo 38 bis, fols. 132-9.

Relación hecha por el Cap. Pedro Sarmiento de lo sucedido en el viaje que verificó Alvaro de Mendaña en descubrimiento de las Islas de Salomón.–Comienza: «Para honra y gloria de Nr. Sr. Jesucristo». Termina: «...porque se hallavan culpados». A. G. I., Pat. 18, núm. 10, R.° 8. Publ. por A. Landín Carrasco: *Vida y viajes de P. S. de Gamboa.* Madrid, 1945, págs. 215-233. En Museo Naval. Col., Navarrete, tomo 39 bis, fols. 72-140 v.°.

Relación breve de lo sucedido en el viaje que hizo A. Mendaña en la demanda de la Nueva Guinea, la cual ya estaba descubierta por Iñigo Ortiz de Retes, que fue con Villalobos de la tierra de Nueva España el año de 1544 (1567-9). Anónima. Comienza: «El año de 1567, por mandado del licenciado». Termina: «...a 25 de febrero del año de 1569». Bibl. Nacional de París. Ms. 325, fols. 174-183. Publ. por Fernández Duro en «Bol. Soc. Geog.», 37, 1895, págs. 410-426.

Relación sobre las islas Salomón hecha por el indio Chepo. A. G. I., Pat. 18, núm. 10, R.° 1. Habla de las islas y de la navegación a ellas. Publ. Hakluyt. London, 1901, 2 tomos. Hay una copia en el Museo Británico. Parece haber sido escrita por cierto capitán Fc.° de Cáceres. Don Justo Zaragoza la reproduce (II, 127-130) tomándola de copia existente en el entonces Depósito Hidrográfico.

Relación mui particular (Dada al Capitán Francisco de Cáceres por/un yndio que se llamaba Chepo, y serla de edad de 115 ó 120 años) de las Yslas de Salomón, que están en la Mar del Sur, con expresión/de sus nombres y el tiempo que tardaban los yndios sus naturales des/de el Puerto de Arica, y de ylo a ellas c.ª: y a continuación una/noticia muy rara de un Navío que navegando de Chile con/tiempo mui tempestuoso fue a dar á una Ysla en 18/grados y medio, a la qual voxeo en 50 dias, y no/la halló al fin. c.° 2 fols. Comp. del Leg. rotulado «Papeles tocantes a las Islas de Poniente, de los años de 1570 a 1588». Col. Navarrete, XXVII, fol. 209. Dto. 21.

Relación del primer viaje. Comienza: «Será bien tratar la jornada». Termina: «...con que se acabó este descubrimiento». Bibl. Nac. Madrid, Mss. 10.267 y 10.645.

Relación de las cartas particulares. 1 fol. Comienza: «De Lima salimos a 19 de noviembre de 1567». Termina: «...Por esta causa tuvimos mucha necesidad en la comida y bebida». A. G. I., Pat. 18, núm. 10, R.° 2.

Relación incluida dentro de la Probanza de Méritos y Servicios de P. Ortega. Son treinta preguntas: Deponen unos 18 testigos. A. G. I., Pat. 18, núm. 10. R.° 4. (Aquí están también las Probanzas de Juan de Mendoza y Cisneros y Agustín Felipe.)

Relación «Extrait de la ——— de la decouverte du noveau monde et isles occidentales du Perou adressé a Philippe second por Alvaro de Mendaña». Bibl. Nac. París, F. F., 9.093, fols. 71-73 v.°.

C) Mendaña (1595). Relaciones

Vreve Relación del biaje que albaro de mendaña... A. G. I., México, 116.

Relación del viaje del Adelantado Alvaro de Mendaña de Neira, al descubrimiento de las Islas Salomón, hecha por Antonio de Morga, escrita por Fernández Quirós y dirigida a Morga, que la publica en *Sucesos de las Islas Filipinas.* Madrid, 1910, págs. 50-55. Comienza: «Viernes, día 9 del mes de abril». Termina: «...y aumento de estado. De V. M. Pedro Fdez. de Quirós al Dr. A. de Morga». Publ. por la Hakluyt, 1.ª serie, tomo 39, págs. 355 y ss. La reproduce J. Zaragoza: *«H.ª del desc. de las regiones australes»*, tomos 2-3, págs. 51-61, A. G. I., Filipinas, 215.

Relación de Fray Reginaldo de Lizárraga: *Descripción de Indias.* Cap. 213. Indica que es un extracto de una relación muy detallada llegada a sus manos.

Relación hecha por C. Suárez de Figueroa en *Hechos de don García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete.* Madrid, 1616, págs. 284-6. Comienza: «A los enfermos...». Termina: «...se avía apartado de la nao con su galeota». La reproduce J. Zaragoza en «H.ª del desc. de las regiones australes». Madrid, 1880, tomos 2-3, pág. 50. En la Biblioteca Nacional, Ms. 10.267, fols. 9-62, y 1.645, hay dos relatos iguales del segundo viaje. Comienza: «Pasáronse en silencio...». Termina: «...los buenos efectos que se desean».

Alvaro de Mendaña: El segundo viaje de ———. Comienza: «A onze de abril de 1595 se embarcó el Adelantado D...» Termina: «...Marqués de Cañete y Virrey del Perú». Bibl. Nac. París, Ms. Esp. 324, f. 121.

D) Fernández de Quirós y Váez de Torres (1605). Fuentes impresas

ARIAS, Juan Luis: *A Memorial adressed to his Catholic Majesty Philip the Third. King of Spain by Dn. Juan Luis de Arias, respecting the exploration, colonization and conversion of the Southern Land.*–Apud. «Early Voyages to terra Australis now Australia...». Edited with an introduction by N. H. Major. London, Haklyut Soc., 1859. Impreso también por Dalrymple. Edimburgo, 1773. Vid. Major.

Australia Franciscana I: Documentos franciscanos sobre la expedición de Pedro Fernández de Quirós al Mar del Sur (1605-1606), y planes misionales sobre la conversión de los nativos de las Tierras Australes (1617-1634). Editados por Celsus Kelly, O. F. M. Versión española del pról. e Introd. por Pedro Borges, O. F. M. Madrid. Arch. Ibero-Americano, 1963.
(Se publican las Relaciones de fray Martín de Munilla, la de Juan de Torquemada, la de Fray Antonio de Deza, la de fray Diego de Córdoba Salinas.)

BAYLDON, Francis J.: *Voyage of Luis Vaez de Torres from the New Hebrides to the Moluccas, June to November 1606.*–Royal Australian Historical Society, «Journal and Proceedings», XI (1926), págs. 158-194.

– *Voyage of Torres.*–Royal Australian Historical Society, «Journal and Proceedings», XVI (1930), págs. 133-146.

BELTRÁN Y ROZPIDE, Ricardo: *Las islas Tuamotu.*–Bol. de la Soc. Geog., tomo XV, págs. 23-45, 2.º semestre, 1883, Madrid, 1883.

Calendar of Documents cit. en el apartado A) de Mendaña.

COELLO, Francisco: *Nota sobre los planos de las bahías descubiertas en el año de 1606 en las islas del Espíritu Santo y de la Nueva Guinea, que dibujó el capitán Diego del Prado y Tovar en igual fecha.*–Bol. Soc. Geog., vol. IV (Madrid, 1878), págs. 339-411.

CLARKSO, Sir William: *Note en Prado's Relacion.*–Royal Australian Historical Society, «Journal and Proceedings», XVI (1930), págs. 147-150.

CÓRDOVA SALINAS, Diego de: *Epitome de la Historia de la Provincia de los Doce Apóstoles del Orden de San Francisco en el Perú.*–Lib. Cap. 21-22 se habla de los viajes de Quirós.

Discovery, New Light on the ——— of Australia as revealed by the Journal of captain don Diego de Prado y Tovar.–Edited by Henry N. Stevens... with annotated translationns from the Spanish by George F. Barwick. London, 1930. Hakluyt Society, second series, núm. LXIV. La relación en español se inserta en págs. 86-236. Colocándose enfrente la traducción inglesa. Comienza: «Jesús, María y José. Relación sumaria del descubrimiento que empezó P. F. Q.». Acaba con un certificado de Váez de Torres y otros dándole el visto bueno a la Relación. En el apéndice se incluye carta de Váez de Torres, en español, que no es sino la relación de Simancas. Comienza: «Por hallarme en esta ciudad de Manila...». Al final, mapa con ruta de Torres y esquema de los mapas de Tovar.

EROSTARBE, José de: *Discurso sobre la higiene de las profesiones militar y naval.*–Madrid, 1867. Hace consideraciones médicas sobre el viaje de Quirós.

GIMÉNEZ AYENSA, Dom W. (O. S. B.): *Torres, jefe de la expedición de las Nuevas Hébridas a Manila (1606).*–«Rev. Gral. de Marina». 150, págs. 597-602, Madrid, 1956.

GONZÁLEZ DE LEZA, Gaspar: *Relación verdadera del viaje y suceso que hizo el capitán Pedro Fernández de Quirós por orden de su magestad en la tierra austral e incógnita.*–Bibl. Nac. (Madrid). Mas. 3.212. Publ. J. Zaragoza, II, 77-186, indicando que había una copia en el entonces Depósito Hidrográfico.

HAMY, E. T.: *Luis Váez de Torres et Diego de Prado y Tovar, explorateur de Le Nouvelle-Guinée 1606-1607. Etude géographique et ethnographique.*–«Bulletin de Geog. Hist. et Descript.», Paris, XXII, 1907.

– *Comentarios sobre algunas cartas antiguas de la Nueva Guinea para servir a la historia del descubrimiento de aquel país por los navegantes españoles.*–Bol. Soc. Geog., 1878, IV, 28.

KELLY, Celsus: Vid. «Australia Franciscana» y vid. «Calendar...».

KUBLER-SUTTERLIN, Otto: *Kolumbus Australiens, das Wagnis des Pedro Fernández de Quirós.*–Freiburg. K. Alber, 1956.

LAPA, Albino: *Pedro Fernández de Quirós o último navegador portugués.*–Lisboa, 1951.

MAJOR, R. Henry: *Early voyages to Terra Australia, now called Australia. A Collection of documents, and extracts from early manuscript maps illustrative of the history of discovery on the coats of that vast Island, from the beginning of the sixteenth century to the time of Captain Cook.*–Edited, with an Introduction by... London. Hakluyt Society, 1859 Introducción págs. I-CXIX.

MARKHAM, Clement: Vid. «Voyages...».

PARKYN, E. A.: *The voyage of Luis Váez de Torres.*–«Geographical Journal», 76 (1930), 252-6.

PERALTA BARNUEVO ROCHA, Pedro de: *Lima fundada.*–Lima, 1732. 2 vols.

PRADO Y TOVAR, Diego de: *Cartas a Felipe III.*–Vid. Zaragoza, II, 187-190.

PRADO, Diego de: *Memorial sobre el viaje de Quirós.*–Col. de Indias, V, 517. Duro III-316. Publ. por la Hakluyt Society, second series, núm. LXIV. Vid aquí mismo *Discovery...*

PURCHAS, Samuel: *Hakluytus Posthumus or Purchas His Pilgrimes. Contayning a History of the World in sea voyages and Lande Travells by Englismen and others.* Vol. XVII. Glascow, 1960.

RAYNOLDS, Robert: *The Quality of Quirós.*–Indianápolis and New York, 1955.

SANZ LÓPEZ, Carlos: *Australia, su descubrimiento y denominación.*–Madrid, 1963.

SCOTT, Ernest: *Australian Discovery.*–London, 1929, 2 vols. Tomo I dedica ocho páginas al Memorial de Juan Luis Arias.

TEIXEIRA SOARES, Joao: *Pedro Fernández de Quirós Um dos descobridores da Polinesia.* «Bol. da Sociedade de Geografía de Lisboa». 1.ª Serie, 1877, págs. 66-9.

TORQUEMADA: *Monarquía Indiana.*–Madrid, 1723. Incluye parte del viaje de Fernández Quirós en 1605.

TOWNSEND EZCURRA, Andrés: *Terra australis incógnita. Quirós intuyó un contrapeso del mundo.*–«Américas». XIII (Washington, 1956), núm. 6.

Trustees of the Public. Library of New South Wales. *Quirós Memorial: A Catalogue of Memorials by Pedro Fernández de Quirós 1607-1615, in the Dixson and Mitchell Libraries Sidney.* by F. M. Dunn.–Sydney, 1961.

VERA, Vicente: *La prioridad de los navegantes españoles en las exploraciones del Mar Pacífico. El descubrimiento de Australia.*–«Bol. de la Real Soc. Geográfica», LXIX, Madrid, 1929, págs. 94-102. Documentos curiosos relativos a los viajes de Pedro Fernández de Quirós y resume unos documentos enviados de N. York sobre Quirós, cita los trabajos de Hakluyt, Collingridge, Dalrymple, que dio a conocer los escritos de Luis Arias, E. T. Hamy, J. Zaragoza; y hace una pequeña biografía de Quirós y de Luis Váez de Torres.

Voyages, The ——— of Pedro Fernández de Quirós, 1595 to 1600.–Translated and edited by Sir Clement Markham. London, 1904, 2 tomos.

ZARAGOZA, Justo: *Historia del descubrimiento de las regiones australes hecho por el General Pedro Fernández de Quirós.*–Madrid, 1876, 2 tomos.

– *Descubrimiento de los españoles en el Mar del Sur y en las Costas de la Nueva Guinea* (con la traducción del folleto de Mr. Hamy, por Martín Ferreir, y un mapa de Nueva Guinea correspondiente a aquél en la página 32).–«Bol. Soc. Geográfica», vol. IV (Madrid, 1878), págs. 253-338.

E) Fernández de Quirós. Relaciones

Burney, por ejemplo, usó a Torquemada (Lib. V. Cap. 64), los dos Memoriales dados a conocer por Purchas y por Dalrymple, el Memorial de Luis Arias, una carta de Váez de Torres y Diego de Córdova (Historia de la Religión Seraphica) a través de la citación que de ellas hace Antonio de Ulloa (Cap. CXIX). Miss Helen Wallis, en cambio, utiliza la narración de Luis Belmonte, dada a conocer por J. Zaragoza, la narración de González de Leza (idem), las cartas de Váez de Torres, las de Prado publicadas por Zaragoza y la narración hallada por el P. Celsus Kelly en Roma. Tenemos aquí reunido el material impreso más importante en torno a Fernández Quirós, aunque ahora podamos añadir lo que el P. Kelly ha publicado (Vid. obra).

1) Relación de Luis Belmonte o de P. Fernández Quirós. Zaragoza, II. Cap. LXI y sigs., págs. 192-402. Museo Naval, Ms. 951. Biblioteca de Palacio, Ms. 1.686.

2) Relación de Gaspar González de Leza. Zaragoza. II, 77-186. Bibl. Nacional, Ms. 3.212. R. Museo Naval, Ms. 196. Publicada en «Australia Franciscana». Vid.

3) Relación de Diego Prado, Stevens: New Ligh..., 86-204. La copia halógrafa existe en la Mitchell Library de Sydney (Australia).

4) Memoriales de Fernández Quirós, aunque en ninguno de los conocidos hace relación pormenorizada del viaje, sino que expone sus planes futuros y canta las excelencias de las islas halladas. Vid. «Calendar...», págs. 47-50, donde se da detallada relación de ellos.

5) Carta de Luis Váez de Torres, A. G. de Simancas, Estado, 209. Stevens: «New Light...», págs. 214-237. Bibl. Nacional (Madrid), Ms. 3099. Major, R. Henry: «Earley voyages...», págs. 31-43.

6) Relación franciscana de fray Martín de Munilla y fray Mateo de Vascones, Apud. C. Kelly: «Australia Franciscana». Archivo General de la Orden Franciscana (Roma). Ms. XI-33. México. Relationes et descriptiones.

7) Memorial de Juan Luis Arias. Apud. «Early Voyages to terra Australis now Australia...» Edited by R. H. Major, págs. 1-30.

8) Relación de la Biblioteca Nacional de Madrid. Sin autor. Ms. 3099. fols. 109-128 v.

9) Breve relato de Juan de Iturbe. A. G. de Simancas, Estado, 209.

10) Relación de fray Juan de Torquemada: Apud. «Monarquía Indiana». Madrid, 1723. Pub. por Kelly: «Australia Franciscana». I. págs. 107-146.

11) Relación de Fray Diego de Córdoba y Salinas, O. F. M. Apud. «Australia Franciscana», págs. 148-166.

F) Fernández de Quirós. Memoriales

Pedro Fernández Quirós escribió unos cincuenta memoriales durante más de quince años, exponiendo sus andanzas descubridoras, haciendo ver la importancia de lo que proponía descubrir y pidiendo religiosos, pertrechos, órdenes y dineros, sin lograr más que buenas promesas y ocasionar alguna que otra vez el recelo del Consejo, molesto porque difundiera entre extranjeros sus Memoriales, o su desconfianza por temer que ofreciera sus servicios a otro monarca. El Primer Memorial presentado al Rey parece ser el que se encuentra en la Deuxieme Parte de Asia de «Petits Voyages» de Théodoro de Bry. De los demás, Justo Zaragoza ha publicado un buen número (halló siete manuscritos y uno impreso), y otros se encuentran en diversas partes. Frente a lo que dice en estos Memoriales está el testimonio de Diego de Prado Váez de Torres, Juan de Merlo, etc.

Relación particular de la Jornada que hizo el capitán Pedro Fernández de Quirós en las Indias y de las cosas sucedidas en ella. Publ. J. Zaragoza, II. 191-212. Adición I, Indica se encuentra en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.

2. Misioneros, soldados y marineros en California

BAYLE, Constantino, S. J.: *Historia de los descubrimientos y colonización de los Padres de la Compañía de Jesús en la Baja California.*–Madrid, 1933.

BURRUS, Ernest J.: *Kino and the Cartography of Northwesrn New Spain.*–Arizona Pioneers Historical Society, 1965.

– *Kino and Monje explorers of Sonora and Arizona.* Roma, 1971.

CUTTER, Donald C.: *Malaspina in California.*–San Francisco, 1960.

CHAPMAN, Charles Edward: *History of California; the Spanish period.*–New York, 1928.

– *The founding of Spanish California, the northwestward expansion of New Spain (1687-1873).*–New York, 1916.

Catalogue of materials in the Archivo General de Indias for the history of the Pacific Coast and the American Souzhwest.–Berkeley, 1919.

DUNNE, Peter Masten, S. J.: *Black robers in lower California.*–Los Angeles, Berkeley, 1952.

ENGLEBERT, Omer: *El último de los conquistadores: Junipero Serra* (1713-1784).–México, 1957.

GEIGER, Maynard J. (O. F. M.): *Palou's life of Fray Junipero Serra; translated and annotated by* .....–Washington, 1955.

GOLDER, Alfred: *Russian expansion on the Pacific* (1641-1850).–Cleveland, 1914.

GUILLÉN TATO, J. F.: *Repertorio de los manuscritos S. S., cartas, planos y dibujos relativos a las Californias en este Museo.*–Madrid, 1932. Tomo I.

GUTIÉRREZ CAMARENA, Marcial: *San Blas y las Californias.*–México, 1956.

HERNÁNDEZ SÁNCHEZ BARBA, Mario: *La última expansión española en América.*–Madrid, 1957.

KEYS, James M.: *Las misiones españolas en California.* Madrid, 1950.

LAGOA, Visconde de: *Joao Rodriguez Cabrilho. Achegas para su biografía.*–Lisboa, 1958.

LANDIN CARRASCO, Amancio: *Mourelle de la Rúa, Explorador del Pacífico.* Madrid, 1978.

LEPOTIER: *Les ruses en Amerique.*–Paris, 1958.
MAJÓ FRAMIS: *Vida y hechos de Fray Junípero Serra, fundador de Nueva California.* Madrid, 1956.
MAYNARD, Theodore: *The long Road of father Serra.*–New York, 1954.
MELÓN Y RUIZ DE GORDEJUELA: *Las exploraciones españolas en América del Norte alentadas por la obra misional de fray Junípero Serra.*–«Estudios Geográficos», VII, núm. 22. Madrid, 1946.
PONIATOWSKI, Michel: *Histoire de la Russie, d'Amerique et de l'Alaska.*–Paris, 1958.
RAMOS CATALINA, M.ª Luisa: *Expediciones científicas a California en el siglo XVIII.*– «Anuario de Estudios Americanos», vol XIII, 1956. (Se reseñan varias relaciones y diarios de viajes.)
Relación del viaje hecho por las goletas «Sutil» y «Mexicana» en el año 1792 para reconocer el estrecho de Fuca, con una introduccion (por Martin Fernández de Navarrete) en que se da noticia de las expediciones executadas anteriormente por los españoles en busca del paso del Noroeste de la América.–Madrid, 1958.
RICHMAN, Irving Berdine: *California under Spain and Mexico, 1535-1847; a contribution towards the history of the Pacific coast of the United States*.....–Boston, 1911.
SALES, Fray Luis: *Noticias de Californias, 1794.*– José Porrúa Turanzas, Editor (Col. Chimalistac de libros y documentos acerca de la Nueva España, 6). Madrid, 1960.
VELA, V. V.: *Expedición de Malaspina. Epistolario referente a su organización.*– «Revista de Indias». Madrid, 1951, XI, 43-44, 193-218.
VILA, Enriqueta: *Los rusos en América.*–Sevilla, 1966.
WAGNER, Henry R.: *The Cartography of the Northwest coast of America to the year 1800.*– Berkeley, 1937. 2 vols.
– *California voyages, 1539-1541.*–San Francisco, 1925.
– *Spanish voyages to the Northwest coast of America in the sixteenth century.*– San Francisco, 1929 (reimpresión facsimilar Amsterdam, 1966).
– *Juan Rodriguez Cabrillo, discoverer of the coast of California.*–Californical Society Spec. Pub núm. 17. San Francisco, 1941.
WAXELL, Sven: *The Russian Expedition to America.*–Nueva York, 1962.

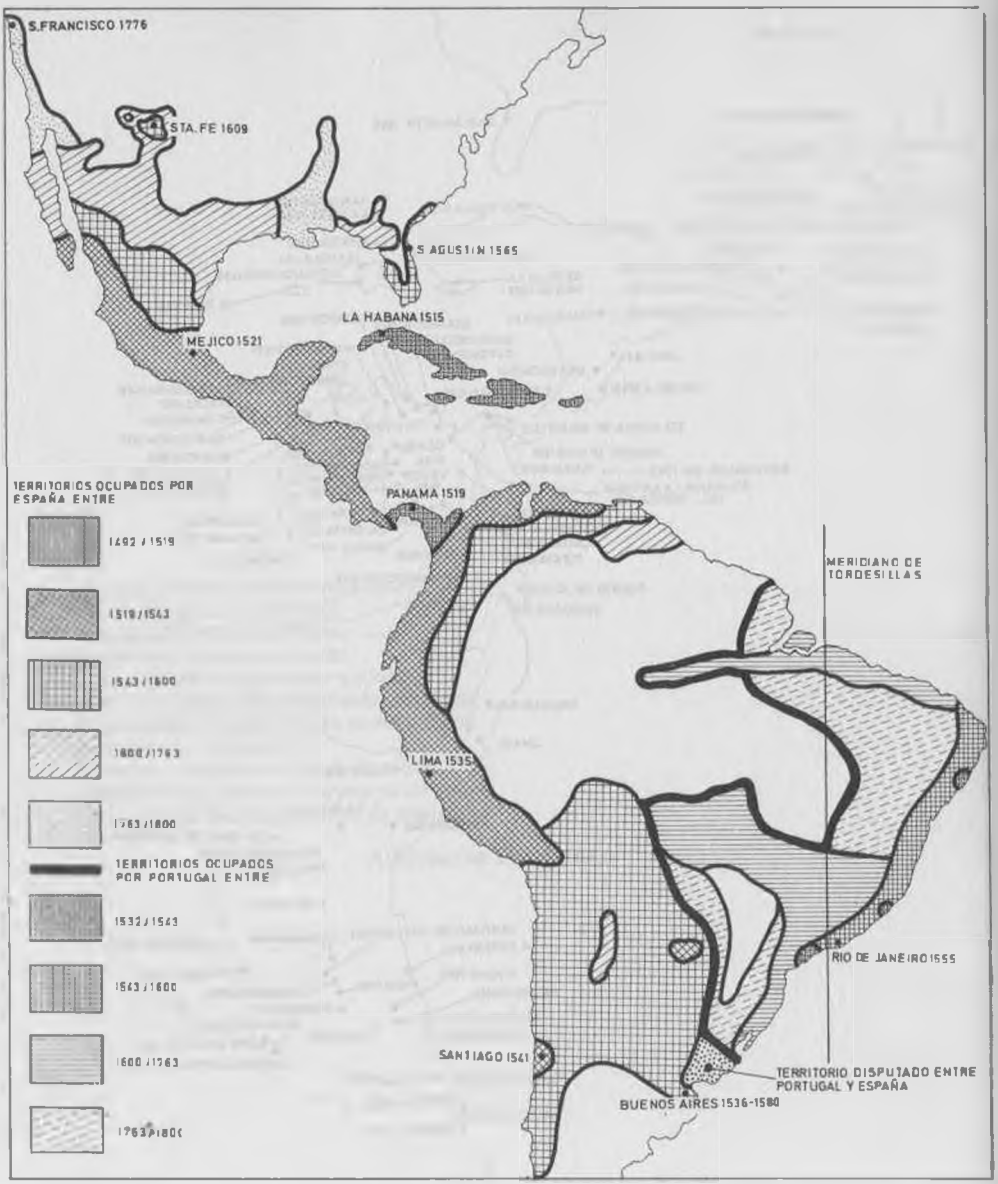
XXI

LA CONQUISTA DESDE EL CONQUISTADO

«En los caminos yacen dardos rotos,
los cabellos están esparcidos.
Destechadas están las casas,
enrojecidos tienen sus muros.
Gusanos pululan por calles y plazas,
y en las paredes están salpicados los sesos.
Rojas están las aguas, están como teñidas,
y cuando las bebimos
es como si bebiéramos agua de salitre.
Golpeábamos, en tanto, los muros de adobe
y era nuestra herencia una red de agujeros.»

ANÓNIMO DE TLATELOLCO.

Principales núcleos urbanos fundados en el siglo XVI.



El arranque de la colonización.

Muertos los dioses, destrozados sus ejércitos, abatida su resistencia, perdido su gobierno, la conquista fue algo más que una tragedia. Fue un trauma para el pueblo indígena. Nuestra visión de ella es la del vencedor, como lo son casi todas las hitorias de guerras. La historiografía que solemos manejar es la del europeo descubridor conquistador, donde consta su curiosidad, su admiración, su estupor y su victoria sobre un mundo nuevo.

Pero, frente a este innegable estupor o interés de los europeos, rara vez se piensa en la admiración y estupor recíprocos que debió despertar en los indios la llegada de quienes venían de un mundo igualmente desconocido. Porque si atractivo es estudiar las diversas formas como concibieron los europeos a los indios, el problema inverso que lleva a ahondar en el pensamiento indígena –tan lejano y tan cercano a nosotros– encierra igual si no es mayor interés. ¿Qué pensaron los indios al ver llegar a sus costas a los descubridores y conquistadores? ¿Cuáles fueron sus primeras actitudes? ¿Qué sentido dieron a su lucha? ¿Cómo concibieron su propia derrota?

Difícil dar respuesta a todas estas preguntas; pero, por lo menos habrá algunas respuestas examinando las culturas que alcanzaron mayor desarrollo y manejando algunas fuentes tal como lo ha hecho magistralmente Miguel León-Portilla, que certeramente ha llamado a su estudio fundamental para el tema "La visión de los vencidos".

1. Las fuentes

Para el conocimiento de los hechos de la conquista, por lo general echamos mano de los textos dejados por el vencedor. Sus viejas crónicas, si son sobre todo obras de autores o testigos presenciales, tienen la fuerza y el valor de la cosa vivida. Aunque estén afeitadas de esteticismos o adornos literarios, por ellas corre una energía, una sobriedad, una pasión y exaltación que a veces se transmite al lector que puede llegar a sentir el ruido de las batallas; los sonidos de los cascabeles; la algarabía de la guazavara; la hostilidad de la floresta; el misterio de los ríos despiertos con dormidos cocodrilos; el asombro ante el nuevo paisaje; la crueldad del frío, del sol o del indio; la zozobra de las noches de guardia o de la entrada equívoca; la codicia ante el oro o las mujeres; el olor a pólvora o a las frutas tropicales, etc.

Pero ahora no vamos a releer estas crónicas, sino los relatos indígenas –el relato del vencido– donde quedó patentizado la emoción e interrogante ante el europeo –*teul o viracocha*–, la sorpresa ante el caballo, el perro, el falconete, el arcabuz o la escritura; el terror ante lo desconocido; su impotencia ante el llegado; su despliegue mágico para contener su avance, y su rabioso resistir final en muchas ocasiones.

Estas fuentes (relatos, pinturas, informaciones, cantares) hacen referencia al pueblo azteca, al maya y al quechua. Todas fueron redactadas o pintadas después de la conquista, a veces cuando aún no se había disipado el humo de la pólvora, se habían aquietado los caballos, dormido los perros o se había silenciado el llanto de las mujeres. Los aztecas, empeñados como los mayas en "conservar la memoria de sus antiguallas", han dejado, nos han dejado, algunos cantares compuestos por los *Cuicapicque* o poetas sobrevivientes, diversas pinturas *(Lienzo de Tlaxcala*, las pinturas correspondientes al texto nahuatl de los informantes de Sahagún, que hoy forman parte del *Códice Florentino*, y las pinturas de los *Códices Azcatitlán, Mexicanus, Aubin* y *Ramírez*, obras de artistas del XVI). Aparte, tenemos varias relaciones escritas, como los *Anales Históricos de la Nación Mexicana* (Biblioteca Nacional de París), el texto del *Códice Aubin*, la *Séptima Relación* de Domingo Francisco de San Antón Muñoz Chimalpain Cuautlehuanitzin; los *Anales de Azcapotzalco*, la *Crónica Mexicana de Tezozómoc* y las obras de Fernando de Alva Ixtlílxochitl *(Historia Chichimeca)* y la de Diego Muñoz Camargo *(Historia de Tlaxcala)*. Sin autor, pero más importante, contamos con el *Libro de los Coloquios*, donde en nahuatl se presenta la actuación postrera de algunos sabios y sacerdotes que

defendieron su religión y formas de vida ante los franciscanos llegados en 1524. La relación de la conquista dejada por los informantes de Sahagún constituye el más completo testimonio de todos los citados.

En relación a los mayas hemos de tener en cuenta también el *Lienzo de Tlaxcala*, con sus 80 figuras, y, sobre todo:

1) Los títulos de la Casa Ixquin-Nehaib, redactada originalmente en quiché en la primera parte del siglo XVI.
2) El *Popol Vuh*.
3) El *Baile de la Conquista*, especie de representación teatral.
4) Los *Anales de los Cakchiqueles* o *Memorial de Sololá* testimonio de los sabios e historiadores, obra de varios testigos presenciales.
5) El *Chilam Balam de Chumayel*, escrito del XVI, con dos capítulos muy interesantes: el *Kahalay de los dzules*, o sea, *Memoria acerca de los extranjeros*, y el *Kahalay o memoria de la conquista*. Y finalmente,
6) La *Crónica de Chac Xulub Chem*, debida a Ah Nakuk Pech, testigo de la conquista y hombre muy informado.

Pasando a Suramérica, el mundo andino, éste se muestra más parco o pobre en fuentes. Cuatro autores principales escribieron, en la segunda mitad del XVI, y principios del XVII:

1) Felipe Guamán Poma de Ayala: *El primer Nueva Crónica y Buen Gobierno*, con cerca de trescientos dibujos.
2) La *Instrucción del Inca don Diego de Castro, Titu Cusi Yupanqui, para el muy ilustre señor el Lic. Lope García de Castro* (Biblioteca de El Escorial).
3) La *Relación de Antigüedades deste Reyno del Pirú*, obra de Juan de Santa Cruz Pachacuti (Biblioteca Nacional), y
4) *Los Comentarios Reales*, de Garcilaso Inca.

A los trabajos de los tres autores quechuas y el mestizo, se agrega:

5) *Tragedia del señor de Atahualpa*, vieja pieza de teatro, y, finalmente, los poemas:
6) *Apu Inca Atahualpaman*.
7) *Runapag Llaqui*.

Con este material podemos obtener una visión, un tanto mágica, de la conquista desde el punto de vista del vencido. Es decir, de la derrota, que como inevitable tragedia, derribó los dioses indígenas y trastor-

nó todas sus formas de vida por obra de hombres extraños presagiados y tenidos por dioses al principio.

La primera área tocada fue la antillana, luego, la mexicana, cuyo explendor –Teotihuacán– ha coincidido con la ruina del imperio romano. Hacia los siglos VIII y IX, cuando en Europa se consolida el feudalismo y nacen nuevos estados, los grandes centros rituales mesoamericanos comienzan a decaer, pero en la región central de México brota también el nuevo estado o imperio tolteca, influido por la civilización teotihuacana. Su héroe cultural es *Quetzalcoatl*, el dios del aire y de los vientos, el que dio la vida a los hombres y les enseñó a entretejer las plumas y los hilos de colores, a componer los mosaicos de turquesa y labrar el jade. Reinaba por su fuerza y sabiduría, pero nigromantes y dioses enemigos le obligaron a huir más allá del mar hacia un país llamado Tlallapán. Navegó en una balsa de culebras, dejando en las rocas las huellas de sus manos y sus pies y en el aire la promesa de volver un día a reinar.

Tolteca y artista significa lo mismo. Su expansión cultural, amplia, tocó hasta Yucatán y Centroamerica, irradiando de Tula. Pero, nuevos grupos venidos del norte, empujaron a los de Tula, que fue abandonada y Quetzalcoatl marchó hacia Oriente con la promesa de que algún día habría de retornar desde más allá de las aguas inmensas. Los nuevos grupos influidos por el legado cultural teotihuacano y tolteca dieron vida a numerosas ciudades-estados en torno al valle de México, testigos de un renacimiento cultural casi contemporáneo del primer renacimiento italiano.

A mediados del XIII penetró en el Valle de México el último de los varios pueblos nómadas venidos del Norte, del cual "nadie conocía su rostro", según el antiguo texto indígena y al que se le rechaza y veja. Son los aztecas, que hablan la misma lengua que los antiguos toltecas, pero no tienen su cultura. Situados en un islote del lago hacia 1320, logran establecer un imperio en algo más de cien años. Su centro político, de donde irradia su dominio y cultura, es México-Tenochtitlán, cuyos jardines y palacios admirarían los españoles, que, con portugueses, vienen desde principios del XV expandiéndose por el Atlántico de manera isócrona. De este modo a principio del XVI estos dos movimientos expansionistas iban a quedar frente a frente, creyendo los aztecas que los forasteros eran Quetzalcoatl y los dioses que por fin regresaban.

En el área maya, escenario de florecientes metrópolis, sólo existían al tiempo de la conquista pequeños estados divididos y decadentes. En

tanto que en la zona andina, los incas vivían, paralelamente a los aztecas, su postrer desarrollo político y económico. Poco antes de la muerte del Inca Huayna Capac (1525) el imperio se extendía por cerca de un millón de kilómetros cuadrados desde Pastos hasta el Maule. Pero la muerte de Huayna Capac, la división del estado incaico entre Huascar y Atahualpa, y la guerra a muerte entre los dos hermanos iba a facilitar la penetración hispana y la caída del imperio. Cuando en mayo de 1532 Pizarro desembarcó en Túmbez, Huascar era ya prisionero de Atahualpa, y éste, como Moctezuma, en un principio creyó que los hispanos eran los viracochas esperados, por lo que pospuso su viaje de Cajamarca al Cuzco. Fatal espera.

2. Vaticinios y presagios

No habían faltado los vaticinios anunciando estos retornos. Portentos y presagios lo habían dicho. Muchos autores han catalogado los vaticinios que entristecieron a Moctezuma (*Historia* de Alvarado Tezozómoc, Sahagún, Diego Durán, José de Acosta, *Códice Ramírez*).

Los informantes de Sahagún citan que diez años antes de llegar los hombres de Castilla se mostró en el cielo "una como espiga de fuego, una como llama de fuego, una como aurora (que) se mostraba como si estuviese goteando, como si estuviese punzando en el cielo". Siete presagios más se unieron a este inicial: el templo que ardió por sí mismo, el agua que hirvió en medio del lago, las voces de una mujer que gritaba por la noche, las visiones de hombres que venían atropellándose montados en una especie de venados, etc. Consumada la derrota, frente a frente ya Cortés y Cuauhtémoc, sucesor de Moctezuma, no faltó tampoco el último presagio de ella en forma de "una cosa como grande llama" procedente del cielo que andaba girando locamente.

El texto del *Chilam Balam* inserta una serie de profecías de los antiguos sacerdotes, donde se predice con terror el arribo de los "dzules" o extranjeros en América Central. En el texto del *Chilam Balam de Maní*, la profecía parece creíble y discutible en cuanto al tiempo de su enunciado (antes o después de la conquista), pues se habla o anuncia la llegada del trozo de madera que colocado en lo alto habría de dar nuevo sentido a la vida de los mayas (la cruz).

Paralizado en su espíritu de lucha, el pueblo indígena sintió el fatalismo de la derrota y destrucción. Sintió miedo y creyó que el rey-sacerdote Quetzacoatl volvía por el este "porque –como dijo Moctezu-

ma a los hispanos según la relación de Andrés de Tapia– habéis de saber que de tiempo inmemorial a esta parte tienen mis antecesores por cierto, e así se platicaba e se platica entre ellos de los que hoy vivimos, que cierta generación de donde nosotros descendimos vino a esta tierra muy lejos de aquí, e vinieron en navíos, e estos se fueron desde ha cierto tiempo, e los dejaron poblados, e dijeron que volverían, e siempre hemos creído que en algún tiempo habían de venir e nos mandar e señorear; a esto han siempre afirmado nuestros dioses e nuestros adivinos, e yo creo que agora se cumple...".

El ambiente de México-Tenochtitlán estaba cuajado de vaticinios. Moctezuma vive asustado, acostándose y levantándose con el miedo, como veremos. Ni los bufones, ni los enanos, ni los corcovados, ni las aves, ni su zoológico fastuoso, ni los volteadores de palo, le distraían. Hay quien atrapa un ave con un espejo en la cabeza, en el cual (como en una televisión de antaño) se puede ver avanzar a los conquistadores. El temor de Moctezuma salió de palacio, corrió por callejas, calles y canales, entrando en casas y teocallis donde se prodigan los sacrificios y ofrendas del oloroso copal.

Porque allí estaban, pues, los hombres-dioses, los vaticinados. La confesión de Moctezuma, recogida por Tapia, queda confirmada por el relato indígena que manifiesta como Moctezuma: "Tenía la creencia de que ellos eran dioses, por dioses los tenían y como a dioses los adoraba. Por esto fueron llamados, fueron designados, como *Dioses venidos del cielo.* Y en cuanto a los negros, fueron dichos: *Divinos sucios.*"

Esta definición del descubridor-conquistador (dominador del caballo, la pólvora, la escritura y el acero) arribado en casas flotantes, se realizó inicialmente en Antillas. Los indígenas preguntaban a los descubridores si venían del cielo, y les olían las ropas por si acaso les engañaba el tacto y la vista. Según Anglería, los indios de la Española tenían noticias, muy antiguas, dejadas por sus antepasados, sobre la llegada de estos dioses. Pero pronto los indios antillanos, al conocer el gusto que tenían por sus mujeres los dioses blancos y su capacidad para morir, dejaron de divinizarles, al igual que los aztecas que de "teules" o dioses pasaron a llamarle "popolocas" o bárbaros, cuando vieron su furia y codicia.

En el caso peruano, y según indicamos, Atahualpa creyó en un principio que se trataba del regreso de Viracocha, dios similar a Quetzalcoatl. Pero como en las anteriores situaciones, y aunque durante años se les llamó viracochas, pronto se descubrió la realidad. En el

texto de Juan de Santa Cruz Pachacuti leemos: "Al fin (a), Atahualpa está preso en la cárcel. Y allí canta el gallo, y Atahualpa Inca dice: 'Hasta las aves saben mi nombre de Atahualpa.' Y así, desde entonces, a los españoles les llamaron Huiracochas. Y esto le llamó, porque los españoles desde Cajamarca los avisó a Atahualpa Inca, diciendo que traían la ley de dios, hacedor del cielo, y así los llamó a los españoles Huiracochas y al gallo Atahualpa." Más tarde, el Inca Garcilaso, al hablarnos del Manco II y su solicitud para que se le restituya el poder, pone en boca de éste las siguientes y expresivas palabras: "¡Hijos y hermanos míos! Nosotros vamos a pedir justicia a los que tenemos por hijos de nuestro Dios Viracocha, los cuales entraron en nuestra tierra publicando que el oficio principal dellos era administrarla a todo el mundo..." Y sigue: "Poco importará que los tengamos por divinos si ellos lo contradicen con tiranía y con maldad... esperemos más en la rectitud de los que tenemos por dioses, que no en nuestras diligencias, que si son verdaderos hijos del sol, como lo creemos, harán como Incas, que nuestros padres, los reyes pasados, nunca quitaron los señoríos que conquistaron, por más rebeldes que hubiesen sido sus curacas." El razonamiento capcioso de Manco II no carece de valor, aunque lo tomemos de un autor que con dificultad podamos considerar como visión quechua de la conquista. Autor que se empeña en demostrar que los españoles fueron considerados como hijos de Viracocha enviados para castigar los desafueros humanos.

Por otro lado, el mito de Viracocha en el Perú no ayudó a los españoles tanto como el de Quetzalcoatl. Los cronistas españoles iniciales –Jerez, Estete, Pedro Pizarro– no nos hablan de tal divinización. Cieza, poco partidario a reconocer divinizaciones a los españoles, inserta una interesante explicación sobre la etimología de la palabra *Viracocha*. Al igual que Betanzos, niega que esta palabra (descompuesta en *vira* y *cocha*, signifique "espuma de mar") fuera puesta a los conquistadores porque llegaron por el mar, sino porque en ciertas ocasiones fueron estimados como Dioses. Más adelante veremos la versión de Titu Cusi sobre la palabra. También Cieza recoge el desengaño, la desdeificación de los hispanos, cuando en pago al hospedaje y amor con que les atendían en cierta ocasión "corrompieron algunas vírgenes y a ellos (por eso) tuviéronlos en poco; que fue causa que los indios" terminaran diciendo que eran peores que *supais* o diablos.

Quetzalcoatl, teules o popolocas, viracochas o supais, lo cierto es que allí en las orillas del mar, a bordo de extraños barcos, estaban unos raros seres. El retorno de los dioses (no de los brujos) era una

realidad. ¿Y cómo eran aquellos seres para la retina indígena y para el espía o emisario-embajador que los observaba, pintaba en lienzos y describía luego?

3. La imagen de los conquistadores

El testimonio de Tezozómoc (*Crónica mexicana*) relata que cuando unos espías en la orilla del golfo habían observado desde unos árboles escondidos a los españoles, trotaron a contarle a Moctezuma cómo habían visto a los forasteros, que pescaban, nos dicen "con unos como sacos colorados, otros de azul, otros de pardo y de verde, y una color mugrienta como nuestra tilma (capa), tan feo, otros encarnados, y en la cabeza traían puestos unos paños colorados, y eran bonetes de grana, otros más grandes y redondos a manera de comales pequeños, que deben de ser guardasol (que son sombreros) y las carnes de ellos muy blancas, más que nuestras carnes, excepto que todos los más tienen barbas largas y el cabello hasta las orejas les da. Moctezuma estaba cabizbajo, que no habló cosa alguna", termina el relato. Y no era para menos. Porque en el texto del *Códice Florentino* leemos "sus aderezos de guerras son todos de hierro: hierro se visten, hierro ponen como capacete a sus cabezas, hierro son sus espadas, hierro sus arcos, hierro sus escudos, hierro sus lanzas.

Lo soportan en sus lomos como *venados*. Tan altos están como los techos.

Por todas partes vienen envueltos sus cuerpos, solamente aparecen sus caras. Son blancas, son como si fueran de cal. Tienen el cabello amarillo, aunque alguno lo tiene negro, larga su barba, es, también, amarilla; el bigote también lo tienen amarillo. Son de pelo crespo y fino, un poco encarrujado".

La estampa medieval de la hueste hispana –el hombre de ella– se ve así desde la retina indígena, cuyo ánimo se achata al verlos avanzar, galopar, como en el poema del Cid. Según los informantes de Sahagún, que al describir la marcha de la hueste nos dicen:

"Van en círculo, van en son de conquista. Van alzando en torbellino el polvo de los caminos. Sus lanzas, sus astiles, que murciélagos semejan, van como resplandeciendo. Así hacen también estruendo. Sus cotas de malla, sus cascos de hierro, haciendo van estruendo.

Algunos van llevando puesto hierro, van ataviados de hierro, van

relumbrando. Por eso se les vio con gran temor, van infundiendo espanto en todos, son muy espantosos, son horrendos."

Los mismos informantes, cuyo temblor ante el guerrero castellano aún se percibe en estas páginas escritas tras la conquista, recuerdan que los castellanos se camuflaban, como los mismos indígenas. Se disfrazaban "... no se mostraban lo que eran. Como se aderezan los de acá, así se aderezaban ellos, se ponían insignias de guerra, se cubrían arriba con una tilma para engañar a la gente, iban de todo encubiertos, de este modo hacían caer en error". Error fatal.

Para los mayas –en el recuerdo de los *Anales de los Cakchiqueles:*

"Sus caras eran extrañas,
los señores los tomaron por dioses,
nosotros mismos, vuestros padres,
fuimos a verlos,
cuando entraron a Iximchée."

Y con el mismo estupor y nostalgia, los sacerdotes profetas que hablan en el *Chilam Balam de Chumayel*, cantaron:

"Del Oriente vinieron
cuando llegaron a esta tierra los barbudos,
los mensajeros de la señal de la divinidad,
los hombres rubicundos..."
.....
.....
¡Ay!, entristezcámonos porque vinieron,
porque llegaron los grandes amontonadores de piedras,
los grandes amontonadores de vigas para construir,
los falsos ibteeles, "raíces de la tierra."
.....
.....

Y en el *Chilam Balam de Maní* se repite la cantilena jeremíaca, con sabor bíblico:

"Por el Norte, por el Oriente llegará el amo.
¡Oh poderoso Itzamná!
¡Ya viene a tu pueblo tu amo! ¡Oh Itzá!
Ya viene a iluminarte tu pueblo

recibe a tus huéspedes los bárbaros,
los portadores de la señal de Dios"

La versión del grupo Cakchiquel, que al principio recibió en son de paz a los conquistadores, insiste en la misma imagen y creencia, aunque rezuma el terror que debió causar Pedro de Alvarado, el rubio, el sol, el tonatiuh, que como un dios antiguo abatió su furia sobre América Central, cuyo cuerpo tembloroso por los volcanes tembló espiritualmente cuando este otro volcán de furia a caballo llegó a ella desde el norte pacífico primero, enfadado luego, cuando el grupo Cakchiquel se le rebeló:

"El corazón Tunatiuh estaba bien dispuesto para los reyes cuando llegó a la ciudad. No había habido lucha –reza el *Memorial de Sololá* o *Anales de los Cakchiqueles*– y Tunatiuh estaba contento cuando llegó a Iximchée. De esta manera llegaron antaño los castellanos. ¡Oh, hijos míos! En verdad infundían miedo cuando llegaron."

Similar fue la visión que tuvieron los incas. Guaman Poma de Ayala recuerda que cuando los castellanos entraron en Cajamarca –escenario de la caída del imperio– "no traían cabellos. Sólo traían el cuello como todos, traían bonetes colorados y calzones chupados, jubón estofado y manga larga y un capotillo con su manga larga como casi a la viscainada".

Claro que ésta es una descripción hecha por un hombre hispanizado que conoce vocablos españoles, que sabe lo que es un bonete, un jubón, un capotillo, etc.

Menos sofisticada, más cerca del alma indígena, es la estampa de Titu Cusi Yupanqui:

"Decían que habían visto llegar a su tierra ciertas personas muy diferentes de nuestro hábito y traje, que parecían viracochas, que es el nombre con el cual nosotros nombramos antiguamente al Creador de todas las cosas, diciendo Tecsi Huiracochan, que quiere decir principio y hacedor de todos, y nombraron de esta manera a aquellas personas que habían visto, lo uno porque diferenciaban mucho nuestro traje y semblante, y lo otro porque veían que andaban con unas animalías muy grandes, los cuales tenían los pies de plata, y esto decían por el relumbrar de las herraduras.

Y también los llamaban así, porque los habían visto hablar a solas con unos paños blancos como una persona hablaba con otra, y esto por el leer en libros y cartas; y aún le llamaban Huiracochas por la excelencia y parecer de sus personas y muchas diferencias entre unos y

Arribo de una nave española a las costas americanas, desde donde un espía, apostado en un árbol, la avista. (Ilustración de la Historia *del P. Durán.)*

Presagios y símbolos de la mala suerte que hicieron su aparición antes de la llegada de los españoles. Arriba: Moctezuma consultó los augurios contemplando el ave mágica, cuya cabeza era un espejo... y le reveló que se acercaban hordas de extraños hombres armados. Abajo, otro mal augurio: un hombre con dos cabezas. Códice Medoza.

otros, porque unos eran de barbas negras y otros bermejas, y porque los veían comer en plata; y también porque tenían *yllapas*, nombre que nosotros tenemos para los truenos, y esto decían por los arcabuces, porque pensaban que eran truenos del cielo."

Distintos trajes, distinto semblante, caballos, herradura, escritura (cartas y libros), barba negra o bermeja, utensilios de comida y arcabuces...

He aquí los elementos tipificadores, diferenciadores en el retrato que hace Titu Cusi del español. En la tragedia sobre el fin de Atahualpa se repite lo de la barba, de aquellos desarrapados audaces. Porque no hemos de imaginar a la mesnada como en un primitivo cuadro flamenco. La hueste en el trópico o puna, después de meses de vagabundeo y exploración, era un conjunto heterogéneo de hombres barbudos, con atuendo variado, de acuerdo con sus posibilidades y adaptados al clima. En la citada tragedia Sairi Tupac dice a Pizarro:

"Barbudo, adversario, hombre rojo,
¿Por qué tan sólo a mi señor
a mi Inca le andas buscando?
.....
.....
Hombre rojo que ardes como el fuego
y en la quijada llevas densa lana,
me resulta imposible
comprender tu extraño lenguaje."

Aparte del tipo físico (blanco, rubio, moreno, barbudo, etc.), hemos visto que al indio cetrino, imberbe, de pelo lacio, sin hierro, etc., le llamó la atención los barcos, caballos, perros y armas de fuego. Fueron los elementos técnicos juntos con la audacia, la codicia y el amparo de Dios, la Virgen o Santiago los que facilitaron el dominio de un continente en menos de cincuenta años.

4. Barcos, caballos y perros

Casas flotantes fueron los barcos. Uno de los primeros espías que comunicó la noticia a Moctezuma le dijo que por la costa "andaban como dos torres o cerros pequeños por encima del mar" (A. Tezozómoc *Crónica Mexicana*). Inmediatamente Moctezuma dio orden de

que hubiera "vigilancia por todas partes en la orilla del agua" (*Códice Florentino*) para vigilar a los *acal* o navíos. La palabra *acal*, ya en su etimología, es muy expresiva de la idea que el indio tuvo de los navíos, ya que está compuesta de *atl* (agua) y *calli* (casa); es decir, "la casa que camina por el agua". Aquellas casas fueron pintadas en lienzos y llevados ante los ojos de Moctezuma, que más tarde se los mostró a Cortés, según Andrés de Tapia.

Si el trazo pictórico con que se materializó la visión de los barcos sobre los lienzos recuerda un pincel infantil, autor de barquito más para soñar a irse en él que de barco agresivo guardador de sorpresas, no sucede lo mismo con la prosa –que no con el dibujo– con que se describió el caballo por parte del indio. Los informantes de Sahagún evocaron con tremenda fuerza la estampa del caballo y el caballero. "Vienen los *ciervos* que traen en sus lomos a los hombres, con sus cotas de algodón, con sus escudos de cuero, con sus lanzas de hierro. Sus espadas, penden del cuello de sus *ciervos*.

Estos tienen cascabeles, están encascabelados, vienen trayendo cascabeles. Hacen estrépito los cascabeles, repercuten los cascabeles. (Parece que quieren hacernos oír, con su reiteración la perturbación que les causaban los cascabeles.)

Esos 'caballos', esos 'ciervos', bufan, braman. Sudan a mares: como agua de ellos destila el sudor. Y la espuma de sus hocicos cae al suelo goteando: es como agua enjabonada con *amde:* gotas gordas se derraman.

Cuando corren hacen estruendo; hacen estrépito, se siente el ruido, como si en el suelo cayeran piedras. Luego la tierra se agujerea, luego la tierra se llena de hoyos en donde ellos pusieron sus patas. Por sí sola se desgarra donde pusieron mano o pata..."

No hace falta mucha imaginación para ver al indio en cuclillas o encorvado, mirando con ojos de asombro la huella del caballo en el barro. Una huella pronto llena de agua tropical que, cual espejo, lanzaba también al ojo del indio su cara asombrada.

En la guerra todo, o casi todo, está permitido. Si el indio colgaba a sus flechas cáscaras de nueces con agujeros para que produjeran un terrorífico sonido al zanjar al aire, los españoles ponían cascabeles a sus equinos porque el ruido de ellos –alegres en la feria de un pueblo– eran aqui enloquecedores y terribles para la mente indígena. La *Crónica* de Guaman Poma recuerda (al igual que los cronistas soldados testigos del hecho) que cuando Hernando de Soto y Hernando Pizarro fueron a visitar al Inca en los baños térmicos sulfurosos donde estaba

en Cajamarca, lo hicieron "encima de dos caballos muy furiosos enjaezados y armados, y llevaban mucho cascabel y penacho y los dichos caballeros armados a punta en blanco comenzaron a apretar las piernas, corrieron muy furiosamente que fue deshaciéndose y llevaba mucho ruido de cascabel. Dicen que aquello le espantó al Inca y a los indios que estaban en los dichos baños de Cajamarca y como vido nunca vista, con el espanto cayó en tierra el dicho Atahualpa Inca de encima de las andas. Como corrió para ellos y todas sus gentes quedaron espantados, asombrados, cada uno se echaron a huir porque tan gran animal corría y encima unos hombres nunca vistos de aquella manera, andaban turbados..."

En la pupila Inca sólo se había aposentado hasta entonces la femenina, cadenciosa, coqueta, lenta, llama. De pronto, la pupila se rompía en mil pedazos al entrar en ella unos caballeros –unos de los setenta y siete con que llegaron los ciento sesenta harapientos hispanos a Cajamarca– trotando como mitológicos centauros y salpicando la espuma de su boca sobre los asustados indígenas y el impasible Cácpac Inca. Porque eso podemos decir, contra la afirmación de Guaman Poma: el Inca no se movió y los acompañantes suyos que se inclinaron –retrocedieron– como un bosque de cañas ante el viento de los caballos, pagaron con la vida tamaña cobardía. Nos consta por las fuentes hispanas.

Es muy difícil para nosotros ahora captar la admiración y el miedo que el indio experimentó ante el caballo, al oír sus relinchos (Cortés y Federman utilizaron éstos –los relinchos– tan astutamente como Colón los eclipses de luna), al ver a los hombres sobre ellos creyendo eran un solo animal que luego se descomponía en dos, corriendo por playas y punas, o haciendo complicados alardes. Sin saber nada de mitología helénica los indios recrearon los centauros, creyendo que jinete y caballo formaban un solo monstruo, cuya estampa no era la de la baraja española, sino más bien la torpe y desagradable –al menos para nosotros– de un picador de toros actual. "Puesto un hombre –escribe Aguado– encima de un caballo, y armado con todas estas armas, parece cosa más disforme y monstruosa de lo que aquí se puede figurar, porque como van tan aumentados con la grosedad e hinchazón del algodón, hácese de un jinete una torre o una cosa muy disproporcionada, de suerte que a los indios pone de muy grande espanto ver aquella grandeza y ostentación que un hombre armado encima de un caballo de la manera dicha haze..." Luego, advirtieron el error, como nos recuerda Motolinia: "...al principio en los primeros pueblos; porque después to-

dos conocieron ser el hombre por sí y el caballo ser bestia, que esta gente mira y nota las cosas, y en viéndolos apear...". A este respecto, Estete, soldado cronista del Perú, cuenta que andando Pizarro por la costa de Tacamez, uno de sus jinetes se cayó del caballo "y como (cuando) los indios vieron dividirse aquel animal en dos partes, teniendo por cierto que todo era una cosa, fue tanto el miedo que tuvieron que volvieron de espaldas dando voces a los suyos diciendo que se habían hecho dos, haciendo admiración de ello, y cual no fue su misterio porque a no acaecer esto, se presume que mataran todos los cristianos...".

El relincho fue como un idioma entre hombre y animal o como un síntoma de furia y enojo, por lo cual acudían con presentes para aplacarlos. En algunos sitios creyeron que el caballo era un ser carnívoro y le ofrecían gallinas, gallipavos, miel, etc.; algunos llegan a suponer que comen hombres al ver el freno ensangrentado o que se alimentan con el hierro que le gobierna, por lo cual le llevan como manjar oro y plata... Así lo cuenta el Inca Garcilaso. Y los españoles, astutos, les decían a los indios que les diesen a los caballos mucha de aquella comida si querían que los caballos se hicieran amigos suyos.

A la sombra del caballo, de aquel caballo cuya vida al principio en el Perú valía como la de seis en España, y cuyas patas se herraron con herraduras de oro y plata porque valían menos que las de hierro..., a la sombra de ellos, repetimos, o adelante desplegados silenciosa o furiosamente, trotaban los perros. Perro cuyo jadear y ojos sanguinolentos casi oímos y vemos al leer en el *Códice Florentino*:

"...Sus perros son enormes, de orejas ondulantes y aplastadas, de grandes lenguas colgantes; tienen ojos que derraman fuego, están echando chispas: sus ojos son amarillos, de color intensamente amarillo.

Sus panzas ahuecadas, alargadas como angarillas, acanaladas.

Son muy fuertes y robustos, no están quietos, andan jadeando, andan con su lengua colgando. Manchados de color como tigres, con muchas manchas de colores".

Tal la descripción hecha a Moctezuma, el cual, dice el informante, "se llenó de grande temor y como que se le amorteció el corazón, se le encogió el corazón, se le abatió con la angustia". El, y su pueblo, sólo sabían de unos perrillos gordos, que no ladraban, y que solían comer (también los hispanos luego); pero estos perros fofos nada tenían que ver con estos otros que acompañaban a los forasteros que "van por delante, los van precediendo; llevan sus narices en alto, llevan tendidas sus narices, van de carrera, les va cayendo la saliva". En la *'Historia*

de Tlaxcala' de Diego Muñoz Camargo, al referirse a la superioridad técnico-bélica del conquistador, se anota que éstos "traían tiros de fuego y animales fieros que los traían de traílla atados con cordeles de hierro, y calzaban y vestían hierro, y de como traían ballestas fortísimas, y leones, y onzas muy bravas que se comían las gentes, lo cual decían por los perros lebreles y alanos, muy bravos, que en efecto, traían los nuestros, que fueron de mucho efecto...".

No fue una invención cruel española la aplicación del perro. En la antigüedad se le empleó como un combatiente más. En América se le usó para cazar y atemorizar indios desde el primer momento antillano. Armados con escaupiles o colchas enguatadas eficaces contra las flechas, brindaban una figura grotesca. Libre de escaupiles se les empleó no sólo como armas de lucha, sino como instrumentos de castigos: para "aperrear", para ajusticiar indios. Más terrible que la horca, el garrote o la hoguera era esta otra muerte, llena de gruñidos, intentos de huida, zarpazos y dentelladas.

El terror que el perro inspiró al indio lo recogemos en Antillas, México, América Central, Colombia y Venezuela, pero no en Perú. Salvo en la entrada al Amazonas, que hizo Gonzalo Pizarro con novecientos perros, que al poco tuvieron que comerse acosados por el hambre. Múltiples anécdotas y hechos se podrían contar sobre el perro en la conquista; de sus nombres famosos, de lo que cobraban, lo que Las Casas escribe de ellos exagerando... Pero aquí intentamos únicamente pintar lo que fueron para los indios y creemos que más o menos ha quedado ya expresado. Pero terminemos con una nota muy humana. El perrillo o gozque indígena, bueno para comida, fue sustituido por el alano o lebrel español, y así dice el P. Cobo: "no hay indio ni india, por pobres y miserables que sean, que no tenga en su casa algún perro... y los aman como si fueran sus hijos; duermen ordinariamente juntos los perros y los amos y cuando caminan los suelen llevar a cuestas, porque no se cansen, que cierto es motivo de risa encontrarles en un camino a una india que lleva a su hijo pequeñito de la mano a pie, y muy cargada con su perro en brazos...".

¡Quién se lo iba a decir!

Con relación a las armas de fuego mucho hemos dicho ya y claro ha quedado que les espantaron y asustaron. Ante un cañonazo, recuerda el *Códice Florentino*, los enviados de Moctezuma "perdieron el juicio, quedaron desmayados. Cayeron, se doblaron cada uno por su lado: ya no estuvieron en sí".

Los españoles, por su parte, los levantaron, los alzaron, les dieron

a beber vino, y enseguida les dieron de comer, los hicieron comer. Con esto recobraron su aliento, les reconfortaron. Pero miedo les quedó en el cuerpo y cuando llegaron a México, jadeando de cansancio y temor, contaron al emperador cómo era la comida de los españoles y cómo retumbaban los cañones:

"Y cuando cae el tiro, una como bola de piedra sale de sus entrañas, va lloviendo fuego, va destilando chispas, y el humo que de él sale es muy pestilente, huele a lodo podrido, penetra hasta el cerebro causando molestias.

Pues si va a dar contra un cerro, como que lo que hiende, lo resquebraja, y si da contra un árbol, lo destroza hecho astillas, como si fuera algo admirable, cual si alguien lo hubiera soplado desde el interior." En el armamento de los indios el metal no jubaga ningún papel y la pólvora o la artillería era algo de tremenda novedad en el viejo mundo. Una especie de bomba atómica de entonces. Más aún, por lo mismo, lo fue en el Nuevo Mundo.

5. «Codicia insaciable»

Algo que al indio también impresionó de inmediato fue la codicia de los conquistadores; codicia de mujeres y su afán de oro y riquezas. "Y también se apoderan y escogen entre las mujeres, las blancas, las de piel trigueña, las de trigueño cuerpo. Y algunas mujeres a la hora del saqueo, se untaron de lodo la cara y se pusieron como ropa andrajos. Hilachas por faldellín, hilachas como camisas. Todo era harapos lo que se vistieron". Como vemos, al indio alborotó el despojo de sus mujeres, y de sus hijas. Lo mismo que le agravió la selección que hicieron de las más jóvenes y hermosas. Pero no le escandalizó la poligamia y concubinato, puesto que para ellos no constituía una novedad. Y al principio y siempre, las mujeres sintieron especial atracción por el conquistador, y los padres mismos entregaban a sus hijas deseando emparentar con los "dioses" y adquirir el valor de ellos en una descendencia común. Dar mujeres como regalo fue algo normal, sin que ello fuera óbice para que les molestase, repito, la selección. En cuanto al oro, los informantes de Sahagún, en el *Códice Florentino*, recordaban:

"Cuando llegaron, cuando entraron en la estancia de los tesoros, era como si hubieran llegado al extremo. Por todas partes se metían, todo codiciaban para sí, estaban dominados por la avidez...

Todo lo cogieron, de todo se adueñaron, todo lo arrebataron como suyo, todo se apropiaron como si fuera su suerte. Y después que le fueron quitando a todo el oro, cuando se lo hubieron quitado, todo lo demás lo juntaron, lo acumularon en la medianía del patio, a medio patio: todo era pluma fina."

Después del sitio de México, durante la reconquista de la ciudad Alva Ixtlilxóchitl recuerda que "este día, después de haber saqueado la ciudad, tomaron los españoles para sí el oro y la plata, y los señores la pedrería y plumas y los soldados las mantas y demás cosas, y estuvieron de estos otros cuatro en enterrar los muertos, haciendo grandes fiestas y alegrías".

En la versión cakchiquel de la conquista se menciona que Alvarado " ...les pidió dinero a los suyos, querían que le dieran montones de metal, sus vasijas y coronas. Y como no las trajesen inmediatamente, Tunatiuh se enojó con los reyes y les dijo: ¿Por qué no me habéis traído el metal? Si no traeis con vosotros todo el dinero de las tribus, os quemaré y ahorcaré." Guaman Poma también señala la codicia como nota del conquistador, y anota que los indios no lo son tanto y que a causa de ella los hispanos "en su corazón traían matarte he o matarme has".

Tema delicado y controvertido este de la *codicia*. Más explicable en aquel entonces y en aquellos hombres que hoy. Bernal afirma con sinceridad militar que fue a Indias para servir a Dios, al rey, para dar a conocer el cristianismo y "por haber riquezas, que todos los hombres comúnmente buscamos". De lo divino a lo humano, quedan trazadas una serie de metas en la prosa del conquistador. Dos de estas metas eran propias de otros pueblos: la búsqueda de oro y especias y el deseo de ampliar el reino de Cristo. Pero en el caso español, a estos deseos (uno herencia de las repúblicas italianas y el otro reacción al "imperialismo espiritual de los musulmanes") se une el afán de *ganar honra y fama;* ésta no se logra si no se cosechan riquezas. Las Casas, al denunciar el hambre de oro de sus compatriotas, reconoce atenuantes: la flaqueza de la hacienda de los conquistadores y su deseo de mejorar económica y socialmente. A los conquistadores, como dice Durand, "no sólo les era necesario enriquecerse, sino ejecutar hazañas de nombradía, y para ello importaban tanto la hacienda como el saber gastarlo de acuerdo con el bien parecer".

La codicia, y el amor por el oro y la plata, "no fue el único fin de la conquista, y ni siquiera el único de los fines personales que tenían los conquistadores". El afán de honra excede al afán de oro. Y esto ex-

plica al otro. Una codicia que iba del brazo casi siempre de la generosidad. Cortés, tachado de codicioso, dice Gómara que "gastaba liberalísimamente en la guerra, en las mujeres, por amigos y en antojos..., por donde le llamaban *río en avenida*. Vestía más pulido que rico, y así era un hombre limpísimo. Deleitábase de tener muchas casas y familia, mucha plata de servicio y de respeto. Tratábase de muy señor, y con tanta gravedad y cordura, que no daba pesadumbre ni parecía nuevo". Nuevo rico, quiere decir. Los españoles de entonces codiciaban la honra y la nobleza, para convertirse en unos señores, como este Cortés. De ahí su afán por el oro y nuestro empeño por darle una explicación a esta sed de riquezas que al indio admiró, pero que no supo comprender. Por parte del Estado, su interés por las riquezas también tiene su explicación; nacían entonces el capitalismo y los estados modernos. El incremento del comercio había aumentado la necesidad de medios de pago y ello exigía un acrecentamiento de la circulación del dinero, de nuevas acuñaciones. Como dice Konetzke "la crisis general de dinero de fines de la Edad Media se agudizó aún más por la disminución de los metales nobles, que originó la balanza comercial pasiva en el tráfico mercantil con Oriente. Las ricas mercancías de las Indias, ya de suyo fuertemente encarecidas por los numerosos intermediarios, debían ser pagadas en los mercados de Oriente con moneda de oro y plata, mientras que el Occidente no poseía productos de valor semejante para exportarlos a aquella zona. Además, la expansión de las actividades estatales en el interior y hacia afuera aumentaba constantemente la necesidad de dinero en los soberanos".

Este oro, urgentemente necesitado y que los alquimistas no acababan de producir con su piedra filosofal, se venía extrayendo desde el XIII de Africa. El proceso descubridor lusitano tiene como uno de sus objetivos hallar tierras con mucho oro que Colón (véase la anotación del 23-XII-1492 en el Diario) también busca insistentemente. Sus informes, en un mundo hambriento de metales preciosos, tenían que originar el despliegue conquistador de unos hombres que no actuaban por pura codicia, sino también por valer más, por adquirir poder y prestigio social.

6. Derrumbe final

Volvamos al alma indígena, dejando de lado su oposición a la penetración, sus ceremonias nigrománticas para conjurar el avance, la enu-

meración de sus presentes, algunos con sentido mágico, el avivamiento de la curiosidad hispánica ante los regalos y noticias, los primeros encuentros y matanzas, la crueldad indígena y la hispánica en los choques, etc. Vayamos, repito, al alma indígena, al alma del pueblo. Esta gente, ante los conquistadores, "por su parte... no más están llenos de espanto. No hace más que sentirse azorado. Es como si la tierra temblara, como si la tierra girase en torno de los ojos. Tal como si le diera vueltas a uno cuando hace ruedos. Todo era una admiración" (Informantes de Sahagún). Por su parte, el cronista Herrera dice que entre el pueblo se oía decir: "Dioses deben ser éstos, que vienen de donde el sol nace... Estos deben de ser los que han de mandar señorear nuestras personas y tierras, pues siendo tan pocos, son tan fuertes que han vencido tantas gentes." "Todo esto era así –recuerda la crónica indígena– como si todos hubieran comido hongos estupefacientes, como si hubieran visto algo espantoso. Dominaba en todos el terror, como si todo el mundo estuviera descorazonado, y cuando anochecía, era grande el espanto, el pavor que tenían sobre todos, el miedo dominaba a todos, se le iba el sueño, por el terror". Similar era el sentimiento de Moctezuma en México "que cuando oía... que mucho se indagaba sobre él (por los hispanos), creía que escudriñaba su persona, que los *dioses* mucho deseaban verle la cara, como se le apretaba el corazón, se llenaba de grande angustia. Estaba para huir, tenía deseos de huir; anhelaba esconderse, estaba para huir. Intentaba esconderse, ansiaba esconderse. Se le quería esconder, se le quería escabullir a los *dioses*" (Informantes). Llamó a toda clase de nigromantes para que le dijeran lo que iba a suceder, pero éstos no supieron. Envió unos emisarios a la costa y cuando estos regresaron con la descripción de los conquistadores y sus armas "ya no supo de sueño", ya no supo de comida, ya nadie con él hablaba. Y si alguna cosa hacía, la tenía como cosa vana. Casi cada momento suspiraba. Estaba desmoralizado, se sentía como abatido.

Ya nada que da dicha, ya no cosa que da placer, ya no cosa de deleite le importaba. Y por todo esto decía: "¿Qué sucederá con nosotros? ¿Quién de veras queda en pie?"

Envía magos para que hagan maleficios a los españoles. Pero los presentes y ceremonias mágicas incitan más la curiosidad de los conquistadores, que seguían avanzando implacables hacia la meseta del Anahuac donde Moctezuma

"...cavilaba en aquellas cosas, está preocupado; lleno de temor, de miedo; cavilaba qué iba a acontecer con la ciudad. Y todo el mundo

estaba muy temeroso. Había gran espanto y había terror. Se discutían las cosas, se hablaba de lo sucedido.

Hay juntas, hay discusiones, se forman corrillos, hay llantos, se hace largo llanto, se llora por los otros. Van con la cabeza caída, andan cabizbajos. Entre llanto se saludan; se lloran unos a otros al saludarse, hacen caricias a otros, los niños son acariciados. Los padres de familia dicen:

–¡Ay, hijitos míos!... ¿Qué pasará con vosotros? ¡Oh, en vosotros sucedió lo que va a suceder!..."

El miedo era general y grave porque se había adueñado del Tlatoani o jefe de hombres. Mal consejero es el miedo y mal cartel para un hombre que manda.

"Así se pudo saber, así se divulgó entre la gente." Es decir, que el Tlatoani quería huir, que tenía miedo.

"Pero esto no lo pudo. No pudo ocultarse, no pudo esconderse. Ya no estaba válido, ya no estaba ardoroso; ya nada se pudo hacer.

La palabra de los encantadores con que habían trastornado su corazón, con que se lo habían desgarrado, se lo habían hecho estar como girando, se lo habían dejado lacio y decaído, lo tenía totalmente incierto e inseguro por saber (si podría ocultarse) allá donde se ha mencionado.

No hizo más que esperarlos. No hizo más que resolverlo en su corazón, no hizo más que resignarse; dominó finalmente su corazón, se recomió en su interior, lo dejó en disposición de ver y de admirar lo que habría de suceder."

Lo que habría de suceder ¿Qué sucedio? O, lo que es lo mismo, ¿Qué consecuencias tuvo para el mundo indígena la presencia hispana?

Al reflexionar sobre el posible significado que la conquista tuvo para el indígena americano, no hemos de olvidar que en determinadas regiones del Nuevo Mundo los pueblos que iban a ser sometidos por los españoles se encontraban en franco período de descomposición (mayas, v.g.), en tanto que en otras no les era extraño el choque violento con un pueblo dominante y dominador (incas, v.g.). La gran novedad va a consistir en que los españoles se impondrán desde el exterior y portando unos elementos culturales y civilizadores totalmente extraños.

En las sociedades indígenas el choque con los europeos ocasionó alteraciones demográficas, sociales, económicas, políticas, religiosas y culturales. De manera tajante no es factible afirmar que se dieran

cambios totales en la realidad americana, pues algunas estructuras indígenas van a sobrevivir. Dentro de las alteraciones que la población indígena sufrió se menciona como una grave consecuencia de la conquista la caída poblacional. Al margen de si eran trece o ciento veinte los millones de indígenas que habitaban en el Nuevo Mundo, lo importante es saber que la totalidad de la población disminuyó en un 70 u 80 por 100, y que esta caída acarreó en muchas zonas un desajuste y desorganización social. El hecho quedó grabado en la mente del indígena, de tal manera que aflora más tarde cuando se trata de dar respuestas para confeccionar las relaciones geográficas. Los indios en tal momento son conscientes de ser menos; menos a causa de las guerras, epidemias, desplazamientos, alcohol, etc.

En el campo de la economía también se vio afectado el mundo indígena; no sólo porque se le enrola en sistema y mecanismos de una nueva economía (dura, a veces, para el ocioso indígena antillano), sino porque se le fijan nuevos centros económicos que motivó la movilización de masas humanas con el consiguiente desarraigamiento. Por otro lado, la disminución de la población y su traslado, motivó a veces el abandono de tierras antes cultivadas con la consecuente secuela de merma en la producción indígena. La misma introducción de las monedas, con la obligación de pagar en ellas, ocasionó cambios, pues el indio tuvo que ponerse a trabajar –se proletariza– para obtener el dinero.

Políticamente el poder pasó de unas manos a otras. Los españoles detentan el poder contando para ello con la colaboración de los mismos indios (colaboracionistas en la conquista, curacas, etc.) que se acomodan, por propio interés, a la nueva situación. Igual acontece con el universo religioso, en cuyo contexto encontraba explicación el mismo poder. Al desaparecer el jefe, al extirparse las idolatrías, todo se viene abajo. Para el indio el fenómeno pudo asumir caracteres de hecatombe, en tanto en cuanto que unos nuevos patrones culturales ocupaban el lugar de lo que él consideraba inmutable.

Pasado el sorprendente y sorpresivo instante inicial, el indio irá poco a poco, pero no totalmente, asumiendo las nuevas estructuras europeas, cuyos efectos negativos quedarán en parte compensados con logros positivos, como fue la humanización de ese mundo tribal y primitivo.

BIBLIOGRAFIA

1. Crónicas

Quedan citadas en el texto.

2. Estudios modernos

ALCINA, FRANCH, José: *Poesía americana precolombina.*–Madrid, 1966.

BLANCO VILLARTA: *Antropología ritual americana.*–Buenos Aires, 1948.

CANAL FEIJOO, Bernardo: *Proposiciones en torno al problema de una cultura nacional Argentina.*–Buenos Aires, 1944.

COMAS, Juan: *Principales aportaciones indígenas precolombinas a la cultura universal.*–México, 1957.

DURAND FLORES: *La transformación social del Conquistador.* México, 1953.

ESQUIVEL OBREGÓN, T.: *Apuntes para la historia del Derecho en México.* Tomo II: *Nueva España.*–México, 1938.

GANDÍA, Enrique de: *El visitador Alfaro y la condición social de los indios de Río de la Plata, Paraguay, Tucumán y Perú.*–Buenos Aires, 1935.

KONETZKE, Richard: *Descubridores y conquistadores de América. De Cristóbal Colón a Hernán Cortés.*–Madrid, 1968.

LEÓN-PORTILLA, Miguel: *La visión de los vencidos.*–México, 1961.

– *El reverso de la Conquista. Relaciones aztecas, mayas e incas.*–México, 1964.

– *Trece poetas del mundo azteca.*–México, 1967.

SALAS, Alberto M.: *Las armas de la Conquista.*–Buenos Aires, 1950.

– *Crónica del mestizaje florido.*–Buenos Aires, 1960.

SAMAYOA CHINCHILLA, Carlos: *Causas de la derrota indígena durante la Conquista.*–«Estudios Americanos», XVIII, núms. 98-99, págs. 245-260, Sevilla, 1959.

WACHTEL, Nathan: *Los vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española.* (1530-1570). Madrid, 1976.

YÁÑEZ, Agustín: *Crónicas de la conquista.* Introducción, selección y notas de...–México, 1963.

INDICE

Págs.

I

Concepto y sistemática 9

1. Proceso descubridor.–2. Estructuración del tema.–3. ¿Conquista?..., exploración y anexión.–4. Cara y cruz del Descubrimiento-Conquista.–5. Anexión de tierras y conquista de almas.–6. Conquistar es poblar

II

Del Mediterráneo al Atlántico 27

1. Ciencia y técnica geográfico-náutica del medievo.–2. Barcos, tabúes y especies.–3. Los vikingos arriban a América sin saberlo.–4. Civilización marítima y urbana.–5. Sistemática de las exploraciones por el Atlántico.–6. Los portugueses por el Africa.–7. Precedentes de la colonización americana.–8. La España del Descubrimiento.–Bibliografía

III

Del Atlántico al Caribe 79

1. Génesis del plan colombino.–2. Fundamentos de la idea del Descubrimiento.–3. De Portugal a Castilla.–4. Santa Fe: Capitulaciones.–5. El origen de los pleitos colombinos.–6. Los hombres de

Págs.

Palos de la Frontera.–7. El hallazgo del Nuevo Mundo.–8. La primera imagen de América.–9. El retorno.–10. Bulas y privilegios.–11. Resonancia y trascendencia del Descubrimiento.–12. El segundo viaje.–13. Los primeros problemas indianos.–14. Los Tratados de Tordesillas.–15. El continente: Tercer viaje.–16. Incidentes en la Española: Bobadilla.–17. Nuevos gobernantes: Ovando.–Bibliografía.

IV

Las expediciones iniciales y el nombre de América 155

1. Juan Caboto, al servicio del Rey de Inglaterra (1497-1498).–2. Los portugueses: Los Corté Real (1498-1502).–3. Paisajes geográficos de los Viajes Andaluces.–4. Los viajes andaluces (1499-1503).–5. Exploraciones en Suramérica atlántica.–6. Los portugueses: Cabral (1500) y el descubrimiento del Brasil.–7. Vespucio navega bajo el pabellón de Castilla (1499-1500).–8. Vespucio bajo el pabellón lusitano (1501-1502).–9. El "Alto Viaje" de Cristóbal Colón (1502-1504).–10. La problemática de las exploraciones.–11. El Nuevo Mundo y el nombre de América.–12. Los primeros mapas de América.–Bibliografía

V

Del Caribe al Pacífico 205

1. La búsqueda del paso.–2. La Casa del Océano.–3. De la Junta de Toro a la de Burgos.–4. La expedición Solís-Pinzón.–5. Los primeros grupos en Tierra Firme: Ojeda y Nicuesa.–6. El vivero antillano–7. La primera base de expansión en la Española.–8. Puerto Rico, Borinquen o Boriquen.–9. Colonización de Jamaica.–10. Dominio de Cuba.–11. Las Indias comienzan a gravitar sobre Castilla.–12. Caboto y Ponce de León a la búsqueda del paso.–13. Dabaibe y Mar del Sur.–14. Balboa y el Océano.–Bibliografía

VI

Del Atlántico al Atlántico 243

1. Roces lusocastellanos.–2. Solís hacia el mar de su nombre.–3. Se completa la costa del golfo mexicano.–4. Magallanes.–5. Hacia el estrello desconocido.–6. De océano a océano.–7. Muerte de Magallanes.–8. Navegación laberíntica.–9. "Primus circumdedisti me".–Bibliografía

Págs.

VII

Comprensión de la conquista 275

1. Justificación de la conquista.–2. Las huestes indianas.–3. Núcleos y líneas de penetración.–4 Los mitos impulsadores.–5. El mundo indígena.–6. El encuentro con el mundo indígena.– Bibliografía

VIII

Generación y semblanza del conquistador 341

1. La generación de la Conquista.–2. Individualismo: y colectividad.–3. Notas del conquistador.–4. Condición social.–5. Carencia de prejuicio racial.–Bibliografía.

IX

Penetración en la Nueva España 369

1. Coyuntura antillana y nacional.–2. El hombre de la conquista: Cortés.–3. De Cozumel a San Juan de Ulúa.–4. El "pronunciamiento" de Veracruz.–5. Rumbo al Anahuac: Victoria sobre Tlaxcala.–6. La matanza de Cholula.–7. Encuentro de dos mundos: Cortés y Moctezuma.–8. Situación crítica.–9. Huida en la noche triste: Otumba.–10. Segunda conquista de Tenochtitlán.–11. Organización de la Nueva España.–Bibliografía

X

Exploraciones y asentamientos en la América Central 415

1. Balboa y el "Furor Domini".–2. Final trágico en una plaza.–3. Las expediciones ordenadas por Pedrarias.–4. Huestes en Nicaragua y Honduras.–5. Continuación de la corriente conquistadora panameña.–6. Hacia la tierra del Quetzal.–7. La empresa de Cuzcatlán.–8. Fin de la conquista hondureña.–9. Vázquez de Coronado y otros en Costa Rica.–Bibliografía

XI

Dilatación de la Nueva España 449

1. Sistemática.–2. Las zonas complementarias y las exploraciones hacia el lejano Norte.–3. El descubrimiento de las Californias: siglos

821

XVI y XVII.–4. La conquista de Nueva Galicia.–5. Las visiones de fray Marcos: Cíbola.–6. Alvarado muere en Nueva Galicia.–7. Ayllón y Esteban Gómez.–8. Las andanzas de Alvar Núñez.–9. De Soto y el Mississipi.–10. Población de Nueva Vizcaya.–11. Nuevo México: Oñate.–Bibliografía.

XII

Adelantados en Yucatán 497

1. Fase inicial de la penetración.–2. Los tres Montejos.–3. Campaña final (1535-1545).–Bibliografía.

XIII

Doble conquista: «La vuelta por Poniente» y la de Filipinas o «Indias de Poniente» 507

1. Los hombres y los barcos de la expedición de Loayza.–2. Queriendo cruzar el estrecho.–3. Por el Pacífico.–4. En las islas.–5. Españoles y portugueses.–6. Los últimos años.–7. Nueva expedición a Oceanía.–8. Filipinas como objetivo.–9. El retorno de Urdaneta.–10. Conquista de Filipinas.–11. Manila, "donde hay nilad".–Bibliografía

XIV

La conquista del incario 533

1. La empresa de Levante.–2. Capitulación en Toledo.–3. La expedición conquistadora. Hacia la "Viña de Dios".–4. La situación del Tahuantinsuyo.–5. El golpe de mano de Cajamarca.–6. De Cajamarca al Cuzco.–7. Expediciones y fundaciones.–8. La penetración en Chile.–9. Reacción indígena.–10. Período de las guerras civiles.–Bibliografía.

XV

Españoles y alemanes en Venezuela, Orinoco y Guayana 581

1. Comienzan las fundaciones.–2. Carlos I y los Welser.–3. Las empresas de los Welser.–4. Pactos de 1528.–5. Los alemanes y García de Lerma.–6. Expediciones de Ambrosio Alfinger.–7. Desgraciada entrada de Jorge Hohermut.–8. Descubrimientos de Féderman.–9. Dos hombres: Felipe de Hutten y Juan de Carvajal.–

Págs.

10. Fin del gobierno alemán.–11. La época plenamente hispana.–12. Un mestizo conquistador.–13. La ciudad de los tres nombres.–14. Orinoco: Diego de Ordas.–15. Herrera-Ortal.–16. La Guayana y su conquista.–17. Cumaná.–Bibliografía

XVI

Corrientes penetrativas en el Nuevo Reino de Granada 619

1. En son de conquista.–2. Un hombre, una expedición, una ciudad y un mito.–3. La geografía corre hacia el Sur.–4. El Zipa y el Zaque.–5. La cita no concertada.–6. Las ideas geográficas de los conquistadores.–7. Prosigue la conquista.–8. El capitán de Eldorado.–9. Penetración desde Cartagena de Indias.–10.–Roces jurisdiccionales.–11. Belalcázar y Robledo.–Bibliografía

XVII

Los amazonautas 657

1. Orellana, el tuerto.–2. Hatun-Quijos, tierra de la canela.–3. Hombres de ojos mongólicos.–4. La "traición" de Orellana.–5. El mar y la muerte.–6. Veinte años después.–7. "Dramatis personae".–8. Aguirre, el domador de potros.–9. Un rey de naipes y un reino en una balsa.–10. "Tu mínimo vasallo".–11. Bajo los arcabuces.–Bibliografía

XVIII

Chile, Flandes indiano 679

1. Donde se acaba la tierra.–2. Dos conquistadores a Chile: Valdivia y De Hoz.–3. Los compañeros de Valdivia.–4. Valdivia, gobernador de Chile.–5. Conjuración española y rebelión indígena.–6. Prosigue la empresa.–7. Valdivia, al Perú.–8. Expansión sureña y trasandina.–9. El desastre de Tucapel.–10. El segundo gobernador de Chile.–11. Le epopeya del Tucumán.–12. Ocupación de Cuyo.–13. Españoles en Patagonia y Tierra del Fuego.–Bibliografía.

XIX

Fundaciones en el Río de la Plata 721

1. Los primeros en llegar.–2. Rasgos de la conquista ríoplatense.–3. El primer adelantado: Don Pedro de Mendoza.–4. Ayolas e Irala.

Abandono de Buenos Aires.–5. La "ciudad" de Asunción.–6. El segundo adelantado: Alvar Núñez.–7. Gobierno de Irala.–8. Nuevas directrices conquistadoras.–9. El cuarto adelantado: Ortiz de Zárate.–Bibliografía.

XX

Los españoles en el Pacífico 753

1. La expansión transpacífica hispana.–2. Las navegaciones desde el Perú.–3. Los viajes de Alvaro de Mendaña.–4. El quimérico Quirós.–5. Nuevo siglo, nuevas exploraciones.–6. Misioneros y soldados.–7. Las navegaciones hacia Alaska.–Bibliografía.

XXI

La conquista desde el conquistado 791

1. Las fuentes.–2. Vaticinios y presagios.–3. La imagen de los conquistadores.–4. Barcos, caballos y perros.–5. "Codicia insaciable".–6. Derrumbe final.–Bibliografía.